VIDAS DE LOS SANTOS DE BUTLER

EDICION COMPLETA EN CUATRO VOLUMENES

Traducida y adaptada al español por

WIFREDO GUINEA, S. J.

de la Segunda Edición Inglesa revisada por

HERBERT THURSTON, S. J.

y

DONALD ATTWATER



VOLUMEN I

ENERO · FEBRERO · MARZO

Indice General en el Tomo IV

VIDAS DE LOS SANTOS

PUBLICADA POR
C. I. - JOHN W. CLUTE, S. A.
MÉXICO, D. F.

TÍTULO EN INGLÉS:
BUTLER'S LIVES OF THE SAINTS.
EDITED, REVISED AND SUPPLEMENTED BY
HERBERT THURSTON, S.J. AND DONALD ATTWATER.
PUBLISHED IN 1954 BY BURNS & OATES, LTD.
LONDON, ENGLAND.

PRIMERA EDICIÓN EN ESPAÑOL
ENERO DE 1965
10,000 EJEMPLARES.

AUTOR: ALBAN BUTLER (DIFUNTO)
TRADUCTOR: WIFREDO GUINEA, S.J.
OROZCO Y BERRA 180
MÉXICO 4, D. F.

Nihil obstat: Armando Salcedo, S.J., Cens. Eccles.
Imprimi potest: Raphael Gómez Pérez, S.J., Praep. Prov. Mexic. Merid. Mexici, 5 Iun. an. D. 1964.
Imprimatur: † Miguel Darío Miranda, Arz. Primado. México, D. F., 29 de junio, 1964.

PREFACIO DEL CARDENAL GARIBI RIVERA A LA EDICION EN CASTELLANO DE "VIDAS DE LOS SANTOS"

Una de las características más marcadas del hombre actual es la tendencia a la exactitud. No nos conformamos ahora ni con los cáculos aproximados en las ciencias físico-químicas, ni con las informaciones imprecisas en el campo de las comunicaciones humanas, ni con las verdades a medias en ninguno de los ámbitos del saber humano.

Y si en algún terreno esta tendencia se hace más exigente, ése es sin duda el de la historia.

Las vidas de los santos no pueden ni deben quedar al margen de esta exigencia. Más que ningún otro personaje histórico necesitan los santos ser iluminados por la luz de la verdad, pues no solamente van a ser enjuiciados por los hombres actuales, sino que van a motivar y a delinear con su ejemplo la conducta futura de muchos de estos hombres.

La obra de Alban Butler, revisada y complementada por el Padre Herbert Thurston, S.J., y Donald Attwater, traducida al castellano y adaptada para España y América Latina por el Padre Wifredo Guinea, S.J., nos parece satisfacer la justa demanda de exactitud histórica que exige nuestro tiempo.

En cada una de las vidas que aparecen en sus cuatro volúmenes se ha definido claramente lo que es historia en su sentido estricto y lo que es la leyenda; lo que consta en documentos dignos de crédito y lo que ha sido añadido o exagerado por una piedad ingenua que no pretendía hacer historia, sino narraciones piadosas, de acuerdo con su época.

Creemos que la edición en castellano de esta obra será de particular interés y utilidad para el público hispano y latinoamericano en el que ha habido exageraciones en las vidas de santos que, inconscientemente, transportamos al terreno de la Fe.

Esperamos que cada uno de los que las lean, obtengan de su lectura una imagen mucho más real y, por lo tanto, mucho más atractiva de los santos, frutos selectos de la Iglesia.

José Cardenal Garibi
Rivera.

Arzobispo de Guadalajara.

Guadalajara, Jal., fiesta de
San Pascual Bailón, 17 de mayo, 1964.

PREFACIO DEL CARDENAL SPELLMAN

Por dos siglos, las "Vidas de los Santos" de Butler se han considerado como autorizada norma de los principales santos más conocidos por los católicos de habla inglesa. Esta última edición, completamente revisada por el competente erudito, Sr. Donald Attwater, se ha hecho en vista de la creciente demanda de datos precisos sobre los elegidos propuestos a nuestra veneración y emulación.

Encontraremos aquí una maravillosa constelación de victorias de hombres, mujeres y niños, que se enfrentaron a dificultades y peligros y que, con su triunfo, hacen patente el cumplimiento del fin que Dios tuvo al crearnos. Después de soportar heroicamente las pruebas y tormentos de este mundo, para la mayor honra y gloria de Dios, viene la recompensa de la eterna felicidad con El en el cielo.

Hallaremos impresa aquí la odisea de hombres y mujeres que, auténticamente consagrados a buscar primero y ante todo, de manera incansable y triunfal, la voluntad santa de Dios, consiguieron la meta sublime, definida inspiradamente por San Pablo como destino de toda la humanidad: "Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación".

Bosquejadas en diferentes medios de vida, encontramos aquí variadas viñetas de héroes y heroínas, que manifestaron su amor a Dios de modos tan diversos, que nos ofrecen amplias esperanzas y ayudas para la santidad.

Estas páginas son testigos elocuentes de que la santidad se alcanza no precisamente mediante lo extraordinario, sino mediante lo ordinario, extraordinariamente realizado. El amor a Cristo es lo que definitivamente nos impulsa hacia nuestra meta final: la visión beatífica de Dios.

Estos inspiradores relatos demuestran, además, que la santidad —la más elevada y noble de todas las vocaciones— no es privilegio raro de unos cuantos, sino el destino de todos. Esta galería de santos ilustres confirma

el carácter democrático del Reino de Dios, pues la santidad no es monopolio de razas ni profesiones. Estos volúmenes demuestran hasta la evidencia que la santidad es una vocación para todos y dondequiera.

Espero firmemente que la diaria meditación de las vidas de estos santos nos acerque más el cielo y nos acerque más al cielo.

+ Francis Cardinal Spellman

Arzobispo de Nueva York

Fiesta de Todos los Santos
1955.

PREAMBULO A LA SEGUNDA EDICION INGLESA

Hace ya más de un cuarto de siglo que se le pidió al P. Herbert Thurston S.J. que revisara y actualizara las *Vidas de los Santos* de Butler. El primer volumen, Enero, se publicó en 1926. A partir del segundo volumen, Febrero, (1930), el P. Thurston pidió ayuda a la Srita. Norah Leeson para la revisión, nueva redacción o resumen, de muchas biografías que aparecían en las *Vidas* de Butler. La Srita. Leeson colaboró con el P. Thurston hasta el fin del volumen de Junio... A partir del volumen de Julio (1932), el presente editor (está hablando Donald Attwater), se encargó de hacer la preparación de casi todo el texto y de las adiciones que se hicieron hasta el último volumen (1938). El P. Thurston mismo escribió todas las notas bibliográficas y otras notas al fin de cada "vida". Los principios generales que se tomaron como norma para hacer el trabajo, los expresa el mismo P. Thurston en la introducción que aparece después de este prefacio.

La nueva edición (inglesa) en cuatro volúmenes, abrevia la edición 1926-38 (se intentó reducirla en una décima parte). Por ejemplo, se han omitido por completo las exhortaciones piadosas que Butler ponía al fin de cada día. Debemos reconocer que estas exhortaciones tenían la solidez escriturística porpia de Butler, pero no podemos menos de reconocer que a menudo eran monótonas y repetían las mismas ideas. El P. Thurston hace notar que "el propósito que tenía Butler al escribir, era el provecho espiritual de sus lectores", no tememos afirmar que en nuestros días se alcanza mejor el mismo fin, haciendo que las vidas hablen por sí mismas, más bien que si añadimos exhortaciones directas y "moralizantes". Creemos que conduce más eficazmente a la devoción una idea clara de la vida real de un santo, tal como nosotros y Butler intentamos darla, que una idea falsa o dudosa. Como el abad Fernand Cabrol escribía: "El conocimiento exacto de los hechos es la mejor ayuda a la verdadera piedad". Para hacer unas *Vidas de los Santos* perfectamente adaptadas a nuestro tiempo, tal como Butler lo hizo en el suyo, se necesitaría empezar el trabajo desde el principio y esperar que viniera un Alban Butler o un Herbert Thurston. Hemos omitido en algunos meses las notas sobre santos poco conocidos o de veneración incierta. El mismo P. Thurston expresó esta idea en el prefacio al volumen de Diciembre.

Por otro lado, hemos dado más espacio a las nuevas beatificaciones y canonizaciones que han venido en los últimos quince años, así como a los antiguos santos que se habían omitido en la primera edición. La obra original de Butler tenía 1486 biografías; la presente contiene 2565 aproximadamente.

Los cortes que se han hecho en el texto de la edición 1926-38 varían desde una palabra hasta una página o más. La falta de espacio nos ha forzado a volver a escribir pasajes enteros y aun una "vida" completa.*

* Al hacer esto siempre he tenido presente el consejo de Alban Butler en su Discurso Introductorio. "Pocas veces hay que fiarse de los autores que pulen el estilo, o abrevian las historias de otros".

Ha sido una gran satisfacción haber tenido la oportunidad de revisar la parte de Julio a Diciembre, que yo sabía que no era satisfactoria y de haber logrado ajustarla a los comentarios del P. Thurston y al texto de Enero a Junio, que fue escrita por él, o bajo una vigilancia suya más directa de la que tuvieron mis propias colaboraciones. Las notas bibliográficas y críticas se han dejado tal como el P. Thurston las escribió, exceptuando algunas modificaciones verbales y abreviaciones, aunque hemos tratado de poner la bibliografía a la fecha (Mayo 1954). No ha sido posible revisar todas las publicaciones periódicas que han aparecido en varias lenguas desde el año 1925, pero sí se ha puesto atención a la "*Analecta Bollandiana*," y he añadido una nueva bibliografía y obras similares. Entre éstas, se han puesto varias "vidas populares" para la generalidad de los lectores. Algunas notas del P. Thurston se han incorporado al fin del texto para conveniencia de los lectores ocasionales.

En esta edición se ha establecido un orden uniforme en la presentación de las biografías.

El primer santo (o fiesta) presenta la principal conmemoración del día, según el calendario de la iglesia occidental; las siguientes biografías están en orden cronológico. Existen pocas excepciones como Marzo 1, Junio 9, Julio 9, Septiembre 26. No es fácil descubrir el día preciso del mes en que deba entrar cada biografía. En general, he seguido el orden del P. Thurston (quien introdujo muchas alteraciones en las fechas). Se usó la última edición del *Martirologium Romanum*, 1930, (secunda post typicam) para la fecha de los santos canonizados, y para los beatos que no están incluidos en el Martirologio se tuvo en cuenta, hasta donde fue posible, el día destinado a la celebración litúrgica local. Esta última regla no es siempre una guía satisfactoria, porque un mismo santo puede ser celebrado en varias diócesis en diferentes fechas. A los que pertenecen a órdenes religiosas he tratado de colocarlos en el día señalado por los calendarios de su Orden. En los casos de una beatificación reciente, en los que no ha sido posible saber el día de la celebración, lo he colocado en el día de la muerte del santo. Cuando la obra estaba en proceso, los Frailes Menores adoptaron un nuevo calendario; desgraciadamente fue tarde para hacer los cambios, excepto algunos de los más importantes. Al principio de cada biografía se ha puesto el título que se usa en la liturgia de Occidente para distinguir las diversas categorías de santos, excepto el título de "confesor" que se ha omitido definitivamente; todo varón santo que no es mártir, es confesor. Algunas veces, el título descriptivo no concuerda con el nuevo Oficio vg: en Julio 29, a Félix "II" se le nombra en el Martirologio Romano como "mártir" y en las colectas del Misal y Breviario, como "Papa y mártir"; pero en realidad no fue ni Papa, ni mártir.

Ya que se me ha concedido el privilegio de revisar una parte considerable del trabajo de las *Vidas de los Santos* de Butler, creo oportuno expresar mi completa sumisión a los criterios que tuvo el P. Thurston en cuanto al espíritu según el cual debe hacerse el trabajo de adaptación, así como mi total acuerdo con él en la admiración por Butler y por su obra.

Como escribí yo mismo en el prefacio de Julio, puedo asegurar que comencé el trabajo con bastantes prejuicios en contra de Butler. Pero estos prejuicios, debidos a la ignorancia, pronto fueron depuestos. Pensaba, como otros muchos que no habían leído la obra con detenimiento, que Butler era un escritor sin crítica, crédulo y aburrido; pensaba que la obra era un epítome de escritos de

esos hagiógrafos que procuran por todos los medios posibles "edificar", las más de las veces en un estilo barato y poco profundo. Cierto es que su estilo es monótono, aunque esto no ensombrece el sólido sentido didáctico de sus exhortaciones. Pero ciertamente no es crédulo ni falto de crítica. Es un hagiógrafo que trabajó con los medios con que se disponía en su tiempo. Si algunas veces narra milagros y otros eventos que ahora nosotros rechazamos por una u otra razón, no les da importancia extraordinaria, ni se esmera en multiplicar tales hechos. Para Butler, la santidad significa humildad y caridad, no hechos maravillosos. Para ser justos, debemos admitir que su juicio crítico falló en un aspecto: ignoró todo lo que fuera en contra de un santo y también todo lo que hubiera en favor de los oponentes al santo, ya fuera un hereje, pecador, o simple oponente. Esta actitud no puede tolerarse más. En el caso de San Jerónimo y Focio, sin pretender borrar del calendario al primero y canonizar al segundo, debemos reconocer que salvaguardamos más la verdad, si admitimos que San Jerónimo fue un hombre precipitado, de palabras duras y que Focio era un hombre virtuoso y muy letrado. Igualmente, sería mejor decir que los partidarios que tenían razón en la controversia no se comportaron con dignidad y prudencia, y que los que estaban equivocados no siempre lo hicieron con mala intención. Un santo, nada menos que San Francisco de Sales, escribía:

> No es en desdoro de un santo mostrar así sus faltas como su virtudes. Los hagiógrafos que disimulan sus faltas, hacen mucho mal a todos, aunque con ello pretendan dar mayor brillo a los santos... o por temor a disminuir la reverencia que tenemos por su santidad. La realidad no es como ellos piensan. Estos escritores hacen mal a los santos y a la posteridad. (*Oeuvres*, Annency ed., vol. x, p. 345.)

El Padre Hipólito Delehaye, S.J., director de los Bolandistas, ha escrito una recensión que aparece en *Analecta Bollandiana*, vol. LVII (1939), sobre la edición de las *Vidas* de Butler.

Ahí ennumera a los escritores que, desde los tiempos de la *Leyenda Dorada* del Beato Santiago de Voragine, se han dedicado a adaptar las vidas de los santos a las necesidades del tiempo y de lugar. "Entre los más recientes y mejor conocidos", dice, "comenzando por Ribadeneira, se pueden nombrar las obras de Roseweyde, Giry, Morin, Baillet, Butler, Godescard, hasta la deplorable compilación de Mons. Guérin, al cual debemos los "*Petits Bollandistes*". Y añade: "La palma se la lleva Alban Butler..." Además de estas palabras, podemos citar una apreciación más detallada del mismo P. Delehaye sobre el Padre Herbert Thurston:

> Sin lugar a dudas, el Padre Thurston es el "maestro" (savant) en la literatura hagiográfica y materias afines, por su seguro método crítico. Sus numerosos escritos en este campo lo mantienen en contacto con todos los entendidos que se interesan en esta rama de la ciencia; no hay otro con mejores cualidades que él para responder al delicado trabajo de refundir la antigua colección (*scil.*, las *Vidas* de Butler), de manera que satisfaga la piedad; sin incurrir en el menosprecio de los lectores exigentes... El comentario resumido que acostumbra dar, hace del nuevo "Butler" una obra científica que sirve para la piedad y para el estudioso.

Hablando en general de los escritos del Padre Thurston, el Padre Delehaye, añade:

> En el vasto trabajo que desplegó este hombre tan letrado, donde puso en juego sus extraordinarias cualidades de investigador y crítico, casi siempre encontramos una relación, directa o indirecta con nuestros estudios (*scil.*, los Bolandistas). Tales son sus artículos sobre el origen de las fiestas católicas y las devociones; y aquellos otros sobre los fenómenos maravillosos* que, con razón o sin ella, parecen sobrenaturales y que se encuentran tan frecuentemente en las vidas de los santos, como apariciones, estigmas, levitaciones; todo un mundo donde continuamente se encuentra uno al borde de la alucinación y el fraude, en donde sólo puede uno aventurarse a entrar con un guía seguro y experimentado.

No hacía mucho tiempo que estas palabras habían sido publicadas, cuando el P. Herbert Thurston fue llamado a recibir su recompensa el día 3 de noviembre de 1939, para ser seguido, dieciocho meses después, por el autor de ellas, el Padre Delehaye. A propósito vendría aplicarles aquellas palabras de Alban Butler: "Los grandes hombres, los más sabios, prudentes y juiciosos, los más inteligentes y sinceros, los más ajenos al interés o a la pasión, los más desligados del mundo, aquellos cuya misma bondad era ya un milagro visible de la divina gracia, son en sí mismos un testimonio de la verdad, de la revelación y de la divinidad de la religión católica. Su testimonio es tanto más valioso, en cuanto lo mantienen dentro de un espíritu de humildad y caridad, y en oposición al orgullo y a todo humano interés".

No puedo dejar este prefacio sin dar mis más expresivas gracias al Padre Paul Grosjean, Bolandista, por haber leído las pruebas de esta segunda edición. El haberse tomado este trabajo, es un ejemplo más del amplio espíritu de servicio de la Sociedad Bolandista, cuya ciencia está a la disposición del más humilde estudiante, y cuyo interés va hasta el más modesto trabajo en el campo de la hagiografía y obras relacionadas con ella. Cualquier omisión o falta que se encuentre en esta edición, debe atribuirse a mí; gracias al Padre Grosjean no fueron muchas. A él debo numerosas correcciones y referencias. Gracias al trabajo de los bolandistas, el Padre Thurston fue capaz de aceptar esta formidable empresa de revisar el Butler. Gracias al Padre Grosjean, puedo presentar al público esta otra revisión con menos temor que el que sufriera, si no hubiera pasado ante sus ojos: ojos de un entendido que se han dedicado especialmente a la historia hagiológica de la Gran Bretaña e Irlanda.

DONALD ATTWATER.

FIESTA DE SAN BEDA EL VENERABLE
27 de mayo, 1954.

* En 1952 el P. Joseph Crehan, S.J., publicó una memoria del Padre Thurston, en donde se encuentra una valiosa bibliografía de sus escritos, desde el primer artículo que publicó en *The Month* en 1787, hasta su muerte. El P. Crehan también ha publicado, en un solo volumen, los escritos que tienen relación con la estigmatización, levitación, y visiones especiales, tal como se manifiestan en las vidas de algunos santos y otros: *The Physical Phenomena of Mysticism* (1952).

INTRODUCCION

La siguiente introducción ha sido tomada de la edición norteamericana de 1963, publicada por Kennedy and Sons. Se han seleccionado y adaptado los párrafos más pertinentes a la edición que presentamos para el público de habla española. Tiene singular valor por compilar las principales ideas del P. Herbert Thurston, S.J., quien trabajó en la revisión del original de las *Vidas* de Butler.

Esta obra no va dirigida a eruditos, aun cuando ellos puedan encontrarla útil. Su objeto principal es presentar una relación que proporcione datos cortos, fáciles de leer y verídicos, de los principales santos que se veneran en la Iglesia occidental, o que por una u otra razón generalmente son más conocidos a los lectores de habla inglesa.*

La obra original fue publicada en Londres de 1756 a 1759 por el Rev. Alban Butler, con el título de *Vidas de los Santos.* ** Butler murió en 1773, hace cerca de 200 años. Desde entonces, la Iglesia ha ido enriqueciendo su lista honorífica con muchos nombres nuevos. Por eso se encontrarán muchos otros santos en esta obra, que fueron canonizados después de la muerte de Alban Butler. Más aún, se han incluído las nuevas Confirmaciones de Culto, (*Confirmatio cultus*) que equivalen a otras tantas nuevas beatificaciones. Este decreto, que se concede solamente después de hecha la debida investigación, corrobora autoritativamente la veneración de los siervos de Dios que vivieron antes de 1634, cuando entró en vigor el proceso de canonización instituído por Urbano VIII.

Así por ejemplo, "La Beatificación de los Mártires Ingleses" en 1886, no fue estrictamente una beatificación. No hubo una ceremonia solemne en San Pedro, ni un documento papal, como bula o breve, sino simplemente una *confirmatio cultus,* que procedía de la Sagrada Congregación de Ritos y que fue publicada en 1886 con la aprobación papal. El valor de este decreto equivale a una formal beatificación. Queda pues confirmada, dentro de algunos límites, la

* La presente edición se ha adaptado a los lectores latinos.

** El título completo de la primera edición, que apareció sin el nombre del autor, era *"The Lives of the Fathers, Martyrs and other Principal Saints; compiled from original monuments and other authentick records; illustrated with the remarks of judicious modern criticks and historians."* ("Las Vidas de los Padres, mártires y otros Santos importantes; tomadas de los monumentos originales y otros documentos auténticos; completadas con anotaciones de los críticos modernos e historiadores"). El obispo Ward afirma que fue publicada "nominalmente en cuatro volúmenes, pero en realidad fueron siete, en octavo"; Joseph Guillow, por otro lado, afirma que fueron cinco volúmenes. En realidad parece que sólo fueron cuatro paginaciones, pero debido a que algunos tomos eran muy voluminosos, (más de 1,000 páginas), los encuadernadores los dividieron en 2 partes y añadieron otra paginación. Por sugerencia del obispo Canciller, algunas notas fueron suprimidas en la primera edición; especialmente una larga disertación sobre los escritos de San Juan Crisóstomo. Sin embargo estas notas, se publicaron en la segunda edición, que apareció en 12 tomos en Dublin, 1779-1780, después de la muerte de Butler. Las notas existían en los manuscritos originales del autor.

veneración de cualquiera de los cincuenta y cuatro mártires ahí nombrados; se puede celebrar Misa en su honor y se le permite a los fieles llamar "beatos" a los siervos de Dios que aparecen en dicho documento, ya sea individual o colectivamente. Cuando reflexionamos en la fuerza de esta *confirmatio* en la cual encontramos nombres tan connotados como los del Cardenal Fisher, Tomás Moro, algunos monjes del Charterhouse de Londres, la Condesa de Salisbury (madre del Cardenal Pole) y el Padre Edmundo Campion S.J., para no hablar de otros muchos sacerdotes seculares, religiosos y laicos, cae de su peso que la lista de santos de Butler debe ser enriquecida por lo menos con media docena de nuevas biografías.

No es posible, por otro lado, tener una obra exhaustiva. Existe un buen número de martirologios, listas de reliquias, y otros documentos sobre los cuales la Santa Sede, muy sabiamente, ha guardado silencio, a no ser en casos en que se le ha pedido expresamente que hable. La sola colección oriental y céltica de los llamados "santos" crearía un formidable problema a cualquier biógrafo. En el "Martirologio de Gorman", una compilación del siglo XII, se encuentran 72 santos con el nombre de Colman, y en una edición reciente del *Martirologium Romanum,* hay 67 Félix. Ni siquiera se puede llamar exhaustiva la obra de 60 volúmenes de los Bolandistas, llamada *"Acta Sanctorum", quotquot toto orbe coluntur vel a catholicis scriptoribus celebrantur.* (Actas de los santos que se veneran en todo el orbe o son celebrados por los escritores católicos. Al fin del elogio de los santos de cada día, hay una lista de nombres bajo el título de *praetermissis aut in alios dies rejecti,* (nombres "olvidados o puestos en otros días"). La razón por la cual estos nombres se han suprimido o pasado a otras fechas es, o porque su culto no ha sido aprobado, o porque faltan datos históricos de los personajes. En general, no es fácil saber si se justifica el título de "Santos" o "Beatos" en algunos siervos de Dios, cuya fama de santidad no se extendía más allá de una localidad y era algunas veces sólo ratificada tácitamente por un obispo.

Tratamos de hacer una revisión que nos dé en pocas palabras las biografías de esas personas, cuya santidad ha sido confirmada formalmente por la Santa Sede, o cuya veneración se apoye en la liturgia de los primeros tiempos, como muestra de público reconocimiento. Desgraciadamente encontramos en no pocos casos que se ha tributado popular veneración a personajes cuya vida real se desconoce; aunque la piadosa imaginación de los hagiógrafos a menudo hayan tratado de suplir los detalles de su vida. Más aún, se encuentran en el Martirologio Romano nombres equivocados, debido algunas veces a los errores de los copistas de la edad media, e interpolaciones de simples leyendas prehistóricas transformadas o decoradas con los colores cristianos. No hemos querido omitir todas estas leyendas que fueron tan queridas por los devotos creyentes de otros tiempos, aun cuando en ellas se encuentran extravagancias y novelescos detalles, por otro lado patentes a nuestros sensatos lectores. (Algunas personas toman estas biografías como una literatura didáctica de espiritualidad).

En cuanto a los santos de los primeros mil años de la historia de la Iglesia, conocidos por sus virtudes o su martirio por el nombre de Cristo, no es fácil determinar quiénes de ellos deben reconocerse como santos, o como personajes históricos a los cuales añadieron el prefijo de "santos". En muchos casos de estos no existe una bula de canonización u otra aceptación formal de la Iglesia;

a lo más, encontramos que fueron conmemorados en los Misales o en el martirologio oficial que se lee en la "Hora Prima" del Oficio Divino. Estos siervos de Dios gozan de una canonización que se llama "*aequipolens*" (virtual); una especie de título de cortesía.

El fin principal que Butler se propuso al escribir fue, sin duda, el aprovechamiento espiritual de sus lectores; un extracto del prefacio de Butler en sus *Vidas* nos muestra el fin que tuvo al compilar su *magnum opus*. Dice entre otras cosas, con mucho acierto:

"El ejemplo es el mejor método, el más fácil, y el que mejor se adapta a todas las circunstancias y caracteres para formar a los hombres en la virtud. El orgullo retrocede ante las amonestaciones; en cambio, el ejemplo instruye sin tomar el aire autoritario de un maestro; pues con el ejemplo, el hombre parece aconsejarse y enseñarse a sí mismo . . . En las vidas de los santos vemos practicadas las máximas más perfectas del Evangelio y las virtudes más heroicas, convertidas en objeto de nuestros sentidos como revestidas de cuerpo, y presentadas con el ropaje más atractivo . . ." Cuando vemos que muchas personas se santificaron siendo reyes, o soldados, o casados, o ermitaños, y que utilizaron las circunstancias mismas de su condición como medios de virtud y penitencia, nos persuadimos de que la práctica de la perfección nos es posible también a nosotros en toda honesta profesión, y que lo único que necesitamos es santificar nuestras ocupaciones con espíritu de perfección y con fervorosos ejercicios de religión, y que no es preciso para hacernos santos el abandonar nuestro estado en el mundo. Aun cuando no podamos imitar todas las acciones de los santos, podemos aprender de ellos la práctica de la humildad, de la paciencia y de otras virtudes, de modo apropiado a nuestras circunstancias y estado de vida; y así, podemos pedir que participemos en las bendiciones y gloria de los santos. En un hermoso jardín se recoge un oloroso ramillete para aspirar su perfume todo el día, pues nosotros deberíamos cortar algunas flores en la lectura, seleccionando las reflexiones piadosas y los sentimientos que más nos conmuevan y repasarlos frecuentemente en el día; en esta forma, no nos sucederá lo que aquél que, habiéndose mirado en un espejo, se fue olvidando de su propia imagen".

INTRODUCCION A LA EDICION EN ESPAÑOL DE LA OBRA DE ALBAN BUTLER "VIDAS DE LOS SANTOS"

La urgencia de presentar a los hombres de hoy unas vidas de santos desnudas de todo aquello con lo que la leyenda y la piedad de otros tiempos ha ido desfigurándolas, o en las que se ha hecho una distinción, clara y definida, entre lo históricamente cierto y lo que no pasa de ser una piadosa tradición, queda suficientemente expuesta en la introducción hecha a la edición en inglés por el P. Herbert Thurston, S.J.

Con respecto a la edición en castellano, que ahora presentamos por vez primera al público de habla hispana, queremos agregar algunas otras consideraciones.

Hemos omitido las vidas de algunos santos sajones, totalmente desconocidos para los latinoamericanos, para dar cabida a otros santos latinos, más populares entre nosotros y que no se encontraban en la obra de A. Butler.

Se han añadido, asimismo, los santos cuya canonización ha sido decretada posteriormente a la aparición de la obra en inglés.

Por otra parte, dada la devoción tan señalada de los pueblos latinos de nuestro continente por la Santísima Virgen, así como por la multitud de personas que llevan el nombre de alguna de las advocaciones marianas, se ha incluido en esta edición la historia de las principales denominaciones con las que se venera en tierras españolas y americanas a Nuestra Señora.

De modo que nuestra tarea se ha concretado, además de una cuidadosa traducción, a poner al día y a adaptar al público de habla española, con la misma acuciosidad y seriedad científica que caracteriza al texto original, la obra cuya versión creemos que vendrá a llenar un lamentable hueco en nuestra literatura hagiográfica.

Podemos asegurar que no hemos omitido esfuerzo alguno para que la obra de Alban Butler, revisada y complementada por el P. Herbert Thurston, S.J., y Donald Attwater, extraordinaria por su rigorismo crítico y su solidez histórica, pueda llegar a todos los pueblos de América Latina y a España, convencidos de que: "El conocimiento exacto de los hechos es el fundamento más firme de una devoción verdadera".

WIFREDO GUINEA, S.J.

CONTENIDO DEL VOLUMEN I

ENERO

PÁGINA

PÁGINA

PÁGINA

PÁGINA

FEBRERO

PÁGINA

PÁGINA

PÁGINA

MARZO

PÁGINA

ABREVIATURAS BIBLIOGRAFICAS

Acta Sanctorum—Así, sin ninguna otra especificación, se refiere al *Acta Sanctorum* de los Bolandistas.

BHG.—*Biblioteca Hagiográfica Griega* de los Bolandistas.
BHL.—*Biblioteca Hagiográfica Latina* de los Bolandistas.
BHO.—*Biblioteca Hagiográfica Oriental* de los Bolandistas.

Burton and Pollen, LEM.—*Lives of the English Martyrs*, segunda serie, editada por E.H. Burton and J.H. Pollen.

Camm, LEM.—*Lives of the English Martyrs*, primera serie, editada por Bede Camm.

CMH.—Comentario sobre el *Martirologium Hieronymianum*, por H. Delehaye, sobre el *Acta Sanctorum*, Noviembre, volumen II, 2ª parte.

DAC.—*Dictionnaire d'Archéologie chrétienne et de Liturgie*, editado por F. Cabrol y H. Leclercq.

DCB.—*A dictionary of Christian Biography*, editado por William Smith y Henry Wace.
DHG.—*Dictionnaire d'Histoire et de Géographie ecclésiastiques*, editado por A. Baudrillart
DNB.—*The Dictionary of National Biography*, editado por Leslie Stephen *et al.*
DTC.—*Dictionnaire de Théologie Catholique*, editado por A. Vacant *et al.*
KSS.—*Kalendars of Scottish Saints*, editado por A.P. Frobes.
LBS.—*Lives of British Saints*, por S. Baring-Gould y John Fisher.
LIS.—*Lives of Irish Saints*, por John O'Hanlon.
Mabillon.—*Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti*, editado por J. Mabillon.
MGH.—*Monumenta Germaniae Historica*, editado por G.H. Pertz *et al.*

MMP.—*Memoires of Missionary Priests*, by Richard Challoner, con referencia a la edición 1924, editada por J.H. Pollen.

PG.—*Patrologia graeca*, editada por J.P. Migne.
PL.—*Patrologia latina*, editada por J.P. Migne.
REPSJ.—*Records of the English Province of the Society of Jesus*, editada por Henry Foley.
Ruinart.—*Acta primorum martirum sincera et selecta*, editada por T. Ruinart.
Stanton's *Menology*.—*A Menology of England and Wales*, por Richard Stanton.
VSH.—*Vitae Sanctorum Hiberniae*, editada por Charles Plumer.

Al citar la obra del Padre Delehaye, *Les origines du culte des martyrs*, nos referimos a la segunda edición revisada, del año 1933.

Existe una traducción al inglés de la obra *Les légendes hagiographiques*, ("The Legends of the Saints") del Padre Delehaye, hecha por la Sra. V.M. Crawford sobre la primera edición. La tercera edición francesa (1927) es edición revisada y por tanto algunas veces hacemos referencia a ella.

El título inglés que aquí citamos como "Léon, *L'Aureole séraphique* (English translation)", es "*Lives of the Saints and Blessed of the Three Orders of St Francis*" (1885-87), por el P. Léon (Vieu) de Clary. Una edición corregida y aumentada de esta obra se comenzó a publicar en el año 1951: *Aureola Serafica*, en italiano, por el Padre G.C. Guzzo. En el año 1954 habían aparecido cuatro volúmenes que incluían desde enero hasta agosto.

No se ha juzgado necesario dar las referencias de obras tan conocidas como *Dictionary of Christian Biography*, los *Dictionnaires* publicados por Letouzey, y la *Histoire de l'Eglise*, aunque de ellas hacemos referencia en las notas bibliográficas.

Debemos hacer caer en la cuenta al lector, de una vez por todas, que tratándose de los santos y beatos modernos, la más segura fuente de información sobre el aspecto espiritual de sus vidas, es el *summarium de virtutibus*, junto con las notas críticas del *Promotor fidei*, los cuales están publicados en el proceso de beatificación. Para los demás santos nombrados en el Martirologio Romano, puede hacerse referencia al *Acta Sanctorum, Decembris Propylaeum: Martirologium Romanum ad forman editionis typicae scholiis historicis instructum* (1940). Esta gran obra trae un abundante comentario sobre los nombres incluídos en el Martirologio Romano, que enmienda, donde es necesario, las conclusiones que se encontraban en el antiguo *Acta Sanctorum* de sesenta volúmenes. Esta obra da por adelantado un material que se encontrará redactado con mayor amplitud en los siguientes volúmenes que están por publicarse. Esta obra es indispensable para cualquier estudio serio y para referencia.

Llamamos la atención del lector sobre las siguientes obras generales de reciente publicación:

R.-F. Agrain, *L'Hagiographie: ses sources, ses méthodes, son histoire* (París 1953).

Vies des saints et des bienheureux, de los RR.PP. Benedictinos. Enero-Diciembre, 12 volúmenes. Especialmente los seis últimos volúmenes.

E. G. Bowen, *The Settlements of the Celtic Saints in Wales* (University of Wales Press, Cardiff, 1954).

E. Dekkers, *Clavis Patrum Latinorum* (Bruges, 1951). La mejor guía para las ediciones de los Padres desde Tertuliano hasta Beda.

J. Delorme, *Chronologie des civilisations* (Presses Universitaires de France, 1949).

A. Ehrhard (continuada por el P. Heseler), *Ueberlieferung und Bestand der hagiographischen Literatur der griechischen Kirche.* Tres volúmenes en *Texte und Untersuchungen* (Leipzig,. 1937-1943).

E. Griffe, *La Gaule chrétienne a L'époque romaine*, volumen I (París 1947). Desde el principio al fin del siglo cuarto.

A. Hamman, *La Geste du sang* (París, 1953). Traducción de los textos auténticos de los procesos de los mártires.

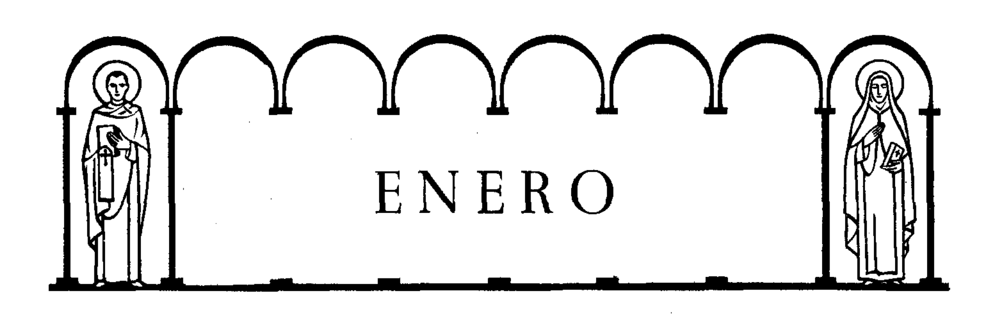
R. Janin, *Les églises et les monasteres* (de Constantinopla), volumen III, en *La Géographie ecclèssiatisque de l'empire byzantin*, Parte I (París, 1954).

Esta obra es importante por el estudio del culto de las reliquias de los santos.

Menologium cisterciense a monachis ordinis cisterciensis strictioris observatiae compositum... (Westmalle, 1952).

Además, en relación a algunos sitios importantes de Francia, el trabajo de J. Hubert y de F. Benoit (Arles), M. de Laugardiere (Bourges), J. de la Martiniere (Orléans), J. Perrin (Sens) y, especialmente René Louis (Auxerre). En la *Revue d'histoire ecclésiastique* (Louvaine), son de importante valor las recensiones de libros y las bibliografías (que vienen en un suplemento separado).

VIDAS DE LOS SANTOS
DE BUTLER



1: OCTAVA DEL NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

EN la Ley Antigua la circuncisión era un sacramento y constituía la primera observancia legal que Dios había impuesto al pueblo escogido entre todos como depositario de Su revelación. Dicho pueblo estaba formado por los descendientes de Abraham, a quien Dios había ordenado la circuncisión varios siglos antes de confiar a Moisés la Ley en el Monte Sinaí. La circuncisión tenía dos finalidades: en primer lugar, era una marca que distinguía al pueblo escogido del resto de la humanidad; en segundo lugar, constituía el sello de la alianza entre Dios y Abraham, por la cual Dios se comprometía a bendecir al Patriarca y a su Posteridad, y ésta a su vez quedaba obligada, por un pacto sagrado, a ser el pueblo de Dios y a guardar estrictamente sus leyes. Así pues la circuncisión era un sacramento de iniciación en el servicio divino, a la vez que una promesa de creer y obrar de acuerdo con la revelación y los deseos de Dios.

La ley de la circuncisión estuvo en vigor hasta la muerte de Jesucristo; por ello convenía que nuestro Salvador, que había nacido bajo la Ley y que había venido para enseñarnos la obediencia a Dios, se sometiera a ella para cumplir toda justicia. Así, Jesús fue "sometido a la Ley" —es decir, fue circuncidado— para redimir a quienes se hallaban bajo el peso de la Ley, librándoles de esa esclavitud, y para dar la libertad a quienes vivían en la servidumbre. El bautismo, que Cristo instituyó para reemplazar la circuncisión, nos hace hijos adoptivos de Dios.

El día en que fue circuncidado, Nuestro Señor recibió el nombre de Jesús, que significa Salvador, como lo había ordenado el ángel antes de que María concibiera. El Evangelio menciona la razón de ser de dicho nombre: "Porque va a salvar a su pueblo del pecado". Jesús iba a redimirnos con los más atroces sufrimientos, humillándose, como dice San Pablo, no sólo hasta la muerte sino hasta la muerte en la cruz. Por ello Dios le exaltó y le dio un nombre sobre todo nombre, y al nombre de Jesús se dobla toda rodilla. Con esto concuerda lo que Cristo dijo de Sí mismo: "Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra".

Desde el punto de vista litúrgico, podemos distinguir cuatro elementos en la fiesta que la Iglesia celebra el primer día del año. Se trata, en primer lugar, de la octava de Navidad, probablemente como consecuencia de esto, se hace una conmemoración especial de la Virgen Madre, cuya eminente participación en este misterio no podía celebrarse dignamente en la misma festividad. En segundo lugar, los antiguos misales y otros documentos conservan la huella del espíritu de penitencia con que se celebraba este día, a lo que parece como una manifestación de protesta contra los escándalos y excesos con que los paganos empezaban el año. En tercer lugar, el Salvador fue circuncidado al octavo día de su nacimiento; este acontecimiento exigía por sí mismo una celebración.

En el estado actual de las investigaciones litúrgicas, la primera mención que conocemos de esta festividad se encuentra en el Leccionario de Víctor de Capua. Este documento, que da testimonio de las costumbres de Italia del sur en el año 546, tiene un introito *De circumcisione Domini* y señala como lectura del día el pasaje de San Pablo a los Romanos (XV, 4-14), en el que llama al Señor "Ministro de la verdadera circuncisión por la que Dios confirma las promesas hechas a nuestros padres". Un poco después, en el canon 17 del Concilio de Tours (567 P.C.), se nos dice que, desde la Navidad hasta la Epifanía, todos los días eran festivos, excepto el tríduo (probablemente del 1 al 3 de enero), "durante el cual nuestros padres, para desarraigar la costumbre pagana, ordenaron que el 1º de enero hubiese una celebración privada de las letanías, lo cual no impediría el canto de los salmos en las iglesias, y que la Misa de la Circuncisión se celebrase a la hora octava". Debe advertirse que, además de la referencia a la Misa de la Circuncisión, la palabra *litaniae,* en esa época, estaba relacionada con las prácticas penitenciales. Algo más tarde, en el arquetipo del martirologio que se conoce con el nombre de *Hieronymianum,* que data aproximadamente del año 600, encontramos nuevamente una mención de la Circuncisión, así como en casi todos los calendarios, martirologios, leccionarios, y otros libros del servicio litúrgico del siglo VII y siguientes. La liturgia romana actual no conserva ninguna huella de los esfuerzos de la Iglesia primitiva por lograr que los cristianos recientemente convertidos no tomasen parte en los ritos y excesos paganos del año nuevo, sin embargo, los llamados sacramentarios "Gelasianos", más o menos modificados por los usos que prevalecían en las Galias, en Alemania y en España, hablan constantemente de la segunda Misa de este día *ad prohibendum ab idolis,* es decir, contra las prácticas de los idólatras. Todas las oraciones de dicha Misa repetían la petición de que, quienes habían recibido la gracia de la adoración perfecta en la fe cristiana, tuviesen el valor de volver las espaldas con decisión a sus antiguas y detestables costumbres paganas. Cabe hacer notar que, aun antes de que la Iglesia pensara en establecer una fiesta litúrgica relacionada con el primer día del año, San Agustín exhortaba ya a sus oyentes, en un sermón predicado en esa fecha, a comportarse como cristianos en medio de los excesos que cometían los gentiles en esa temporada.

Por consiguiente, es absolutamente seguro que el deseo de proteger a los miembros débiles de la comunidad cristiana contra la contaminación de las celebraciones del año nuevo, fue uno de los principales motivos que tuvo la Iglesia para instituir la fiesta en este día. Las palabras de San Agustín nos hacen sospechar que él se daba muy bien cuenta de cuán inútil era imponer un ayuno general, precisamente en un día que era de fiesta para el resto del mundo. La naturaleza humana se hubiese rebelado contra exigencias superiores a sus fuerzas. Lo único práctico que se podía hacer, era aplicar los principios de pastores tan sabios como San Gregorio Taumaturgo y San Gregorio el Grande: cuando los usos paganos habían penetrado demasiado profundamente en las costumbres populares, la manera de combatir o neutralizar los efectos del mal consistía en establecer una festividad cristiana que sustituyese a la festividad pagana. En conjunto, queda la impresión de que fuera de Roma —en Galia, Germania, España, y aun en Milán y en el sur de Italia— se llevó al cabo un esfuerzo por exaltar el misterio de la Circuncisión, con la esperanza de colmar la imaginación popular y hacer olvidar a los vividores las supersticiones paganas. Sin

embargo, en la misma Roma no existen huellas de referencias a la Circuncisión, sino hasta en una época relativamente tardía. La liturgia del día en nuestro misal actual, al mismo tiempo que se hace eco de los sentimientos propios de la Natividad, como era de esperarse en la octava de dicha fiesta, se refiere de manera muy marcada a la Madre de Dios, por ejemplo, en la colecta. ¿Por qué esta importante mención de Nuestra Señora el primer día del año? Como lo indicamos más arriba, tal vez es simplemente el resultado de su íntima relación con el misterio de la Encarnación; pero hay razones para creer que la liturgia de este día es la de la octava de Navidad, tal como se celebraba en la antigua basílica romana de Santa María la Antigua (cf. D. Bünner en la bibliografía). En todo caso, ya sea que en dicha iglesia se celebrara el primero del año una fiesta como antídoto a las orgías paganas, o con algún otro fin, los esfuerzos desgraciadamente sólo obtuvieron un éxito parcial, ya que los escandalosos excesos sobrevivieron, aun en la llamada "Fiesta de los Locos". Los mejores hombres de la Iglesia protestaron contra tales excesos durante toda la Edad Media, pero generalmente sus protestas resultaron inútiles.

Cf. Abbot Cabrol, *Les origines liturgiques* (1906), pp. 203-210; también la *Revue du clergé francais*, enero, 1906, pp. 262 ss., y DAC, s.v. *Circoncision*; F. Bünger, *Geschichte der Neujahrsfeiern der Kirche* (1909); D. Bünner, *La fête ancienne de la Circoncisión*, en *La Vie et les Arts Liturgiques*, enero, 1924; G. Morin en *Anecdota Maredsolana*, vol. I, pp. 426-428. Ver también Mansi, *Concilia*, vol. IX, p. 796; Maasen, *Concilia Merov*., p. 126; San Agustín, sermón 198 en Migne, PL, vol. XXXVIII, c, 1025: y W. de Grüneisen, *Ste. Marie Antique*, pp. 94, 493. Hay en nuestro artículo una referencia al *Hieronymianum*, al que tendremos que referirnos frecuentemente. Se trata del *Martirologio de Jerónimo*, llamado así por haber sido erróneamente atribuido a San Jerónimo. Dicha obra fue imitada por todos los calendarios de mártires y de santos. Es una compilación hecha en Italia en la segunda mitad del siglo V; el manuscrito en el que se fundan todas las copias actualmente conocidas es una recensión hecha en la Galia, alrededor del año 600. El comentario del P. Delehaye sobre el *Hieronymianum* se encuentra en *Acta Sanctorum*, noviembre, vol. II, pt. 2.

SAN CONCORDIO, MÁRTIR (*c.* 178 P.C.)

EN EL REINADO de Marco Aurelio, el subdiácono Concordio fue aprehendido en el desierto. Ante su juez Torcuato, gobernador de Umbría, que residía entonces en Espoleto, nuestro mártir no sucumbió, ni a las promesas, ni a las amenazas. Apaleado en el primer interrogatorio y descoyuntado en el potro en el segundo, Concordio cantaba gozosamente en medio de sus tormentos: "¡Gloria a Ti Señor Jesús!" Tres días más tarde, Torcuato dio la orden de decapitarle, si no ofrecía sacrificios a un ídolo que un sacerdote, acompañado por dos soldados, debía presentarle en su prisión. El santo mostró su indignación escupiendo al ídolo; acto seguido, uno de los soldados le decapitó.

Ver sus actas en *Acta Sanctorum*, 1º de enero; también Tillemont, *Mémoires*... vol. II, p. 439.

SAN ALMAQUIO O TELEMACO, MÁRTIR (*c.* 400 P.C.)

TODO LO QUE sabemos de este interesante personaje proviene de dos breves reseñas. La primera de ellas se halla en la "Historia Eclesiástica" de Teodoreto

(lib. v, c. 26), la segunda en el antiguo "Martirologio de Jerónimo", del que hablamos en la bibliografía de la Circuncisión. Teodoreto nos dice que el emperador Honorio suprimió los combates en el circo, a raíz del incidente que vamos a relatar: "Un asceta llamado Telémaco había venido del oriente a Roma, animado por una santa ambición. En el momento en que se llevaban al cabo en el circo los abominables juegos, Telémaco penetró en el estadio, se presentó en la arena e intentó separar a los gladiadores. Los espectadores, furiosos al ver interrumpida su diversión e instigados por el demonio, que gusta de ver correr la sangre, mataron a pedradas al mensajero de la paz. Al enterarse de lo ocurrido, el excelente emperador puso a Telémaco en la gloriosa lista de los mártires y abolió las criminales justas de los gladiadores".

La reseña del "Martirologio de San Jerónimo", conservada hasta nuestros días en el "Martirologio Romano", dice textualmente: "Primero de enero... La festividad de Almaquio, quien, habiendo dicho: "Hoy es el octavo día del Señor, cesad de adorar a los ídolos y de ofrecer sacrificios impuros", fue decapitado por los gladiadores, por orden de Alipio, prefecto de la ciudad. Contra la opinión de Dom Germain Morin, quien se inclina a ver en este martirio un simple eco de la leyenda fantástica del dragón del foro romano, el P. H. Delehaye, bolandista, piensa que se trata de un martirio histórico y considera que, a pesar de ciertas dificultades en cuanto a las aclaraciones, el verdadero nombre del mártir fue Almaquio y que su martirio tuvo lugar hacia el año 400.

Ver *Analecta Bollandiana*, vol. XXXIII (1914), pp. 421-428. Cf. Morin, en la *Revue Bénédictine*, vol. XXXI (1914), pp. 321-326, y CMH, p. 21.

SANTA EUFROSINA, VIRGEN (¿siglo V?)

LOS GRIEGOS llaman a Santa Eufrosina "nuestra madre" y la tienen en gran honor. Sin embargo, no poseemos ninguna narración auténtica de su vida. Lo que ha llegado hasta nosotros, como "su historia", es una simple réplica de la vida de Santa Pelagia, tal como aparece, para uso de los lectores occidentales, en las "Vitae Patruum" y en la "Leyenda Dorada". Ahora bien, esa vida de Santa Pelagia es un cuento creado por la imaginación popular que, con ligeras variantes, pasó a embellecer las historias de Santa Marina, Santa Apolinaria, Santa Teodora, etc.

Según esa fábula, Santa Eufrosina o Eufrosine fue hija de Pafnucio, rico y piadoso ciudadano de Alejandría. Pafnucio y su mujer no tuvieron descendencia durante largo tiempo; Eufrosina vino finalmente a alegrar su vida, gracias a las oraciones de un santo monje a cuya intercesión se habían encomendado. La niña era extraordinariamente bella y sus padres le dieron ese nombre para conmemorar el gozo que su nacimiento les había producido. La madre murió cuando Eufrosina tenía once años. Su padre se dedicó a buscarle marido y la prometió a un joven muy rico. Eufrosina no parece haber puesto ningún reparo al principio; pero, a raíz de una entrevista con el santo monje que había orado antes de su nacimiento, empezó a sentir el llamamiento hacia una vida más alta y la despreocupación por las cosas de este mundo. En señal de ello, Eufrosina se desprendió de sus joyas y las regaló a los pobres; cesó, además, de tratar con jóvenes de su edad y frecuentaba únicamente a ancianas de piedad reconocida; finalmente, se dice que para perder su atractivo,

dejó de lavarse el rostro "aun con agua fría". Todo ello no pareció haber impresionado gran cosa a su padre, que, sin preocuparse de la hija, partió a un retiro de tres días en honor del santo fundador de un monasterio del que él era bienhechor. En cuanto el padre se alejó, Eufrosina envió a una sirvienta de confianza a pedir una entrevista al santo monje. Cuando Eufrosina confió a éste el llamamiento divino que sentía en su alma, el monje respondió con las palabras del Señor: "Quien no es capaz de dejar a su padre, a su madre, a sus hermanos y todas las cosas por el Reino de los Cielos, no es mi discípulo". Eufrosina manifestó al monje que temía despertar la cólera de su padre y que ella era la única heredera de su fortuna, a lo que el monje replicó que su padre encontraría entre los pobres y los enfermos numerosos herederos. Vencida su resistencia, Eufrosina pidió al monje que la admitiera en religión, cosa que éste hizo inmediatamente.

Cuando terminó la entrevista y Eufrosina empezó a reflexionar, llegó a la conclusión de que no podría librarse de la ira de su padre en ningún convento de la región, porque éste la descubriría seguramente y la llevaría a casa por fuerza. Así pues, Eufrosina se disfrazó de hombre y huyó de noche, en tanto que su padre se hallaba todavía ausente. Sin saberlo, Eufrosina llamó a la puerta del monasterio que su padre frecuentaba; el superior se maravilló de la juvenil belleza del visitante. Eufrosina le dijo que se llamaba Esmaragdo y que había formado parte de la corte; que venía huyendo de las diversiones del mundo y de las intrigas cortesanas y que deseaba consagrar su vida a la oración en la paz del monasterio. El abad quedó grandemente edificado y aceptó recibirla en el monasterio, a condición de que se sometiera a la dirección de un monje antiguo, dada su evidente falta de experiencia en la disciplina de la vida religiosa. Eufrosina replicó que no sólo estaba dispuesta a aceptar la dirección de un maestro de perfección sino de muchos. Nadie sospechó nunca que se trataba de una mujer, y Eufrosina hizo grandes progresos en la virtud. No le faltaron dificultades y tentaciones, pero salió triunfante de ellas. Como su belleza y su encanto resultaban una causa de distracción para los otros monjes, Eufrosina se retiró a una celda solitaria, en la que sólo recibía a quienes necesitaban de sus consejos. Su fama de santidad y sabiduría se fue extendiendo cada vez más y, al cabo de un tiempo, su padre, desesperado de haberla perdido, pidió permiso de consultar al venerable asceta Esmaragdo. Eufrosina le reconoció, pero él no sospechó que fuera ella, pues su rostro estaba casi totalmente cubierto y las asperezas de la vida religiosa lo habían cambiado. Eufrosina le dio gran consolación espiritual, pero no le reveló su identidad, sino muchos años después, cuando se hallaba ya en el lecho de muerte. Al morir Eufrosina, su padre se retiró del mundo y vivió diez años en la celda que ella había ocupado.

Ver Delehaye, *Les légendes hagiographiques* (1927), pp. 189-192, y Quentin, *Les martirologes historiques*, pp. 165-166. Aunque hay en el Martirologio Romano una conmemoración de Eufrosina el primero de enero, y los Carmelitas sostienen que perteneció a su orden y celebran su fiesta el 2 de enero, hay razones muy serias para dudar de la existencia de Eufrosina. En su caso no existe ningún culto local que permita situar el origen de la leyenda. Los sinaxarios griegos conmemoran a Santa Eufrosina el 25 de septiembre; por el contrario, en la mayoría de los martirologios latinos su elogio aparece el 1º de enero. El *Acta Sanctorum* narra su vida el 11 de febrero. La *Analecta Bollandiana* (vol. II, pp. 196-205) publicó una biografía griega; en BLH (nn. 2722-2726) se encuentra el catálogo de las versiones latinas. El tono de todos estos documentos es claramente legen-

dario. Sin embargo, parece que ha habido algunos casos auténticos de mujeres que, disfrazadas de hombres, vivieron en monasterios para hombres, sin ser descubiertas durante algún tiempo. Tal es el caso, del que existen pruebas más o menos contemporáneas, de Hildegunda, quien murió en la abadía cisterciense de Schonau, el 20 de abril de 1188; pero el problema de su santidad es muy diferente.

SAN EUGENDO u OYENDO, Abad (*c.* 510 p.c.)

A la muerte de los santos hermanos Romano y Lupicino, fundadores de la abadía de Condat, bajo cuya dirección había sido educado desde los siete años, Eugendo fue nombrado coadjutor de Minausio, quien les había sucedido en el cargo. Cuando Minausio fue depuesto, Eugendo pasó a ocupar el puesto de abad del famoso monasterio. Su vida fue muy austera y estaba tan apartado de las pasiones, que parecía incapaz de experimentar la ira. Eugendo, que no reía nunca y sin embargo, llevaba la alegría reflejada en el rostro, era muy versado en griego, en latín, en el conocimiento de la Sagrada Escritura, y fue un gran promotor de los estudios en su monasterio; a pesar de ello, todos los ruegos no consiguieron persuadirle a aceptar la ordenación sacerdotal. La biografía de los primeros abades de Condat consigna el hecho de que, habiéndose incendiado el monasterio que San Romano había construido con troncos de árboles, Eugendo construyó un nuevo monasterio de piedra, así como una elegante iglesia consagrada a los santos Pedro, Pablo y Andrés. Eugendo vivía en constante oración, y su devoción no hizo sino aumentar durante su última enfermedad. Habiendo convocado a aquél de sus hermanos que él había nombrado para ungir a los enfermos, Eugendo le pidió, según la costumbre de la época, que le ungiera el pecho, y entregó su alma a Dios cinco días más tarde, hacia el año 510, a los sesenta y uno de edad. De él tomó el nombre de Saint-O-yend la famosa abadía de Condat, a siete leguas de Ginebra; dicho nombre fue cambiado por el de Saint-Claude en el siglo XIII, en honor del obispo de Besançon cuya fiesta se celebra el 6 de junio.

Ver la vida de San Eugendo, escrita por uno de sus contemporáneos y discípulos, cuya edición crítica fue editada por Bruno Krusch en MGH., *Scriptores Merov.*, vol. III, pp. 154-166. En la introducción de esta edición crítica, así como en un estudio sobre *La falsification des vies des saints bourgondes* (*Mélanges Julien Havet*, pp. 39-56), Krusch opina que dicha biografía es una falsificación de fecha muy posterior; pero Mons. L. Duchesne, en *Mélanges d'archéologie et d'histoire*" (1898), vol. XVIII, pp. 3-16, ha probado con éxito su autenticidad y su veracidad.

SAN FULGENCIO, Obispo de Ruspe (533 p.c.)

Fabio Claudio Gordiano Fulgencio descendía de una noble familia senatorial de Cartago. Nació el año 468, treinta años después de que los vándalos habían desmembrado a Africa del Imperio Romano. Su madre, Mariana, que había quedado viuda desde joven, se ocupó de la educación de Fulgencio y de su hermano. Bajo su dirección, Fulgencio aprendió el griego siendo todavía niño, y llegó a hablarlo tan perfectamente como su propia lengua. También se consagró al estudio del latín. Sin embargo, sabía combinar los estudios con los negocios, ya que tomó por su cuenta la administración de los bienes familiares para evitar a su madre ese trabajo. Todos le respetaban por su prudencia, su conducta ejemplar, su carácter amable y sobre todo por la gran defe-

rencia con la que trataba a su madre. Fue elegido procurador, es decir vicegobernador y receptor general de impuestos de Byzacena. Pero la vida mundana le fatigó muy pronto y, justamente alarmado ante sus peligros, Fulgencio se armó contra ellos con la lectura espiritual, la oración y el ayuno riguroso y las frecuentes visitas a los monasterios. Todo esto y la lectura de un sermón de San Agustín sobre el Salmo treinta y seis, en el que el santo doctor habla del mundo y de la corta duración de la existencia humana, hicieron brotar en él un ardiente deseo de abrazar la vida religiosa.

Unerico, rey arriano, había expulsado de sus diócesis a la mayoría de los obispos ortodoxos. Uno de ellos, llamado Fausto, había fundado un monasterio en Byzacena. A él se dirigió el noble joven en busca de consejo; pero Fausto, observando su débil constitución, le desaconsejó la vida religiosa con palabras bastante duras: "Primero aprende a vivir en el mundo sin entregarte a sus placeres. ¿Crees acaso que es tan fácil el paso de una vida cómoda como la tuya, a una vida de severo ayuno y pobre vestido como la nuestra? ¿Cómo podrías acostumbrarte a nuestras vigilias y penitencias?" Fulgencio replicó modestamente: "Aquél que me ha llamado a servirle me dará también el valor y la fuerza necesarios". Esta respuesta humilde y decidida movió a Fausto a admitirle a prueba. El santo contaba entonces veintidós años. La noticia de un suceso tan inesperado sorprendió y edificó a todo el país. Pero Mariana, su madre, acudió prestamente a las puertas del monasterio, gritando: "Fausto, devuélveme a mi hijo y a la ciudad su gobernador. La iglesia protege a las viudas; ¿cómo te atreves, pues, a robarme a mi hijo, siendo yo una viuda sin consuelo?" Todos los argumentos de Fausto no bastaron para calmarla. Naturalmente, esto fue una prueba durísima para Fulgencio, pero Fausto aprobó su vocación y le recomendó a los monjes. Como la persecución se recrudeciera, Fausto tuvo que retirarse a otra ciudad; nuestro santo se presentó, pues, a un monasterio vecino, cuyo abad le propuso inmediatamente la dirección del convento. Tal proposición sorprendió a Fulgencio, pero finalmente quedó convenido que ambos ejercerían conjuntamente las funciones de superior. La armonía con la que los dos abades gobernaron el monasterio durante seis años, fue admirable; jamás surgió dificultad alguna entre ellos y cada uno trataba de acomodarse a la voluntad del otro. En tanto que Félix se ocupaba de la dirección de los asuntos temporales, Fulgencio se encargaba de la predicación y la instrucción.

El año 499, una violenta irrupción de las tribus de Numidia obligó a los dos abades a buscar refugio en Sicca Veneria, ciudad de la provincia proconsular de Africa. Ahí, un sacerdote arriano les hizo arrestar y flagelar, porque predicaban la consustancialidad del Hijo de Dios. Al ver que los verdugos se ocupaban primero de Fulgencio, Félix gritó: "Dejad en paz a este pobre hermano mío, que es demasiado delicado para soportar vuestras brutalidades, y ocupáos de mí que soy fuerte". Los verdugos, al oír esto, se arrojaron sobre Félix, quien soportó la tortura con extraordinario valor. Cuando llegó su turno, Fulgencio sufrió con paciencia la flagelación; pero, sintiendo que la pena se hacía insoportable, para ganar un momento de respiro indicó al juez que tenía una declaración que hacer. El juez dio a los verdugos la orden de interrumpir la tortura, y Fulgencio empezó a narrar sus viajes de un modo fascinante. El cruel y fanático juez, que esperaba una abdicación de la fe y no un relato de viajes, ordenó que recomenzara la tortura. Finalmente los dos confesores de la fe fueron puestos en libertad, con los vestidos desgarrados, el cuerpo des-

trozado y la cabeza rapada, de suerte que los mismos arrianos se avergonzaron de tal crueldad y su obispo prometió castigar al sacerdote que les había entregado a la tortura, a condición de que Fulgencio se encargara de actuar como acusador en el juicio. Fulgencio respondió que el cristiano no tiene derecho a tratar de vengarse y que hay una bienaventuranza relativa al perdón de las injurias.

Fulgencio se embarcó con rumbo a Alejandría, a donde le llevaba el deseo de visitar a los ascetas del desierto de Egipto, famosos por la santidad y aspereza de sus vidas; pero en Sicilia, Eulalio, abad de Siracusa, disuadió a Fulgencio de continuar su viaje, asegurándole que "una odiosa disensión había apartado a Egipto de la comunión de Pedro", es decir, que los herejes pululaban en Egipto y que vivir ahí era enfrentar la alternativa de unirse en comunión con ellos o privarse de los sacramentos. Renunciando, pues, a su proyecto de visitar Alejandría, Fulgencio se embarcó para Roma, a donde quería ir a orar en la tumba de los apóstoles. Un día vio a Teodorico, rey de Italia, sentado en el trono y rodeado del senado y la corte. "¡Ah —exclamó Fulgencio— cuán bella debe ser la Jerusalén celestial, si la Roma terrenal es tan hermosa, y qué gloria debe Dios dar a sus santos en el cielo, si viste con tal esplendor a los amadores de la vanidad!" Este acontecimiento tuvo lugar en la segunda mitad del año 500, en el momento de la primera entrada del rey en Roma.

Fulgencio volvió a su patria poco después y construyó un espacioso monasterio en Byzacena, pero él mismo se retiró a una celda en las proximidades del mar. Fausto, su obispo, le obligó a reasumir el gobierno del monasterio. Al mismo tiempo, muchas ciudades le deseaban como obispo, porque había múltiples sedes vacantes a consecuencia del edicto por el que el rey Tarasimundo había prohibido la consagración de obispos ortodoxos. Una de dichas sedes vacantes era la de Ruspe, la actual población de Kudiat Rosfa en Túnez. Fulgencio fue arrancado de su retiro y consagrado obispo en 508.

Su nueva dignidad no modificó su estilo de vida. Jamás revistió el *orarium* —especie de estola que usaban entonces los obispos—, ni dejó su áspera túnica, que le cubría lo mismo en invierno que en verano. Algunas veces iba descalzo; nunca se desnudaba para dormir, y jamás faltó al oficio de medianoche. Sólo cuando estaba enfermo, aceptaba un poco de vino en el agua que bebía y nunca pudieron persuadirle a comer un poco de carne. Su modestia, bondad y humildad le ganaban el afecto de todos, aun del ambicioso diácono Félix, que se había opuesto a su elección y a quien el santo trató con cordial caridad. Su amor a la soledad le movió a construir un monasterio en las proximidades de su casa, en Ruspe; pero antes de que pudiera terminarlo, el rey Trasimundo le desterró a Cerdeña, junto con otros sesenta obispos ortodoxos. Aunque era el más joven de los desterrados, Fulgencio hablaba y escribía por ellos en todas las ocasiones difíciles. El caritativo Papa San Símaco enviaba cada año dinero y vestidos a estos campeones de la fe. Se conserva todavía una carta de San Símaco en la que les consuela y reconforta. Por la misma época, les envió también unas reliquias de los santos Nazario y Romano, "para que el ejemplo y protección de estos generosos soldados de Cristo animen a los confesores a pelear valientemente las batallas del Señor".

Con otros compañeros, San Fulgencio transformó en Cagliari una casa en monasterio. El sitio se convirtió inmediatamente en un refugio para todos

los afligidos y necesitados de consejo. En dicho retiro, el santo compuso numerosos tratados para la instrucción de los fieles de Africa. Al enterarse el rey Trasimundo de que Fulgencio era el principal apoyo y abogado de la comunidad, le mandó llamar y le expuso sus objeciones contra la fe; el santo respondió a ellas, según parece, en su libro titulado "Respuesta a Diez Objeciones". El rey admiró su humildad y su ciencia, y la causa de la fe salió triunfante gracias a las respuestas de Fulgencio. Para evitar que el éxito se repitiera, el rey le exigió que no divulgara las respuestas a sus nuevas objeciones, pero Fulgencio se negó a responder, si no se le autorizaba a conservar una copia. Escribió, pues, al rey una amplia y modesta refutación del arrianismo, que ha llegado hasta nosotros con el título de "Tres Libros al Rey Trasimundo". La obra resultó del gusto del rey, quien dio a Fulgencio permiso de residir en Cartago; pero las repetidas quejas de los obispos arrianos sobre el éxito de la predicación de Fulgencio, lograron finalmente que fuera desterrado de nuevo a Cerdeña en 520. Como un cristiano llorara al ver que Fulgencio se embarcaba, éste le dijo: "No llores, pues muy pronto estaré de vuelta y gozando de plena libertad; entonces verás con tus propios ojos el reflorecimiento de la fe en el reino. Pero no divulgues este secreto". Los acontecimientos confirmaron la verdad de esta predicción. La humildad de Fulgencio le hacía guardar en secreto los milagros que obraba, y a él se atribuyen las siguientes palabras: "Un hombre puede poseer el don de hacer milagros y sin embargo perder su alma. Los milagros no garantizan la salvación. Cierto que atraen la estima y el aplauso; pero, ¿de qué sirve ser estimado y aplaudido en este mundo y ser condenado al infierno en el otro?" De vuelta a Cagliari, Fulgencio erigió otro monasterio en las cercanías de la ciudad, y socorrió solícitamente a los monjes, especialmente durante sus enfermedades; pero no podía sufrir que los monjes pidieran nada, pues, según decía él: "Hemos de recibirlo todo de la mano de Dios, con conformidad y gratitud".

Trasimundo murió en 523, después de haber nombrado a Hilderico como sucesor. Los cristianos ortodoxos de Africa hicieron volver del destierro a sus pastores. La nave que les llevó a Cartago fue recibida con grandes demostraciones de gozo, que llegaron al paroxismo cuando Fulgencio apareció sobre la cubierta. Los confesores se dirigieron a la iglesia de San Agileo para dar gracias a Dios. Como se desatara una súbita tempestad, el pueblo, para mostrar su singular veneración por Fulgencio, improvisó rápidamente, con sus propias vestiduras, una especie de toldo para protegerle de la lluvia. El santo se apresuró a ir a Ruspe, donde empezó desde luego a corregir los abusos que se habían instalado durante los setenta años de persecución; pero realizó con tanto tacto esta reforma, que acabó por ganarse aun a los más obstinados. San Fulgencio poseía un extraordinario don oratorio; Bonifacio, obispo de Cartago, no podía oírle hablar sin que las lágrimas se le vinieran a los ojos y su corazón se sintiera lleno de gratitud hacia Dios, por haber dado a su Iglesia un pastor tan excelente.

Más o menos un año antes de su muerte, Fulgencio se retiró a un monasterio de la pequeña isla de Circinia a fin de prepararse para el paso a la eternidad. Sin embargo, las ardientes súplicas de su grey le obligaron a volver a Ruspe poco antes del fin. Soportó con admirable paciencia los sufrimientos de su última enfermedad; sus labios repetían constantemente esta oración: "Señor, dame paciencia ahora y después misericordia y perdón". Como los médicos le aconseja-

ran una cura de baños, Fulgencio respondió: "¿Acaso una cura de baños puede evitar la muerte cuando la vida ha llegado a su término?" Fulgencio convocó a su clero y a los monjes, que lloraban a porfía y les pidió perdón por cualquier ofensa que pudiera haberles hecho; igualmente les consoló, les dio sus últimos consejos y expiró apaciblemente a los sesenta y seis años de edad, el primero de enero, fecha en que aparece su conmemoración en la mayoría de los calendarios. Algunas iglesias celebran su fiesta el 16 de mayo, que corresponde probablemente a la fecha en que sus reliquias fueron transladadas, en 714 aproximadamente, a Bourges de Francia, donde fueron destruídas durante la Revolución. Era tal la veneración que el pueblo le profesaba, que fue enterrado en la iglesia, contrariamente a la ley y a las costumbres de la época, como lo hace notar su biógrafo. San Fulgencio había escogido por modelo a San Agustín; como verdadero discípulo suyo, siguió fielmente su conducta, reprodujo su espíritu y expuso su doctrina.

Existe una verídica biografía de nuestro santo, escrita por uno de sus contemporáneos que, según opinan muchos, era también su discípulo: Fulgencio Ferrando. Se la encuentra en el *Acta Sanctorum*, 1º de enero, así como en otras publicaciones. Ver la importante obra de G. G. Lapeyre, *St. Fulgence de Ruspe* (1929), que incluye la *vita* en volumen aparte. A propósito de los escritos teológicos y apologéticos de San Fulgencio, hay que nombrar la *Patrology* de Bardenhewer, pp. 616-618 de la traducción inglesa (1908), y el DTC, vol VI, cc. 968 ss. Ver también Abbot Champman en la *Catholic Encyclopedia*, vol. VI, pp. 316-317, y Dr. H. R. Reynolds en DCB, vol. II, pp. 576-583.

SAN FELIX, Obispo de Bourges (*c.* 580 p.c.)

No conocemos gran cosa de la vida de este santo, pero no se puede poner en duda su existencia y la veneración en la que le tuvieron sus contemporáneos. San Germán de París ofició en su consagración, cuya fecha exacta no podemos fijar. San Félix tomó parte en el Concilio de París (573 p.c.), y Venancio Fortunato le dedicó un breve poema sobre una píxide que él había mandado hacer para guardar la Eucaristía. La diócesis de Bourges celebra la fiesta de San Félix el 1º de enero, pero es imposible determinar con exactitud la fecha de su muerte. Su tumba se hallaba en la iglesia de San Austregisilo de Castro, fuera de las murallas de la ciudad. Doce años después de su muerte, según nos informa Gregorio de Tours, la dala mortuoria que cubría su sepulcro fue sustituída por otra de metal más precioso. Con tal ocasión, se descubrió que su cuerpo se hallaba incorrupto. Se dice que muchas personas recobraron la salud bebiendo agua en la que se había mezclado un poco de polvo de la dala original.

Ver Duchesne, *Fastes épiscopaux de l'ancienne Gaule*, vol. II (1900), p. 28. Venantius Fortunatus, *Carmina*, lib. III, no. 25 (Migne, PL, vol. LXXXVIII, c. 473; en el texto editado por F. Leo para MGH este poema está clasificado en el lib. III, no. 20); y Gregorio de Tours, *In gloria confessorum*, c. 102, en MGH, *Scriptores Merov.*, vol. I.

SAN CLARO, Abad (*c.* 660 p.c.)

San Claro, que recibió este nombre en su juventud debido a su lucidez, no tanto en las ciencias humanas, cuanto en la percepción de las cosas espirituales, parece haber sido nombrado abad del monasterio de San Marcelo, en Vienne del delfinado, a principios del siglo VII. Una biografía latina, escrita más de cien

años después, relata muchos milagros legendarios*, pero es probablemente verídica al afirmar que Claro fue el primer monje de la abadía de San Ferrol; que era muy estimado por Cadeoldo, arzobispo de Vienne; que fue nombrado director espiritual del convento de Santa Blandina, en el que su madre y otras viudas tomaron el velo, y que terminó sus días (1º de enero, *c.* 660) siendo abad de San Marcelo. Su culto fue confirmado en 1903.

Ver *Acta Sanctorum*, 1º de enero, y M. Blanc, *Vie et culte de S. Clair* (2 vols., 1898).

SAN ODILON, Abad (1049 p.c.)

Odilón era todavía muy joven, cuando recibió en Cluny el hábito monacal de manos de San Mayolo, quien hizo de él su coadjutor en 991, a pesar de que no tenía sino veintinueve años a la muerte de San Mayolo, en 994, Odilón tomó las riendas de la gran abadía. Aunque muy austero consigo mismo, Odilón era excepcionalmente amable con cuantos le rodeaban. Acostumbraba decir que prefería pecar por exceso de bondad, que por exceso de severidad. Muchos tacharon de extravagancia su gran liberalidad con los pobres durante la época de hambre de 1006, porque, para venir en su socorro, no tuvo reparo en mandar fundir los vasos y adornos sagrados, ni en vender la corona de oro que San Enrique había regalado a la abadía. Odilón hizo cuatro viajes a Roma. En su visita a Montecasino, su devoción a San Benito le llevó hasta pedir permiso de besar los pies a todos los monjes del monasterio, concesión que obtuvo no sin dificultad.

Bajo el gobierno de San Odilón, aumentó el número de abadías que se sometieron a las costumbres y a la supervisión cluniacense y se perfeccionó la organización y la dependencia de los monasterios subordinados. Las normas variaban de acuerdo con los estatutos particulares de cada monasterio y la distancia de la casa matriz, pero muchos prioratos dependían de Cluny en el estricto sentido de la palabra, de suerte que Cluny nombraba a los superiores. En éste y otros aspectos, se llevó a cabo una modificación de la regla de San Benito; de ahí procede la distinción histórica entre los monjes cluniacenses y los benedictinos.

Las matanzas y devastaciones eran tan comunes en la época, debido a los derechos que reclamaba cada señor feudal de vengar por mano propia las ofensas, que hubo necesidad de crear la llamada "tregua de Dios". En ella se estipulaba, entre otras cosas, que las iglesias podían servir de refugio a todos los hombres, excepto a quienes hubiesen violado la tregua, y que, desde el jueves hasta el domingo por la mañana, ninguno atacaría a sus enemigos. El pacto encontró gran oposición de parte de la casa de Neustria; pero, gracias a los buenos oficios y exhortaciones de San Odilón y de Ricardo, abad de Saint-Vanne, que se encargaron de las negociaciones, la mayoría de las provincias de Francia acabaron por aceptar la "tregua de Dios". El príncipe Casimiro, hijo de Miceslao, rey de Polonia, se retiró a Cluny, donde tomó el hábito y fue ordenado subdiácono. Más tarde, una deputación de nobles le rogó que aceptara la corona. San Odilón presentó el asunto al Papa Benedicto IX, quien dispensó a Casimiro de sus

* Recordaremos al lector, una vez por todas, que sólo Dios puede hacer milagros. La costumbre nos autoriza a hablar de los milagros de los santos, pero en realidad se trata de los milagros que Dios obra por la intercesión de ellos.

votos. Así, pudo éste aceptar el trono en 1041, casarse, tener varios hijos y reinar hasta su muerte, acontecida en 1058.

San Odilón instituyó la conmemoración de todos los fieles difuntos, el 2 de noviembre, como una práctica obligatoria en su comunidad, que debía ofrecer limosnas, oraciones y sacrificios por todas las almas del purgatorio. Igualmente difundió esta práctica de caridad entre los fieles que le rodeaban. Profesaba una gran devoción a la Santísima Virgen y especialmente al misterio de la Encarnación. En una ocasión, cuando sus monjes cantaban el versículo: "Para venir a redimirnos no te rehusaste a tomar carne en el seno de la Virgen", Odilón entró en éxtasis. La mayoría de sus sermones y poemas versan sobre los misterios de nuestra Redención o sobre la Virgen María. Habiendo sufrido con gran paciencia múltiples enfermedades en los últimos cinco años de su vida, Odilón murió en Souvigny, priorato del borbonado, en el desempeño de su cargo de visitador de los monasterios del lugar. Su muerte aconteció el 1º de enero de 1049, cuando contaba ochenta y siete años y había ejercido el cargo de abad durante cincuenta y seis. La víspera, Odilón había conseguido con sus ruegos que le llevaran al oficio divino. Habiendo recibido el viático y la extremaunción, quiso morir sobre un saco cubierto de ceniza.

Ver la vida escrita por su discípulo Jostaldo, editada por los bolandistas y Mabillon. Una parte del texto que falta en dicha edición se encuentra en *Neues Archiv* (1890), vol. XV, pp. 117 ss. Cf. también E. Sackur, *Die Cluniacenser*; P. Jardet, *Saint Odilon*, (1898); BHL, n. 908; y Mabillon *Annales*, vol. I, p. 57. Ceillier demuestra contra Basnage que la "Vida de Santa Alicia Emperatriz" es obra de San Odilón, así como la "Vida de San Mayolo". Han llegado hasta nosotros algunos poemas y sermones del santo, coleccionados en Migne PL., CXLII. Ver también *Neues Archiv* (1899), vol. XXIV, pp. 628-735.

SAN HUGOLINO DE GUALDO (1260 P.C.)

POCO sabemos de la vida de este santo religioso, aparte de que entró en la orden de los Eremitas de San Agustín y de que, hacia el año 1258, tomó a su cargo, en Gualdo de Umbría, su ciudad natal, un monasterio que había pertenecido anteriormente a los benedictinos. En él murió poco después, el 1º de enero de 1260, en olor de santidad. Parece que el culto local a San Hugolino se fue extendiendo poco a poco en la diócesis de Espoleto, y su cuerpo, que había permanecido incorrupto durante muchos meses, fue transladado por Bartolomeo Accorambone, obispo de Espoleto, a la iglesia parroquial de San Antonio y San Antonino. Su culto fue confirmado en 1919.

Sobre el decreto *confirmationis cultus*, del que tomamos la nota precedente, ver *Acta Apostolicae Sedis*, 1919, p. 181.

BEATO JOSE TOMMASI, CARDENAL DE LA SANTA IGLESIA ROMANA (1713 P.C.)

CON LA beatificación del cardenal José María Tommasi, la Iglesia parece haber ratificado el principio de que la santidad no está reñida con la ciencia, ni con el espíritu crítico inteligente, ni con la independencia de juicio. Una gran autoridad moderna, Edmund Bishop, ha llamado al Beato José Tommasi "el príncipe de los liturgistas" y en ese punto, los anglicanos le respetan casi tanto como los católicos. Sin embargo, sus tareas literarias no le impidieron la práctica de

la virtud heroica y la más minuciosa observancia de una regla religiosa muy estricta.

Nació en Alicata de Sicilia, el 12 de septiembre de 1649. Su padre poseía, además de otros títulos, los de duque de Palermo y príncipe de Lampedusa; su madre se llamaba Rosalía de Traino. Las cuatro hermanas mayores de José María tomaron el velo en el monasterio benedictino de Palma, fundado por su padre. Una de ellas, Isabel, que en religión tomó el nombre de María Crucificada y fue la gran confidente del cardenal, será tal vez beatificada algún día. La educación de José María fue esmerada, y desde muy joven se distinguió por sus conocimientos de griego. La música de la Iglesia constituía uno de su grandes intereses. Ya antes de que cumpliese quince años, el superior general de los Teatinos quedó sorprendido ante su extraordinaria habilidad en ese arte. Por la misma época, empezó José María a sentir un claro llamamiento a la vida religiosa, lo cual trajo como consecuencia un amor creciente por la oración y el retiro, así como un despego hacia las cosas del mundo. Pero a la realización de sus planes se oponían muchos obstáculos, aparte del deseo de su padre de verle ocupar un puesto en la corte. La madre de José María había entrado ya al convento en calidad de oblata o terciaria, y su padre estaba decidido a hacer lo propio, dejando en manos del joven la administración de todos sus bienes. Sin embargo, convencido de la vocación de José María, terminó por dejarle partir. La elección del joven recayó sobre la orden de los Teatinos, en la que su tío, Don Carlo, llevaba una vida de extraordinaria santidad. Por fin, su vocación quedó definitivamente confimada, a causa de un sermón que escuchó y, en 1664, ingresó en el noviciado de Palermo. Como era de constitución delicada, sus superiores le enviaron a descansar a Palma después de su profesión. En dicha ciudad fue la edificación de todos. Más tarde pasó a Mesina para continuar sus estudios de griego; después a Roma y finalmente, a las universidades de Ferrara y Módena. Entre los documentos de su proceso de beatificación se halla una carta del obispo de Pozzuoli, Mons. Cavalcante, en la que habla de la gran virtud, humildad y amor al silencio del joven religioso.

Pocos años más tarde, María Crucificada profetizó que su hermano sería cardenal. Al tiempo de hacer el vaticinio, le recordó que el caballo no deja de ser caballo por bien enjaezado que esté. En 1673, cuando contaba veinticuatro años, José María fue llamado a Roma. María Crucificada le escribió una carta para alentarle; en ella le rogaba que no vacilara ante el sacerdocio, pero que hiciera su alma blanda como la cera para recibir el sello indeleble. "Te doy como libro a Cristo crucificado —le decía—, lee en él con frecuencia, porque tu nombre está inscrito ahí". Después de una seria preparación para recibir las sagradas órdenes, José María cantó las tres misas de Navidad en San Silvestre, ciudad en la que habría de vivir durante cuarenta años consecutivos, salvo un corto viaje a Loreto, la existencia común de su orden. En Roma le consideraban ya como un santo. Sin embargo, José María, como todos los elegidos de Dios, pasó por terribles desolaciones y otras amargas pruebas interiores. En 1675 escribía a María Crucificada, rogándole que pidiese por él. En respuesta, su hermana le exhortaba a la paciencia y la humildad en la aceptación de la cruz, que la mano paternal de Dios había puesto sobre sus hombros, y le confesaba que a ella misma no le faltaban pruebas interiores. José María le contestó a su vez, que la época de los martirios sangrientos había pasado ya y que Dios se complacía en los martirios ocultos, sólo de El conocidos. Pero de sus sufrimien-

tos sacaba una lección: era necesario confiar siempre en Dios. En aquellos días, José María atravesaba por un período de escrúpulos tan violentos, que no podía confesar ni predicar.

La vida de José María, consagrada a la oración y al estudio, era casi la de un ermitaño. El terreno de su especialidad era la filosofía griega, la Sagrada Escritura y el Breviario, para lo que necesitaba un conocimiento profundo de las lenguas orientales. Gracias a las oraciones de José María y sus hermanas, su profesor de hebreo, el rabí Moisés de Cave, se convirtió del judaísmo en 1698, a los setenta años y después de haber resistido largo tiempo. El primer libro que publicó José María fue una edición del "Speculum" de San Agustín. En 1680 apareció el "Codices Sacramentorum", formado por cuatro textos de las más antiguas liturgias que José María tuvo la ocasión de conocer. En el siglo XVI los calvinistas robaron esos preciosos textos de la abadía de Fleury. Gracias sobre todo a la solicitud de la reina Cristina de Suecia, fueron de nuevo reunidos en Roma. La obra de Tommasi se hizo famosa, y Mabillon la transcribió en gran parte de su "Liturgia Gallicana". Nuestro beato publicó modestamente su "Psalterium" bajo el seudónimo de Giuseppe Caro. Se trataba de un libro de alta erudición, en el que hacía la crítica científica de las dos traducciones más importantes de los salmos y abría a los liturgistas un amplio campo de investigaciones. Igualmente escribió toda una serie de tratados del mismo tipo, en especial acerca del "Antiphonarium", en los que desplegó su erudición y piedad. Su trabajo sobre los salmos atrajo la atención del Papa Inocencio XII, quien le llamó al Vaticano en 1697 y le hizo nombrar teólogo de la Congregación de Disciplina de los Regulares, en 1704. En dicho puesto, nuestro beato trabajó incansablemente en la reforma de las órdenes religiosas y, por su celo y santidad, impresionó a cuantos le rodeaban.

En su calidad de confesor del cardenal Albani, obligó a su penitente, bajo pecado grave, a aceptar el papado en 1700. Poco después, Clemente XI insistió en elevar al teatino al cardenalato, diciendo: "Tommasi l'ha fatto a Noi, e Noi lo faremo a lui" (Tommasi lo hizo a Nos, y Nos lo haremos a él). Tommasi se negó a aceptar el cardenalato y pasó un día entero discutiendo con los altos dignatarios de la Iglesia. En una carta de agradecimiento al Papa, manifestaba: "Deseo exponer a Vuestra Santidad todos los obstáculos e impedimientos, mis graves pecados, mis pasiones mal dominadas, mi ignorancia y falta de habilidad, y el voto que he contraído de no aceptar ninguna dignidad; todo lo cual me obliga a implorar de Vuestra Santidad la licencia de declinar este honor". La carta fue leída a la Congregación del Santo Oficio, la cual designó al cardenal Ferrari, como representante del Papa, para comunicar a Tommasi que el cardenal Albani había opuesto los mismos argumentos para no apectar la dignidad pontificia y que, no obstante, él le había constreñido a aceptarla. Convencido finalmente de que tal era la voluntad de Dios, Tommasi se sometió con estas palabras: "En fin, la carga sólo va a durar unos cuantos meses". Acto seguido, fue a recibir el rojo capelo de manos de Su Santidad. En una carta a María Crucificada, en la que le pedía el apoyo de sus oraciones, recordaba a Saúl, que cayó siendo profeta, y a Judas, el apóstol traidor.

El nuevo cardenal continuó su vida ordinaria. Asistía al coro con sus hermanos y evitaba todo lo posible las manifestaciones de pompa. Entre los miembros de su servidumbre, que iban pobremente vestidos, se contaba un antiguo pordiosero convertido del judaísmo. La comida que se servía en su casa era

muy frugal, y él mismo comía tan poco, que su médico hubo de manifestarle su desaprobación. Como cardenal, tomó el título de San Martino ai Monti para recordar que había salido de la casa paterna a fin de abrazar la vida religiosa el día de San Martín y también, porque tal había sido el título de San Carlos Borromeo, su gran modelo. La necesidad de habitar cerca de su iglesia, le obligó a cambiar su convento por el de los Carmelitas, a cuyos oficios asistía frecuentemente, como otro cualquiera de los monjes. Las gentes venían de todos los distritos de Roma a su misa, en la que sólo permitía el canto llano y el acompañamiento del órgano. En el catecismo de los domingos, él se encargaba de instruir personalmente a los más pequeños, enseñándoles a cantar los himnos religiosos. Debido a la extrema laxitud moral de la época, el santo, con la aprobación del Papa y siguiendo en esto el ejemplo de San Carlos Borromeo, impuso la separación de sexos en el interior de la iglesia y la proximidad al altar. Esto levantó una violenta tempestad en su contra, pero él permaneció inflexible.

El Beato José María vivía absorto en Dios, hasta el punto de perder frecuentemente conciencia del sitio en el que se hallaba. Quienes le ayudaban la misa dieron testimonio de las gracias extraordinarias de que era objeto, y varias veces fue sorprendido en éxtasis ante el Santísimo Sacramento o delante de su crucifijo. Su caridad se manifestaba en las limosnas que repartía con largueza y en la ayuda que prestaba a todos los necesitados. Su amor por las creaturas de Dios no podía sufrir siquiera ver a los pajarillos hambrientos. Los pobres y menesterosos se apretujaban a las puertas de su casa y le asaltaban en cuanto salía de ella, como lo habían hecho en Palestina con su Maestro. Su humildad iba hasta la exageración; su tío, Don Carlo, le reprendió en cierta ocasión por haberse llamado infeliz asnillo, diciéndole que no había que confundir la humildad con la abyección. En una carta a María Crucificada, se calificaba de "tristo", es decir, de granuja, a lo cual ella respondió con gracia, que iba a verse obligada a interrumpir su correspondencia con un hombre de tan baja estofa. También nos es conocida la paciencia con la que soportó su débil salud, sus severas mortificaciones corporales y la sabiduría de los consejos que daba a quienes venían en busca de ayuda. Más de una vez predijo su propia muerte y, cuando el Papa Clemente cayó enfermo en diciembre de 1712, el cardenal observó: "El Papa va a sanar; yo voy a morir". Para ser enterrado, escogió la cripta de su iglesia, a la que acudió por última vez, el día de Santo Tomás, a cantar las Completas con los monjes. Terminados los oficios, puntualizó con el prior los últimos detalles de las limosnas que debían repartirse a los pobres y le recomendó que hiciera provisión de carbón para el invierno, pues se anunciaba especialmente frío.

Aunque estaba ya muy enfermo, quiso asistir a los oficios de Navidad en San Pedro, y celebró las tres misas en su capilla particular. El frío le hacía sufrir terriblemente; su estómago no soportaba ningún alimento y lo único que podía hacer era permanecer sentado cerca de la chimenea. Dos días después, tuvo que guardar cama. Al oír las lamentaciones de los miembros de su casa y de los pobres que se hallaban en la planta baja, les mandó decir que había tenido cuidado de rogar al Papa que velase por ellos. Cuando su confesor pronunció el nombre de Jesús, volvió del estado de coma en el que había entrado. Cuando sintió llegado el momento, él mismo dio la orden de empezar las oraciones por los agonizantes. Muy poco antes de su muerte, recibió el viático y, reconfortado así por el Señor al que había amado tanto durante su vida, llegó a las

puertas del cielo el 1º de enero de 1713. Aun antes de que muriera, los enfermos obtenían la salud tocando sus vestiduras, y a su muerte, los milagros se multiplicaron en el sitio donde reposaba su cadáver. José María Tommasi fue beatificado en 1803.

Ver D. Bernino, *Vita del V. Card. G. M. Tommasi* (1722), y la biografía anónima compilada sobre la base del proceso de beatificación, *Vita del B. Giuseppe M. Tommasi* (1803). Vezzosi publicó una edición de las obras completas del beato, en nueve volúmenes Roma, 1747-1769, aunque algunos tratados no han visto la luz sino hasta nuestros días, gracias al esfuerzo del cardenal G. Mercati (*Studi e Testi*, vol. 15, 1905). Dicho cardenal hace notar que, si bien el beato escribía su nombre con una sola *m*, la forma ordinaria es Tommasi.

2: EL SANTO NOMBRE DE JESUS

"LE darás el nombre de Jesús, porque El va a salvar a su pueblo del pecado" (Mat. I, 21). El occidente celebra la fiesta del nombre de Jesús, el domingo que separa la Circuncisión de la Epifanía; en los años en que dicho domingo no existe, la fiesta pasa al 2 de enero. Así como en el crucifijo material honramos toda la Pasión de Cristo resumida en un símbolo, de igual manera el nombre de Jesús nos recuerda todo lo que está simbolizado en él (cf. Filp. II, 9-10). "Hablando de él, nos sentimos iluminados; pensando en él, recibimos el alimento de nuestras almas; invocándole, encontramos la paz", como dice San Bernardo de Claraval, uno de los hombres que han hablado más sentida y profundamente del nombre de Jesús.

El Concilio de Lyons prescribió en 1274 una devoción especial al nombre de Jesús, y el beato Gregorio X comisionó especialmente a la Orden de Predicadores para propagarla. Pero quienes más hicieron por difundirla, a pesar de la gran oposición que encontraron, fueron dos minoritas: San Bernardino de Sena y San Juan de Capistrano, quienes popularizaron el uso del monograma IHS, simple abreviación del nombre de Jesús (Ihesus). El hecho de que la Compañía de Jesús adoptara ese monograma como parte de su divisa, contribuyó a su mayor difusión. La Santa Sede concedió a los Franciscanos, en 1530, la celebración de la fiesta del Santo Nombre, y el uso se fue extendiendo paulatinamente. En 1721, se convirtió en fiesta universal de la Iglesia de occidente; pero pocos años después, la comisión encargada de la reforma del Breviario recomendó al Papa Benedicto XIV que la suprimiera del calendario general. La fiesta actual es una especie de repetición de la Circuncisión; las lecciones del tercer nocturno de maitines están tomadas del sermón de San Bernardo sobre este misterio.

Es interesante notar que el Nombre de Jesús figura en el calendario del *Book of Common Prayer*, el 7 de agosto, es decir, en la fecha que escogieron algunos obispos ingleses y escoceses, cuando adoptaron la fiesta, al fin de la Edad Media. Por otra parte, la traducción del bello himno de Vísperas *Jesu dulcis memoria*, hecha por el P. Edward Caswall, ha contribuido a que los protestantes conozcan, probablemente mejor que los católicos, ese poema anónimo frecuentemente atribuido, por error, a San Bernardo. Las Letanías del Santo Nombre de Jesús, que en realidad son más bien un comentario de los atributos del Salvador que de su Nombre, provienen tal vez de San Bernardino y San

Juan Capistrano. Mons. Challoner las llama simplemente, Letanías de Nuestro Señor Jesucristo en la edición original de *Jardín del alma.*

Ver *Acta Sanctorum*, octubre, vol. x, pp. 319-320; C. Stengel, *Sacrosancti nominis Jesu cultus et miracula* (1613); las vidas de San Bernardino de Sena; F. G. Holweck, *Calendarium liturgicum festorum Dei et Dei Matris* (1925); y el número de enero de 1952 de *La Vie Spirituelle.* Para la tradición oriental sobre el Santo Nombre, ver *La Prière de Jésus* (Chevetogne, 1951). En *Histoire du bréviare* de S. Bäumer, vol. II (1905), c. 12 (traducida del alemán, con algunas adiciones, por R. Biron) se encontrará una vista de conjunto de la obra y los proyectos de la comisión para la reforma del Breviario bajo Benedicto XIV, a la que aludimos en el artículo.

SAN MACARIO DE ALEJANDRIA (*c.* 394 P.C.)

SAN MACARIO el joven, ciudadano de Alejandría, era pastelero de oficio. Deseoso de servir plenamente a Dios, abandonó el mundo en la flor de su edad y pasó más de sesenta años en contemplación y penitencia en el desierto. Primero, se retiró a la Tebaida, en 335. Después de un período de introducción a la práctica de la virtud, bajo la dirección de maestros de gran santidad, se transladó del alto al bajo Egipto, en 373. En dicha región había tres desiertos casi limítrofes: el de Esqueta, en las fronteras de Libia; el de Celles, que debía su nombre a las celdas de ermitaños que abundaban en él, y el de Nitria, que confinaba con el ramal occidental del Nilo. San Macario tenía una celda en cada uno de dichos desiertos, pero su residencia principal se hallaba en el de Celles. Cada uno de los anacoretas vivía confinado en su propia celda, excepto los sábados y domingos, cuando todos se reunían en una iglesia para celebrar y recibir los divinos misterios. Cuando llegaba un nuevo candidato, todos los anacoretas ponían sus celdas a su disposición, dispuestos como estaban a construirse otra. Las celdas estaban a suficiente distancia unas de otras, para que los monjes no pudieran verse. El trabajo manual, que consistía en tejer cestos, no interrumpía la oración del corazón. En toda la región reinaba el silencio más profundo. Nuestro santo recibió la ordenación en el desierto de Celles, y en él fue la edificación de sus hermanos, en tanto que San Macario el Viejo era la edificación de los monjes de Esqueta. Paladio nos cuenta un ejemplo de la extraordinaria abnegación de los anacoretas. Habiendo recibido como regalo un racimo de uvas frescas, San Macario lo llevó a un monje vecino que se hallaba enfermo, el cual a su vez lo regaló a un tercero; de esta suerte el racimo pasó por todas las celdas y volvió a manos de Macario, quien se regocijó sobremanera de ver el espíritu de mortificación de sus hermanos y dejó intacto el racimo.

La austeridad de todos los ermitaños era extremada, pero en esto, Macario dejaba atrás a sus hermanos. Durante siete años no se alimentó más que de raíces silvestres y, en los tres años siguientes, sólo comía cuatro o cinco onzas de pan al día y unas gotas de aceite, según narra Paladio. Sus vigilias no eran menos sorprendentes. Dios le había dado un cuerpo capaz de soportar todos los rigores, y su fervor era tan grande, que adoptaba sin vacilar cuantas prácticas de penitencia veía empleadas por los otros. Poco antes del año 349, la fama del monasterio de Tabennisi, dirigido por San Pacomio, le movió a ir a él disfrazado. San Pacomio le dijo que le encontraba demasiado viejo para adaptarse a las penitencias y vigilias del monasterio, pero finalmente se decidió a admitirle, a condición de que observara todas las reglas. Como se aproximara

la cuaresma, cada uno de los monjes se preparaba a emplear ese santo tiempo según su fervor y sus fuerzas, ya fuera ayunando totalmente dos, tres y hasta cuatro días enteros; ya trabajando intensamente. Macario recogió una buena cantidad de hojas de palma para ocuparse en la confección de cestos, y pasó los cuarenta días en el retiro, sin comer más que unas cuantas yerbas los domingos. Mientras sus manos trabajaban activamente, su corazón se perdía en Dios. Tal prodigio sorprendió a los mismos monjes, quienes en Pascua manifestaron al abad que, de no ponerle coto, tal singularidad podía perjudicar a la comunidad. San Pacomio hizo oración para saber quién era en realidad el nuevo monje; y, habiendo conocido por revelación divina, que se trataba del gran Macario, le abrazó, le dio las gracias por la edificación que había dado a la comunidad y le rogó que no les olvidase en sus oraciones al volver a su desierto.

Las tentaciones no faltaron a nuestro santo. Una de ellas fue la idea de dejar el desierto e ir a Roma a cuidar a los enfermos de los hospitales. Pero, reflexionando sobre ello, Macario comprendió que sólo le movía un secreto deseo de ser conocido y estimado por su virtud. Sólo una humildad tan profunda como la suya era capaz de descubrir el veneno de la vanagloria, escondido bajo esa apariencia de caridad. Convencido del grave peligro que la vanagloria constituía para él, Macario se arrojó por tierra en su celda, gritando al demonio: "Sácame de aquí por la fuerza, si eres tan poderoso, que yo no he de ir por mi propio pie". En tal actitud permaneció hasta la noche; pero, en cuanto se puso en pie, el enemigo renovó su asalto. Para resistirle, Macario llenó de arena dos cestos, se los echó al hombro y se puso a marchar en el desierto. Un amigo que le encontró en el camino, le preguntó qué hacía y se ofreció a ayudarle a transportar la arena; el santo sólo le respondió: "Estoy atormentando a mi verdugo". Al volver a su celda, la tentación había desaparecido. Paladio nos cuenta que, deseando Macario entregarse a la contemplación celestial sin interrupción alguna durante cinco días, se encerró en su celda y dijo a su alma: "Has plantado tu tienda en el cielo para conversar con Dios y sus ángeles; guárdate, pues, de volver tus ojos a la tierra a mirar las cosas bajas". Pasó los dos primeros días en éxtasis; pero el demonio le combatió en tal forma al tercer día, que Macario tuvo que volver a su vida ordinaria. Como lo observó el santo en esta ocasión, Dios se retira algunas veces de sus escogidos, para que sientan su propia debilidad y comprendan que la vida del hombre es una lucha sin fin. San Jerónimo y otros autores narran que, habiendo un anacoreta dejado a su muerte cien coronas que había ganado tejiendo túnicas, los monjes se reunieron para deliberar lo que debía hacerse con aquel dinero. Algunos pensaban que convenía repartirlo entre los pobres, otros que debía darse a la Iglesia; pero Macario, Pambo, Isidoro y el resto de "Los Padres", ordenaron que se arrojase el dinero sobre la tumba con estas palabras: "Tu dinero sea contigo para tu perdición". Este ejemplo aterrorizó a los monjes y acabó con toda tentación de codicia.

Paladio, que vivió bajo la dirección de nuestro santo algún tiempo, hacia el año 391, fue testigo de algunos de los milagros obrados por él. Según su relato, Macario se negó a recibir y aun a dirigir la palabra a cierto sacerdote, cuyo rostro estaba desfigurado por una excrescencia cancerosa. Paladio se apresuró a rogar al santo anacoreta que dijera cuando menos unas palabras de consuelo al infeliz, a lo que Macario respondió que la enfermedad era un castigo de Dios por un pecado de la carne, pero que rogaría por él, en caso

de que prometiera arrepentirse sinceramente y no volver a celebrar los divinos misterios. El sacerdote confesó su pecado y prometió enmendarse; el santo le absolvió y le impuso las manos; pocos días más tarde el sacerdote volvió perfectamente curado, glorificando a Dios y proclamando su agradecimiento a Macario.

Los dos Macarios cruzaban un día el Nilo en la misma barca, y algunos oficiales que en ella se hallaban no pudieron dejar de observar en voz alta que, a juzgar por la alegría de sus rostros, los monjes debían ser muy felices en medio de su pobreza. A lo cual Macario de Alejandría respondió, haciendo alusión a su nombre, que en griego significa "feliz": "Tenéis razón en llamarnos felices, pues tal es nuestro nombre. Como veis, nosotros somos felices despreciando al mundo, en tanto que vosotros sois miserables sirviéndolo". Estas palabras, pronunciadas con un acento de inmensa verdad, hicieron tal efecto al tribuno que les había interpelado, que distribuyó todo su haber entre los pobres y abrazó la vida eremítica.

Un monasterio que llevaba el nombre de San Macario subsistió varios siglos en el desierto de Nitria. En su carta a Rústico, San Jerónimo parece haber transcrito una buena parte de los documentos espirituales de nuestro santo. En la *Concordia Regularum* o "Colección de reglas" se halla otra serie de normas espirituales de los dos Macarios, de Serapión (de Arsinoe o de Nitria), de Pafnucio de Bekbale (sacerdote del desierto de Esqueta) y de otros treinta y cuatro abades. Según narra este último, los monjes ayunaban todo el año, excepto los domingos y el período del año que va de Pascua a Pentecostés; observaban igualmente la más estricta pobreza y pasaban el día en la oración y el trabajo manual. La hospitalidad era considerada como una gran virtud; pero, a fin de favorecer la vida de retiro, estaba prohibido a los monjes dirigir la palabra a los extraños sin licencia especial, excepto a aquél de los ermitaños cuyo cargo consistía en ocuparse de los huéspedes. La definición del anacoreta que nos da el abad trapense de Rancé, es un verdadero retrato de Macario en el desierto: cuando un alma ha gustado de Dios en la soledad, ya no puede pensar sino en el cielo. El canon de la misa de los coptos nombra a Macario.

Ver Palladius, *Lausiac History*, c. 18, y *Acta Sanctorum*, 2 de enero, Cf. Schiwietz, *Morgenlandische Mönchtum* (1904), vol. I, pp. 104 ss.; Amélineau, *Annales du Musée Guimet*, XXV, ss.; BHL, n. 757; *Codex Regularum* en Migne, PL., vol. CIII, y *Concordia Regularum*, ed. H. Menard (1638). Aunque existe probablemente cierta confusión en los relatos concernientes a los diferentes ascetas llamados Macario, es imposible identificar a Macario "el Joven" (de Alejandría) con Macario "el Viejo" (de Egipto), ya que Paladio nos dice claramente que él conoció a los dos.

SAN VICENCIANO (¿672? P.C.)

LA ÚNICA fuente de información que poseemos sobre este santo es muy poco de fiar. Se trata de una biografía cuyo autor, un diácono llamado Hermemberto, intenta hacerse pasar por tutor de Vicenciano, aunque vivió lo suficiente para escribir esta vida después de muerto su pupilo. Según dicha biografía, Vicenciano perdió a sus padres cuando era todavía muy niño, y fue educado por un tal Beraldo, duque de Aquitania. De acuerdo con San Didier, obispo de Cahors, Beraldo decidió que un talento tan brillante como el de Vicenciano no podía encontrar mejor empleo, que sirviendo a Dios en el sacerdocio. Pero Beraldo murió poco después y su hijo y heredero obligó al obispo a enviar a Vicenciano

a servir en los establos del nuevo duque. Para entonces Vicenciano había adquirido ya una ferviente piedad; repartió, pues, sus vestidos entre los pobres, se negó a casarse con la mujer que su señor quería imponerle y, por último, ante la fuerza de los golpes y de las amenazas, huyó al bosque, donde vivió como ermitaño. Inútil hablar de los extravagantes milagros que caracterizan cada una de las etapas de esta vida. Vicenciano murió, como le había sido revelado en una visión, el 2 de enero del año 672. Un carro tirado por dos bueyes transportó las reliquias del santo al sitio que éstas iban a hacer famoso. En el camino, un oso mató a uno de los bueyes, pero un discípulo del santo mandó al oso que ocupara el sitio del buey que había matado, y la fiera obedeció dócilmente y se puso a tirar el carro.

W. Levison publicó esta vida en MGH *Scriptores Merov*, vol. v, pp. 112-128; en la introducción demuestra que no puede tratarse de un escrito de un contemporáneo del santo y que es en realidad, una obra de ficción escrita doscientos o trescientos años después. Ver también Bruno Krusch en *Neues Archiv*, vol. XXVIII, p. 561. No existe ninguna prueba concluyente de la existencia de San Vicenciano.

SAN ADALARDO o ADELARDO, ABAD (827 P.C.)

ESTE SANTO monje pertenecía a una familia de alto linaje; su padre, Bernardo, era hijo de Carlos Martel y hermano del rey Pepino, de suerte que Adelardo era primo de Carlomagno. A los veinte años de edad, en 773, tomó el hábito monacal en Corbie de Picardía en un monasterio fundado por la reina Santa Batilde. El primer cargo que se le confió fue el de jardinero. Mientras sus manos excavaban o plantaban, sus pensamientos volaban a Dios y a las cosas divinas. Aunque él hubiera deseado permanecer toda su vida en ese humilde puesto, el ejemplo de su virtud hizo que fuese elegido abad algunos años más tarde. Carlomagno le obligó a frecuentar la corte, y Adelardo se convirtió pronto en el principal consejero del rey, según nos cuenta Ingmaro, quien le vio en 796. Más adelante, Carlomagno le pidió que se transladara de fijo a la corte y ejerciera el cargo de gran ministro de su hijo Pepino. Al morir este último en Milán, en 810, nombró a nuestro santo, tutor de su hijo Bernardo.

Después de la muerte de Carlomagno, Adelardo fue acusado de apoyar la rebelión de Bernardo contra Luis, quien le desterró a un monasterio en la pequeña isla de Héri, llamada más tarde Moirmoutier, en la costa de Aquitania. San Adelardo agradeció de corazón este retiro, en el que pudo consagrarse apaciblemente a la oración. Entre tanto, convencido el emperador de su inocencia, le llamó de nuevo a la corte, al finalizar el año 821, después de cinco años de destierro. Pronto tuvo Adelardo que retirarse de nuevo a la abadía de Corbie, en la que se consagró gozosamente a los más humildes menesteres. Gracias a su solicitud y a la fuerza de su ejemplo, sus hijos espirituales avanzaban cada día en el camino de la virtud; y era tal el celo de Adelardo por sus progresos, que no se le pasaba semana, sin hablar con cada uno en particular; ni día, sin alentar a todos con sus sermones. Se preocupaba también por los habitantes de los alrededores, y empleaba abundantemente las rentas del monasterio en socorrer a los pobres. Muchos tachaban de excesiva su generosidad, pero el cielo la ratificó repetidas veces con milagros sensibles. Todo ello no impedía que el santo anciano estuviera pronto a aceptar el consejo del menor de sus

monjes. Como recibiera en una ocasión el consejo de moderar sus austeridades, respondió humildemente: "Sí, voy a tratar mejor a vuestro criado para que pueda serviros más largo tiempo".

Durante su destierro, otro Adelardo, a quien había nombrado para gobernar el monasterio, se ocupó, por iniciativa de nuestro santo, de preparar la fundación del monasterio de Nueva Corbie, más conocido con el nombre de Corvey, en la diócesis de Paderborn. Dicho monasterio llegaría a ser, con el tiempo, una cuna de evangelizadores en las naciones nórdicas. A su vuelta a Corbie, Adelardo completó la tarea y, a fin de perpetuar la estricta observancia que había establecido en los dos monasterios, compiló un libro de constituciones, del que se conservan aún algunos fragmentos. Otras obras de San Adelardo se han perdido; pero las que han llegado hasta nosotros, así como el testimonio de sus discípulos, San Pascasio Radberto, San Anscario y otros, prueban que promovió celosamente los estudios en sus monasterios. Pascasio nos dice que no sólo enseñaba el latín a las gentes del lugar, sino también el francés y el teutón. Alcuino, en una carta que le dirigió, bajo el nombre de Antonio, le llama su hijo, lo cual nos hace sospechar que había sido discípulo del ilustre maestro. A la vuelta de un viaje de Alemania a Corbie, San Adelardo cayó enfermo, tres días antes de Navidad. Murió el 2 de enero del año 827, a los setenta y tres de su edad. Su cuerpo fue solemnemente transladado en 1040, a raíz de algunos milagros. Existe una narración detallada de dicha ceremonia, cuyo autor, que ciertamente no es San Gerardo, compuso igualmente un oficio en honor de San Adelardo, como una muestra de agradecimiento por haber sido curado de sus neuralgias, gracias a la intercesión del santo.

Ver su vida, cuidadosamente compilada, pero en un tono de panegírico, por su discípulo Pascasio Radberto, en *Acta Sanctorum;* más correctamente en Mabillon (vol. v, p. 306). Cf. también U. Berlière en DHG, vol. I, cc. 457-458; y BHL, n. 11.

SAN GASPAR DEL BUFALO, Fundador de los Misioneros de la Preciosa Sangre (1837 p.c.)

Gaspar, que nació en Roma y fue hijo de un capitán (1786), recibió la instrucción en el Colegio Romano y fue ordenado sacerdote en 1808. Poco después de la toma de Roma por Napoleón, fue desterrado con la mayor parte del clero, por haberse negado a abjurar de su fidelidad a la Santa Sede. A la caída de Napoleón, volvió a Roma, donde encontró un amplio campo de trabajo, ya que la ciudad había estado casi nueve años privada de sacerdotes y de sacramentos.

En 1814 dirigió una misión en Giano, en la diócesis de Espoleto, y ahí le nació la idea de fundar la congregación de la Preciosa Sangre. En Giano encontró una casa que se prestaba para ese fin y, con la ayuda del cardenal Cristaldi, cuya amistad no le desamparó nunca, la nueva congregación fue aprobada cordialmente por el Papa Pío VII, en 1815. El Papa puso a la disposición del santo la casa y la iglesia adyacente de San Felice in Giano. La segunda fundación tuvo lugar en 1819 y la tercera poco después, en Albano. El santo deseaba que su congregación tuviera una casa en cada diócesis, en el barrio más abandonado y pervertido. El reino de Nápoles era en aquella época un centro de todos los crímenes, en el que nadie tenía la vida segura. El Papa escribió de propia mano

a del Búfalo, en 1821, rogándole que fundara seis casas en dicha ciudad. El aceptó gozosamente, pero tuvo que superar las más grandes dificultades para conseguir fondos y personal suficiente. Su biógrafo nos dice que la Providencia parecía jugar con el santo, pues en cuanto desaparecía un obstáculo, aparecía otro nuevo y más imponente. Sin embargo, poco a poco, logró reunir hombres suficientes y una cantidad de dinero mayor que la estrictamente necesaria.

Bajo el Papa León XII, surgieron graves dificultades. Pero el tiempo las hizo desaparecer y, en 1824, las casas de la congregación quedaron abiertas a todos los sacerdotes jóvenes que querían recibir un entrenamiento especial para las misiones. El ideal era elevado y el trabajo arduo. Un misionero, decía el fundador, tiene que ser como un soldado o un marinero que nunca se dan por vencidos y están preparados para cualquier eventualidad. Deseaba que sus hijos se distinguieran, no sólo por el fervor, sino también por la ciencia. Para evangelizar al mundo entero, como lo exigía su vocación, tenían que aprender idiomas, además de la Teología y la Sagrada Escritura. Ya durante la vida del fundador, la obra se había extendido por toda Italia. Recorriendo incesantemente las poblaciones, sufriendo infinitas privaciones, con frecuencia amenazados de muerte, los misioneros de la Preciosa Sangre predicaban en todas partes el mensaje evangélico, siguiendo el ejemplo de su fundador.

Los biógrafos de Gaspar del Búfalo nos transmiten una descripción gráfica de una misión, siguiendo sus etapas sucesivas. Los métodos de estos misioneros eran completamente nuevos. Por ejemplo, se disciplinaban en la plaza pública, lo cual producía invariablemente numerosas conversiones. El último día, quemaban públicamente los libros e imágenes obscenas y todo aquello que podía ofender a Dios. Dejaban plantada una gran cruz en recuerdo de la misión. Cantaban un solemne "Te Deum" y proseguían su camino hasta la próxima población. El santo decía con frecuencia al terminar una misión, exhausto pero lleno de agradecimiento: "Si es tan delicioso fatigarse por Dios, cuánto más lo será gozar de El". Uno de sus principios era el de hacer trabajar a todos y con ese objeto fundó una multitud de obras de caridad, en Roma, para jóvenes y viejos, ricos y pobres de ambos sexos. Entre otras cosas, implantó la adoración nocturna del Santísimo Sacramento, en la que algunos hombres que no se atrevían a visitar al Señor durante el día, podían venir a El, como Nicodemo, por la noche.

Gaspar del Búfalo predicó su última misión en Roma, en la iglesia nueva, durante el cólera de 1836. Sintiendo que sus fuerzas se debilitaban, retornó inmediatamente a Albano y comenzó a prepararse para la muerte. El frío le hacía sufrir terriblemente durante el día y la sed durante la noche, pero se abstenía de beber para poder celebrar la misa al día siguiente. Rogó a sus hijos que le dejaran solo todo el tiempo que fuera posible, para poder entregarse a la oración. Después de la fiesta de San Francisco Javier, partió a morir a Roma. El 19 de diciembre, el médico le prohibió decir la misa; el 28 de diciembre recibió los últimos sacramentos y murió.

El santo había obrado varios milagros durante su vida, y su intercesión alcanzó muchas gracias después de su muerte. La lista de curaciones y otros milagros por él obrados es muy larga. Fue canonizado en 1954.

Ver el *summarium* presentado a la Congregación de Ritos para el proceso de beatificación, y Sardi, *Notizie intòrno alla vita del beato Gaspare del Bufalo*" (1904).

BEATA ESTEFANA QUINZANI, VIRGEN (1530 P.C.)

ESTÉFANA QUINZANI nació en 1457, cerca de Brescia, en el seno de una familia de la clase media. Se cuentan algunas cosas extrañas de su infancia, y se dice que consagró a Dios su virginidad desde muy niña. Sin embargo, su vocación no se definió del todo, sino hasta que sus padres se transladaron a Soncino, donde tuvo ocasión de conocer la orden de Santo Domingo. En dicha población tuvo una visión en la que se le apareció San Andrés Apóstol llevando la cruz. A raíz de esa visión, tomó el hábito de la tercera orden de Santo Domingo y se consagró al cuidado de los enfermos y al socorro de los pobres, hasta el momento en que ella misma fundó un convento en Soncino. El documento más interesante que poseemos sobre nuestra beata es un relato contemporáneo, escrito en 1497 y firmado por veintiún testigos. En él se describe uno de los éxtasis en los que ella vivía físicamente toda la Pasión, sin excluir la flagelación, la coronación de espinas y la crucifixión. Parece que en el curso de tales éxtasis, los estigmas de la Pasión aparecían sobre sus manos y sus pies. Su cuerpo se ponía tan rígido que los testigos eran incapaces de hacerla cambiar de posición, o simplemente de flexionar sus miembros. Se cuenta que realizó muchas curaciones milagrosas y que multiplicó, en algunas ocasiones, la comida y el dinero.

La *Legenda Volgare*, en la que se basan en último término todos los relatos de la vida de la beata, constituye, según la expresión de su editor, Mons. Guerrini, "una novela mística en plenitud, escrita más para la edificación ascética que para la historia, y está llena de elevaciones y malabarismos místicos, dirigidos a los lectores del sexo femenino". Los fragmentos de las cartas de la beata, que son otra fuente de información, no han sido todavía explorados y estudiados detenidamente. La beata tuvo una extensa correspondencia con muchos habitantes del norte de Italia. Su muerte aconteció el 2 de enero de 1530, y su culto fue confirmado en 1740.

Ver P. de Micheli, *La b. Stefana Quinzani: memori e documenti*, y P. Guerrini, *La prima Legenda Volgare de la b. Stefana Quinzani* (1930). Ver asimismo M. C. Ganay, *Les Bses. Dominicaines* (1913), pp. 545-548, en la que se encuentra una parte de las *relazione* de las que hemos hecho mención en el artículo.

3 : SANTA FRANCISCA JAVIER CABRINI, VIRGEN, FUNDADORA DE LAS MISIONERAS DEL SAGRADO CORAZÓN (1917 P.C.)

AGUSTIN Cabrini era un cultivador muy acomodado, cuyas tierras estaban situadas cerca de Sant' Angelo Lodigiano, entre Pavía y Lodi. Su esposa, Estela Oldini, era milanesa. Tuvieron trece hijos, de los que la menor, nacida el 15 de julio de 1850, recibió en el bautismo los nombres de María Francisca, a los que más tarde había de añadir el de Javier.

La familia Cabrini era sólidamente piadosa, pues todo en la familia era sólido. Rosa, una de las hermanas de Francisca, que había sido maestra de escuela y no había escapado a todos los defectos de su profesión, se encargó especialmente de la educación de su hermanita en forma muy estricta. Hay que reconocer que Francisca aprendió mucho de Rosa y que el rigor con que la trataba su hermana no le hizo ningún daño. La piedad de Francisca fue un tanto precoz,

pero no por ello menos real. Oyendo en su casa la lectura de los "Anales de la Propagación de la Fe", Francisca determinó desde niña ir a trabajar en las misiones extranjeras. China era su país predilecto. Francisca vestía de religiosas a sus muñecas; solía también hacer barquitos de papel, y los echaba al río cubiertos de violetas, que representaban a los misioneros que iban a las misiones. Sabiendo que en China no había caramelos, renunció a ellos para irse acostumbrando a esa privación. Los padres de Francisca, que deseaban que fuese maestra de escuela, la enviaron a estudiar en la escuela de las religiosas de Arluno. La joven pasó con éxito los exámenes a los dieciocho años. En 1870, tuvo la pena enorme de perder a sus padres.

Durante los dos años siguientes, Francisca vivió apaciblemente con su hermana Rosa. Su bondad sin pretensiones impresionaba a cuantos la conocían. Francisca quiso ingresar en la congregación en la que había hecho sus estudios; pero no fue admitida a causa de su mala salud. También otra congregación le negó la admisión por la misma razón. Pero Don Serrati, el sacerdote en cuya escuela enseñaba Francisca, no olvidó las cualidades de la joven maestra. En 1874, Don Serrati fue nombrado preboste de la colegiata de Codogno. En su nueva parroquia había un pequeño orfanatorio, llamado la Casa de la Providencia, cuyo estado dejaba mucho que desear. La fundadora, que se llamaba Antonia Tondini, y otras dos mujeres, se encargaban de la administración, pero lo hacían muy mal. El obispo de Lodi y Mons. Serrati invitaron a Francisca a ir a ayudar en esa institución y a fundar ahí una congregación religiosa. La joven aceptó, no sin gran repugnancia.

Así empezó Francisca lo que una religiosa benedictina califica de noviciado muy especial, en comparación del cual un noviciado de convento habría sido un juego de niños." Aunque Antonia Tondini había aceptado que Francisca trabajase en el orfanatorio, se dedicó a obstaculizar su trabajo, en vez de ayudarla. Pero Francisca no se desalentó, consiguió algunas compañeras y, en 1877, hizo los primeros votos con siete de ellas. Al mismo tiempo, el obispo la nombró superiora. Ello no hizo sino empeorar las cosas. La conducta de la hermana Tondini, quien probablemente estaba un tanto enferma de la cabeza, se convirtió en un escándalo público. Francisca Cabrini y sus fieles colaboradoras lucharon tres años más por sostener la obra de la Casa de la Providencia, en espera de tiempos mejores; pero finalmente, el obispo renunció al proyecto y cerró el orfanatorio, después de decir a Francisca: "Vos deseáis ser misionera. Pues bien, ha llegado el momento de que lo seáis. Yo no conozco ningún instituto misional femenino. Fundadlo vos misma." Francisca salió decidida a seguir sencillamente ese consejo.

En Codogno había un antiguo convento franciscano, vacío y olvidado. A él se trasladó la madre Cabrini con sus siete fieles compañeras. En cuanto la comunidad quedó establecida, la santa se dedicó a redactar las reglas. El fin principal de las Hermanas Misioneras del Sagrado Corazón era la educación de las jóvenes. Ese mismo año el obispo de Lodi aprobó las constituciones. Dos años más tarde, se inauguró la primera filial en Gruello, a la que siguió pronto la casa de Milán.

Todo esto se escribe pronto. Pero la realidad fue muy distinta, ya que los obstáculos no escasearon: en efecto, algunos alegaron que el título de misioneras no convenía a las mujeres, y una madre se quejó de que su hija había sido engañada para que entrase en la congregación. A pesar de ello, la congregación empezó a crecer, y la madre Cabrini demostró ampliamente su capacidad. En

1887, fue a Roma a pedir a la Santa Sede que aprobase su pequeña congregación y le diese permiso de abrir una casa en la Ciudad Eterna. Algunas personas influyentes trataron de disuadir a la santa del proyecto, pues juzgaban que siete años de prueba no bastaban para la aprobación de la congregación. El cardenal Parocchi, vicario de Roma, repitió el mismo argumento en su primera entrevista con la madre Francisca; pero sólo en la primera entrevista, porque la santa se lo ganó muy pronto. Al poco tiempo, se pidió a la madre Cabrini que abriese no una sino dos casas en Roma: una escuela gratuita y un orfanatorio. Algunos meses más tarde, se publicó el decreto de la primera aprobación de las Hermanas Misioneras del Sagrado Corazón.

Como hemos dicho, la madre Cabrini había soñado en China desde la niñez. Pero no faltaban quienes querían convencerla de que volviese los ojos hacia otro continente. Mons. Scalabrini, obispo de Piacenza, había fundado la Sociedad de San Carlos para trabajar entre los italianos que partían a los Estados Unidos, y rogó a la madre Cabrini que enviase a algunas de sus religiosas a colaborar con los sacerdotes de la sociedad. La santa no se dejó convencer. Entonces, el arzobispo de Nueva York, Mons. Corrigan, insistió personalmente. La santa estaba indecisa, porque todos, excepto Mons. Serrati, apuntaban en la misma dirección. La madre Francisca tuvo por entonces un sueño que la impresionó mucho y determinó consultar al Sumo Pontífice. León XIII le dijo: "No al oriente sino al occidente." Siendo niña, Francisca Cabrini se había caído al río, y desde entonces tenía horror al agua. A pesar de ello, cruzó el Atlántico por primera vez, con seis de sus religiosas, y desembarcó en Nueva York el 31 de marzo de 1889.

Todo el mundo sabe que una multitud de italianos, polacos, ucranios, checos, croatas, eslovacos, etc., han emigrado a los Estados Unidos en los últimos tiempos. La historia religiosa de los inmigrantes está todavía por escribirse. Baste con decir que, cuando llegó la madre Cabrini, había unos 50,000 italianos en Nueva York y sus alrededores. La mayoría de ellos no sabían siquiera los rudimentos de la doctrina cristiana; apenas unos 1,200 habían asistido alguna vez en su vida a la misa; de cada doce sacerdotes italianos, diez habían tenido que salir de su patria por mala conducta. La situación era semejante en el noroeste de Pennsylvania. Y las condiciones económicas y sociales de la mayoría de los inmigrantes estaban a la altura de las condiciones religiosas. Nada tiene, pues, de extraño que en el tercer concilio plenario de Baltimore, Mons. Corrigan y León XIII hayan estado muy inquietos.

La acogida que se dio a las religiosas en Nueva York, no fue precisamente entusiasta. Se les había pedido que organizaran un orfanatorio para niños italianos y que tomaran a su cargo una escuela primaria; pero, al llegar a Nueva York, donde se les dio cordialmente la bienvenida, se encontraron con que no tenían casa, de suerte que por lo menos la primera noche tuvieron que pasarla en una posada sucia y repugnante. Cuando la madre Cabrini fue a ver a Mons. Corrigan, se enteró de que, debido a ciertas dificultades entre el arzobispo y las bienhechoras, se había renunciado al proyecto del orfanatorio. Por otra parte, aunque abundaban los alumnos, no había edificio para la escuela. El arzobispo terminó diciendo que, en vista de las circunstancias, lo mejor era que la madre Cabrini y sus religiosas regresasen a Italia. Santa Francisca replicó con su firmeza y decisión habituales: "No, monseñor. El Papa me envió aquí, y aquí me voy a quedar." El arzobispo quedó impresionado al ver la firmeza de aquella

pequeña lombarda y el apoyo que le prestaban en Roma. Por lo demás, hay que confesar que era un hombre que cambiaba fácilmente de idea. Así pues, no se opuso a que las religiosas se quedasen en Nueva York y consiguió que por el momento se alojasen con las hermanas de la Caridad. A las pocas semanas, Santa Francisca había ya hecho buenas migas con la condesa Cesnola, bienhechora del orfanatorio proyectado, la había reconciliado con Mons. Corrigan, había conseguido una casa para sus religiosas y había inaugurado un pequeño orfanatorio. En julio de 1889, fue a hacer una visita a Italia, y llevó consigo a las dos primeras religiosas italo-americanas de su congregación.

Nueve meses después, regresó a los Estados Unidos con más religiosas para tomar posesión de la casa de West Park, sobre el río Hudson, que hasta entonces había pertenecido a los jesuitas. La santa trasladó allá el orfanatorio, que ya había crecido mucho, y estableció ahí mismo la casa madre y el noviciado de los Estados Unidos. La congregación prosperaba, tanto entre los inmigrantes a los Estados Unidos como en Italia. Al poco tiempo, la madre Cabrini hizo un penoso viaje a Managua de Nicaragua; a pesar de que las circunstancias eran muy difíciles y aun peligrosas, aceptó la dirección de un orfanatorio y abrió un internado. En el viaje de vuelta, pasó por Nueva Orleáns, como se lo había pedido el santo arzobispo de la ciudad, Francisco Janssens. Los italianos de Nueva Orleáns, que procedían en gran parte del sur de Italia y de Sicilia, vivían en condiciones especialmente amargas. Había entre ellos algunos criminales indeseables, y poco antes una chusma enfurecida de americanos, no menos criminal, había linchado a once de ellos. El resultado de la visita de Santa Francisca fue que fundó una casa en Nueva Orleáns.

No hace falta demostrar que Francisca Cabrini fue una mujer extraordinaria, pues sus obras hablan por ella. Como había sucedido a la beata Filipina Duchesne, Santa Francisca aprendió el inglés con dificultad y conservó siempre el acento extranjero muy marcado. Pero ello no le impidió tener gran éxito en el trato con gentes de todas clases. En particular, aquellos con quienes tuvo que tratar asuntos financieros, que fueron muchos y de mucha importancia, la admiraban enormemente. El único punto en el que falló el tacto de la madre Cabrini fue en las relaciones con los cristianos no católicos. Ello se debió a que entró por primera vez en contacto con ellos en los Estados Unidos, de suerte que pasó largo tiempo antes de que reconociese su buena fe y apreciase su vida ejemplar. Los comentarios desagradables que hizo la santa sobre este punto, se explican por su ignorancia, que era la raíz de su incomprensión. En efecto, como lo demuestran sus ideas sobre la educación de los niños, era una mujer de visión amplia y capaz de aprender, que no se cerraba a una idea simplemente porque era nueva. La madre Cabrini había nacido para gobernar. Era muy estricta, pero poseía al mismo tiempo un gran sentido de justicia. En ciertas ocasiones era tal vez demasiado estricta y no caía en la cuenta de las consecuencias de su inflexibilidad. Por ejemplo, no parece que haya favorecido a la causa de la moral cristiana negándose a recibir a los hijos ilegítimos en su escuela gratuita; tal actitud no hacía más que castigar a los inocentes. Pero el amor gobernaba todos los actos de la santa, de suerte que su inflexibilidad no le impedía amar y ser muy amada. A este propósito, solía decir a sus religiosas: "Amáos unas a otras. Sacrificáos constantemente y de buen grado por vuestras hermanas. Sed bondadosas; no seáis duras ni bruscas, no abriguéis resentimientos; sed mansas y pacíficas."

En 1892, año del cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, la santa fundó en Nueva York una de sus obras más conocidas: el "Columbus Hospital". En realidad, dicha obra había sido emprendida poco antes por la Sociedad de San Carlos. Desgraciadamente, la cesión del hospital a las Misioneras del Sagrado Corazón, que no fue fácil, creó ciertos resentimientos contra la madre Francisca. La santa hizo poco después un viaje a Italia, donde asistió a la inauguración de una casa de vacaciones cerca de Roma y de una casa de estudiantes en Génova. En seguida, fue a Costa Rica, Panamá, Chile, Brasil y Buenos Aires. Naturalmente, en 1895, ese viaje era mucho más difícil que en la actualidad; pero la madre Cabrini gozaba enormemente con los paisajes, y ello le aligeró un tanto las molestias del viaje. En Buenos Aires inauguró una escuela secundaria para jovencitas. Como algunas personas le advirtiesen que la empresa era muy difícil y pesada, la santa respondió: "¿Quién la va a llevar a cabo: nosotras, o Dios?" Después de otro viaje a Italia, donde tuvo que encargarse de un largo proceso en los tribunales eclesiásticos y hacer frente a la turba en Milán, fue a Francia, e hizo ahí su primera fundación europea fuera de Italia. En el verano de 1898, estuvo en Inglaterra. El obispo de Southwark, Mons. Bourne, que fue más tarde cardenal y había conocido en Codogno a la madre Francisca, le pidió que fundase en su diócesis una casa de su congregación; pero el proyecto no se llevó a cabo por entonces.

La santa desplegó la misma actividad en los doce años siguientes. Si hubiese que nombrar a un santo patrono de los viajeros, más reciente y menos nebuloso que San Cristóbal, la madre Cabrini encabezaría ciertamente la lista de candidatos. Su amor por todos los hijos de Dios la llevó de un sitio a otro del hemisferio occidental: de Río de Janeiro a Roma, de Sydenham a Seattle. Las constituciones de las Hermanas Misioneras del Sagrado Corazón fueron finalmente aprobadas en 1907. Para entonces, la congregación, que había comenzado en 1880 con ocho religiosas, tenía ya más de 1000 y se hallaba establecida en ocho países. Santa Francisca había hecho más de cincuenta fundaciones, entre las que se contaban escuelas gratuitas, escuelas secundarias, hospitales y otras instituciones. Las religiosas no se limitaban en los Estados Unidos a trabajar entre los inmigrantes italianos. En efecto, el día del jubileo de la congregación, los presos de Sing-Sing enviaron a la santa una conmovedora carta de gratitud. Entre las grandes fundaciones, nos limitaremos a mencionar dos: el "Columbus Hospital" de Chicago, y la escuela de Brockley (1902), que actualmente se halla en Honor Oak. Es imposible hablar aquí de todas las pruebas y dificultades, tales como la oposición del obispo de Vitoria (la reina María Cristina había llamado a España a Santa Francisca), y la oposición de ciertos partidos en Chicago, Seattle y Nueva Orleáns. En esta última ciudad las hijas de Santa Francisca pagaron el mal con bien, ya que se condujeron en forma heroica en la epidemia de fiebre amarilla de 1905.

En 1911, la salud de la fundadora comenzó a decaer. Tenía entonces sesenta y un años, y estaba físicamente agotada. Pero todavía pudo trabajar seis años más. El fin llegó súbitamente. La madre Francisca Javier Cabrini murió absolutamente sola en el convento de Chicago, el 22 de diciembre de 1917. Fue canonizada en 1946. Su cuerpo se halla en la capilla de la "Cabrini Memorial School" de Fort Washington, en el estado de Nueva York. Sin duda, que antes de Santa Francisca hubo muchos santos en los Estados Unidos y que seguirá habiéndolos en el futuro; pero ella fue la primera ciudadana americana cuya

santidad fue públicamente reconocida por la Iglesia mediante la canonización. Francisca Javier Cabrini es una gloria de los Estados Unidos, de Italia, de la Iglesia y de toda la humanidad. Nadie que no fuese un santo como ella hubiese podido hacer lo que ella hizo y en la forma en que lo hizo. Así lo reconoció León XIII, casi cincuenta años antes de la canonización de la santa, cuando dijo: "La madre Cabrini es una mujer muy inteligente y de gran virtud... Es una santa."

La primera biografía de la santa, escrita por una religiosa de su congregación (la madre Javier de María) y publicada en 1928, se titula *La Madre Francesca Saverio Cabrini.* Diez años más tarde, Emilie de Sanctis Rosmini publicó *La Beata Francesca Saverio Cabrini.* En italiano existen otras biografías. El *Viaggi della Madre Cabrini, narrati in varie sue lettere* está traducido al inglés. En 1931, el P. Martindale publicó un ensayo muy bien hecho. En 1937, vio la luz en Chicago la biografía del P. E. J. McCarthy, la obra de una dama benedictina de Stanford, *Frances Xavier Cabrini: the Saint of the Emigrants* (1944), es un modelo de biografía para el gran público. Quien desee leer una exposición breve y clara del estado de los inmigrantes italianos en los Estados Unidos, vea Zweierlein, *Life and Letters of Bishop McQuaid*, vol. II, pp. 333-335. Las estadísticas se encontrarán en la *Catholic Encyclopedia*, vol. XIII, pp. 202-206. Theodore Maynard publicó en los Estados Unidos otra biografía, titulada *Too Small a World* (1948).

SAN ANTERO, PAPA Y MÁRTIR (236 P.C.)

EL NOMBRE de San Antero aparece en la lista de los Papas después del de San Ponciano. Se cree que fue elegido el 21 de noviembre del año 235 y que murió el 3 de enero del año 236, de suerte que su pontificado sólo duró cuarenta y tres días. No sabemos nada cierto acerca de su martirio, aunque el *Liber Pontificalis* afirma que fue condenado a muerte, por haber obtenido algunas copias de los procesos de los mártires para guardarlas en los archivos episcopales. Fue sepultado en la "cripta papal" de las catacumbas (Cementerio de San Calixto); Rossi descubrió su tumba en 1854, junto con los fragmentos de una inscripción griega.

Ver Allard, *Hist. des persécutions*, vol. II, p. 212; G. B. de Rossi, *Roma Sotteranea*, vol. II, p. 55 ss.; y el *Liber Pontificalis*, ed. L. Duchesne (1886-1892), vol. I, p. 147.

SAN GORDIO, MÁRTIR (304 P.C.)

GORDIO o Gordius nació en Cesarea, en Capadocia. Entró al servicio de las armas del imperio romano y llegó al grado de centurión. Estaba en su villa natal, cuando el impío Diocleciano volvió a encender el fuego de la persecución. Indignado al ver los crueles tratos infligidos a los cristianos, abandonó voluntariamente el servicio de las armas y se retiró al desierto. Aprendió a conocer los divinos misterios del cristianismo; bajo la influencia de la gracia y el ejercicio de la contemplación, comprendió la vanidad de los bienes de la presente vida y se entregó a las prácticas del ayuno y de la oración.

Un día en que los paganos habían organizado juegos en honor del dios Marte, Gordio se mostró de nuevo en la ciudad y, presentándose en medio de los espectadores, pronunció en alta voz estas palabras del profeta: "Los que no me buscan me han encontrado; yo me presento en el gran día a los que no me pedían" (Isaías, LXV, 2 y Romanos, X, 20). Con esto quiso hacer compren-

der a todos que venía por sí mismo a declararse cristiano. Entonces se apoderaron de su persona y lo condujeron delante del gobernador. Gordio dio a conocer su nombre, su país, su categoría de centurión, el motivo de su retiro y el de su regreso a la ciudad: "No me preocupo de todos vuestros edictos, creo en Jesucristo, mi esperanza y mi sostén; sé que sobrepasáis en crueldad a los otros representantes del emperador; he aprovechado la ocasión de obtener lo que es el objeto de mis deseos". El gobernador le hizo comprender que se exponía a los tormentos más horribles, si perseveraba en esta actitud, pero Gordio levantó sus ojos al cielo y cantó estos versículos del salmo: "El Señor es mi apoyo, no temo lo que los hombres me pueden hacer; ¡Señor, yo no temo ningún mal porque Tú estás conmigo!" (Salmo CXVII y XXII). Y repitió estas expresiones de confianza, muy a propósito para fortificar su alma.

Entonces se abatieron sobre él los tormentos. Sus parientes y sus amigos se le acercaron compadecidos por su suerte: "Guardad vuestras lágrimas y vuestros lamentos para los enemigos del verdadero Dios, —les dijo— porque yo estoy preparado para dar mil veces mi vida, si fuera posible, para glorificar el nombre del Señor. Tengo presente en mi memoria al primer centurión que asistió sobre el Calvario a la muerte de mi Salvador y que proclamó su divinidad en presencia de los judíos, cuya cólera aún no se había calmado". Esas fueron sus últimas palabras. Protegido con la señal de la cruz, marchó intrépidamente al suplicio, como si las alas de los ángeles le llevaran. Fue decapitado.

San Basilio que pronunció el panegírico de Gordio, asegura que muchos de sus oyentes habían sido testigos del suplicio de este centurión. Se encuentra el elogio en las obras del santo doctor. *Patrología Griega*, vol. XXXI, col. 489. Dom Ruinart la reprodujo en *Acta sincera de los mártires*, París 1689, p. 567.

SAN PEDRO BALSAM, MÁRTIR (311 P.C.)

DE ACUERDO con la relación de sus "actas", Pedro Balsam nació en el territorio de Eleuterópolis, en Palestina, y fue hecho prisionero en Aulana, durante la persecución de Maximino. En el interrogatorio, Severo, gobernador de la Provincia, comenzó por preguntarle su nombre. El respondió: "El nombre de mi familia es Balsam, pero mi nombre de bautismo es Pedro".

Severo: ¿De qué familia eres y en dónde naciste?

Pedro: Soy cristiano.

Severo: ¿Cuál es tu oficio?

Pedro: ¿Qué ocupación u oficio más noble puedo tener que el de ser cristiano?

Severo: ¿Conoces los edictos imperiales?

Pedro: Conozco la ley de Dios, Soberano del universo.

Severo: Muy pronto sabrás que existe un edicto del más clemente de los emperadores, en el que ordena que todos aquellos que no sacrifiquen a los dioses sean condenados a muerte.

Pedro: También es necesario hacerte conocer una ley, donde el Rey Eterno manda que perezcan todos aquellos que ofrecen sacrificios al demonio. Y entre esas dos leyes, ¿a cuál me aconsejas obedecer? ¿Debo morir decapitado, o escoger la condenación eterna del gran Rey y verdadero Dios?

Severo: Puesto que me pides consejo, mi opinión es que debes obedecer al edicto del emperador y sacrificar a los dioses.

Pedro: Jamás me convencerás de ofrecer sacrificios a ídolos de madera y de piedra, pues tus dioses no son otra cosa.

Severo: Te recuerdo que tengo poder para vengar esas afrentas, condenándote a muerte.

Pedro: Mi intención no es ofenderte; no he hecho más que repetir lo que está escrito en la ley divina.

Severo: Ten compasión de ti mismo y sacrifica a los dioses.

Pedro: Para no sentir compasión de mí mismo, debo abstenerme de sacrificar a los dioses.

Severo: Quiero mostrarme benigno contigo y por lo tanto, voy a darte tiempo para que reflexiones y salves tu vida.

Pedro: Será inútil la demora, pues no cambiaré de opinión; haz pronto lo que estás obligado a hacer y concluye la obra que el demonio, tu padre, ha comenzado, porque yo no haré jamás lo que Jesucristo me prohibe.

Al oír esto, Severo ordenó a los verdugos que descoyuntaran a Pedro en el potro. Cuando se hallaba en la tortura, el gobernador le preguntó irónicamente: "Y bien, Pedro, ahora que has probado el potro, ¿estás dispuesto a sacrificar?" Pedro contestó: —Desgárrame con tus garfios y no me hables de sacrificar a tus demonios. Ya te he dicho que sólo ofreceré sacrificios a Dios; por El sufro. Ante tal respuesta, el gobernador mandó a los verdugos que intensificaran la tortura; pero lejos de quejarse, el mártir entonó alegremente los versos del real profeta: "Una cosa he pedido al Señor y sólo esa buscaré: habitar en su morada todos los días de mi vida. Tomaré el cáliz de salvación e invocaré el nombre del Señor". Los espectadores, al ver correr en abundancia la sangre del mártir, le gritaban: "Obedece al emperador; sacrifica a los dioses y líbrate así de la tortura". Pedro replicó: "¿A esto llamáis tortura? Yo no siento ningún dolor; en cambio, si no fuera fiel a mi Señor, sería condenado a tormentos que no pueden imaginarse". También el juez intervino: "Sacrifica, Pedro Balsam, o tendrás que arrepentirte de no haberlo hecho".

Pedro: No sacrificaré, ni me arrepentiré de no hacerlo.

Severo: Mira que estoy a punto de dictar mi sentencia.

Pedro: Tal es mi mayor deseo.

Entonces Severo pronunció su sentencia: "Damos la orden de que Pedro Balsam sea crucificado, por haberse negado a obedecer el decreto de nuestros invencibles emperadores y por haber defendido tercamente la ley de un crucificado". Así terminó su triunfal carrera este glorioso mártir, en Aulana, el 11 de enero. El Martirologio Romano celebra su memoria el 3 de enero.

Es indudable que a Pedro Balsam se le puede identificar con el mártir Pedro Abselamo, el cual, según Eusebio (*De Martiribus Palest.*, x, 2-3) fue quemado en Cesarea. Por ésta y otras razones, las opiniones sobre la veracidad del relato que transcribimos en el artículo, difieren mucho. Ruinart y el mismo Bardenhewer (*Geschichte der altkirchl. Literatur*, vol. II, p. 640) consideran estas actas como auténticas. P. Allard (*Hist. des persécutions*, vol. v, p. 126) y H. Leclercq (*Les Martyrs*, vol. II, p. 323) piensan que se trata de una compilación poco exacta; más lógicamente el P. Delehaye (*Légendes Hagiographiques*, p. 114) opina que dichas actas constituyen una especie de novela histórica fundada en hechos reales. Ver también Harnack, *Chronol. Altchiristl. Lit.*, vol. II, p. 474.

SANTA GENOVEVA, VIRGEN (*c.* 500 P.C.)

El padre de Genoveva se llamaba Severo y su madre Geroncia. La santa

nació hacia el año 422, en Nanterre, pequeña población de los alrededores de París, en las proximidades de Mont Valérien. De camino para Bretaña, a donde iba a combatir la herejía pelagiana en compañía de San Lupo, San Germán, obispo de Auxerre, pasó una noche en Nanterre. Los habitantes les rodearon para recibir su bendición; San Germán predicó un sermón, durante el cual, Genoveva, que sólo tenía siete años, atrajo su atención. Al fin de la prédica, San Germán llamó a los padres de la niña y les predijo que su hija sería una santa. En seguida preguntó a la niña si no era cierto que su único deseo era servir a Dios y ser esposa de Jesucristo. Ella respondió que, en efecto, no pensaba en otra cosa, y le rogó que la bendijese en tal forma, que quedara consagrada a Dios, a partir de ese instante. El santo prelado se dirigió a la iglesia, seguido por el pueblo, y durante el canto de los salmos, como dice Constancio (una narración de la vida de Santa Genoveva, particulariza que fue durante la recitación de Nona y de las Vísperas), impuso las manos a la niña. Después de la cena la despidió, rogando a sus padres que la trajesen de nuevo a la mañana siguiente. Estos obedecieron, y San Germán preguntó a la niña si recordaba la promesa que había hecho a Dios. Ella respondió afirmativamente y que esperaba guardarla con fidelidad. El obispo le regaló una medalla con una cruz para que la llevara al cuello, en recuerdo de su consagración del día anterior y le recomendó que no usara nunca brazaletes, ni joyas. El autor de la biografía de la santa nos refiere que, como la niña pidiera un día permiso para ir a la iglesia, su madre le respondió con bofetadas y en castigo de su crueldad quedó ciega, y no recobró la vista, sino hasta dos meses más tarde, al lavarse los ojos con el agua que su hija había traído del pozo y sobre la cual había trazado el signo de la cruz. Desde entonces, los habitantes de Nanterre consideraron el pozo como bendito.

Hacia los quince años, Genoveva fue presentada al obispo de París, junto con dos compañeras, para recibir el velo. Aunque era la más joven de las tres, el obispo le hizo ocupar el primer puesto, diciendo que el cielo la había ya santificado, con lo cual parecía hacer alusión a la promesa de Genoveva de consagrarse a Dios. A partir de entonces, Genoveva sólo comía, generalmente, dos veces por semana, los jueves y los domingos, un poco de pan y una reducida porción de habichuelas. A la muerte de sus padres, Genoveva fue a vivir a París con su madrina. De vez en cuando, partía de viaje por motivos de caridad; así visitó las ciudades de Meaux, Laon, Tours, Orléans y algunas otras, que guardan el recuerdo de sus milagros y admirables predicciones. Dios permitió que sufriera duras pruebas: durante algún tiempo, todo el mundo parecía estar contra ella, y tuvo que soportar verse tratada de visionaria e hipócrita. La llegada de San Germán, probablemente durante su segundo viaje a Bretaña, calmó, por algún tiempo, a los calumniadores; pero poco después, la tempestad estalló nuevamente. Sus enemigos estaban decididos a desprestigiarla y aun a ahogarla, cuando se presentó el archidiácono de Auxerre trayéndole pan bendito de parte de San Germán, en prueba de la estima que el obispo le profesaba y en signo de comunión con ella. El suceso parece haber tenido lugar cuando San Germán se hallaba en Italia, en 448. Esta muestra de veneración del santo obispo cambió el corazón de los enemigos de Genoveva, quienes se convirtieron en admiradores suyos, hasta el fin de su vida.

Por esa época, los francos se habían apoderado de la mayor parte de la Galia, y el rey Childerico puso sitio a París. Como los habitantes de la ciudad

sufriesen cruelmente de hambre, Santa Genoveva partió a la cabeza de un grupo que iba en busca de provisiones, según relata su biógrafo, y volvió de Arcis-sur-Aube y Troyes con varias barcas cargadas de grano. Una vez dueño de París, Childerico, aunque siguió siendo pagano, profesó gran respeto a Genoveva; gracias a los ruegos de la muchacha, el conquistador perdonó la vida a muchos prisioneros y dio otras muestras de generosidad. Gracias al celo de Genoveva para conseguir contribuciones, se construyó en París la iglesia de San Dionisio, la misma que casi un siglo después, en el año 629, reconstruyó el rey Dagoberto I, agregándole un monasterio. Genoveva emprendió muchas peregrinaciones, en compañía de otras doncellas, al santuario de San Martín de Tours. La fama de su santidad era ya tan grande, que parece haber llegado a oídos de San Simón el Estilita, en Siria. El rey Clodoveo, que abrazó la fe en 496, escuchaba respetuosamente a Genoveva, y más de una vez le otorgó la liberación de prisioneros. Cuando llegó la noticia del avance de Atila, los parisinos se prepararon a abandonar la ciudad; pero Santa Genoveva, como una Judith o una Ester cristiana, les animó a apartar esa amenaza por medio de la oración y el ayuno. Muchas mujeres pasaban el día entero haciendo oración con ella en el bautisterio; de ahí proviene la devoción particular por Santa Genoveva que existía en S.-Jean-le-Rond, el antiguo bautisterio de la iglesia de París. Genoveva aseguró al pueblo que Dios le protegería contra Atila y, aunque muchos la tacharon de impostora, los hechos le dieron la razón, porque el caudillo de los bárbaros modificó súbitamente su itinerario y pasó de largo frente a París. Nuestro autor atribuye a Santa Genoveva la primera idea de la iglesia que Clodoveo empezó a edificar en honor de San Pedro y San Pablo, para complacer a su mujer, Santa Clotilde. El cuerpo de Santa Genoveva fue sepultado ahí, hacia el año 500. Los milagros obrados por la santa en su sepultura hicieron famosa en toda Francia la iglesia de San Pedro y San Pablo, que el pueblo empezó a llamar templo de Santa Genoveva. En 1764 fue construida una nueva iglesia sobre los restos de la antigua: se trata del "Panteón", actualmente secularizado y convertido en monumento nacional.

La ciudad de París se ha visto frecuentemente protegida por la intercesión de Santa Genoveva. El caso más famoso es el milagro conocido con el nombre de "des Ardents", es decir, de la fiebre de fuego. En 1129, una enfermedad, tal vez una especie de envenenamiento, llevó a la tumba, en unos cuantos días, a millares de gentes, sin que los médicos pudiesen encontrar ningún remedio. Esteban, obispo de París, imploró con el clero y el pueblo, la misericordia divina con ayunos y oraciones. Pero la epidemia no cesó, hasta que las reliquias de Santa Genoveva fueron trasladadas en procesión solemne a la catedral. Muchas personas fueron curadas con sólo tocar el relicario; únicamente tres de los enfermos murieron y la epidemia cesó por completo. El Papa Inocencio II, que fue a París al año siguiente, después de una minuciosa investigación, ordenó que se celebrara anualmente, el 26 de noviembre, la conmemoración de este milagro, cosa que se hace todavía en París. Antiguamente existía la costumbre de llevar a la catedral los restos de Santa Genoveva, en procesión solemne, cada vez que había una calamidad pública. La mayor parte de las reliquias de la santa fueron destruidas durante la Revolución.

La antigua vida de Santa Genoveva, de la que hemos tomado los principales datos y que se atribuye a un contemporáneo de la santa, que la escribió dieciocho años después de su muerte, ha sido objeto de una aguda controversia. Existen tres recensiones de

ella, conocidas respectivamente bajo las siglas A, B y C. El texto A fue editado por B. Krusch en MGH., *Scriptores Merov.*, vol. III, 1896. C. Kohler publicó el texto B en su inteligente ensayo *Etude critique sur le texte de la vie latine de Sainte Geneviève* (1881), y el texto C se encuentra en la edición Teubner de la *Vita Sanctae Genovefae*, hecha por C. Künstle en 1910. Aunque el texto C tiene a su favor la autoridad de los manuscritos más antiguos (siglo VIII), los críticos no admiten generalmente la prioridad de dicha recensión. Pero la controversia más importante versa sobre la autenticidad de la vida misma. Bruno Krusch asegura que se trata de una invención, y que el autor no es un contemporáneo, sino que compiló la vida más de 250 años después, hacia el fin del siglo VIII. Aquí sólo podemos dar una idea somera de las discusiones que ha provocado la tesis de Krusch. Baste con decir que su opinión no ha encontrado apoyo en la mayoría de los críticos de peso. Investigadores de la talla de Mons. Duchesne, del Prof. G. Kurth, de C. Künstle y de A. Poncelet, sostienen que la vida fue escrita realmente por un contemporáneo y que es sustancialmente verídica. El lector encontrará un excelente resumen de los datos ciertos de la vida de Santa Genoveva en H. Lesêtre, *Ste. Geneviève* (en la colección *Les Saints*), así como en el ensayo de E. Vacandard, *Etudes Critiques*, vol. IV, pp. 67-124, y 255-266. El libro de M. Reynes-Monlaur, *Ste. Geneviève* (1924) constituye un encantador relato popular. Una leyenda cuenta que, cuando Genoveva iba a la iglesia a orar, durante la noche, el demonio encendía un cirio para asustarla; por ello las imágenes de Santa Genoveva la representan con un cirio, y el demonio se halla algunas veces en las proximidades.

SANTA BERTILIA DE MAREUIL, VIUDA (Siglo VIII)

LA VIDA de Santa Bertilia no ofrece detalles pintorescos. Nacida de padres nobles, pasó su juventud en ejercicios de caridad. Se casó con un joven de la nobleza, y ambos emplearon su vida en socorrer a los pobres y a los enfermos. A la muerte de su esposo, la santa vivió en la soledad, en Mareuil, de la diócesis de Arras, donde construyó una iglesia junto a su celda. Murió a principios del siglo VIII. No hay que confundirla con su contemporánea, Santa Bertilia de Chelles.

Ver *Acta Sanctorum*, 3 de enero; Parenty, *Histoire de Ste. Bértilie* (1847); Destombes, *Vies des saints des diocèses de Cambrai et d'Arras*, vol. I, pp. 37 ss.; y P. Bertin, *Ste. Bértille de Mareuil* (1943). W. Levison publicó una edición crítica del texto de la vida, precedida de una seria introducción, en MGH, *Scriptores Merov.*, vol. VI, pp. 95-109.

4: SAN GREGORIO, OBISPO DE LANGRES (539 P.C.)

LA vida de este santo nos es conocida gracias a los escritos de su bisnieto, San Gregorio de Tours. Noble de nacimiento, Gregorio gobernó durante cuarenta años el distrito de Autun, con el cargo de "comes" (conde), y se distinguió por su sentido de justicia. Era ya entrado en años, cuando murió su esposa Armentaria y él decidió realizar su deseo de abandonar el mundo y entregarse sin reservas a Dios. Elegido obispo de Langrés por el pueblo y el clero, San Gregorio fue un admirable ejemplo de fidelidad a sus deberes pastorales. Hacía grandes penitencias en lo referente a la comida y la bebida, ingeniándose hábilmente para disimular sus ayunos a quienes le rodeaban. Con frecuencia pasaba una parte de la noche en oración, sobre todo en el bautisterio de Dijon, donde habitaba generalmente. Ahí recibió la visita de varios santos, que iban a cantar con él las alabanzas al Señor. San Benigno, el apóstol de Borgoña, cuyo culto había descuidado San Gregorio, se le apareció, le repren-

dió paternalmente por su negligencia y le pidió que restaurara su santuario en ruinas, que desde entonces ha sido famoso en Dijon. San Gregorio murió en Langrés, en 539, pero, según su deseo, los restos fueron trasladados al santuario de San Benigno. Venancio Fortunato compuso el epitafio de nuestro santo, lo cual demuestra que la paternal caridad que desplegó en sus últimos años, fue suficiente para borrar la severidad que pudiera tal vez haber mostrado como juez. Aun en los milagros que realizó después de su muerte, parece haber tenido predilección por los prisioneros de la justicia humana.

Ver Gregorio de Tours, *Vitae Patruum*, lib. VII; *Historia Francorum*, lib. III, IV y V; *De gloria martyrum*, LI; L. Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. II, pp. 185-186; DCB, vol. II, p. 770.

SANTA FARAILDA, VIRGEN (*c.* 740 P.C.)

HAY MUCHOS detalles extremadamente confusos e improbables en las relaciones que han llegado hasta nosotros de la vida de esta santa belga, y es difícil determinar hasta qué punto la leyenda se basa en hechos históricos. El rasgo principal parece ser que, si bien había consagrado secretamente su virginidad a Dios, sus padres la casaron, sin pedirle su consentimiento, con un rico pretendiente. Decidida a guardar su voto, se negó a vivir maritalmente con él, lo cual incitó a su esposo a tratarla con brutalidad. Pero Dios velaba por ella y la protegió, hasta la muerte de su marido. Apenas conocemos otros datos de su vida, fuera de los milagros y de las numerosas traslaciones de su cuerpo. Sin embargo, está fuera de duda que adquirió gran fama en Flandes y que su culto ofrece abundante material a los especialistas del folklore. En Flandes es conocida generalmente bajo los nombres de Varelde o Verilde. Las imágenes la representan frecuentemente con un ganso, con un gato, o llevando unas piezas de pan. El ganso se refiere probablemente a la leyenda, atribuida también a Santa Verburga, de que devolvió la vida y las plumas a un ganso ya cocinado. Pero no es imposible que se refiera más bien al nombre de la ciudad en que reposan los restos de la santa, ya que Gante, en flamenco, significa ganso. Las piezas de pan hacen alusión al milagro acontecido junto a su tumba: según cuenta la leyenda, una mujer que había rehusado compartir su pan con un mendigo, diciéndole que no tenía, vio sus panes convertirse en piedras. También se cuenta que Santa Faraílda hizo brotar una fuente en Bruay, cerca de Valenciennes, para calmar la sed de los que cosechaban su campo. El pueblo afirma que el agua de esa fuente es muy eficaz contra las enfermedades de los niños, y las madres encomiendan la salud de sus hijos a nuestra santa.

Ver Hautecœur, *Actes de Ste. Pharaildis* (1882); Destombes, *Vies des saints de Cambrai et Arras*, vol. I, pp. 30-36; L. van der Essen, *Etude critique sur les Vitæ des saints mérovingiens* (1907), pp. 303 ss; H. Detzel, *Christliche Ikonographie* (1896), vol. II, p. 583.

SAN RIGOBERTO, ARZOBISPO DE REIMS (*c.* 745 P.C.)

RIGOBERTO parece haber sido primero, abad de Orbais y después arzobispo de Reims; pero no es fácil determinar la cronología. Su vida, escrita mucho después, a fines del siglo IX, no es una fuente segura en este aspecto. Según

parece, San Rigoberto ofendió a Carlos Martel porque no se alió con él contra Raganfredo, mayordomo de Neustria. Debido a ello, Carlos Martel le desterró a Gascuña y entregó su arquidiócesis a Milon, que disfrutaba ya de las rentas de la sede de Tréveris. Finalmente, se llegó a un compromiso y el santo pudo volver a su sede. Su paciencia en las pruebas, su amor al retiro y la oración, así como las milagrosas curaciones a él atribuidas, le ganaron fama de gran santidad. Murió entre los años 740 y 750.

Ver *Acta Sanctorum*, 4 de enero; Levison, en MGH., *Scriptores Merov.*, vol. VII, pp. 54-80; y Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. III, pp. 85-86. Existe un estudio muy importante sobre Carlos Martel y sus obispos: *Milo et eiusmodi similes*, escrito por Eugen Ewig, en *St. Bonifatius. Gedenkgabe zum zwölfhundertjährigen Todestag* (Fulda, 1954), pp. 412-440.

BEATO ROGELIO DE ELLANT (1160 P.C.)

EL BEATO Rogelio de Ellant debe su nombre al monasterio de Ellant, en la diócesis de Reims, fundado por él mismo en el siglo XII. Era inglés de nacimiento, pero fue en Francia donde entró en el monasterio cisterciense de Lorroy, en Berry. Se distinguió por su pobreza y por el exacto cumplimiento de la regla. Sus superiores le escogieron para construir un nuevo monasterio en Ellant. Ejercitó particularmente la caridad entre los pobres y los enfermos. Una capilla de la iglesia abacial, en la que reposa su cuerpo, fue consagrada a su culto. Murió el 4 de enero de 1160.

Ver *Acta Sanctorum*, 4 de enero; y *Gallia Christiana*, vol. IX, p. 310.

BEATA ANGELA DE FOLIGNO, VIUDA (1309 P.C.)

ANGELA DE FOLIGNO es una de las grandes místicas y contemplativas de la Edad Media, junto con Santa Catalina de Siena y Santa Catalina de Génova. La beata tenía una personalidad muy característica, y se la considera como una figura fuera de lo común, dentro del gran movimiento franciscano que ejerció una influencia tan grande en Italia central. En muchos aspectos, Angela de Foligno fue el polo opuesto de San Francisco de Asís, cuya vida fue eminentemente activa, en tanto que la de Angela fue exclusivamente contemplativa. San Francisco veía a Dios en todas las criaturas; Angela veía a todas las criaturas en Dios. Pero los dos representan la misma realidad cristiana del amor gozoso.

Se conoce muy poco de la vida de la beata; ni siquiera sabemos cuál era el apellido de su familia.* Debió nacer hacia el año 1248. Pertenecía a una buena familia de Foligno, población en la que nació y vivió. Se casó con un hombre rico y tuvo varios hijos. Durante la primera parte de su vida, Angela fue mundana y poco devota. Según cuenta ella misma, no sólo era negligente y egoísta, sino verdaderamente pecadora. Pero, en 1285, tuvo la famosa visión de la Verdadera Luz, ese llamamiento al amor en el sufrimiento, a la paz de

* El P. Ferré, después de haber examinado atentamente el manuscrito de Asís, afirma que la familia y los amigos íntimos de la beata la llamaban "Lela"; probablemente era un apelativo de cariño, derivado de Angela.

los gozos más duraderos que los del mundo. Su conversión fue súbita e impetuosa, exaltada y gozosa, como su carácter. Iluminada por la nueva luz, la beata comprendió que su vida, considerada por ella como innocua, y sin grandes ideales, era en realidad una vida de pecado. Este convencimiento la movió a buscar la penitencia, el sufrimiento, el sacrificio, la renuncia total y alegre de quien lo pierde todo para encontrar el Todo, la fe victoriosa de su gran modelo, San Francisco de Asís, en cuya tercera orden ingresó.

Pero, a raíz de su conversión, la beata siguió viviendo en el mundo. Poco a poco se fueron desatando los lazos que la unían a él. Su madre, a la que profesaba un gran cariño que constituía un obstáculo a su nueva vida, murió al poco tiempo. Algo más tarde, murió su esposo, y finalmente, sus hijos. Aunque el biógrafo de la beata se extiende en consideraciones sobre las maravillas de la Providencia, que le abrió así el camino de la perfección, Angela no era una mujer desnaturalizada y el hermano Arnoldo dice que sufrió enormemente con estos golpes. Pero su conversión había sido tan total e impetuosa, que todas las cosas, las penas y las alegrías constituían una viviente unidad, como en el caso de Sàn Francisco. Para los franciscanos de aquella época, lo único que existía era el amor de Dios.

Lo poco que sabemos sobre la vida de Angela nos ha sido transmitido por el hermano Arnoldo, el franciscano que fue su confesor y consiguió que la beata le dictase un relato de sus visiones.* Arnoldo narra que Angela renunció a todas sus posesiones y que lo último que vendió fue un "castillo" por el que sentía especial predilección. Este sacrificio le había sido exigido en una visión, junto con là invitación a abrazar la pobreza franciscana, si quería ser perfecta. Arnoldo nos cuenta que, cuando él leía a Angela lo que había escrito, la beata le decía que no la había entendido y que había interpretado mal sus palabras; otras veces decía que sus visiones parecían blasfemias al formularlas en palabras. Arnoldo previene al lector contra el escándalo que podrían producirle los éxtasis de la beata y se hace notar que, cuanto más altas eran las visiones, mayor era la humildad de Angela. Así pues, cuando la sierva de Dios dice que Dios la levanttó "para siempre" a un nuevo estado de gozo y de luz, sus palabras no tienen nada que ver con la presunción y el orgullo espiritual, sino que significan simplemente que progresaba de continuo en la virtud y que iba adquiriendo un conocimiento más claro de Dios y una soledad espiritual no experimentada anteriormente.

Alrededor de Angela se formó un grupo de terciarios y terciarias franciscanos. El hermano Arnoldo nos dice que le era especialmente adicta "una virgen cristiana" que vivía con ella. Esta compañera de Angela no carecía de respeto humano. En efecto, un día en que las dos caminaban fuera de Foligno (tal vez en las colinas de Spello o de Asís, o a lo largo de la llanura que se extiende hasta Rivoroto y Santa María degli Angeli), Angela entró en éxtasis: su rostro se puso resplandeciente y sus ojos parecían lanzar llamas; su compañera, muy turbada, pensó que daría buen ejemplo, cubriéndose el rostro y aconsejando a Angela que hiciera lo propio, pues sus ojos brillaban extraordinariamente: "Ocúltate, dijo a la beata, esconde tus ojos de las miradas de los hombres. ¿Qué van a decir de ti?" Angela respondió: "Eso no tiene ninguna importan-

* Las investigaciones recientes han demostrado que la tercera sección del manuscrito no puede haber sido escrita ni publicada por el hermano Arnoldo, como se había supuesto.

cia; si encontramos a alguien, Dios nos protegerá". Arnoldo añade que la compañera de la beata tuvo que acostumbrarse a ese género de episodios, pues los éxtasis la sorprendían en los momentos más inesperados.

Un Jueves Santo, Angela dijo a su compañera: "Vamos a buscar a Jesucristo; tal vez le encontraremos en el hospital, entre los pobres y enfermos". Como no podían ir con las manos vacías, y lo único que poseían eran sus velos, que apreciaban tanto, la beata no tuvo reparo en venderlos para comprar algunos alimentos. "Y así, dice la misma Angela, pudimos ofrecer algo a los enfermos del hospital; después lavamos los pies a las mujeres y las manos a los hombres, pues era una pena verles solos y abandonados en sus miserables lechos. En particular, un pobre leproso quedó muy consolado". En el camino de vuelta experimentaron una gran consolación del cielo y así encontraron a Jesucristo aquel Jueves Santo.

De esta suerte pasó aquella vida extraordinaria de gran sencillez y abrumadoras gracias espirituales, hasta que, a fines de 1308, la beata sintió que se acercaba la hora de la muerte. Reunió pues, a todos sus hijos espirituales, los bendijo imponiendo las manos a cada uno y les hizo una última exhortación a la total confianza en Dios. La Beata Angela murió gozosa y apaciblemente el 4 de enero de 1309.

Poseemos, además, otro detalle de su vida. Ubertino di Casale ingresó en la orden de los frailes menores en 1273. Durante catorce años llevó una vida ejemplar. Era un hombre de gran saber, famoso en varias universidades. Al cabo de esos catorce años, Ubertino decayó del primer fervor y empezó a llevar una vida licenciosa. El mismo narra que conoció a la Beata Angela de un modo maravilloso, aunque no entra en detalles sobre el hecho, y que ella le demostró que podía leer su pensamiento. "Dios hablaba por su boca", según la expresión de Ubertino. Este se convirtió sinceramente y, en su narración indica que él fue solamente uno de los muchos que debían a Angela la vida del alma.

Cierto que conocemos pocos detalles sobre la existencia diaria de la beata; en cambio, sus escritos nos dan una idea clara de su vida interior. "Yo, Angela de Foligno, tuve que atravesar dieciocho etapas del camino de penitencia, antes de comprender toda la imperfección de mi vida". El primero de esos pasos o etapas fue la conciencia del pecado, a la que siguieron la vergüenza de la confesión, la misericordia de Dios, el propio conocimiento y la cruz de Cristo. En la novena etapa, que la beata llamó "el camino de la cruz", renunció a los vestidos elegantes y a los manjares delicados; pero esto le costaba todavía mucho, pues no estaba aún poseída por el amor divino. En la décima etapa tuvo la visión de Jesucristo en respuesta a su oración: "¿Qué debo hacer para agradarte?" La visión de Cristo y de su Pasión le reveló la pequeñez de sus propios sufrimientos y la beata cuenta que lloró tanto y tan amargamente, que durante mucho tiempo tuvo que enjuagarse los ojos con agua fría. Después de la visión de la cruz, vino el conocimiento de la verdadera penitencia, que le llevó a abrazar una vida de pobreza absoluta. Así fue ascendiendo poco a poco, conociendo cada vez más a fondo la Pasión de Cristo. Dios mismo le enseñó a orar por medio del Padrenuestro. La beata empezó a distinguir las gracias que provenían de la Santísima Virgen y en la décima octava etapa llegó a tal unión con Dios y a tal dulzura en la oración, que se olvidaba de comer. En dicha etapa vendió su castillo predilecto.

Angela nos cuenta que había habitado en dos abismos, uno hacia arriba y el otro hacia abajo. En la décima octava etapa fue arrebatada del abismo superior, como lo prueba el terrible capítulo que nos dejó sobre sus tentaciones. Se sentía privada de todos los buenos deseos y pensamientos. El demonio la asaltó con las más repugnantes tentaciones de los sentidos, infundiéndole el deseo de cometer pecados de los que nunca había oído hablar. Finalmente apareció de nuevo la luz y la beata tuvo un corto respiro. El otro abismo fue el de las tentaciones de falsa humildad, de excesiva reconcentración en sí misma y de escrúpulos. Se sentía violentamente inclinada a desgarrar sus vestidos y correr desnuda por las calles, con un collar de carne cruda y pescados, gritando: "He aquí a la más infame de las mujeres, que huele a vicio y mentira y los difunde por donde quiera que pasa. Eso es lo que yo soy, pura podredumbre. Hago creer a todos que no como carne ni pescado, pero en realidad soy una glotona muy dada a la bebida. Hago creer a todos que mis vestidos son ásperos, pero de noche duermo en colchones de plumas, que oculto por la mañana." La beata intentó hacer creer estas acusaciones a los franciscanos y a sus hijas espirituales. Finalmente, se vio libre de esta maldición de la falsa humildad, pero cayó en el otro extremo del orgullo espiritual. Se sentía amargada y malhumorada. Esta tentación empezó en 1294 y duró dos años, hasta que Dios la sacó de aquel abismo y le dio a gustar su infinita bondad. Y así fue creciendo Angela en el gozo espiritual, la nota característica de los primeros hijos de San Francisco de Asís. En múltiples visiones, Dios le dio a conocer su amor, su bondad y su ternura; y la beata fue penetrando cada vez más a fondo en el principio básico del Pobrecito de Asís, que reducía todas las cosas al amor. En la etapa de la plena unión con Dios, aun las mismas enseñanzas de la Sagrada Escritura sobre Dios y sobre la vida de Cristo eran más bien un estorbo, pues en Dios leía Angela palabras más altas e imposibles de expresar. Cuando volvía en sí de tales experiencias, se sentía invadida de paz y llena de amor "aun por los demonios." Perdida en el amor, hasta la Pasión de Cristo se convertía en motivo de gozo. En ciertos momentos contemplaba el cuerpo del Señor, muerto por nuestros pecados, pero otras veces el placer del amor hacía desaparecer todo el dolor de la Pasión. Así pues, concluye Angela, "la Pasión es para mí como un camino resplandeciente de vida".

Una gran parte del libro de las visiones está llena de descripciones extraordinariamente vívidas, pero siempre respetuosas, de los sufrimientos y la crucifixión de Cristo. La beata parece elevarse cada vez más sobre los dolores y sufrimientos, siguiendo el ejemplo de Cristo, quien "dejó de lado el gozo que se le proponía y abrazó la cruz, sin tener en cuenta la humillación". Angela narra que en cierta ocasión en que asistía a una representación de la Pasión, al aire libre, como se acostumbraba en la Edad Media, se sintió tan transportada de felicidad que le parecía haber sido introducida en la herida del costado de Cristo. Dios le concedió grandes favores y visiones durante la misa y la comunión. Una de las últimas visiones de las que habla la beata es la de la Paz. Turbada por alguna cosa, Angela había perdido la alegría y la tranquilidad. Dios le reveló entonces que le había hecho más favores que a cualquier otro de los habitantes de Espoleto. La beata preguntó que por qué se sentía tan abandonada de su mano. En respuesta, recibió una exhortación a la confianza total y poco a poco, se hizo en su alma una paz superior a la que había experimentado hasta entonces. El libro termina con la visión que la beata llama "el

camino de salvación", en la que habla de la felicidad de quienes conocen a Dios, no a través de su dones, sino en sí mismo. "Señor —exclama Angela—, dime qué quieres de mí, pues soy toda tuya. Pero no se me dio ninguna respuesta. Oré desde la hora de maitines hasta la hora de tercia y entonces vi y oí". Lo que vio fue un abismo de luz, un abismo sobre el que la verdad de Dios se extendía como un camino por el que pasaban los que iban a El y los que se apartaban de El. Y la voz de Dios le dijo: "En verdad te digo que el único camino de salvación es seguir mis pasos desde la cruz sobre la tierra, hasta la luz que estás contemplando". Y las palabras divinas se hicieron cada vez más claras y distintas, y el camino se inundó de luz, hasta donde alcanzaba la vista.

Muy poco es lo que sabemos acerca de la vida de Angela de Foligno, aparte de lo que ella misma nos cuenta. Su relato se hallará en *Acta Sanctorum*, 4 de enero. Fue reeditado por Boccolini en el siglo XVII y por Faloci-Pulignani a partir de 1899. En 1536, apareció en Italia un libro basado en el relato de la santa, traducido al inglés por Mary G. Steegman con el título de *The Book of the Divine Consolation of Bd. Angela of Foligno* (1909). Pero seguía siendo muy de desear la reedición de las fuentes (cf. el artículo *Les oeuvres authentiques d'Angele de Foligno*, en la *Revue d'histoire franciscaine*, julio, 1924). La reedición se basó en el manuscrito 342 de la biblioteca municipal de Asís: el P. Doncoeur publicó el texto (1925) y la traducción francesa (1926); el texto y la traducción del P. M. J. Ferré vieron la luz en 1927. Ver también L. Lecléve, *Ste. Angéle de Foligno* (1936), y la bibliografía del P. Doncoeur en *Revue d'ascétique et de mystique*, julio de 1925. El culto de la Beata Angela de Foligno fue aprobado por Inocencio XII y otros Sumos Pontífices. (Algunas veces se la llama "Santa").

BEATA ISABEL ANA BAYLEY SETON, Viuda, fundadora

Nació Isabel Ana Bayley el 28 de agosto de 1774, en Nueva York, y fue hija del doctor Richard Bayley, competente médico, y de Catherine Charlton, su esposa. Ambos profesaban la religión cristiana protestante, y pertenecían a la Iglesia episcopaliana, según cuyo rito bautizaron a la niña.

El doctor Bayley, muy dedicado a su profesión, se alejaba con frecuencia de su hogar, y pasaba largas temporadas estudiando medicina en Inglaterra. Esto le impidió dar el amor que debía a los seres de su familia, si bien no descuidó su educación y les proporcionó buenos maestros.

La niña era muy pequeña, de unos cuatro años, cuando murió su madre. Un año después, el doctor se casó de nuevo con Charlotte Amelia Barclay, que, si bien no desatendió a la niña en lo necesario, no le dio el cariño que ella tanto necesitaba. Isabelita tuvo otras hermanas, María y Catalina (Kitty), que murió. Un día alguien le preguntó: —¿Estás triste por la muerte de tu hermanita? y ella respondió: —No, porque Kitty ya se fue al cielo. ¡Ojalá me pudiera ir yo también allá con mi mamá!

Las penas, en vez de hacer de Isabelita una niña amargada, la acercaban más a Dios, tanto que de ella puede decirse que siempre vivió pensando en Dios, en la salvación de su alma, y en la eternidad.

Tal vez por el poco amor reinante en su hogar, las niñas fueron enviadas por una temporada algo larga a vivir con unos tíos en el campo, y allí Isabelita, alegre y contenta, se deleitaba en reconocer a Dios en las nubes, en los insectos, en las plantas y en todo lo que la rodeaba. También se aficionó a la lectura, sobre todo de la Sagrada Escritura, y de allí sacaba pensamientos sublimes, como una vez en que, habiendo ido con un muchacho al bosque, mientras aquel

cortaba leña, ella cantaba a Dios himnos, y le decía: Dios es mi Padre, "me puede elevar por encima de todas las penas".

Hubo dificultades entre el doctor y su segunda esposa, e Isabel, a consecuencia de ellas, tuvo que alejarse a vivir como de limosna en casa de una tía. Pero esto la acercaba más a Dios, y su juventud pasó sin tropiezos en la inocencia, pues Isabel era piadosa y sencilla. Contrajo matrimonio, siendo muy joven, con un comerciante acomodado llamado William Seton, y de él tuvo cinco hijos. Al principio los negocios iban bien, pero a causa de la mala administración y del hundimiento de un buque con mercancías, William Seton hubo de declararse en quiebra. Además, desde antes de casarse, ya padecía de tuberculosis, y su estado era muy delicado.

Un buen italiano, Antonio Filicchi, amigo de Seton, le ofreció un viaje a Italia, por ver si se reponía, y los dos esposos, con su hija mayor, Ana, lo emprendieron.

La salud de William mejoró durante el viaje, pero una terrible cuarentena que hubo de pasar al llegar a Liorna en Italia, a causa del temor de que llevaran la fiebre amarilla, que reinaba en Nueva York, acabó con la vida del pobre enfermo, que murió en el lazareto, dejando a su esposa viuda, en el extranjero, y sola.

Los hermanos Filicchi, Antonio y Felipe, sinceros católicos, y la esposa del primero, Amabilia, atendieron solícitamente a Isabel, y tuvieron gran parte en despertar en ella el deseo de hacerse católica, sobre todo porque ella, que amaba mucho a Nuestro Señor Jesucristo, comenzó a ver que los católicos reciben realmente a Jesús, presente en la Eucaristía, y no simbólicamente como los protestantes.

Antonio Filicchi, de regreso a los Estados Unidos, acompañó a la pobre viuda y a su hijita, y siguió instruyéndola discretamente. Algunos años después, habiendo vencido una terrible crisis de dudas, Isabel fue recibida en la Iglesia católica y pudo comulgar como ella tanto lo deseaba. Desde entonces, la Eucaristía fue su vida y su consuelo.

Para ayudarse, Isabel había establecido una escuelita para sus hijos y otros niños, pero su conversión la hizo sospechosa a los protestantes, que creían que ella influía con sus ideas en los demás niños, por lo cual, después de varias deliberaciones, e invitada por un sacerdote que la había ayudado, se trasladó a Baltimore con sus dos hijos y sus tres hijas, todavía muy pequeños. Allí, siguiendo las indicaciones del obispo, monseñor Carroll, que deseaba establecer una congregación religiosa que atendiera a la educación católica de los niños, quedó como fundadora de las Hermanas de la Caridad, que por el pueblo fueron llamadas de San José.

Un generoso bienhechor, llamado Cooper, dio la cantidad necesaria para la fundación, y en ésta pudo Isabel, convertida apenas hacía cuatro años, adaptar las reglas de las Hijas de la Caridad de San Vicente a la enseñanza y al cuidado de los pobres, siendo al mismo tiempo madre de familia y superiora religiosa. Entre otras religiosas, pudo admitir a los votos a su hija mayor Ana, ya moribunda, que contrajo la misma terrible enfermedad de que murió su padre. Vio morir también en sus brazos a Rebeca, su última hija, y dejó encaminados a sus dos hijos, Guillermo y Ricardo, y a su tercera hija.

Si algo puede llamarse característico de la Beata Isabel Ana Seton, ello fue su infinito anhelo de ver a Dios en el cielo, y su amor tiernísimo a su esposo y a sus hijos, cuya eterna salvación, lo mismo que la de todos sus parientes y amigos, era todo su anhelo.

Fue beatificada por el Papa Juan XXIII poco antes de morir.

Datos tomados del decreto de beatificación de la misma: *Acta Apostolicae Sedis*, 2 de mayo de 1963, y de la biografía *Mrs. Seton Foundress of the American Sisters of Charity*, por Joseph I. Dirvin C. M., New York, Farrar Straus and Cudahy.

5: SAN TELESFORO, Papa y Mártir (136 p.c.)

San Telésforo, que figura en la lista de los Papas, como séptimo obispo de Roma, parece haber sido griego de nacimiento. Sucedió a Sixto I, hacia el año 126 y presenció la devastación causada por la persecución de Adriano. "Terminó su vida con un glorioso martirio", nos dice Eusebio, y es uno de los primeros sucesores de San Pedro, a quien San Irineo y otros autores llaman con el nombre de mártir. Las disposiciones que el *Liber Pontificalis* le atribuye, —por ejemplo, la celebración de la Misa de Navidad (fiesta que no existía entonces) a medianoche—, no pueden provenir de su pontificado. Actualmente la conmemoración de San Telésforo ocurre en la misa y el oficio de la vigilia de la Epifanía.

Ver *Acta Sanctorum*, 5 de enero; y el *Liber Pontificalis* (ed. Duchesne), vol. I, p. 129. El calendario de los carmelitas considera a San Telésforo como miembro de la orden pero es difícil adivinar el fundamento histórico de tal afirmación.

SANTA APOLINARIA, Virgen (Sin fecha)

Aunque el Martirologio Romano dice textualmente el 5 de enero: "En Egipto, Santa Apolinaria, Virgen", la biografía que se encuentra en el Metafrasto y en los "menaia" griegos, pertenece a la categoría de las novelas religiosas. Dicha biografía de Apolinaria Sinclética, es una variante del tema de la joven que se disfraza de hombre y pasa por tal, durante largo tiempo. En nuestro caso, Apolinaria es hija del "Emperador" Antemio. Disfrazada de hombre y bajo el nombre de Doroteo, vivió como ermitaño en el desierto, bajo la dirección del renombrado asceta Macario. Su hermana, poseída por el demonio, fue conducida al desierto, donde Doroteo se encargó de exorcizarla. La joven recuperó la razón, pero el diablo se ingenió para que los monjes acusaran a Doroteo de haber cometido actos infames con ella. Doroteo tuvo que responder de su conducta ante su propio padre y se le dio a conocer. Después de obtener la perfecta curación de su hermana con sus oraciones, insistió en volver al desierto, donde los monjes no descubrieron su sexo sino hasta su muerte. Probablemente, el Martirologio Romano conmemora a Santa Apolinaria en esta fecha, debido a la conmemoración de Santa Sinclética en los sinaxarios griegos (4 de enero) y en el propio Martirologio Romano el día de hoy.

Ver *Acta Sanctorum*, 5 de enero; cf. nuestro artículo sobre Santa Pelagia, el 8 de octubre.

SANTA SINCLETICA, VIRGEN (c. 400 P.C.)

SANTA SINCLÉTICA nació en Alejandría de Egipto, de una rica familia de Macedonia. Su gran fortuna y belleza le atrajeron numerosos pretendientes, pero Sinclética había consagrado su corazón al Esposo celestial y para librarse de aquellos recurría a la fuga. Sin embargo consideraba a su propio cuerpo como a su peor enemigo y se dedicó a domarlo con ayunos y otras asperezas. Su mayor sufrimiento era verse obligada a comer más frecuentemente de lo que deseaba. Sus padres la constituyeron heredera de toda su fortuna, pues sus dos hermanos habían muerto y su única hermana era ciega y estaba confiada a su custodia. Habiendo distribuido su fortuna entre los pobres. Sinclética se retiró con su hermana a una cámara sepulcral abandonada, que formaba parte de las posesiones de sus parientes. Ahí se cortó los cabellos, en presencia de un sacerdote, para mostrar su absoluto despego del mundo, y renovó su consagración a Dios. A partir de ese instante, la oración y las buenas obras constituyeron su principal ocupación; pero su total retiro, que la ocultó a los ojos del mundo, nos ha dejado también a nosotros sin noticias.

Numerosas mujeres acudían a ella en busca de consejo. Si su humildad le hacía difícil instruir a otros, su caridad la impulsaba a hacerlo. Sus palabras tenían un acento tan profundo de humildad y de convencimiento, que impresionaban profundamente a su oyentes. "¡Oh —exclamaba Sinclética—, cuán felices seríamos si trabajáramos por ganar el cielo y servir a Dios, como los mundanos trabajan por acumular riquezas y bienes perecederos! En tierra arrostran a los bandidos y salteadores; en el mar se exponen a los vientos y a las olas y sufren naufragios y calamidades; todo lo intentan y a todo se atreven; en cambio nosotros, que servimos a un Señor tan grande y esperamos un premio inefable, tenemos miedo de la menor contradicción". Frecuentemente predicaba la humildad: "Un tesoro sólo está seguro cuando está escondido; descubrirlo equivale a exponerlo a la codicia del primero que venga y a perderlo; igualmente, la virtud sólo está segura cuando permanece secreta, y quien la ostenta la verá disiparse como el humo". Con estos y otros discursos exhortaba nuestra santa a la caridad, a la vigilancia y a todas las virtudes.

A los ochenta años de edad, Sinclética contrajo una intensa fiebre que le atacó los pulmones, al mismo tiempo que una violenta gangrena le consumía los labios y las mandíbulas. Llevó su enfermedad con increíble paciencia y resignación, a pesar de que en los últimos tres meses el dolor no le dejaba reposo. Aunque la gangrena la había privado del uso de la palabra, su paciencia era un sermón más eficaz que cualquier predicación. Tres días antes de su muerte, Sinclética tuvo una visión en la que le fue revelada la hora en que su alma abandonaría el cuerpo. Al llegar el momento previsto, aureolada de una luz celestial y consolada con divinas visiones, Sinclética entregó su alma a Dios, a los ochenta y cuatro años de edad.

En las Vidas de los Padres, publicadas por Rosweyde (lib. I) se encuentran algunas citas de la antigua y muy hermosa vida de Santa Sinclética; también la cita en sus escritos San Juan Clímaco. El autor de dicha vida conoció personalmente a la santa, según se deduce de su obra; pero la atribución a San Atanasio carece de fundamento suficiente. Ver *Acta Sanctorum*, 5 de enero.

SAN SIMEON o SIMON EL ESTILITA (459 P.C.)

LA VIDA y la conducta de San Simeón, llamaron la atención, no sólo de todo el Imperio Romano, sino también de los pueblos bárbaros, que le tenían en gran admiración. Los emperadores romanos se encomendaban a sus oraciones y le consultaban sobre asuntos de importancia. Sin embargo, debe reconocerse que se trata de un santo más admirable que ejemplar. Su vida es profundamente edificante, en el sentido de que no podemos menos de sentirnos confundidos, al comparar su fervor con nuestra indolencia en el servicio divino.

San Simeón fue hijo de un pastor de la Cilicia, en la frontera de Siria, y comenzó su vida guardando las ovejas de su padre. Hacia el año 402, cuando Simeón sólo tenía catorce años, se sintió profundamente conmovido al oír en la iglesia la lectura de las Bienaventuranzas, sobre todo por las palabras: "Bienaventurados los que sufren", "Bienaventurados los limpios de corazón". El joven acudió a un anciano para que le explicara su sentido, y le rogó que le dijera cómo podía alcanzar la felicidad prometida. El anciano le respondió que el texto sagrado proponía como camino a la felicidad, la oración, la vigilia, el ayuno, la humillación y la paciencia en las persecuciones, y que la vida de soledad era la mejor manera de practicar la virtud. Simeón se retiró a cierta distancia y rogó a Aquél que quiere la salvación de todos los hombres que le guiara en la búsqueda de la felicidad y de la perfección. Después de orar largamente, se quedó dormido y tuvo un sueño, como él mismo lo refirió más tarde repetidas veces. Se vio a sí mismo cavando los cimientos de una casa. Las cuatro veces que interrumpió su trabajo para tomar aliento, oyó una voz que le ordenaba seguir excavando. Finalmente, recibió la orden de cesar, porque el foso era ya tan profundo, que podía abrigar los cimientos de un edificio de la forma y el tamaño que él escogiera. Como comenta Teodoreto, "los hechos verificaron la predicción, ya que los actos de ese hombre estaban tan por encima de la naturaleza, que los cimientos debían ser muy profundos para soportar peso tan enorme".

Al despertar, Simeón se dirigió a un monasterio de las proximidades, cuyo abad se llamaba Timoteo y se detuvo a las puertas durante varios días sin comer ni beber, suplicando que le admitieran como el último de los sirvientes. Su petición fue bien acogida y por fin se le recibió por un plazo de cuatro meses. Ese tiempo le bastó para aprender de memoria el salterio. Este contacto con el texto sagrado iba a alimentar su alma durante el resto de su vida. Aunque era muy joven, practicaba toda clase de austeridades, y su humildad y caridad le ganaron el aprecio de los monjes. Al cabo de dos años, pasó al monasterio de Heliodoro, el cual había vivido sesenta y dos años en dicha comunidad, tan absolutamente alejado del mundo, que lo ignoraba por completo, según nos cuenta Teodoreto, quien le conoció personalmente. Simeón intensificó ahí sus mortificaciones. Considerando que la tosca cuerda del pozo, tejida con hojas de palma, constituía un excelente instrumento de mortificación, se desnudó, la ató con fuerza alrededor de su cuerpo y se vistió en seguida. Así permaneció largo tiempo, sin que el superior o alguno de los monjes sospechara su sufrimiento, hasta que la cuerda se le incrustó en la carne. En todo el cuerpo se le formaron grandes llagas y durante los tres días siguientes, tuvo que mojar sus vestiduras para poder quitárselas, pues estaban completamente pegadas a la carne herida. Las incisiones que se le hicieron para arrancar las

cuerdas le produjeron tal dolor, que se desmayó. Al recobrar el conocimiento, el superior le despidió del monasterio, para demostrar a los otros monjes que no estaba dispuesto a soportar tales singularidades.

Simeón se retiró a una ermita en las cercanías del monte Telanisa, en donde resolvió pasar los cuarenta días de la cuaresma, en total abstinencia, siguiendo el ejemplo de Cristo. Un sacerdote llamado Basso, con quien consultó su propósito, le dio diez piezas de pan y un poco de agua, para que pudiera comer en caso de necesidad. Basso fue a visitarle al acabar la cuaresma; el pan y el agua estaban intactos, pero Simeón yacía por tierra como muerto. Con una esponja Basso mojó los labios de Simeón y depositó en ellos la sagrada Eucaristía. Vuelto en sí, Simeón se incorporó y pudo comer, lentamente, algunas hojas de lechuga. En adelante ayunó del mismo modo cada cuaresma hasta el fin de su vida. Cuando Teodoreto escribió sobre él, Simeón había ya soportado así veintiséis cuaresmas. Teodoreto nos explica que empezaba la cuaresma haciendo oración de pie; cuando las fuerzas comenzaban a faltarle, continuaba su oración sentado; hacia el fin de la cuaresma, oraba tendido en tierra, pues era ya incapaz de sostenerse en otra posición. Sin embargo, es probable que en sus últimos años haya mitigado un poco esta increíble austeridad. Cuando vivía ya en su columna, se ataba a una estaca durante el ayuno cuaresmal para no caer; pero al fin de su vida, estaba ya tan acostumbrado, que no necesitaba atarse. Algunos atribuyen su resistencia a una recia complexión, que le había permitido habituarse a tan extraordinario ayuno. Como es bien sabido, el clima cálido permite largos períodos de abstinencia a los fakires de la India. En nuestros días, un monje francés ayunó durante toda la cuaresma, casi tan rigurosamente, como San Simeón.* Pero hay muy pocos ejemplos de personas que resistan el ayuno total prolongado, a no ser que la práctica les haya preparado para ello.

Habiendo pasado tres años en la ermita, Simeón se fue a vivir a la cumbre del monte, donde se construyó una especie de cabaña sin techo para estar a la intemperie. Como símbolo de su resolución de proseguir en ese género de vida, encadenó su pie derecho a una roca. Melecio, vicario del Patriarca de Antioquía, le aseguró que, si su decisión era realmente firme, con la gracia de Dios podría vivir en su retiro, sin salir jamás de él. Al oír esto, el santo mandó llamar a un herrero para que soldara definitivamente sus cadenas. Pero los visitantes comenzaron a frecuentarlo y la soledad que su alma deseaba se veía constantemente interrumpida por las multitudes que acudían a recibir su bendición, que sanaba a los enfermos. Algunos no se daban por satisfechos, hasta tocar con sus propias manos al santo.

Para huir de estas causas de distracción, Simeón ideó un nuevo género de vida sin precedentes. El año 423 se construyó una columna de unos tres metros de altura, y sobre ella vivió durante cuatro años. En otra de seis metros vivió tres años. En una tercera de doce metros vivió diez años. Los últimos veinte años de su vida los pasó en una columna de veinte metros, que le construyó el pueblo. En total pasó treinta y siete años en las cuatro columnas; por ello recibió el nombre de estilita, pues la palabra griega "stylos" significa columna. Al principio, todos criticaron esta forma de vida como una singularidad. Para

* Dom Claude Léauté, monje benedictino de la Congregación de San Mauro. Cf. Dom L'Isle, *History of Fasting*, Sens, 1731; y *The Month*, febrero y marzo de 1921: *The Mystic as a Hunger Striker.*

probar su humildad, los obispos y abades de los alrededores le dieron la orden de renunciar a tal extravagancia. El santo se mostró inmediatamente dispuesto a obedecer; pero el mensajero le dijo que, puesto que se había mostrado obediente, los obispos y abades le autorizaban a seguir su vocación.

Su columna no pasaba de tener unos dos metros de superficie, lo cual le permitía apenas acostarse. Por lo demás, carecía de todo asiento. Sólo se recostaba para tomar un poco de descanso; el resto del tiempo lo pasaba encorvado en oración. Un visitante contó, en una ocasión, 1244 reverencias profundas. Dos veces al día, el santo hacía exhortaciones al pueblo. Se vestía de pieles de animales, y jamás permitió que una mujer penetrara en el espacio cerrado en el que se levantaba su columna. Su discípulo Antonio nos cuenta que el santo oró muy especialmente por su madre, a la muerte de ésta.

Dios se complace algunas veces en conducir a ciertas almas por caminos extraños, donde otras sólo encontrarían peligros de ilusiones y de vanidad. Sin embargo, hay que hacer notar que la santidad de dichas almas no consiste, ni en sus acciones extraordinarias, ni en sus milagros, sino en la perfección de su caridad, de su paciencia y de su humildad; y estas virtudes brillaron esplendorosamente en la vida de San Simeón. Exhortaba ardientemente al pueblo a corregirse de su inveterada costumbre de blasfemar, a practicar la justicia, a desterrar la usura, a la seriedad en la piedad, y a orar por la salvación de las almas. El respeto con que los mismos bárbaros le oían era indescriptible. Muchos persas, armenios e iberos se convirtieron por sus milagros o por sus sermones a los que acudían grandes multitudes. Los emperadores Teodosio y León I, le consultaban con frecuencia y se encomendaban a sus oraciones. El emperador Marciano se disfrazó para ir a visitarle. El santo soportó con invencible paciencia todas las contradicciones y oposiciones, sin una palabra de queja. Se consideraba sinceramente como el peor de los hombres, y hablaba a todos con la mayor suavidad y caridad. El patriarca de Antioquía, Domno, y otros sacerdotes le llevaban la comunión a su columna. El miércoles 2 de septiembre del año 459, o tal vez el viernes 24 de julio del mismo año, según otra fuente, el santo entregó su alma a Dios, a los sesenta y nueve años de edad, en la posición en que acostumbraba orar. Su cuerpo fue transladado dos días después a Antioquía, donde lo esperaban los obispos y todo el pueblo. Evagrio, Antonio y Cosme relatan muchos milagros obrados en tal ocasión.

Por increíbles que puedan parecer algunos de los rigores atribuidos a San Simeón el Viejo y a otros estilitas, las pruebas históricas son indiscutibles. Por ejemplo, Teodoreto, historiador de la Iglesia, que es una de las principales autoridades sobre San Simeón, le conoció personalmente, fue su confidente, y escribió su narración durante la vida misma del santo. El problema de esta fase extraordinaria del ascetismo ha sido discutido a fondo por Hippolyte Delehaye, en su monografía *Les Saints Stylites* (1923). Esta obra supera a todas las anteriores sobre el mismo tema. Basándose en las investigaciones de Delehaye, Fr. Thurston publicó un artículo de vulgarización sobre el tema, en la revista irlandesa *Studies*, diciembre de 1923, pp. 584-596. Además de la narración de Teodoreto, existen otras dos fuentes importantes sobre la vida de San Simeón: la biografía griega escrita por su discípulo y contemporáneo, Antonio, y la biografía siria, escrita ciertamente menos de cincuenta años después de la muerte del santo. Lietzmann publicó una edición crítica de ambos textos en *Das Leben des heiligen Symeon Stylites* (1908); ver también P. Peeters, *Analecta Bollandiana*, vol. LXI (1943), pp. 71 ss., a propósito de los primeros biógrafos de San Simeón. Las biografías griega y siria difieren en una buena cantidad de detalles, pero no podemos ocuparnos de ello aquí. El Martirologio Romano conmemora a San Simeón el 5 de enero: los Bolandistas y Butler han seguido su ejemplo. A. Vasiliev, *Life of David of Thessalonika*, en *Traditio*, vol. IV (1946), pp. 115-147, trata el problema de un asceta que vivió en un árbol (*dendrita*).

SAN DOROTEO EL JOVEN, Abad (Siglo XI)

San Doroteo el Joven, conocido también como San Doroteo de Kiliokomos, nació en Trebizonda, a orillas del Mar Negro. Pertenecía a una familia patricia, pero a los doce años huyó de su casa para evitar el matrimonio que sus padres querían imponerle. Después de andar errante algún tiempo, llegó al monasterio de Genna, en Amisos (hoy en día Samsun), en el Ponto, y ahí recibió el hábito de manos del abad Juan. Pronto se convirtió en un modelo de vida monástica y fue ordenado sacerdote. Poseía en alto grado el don de profecía y, frecuentemente, era arrebatado en éxtasis. Un día, mientras se hallaba de compras fuera del monasterio, un misterioso extranjero le dio la orden de fundar una comunidad en las faldas de un monte de las cercanías de Amisos, en un sitio preciso, y dedicarla a la Santísima Trinidad. Doroteo no quería abandonar a sus hermanos y tenía dudas sobre la naturaleza de su visión; pero el abad le dijo que obedeciera. El santo comenzó a construir el nuevo monasterio. Aunque al principio sólo tenía un compañero, pronto se le unieron otros aspirantes a la vida religiosa, y Doroteo fue el primer abad del famoso monasterio al que dio el nombre de Kiliokomos. Entre otros muchos milagros que se le atribuyen, se cuenta que multiplicó el pan, que salvó del naufragio a un navío que se debatía mar adentro, y que, durante la construcción del monasterio, invocando a la Santísima Trinidad, hizo que una gran piedra que se había derrumbado volviera a su sitio.

En *Acta Sanctorum*, junio, vol. I, se encontrará el texto de la vida griega, escrita por su discípulo Juan Mauropo.

BEATO JUAN NEPOMUCENO NEUMAN, Obispo de Filadelfia (1811 p.c.)

Debemos colocar entre los obispos de merecida fama de santidad al siervo de Dios Juan Nepomuceno Neuman. Nació en Pracatici de Bohemia, el día 28 de marzo de 1811, y aprendió sus primeras letras en la escuela pública de la misma ciudad. A la edad de doce años fue enviado a estudiar humanidades a Budova, donde después pasó al seminario diocesano para completar sus estudios. De ahí fue enviado a la Universidad de Praga, donde hizo sus estudios teológicos. Recibió la tonsura el año de 1832 y pronto partió para Estados Unidos, movido por su ardiente anhelo de ir a las misiones. El obispo de Nueva York probó la vocación de Juan Nepomuceno y lo promovió a las órdenes sagradas. Juan se aficionó mucho a las expediciones misionales cerca de las Cataratas del Niágara y ahí predicó el Evangelio con gran dedicación y paciencia. Pero su alma sintió el llamamiento a una vida más perfecta. A su paso por Rochester, recién llegado a los Estados Unidos, había conocido a los padres redentoristas, en cuya congregación pidió ser admitido y empezó su noviciado el 18 de octubre de 1840. El P. Neuman continuó en la vida religiosa su labor apostólica y pronto lo hicieron superior y párroco en Pittsburg. En 1847, fue nombrado vicario del P. provincial de los redentoristas de Estados Unidos. En su nuevo oficio promovió los ministerios apostólicos y ayudó a la fundación de casas religiosas de diversas congregaciones femeninas.

En el año 1852, sin él esperarlo, fue nombrado obispo por Su Santidad el Papa Pío IX. En este cargo desplegó toda su actividad apostólica. En breve tiempo logró duplicar el número de las iglesias.

Participó en el importante Concilio de Baltimore, a donde asistió como el obispo de más reciente consagración. Tomó gran empeño en propagar las "escuelas, iglesias e instrucción católica", lema de la ya pujante Iglesia de los Estados Unidos. Instituyó la adoración de las Cuarenta Horas en su diócesis, costumbre que hoy se practica en todos los Estados Unidos debido a su iniciativa.

La fama de santidad de que gozaba ya en vida, se confirmó después de su muerte, acaecida el día 5 de enero de 1860. Su causa fue introducida en 1896. El Papa Paulo VI lo beatificó el día 13 de octubre de 1963.

Los datos principales de esta biografía están tomados del decreto de beatificación del 7 de marzo de 1963, *Acta Apostolicae Sedis*, vol. IV, V, pp. 350-355. Ver *El Venerable Juan Nepomuceno Neuman, Cuarto obispo de Filadelfia, EE.UU.*, por Enrique García.

6: LA EPIFANIA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

La Epifanía, que en griego significa aparición o revelación, es una fiesta destinada a celebrar principalmente la revelación de Jesucristo a los Magos o Sabios de Oriente, los cuales, por inspiración particular del Todopoderoso, fueron a adorarle, poco después de su nacimiento. El oficio del día, conmemora igualmente otras dos manifestaciones del Señor: la primera es la de su bautismo, en el que el Espíritu Santo descendió sobre Él en forma de paloma, al mismo tiempo que una voz del cielo decía: "Este es mi Hijo muy amado, en el que tengo mis complacencias"; la segunda es la revelación de su poder, en el primero de sus milagros, la transformación del agua en vino, en Caná, donde manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en Él. Por todo esto la festividad merece respeto y reverencia, especialmente por parte de nosotros los gentiles, que en tal fecha fuimos llamados a la fe y adoración del verdadero Dios, en la persona de los Magos.

Sin decirnos cuántos eran, la Biblia llama "magos" o "sabios" a los gentiles que acudieron a Belén a rendir homenaje al Redentor del mundo, obedeciendo al divino llamado. La opinión común, apoyada por la autoridad de San León, Cesario, Beda y otros, sostiene que eran tres. En todo caso, el número era reducido en comparación con el de aquellos que vieron la estrella y no le prestaron atención; admiraron su brillo extraordinario y permanecieron sordos a su mensaje; esclavizados por su egoísmo y sus pasiones, endurecieron sus corazones al llamamiento del Señor. Decididos a seguir el divino llamamiento, a pesar de todos los peligros, los Magos se informaron en Jerusalén y fueron hasta la misma corte del rey Herodes preguntando: "¿Dónde ha nacido el Rey de los Judíos?" De acuerdo con las profecías de Jacob y David, toda la nación judía estaba en espera del Mesías. Como las profecías detallaban las circunstancias de su nacimiento, los Magos supieron pronto, por las informaciones del Sanhedrín o gran Consejo de los judíos, que el profeta Miqueas había predicho, muchos siglos antes, que el Mesías nacería en Belén.

Los Magos se pusieron inmediatamente en camino, a pesar del mal ejemplo que les daban los miembros del Sanhedrín, ya que ningún escriba, ni sacerdote se mostró dispuesto a acompañarles a buscar y rendir homenaje a su propio Rey. Para fortalecer su fe, Dios hizo brillar nuevamente la estrella en cuanto salieron de Jerusalén, y ésta los guió hasta el sitio en que se hallaba el Salvador que venían a adorar. Deteniéndose sobre la cueva, la estrella parecía decirles: "Aquí encontraréis al Rey que os ha nacido". Los Magos penetraron en el pobre albergue, más lleno de gloria que todos los palacios del mundo, donde encontraron al Niño con su Madre. Postrándose, le adoraron y le entregaron sus corazones. San León celebra la fe y devoción de los Magos con estas palabras: "La estrella los llevó a adorar a Jesús; pero no encontraron a éste venciendo a los demonios, o resucitando a los muertos, o dando vista a los ciegos y voz a los mudos. Jesús no hacía milagros. Estaba ahí como un recién nacido, sin palabra y totalmente dependiente de su Madre. Su poder estaba oculto y su único milagro era la humildad". Los Magos ofrecieron a Jesús los más ricos productos de sus tierras: oro, incienso y mirra. El oro, para manifestar que reconocían su dignidad real; el incienso, como una confesión de su divinidad; la mirra, como símbolo de que se había hecho hombre para redimir al mundo. Pero sus más ricos regalos fueron las disposiciones en que se hallaban: su ardiente caridad, simbolizada en el oro; su devoción, figurada por el incienso, y la total entrega, representada por la mirra.

La más antigua mención de la celebración de una fiesta cristiana el 6 de enero, parece ser la de los "Stromata" (I, 21) de San Clemente de Alejandría, quien murió antes del año 216. Dicho autor afirma que la secta de los Basilianos celebraba la conmemoración del Bautismo del Señor con gran solemnidad, en fechas que parecen corresponder al 10 y al 6 de enero. Esto tendría en sí mismo poca importancia, si no existieran abundantes pruebas de que en los dos siglos siguientes, el 6 de enero se convirtió en una festividad principal en la Iglesia de oriente, y que tal festividad estaba estrechamente relacionada con el Bautismo del Señor. En un documento conocido con el nombre de "Cánones de Atanasio", cuyo texto pertenece básicamente a la época de San Atanasio, digamos hacia el año 370, el autor nos dice que las tres fiestas más importantes del año eran Pascua, Pentecostés y Epifanía. El mismo documento prescribe a los obispos que reúnan a los pobres en las ocasiones solemnes, particularmente "en la gran fiesta del Señor" (Pascua), en Pentecostés, "cuando el Espíritu Santo descendió sobre su Iglesia", y en "la fiesta de la Epifanía del Señor en el mes de Tubi, es decir, la fiesta de su Bautismo" (canon 16). El canon 66 repite: "la fiesta de la Pascua, la fiesta de Pentecostés y la fiesta de la Epifanía, que es el undécimo día del mes de Tubi".

Según las ideas del oriente, la primera manifestación del Salvador a los gentiles coincide con las divinas palabras: "Este es mi Hijo muy amado, en el que tengo mis complacencias". Los Padres griegos opinan que la Epifanía, llamada también por ellos "Manifestación de Dios" e "Iluminación", se identificaba originalmente con la escena del Jordán. En un sermón predicado en Antioquía, el año 386, San Juan Crisóstomo se pregunta: "¿Por qué se llama Epifanía, no al día del nacimiento del Señor sino al día de su Bautismo?" Y, después de discutir algunos detalles de la observancia litúrgica, especialmente el agua bendita que los fieles llevaban a sus casas y conservaban todo el año (el santo se inclina a pensar que el hecho de que el agua no se corrompa

es un milagro), responde a su propia pregunta: "Llamamos Epifanía al día del Bautismo del Señor, porque al nacer no se manifestó a todos, como lo hizo en el Bautismo. Hasta ese momento había permanecido oculto al pueblo." También San Jerónimo, que vivía cerca de Jerusalén, testifica que la única fiesta que se celebraba entonces ahí era la del 6 de enero, para conmemorar el nacimiento y el Bautismo de Jesús. A continuación explica que la idea de "manifestación" no se aplica propiamente al nacimiento, "porque Jesús permaneció entonces oculto y no se reveló", sino más bien al Bautismo en el Jordán, "cuando el cielo se abrió sobre Cristo".

Fuera de Jerusalén, donde, según nos dice Eteria (*c.* 395), cuyo testimonio concuerda con el de San Jerónimo, la fiesta de la Navidad y la Epifanía se celebraban el mismo día (6 de enero). La costumbre occidental de celebrar por separado la Navidad el 25 de diciembre se impuso en el siglo IV, y se difundió rápidamente, desde Roma a todo el oriente cristiano.* San Crisóstomo nos informa que el 25 de diciembre fue celebrado por primera vez en Antioquía, hacia el año 376. Constantinopla adoptó dicha fiesta, dos o tres años más tarde, y San Gregorio de Nisa, en la oración fúnebre por su hermano San Basilio, explica que la Capadocia adoptó la costumbre hacia la misma época. Por otra parte, la festividad del 6 de enero, de origen oriental indudablemente, se convirtió en fiesta de la Iglesia de occidente, como una especie de compensación, antes de la muerte de San Agustín. La encontramos registrada por primera vez en Viena de Galia. El historiador pagano Amiano Marcelino, describiendo la visita del emperador Juliano a las iglesias, habla de "la fiesta de enero que los cristianos llaman Epifanía". San Agustín acusa a los donatistas de no haber adoptado, como los católicos, la nueva festividad de la Epifanía. Alrededor del año 380 se celebraba ya dicha festividad en Zaragoza, y en el año 400 era una de las fiestas en que estaban prohibidos los juegos del circo.

Sin embargo, aunque el día de la celebración era el mismo, el carácter de la fiesta de la Epifanía en oriente y occidente era distinto. En oriente, el motivo principal de la fiesta sigue siendo hasta el día de hoy el Bautismo del Señor, y la gran bendición del agua es uno de los ritos principales. En occidente, por el contrario, se hace hincapié en el viaje y la adoración de los magos. Así sucedía ya desde la antigüedad, como lo demuestran los sermones de San Agustín y San León. Cierto que el Bautismo del Señor y el milagro de Caná están incluidos también en la fiesta; pero, aunque encontramos en San Paulino de Nola (principios del siglo V), y un poco después en San Máximo de Turín, alusiones muy claras a estos dos hechos en su interpretación de las solemnidades del día, hay que reconocer que la Iglesia de occidente sólo celebra prácticamente la revelación del Señor a los gentiles, representados por los Magos.

Ver H. Leclercq, DAC., vol. v, pp. 197-201; Vacandard, *Etudes de critique et d'histoire religieuse*, vol. III, pp. 1-56; Hugo Kehrer, *Die heiligen drei Konige* (1908), vol. I, pp. 46-52 y 21-31; Duchesne, *Christian Worship*, pp. 257-265; Usener-Lietzmann, *Religionsgeschichtliche Untersuchungen*, pt. I; Kellner, *Heortology*, pp. 166-173; G. Morin, en *Revue Bénédictine*, vol. v (1888), pp. 257-264; F. C. Conybeare, en *Rituale Armenorum*, pp. 165-190; especialmente Dom de Puniet, en *Rasegna Gregoriana*, vol. v (1906), pp. 497-514. Ver tam-

* Hasta el día de hoy los armenios no católicos celebran conjuntamente la Navidad y la Epifanía el 6 de enero. Y debe notarse que en la misma Iglesia de occidente el rango litúrgico de la Epifanía es superior al de la Navidad, así como el de Pascua y Pentecostés.

bién Riedel y Crum, *The Canons of Athanasius*, pp. 27, 131; *Anecdota Maredsolana*, vol. III, pp. 396-397; *Rasegna Gregoriana*, vol. x (1911), pp. 51-58; y Migne, PG., vol. XLIX, p. 366 (Crisóstomo), y PL., vol. XXV, cc. 18-19 (Jerónimo), vol. XXXVIII, c. 1033 (Agustín).

SAN MELANIO, OBISPO (530 P.C.)

MELANIO nació en las riberas del Vilaine, en Placs o Plets, de la diócesis de Vannes, en Bretaña. A la muerte de San Amando, obispo de Rennes, las instancias del clero y de los fieles de esta iglesia le obligaron a aceptar el gobierno, pese a los reparos de su humildad. Tuvo parte importante en la redacción de los cánones del concilio que se realizó en Orléans, en 511, y trabajó después para que se observaran dichas normas.

Junto con los obispos de Tours y de Angers, escribió a dos sacerdotes bretones para recordarles la observancia de las reglas canónicas sobre el celibato y la liturgia.

Son más bien pocos los detalles que se tienen de su vida; pero podemos juzgarla por la gran veneración de que estuvo rodeada su memoria. Su celo contribuyó a que desaparecieran los restos de la idolatría que aún quedaban en su diócesis.

Murió en Placs, cerca de un oratorio que había hecho construir para dedicarse allí a la oración y a la meditación. Es muy difícil precisar la fecha de su muerte, que generalmente se sitúa hacia 530. Monseñor Duchesne se contenta con decir que, en el año 549, Rennes tenía un obispo que se llamaba Febedelio. ¿La muerte llegó el 6 de enero o el 6 de noviembre? Cosa extraordinaria: hacia el fin del siglo VI, un compilador franco del martirologio jeronimiano, asignó a San Melanio dos fiestas, una el 6 de enero para la ordenación, y otra el 6 de noviembre para la deposición. La segunda recensión del mismo martirologio, en el siglo VII, sitúa en el 6 de enero el nacimiento, ordenación y muerte de San Melanio. Puede ser, dice monseñor Duchesne, que el copista haya interpretado mal las palabras puestas en abreviatura, y por *nat.*, *ordinat,* habría leído *nativitas* en lugar de *natalis.*

Admitamos con el biógrafo que Melanio murió en Placs el 6 de enero y que su sepultura tuvo lugar en Rennes diez meses después, es decir, el 6 de noviembre. La traslación se hizo sobre una barca, remontando el curso del río Vilaine. En esta ocasión, tuvieron lugar numerosos milagros. Un calendario bretón del siglo XII, recogido por F. Duine, da tres fiestas de S. Melanio a lo largo del año, a saber: el 6 de enero, el 6 de noviembre y el 11 de octubre, una dedicación.

Es suficiente decir que el culto a Melanio comenzó inmediatamente después de su muerte, tuvo una gran extensión y llegó hasta Borgoña. Gregorio de Tours (*Gloria confessorum*, c. LIV) dice que sobre la tumba de San Melanio, en Rennes, construyeron una basílica que se hundió durante un incendio, pero el sarcófago no sufrió daño alguno. Es lamentable que la advocación de esta iglesia haya sido cambiada, ya que, renovada muchas veces en el curso de los siglos, conservaba siempre la tumba del santo obispo.

Vies des Saints et des Bienhereux sélon l'ordre du calendrier avec l'historique des fêtes, por los RR.PP. Baudot et Chaussin, O.S.B.

La vida de San Melanio ha sido editada por B. Krusch, Mons. Germ. *Hist. Scriptores rerum merovingicarum*, vol. III, p. 370, con una clasificación a la que L. Duchesne no en

cuentra nada que objetar; sin embargo no admite las explicaciones del editor a propósito de una pretendida querella entre monasterios. La vida que da Krusch es, a lo más, de fines del siglo VII. Los bolandistas *Anal. Boll*, vol. XIII, (1894) p. 79 y vol. XVI, (1897), p. 87, admiten que se han equivocado dando como primitiva su recensión del *Catálogo de los manuscritos de la Bibl. nat.*, vols. I y II, L. Duchesne en el *Recueil des mémories publiés par la Société nationale des antiquaires de France*, París (1904), p. 105-109; *Fastes épisc.*, t. II, p. 340. Los *Anal. Boll*, vol. IX, (1890), p. 438, dan una adición a la colección de los milagros.

SANTA VILTRUDIS, VIUDA (986 P.C.)

EN "BAVARIA SANCTA", Radero nos dice que Viltrudis era una doncella que obtuvo de su hermano, el conde Ortulfo, el permiso de rechazar todas las proposiciones de matrimonio que se le habían hecho. Sin embargo, parece cierto que fue la esposa de Bertoldo, duque de Baviera, y que al morir su marido, hacia el año 947, entró en religión. Ya desde que vivía en el mundo había sido renombrada por su virtud y su habilidad en las labores manuales. Su fervor se intensificó en la religión. En 976, fundó cerca de Neuburgo la famosa abadía de monjas benedictinas de Bergen, de la que fue primera abadesa. Murió el año 986.

Ver Rietzler, *Geschichte Bayerns*, vol. I, pp. 338 y 381; y Raderus, *Bavaria Sancta*, vol. III, p. 137.

SAN ERMINOLDO, ABAD (1121 P.C.)

LA VIDA medieval de San Erminoldo pertenece a un tipo muy poco satisfactorio de biografía espiritual. El autor sólo piensa en glorificar al santo, sin preocuparse mucho por la verdad de los hechos. Erminoldo, que había llegado al monasterio siendo un niño, pasó toda su vida en el claustro. Como se distinguiera en Hirschev por la estricta observancia de las reglas, fue elegido abad de Lorsch; pero una disputa sobre la legitimidad de su elección le obligó a renunciar al cargo, un año más tarde. En 1114, a petición de San Otón de Bamberga, fue enviado al monasterio de Prüfening, fundado poco antes, y en él fue primeramente prior y más tarde abad, a partir de 1117. Los calendarios y martirologios locales le ponen en la lista de los mártires, pero en realidad murió a manos de una facción de conspiradores que formaban parte de su comunidad y se rebelaron contra la severidad de su gobierno, el 6 de enero de 1121. Uno de los conspiradores le descargó una viga en la cabeza. Erminoldo se debatió varios días entre la vida y la muerte y terminó sus días en la fiesta de la Epifanía, a la hora que él mismo había predicho. Fue famoso tanto por su espíritu de oración, como por su caridad con los pobres. Se conserva la memoria de numerosos milagros operados en su tumba.

Ver *Acta Sanctorum*, 6 de enero; también MGH., *Scriptores*, vol. XII, pp. 481-500.

SAN JUAN DE RIBERA, ARZOBISPO DE VALENCIA (1611 P.C.)

PEDRO DE RIBERA, el padre de Don Juan, fue uno de los más encumbrados grandes de España. Cuando fue elevado a duque de Alcalá, poseía ya otros

muchos títulos y cargos de importancia. Durante catorce años fue virrey de Nápoles. Pero sobre todo, fue un excelente y devoto cristiano. Gracias a ello, su hijo recibió una educación esmerada. La Divina Providencia parece haberse empeñado en proteger su virtud de todos los peligros, durante sus brillantes estudios en la Universidad de Salamanca. Cayendo en la cuenta de los riesgos a los que se hallaba expuesto, el santo se entregó a la penitencia y a la oración, cuando se preparaba a recibir las órdenes sagradas. En 1557, a los veinticinco años de edad, Don Juan fue ordenado sacerdote. Después de unos años de impartir la enseñanza de la teología en Salamanca, fue nombrado por San Pío V, muy contra su voluntad, obispo de Salamanca, en 1562. Cumplió con gran celo y escrupulosa fidelidad sus deberes de obispo y, seis años más tarde, por voluntad de Felipe II y del mismo Sumo Pontífice, fue promovido a la dignidad de arzobispo de Valencia. Pocos meses después, desalentado por la falta de fe y las costumbres relajadas de su provincia, que era el principal reducto de los moros, escribió al Papa rogándole que aceptara su renuncia, pero el Pontífice se rehusó. Durante cuarenta y dos años, hasta su muerte, acontecida en 1611, se esforzó por soportar gozosamente el peso de una responsabilidad que le abrumaba. En sus últimos años el peso aumentó todavía con el cargo de virrey de Valencia, que le impuso Felipe III.

El arzobispo veía con gran alarma las peligrosas actividades de los moros y judíos, cuya prosperidad material envidiaban todos. Debido a la universal ignorancia de los principios de economía política que reinaba en aquella época, Ribera consideraba a los moros como "esponjas que absorbían toda la riqueza de los cristianos." Hay que hacer notar, sin embargo, que en esto no hacía sino compartir la opinión de la época, profesada igualmente por un hombre de la talla intelectual de Cervantes. En todo caso, está fuera de duda que San Juan de Ribera fue uno de los consejeros responsables del edicto de 1609, que desterró de Valencia a los moros. Recordemos por nuestra parte, que el decreto de beatificación versa únicamente sobre las virtudes y milagros del siervo de Dios, y que no constituye una aprobación de sus actos públicos, ni de sus opiniones políticas. El arzobispo murió poco después de la tragedia de la deportación. Recluido en el colegio de Corpus Christi, que él había fundado y dotado, terminó sus días el 6 de febrero de 1611, tras una larga enfermedad soportada con gran paciencia. A su intercesión se atribuyen muchos milagros. Fue beatificado en 1796 y canonizado por S. S. Juan XXIII el 12 de junio de 1960.

Ver V. Castillo, *Vita del B. Giovanni de Ribera* (1796); M. Beda, *Vida del B. Juan de Ribera* (1802); y P. Boronat y Barachina, *Los Moriscos Españoles y su Expulsión* (1901).

BEATA RAFAELA MARIA, VIRGEN, FUNDADORA DE LAS SIERVAS DEL SAGRADO CORAZÓN (1925 P.C.)

RAFAELA PORRAS nació en la pequeña población española de Pedro Abad, en las cercanías de Córdoba, en 1850. A los cuatro años perdió a su padre, el alcalde de la ciudad, muerto a resultas del cólera, por haberse ocupado de los enfermos durante una epidemia. Tenía Rafaela diecinueve años cuando murió su madre. Desde entonces, junto con su hermana Dolores, un poco mayor que ella, quedó al frente de la familia, bastante numerosa. En 1873, ambas mani-

festaron su deseo de entrar al convento. Su vida retirada había provocado ya las críticas de los parientes; pero un sacerdote, José Antonio Ortiz Urruela, que había estudiado en Inglaterra, bajo la dirección del obispo Grant de Southwa[redacted]había introducido en Córdoba a las religiosas de María Reparadora, arreg[redacted]osas de manera que las dos hermanas fueran recibidas en dicho convento. Pronto surgieron dificultades, en parte porque las religiosas eran extranjeras, y en parte, debido a la conducta autoritaria del P. Ortiz Urruela. El obispo ordenó a las religiosas que abandonaran la ciudad, pero permitió que se quedaran dieciséis novicias, entre las que se contaban las dos jóvenes Porras, para continuar la obra lo mejor que pudieran. La hermana Rafaela María del Sagrado Corazón fue nombrada superiora.

A principios de 1877, cuando la hermana Rafaela y otras cinco se preparaban para hacer los votos, el obispo de la ciudad, Mons. Ceferino González, les hizo saber que había redactado nuevas constituciones para la comunidad. Esto ponía a las novicias en una situación muy difícil. Las nuevas reglas eran muy diferentes de las anteriores. Por otra parte, si se rehusaban a aceptarlas, tendrían que abandonar el convento. Optaron por una solución sorprendente: la fuga. Abandonaron la ciudad durante la noche, y se dirigieron a Andújar, donde el P. Ortiz Urruela les había encontrado hospedaje con las monjas del hospital. El hecho produjo gran agitación. Las autoridades civiles intervinieron y el obispo suspendió al P. Ortiz Urruela. Pero ya para entonces el osado sacerdote se hallaba en Madrid, tratando de encontrar una solución estable para sus protegidas, de modo que el obispo de Córdoba se encontraba reducido a la impotencia, ya que las fugitivas no formaban una comunidad canónicamente constituida. El P. Ortiz Urruela murió súbitamente; pero un jesuita, el P. Cotanilla, se encargó de ayudar a las religiosas, y las autoridades eclesiásticas les permitieron finalmente establecerse en Madrid. En el verano de 1877, las dos primeras, Rafaela y su hermana Dolores, hicieron la profesión.

Tal fue el sorprendente comienzo de la Congregación de las Siervas del Sagrado Carazón, que iban a dedicarse en el futuro a la educación de la juventud y a la obra de los retiros espirituales. La congregación se desarrolló y extendió rápidamente. Pronto quedaron fundadas las nuevas casas de Jerez, Zaragoza, Bilbao y Córdoba, esta última con la plena aprobación de Mons. Ceferino González. Actualmente las Siervas del Sagrado Corazón se hallan establecidas en una docena de países. Pero las dificultades no escasearon, ni siquiera después del edicto de aprobación de la Santa Sede, a raíz del cual la Beata Rafaela fue elegida superiora general. Desgraciadamente, su hermana Dolores que había tomado el nombre de María del Pilar, no estaba de acuerdo con ella en cuestiones de administración, y no le faltaba apoyo entre algunas religiosas. En 1893, la fundadora renunció al cargo de superiora general, y María del Pilar fue elegida para sucederle. Durante los últimos treinta y dos años de su vida, Rafaela no ocupó ningún cargo en la congregación, sino que vivió en la oscuridad, entregada a los trabajos domésticos, en la casa de Roma.

Sin duda alguna, en esos años se santificó enormemente. La total abnegación no debía ser fácil a una mujer de su carácter, que había fundado una congregación religiosa en circunstancias tan difíciles. En este libro hemos de referirnos frecuentemente a santos que fueron canonizados por aclamación popular, tan sólo por haber sufrido una muerte injusta, no un martirio propiamente dicho. Pues bien, la madre Rafaela es una beata que pasó la mitad de su vida

en el martirio de un tratamiento injusto. En sus últimos años, su rostro reflejaba el valor y la mansedumbre. El cirujano que la operó poco antes de su muerte resumió su vida en una frase: "Madre, es usted una mujer valiente". Ella lo había expresado de otro modo, muchos años antes: "Veo claramente que Dios quiere que me someta a todo lo que me sucede, como si le viera a Él mismo ordenármelo". La beata Rafaela María murió el día de la Epifanía de 1925, y fue beatificada en 1952 por Pío XII.

Se encontrará un buen resumen de su vida en *In Search of the Will of God*, de William Lawson.

7: SAN LUCIANO DE ANTIOQUIA, MÁRTIR (312 P.C.)

SAN LUCIANO nació en Samosata de Siria. Se distinguió en la retórica y la filosofía. Bajo la dirección de Macario de Edesa, se consagró al estudio de la Sagrada Escritura. Persuadido de que su deber de sacerdote consistía en entregarse totalmente al servicio de Dios y al bien de sus prójimos, no se contentó con predicar con el ejemplo y la palabra la práctica de la virtud, sino que emprendió una revisión de todo el Antiguo y Nuevo Testamento, para corregir los errores debidos a la falta de atención de los copistas y a otras causas. Sea que haya revisado simplemente el texto del Antiguo Testamento, comparando las diferentes ediciones de los Setenta; sea que, gracias a sus conocimientos de hebreo, haya podido hacer las correcciones, a partir del texto original, lo cierto es que su edición de la Biblia fue muy estimada y que resultó de gran utilidad a San Jerónimo.

San Alejandro, obispo de Alejandría, cuenta que Luciano estuvo separado de la comunión católica en Antioquía bajo tres obispos sucesivos. Es posible que haya favorecido exageradamente al hereje Pablo de Samosata, condenado en Antioquía el año 269. En todo caso, está fuera de duda que Luciano murió en la comunión de la Iglesia, como lo demuestra el fragmento de una de sus cartas a la Iglesia de Antioquía que se conserva en la Crónica Alejandrina. Aunque pertenecía a la diócesis de Antioquía, le encontramos en Nicomedia el año 303, en el momento en que Diocleciano publicaba sus primeros edictos contra los cristianos. Sufrió ahí una larga prisión por la fe, y desde su mazmorra escribía: "Todos los mártires te saludan. Te comunico que el sacerdote Antimo (obispo de Nicomedia) ha sido martirizado". La carta es del año 303; pero Eusebio nos dice que San Luciano no obtuvo la corona del martirio, sino después de la muerte de San Pedro de Alejandría, en 311, de suerte que su prisión parece haber durado nueve años más.

Después de tan larga espera compareció ante el gobernador, o tal vez ante el mismo emperador, pues la palabra que usa Eusebio para designar a su juez es ambigua. En su defensa, Luciano hizo una excelente apología de la fe cristiana. El juez le devolvió a la prisión y dio la orden de privarle de todo alimento; dos semanas más tarde, cuando estaba medio muerto de hambre, el carcelero le presentó un plato de carne que había sido ofrecida a los ídolos, pero él no quiso tocarla. La acción de comer la carne ofrecida a los ídolos no era ilícita en sí misma, como lo explica San Pablo, excepto cuando podía ser un escándalo para los débiles, o cuando equivalía a un acto de idolatría, como en el caso presente.

Llevado por segunda vez ante el tribunal, la única respuesta que dio a cuantas preguntas se le hicieron fue: "Soy cristiano". En el potro siguió repitiendo estas palabras, y terminó su gloriosa carrera en la prisión, muriendo por hambre o bien por la espada, como lo afirma San Juan Crisóstomo. En sus actas se cuentan muchos de sus milagros y algunos detalles de su martirio. Por ejemplo, cuando se encontraba en la prisión, encadenado al suelo, celebró la misa sobre su propio pecho y repartió la comunión a los fieles que se hallaban presentes. Filostorgio, historiador arriano, narra también este hecho. San Luciano murió en Nicomedia de Bitinia, el 7 de enero del año 312, y fue enterrado en Drepano (Helenópolis).

Encontramos muchas noticias referentes a San Luciano en Eusebio (*Hist. Eccles.*, IX, 6), en un panegírico de San Juan Crisóstomo (Migne, PG., vol. 1, p. 519), y en una fantástica leyenda conservada por el Metafrasto (Migne, PG., vol. CXIV, p. 397). Ver también Pío Franchi en *Studi e Documenti* (1897), vol. XVIII, pp. 24-45. El P. Delehaye dice a propósito de San Luciano: "Nada más auténtico que su martirio, nada mejor probado que su culto, del que dan testimonio la basílica de Helenópolis y los documentos literarios" (*Legends of the Saints*, p. 192). Sin embargo, H. Usener (*Die Sintfluthsagen*, 1899, pp. 168-180) escogió la vida de San Luciano como un ejemplo típico de la evolución de la leyenda cristiana a partir de un mito pagano. Ver la respuesta del P. Delehaye (*I. cit.* pp. 193-197); y Batiffol *en Compte-rendu du Congres catholique* (1894), vol. II, pp. 181-186. Existe un inteligente y erudito estudio de G. Bardy, *Récherches sur St. Lucien d'Antioche* (1936).

SAN VALENTIN, OBISPO (¿440? P.C.)

MUY POCO es lo que sabemos de San Valentín, a pesar de que el "*Acta Sanctorum*" ha publicado una larga biografía medieval que carece absolutamente de valor histórico. En su "Vida de San Severino", Eugipio nos informa que Valentín fue primeramente abad, y más tarde, obispo misionero en Recia. El mismo autor afirma que un discípulo de Valentín, que después lo fue de San Severino, acostumbraba celebrar la misa del 7 de enero en honor de su antiguo padre en Cristo. Venancio Fortunato narra que, en un viaje por el Tirol, encontró numerosas iglesias dedicadas a San Valentín. Arbeo de Fresinga afirma que San Valentín fue primero enterrado en la ciudad de Mais, en el Tirol, pero que sus restos fueron trasladados en el año 750 a Trento, y en 768 a Passau. Todos estos testimonios tienen en su favor la antigüedad, pero carecemos de otras pruebas fidedignas. En época muy posterior, surgió la leyenda de que, al trasladar las reliquias del santo a un santuario más importante de Passau, se encontró una tableta de plomo en la que se hallaba grabada toda la biografía del santo. Su biógrafo nos dice que aprovechó ese documento, pero el estudio crítico revela que se trata indudablemente de una invención.

Ver el ensayo de A. Leider, *Die Bleitafel im Sarge des Hl. Valentin*, en *Festgabe Alois Knofler* (1907), pp. 254-274; y el *Acta Sanctorum*, 7 de enero.

SAN TILO o TILON (*c.* 702 P.C.)

SAN TILÓN era sajón de nacimiento. Fue capturado y transportado a las naciones del sur, en donde le rescató y bautizó San Eligio. Este ferviente apóstol le envió a su abadía de Solignac. Más tarde le llamó de nuevo, le ordenó sacerdote, y le empleó durante algún tiempo en Tournai y otras regiones del sur. Los

habitantes de Iseghem, población cercana a Courtrai, le consideran como su evangelizador. Algunos años después de la muerte de San Eligio, San Tilón retornó a Solignac y vivió en soledad cerca de la abadía, imitando la sencillez, devoción y austeridad de los Antonios y Macarios de la antigüedad. Ahí murió, siendo ya nonagenario, hacia el año 702, y Dios le honró con milagros. San Tilón es llamado Theau en Francia, Tilloine o Tilman en Flandes, e Hillonius en Alemania.

Aunque el Martirologio Romano no le cita, el nombre de nuestro santo es famoso en los calendarios franceses y belgas. La Vida de San Eligio le cuenta entre los siete discípulos que trabajaron con el santo en su taller de herrería y le imitaron en el ejercicio de la virtud, antes de que San Eligio se consagrara al ministerio eclesiástico. Muchas iglesias de Flandes y de Francia están dedicadas a San Tilón. La vida anónima del santo, publicada en *Acta Santocrum,* no es del todo fidedigna; mayor crédito merece la biografía que Mabillon entresacó del Breviario de Solignac: ver *AA. SS. Benedict.,* vol. II, p. 996.

SAN ALDRICO, Obispo de Le Mans (856 p.c.)

El Santo nació de una noble familia de ascendencia, en parte sajona y en parte bávara, hacia el año 800. A los doce años su padre le envió a la corte de Carlomagno, donde formó parte de la servidumbre de Luis el Piadoso y se ganó la estima de todos. Hacia el año 821 pasó de Aquisgrán a Metz, para ingresar en la escuela episcopal y recibió la tonsura clerical. Después de su ordenación, el emperador Luis le llamó de nuevo a la corte y le nombró capellán y confesor suyo. El año 832, San Aldrico fue elegido obispo de Le Mans. Empleó toda su fortuna y sus fuerzas en socorrer a los pobres, mejorar los servicios públicos, construir iglesias y monasterios y promover la religión. Su fidelidad a Luis el Piadoso y a Carlos el Calvo permaneció inalterable durante las guerras civiles que dividieron el Imperio. Una facción le expulsó de su sede durante casi un año, por haber declarado a los monjes de Saint-Calais que estaban sujetos a su jurisdicción. Tal pretensión del santo obispo no estaba en realidad justificada, pues se apoyaba en documentos falsificados, aunque no nos consta que el prelado haya sido personalmente responsable de tal falsificación.

Han llegado hasta nosotros algunos fragmentos del reglamento que San Aldrico redactó para su catedral. En él ordena que se enciendan diez cirios y noventa lámparas en todas las grandes fiestas. También nos son conocidos tres testamentos del santo prelado. El último de ellos es un edificante testimonio de su piedad. En los dos primeros cede tierras y posesiones a muchas iglesias de su diócesis, y da prudentes consejos y reglas para mantener el orden y el espíritu de caridad. Aldrico quedó paralítico dos años antes de su muerte. Confinado al lecho, redobló su fervor y su asiduidad a la oración. Murió el 7 de enero del año 856, y fue sepultado en la iglesia de San Vicente, de la que había sido un gran bienhechor.

Charles y Froger, *Gesta domini Aldrici* (1890), reeditaron la biografía medieval de San Aldrico. Ningún historiador considera actualmente ese documento como plenamente fidedigno, aunque los cuarenta y cuatro primeros capítulos parecen ser más verídicos que el resto. Se han hecho algunos intentos de complicar a San Aldrico en el asunto de las Decretales falsificadas, pero la idea no ha encontrado gran acogida entre los críticos, por más que Paul Fournier haya alegado razones de peso para creer que la falsificación tuvo lugar en las

cercanías de Le Mans, en vida del santo. En todo caso, Havet parece haber demostrado que todos los documentos incorporados en los cuarenta y cuatro primeros capítulos son auténticos, cosa que no sucede en los capítulos siguientes de las *Gesta*, ni en los de *Actus pontificum Cenomannis*... Ver J. Havet, *Oeuvres*, vol. I, pp. 287-292, 317 ss., y *Analecta Bollandiana* (1895), vol. XIV, p. 446; cf. también Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. II, pp. 313-317, 327-328, 342-343; M. Besson en DHG, vol. II, cc. 68-69.

SAN REINALDO (¿960? P.C.)

MUY POCO sabemos de San Reinaldo, monje y mártir, que se identifica con el más joven de los "cuatro hijos de Aymón". La tradición le relaciona con la familia de Carlomagno. Parece que fue a Colonia y que entró en el monasterio de San Pantaleón. Se le puso a dirigir la construcción y desempeñó su puesto con un celo tan exagerado que se ganó la animosidad de los albañiles, quienes le atacaron, le mataron a martillazos y escondieron su cuerpo en un pozo de las proximidades del Rhin. Durante largo tiempo sus hermanos en religión le buscaron en vano. Finalmente su cuerpo fue descubierto, gracias a una visión que tuvo una enferma. Con toda solemnidad se le trasladó al monasterio. En el siglo XI, San Annón, arzobispo de Colonia, trasladó sus reliquias a Dortmund de Westfalia. En algunos sitios se venera al santo como patrono de los albañiles.

El *Acta Sanctorum* traza una breve biografía del santo el 7 de enero; pero es imposible distinguir en ella los elementos míticos de los que tienen alguna base histórica. Una crónica local de Colonia afirma que San Reinaldo murió en 697, y una biografía en verso, publicada por Floss, sitúa su "martirio" en el pontificado de San Agilufo, obispo de Colonia, que parece haber muerto en el año 750. En todo caso, Reinaldo nada tuvo que ver con Carlomagno. Ver Jordan, en *Romanische Forschungen* (1907), vol. XX, pp. 1-198, y Caxton, *Romance of the Foure Sonnes of Aymon*, reeditado por la Early English Text Society.

SAN CANUTO LAVARD, MÁRTIR (1131 P.C.)

CANUTO LAVARD, "el Señor", como le llaman sus compatriotas, fue el segundo hijo de Erico el Bueno, rey de Dinamarca. Cuando alcanzó la mayoría de edad, su tío, el rey Niels, le hizo duque de la Jutlandia del sur y le confió la responsabilidad de defender esa parte del país contra los ataques de los vendos. Canuto se estableció en Silesia y se consagró a la tarea de hacer reinar la justicia y la paz en su territorio. Desgraciadamente, los vikingos, acostumbrados a la rapiña, no se mostraron dispuestos a cooperar en tan noble empresa. Un día en que Canuto había condenado a la horca a algunos de ellos, en castigo por sus piraterías, uno de los condenados alegó que era de sangre real y que estaba emparentado con Canuto. El duque respondió que, si era cierto, la distinción que le merecía su nobleza era que le colgaran del palo mayor de su navío, y así se hizo.

Canuto había pasado una parte de su juventud en la corte de Sajonia. En 1129, el emperador Lotario III reconoció la autoridad de Canuto sobre los vendos y le dio el título de rey. Esto provocó la ira de Niels, rey de Dinamarca, y el 7 de enero de 1131, Canuto fue asesinado a traición en el bosque de Haraldsted, cerca de Ringsted, por sus primos Magno Nielssen y Enrique Skadelaar. Canuto, que había favorecido la actividad misionera de San Vicelino, fue canonizado por el Papa Alejandro III en 1169, a petición de su hijo Val-

demar I de Dinamarca, y de Esquilo, obispo de Lünd. El Martirologio Romano, ateniéndose al culto que el santo recibía en Dinamarca, le llama mártir; pero en realidad se trata más bien del héroe de una dinastía que de un mártir.

Ver el *Acta Sanctorum*, 7 de enero; C. Gertz, *Vitae sanctorum Danorum* (1908-1912); *Schubert, Kirchengeschichte von Schleswig-Holstein* (1907), vol. I; y DGH., vol. XI, (1948), pp. 79, 86.

SAN CARLOS DE SEZZE (1670 P.C.)

LA VIDA de Carlos de Sezze es muy sencilla. Era un hermano lego de los Franciscanos de la estricta observancia. Aunque su cuna era humilde, sus padres aspiraban al sacerdocio para su hijo; pero Carlos dio en la escuela muestras de ser de muy corto talento, y parece que apenas logró aprender a leer y escribir. Sin embargo, el santo era extremadamente sensible a los toques de la gracia. Desde su juventud, que pasó en las labores del campo, practicaba austeras penitencias e hizo voto de castidad. Más de una vez estuvo gravemente enfermo. En una de esas ocasiones, a los veinte años, prometió entrar en la vida religiosa, si Dios le devolvía la salud. Los hermanos de Nazianzo le aceptaron como lego. El fervor de Carlos no hizo sino aumentar en el claustro. Después de la profesión, se ofreció para acompañar a algunos de sus hermanos que iban de misioneros a la India; pero otra vez cayó gravemente enfermo, y sus superiores le enviaron a Roma después de la convalescencia. Ahí dio el santo gran ejemplo de virtud y caridad. Los cardenales y otras altas personalidades eclesiásticas buscaban su compañía, a pesar de su extraordinaria simplicidad. El hermano Carlos murió el 6 de enero de 1670, a los cincuenta y siete años de edad, y fue beatificado en 1882. Su Santidad Juan XXIII lo canonizó el 12 de abril de 1959.

Ver el decreto de beatificación en *Analecta Juris Pontificii*, 1882; Léon, *Auréole Séraphique*, vol. II, pp. 64-68; Imbert-Gourbeyre, *La stigmatisation* (1894), vol. I, pp. 315-316.

8: SAN APOLINAR, OBISPO DE HIERÁPOLIS (*c.* 179 P.C.)

CLAUDIO APOLINAR, obispo de Hierápolis de Frigia, llamado "el Apologeta", fue un famoso profesor cristiano del siglo II. A pesar de las alabanzas que le prodigan Eusebio, San Jerónimo, Teodoreto y otros, poco sabemos de su vida. Por otra parte, sus escritos, que eran muy estimados, se han perdido. Focio, que los había leído y era buen juez en la materia, los recomienda por su tema y estilo. Claudio Apolinar escribió contra los encratitas y otros herejes, y puso en claro los orígenes filosóficos de los errores de cada secta, según testifica San Jerónimo. Su última obra fue un ataque contra los montanistas y sus pretendidos profetas, que habían comenzado a aparecer en Frigia hacia el año 171. Pero la obra que le hizo famoso fue su apología de la religión cristiana, que dedicó al emperador Marco Aurelio, poco después de que dicho príncipe había triunfado de los cuados, gracias a las oraciones de los cristianos, como lo mencionaba el santo.

Como las tropas de Marco Aurelio habían luchado en vano durante largo tiempo por subyugar a los germanos, el emperador resolvió el año 174 ponerse al frente de las operaciones. Había cruzado ya el Danubio, cuando los cuados, un pueblo que habitaba el territorio que más tarde se llamaría Moravia, le rodearon en una posición muy peligrosa para él. Las tropas del emperador no tenían ninguna posibilidad de escapar de las manos de sus enemigos, ni tampoco podían resistir largo tiempo, por falta de agua. La duodécima legión estaba compuesta principalmente de cristianos. Cuando el ejército se hallaba a punto de perecer de sed, los cristianos se arrodillaron, "como acostumbraban hacerlo para orar" —nos dice San Eusebio—, y pidieron a Dios su ayuda. Súbitamente, el cielo se cubrió de nubes y una espesa lluvia se desató, en el momento en que los bárbaros se lanzaban al ataque. Los romanos luchaban y, al mismo tiempo, bebían el agua de la lluvia que recogían en sus cascos, apurándola enrojecida por la sangre del enemigo. Los bárbaros eran más poderosos que los romanos; pero un fuerte viento, acompañado de truenos y relámpagos, hizo que la lluvia les azotara el rostro y les cegara, lo que les obligó a huir aterrorizados. Tanto los autores paganos como los cristianos relatan esta victoria. Los autores paganos la atribuyen a un poder mágico o a la intervención de sus dioses, pero los cristianos lo cuentan como un milagro obtenido por las oraciones de los legionarios. Parece que San Apolinar hizo alusión al hecho en la apología que dedicó al emperador, informando que Marco Aurelio había dado a esa legión el nombre de "la legión del trueno" en recuerdo de la famosa batalla. Eusebio, Teturliano, San Jerónimo y San Gregorio de Nisa repiten el dato, tomándolo de San Apolinar.

Los cuados devolvieron todos los prisioneros y se rindieron incondicionalmente al emperador. En agradecimiento a sus legionarios cristianos, Marco Aurelio publicó un edicto en el que reconocía que debía la victoria "a la tempestad que se había desatado, *tal vez*, gracias a las oraciones de los cristianos". En dicho edicto, prohibía bajo pena de muerte condenar a los cristianos a causa de su religión. Sin embargo, muchos cristianos fueron todavía condenados a muerte después de la publicación de tal edicto, aunque se dice que sus acusadores recibieron la misma pena.

La "Columna Antoniniana", que se halla en Roma, representa esta victoria del emperador, bajo el símbolo de Júpiter Pluvio; es decir, bajo la figura de un hombre que vuela con los brazos abiertos y una larga barba que parece perderse en la lluvia. Los soldados parecen contentos bajo la tempestad; unos beben ávidamente, mientras otros se baten con el enemigo; los bárbaros se hallan tendidos en el suelo con sus caballos, y la tempestad se descarga furiosamente sobre ellos. En la actualidad, la certeza de esta leyenda, que Eusebio parece haber tomado de la *Apología* de San Apolinar, es todavía materia de discusión. Por una parte, es seguro que no fue Marco Aurelio quien dio a "la legión del trueno" el nombre de "legio fulminata", que proviene de la época de Augusto; pero, por otra parte, los hechos no tienen en sí mismos nada de inverosímil. Es muy natural que los cristianos de la época hayan atribuido tan sorprendente victoria a las oraciones de sus correligionarios. No existe ningún documento pagano que confirme la existencia del famoso edicto del emperador en favor de los cristianos. Aun los historiadores que defienden la exactitud de los hechos narrados admiten que el texto del edito está interpolado.

Es posible que San Apolinar haya compuesto su apología dedicada al emperador, hacia el año 175, a fin de recordarle la gracia que Dios le había hecho por las oraciones de los cristianos, e implorar al mismo tiempo su protección. No poseemos datos exactos sobre la muerte de San Apolinar, que aconteció probablemente antes de la de Marco Aurelio.

Sobre la "Legión del Trueno", ver Tertuliano, *Apologeticum*, c. 5, y *Ad Scapulam*, c. 4; Eusebio, *Hist. Eccles.*, lib. v, c. 5; J. B. Lightfoot, *St. Ignatius*, vol. I (1889), pp. 469 ss; Momsen, en *Hermes*, 1895, pp. 90-106; Allard, *Histoire des persécutions*, vol. I (1903), pp. 394-396. Sobre San Apolinar, ver *Acta Sanctorum*, febrero, vol. II, pp. 4-8. Baronio introdujo su nombre en el Martirologio Romano, pero ni en el Oriente, ni en el Occidente existen huellas de que se le haya rendido culto poco después de su muerte.

SAN PACIENTE, Obispo de Metz y Confesor (¿Siglo II?)

Los bolandistas, en su *Acta Sanctorum*, vol. I, p. 469, en el día 8 de enero, han dado una vida de este santo, escrita por un monje de"Saint-Arnoul", de Metz. Esta vida se considera como fábula.

Por un catálogo de los obispos de Metz, que se remonta al año 775, y que fue insertado en el siglo IX en el sacramentario de Drogon, conocemos la existencia de este santo obispo. Está caracterizado por este verso que contiene un juego de palabras: "Quartus adest Patiens bene quem patientia compsit". Así Paciente sería el cuarto obispo de Metz, después de San Clemente.

Se dice que construyó la iglesia de Saint-Arnoul y que allí fue inhumado. Su fiesta se celebra el 8 de enero. Figura en el nuevo propio de la diócesis para esta fecha.

L. Duchesne, *Fastes épisc.*, vol. III, pp. 44-48, considera el catálogo como un documento serio, que testifica que Paciente, obispo de Metz, existió realmente. *Vies des Saints et des Bienhereux sélon l'ordre du calendrier avec l'historique des fêtes*, por los RR.PP. Baudot et Chaussin, O.S.B.

SAN LUCIANO DE BEAUVAIS, Mártir (¿290? p.c.)

Se dice que Luciano predicó el Evangelio en la Galia, en el siglo III, y que venía de Roma. Quizá fue uno de los compañeros de San Dionisio de París, o por lo menos de San Quintín. Selló el testimonio de su vida con su sangre, en Beauvais, alrededor del año 290, bajo Juliano, quien había sucedido al perseguidor Riciovaro en el gobierno de la Galia. Maximiano y Mesiano o Julián, compañeros de San Luciano, fueron coronados con el martirio en el mismo sitio, poco antes que él. Las reliquias de los tres mártires se descubrieron en el siglo VII, según cuenta San Ouén en su vida de San Eligio, y colocadas en sendos relicarios en la abadía de su nombre, fundada en el siglo VIII. Rabano Mauro afirma que las reliquias de estos santos eran famosas por los muchos milagros que obraban en la época en que él escribía, es decir, un siglo más tarde.

El Martirologio Romano y la mayoría de los calendarios del siglo XVI ponen simplemente a San Luciano en la lista de los mártires; pero en un calendario compilado durante el reinado de Luis, el Piadoso, figura como obispo, y en Beauvais se le honra como tal.

Ver *Acta Sanctorum*, 8 de enero, p. 640, si bien las dos vidas del santo que figuran ahí tienen muy poca o ninguna autoridad. Duchesne, en *Fastes Episcopaux*, vol. III, pp. 119 y 141-152, discute por extenso el caso de San Luciano y aduce argumentos de peso para creer que se trata de un mito. Dicho autor se inclina a pensar que Riciovaro no existió. Ver H. Moretus, *Les Passions de S. Lucien et leurs dérivés céphalophoriques* (1953).

SAN SEVERINO DE NORICO (*c.* 480 P.C.)

NO SABEMOS nada del nacimiento ni del origen de este santo. La pureza de su latín hace pensar que se trata de un romano, y su cuidado en ocultar el rango que ocupaba en el mundo, ha sido interpretado como una muestra de humildad y un indicio de su elevado linaje. Pasó la primera parte de su vida en los desiertos de oriente; pero abandonó su retiro para ir a predicar el Evangelio en Nórico, de Austria. Primero se dirigió a Astura, actualmente Stockerau, donde encontró al pueblo endurecido en el vicio; predijo ahí un castigo de Dios, y prosiguió hacia Comagéne (Hainburg), en el Danubio. Su profecía se cumplió pronto, porque Astura fue saqueada y sus habitantes decapitados por los hunos. Este vaticinio y otros milagros que realizó, hicieron famoso a San Severino. Faviana, una ciudad del Danubio, imploró su protección durante una terrible carestía. San Severino predicó la penitencia en la ciudad, y amenazó tan duramente a una mujer rica que había almacenado una gran cantidad de víveres, que ésta los distribuyó entre los pobres. Poco después de su llegada a la ciudad, se fundió el hielo que obstruía el Danubio y el Inn, y las barcas pudieron aprovisionar a la ciudad. San Severino obró numerosos milagros, pero no curó la enfermedad de los ojos que hacía sufrir a Bonoso, el más querido de sus discípulos, quien sin embargo, no dejó decaer su fervor, durante los cuarenta años que soportó ese mal. Severino no cesaba de exhortar a todos al arrepentimiento y la piedad; rescataba a los cautivos; consolaba a los afligidos; era un verdadero padre con los pobres; curaba a los enfermos; aligeraba y aun llegaba a evitar las calamidades públicas, y atraía las bendiciones del cielo a dondequiera que iba. Muchas ciudades pidieron que fuese nombrado obispo, pero Severino se opuso a ello, diciendo que ya bastante había hecho con abandonar su amada soledad para instruir y reconfortar a los fieles.

San Severino fundó varios monasterios, el más conocido de los cuales fue el de los bancos del Danubio, cerca de Viena; sin embargo, no se retiró a vivir en ninguno de ellos, sino en una ermita, donde podía entregarse libremente a la contemplación. Nunca comía antes de la caída del sol, excepto en las grandes fiestas. Iba siempre descalzo, aun en las épocas en que el Danubio estaba helado. Los reyes y príncipes bárbaros acudían a verle. Así lo hizo Odoacro, cuando marchaba sobre Italia. La celda del santo era tan baja, que Odoacro no podía estar de pie en ella. San Severino le predijo que tendría éxito en la conquista de Italia y, cuando Odoacro se vio dueño de aquel país, escribió al santo, ofreciéndole cualquier cosa que pidiera. La única gracia que éste solicitó, fue la restitución a su patria de un desterrado. Habiendo predicho su propia muerte mucho antes de que ocurriera, Severino cayó enfermo el 5 de enero. Al cuarto día de su enfermedad, cuando repetía el versículo del salmista: "Espíritus todos, adorad al Señor", le sobrevino la muerte. Esta tuvo lugar entre los años 476 y 482. Poco después, sus discípulos, desterrados por los bárbaros, se retiraron con sus reliquias a Italia, y las depositaron en Luculano, cerca de Nápoles.

Ahí construyeron un monasterio, del que Eugipio, discípulo y biógrafo de nuestro santo, fue nombrado abad. Las reliquias de San Severino se trasladaron a Nápoles el año 910, a la abadía benedictina que lleva su nombre.

La principal autoridad por lo que se refiere a la vida de San Severino es la biografía escrita por su discípulo Eugipio. El mejor texto de ella se encuentra en la edición de T. Mommsen (1898), y en la Vienna *Corpus scriptorum ecclesiasticorum latinorum*, editada por Pius Knoell (1886). Ver también A. Baudrillart, *St. Séverin* (1908); y T. Sommerland, *Wirtschaftsgeschichtliche Untersuchungen*, pt. II, 1903. Sommerland aduce los motivos que existen para pensar que San Severino pertenecía a una noble familia de Africa, y que había sido consagrado obispo en su patria, antes de buscar refugio en la vida eremítica del oriente.

SAN SEVERINO, Obispo de Septémpeda (¿550? p.c.)

La antigua población de Septémpeda, en la Marca de Ancona, se llama en la actualidad San Severino y debe su nombre al santo que parece haber sido su obispo a mediados del siglo VI. Era hermano de San Victorino. Adón le identifica en su martirologio con un mártir del mismo nombre. La confusión proviene, probablemente, de la translación de las reliquias de San Severino de Nórico a Nápoles, lo cual indujo a Ado a identificarle con el San Severino italiano. El Martirologio Romano sigue esa tradición, pero en realidad no hay ninguna razón para pensar que San Severino de Septémpeda haya tenido algo que ver con Nápoles.

Ver la leyenda de los santos Severino y Victorino en el *Acta Sanctorum*, 8 de enero; y cf. *Analecta Bollandiana*, vol. XXVII (1908), p. 466.

SAN TORFINO, Obispo de Hamar (1285 p.c.)

El año 1285 murió, en el monasterio cisterciense de Ter Doest, cerca de Brujas, un obispo noruego llamado Torfino. Como nunca había llamado la atención, cayó pronto en el olvido. Pero cincuenta años después, cuando se efectuaban algunos trabajos de albañilería, su tumba fue abierta y se desprendió de ella un olor suavísimo. El abad empezó a investigar y encontró entre sus monjes a uno, llamado Walterio de Muda, que recordaba todavía la estancia del obispo en el monasterio y la impresión de bondad y firmeza que había producido en los monjes. El mismo Walterio había escrito un poema sobre el santo obispo y lo había depositado en su ataúd. A pesar del tiempo transcurrido, el poema se encontraba aún intacto. El abad vio en ello una señal del cielo de que había que perpetuar la memoria del santo obispo, y encomendó a Walterio que consignara por escrito sus recuerdos.

No obstante esto, sabemos muy poco de la vida de San Torfino. Había nacido en Trondhjem, y es probable que haya sido canónigo de la catedral de Nidaros, ya que había un Torfino entre los testigos del Tratado de Tönsberg, en 1277. Dicho Tratado, firmado por el rey Magno VI y el arzobispo de Nidaros, confirmaba algunos privilegios del clero, garantizaba la libertad en las elecciones episcopales y reglamentaba otros puntos por el estilo. Pocos años después, el rey Erico* repudió el Tratado, y se desató una acerba disputa entre la Iglesia

* Erico se casó con Margarita, hija del rey Alejandro III de Escocia. Hija de éstos fue la "doncella de Noruega", a la que la historia de Inglaterra y Escocia consagra unas líneas.

y el Estado. El rey desterró al arzobispo Juan y a sus dos principales partidarios, el obispo Andrés de Oslo y el obispo Torfino de Hamar.

Después de muchas vicisitudes, entre las que se contaba el naufragio, San Torfino llegó a la abadía de Ter Doest, en Flandes, relacionada con la Iglesia noruega. No es imposible que San Torfino hubiese estado ya antes en la abadía, y hay razones para suponer que él mismo había sido monje cisterciense en la abadía de Tautra, en las cercanías de Nidaros. El obispo volvió enfermo a Ter Doest, después de una visita a Roma. Aunque era todavía joven, comprendió que se acercaba el fin de sus días e hizo su testamento. Repartió sus riquezas, que no eran grandes, entre su madre, sus hermanos, algunos monasterios e iglesias, y ciertas obras de caridad. Murió poco después, el 8 de enero de 1285.

Cuando su cuerpo fue redescubierto, San Torfino obró muchos milagros y empezó a ser venerado por los monjes cistercienses y en los alrededores de Brujas. Los escasos católicos de Noruega han resuscitado su recuerdo en nuestros días, y la ciudad episcopal de Hamar celebra una fiesta anual en su honor. El fundamento de la tradición de la santidad de Torfino es el poema de Walterio de Muda, quien nos dice que la amable apariencia de este hombre bueno, paciente y generoso, ocultaba una voluntad de hierro, dispuesta a luchar contra todas las formas del mal.

Ver en el *Acta Sanctorum*, 8 de enero, el texto del poema de Walterio de Muda y algunos otros documentos. S. Undset, en *Saga of Saints*, reconstruye el ambiente histórico en el que vivió San Torfino. Ver también De Visch, *Bibliotheca scriptorum ordinis cisterciensis.*

9: SANTA MARCIANA, VIRGEN Y MÁRTIR (*c.* 303 P.C.)

MARCIANA, originaria de "Rusuccur" (actualmente Tigzirt), en Mauritania, abandonó valientemente todas las ventajas que procura el mundo para ir a encerrarse en una celda en Cesarea y guardar intacta su virginidad, bajo la mirada de Dios.

Sin embargo, ella creyó que era su deber declarar la guerra a la idolatría que entonces reinaba en Africa. Un día, al atravesar la plaza pública, no pudo soportar ver expuesta una estatua de Diana y le rompió la cabeza.

La apresaron, la golpearon con varas, y, después, la condenaron a morir en el anfiteatro, desgarrada por los dientes de las fieras. Cuando esperaba este último suplicio, la entregaron a los gladiadores para que violaran su castidad, pero Dios no permitió esta infamia.

Al llegarse la fecha del suplicio, Marciana fue expuesta primero a un león que no le hizo daño alguno; después, un toro se lanzó sobre ella y le hundió los cuernos en el pecho, con lo que cayó de bruces sobre el suelo, casi sin sentido. Por último, un leopardo la destrozó y en este tormento expiró.

Los manuscritos de las Actas no están de acuerdo sobre la fecha del martirio, 9 de enero, 9 ó 12 de julio. Baronio, en sus notas al Martirologio Romano, estima que el 12 de julio marca una traslación de reliquias y el 9 de enero, el aniversario del martirio. El 12 de julio el Martirologio menciona una santa Marciana, virgen y mártir, en Toledo. Baronio piensa que se trata de santa Marciana de Mauritania, venerada en Toledo. En el breviario mozárabe se encuentra un bello himno en su honor.

Las Actas —cuyo fondo es muy exacto— aunque alteradas en algunos puntos, se encuentran en los bolandistas el día 9 de enero. *Vies des Saints et Bienhereux sélon l'ordre du calendrier avec l'historique des fêtes*, por los RR.PP. Baudot et Chaussin, O.S.B.

SANTOS JULIAN Y BASILISA Y COMPAÑEROS MÁRTIRES (¿304? P.C.)

SEGÚN las actas de estos santos y los antiguos martirologios, Julián y Basilisa, que eran esposos, vivieron por mutuo consentimiento en perpetua castidad, se santificaron mediante la práctica de la vida ascética y emplearon sus rentas en socorrer a los pobres y a los enfermos. Con este motivo convirtieron su propia casa en hospital, donde en ciertas ocasiones encontraba refugio cerca de un millar de menesterosos, si hemos de creer a sus actas. Basilisa se ocupaba de las mujeres y Julián de los hombres. La caridad de Julián era tan grande, que la posteridad le confundiría frecuentemente con San Julián el Hospitalario. Vivían en Egipto, que ya para entonces había empezado a ofrecer abundantes ejemplos de personas que se entregaban a la caridad, a la penitencia y a la contemplación, así en los desiertos, como en las ciudades. Basilisa murió en la paz del Señor, después de haber sido muy perseguida. Julián le sobrevivió muchos años y mereció la corona de un glorioso martirio, junto con un joven llamado Celso, un sacerdote llamado Anastasio y Marcianila, la madre de Celso.

Las actas de estos mártires son simples relatos fantásticos, llenos de contradicciones. Ver *Acta Sanctorum*, 9 de enero. La existencia histórica de San Julián y Santa Basilisa es muy dudosa. Una de las versiones de la leyenda de San Alejo (17 de julio), parece ser una mera transcripción del primer párrafo de la larga "pasión" de estos santos.

SAN PEDRO, OBISPO DE SEBASTE (391 P.C.)

SAN PEDRO pertenecía a una antigua e ilustre familia. El nombre de sus antepasados ha caído en el olvido, en tanto que los anales de la fe conservan el inmortal recuerdo de los santos que sus padres dieron a la Iglesia. Tres hijos de esta familia fueron santos y obispos: San Basilio, San Gregorio de Nissa y San Pedro de Sebaste. Su hermana mayor, Santa Macrina, fue madre espiritual de muchos santos y excelentes doctores. Y sus padres, San Basilio el Viejo y Santa Emelia, fueron desterrados a causa de la fe, durante el reinado del emperador Galerio Maximiano y huyeron al desierto del Ponto. Por último, la abuela de nuestro santo fue la famosa Santa Macrina, a quien San Gregorio Taumaturgo instruyó en la fe. Pedro de Sebaste era el más joven de los diez hijos y perdió a su padre, cuando todavía no daba los primeros pasos, de modo que su hermana Macrina tuvo que encargarse de su educación. Macrina se preocupó principalmente de instruirle en la religión, los estudios profanos interesaban muy poco a quien tenía los ojos fijos en el cielo. Pedro, que aspiraba a la vida monástica, no vio en ello una restricción. Su madre había fundado dos monasterios: uno de hombres y otro de mujeres. Había confiado el primero a la dirección de su hijo Basilio y el segundo a la de Macrina. Pedro ingresó en el monasterio dirigido por su hermano, que se hallaba situado en el banco del río Iris. Cuando San Basilio se vio obligado a dimitir de su cargo, el año 362, nombró por sucesor a Pedro, quien desempeñó durante muchos años el cargo de superior con gran prudencia y virtud.

Cuando se desató el hambre en las provincias del Ponto y de Capadocia, Pedro mostró su gran caridad. La prudencia humana le habría aconsejado no exagerar sus limosnas a los pobres, antes de tener asegurado el sustento de sus monjes; pero Pedro había aprendido en otra escuela la caridad cristiana, y disponía liberalmente de cuanto poseía el monasterio para ayudar a los menesterosos que acudían diariamente durante la carestía. Al ser nombrado obispo de Cesarea de Capadocia, San Basilio ordenó sacerdote a Pedro. Basilio murió el 1º de enero del año 379, y Macrina en noviembre del mismo año. Eustasio, obispo de Sebaste de Armenia, que había sido arriano y había perseguido a San Basilio, parece haber muerto poco después, ya que Pedro fue nombrado obispo de esa diócesis en 380, para desarraigar la herejía arriana. El demonio se había apoderado tan a fondo de esa región, que se necesitaba el celo de un santo para echarle fuera.

San Pedro se cuenta entre los escritores eclesiásticos, gracias a una carta incluida en los libros de San Gregorio de Nissa contra Eunomio, por la que se demuestra que, si bien San Pedro se había consagrado a los estudios eclesiásticos exclusivamente, sus lecturas y sus dotes naturales de elocuencia no eran inferiores a las de su incomparable hermano Basilio, ni a las de su colega, San Gregorio Nazianceno. En 381 Pedro asistió al Concilio Ecuménico de Constantinopla. No sólo su hermano, San Gregorio de Nissa, sino también Teodoreto y toda la antigüedad, dan testimonio de su santidad, prudencia y celo. Su muerte ocurrió hacia el año 391, durante el verano. San Gregorio de Nissa hace notar que Sebaste le honró con una solemne celebración (probablemente en el año siguiente al de su muerte), junto con algunos otros mártires de la misma ciudad. El Martirologio Romano le conmemora el 9 de enero.

Es extraordinario encontrarse con una familia de santos. Este prodigio de la gracia se debe principalmente al ejemplo de Santa Macrina, de la que sus tres hijos aprendieron el espíritu de abnegación y humildad, que constituye la máxima fundamental del Evangelio. Por desgracia, tal principio es para muchos simplemente un objeto de especulación, en vez de ser un alimento del corazón.

Poco es lo que sabemos sobre San Pedro de Sebaste, fuera de las alusiones que se hallan en la vida de Santa Macrina, escrita por San Gregorio de Nissa (Migne, PG., vol. XLVI, pp. 960 ss). La carta que escribió a San Gregorio de Nissa para animarle a completar su tratado contra Eunomio, se encuentra en PG., vol. xlv, pp. 241 ss. Ver también *Acta Sanctorum*, 9 de enero; DCB, vol. IV, pp. 345-346; y Bardenhewer, *Patrology* (trad. inglesa), pp. 295-297.

SAN ADRIAN, ABAD DE CANTERBURY (710 P.C.)

SAN ADRIÁN había nacido en Africa. Era abad de Nérida, cerca de Nápoles, cuando el Papa San Vitaliano, a la muerte de San Adeodato, arzobispo de Canterbury, le escogió por su ciencia y virtud para instruir a la nación inglesa, aún joven en la fe. El humilde siervo de Dios trató de declinar la elección, recomendando a San Teodoro para el cargo, pero se mostró dispuesto a compartir los trabajos de la misión. El Papa accedió a sus súplicas y le nombró asistente y consejero del nuevo obispo, en lo cual San Adriano convino gustosamente.

San Teodoro le nombró abad del monasterio de San Pedro y San Pablo de Canterbury, que más tarde había de llamarse San Agustín, donde nuestro santo

enseñó el griego, el latín, la ciencia de los Padres y, sobre todo, la virtud. Bajo Adrián y Teodoro, la influencia de la escuela monástica de Canterbury se extendió enormemente. San Aldelmo acudió a ella desde Wessex, Oftforo desde Whitby, y otros estudiantes desde Irlanda. Era una escuela de Derecho Romano y de Ciencias eclesiásticas. Beda refiere que los discípulos de San Adrián conocían bastante bien el griego y hablaban el latín como el inglés. San Adrián ilustró el país con su doctrina y el ejemplo de su vida, durante treinta y nueve años. Murió el 9 de enero del año 710.

Goscelino de Canterbury nos ha dejado una narración muy interesante del descubrimiento de los restos de San Adrián, que se hallaban incorruptos y despedían una suave fragancia, (ver Migne, PL., vol. CIV, cc. 36-38). Las recientes excavaciones confirman este relato: ver *Archaeologia Cantiana* (1917), vol. XXXII, p. 18. La tumba de San Adrián se hizo famosa por los milagros en ella obrados, según nos dice Goscelino, citado por Guillermo de Malmesbury y por Capgrave. El nombre de nuestro santo se encuentra en los calendarios ingleses. Ver *Acta Sanctorum*, 9 de enero, que reproduce algunos pasajes de Beda y de Capgrave; y BHL., n. 558.

BEATA ALIX LE CLERCQ, VIRGEN, COFUNDADORA DE LAS CANONESAS REGULARES DE SAN AGUSTÍN DE LA CONGREGACIÓN DE NUESTRA SEÑORA (1622 P.C.)

UNA DE las grandes obras de la contrareforma fue haber comenzado a preocuparse por la educación de las niñas. En 1535, Santa Angela de Merici había fundado la congregación de las Ursulinas con este fin. Santa Juana de Lestonnac fundó, en 1606, la congregación de las Religiosas de Nuestra Señora. A su vez, San Pedro Fourier fundó a las Canonesas Regulares de San Agustín de la congregación de Nuestra Señora, empresa en la cual Alix Le Clrecq cooperó como cofundadora.

Alix nació en Remiremont, ducado de Lorena, en 1576. Su familia ocupaba una posición destacada; pero es poco lo que sabemos de la vida de Alix hasta los diecisiete años. A esa edad era una joven alta y hermosa, rubia, de constitución delicada, atractiva e inteligente; en una palabra, como lo hace notar Mons. Francis Gonne, Alix era lo que los franceses llaman "spirituelle". Otro relato, escrito por ella misma, nos informa que se distinguía en la música y la danza, que era muy popular y que tenía muchos admiradores. Alix deja entender que se envanecía de todo esto, lo que es probable. En todo caso, no hay que olvidar que los santos tienden a exagerar sus defectos. Por otra parte, el relato de Alix muestra que la joven no carecía de seriedad: "En medio de todo esto, mi corazón estaba triste". Poco a poco, la frivolidad de su vida se le hizo insoportable.

A los diecinueve años tuvo el primero de los sueños que habían de jalonar su vida. Se vio en una iglesia, cerca del altar; a su lado se hallaba Nuestra Señora, vestida con un hábito religioso desconocido, hablándole: "Ven, hija mía, que yo misma voy a darte la bienvenida", le decía. Poco después, la familia Le Clercq fue a habitar a Hymont. Ahí encontró Alix a San Pedro Fourier, que era vicario de una parroquia de Mattaincourt, en las cercanías. Un día que asistía a la misa en esa parroquia, Alix oyó un ruido de tambor y vio al demonio que hacía bailar a los jóvenes "ebrios de alegría". En ese instante se operó

la conversión de Alix, quien nos dice: "Ahí mismo resolví no mezclarme con semejante compañía".

Alix cambió sus finos vestidos por el sayal de las campesinas, y apenas salía de su casa. Bajo la prudente dirección de San Pedro Fourier, se dedicó a buscar la voluntad de Dios hacia ella, lo cual le produjo grandes sufrimientos espirituales. Tanto su padre como San Pedro Fourier, le aconsejaron que entrara a un convento. Pero ella se negó, pues un sueño le había revelado que no existía ninguna forma de vida religiosa adaptada a su vocación. Alix confió a San Pedro Fourier que estaba obsesionada por la idea de fundar una congregación activa. El santo se mostró escéptico; sin embargo, le aconsejó que buscara a otras jóvenes que compartieran su idea, cosa muy difícil en un apartado pueblecito de los Vosgos. Alix realizó su cometido con tanto tino, que logró encontrar compañeras.

En la Misa de Navidad de 1597, Alix Le Clercq, Ganthe André, Isabel y Juana de Louvroir se consagraron públicamente a Dios. Cuatro semanas más tarde, San Pedro Fourier quedó convencido de que estaban llamadas a fundar una comunidad bajo su dirección. Naturalmente, las críticas no escasearon. "Las gentes tachaban de singularidad la desacostumbrada conducta de las jóvenes, no veían más que afectación en su manera de vestirse, y consideraban como una tontería su humildad". El padre de Alix se sintió herido por estas críticas, y la única solución que pudo encontrar fue la de enviar a su hija como pensionaria al convento de las terciarias de Santa Isabel, en Ormes. Alix obedeció, aunque aquel relajado convento cuadraba mal con sus aspiraciones, y el señor Le Clercq no le permitió volver a casa.

Una solución inesperada se ofreció a Alix. En Poussay, a cuatro kilómetros de Mattaincourt, había una abadía de canonesas seculares. Se trataba de una comunidad de damas ricas y aristocráticas que llevaban una vida conventual que felizmente ha desaparecido. Una de esas buenas señoras, Judith d'Apremont, decidió proteger a Alix y a sus tres compañeras dándoles albergue en una casita de sus posesiones. Las jóvenes se instalaron ahí la víspera del Corpus Christi de 1598. Al terminar un retiro, declararon unánimemente a San Pedro Fourier que se sentían llamadas a fundar una nueva congregación, ya que tal era la voluntad de Dios para ellas. El fin de la nueva congregación era "enseñar a las niñas a leer, a escribir y a coser, pero sobre todo a amar y servir a Dios". A esta santa ocupación debían consagrarse, sin distinguir entre pobres y ricos, y sin cobrar ni un céntimo, "porque esto agrada más a Dios".

La vida de las religiosas se distinguió al principio, por la severidad de la penitencia; pero el tiempo les hizo comprender que esto era incompatible con las grandes exigencias de la enseñanza de la juventud. El espectáculo de su devoción inspiró en algunas canonesas de la abadía el deseo de ingresar en la nueva fundación, pues estaban cansadas de gozar de "todos los privilegios de la vida conventual, sin experimentar su rudeza". La abadesa, madame d'Amoncourt, que no aceptaba las grandes reformas operadas en los monasterios de la época, temió que su comunidad se disolviera. La situación fue muy crítica durante varias semanas. Judith d'Apremont resolvió esta crisis, ofreciendo a las nuevas religiosas otra casa en Mattaincourt. Tal fue el primer convento propiamente dicho de la nueva congregación.

Sin embargo, no se trataba todavía de una comunidad religiosa en el sentido estricto del término, lo cual inquietó al padre de Alix, quien le ordenó reti-

rarse a Verdún. San Pedro Fourier declaró a la joven que estaba obligada a obedecer. Felizmente el señor Le Clercq, movido por el Espíritu Santo en forma irresistible, retiró la orden que había dado. Poco después, un franciscano recoleto, el P. Fleurant Boulengier, intentó asociar la nueva comunidad a las clarisas. San Pedro Fourier, cuya confianza en la nueva fundación no era todavía muy grande, recomendó insistentemente a Alix y sus compañeras que se asociaran con las clarisas, pero ellas se negaron diciendo: "Nos hemos reunido en comunidad para consagrarnos a la educación de las niñas, de suerte que no podemos apartarnos de nuestra vocación y adoptar una forma de vida a la que Dios no nos ha llamado".

San Pedro Fourier, por su parte, interpretaba en otra forma la voluntad de Dios, o fingía hacerlo así para probarlas. En todo caso, tras algunos meses de vacilaciones, aceptó finalmente la decisión de las jóvenes.

En 1601, San Pedro Fourier y la Beata Alix fundaron una segunda casa en Mihiel, a la que siguieron las de Nancy, Pont-à-Mousson, Saint-Nicolas du Port, Verdún y Châlons. Esta última, establecida en 1613, fue la primera fundación fuera de Lorena. Hasta ese momento, Roma no había aprobado todavía la nueva congregación. La idea de recibir a las niñas en el interior de la clausura para impartirles instrucción, provocaba la hostilidad general. Por otra parte, la reticencia de Roma parecía dar la razón a quienes criticaban la novedad, y ponía en peligro la fundación. San Pedro Fourier envió a Alix y a una de sus compañeras al convento de las Ursulinas de París para que se documentaran sobre la vida monástica y los métodos de enseñanza. Las Ursulinas les propusieron que se unieran con ellas. Esta vez Alix reflexionó seriamente sobre la proposición, pero el P. Bérulle, que más tarde sería cardenal, resolvió sus dudas: "No creo —le dijo abiertamente— que Dios quiera esta fusión, de modo que lo mejor que puede hacer es olvidar el asunto".

En 1616, dos bulas de la Santa Sede concedieron por fin la deseada aprobación. A raíz de ello, el obispo de Toul aprobó las constituciones. Trece religiosas llevaron por primera vez el hábito que vestía la Santísima Virgen en la visión de la Beata Alix, y comenzaron el año de noviciado, no obstante que algunas de ellas llevaban ya veinte años en el convento. Pero no todo iba viento en popa. Las bulas papales de aprobación, sólo mencionaban el convento de Nancy. Ahora bien, entre dicho convento y los otros, existía una especie de emulación, porque el de Nancy se hallaba bajo la protección del cardenal Carlos de Lorena, y el primado de Lorena, Antonio de Lénoncourt, había prácticamente asumido la dirección. La aparente parcialidad de las bulas no hizo sino agravar la disensión, lo cual produjo una desagradable crisis. El resultado fue que la Beata Alix tuvo que renunciar a su cargo de superiora de la congregación, en favor de la madre Ganthe André, "sin la cual —explica San Pedro Fourier— nuestra congregación no hubiera podido fundarse", a pesar de que la madre André y Alix no estuvieran de acuerdo sobre la organización.

Como si no bastara esta prueba de santidad heroica, la beata se vio sujeta a ataques personales por parte de las malas lenguas. Al mismo tiempo, atravesaba una crisis de sequedad espiritual, tentaciones y "noche oscura del alma". Por otra parte, como lo atestiguaron sus hijas, "Alix tomaba los sufrimientos ajenos como si fueran propios", de modo que su situación era muy difícil. En esa época tuvo la ocasión de practicar su propia máxima, común a todos los santos

y místicos: "Un acto de humildad vale más que cien éxtasis". El mismo San Pedro Fournier le proporcionó otras oportunidades de practicar la virtud.

Actualmente se reconoce a la beata el título de cofundadora de las Canonesas de Nuestra Señora. No así durante su vida, y San Pedro Fournier era el primero en negarle ese título "para mantenerla en su lugar". Es probable que el santo haya temido por ella, puesto que Alix debía parecerle muy imaginativa en comparación con su temperamento sólido y cauteloso.

En 1621, Alix obtuvo permiso de renunciar al cargo de superiora local de Nancy, y entró en un corto período de extraordinaria paz, que fue el preludio de su muerte. Estaba enferma desde tiempo atrás. Los médicos la declararon incurable, diagnóstico que desconsoló a todo Nancy, desde el duque y la duquesa de Lorena hasta las colegialas y los mendigos. San Pedro Fournier acudió a toda prisa a Nancy, pero no pudo penetrar en la clausura, hasta que el obispo le autorizó a ello. La oyó en confesión y la preparó para el paso "de la muerte a la vida". La beata se despidió solemnemente de la comunidad el día de la Epifanía, exhortando a sus religiosas al amor y la unión. En fin llegó el 9 de enero, después de una larga agonía. La beata no había cumplido aún los cuarenta y seis años.

Todos la aclamaron como santa, e inmediatamente empezaron a recogerse testimonios para introducir su causa; pero la guerra impidió llevar adelante el proceso, y Alix Le Clerq no fue beatificada sino hasta 1947. El convento de Nancy fue saqueado durante la Revolución, y se dice que el cuerpo de Alix fue quemado a toda prisa para evitar una profanación. Lo cierto es que, todos los esfuerzos para recuperarlo han resultado infructuosos. Su humildad debe complacerse en ello en el cielo, ya que en la tierra se esforzó tanto por ocultar sus obras de caridad y sus visiones. Sólo en la humildad y obediencia encontraba reposo, enseñando el abecedario y las operaciones elementales de aritmética a las niñas de Nancy. Esto no obstante, en las largas dificultades e incertidumbres que precedieron a la organización de la congregación, la beata demostró gran firmeza de resolución y fue siempre una excelente superiora. Sin embargo, como lo hace notar el historiador protestante Pfister, "cuando la nombraron superiora de Nancy, sólo tenía una ambición: la de entregarse como la más humilde de las hermanas a la enseñanza de las primeras letras en las clases más bajas". La madre Angélica Milly ha trazado el mejor retrato de Alix, al decirnos: "era un alma silenciosa".

●

En 1666, el convento de Nancy publicó una vida de Alix Le Clercq, que es en realidad una colección de valiosos documentos sobre la beata. El obispo de Saint-Dié introdujo, en 1885, la causa de beatificación, basándose en un ejemplar de esa biografía, que había caído en manos del conde Gandélet. La primera biografía propiamente dicha fue publicada en Nancy, en 1773; existe el manuscrito de otra, escrita en 1766; en 1858 vio la luz otra biografía, y a partir de entonces se han multiplicado los libros sobre la beata. La obra del canónigo Edmond Renard, *La Mère Alix Le Clercq* (1935), es la mejor biografía moderna, tanto desde el punto de vista de crítica, como de estilo. Hay que mencionar también las vidas de San Pedro Fournier, escritas por Bedel (1645), Dom Vuillemin (1897), y el P. Rogie; ésta última es la mejor. El autor del prefacio de la biografía inglesa de la Beata Alix, habla de los excelentes métodos de educación empleados por las canonesas. San Pedro Fourier enseñaba la pedagogía a sus religiosas; en el artículo a él consagrado en este libro (9 de diciembre) se hace mención de sus ideas pedagógicas. La fiesta de la Beata Alix se celebra el 22 de octubre.

10: SAN MARCIANO (471 P.C.)

MARCIANO nació en Constantinopla, donde pasó toda su vida, en el seno de una familia emparentada con la del emperador Teodosio. Se entregó al servicio de Dios desde su niñez, y a escondidas repartía grandes sumas de dinero entre los pobres. Hacia el año 455, el patriarca Anatolio, sin hacer caso de las protestas que su humildad dictaba a Marciano, le ordenó sacerdote. Marciano se sintió con ello más obligado todavía a buscar la perfección; así pues, sin abandonar su ocupación favorita que consistía en instruir a los pobres, redobló sus esfuerzos por socorrerlos en sus necesidades materiales y se impuso enormes penitencias. Quienes veían en su ejemplo una constante censura, tomaron pretexto de su austeridad para acusarle de novacianismo; pero la mansedumbre del santo triunfó a la larga de todas las críticas y la persecución sirvió para purificar aún más su alma. Cuando la tempestad se disipó, su virtud brilló esplendorosamente, y el patriarca Genadio lo elevó a la dignidad de "Oikónomos", con gran aplauso del clero y el pueblo. San Marciano construyó y restauró muchas iglesias de Constantinopla, en particular la de la Anástasis. Los milagros que realizó antes y después de su muerte, le hicieron famoso. Murió probablemente el año 471. Algunos autores le consideran como escritor de himnos litúrgicos.

Tanto el Martirologio Romano como el Menaion griego, honran a nuestro santo. Ver la antigua biografía anónima, en Surio y en *Acta Sanctorum,* 10 de enero. Cf. también DCB., vol. III, p. 185; y K. Krumbacher, *Geschichte der Byzantinischen Literatur* p. 663.

SAN JUAN EL BUENO, OBISPO DE MILÁN (660 P.C.)

LA SEDE de la importante diócesis de Liguria había sido transladada de Milán a Génova, a principios del siglo VII. San Juan Camilo, el Bueno, la restituyó a Milán. Sabemos que nuestro santo fue un gran defensor de la ortodoxia contra los monotelitas, y que tomó parte en el Concilio de Letrán, en 649. A estos datos se reducen las noticias que poseemos sobre él. El Martirologio Romano le conmemora el día de hoy. Su culto no parece haberse extendido sino en el siglo XII, cuando el arzobispo Ariberto descubrió sus reliquias. San Carlos Borromeo las transladó en 1582. San Juan murió probablemente el 3 de enero del año 660.

Ver *Acta Sanctorum,* 10 de enero; y *Analecta Bollandiana,* vol. XV (1896), p. 357. Cf. P. Olcese, *Biografía di S. Giovanni Bono* (1894).

SAN AGATON, PAPA (681 P.C.)

SAN AGATÓN, que había nacido en Sicilia de una familia griega, se distinguió por la bondad y dulzura de su temperamento. Antes de hacerse monje en Palermo, había estado casado y dedicado a los negocios, durante veinte años. Era tesorero de la Iglesia en Roma, cuando sucedió a Dono en el Pontificado, el año 678. Sus tres legados presidieron el sexto Concilio Ecuménico (tercero de Constantinopla) contra la herejía monotelita, que él mismo refutó en una erudita carta, haciendo alusión a la tradición apostólica de la Iglesia de Roma: "Reconoced —decía— que la Iglesia católica es la madre de todas las Iglesias, y

que su autoridad proviene de San Pedro, el Príncipe de los Apóstoles, a quien Cristo confió su rebaño y prometió la infalibilidad en la fe". El Concilio de Constantinopla aprobó esta carta como regla de fe, diciendo que "Pedro había hablado por boca de Agatón". El mismo Pontífice restituyó a San Wilfrido a la diócesis de York y concedió privilegios a muchos monasterios de Inglaterra. La terrible peste que devastó Roma en aquella época parece haber sido la causa, por lo menos indirecta, de su muerte ocurrida en 681.

San Agatón vivió en un período muy agitado. La razón que alegaba para explicar lo mal que hablaban el griego sus legados al Concilio de Constantinopla, era que no podían aprenderse las gracias del lenguaje durante las incursiones de los bárbaros, pues ya era difícil ganar simplemente el diario sustento con el trabajo manual. Sin embargo —añadía— "preservamos la fe que nuestros padres nos han dejado". Sus legados repetían lo mismo: "Nuestras ciudades han sido devastadas por el furor de los bárbaros. Vivimos en medio de batallas, incursiones y saqueos. Estamos en alarma continua y ganamos el pan con el trabajo de nuestras manos". Agatón murió antes de que terminara el Concilio.

Ver *Acta Sanctorum*, 10 de enero, y sobre todo Duchesne, *Liber Pontificalis*, vol. I, pp. 350-358; cf. Mann, *Lives of the Popes*, vol. II, pp. 23-48.

SAN PEDRO ORSEOLO (987 P.C.)

LA VOCACIÓN de San Pedro Orséolo o Urséolo es una de las más extrañas que registra la historia eclesiástica. Nacido de una distinguida familia veneciana, el año 928, parece haber sido nombrado, a los veinte años, comandante en jefe de la flota de Venecia. En el desempeño de su oficio, realizó una victoriosa campaña contra los piratas que infestaban el Adriático. Es imposible determinar hasta qué punto estuvo envuelto Pedro en la insurrección popular del año 976, que culminó en el asesinato del *duce* Pedro Candiani IV y en el incendio de una gran parte de la ciudad. El testimonio de San Pedro Damiano, que atribuye la responsabilidad a Pedro Orséolo, está sujeto a reservas. En todo caso, lo cierto es que Orséolo fue elegido para suceder a Candiani, y las principales autoridades de la actualidad alaban la energía y el tacto que desplegó durante su breve administración. "Era un hombre santo, pero poseía, como todos los de su raza, las grandes cualidades de jefe de Estado que encontramos en quienes le precedieron en el trono ducal. Su primer cuidado fue reparar los daños causados por el incendio. Emprendió la construcción de un palacio y de una iglesia, y renovó los tratados con Istria. Pero el principal servicio que rindió a su Estado fue el arreglo con Gualdrada, la esposa de Pedro Candiani . . . Gracias a ello, Gualdrada retiró todas sus acusaciones contra Venecia". Las quejas de Gualdrada habían provocado una gran crisis, que desapareció con el arreglo.

Y entonces aconteció lo inesperado: en la noche del 1º de septiembre de 978, Pedro de Orséolo partió secretamente de Venecia y se refugió en la abadía benedictina de Cuxa, en el Rosellón, entre España y Francia. Según parece, su esposa, con quien había estado casado treinta y dos años, y su hijo, que un día sería *duce* de Venecia, vivieron largo tiempo sin saber de él. Sin embargo, la resolución de Pedro no debió ser tan inesperada como parece; hay razones para creer que él y su esposa habían vivido como hermano y hermana, desde el nacimiento de su único hijo, y hay quien sostiene que una carta de Raterio a Pe-

dro demuestra que éste pensaba ya en la vida religiosa en el año 968. En todo caso, está fuera de duda que Orséolo llevó en Cuxa una vida de intenso ascetismo y abnegación, bajo la dirección del santo abad Guarino. Más tarde, deseoso de mayor soledad, se construyó una ermita, probablemente por consejo de San Romualdo, quien fue el gran propagador de esta forma particular de la vocación benedictina. San Pedro murió el año 987. Se dice que en su tumba se obraron grandes milagros.

Ver Mabillon, vol. v, pp. 851 ss; Tolra, *Saint Pierre Orseolo* (1897); *Analecta Bollandiana*, vol. XVII (1898), p. 252; BHL., n. 986. Cf. H.F. Brown, en *Cambridge Mediaeval History*, vol. IV, p. 403, citado en el artículo.

SAN GUILLERMO, OBISPO DE BOURGES (1209 P.C.)

GUILLERMO de Donjeon, que pertenecía a una ilustre familia de Nevers, fue educado por su tío Pedro, archidiácono de Soissons. Muy joven fue hecho canónigo, primero de Soissons y luego de París. Pero pronto decidió abandonar totalmente el mundo, y se retiró a la soledad en la abadía de Grandmont. Ahí vivió con gran regularidad la vida de esa austera orden, hasta que una disputa entre los monjes de coro y los otros turbó la paz. Guillermo pasó entonces a la orden cisterciense, que se distinguía por su fama de santidad. Tomó el hábito en la abadía de Pontigny. Poco después fue elegido abad, primero de Fontaine-Jean, en la diócesis de Sens, y después, del monasterio de Châlis, mucho más importante, que había sido construido por Luis el Gordo, en 1136. San Guillermo se consideró siempre como el último de los monjes. La mansedumbre de su palabra daba testimonio del gozo y la paz de su alma. La virtud era atractiva en él, a pesar de sus crueles austeridades.

A la muerte de Enrique de Sully, arzobispo de Bourges, el clero de la ciudad pidió a Eudo, obispo de París, que le ayudase a elegir un pastor. Como todos querían a un abad del Cister, depositaron sobre el altar el nombre de tres abades. Esta elección por sorteo hubiera sido una superstición, si los electores hubieran esperado un milagro. En realidad era muy razonable, ya que todas las personas propuestas para el cargo parecían igualmente dotadas, y se encomendaba la elección a Dios, poniendo toda la confianza en su Providencia ordinaria. Después de haber orado, Eudo leyó el nombre de Guillermo, a quien, por otra parte, habían favorecido casi todos los votos de los presentes. Era el 23 de noviembre del año 1200. La noticia abrumó a Guillermo, quien jamás hubiera aceptado el cargo, si el Papa Inocencio III y el abad de Cîteaux, no se lo hubieran mandado. Guillermo abandonó la soledad con lágrimas en los ojos, y fue consagrado poco después.

El primer cuidado de San Guillermo fue elevar su vida interior y exterior a la altura de su dignidad, pues estaba persuadido de que el primer deber de un hombre es honrar a Dios en su corazón. Redobló, pues sus penitencias, diciendo que su cargo le obligaba a sacrificarse por los otros tanto o más, que por sí mismo. Bajo el hábito religioso llevaba una áspera camisa, y ni en el invierno, ni en el verano, cambiaba de manera de vestir. Jamás comía carne, aunque sus huéspedes encontraban buena mesa en su casa. No menos digna de encomio era su solicitud por su rebaño. Se preocupaba especialmente por los pobres, a quienes prestaba socorro espiritual y material, pues decía que Dios le había

enviado sobre todo para ellos. Era muy indulgente con los pecadores arrepentidos; en cambio se mostraba inflexible con los impenitentes, aunque nunca invocó contra ellos el poder civil, como se acostumbraba entonces. Tal actitud le ganó más de una conversión. Algunos nobles, abusando de su bondad, usurparon los derechos de su iglesia; pero Guillermo no se amilanó ante la amenaza de confiscación de bienes y llevó el caso ante el rey. Su humildad y paciencia triunfaron en varias ocasiones de la oposición de su capítulo y su clero. Guillermo convirtió a muchos albigenses, y su última enfermedad le sorprendió cuando estaba preparando una misión para esos herejes. A pesar de su padecimiento, decidió predicar un sermón de despedida. Esto hizo que la fiebre aumentara y que Guillermo tuviese que posponer su viaje. La noche siguiente, previendo que se acercaba el fin, Guillermo insistió en adelantar el canto de los nocturnos, que tiene lugar a medianoche; pero, habiendo trazado sobre sus labios la señal de la cruz, sólo pudo pronunciar las dos primeras palabras. Entonces dio la señal a los presentes de que le colocaran sobre un lecho de ceniza, y murió al amancer del 10 de enero de 1209. Su cuerpo fue sepultado en la catedral de Bourges. En 1217, después de numerosos milagros, sus restos fueron depositados en un relicario. El Papa Honorio III le canonizó al año siguiente.

Ver *Acta Sanctorum*, 10 de enero, y *Analecta Bollandiana*, vol. III (1884), pp. 271-361; BHL., nn. 1283-1284.

BEATO GREGORIO X, PAPA (1276 P.C.)

TEOBALDO VISCONTI pertenecía a una ilustre familia italiana y nació en Piacenza, en 1210. En su juventud se distinguió por su virtud y sus éxitos en los estudios. En Italia, en París y en Lieja, estudió el Derecho Canónico. Era archidiácono de Lieja, cuando recibió del Papa Clemente IV la orden de predicar la Cruzada. Movido a compasión por los fieles de Palestina, Teobaldo emprendió una peligrosa peregrinación a los Santos Lugares, donde se hallaba entonces el príncipe Eduardo de Inglaterra. La Sede de Roma había estado vacante durante tres años, desde la muerte de Clemente IV, acaecida en noviembre de 1268, porque los cardenales reunidos en Viterbo no podían ponerse de acuerdo sobre el nuevo Pontífice. Finalmente convinieron en delegar el poder electoral en un comité de seis cardenales, los cuales eligieron a Teobaldo Visconti, el 1º de septiembre de 1271.

A su llegada a Roma, en marzo, fue ordenado sacerdote; después consagrado obispo, y finalmente coronado el 27 del mismo mes, en 1272. Tomó el nombre de Gregorio X. Para organizar el rescate de la Tierra Santa, convocó a un Concilio Ecuménico en Lyon, que se abrió en mayo de 1274. Era el décimo cuarto Concilio Ecuménico y el segundo de Lyon. Entre los asistentes se contaban San Alberto el Grande y San Felipe Benizi. Santo Tomás de Aquino murió cuando se dirigía al Concilio, y San Buenaventura entregó su alma a Dios, durante él. En la cuarta sesión, los representantes del emperador y del patriarca de oriente restablecieron la comunión entre la Iglesia bizantina y la Santa Sede. Las crónicas relatan que el Papa Gregorio no pudo contener las lágrimas durante el canto del "Te Deum". Desgraciadamente, la reconciliación había de durar muy poco tiempo.

Después del Concilio, el Papa se consagró en cuerpo y alma a poner en práctica los decretos, especialmente los que se referían a la Cruzada de oriente, la que, sin embargo, no se llevó al cabo. El desgaste de energías en el Concilio y las fatigas de la vuelta a Roma, a través de los Alpes, acabaron con la salud del Papa, que murió en Arezzo, el 10 de enero de 1276. El Papa Benedicto XIV introdujo el nombre de Gregorio X en el Martirologio Romano. Gregorio X se había distinguido por la santidad de una vida que de haberse prolongado más habría dejado una profunda huella en la Iglesia.

La narración de su vida y milagros en los archivos del tribunal de la Rota se encuentra en Benedicto XIV, *De canoniz.*, lib. II, apéndice 8. Ver también su biografía, copiada de la historia de algunos Papas por Bernard Guidonis y publicada por Muratori, *Scriptor. Ital.*, vol. III, p. 597. Otra biografía, escrita antes de 1297, menciona las curaciones milagrosas obradas por el beato (*ibid.* pp. 599, 604). Naturalmente existe en la actualidad una abundante bibliografía sobre Gregorio X, especialmente por lo que toca a su política y a su participación en la elección del emperador Rodolfo de Habsburgo. Baste con mencionar las obras de Zisterer, Otto y Reddlich. Jean Guiraud editó las *Regesta* de Gregorio X.

11: SAN HIGINIO, Papa (*c.* 142 p.c.)

El Martirologio Romano incluye a San Higinio en el número de los mártires, pero no existe ninguna prueba de su martirio. El *Liber Pontificalis* nos dice que era griego de nacimiento. La afirmación de que era filósofo se debe probablemente a una confusión con otro Higinio. Eusebio nos informa que el predecesor de este Papa murió durante el primer año del reinado del emperador Antonino Pío, lo cual significa, probablemente, que el pontificado de Higinio se extendió del año 138 al 142. San Ireneo relata que en esa época, los heresiarcas Valentino y Cerdo se hallaban en Roma y que produjeron gran agitación en la Iglesia, pero ignoramos las proporciones que tal agitación había tomado cuando Higinio murió.

Ver Duchesne, *Liber Pontificalis*, vol. I, p. 131; y *Acta Sanctorum*, 11 de enero.

SAN LEUCIO, Obispo y Confesor (¿Siglo II? p.c.)

Todo es legendario en la vida de este santo. Se le presenta como nacido en Alejandría, donde fue educado en el cristianismo, y había realizado toda una serie de prodigios. Habiéndose trasladado a Italia meridional, fue ordenado sacerdote, y consiguió numerosas conversiones. Fundó la Iglesia de Brindisi, de la que fue el primer obispo. Se le atribuye la construcción de una iglesia dedicada a la Virgen María y a San Juan Bautista.

Después de una larga sequía, obtuvo con sus oraciones una lluvia repentina y abundante, cosa que determinó la conversión de un gran número de idólatras.

La presencia de su nombre el día 11 de enero en el Martirologio Romano, se debe a que un tal Leucio, confesor, figura en esta misma fecha en el Martirologio Jeronimiano.

En los siglos sucesivos, hubo una iglesia en Brindisi dedicada a San Leucio. Después, un reparto de sus reliquias entre Brindisi y Trani. En el siglo IV se

consigna, en la vecindad de Roma, una iglesia dedicada a San Leucio y que poseía parte de sus reliquias; éstas fueron robadas y San Gregorio el Grande consiguió que vinieran otras de Brindisi, como lo testifica una de sus cartas.

Mon. Germ. hist. Gregorii I Magni papae registrum epistolarum, ep. LXXIII, l. IX, vol. II, p. 344. *Vies des Saints et des Bienhereux sélon l'ordre du calendrier avec l'historique des fêtes* por los RR.PP. Baudot et Chaussin, O.S.B.

SAN PALEMON, Eremita (¿330? p.c.)

Nos son conocidos algunos detalles concernientes a la vida de Palemón, gracias, sobre todo, a su ilustre discípulo Pacomio.

Palemón fue uno de los primeros anacoretas de la Tebaida. Vivía retirado en el desierto desde hacía un buen número de años, cuando Pacomio fue a buscarle y a pedirle que le recibiera como discípulo. El viejo ermitaño respondió que la empresa era muy ardua y que muchos no habían podido llevarla a buen fin. Al mismo tiempo, le hizo una descripción de sus austeridades y terminó diciendo: "No vas a poder resistir. Primero vete a trabajar y mortifícate en un monasterio y luego volverás". Sin embargo, Pacomio insistió y Palemón consintió en recibirlo.

Después de muchos años, el discípulo dio parte a su viejo maestro de las empresas de fundación que Dios le inspiraba. Convinieron en no separarse, aunque en realidad, Palemón guardó su soledad y sus austeridades.

Por otra parte, no tardó en caer enfermo. Pacomio regresó de Tabena para asistirle y para enterrarle, después de haber visto que los ángeles llevaban su alma al cielo.

La muerte de Palemón sucedió probablemente hacia el 330. Su nombre está escrito en el Martirologio Romano, el día 11 de enero.

Ver la *Vida de San Pacomio* y el *Estudio sobre el cenobitismo pacomiano*, vol. I, (1898), de P. Ladauze.

SANTA HONORATA, Virgen (500 p.c.)

Honorata, la cuarta hermana de Epifanio, obispo de Pavía, vivió en el siglo V. Los nombres simbólicos de las tres primeras eran Especiosa, Luminosa y Liberata.

Epifanio, siendo obispo de Pavía, tuvo que cumplir una misión ante el emperador Antemio y marchó a Roma. A su regreso, consagró a Dios a su hermana más joven, Honorata, confiándola a los cuidados de Luminosa (tal vez otra Luminosa), que vivía en el monasterio de San Vicente de Pavía, fuera de la puerta palatina.

Algunos años más tarde, en 476, el rey de los godos, Odoacro, se apoderó de la ciudad y la entregó al pillaje. Luminosa y Honorata se encontraron en el número de las cautivas. Epifanio tuvo que rescatarlas junto con otros muchos prisioneros. Luminosa no tardó en morir y Honorata, que la sobrevivió, pasó los últimos años de su vida, practicando las buenas obras. A su muerte, fue enterrada en la iglesia de San Vicente.

En el siglo IX, con ocasión del traslado de su cuerpo, ocurrieron muchos milagros. El día 11 de enero es el aniversario de esta traslación. El nombre de

Honorata figura en esta fecha en el Martirologio Romano; un nombre igual se encuentra también el día 17 de abril.

Acta Sanctorum, 11 de enero. Para la *Vida de San Epifanio,* de Ennodio, que da estos detalles, ver el *Corpus scriptorum, ecclesiasticorum,* Viena, vol. VI, p. 350.

SAN TEODOSIO EL CENOBIARCA (529 P.C.)

SAN TEODOSIO nació en Gariso de Capadocia (incorrectamente llamado también Mogariso), el año 423. Había sido ya ordenado lector, cuando el ejemplo de Abraham le movió a abandonar patria y familia, como el patriarca. Emprendió, pues, el viaje a Jerusalén; pero en el camino se desvió para visitar a San Simeón el Estilita, quien le predijo muchas cosas de su vida futura y le dio algunos consejos. Tras de satisfacer su devoción visitando los Santos Lugares, Teodosio empezó a reflexionar en qué forma debía consagrarse a Dios. Los peligros que traía consigo el vivir sin director espiritual le indujeron a escoger la vida monástica. Así pues, se puso bajo la dirección de un hombre de Dios llamado Longino, quien concibió pronto un gran afecto por su discípulo. Como una dama hubiese construido una iglesia en el camino de Belén, Longino no pudo negarse a su petición de que Teodosio se encargara de asegurar el culto; pero tuvo necesidad de imponer esta obligación por precepto de santa obediencia a su discípulo, para que éste aceptara el cargo. Por lo demás, dicho cargo no duró mucho tiempo, pues Teodosio se retiró a una cueva en la cumbre de un monte vecino.

Pronto empezaron a reunírsele numerosos compañeros que querían servir a Dios bajo su dirección. Teodosio decidió, al principio, no admitir más que siete u ocho, pero al poco tiempo tuvo que aumentar el número, y finalmente determinó no rechazar a ningún aspirante cuyas disposiciones fuesen sinceras. La primera lección que dio a sus compañeros fue la de mostrarles un gran foso que había excavado en los alrededores, y que habría de servir de sepultura común, para recordarles que debían aprender a morir a sí mismos constantemente. Un día, el abad dijo a la comunidad: "La sepultura está preparada. ¿Quién va a ser el primero en ocuparla? Un sacerdote llamado Basilio se arrodilló y dijo a Teodosio: "Permíteme que sea yo el primero, pero dame antes tu bendición". El abad ordenó que se rezaran por Basilio las oraciones de los moribundos, y éste murió cuatro días después, sin haber estado enfermo.

Un día de Pascua, los monjes, que eran ya doce, no tenían nada que comer, ni siquiera pan para celebrar la misa. Algunos empezaron a murmurar, pero el santo los exhortó a tener confianza en la Providencia de Dios. Poco después llegó al monasterio una recua de mulas cargada con alimentos. Como la santidad y los milagros de Teodosio atrajeran un gran número de aspirantes a la vida religiosa, el monasterio empezó a resultar demasiado pequeño. Teodosio construyó entonces otro más grande, en un sitio llamado Catismo, cerca de Belén. Construyó asimismo en los alrededores tres hospitales: uno para los enfermos; otro para los ancianos y los débiles, y el tercero para los que habían perdido la razón. Debe observarse que en aquella época la pérdida de la razón se atribuía a la posesión diabólica; pero en la mayoría de los casos se debía simplemente a extravagantes excesos en la práctica del ascetismo. En estos hospitales, las gentes del lugar encontraban generoso socorro material y espiri-

tual. La hospitalidad era tan amplia que, según cuentan las crónicas, Teodosio recibió en un solo día a más de cien huéspedes en los albergues que había fundado. Cuando la comida era insuficiente para tanta gente, las oraciones de Teodosio la multiplicaban.

El monasterio era una especie de ciudad de santos en medio del desierto. La regularidad, el silencio y la caridad reinaban en él. Cuatro iglesias dependían del monasterio: una para cada una de las tres principales nacionalidades de los monjes, que hablaban idiomas diferentes, y la cuarta para los que hacían penitencia por sus pecados y para los lunáticos que estaban en vías de curación. La comunidad se dividía en tres nacionalidades principales: la de los griegos, que constituían el contingente más numeroso y provenían de todas las provincias del Imperio; la de los armenios, entre los que se contaban los árabes y los persas; finalmente la de los besas, que comprendía a todos los monjes de lengua eslava y a los originarios de las regiones vecinas de la Tracia. Cada nación cantaba en su propia iglesia la primera parte de la liturgia eucarística, hasta el Evangelio; en seguida se reunían todos en la iglesia de los griegos, donde celebraban en griego la parte principal de la liturgia y comulgaban juntos. Los monjes pasaban gran parte del día y de la noche en la iglesia. Fuera de las horas de oración y de descanso, estaban obligados a ejecutar algún trabajo manual que no fuese incompatible con el recogimiento y ayudase a mantener la despensa abastecida. Salustio, patriarca de Jerusalén, nombró a San Sabas superior de los eremitas y a San Teodosio superior de los monjes que vivían en comunidad en toda Palestina; por ello se dio a nuestro santo el nombre de cenobiarca. Una gran amistad unía a los dos siervos de Dios, y el tiempo iba a unirles en sus sufrimientos por la Iglesia.

El emperador Anastasio favorecía la herejía de Eutiques y empleó cuantos medios estuvieron a su alcance para ganarse a San Teodosio. El año 513 depuso a Elías, patriarca de Jerusalén, y ya antes había desterrado de Antioquía a Flaviano II para poner a Severo a la cabeza de su sede. Teodosio y Sabas defendieron valerosamente los derechos de Elías y de su sucesor Juan. Esto movió a los agentes imperiales a tratar de ganarles a su causa, en vista de la gran autoridad que les daba su santidad. Poco después, el emperador envió a Teodosio una fuerte suma de dinero, aparentemente para que la empleara en sus obras de caridad, pero en realidad para conquistar su apoyo. El santo aceptó el dinero y lo distribuyó entre los pobres. Anastasio, creyendo que con ello se había ya ganado la voluntad del santo, le envió para que la firmara una profesión de fe herética que confundía en una sola las dos naturalezas de Cristo. San Teodosio le contestó con una carta llena de espíritu apostólico, que aplacó al emperador por un tiempo; pero pronto renovó éste sus edictos persecutorios contra los ortodoxos y despachó a sus tropas para que los hicieran ejecutar. Al saberlo, Teodosio emprendió un viaje por toda Palestina, exhortando a los cristianos a permanecer fieles a las enseñanzas de los cuatro concilios ecuménicos. En Jerusalén gritó desde el púlpito: "Quien no tiene las enseñanzas de los cuatro concilios ecuménicos en tanta estima como los cuatro Evangelios, merece la muerte eterna". Estas valientes palabras devolvieron el ánimo a los cristianos aterrorizados por los edictos imperiales. Los sermones de Teodosio producían efectos maravillosos y Dios confirmaba su celo con milagros sorprendentes. Por ejemplo, una mujer que sufría de tumores quedó instantáneamente curada con sólo tocar sus vestiduras. El emperador decidió finalmente desterrar

a Teodosio; pero Anastasio murió poco después, y su sucesor, Justino, hizo volver al santo del exilio.

En los últimos años de su vida, Teodosio fue atacado por una penosa enfermedad, en la que dio pruebas de paciencia heroica y de sumisión absoluta a la voluntad de Dios. Como un testigo de sus sufrimientos le rogara que orase para que Dios le diese algún alivio, el santo se negó a hacerlo, diciéndole que eso constituiría una falta de paciencia. Cuando Teodosio comprendió que se acercaba el fin, dirigió a sus discípulos una última exhortación y predijo muchas cosas que debían acaecer después de su muerte. El santo cenobita entregó su alma a Dios en 529, a los ciento cinco años de edad. El patriarca de Jerusalén, Pedro, y toda la ciudad, asistieron a sus funerales, en los que se realizaron varios milagros. El santo fue sepultado en la primera celda que había ocupado, llamada cueva de los Magos, porque la tradición afirmaba que en ella se habían albergado los gentiles que fueron a adorar al Señor en Belén.

Existen dos fuentes principales sobre la vida de San Teodosio: la primera es la biografía escrita por uno de sus discípulos, el obispo de Petra; la segunda es una corta noticia que debemos a la pluma de Cirilo de Escitópolis. H. Usener publicó por primera vez el texto griego de ambas biografías: *Der heilige Theodosius* (1890). A este material crítico, K. Krumbacher hizo una importante aportación en el *Sitzungsberichte* de la Academia de Munich (1892), pp. 220-379 Cf. también *Byzantinische Zeitschrift* (1897), vol. VI, pp. 357 ss.; *Acta Sanctorum*, 11 de enero; y E. Schwartz, *Kyrillos von Skythopolis*" (1939), por lo que se refiere al texto de la biografía corta.

SAN SALVIO, Obispo de Amiens (*c.* 625 p.c.)

Salvio, que fue famoso por sus milagros, sucedió a Ado en la sede de Amiens, durante el reinado de Teodorico II. Sus reliquias fueron primeramente veneradas en la abadía benedictina de su nombre, en Montreuil de Picardía, a donde habían sido transladadas de la catedral de Amiens, algunos años después de su muerte. Estos datos provienen de una vida anónima, sin ningún valor crítico, que, como lo demuestra Duchesne, no es más que una copia de la biografía de otro San Salvio de Albi, escrita por Gregorio de Tours. Antiguamente se conservaba en la catedral de Canterbury una reliquia del santo. No hay que confundir a este obispo de Amiens con el San Salvio de Albini, con el santo africano del mismo nombre, en cuya festividad San Agustín pronunció un sermón. El Martirologio Romano pone a nuestro santo en la lista de los mártires, pero no hay ninguna razón para hacerlo así, como lo demostró hace casi tres siglos el P. Bolando.

Ver *Acta Sanctorum*, 11 de enero; Duchesne, *Fastes Episcopaux;* Corblet, *Hagiographie d'Amiens*, vol. III, pp. 463 ss.

12: SAN ARCADIO, Mártir (¿304? p.c.)

LAS actas de este santo no mencionan la fecha de su martirio. Algunos autores lo sitúan en el reinado de Valeriano, otros en el de Diocleciano. Parece que el martirio tuvo lugar en alguna ciudad de la Mauritania, probablemente en Cesarea, la capital. La persecución estaba en todo su furor; los soldados irrumpían en las casas a la menor sospecha; si encontraban cristianos, los maltra-

taban sin esperar la sentencia del juez. Cada día se cometían nuevos sacrilegios; los fieles se veían obligados a asistir a los sacrificios paganos, a transportar por las calles las víctimas coronadas de flores y a quemar incienso ante los ídolos. En tan terribles circunstancias, Arcadio se retiró a la soledad; pero su fuga no permaneció oculta mucho tiempo. El gobernador de la ciudad, al saber que no se había presentado a los sacrificios públicos, envió un piquete de soldados a buscarle en su casa; éstos tomaron preso a un pariente de Arcadio, y el gobernador ordenó que le guardaran como rehén, hasta que el prófugo se presentara.

Al saberlo, nuestro mártir volvió a la ciudad y se entregó al juez, diciendo: "Librad de las cadenas a mi pariente, pues yo he venido a rendir cuentas de mi persona y a declararos que él ingoraba dónde estaba yo escondido". El juez le respondió: "No sólo estoy dispuesto a perdonar a tu pariente sino también a ti, a condición de que sacrifiques a los dioses". Arcadio se rehusó a ello, y el juez dijo a los verdugos: "Tomadle y hacedle desear la muerte. Cortadle los miembros parte por parte; tan lentamente, que comprenda este villano lo que significa abandonar a los dioses de sus padres por una divinidad desconocida". Los verdugos arrastraron a la nueva víctima al sitio donde muchas otras habían ya sufrido por Cristo. Arcadio tendió el cuello, dispuesto a recibir el golpe, pero el verdugo le ordenó que extendiera el brazo, y le fue cortando parte por parte desde los dedos hasta el hombro. Después procedió a ejecutar la misma operación con el otro brazo y con las piernas. El mártir presentó uno por uno los miembros con invencible valor, repitiendo: "Señor, enséñame tu sabiduría', porque los verdugos se habían olvidado de cortarle la lengua. Al fin de la tortura, del cuerpo de Arcadio no quedaba más que el tronco. Viendo el mártir las partes de su cuerpo que yacían a su alrededor, las ofreció a Dios con estas palabras: "Felices de vosotros, miembros míos, que pertenecéis ya a Dios, pues habéis sido sacrificados a causa de Él" Después se volvió hacia el pueblo, diciendo: "Vosotros que habéis presenciado esta sangrienta tragedia, sabed que todos los tormentos son nada en comparación de la corona que me espera. Vuestros dioses son falsos, dejad de adorarles. Aquél, por quien yo sufro, es el único Dios verdadero, y morir por El es vivir". Arcadio murió pronunciando estas palabras, y los paganos se maravillaron de su milagrosa paciencia. Los cristianos recogieron los ensangrentados miembros y les dieron sepultura.

Ver *Acta Sanctorum*, 12 de enero, donde se halla la *pasión* de San Arcadio, así como un panegírico de Zenón de Verona. Aunque Ruinart incluyó la *pasión* de San Arcadio en *Acta sincera*, dicho documento pertenece más bien a la categoría de las novelas históricas. Cf. Delehaye, *Origines du culte des martyrs* (1933), p. 391.

SANTOS TIGRIO Y EUTROPIO, MÁRTIRES (404 P.C.)

LA ÚLTIMA edición del Martirologio Romano hace una larga alabanza de estos mártires en los siguientes términos: "En Constantinopla, la conmemoración de los santos Tigrio, sacerdote, y Eutropio, lector, quienes, en tiempos del emperador Arcadio, habiendo sido acusados falsamente de haber provocado el incendio que consumió la catedral y el senado, como un acto de venganza por el destierro de San Juan Crisóstomo, sufrieron el martirio bajo Optato, prefecto de la ciudad, quien practicaba supersticiosamente la adoración de los

falsos ídolos y era acerbo enemigo de la religión cristiana". Esto parece suponer que los dos santos murieron juntos. En realidad, si bien es seguro que Eutropio, joven de gran apostura y de vida irreprochable, perdió la vida en la brutal tortura a la que ambos fueron condenados, parece que el sacerdote Tigrio sobrevivió a ella. El "Diálogo" comúnmente atribuido a Paladio, nos informa que Tigrio fue después desterrado a Mesopotamia. Tigrio era un eunuco y antiguo esclavo, a quien San Juan Crisóstomo amaba mucho por su bondad y caridad. El objeto de la tortura, en la que, además de la flagelación y el potro, se aplicaron antorchas encendidas a las partes más sensibles del cuerpo de las víctimas, era obtener informaciones sobre los autores del incendio; pero ninguno de los mártires pronunció una sola palabra que pudiese comprometer a otros.

Ver *Acta Sanctorum*, 12 de enero, que cita por extenso los relatos de Sosomeno y Nicéforo Calisto; cf. también DCB., vol. II, pp. 11, 402, y IV, 1027. La alabanza que hacen de los mártires las precedentes ediciones del Martirologio Romano, y aun la misma *editio typica* de 1913, es mucho más corta.

SANTA CESARIA, VIRGEN (*c.* 529 P.C.)

SAN CESARIO, obispo de Arles, fundó hacia el año 512 un gran convento de vírgenes y viudas, y nombró abadesa a su hermana Cesaria. La comunidad contó pronto con doscientos miembros, que se consagraban a toda clase de buenas obras, especialmente a la protección e instrucción de la juventud, al socorro de los pobres y al cuidado de los enfermos. Las religiosas confeccionaban sus propios vestidos y pasaban buena parte de su tiempo en la costura y el tejido, ya que les estaba permitido bordar, lavar y remendar la ropa de personas ajenas al convento. Los ornamentos de la iglesia eran simplemente de lana o de lino, sin bordados. Algunas de las religiosas se ocupaban en la transcripción de libros. Todas estudiaban dos horas diarias, y una de ellas leía a las otras, durante el tiempo de trabajo. La carne estaba prohibida, excepto para las enfermas, y la regla imponía el baño, pero haciendo notar que esto se debía a motivos de higiene y no de placer. Sólo la abadesa y su ayudante estaban exceptuadas de los trabajos domésticos. La clausura era permanente y completa. San Gregorio de Tours califica a la abadesa de "santa y bienaventurada", y Venancio Fortunato habla más de una vez de ella, en sus versos, en términos encomiásticos. Santa Cesaria debió morir hacia el año 529, probablemente el 12 de enero.

Ver *Acta Sanctorum*, 12 de enero, donde pueden leerse las reglas que San Cesario dio a sus religiosas; G. Morin, en *Florilegium Patristicum* (1933), publicó una edición crítica. Cf. su artículo en *Revue Bénédictine*, vol. XLIV (1932), pp. 5-20. Cesario legó casi todas sus propiedades a ese convento.

SAN VICTORIANO, ABAD (558 P.C.)

SI BIEN la existencia histórica de San Victoriano se prestaba a dudas, la cuestión quedó zanjada en 1900, con la publicación que hizo Hübner de una inscripción. Victoriano parece haber nacido en Italia y vivido algún tiempo en Francia. Lo que es seguro es que fue abad de Asán, en Aragón, donde dirigió muchos años una vigorosa y devota comunidad. Unos treinta o cuarenta años después de su muerte, Venancio Fortunato escribió un epitafio en el que alaba

sus virtudes, sus milagros y su gran fama de maestro de la observancia monástica. Ha llegado hasta nosotros una biografía latina que data probablemente del siglo VIII, o poco después. Está ya probado que San Victoriano murió en 558.

Ver *Acta Sanctorum*, 12 de enero; Venancio Fortunato, *Carmina*, (IV, 11), y sobre todo, Fita, *Boletín de la real Academia de la Historia* (1900), vol. XXXVII, pp. 491 ss.

SAN ANTONIO PUCCI (1892 P.C.)

AUNQUE miembro de la Congregación de los Siervos de María, este santo pasó casi toda su vida y se santificó como sacerdote en una parroquia. Había nacido de una familia de campesinos en Poggiole, cerca de Pistoia, en 1819. Fue el segundo de siete hijos y recibió el nombre de Eustasio. Desde niño se distinguió por su bondad, su laboriosidad y su deseo de servir, especialmente en la iglesia parroquial de la que su padre era sacristán. Sin embargo, cuando se confirmó la vocación de Eustasio a la vida religiosa, a raíz de una peregrinación al santuario de Nuestra Señora de Bocca, su padre y su madre se opusieron a ello, pues era el mayor de los hijos varones. Así pues, Eustasio no pudo ingresar en la congregación de los servitas, sino hasta los dieciocho años, en 1837. Al entrar en el priorato de la Asunción, en Florencia, Eustasio tomó el nombre de Antonio María.

Durante sus primeros años de vida religiosa, el hermano Antonio dio muestras de la franqueza y la tenacidad para vencer las dificultades que habrían de distinguirle toda su vida. La oración y la obediencia eran su primera preocupación, y en seguida los estudios. Fue ordenado sacerdote en 1843 y, menos de un año después, fue nombrado vicario de la iglesia de San Andrés, en Viareggio. En 1847, cuando sólo tenía veintiocho años, fue elevado a párroco de la misma iglesia. En Viareggio puerto de pescar con un astillero, pero sobre todo, un sitio de veraneo, debía vivir hasta su muerte el P. Antonio.

Los fieles llamaban a su párroco "Il curatino", algo así como "nuestro señor curita", para demostrar, a la vez, su cariño y su respeto por él. San Antonio parece haberse adelantado a su tiempo en lo que se refiere a la organización parroquial; pero jamás perdió de vista que las cosas son sólo medios para un fin, y que el fin de la vida es la caridad. Tampoco olvidó que el pastor debe ser el ejemplo de su rebaño. Antonio era el padre y el siervo de todos; los enfermos, los ancianos, los pobres; todos los que sufrían en alguna forma acudían a él, buscando la ayuda que les daba sin reservas. Su olvido de sí mismo se manifestó, sobre todo, durante las epidemias de 1854 y 1866. Uno de los frutos de la predilección del P. Antonio por los niños, fue la creación de un orfanatorio junto al mar, cosa poco común en aquella época. Gran parte de sus energías y de su ingenio estuvieron consagradas a la instrucción de los niños. Acostumbraba decir que el hogar debe completar la educación, iniciada en la iglesia y en la escuela. Su celo no se limitaba a su parroquia. Su entusiasmo por la conversión de los infieles le impulsó a ser, en Italia, uno de los primeros y más ardientes propagandistas de la obra de la Santa Infancia.

San Antonio Pucci murió el 14 de enero de 1892, a los sententa y tres años de edad. Su muerte causó gran consternación en Viareggio. Su tumba fue

honrada por Dios con algunas curaciones. La beatificación del P. Antonio tuvo lugar en 1952; su canonización el 20 de enero de 1963 por S.S. Juan XXIII.

Ver el decreto de beatificación en *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XLIV (1952); y *Un apostolo della carita* (1920), obra escrita por un Siervo de María.

BEATA MARGARITA BOURGEOYS, Virgen, Fundadora de la Congregación de Nuestra Señora de Montreal (1700 p.c.)

Margarita era la sexta de los doce hijos de Abraham Bourgeoys, fabricante de cirios, y de su esposa, Guillermina Garnier. Había nacido en Troyes, la principal ciudad de Champaña, en 1620. A los veinte años, Margarita trató de entrar como postulante, primero entre las carmelitas y después entre las clarisas, pero ambas órdenes religiosas se negaron a aceptarla por razones que desconocemos. Margarita era muy conocida en Troyes, ya que era la presidenta de la congregación de Nuestra Señora del convento de las Canonesas de San Agustín, fundadas por San Pedro Fourier y la beata Alix Le Clercq. El P. Gendret, al ver que los dos conventos rechazaban a Margarita, interpretó esto como una señal del cielo de que la beata estaba llamada a dirigir una congregación de religiosas sin clausura, que él proyectaba desde hacía tiempo. Así pues, Margarita y otras dos compañeras comenzaron la fundación; pero el asunto fracasó, y Margarita retornó a su casa. En todas estas dificultades la sostuvo una visión del Niño Jesús que, según la propia expresión de la beata, "desvió para siempre sus miradas de todas las bellezas de este mundo".

En 1652, la hermana de Margarita, que era canonesa de San Agustín, recibió la visita de Pablo de Maisonneuve, gobernador de la colonia francesa de Ville-Marie (Montreal). El gobernador buscaba una maestra de escuela para su pequeña colonia, y Margarita, que desde hacía tiempo se interesaba por el Canadá, reconoció en esto el llamamiento divino y se decidió a partir. Llegó a Quebec el 22 de septiembre de 1653, y un mes más tarde, a Ville-Marie. La colonia se reducía a un fuerte en el que habitaban unas dos mil personas, un pequeño hospital, y una capilla atendida ocasionalmente por algún misionero jesuita.

Margarita hizo una especie de "noviciado no canónico", durante cuatro años. Cuidaba de la casa del gobernador, se encargaba de los pocos niños de la colonia, ayudaba a Juana Mance en el hospital, así como a las mujeres de la guarnición. Hizo restaurar la gran cruz de Montreal, que había sido destruida por los indios, y se las arregló para construir una nueva capilla dedicada a Nuestra Señora, que casi estaba terminada a la llegada de los cuatro "señores eclesiásticos" de San Sulpicio, en 1657. Al año siguiente inauguró la primera escuela de Montreal, en un antiguo establo y sin más de una docena de alumnos, con la ayuda de Margarita Picart. A pesar de ello, Margarita hacía planes para el futuro: la ciudad crecía y sin duda iba a aumentar su trabajo; por otra parte, había que pensar también en los hijos de los indios. ¿Dónde encontrar colaboradoras? Sólo existía una posibilidad: así pues, Margarita se embarcó con Juana Mance, rumbo a Francia. Doce meses después, estaba de vuelta con su antigua amiga, Catalina Crolo, y otras tres jóvenes.

Los años siguientes fueron agitados y duros a causa de la guerra contra los iroqueses. Sin embargo, la escuela siguió adelante, y Margarita añadió una

nueva clase para los hijos de los indios, un curso de quehaceres domésticos para las jóvenes, y una congregación mariana. También Montreal iba creciendo. Al terminar la guerra iroquesa, empezó a convertirse en una verdadera ciudad. De 1760 a 1762, Margarita fue de nuevo a Francia. El rey Luis XIV autorizó oficialmente la obra de la beata, y ésta volvió a Montreal con media docena de jóvenes. Entonces, según parece, empezó a pensar en fundar una nueva congregación religiosa. A su regreso a Montreal, la incipiente comunidad atravesó un período de pobreza y dificultades; pero Dios premió la confianza que Margarita ponía en El y, en 1676, el primer obispo de Quebec, Mons. de Laval, erigió canónicamente la primera casa de la Congregación de Nuestra Señora.

Pero las dificultades no habían terminado. Mons. de Laval tenía ideas muy personales sobre el futuro de la congregación. Esto obligó a la beata a ir por tercera vez a Francia, sin obtener ningún resultado. Además, en 1683, el convento se incendió, y dos hermanas murieron quemadas, entre ellas una sobrina de Margarita. Mons. de Laval juzgó que era el momento propicio para fusionar la reducida comunidad con las ursulinas, que habían llegado a Quebec desde 1639. Margarita manifestó humildemente al obispo que la clausura monástica arruinaría la obra, y éste no insistió. Pero el sucesor de Mons. de Laval, Mons. de Saint-Vallier, prelado irascible y obstinado, opuso gran resistencia a la beata, antes de decidirse a aceptar la idea de la primera comunidad de religiosas misioneras sin clausura que existió en la Iglesia. Finalmente, en 1698, las veinticuatro primeras hermanas pudieron hacer la profesión de votos simples. La madre Margarita había dejado de ser superiora desde hacía cinco años.

El primer pensionado de Montreal fue inaugurado en 1673, y la primera escuela para indios en 1676. En 1679, había ya dos jóvenes iroquesas en la congregación.* Fuera de Ville-Marie, en la isla de Montreal (donde en 1689 los iroqueses asesinaron a todos los hombres, mujeres y niños que encontraron fuera del fuerte), se abrieron escuelas para las hijas de los franceses, y un poco más tarde, en los alrededores de Trois-Rivières. En 1685, Mons. de Saint-Vallier llamó a las religiosas a Quebec, con lo que el número de misiones llegó a siete. La figura de Margarita de Bourgeoys, primera maestra de escuela de Montreal, se destaca en la historia de esa congregación que, habiendo comenzado oscuramente, debía llegar a contar con más de doscientas casas. Margarita, con su indomable carácter, había triunfado de todos los obstáculos: de los ataques de los salvajes, del fuego, de las dificultades inherentes a la colonización, de la amenaza de la pobreza y de cierta falta de comprensión por parte de sus superiores. Como tantas otras fundadoras de congregaciones religiosas, Margarita es sobre todo conocida por su obra, en cuya creación sufrió la doble prueba de ver puesta en duda su capacidad de realización y de sentirse terriblemente indigna a los ojos de Dios. Pero el valor no era la menor de sus virtudes, y su ardiente deseo de ayudar a los niños y a todos sus prójimos la llevó siempre adelante. La beata decía: "Quiero a toda costa, no sólo amar a mis prójimos, sino hacerme amar de ellos".

* Dos jóvenes de Nueva Inglaterra ingresaron en esa congregación francesa antes de la muerte de la fundadora. Dichas jóvenes habían sido hechas prisioneras por los abenakis, y se habían convertido al catolicismo en Montreal, después de haber sido rescatadas. Lydia Langley, de Groton, Massachusetts, fue la primera religiosa originaria de Nueva Inglaterra.

C. W. Colby escribió, en "Canadian Types of the Old Regime (New York, 1908):

"Desde el momento de su llegada a Nueva Francia, Margarita se convirtió en la inspiración de cuantos la rodeaban. Menos austera que Juana Mance, menos mística que María de la Encarnación, Margarita reunía al fervor una buena cantidad de esas virtudes que se originan en la cordialidad humana. No creemos exagerar al decir que, durante cincuenta años, Margarita fue, por su influencia y por sus obras, la primera mujer de Montreal... La bondad irradiaba de toda su persona, y gran parte del éxito de su trabajo se debe a la sabiduría de sus métodos. Pero Margarita era sobre todo una maestra... Y lo mejor que puede hacer el biógrafo de mujeres como María de la Encarnación* y Margarita Bourgeoys es contentarse con relatar los hechos, porque las mujeres de esa talla no necesitan de las alabanzas. La mejor alabanza que puede hacérseles es contar sus hechos con la impresionante sencillez de la verdad, sin añadir comentario alguno".

Desde el momento en que Margarita renunció al superiorato, a los setenta y tres años, su salud y sus fuerzas empezaron a debilitarse. Pero el fin llegó en forma inesperada. El último día del año de 1669, la fundadora ofreció su vida para salvar la de la maestra de novicias, que estaba gravemente enferma. La maestra de novicias recobró la salud, y la madre Bourgeoys murió el 12 de enero de 1700. Fue beatificada en 1950. Su fiesta se celebra el 19 de enero.

Existe una literatura abundante sobre la beata. Ella misma escribió por obediencia sus memorias, en 1698; su manuscrito se conserva en Montreal. En el seminario de Quebec se halla el manuscrito de una biografía inédita, escrita por Mons. C. de Glandelet en 1715. Existen varias biografías en francés, desde la de M. F. Ransonnet (1728) hasta la de Dom A. Jamet (dos volúmenes, 1942) y la del P. Y. Charron, *Mere Bourgeoys* (1950), en cuyo prefacio escribe el canónigo L. Groulx: "El libro del P. Charron no pertenece al género de la hagiografía abstracta y deshumanizada". Entre las biografías de divulgación hay que citar las de E. F. Butler (1932) y la de la hermana St. I. Doyle (1940).

13: SAN POTITO, MÁRTIR (¿154? P.C.)

LAS ACTAS que los bolandistas han presentado sobre este mártir, no inspiran ninguna confianza. En ellas, se representa a Potito como originario de Cerdeña, convertido al cristianismo, siendo aún niño, y sin que su padre —que era idólatra— lo supiera. Al enterarse éste de la conversión de su hijo, lo metió a la cárcel. Pero Potito, con sus oraciones y enseñanzas consiguió convertirlo. En seguida, no pudiendo resolverse a vivir entre paganos, se refugió en una ciudad que no se ha podido identificar (Valeria o Gárgara). Allí curó de la lepra a la mujer de un senador llamado Agatón, y convirtió a toda su familia.

La fama de esta conversión llegó hasta Roma. Se mandó traer a Potito, quien libró de un demonio a la hija del emperador; pero esta curación se atribuyó a magia. Quisieron obligar al joven a que adorara a los dioses del imperio,

* Primera superiora de las Ursulinas de Quebec. Ver James Brodrick, "Procession of Saints" (1949), pp. 174-201.

pero él se rehusó y murió en los tormentos en Roma, o en una ciudad del sur de Italia.

Los bolandistas no tienen mejor información sobre la suerte que cupo a las reliquias del mártir. Se dice que habrían sido trasladadas de Asculum a Cerdeña con las de S. Efisio, cuya fiesta se celebra el día 15 de enero.

Todavía se honra a S. Potito en Nápoles, donde le han dedicado una iglesia. Los benedictinos, que celebraban su oficio en esta iglesia, obtuvieron del Papa Clemente XII un oficio especial en su honor. Los himnos de este oficio han sido editados por los bolandistas.

La fiesta del santo mártir no está señalada más que en los martirologios relativamente nuevos, y en diversas fechas del mes de enero. El Martirologio Romano la ha situado el día 13 de enero.

Acta sanct, en el 13 de enero. Tillemont *Mémoires pour servir a l'hist. eccle.*, vol. II, p. 319 y 630.

SANTOS HERMILO Y ESTRATONICO, Mártires (315 p.c.)

La leyenda más difundida sobre estos santos sitúa su martirio en Singidunum, cerca de Belgrado, bajo el emperador Licinio.

De Hermilo se dice que era diácono. Fue detenido bajo la acusación de ser cristiano, y enviado a prisión con las mejillas destrozadas. Allí le visitó y consoló un ángel. Conducido después delante del emperador, seis hombres lo azotaron con varas, sin que pareciera sentir dolor alguno. En el tormento, dirigió a Dios una oración, a la que respondió una voz del cielo, prometiéndole el triunfo al cabo de tres días. Mientras entraba en la prisión, entonó el salmo *Dominus illuminatio mea,* al que hicieron eco unas voces celestiales. Al día siguiente le infligieron nuevos suplicios, durante los cuales no cesaba de cantar su felicidad.

Con todos estos prodigios, el carcelero de la prisión, llamado Estratónico, fue ganado para la fe. Denunciado al emperador, fue condenado a los azotes con varas. Encerrado en la prisión, oyó la voz milagrosa que le prometía el triunfo para el día siguiente. Por última vez, Hermilo compareció ante el juez y sufrió nuevos suplicios; y al fin, él y Estratónico fueron envueltos en una red y arrojados al río Danubio.

Tres días más tarde, los cuerpos fueron encontrados en la orilla del río. Los fieles los recogieron y los depositaron en un lugar que está a dieciocho estadios de Singidunum. Los dos nombres están inscritos en los menologios griegos, el 13 de enero. Estratónico tenía una iglesia en Constantinopla, cuya fundación se atribuye a San Marciano. Entre los latinos se encuentran los dos nombres, inscritos el 13 de enero, en las adiciones de Molano al Martirologio de Usuardo, y de aquí han pasado al Martirologio Romano.

El P. H. Delahaye en *Saints de Thrace et de Mysie, Anal. boll.*, vol. XXXI (1912), 255, declara que la pasión de estos santos no fue escrita antes del siglo VI; los únicos datos históricos que pueden retenerse son los nombres de los mártires y la localización del santuario de Singidunum. Sobre su culto, consúltese Delahaye *Les origines du culte des martyrs,* Bruselas, (1912), p. 274 y 282.

SANTA GLAFIRA, VIRGEN (324 P.C.)

GLAFIRA, de origen italiano y nacida de padres cristianos, había sido dedicada al servicio de la casa del emperador Licinio. Este, cuñado de Constantino, quiso expulsar de su palacio a todos los cristianos, pero, seducido por la belleza de Glafira, le hizo proposiciones deshonestas. Glafira, después de haberle resistido, hizo saber esta tentativa a la emperatriz Constancia Augusta. Con la ayuda de Constancia, Glafira se disfrazó de hombre y pudo salir del palacio. Fue a ponerse bajo la protección de Basilio, obispo de Amasea del Ponto.

Licinio llegó a saber el lugar donde se escondía Glafira. Furioso, dio órdenes de que trajeran a la muchacha y al obispo, su protector, cargados de cadenas. Pero antes de que esta orden pudiera ser ejecutada, Dios había sacado de este mundo a su fiel servidora.

El nombre de Glafira figura en el Martirologio Romano el 13 de enero.

Estos detalles se encuentran en la *Vida de San Basilio de Amasea* (26 de abril), escrita por Juan, sacerdote de Nicomedia y contemporáneo. Se ha podido constatar la exactitud y el valor histórico de esta vida; sobre este tema consúltese la *Historia de las persecuciones* de P. Allard, vol. v, p. 303 y la nota.

SAN AGRECIO, OBISPO DE TRÉVERIS (¿329? P.C.)

LA VIDA de San Agrecio (o Agricio) ha adquirido particular interés en estos últimos años, debido a las discusiones sobre la autenticidad de la "Santa Túnica de Tréveris". Según la vida del santo (se trata de un documento ciertamente no anterior al siglo XI y considerado por los críticos como obra de pura imaginación), Agrecio fue primero, patriarca de Antioquía; después, el Papa San Silvestre, a instancias de la emperatriz Elena, madre de Constantino, le nombró obispo de Tréveris. Esa región de Alemania, que había sido evangelizada casi dos siglos antes, volvió a caer prácticamente en el paganismo. San Agrecio se dedicó a construir ahí iglesias y a establecer relaciones más estrechas con el centro de la cristiandad. Santa Elena le animó en esta tarea y le envió una parte de las preciosas reliquias descubiertas por ella en Tierra Santa. Así llegaron a Tréveris uno de los clavos de la cruz, el cuchillo de la Ultima Cena, los cuerpos de los Santos Lázaro y Marta, y lo que pasaba por ser la túnica inconsútil del Señor. Pero el carácter poco fidedigno de la biografía de San Agrecio, que narra esto, no es un argumento en favor de la autenticidad de los hechos. Por otra parte, la placa de marfil de origen bizantino, que algunos interpretan como una representación de los Santos Silvestre y Agrecio transportando en un carro las reliquias a Tréveris, se refiere probablemente a otra translación de reliquias a Constantinopla, bajo el emperador León I (457-474). Se afirma también que San Silvestre concedió a Tréveris, en la persona de San Agrecio, la primacía sobre todos los obispos de la Galia y la Germania. Dejando aparte estas ficciones, los únicos datos ciertos que poseemos sobre San Agrecio son que asistió como obispo de Tréveris al Concilio de Arles, en 314, y que fue sucedido por San Maximino.

Ver *Acta Sanctorum*, 13 de enero; V. Sauerland, *Trierer Geschichtsquellen des xi Jahrhunderts* (1889), pp. 52-212; S. Beissel, *Geschichte der Trierer Kirchen* (1887), vol. I, pp. 71 ss.; E. Winheller, *Die Lebensbeschreibungen der vorkarol. Bischofe von Trier*

(1935), pp. 121-145; y DHG., vol. I, c. 1014. Sobre la placa, ver Kraus, *Geschichte der christlichen Kunst*, vol. I, p. 502, y las referencias que da en la nota 4. Kraus afirma que G.B. de Rossi está de acuerdo con su interpretación de la placa. Según Kraus, dicha placa pasa por ser una obra del siglo V; A. Maskell, *Ivories*, la atribuye al siglo VII, VIII o IX. Ambos autores están de acuerdo en que la placa es bizantina.

SANTOS GUMERSINDO Y SERVIDEO, MÁRTIRES (852 P.C.)

GUMERSINDO o Gómez, originario de Toledo, era todavía un niño cuando viajó a Córdoba con sus padres.

Se hizo clérigo y fue ordenado diácono. Trabajó por formar piadosos maestros para la juventud, junto a la basílica de los santos mártires Fausto, Genaro y Marcial.

Una vez ordenado sacerdote, le confiaron el cuidado de una parroquia en el campo, cerca de la ciudad de Córdoba.

Abderramán II, que reinaba y era el dueño de esta ciudad, había permitido a todo musulmán matar, sin mayores formalidades, a cualquier cristiano que hablara mal de Mahoma. Un día en que Gumersindo, acompañado de un monje que se llamaba Servideo, había ido a Córdoba, fue denunciado como cristiano y decapitado por causa de la fe. Lo mismo sucedió a su acompañante. Era el 13 de enero de 852.

Los cuerpos de estos mártires fueron furtivamente sustraídos por los cristianos y sepultados en la iglesia de San Cristóbal. Desde su muerte, fueron objeto de culto y sus nombres inscritos en el Martirologio Romano el 13 de enero.

Eulogio de Córdoba en *Memorial de los santos*, 1, vol. II, c. IX, ha escrito el elogio de estos mártires. *Patr. Latina*, vol. CVX, col. 776.

SAN BERNO, ABAD DE CLUNY (927 P.C.)

CONSIDERANDO la inmensa influencia de Cluny sobre el desarrollo de la vida monástica y de la vida religiosa, en general, en la Europa occidental del siglo X al XII, sabemos muy poco de la personalidad de su primer abad. Berno parece haber sido un hombre de buena familia y de cierta riqueza. Fue el fundador de la abadía de Gigny y su primer abad, después de haber reformado como superior el monasterio de Baume-les-Messieurs; por último, el duque Guillermo de Aquitania le escogió como superior del monasterio que había proyectado fundar. San Berno eligió un sitio en Cluny, cerca de Maçon, en el centro de Francia. La abadía de Cluny dependió directamente de Roma. En las fundaciones subsiguientes se impuso el principio de la centralización, pero en la época de San Berno no existía un gobierno central de las casas, cuya reforma le había sido confiada. San Berno gobernó de 910 a 927. Tal vez el mayor tributo a su acción fue la devoción personal que le profesó San Odo, quien había sido novicio suyo en Baume y le sucedió en el cargo de abad de Cluny, el año 927. Odo iba a ser el más famoso y enérgico de los abades de dicho monasterio.

Ver *Acta Sanctorum*, 13 de enero; E. Sackur, *Die Cluniacenser*, vol. I, pp. 36 ss.; Berlière, en *Revue Bénédictine*, vol. IX, p. 498; y P. Schmitz, *Histoire de l'ordre de St. Bernard*, vol. I, (1942), pp. 130-132.

BEATO GODOFREDO DE KAPPENBERG (1127 P.C.)

GODOFREDO, quien murió a los treinta años de edad, pertenece a la categoría de los santos jóvenes que pasaron su vida en la tierra, preparándose para el cielo. Godofredo era conde de Kappenberg y señor de un gran distrito en la diócesis de Münster de Westfalia. Su esposa provenía de una familia tan distinguida como la suya. Bajo la influencia de San Norberto, fundador de los Canónigos Premonstratenses, Godofredo decidió convertir su castillo de Kappenberg en monasterio de esa orden, y en seguida persuadió a su mujer y a su hermano para que renunciasen como él al mundo y se hiciesen religiosos bajo la dirección de San Norberto. El suegro de Godofredo le opuso una resistencia muy violenta y aun le amenazó de muerte, pero el beato no dejó por ello de regalar todas sus posesiones a los premonstratenses. Cerca de Kappenberg construyó un convento en el que su esposa y dos de sus hermanas tomaron el velo. Fundó además varios hospitales y otras instituciones de caridad. Siendo novicio premonstratense, se empleaba en las ocupaciones más humildes y lavaba los pies a los enfermos y peregrinos albergados en su hospital. Aunque había recibido ya las órdenes menores, no vivió el tiempo suficiente para ser ordenado sacerdote. El 13 de enero de 1127 entregó gozosamente su alma a Dios, declarando que no querría vivir un momento más, ni por todo el oro del mundo. Los premonstratenses celebran su fiesta el 16 de enero.

Ver *Acta Sanctorum*, 13 de enero, donde se encuentran dos vidas en latín; igualmente Kirkfleet, *History of St. Norbert* (1916), pp. 140-151; Spilbeeck, *Le B. Godefroid* (1892); BHL., n. 533.

BEATA VERONICA DE BINASCO (1497 P.C.)

TODOS los estados de vida ofrecen abundantes medios de santificación; lo único que nos impide aprovecharlos es nuestra negligencia y nuestra tibieza. La beata Verónica no podía gloriarse ni de su nacimiento, ni de su fortuna. Sus padres mantenían el hogar a fuerza de duro trabajo, en un pueblecito cercano a Milán. El padre de Verónica era tan honrado, que jamás vendió caballo ni animal alguno, sin poner en antecedentes al comprador tanto de las cualidades, como de los defectos de la bestia. Su pobreza le impidió mandar a su hija a la escuela, de suerte que Verónica no aprendió nunca a leer; pero el ejemplo y los consejos de sus padres hicieron crecer el amor de Dios en su corazón, y los misterios cristianos nutrieron su piedad. La beata era muy laboriosa y tan obediente, humilde y sumisa, que parecía no tener voluntad propia. En los trabajos de la cosecha y en las otras labores campestres, procuraba mantenerse a cierta distancia de sus compañeras para poder entregarse con mayor libertad a la contemplación. Sus compañeras se admiraban de que gustara tanto de la soledad. Con frecuencia la encontraban bañada en lágrimas, aunque Verónica ocultaba con tal celo lo que pasaba entre ella y Dios, que nunca supieron que la devoción era la causa de su llanto.

Verónica concibió el deseo de hacerse religiosa en el pobre y austero convento de Santa Marta de Milán, en la orden de San Agustín. A fin de llenar las condiciones requeridas, empezó a aprender a leer y escribir, durante la noche. En una ocasión en que se sentía desalentada al ver los pocos progresos que

hacía, la Madre de Dios le mandó desechar toda ansiedad, puesto que sólo tres lecciones le bastaban para ser buena religiosa: la pureza de los afectos, que consistía en poner todo su corazón en Dios; la de no murmurar, ni impacientarse por los defectos y pecados de los otros, sino soportarlos con paciencia y pedir a Dios por los culpables; por último, la de reservar algún tiempo cada día para meditar la Pasión de Cristo. Después de tres años de preparación, Verónica tomó el hábito religioso en el convento de Santa Marta. Su vida en él fue una encarnación de las reglas, que consistían en la práctica de la perfección evangélica reducida a ciertos ejercicios piadosos. Verónica se esforzaba por cumplir las reglas hasta en los menores detalles, y por ser perfectamente obediente a la menor indicación de la voluntad de su superiora.

Durante tres años sufrió de reumatismo agudo, pero jamás pidió que le redujesen el trabajo, ni que usasen con ella de indulgencia. Cuando sus superiores le ofrecían algún alivio, respondía siempre: "Mi deber es trabajar mientras pueda y Dios me dé tiempo para ello". Su mayor placer era ayudar y servir a los demás. Su silencio era una señal del recogimiento y constante oración en que vivía, de los que su don de lágrimas era una manifestación exterior. La beata hablaba siempre de su vida pecadora, como ella la llamaba, con gran congoja; pero en realidad había llevado siempre un vida de inocencia. Dios favoreció a la beata con extraordinarias visiones y consolaciones. Se conserva todavía un relato sobre los principales incidentes de la vida del Señor, tal como ella los vio en sus éxtasis. Sus oraciones ablandaron y convirtieron a muchos pecadores empedernidos. Verónica murió a la hora que ella misma había predicho, en 1497, a los cincuenta y dos años de edad. El Papa León X, en 1517, permitió que fuera honrada en su convento, como si hubiese sido beatificada en la forma usual. Su nombre está incluido en el Martirologio Romano, distinción extraordinaria tratándose de una sierva de Dios que no ha sido formalmente canonizada.

Ver la biografía escrita por el P. Isidoro de Isolanis, en *Acta Sanctorum*, 13 de enero. Dicha biografía contiene un relato relativamente completo de las revelaciones de la beata; el P. Bolando previene a los lectores que deben tomarse con cautela esas revelaciones, ya que contienen muchas afirmaciones extravagantes. En *Acta Sanctorum* se encuentra también la bula de León X. Cf. Moiraghi, *La B. Veronica de Binasco* (1897).

14: **SAN HILARIO,** OBISPO DE POITIERS, DOCTOR DE LA IGLESIA (*c.* 368 P.C.)

SAN AGUSTIN, quien cita frecuentemente contra los pelagianos la autoridad de San Hilario, le llama "el ilustre doctor de las Iglesias". San Jerónimo dice que era "un hombre de gran elocuencia; la trompeta de los latinos contra los arrianos". En otra parte afirma que, "en San Cipriano y San Hilario, Dios transplantó dos cedros del mundo a su Iglesia".

San Hilario nació en Poitiers, de una ilustre familia. El mismo nos dice que fue educado en la idolatría y nos hace una narración detallada de la forma en que Dios le llevó al conocimiento de la fe. La luz de la razón le hizo comprender que, siendo el hombre un ser moral y libre, fue creado para ejercitar la paciencia, la templanza y las demás virtudes que merecen una recompensa

después de la muerte. Hilario se consagró ardientemente a reflecdonar sobre la esencia de Dios, y pronto descubrió cuán absurdo es el politeísmo, con lo que llegó al convencimiento de que hay un solo Dios eterno, inmutable, todopoderoso, causa primera de todas las cosas. Sus reflexiones se hallaban en este punto, cuando conoció la Sagrada Escritura. La descripción de la existencia de Dios por las palabras "Yo soy el que es", le impresionó profundamente, así como la idea del supremo dominio divino, ilustrado por el inspirado lenguaje de los profetas. La lectura del Nuevo Testamento completó sus investigaciones: San Juan le enseñó desde el primer capítulo de su Evangelio que el Verbo Divino, Dios hijo, es coeterno y consustancial con el Padre. Habiendo llegado así al conocimiento de la fe, recibió el bautismo, a edad un tanto avanzada.

Hilario se había casado antes de su conversión y tenía una hija llamada Apra. Su mujer vivía aún cuando fue elegido obispo de Poitiers, hacia el año 350. El santo hizo cuanto estuvo en su mano para evitar esa dignidad, pero su humildad no logró más que confirmar al pueblo la rectitud de su elección. Las esperanzas puestas en él no quedaron defraudadas, pues sus eminentes cualidades iluminaron con su brillo, no sólo la Galia, sino a la Iglesia entera. Poco después de su elevación al episcopado, compuso, antes de partir al destierro, un comentario sobre el Evangelio de San Mateo, que ha llegado hasta nosotros. El comentario sobre los salmos lo escribió en el destierro. Pero sus principales escritos se refieren al arrianismo. Hilario era un orador y un poeta. Su estilo es elevado y noble, lleno de figuras retóricas y un tanto rebuscado; la longitud de los períodos le hace oscuro por momentos. San Jerónimo se queja de sus largas y tortuosas frases, en las que la retórica sigue viviendo. San Hilario pone a Dios frecuentemente por testigo de que considera como el fin principal de su vida, emplear todas sus facultades en darle a conocer al mundo y hacerle amar de los hombres. Igualmente recomienda empezar todas las acciones y conversaciones por la oración. En sus frases se percibe un ardiente deseo del martirio, propio de un alma que no tiene nada que temer de la muerte. San Hilario amaba la verdad sobre todas las cosas, y no escatimaba ningún esfuerzo, ni rehuía alguno, por defenderla.

En el Concilio de Milán, en 355, el emperador Constancio pidió a los obispos que firmaran la condenación de San Atanasio. Los que se negaron a hacerlo fueron desterrados, y entre ellos se encontraban San Eusebio de Vercelli, Lucifer de Cagliari y San Dionisio de Milán. En esa ocasión, San Hilario escribió su "Primer Libro a Constancio", exhortándole a restablecer la paz en la Iglesia. Hilario se separó de los tres obispos arrianos del occidente, Ursacio, Valente y Saturnino, a raíz de lo cual, el emperador envió a Juliano el Apóstata, entonces gobernador de la Galia, la orden de desterrar inmediatamente a Hilario a Frigia. A mediados del año 356, San Hilario partió al destierro, tan alegremente como otros hubieran partido a un viaje de placer, sin arredrarse ante las dificultades y peligros, pues su corazón estaba fincado en Dios, muy por encima de los halagos y amenazas del mundo. El destierro duró tres años, y nuestro santo compuso en él varios eruditos tratados. El principal y más estimado es el "Tratado de la Trinidad". El nombre de San Hilario de Poitiers está asociado a los primeros himnos latinos.

Interviniendo nuevamente en los asuntos de la Iglesia, el emperador reunió un concilio de arrianos en Seleucia de Isauria, a fin de neutralizar los decretos del Concilio de Nicea. San Hilario, que había pasado ya tres años en Frigia, fue

invitado al Concilio por los semiarrianos, quienes esperaban valerse de su autoridad para combatir a los arrianos. Pero sus proposiciones no fueron capaces de doblegar el valor de San Hilario, quien defendió ardientemente los decretos del Concilio de Nicea hasta que, cansado de la controversia, se retiró a Constantinopla. Ahí presentó al emperador una solicitud, conocida con el nombre de "Segundo Libro a Constancio", en la que le pedía permiso de sostener una discusión pública con Saturnino, el autor de su destierro. Temerosos los arrianos de tal prueba, persuadieron al emperador de que librara al oriente de un hombre que no había cesado de turbar la paz. A resultas de ello, el emperador restituyó a Hilario a la Galia, el año 360.

San Hilario hizo el viaje a través del Ilírico y de Italia para confirmar a los débiles. Los habitantes de Poitiers le recibieron con grandes demostraciones de alegría, y su antiguo discípulo, San Martín, fue pronto a reunirse con él. Un sínodo que tuvo lugar en la Galia, a instancias de Hilario, condenó el Concilio de Rímini, en 359, y excomulgó y depuso a Saturnino, por contumacia. El mismo sínodo acalló los escándalos y restableció la disciplina, la paz y la pureza de la fe. La muerte de Constancio, acaecida en 361, puso fin a la persecución arriana. San Hilario era por temperamento un hombre extremadamente cortés y bondadoso; pero advirtiendo que la bondad no producía los resultados apetecidos, compuso una invectiva contra Constancio, en la que, por razones que probablemente nunca conoceremos, empleó un lenguaje muy violento. El documento no empezó a circular sino hasta después de la muerte del emperador. El año 364, Hilario emprendió un viaje a Milán para refutar a Auxencio, quien había usurpado dicha sede. En una disputa pública le obligó a confesar que Cristo era verdadero Dios y consustancial con el Padre. San Hilario no se dejó engañar por la hipocresía de Auxencio, al contrario del emperador Valentiniano, a cuyos ojos pasaba por ortodoxo. Hilario murió en Poitiers, probablemente en 368, pero es imposible determinar con absoluta certeza el año y el mes de su muerte. El Martirologio Romano celebra su fiesta el 14 de enero. El Papa Pío IX proclamó a San Hilario doctor de la Iglesia.

En los últimos años se han escrito muchas obras sobre San Hilario, pero ninguna de ellas ha restado nada al valor sustancial de la narración de Alban Butler, de la que nos hemos servido nosotros. El descubrimiento más importante, generalmente aceptado en la actualidad, es el de A. Wilmart (*Revue Bénédictine,* vol. XXIV (1908), pp. 159 ss., 293 ss. Dicho autor demuestra que el texto del *Primer Libro a Constancio* está mal titulado y es incompleto. Se trata en realidad, del fragmento de una carta dirigida a los emperadores por el Concilio de Sárdica por una parte, y por la otra de algunos extractos de una obra de San Hilario, escrita en 356, inmediatamente antes del destierro, cuyo título era *Primer Libro contra Valente y Ursacio* (los obispos arrianos). Parece también cierto que la obra de Hilario *Liber o Tractatus Mysteriorum,* que se creía perdida, no lo está totalmente. En un manuscrito de Arezzo (1887) se descubrió una parte de esa obra, junto con algunos poemas o himnos del santo. Dicho *Tractatus* no tiene nada que ver con la liturgia, como se había supuesto, pero en cambio se identifica con el *Liber Officiorum* que se había atribuido hipotéticamente al santo (ver Wilmart, en *Revue Bénédictine,* vol. XXVII (1910), pp. 12 ss.) En el artículo de Le Bachélet sobre San Hilario (DTC, vol. VI, cc. 2388 ss.) se encontrará una amplia bibliografía acerca de estos descubrimientos. Ver también A. Feder, en *Sitzungsberichte* de la Academia de Viena, Phil.-Histor. Kl., CLXII, n. 4, y los textos editados por él para el *Corpus Scrip. Eccles. Lat.* Por lo que toca a la vida de San Hilario, poseemos una biografía y una colección de milagros escrita por Venancio Fortunato y publicada en *Acta Sanctorum,* 13 de enero (cf. BHL., nn. 580-582); ver igualmente E. Watson, *The Life and Writings of St. Hilary of Poitiers* (1899). En cuanto a los himnos, remitimos al lector al suplemento del *Dictionary of Hymnology* de Julian, a *Early Latin*

Hymns (1922) de Walpole, y sobre todo al cuarto volumen del *Corpus* escrito por Feder. San Hilario figura en el calendario del *Book of Common Prayer* de Inglaterra.

SAN FELIX DE NOLA, (*c.* 260 P.C.)

DEBEMOS recordar que San Paulino de Nola, considerado como la autoridad básica sobre San Félix, vivió más de un siglo después de la muerte de éste, y es muy probable que ya para entonces la tradición se hubiera contaminado de algunos datos legendarios. San Paulino nos cuenta la vida de San Félix de la manera siguiente:

San Félix era nativo de Nola, colonia romana de la Campania, a veinte kilómetros de Nápoles, donde su padre había adquirido algunas posesiones y se había establecido. El padre de San Félix era sirio de nacimiento y había servido en el ejército. Al morir, dejó sus posesiones a Félix y Hermías, sus dos hijos. Hermías abrazó la carrera de las armas, en tanto que Félix decidió buscar la felicidad que su nombre latino le prometía, en el servicio del Rey de reyes, Jesucristo. Así pues, distribuyó su herencia entre los pobres, y fue ordenado sacerdote por San Máximo, obispo de Nola, quien, encantado de su virtud y prudencia, hizo de él su brazo derecho en aquellos agitados tiempos y le consideró como destinado a sucederle.

El año 250, el emperador Decio emprendió una cruel persecución contra la Iglesia. Máximo, comprendiendo que iba a ser una de las primeras víctimas, se retiró al desierto, no por temor de morir, sino para continuar en el servicio de su rebaño. Como los perseguidores no encontrasen al obispo, se apoderaron de Félix, quien le sustituía celosamente en los deberes pastorales. El gobernador le mandó azotar, le cargó de cadenas y le encerró en un calabozo con el suelo cubierto de trozos de vidrio, de modo que el mártir no podía estar de pie ni acostarse sin hacerse daño, según nos informa Prudencio. Una noche, se le apareció un ángel en medio de una gran luz, y le ordenó ir en ayuda de su obispo. Al ver caer sus cadenas por tierra y abrirse las puertas de la prisión, Félix siguió a su guía, quien le condujo a un sitio, en donde Máximo yacía sin conocimiento, medio muerto de hambre y de frío; la angustia por sus fieles y las penalidades de la vida solitaria le habían hecho sufrir más que en el martirio. Incapaz de hacer volver en sí a su obispo, Félix acudió a la oración y al punto apareció un racimo de uvas al alcance de su mano. Félix exprimió unas cuantas en los labios de su maestro, el cual recobró el conocimiento. En cuanto reconoció a Félix, el buen obispo le rogó que le transportase a su iglesia. El santo le tomó en brazos y le llevó, antes del amanecer, a su casa en la ciudad, donde una devota mujer se encargó de cuidarle.

Félix permaneció escondido, orando incesantemente por la Iglesia, hasta la muerte de Decio, en 251. En cuanto reapareció, su celo exasperó de tal manera a los paganos, que decidieron tomarle preso nuevamente; pero el cielo no permitió que le reconocieran al verle. Sus perseguidores le preguntaron dónde se encontraba Félix, a lo cual el santo dio una respuesta evasiva. Los enemigos cayeron pronto en la cuenta de su error y volvieron al sitio en el que le habían visto; pero ya para entonces, Félix había tenido tiempo de introducirse en un muro cercano, a través de un agujero que se cubrió milagrosamente de telarañas en cuanto el santo pasó. Sus perseguidores, sin sospechar siquiera que Félix se hallaba detrás de la espesa red de telarañas, se retiraron vencidos, después de

una búsqueda infructuosa. Félix descubrió un pozo medio seco, entre dos casas en ruinas, y se ocultó en él durante seis meses. Una devota cristiana se encargó de traerle alimentos. Cuando la paz se restableció en la Iglesia. Félix salió de su escondite y fue recibido con gran gozo en la ciudad.

San Máximo murió poco después, y Félix fue elegido por unanimidad para sucederle. Sin embargo, logró persuadir al pueblo que era más prudente confiar la diócesis a Quinto, un sacerdote de más edad. El resto de las posesiones del santo había sido confiscado durante le persecución. Los cristianos le aconsejaron que reclamase a las autoridades como otros lo habían hecho con éxito: pero el santo respondió simplemente que, en medio de la pobreza encontraría más seguramente a Cristo. Ni siquiera pudieron convencerle de que aceptara lo que los ricos le ofrecían. Félix rentó tres acres de tierra que cultivó con sus propias manos, para satisfacer sus necesidades y poder hacer algunas limosnas. Todos los regalos que recibía los pasaba inmediatamente a los pobres. Si tenía dos túnicas, los pobres podían estar seguros de que pronto les daría la mejor, y más de una vez cambió sus vestiduras por los andrajos de un mendigo. Félix murió siendo ya muy anciano, el 14 de enero, día en que le conmemoran los martirologios.

Había pasado ya más de un siglo desde su muerte, cuando Paulino, distinguido senador romano, se estableció en Nola y fue elegido obispo de dicha ciudad. Paulino atestigua que una gran multitud de peregrinos acudía de Roma y de otras ciudades aún más distantes, a celebrar la fiesta del santo, en su santuario. El mismo testigo añade que todos llevaban algún regalo a la iglesia, como, por ejemplo, cirios para adornar la tumba de Félix, pero que él había escogido ofrecer al santo el humilde homenaje de su predicación y de su corazón. Paulino expresa su devoción en los términos más fervorosos y piensa que todas las gracias que ha recibido del cielo se deben a la intercesión de San Félix. Describe por menudo las pinturas del Antiguo Testamento que adornaban el santuario, y que eran como libros que los iletrados podían comprender. Los versos del santo obispo reflejan su entusiasmo. Refiere igualmente un gran número de milagros obrados en la tumba de San Félix, así como curaciones instantáneas y salvaciones de graves peligros. Afirma que él mismo fue testigo ocular de alguno de esos prodigios y declara que nunca recurrió a la intercesión del santo, sin recibir socorro inmediato. También San Agustín nos dejó una narración de los milagros obrados en el santuario de San Félix. En aquella época, no estaba permitido enterrar a los muertos dentro de los muros de la ciudad. Como la iglesia de San Félix se hallaba fuera de las murallas de Nola, muchos cristianos pedían ser sepultados en ella para que su fe y devoción les conservaran bajo la protección del santo, aun después de la muerte. San Paulino consultó el caso con San Agustín, quien le respondió en su obra sobre "El cuidado de los muertos", en la que demuestra que la fe y devoción de quienes querían ser sepultados en la iglesia de San Félix no era inútil, pues ahí participarían del fruto de las buenas obras de los peregrinos.

Como lo indicamos arriba, los poemas de San Paulino constituyen nuestra principal fuente sobre la vida de San Félix. Beda resumió dichos poemas en prosa; su resumen se encuentra, junto con otros documentos en *Acta Sanctorum*, 14 de enero. En *Analecta Bollandiana*, vol. XVI (1897), pp. 22 ss., se encontrará una curiosa ilustración de la confusión introducida por Ado y otros hagiógrafos, quienes inventaron a un "San Félix in Pincis". Tal confusión se originó probablemente de la existencia de una iglesia dedicada a San Félix de Nola en el Pincio. El Papa San Dámaso agradece a San Félix en un

poema la curación de que él mismo fue objeto. Cf. Quentin, *Les Martirologes historiques*, pp. 518-522.

SANTA MACRINA LA GRANDE, VIUDA (*c.* 340 P.C.)

EN MÁS de una de sus cartas, San Basilio el Grande menciona a la madre de su padre, Macrina, con la cual parece haberse educado y a cuyo cuidado en darle una sana instrucción religiosa, atribuye el santo el hecho de no haberse contaminado nunca con opiniones heterodoxas, que hubiese tenido que modificar después. Macrina y su esposo sufrieron mucho en la persecución de Galerio y Maximino, hasta el grado de verse forzados a huir y ocultarse de los perseguidores en los bosques del Ponto, durante siete años. Con frecuencia padecieron hambres, y San Gregorio Nazianceno afirma que, en ocasiones sólo sobrevivieron comiéndose a las fieras que, por un milagro de la Providencia, se dejaban cazar dócilmente. Pasado este peligro estalló una nueva persecución, en la que los bienes de Macrina y su esposo fueron confiscados. Según parece, los cristianos les honraron reconociéndoles formalmente el título de confesores de la fe. Macrina sobrevivió a su esposo, pero ignoramos la fecha exacta de su muerte. El Martirologio Romano nos dice que Macrina fue discípula de San Gregorio Taumaturgo; pero lo único que esto puede significar es que la santa estudió a fondo sus escritos.

Ver *Acta Sanctorum*, 14 de enero; DGB., vol. III, p. 779.

SAN DACIO, OBISPO DE MILÁN (552 P.C.)

SAN DACIO vivió en tiempos muy agitados. Durante la mayor parte de su episcopado, que duró por lo menos de 530 a 552, tuvo que defender constantemente los intereses temporales y espirituales de su Iglesia. Para salvar a la ciudad de Milán de los godos, se alió con Belisario, quien desgraciadamente no pudo enviarle refuerzos antes de que la ciudad fuese atacada y saqueada. Es posible que Dacio haya sido hecho prisionero y libertado después, gracias a la influencia de su amigo Casiodoro. Expulsado de Milán, el obispo se refugió en Constantinopla, donde, el año 545 apoyó valientemente al Papa Vigilio contra Justiniano, en la controversia sobre los "Tres Capítulos". Parece que Dacio murió en 552, en Constantinopla, de donde sus restos fueron transladados más tarde a Milán, su ciudad episcopal. San Gregorio el Grande cuenta en sus "Diálogos", la curiosa historia de una casa en la que el diablo acostumbraba aterrorizar a los ocupantes, imitando discordantes y horribles rugidos de fieras. San Dacio entró sin temor en la casa, puso en fuga al demonio y restauró la paz.

Ver *Acta Sanctorum*, 14 de enero; DCB., vol. I p. 789; y L. Duchesne, *L'Eglise au IVéme siecle*, pp. 197-199.

SAN SABAS, ARZOBISPO DE SERBIA (1237 P.C.)

LOS ACTOS públicos en la vida política y eclesiástica de San Sabas, como los de muchos otros clérigos, dependieron en gran parte de circunstancias políticas. Esto es particularmente explicable en los Balcanes, donde los poderes civiles y

eclesiásticos se hallaban unidos y donde se efectuaba el encuentro de diferentes culturas.

Sabas nació en 1174 y fue el más joven de los tres hijos de Esteban I, el fundador de la dinastía de los nemánides y del Estado independiente de Serbia. A los diecisiete años de edad, Sabas ingresó en un monasterio del Monte Athos, donde fue a reunírsele su padre después de su abdicación, en 1196. Juntos fundaron un monasterio para monjes serbios, llamado Khilandari, que es todavía en la actualidad uno de los diecisiete "principales monasterios" de la Santa Montaña. Como abad, Sabas se distinguió por su habilidad en la educación de los monjes jóvenes y por su tendencia a favorecer la política de la suavidad. Se consagró a traducir libros al idioma serbio, y todavía se conservan en Khilandari un salterio y un ritual copiados por su mano y firmados así: "Yo, el irresponsable y perezoso monje Sabas".

Entretanto, sus hermanos Esteban II y Vulcano, se hacían mutuamente la guerra. Cuando Sabas volvió a su país, en 1207, lo encontró desgarrado, civil y religiosamente. Los serbios habían sido cristianos por algún tiempo, pero se trataba de un cristianismo nominal, sin bases sólidas de doctrina y mezclado de paganismo. El clero era escaso y generalmente poco educado, porque la Iglesia había sido gobernada desde Constantinopla o desde Okhrida de Bulgaria, y los jerarcas de esas naciones se habían preocupado muy poco por los que consideraban como bárbaros. Así pues, San Sabas, siguiendo el ejemplo de los antiguos monjes rusos y de los benedictinos en occidente, empleó a los monjes que había llevado consigo de Khilandari, en el trabajo pastoral y misional. Se estableció en el monasterio de Studenitsa, y de él salía para fundar pequeños monasterios en sitios adecuados para que los monjes pudiesen ir a predicar a las ciudades. Esto no quería decir que el antiguo monje del Monte Athos hubiese olvidado la necesidad de la soledad y la contemplación; todavía puede verse en el valle de Studenitsa, muy arriba del monasterio, la ermita rocosa a la que San Sabas acostumbraba retirarse.

Lo que sucedió después y el orden en que ocurrió es difícil de determinar. Sin embargo, trataremos de dar un resumen de los testimonios contradictorios. Políticamente, era ventajoso para los serbios tener sus propios obispos. Así pues, Esteban II envió a su hermano Nicea, donde el patriarca y el emperador se habían refugiado de los ataques de los francos a Constantinopla. Sabas se ganó el favor del emperador, Teodoro II Laskaris (que estaba emparentado con los nemánides), y fue nombrado primer metropolitano de la nueva jerarquía El patriarca, Manuel I, se oponía al nombramiento, pero las circunstancias no le permitieron obstinarse en su posición, y él mismo consagró obispo a Sabas, en 1219. Sabas volvió a su patria pasando por el Monte Athos, de donde llevó más monjes y numerosos libros que habían sido traducidos en Khilandari, y se dedicó en seguida a la organización de su Iglesia. Parece que ya para entonces Esteban II, "el Primer Coronado", había solicitado del Papa Honorio III que le reconociese como rey, había sido coronado por un legado papal, en 1217. Sin embargo, su hermano le coronó nuevamente arzobispo, en 1222, y una fuente afirma que en tal ocasión, el Papa Honorio envió una corona, a petición de Sabas, quien había informado a la Santa Sede de su propia consagración episcopal.

En esa forma, el príncipe Sabas, que de joven había abandonado la corte para hacerse monje, consiguió consolidar, antes de cumplir cincuenta años, el

Estado que su padre había fundado. Los medios de que se valió para ello fueron la reforma de la vida religiosa del pueblo, la creación de obispos de su raza y la ratificación de la soberana dignidad de su hermano. San Sabas es el patrono de Serbia, y el pueblo le atribuye, como sucede con otros santos algunos beneficios en los que él nada tuvo que ver. Así, por ejemplo, la leyenda sostiene que San Sabas inventó un arado que podía retornarse al llegar al límite del campo, y que introdujo el uso de las ventanas. (El caso no es unico: los pescadores de Sussex sostienen que San Wilfrido les enseñó a pescar).

Los últimos años en la vida de San Sabas estuvieron marcados por un viaje a Palestina y otro al Cercano Oriente. El primero parece haber sido una peregrinación y el segundo, una misión eclesiástica. Al regresar del segundo viaje, cayó enfermo en Tirnovo de Bulgaria, donde murió con la sonrisa en los labios, el 14 de enero de 1237. Al año siguiente, su cuerpo fue trasladado al monasterio de Milochevo en Serbia, donde estuvo hasta 1594. En ese año, durante los disturbios políticos, un bajá turco (italiano renegado), quemó deliberadamente las reliquias.

Los ortodoxos de Serbia consideran a San Sabas no sólo como fundador de su Iglesia nacional, sino también como autor de la separación de Roma. Así sería en efecto, si consideráramos las cosas desde el punto de vista moderno; pero la situación era muy diferente en aquel tiempo. Las autoridades eclesiásticas de Roma, Nicea-Bizancio y Okrida, eran al mismo tiempo autoridades civiles, y como tales, constituían una amenaza para el naciente Estado serbio. El rey Esteban II y su hermano, el arzobispo, tenían que maniobrar hábilmente. En todo caso, el cisma que separaba al oriente de Roma no parecía definitivo, y ni los eslavos meridionales, ni muchos de los francos estaban al tanto de una división profunda entre los católicos y los ortodoxos. De hecho, San Sabas Prosvtitely, "el iluminador", figura en varios calendarios latinos, y la diócesis católico-bizantina de Krizevtsy, en Croacia, celebra su festividad.

Domiciano, discípulo de San Sabas, escribió la vida de su maestro hacia el año 1250; pero dicha biografía no ha llegado hasta nosotros en su forma original. Fue publicada en el siglo XIV, pero "en forma claramente tendenciosa" en favor de la Iglesia ortodoxa, escribe Shafarik, a quien no puede tacharse de parcialidad por la Iglesia católica. Otras fuentes, son las cartas de Esteban II y la historia de Salona, escrita por el archidiácono latino de Espalato, contemporáneo de los hechos. Ver *Acta Sanctorum*, 14 de enero; J. Martynov, *Trifolium Serbicum;* J. Matl, *Der hl. Sava als Begründer der serbischen Nationalkirche*, en "*Kyrios*", vol. II (1937), pp. 23-37; V. Yanich y C.P. Hankey, en *Lives of the Serbian Saints*; y una importante conferencia sobre San Sabas, pronunciada en Belgrado por P. Bélard y publicada en *L'Unité de l'Eglise*, n. 78 (1936). I. T. Mrnavich, obispo latino de Bosnia en el siglo XVII, escribió una biografía de San Sabas, y el poeta franciscano, Andrew Kachich, le consagró uno de sus mejores poemas.

BEATO ODON DE NOVARA (1200 P.C.)

EL BEATO Odón monje cartujo del siglo XII, es uno de los pocos hombres de Dios de aquella época, sobre el que tenemos documentos de primera mano. El Papa Gregorio IX mandó que se hicieran investigaciones sobre su vida con miras a su canonización, y las declaraciones de los testigos han llegado hasta nosotros. Uno o dos extractos de ellas nos darán una idea de la personalidad de Odón. "Maestro Ricardo" obispo de Trivento, después de haber jurado por el Espíritu Santo, ante los Evangelios, que diría la verdad, afirmó que él

había conocido al bienaventurado Odón como a un hombre temeroso de Dios, modesto y casto, entregado noche y día a la vigilia y la oración; que vestía ásperas túnicas de lana y vivía en una estrecha celda, de la que no salía más que para orar en la iglesia, y que obedecía siempre a la campana, cuando ésta le llamaba al oficio. Cuantos fueron a él se sintieron animados en el servicio de Dios. Leía constantemente las Escrituras y, a pesar de su avanzada edad, se empleaba en su celda en trabajos manuales para no ser presa de la ociosidad". El obispo da en seguida un breve resumen de la vida de Odón, y hace notar que había sido nombrado prior del nuevo monasterio cartujo de Geyrac, en Eslavonia. Pero que la cruel persecución de que le había hecho objeto el obispo Dietrich le obligó a abandonar esa comunidad, e ir a Roma para pedir permiso al Papa de renunciar a su cargo. La anciana abadesa de un monasterio de Tagliacozzo le había ofrecido hospedaje, e impresionada por su santidad, obtuvo licencia de guardarle como capellán de la comunidad. Muchos otros testigos de la edificante vida de Odón hablaron de sus austeridades, de su caridad y de su humildad.

Uno de ellos, el arcipreste Oderisio, atestigua que estuvo presente en los últimos momentos de Odón, y que "éste se hallaba acostado en el suelo de la dicha celda, vestido con una camisa de cerdas, y que decía en su agonía: 'Espera un poco, Señor, espera un poco; ya voy a Ti'; y cuando los presentes le preguntaron con quién hablaba, respondió: 'Con mi Rey, a quien estoy viendo y en cuya presencia me hallo'. Al pronunciar estas palabras, el bienaventurado Odón se enderezó, como si alguien le tendiese la mano, y con ellas extendidas, pasó al Señor". Esto acaecía el 14 de enero del año 1200, y la edad de Odón se calculaba en cien años. El beato obró muchos milagros en vida y después de su muerte, pero tenía horror de que las gentes le atribuyesen poderes sobrenaturales. "Hermano —dijo a un hombre que solicitaba su ayuda— ¿por qué te burlas de mí que soy un malvado pecador y un saco de putrefacción? Déjame en paz; el único que puede curarte es Jesucristo, el Hijo de Dios vivo"; y al decir esto, se le saltaron las lágrimas. El enfermo quedó al punto sano de una enfermedad que, según el testigo, que le había conocido personalmente, le atormentaba desde hacia muchos años. El culto del beato Odón fue confirmado en 1859.

Ver Le Couteulx, *Annales Ordinis Cartusiensis* (1888), vol. III, pp. 263-271. En el vol. IV., pp. 59-72, el editor publica una selección de los testimonios sobre los milagros obrados en la tumba del beato. Como esos testimonios datan de un año después de los hechos, se trata de una de las mejores colecciones que se conservan sobre milagros de la Edad Media. Ver la edición completa de esos documentos en *Analecta Bollandiana*, vol. I, (1882), pp. 323-354. Cf. también Le Vasseur, *Ephemerides*, vol. I, pp. 60-68.

BEATO ROGERIO DE TODI (1237 P.C.)

NO POSEEMOS muchos datos sobre el Beato Rogerio (Ruggiero) de Todi, y en los pocos que existen se observa cierta confusión. Lo que puede afirmarse, con seguridad, es que tomó el hábito de los Frailes Menores de las mismas manos de San Francisco en 1216; que fue nombrado por el santo de Asís director de la comunidad fundada y dirigida por la Beata Felipa Mareri, en Rieti de Umbría, bajo la regla de Santa Clara; que asistió a Felipa en su lecho de muerte en 1236, y que él mismo murió poco después en Todi, el 5 de enero

de 1237. El Papa Gregorio IX, que le había conocido personalmente, permitió que el pueblo de Todi, donde se conservan sus reliquias, celebrase una fiesta en su honor, y Benedicto XIV confirmó su culto en toda la orden franciscana.

Ver Mazzara, *Leggendario Francescano* (1676), vol. I, pp. 29-31; Léon *Auréole Séraphique*, vol. I, pp. 442-443.

BEATO ODORICO DE PORDENONE (1131 P.C.)

Es DIFÍCIL encontrar en toda la literatura secular una vida más llena de aventuras que la del fraile franciscano Odorico de Pordenone. Era originario de Friuli, y se dice que su nombre de familia era Mattiussi. Hacia el año 1300, a los quince de su edad, tomó en Udine el hábito de San Francisco, y sus biógrafos proclaman el fervor con que se entregó a la oración, a la pobreza y a la penitencia. Al poco tiempo, Odorico se sintió llamado por Dios a la soledad y obtuvo permiso de llevar vida eremítica en una remota celda. Ignoramos cuánto tiempo duró esta estrecha comunión con Dios, pero parece que sintió un nuevo llamamiento para volver a Udine y practicar los ministerios apostólicos en los alrededores. Su predicación tuvo gran éxito y las multitudes venían desde muy lejos para oírle. Pero hacia 1317, cuando tenía un poco más de treinta años, sintió una inspiración diferente, y es difícil determinar la parte que tuvieron en su vida posterior el simple espíritu de aventura y el deseo apostólico de extender el Reino de Dios y salvar las almas. Probablemente acertaremos pensando que los dos elementos se hallaban mezclados.

No es fácil precisar fechas; pero según Yule y Cordier, Odorico llegó a la India occidental poco después de 1321, vivió en el norte de China, de 1322 a 1328, y murió ciertamente en Udine, entre sus hermanos, en enero de 1331. En lo que concierne a la ruta de sus viajes, estamos mejor informados. Su primer objetivo fue Constantinopla, de donde pasó a Trebizonda, Erzerum, Tabriz y Soltania. En muchas de esas ciudades había casas de su orden, y el beato se detuvo probablemente bastante tiempo en cada una, de suerte que esta primera parte de su viaje debió durar unos tres años. De Soltania se dirigió, dando rodeos, a Bagdad y Hormuz, en la entrada del Golfo Pérsico, donde se embarcó con rumbo a Salsete. En Tana, o tal vez en Surat, reunió los restos de cuatro de sus hermanos que habían sido martirizados recientemente en ese lugar, en 1321, y los llevó consigo en su viaje al oriente. Fue a Malabar y a Ceilán, y después se detuvo, probablemente por algún tiempo, en el santuario de Santo Tomás en Mailpur, cerca de la actual Madrás. Ahí se embarcó con rumbo a Sumatra y Java, y es posible que haya visitado también el este y el sur de Borneo. En seguida pasó a China. De Cantón viajó a los grandes puertos del Fu-kien. Desde Fu-chau continuó a través de las montañas hacia Hang-chau —entonces Quinsai, la mayor ciudad del mundo— y Nan-king. Cruzando el gran canal en Yang-chau, se dirigió a Khanbaliq o Pekín, donde permaneció tres años en una de las iglesias fundadas por otro heroico misionero franciscano, el arzobispo Juan de Montecorvino, que era entonces ya muy anciano. De ahí retornó Odorico a Italia, a través de Shen-si y Lasha, la capital del Tibet, pero desconocemos el intinerario que siguió hasta llegar de nuevo a su provincia. Es interesante hacer notar que por lo menos durante la última parte de sus largos viajes, Odorico tuvo por compañero a un tal hermano Jacobo, fraile

irlandés de su orden. Sabemos esto gracias a un documento conservado en los archivos de Udine, según el cual, después de la muerte de su compañero de viaje, el hermano Jacobo recibió dos marcos "por amor de Dios y del bienaventurado hermano Odorico".

La narración de los viajes de Odorico, que desgraciadamente no fue escrita durante los mismos, sino dictada más tarde a uno de sus hermanos, no habla prácticamente de sus trabajos misionales. Ello hace difícil determinar hasta qué punto merecen crédito las leyendas posteriores sobre el éxito de su predicación. El cronista Lucas Wadding afirma que convirtió y bautizó a dos mil sarracenos, pero no explica de dónde toma el dato. También se dice que Odorico volvió de China a Europa en busca de misioneros para el Extremo Oriente, pero que San Francisco se le apareció en Pisa y le ordenó que retornase a Udine, explicándole que él mismo se encargaría de velar por esas remotas misiones. En su lecho de muerte, el gastado misionero declaró que Dios le había hecho saber que sus pecados estaban perdonados, pero que sin embargo, deseaba conseguir las "Laves de la Iglesia" como un humilde niño y recibir los sacramentos. Odorico murió el 14 de enero de 1331. Se cuenta que obró muchos milagros después de su muerte. En uno de ellos interviene de nuevo el hermano, ya que cierto franciscano, predicador y doctor de teología en Venecia y que sufría de una penosa enfermedad de la garganta, rogó al hermano Jacobo que le encomendase a su antiguo compañero de viajes, y quedó curado al punto. El culto de Odorico fue aprobado en 1775.

El relato de sus viajes, tal como lo dictó Odorico en latín, se encuentra en *Acta Sanctorum*, 14 de enero. Existe asimismo una traducción anotada, en Yule-Cordier, *Cathay and the Way Thither* (1913), vol. II. Ver también Wadding, *Annales, s. a.* 1331; M. Komroff, *Contemporaries of Marco Polo* (1928); y H. Matrod, *L'itinéraire... du b. Odoric de Pordenone* (1936). S. J. Williams, *Efordd y Brawd Odrig* (1929), editó una traducción de los viajes de Odorico en galaico, hecha en el siglo XV. Se encontrará una bibliografía más completa en Yule y en U. Chevalier, *Bio-Bibliographie.*

BEATO GIL DE LORENZANA (1518 P.C.)

LAS BIOGRAFÍAS de Gil cuentan que nació hacia 1443 en Lorenzana, en el antiguo reino de Nápoles. Sus padres eran piadosos cristianos de la clase humilde, y no se opusieron a las prácticas religiosas que Gil adoptó desde muy joven, sobre todo cuando cayó bajo la influencia de los franciscanos, quienes habían fundado un convento en Lorenzana. Gil determinó servir a Dios en la soledad y se instaló en las proximidades de un pequeño santuario de la Virgen. Ahí pasaba la mayor parte de su tiempo absorto en oración, acompañado por los pájaros y las fieras. Pero la noticia de los milagros que se le atribuían, empezó a atraerle visitantes. Forzado así a buscar refugio en otra parte, Gil entró al servicio de un agricultor de los alrededores de Lorenzana. De este período de su vida se cuenta que, aunque Gil pasaba la mayor parte del tiempo en la iglesia, su trabajo, por especial favor de Dios, no sufría menoscabo alguno. Gil ingresó más tarde como hermano lego en la orden franciscana. Habiéndosele confiado el cuidado del jardín, Gil se construyó en él una especie de cabaña que le servía de ermita. Seguía siendo amigo de los pájaros y de todas las criaturas de Dios, y sus curaciones milagrosas, su oración extática y su don de profecía, le valieron gran fama. Se dice que con frecuencia se elevaba del suelo mientras

oraba, y que sufrió ataques corporales del demonio. Murió el 10 de enero de 1518. La afirmación de que seis años después de su muerte su cuerpo fue encontrado incorrupto, de rodillas, con el rosario en la mano y el rostro vuelto hacia el Santísimo Sacramento, carece de fundamento histórico suficiente. Su culto fue confirmado en 1880.

Ver Léon, *Auréole Séraphique*, 10 de enero; Antonio da Vicenza, *Vita e miracoli del B. Egidio* (1880).

15: SAN PABLO EL ERMITAÑO (342 P.C.)

ELIAS y San Juan Bautista santificaron el desierto, y el mismo Jesucristo fue un modelo de vida eremítica, durante sus cuarenta días de ayuno. Pero, aun reconociendo que el Espíritu Santo impulsaba en la antigüedad a los santos a vivir lejos de los hombres, hemos de considerar esto, más como una vocación particular, que como un ejemplo. Hablando en general, tal modo de vida está lleno de peligros y sólo puede convenir a hombres muy bien fundados en la virtud y familiarizados con la práctica de la contemplación.

San Pablo había nacido en Egipto, en la baja Tebaida, y había perdido a sus padres cuando tenía catorce años. Se distinguía por su conocimiento del griego y de la cultura egipcia. Era bondadoso, modesto y temeroso de Dios. La cruel persecución de Decio perturbó la paz de la Iglesia el año 250; el demonio trataba no tanto de matar los cuerpos cuanto las almas con sus sutiles artificios. Durante esos peligrosos días, Pablo permaneció oculto en la casa de un amigo; pero al saber que un cuñado suyo, que codiciaba sus propiedades, se aprestaba a denunciarle, huyó al desierto. Ahí encontró unas cavernas que, según la tradición, habían sido el taller de los acuñadores de moneda en la época de Cleopatra, reina de Egipto. Escogió por morada una de dichas cavernas, cerca de la cual había una fuente y una palmera. Las hojas de la palmera le proporcionaban el vestido, su fruto el alimento y la fuente le daba el agua. Pablo tenía veintidós años cuando llegó al desierto. Su primer propósito había sido el de gozar de libertad para servir a Dios durante la persecución; pero, habiendo gustado las dulzuras de la contemplación en la soledad, resolvió no volver jamás a la ciudad y olvidar totalmente el mundo. Bastante tenía con saber que el mundo existía y con orar por su conversión. Pablo vivió del fruto de la palmera hasta los cuarenta y tres años. Desde entonces hasta su muerte, fue milagrosamente alimentado, como Elías, por el pan que le traía cada día un cuervo. Ignoramos en qué forma vivió y se ocupó hasta su muerte, ocurrida cuando tenía noventa años; pero Dios se encargó de dar a conocer a su siervo después de su muerte.

El gran San Antonio, que contaba entonces noventa años, fue asaltado por una tentación de vanidad. El diablo le hacía creer que nadie había servido a Dios tantos años como él en la soledad, inclinándole a imaginar que él había sido el primero en adoptar tan extraordinaria forma de vida. Pero Dios le reveló en un sueño que estaba equivocado, y le ordenó partir inmediatamente en busca de un solitario con más perfecciones que él. El santo se puso en marcha en cuanto amaneció. San Jerónimo relata que San Antonio encontró en el camino a un centauro, mitad caballo y mitad hombre, y que el monstruo o fantasma

(San Jerónimo no se atreve a determinarlo) desapareció cuando el santo trazó la señal de la cruz, no sin antes haberle indicado el camino que debía seguir. El mismo autor añade que San Antonio encontró poco después a un sátiro, quien le dio a entender que habitaba en el desierto y que era uno de los seres a quienes los paganos adoraban como divinidades* Tras dos días de búsqueda, San Antonio descubrió la morada de San Pablo, gracias a una luz que guió sus pasos hasta la entrada. Muchas veces llamó San Antonio a la puerta de la celda, y San Pablo le abrió por fin, con la sonrisa en los labios. Los dos santos se abrazaron y se llamaron por sus nombres, que conocieron por revelación divina. San Pablo preguntó si la idolatría reinaba aún en el mundo. Mientras se hallaban conversando, un cuervo vino volando hacia ellos y dejó caer una pieza de pan. San Pablo dijo: "Nuestro buen Señor nos manda la comida. Durante los últimos sesenta años yo he recibido cada día media pieza de pan en esta forma. Como tú has venido a visitarme, Cristo ha doblado la ración para que nada falte a sus servidores". Habiendo dado gracias a Dios, se sentaron a comer junto a la fuente. Pero surgió una ligera discusión entre ellos para determinar quién de los dos debía partir el pan. San Antonio hacía valer la mayor edad de San Pablo, y éste a su vez alegaba que San Antonio era su huésped. Finalmente, decidieron partir el pan entre los dos. Al terminar la comida bebieron un poco de agua, y pasaron toda la noche en oración.

A la mañana siguiente, San Pablo anunció a su huésped que se acercaba la hora de su muerte y que Dios le había enviado para que se encargase de darle sepultura. "Ve a traer la túnica que te regaló Atanasio, el obispo de Alejandría, —le dijo—, porque quiero que en ella envuelvas mi cadáver". Esto era probablemente un simple pretexto para permanecer solo, en oración, hasta el momento en que Dios le llamara a Sí, y también para mostrar su veneración por Atanasio y la gran estima en que tenía la fe y la comunión de la Iglesia católica, por la que el santo obispo sufría entonces grandes pruebas. San Antonio se sorprendió al oírle mencionar esa túnica, cuya existencia sólo podía conocer por revelación. Cualquiera que haya sido el motivo por el que quería ser enterrado con ella, San Antonio se acomodó a su deseo y partió apresuradamente a su monasterio para traerla. Más tarde confesaba a sus monjes que él no era más que un simple pecador que se decía siervo de Dios, pero que le había sido dado ver a Elías y a Juan Bautista en el desierto. Habiendo tomado la túnica, volvió a toda prisa, temeroso de encontrar a Pablo ya muerto, como sucedió en efecto. Cuando se hallaba todavía en camino, Dios permitió que viera subir al cielo el alma de San Pablo, acompañada de coros de ángeles, profetas y apóstoles. Aunque se alegró por el santo, no pudo dejar de entristecerse por haber perdido un tesoro tan recientemente descubierto. En la cueva encontró el cadáver del santo, arrodillado, con las manos extendidas en cruz. Viéndole en tal posición, creyó que estaba aún vivo y, lleno de gozo, se arrodilló a orar con él. El silencio total de San Pablo le hizo pronto comprender que estaba muerto. Mientras San Antonio se preguntaba cómo podría cavar la tumba, dos leones se acercaron quedamente, como si estuvieran tristes, y abrieron un agujero

* Los cristianos de la época no eran menos crédulos que los paganos. Plutarco narra en su vida de Sila que un sátiro fue transportado a Atenas para que lo viese dicho general. San Jerónimo cuenta que en Alejandría existió un sátiro vivo, que fue embalsamado después de su muerte y enviado a Antioquía para que lo viera Constantino. Plinio y otros autores afirman que había gentes que habían visto a los centauros.

con sus zarpas. San Antonio depositó ahí el cadáver, cantando los salmos del ritual de la Iglesia en aquel tiempo. Después volvió a su monasterio alabando a Dios, y relató a sus monjes lo que había visto y hecho. Hasta su muerte conservó como un tesoro la vestidura de San Pablo, tejida de hojas de palmera, y él mismo la revestía en las grandes festividades. San Pablo murió el año 342, a los ciento trece de su edad y a los noventa de vida eremítica. Se le conoce generalmente con el título de "el primer ermitaño", para distinguirle de los otros santos del mismo nombre. Los ritos copto y armenio le conmemoran en el canon de la misa.

El resumen de la vida de San Pablo que Butler nos ofrece en este artículo está tomado de la breve biografía editada en latín por San Jerónimo, muy conocida en occidente. Aunque es cosa muy discutida, no es imposible que San Jerónimo se haya prácticamente limitado a traducir un texto griego, del que existen versiones en sirio, en árabe y en copto, y que está plagado de datos fabulosos. Sin embargo, es cierto que San Jerónimo consideraba esa biografía como sustancialmente histórica. El original griego parece haber sido un suplemento destinado a corregir la Vida de San Antonio escrita por San Atanasio. Sobre este punto ver F. Nau, *Analecta Bollandiana*, vol. xx (1901), pp. 121-157. Los dos principales textos griegos han sido editados por J. Bidez (1900), los textos sirio y copto por Pereira (1904). Cf. también J. de Decker, *Contribution a l'étude des vies de Paul de Thebes* (1905); Plenkers, en *Der Katholik* (1905), vol. II, pp. 294-300; Schiwietz, *Das morgenländische Mönchtum* (1904), pp. 49-51; Cheneau d'Orléans, *Les Saints d'Egypte* (1923), vol. I, pp. 76-86. R. Draguet, *Les Peres du désert* (1949) tradujo al francés la vida de San Pablo escrita por San Jerónimo; cf. H. Waddell, *The Desert Fathers* (1936), pp. 35-53.

SAN MACARIO EL VIEJO (390 P.C.)

MACARIO nació en el alto Egipto, hacia el año 300, y pasó su juventud como pastor. Movido por una intensa gracia, se retiró del mundo a temprana edad, confinándose en una estrecha celda, donde repartía su tiempo entre la oración, las prácticas de penitencia y la fabricación de esteras. Una mujer le acusó falsamente de que había intentado hacerle violencia. A resultas de ello, Macario fue arrastrado por las calles, apaleado y tratado de hipócrita disfrazado de monje. Todo lo sufrió con paciencia, y aun envió a la mujer el producto de su trabajo, diciéndose: "Macario, ahora tienes que trabajar más, pues tienes que sostener a otro". Pero Dios dio a conocer su inocencia: la mujer que le había calumniado no pudo dar a luz, hasta que reveló el nombre del verdadero padre del niño. Con ello, el furor del pueblo se tornó en admiración por la humildad y paciencia del santo. Para huír de la estima de los hombres, Macario se refugió en el vasto y melancólico desierto de Esqueta, cuando tenía alrededor de treinta años. Ahí vivió sesenta años y fue el padre espiritual de innumerables servidores de Dios que se confiaron a su dirección y gobernaron sus vidas con las reglas que él les trazó. Todos vivían en ermitas separadas. Sólo un discípulo de Macario vivía con él y se encargaba de recibir a los visitantes. Un obispo egipcio mandó a Macario que recibiera la ordenación sacerdotal a fin de que pudiese celebrar los divinos misterios para sus ermitaños. Más tarde, cuando los ermitaños se multiplicaron, fueron construidas cuatro iglesias, atendidas por otros tantos sacerdotes.

Las austeridades de Macario eran increíbles. Sólo comía una vez por semana. En una ocasión, su discípulo Evagrio, al verle torturado por la sed, le rogó que tomase un poco de agua; pero Macario se limitó a descansar breve-

mente en la sombra, diciéndole: "En estos veinte años, jamás he comido, bebido, ni dormido lo suficiente para satisfacer a mi naturaleza". Su cuerpo estaba debilitado y tembloroso; su rostro, pálido. Para contradecir sus inclinaciones, no rehusaba beber un poco de vino, cuando otros se lo pedían, pero después se abstenía de toda bebida durante dos o tres días. En vista de lo cual, sus discípulos decidieron impedir que los visitantes le ofrecieran vino. Macario empleaba pocas palabras en sus consejos, y recomendaba el silencio, el retiro y la continua oración —sobre todo esta última— a toda clase de personas. Acostumbraba decir: "En la oración no hace falta decir muchas cosas ni emplear palabras escogidas. Basta con repetir sinceramente: Señor, dame las gracias que Tú sabes que necesito. O bien: Dios mío, ayúdame". Su mansedumbre y paciencia eran extraordinarias, y lograron la conversión de un sacerdote pagano y de muchos otros.

Macario ordenó a un joven que le pedía consejos que fuese a un cementerio a insultar a los muertos y a alabarlos. Cuando volvió el joven, Macario le preguntó qué le habían respondido los difuntos. "Los muertos no contestaron a mis insultos, ni a mis alabanzas", le dijo el joven. "Pues bien, —le aconsejó Macario—, haz tú lo mismo y no te dejes impresionar ni por los insultos, ni por las alabanzas. Sólo muriendo para el mundo y para ti mismo, podrás empezar a servir a Cristo". A otro le aconsejó: "Está pronto a recibir de la mano de Dios la pobreza, tan alegremente como la abundancia; así dominarás tus pasiones y vencerás al demonio". Como cierto monje se quejara de que en la soledad sufría grandes tentaciones para quebrantar el ayuno, en tanto que en el monasterio lo soportaba gozosamente, Macario le dijo: "El ayuno resulta agradable cuando otros lo ven, pero es muy duro cuando está oculto a las miradas de los hombres". Un ermitaño que sufría de fuertes tentaciones de impureza, fue a consultar a Macario. El santo, después de examinar el caso, llegó el convencimiento de que las tentaciones se debían a la indolencia del ermitaño; así pues, le aconsejó que no comiera nunca antes de la caída del sol, que se entregara a la contemplación durante el trabajo, y que trabajara sin cesar. El otro siguió estos consejos y se vio libre de sus tentaciones. Dios reveló a Macario que no era tan perfecto como dos mujeres casadas que vivían en la ciudad. El santo fue a visitarlas para averiguar los medios que empleaban para santificarse, y descubrió que nunca decían palabras ociosas ni ásperas; que vivían en humildad, paciencia y caridad, acomodándose al humor de sus maridos, y que santificaban todas sus acciones con la oración, consagrando a la gloria de Dios todas sus fuerzas corporales y espirituales.

Un hereje de la secta de los hieracitas, que negaban la resurrección de los muertos, había inquietado en su fe a varios cristianos. Sozomeno, Paladio y Rufino relatan que San Macario resucitó a un muerto para confirmar a esos cristianos en su fe. Según Casiano, el santo se limitó a hacer hablar al muerto y le ordenó que esperase la resurrección en el spulcro. Lucio, obispo arriano que había usurpado la sede de Alejandría, envió tropas al desierto para que dispersaran a los piadosos monjes, algunos de los cuales sellaron con su sangre el testimonio de su fe. Los principales ascetas. Isidoro, Pambo, los dos Macarios y algunos otros, fueron desterrados a una pequeña isla del delta del Nilo, rodeada de pantanos. El ejemplo y la predicación de los hombres de Dios convirtió a todos los habitantes de la isla, que eran paganos. Lucio autorizó más tarde a

los monjes a retornar a sus celdas. Sintiendo que se acercaba su fin, Macario hizo una visita a los monjes de Nitria y les exhortó, con palabras tan sentidas, que éstos se arrodillaron a sus pies llorando. "Sí, hermanos —les dijo Macario—, dejemos que nuestros ojos derramen ríos de lágrimas en esta vida, para que no vayamos al sitio en que las lágrimas alimentan el fuego de la tortura". Macario fue llamado por Dios a los noventa años, después de haber pasado sesenta en el desierto de Esqueta. Según el testimonio de Casiano, Macario fue el primer anacoreta de ese vasto desierto. Algunos autores sostienen que fue discípulo de San Antonio, pero es imposible que haya vivido bajo la dirección de este santo, antes de retirarse al desierto. Sin embargo, parece que más tarde visitó una o varias veces a San Antonio, quien vivía a unos quince días de viaje del sitio donde habitaba San Macario. En los ritos copto y armenio, el canon de la misa conmemora a San Macario.

Ver Paladio, *Historia Lausiaca*, c 19 s.; *Acta Sanctorum*, 15 de enero; Schiwietz, *Morgenland Mönchtum*, vol. I, pp. 97 ss; Bardenhewer, *Patrology* (edic. ingl.), pp. 266-267; Gore, en *Journ. of Theol. Stud.*, vol. VIII, pp. 85-90; Cheneau d'Orléans, *Les Saints d'Egypte* (1923), vol. I, pp. 117-138.

SAN ISIDORO DE ALEJANDRIA (404 P.C.)

ISIDORO, después de distribuir su fortuna entre los pobres, se retiró al desierto de Nitria. Más tarde, cayó bajo la influencia de San Atanasio, quien le ordenó sacerdote y le llevó consigo a Roma, el año 341. Pero Isidoro pasó la mayor parte de su vida como superior del gran hospital de Alejandría. Cuando Paladio, el autor de la *Historia Lausiaca*, fue a Egipto para consagrarse a la vida ascética, se dirigió primeramente a Isidoro, quien le aconsejó que practicara la austeridad y la abnegación y que volviese después en busca de nuevos consejos. Cuando tenía ya más de ochenta años, nuestro santo sufrió persecuciones y calumnias de toda especie. San Jerónimo le acusó violentamente de simpatizar con Orígenes, y su propio obispo, Teófilo, que había sido su amigo, le excomulgó. Ello obligó a Isidoro a buscar refugio en el desierto de Nitria, donde había pasado su juventud. Por último, huyó a Constantinopla en busca de la protección de San Juan Crisóstomo, y ahí murió poco después, a los ochenta y cinco años de edad.

Ver Paladio, *Historia Lausiaca, y Dialogus de vita Chrysostomi*; también *Acta Sanctorum*, 15 de enero.

SAN JUAN CALIBITES (*c.* 450 P.C.)

ABANDONANDO a sus padres y su cuantiosa fortuna, San Juan se retiró del mundo a Gomón del Bósforo, entre los monjes "vigilantes", fundados por San Alejandro Akimetes. A los seis años retornó a su casa disfrazado de mendigo y vivió de la caridad de sus padres, sin ser reconocido por ellos, en una choza próxima a su casa. El nombre de Calibites se deriva de la palabra griega "kalubé", que significa "choza". Juan se santificó ahí por la paciencia, la mansedumbre y la oración. Se cuenta que, hallándose ya en el lecho de muerte, reveló su identidad a su madre, aduciendo como prueba el libro de los Evangelios empastado en oro que había usado de niño. El santo pidió que le sepultaran en la choza donde

había vivido. Así se hizo, en efecto; pero sobre la choza se construyó una iglesia, y las reliquias del santo fueron más tarde transladadas a Roma. La leyenda de San Juan Calibites se originó o se confundió con las de San Alejo, San Onésimo y otros dos o tres santos más, en las que aparece la idea del disfraz.

Ver *Acta Sanctorum*, 15 de enero, y *Analecta Bollandiana* vol. xv (1896), pp. 256-267. Cf. también *Synaxarium Cp.* (ed. Delehaye), p. 393.

SANTA ITA, VIRGEN (*c.* 570 P.C.)

ENTRE las santas de Irlanda, Santa Ita (llamada también Ida y Mida) ocupa el primer puesto, junto con santa Brígida. Aunque su biografía está llena de mitos y milagros extravagantes, no hay razón para dudar de la existencia histórica de la santa. Se cuenta que era de familia real, que nació en uno de los baronados de Decies, cerca de Drum, Waterford, y que su primer nombre era Deirdre. Cuando se presentó un noble pretendiente, Ita logró, con la ayuda de los ángeles y después de haber ayunado y orado durante tres días que su padre le permitiese llevar vida de virginidad. Para realizar su propósito, Ita emigró a Hy Conaill, en la región occidental del actual condado de Limerick. En Killeedy reunió una comunidad de doncellas, y ahí murió, probablemente el año 570, después de largos años de servicio de Dios y del prójimo. Se cuenta que Ita pasaba al principio tres o cuatro días sin comer, pero que un ángel se le apareció y le aconsejó que mirase más por su salud. Como ella pusiese algunas objeciones, el ángel le dijo que Dios se encargaría de proveer a sus necesidades en el futuro. De ahí en adelante, Ita vivió alimentada por el cielo. Una piadosa doncella que venía de una larga peregrinación le preguntó un día: "¿Por qué te ama tanto Dios? Te alimenta milagrosamente, te bendice con el don de curar todas las enfermedades y de ver el pasado y el futuro; los ángeles conversan contigo y tu pensamiento está siempre en los divinos misterios". Ita le dio a entender que la práctica de la continua meditación, a la que se había entregado desde la infancia, era la fuente de todo el resto. Los hombres más santos de Irlanda buscaban el consejo de Ita.

Según parece, Ita dirigía una escuela de niños, y el obispo San Erc le confió el cuidado de uno, llamado Brendano, que estaba destinado a ser famoso como abad y misionero. Ita se ocupó de él durante cinco años. Un día, el niño le preguntó cuáles eran las tres cosas que Dios más amaba. La santa respondió: "La confianza de un corazón puro, la sencillez del espíritu religioso, y la generosidad inspirada por la caridad; éstas son las tres cosas en que Dios se complace más". "¿Y cuáles son las tres cosas que más aborrece?" —insistió el niño—. A lo que la santa respondió: "El rostro de los que se burlan de sus hermanos, la obstinación en el pecado, y la confianza exagerada en el poder del dinero; éstas son las tres cosas que Dios más aborrece".

Muchos de los milagros atribuidos a la santa, son de lo más extravagante. Por ejemplo, la historia del hábil artesano que había estado al servicio de Ita y a quien ésta había dado a su hermana en matrimonio, prometiéndole que tendría un hijo santo. El artesano salió a combatir a un grupo de bandidos y fue decapitado en la batalla. Su cuerpo fue recuperado, pero los bandidos se habían llevado la cabeza. Entonces Ita, cuya promesa no se había cumplido aún, se puso en oración, y la cabeza de su cuñado vino volando a unirse con el

cuerpo. Una hora después, Ita, su hermana y su cuñado volvieron andando al convento. El hijo del artesano fue San Mochoemog, abad de Liath-mor o Leagh, en Tipperary. Santa Ita se encargó de su educación y le puso ese nombre, que significa "mi hermoso pequeño", latinizado en "Pulcherius". La fiesta de Santa Ita se celebra en toda Irlanda.

C. Plummer, en VSH., vol. II, pp. 116-130, publicó una edición crítica de la vida de Santa Ita. Ver también *Acta Sanctorum,* 15 de enero; J. Colgan, *Acta Sanctorum Hiberniae;* LIS., vol. I, p. 200; J. Ryan, *Irish Monasticism* (1931), pp. 138-140; y J. Begley, *Diocese of Limerick, Ancient and Modern* (1906), c. IV.

SAN MAURO, ABAD (Siglo VI)

ENTRE otros nobles que pusieron a sus hijos en manos de San Benito para que las educase en la piedad y el saber, se encontraba un tal Equicio, quien llevó a su hijo de doce años al santo. Más tarde San Benito hizo del chico, llamado Mauro, su asistente en el gobierno de Subiaco. Un niño llamado Plácido fue un día a buscar agua y se cayó en el lago, donde fue arrastrado a la distancia de un tiro de flecha. San Benito, que se hallaba en su celda, tuvo una visión del hecho, y envió a Mauro a rescatar al niño. Mauro obedeció, caminó sobre las aguas y sacó al niño tirándole por los cabellos. Mauro atribuyó el milagro a las oraciones de San Benito, pero el santo declaró que había sido un premio de Dios a la obediencia de su discípulo. Poco después, el santo patriarca se retiró a Monte Casino, y parece que San Mauro le sucedió como superior de Subiaco.

Estos datos que nos da San Gregorio el Grande son prácticamente todo lo que sabemos sobre la vida de San Mauro. Sin embargo, una pretendida biografía, escrita por el abad Odón de Glanfeuil, bajo el seudónimo de Fausto, afirma que San Mauro fue a Francia; que, gracias a la liberalidad del rey Teodoberto, fundó la gran abadía de Glanfeuil, más tarde llamada Saint-Maur-sur-Loire, y que la gobernó hasta los setenta años. Después Mauro renunció a su dignidad abacial y pasó el resto de su vida en la soledad, preparándose para el paso a la eternidad. A los dos años cayó enfermo, y murió el 15 de enero del año 584. Fue sepultado en el ala derecha del altar de la iglesia de San Martín. En un rollo de pergamino, depositado en su tumba, se escribió el siguiente epitafio: "Mauro, monje y diácono, que vino a Francia en los días del rey Teodoberto, y murió dieciocho días antes del comienzo de febrero". Es probable que dicho pergamino haya sido realmente descubierto a mediados del siglo IX. Pero no existen pruebas evidentes de que el Mauro así descrito se identifique con el discípulo de San Benito.

Desde la época de Bolando y Mabillon (quien en *Acta Sanctorum* O.S.B.", vol. I, pp. 275-298, publicó como documento auténtico la Vida de San Mauro, escrita por el pseudo-Fausto) hasta nuestros días, se ha debatido mucho la cuestión de la relación de San Mauro con Glanfeuil. Bruno Krusch (*Neus Archiv,* vol. XXXI, pp. 245-247) afirma que no hay ninguna razón para sostener que en la época merovingia haya existido una abadía en Glanfeuil, ni un monje llamado Mauro. Sin ir tan lejos, el P. Poncelet, en muchas notas de *Analecta Bollandiana* (p.e. vol. XV, pp. 355-356) y U. Berlière en la *Revue Bénédictine* (vol. XXII, pp. 541-542), están de acuerdo en que la vida escrita por "Fausto" es poco de fiar. H. Leclercq, en DAC., s.v. *Glanfeuil* (vol. VI, cc. 1283-1319), hace un admirable resumen de toda la discusión y concluye en el mismo sentido. Ver también J. McCann, *St Benedict* (1938), pp. 274-281.

BEATO PEDRO DE CASTELNAU, MÁRTIR (1208 P.C.)

ESTE MONJE cisterciense nació cerca de Montpellier. En 1199, era ya archidiácono de Maguelone; pero uno o dos años más tarde, entró en la orden del Cister. El Papa Inocencio III le confió a él y a otro compañero, en 1203, el cargo de delegado apostólico e inquisidor contra los herejes albigenses. Pedro desempeñó la tarea con gran celo, pero con poco éxito. La oposición que se levantó contra él, favorecida por Raimundo VI, conde de Toulouse, terminó con el asesinato, el 15 de enero de 1209, no lejos de la abadía de Saint-Gilles. Con el cuerpo atravesado por una lanza, el beato Pedro gritó al asesino: "Quiera Dios perdonarte como yo te perdono". Sus reliquias fueron depositadas y veneradas en la iglesia abacial de Saint-Gilles.

Ver *Acta Sanctorum*, 5 de marzo Hurter en *Kirchenlexikon*, vol. II, cc. 20-31-2033; H. Nickerson, *The Inquisition*, pp. 77-95.

BEATO FRANCISCO DE CAPILLAS, MÁRTIR (1648 P.C.)

LOS DOMINICOS llegaron a China después de los jesuitas, en el siglo XVII, y a la Orden de Predicadores pertenece el honor de haber dado el primer sacerdote y obispo chino, Gregorio Lo (1616-1691), y el primer beato martirizado en China, Francisco Fernando de Capillas. Francisco había nacido de una humilde familia en la provincia de Valladolid, y a los diecisiete años había entrado en la orden de Santo Domingo. Se ofreció como voluntario para la misión de Filipinas, y recibió el sacerdocio en Manila en 1631. Durante diez años trabajó bajo el sol tropical de Cagayán, en Luzón, considerando este campo apostólico como una especie de preparación para la misión más ardua a la que se sentía llamado. Con miras a cumplirla, empezó a practicar grandes austeridades, como la de dormir sobre una cruz de madera, las cortas horas que reservaba para el descanso, y la de exponer voluntariamente su cuerpo al aguijón de los insectos que infestaban la región. Finalmente, en 1642, fue elegido para acompañar a uno de los primeros misioneros, el P. Francisco Díaz, O.P., que a la sazón pasaba por Formosa para continuar el apostolado que había comenzado en la provincia china de Fu-kién. El P. de Capillas aprendió la lengua, y su obra misional parece haber tenido un éxito inmenso. En Fogán, Moyán, Tingteu y otras ciudades obtuvo numerosas conversiones.

Desgraciadamente, en aquella época se desataron los grandes disturbios revolucionarios que iban a sacudir todo el imperio chino. La dinastía Ming se extinguió, y los tátaros de Manchuria, cuyo auxilio se había solicitado para sofocar la rebelión, acabaron por convertirse en dueños del país. Fu-kién resistió bravamente a los tártaros, los cuales lograron apoderarse de Fogán, pero ahí fueron sitiados por el virrey chino. Según parece, durante el sitio de la ciudad, el P. de Capillas consiguió introducirse en ella para asistir a sus convertidos. Los mandarines de la antigua administración se habían mostrado tolerantes y aun abiertos con los cristianos, pero los nuevos amos de la región se oponían brutalmente a la religión extranjera. El P. de Capillas fue arrestado y juzgado como espía del ejército que sitiaba la ciudad, cruelmente torturado y finalmente decapitado, el 15 de enero de 1648. Hay que hacer notar, a propósito de todos los misioneros que murieron en aquella época y de los que se podría dudar si

dieron su vida por la fe o por motivos políticos, que, si bien los PP. Ferrando y Fonseca admiten en su "Historia de los Dominicos en Filipinas" que la acusación formal por la que fue condenado el P. de Capillas fue la "rebeldía". La Santa Sede le beatificó como verdadero mártir.

Por lo que toca a este santo dominico, no estará de más citar un párrafo de Sir Robert K. Douglas:

> "¿Por qué os preocupáis tanto —preguntó una vez el emperador Kangshi a un misionero— de la vida futura que no conocéis?". Y, expresando la opinión de la sabiduría humana, le arguyó que sería más prudente pensar en la vida presente que en la futura. Es posible que al decir esto tuviese presente las últimas palabras de Fernando de Capillas, que había sufrido el martirio en 1648: "Yo nunca he tenido otra casa que el mundo —había dicho el mártir a su juez—, ni otro lecho que la tierra, ni otro alimento que el pan que cada día me ha dado la Providencia, ni otra razón de vivir que trabajar y sufrir por la gloria de Jesucristo y por la felicidad eterna de los que creen en su nombre".

Ver Touron, *Histoire des hommes illustres O.P.*, vol. VI, pp. 732-733; y especialmente Juan Ferrando y Joaquín Fonseca, *Historia de los PP. Dominicos en las Islas Filipinas*, vol. II, pp. 569-587, Cf. R. K. Douglas, *China*, en la serie *Story of the Nations*, pp. 61-62. Sobre otros mártires de China, ver 17 de febrero, 26 de mayo, 9 de julio y 11 de septiembre. Francisco Fernando de Capillas fue beatificado en 1909.

16: SAN MARCELO I, PAPA Y MÁRTIR (309 P.C.)

SAN MARCELO había sido ordenado sacerdote bajo el Papa San Marcelino, al que sucedió el año 308, después de que la Sede de Pedro había estado vacante durante tres años. El Papa San Dámaso, en su epitafio del santo, dice que Marcelo se atrajo la hostilidad de muchos cristianos tibios por haber exigido el cumplimiento de los cánones penitenciales, y que el emperador Majencio le desterró a causa de la severidad que había mostrado con un apóstata. Marcelo I murió en el destierro, no sabemos dónde, el año 309. El *Liber Pontificalis* afirma que Lucina, viuda de Piniano, quien había alojado a San Marcelo en Roma, convirtió su casa en iglesia después de la muerte del santo y le dio el nombre del Papa difunto. Las "actas" de San Marcelo, que son falsas, relatan que el tirano le condenó, entre otras penas, a guardar el ganado. Los sacramentarios y martirologios antiguos le ponen en el número de los mártires, pero el relato de su martirio data del siglo V y está en contradicción con el epitafio de San Dámaso. El cuerpo de San Marcelo se halla en Roma, bajo el altar mayor de la iglesia que lleva su nombre y da su título a un cardenal.

La difícil cuestión de la cronología del breve pontificado de San Marcelo ha sido discutida por extenso por Mons. Duchesne (*Liber Pontificalis*, vol. I, pp. XCIX y 164) y por el P. Grisar (*Kirchenlexikon*, vol. VIII, cc. 656-658); cf. también Duchesne, en "*Mélanges d'arch*..., 1898, pp. 382-392, y CMH, pp. 42-43.

SAN MELAS, OBISPO (*c.* 390 P.C.)

MELAS, nació en Rhinocolure, en Egipto, cerca de los límites con Palestina. Pertenecía a una familia pobre que le dio una educación cristiana. Vivía sin

ambición y sin brillo, como verdadero asceta, cuando fue elevado a la sede episcopal de su ciudad natal. En esta alta dignidad conservó su simplicidad, su amor a las mortificaciones y a la vida oculta. Se cree que fue consagrado por Atanasio.

Su adhesión a la fe de Nicea le valió los honores de la persecución. Los enviados del emperador Valente, venidos para apoderarse de su persona, lo encontraron en su iglesia, ocupado en limpiar las lámparas. Melas les dejó en la ignorancia sobre su persona y su dignidad, les introdujo en la casa episcopal y les sirvió de comer él mismo. Al final les dijo:

"Yo soy el mismo que vosotros buscáis".

Llenos de respeto y de admiración, los comisarios le comunicaron las órdenes del emperador y se ofrecieron a facilitar su evasión. Melas rehusó y declaró que quería ser tratado como los otros prelados católicos. Marchó, pues, al exilio, menos por la violencia de sus enemigos que por el ardor de su caridad.

Se ignora el lugar donde fue relegado y lo que aconteció durante sus últimos años. Algunos han supuesto que, habiendo sobrevivido a Valente, pudo ser restablecido en su sede y morir en paz, bajo el gobierno de Teodosio. Su memoria se hace en el Martirologio Romano el 16 de enero.

Sozomeno *Hist, eccl.*, en la P.G., vol. LXVII, col. 1589. *Acta sanct*, 16 de enero.

SANTA PRISCILA, MATRONA (*c.* 98 P.C.)

ES UNA desgracia que sepamos tan poco de Santa Priscila, que dio su nombre a la más antigua e interesante de las catacumbas y a quien el Martirologio Romano conmemora en este día. Parece haber sido la esposa de Manio Acilio Glabrio, el cual, según los historiadores paganos Suetonio y Dion Casio, fue condenado a muerte por Domiciano, bajo el pretexto de rebelión o de impiedad blasfema; tal vez esto significa que Manio Acilio Glabrio se había convertido al cristianismo. También es probable que Santa Priscila haya sido la madre del senador San Prudente y, por eso mismo, antepasada de las santas Práxedes y Prudenciana. Se cree que el apóstol San Pedro vivió en una casa de la Vía Salaria que pertenecía a Priscila, bajo la cual se construyó posteriormente una catacumba para conmemorar la sede de la actividad del primer Papa en Roma. En todo caso, no hay duda alguna de que la familia de Acilio Glabrio estaba íntimamente relacionada con ese sitio y que muchos de sus miembros eran cristianos, en los siglos II y III, y fueron enterrados en las catacumbas.

Ver De Rossi, en *Bullettino di archeologia cristiana*, 1888-1889, pp. 15 y 103; Marucchi, en *Nuovo Bullettino...*, vol. VIII (1902), pp. 217-232; H. Leclercq, en DAC., s. v., *Glabrion*, vol. VI, cc. 1259-1274.

SAN HONORATO, OBISPO DE ARLES (429 P.C.)

HONORATO había nacido de una familia consular romana establecida en la Galia, y era muy versado en las artes liberales. Siendo joven, había renunciado a la adoración de los ídolos y había ganado a Cristo a su hermano Venancio, a quien inspiró igualmente el desprecio del mundo. Ambos deseaban retirarse de él, pero su padre les oponía constantes obstáculos. Finalmente, se embarcaron en

Marsella, llevando consigo como padre espiritual al ermitaño San Caprasio, con rumbo a Grecia, donde querían vivir ignorados en algún desierto. Venancio murió al poco tiempo, en Modón. Honorato, que había caído enfermo también, se vio obligado a volver a la Galia con su maestro. Primero vivió como ermitaño en las montañas próximas a Fréjus. Cerca de la costa hay dos islitas: la de Santa Margarita, que entonces se llamaba Lero, y otra más pequeña y lejana, que dista dos leguas de Antibes, llamada entonces Lérins y actualmente San Honorato, en honor de nuestro santo que ahí se estableció. Cuando se le unieron otros compañeros, hacia el año 400, fundó el famoso monasterio de Lérins. Algunos de sus compañeros vivían en comunidad y otros como anacoretas en celdas aisladas. San Honorato calcó la mayor parte de sus reglas en las de San Pacomio. Nada más atractivo que la descripción que hace San Hilario de Arles de las virtudes de esa comunidad de hombres de Dios, especialmente de la caridad y devoción que reinaban entre ellos.

Una encantadora leyenda, desgraciadmente muy posterior, cuenta cómo Margarita, la hermana de Honorato, convertida finalmente del paganismo, fue a establecerse en la isla de Lero para estar cerca de su hermano. Honorato prometió, no sin cierta dificultad, visitarla una vez al año, en la época de las mimosas. En cierta ocasión, Margarita, acosada de una cruel desolación de espíritu, deseaba ardientemente recibir los consejos de su hermano. Faltaban aún dos meses para que florecieran las mimosas, pero Margarita se arrodilló a hacer oración. Súbitamente, el aire se cargó de un perfume conocido; Margarita levantó los ojos y vio que junto a ella había florecido un árbol de mimosas. Margarita cortó algunas flores y las envió a su hermano, quien comprendió al punto y acudió fraternalmente a socorrerla. Fue la última vez que se vieron, pues Margarita murió poco después. Honorato, obligado a aceptar la sede episcopal de Arles en 426, murió allí en 429, agotado por las austeridades y el trabajo apostólico. Según asegura su sucesor, San Hilario, el estilo de sus cartas era claro y uncioso, delicado, elegante y lleno de suavidad. Es lástima que se hayan perdido sus escritos. El cuerpo del santo fue trasladado a Lérins en 1931, de suerte que la tumba del altar mayor de la iglesia que lleva su nombre en Arles, está vacía.

Cf. *Gallia Christiana novissima*, vol. III (1901), p. 26; *Revue Bénédictine*, vol. IV, pp. 180-184; Duchesne *Fastes Episcopaux*, vol. I, p. 256. Ver también el panegírico escrito por el discípulo, pariente y sucesor de San Honorato, San Hilario de Arles, y sobre todo A.C. Cooper-Marsden, *The History of the Islands of the Lerins* (1913), ilustrado con excelentes fotografías. B. Munke y otros editaron una biografía medieval latina de San Honorato (1911), que carece de valor histórico, así como la *Vida de Sant Honorat* en provenzal. F. R. Hoare, *The Western Fathers* (1954), traduce el panegírico de San Hilario.

SAN TICIANO, Obispo (*c.* Siglo V)

TICIANO NACIÓ en Heraclas, a orillas del mar Adriático. Su educación quedó al cuidado del obispo de Oderzo, Florián, quien le ordenó diácono y le encargó el cuidado de los pobres.

Floirán tuvo que ir a tratar un negocio a la corte. Reunió a los fieles de su iglesia y les ordenó elegir otro obispo para el caso de que él no regresara al cabo de un año. Partió y, deseoso de encontrar el martirio, se puso a predicar el Evangelio en otras regiones. No regresó, en efecto, sino al cabo de un año,

cuando, ya de común acuerdo, los fieles habían elegido a Ticiano como obispo. Este, al conocer el regreso de Florián, fue a suplicarle que volviera a asumir las funciones de su cargo. Pero Florián prefirió retornar a sus misiones evangélicas.

En cuanto a Ticiano, administró santamente la diócesis y se durmió en el Señor, después de una vida llena de méritos.

La sede de Oderzo fue fundada probablemente a fines del siglo IV, lo que colocaría a Ticiano, patrón de la diócesis, en el siglo V. La ciudad fue destruida y la sede se trasladó a Ceneda, en el siglo VIII. Allí se trasladó también el cuerpo de Ticiano, patrón, desde entonces muy venerado, de Ceneda.

Del martirologio de Usuardo y de otros, el nombre ha pasado al Martirologio Romano, el día 16 de enero.

Acta sanctorum, 16 de enero.

SAN ENRIQUE DE COCKET (1200 P.C.)

Los DANESES deben en parte la luz de la fe, después de Dios, al ejemplo y trabajos de los misioneros ingleses. Enrique nació en Inglaterra y, desde su juventud, se entregó de todo corazón al servicio de Dios. Cuando alcanzó la mayoría de edad, se embarcó hacia el norte de Inglaterra. La islita de Cocket, en la costa de Nortumbría, próxima a la desembocadura del río del mismo nombre, había albergado a los anacoretas desde la época de San Beda, según se desprende de la vida de San Cutberto. Dicha isla pertenecía al monasterio de Tynemouth, y en ella llevó San Enrique una vida de ermitaño. Se alimentaba únicamente de pan y agua una vez al día, después de la caída del sol. Ganaba el pan con sus propias manos, trabajando en un pequeño huerto. Murió en su ermita, el 16 de enero de 1127, y fue sepultado en la iglesia de los monjes de Tynemouth.

Su vida, escrita por Capgrave, se encuentra en *Acta Sanctorum*, 16 de enero. Cf. también Stanton, *Menology*, pp. 22-23. No existen pruebas evidentes de que se le haya rendido culto público.

SAN BERARDO Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (1202 P.C.)

ESTOS CINCO frailes fueron enviados por San Francisco a convertir a los mahometanos del occidente, en tanto que el propio santo iba a predicar a los del oriente. San Berardo y sus compañeros predicaron primeramente a los moros de Sevilla, ciudad de la que fueron expulsados después de haber sufrido mucho por su celo. De ahí pasaron a Marruecos, donde se dedicaron a predicar y a servir de capellanes a los mercenarios cristianos del sultán. Las gentes consideraban a los frailes como locos y les trataban como a tales. Cuando se negaron a retornar a sus tierras y a dejar de predicar la palabra de Cristo, el sultán les decapitó con su propia cimitarra, el 16 de enero de 1220. Estos santos formaron la vanguardia del glorioso ejército de mártires que la orden seráfica ha dado a la Iglesia. Cuando llegó a oídos de San Francisco la noticia del valor heroico y el triunfo de sus hijos, exclamó: "Ahora puedo decir con verdad que tengo cinco hermanos". Eran éstos San Berardo, San Pedro, San Odón, San Acurso y San Adyuto.

Fueron canonizados en 1481. Ver *Acta Sanctorum,* 16 de enero; Wadding, *Annales Minorum,* s.a., 1220; *Analecta Franciscana,* vol. III, pp. 579-596. Ver igualmente Karl Müller, *Die Anfänge des Minoritenordens,* pp. 207-210; Léon, *Auréole Séraphique,* vol. I, pp. 99-111; y H. Koehler, *L'Eglise du Maroc...* (1934), pp. 3-20.

BEATO FERREOLO, OBISPO DE GRÉNOBLE, MÁRTIR (*c.* 670 P.C.)

AUNQUE Pío X confirmó en 1907 el culto del beato Ferreolo, apenas conocemos algo de su vida. Se dice que fue el décimo tercer obispo de Grénoble; pero, como lo hace notar Mons. Duchesne, este dato se apoya sobre la base de una débil tradición litúrgica. Algunos relatos posteriores cuentan que opuso resistencia a las exigencias del tiránico mayordomo de palacio, Ebroín, quien le desterró de su sede y le condenó a muerte.

Ver Duchesne, *Fastes Episcopaux,* vol. I, p. 232, y *Acta Sanctorum,* 12 de enero.

BEATO GONZALO DE AMARANTE (¿1259? P.C.)

DEBEMOS confesar que muchos de los incidentes en la vida del beato Gonzalo, hijo de una noble familia portuguesa, no nos inspiraron gran confianza en la sobriedad de juicio de su biógrafo. Este empieza su libro contándonos que, al ser bautizado, el recién nacido fijó los ojos con gran amor en un crucifijo. Una vez ordenado sacerdote, cedió a un sobrino suyo el rico beneficio que le tocaba y emprendió una peregrinación de catorce años a Tierra Santa. Al regresar su sobrino le repudió y le azuzó a los perros, como si se tratara de un malhechor. Gonzalo se sintió inclinado por divina inspiración a ingresar en la orden, cuyo oficio empezaba y terminaba con el "Ave María". Entró, pues, en la orden de Santo Domingo. Los superiores le permitieron vivir como ermitaño, y el beato construyó casi sin ayuda un puente sobre el río Tamega. Cierta vez en que los labradores que le ayudaban no tenían vino, el beato, temiendo que por esta razón dejasen de trabajar, se puso en oración y al punto brotó vino de una roca. En otra ocasión, en que se habían terminado las provisiones, Gonzalo llamó a los peces, los cuales saltaron a la ribera, como si se disputaran el privilegio de ser comidos por tan justa causa. Igualmente leemos que, "predicando una vez al pueblo, para hacer comprender a su auditorio los efectos de las censuras de la Iglesia, excomulgó al pan contenido en una canasta, que se corrompió como por encanto. Después, para mostrar que la Iglesia recibe en comunión a los que se arrepienten humildemente, levantó la excomunión a la canasta, y los panes recobraron su color y sabor" (Procter, p. 3). Es de temer que la leyenda haya sustituido en gran parte a la historia, en esta biografía. El beato Gonzalo murió el 10 de enero, pero los dominicos celebran su fiesta en este día. Su culto fue aprobado en 1560.

Ver Castiglio, *Historia Generale di S. Domenico e dell'Ordine suo* (1589), vol. I, pp. 299-304; Procter, *Short Lives of Dominican Saints,* pp. 1-4; *Acta Sanctorum,* 10 de enero. Se dice que el milagro de los peces ocurrió en repetidas ocasiones: "molte e diverse volte".

17: SAN ANTONIO ABAD (356 P.C.)

SAN ANTONIO nació en una población del alto Egipto, al sur de Menfis, el año 251. Sus padres, que eran cristianos, le guardaron tan celosamente durante sus primeros años, que Antonio creció en una ignorancia absoluta de la literatura y no conocía otra lengua que la propia. A la muerte de sus padres cuando Antonio tenía veinte años, heredó una considerable fortuna y el cuidado de su hermana pequeña. Seis meses después, oyó leer en la iglesia las palabras de Cristo al joven rico: "Ve y vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y poseerás un tesoro en el cielo". Sintiéndose aludido por esas palabras, Antonio volvió a su casa y regaló a sus vecinos lo mejor de sus tierras; el resto lo vendió, y repartió el producto entre los pobres, guardando sólo lo estrictamente necesario para él y su hermana. Poco después, oyendo en la iglesia el comentario de las palabras de Cristo: "No os preocupéis por el día de mañana"... distribuyó lo poco que había guardado y colocó a su hermana en una casa de vírgenes, que era probablemente el primer monasterio femenino del que se conserve memoria. Por su parte, Antonio se retiró a la soledad, siguiendo el ejemplo de un anciano ermitaño de los alrededores. El trabajo manual, la oración y la lectura constituyeron en adelante su principal ocupación. Su fervor era tan grande que, en cuanto oía hablar de algún virtuoso ermitaño, partía en busca de él para aprovechar su ejemplo y sus consejos. De este modo, Antonio se convirtió pronto en un modelo de humildad, caridad, espíritu de oración y otras virtudes.

El demonio le asaltó con muchas tentaciones, representándole todo el bien que podía haber hecho, si hubiese conservado sus riquezas, y haciéndole sentir todas las dificultades de su condición de ermitaño. Era ésta una tentación común del enemigo, que tiende a hacer que los hombres se sientan descontentos de la vocación a la que Dios les ha llamado. Como el joven novicio resistiera valientemente el asalto, el demonio cambió de táctica y empezó a molestarle noche y día con pensamientos obscenos. Antonio opuso a estos ataques la más severa vigilancia sobre sus sentidos, el ayuno prolongado y la oración. El demonio se le apareció entonces; primero, bajo la forma de una hermosa mujer para seducirle, y después, bajo la forma de un negro para aterrorizarle, hasta que al fin se dio por vencido y le dejó en paz. El santo se alimentaba exclusivamente de pan con un poco de sal, y no bebía más que agua. Nunca comía antes de la caída del sol y, en ciertas épocas, sólo cada tres o cuatro días. Dormía sobre una burda estera o en el suelo. Deseoso de mayor soledad, se retiró a un antiguo cementerio, adonde un amigo le llevaba un poco de pan, de vez en cuando. Dios permitió que el diablo le atacara nuevamente ahí en forma visible, y que hiciera toda especie de ruidos para infundirle temor. En una ocasión, el demonio le golpeó tan rudamente, que un amigo encontró a Antonio medio muerto. Al volver en sí, exclamó: "¿Dónde te has escondido, Señor? ¿Por qué no estabas aquí para ayudarme?" A lo que una voz respondió: "Aquí estaba yo, Antonio, asistiéndote en el combate; y, como has resistido valientemente al enemigo, te protegeré siempre y haré que tu nombre sea famoso en toda la tierra".

Desde que había abandonado el mundo, en el año 272, Antonio vivió en sitios no muy alejados de su pueblo natal, Komán. San Atanasio hace notar que antes de él muchos otros siervos de Dios habían vivido en el retiro cerca

de las ciudades, y que algunos llevaban una vida retirada, sin salir de ellas. El nombre con el que se designaba a estos siervos de Dios era el de ascetas, tomado del sustantivo griego que significa práctica o entrenamiento, ya que se entregaban al ejercicio de la mortificación y la oración. En los más antiguos escritos encontramos la mención de estos ascetas, y Orígenes nos cuenta, hacia el año 249, que se abstenían de la carne, como los discípulos de Pitágoras. Eusebio relata que San Pedro de Alejandría practicaba austeridades comparables a las de los ascetas, así como Panfilio, y San Jerónimo aplica la misma expresión a Pierio. San Antonio había llevado esta forma de vida, cerca de Komán, hasta el año 285 más o menos, pero a los treinta y cinco años de edad, pasó a la ribera oriental del Nilo y fijó su morada en la cumbre de un monte. Ahí vivió casi veinte años, sin ver apenas ser humano alguno, fuera del hombre que le traía pan cada seis meses.

Para satisfacer los deseos de muchos, hacia el año 305, a los cincuenta y cuatro de su edad, abandonó su celda en la montaña y fundó un monasterio en Fayo. El monasterio consistía originalmente en una serie de celdas aisladas, pero no podemos afirmar con certeza que todas las colonias de ascetas fundadas por San Antonio estaban concebidas en la misma forma. El santo no tenía residencia permanente en ninguna de las colonias, pero las visitaba de cuando en cuando. San Atanasio cuenta que para ir al primer monasterio, San Antonio tenía que atravesar el canal Arsinoítico, que estaba infestado de cocodrilos. Parece que las distracciones que ocasionaron al santo estas fundaciones le produjeron graves escrúpulos, y aun se cuenta que le asaltó la tentación de desesperación y que sólo pudo vencerla a fuerza de insistir en la oración y el trabajo manual. En la época de las fundaciones, San Antonio se alimentaba con seis onzas de pan mojado en agua, añadiendo algunas veces unos cuantos dátiles. Generalmente comía al atardecer. En su ancianidad tomaba además un poco de aceite. Aunque en ciertas épocas sólo comía cada tres o cuatro días, parecía vigoroso y se mostraba siempre alegre. Los visitantes le reconocían entre sus discípulos por la alegría de su rostro, que era un reflejo de la paz de que gozaba su alma. San Antonio exhortaba a sus hermanos a preocuparse lo menos posible por su cuerpo, pero se guardaba bien de confundir la perfección, que consiste en el amor de Dios, con la mortificación. Aconsejaba a sus monjes que pensaran cada mañana que tal vez no vivirían hasta el fin del día, y que ejecutaran cada acción, como si fuera la última de su vida. "El demonio —decía— teme al ayuno, la oración, la humildad y las buenas obras, y queda reducido a la impotencia ante la señal de la cruz". Contaba a los monjes que, en una ocasión en que el demonio se le había aparecido, le había dicho que pidiera cuanto quisiera porque él era el poder de Dios, el tentador desapareció tan pronto como invocó el nombre de Jesús.

Al recrudecerse la persecución de Maximino, el año 311, San Antonio se dirigió a Alejandría para animar a los mártires. Vestido con su túnica de piel de cordero, no tuvo miedo de presentarse ante el gobernador, pero se guardó de provocar presuntuosamente a los jueces y de entregarse ingenuamente, como lo hacían otros. Una vez pasada la persecución, volvió a su monasterio y, poco después fundó otro, llamado Pispir, cerca del Nilo. Sin embargo, vivía generalmente en un monte de difícil acceso, con su discípulo Macario, quien se encargaba de recibir a los visitantes; si Macario encontraba a éstos suficientemente espirituales, San Antonio conversaba con ellos; si no, Macario les daba algunos

consejos y San Antonio sólo aparecía para predicarles un corto sermón. El santo tuvo cierta vez una visión en la que toda la tierra se le apareció tan cubierta de serpientes, que parecía imposible dar un paso sobre ella. Ante tal espectáculo, el santo exclamó: "¿Quién podrá escapar, Señor?" Una voz respondió: "La humildad, Antonio".

San Antonio cultivaba un pequeño huerto en la montaña, pero no era éste su único trabajo manual. San Atanasio refiere que su ocupación más ordinaria era la confección de esteras. Se cuenta que en cierta ocasión le asaltó la tentación de abatimiento, al sentirse impotente para la contemplación ininterrumpida, pero la visión de un ángel que tejía esteras y oraba a intervalos regulares, le hizo comprender que debía mezclar el trabajo con la oración. Por lo demás, el mismo ángel le dijo: "Haz lo que me ves hacer y encontrarás la solución". San Atanasio nos dice que el santo no interrumpía la oración mientras trabajaba. San Antonio pasaba gran parte de la noche en contemplación. Algunas veces, cuando el sol del amanecer le llamaba a sus diarias tareas, el santo se quejaba de que, con su luz exterior, le oscurecía la luz interior que brillaba en las sombras de su soledad. Antonio se levantaba siempre a media noche, después de un corto descanso, y hacía oración con los brazos en cruz hasta el amanecer, cuando no hasta las tres de la tarde, según cuenta Paladio en *Historia Lausiaca.*

El año 339, San Antonio tuvo una visión en la que le fueron revelados, bajo la figura de unas mulas que derribaban a coces un altar, los desastres que debía causar dos años más tarde, la persecución arriana en Alejandría. Semejante visión le produjo un horror tan profundo, que no se atrevía a dirigir la palabra a los herejes, más que para exhortarlos a abrazar la verdadera fe, y echó de la montaña a todos los arrianos, llamándoles serpientes venenosas. A petición de los obispos, hacia el año 355, hizo un viaje a Alejandría para refutar a los arrianos. Ahí predicó la consustancialidad del Hijo con el Padre, acusando a los arrianos a confundirse con los paganos "que adoran y sirven a la creatura más bien que al Creador", ya que hacían del Hijo de Dios una creatura. Todo el pueblo se reunía para verle y escucharle. Aun los mismos paganos, impresionados por su dignidad, se apretujaban a su alrededor, diciendo: "Queremos ver al hombre de Dios". Antonio convirtió a muchos de ellos y obró algunos milagros. San Atanasio le acompañó a su vuelta hasta las puertas de la ciudad, donde curó a una muchacha poseída de un mal espíritu. Como el gobernador le rogase que permaneciera más tiempo en la ciudad, Antonio respondió: "Como el pez muere fuera del agua, así muere el espíritu del monje fuera de su retiro".

San Jerónimo relata que Antonio visitó en Alejandría al famoso Dídimo, el ciego que dirigía la escuela catequética de dicha ciudad, y que le exhortó a no lamentar demasiado la falta de la vista, que no pasa de ser un bien que el hombre comparte con los insectos, sino por el contrario, regocijarse de poseer la luz interior de la que gozan los apóstoles y que les permite ver a Dios y fomentar su amor. Los filósofos paganos que iban a discutir con él, volvían admirados de su mansedumbre y sabiduría. Como cierto filósofo le preguntase cómo podía pasar su vida en la soledad sin tener ningún libro, Antonio le contestó que la naturaleza era su gran libro y que ése suplía a todos los otros. En otra ocasión, al ver que ciertos filósofos se burlaban de su ignorancia, les preguntó con gran sencillez si había que preferir los libros al sentido común o más bien al contrario, y cuál de estos dos bienes había producido al otro. Los filósofos respondieron: "El sentido común". "Pues bien, —les dijo Antonio—, eso signi-

fica que el sentido común basta". A otros cavilosos que le preguntaban por qué creía en Cristo, Antonio les dejó callados, demostrándoles que degradaban la noción de divinidad al atribuirla a las pasiones humanas, que la humillación de la cruz es la gran demostración de la infinita bondad, y que la resurrección de Cristo y los milagros por El obrados prueban que la ignominia de la Pasión es, en realidad, la mayor de las glorias. San Atanasio anota que Antonio discutió con esos filósofos griegos valiéndose de un intérprete. Un poco más adelante, afirma que ningún afligido visitó nunca a Antonio, sin volver lleno de consuelo a su casa, y relata muchos de sus milagros, visiones y revelaciones.

Alrededor del año 337, Constantino el Grande y sus dos hijos, Constancio y Constante, escribieron una carta al santo, encomendándose a sus oraciones. Al ver que sus monjes se sorprendían de ello, San Antonio les dijo: "No os admiréis de que el emperador escriba a un pobre hombre como yo; admiráos más bien de que Dios nos haya escrito a los hombres y nos haya hablado por su Hijo". Antonio decía que ignoraba cómo responder al emperador; pero al fin, importunado por sus discípulos, le escribió una carta que San Atanasio nos ha conservado, en la que le exhorta a no perder de vista el juicio de Dios. San Jerónimo menciona otras siete cartas de Antonio a diversos monasterios. Una de sus máximas favoritas era la de que el conocimiento de nosotros mismos es la base para el conocimiento y el amor de Dios. Los bolandistas copian una carta de San Antonio a San Teodoro, abad de Tabena, en la que el santo cuenta que Dios le ha revelado que tiene misericordia de los verdaderos adoradores de Cristo, a pesar de sus caídas, con tal de que se arrepientan sinceramente. Una regla monástica, que lleva el nombre de San Antonio, nos revela, según toda probabilidad, los principales puntos de su sistema ascético. En todo caso, su ejemplo y consejos han servido de base a todas las reglas monásticas de las épocas subsiguientes. Se cuenta que San Antonio, al observar la sorpresa de sus discípulos ante las multitudes que abrazaban la vida religiosa, les dijo con lágrimas en los ojos que vendría un tiempo en el que los monjes se regocijarían de vivir en las ciudades, en casas ricas y con mesas bien provistas, y que sólo se distinguirían por el vestido, del resto de las gentes; pero que habría aun entre ellos algunos que buscarían sinceramente la perfección.

San Antonio visitó a sus monjes poco antes de su muerte, que predijo exactamente, pero se negó a quedarse para morir entre ellos. San Atanasio deja ver que los cristianos habían empezado a imitar la costumbre pagana de embalsamar los cadáveres, hábito que había condenado frecuentemente como producto de la vanidad y la superstición, por lo que San Antonio ordenó que le sepultaran en la tierra, junto a su celda de la montaña. Volviendo apresuradamente a su retiro en el monte Kolzim, cerca del Mar Rojo, cayó enfermo poco después. Entonces repitió a sus discípulos, Macario y Amatas, la orden de sepultarle ahí secretamente, diciendo: "El día de la resurrección recibiré mi cuerpo incorrupto de las mismas manos de Jesucristo". Les mandó igualmente que dieran una de sus túnicas de piel de cordero y el sayal en el que yacía, al obispo Atanasio, como testimonio público de que moría en comunión de fe con el santo prelado; que dieran su otra túnica al obispo Serapión, y que conservaran para ellos su cilicio. "Adiós, hijos míos, Antonio se va y no volverá a estar con vosotros". Diciendo estas palabras, les abrazó, extendió un poco los pies y murió apaciblemente. Su muerte acaeció en el año 356, probablemente el 17 de enero, día en que le conmemoran los martirologios más antiguos. Tenía ciento cinco años. Desde su

juventud hasta esa avanzada edad, había mantenido siempre el mismo fervor y austeridad. A pesar de ello, nunca había estado enfermo, conservaba la vista en perfecto estado y no había perdido ningún diente. Sus dos discípulos le enterraron según sus deseos. Parece que en 561, sus restos fueron descubiertos y trasladados a Alejandría, después a Constantinopla, y finalmente a Vienne de Francia. Los bolandistas han editado una narración de muchos milagros obtenidos por su intercesión, especialmente los relacionados con la epidemia conocida con el nombre de "Fuego de San Antonio", que azotó a Europa en el siglo XI, hacia la época de la traslación de sus famosas reliquias a occidente.

Las imágenes representan frecuentemente a San Antonio con una cruz en forma de T, una campanita, un cerdo, y a veces un libro. La cruz parece ser un símbolo de la avanzada edad y de la autoridad abacial del santo, aunque no es imposible que constituya una alusión al constante uso de la señal de la cruz que San Antonio hacía en las tentaciones. El cerdo representaba originalmente al diablo, pero en el siglo XII adquirió un nuevo significado, debido a la popularidad de los Hermanos Hospitalarios de San Antonio, fundados en Clermont en 1096. Por sus obras de caridad se hicieron amar del pueblo, que les autorizó, en muchas partes, a engordar gratuitamente sus cerdos en los bosques. Probablemente, uno o dos cerdos del rebaño llevaban atada una campanita, o tal vez los porqueros anunciaban su llegada tocando una campana. En todo caso, parece cierto que la campanita está relacionada con los miembros de esa orden, y que de ahí pasó a ser un atributo de San Antonio. El libro representa sin duda el "libro de la naturaleza", en el que el santo compensaba su falta de lecturas. Algunas imágenes simbolizan en lenguas de fuego la epidemia del "Fuego de San Antonio", contra la que se invocaba especialmente al santo*. La popularidad de San Antonio, que se debe en gran parte a la prevalencia de esa epidemia (ver, por ejemplo, la Vida de San Hugo de Lincoln), fue muy grande en los siglos XII y XIII. Probablemente por asociación con el cerdo, San Antonio empezó a ser invocado como patrón de los animales domésticos y del ganado, y el gremio de los carniceros y otros se pusieron bajo su protección. La liturgia bizantina invoca el nombre de San Antonio en la preparación eucarística, y el rito copto y el armenio le conmemoran en el canon de la misa.

La principal autoridad sobre San Antonio es su biografía escrita por San Atanasio. En la actualidad, prácticamente todos admiten que San Atanasio es realmente el autor de dicha obra. Evagrio hizo una traducción latina del original griego, y se conoce también una traducción siria. (Sobre otro texto latino, cf. Wilmart, en *Revue Bénédictine*, 1914, pp. 163-173). Paladio, en su *Historia Lausiaca*, Casiano, y otros historiadores posteriores, nos dan algunos detalles interesantes. La literatura sobre el tema es considerable. Nombraremos simplemente algunas de las principales obras: Abbot C. Butler, *Lausiac History*, vol I, pp. 215-228, y en *Catholic Encyclopedia*, vol I, pp. 553-555; Hannay, *Christian Monasticism*, pp. 95 ss., y pp. 274 ss; H. Leclercq, art. *Cénobisme*, en DAC; y F. Cheneau, *Saints d'Egypte*, vol. I, pp. 153-181. Sobre los asaltos y tentaciones diabólicas, que constituyen un aspecto tan importante en esta vida, cf. J. Stoffels, en *Theologie und Glaube*, vol. II, (1910), pp. 721 ss, y 809 ss. Algunos fragmentos de lo que parece ser el original copto de tres cartas de San Antonio, fue publicado en *Journal of Theol. Stud.*, julio 1904, pp. 540-545; pero la autenticidad de tal documento es todavía discutida. Sólo conocemos un texto latino muy

* Dicha epidemia recibió también el nombre de "fuego sagrado" y de "fuego del infierno". Más tarde se identificó esa enfermedad con la erisipela; pero originalmente parece haber sido un mal mucho más contagioso y virulento, producido por la harina de grano plagado.

imperfectos de las siete cartas. La idea de G. Ghedini (*Lettere cristiane dei papiri greci*, 1923, n. 19) de que una carta escrita en griego que se encuentra en un fragmento de papiro, en el British Museum, es un autógrafo de San Antonio, no merece ser tomada en serio; ver *Analecta Bollandiana*, vol. XLII (1924), p. 173. Ver también G. Bardy, en *Dictionnaire de spiritualité*, vol. I, cc. 702-708; L. von Hertling, *Antonius der Einsiedler* (1930); B. Lavaud, *Antoine le Grand* (1943); y L. Bouyer, *St. Antoine le Grand* (1950), notable ensayo sobre la espiritualidad monástica primitiva. H. Queffélec (1950) escribió "une vie romancée" (una novela biográfica). Sobre el santo en el arte, ver H. Detzel, *Christliche Ikonographie*, vol. II, pp. 85-88; Jameson, *Sacred and Legendary Art*, vol. II, p. 741 ss; Drake, *Saints and Their Emblems*, p. 11. San Antonio es también muy venerado en oriente, donde muchas comunidades maronitas y caldeas, así como los Monjes del Sinaí, todavía profesan seguir sus reglas. Ver Reitzenstein, *Des Athanasius Werk über das Leben des Antonius* (1914); y Contzen, *Die Regel des hl. Antonius* (1896).

SANTOS ESPEUSIPO, ELEUSIPO y MELEUSIPO, MÁRTIRES (¿155? P.C.)

EL MARTIROLOGIO Romano nos dice que estos santos fueron trigéminos y que, junto con su abuela Leonila, sufrieron el martirio, probablemente en Langres, de Francia, durante el reinado de Marco Aurelio. La historia de estos santos parece ser un ejemplo típico de una obra de imaginación, escrita originalmente por motivos de edificación o recreo, y tomada más tarde en serio en otras partes del mundo. La novela original está relacionada con la Capadocia, pero no existe ningún culto local primitivo que apoye los hechos. Es imposible determinar de qué manera el clero de Langres llegó a creer, en el siglo V, que poseía las reliquias de estos mártires. Por lo menos una parte de esas pretendidas reliquias parece haber sido trasladada más tarde a Ellwangen de Suabia.

El texto latino de las "actas" se encuentra en *Acta Sanctorum*, 17 de enero, Leparev y Grégoire publicaron una mala traducción griega, y Marr una paráfrasis geórgica. El historiador Rendel Harris es el autor de la teoría de que el culto pagano de los Dioscuros (los celestiales gemelos Cástor y Pólux) fue trasplantado a la hagiografía cristiana, y la biografía de estos santos ha sido citada como ejemplo (ver, por ejemplo, Grégoire, *Saints jumeaux et dieux cavaliers*). El P. Delehaye ha discutido esta fantástica hipótesis en *Analecta Bollandiana*, vols. XXIII, pp. 427 ss.; XXIV, 505 ss.; XXVI, 334 ss. Cf. también C. Weymann, en *Historisches Jahrbuch*, vol. XXIX, pp. 575 ss.

SAN JULIAN SABAS (377 P.C.)

EL MARTIROLOGIO Romano nos dice este día: "En el distrito de Edesa, en Mesopotamia, (*la conmemoración*) de San Julián el ermitaño, llamado Sabas, quien, con el poder de sus milagros, restauró en Antioquía la fe casi extinguida durante el reinado del emperador Valente". Oculto en una cueva en Osroene, junto al Eúfrates, el santo llevó una vida de extraordinaria penitencia, comiendo sólo una vez por semana. Después de la expulsión de San Melecio, obispo de Antioquía, los herejes de dicha ciudad empezaron a esparcir el rumor de que Julián Sabas, que era muy venerado por su vida ascética, había abrazado la herejía arriana. Los cristianos ortodoxos le suplicaron que fuese a Antioquía a refutar esa calumnia. Así lo hizo el santo, en 372, y su presencia en la ciudad tuvo los más benéficos efectos. Una vez terminada su misión, San Julián retornó a su cueva, donde murió poco después. Los hagiógrafos griegos le atribuyen extraordinarios milagros.

Ver *Acta Sanctorum*, 18 de octubre, donde se cita a Teodoreto como principal fuente de información. Bedjan publicó una versión siria del relato de Teodoreto; ver *Acta Bollandiana*, vol. XVI, (1897), *p.* 184; y BHG., nn. 67-68.

SAN SABINO, OBISPO DE PIACENZA (420 P.C.)

LAS CARTAS de San Ambrosio a San Sabino dan testimonio de la estrecha amistad que unía a los dos obispos, así como de la gran fama de San Sabino, ya que en una de sus cartas San Ambrosio le pide su opinión sobre algunos tratados que le había enviado. San Sabino asistió al Concilio de Aquileya contra los arrianos, en 381, y al Concilio de Milán contra Joviniano, nueve años más tarde. Probablemente nuestro santo se identifica con Sabino, el diácono de Milán, a quien el Papa San Dámaso envió al oriente con motivo de los disturbios producidos por los arrianos en Antioquía. San Gregorio nos ha transmitido la leyenda según la cual, San Sabino modificó el curso desastroso de una corriente, escribiendo una orden y arrojándola al río Po. Las aguas obedecieron volviendo a su cauce normal. Se dice que San Sabino murió el 11 de diciembre de 420.

Ver *Acta Sanctorum*, 17 de enero.

SANTOS ANTONIO, MERULO Y JUAN (Siglo VI).

FUERON éstos, tres monjes del monasterio de San Andrés de Roma, acerca de los cuales San Gregorio el Grande ha dejado algunos detalles en sus "Diálogos".

Antonio se entregaba cada día a la meditación de las Sagradas Escrituras. Se excitaba a lágrimas de compunción para despegarse de los bienes de aquí abajo y para elevarse a la contemplación. Expiró víctima de la fiebre, rodeado de sus hermanos, en oración y en llanto.

Mérulo se incitaba a la oración, en la santa ocupación de la salmodia. Murió con una gran tranquilidad de alma.

Juan, joven de gran inteligencia, fue notable todavía más por su dulzura y por su humildad. Curado de un mal que los médicos consideraban incurable, se entregó durante dos años al servicio de Dios. Al tercer año, avisado de su próximo fin por un hermano que le había precedido en la tumba, expiró apaciblemente.

Con esta ocasión, San Gregorio da algunas explicaciones sobre las apariciones nocturnas, entre las que importa hacer distinciones.

"Los santos dice, no se equivocan; reconocen por signos ciertos lo que verdaderamente viene de Dios".

El nombre de los tres santos está en los martirologios benedictinos en diferentes fechas (21 o 31 de enero y 15 de marzo), pero el Martirologio Romano los ha reunido a todos el 17 de enero.

Gregorio el Grande *Diálogos*, P. L., vol. LXXVII, col. 405.

BEATA ROSELINA, VIRGEN (1329 P.C.)

ESTA santa, religiosa cartuja, llamada Roselina de Villeneuve, pertenecía a una ilustre familia. Su padre era barón de Arcs, y su madre descendía de la familia de Sabrán. Roselina tuvo que vencer la tenaz oposición de sus padres para poder

consagrarse a Dios. Había sido educada por las religiosas de Santa Clara, pero encontró su propia vocación en la regla de los cartujos. Parece haber entrado a los veinticinco años en el convento de Bertrand. Doce años más tarde, fue nombrada superiora de Celle Roubaud, en la Provenza, donde murió el 17 de enero de 1329. Algunas veces pasó hasta una semana sin probar alimento. Se castigaba con rudísimas disciplinas, y jamás dormía más de tres o cuatro horas. Acostumbraba repetir a sus religiosas las terribles palabras del Señor: "No os conozco"... para que un día fuesen recibidas en el cielo con las palabras: "Venid, benditas de mi Padre". Cuando se preguntaba a Roselina cuál era el medio más seguro para ganar el cielo, replicaba: "El conocimiento de sí mismo". La beata tenía frecuentes visiones y éxtasis, y poseía un don extraordinario para leer en los corazones. Su cuerpo resplandecía con extraordinaria belleza después de su muerte y no presentaba señal alguna de corrupción. Cinco años después, se encontraba todavía en perfecto estado de conservación, y el clérigo que presidió la exhumación, al ver el brillo de los ojos, ordenó que los depositasen en un relicario separado. Cien años más tarde, el cuerpo de la beata seguía incorrupto, y, en 1644, los ojos no habían perdido nada de su brillo. El culto de Roselina fue confirmado en 1851.

Ver *Acta Sanctorum*, 11 de junio; Le Couteulx, *Annales Ordinis Cartusiensis*, vol. v, pp. 262-268; Villenueve-Flayose, *Histoire de Ste. Roseline de Villenueve* (1866).

18: LA CATEDRA DE SAN PEDRO EN ROMA

HABIENDO triunfado del demonio en el oriente, San Pedro fue a combatirle en Roma con indoblegable energía. El, que en otro tiempo había temblado ante las palabras de una criada, no temía ahora la fortaleza misma de la idolatría y de la superstición. La capital del Imperio y del mundo, el centro de la impiedad, necesitaba el celo del Príncipe de los Apóstoles. El Imperio Romano había extendido sus dominios más lejos que cualquiera de las precedentes monarquías, y la influencia de su capital era de máxima importancia para la difusión del Evangelio. Por ello San Pedro se reservó Roma, para predicar la fe y establecer su sede episcopal. De él han recibido la sucesión todos los obispos de Roma, en todas las épocas. Cayo, un sacerdote romano que vivió en el tiempo del Papa Ceferino (a quien Eusebio cita en *Hist. eccl.*, lib. II, c. 25), afirma expresamente que San Pedro y San Pablo fundaron la Iglesia de Roma. El mismo autor nos dice que los restos de San Pedro descansaban en la colina del Vaticano, y los de San Pablo en el camino de Ostia. San Dionisio, obispo de Corinto (siglo II), relata igualmente que San Pedro y San Pablo plantaron la fe en Roma y fueron ahí coronados con la palma del martirio. En el mismo siglo, San Ireneo dice que Roma es "la más grande y antigua de las Iglesias, fundada por los dos gloriosos Apóstoles, Pedro y Pablo".

A pesar de ello, no han faltado quienes dudaran de la historicidad de la presencia de San Pedro en Roma. Se ha argüido que no existe ningún documento contemporáneo que afirme claramente que Pedro residía ahí: que los Hechos de los Apóstoles no dicen ni una palabra sobre ello; que el único dato cierto que tenemos sobre sus últimos años es el de que su primera epístola fue escrita

desde "Babilonia"; que la llamada tradición romana esta inextricablemente mezclada con las fabulosas leyendas sobre Simón Mago, que ningún historiador serio puede defender, y que los veinticinco años de episcopado romano atribuidos a San Pedro, con dudosa unanimidad, por historiadores tardíos, como Eusebio, no pueden coordinarse con otros datos de esos mismos historiadores, ni con el silencio completo que guarda San Pablo sobre San Pedro en su Epístola a los Romanos. Pero no sólo los escritores católicos, sino también los anglicanos, como el obispo Lightfoot, el historiador C. H. Turner y el Dr. George Edmundson, y aun algunos luteranos de la talla de Harnack y de Zahn, dieron respuesta suficiente a estas dificultades. El autor anglicano F. H. Chase, obispo de Ely, resume clara y concisamente las bases en que se funda la tradición romana:

> "La fuerza de los argumentos en favor de la estancia y el martirio de San Pedro en Roma, proviene no sólo de la ausencia de una tradición opuesta, sino también del hecho de que muchas corrientes de pruebas convergen para demostrarlo. Poseemos las listas oficiales y los documentos de la Iglesia de Roma, que demuestran la existencia de la tradición en épocas posteriores, y dichos documentos tienen que fundarse, por lo menos en ciertos casos, sobre otros documentos que no han llegado hasta nosotros. La noticia de la translación de los restos del Apóstol a otro sitio, en 258, así como las palabras de Cayo, prueban que la tradición estaba bien definida y que nadie la discutía en Roma a principios del siglo III. El hecho de que Cayo discuta con un asiático, la prueba de las Actas (gnósticas) de Pedro, y los pasajes de Orígenes, de Clemente de Alejandría y de Tertuliano, demuestran que las Iglesias de Asia, Alejandría y Cartago aceptaban la tradición romana en la misma época. El pasaje de Ireneo nos informa sobre el estado de dicha tradición a mediados del siglo II, y es de particular importancia, como que está escrito por un testigo que había visitado Roma y cuya lista de obispos romanos hace creer que había tenido acceso a los documentos oficiales, y que por otra parte, por medio de San Policarpo, estaba en contacto con quienes habían conocido personalmente a San Juan y sus compañeros".

Más adelante, el Dr. Chase hace mención de la estrecha relación que une los nombres de San Pedro y de San Pablo en la referencia que hace San Clemente a su martirio (fin del siglo I), en la carta, indudablemente auténtica, que escribió a la Iglesia de Corinto. Esto lleva al autor a suponer que San Clemente, quien sin duda estaba al tanto de la verdad, identificaba a ambos Apóstoles con Roma. El Dr. Chase escribió su artículo en 1900. De entonces acá, se han descubierto numerosas pruebas. Notemos que dicho autor habla de la translación de los restos del Apóstol en 258; ahora bien, en caso de ser cierta, tal translación fue sólo temporal.

Otro autor anglicano, el Dr. George Edmundson, en una conferencia que pronunció en la Universidad de Oxford en 1913, expuso en términos elocuentes las razones de las que depende el peso histórico de la tradición romana: "Una tradición aceptada universalmente y por total unanimidad, asocia el nombre de San Pedro a la fundación y organización de la Iglesia de Roma, y habla de su actividad en esa Iglesia durante veinticinco años. Inútil multiplicar las citas. Ningún sitio de Egipto, ni de Africa, ni del oriente, ni del occidente disputa a Roma el honor de haber sido la sede de San Pedro; ninguna otra ciudad pretendió nunca que el Apóstol había muerto en ella, o que conservaba sus restos.

Pero lo más significativo es el "consensus" de todas las Iglesias orientales de lengua no griega. Un examen detenido de los manuscritos armenios y sirios, llevado a cabo durante varios siglos, no ha sido capaz de descubrir a un solo autor que no acepte la tradición romana sobre Pedro".

Desde tiempos muy antiguos era costumbre en el occidente celebrar el aniversario de la consagración de los obispos. San Agustín tiene un tratado "de natali episcopi", y se conservan tres sermones de San León sobre el "natalis cathedrae", es decir, sobre el aniversario de la instalación del obispo. Por consiguiente, es natural que desde épocas muy remotas se haya celebrado la conmemoración de la entronización de San Pèdro como obispo de Roma. De hecho, nuestro calendario conmemora en dos ocasiones, desde hace más de mil años, la función episcopal de San Pedro. La primera conmemoración se refiere expresamente al día "en que se sentó por primera vez en la cátedra de Roma"; la otra conmemoración concierne a su ministerio en Antioquía. La conclusión más generalmente aceptada en la actualidad, después de muchas investigaciones y discusiones, es que originalmente sólo existía una festividad de la cátedra de San Pedro, que se celebraba el 22 de febrero, y que no tenía ninguna relación con Antioquía, sino simplemente con el principio del episcopado de San Pedro en Roma.* Por tanto, lo más lógico es dejar para el 22 de febrero la discusión del complicado problema de la duplicación de la fiesta.

Baste con indicar por el momento que, según algunos arqueólogos, la reliquia material conocida como "la cátedra de San Pedro", que se conserva en un relicario de bronce esculpido por Bernini en el altar de la basílica de San Pedro, en Roma, es un elemento importante del desarrollo histórico de las dos fiestas. Algunos acentúan el hecho de que San Pablo (Rom. XVI, 5) envía saludos a "la iglesia desde la casa de Prisca y Aquila", con lo cual parece hacer mención de un sitio de reunión de los cristianos de Roma, y arguyen que una silla tan portátil como lo es la reliquia, podía fácilmente ser un trono episcopal improvisado en una casa privada. Por consiguiente, la reliquia puede ser "la primera cátedra ocupada por San Pedro en Roma", aunque después de algunos años se haya construido una cátedra fija en el sitio de reunión de los cristianos. En todo caso, es curioso notar que la casa de Prisca y Aquila parece haberse convertido, con el tiempo, en la actual iglesia de Santa Prisca en el Aventino, y que la fiesta de la dedicación de esa iglesia se celebraba el 22 de febrero. Por otra parte, la conmemoración de Santa Prisca, mártir, se celebra el 18 de enero. Pero es evidente que las pruebas que se basan en fundamentos tan débiles, se reducen a meras conjeturas. Lo único que sabemos con certeza es que desde fines del siglo VI, época de la compilación del llamado *Martyrologium Hieronymianum,* el occidente ha celebrado el 18 de enero la fiesta de la cátedra de San Pedro en Roma.

Por un "Motu Proprio" de Juan XXIII, con fecha del 25 de julio de 1960, esta fiesta fue excluida del Calendario Romano.

Ver F. Cabrol, en DAC, vol. III, cc. 76-90; CMH, pp. 45-46, 109; y L. Duchesne, *Christian Worship* (1919), pp. 277-280. Ver en este libro la fiesta de San Pedro, 29 de junio, y la de la cátedra en Antioquía, 22 de febrero.

* En el calendario benedictino, aprobado en 1915, las dos fiestas de la Cátedra de San Pedro han sido fundidas en una sola, que se celebra el 22 de febrero.

SANTA PRISCA, Virgen y Mártir (Fecha desconocida)

Grandes son la confusión y la incertidumbre a propósito de la santa conmemorada en este día con el nombre de Prisca. Por una parte, es indudable que sus "actas", que datan a lo más del siglo X, carecen de valor histórico, ya que se trata de una simple reproducción del martirio legendario de Santa Tatiana, con ligeras modificaciones. Por otra parte, es indudable que, por lo menos en Roma, se tributaba culto desde épocas muy remotas a una santa llamada Prisca o Priscila. Casi todas las relaciones la mencionan como mártir e indican que su tumba se halla en las catacumbas de Priscila, en la Vía Salaria. Además, como lo decíamos arriba a propósito de la Cátedra de San Pedro, existe en el Aventino una iglesia dedicada a Santa Prisca. Dicha iglesia da su título a un cardenal. Del siglo IV al VIII, el nombre era "titulus S. Priscae", pero hacia el año 800, empezó a llamarse "titulus Aquilae et Priscae". Este último nombre se refiere evidentemente a Aquila y su esposa, Prisca, de quienes el Nuevo Testamento habla más de una vez, en relación con San Pablo. Sin embargo, el Martirologio Romano conmemora a Aquila y Prisca el 8 de julio y les sitúa en Asia Menor. Se han hecho muchas conjeturas para resolver el problema; en particular se ha hecho notar que Prisca era uno de los nombres favoritos de la familia de los Acilios Glabriones, y que el nombre latino "Aquila" se escribe en griego "Akúlas". Pero hasta el presente, no se ha llegado a ninguna solución.

Ver *Acta Sanctorum*, 18 de enero; Marucchi, en *Nuovo Bulletino di archeol. crist.*, vol. XIV (1908), pp. 5 ss; Duchesne, *Liber Pontificalis*, vols. I, pp. 501, 517; II, 201; Pio Franchi de Cavalieri, en *Romische Quartalschrift*, 1903, p. 223 y De Rossi, *Roma Sotterranea*, vol. I, p. 176.

SAN LEOBARDO, Recluso (c 593 p.c.)

Leobardo (vulgarmente Liberto), nació en Auvernia. Se entregó al estudio y consagraba su tiempo libre a estudiar algunos salmos de David. Se preparaba así para el servicio de Dios, con la práctica de la oración.

Sus padres le convencieron para que adoptara el estado matrimonial, pero la muerte repentina de su padre y de su madre, suspendió la conclusión definitiva del contrato. Pasado el período de duelo, Leobardo traspasó a su hermano los compromisos contraídos y, contando con la intervención de la Providencia para la realización de sus designios, marchó a la tumba de San Martín.

Después de haber orado allí prolongadamente, se fue a encerrar cerca de la abadía de Marmoutier, y se instaló en una celda que dejó vacante un recluso llamado Alarico. Se dedicó a fabricar membranas o pergaminos para escribir los pasajes de la Sagrada Escritura y de los salmos que comenzaban a escapársele de la memoria. Como encontraba la celda un poco estrecha, la agrandó cavando en la roca con sus manos. Tuvo algunas dificultades con otro solitario de las cercanías, y ya meditaba en trasladarse más lejos, cuando Gregorio de Tours, quien vino a visitarle, le dijo que todos aquellos trastornos eran artimañas del demonio. Al mismo tiempo, le dejó las vidas de los padres del desierto y algunos libros más que trataban de la vida religiosa:

"Encontraréis, le dijo, los modelos a seguir para la dirección de vuestra conducta".

Leobardo sacó de aquellas lecturas tanto provecho, que pasó veintidós años en su celda, llevando una vida útil para su salvación y para la santificación de los demás, pues Dios le concedió el don de los milagros, en favor de quienes venían a visitarlo.

Sintiendo que se avecinaba su fin, hizo venir a Gregorio de Tours y le pidió los Eulogios, es decir, el santo viático.

"Ha llegado el tiempo, dijo, en que, por orden del Señor, voy a ser separado de los lazos de este cuerpo mortal; sin embargo, todavía viviré algunos días y el Señor me llamará antes de Pascua".

"Hombre dichoso, comentó Gregorio de Tours, su fidelidad a Dios le permitió conocer, por divina revelación, el momento de su muerte. Estábamos entonces en el décimo mes y, dos meses más tarde, Leobardo tuvo una recaída."

Habiendo llegado el domingo, despidió al hermano que le servía, porque deseaba morir sin testigos. Sin duda que los ángeles, a falta de los hombres, recogieron su último suspiro.

Los detalles que da Gregorio de Tours bastan para indicar que el 18 de enero no fue el día en que murió Leobardo. Algunos lo creyeron así y situaron su muerte en el año 593, que fue cuando el 18 de enero cayó en domingo. Más comúnmente se considera esta fecha como un aniversario de la traslación de su cuerpo.

El nombre de Leobardo está inscrito en el Martirologio Romano el 18 de enero y, sin embargo, el nuevo propio de Tours sitúa su fiesta el día 13 de febrero.

La ciudad de Tours tiene una iglesia construida en su honor, donde iban a curarse los atacados por la fiebre. La capilla de San Leobardo dependía del rey de Francia por hallarse comprendida en el castillo de Tours. Cada año, el Viernes de Pasión, el capítulo de la catedral hacía una estación en la mencionada capilla. Estas peregrinaciones se interrumpieron en el año 1793 y, desde entonces, el santuario perdió el afecto de las gentes.

Acta sanctorum, 18 de enero. Gregorio de Tours, sus obras en P. L., vol. LXXI, col. 1092, y la ed. B. Krusch, en Mon. Germ. *hist. Scriptores rerum merovingicarum*, vol. I, p. 741.

BEATA BEATRIZ D'ESTE DE FERRARA, VIUDA (1262 P.C.)

ESTA religiosa era sobrina de otra beata, Beatriz D'Este de Gemmola, cuya fiesta se celebra el 10 de mayo. No poseemos ningún relato completo sobre la vida de Beatriz; ni siquiera sabemos con seguridad si estuvo o no casada antes de consagrarse a Dios en el convento benedictino de Ferrara, que parece haber sido fundado por la poderosa familia de la beata, a instancias suyas. Beatriz vivió y murió con fama de gran santidad. En el siglo XVII se decía que de la tumba de mármol en la que descansaban sus reliquias brotaba un aceite que obraba sorprendentes curaciones. En 1774, fue confirmado el culto de Beatriz, que había existido siempre en Ferrara.

En un apéndice del mes de enero del *Acta Sanctorum*, los bolandistas publicaron los fragmentos de información que pudieron recoger sobre la beata. Ver también *Analecta Juris Pontificii*, 1880, p. 668.

BEATA CRISTINA DE AQUILA, Virgen (1543 p.c.)

El nombre de familia de Cristina era Cicarelli. La beata nació en los Abruzos y recibió en el bautismo el nombre de Mattía. Las Ermitañas de San Agustín de Aquila, en cuyo convento entró a temprana edad, la llamaron hermana Cristina. En el claustro la beata se convirtió en un modelo de todas las virtudes, pero se distinguió sobremanera por su humildad y su amor a los pobres. Pasaba largas horas en oración, frecuentemente era arrebatada en éxtasis, y parecía conocer por adelantado los sucesos futuros. Se cuenta también que practicaba severas penitencias y que obró muchos milagros. Pero la información que poseemos sobre ella es escasa. Se dice que a su muerte, ocurrida el 18 de enero de 1543, los niños de Aquila anunciaron por toda la ciudad el fallecimiento de la beata "gritando y cantando", lo cual atrajo a una enorme muchedumbre a sus exequias. El culto que se le tributaba desde tiempo inmemorial, fue confirmado en 1841.

Ver P. Seebock, *Die Herrlichkeit der katolischen Kirche* (1900). p. 297; en el decreto de confirmación se encontrarán algunos detalles biográficos.

19: SANTOS MARIO, MARTA, AUDIFAZ y ABACO, Mártires (c. 260 p.c.)

El noble persa Mario, su esposa Marta, y sus dos hijos, Audifaz y Abaco, que se habían convertido al cristianismo, distribuyeron su fortuna entre los pobres, como lo hacían los primeros cristianos de Jerusalén. En cierta ocasión fueron a Roma para visitar la tumba de los Apóstoles, precisamente cuando el emperador Claudio perseguía a la Iglesia, y muchos cristianos habían sido llevados ya al anfiteatro por orden suya, para ser muertos a flechazos y quemados sus cuerpos. Nuestros santos se dedicaron a recoger y enterrar, respetuosamente, las cenizas de los mártires, y al ser descubiertos, fueron aprehendidos. Después de sufrir numerosos tormentos bajo el gobernador Marciano, Mario y sus dos hijos fueron decapitados, mientras que Marta murió ahogada en un sitio llamado actualmente Santa Ninfa, a unos veinte kilómetros de Roma. Los cuatro fueron sepultados en la Vía Cornelia. Todos los martirologios occidentales les mencionan el 20 de enero, pero su fiesta se celebra el día de hoy.

Las "actas" de estos mártires no son del todo fidedignas, pero constituyen un documento no despreciable; fueron publicadas en *Acta Sanctorum*, 19 de enero. Ver también Allard, *Histoire des Persécutions*, vol. III, pp. 214 ss.; y BHL., n. 5543.

SAN GERMANICO, Mártir (¿155? p.c.)

Todo lo que sabemos de San Germánico se reduce a lo que nos dice la carta a los cristianos de Esmirna sobre la persecución en la que fue hecho prisionero San Policarpo: "Pero demos gracias a Dios, porque Germánico triunfó de sus enemigos. En efecto, el muy noble joven alentó el valor de los otros con su constancia, e hizo frente a las fieras, en forma admirable. Como el procónsul tratase de salvarle, rogándole que se apiadara de su propia juventud, Germánico, expresó su deseo de verse libre de la compañía de hombres tan descarriados,

y él mismo provocó valientemente a las fieras para que le atacaran. Al ver la multitud el maravilloso valor de los cristianos, amados del Señor y temerosos de Dios, empezó a gritar: ¡Mueran los enemigos de los dioses! ¡Traed a Policarpo!" Este relato es uno de los documentos más auténticos que poseemos sobre la Iglesia primitiva. Eusebio cita este pasaje en su "Historia Eclesiástica", y el texto completo nos ha llegado por una fuente independiente. Hay que notar que Germánico, al provocar contra sí a las fieras para librarse cuanto antes de la abyecta compañía de los paganos y judíos, hizo realmente el gesto que San Ignacio de Antioquía se proponía hacer (ad Rom. 5). El mismo Martirologio Romano nos hace pensar en el ejemplo de San Ignacio de Antioquía, diciendo que Germánico, "que había sido molido por los dientes de las fieras, mereció unirse con el Verdadero Pan, Jesucristo, muriendo por su causa".

Ver Lightfoot, *Apostolic Fathers*, pt. II, vol. III, p. 478; Delehaye, *Les passions des martyrs...* (1921), pp. 12 ss., y *Acta Sanctorum*, 19 de enero. Sobre la fecha del martirio, ver la nota en el artículo sobre San Policarpo, 26 de enero.

SAN ALBERTO DE CASHEL, Obispo (¿siglo VII?)

La historia de este santo está envuelta en la más completa oscuridad. Se dice comunmente que fue arzobispo de Cashel, y dicha diócesis le honra como patrón; pero es prácticamente cierto que la diócesis de Cashel no existía en la época que se atribuye a San Alberto. Una biografía latina, escrita probablemente en el siglo XII, describe al santo como "natione Anglus, conversatione angelus" (inglés de nacimiento, y de conducta angélica), igualmente nos informa que San Alberto recibió en Inglaterra la visita de San Erardo, obispo irlandés de Ardagh. Alberto le acompañó de vuelta a Irlanda, y al pasar por Cashel, que había estado dos años sin obispo, fue elegido por aclamación para ocupar esa dignidad. Sin embargo, poco después de su consagración episcopal, durante un concilio que tuvo lugar en Lismore, un elocuente sermón indujo a San Alberto a renunciar a todos los honores y posesiones. Así pues, junto con San Erardo y otros compañeros, partió al continente a llevar vida de peregrino. Alberto y sus compañeros llegaron a Roma en tiempos del Papa Formoso (891-896), quien les dio la bienvenida y les alentó en sus buenos propósitos. En Roma se separaron los peregrinos, y Alberto emprendió viaje a Jerusalén. A su regreso deseaba ver a su amigo Erardo, pero al llegar a Ratisbona se enteró de que ya había muerto. Alberto rogó a Dios que le llevara también a él de esta vida, y murió pocas horas después. El relato en que nos basamos no habla de parentesco entre Alberto y Erardo, pero otras narraciones dicen que eran hermanos, y aun mencionan a un tercer hermano, Hildulfo, que fue arzobispo de Tréveris; pero esto no pasa de ser una fábula. Todos los datos que poseemos sobre San Erardo nos hacen situarle en el siglo VII; por consiguiente, es imposible que haya visitado Roma dos siglos más tarde, en tiempos del Papa Formoso. La fiesta de San Alberto se celebra en toda Irlanda.

W. Levison, en MGH., *Scriptores Merov.*, vol. VI, pp. 21-23, publicó la Vida de San Alberto. Ver también *Acta Sanctorum*, 8 de enero; y LIS., vol. I, pp. 102-113.

SANTOS PABLO, GERONCIO, GENARO, SATURNINO y CC., MÁRTIRES EN AFRICA (Siglo IV)

ESTE grupo de mártires ha pasado del Martirologio Jeronimiano al Romano. No se puede decir exactamente en qué época sufrieron el martirio. Algunos han pensado que fueron víctimas de los vándalos arrianos; sin embargo, esta hipótesis parece poco verosímil. Todo induce a creer que estos cristianos sufrieron su martirio antes del emperador Constantino, durante las persecuciones paganas.

La mayor parte de ellos no figuran en las relaciones y uno se pregunta cómo es que pudieron ser conocidos en Roma. La única explicación posible es que el redactor del Martirologio Jeronimiano haya tenido entre manos una compilación hecha en Cartago que reproducía, por lo menos trozos, de diversos calendarios locales africanos. Se supone que hubo un gran martirologio africano, compilado en Cartago hacia la mitad del siglo IV, inserto casi por completo, en los diferentes días del año del antiguo Martirologio Romano.

El calendario de Cartago, en el 19 de enero, da dos grupos de mártires designados por el nombre de dos localidades, los tertulienses y los ficarenses. Hay que resignarse a ignorar casi todo de estos mártires; las Actas, si es que han existido, fueron destruidas o escondidas. Hasta el haber sufrido en tiempo de Diocleciano resulta hipotético para la mayor parte de estos mártires.

P. Monceaux, *Histoire litteraire de l'Afrique chrétienne*, vol. III p. 109. L. Duchesne en *Mélanges de l'Ecole de Rome*, vol. XXI, 1901, p. 207. L. Duchesne, "*Les sources du martyrologe hiéronimien*"; y en "*Mélanges de l'Ecole de Rome*", vol. v, 1885, p. 137. L. Duchesne en *Bulletin critique*, vol. VII, 1901, p. 207.

SAN BASIANO, OBISPO (413 P.C.)

BASIANO nació en Sicilia, en tiempo del emperador Constantino. Su padre, que era idólatra, le envió a Roma porque quería prepararle para que llegase a ser su sucesor en el gobierno de Siracusa. Pero el joven oyó hablar de los cristianos y se interesé por su religión. La estduió con empeño, se convirtió y fue bautizado por un santo sacerdote llamado Gordiano.

Cuando el padre se enteró de esta conversión, se puso furioso. Envió emisarios a Roma para hacer apostatar a su hijo y obligarle a regresar a Siracusa. Basiano estaba haciendo oración en la iglesia de San Juan Bautista, cuando un venerable anciano le avisó del peligro. Huyó a Ravena, en donde el obispo le consagró sacerdote y lo agregó al servicio de su Iglesia.

El año 376, muerto el obispo de Lodi, Basiano, de cincuenta y cinco años de edad, fue elegido para sucederle. Recibió la consagración episcopal el primero de enero de 377.

Dos hechos prodigiosos señalan su primera entrada en Lodi: la curación de varios leprosos y la promesa hecha por una voz celestial de que, en adelante, ninguno de los pobladores de esa ciudad padecería de la lepra. En la Edad Media se mantenía la creencia de que los obispos de Lodi tendrían una pierna llagada por la lepra, para preservar así a su rebaño. Este detalle lo han desconocido Tillemont y los bolandistas.

Basiano fue amigo personal de San Ambrosio de Milán. Con él combatió a los arrianos y asistieron juntos a la mayor parte de los concilios de la Galia

Cisalpina. Basiano fue quien acompañó a Ambrosio en su lecho de muerte y quien cumplió con él los últimos deberes.

Murió Basiano el 19 de enero de 413. El 4 de noviembre de 1163 hubo una traslación de sus reliquias.

La Vida de Basiano por un autor anónimo se encuentra en *Acta Sanctorum,* 19 de enero. Más tarde, en Mombricio y en Surio.

SAN CANUTO DE DINAMARCA, MÁRTIR (1086 P.C.)

CANUTO de Dinamarca era hijo natural de Swein Estrithson, cuyo tío, llamado también Canuto, había sido rey de Inglaterra. San Canuto trató de hacer valer sus títulos a la corona inglesa, pero fracasó totalmente en Nortumbría, en 1075. Seis años después, sucedió a su hermano Harold en el trono de Dinamarca. Los daneses se habían convertido al cristianismo poco tiempo antes, pero, como se ha dicho de Canuto de Inglaterra, "su entusiasmo religioso tenía algo de la ingenuidad de un bárbaro". Esto es lo menos que se puede decir. Canuto II se casó con Adela, hermana de Roberto, conde de Flandes, y de este matrimonio nació el beato Carlos el Bueno. Canuto favoreció con sus leyes la administración de la justicia y la paz del reino, otorgó privilegios e inmunidades al clero, e impuso tributos para el sostenimiento de éste. Desgraciadamente, esto hizo que algunos clérigos se convirtiesen en señores feudales que se ocupaban más de sus bienes temporales que de sus deberes espirituales. Canuto mostró una munificencia regia en la construcción y dotación de iglesias, y regaló su propia corona a la iglesia de Roskilde, que se convirtió en cementerio de los reyes daneses.

En 1085, Canuto reclamó nuevamente el trono de Inglaterra, e hizo extensos preparativos para la invasión, de acuerdo con Roberto de Flandes y Olaf de Noruega; pero la oposición que encontró entre los nobles y el pueblo le obligó a desistir de la empresa. Sus súbditos se sentían cada vez más descontentos a causa de los impuestos y tributos, del nuevo orden social hasta que la rebelión estalló entre los subordinados de Olaf, el hermano de Canuto. Este huyó a la isla de Fünen y se refugió en la iglesia de San Albán, en Odense, la cual debía su nombre a una reliquia que Canuto había traído de Inglaterra. Pero los rebeldes le persiguieron y cercaron el templo. Creyéndose perdido, Canuto se confesó y recibió la comunión, mientras los rebeldes atacaban, destrozando a pedradas los emplomados. Al penetrar en el edificio, asesinaron al rey que se hallaba arrodillado junto al altar. Canuto murió con su hermano Benito y otros diecisiete compañeros, el 10 de julio de 1086.

Aelnoth, el biógrafo de Canuto, un monje de Canterbury que había vivido veinticuatro años en Dinamarca, afirma que Dios dio testimonio de la santidad del monarca, obrando numerosas curaciones milagrosas junto a su tumba. Esto movió al pueblo a venerar sus reliquias. Uno de los sucesores de Canuto, Erico III, envió a Roma las pruebas de los milagros obrados por el santo monarca, y el Papa Pascual II autorizó el culto a San Canuto, aunque es difícil comprender por qué se le venera como mártir. Aelnoth añade que los primeros evangelizadores de Dinamarca y el resto de Escandinavia eran ingleses, y que los suecos fueron los que opusieron mayor resistencia al cristianismo.

Ver *Acts Sanctorum,* julio, vol. III; C. Gertz, *Vitae Sanctorum Danorum,* pp. 27-168, 531-558; y B. Schmeidler, en *Neues Archiv,* 1912, pp. 67-69, Cf. también A. E. Freeman

Norman Conquest, vol. IV, pp. 249, 586, 689; y F. M. Stenton, *Anglo-Saxon England* (1943), pp. 603, 608-609.

SAN ENRIQUE, OBISPO DE UPSALA, MÁRTIR (¿1156? P.C.)

POR FALTA de documentos contemporáneos de valor, sólo podemos dar un breve resumen de la vida de San Enrique. Si bien había nacido en Inglaterra, es posible que residiese en Roma, cuando el cardenal Nicolás Breakspear, que fue posteriormente Papa con el nombre de Adriano IV, partió como legado pontifical a Escandinavia, en 1151. Enrique parece haber formado parte de su comitiva, y no faltan razones para creer que el mismo legado pontificio le consagró obispo de Upsala, en 1152. El nuevo obispo se ganó la benevolencia del rey San Erico de Suecia. Cuando el monarca emprendió una especie de cruzada contra los paganos de Finlandia, el obispo le acompañó en ella. Los suecos obtuvieron una señalada victoria, lo cual tuvo como efecto la conversión de algunos finlandeses. Erico retornó a Suecia, pero el obispo se quedó en Finlandia para continuar el trabajo de las conversiones "con celo apostólico, aunque en algunas ocasiones, con poca prudencia apostólica".

San Enrique impuso penitencia a un convertido, llamado Lali, que había cometido un asesinato. Considerándola éste como una humillación, se puso al acecho del obispo y le asesinó. (Sin embargo, existe una versión totalmente diferente sobre de la muerte de San Enrique). El santo realizó algunas curaciones y otros milagros. Aunque la afirmación de que el mártir fue canonizado por el Papa Adriano no descansa sobre ninguna prueba, lo cierto es que los finlandeses le consideran como su santo patrono, desde épocas muy remotas. Según se desprende de una carta de Bonifacio VIII, escrita en 1296, la catedral de Abo estaba ya dedicada a San Enrique; y cuando, en el siglo XVI, la serie de pinturas de los mártires ingleses fue colocada en el Colegio Inglés de Roma, el patrono de Finlandia figuraba en ella. De mayor interés y mérito artístico es el extraordinario bajorelieve de bronce (*c.* 1440), todavía existente, que cubría las reliquias de San Enrique en Nousis, con nueve placas secundarias en las que estaban grabados los milagros y episodios de su vida. Las reliquias de San Enrique fueron trasladadas en 1300 a la catedral de Abo (actualmente Turku). En Finlandia se celebraba el 18 de junio la fiesta de la traslación de las reliquias. La fiesta principal de San Enrique se celebraba en Suecia el 19 de enero, pero el calendario finlandés la conmemora el 20 de enero.

T. Borenius, en *Archeological Journal*, vol. LXXXVII (1930), pp. 340-358, hace una buena síntesis de la vida de San Enrique. Por lo que toca a los detalles litúrgicos, cf. Aarno Malin, *Der Heiligenkalender Finnlands* (1925), pp. 179 y 208-223. En *Acta Sanctorum*, enero, vol. II, y en otras obras, se encontrará la leyenda del siglo XIII sobre la vida de San Enrique. Ver. también C. J. A. Oppermann, *English Missionaries in Sweden and Finland* (1937), pp. 200-205; cf. *Analecta Bollandiana*, vol. LVII (1939), pp. 162-164.

BEATO ANDRES DE PESCHIERA (1485 P.C.)

NO POSEEMOS muchos detalles auténticos sobre la vida del beato. Su nombre de familia era Gregho (de origen griego). Andrés nació en Peschiera, a orillas del Lago de Garda, y siendo muy joven, entró en la orden de Santo Domingo, en Brescia, e hizo sus estudios en el famoso convento de San Marcos de Florencia.

Después de su ordenación, sus superiores le enviaron a evangelizar el Valtelino, región en los confines de Italia y Suiza infestada por la herejía, en la que el pueblo era hostil a la religión. Se conserva un atractivo relato de la incansable labor del misionero entre ese pueblo rebelde, de su tierna devoción a la Pasión de Cristo, de la austeridad de su vida y de su espíritu de humildad y pobreza. Algunos de los milagros que se le atribuyen son muy extravagantes. Así, por ejemplo: cuando los herejes se presentaron con un libro para refutarle, el beato les dijo que lo abriesen y de él salió "una enorme serpiente", como símbolo del veneno que el libro contenía. El beato Andrés fundó en Morbeno un convento de su orden, como puesto de avanzada entre los herejes, y ahí murió el 18 de enero de 1485. El beato pasó cuarenta y cinco años de su vida en el Valtelino. Su culto fue confirmado en 1820.

Ver *Acta Sanctorum*, mayo, vol. IV, pp. 627-631; Procter, *Short Lives of the Dominican Saints*, pp. 7-10.

BEATO BERNARDO DE CORLEONE (1667 P.C.)

FELIPE Latini había sido en su juventud, zapatero en Corleone, a unos veinticinco kilómetros de Palermo. Según refiere su biógrafo, se había sentido también atraído por la carrera de las armas y pasaba por ser el mejor espadachín de Sicilia. En una de sus numerosas disputas con la policía, hirió a un alguacil, lo cual le obligó a buscar refugio en una iglesia. Ahí estaba a salvo, pero naturalmente no podía salir hasta que sus perseguidores dejaran libre el campo. Sitiado así durante varios días, Felipe, que era muy devoto por temperamento, tuvo tiempo de reflexionar y de caer en la cuenta de que la vida de aventurero que llevaba ponía a su alma en grave peligro. Así pues, en 1631, a los veintisiete años de edad, se hizo hermano lego capuchino y recibió el nombre de Bernardo. A partir de entonces desplegó en la práctica de la austeridad el mismo entusiasmo que había mostrado en su vida de aventuras. Sus ayunos, disciplinas y vigilias eran extraordinariamente severos. El relato que hacen sus biógrafos sobre los ataques que le hizo sufrir el demonio, que se le aparecía en formas espantosas y le golpeaba, constituye una lectura impresionante. Pero las gracias de que fue objeto Bernardo, según sus biógrafos, no eran menores; se nos habla de éxtasis, levitaciones, profecías y milagros, en cantidad.

Uno de los dones que se le atribuían era el poder de curación hacia los animales, lo cual ha contribuido a la popularidad del beato, en nuestros días. Bernardo sentía gran compasión por el sufrimiento de las bestias porque, como él decía, no tienen doctores, ni medicinas, ni pueden manifestar lo que las hace sufrir. Las gentes del lugar acudían con sus animales al hermano Bernardo, quien recitaba el Padre Nuestro y les hacía dar tres vueltas alrededor de la cruz del atrio de la iglesia del convento. Así curaba a todos los animales ("tutte le risanava") y, lo que es más sorprendente, se cuenta que el beato legó este poder a otro miembro de la comunidad, con quien le unía una gran amistad. El hermano Bernardo de Corleone murió en Palermo, el 12 de enero de 1667, y fue beatificado en 1768.

Ver B. Sanbenedetti, *Vita del... F. Bernardo da Corleone* (1725); la primera edición de esta biografía parece haber sido publicada en 1679, doce años después de la muerte del beato; cf. la biografía completa escrita por el P. Angélique (1901); P. Dionigi, *Pro*

filo del B. Bernardo (1934), donde se hallará una bibliografía; y Léon, *Auréole Séraphique*, vol. I, pp. 97-98. Como ilustración de los abusos a que se prestaba el derecho de asilo, ver J. B. Labat, *Voyages en Espagne et en Italie*, 1703 y 1707, vol. IV, p. 19.

BEATO TOMAS DE CORI (1729 P.C.)

ESTE santo franciscano era de origen humilde. Había nacido en Cori, en la campiña romana. De niño, un sacerdote había empezado a enseñarle las primeras letras; pero sus padres necesitaron pronto de la ayuda de Tomás en el pastoreo. Como leemos de muchos otros jóvenes pastores de ambos sexos que figuran entre los santos, Tomás aprovechó bien las largas horas de soledad pasadas junto a su rebaño y con Dios. En breve, adquirió un gran hábito de contemplación; nada tiene, pues, de extraño que a la muerte de sus padres, Tomás haya solicitado la admisión en el convento de los franciscanos de la estricta observancia en Cori. Tomás fue admitido, y seis años más tarde recibió la ordenación sacerdotal. Al principio sus superiores le dedicaron al oficio de maestro de novicios; pero Tomás no había perdido el gusto por la vida eremítica, y obtuvo permiso para retirarse al pequeño convento de Civitella, en las montañas de las proximidades de Subiaco. Ahí pasó casi todo el resto de su vida, entregado mansa y gozosamente a las más humildes ocupaciones, practicando grandes penitencias, predicando a los pocos y rudos habitantes de la montaña (casi todos ellos bandoleros), y gozando de extraordinarias gracias y éxtasis. Se cuenta en particular que, en cierta ocasión, mientras distribuía la comunión en la iglesia, fue arrebatado en éxtasis y se elevó hasta el techo, con el copón en la mano; momentos después, descendió lentamente y siguió distribuyendo la comunión, como si nada hubiese sucedido. Elegido guardián del convento. Tomás dio muestras de una caridad y una confianza en Dios ilimitadas. En una ocasión en que había repartido a los pobres todo el pan, la comunidad encontró la mesa absolutamente vacía, pero en ese preciso instante llegó un regalo inesperado y la comunidad tuvo todo lo necesario. Aunque Tomás se mostró siempre bondadoso y considerado en el ejercicio de su cargo, no por ello dejaba de ser muy estricto en lo relacionado con el servicio de Dios, insistiendo en particular en que sus monjes recitasen el oficio divino lenta y devotamente. "Si cor non orat —acostumbraba decir—, in vanum lingua laborat" ("si el corazón no está en oración, es inútil que la lengua se fatigue"). El beato Tomás murió el 11 de enero de 1729, a los setenta y tres años de edad, y fue beatificado en 1785.

Véase el *Breve Compendio della vita... del B. Padre Tommaso da Cori* (1786); Léon *Auréole Séraphique* (traducción inglesa), vol I, pp. 324-332.

20: SAN FABIAN, PAPA Y MÁRTIR (250 P.C.)

SAN FABIAN sucedió en el pontificado a San Antero, hacia el año 236. Eusebio relata que con una asamblea del clero y el pueblo para elegir al nuevo Papa, una paloma vino volando a posarse sobre la cabeza de San Fabián. Esta señal le ganó los votos del clero y el pueblo, aunque hasta entonces no se había pensado en él, ya que era laico y poco conocido. San Fabián gobernó la Iglesia durante catorce años, hizo trasladar de Cerdeña a Roma el cuerpo de San

Ponciano, Papa y mártir, y condenó a Privato, autor de una nueva herejía en Africa. San Fabiano murió martirizado en la persecución de Decio, el año 250, según atestiguan San Cipriano y San Jerónimo. San Cipriano, en una carta a San Cornelio, sucesor de San Fabián, le llama hombre incomparable, y dice que la gloria de su muerte correspondió a la pureza y santidad de su vida. Todavía se conserva la placa que cubría la sepultura de San Fabián en el cementerio de San Calixto; sus cuatro fragmentos llevan claramente trazada en caracteres griegos la inscripción: "Fabián, Obispo, Mártir".

Ver Duchesne, *Liber Pontificalis,* vol. I, pp. 148-149; San Cipriano, Epístola IX; H. Leclercq, en DAC, vol. V, cc. 1057-1064; *Nuovo Bullettino di arch. crist.* (1916), pp. 207-221; Wilpert, *La cripta dei Papi* (1910), p. 18. El cuerpo de San Fabián fue posteriormente trasladado a la iglesia de San Sebastián: ver Grossi-Gondi, *S. Fabiano, papa e martire* (1916), y Chéramy, *Saint Sebastien hors les murs* (1925).

SAN SEBASTIAN, MÁRTIR (¿288? P.C.)

SEGÚN sus "actas", atribuidas sin razón suficiente a San Ambrosio, Sebastián nació en Narbona de la Galia, aunque sus padres eran originarios de Milán, y fue educado en aquella ciudad. Era un fervoroso servidor de Jesucristo. Aunque la vida militar no correspondía a sus inclinaciones, hacia el año 283 fue a Roma e ingresó en el ejército, al servicio del emperador Carino, con el propósito de ayudar a los confesores y mártires cristianos, sin despertar sospechas. Los mártires Marcos y Marceliano, condenados a muerte, estaban a punto de flaquear en la fe ante las lágrimas de sus amigos, cuando San Sebastián intervino y les exhortó apasionadamente a la constancia; sus palabras ardientes impresionaron profundamente a los mártires. Zoe, la esposa de Nicóstrato, que había perdido desde hacía seis años el uso de la palabra, se postró a los pies de Sebastián. Cuando el santo trazó sobre ella la señal de la cruz, Zoe recobró la palabra. Este milagro convirtió a Zoe y a su esposo, que era el jefe de los escribanos ("primiscrinius"), a los padres de Marcos y Marceliano, al carcelero Claudio y a otros dieciséis prisioneros. Nicóstrato, que estaba al cargo de los prisioneros, les llevó a su propia casa, donde un sacerdote llamado Policarpo les instruyó y les bautizó. Al enterarse de lo sucedido y al saber que Tranquilino, el padre de Marcos y Marceliano, había sido curado de la gota al recibir el bautismo, Cromacio, gobernador de Roma, se sintió movido a seguir su ejemplo, pues él también sufría de ese mal. Hizo, pues, venir a San Sebastián, quien le curó de su enfermedad. Cromacio recibió el bautismo junto con su hijo Tiburcio, libertó a los prisioneros convertidos, dio la libertad a sus propios esclavos, y dimitió de su cargo.

Poco después, Carino murió en Ilírico, derrotado por Diocleciano, quien el año siguiente nombró a Maximiano su colega en el Imperio. Aunque no había habido nuevos edictos persecutorios, los magistrados continuaban la persecución en la misma forma que bajo el gobierno de Carino. Diocleciano, que admiraba el valor y el carácter de San Sebastián, quería guardarle cerca de sí. Como ignoraba la fe religiosa que profesaba el santo, le elevó a la alta dignidad de capitán de una compañía de guardias pretorianos. Cuando Diocleciano partió al oriente, Maximiano prodigó a San Sebastián las mismas muestras de distinción y respeto. Cromacio se retiró a Campania, junto con otros muchos convertidos. Esto hizo surgir una admirable discusión entre San Sebastián y el

sacerdote Policarpo, para determinar quién de ellos iría en la comitiva de Cromacio a fin de continuar la instrucción de los neófitos, y quién se quedaría en el puesto peligroso de la ciudad para alentar y ayudar a los mártires. El Papa Cayo, a quien apelaron para que decidiese, determinó que Sebastián se quedara en la ciudad. Como la persecución arreciara, el Papa y otros cristianos se refugiaron el año 286, en el mismo palacio imperial, que era el sitio más seguro, en los apartamentos de un oficial de la corte llamado Cástulo. Zoe fue la primera que cayó prisionera, mientras se hallaba orando en la tumba de San Pedro, el día de la fiesta del Apóstol. Colgada por los tobillos sobre una hoguera, murió sofocada. Tranquilino, avergonzado de demostrar menos valor que una mujer, se dirigió a orar en la tumba de San Pablo, y ahí murió apedreado. Nicóstrato, Claudio, Castorio y Victorino, después de ser torturados tres veces, fueron arrojados al mar. Tiburcio, delatado por un traidor, fue decapitado. Cástulo, acusado por el mismo traidor, fue dos veces torturado en el potro y después quemado vivo. Marcos y Marceliano murieron atravesados por las flechas, tras de haber permanecido veinticuatro horas con los pies clavados a una estaca.

San Sebastián, que había ayudado a tantos mártires en su tránsito al cielo, fue finalmente conducido ante Diocleciano, quien le reprochó amargamente su ingratitud, y le entregó a un cuerpo de arqueros de la Mauritania para que le mataran. Sus verdugos abandonaron su cuerpo atravesado por las flechas, creyéndole muerto. Cuando Irene, la viuda de San Cástulo, fue a recoger el cadáver, encontró al santo todavía vivo y le llevó a su casa. Ahí se restableció de las heridas y quedó sano, pero se negó a huir, a pesar de los ruegos de sus amigos. Un día, el santo se apostó en una escalera por la que el emperador iba a pasar, y le echó en cara las abominables crueldades cometidas contra los cristianos. Tal libertad de lenguaje por parte de un hombre a quien todos creían muerto, dejó mudo de asombro, por un momento, al emperador; pero, una vez repuesto de su sorpresa, dio la orden de que acabaran con la vida de Sebastián a mazazos y arrojaran su cuerpo en la fosa común. Una mujer llamada Lucía, a quien el santo se apareció en sueños, transportó su cuerpo al sitio llamado "ad catacumbas", donde se levanta hoy la basílica de San Sebastián.

Los historiadores piensan que esta biografía es una fábula piadosa, escrita a fines del siglo V. Lo único que sabemos con certeza sobre San Sebastián, es que fue martirizado en Roma; que tenía alguna relación con Milán, donde ya era venerado en tiempos de San Ambrosio, y que fue enterrado en la Vía Apia, probablemente muy cerca de la actual basílica de San Sebastián, en el cementerio "ad catacumbas". Aunque el arte medieval y renacentista representa a San Sebastián atravesado por las flechas o llevando una flecha en la mano, este atributo es de aparición relativamente tardía. Un mosaico de San Pietro in Vincoli, que data más o menos del año 680, le representa como un hombre barbado, que lleva en la mano la corona del martirio. Un antiguo ventanal de la catedral de Estrasburgo, le pinta como un caballero, con espada y escudo, pero sin flechas. Se invoca a San Sebastián como patrón contra las plagas, y ciertos escritores de nota, como Mâle y Pedrizet, opinan que esta tradición está relacionada con un famoso incidente del primer libro de la "Ilíada" y que tiene su origen en la valiente actitud de San Sebastián frente a la lluvia de flechas disparadas contra él; pero el P. Delehaye afirma, probablemente con razón, que la tradición debió más bien originarse en la coincidencia entre el fin de una plaga y la invoca-

ción de San Sebastián. El hecho de que San Sebastián sea el patrono de los arqueros y de los soldados en general, proviene naturalmente de la leyenda.

Sobre la "pasión" de San Sebastián, ver *Acta Sanctorum*, 20 de enero. Ver también H. Delehaye, en *Encyclopaedia Britannica*, (undécima edición), y *Acta Bollandiana*, vol. XXVIII (1909), p. 489; igualmente K. Loffler, en *Catholic Encyclopedia*, vol. XIII; Chéramy, *Saint-Sébastien hors les murs* (1925), y *Civilta Cattolica* enero y febrero, 1918.

SAN NEOFITO, MÁRTIR (Siglo IV)

FUE UN joven cristiano de Nicea, en Bitinia. Sus padres fueron cristianos, desde la época en que Diocleciano gobernaba el Imperio.

Como dato prodigioso de su vida, se cuenta que, a los nueve años, era capaz de instruir a los compañeros de su edad y que a los diez, se retiró a una gruta del monte Olimpo. Una extraña bestia roja se apartó de la cueva para hacerle sitio.

Cuando tenía quince años, en los momentos en que la persecución ardía con más furia, fue detenido por cristiano, en Nicea de Bitinia. Rehusó sacrificar a los ídolos y por este motivo fue azotado con varas y arrojado a un brasero ardiente. Como estos suplicios no hicieron ningún efecto en él, fue decapitado por la fe.

Baronio en sus *Notes sur le martyrologe romain* lo ha inscrito el día 20 de enero, según lo que dice de él el monologio griego, a pesar de que éste lo haya colocado el día 21.

Sinaxario de Constantinopla, en *Acta Sanct.*, nov., propylaeum, p. 410.

SAN EUTIMIO EL GRANDE, ABAD (473 P.C.)

EL NACIMIENTO de este santo fue el fruto de las oraciones de sus padres y de la intercesión del mártir Polyeucto. El padre de Eutimio era un rico ciudadano de Melitene de Armenia. Ahí se inició Eutimio en las ciencias sagradas, bajo la dirección del obispo, quien le ordenó sacerdote y le encargó de la supervisión de los monasterios. Eutimio visitaba con frecuencia el monasterio de San Polyeucto, y pasaba noches enteras orando en el monte vecino. Asimismo, se retiraba a orar todos los años, desde la octava de la Epifanía hasta el fin de la Cuaresma. Como su deseo de soledad no se satisficiera con esto, Eutimio abandonó secretamente su ciudad natal, a los veintinueve años de edad. Después de orar en los santos lugares de Jerusalén, se refugió en una celda, a diez kilómetros de la ciudad, cerca de la "laura"* de Farán. Tejiendo canastas, ganaba lo suficiente para vivir y aun repartía algunas limosnas entre los pobres. Cinco años más tarde, se retiró con un tal Teoctisto a una cueva situada a unos quince kilómetros de su celda anterior, en el camino a Jericó. Ahí empezó a reunir algunos discípulos hacia el año 411. Confiando a Teoctisto el cuidado de la comunidad, el santo volvió a retirarse a una remota ermita. Sólo los sábados y domingos recibía a quienes iban en busca de consejo. Eutimio exhortaba a sus monjes a no comer nunca más de lo suficiente para satisfacer el hambre, pero les prohibía toda especie de singularidad en el ayuno y otras austeridades, porque tales cosas

*La "laura" consistía en una serie de celdas a corta distancia unas de otras.

favorecen la vanidad y desarrollan la voluntad propia. Siguiendo el ejemplo de su maestro, todos los monjes se retiraban a la soledad desde la Epifanía hasta el Domingo de Ramos, fecha en que se reunían en el monasterio para celebrar los oficios de la Semana Santa. Eutimio recomendaba el silencio y el trabajo manual, de suerte que sus monjes pudiesen ganar no sólo su vida, sino un poco más para ayudar a los pobres.

Con la señal de la cruz y una corta oración, San Eutimio curó de una parálisis de medio cuerpo a un joven árabe. El padre de éste, que había recurrido en vano a las famosas artes físicas y mágicas de los persas, se convirtió al cristianismo. Esto desató una oleada de conversiones entre los árabes, de suerte que el patriarca de Jerusalén, Juvenal, consagró obispo a Eutimio para que atendiese a las necesidades espirituales de los convertidos. El santo estuvo presente en el Concilio de Efeso, en 431. Juvenal construyó a San Eutimio una "laura" en el camino de Jerusalén a Jericó. No por ello abandonó el santo su regla de estricta soledad, sino que gobernó a sus monjes por medio de vicarios, a quienes daba sus instrucciones los domingos. La humildad y caridad de Eutimio le ganaban los corazones de cuantos se le acercaban. Su don de lágrimas parece haber sido todavía más notable que el del gran Arsenio. San Cirilo de Escitópolis relata muchos de los milagros obrados por el santo con sólo hacer la señal de la cruz. En un período de sequía, Eutimio exhortó al pueblo a la penitencia para apartar esa plaga, las multitudes acudían en procesión a su celda, llevando cruces, cantando el "Kyrie eleison", y suplicándole que ofreciese a Dios sus oraciones por ellos. Eutimio respondía: "Yo soy un pecador. ¿Cómo queréis que me presente ante Dios, que está airado por nuestras culpas? Postrémonos todos juntos en su presencia, y El nos escuchará". La multitud obedeció, y el santo, dirigiéndose a su capilla, se postró también en oración. El cielo se oscureció repentinamente, la lluvia cayó en abundancia, y las cosechas fueron notablemente buenas.

Cuando la emperatriz Eudoxia, viuda de Teodosio II, consultó a San Simeón el Estilita sobre las penas que afligían a su familia, dicho santo remitió a la hereje a San Eutimio. Este no recibía a ninguna mujer en su "laura". La emperatriz se construyó un refugio a cierta distancia y le rogó que fuese a verla ahí. San Eutimio le aconsejó renunciar a la herejía de Eutiques y suscribir el credo del Concilio de Calcedonia. Eudoxia siguió el consejo, como si fuese la voz de Dios, y volvió a la ortodoxia de la fe. Gran parte del pueblo siguió su ejemplo. El año 459, la emperatriz pidió de nuevo al santo que fuese a verla a su refugio, pues tenía el plan de dotar la "laura" con rentas suficientes para su manutención. Eutimio le mandó decir que no pensara en la dotación y que se preparara a morir. La emperatriz admiró el desinterés de Eutimio, volvió a Jerusalén, y murió poco después. Uno de los últimos discípulos de San Eutimio fue el joven San Sabas, a quien el primero amó tiernamente. El 13 de enero del año 473, Martirio y Elías, a quienes el santo había predicho que llegarían a ser patriarcas de Jerusalén, fueron con algunos otros a acompañar a Eutemio a su retiro cuaresmal; pero éste les dijo que iba a quedarse con ellos toda la semana, hasta el sábado siguiente, dándoles a entender que su muerte estaba próxima. Tres días después, ordenó que se observase una vigilia general, la víspera de la fiesta de San Antonio, y en tal ocasión hizo a sus hijos espirituales una exhortación a la humildad y la caridad. Nombró a Elías por sucesor suyo y predijo a Domiciano, uno de sus discípulos predilectos, que le seguiría al sepulcro a los ocho días de su

muerte, como sucedió en efecto. Eutimio murió el sábado 20 de enero, a los noventa y cinco años, después de haber pasado sesenta y ocho en el desierto. Cirilo cuenta que se apareció varias veces después de su muerte, y habla de los milagros obrados por su intercesión, de uno de los cuales él mismo fue testigo ocular. El nombre de San Eutimio aparece en la preparación de la misa bizantina.

Casi todos los datos que poseemos sobre la vida de Eutimio provienen de la biografía escrita por Cirilo de Escitópolis. En *Acta Sanctorum*, 20 de enero, se encuentra una versión latina de dicha biografía; E. Schwartz, *Kyrillos von Skythopolis* (1939), publicó una edición crítica del texto griego. Ver también DCB., vol. II, pp. 398-400; y R. Génier, *Vie de S. Euthyme le Grand*, 1909.

BEATO BENITO DE COLTIBONI (*c.* 1107 P.C.)

LA CONGREGACIÓN benedictina de Valleumbrosa, que nació de las ermitas que existían anteriormente al año 1038, en el famoso valle, gracias a los esfuerzos de San Juan Gualberto, contaba en su mejor época con más de cincuenta comunidades y se había extendido a Francia y al Tirol. El rasgo más característico de la nueva organización consistía en el deseo de combinar la vida eremítica con la monástica. Los padres del beato Benito Ricasoli habían conocido personalmente a San Juan Gualberto y le habían regalado una propiedad en Coltiboni. En ella fue recibido a temprana edad el beato por el abad Azzo. Pero, como aspirara a mayor perfección y soledad que las que le ofrecía la vida comunitaria, Benito se retiró a una choza en la montaña, a cierta distancia de la abadía. De vez en cuando, iba al convento a celebrar con sus hermanos algunas fiestas de la Iglesia. En una de esas raras visitas, que duró desde la Navidad hasta la Epifanía, exhortó especialmente a los monjes al fervor y la perseverancia en su ardua vocación. Su vida, les dijo, debía consistir en una constante preparación para la muerte; y les repitió insistentemente las palabras del Evangelio: "Estad preparados, porque el Hijo del Hombre vendrá cuando no lo esperáis". Poco después, Benito murió en la soledad de su ermita, según parece, el 20 de enero de 1107.

La leyenda bordó posteriormente las circunstancias de su muerte. Se decía que la campana del monasterio había tocado sola para anunciar la muerte de Benito; que sobre la nieve había aparecido milagrosamente un sendero para que los monjes pudiesen ir a ver a su hermano; que éstos le encontraron muerto, pero arrodillado como si estuviese en oración, con las manos juntas y los ojos fijos en el cielo; que sobre su tumba, dentro de la clausura, había brillado una luz y había brotado instantáneamente un lirio. El culto del beato Benito fue confirmado en 1907. Se dice que sus reliquias reposan todavía en el santuario de Galloro, cerca de Riccia.

Ver el decreto de la Congregación de Ritos, en *Analecta Ecclesiastica*, 1907, p. 247; y *Acta Sanctorum*, 20 de enero.

BEATO DESIDERIO, o DIDIER, OBISPO DE THÉROUANNE (1194 P.C.)

AUNQUE no existen pruebas satisfactorias sobre su culto, las colecciones hagiográficas, como las de De Ram y Guérin, dicen que Desiderio fue el trigésimo

tercer obispo de Thérouanne y le ponen en el número de los beatos. Su nombre aparece igualmente en el calendario cisterciense de Blandecques, o "Blandyke" y en algunos otros. Desiderio ayudó a fundar, cerca de Saint-Omer, aquel monasterio cisterciense. En las escuelas de los jesuitas ingleses se designa con dicho nombre el día de vacación mensual, porque en el antiguo colegio de Saint-Omer, los estudiantes iban una vez al mes a pasar un día de asueto en esa región. Se atribuían antiguamente muchos milagros a una estatua de Nuestra Señora de Blandyke, y, en el siglo XVIII, se acuñaban todavía medallas de esa imagen. El Beato Desiderio fue consagrado obispo en 1169, y se cuenta que se distinguió por su caridad y su espíritu de oración. Tres años antes de su muerte renunció a su sede. Parece que el beato murió el 20 de enero, o el 2 de septiembre, en la abadía cisterciense de Cambron, donde había hecho su profesión.

Ver Reussens, en *Biographie nationale* (*belge*), vol. v; *Gallia christiana nova*, vol. II; y DHG., vol. IX, c. 117, y XI, 585.

21: SANTOS FRUCTUOSO, AUGURIO Y EULOGIO, MÁRTIRES (259 P.C.)

SAN FRUCTUOSO fue un celoso y apostólico obispo de Tarragona, en la época en que dicha ciudad era la capital de España. El año 259, durante la persecución de Valeriano y Galieno, fue arrestado por orden del gobernador, junto con sus dos diáconos Augurio y Eulogio, el domingo 16 de enero. Los guardias le sorprendieron en el lecho, y el santo les pidió unos instantes para calzarse. Después, les siguió alegremente, con sus otros dos compañeros, a la prisión. Fructuoso bendecía a los fieles que iban a visitarle, y el lunes bautizó en la cárcel a un catecúmeno llamado Rogaciano. El miércoles observó el ayuno de las estaciones hasta las tres de la tarde.* El viernes, sexto día de su prisión, compareció ante el gobernador, quien le preguntó si conocía los edictos del emperador. El santo respondió que no, pero que en todo caso era cristiano. "Los emperadores —replicó Emiliano— ordenan que todos sacrifiquen a los dioses". Fructuoso respondió: "Yo adoro a Dios, que ha hecho los cielos, la tierra y todas las cosas". Emiliano le dijo: "¿Sabes que existen además otros dioses". "No", —replicó el santo. El procónsul le dijo: "Yo haré que lo sepas muy pronto". Diciendo estas palabras, el procónsul se volvió hacia Augurio y le rogó que no tuviese en cuenta las respuestas de Fructuoso, pero Augurio le contestó que él adoraba al mismo Dios todopoderoso. Emiliano preguntó entonces al otro diácono, Eulogio, si también él adoraba a Fructuoso. Eulogio respondió: "Yo no adoro a Fructuoso, sino al Dios que Fructuoso adora". Emiliano preguntó a Fructuoso si era obispo; como el santo contestara afirmativamente, el procónsul replicó: "Di más bien que lo eras", con lo cual quería indicar que Fructuoso iba pronto a perder el título junto con la vida. En efecto, el procónsul condenó inmediatamente a los tres mártires a ser quemados vivos.

Los mismos paganos no podían contener las lágrimas, cuando los mártires se dirigían al anfiteatro, porque amaban a Fructuoso a causa de sus extraordi-

* Miércoles y viernes eran días de ayuno en aquella época, pero sólo hasta la hora de nona, es decir, hasta las tres de la tarde. Tal práctica se conocía con el nombre de ayuno de las estaciones.

narias virtudes. Los cristianos acompañaban a los testigos de Cristo afligidos y a la vez gozosos por el martirio. Los fieles ofrecieron a San Fructuoso una copa de vino, pero éste no quiso porbarlo, porque no eran sino las diez de la mañana, y el ayuno de los viernes obligaba hasta las tres de la tarde. El santo obispo esperaba terminar el tiempo del ayuno en compañía de los patriarcas y profetas en el cielo. Una vez que se hallaban en el anfiteatro, el lector del obispo, Augustal, se acercó a éste y le rogó que le permitiera desatar las correas de sus zapatos, pero el mártir se rehusó, diciendo que podía hacerlo él mismo sin dificultad. Félix, un cristiano, se adelantó a rogarle que no le olvidase en sus oraciones, a lo que el santo respondió en voz alta: "Estoy obligado a orar por la Iglesia católica, difundida en todo el mundo, desde el oriente hasta el occidente". San Agustín, quien admira mucho la respuesta del santo, observa que parecía decir—: "Si quieres que pida por ti, no abandones nunca a la Iglesia por la que pido". Marcial, un cristiano de su diócesis, le rogó que dijese unas palabras de consuelo a su desolada Iglesia. El obispo, volviéndose hacia los cristianos, les dijo: "Hermanos míos, el Señor no os abandonará como a ovejas sin pastor, porque El es fiel a sus promesas. El tiempo del sufrimiento es corto".

Los mártires fueron atados a sendas estacas para ser quemados, pero las llamas parecían al principio respetar sus cuerpos y sólo consumían las cuerdas que ataban sus manos, de suerte que los mártires pudieron extender los brazos en oración y entregaron su alma a Dios, de rodillas, sin que las llamas les consumieran. Babilas y Migdonio, dos cristianos que formaban parte de la servidumbre del gobernador, vieron abrirse el cielo y entrar en él a los santos, portando la corona de los mártires. El procónsul Emiliano levantó también los ojos al cielo, pero no fue juzgado digno de participar en tal espectáculo. Los fieles se acercaron durante la noche, apagaron con vino las hogueras y retiraron los cuerpos medio quemados. Muchos de ellos llevaron a sus casas parte de las santas reliquias; pero, amonestados por el cielo, las depositaron todas en el mismo sepulcro. San Agustín nos ha dejado un panegírico de San Fructuoso, pronunciado en el aniversario de su martirio.

La narración de la pasion de San Fructuoso pertenece a la reducida categoría de actas que todos los críticos consideran como auténticas. El mismo Harnack (*Chronologie bis Eusebius*, vol. II, p. 473) dice que este documento "no despierta sospechas". Se encuentran dichas actas en *Acta Sanctorum*, 21 de enero, en Ruinart y en otras obras. Ver Delehaye. *Les passions des martyrs*... (1921), p. 144, y *Origines du culte des martyrs* (1933), pp. 66-67. Uno de los principales argumentos en favor de la autenticidad de las Actas de San Fructuoso es que San Agustín y Prudencio las conocieron ciertamente.

SANTA INES, Virgen y Mártir (*c* ¿304? p.c.)

Santa Inés ha sido siempre considerada en la Iglesia como patrona de la pureza. Es una de las más populares santas cristianas, y su nombre está incluído en el canon de la misa. Roma fue el escenario de su triunfo, y Prudencio nos dice que su tumba podía verse desde la ciudad. Probablemente, fue martirizada al principio de la persecución de Diocleciano, quien publicó sus crueles edictos en marzo del año 303. San Ambrosio y San Agustín nos informan que Santa Inés sólo tenía trece años cuando fue martirizada. Sus riquezas y hermosura hacían que los jóvenes de las principales familias romanas rivalizaran por su mano; pero Inés respondía a todos que había consagrado su virginidad a un

esposo celestial, invisible a los ojos del cuerpo. No pudiendo hacerla vacilar en su resolución, sus pretendientes la denunciaron como cristiana al gobernador, seguros de que las amenazas y torturas serían más eficaces con una jovencita que no se dejaba vencer por los halagos. El juez empleó al principio palabras bondadosas y le hizo grandes promesas; pero Inés permaneció inconmovible, declarando que su único esposo era Jesucristo. Entonces el juez recurrió a las amenazas, que no lograron más que poner de manifiesto el valor de la joven y su decisión de aceptar los tormentos y la muerte. El juez mandó entonces encender grandes hogueras y desplegar ante los ojos de Inés los garfios de hierro y otros instrumentos de tortura, amenazándola con pasar a la ejecución; pero ella estaba tan lejos de temer la tortura que, con el rostro resplandeciente de alegría, se ofreció a tenderse en el potro. El juez ordenó que la llevasen arrastrando ante los ídolos y que la obligasen a ofrecerles incienso; pero, según nos dice San Ambrosio, los verdugos no consiguieron mover sus manos, excepto para trazar la señal de la cruz.

Al ver esto, el gobernador la amenazó con enviarla a una casa de prostitución, donde su virginidad, que tanto apreciaba, quedaría expuesta a los insultos de la brutal y licenciosa juventud romana.* Inés respondió que Jesucristo era demasiado celoso de su pureza para permitir que ésta fuera así violada, pues El era su defensor y protector. "Puedes —le dijo— manchar tu espada con mi sangre, pero jamás podrás profanar mi cuerpo consagrado a Cristo". El gobernador se enfureció tanto que mandó que la llevaran inmediatamente al lupanar y que se diera a todos libertad para abusar de ella a su gusto. Muchos jóvenes licenciosos, llenos de malos deseos, acudieron al punto; pero la vista de la santa les produjo tal terror, que no se atrevieron a acercársele, excepto uno, que fue cegado por una luz bajada del cielo y cayó temblando por tierra. Sus compañeros, atemorizados, le transportaron a los pies de la santa que, al verlo, comenzó a cantar himnos de alabanza a Cristo, su protector. La virgen obtuvo con sus oraciones que la vista y la salud le fuesen devueltas.

El principal acusador de la santa, que al principio sólo había pretendido satisfacer su avaricia y sus bajas pasiones, incitaba ahora furiosamente contra ella al gobernador, poseído del espíritu de venganza. Pero el gobernador no necesitaba que le azuzaran, pues estaba en el colmo de la ira al verse ridiculizado por una simple jovencita. Así pues, la condenó a ser decapitada. Trasportada de gozo al oír la sentencia, "Inés fue al sitio de la ejecución con más alegría que una joven va al matrimonio", según la expresión de San Ambrosio. El verdugo tenía instrucciones de emplear todos los medios para doblegarla, pero Inés permaneció inconmovible y, tras una corta oración, tendió el cuello a la espada. Los espectadores lloraban al ver a la hermosa muchacha cargada de cadenas y ofreciendo su cuello al verdugo. Finalmente éste descargó el golpe con mano temblorosa. El cuerpo de la santa fue sepultado a corta distancia de Roma, junto a la Vía Nomentana.

Hay que añadir a esta narración de Alban Butler, quien se fundó principalmente en Prudencio, que los historiadores modernos se inclinan a pensar

* Tertuliano hace el siguiente comentario sobre esta forma de tortura: "Al condenar a una doncella cristiana a los abusos de una juventud licenciosa, más bien que a los leones, no hacéis sino reconocer que nosotros tememos más una mancha de la pureza que cualquier tormento y aun que la misma muerte. Vuestro cruel proceder no os sirve de nada, porque más bien gana adeptos a nuestra santa religión".

que los detalles del relato no son fidedignos. Como lo hacen notar las "actas" de Santa Inés, atribuidas sin razón suficiente a San Ambrosio, no pueden ser anteriores al año 415 y constituyen simplemente un intento de síntesis y armonización de los datos de las diversas tradiciones. San Ambrosio, en su sermón "De Virginibus" (377 P.C.), dice que Santa Inés, en su martirio "cervicem inflexit" ("dobló el cuello"), y de ahí se ha deducido que fue decapitada. Esta suposición encuentra un apoyo en la afirmación explícita de Prudencio de que la cabeza de Santa Inés cayó al primer golpe. Por otra parte, el epitafio escrito por el Papa San Dámaso habla de "llamas", pero sin añadir más detalles sobre la muerte; y el hermoso himno "Agnes beatae virginis" (que Walpole, Dreves y otros autores consideran como obra genuina de San Ambrosio), deja ver claramente que la santa no fue decapitada, pues en tal caso no habría podido cubrirse modestamente después de recibir el golpe ("percussa"), ni llevarse las manos al rostro. Parece evidente que el autor del himno supone que Santa Inés recibió una herida en el cuello o en el pecho. De estas aparentes contradicciones, muchos autores deducen que ya en la segunda mitad del siglo cuarto, se había perdido la memoria de las circunstancias exactas del martirio, y que sólo quedaba una vaga tradición.

En todo caso, no hay duda posible de que Santa Inés fue realmente martirizada y enterrada junto a la Vía Nomentana, en el cementerio que tomaría su nombre. Constantina, hija de Constantino y esposa de Galo, erigió ahí una basílica en honor de la santa, antes del año 354. Se conserva todavía la inscripción del ábside, en versos acrósticos, pero lo único que dice sobre Santa Inés es que fue "virgen" y "victoriosa". El nombre de Santa Inés se halla en la "Depositio martyrum" del año 354, el 21 de enero, y ahí mismo se señala el sitio de su sepultura. Existen también muchas pruebas del antiquísimo culto que se rendía a la santa, tanto en los objetos de arte, como en las importantes y frecuentes menciones de su nombre en la literatura cristiana. "Inés, Tecla y María estaban conmigo", dijo San Martín a Sulpicio Severo. Como lo dijimos más arriba, Santa Inés es uno de los santos nombrados en el canon de la misa.

Es muy posible que el P. Jubaru tenga razón en su ensayo de armonización entre los datos de San Dámaso y de San Jerónimo, pero de ahí no se sigue necesariamente que sea exacta su teoría de que las "actas" griegas constituyen una amalgama de la biografía de dos Ineses diferentes. Por lo que se refiere a nuestra santa, el P. Jubaru pretende que vivió en Roma, que consagró desde temprana edad su virginidad a Dios y que desechó a todos sus pretendientes. Al estallar la persecución, Inés abandonó a sus padres y se entregó voluntariamente al martirio. El juez la amenazó con la hoguera, pero como la santa permaneciera inconmovible en su fe, murió finalmente apuñalada en el cuello. En su complicada monografía, el P. Jubaru pretende además haber descubierto el relicario que contenía una gran parte del cráneo de la santa, en la tesorería del "Sancta Sanctorum" de Letrán. Dicha tesorería fue abierta en 1903, después de haber estado cerrada durante varios siglos, por orden del Papa León XIII. El P. Grisar, S. J., y muchos otros arqueólogos consideran la reliquia como probablemente auténtica, ya que en el siglo IX se hizo costumbre separar el cráneo de los demás huesos para conservar los restos de los santos en las iglesias. También parece cierto que el cuerpo de Santa Inés se conservaba hasta dicha época bajo el altar de su basílica, y que, en 1605, se comprobó que el cráneo no estaba con los demás huesos. A raíz de un examen médico de los fragmentos de

cráneo descubiertos en el "Sancta Sanctorum", el Dr. Lapponi dictaminó que los dientes demostraban con absoluta evidencia que el cráneo era de una niña de unos trece años de edad. Todos los autores actuales afirman que los extravagantes milagros narrados en las llamadas "actas" son una invención del biógrafo. Así pues, el caso de Santa Inés constituye la mejor prueba de que las absurdas leyendas inventadas por biógrafos deseosos de glorificar a sus biografiados, no pueden servir por sí mismas de base para demostrar que se trata necesariamente de martirios fabulosos y que dichos santos no existieron.

Las representaciones artísticas pintan a Santa Inés con un cordero y una palma. El origen del cordero es sin duda la semejanza entre las palabras latinas "agnus" (cordero) y "Agnes" (Inés). En la iglesia de Santa Inés, en Roma, se ofrecen cada año dos corderitos el día de la fiesta de la santa, en el momento en que el coro entona la antífona "Stans a dextris ejus agnus nive candidior". Dichos animales son alimentados hasta que llega el momento de usar su lana para tejer las palias que se colocan en el altar de la Confesión, sobre el cuerpo del Apóstol San Pedro, en la vigilia de la fiesta de San Pedro y San Pablo. Esas palias son después enviadas a todos los obispos de occidente, en señal de que su jurisdicción proviene en último término de la Santa Sede, centro de la autoridad religiosa.

Hasta la época en que la fiesta de San Pedro Nolasco, más tarde desplazada por la de San Juan Bosco, quedó fijada el 28 de enero, el calendario occidental celebraba una segunda festividad de Santa Inés (cuya conmemoración persiste todavía en la misa y el oficio del día 28). Esta costumbre es tan antigua como los sacramentarios gelasiano y gregoriano, y su origen es difícil de explicar. Las palabras "de nativitate" o "in genuinum", que aparecen en algunos textos litúrgicos de los siglos VII y VIII, parecen indicar que Santa Inés murió el 28 de enero, en tanto que la fiesta del día 21 coincide con el día en que la mártir fue llevada a juicio y amenazada con la tortura. Sin embargo, dada la importancia que la "octava" ha tomado en la liturgia cristiana, resulta curioso que la segunda fiesta ocurra exactamente ocho días después de la primera. Existen pruebas de que ya en el siglo VI se conocía la festividad de la Circuncisión con el nombre de "octava Domini". Por otra parte, hay que recordar que nuestro actual misal, siguiendo una antiquísima costumbre de orígenes precristianos, indica que se haga especial conmemoración de los difuntos "in die septimo, trigesimo et anniversario", es decir, una semana, un mes y un año después de la muerte. Dom Bäumer ha hecho notar que la primitiva octava suponía sólo una conmemoración de la fiesta al fin de la semana, y que no se hacía mención de ella en los días intermedios.

Las "actas" de Santa Inés se encuentran en *Acta Sanctorum*, 21 de enero. Las "actas" griegas fueron editadas por primera vez por P. Franchi de Cavalieri, *S. Agnese nella tradizione e nella legenda* (1899), junto con una seria discusión de toda la cuestión. Ver también la monografía del P. Jubaru, *Sainte Agnès d'aprés de nouvelles recherches* (1907), y *Sainte Agnés, vierge et martyre* (1909); DAC, vol. I, cc. 905-965; *Analecta Bollandiana*, vol. XIX (1900), pp. 227-228; P. Franchi, en *Studi e Testi*, vol. XIX, pp. 141-164; *Bessarione*, vol. VIII (1911), pp. 218-245; *Liber Pontificalis* (ed. Duchesne), vol. I, p. 196; CMH., pp. 52-53, 66; S. Bäumer *Geschichte des Breviers* (1895), p. 325; sobre las reliquias, cf. Grisar, *Die romische Kapelle Sancta Sanctorum und ihr Schatz* (1908), p. 103. Cf. Igualmente S. Ambrosio, *De Virginibus*, en Migne, PL., vol. XVI, cc. 200-202; y Prudencio, *Peristephanon*, 14.

SAN PATROCLO, Mártir (¿259? p.c.)

A propósito del martirio de San Patroclo, San Gregorio de Tours comenta que el descubrimiento de una copia del relato aumentó mucho la devoción que el pueblo le profesaba. San Patroclo fue enterrado cerca de Troyes, donde había sufrido, y ya contaba con una capilla en su honor; pero el clérigo encargado de ella era un simple lector, y del tono de San Gregorio se desprende que la capilla carecía de importancia. Pero un día, el lector llevó al obispo un documento escrito apresuradamente, que parecía ser una copia de las Actas de San Patroclo. Según dijo el lector, un hombre que le había pedido hospitalidad, poseía un manuscrito de la pasión de San Patroclo. El lector se lo había pedido prestado y lo había copiado rápidamente, durante la noche, para devolver el original a la mañana siguiente. Para utilidad de quienes se dedican al estudio de la hagiografía merovingia, hay que hacer notar que el obispo de Troyes se rio en las barbas del lector, declarando que tanto el peregrino como el manuscrito eran una invención de éste. Esto demuestra que los hombres de iglesia de la época estaban perfectamente al tanto de que se fabricaban constantemente actas falsas.

Sin embargo, San Gregorio narra que los miembros de una expedición militar, que invadió Italia poco después, volvieron con un documento de la pasión de San Patroclo, idéntico al que el lector había copiado. Esto produjo una explosión de devoción a San Patroclo. Era éste un prominente cristiano de excepcional caridad y santidad. Había sido arrestado durante un viaje de cierto gobernador llamado Aurelio (259), o del mismo emperador Aureliano, a Troyes (275). Las respuestas valientes y desafiantes de Patroclo le valieron ser condenado a muerte. El santo logró escapar cuando sus verdugos trataban de ahogarle en el Sena, pero fue nuevamente aprehendido y decapitado. Sus reliquias fueron más tarde trasportadas a Soest de Westfalia, donde reposan todavía en la actualidad.

Ver *Acta Sanctorum*, 21 de enero; *Allard, Histoire des persécutions*, vol. III, pp. 101, ss.; Giefers, *Acta S. Patrocli* (1857).

SAN EPIFANIO, Obispo de Pavía (496 p.c.)

La fama de la santidad y milagros de Epifanio le ganó las simpatías de los débiles emperadores romanos de su tiempo, así como el favor de los reyes Odoacro y Teodorico, aunque los intereses de tan grandes y poderosos señores eran totalmente opuestos. Epifanio conquistó con su elocuencia y su caridad a los salvajes bárbaros, obtuvo la vida y la libertad de millares de cautivos y la abolición de muchas leyes opresivas, así como la disminución de los elevados impuestos públicos. Su generosa caridad salvó la vida de muchas gentes castigadas por el hambre, y su celo ayudó a que se mitigara el torrente de iniquidades en aquellos agitados tiempos. Epifanio desempeñó una embajada ante el emperador Antemio, y otra ante el rey Eurico en Toulouse, con la esperanza de evitar la guerra. Reconstruyó Pavía, que había sido destruida por Odoacro, y mitigó el ímpetu de Teodorico en sus victorias. Epifanio emprendió un viaje a Borgoña para rescatar a los cautivos de Gondebaldo y Godegisilo, y murió de fiebre y de frío, a su vuelta a Pavía, a la edad de cincuenta y ocho años. Su

muerte fue la de un mártir de la caridad. En vida, su rebaño le honraba con una profusión de nombres de cariño y encomio: "el pacificador", "la gloria de Italia", "luz de los obispos", y también "papa", es decir "padre". Su cuerpo fue trasladado a Hildesheim, en la Baja Sajonia, el año 963. Brower opina que sus reliquias se hallan en el ataúd de plata cercano al altar.

Ver su panegírico en verso, escrito por su sucesor Ennodio, que pasa por ser la obra maestra de dicho autor, en *Acta Sanctorum*, y en MGH, *Auctores Antiquissimi*, vol. VII, pp. 84-110. Cf. *Analecta Bollandiana*, vol. XVII (1898), pp. 124-127.

BEATA JOSEFA DE BENIGANIM, VIRGEN (1696 P.C.)

LA BEATA Inés, cono la llaman ordinariamente sus paisanos, nació en un pueblecito de los alrededores de Valencia. Sus padres, Luis Albinana y Vicenta Gomar, eran de buena familia, pero pobres. Inés se cansagró a Dios desde su infancia. Ni siquiera participaba en los inocentes juegos de los niños de su edad, y su modestia y sencillez le merecían el respeto aun de aquellos que no admiran de ordinario la virtud. A pesar de las numerosas pruebas que debió sufrir a raíz de la temprana muerte de su padre, la beata consiguió finalmente ingresar en el convento de las ermitañas descalzas de San Agustín, en Beniganim. En religión recibió el nombre de hermana Josefa María de Santa Inés, e hizo grandes progresos en la perfección. Se consideraba como la última de las religiosas, y estaba siempre dispuesta ayudar a las más jóvenes de sus hermanas. Sus austeridades corporales eran muy severas, y con frecuencia pasaba gran parte de la noche ante el Santísimo Sacramento. Tras de haberla sujetado a largos períodos de desolación y tentaciones, que la beata sobrellevó con gran paciencia, Dios le concedió un extraordinario don de profecía y discernimiento de espíritus. Esto hizo que la beata fuese consultada por los más nobles de los grandes de España cosa que la llenaba de confusión. Josefa María de Santa Inés murió a los setenta y un años de edad, el día de su patrona Santa Inés, en 1696. Fue beatificada en 1888.

Ver el breve de beatificación; y *Kirchliches Handlexikon*, artículo *Josepha-Maria.*

BEATO JUAN BAUTISTA TURPIN DE CORMIER (1794 P.C.)

EL 19 DE junio de 1955, el Papa Pío XII beatificó a los 19 mártires ejecutados durante la revolución francesa en el departamento de la Mayenne, región que pertenecía entonces a la diócesis de Mans. El más notable de todos fue Juan Bautista Turpín de Cormier. Nacido en Laval el 8 de septiembre de 1732, ordenado sacerdote en 1756, bachiller en teología por la Universidad de Anvers, después de varios ministerios fue nombrado, en 1783, párroco de la Trinidad de Laval (la catedral actual). Juan había rehusado prestar el juramento de supremacía; sus vicarios y muchos otros sacerdotes debían a su ejemplo y a sus consejos su firmeza ante la persecución. Habiéndose hecho sospechoso a las autoridades, fue encerrado en el antiguo convento de Cordéliers, desde el 20 de julio de 1772. En la Patience utilizó toda su influencia y su prestigio para alentar a sus hermanos. Fue considerado como el jefe, tanto por ellos como por sus carceleros.

Los meses pasaron largos y monótonos. En octubre, el ejército de la Vendée, que había atravesado el Loira, se aproximaba a Laval. Asustadas las autoridades republicanas, evacuaron a Rambouillet a todos sus prisioneros, excepto a los 14 sacerdotes, a quienes se consideraba incapaces de soportar este desplazamiento. Los revolucionarios entraron a la ciudad y liberaron también a los "buenos sacerdotes". No mucho tiempo después, la armada republicana volvió a tomar el puesto, los revolucionarios fueron expulsados y, apenas repuestas en su lugar, las autoridades del departamento obligaron a los sacerdotes a volver a entrar en la Patience.

El tribunal revolucionario de Laval quería vengarse de los fracasos sufridos por las ideas nuevas en el departamento. El 21 de enero de 1794, hacia las 8 de la mañana, los 14 sacerdotes fueron conducidos al tribunal, junto con algunos otros sospechosos.

Juan Bautista Turpin de Cormier fue el primero en ser interrogado:

—¿Has prestado el juramento de soberanía exigido por la ley?

—No.

—¿Por qué no lo has prestado?

—Porque ataca mi religión y va contra mi conciencia.

—¿Has ejercido tu ministerio desde que te rehusaste a prestar el juramento y has celebrado la misa?

—Sí.

—¿Has aconsejado a tus sacerdotes, en la conversación o en la confesión, a que no lo presten?

—Ciudadano, cuando se nos exigió el juramento, nos reunimos y, después de haber discutido sobre el asunto, nos dimos cuenta de que nuestra conciencia no nos lo permitiría de ninguna manera.

—Pero este juramento no es otra cosa que obedecer la ley. ¿Dónde han tenido esa reunión?

—En la sala del presbiterio, lugar ordinario de las deliberaciones eclesiásticas, con el permiso del ciudadano Enjubault Boëssay de la Roche.

—¿Entonces, has sido tú quien ha impedido a los sacerdotes prestar el juramento? ¿Quieres prestar hoy el juramento de libertad e igualdad?

—Ni ahora, ni después; siempre se oponen a la ley de Dios.

Desde su promulgación, el juramento de libertad e igualdad levantó entre los sacerdotes fieles al Papa largas polémicas. Es necesario reconocer que las interpretaciones dadas, le hicieron a veces aceptable, a veces imposible. En Laval, el padre Gallot, a quien se interrogó en segundo lugar, recibió una respuesta que resolvía todas las dudas. El fiscal le preguntó:

—¿Has prestado el juramento de libertad e igualdad?

—No, pero dime ¿cuál es este juramento?

—Ser fiel a la república, no profesar ninguna religión, ni aun la católica.

Después de haber sido interrogados todos los sacerdotes en forma semejante, y convencido el tribunal de su firmeza en la fe, finalmente el fiscal pidió contra los catorce sacerdotes: "exijo que todos sufran la pena de muerte y que Turpin de Cormier, ex párroco de esta comunidad, sea ejecutado el último por haber fanatizado a su clero".

Los sacerdotes se confesaron mutuamente y prepararon a morir a los cinco rebeldes condenados a ser guillotinados con ellos. Hacia medio día, fueron con-

ducidos a la plaza del palacio. Uno de los sacerdotes dijo a los curiosos: "Nosotros os hemos enseñado a vivir, nosotros os mostraremos cómo morir".

Fueron enterrados en la Croix-Batalle. El 6 de agosto de 1816, sus cuerpos fueron exhumados y depositados con honor en la iglesia de Avesnières. Fueron beatificados, como ya se dijo, el 19 de junio de 1955 por Pío XII.

Véase el *Acta Apostolicae Selis* vol. XLVII, pp. 445-451 y para mayores datos. *Les Martyrs de Laval* (1955) de Mons. Cesbron; A. Batar *Les Martyrs pendant le Terreuv.*

22: SAN VICENTE DE ZARAGOZA, MÁRTIR (304 P.C.)

SAN VALERIO, obispo de Zaragoza, instruyó en las ciencias sagradas y en la piedad cristiana a este glorioso mártir. El mismo obispo le ordenó diácono para que formara parte de su séquito, y le encargó de instruir y predicar al pueblo, a pesar de que era todavía muy joven. El cruel perseguidor Daciano era entonces gobernador de España. El año 303, los emperadores Diocleciano y Maximiano publicaron su segundo y tercer edicto contra el clero, y al año siguiente lo hicieron extensivo a los laicos. Parece que poco antes de la publicación de dichos decretos, Daciano hizo ejecutar a los dieciocho mártires de Zaragoza, de los que hacen mención Prudencio y el Martirologio Romano (16 de enero), y arrestó a Valerio y a Vicente. Estos dos mártires fueron poco después trasladados a Valencia, donde el gobernador les dejó largo tiempo en la prisión, sufriendo hambre y otras torturas. El procónsul esperaba que esto debilitaría la constancia de los testigos de Cristo. Sin embargo, cuando comparecieron ante él, no pudo menos de sorprenderse al verles tan intrépidos y vigorosos, y aun castigó a los soldados por no haberles tratado con el rigor que él había ordenado. El procónsul empleó amenazas y promesas para lograr que los prisioneros ofrecieran sacrificios a los dioses. Como Valerio, que tenía un impedimento de la lengua, no pudiese responder, Vicente le dijo: "Padre, si me lo ordenas yo hablaré". "Hijo mío —le contestó Valerio—, yo te he confiado ya la dispensación de la divina palabra, y ahora te pido que respondas en defensa de la fe por la que sufrimos". El diácono informó entonces al juez que estaban dispuestos a sufrirlo todo por Dios y que no se doblegarían, ni ante las amenazas, ni ante las promesas. Daciano se contentó con desterrar a Valerio, pero decidió hacer flaquear a Vicente valiéndose de todas las torturas que su cruel temperamento podía imaginar. San Agustín nos asegura que Vicente sufrió torturas que ningún hombre hubiera podido resistir sin la ayuda de la gracia, y que, en medio de ellas, conservó una paz y tranquilidad que sorprendió a los mismos verdugos. La rabia del procónsul se manifestaba en el rictus de su boca, en el fuego de sus ojos y en la inseguridad de su voz.

Vicente fue primero atado de manos y pies al potro, y ahí le desgarraron con garfios. El mártir, sonriente, acusaba a sus verdugos de debilidad, lo cual hizo creer a Daciano que no atormentaban suficientemente a Vicente; así pues, mandó que le apalearan. Esto en realidad dio un respiro al santo, pero sus verdugos volvieron pronto a la carga, resueltos a satisfacer la crueldad del procón-

sul. Sin embargo, cuanto más le torturaban los verdugos, tanto más le consolaba el cielo. El juez, viendo correr la sangre a chorros y el lastimoso estado en que se hallaba el cuerpo de Vicente, no pudo menos de reconocer que el valor del joven clérigo había vencido su crueldad. En seguida ordenó que cesara la tortura y dijo a Vicente que, si no había podido inducirle a sacrificar a los ídolos, por lo menos esperaba que entregaría éste las Sagradas Escrituras a las llamas, para cumplir el edicto imperial. El mártir contestó que tenía menos miedo de los tormentos que de la falsa compasión. Daciano, más furioso que nunca, le condenó a lo que las actas llaman "quaestio legitima" ("la tortura legal"), que consistía en ser quemado sobre una especie de parrilla. Vicente se instaló gozosamente en la reja de hierro, cuyas barras estaban erizadas de picos al rojo vivo. Los verdugos le hicieron extenderse y echaron sal sobre sus heridas. Con la fuerza del fuego, la sal penetraba hasta el fondo. San Agustín dice que las llamas, en vez de atormentar al santo, parecían infundirle nuevo vigor y ánimo, ya que Vicente se mostraba más lleno de gozo y consuelo, cuanto más sufría. La rabia y confusión del tirano fue increíble; perdió totalmente el dominio de sí mismo y preguntaba continuamente qué hacía y decía Vicente; pero la respuesta era siempre que el santo no hacía más que afirmarse en su resolución.

Finalmente, el procónsul ordenó que echaran al santo en un calabozo cubierto de trozos de vidrio, con las piernas abiertas y atadas a sendas estacas, y que le dejaran ahí sin comer y sin recibir ninguna visita. Pero Dios envió a sus ángeles a reconfortarle. El carcelero, que vio a través de la rejilla el calabozo lleno de luz y a Vicente paseándose en él y alabando a Dios, se convirtió súbitamente al cristianismo. Al saberlo, Daciano lloró de rabia; sin embargo ordenó que se diese algún reposo al prisionero. Los fieles fueron a ver a Vicente, vendaron sus heridas, y recogieron su sangre como una reliquia. Cuando le depositaron en el lecho que le habían preparado, Vicente entregó su alma a Dios. Daciano ordenó que su cuerpo fuese arrojado en un pantano, pero un buitre le defendió de los ataques de las fieras y aves de presa. Las "actas" y un sermón atribuido a San León añaden que el cadáver de Vicente fue entonces arrojado al mar, pero que las olas lo devolvieron a la playa, donde lo recogieron dos cristianos, por revelación del cielo.

El relato de las traslaciones y la difusión de las reliquias de San Vicente es muy confuso y poco fidedigno. Se habla de sus reliquias no sólo en Valencia y Zaragoza, sino también en Castres de Aquitania, en Le Mans, en París, en Lisboa, en Bari y en otras ciudades. Sí es absolutamente cierto que su culto se extendió muy pronto por todo el mundo cristiano y llegó hasta algunas regiones del oriente. La misa del rito milanés le nombra en el canon. El emblema más característico de nuestro santo en las representaciones artísticas más antiguas es el buitre, representado en algunas pinturas sobre una roca. Cuando se trata de una pintura que representa a un diácono revestido con la dalmática y que lleva una palma en la mano, es imposible determinar si se trata de una imagen de San Vicente, de San Lorenzo o de San Esteban. En Borgoña, se venera a San Vicente como patrono de los cultivadores de la vid. Ello se debe probablemente, a que su nombre sugiere cierta relación con el vino.

Alban Butler basa principalmente su relato en la narración del poeta Prudencio (Peristephanon, 5). Aunque Ruinart incluye las "actas" de San Vicente entre sus *Acta Sincera*, es evidente que el compilador, que vivió probablemente varios siglos después de los hechos, dejó en ellas libre curso a su imaginación. Sin embargo, San Agustín dice

en uno de sus sermones sobre el santo que él ha manejado las actas, lo cual induce a suponer que el resumen mucho más conciso de *Analecta Bolandiana* (vol. I, 1882, pp. 259-262) representa en sustancia el documento al que se refiere San Agustín. De lo que estamos absolutamente ciertos es del nombre de San Vicente, del sitio y la época de su martirio, y del lugar de su sepultura. Ver P. Allard, *Histoire des persécutions*, vol. IV, pp. 237-250; Delehaye, *Les origines du culte des martyrs* (1933), pp. 367-368; H. Leclercq, *Les martyrs*, vol. II, pp. 437-439; *Römische Quartalschrift*, vol. XXI (1907), pp. 135-138. Existe un buen resumen histórico, el de L. de Laeger, *St. Vincent de Saragosse* (1927); y un estudio de su "pasión" por la marquesa de Maillé, *Vincent d'Agen et Vincent de Saragosse* (1949); sobre este último, cf. los diferentes estudios de Fr. B. de Gaiffier, en *Analecta Bollandiana*. Sobre el obispo San Valerio, ver *Acta Sanctorum*, 28 de enero.

SANTOS VICENTE, ORONCIO Y VICTOR, MÁRTIRES (*c.* 304, P.C.)

HAY UNA doble tradición que nos habla del origen de estos mártires.

Una hace a Vicente y Oroncio dos hermanos originarios de España. Sus padres eran paganos, pero ellos se convirtieron. En el momento de la persecución de Diocleciano, fueron a buscar asilo cerca de Gerona, en casa de un levita llamado Víctor.

Otra tradición hace nacer a Vicente y a Oroncio cerca de Niza, Francia. Esta tradición añade que siendo paganos, se convirtieron y consiguieron convertir a sus padres. Empujados por el deseo del martirio, fueron a España. En Gerona encontraron asilo en casa de un levita llamado Víctor.

También nos encontramos con una confusión parecida con relación a su martirio. Detenidos por orden del prefecto Rufino, de quien se dice que era gobernador de España, Vicente y Oroncio fueron los primeros martirizados por la fe. Víctor fue detenido y decapitado por la misma causa. Había intentado dar sepultura a Vicente y Oroncio.

Los que defienden que el martirio tuvo lugar en Gerona dicen que un ferviente cristiano quiso conducir sus cuerpos a Italia, pero que el carro se detuvo en Embrún donde el obispo Marcelino les dio sepultura. Otros aseguran que el martirio tuvo lugar en Embrún. Los nuevos propios de las diócesis de Gap y de Niza, mencionan la fiesta de estos mártires, el día 22 de enero.

Parece que las actas que traen las *Acta Sanct.*, no tienen autoridad. Consultar Tillemont, *Memoires pour servir...*, vol. v., p. 62 y 611. Quentin, *Les martyrologes hist. du Moyen Age*, p. 476, quiere que se desconfíe de las adiciones de Floro y de Adón.

SAN ANASTASIO PERSA, MÁRTIR (628 P.C.)

LA CRUZ de Jesucristo, llevada a Persia por Cósroes, el año 614, después del sitio y saqueo de Jerusalén, siguió obteniendo victorias. El trofeo visible de una de ellas fue San Anastasio, un joven soldado del ejército persa. Al saber que el rey había traído la Cruz desde Jerusalén, Anastasio empezó a informarse sobre la religión cristiana. Las verdades de la fe le impresionaron de tal modo que, al volver a Persia después de una expedición, abandonó el ejército y se retiró a Hierápolis. Ahí se alojó en casa de un herrero, cristiano persa muy devoto, con el que hacía frecuentemente oración. Las imágenes sagradas que el herrero le mostraba, le impresionaban profundamente, y le daban ocasión de instruirse más y de admirar el valor de los mártires, cuyos sufrimientos estaban representados

en las iglesias. Anastasio pasó después a Jerusalén, donde fue bautizado por el obispo Modesto. Ahí recibió en realidad el nombre de Anastasio, para recordarle, según el significado de la palabra griega, que había resucitado de entre los muertos a una vida espiritual, pues su nombre persa era Magundat. Para cumplir plenamente sus votos y obligaciones bautismales, Anastasio solicitó ser recibido en un convento de Jerusalén. El abad le ordenó que estudiase el griego y aprendiese de memoria el salterio; después, le cortó los cabellos y le concedió el hábito monacal, en 621.

Los primeros pasos del futuro mártir en la vida monástica, no fueron fáciles. El demonio le asaltó con toda especie de tentaciones, recordándole las prácticas supersticiosas que su padre le había enseñado. Anastasio se defendió, manifestando a su confesor todas sus dificultades e insistiendo en la oración y el cumplimiento de sus obligaciones. Movido de un gran deseo de dar su vida por Cristo, Anastasio pasó a Cesarea, que se hallaba entonces bajo el dominio persa. Habiendo atacado audazmente los ritos y supersticiones de la religión de sus paisanos, fue aprehendido y llevado ante el gobernador Marzabanes, a quien declaró que era persa de nacimiento y que se había convertido al cristianismo. Marzabanes le condenó a ser encadenado por el pie a otro criminal, a llevar una cadena desde el cuello hasta el otro pie, y a transportar piedras. Más tarde, el gobernador le mandó llamar nuevamente, pero no pudo conseguir que Anastasio abjurase de la fe. El juez le amenazó con escribir al rey si no cedía, a lo cual respondió el santo: "Escribe a quien quieras; yo soy cristiano, y no me cansaré de repetirlo; soy cristiano". El juez le sentenció a ser apaleado. Los verdugos se preparaban a atarle en el suelo, pero el santo declaró que se sentía con valor suficiente para resistir el suplicio sin que le atasen. Simplemente, pidió permiso de quitarse su hábito de monje, para que no fuese tratado con el desprecio que sólo su cuerpo merecía. Quitándose, pues, el hábito, se tendió en el suelo y permaneció inmóvil durante la tortura. El gobernador le amenazó nuevamente con informar al rey sobre su obstinación. Anastasio respondió: "¿A quién debo temer: a un hombre mortal, o al Dios que hizo todas las cosas de la nada?" El juez le repitió que sacrificase al fuego, al sol y a la luna. El santo replicó que nunca reconocería como dioses a las criaturas que Dios había hecho para el servicio del hombre. El gobernador le mandó nuevamente a la prisión.

El abad de Anastasio, al recibir la noticia de su martirio, le envió dos monjes y ordenó que se hicieran oraciones por él. El santo, que pasaba el día acarreando piedras, tenía todavía fuerzas para emplear gran parte de la noche en la oración. Uno de sus compañeros le sorprendió orando y se maravilló al verle reluciente, como un espíritu glorioso y rodeado de ángeles, y llamó a otros presos para mostrárselo. Anastasio estaba encadenado a un malhechor condenado por un crimen público. Para no molestarle, el santo oraba con la cabeza inclinada y con el pie junto al de su compañero. Marzabanes hizo saber al mártir que el rey estaba dispuesto a contentarse con una simple abjuración oral, y que el santo quedaría después en libertad de elegir entre la corte o el convento. El gobernador le hacía notar que podía guardar en su corazón su fe en Jesucristo, ya que bastaba con que renunciase a El de palabra en su presencia, en forma totalmente privada, "de suerte que no sería una gran injuria a Jesucristo". Anastasio contestó que jamás representaría la comedia de renegar de Dios en apariencia. Entonces, el gobernador le dijo que tenía orden de enviarle encadenado a Persia para comparecer ante el rey. "No es necesario que me encadenes

—replicó el santo—, que yo iré voluntaria y gozosamente a sufrir por Cristo". El día señalado, el mártir partió de Cesarea con otros dos prisioneros cristianos, seguido por uno de los monjes que su abad había enviado. Dicho monje fue quien escribió más tarde las actas de su martirio.

Una vez llegados a Betsaloe de Asiria, cerca del Eufrates, donde se hallaba el rey, los prisioneros fueron encerrados en un calabozo, mientras llegaba la orden de comparecer ante el soberano. Un legado del rey fue a interrogar al santo, quien respondió así a sus magníficas promesas: "Mi pobre hábito religioso es una prueba de que desprecio de todo corazón las vanas pompas del mundo. Los honores y riquezas que me ofrece un rey que morirá pronto, no me tientan". Al día siguiente, retornó el legado e intentó doblegar al santo con amenazas, pero éste le dijo tranquilamente: "Señor, no gastéis inútilmente vuestro tiempo conmigo. Por la gracia de Cristo espero permanecer inconmovible. Haced, pues, vuestra voluntad sin tardanza". El legado le sentenció a ser apaleado a la manera persa. El castigo se repitió durante tres días; al tercer día el juez ordenó que tendieran de espaldas al mártir y que descargaran sobre él una pesada plancha sobre la que se hallaban dos soldados. El cuerpo del mártir fue macerado hasta los huesos. El legado de Cósroes, admirado ante la paciencia y tranquilidad del santo, fue a informar nuevamente al soberano. Durante la ausencia del legado, el carcelero, que era cristiano, pero carecía del valor suficiente para renunciar a su cargo, dejó entrar a la prisión a cuantos lo deseaban. Los cristianos acudieron al punto; todos querían besar los pies y las cadenas del mártir y conservar como reliquias todos los objetos que habían tocado su cuerpo. El santo, confuso e indignado, trató de impedir esto, pero no lo consiguió. Después de infligirle nuevos suplicios, Cósroes ordenó finalmente que Anastasio y todos los prisioneros cristianos fuesen ejecutados. Los dos compañeros de Anastasio y otros sesenta y seis cristianos fueron estrangulados en su presencia, uno tras otro. Anastasio, con los ojos fijos en el cielo, dio gracias a Dios por la muerte tan feliz que le esperaba, y declaró que hubiese deseado un suplicio más largo; pero, viendo que Dios había reservado para él ese ignominioso castigo de esclavos, lo aceptó gozosamente. Los verdugos le estrangularon y después le decapitaron.

El martirio tuvo lugar el 22 de enero del año 628. El cadáver de Anastasio y los de sus compañeros fueron arrojados a los perros, pero éstos dejaron intacto el cuerpo del mártir. Los cristianos lo recogieron más tarde y le dieron sepultura en el monasterio de San Sergio, a un kilómetro y medio del lugar de su martirio. El sitio se llamaba Sergiópolis (actualmente Rasapha, en Irak). El monje que le había asistido durante su martirio se llevó consigo el "colobium" del santo, es decir, su túnica de lino sin mangas. Más tarde, las reliquias de San Anastasio fueron trasladadas a Palestina, después a Constantinopla, y finalmente a Roma, donde quedaron depositadas en la iglesia de San Vicente. Esta es la razón por la que los dos mártires son celebrados en el mismo día.

El séptimo Concilio Ecuménico, reunido contra los iconoclastas, aprobó el uso de las imágenes de este mártir que se conservaban y veneraban en Roma junto con su cabeza. Se dice que dichas imágenes se hallan todavía en la iglesia de los santos Vicente y Anastasio.

El texto griego de la Vida de San Anastasio fue publicado por H. Usener en 1894; en *Acta Sanctorum*, 22 de enero, se encontrará una antigua versión latina. Hefele-Leclercq, *Conciles*, vol. III, p. 766, ofrece un breve resumen de los documentos de la cuarta sesión

del séptimo Concilio Ecuménico; el texto completo puede leerse en Mansi, *Concilia*, vol. XIII, pp. 21-24; BHG., n. 6; BHL., n. 68. Es difícil saber en qué motivos se basa el calendario de los carmelitas para afirmar que San Anastasio fue "un monje de la orden carmelitana".

SANTO DOMINGO DE SORA, ABAD (1031 P.C.)

EN LOS archivos de Foligno de Etruria, ciudad natal de Santo Domingo, se afirma que existe la costumbre de invocar su protección contra los rayos, pero no se indica cuál es el origen de esta práctica. Tal vez se trata de algún incidente ocurrido en los primeros años de la vida de Santo Domingo, ya que los documentos sólo hablan de él, a partir del momento en que tomó el hábito. Domingo consagró toda su actividad a la fundación de iglesias y monasterios benedictinos en varias partes de Italia; en Scandrilia, Sora, Sangro y otras ciudades. Según parece, en cada nuevo monasterio nombraba a un abad, de suerte que quedaba libre para recomenzar su tarea en otro sitio. En los intervalos entre las diferentes fundaciones, Santo Domingo se consagraba a la oración, hasta que Dios le daba a conocer el sitio donde quería que fundase el próximo monasterio. En medio de esta vida tan ocupada, el santo encontraba todavía tiempo para trabajar con las almas, y más de una vez el cielo ratificó con sorprendentes milagros sus esfuerzos por la conversión de los pecadores. Un monje llamado Juan, discípulo y constante compañero suyo, nos ha dejado una narración de dichos milagros, de algunos de los cuales fue probablemente testigo ocular. Santo Domingo murió en 1031, a los ochenta años de edad, en Sora de Campania.

Ver *Acta Sanctorum*, enero, vols. II y III; *Analecta Bollandiana*, vol. I (1882), pp. 279-322; y A. Zimmermann, *Kalendarium benedictinum*, vol. I (1933), pp. 114-117.

SAN VICENTE PALLOTTI, FUNDADOR DE LA SOCIEDAD DEL APOSTOLADO CATÓLICO (1850 P.C.)

COMO lo declaró Pío XI, quien llamó a San Vicente Pallotti "prefundador" de la Acción Católica, éste se adelantó un siglo a su época en materia de ideas de apostolado. En un mundo que consideraba toda forma de apostolado activo como propia y exclusiva del clero, San Vicente concibió un triple programa: La participación de todos los católicos en el apostolado entre los paganos; la participación de todos los católicos en el trabajo de confirmación y profundización de la fe entre los que ya la poseían; la participación de todos los católicos en las obras de misericordia, así espirituales como temporales. La contribución de San Vicente a la realización de este programa consistió, ante todo, en su propia vida. En segundo lugar, en la difusión de sus ideas y aspiraciones. Finalmente, en la fundación de una congregación de sacerdotes y hermanos legos que vivían en comunidad sin hacer votos, ayudados por un instituto femenino y por los clérigos y laicos afiliados a la fundación. San Vicente llamó a esta organización la "Sociedad del Apostolado Católico"*.

Vicente Pallotti había nacido en Roma, en 1795. Su padre era un tendero

* Debido a algunas objeciones, dicho nombre fue cambiado por el de "Piadosa Sociedad de Misiones", pero en 1947 recobró su forma original. El trabajo de los "pallottini" entre los emigrantes es digno de mención. Los "pallottini" atienden la iglesia de San Silvestre.

acomodado. La vocación de Vicente al sacerdocio se manifestó desde muy temprana edad. Sus comienzos en la escuela fueron poco brillantes. Su maestro, el P. Ferrari, decía: "Vicente es un santo en miniatura, pero tiene una cabeza de burro". Sin embargo, el talento de Vicente se desarrolló con los años, y fue ordenado sacerdote, cuando sólo tenía veintitrés años. Poco después, obtuvo el diploma de doctor en teología, y fue nombrado profesor auxiliar en la Sapienza. La amistad de Vicente con San Gaspar del Búfalo no hizo sino aumentar su celo apostólico, y el santo renunció pronto a la cátedra para consagrarse al trabajo pastoral activo.

La fama de Vicente como confesor se extendió pronto. El santo desempeñó este oficio en algunos de los colegios de Roma, entre los que se contaban al Escocés, el Irlandés y el Inglés, donde se hizo gran amigo del rector, Nicolás Wiseman. Pero no todos apreciaban igualmente al sacerdote. Cuando fue nombrado para ocupar un puesto en la iglesia napolitana de Roma, encontró una increíble oposición por parte del clero. Lo más sorprendente es que tal oposición se prolongó diez años, antes de que las autoridades competentes cayesen en la cuenta y pusiesen fin al escándalo. El más implacable de los enemigos de Vicente, el primer vicario de dicha iglesia, vivió lo suficiente para dar testimonio en su favor durante su proceso de beatificación. "El P. Pallotti no dio jamás el menor motivo que le mereciese el mal trato que recibió —declaró el vicario—; a mí me dio siempre las mayores muestras de respeto; se descubría la cabeza siempre que me hablaba, y en varias ocasiones intentó besarme la mano".

San Vicente inauguró su trabajo por la conversión y la justicia social con un grupo de clérigos y laicos. Este fue el núcleo, a partir del cual, la Sociedad del Apostolado Católico tomó forma definitiva en 1835. El fundador escribía a un joven profesor: "Ud. no está hecho para el silencio y las austeridades de los trapenses y los ermitaños. Santifíquese en el mundo, en su vida social, en su trabajo, en su descanso, en sus deberes de profesor y en sus contactos con los publicanos y pecadores. La santidad consiste simplemente en hacer siempre y en todas partes la voluntad de Dios". San Vicente organizó escuelas para los zapateros, los sastres, los empleados de transportes, los ebanistas y los vendedores de legumbres, a fin de completar su educación y desarrollar en ellos el orgullo por su trabajo. Igualmente, estableció cursos nocturnos para los trabajadores jóvenes, y un instituto para mejorar los métodos de los agricultores. Todo ello no le hizo perder de vista el aspecto más profundo de su misión. En 1836, inauguró la práctica de celebrar la misa de cada día de la octava de la Epifanía, según un rito diferente, para orar especialmente por la reunión de los orientales disidentes con Roma. La práctica se estableció en 1847, en la iglesia de Sant'Andrea delle Valle, y desde entonces, ha continuado hasta nuestros días.

Se ha dicho con razón que Roma tuvo un segundo San Felipe Neri en San Vicente Pallotti. ¡Cuántas veces volvió el santo a casa medio desnudo, después de haber regalado sus vestidos! ¡Cuántos pecadores fueron reconciliados por él! En cierta ocasión, el santo se disfrazó de mujer para ir a visitar a un enfermo que había prometido matar al primer sacerdote que se le acercase. Su fama de exorcista era muy grande. Poseía el don de leer en los corazones y de predecir el futuro, y curaba a los enfermos con la bendición o con unas palabras de aliento. Según dijo Pío XI, San Vicente Pallotti previó todo lo que se refiere a la Acción Católica, sin excluir el nombre. Y el cardenal Pellegrinetti añadió: "Hizo todo lo que pudo y aun mucho de lo que no podía".

San Vicente murió a los cincuenta y cinco años de edad, el 22 de enero de 1850. Tal vez atrapó el resfriado que se convirtió en pleuresía, por haber regalado su abrigo antes de una larga sesión en un frío confesonario. Cuando le llevaron el viático, el santo tendió los brazos y murmuró: "Jesús, bendice a la congregación con una bendición de bondad, con una bendición de sabiduría..." Las fuerzas le faltaron para concluir: "... con una bendición de poder". Fue canonizado por S. S. Juan XXIII el 20 de enero de 1963.

Existen varias biografías en italiano, como la de Orlandi, y un buen resumen en francés: el de María Winowska (1950). La vida escrita por Lady Herbért fue revisada y reeditada en los Estados Unidos en 1942.

23: SAN RAIMUNDO DE PEÑAFORT (1275 P.C.)

LA FAMILIA de Peñafort pretendía descender de los condes de Barcelona y era aliada de los reyes de Aragón. Raimundo nació en 1175, en Peñafort de Cataluña. Sus progresos en los estudios fueron tan rápidos, que a los veinte años era ya profesor de filosofía en Barcelona. Su enseñanza era gratuita y le valió gran fama. Hacia los treinta años, Raimundo fue a Bolonia a perfeccionarse en derecho civil y canónico. Ahí se doctoró y se entregó a la enseñanza con el mismo desinterés y caridad que en su país. En 1219, Berengario, obispo de Barcelona, nombró a Raimundo archidiácono y "oficial" suyo. Por su celo, devoción y generosidad con los pobres, Raimundo era un ejemplo para el clero. En 1222, a los cuarenta y siete años de edad, tomó el hábito de Santo Domingo, ocho meses después de la muerte del santo fundador. Ninguno de los jóvenes novicios se mostraba más humilde, obediente y fervoroso que él. Raimundo rogó a sus superiores que le impusieran severas penitencias para expiar la complacencia con que había enseñado. Sus superiores le señalaron, en efecto, una pena, pero no la que él esperaba, sino la de escribir una colección de casos de conciencia para uso de los confesores y moralistas. Tal fue el origen de la *Summa de casibus paenitentialibus,* la primera obra del género.

A la vida de retiro, Raimundo añadió las labores del apostolado, trabajando incesantemente en la predicación, la instrucción, las confesiones y la conversión de los herejes, de los judíos y de los moros. Además, se le confió la predicación de la cruzada de los españoles contra los moros. Desempeñó este cargo con gran prudencia, celo y caridad, y en esta forma indirecta, ayudó a arrojar de España a los últimos infieles. No menos éxito tuvo en sus esfuerzos por reformar las costumbres de los cristianos esclavizados por los moros, quienes se habían contaminado por el largo trato con los infieles. Raimundo les hacía comprender que para triunfar de sus enemigos políticos, necesitaban antes vencer a sus enemigos espirituales y dominar al pecado. Así viajó Raimundo por Cataluña, Aragón, Castilla y otras regiones, inculcando estas lecciones espirituales, con las que logró una tan radical transformación del pueblo, que parecía increíble a quienes no la habían presenciado.

La tradición afirma que Raimundo de Peñafort colaboró con San Pedro Nolasco en la fundación de la orden de los Mercedarios, quienes se dedicaban principalmente a rescatar a los cristianos cautivos de los moros. Dicha tradición ha sido muy discutida. El P. Gazulla y otros mercedarios sostienen en varias

obras que la orden fue fundada en 1218, antes de que Raimundo entrase con los dominicos. Pretenden además que San Pedro Nolasco, San Raimundo de Peñafort y el rey Jaime de Aragón tuvieron al mismo tiempo una visión de Nuestra Señora, y que el instituto religioso que resultó de la triple aparición fue una orden militante, sin ninguna influencia de la orden de Santo Domingo. Todos estos puntos han sido contestados, particularmente por el P. Vacas Galindo, O. P. Este escritor arguye que los mercedarios formaban originalmente una cofradía y no una congregación religiosa propiamente dicha; que San Raimundo había fundado dicha cofradía, en 1222, basándose en las constituciones y el oficio de Santo Domingo, y que la supuesta visión de Nuestra Señora es el fruto de una tradición que se originó doscientos o trescientos años más tarde.

El Papa Gregorio IX llamó a San Raimundo a Roma, en 1230, y le confió varios cargos, entre otros, el de confesor suyo. En ese puesto Raimundo impuso al Papa la penitencia de oír y despachar inmediatamente todas las peticiones de los pobres. El Papa ordenó al santo que reuniese todos los documentos dispersos de los Papas y de los concilios que no se encontrasen ya en la colección que Graciano había hecho en 1150. Raimundo empleó tres años en esta tarea, y el Papa Gregorio IX confirmó en 1234 sus cinco libros de "Decretales". Hasta la publicación del *Codex Juris Canonici*, en 1917, la compilación de San Raimundo era considerada como la mejor colección de derecho canónico, y los canonistas la usaban ordinariamente como texto de sus comentarios. En 1235, el Papa nombró a San Raimundo obispo de Tarragona, capital de Aragón. Las súplicas y lágrimas del santo no consiguieron que el Papa le evitara este golpe, según la expresión de Raimundo; pero el santo contrajo una grave enfermedad, y el Papa consintió finalmente en librarle del cargo, a condición de que Raimundo propusiera un candidato apto.

Para rehacerse de su enfermedad, San Raimundo volvió a su tierra natal, donde fue recibido con un gozo tan grande, como si la seguridad del reino dependiese de su presencia. En su amado retiro de Barcelona, Raimundo se entregó de nuevo a la contemplación, a la predicación y a oír confesiones. El número de conversiones que obtuvo sólo es conocido de Aquél por cuya gracia las alcanzó. Tanto la Santa Sede como el rey confiaron frecuentemente a Raimundo importantes trabajos. En 1238, llegaron a Barcelona los diputados del capítulo general de la orden de Santo Domingo, que había tenido lugar en Bolonia, para anunciar a Raimundo que había sido elegido superior general, como sucesor de Jordano de Sajonia. Raimundo lloró y suplicó, pero al fin, tuvo que aceptar el cargo por obediencia. Visitó a pie todas las casas de su orden, sin disminuir un punto sus austeridades y sus prácticas religiosas. Inculcó a sus hijos el amor de la regularidad, de la soledad, de los estudios y de los ministerios espirituales, e hizo una clara síntesis de las constituciones de su orden, anotando los pasajes dudosos. Tres capítulos generales aprobaron el nuevo código. En uno de dichos capítulos, tenido en París en 1239, Raimundo obtuvo que se aprobara la medida de aceptar la dimisión voluntaria de un superior, cuando ésta se fundara en razones justas. Al año siguiente, aprovechó esta medida en su favor, renunciando al cargo de superior general que sólo había ejercido durante dos años. La razón que dio fue que tenía ya sesenta y cinco años de edad.

Pero la vida de San Raimundo debía durar todavía treinta y cuatro años más. El santo los empleó en oponerse a la herejía y en trabajar por la conversión

de los moros. Con este objeto, consiguió que Santo Tomás escribiera su *Summa contra Gentes*, y obtuvo que se enseñara el árabe y el hebreo en varios conventos de su orden. También fundó un convento en Túnez y otro en Murcia, entre los moros. En 1256 escribió a su superior general informándole que diez mil sarracenos habían recibido el bautismo. El santo se esforzó igualmente por introducir la inquisición en Barcelona. En cierta ocasión fue acusado —no sin razón según parece— de haber comprometido fraudulentamente a un rabino judío.

Uno de los incidentes más famosos en la vida de San Raimundo parece haber tenido lugar durante un viaje a Mayorca, a donde fue acompañando al rey Jaime. El soberano, que era muy libre en asuntos de mujeres, había prometido enmendarse, pero no había cumplido su promesa. En vista de ello, Raimundo le pidió licencia para partir a Barcelona; el rey no sólo se la negó, sino que amenazó de muerte a quien se atreviera a sacar al santo de la isla. Lleno de confianza en Dios, Raimundo dijo a su compañero: "Los reyes de la tierra pueden impedirnos la huída, pero el Rey d[redacted] cielo nos dará los medios para ello". Acto seguido se dirigió al mar, extendi[redacted] túnica sobre las olas, ató un extremo de ella a un palo para que sirviera d[redacted]a y, haciendo la señal de la cruz, montó sin temor en la barca improvisa[redacted]dejando a su compañero temblando en la playa. La milagrosa barca hizo[redacted] seis horas el trayecto hasta Barcelona, que dista sesenta leguas de Mayorca. Las gentes que vieron llegar al santo en esa extraña embarcación, le recibieron con aclamaciones. Sin inmutarse por ello, Raimundo recogió su túnica, que estaba perfectamente seca, se la echó sobre los hombros y se dirigió a su monasterio. Una capilla y una torre construidas en el sitio en que desembarcó San Raimundo conservan la memoria del milagro. Los reyes Alfonso de Castilla y Jaime de Aragón visitaron a San Raimundo durante su última enfermedad y recibieron su bendición. El santo entregó su alma a Dios el 6 de enero de 1275, a los cien años de edad. Los dos reyes con sus familias asistieron a sus funerales, y Dios honró su tumba con milagros. La bula de canonización, publicada en 1601, cita algunos de esos milagros, entre los que se cuenta el que acabamos de narrar.

Los PP. Balme y Pabán publicaron los principales materiales de la biografía de San Raimundo, bajo el título de *Raymundiana* en *Monumenta Historica O. P.*, vols. IV y VI. Se encontrará un excelente resumen en Mortier, *Histoire des maîtres généraux O.P.*, especialmente vol. I, pp. 225-272 y 400. La mejor biografía parece ser la de Valls Taberner, *San Ramón de Peñafort* (1936). Por lo que toca a la relación del santo con la orden de los Mercedarios, no hay duda que la tesis de éstos se apoya sobre una serie de documentos espurios, misteriosamente descubiertos en el momento en que hacían falta, en el siglo XVII. Las pruebas de muchos puntos son tan poco satisfactorias, que resulta muy difícil dar entero crédito a incidentes como el del milagroso viaje del santo de Mayorca a Barcelona. Ver *Analecta Bollandiana*, vol. XXXIX (1921), pp. 209 ss., y vol. XL (1922), pp. 442 ss. Cf. San Pedro Nolasco, 28 de enero.

SAN ASCLAS, MÁRTIR　(¿Siglo III?)

SAN ASCLAS gozó de gran fama en Egipto y en todo el oriente, y su nombre se halla en el Martirologio Romano. Su vida, tal como la resumen los sinaxarios, se reduce a lo siguiente: "Asclas, originario de la Tebaida, fue acusado de creer en Cristo, y compareció ante el gobernador llamado Arriano. Como confesara valientemente su fe, fue torturado en el potro, azotado hasta dejarle

descubiertas las costillas, y finalmente encerrado en un calabozo. Por entonces, el gobernador tuvo que hacer un viaje a la otra ribera del Nilo. El santo pidió a Dios que no le dejase llegar a la otra orilla, hasta que hubiese confesado por escrito la divinidad de Cristo. Arriano se embarcó, pero la barca permaneció inmóvil, a pesar de los esfuerzos de los remeros. Al saber esto, el santo envió a decir al gobernador que sólo confesando por escrito la divinidad de Cristo podría llegar a salvo a la otra orilla. El gobernador pidió que le trajesen un papel y escribió que era grande el poder del Dios de los cristianos y que fuera de El no existía ninguna otra divinidad. Inmediatamente la barca empezó a avanzar. En cuanto Arriano estuvo de vuelta, mandó que las heridas del santo fuesen quemadas con antorchas; después, ordenó que le colgasen una gran piedra al cuello y le arrojasen al río. Así ganó Asclas la corona de los mártires". Difícilmente se puede negar, por la forma misma del relato, que hay en él muchos elementos legendarios.

El Sinaxario de Constantinopla (ed. H. Delehaye, p. 698), cuyo texto citamos, conmemora a San Asclas el 20 de mayo; pero en occidente su fiesta se celebra el 23 de enero. Ver también *Acta Sanctorum*, 23 de enero, y Cheneau d'Orléans, *Les saints d'Egypte*, vol. I, pp. 183 ss.

SANTA EMERENCIANA, VIRGEN Y MÁRTIR (¿c. 304? P.C.)

SEGÚN el Martirologio Romano y la lección del breviario de este día, Santa Emerenciana era hermana de leche de Santa Inés. Eran, pues, de la misma edad aproximadamente, pero Emerenciana era catecúmena. Dos días después del martirio de Santa Inés, Santa Emerenciana murió apedreada, cuando se hallaba orando junto a la tumba de su hermana de leche. En esa forma recibió el bautismo de sangre. Este relato, que constituye una especie de apéndice de las "actas" de Santa Inés, no puede tomarse a la letra; pero existen pruebas de que una mártir llamada Emerenciana estuvo originalmente sepultada en el "Coemeterium majus". Dicho cementerio está un poco más distante de la Vía Nomentana que el sitio en que fue erigida la basílica de Santa Inés. Según parece, se celebraba a Santa Emerenciana el 16 de septiembre, junto con los santos Víctor, Félix y Alejandro; pero por alguna razón, sus restos fueron trasladados posteriormente a la basílica de Santa Inés y así, la leyenda relacionó a ambas santas.

Ver *Acta Sanctorum*, 21 y 23 de enero; y F. Jubaru, *St. Agnes* (1909), pp. 145-156.

SANTOS CLEMENTE y AGATANGELO, MÁRTIRES (¿308? P.C.)

AUNQUE algunas Iglesias orientales y el Martirologio Romano conmemoran a estos santos el día de hoy, no poseemos ningún dato fidedigno sobre ellos. Se dice que Clemente se consagró a la instrucción de los niños y de los pobres, que a los veinte años de edad fue consagrado obispo de Ancira de Galacia; que fue arrestado y llevado de ciudad en ciudad, sufriendo durante años, increíbles tormentos, y que una serie de estupendos milagros le salvó de la muerte. Agatángelo había sido convertido por Clemente, cuando éste fue llevado a Roma. Ordenado diácono, Agatángelo compartió los sufrimientos de su maestro. Según la leyen-

da, los dos murieron por la espada en Ancira. Desde Baronio y Tillemont, todos los críticos reconocen el carácter poco fidedigno de las "actas" de estos mártires.

Ver *Acta Sanctorum*, 23 de enero, y DHG., vol. I, c. 906.

SAN MARTIRIO (Siglo VI)

MARTIRIO era monje en el país de los Abruzos. Se mostró un fiel servidor de Dios todopoderoso y dio una prueba de su virtud en una circunstancia particular.

Los hermanos habían colocado un pan bajo las cenizas para cocerlo, pero se habían olvidado de trazar sobre la torta una cruz, como es costumbre en esas provincias. Martirio constató la omisión y advirtió a los hermanos, cuando ya el pan estaba bajo los carbones ardientes. Después, con su dedo trazó una cruz sobre las brasas y se produjo inmediatamente un ruido que provenía del fondo del hogar. Un poco más tarde, cuando se retiró el pan, lo encontraron marcado con la cruz.

Este santo está inscrito en el martirologio, el 23 de enero. Algunos hagiógrafos, equivocados por las vagas expresiones de esta mención, han pensado que se trataba del San Martirio de que habla San Gregorio en su homilía XXXIX sobre los evangelios; pero se trata más bien de otro Martirio, que aparece en los Diálogos del mismo Papa, según lo que se dice en las adiciones al martirologio de Usuardo: "Martyrii monachi de quo in 'Dialogis' B. Gregorius".

San Gregorio, *Diálogos*, l. I, c. XI en la P.L. vol. LXXVII. col. 212.

SAN JUAN EL LIMOSNERO PATRIARCA DE ALEJANDRÍA (¿619? P.C.)

SAN JUAN había nacido de una rica familia. Habiendo enviudado y enterrado a todos sus hijos en Amato de Chipre, empleó sus rentas en socorrer a los pobres y se ganó el respeto de todos por su santidad. Su fama hizo que le eligiesen patriarca de Alejandría hacia el año 608, cuando tenía ya más de cincuenta años. Cuando San Juan fue electo patriarca, hacía ya varias generaciones que todo Egipto se hallaba envuelto en acres disputas eclesiásticas, y la ola del monofisismo iba creciendo. Como escribe el historiador Baynes, "El lector de la vida de San Juan tiene que tener presente este cuadro. San Juan tuvo el tino de escoger, como patriarca, el camino de una bondad y una caridad sin límites para hacer amable la ortodoxia en Egipto". Al llegar a Alejandría, San Juan ordenó que le hiciesen una lista exacta de sus "amos". Cuando le preguntaron quiénes eran éstos el santo respondió que eran los pobres, porque son los que gozaban en el cielo de un poder ilimitado para ayudar a quienes les habían socorrido en la tierra. El número de los pobres de Alejandría era de 7500. El santo los tomó a todos bajo su protección. Los decretos del patriarca eran severos, pero estaban redactados en los términos más humildes. Entre otras cosas, impuso el uso de pesos y medidas justos para proteger a los pobres de una de las más crueles formas de opresión. El santo prohibió rigurosamente a todos los miembros de su casa que aceptaran regalos, pues sabía muy bien que esto era capaz de corromper aun al mayor de los justos. El patriarca se sentaba todos

los miércoles y viernes delante de su casa, para que todos pudiesen presentarle sus quejas y darle a conocer sus necesidades.

Una de sus primeras acciones en Alejandría fue la de distribuir entre los hospitales y monasterios las ochenta mil monedas de oro que había en su tesorería. Igualmente consagró a los pobres las ricas rentas de su sede, que era entonces la más importante del oriente, tanto por la dignidad como por las riquezas. Además, por las manos del santo pasaba una continua corriente de limosnas que provenían de otros, a quienes su ejemplo había arrastrado. Cuando los ayudantes del patriarca se quejaron de que estaba empobreciendo a la Iglesia, él les contestó que Dios se encargaría de proveer a sus necesidades. Para convencerles de ello, les contó una visión que había tenido en su juventud: una hermosa mujer, coronada por una guirnalda de oliva, se le había aparecido. Representaba la caridad y compasión por los pobres, y le había dicho: "Yo soy la mayor de las hijas del rey. Si eres mi amigo, yo te conduciré a El. Nadie como yo goza ante El de mayor influencia, porque yo le moví a bajar del cielo y a hacerse hombre para salvar a la humanidad".

Cuando los persas asolaron la Siria y saquearon Jerusalén, San Juan recibió a todos los que huían a Egipto. Asimismo, envió a los pobres de Jerusalén, además de una gran suma de dinero, semillas, pescado, vino, acero y un contingente de trabajadores egipcios para que les ayudasen a reconstruir las iglesias. En la carta que escribió al obispo Modesto con tal ocasión, añadía que hubiese deseado ir a Jerusalén en persona para ayudar con sus propias manos en ese trabajo. Ni la pobreza, ni las pérdidas, ni las dificultades que tuvo que sufrir hicieron vacilar nunca su confianza en la Divina Providencia, y la ayuda de Dios no le faltó jamás. El santo cortó bruscamente la palabra a un hombre a quien había sacado de deudas y que le expresaba su gratitud en términos encomiásticos, diciéndole: "Hermano, todavía no he vertido por ti mi sangre, como me manda hacerlo mi Dios y Maestro, Jesucristo". Cierto mercader que había perdido dos veces su fortuna en sendos naufragios, fue socorrido otras tantas veces por el santo patriarca, quien la tercera vez le regaló una nave cargada de grano. La tormenta arrastró la nave hasta las costas de Inglaterra, donde el hambre hacía estragos, de suerte que el mercader pudo vender el grano a muy buen precio y volvió con una buena cantidad de dinero y un cargamento de estaño. El estaño, según se vio después, tenía una amalgama de plata, y todo ello fue atribuido a las virtudes del santo.

Sin embargo, el Patriarca, en lo personal, vivía en la mayor austeridad y pobreza. Un distinguido personaje, al enterarse de que el santo sólo tenía en su lecho una cobertura muy desgarrada, le envió una valiosa piel, rogándole que la usara en consideración de quien se la mandaba. San Juan la aceptó y la usó una sola noche, pero apenas pudo pegar los ojos, reprochándose el lujo que se permitía mientras tantos de sus "amos" yacían en la miseria. A la mañana siguiente, vendió la piel y repartió el dinero entre los pobres. El amigo que se la había regalado recuperó la piel dos o tres veces y la devolvió al santo, quien le decía sonriendo: "Vamos a ver quién se cansa primero". Por lo demás, San Juan el limosnero no se complicaba la vida con teorías muy perfectas sobre la ayuda a los pobres.

Nicetas, gobernador de Alejandría, había planeado un nuevo impuesto que iba a pesar particularmente sobre los pobres. El patriarca defendió humildemente a sus "amos", pero el gobernador, enfurecido, partió, dejándole con la

palabra en la boca. Hacia el atardecer, San Juan le envió un mensaje con las palabras del apóstol: "El sol está cayendo. No dejes que el sol se ponga sobre tu ira". El mensaje produjo el efecto deseado. El gobernador fue en busca del patriarca, le pidió perdón, y le prometió como penitencia no prestar jamás oídos en adelante a las hablillas. San Juan le confirmó en su resolución, y le explicó que él no creía jamás a quien hablaba mal de otro, sin haber antes oído al acusado, y que castigaba severamente a los calumniadores para que los otros se guardasen de caer en tal vicio. Habiendo exhortado en vano a cierto noble a perdonar a uno de sus enemigos, el patriarca le invitó a que asistiese a la misa en su oratorio particular, y ahí le rogó que recitase el Padre Nuestro. Antes de las palabras "perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores", el santo se calló, de suerte que el otro las dijo solo. Entonces el patriarca le suplicó que reflexionase sobre lo que acababa de decir a Dios en medio de la misa, ya que sólo obtendría el perdón de Dios en la medida en que perdonase a sus enemigos. El noble cayó a los pies de San Juan, muy conmovido, y se reconcilió con su adversario. El santo predicaba frecuentemente el deber de no hacer juicios temerarios, diciendo: "Las circunstancias nos engañan fácilmente. Ya hay magistrados para juzgar a los criminales. Nosotros, los particulares, no tenemos por qué meternos con los delitos ajenos, sino para excusarlos". Habiendo caído en la cuenta de que muchos pasaban el tiempo de los divinos oficios, riendo a las puertas de la iglesia, San Juan fue a sentarse en medio de ellos y les dijo: "Hijos míos, el pastor tiene que estar con sus ovejas". Los culpables se sintieron tan avergonzados de esta bondadosa reprensión, que jamás volvieron a cometer esa falta. En cierta ocasión en que el patriarca se dirigía a la iglesia, una mujer le pidió justicia contra su yerno. Las gentes de la comitiva del santo le impusieron silencio, diciéndole que esperase a que el patriarca volviera de la iglesia. Pero el patriarca intervino con estas palabras: "¿Cómo podría esperar yo que Dios oyese mis oraciones, si yo no oigo las quejas de esta mujer?" Y no se movió de ese sitio, sino después de haber hecho justicia.

Nicetas persuadió al santo para que le acompañase a Constantinopla a visitar al emperador Heraclio, el año 619, cuando los persas se preparaban a atacar. Durante el viaje, en Rodas, el patriarca recibió un aviso del cielo de que su muerte estaba próxima, y dijo a Nicetas: "Tú me habías invitado a visitar al emperador de la tierra; pero el Rey del cielo me llama a Sí". De manera que San Juan se dirigió a Chipre, donde había nacido, y murió apaciblemente poco después, en Amato, el año 619 ó 620. Su cuerpo fue después trasladado a Constantinopla, donde estuvo largo tiempo. El sultán turco regaló las reliquias del santo patriarca a Matías de Hungría, quien construyó en su oratorio de Budapest un relicario especial para guardarlas. En 1530, las reliquias fueron trasladadas a Tall, cerca de Bratislava, y en 1632, a Bratislava, donde se hallan en la actualidad. Los griegos celebran la fiesta de San Juan el Limosnero el 11 de noviembre, día de su muerte; perc el Martirologio Romano le conmemora el 23 de enero, aniversario de la traslación de sus reliquias.

Juan Moschus y Sofronio, dos contemporáneos del santo, escribieron una biografía que se perdió. En cambio, nos ha quedado la biografía escrita por otro contemporáneo, el obispo Leoncio de Nápoles de Chipre. Un antiguo editor redujo estas dos fuentes a una sola en un texto publicado por el P. Delehaye en 1927 (*Analecta Bollandiana*, vol. XLV, pp. 5-74). Esa es la versión que empleó Simeón Metafrasto para su biografía, en el siglo X.

N. H. Baynes y Elizabeth Dawes, en *Three Byzantine Saints* (1948), ofrecen una traducción de la parte de ese texto escrita por Moschus y Sofronio, y del texto original de Leoncio. H. Gelzer (1893) publicó el texto griego de Leoncio; en *Acta Sanctorum*, 23 de enero, se halla una traducción latina hecha por Anastasio el Bibliotecario; el P. P. Bedjan publicó una versión siria, en *Acta Martyrum et Sanctorum*, vol. IV.

SAN ILDEFONSO, ARZOBISPO DE TOLEDO (667 P.C.)

EL NOMBRE de Ildefonso parece ser la forma original de la que se desprenden las variantes Alfonso y Alonso. Después de San Isidoro de Sevilla,, San Ildefonso (al que una fuente no muy de fiar hace discípulo del primero), ha sido siempre considerado como una de las mayores glorias de la Iglesia de España, la cual le honra como doctor de la Iglesia. Ildefonso era sobrino de San Eugenio, arzobispo de Toledo, a quien debía suceder en el cargo. A pesar de la oposición paternal, Ildefonso se hizo monje a temprana edad, en el convento de Agalia, cerca de Toledo, del que fue más tarde abad. Sabemos que fue ordenado diácono hacia el año 630, y que, aunque no era entonces más que un simple monje, fundó un convento de religiosas en los alrededores. Siendo abad, asistió al séptimo y octavo Concilio de Toledo, en 653 y 655, respectivamente. Su elevación a la dignidad de arzobispo parece haber ocurrido el año 657. Los ardientes encomios que le prodiga Julián, su contemporáneo y sucesor en la sede, así como el testimonio de otros eminentes eclesiásticos y el fervor de sus propios escritos, prueban que la elección recayó sobre un hombre que poseía todas las virtudes exigidas por esa elevada dignidad. Ildefonso gobernó la sede de Toledo algo más de nueve años, y murió el 23 de enero del año 667.

Uno de los rasgos más característicos de la obra literaria de San Ildefonso, y particularmente de su tratado *De virginitate perpetua sanctae Mariae*, es el entusiasmo casi exagerado con que el santo habla de la Santísima Virgen. Edmund Bishop pone de relieve este rasgo en sus valiosos estudios ("Spanish Symptoms"). Se trata en realidad de una nota típica, tanto de la devoción personal del santo como del medio en que vivía. Nada tiene, pues, de extraño que, un siglo después de su muerte, hayan surgido dos leyendas sobre la privilegiada posición de San Ildefonso respecto de la Madre de Dios. Según la primera de dichas leyendas, la mártir Santa Leocadia, patrona de Toledo, se levantó de su tumba cuando San Ildefonso se hallaba orando ahí, para agradecerle, en nombre de Nuestra Señora, las alabanzas que le había prodigado. La otra leyenda pretende que la Santísima Virgen se apareció en persona a San Ildefonso para mostrarle su gratitud y que le regaló una casulla. Esta última leyenda aparece, con muchos retoques, en casi todas las grandes colecciones de Marienlegenden, que tan de moda estuvieron en los siglos XII y XIII. En todo caso, hay razones para creer que el lenguaje mariano que se impuso en Toledo en tiempos de San Ildefonso, influyó profundamente en el tono de los documentos litúrgicos españoles.

El breve resumen de la vida del santo, hecho por Julián, así como el relato de Cixila, se encuentran en *Acta Sanctorum*, 23 de enero, y en el segundo volumen de Mabillon. Ver también *Dictionnaire de Théologie*, vol. VII, cc. 739-744; el artículo de Herwegen, en *Kirchliches Handlexikon*; E. Bishop, *Liturgica Historica*, pp. 165-210; y A. Braegelman, *Life and Writings of St. Ildephonsus of Toledo* (1942), que resume el material.

SAN BERNARDO, ARZOBISPO DE VIENNE (842 P.C.)

ESTE SAN BERNARDO (llamado también Barnardo) nació de una distinguida familia, hacia el año 778. Durante su juventud, estuvo al servicio de Carlomagno y se casó. Hacia el año 800, fundó la abadía de Ambronay, donde después se hizo monje y fue elegido abad. El año 810, fue hecho obispo de Vienne de Francia. Aunque las biografías que poseemos no aportan muchos datos y son de época tardía, todo nos lleva a la conclusión de que Bernardo fue uno de los más influyentes y santos prelados de su tiempo. Tal vez su conducta en las agitaciones políticas de la época de Luis el Bueno, no fue la más prudente, pero su celo por la pureza de la fe y las costumbres es indiscutible. La autenticidad de las encomiásticas cartas que le dirigieron los Papas Pascual I y Eugenio II es muy dudosa. San Bernardo fundó la abadía de Romans, hacia el año 837, donde fue enterrado a su muerte, acaecida el 23 de enero del año 842. Sobre su tumba está grabado un epitafio muy elogioso.

Ver *Acta Sanctorum*, 23 de enero; *Analecta Bollandiana*, vol. XI (1892), pp. 402 ss.; Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. I, pp. 148, 158, 201, 210; y DHG., vol. VI, cc. 858-859.

BEATA MARGARITA DE RAVENA, VIRGEN (1505 P.C.)

AUNQUE el culto de la Beata Margarita no parece haber sido formalmente confirmado, su biografía ocupa varias páginas del *Acta Sanctorum* de los bolandistas. Margarita, originaria de Russi, en las proximidades de Ravena, perdió la vista, según se cuenta, unos cuantos meses después de su nacimiento. Sin embargo, es imposible determinar si estaba totalmente ciega, ya que siempre encontraba el camino de las iglesias, como lo hace notar ingenuamente su biógrafo: "Esto me hace creer —comenta— que, aunque estaba ciega, Margarita veía lo que quería ver". Sus primeros años estuvieron llenos de pruebas y sufrimientos, en parte debido a su mala salud, y porque sus prácticas ascéticas y su amor al retiro provocaron cierta animosidad contra ella. Fue acusada de hipocresía y sufrió muchas persecuciones, pero al fin acabó por ganarse la estima de sus más acerbos contradictores. Unas doscientas o trescientas personas de ambo sexos se confiaron a la dirección de Margarita y formaron una asociación religiosa de laicos, tanto solteros como casados. Ayudada por el venerable Jerónimo Maluselli y algunos otros, la beata redactó las constituciones. Sin embargo, la asociación no tomó forma en Italia tal como Margarita la había concebido. En cambio, después de su muerte, el P. Maluselli fundó sobre las mismas bases una congregación religiosa de clérigos, conocidos con el nombre de Sacerdotes del Buen Jesús. Margarita dio ejemplo, durante toda su vida, de continua oración, humildad y amable paciencia, y deseaba que ésas fuesen las características de la obra que había fundado. Los milagros y profecías de la beata la hicieron famosa. Su muerte ocurrió el 23 de enero de 1505, cuando Margarita tenía sesenta y tres años.

Ver *Acta Sanctorum*, 23 de enero; *Kirchelexikon*, vol. VI, cc. 1462-1463; Heimbucher, *Die Orden und Kongregationen*, vol. II, pp. 35 ss.

24: NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ, PATRONA DE EL SALVADOR (1085 P.C.)

LA ADVOCACION de la Santísima Virgen María como Nuestra Señora de la Paz, se originó en la ciudad española de Toledo, hacia fines del siglo XI. Desde ahí se extendió su devoción por toda España, y más tarde pasó a América, donde todas las naciones que fueron dominadas y civilizadas por España, profesaron una veneración muy especial por Nuestra Señora de la Paz, que tiene un santuario en cada una de las grandes ciudades latinoamericanas y fue adoptada como patrona principal de la República de El Salvador.

En la vida de San Ildefonso, arzobispo de Toledo (23 de Enero) y devoto fervientísimo de la Virgen María, se relata cómo el 18 de diciembre del año 645, tras el décimo concilio toledano, el santo prelado, en compañía de su séquito, se dirigió, pasada la medianoche, a la Catedral para cantar los maitines. Al tiempo de entrar un fuerte resplandor que no podían resistir los ojos corporales se produjo en el altar. Los acompañantes de San Ildefonso huyeron asustados, pero éste avanzó resueltamente y vio a la Santísima Virgen, que había descendido de los cielos y estaba sentada en el trono episcopal del santo. La Madre de Dios habló con dulces palabras a su fiel servidor y le entregó una casulla, después de lo cual desapareció. Por aquel particular beneficio, la Iglesia de Toledo decretó que el día 24 de Enero, un día después de la fecha en que se conmemora la muerte de San Ildefonso, se celebrase en todo el arzobispado, con festividad especial, el memorable descenso de la Virgen María a la Iglesia Catedral. Por lo tanto, desde el siglo VII, la Catedral de Toledo quedó consagrada a la Santísima Virgen. Su nombre de Nuestra Señora de la Paz le fue impuesto tres siglos después, en el año de 1085, por un acontecimiento memorable que pasamos a relatar.

Precisamente en el año de 1085, Alfonso VI, llamado el Bravo, rey de Asturias y de León, reconquistó de los moros la ciudad de Toledo. Una de las condiciones estipuladas en el tratado de paz, fue la de que el templo principal de la ciudad quedase como mezquita a los moriscos. El rey Alfonso firmó el tratado y en seguida se ausentó de Toledo, dejando a su esposa, la reina Constanza, como gobernadora de la plaza. Pero sucedió que los cristianos consideraron como cosa indigna que, si eran dueños de la ciudad, no lo fuesen de la Iglesia Metropolitana consagrada a la Santísima Virgen. En consecuencia, los cristianos fueron a presentar sus quejas ante el arzobispo Don Rodrigo y ante la reina Constanza, quienes compartieron su horror de que la Catedral sirviese para los cultos del falso profeta Mahoma y apoyaron sus peticiones. Alentados por aquella tácita autorización, los cristianos trataron de apoderarse de la Catedral con gente armada, sin tener en cuenta el compromiso del rey ni el peligro a que se exponían en aquella ciudad donde era mayor el número de infieles. En efecto, los moros, al advertir el ataque, tomaron también las armas y, juzgando que el rey Alfonso quebrantaba el pacto juramentado, se lanzaron furiosos contra los cristianos para vengar la injuria. Se entabló el recio combate frente a la Catedral y no cesó hasta que la reina y el arzobispo se presentaron en el campo de batalla para aclarar que el ataque se había lanzado sin saberlo el rey.

En seguida, los moros enviaron embajadores al monarca para denunciar el atentado, y volvió Don Alfonso a Toledo precipitadamente, con el firme propósito de hacer un escarmiento en la reina, el arzobispo y los cristianos, por el quebrantamiento que habían hecho a su real palabra. Tan pronto como los cristianos de la ciudad tuvieron noticia de la cólera del rey, salieron a su encuentro en procesión, encabezados por el arzobispo, la reina y la hija única de Don Alfonso. Pero ni las súplicas de aquellos personajes, ni los ruegos del pueblo para que los perdonase, atento al motivo que los animó al ataque y que no era otro que el de tributar culto al verdadero Dios en la gran iglesia de Toledo, consiguieron que el monarca accediese a faltar a su honor y a la palabra que había empeñado. Don Alfonso anunció a los solicitantes, que la Catedral quedaría en poder de los infieles, como lo había prometido. Pero en ese momento se produjo un acontecimiento extraordinario, que todos tomaron como una señal de que Dios había escuchado sus plegarias. Los moros tomaron en consideración el peligro a que se exponían si mantenían el culto a Mahoma en la iglesia principal de aquella ciudad cristiana y enviaron al encuentro del rey a una comitiva de sus jefes. Los embajadores salieron de Toledo y, postrados ante Don Alfonso, le suplicaron que perdonase a los cristianos y que se comprometían a devolverle la Catedral.

Grande fue el regocijo del rey y el de su pueblo que vieron en aquella solución inesperada una obra de la Divina Providencia. El monarca ordenó, con el beneplácito del arzobispo y de todos los fieles que, al día siguiente, precisamente un 24 de enero, se tomase posesión de la Catedral y se hiciesen festividades especiales en honor de la Virgen María de la Iglesia Metropolitana, a la que, por haber restablecido la paz en la fecha de su fiesta, se la veneraría en adelante como a Nuestra Señora de la Paz. Aquel 24 de enero de 1085, se realizaron en Toledo magníficas ceremonias y espléndidas procesiones en honor de Nuestra Señora de la Paz, con cuyo título se venera hasta hoy a la Madre de Dios.

Los datos para esta nota fueron tomados, principalmente del *Año Cristiano* de Mariano Galván Rivera (México, 1835), vol. I, pp. 324-327, así como del artículo dedicado a Toledo en la *Enciclopedia Voz*, t. III, pp. 920-922.

SAN TIMOTEO, OBISPO Y MÁRTIR (*c.* 97 P.C.)

SAN TIMOTEO, el discípulo amado de San Pablo, era probablemente originario de Listria de Licaonia. Su padre era gentil; su madre, que se llamaba Eunice, era judía y abrazó el cristianismo junto con la abuela de Timoteo. San Pablo alaba la fe de esas dos mujeres.

Desde su juventud, nuestro santo se había entregado al estudio de la Sagrada Escritura y, cuando San Pablo se hallaba predicando en Licaonia, los cristianos de Iconio y Listria le hicieron tales alabanzas del buen natural de Timoteo, que el Apóstol le tomó por compañero para sustituir a Bernabé. Aquella adopción dio motivo para que el "Apóstol de las Gentes" pusiera de manifiesto su celo y su prudencia, porque si bien poco antes se había negado a hacer circuncidar a un tal Tito, cuyos padres eran gentiles, con el propósito de demostrar la libertad del Evangelio y refutar a quienes sostenían que el rito de la circuncisión seguía siendo un precepto en la Nueva Ley, hizo que se circuncidara,

en cambio, Timoteo, hijo de una judía, estimando que con ello le haría más aceptable a los ojos de los judíos y, al mismo tiempo demostraba que no era enemigo de la ley. San Crisóstomo alaba la prudencia que mostró en esto San Pablo. A ello añadiremos nosotros la alabanza a la obediencia de su discípulo. San Pablo impuso las manos a Timoteo y le confió el ministerio de la predicación. A partir de ese momento, vio en él no sólo a un discípulo e hijo muy querido, sino a un hermano y compañero en el trabajo. San Pablo le llamaba hombre de Dios, y en su epístola a los Filipenses dijo que nadie le estaba más unido en espíritu que Timoteo.

San Pablo visitó después de Listra todo el resto de Asia Menor. Embarcó con rumbo a Macedonia y predicó en Filipos, Tesalónica y Berea. Acosado por el furor de los judíos, tuvo que abandonar esta última ciudad, dejando ahí a Timoteo para que confirmara en la fe a los neófitos. Al llegar a Atenas mandó a buscarle; pero, al saber que los cristianos de Tesalónica sufrían una cruel persecución, les envió a Timoteo, como su representante, para animarles. Timoteo se reunió con San Pablo en Corinto para darle cuenta de sus triunfos. El Apóstol escribió entonces su primera epístola a los tesalonicenses. Después continuó sus viajes: de Corinto fue a Jerusalén y luego a Efeso, donde permaneció dos años. El año 58 proyectaba volver a Grecia y decidió enviar por delante a Timoteo y a Erasto con instrucciones para que atravesaran Macedonia, anunciando a los fieles su próxima visita, y recogiendo las limosnas que se proponía mandar a los cristianos de Jerusalén.

Después de este viaje, Timoteo se dirigió a Corinto, donde su presencia era necesaria para reavivar entre los fieles las enseñanzas de su maestro. Es indudable que la recomendación que hace San Pablo de su discípulo (en I Cor. XVI, 10), está relacionada con este viaje. El apóstol esperó en Asia Menor a Timoteo, y, al reunirse, partieron juntos a Macedonia y Acaya. Timoteo se separó de él en Filipos y volvió a reunírsele en Troya. San Pablo fue arrestado a su regreso a Palestina y enviado a Roma, después de dos años de prisión en Cesarea. Timoteo parece haber estado con él casi todo el tiempo, y San Pablo le nombra en el encabezado de sus epístolas a Filemón y a los Filipenses. Timoteo fue también hecho prisionero por Cristo y confesó Su nombre en presencia de muchos testigos, pero se le dejó en libertad. Fue elegido obispo, según parece, por especial inspiración del Espíritu Santo. Cuando San Pablo regresó de Roma, dejó a Timoteo al frente de la Iglesia de Efeso para acabar con los falsos maestros y ordenar sacerdotes, diáconos y aun obispos. San Juan Crisóstomo y otros padres suponen que el apóstol confió a Timoteo todas las iglesias de Asia. Todos hablan de Timoteo como del primer obispo de Efeso.

San Pablo escribió su primera carta a Timoteo desde Macedonia; la segunda desde Roma, donde estaba prisionero, pidiéndole que fuera a verle a la capital del Imperio antes de su muerte. Esta segunda carta es una explosión de ternura de San Pablo por su discípulo: le alienta en sus dificultades, procura reavivar en él la intrepidez y el fuego del Espíritu Santo que la ordenación le había dado, le da instrucciones sobre los falsos hermanos de aquella época y predice nuevos desórdenes y dificultades en la iglesia.

San Timoteo sólo bebía agua; pero, como su salud se resintiera por las grandes austeridades, San Pablo le aconsejó que tomara un poco de vino. San Juan Crisóstomo comenta: No le dijo simplemente: "Toma vino", sino "Toma un poco de vino"; y esto no porque Timoteo necesitara tal consejo, sino porque

nosotros lo necesitamos". San Timoteo era todavía joven por entonces; tenía alrededor de cuarenta años, según parece. No es por lo tanto difícil que haya ido a Roma a ver a su maestro. Debemos suponer que Timoteo fue nombrado obispo de Efeso por San Pablo, antes de la llegada de San Juan a esa ciudad. Una firme tradición afirma que San Juan ejerció también el apostolado en Efeso y que supervisaba todas las iglesias de Asia. Los antiguos martirologios ponen a San Timoteo entre los mártires.

Las "Actas de Timoteo", atribuidas en parte al famoso Polícrates, obispo de Efeso, pero que parecen haber sido escritas en dicha ciudad en el siglo IV o V y resumidas por Focio, relatan que San Timoteo fue apedreado y apaleado por los paganos al manifestar su oposición a sus ceremonias. En efecto, el 22 de enero se celebraba la fiesta llamada Katagogia, y ese día los paganos recorrían en grupos la ciudad, llevando en una mano un ídolo y en la otra un palo. Existen pruebas de que las supuestas reliquias de San Timoteo fueron transladadas a Constantinopla, durante el reinado de Constancio. San Juan Crisóstomo y San Jerónimo hacen alusión a los portentos sobrenaturales que tuvieron lugar en el santuario de Constantinopla, como a una cosa de todos conocida.

Ver *Acta Sanctorum,* 24 de enero. El texto griego de las llamadas *Actas de San Timoteo fue editado por H. Esener, el cual, en vista de la sobriedad de dicho texto por lo que* se refiere a elementos milagrosos, se inclina a pensar que tiene una base histórica y que se deriva tal vez de una crónica efesina. La ausencia de toda referencia a la traslación de las reliquias de San Timoteo a Constantinopla en 356 le induce a creer que las *Actas de San Timoteo* fueron compuestas antes de esa fecha. Cf. R. Lipsius, *Die apokryphen Apostelgeschichten,* vol. II, pt. 2, pp. 372 ss.; y BHL., n. 1200; BHG., n. 135.

SAN BABILAS o BABIL, OBISPO DE ANTIOQUÍA, MÁRTIR (*c.* 250 P.C.)

DESPUÉS de San Ignacio, el más famoso de los antiguos obispos de Antioquía fue San Babilas, quien sucedió a Cebino, el año 240. Desgraciadamente sabemos muy poco sobre él. San Juan Crisóstomo nos dice que fue Babilas aquel obispo del que Eusebio nos cuenta que, en la Pascua del año 244, se negó a admitir en la iglesia a Felipe el Arabe (quien se decía cristiano), si no expiaba antes el asesinato de su predecesor, el emperador Gordiano. San Babilas murió martirizado durante la persecución de Decio. Eusebio dice que falleció en la prisión; pero San Juan Crisóstomo afirma que fue decapitado. Las primeras reliquias de un mártir que fueron trasladadas pertenecieron a San Babilas. Cuentan las crónicas que se hallaba sepultado en Antioquía, pero en 351, el César Galo mandó trasladar sus restos a la cercana iglesia de Dafne para contrarrestar la influencia que ejercía el famoso santuario de Apolo, donde los oráculos y la vida licenciosa constituían un mal ejemplo para los cristianos. Con el traslado de las reliquias del mártir, terminaron aquellas cosas. El año 362, Juliano el Apóstata dio la orden de sacar de ahí esas reliquias. Los cristianos las acompañaron en procesión a Antioquía, cantando los salmos que se refieren a la impotencia de los ídolos y de los falsos dioses. Al atardecer del día siguiente, según cuenta la tradición, el templo de Apolo fue destruido por un rayo. Poco después, tuvo lugar una tercera translación de los restos del mártir a la basílica que el obispo San Melecio había construido, del otro lado del Orontes. Dicho obispo fue sepultado junto a San Babilas.

Ver *Analecta Bollandiana*, vol. XIX (1901), pp. 5-8; y *Acta Sanctorum*, 24 de enero, donde se encontrarán dos "pasiones" de San Babilas que carecen de autoridad. Tampoco tienen valor histórico los dos panegíricos predicados por San Juan Crisóstomo, según lo demuestra Delehaye en *Les passions des martyrs*, c. II (1921), pp. 209 y 232. Sin embargo, el nombre de San Babilas no sólo figura en los primeros martirologios sirios, sino que era también muy venerado en occidente. Existen dos biografías, una en prosa y otra en verso, escritas por San Adelmo de Sherborne en el siglo VII. R. Ehwald las editó junto con las otras obras de San Adelmo, en MGH, *Auctores Antiquissimi*, vol. XV, pp. 274, 397, Cf. Tillemont, *Mémoires*..., vol. III, pp. 400-408; y Delehaye, *Origines du culte*... (1933), pp. 54, 58, etc.

SAN FELICIANO, Obispo de Foligno, Mártir (*c.* 254 p.c.)

El Martirologio Romano conmemora en este día a San Feliciano, antiguo obispo y patrón de Foligno, a quien el pueblo considera como el primer evangelizador de Umbría. Es difícil determinar hasta qué punto tienen fundamento histórico las dos biografías latinas que han llegado hasta nosotros para informarnos que el santo se consagró durante toda su vida al trabajo de evangelización; que era uno de los discípulos predilectos del Papa San Eleuterio, quien le había ordenado sacerdote, y que fue más tarde amigo del Papa San Víctor I, quien le consagró obispo de Foligno. Si hemos de creer a la más extensa de esas dos biografías, el "pallium" se empleó por primera vez en la consagración episcopal de nuestro santo, ya que el Papa le concedió el privilegio de llevar sobre los hombros "una capa de lana". El texto relaciona con este hecho el origen del poder para consagrar obispos fuera de Roma.

Feliciano fue obispo durante más de cincuenta años. Arrestado en la persecución de Decio, fue sometido a la tortura en el potro y flagelado repetidas veces, por haberse rehusado a ofrecer sacrificios a los ídolos. En la prisión le asistió una doncella, Santa Mesalina, que fue acusada a causa de la devoción que mostraba al mártir. Como se negara a ofrecer sacrificios a los ídolos, la doncella murió en el suplicio.

De Roma llegó la orden para que Feliciano fuese llevado a la ciudad a fin de ejecutarle; pero el mártir murió en el camino, a cinco kilómetros de Foligno, debilitado por las torturas y el mal trato que había recibido en la prisión. Tenía entonces noventa y cuatro años de edad, y había sido obispo durante cincuenta y seis años.

Ver *Acta Sanctorum*, 24 de enero; *Analecta Bollandiana*, vol. IX, (1890), pp. 379-392; y *San Feliciano, protettore di Foligno* (1933), colección de ensayos cortos, con muchas fotografías, publicado por Mons. Faloci-Pulignani.

SAN MACEDONIO (*c.* 430 p.c.)

Se cuenta que este asceta sirio vivió durante cuarenta años, alimentándose únicamente con avena disuelta en un poco de agua. Como su salud empezara a resentirse, el santo decidió comer pan, pensando que no era lícito acortarse la vida para evitarse fatigas y dificultades. En el mismo sentido aconsejó a la madre de Teodoreto, cuya salud se había debilitado por los ayunos, diciéndole que los alimentos serían para ella la mejor medicina. Teodoreto relata muchas curaciones milagrosas, obradas por el agua que el santo bendecía; entre otras, la de su propia madre. El mismo autor añade que su propio nacimiento se debía a las oraciones del anacoreta, ya que su madre no había tenido hijos en los

trece primeros años de matrimonio. El santo murió a los noventa años de edad. Los menologios griegos incluyen su nombre.

Prácticamente todos los datos que poseemos sobre San Macedonio provienen de la *Historia religiosa* de Teodoreto (Migne, PG., vol. LXXXII, 1399); pero el *Sinaxario de Constantinopla* consagra también un párrafo a nuestro santo el 11 de febrero (ed. Delehaye, pp. 457-458): Cf. DCB., vol. III, p. 778; y *Acta Sanctorum*, 24 de enero.

SAN SURANO, ABAD (Siglo VI.)

SEGÚN San Gregorio el Grande, un venerable abad llamado Surano vivía en tiempos de los lombardos, en Sura o Sora, pequeña ciudad del Lacio. Un día, este abad dio hospitalidad a unas pobres gentes expulsadas de su país, poniendo a su disposición todo lo que poseía en su monasterio: vestidos, provisiones, productos de la tierra. Aparecieron entonces los lombardos que se apoderaron de Surano y le exigieron la entrega de su dinero. El les declaró que no poseía absolutamente nada. Entonces lo llevaron a la cima de una montaña vecina, en medio de un bosque inmenso. Surano intentó escaparse, escondiéndose en el hueco de un árbol; pero un lombardo lo vio y le atravesó con su espada. Cuando el cuerpo cayó a tierra, una sacudida conmovió toda la montaña.

Esta narración deja entender que Surano fue mártir, cualidad que le da Ferrario en su catálogo de los santos de Italia. Sin embargo, el Martirologio Romano se abstiene de presentarlo como tal.

San Gregorio el Grande *Diálogos*, l. IV., c. XXII, en la P.L. vol. LXXVII, col. 255.

BEATO MARCOLINO DE FORLI (1397 P.C.)

EL NOMBRE de familia de Marcolino era Amanni. Se cuenta que el beato entró en la orden de Santo Domingo, a los diez años de edad. Sus cualidades más notables eran la exacta observancia de las reglas, el amor a la pobreza y a la obediencia, pero sobre todo, el espíritu de humildad, que le impulsaba a evitar todas las ocasiones de hacerse notar, encontrando su mayor gozo en el ejercicio de los oficios más bajos y humildes. Se nos dice también que practicaba rigurosas penitencias corporales, que amaba mucho a los pobres y a los niños, y que el cielo le favorecía con frecuentes éxtasis. Tan prolongadas y constantes eran las oraciones de Marcolino que, a su muerte, se descubrió que sus rodillas eran dos enormes callos. El beato Raimundo de Capua, superior general de la orden de Santo Domingo, tenía en alta estima al P. Marcolino, aunque la timidez de éste le había impedido colaborar activamente en la reforma de la Orden de Predicadores, a raíz de la peste negra y de las dificultades producidas por el Gran Cisma. El P. Marcolino, que había predicho su muerte, según se cuenta, falleció en Forli, el 2 de enero de 1397, a los ochenta años de edad. Para sorpresa de sus hermanos, a cuyos ojos había pasado inadvertida la santidad del religioso, una gran multitud asistió a sus funerales, congregada, según dice la leyenda, por un ángel disfrazado de niño que había anunciado la noticia por los alrededores. El culto al beato fue confirmado en 1750.

Las noticias que tenemos sobre el beato provienen principalmente de una serie de cartas del Beato Juan Dominici. Ver Mortimer, *Histoire des Maîtres Généraux O.P.*, vol. III, pp. 564-568; y Procter, *Short Lives*, pp. 13-15.

25: LA CONVERSION DE SAN PABLO (34 P.C.)

EL APOSTOL de los gentiles era un judío de la tribu de Benjamín. Circuncidado al octavo día de su nacimiento, según la ley, recibió el nombre de Saulo; pero como había nacido en Tarso de Cilicia, gozaba de los privilegios de ciudadano romano. Sus padres le enviaron muy joven a Jerusalén, donde Gemaliel, un noble fariseo, le instruyó en la Ley de Moisés. Saulo se convirtió pronto en un observante de la ley tan celoso, que podía apelar aun al testimonio de sus enemigos para probar hasta qué punto su vida se había conformado a las prescripciones legales. El joven discípulo de Gemaliel ingresó también a la secta de los fariseos, que era la más severa. Algunos de sus miembros habían caído en el orgullo, opuesto a la humildad evangélica. Es probable que Saulo haya aprendido desde su juventud el oficio de fabricante de tiendas, que iba a practicar durante su apostolado. Más tarde, sobrepasando a sus compañeros en celo por la ley y las tradiciones judías, que él identificaba entonces con la causa de Dios, Saulo se convirtió en perseguidor y enemigo de Cristo. Fue uno de los que tomaron parte en la lapidación de San Esteban, y San Agustín comenta que al guardar las ropas de quienes apedreaban al mártir, Saulo le había apedreado por manos de todos los demás. Podemos atribuir la conversión de Saulo a las oraciones del mártir por sus enemigos: "Si Esteban no hubiera orado —dice San Agustín—, la Iglesia no habría tenido a San Pablo".

Como los jefes de los judíos habían visto siempre en Jesucristo a un enemigo de la ley, no tiene nada de extraño que el fariseo Saulo estuviese convencido de que "debía hacer la guerra al nombre de Jesús de Nazaret" y que se hubiese convertido en el terror de los cristianos, ya que se entregó en cuerpo y alma a exterminarles. Lo apasionado de su persecución lo llevó a ofrecerse al sumo sacerdote para ir a Damasco, para arrestar a todos los judíos que confesaran a Jesucristo y traerles encadenados a Jerusalén. Pero Dios había decidido mostrar su paciencia y misericordia con Saulo. Se hallaba ya éste cerca de Damasco, cuando una gran luz del cielo brilló sobre él y sus acompañantes. Todos cayeron aturdidos por el suelo,* y Saulo oyó una voz que le decía clara y distintamente: "Saulo, Sualo, ¿por qué me persigues?" Y él respondió: "¿Quién eres, Señor?" Cristo le dijo: "Jesús de Nazaret, a quien tú persigues. Es difícil dar coces contra el aguijón". (Esto último equivalía a decirle: Persiguiendo a mi Iglesia no consigues más que hacerte daño a ti mismo). Temblando de asombro, Saulo preguntó: "Señor, ¿qué quieres que haga?" Cristo le ordenó que prosiguiera su camino hacia Damasco, donde le mostraría su voluntad.

Al levantarse, Saulo cayó en la cuenta de que si bien tenía los ojos abiertos, no podía ver. Entró a Damasco llevado por la mano de un niño, y se alojó en la casa de un judío llamado Judas, donde permaneció tres días, ciego y sin comer ni beber.

Había en Damasco un cristiano muy respetado por su vida y virtudes, llamado Ananías. Cristo se le apareció y le mandó ir al encuentro de Saulo, quien estaba en oración en casa de Judas. Al oír el nombre de Saulo, Ananías se echó a temblar, pues no desconocía los estragos que había causado en Jerusalén, ni el motivo que le había llevado a Damasco. Pero el Salvador le tranquilizó y le repitió la orden de ir al encuentro de Saulo, diciéndole: "Ve a

* El relámpago no derribó, sino a Saulo. N. del E.

buscarle, porque es un vaso de elección llamado a predicar mi nombre entre los gentiles, y los reyes, y los hijos de Israel, y yo voy a mostrarle cuánto tiene que sufrir por mi nombre".

Entre tanto, Saulo había tenido la visión de un hombre que le imponía las manos y le devolvía la vista.

Ananías obedeció y fue en busca de Saulo. Poniendo las manos sobre él, le dijo: "Saulo, hermano; el Señor Jesús, que se te apareció en tu viaje, me ha enviado a ti para curarte y para que seas lleno del Espíritu Santo". Al punto cayeron de sus ojos una especie de escamas y recobró la vista. Ananías prosiguió: "El Dios de nuestros padres te ha escogido para que conozcas su voluntad y veas al Justo y oigas su palabra, y para que des testimonio ante todos los hombres de cuanto has visto y oído. ¿Qué esperas? Levántate, recibe el bautismo que te lavará de tus pecados e invoca el nombre del Señor". Saulo se levantó, recibió el bautismo y comió. Permaneció algunos días con los cristianos de Damasco, e inmediatamente después, empezó a predicar en las sinagogas al Hijo de Dios, con gran asombro de sus oyentes, que decían: "¿No es éste el que perseguía en Jerusalén a todos los que invocan el nombre de Jesús, y el que vino a Damasco para hacerles prisioneros?" Así, el antiguo perseguidor blasfemo se convirtió en apóstol y fue elegido por Dios, como uno de sus principales instrumentos para la conversión del mundo.

San Pablo no podía recordar su conversión, sin sentirse lleno de agradecimiento y sin alabar la misericordia divina. Al agradecer a Dios este milagro de su gracia y al proponer a los arrepentidos este modelo de perfecta conversión, la Iglesia celebra una fiesta que durante algún tiempo fue de obligación en casi todo el occidente.

Es difícil determinar por qué la conversión de San Pablo se celebra en este día. El texto primitivo del *Hieronymianum* menciona el 25 de febrero como el día, no de la conversión, sino de la translación de San Pablo. Difícilmente podría tratarse de otra translación que la de sus reliquias a su basílica, después de casi un siglo de haber estado en el sepulcro "ad Catacumbas". Pero esta conmemoración de San Pablo, el 25 de enero no parece haber sido una fiesta en Roma. Los sacramentarios gelasiano y gregoriano no la mencionan en lo absoluto. En cambio, existe una misa propia en el *Missale Gothicum*, y los martirologios de Gellone y Rheinau hacen referencia a esta festividad. Algunos textos, como el *Hieronymianum* de Berna, conservan huellas del cambio de "translación" por "conversión". El calendario inglés de San Wilibrordo, anterior al año 717, dice textualmente: "Conversio Pauli in Damasco"; y los martirologios de Oengus y Tallaght (ambos de principios del siglo IX) hablan de su bautismo y conversión.

Ver *Hechos de los Apóstoles*, cc. IX, XXII, y XXVI. Sobre la traslación de los restos de San Pablo, ver De Waal, en *Römische Quartalschrift*, (1901), pp. 224 ss., y Styger, *Il monumento apostolico della Via Appia* (1917). Por lo que toca a la fiesta, ver *Christian Worship* (1919), p. 281, donde Mons. Duchesne hace notar que la misa del domingo de sexagésima es en honor de San Pablo. Cf CMH., pp. 61-62, y *Analecta Bollandiana*, vol. XLV (1927), pp. 306-307.

SAN ANANIAS. (70 P.C.)

DE ACUERDO con algunos detalles de la Sagrada Escritura, Ananías fue un

fiel observador de la ley. Gozó de buena reputación entre los habitantes de Damasco (Hechos XXII, 12). San Pablo, en la narración de su propia conversión nos lo presenta bajo este aspecto favorable. Sabemos que Ananías, en el milagro de esta conversión, recibió del Señor mismo la orden de cumplir una misión y que obedeció fielmente.

Una tradición que no es de primera mano, hace de Ananías uno de los setenta y dos discípulos. Puede ser que se hubiera contado entre los oyentes de Jesús. San Agustín (Quaest., vol. II, c. X, I) asegura que era sacerdote y que San Pablo le fue enviado para que recibiera de su mano el sacramento cuya dispensación el Hijo de Dios ha dejado al sacerdocio de su Iglesia. En seguida, se representa a Ananías como obispo de Damasco. Según datos griegos, Ananías evangelizó la ciudad de Damasco y la Eleuterópolis. El juez Licinio (o Luciano) lo hizo azotar. En fin, Ananías fue lapidado a la salida de la ciudad. Todos estos detalles se reproducen en el Martirologio Romano.

Los griegos honran a Ananías, el día 1 de octubre. Los latinos desde Usuardo, han unido su fiesta a la conmemoración ed la conversión de San Pablo, el 25 de enero. Todo lo que se cuenta de su martirio es incierto, lo mismo que la afirmación de los bolandistas a propósito de la traslación de la cabeza de Ananías, de Roma a Praga.

En *Acta Sanctorum*, 25 de enero se encuentra la traducción latina de las actas griegas, Tillemont, *Mèmoires pour servir...* vol. I, p. 199 y 545. Quentin *Les martirologes hist. du Moyen Age*, p. 416 y 589.

SAN ARTEMIO, MÁRTIR (Fecha desconocida).

TENEMOS que contentarnos con saber que San Artemio merece realmente ser contado entre los santos. Su imagen y su nombre se hallaban en los mosaicos de la cúpula en la antigua basílica de San Prisco cerca de Capua. Dichos mosaicos, que desgraciadamente ya no existen, databan aproximadamente del año 500. El *Hieronymianum* nos dice que San Artemio era venerado en Pozzuoli, no lejos de Capua, donde probablemente sufrió el martirio. Y esto es todo lo que sabemos con certeza sobre él. Una leyenda posterior, que probablemente se refiere a nuestro mártir, afirma que Artemio, de niño, enseñaba el catecismo a sus compañeros; que había sido denunciado como cristiano, y que sus propios discípulos le habían apuñalado con los punzones que usaban para escribir sobre las tablas de cera. Pero la misma historia se cuenta de San Casiano de Imola, y, anteriormente, de San Marcos de Aretusa. Apenas hay duda de que la leyenda se tomó de dichas fuentes y se aplicó a San Artemio, a falta de detalles auténticos sobre él.

Ver *Acta Sanctorum*, 25 de enero; y Pio Franchi de Cavalieri, en *Studi e Testi*, vol. IX, p. 68.

SANTOS JUVENTINO y MAXIMINO, MÁRTIRES (363 P.C.)

ESTOS MÁRTIRES eran dos distinguidos oficiales de la guardia de infantería de Juliano el Apóstata. Durante la campaña de aquel emperador contra los persas, ambos oficiales hicieron algunas reflexiones desagradables acerca de las leyes impías dictadas contra los cristianos y manifestaron que estaban prontos

a morir, antes que profanar las cosas sagradas. Informado de ello, el emperador les mandó llamar. Como no consiguió que se retractasen de sus palabras, ni que adorasen a los ídolos, confiscó sus bienes y les mandó azotar. Pocos días después, les hizo decapitar en la prisión de Antioquía, el 25 de enero de 263. Los cristianos, arriesgando su vida, robaron los cuerpos de los mártires y, después de la muerte del emperador, ocurrida en Persia el 26 de junio del mismo año, erigieron una magnífica tumba en honor de los dos oficiales. En un panegírico que San Juan Crisóstomo predicó en su fiesta, dice: "Estos mártires sostienen como fuertes pilares a la Iglesia, la defienden como torres y la protegen como rocas inamovibles. Visitemos sus tumbas con frecuencia, toquemos y abracemos sus reliquias, seguros de que nos alcanzarán bendiciones del cielo. Porque, así como los soldados se presentan a su rey con confianza, cuando pueden mostrarle las heridas sufridas por su causa, sobre los campos de batalla; así estos mártires obtienen del Rey de los cielos cuanto se les pide, recordándole lo que por El sufrieron en la tierra".

Los escasos detalles que poseemos sobre estos dos mártires, provienen en gran parte del panegírico de San Juan Crisóstomo. En el pasaje citado en el artículo, traducido bastante libremente por Butler, el orador describe extravagantemente a los mártires presentando a Cristo sus propias cabezas cortadas. Severo de Antioquía, en un himno que compuso en honor de estos mártires, menciona a un tercero, llamado Longino, que murió con ellos (*Patrologia Orientalis*, vol. VII, p. 611). Ver también *Acta Sanctorum*, 25 de enero; y cf. Delehaye, *Les origines du culte*... (1933), p. 196, y *Les passions des martyrs*..., pp. 228 y 230.

SAN PUBLIO, ABAD (*c.* 380 P.C.)

SAN PUBLIO es principalmente venerado por los griegos. Era hijo de un senador de Zeugma, en el Eufrates, que vendió todos sus bienes y posesiones para repartir el producto entre los pobres. Primero llevó vida de ermitaño, y más tarde fue superior de una numerosa comunidad. San Publio sólo permitía que sus monjes comiesen verduras y pan grueso y que bebiesen agua. El queso, las uvas, el vinagre y aun el aceite estaban prohibidos, excepto en el período comprendido de Pascua a Pentecostés. Para tener siempre presente que debía progresar en el fervor, San Publio añadía cotidianamente un pequeño detalle a sus prácticas de penitencia y devoción. Consciente del inestimable valor del tiempo, el santo detestaba la ociosidad. Teodoreto nos dice que este santo abad fundó dos congregaciones, una de griegos y otra de sirios, y que cada una celebraba los divinos misterios y cantaba el oficio en su propia lengua. La muerte de San Publio parece haber acaecido hacia el año 380.

Poco sabemos sobre San Publio, fuera de lo que nos cuenta Teodoreto en *Philoteus*. Ver *Acta Sanctorum*, 25 de enero; y Delehaye, *Synaxarium Ecclesiae Constantinopolitanae*, pp. 423-424.

SAN APOLO, ABAD (*c.* 395, P.C.)

DESPUÉS de haber pasado muchos años en una ermita, Apolo, que tenía entonces cerca de ochenta años, fundó y gobernó una comunidad de monjes en las cercanías de Hermópolis. Su hábito era blanco, de tela áspera; comulgaban diariamente, y el venerable abad les hacía también a diario una exhortación

para su provecho espiritual. En tales exhortaciones, insistía frecuentemente en los males de la tristeza y la melancolía, diciendo que la alegría del corazón debía mezclarse a las lágrimas de penitencia, por ser un fruto de la caridad y un requisito necesario para mantener el espíritu de fervor. Los extraños reconocían al abad, por la alegría que se reflejaba en su rostro. San Apolo rogaba instantemente a Dios para que no permitiese que fuera presa de los sutiles engaños del orgullo. Se cuenta que en una ocasión en que había liberado a un poseso, el demonio gritó que no podía resistir a la humildad del santo. Se cuentan muchos milagros de San Apolo. Tal vez el más notable fue una multiplicación continua de panes, con los que alimentó, durante cuatro meses de carestía, no sólo a sus propios monjes, sino a toda la población. En sus últimos días, cuando tenía ya más de noventa años, San Apolo recibió la visita de San Petronio, quien fue nombrado posteriormente, en 393, obispo de Bolonia.

La principal fuente de datos sobre San Apolo es una larga sección de la *Historia monachorum*, que antiguamente se consideraba como parte de la *Historia Lausiaca* de Paladio; actualmente los críticos reconocen que se trata de una obra independiente, escrita probablemente en griego por el archidiácono Timoteo de Alejandría. Sir. E. A. Wallis Budge, en su obra titulada *The Book of Paradise of Palladius* (1897), tradujo al inglés una antigua versión siria (pp. 520-538). El texto griego se halla en Preuschen, *Palladius und Rufinus* (1897). Ver también *Acta Sanctorum*, 25 de enero; y P. Cheneau, *Les Saints d'Egypte* (1923), vol. I, pp. 218-225.

SAN POPPON, ABAD (1048 P.C.)

SAN POPPÓN nació en Flandes, el año 978. Fue educado por su virtuosa madre, quien murió siendo religiosa en Verdún. Poppón sirvió durante algunos años, en el ejército; pero, comprendiendo que la meditación y la oración le proporcionaban mayores deleites que todos los placeres de los sentidos, renunció a la carrera de las armas y al matrimonio que su madre había arreglado. Antes de entrar en religión, había visitado los Santos Lugares de Jerusalén, de donde trajo numerosas reliquias que regaló a la iglesia de Nuestra Señora de Deynze. Al regresar de una peregrinación a Roma, tomó el hábito en el monasterio de St. Thierry, cerca de Reims.

Hacia el año 1008, Ricardo, abad de Saint-Vanne, tuvo ocasión de conocer a San Poppón y vio en él a un hombre singularmente dotado para ayudarle en su trabajo. No sin muchas dificultades, consiguió que el santo fuese transferido a su monasterio para encargarle la restauración de la observancia en las abadías de Saint-Vaast, en Arrás, en Beaulieu, y algunas más. Poco a poco, San Poppón se fue independizando de Ricardo, el abad de Saint-Vanne, y llegó a ser elegido abad de Stavelot. Desde entonces, parece haber actuado como una especie de abad general de todos los monasterios de Lotaringia, donde fue muy venerado y preservó admirablemente la disciplina. El emperador San Enrique II le estimaba mucho. Se dice que solicitó su prudente consejo en muchos asuntos de política. San Poppón murió en Marchiennes, el 25 de enero de 1048, a los setenta años de edad. Recibió la extremaunción de manos de Everelmo, abad de Hautmont, quien escribió después su vida, o, más exactamente, revisó la larga biografía escrita por el monje Onulfo.

Se encontrará una edición crítica de dicha biografía en MGH., *Scriptores*, vol. XI, pp. 291-316. Ver también *Acta Sanctorum*, 25 de enero; Cauchie, en *Biographie Nationale*, vol. XVIII, pp. 43 ss; y M. Souplet, *St Poppon de Deynse* (1948).

26: SAN POLICARPO, Obispo de Esmirna, Mártir (¿155? p.c.)

SAN POLICARPO fue uno de los más famosos entre aquellos obispos de la Iglesia primitiva, a quienes se les da el nombre de "Padres Apostólicos", por haber sido discípulos de los Apóstoles y directamente instruidos por ellos. Policarpo fue discípulo de San Juan Evangelista, y los fieles le profesaban una gran veneración. Entre sus muchos adictos, discípulos y seguidores se encontraban San Ireneo y Papías. Cuando Florino, que había visitado con frecuencia a San Policarpo, empezó a profesar ciertas herejías, San Ireneo le escribió: "Esto no era lo que enseñaban los obispos, nuestros predecesores. Yo te puedo mostrar el sitio en el que el bienaventurado Policarpo acostumbraba sentarse a predicar. Todavía recuerdo la gravedad de su porte, la santidad de su persona, la majestad de su rostro y de sus movimientos, así como sus santas exhortaciones al pueblo. Todavía me parece oírle contar cómo había conversado con Juan y con muchos otros que vieron a Jesucristo, y repetir las palabras que había oído de ellos. Pues bien, puedo jurar ante Dios que si el santo obispo hubiese oído tus errores, se habría tapado las orejas y habría exclamado, según su costumbre: ¡Dios mío!, ¿por qué me has hecho vivir hasta hoy para oír semejantes cosas? Y al punto habría huído del sitio en que se predicaba tal doctrina". La tradición cuenta que, habiéndose encontrado San Policarpo con Marción en las calles de Roma, el hereje le increpó, al ver que no parecía advertirle: '¿Qué, no me conoces?" "Sí, —le respondió Policarpo—, sé que eres el primogénito de Satanás". El santo obispo había heredado este aborrecimiento hacia los herejes, de su maestro San Juan, quien salió huyendo de los baños, al ver a Cerinto.

San Policarpo besó las cadenas de San Ignacio, cuando éste pasó por Esmirna, camino del martirio, e Ignacio a su vez, le recomendó que velara por su lejana Iglesia de Antioquía y le pidió que escribiera en su nombre a las Iglesias de Asia, a las que él no había podido escribir. San Policarpo escribió poco después a los Filipenses una carta que se conserva todavía y que alaban mucho San Ireneo, San Jerónimo, Eusebio y otros. Dicha carta, que en tiempos de San Jerónimo se leía públicamente en las iglesias, merece toda admiración por la excelencia de sus consejos y la claridad de su estilo. Policarpo emprendió un viaje a Roma para aclarar ciertos puntos con el Papa San Aniceto, especialmente la cuestión de la fecha de la Pascua, porque las Iglesias de Asia diferían de las otras en este particular. Como Aniceto no pudiese convencer a Policarpo ni éste a aquél, convinieron en que ambos conservarían sus propias costumbres y permanecerían unidos por la caridad. Para mostrar su respeto por San Policarpo, Aniceto le pidió que celebrara la Eucaristía en su Iglesia. A esto se reduce todo lo que sabemos sobre San Policarpo, antes de su martirio.

El año sexto de Marco Aurelio, según la narración de Eusebio, estalló una grave persecución en Asia, en la que los cristianos dieron pruebas de un valor heroico. Germánico, quien había sido llevado a Esmirna con otros once o doce cristianos se señaló entre todos, y animó a los pusilánimes a soportar el martirio. En el anfiteatro, el procónsul le exhortó compasivamente a no entregarse a la muerte en plena juventud, cuando la vida tenía tantas cosas que ofrecerle, pero Germánico provocó a las fieras para que le arrebataran cuanto antes la

vida perecedera. Pero también hubo cobardes: un frigio, llamado Quinto, consintió en hacer sacrificios a los dioses antes que morir. Los autores de la carta de la que tomamos estos datos, condenan justamente la presunción de los que se ofrecían espontáneamente al martirio, como lo había hecho Germánico y explican que el martirio de San Policarpo fue realmente evangélico, porque el santo no se entregó, sino que esperó a que le arrestaran los perseguidores, siguiendo el ejemplo de Cristo. El extraordinario valor de Germánico y sus compañeros no hizo más que aumentar la sed de sangre de los espectadores. La multitud empezó a gritar: "¡Mueran los enemigos de los Dioses! ¡Muera Policarpo!" Los amigos del santo le habían persuadido que se escondiera, durante la persecución, en un pueblo vecino. Tres días antes de su martirio tuvo una visión en la que aparecía su almohada envuelta en llamas; esto fue para él una señal de que moriría quemado vivo como lo predijo a sus compañeros. Cuando los perseguidores fueron a buscarle, cambió de refugio, pero un esclavo, a quien habían amenazado con el potro si no le delataba, acabó por entregarle.

Herodes, el jefe de la policía, mandó por la noche a un piquete de caballería a que rodeara la casa en que estaba escondido Policarpo; éste se hallaba en la cama, y rehusó escapar, diciendo: "Hágase la voluntad de Dios". Descendió, pues, hasta la puerta, ofreció de cenar a los soldados y les pidió únicamente que le dejasen orar unos momentos. Habiéndosele concedido esta gracia, Policarpo oró de pie durante dos horas, por sus propios cristianos y por toda la Iglesia. Hizo esto con tal devoción, que algunos de los que habían venido a aprehenderle se arrepintieron de haberlo hecho. Montado en un asno fue conducido a la ciudad. En el camino se cruzó con Herodes y el padre de éste, Nicetas, quienes le hicieron venir a su carruaje y trataron de persuadirle de que no exagerase su cristianismo: "¿Qué mal hay —le decían— en decir Señor al César, o en ofrecer un poco de incienso para escapar a la muerte?" Hay que notar que la palabra "Señor" implicaba en aquellas circunstancias el reconocimiento de la divinidad del César. El obispo permaneció callado al principio; pero, como sus interlocutores le instaran a hablar, respondió firmemente: "Estoy decidido a no hacer lo que me aconsejáis". Al oír esto, Herodes y Nicetas le arrojaron del carruaje con tal violencia, que se fracturó una pierna.

El santo se arrastró calladamente hasta el sitio en que se hallaba reunido el pueblo. A la llegada de Policarpo, muchos oyeron una voz que decía: "Sé fuerte, Policarpo, y muestra que eres hombre". El procónsul le exhortó a tener compasión de su avanzada edad, a jurar por el César y a gritar: "¡Mueran los enemigos de los dioses!" El santo, volviéndose hacia la multitud de paganos reunida en el estadio, gritó: "¡Mueran los enemigos de Dios!" El procónsul repitió: "Jura por el César y te dejaré libre; reniega de Cristo". "Durante ochenta y seis años he servido a Cristo, y nunca me ha hecho ningún mal. ¿Cómo quieres que reniegue de mi Dios y Salvador? Si lo que deseas es que jure por el César, he aquí mi respuesta: Soy cristiano. Y si quieres saber lo que significa ser cristiano, dame tiempo y escúchame". El procónsul dijo: "Convence al pueblo". El mártir replicó: "Me estoy dirigiendo a ti, porque mi religión me enseña a respetar a las autoridades si ese respeto no quebranta la ley de Dios. Pero esta muchedumbre no es capaz de oír mi defensa". En efecto, la rabia que consumía a la multitud le impedía prestar oídos al santo.

El procónsul le amenazó: "Tengo fieras salvajes". "Hazlas venir —respondió Policarpo—, porque estoy absolutamente resuelto a no convertirme del bien al

mal, pues sólo es justo convertirse del mal al bien". El precónsul replicó: "Puesto que desprecias a las fieras te mandaré quemar vivo". Policarpo le dijo: "Me amenazas con fuego que dura un momento y después se extingue; eso demuestra que ignoras el juicio que nos espera y qué clase de fuego inextinguible aguarda a los malvados. ¿Qué esperas? Dicta la sentencia que quieras".

Durante estos discursos, el rostro del santo reflejaba tal gozo y confianza y su actitud tenía tal gracia, que el mismo procónsul se sintió impresionado. Sin embargo, ordenó que un heraldo gritara tres veces desde el centro del estadio: "Policarpo se ha confesado cristiano". Al oír esto, la multitud exclamó: "¡Este es el maestro de Asia, el padre de los cristianos, el enemigo de nuestros dioses que enseña al pueblo a no sacrificarles ni adorarles!" Como la multitud pidiera al procónsul que condenara a Policarpo a los leones, aquél respondió que no podía hacerlo, porque los juegos habían sido ya clausurados. Entonces gentiles y judíos pidieron que Policarpo fuera quemado vivo.

En cuanto el procónsul accedió a su petición, todos se precipitaron a traer leña de los hornos, de los baños y de los talleres. Al ver la hoguera preparada, Policarpo se quitó los vestidos y las sandalias, cosa que no había hecho antes porque los fieles se disputaban el privilegio de tocarle. Los verdugos querían atarle, pero él les dijo: "Permitidme morir así. Aquél que me da su gracia para soportar el fuego me la dará también para soportarlo inmóvil". Los verdugos se contentaron pues, con atarle las manos a la espalda. Levantando los ojos al cielo, Policarpo hizo la siguiente oración: "¡Señor Dios todopoderoso, Padre de tu amado y bienaventurado Hijo, Jesucristo, por quien hemos venido en conocimiento de Ti, Dios de los ángeles, de todas las fuerzas de la creación y de toda la familia de los justos que viven en tu presencia! ¡Yo te bendigo porque te has complacido en hacerme vivir estos momentos en que voy a ocupar un sitio entre tus mártires y a participar del cáliz de tu Cristo, antes de resucitar en alma y cuerpo para siempre en la inmortalidad del Espíritu Santo! ¡Concédeme que sea yo recibido hoy entre tus mártires, y que el sacrificio que me has preparado Tú, Dios fiel y verdadero, te sea agradable! ¡Yo te alabo y te bendigo y te glorifico por todo ello, por medio del Sacerdote Eterno, Jesucristo, tu amado Hijo, con quien a Ti y al Espíritu Santo sea dada toda gloria ahora y siempre! ¡Amén!"

No bien había acabado de decir la última palabra, cuando la hoguera fue encendida. "Pero he aquí que entonces aconteció un milagro ante nosotros, que fuimos preservados para dar testimonio de ello —escriben los autores de esta carta—: las llamas, encorvándose como las velas de un navío empujadas por el viento, rodearon suavemente el cuerpo del mártir, que entre ellas parecía no tanto un cuerpo devorado por el fuego, cuanto un pan o un metal precioso en el horno; y un olor como de incienso perfumó el ambiente". Los verdugos recibieron la orden de atravesar a Policarpo con una lanza; al hacerlo, brotó de su cuerpo una paloma y tal cantidad de sangre, que la hoguera se apagó.

Nicetas aconsejó al procónsul que no entregara el cuerpo a los cristianos, no fuera que estos, abandonando al Crucificado, adorasen a Policarpo. Los judíos habían sugerido esto a Nicetas, "sin saber —dicen los autores de la carta— que nosotros no podemos abandonar a Jesucristo ni adorar a nadie más. Porque a El le adoramos como Hijo de Dios, y a los mártires les amamos simplemente como discípulos e imitadores suyos, por el amor que muestran a su Rey y Maestro". Viendo la discusión provocada por los judíos, el centurión

redujo a cenizas el cuerpo del mártir. "Más tarde —explican los autores de la carta— recogimos nosotros los huesos, más preciosos que las más ricas joyas de oro, y los depositamos en un sitio dónde Dios nos concedió reunirnos, gozosamente, para celebrar el nacimiento de este mártir". Esto escribieron los discípulos y testigos. Policarpo recibió el premio de sus trabajos, a las dos de la tarde del 23 de febrero de 155, o 166, u otro año.

Existe una muy vasta literatura, que no podemos citar aquí por entero, sobre San Policarpo y todo lo relacionado con él. Los principales puntos de discusión que pueden interesarnos son los siguientes: 1) la autenticidad de la carta que describe su martirio, escrita en nombre de la Iglesia de Esmirna: 2) la autenticidad de la carta de San Ignacio de Antioquía a San Policarpo; 3) la autenticidad de la carta de San Policarpo a los filipenses; 4) el valor de las informaciones que San Ireneo y otros autores primitivos nos dan sobre las relaciones de San Policarpo con el apóstol San Juan; 5) la fecha del martirio; 6) el valor de la *Vida de Policarpo* atribuida a Pionio. Por lo que toca a los cuatro primeros puntos, se puede decir que los especialistas sobre la Iglesia primitiva, se declaran casi unánimemente en favor de la tradición ortodoxa. Las conclusiones a las que llegaron tan laboriosamente, Lightfoot y Funk han sido finalmente aceptadas casi por unanimidad. Por consiguiente, dichos documentos pueden considerarse entre los más preciosos recuerdos que han llegado hasta nosotros sobre los primeros pasos en la vida de la Iglesia. Esos documentos que se encuentran reunidos en la obra inapreciable de Lightfoot, *The Apostolic Fathers, Ignatius and Polycarp*, 3 vols., y en la edición abreviada en un solo volumen de J. R. Harmer. *The Apostolic Fathers* (1891). En cuanto a la fecha del martirio, los escritores primitivos, basándose en la *Crónica* de Eusebio, aceptaban sin discusión que San Policarpo había muerto el año 166; pero los críticos actuales sitúan el martirio en los años 155 o 156. Ver, sin embargo, J. Chapman, quien en la *Revue Bénédictine*, vol. XIX, pp. 145 ss., expone los motivos por los que prefiere el año 166; H. Grégoire, en *Analecta Bollandiana*, vol. LXIX (1951), pp. 1-38, arguye largamente en favor del año 177. Por lo que se refiere al sexto punto, es decir la biografía de Pionio, según la cual Policarpo había sido un esclavo rescatado por una piadosa dama, los críticos están actualmente de acuerdo en afirmar que se trata de una obra de imaginación, escrita tal vez en el último decenio del siglo IV. P. Corssen y E. Schwartz han intentado demostrar que la *Vida de Policarpo* es una obra auténtica del mártir San Pionio, quien murió en los años 180 o 250; pero Delehaye refutó ampliamente esta teoría en *Les passions des martyrs et les genres littéraires* (1921), pp. 11-59. Hay un excelente artículo sobre San Policarpo, escrito por H. T. Andrews, en la *Encyclopaedia Britannica*, undécima edición. Kirsopp Lake, en Loeb Classical Library, *The Apostolic Fathers*, vol. II, presenta el texto y la traducción del martirio; en la serie *Ancient Christian Writers* se encuentra sólo la traducción (vol. VI). Sobre la fecha del martirio, ver H. I. Marrou, en *Analecta Bollandiana*, vol. LXXI (1953), pp. 5-20.

SANTOS TEOGENES Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (c. 257 P.C.)

DE ORDINARIO se ha visto en este Teógenes al obispo de Hipona que asistió al Concilio de Cartago, en 256.

En este concilio, presidido por San Cipriano, se debía tratar la cuestión del bautismo de los herejes.

Durante la persecución de Valeriano, que causó muchas víctimas sobre todo en Africa, Teógenes sufrió muchos padecimientos, y por fin, treinta y seis cristianos de su iglesia fueron inmolados con él.

Desde el tiempo de San Agustín, en la ciudad de Hipona se honraba a Teógenes como mártir. San Agustín hace alusión a ello, cuando habla del santo sacrificio ofrecido en las basílicas: "Los santos mártires, dice, tienen un rango de honor; sin embargo, no se les adora en lugar de Jesucristo. Cuando oigáis decir, a mí o a otro de mis hermanos, en la memoria de San Teógenes: Te

ofrezco a ti Teógenes, etc., no es Teógenes, etc., a quien yo adoro, sino al Dios que Teógenes adora".

San Agustín, *Serm.*, CCLXXIII, en P. L., vol. XXXVIII, col. 1251.—P. Monceaux, *Histoire littéraire de l'Afrique chret.*, vol. I, p. 147. Delehaye, *Les origines du culte des martyrs*, p. 434.

SANTA PAULA, Viuda (404 p.c.)

La principal de las santas viudas, Paula, sobrepasaba a todas las matronas romanas en riquezas, nacimiento e inteligencia. Había nacido el 5 de mayo de 347. Por las venas de su madre, Blesila, corría la sangre de los Escipiones, de los Gracos y de Paulo Emilio. Su padre pretendía ser descendiente de Agamenón, y su marido de Eneas. Paula tuvo un hijo, llamado Toxocio como su marido, y cuatro hijas: Blesila, Paulina, Eustoquio y Rufina. Paula poseía en alto grado todas las virtudes de una mujer casada, y ella y su marido edificaron a Roma con su ejemplo. Sin embargo, la virtud de Paula no carecía de defectos, particularmente el de cierto amor a la vida mundana, casi inevitable en una mujer de tan alta posición. Al principio, Paula no se daba cuenta de esa secreta tendencia de su corazón; pero la muerte de su esposo, ocurrida cuando ella tenía treinta y tres años, le abrió los ojos. Su pena fue inmoderada, hasta el momento en que su amiga Santa Marcela, una viuda romana que asombraba con sus penitencias la persuadió de que se entregara totalmente a Dios. A partir de entonces, Paula vivió en la mayor austeridad. Su comida era muy sencilla, y no bebía vino; dormía en el suelo, sobre un saco; renunció por completo a las diversiones y a la vida social; y repartió entre los pobres todo aquello que le pertenecía y evitó lo que pudiera distraerla de sus buenas obras.

En una ocasión ofreció hospitalidad a San Epifanio de Salamis y a San Paulino de Antioquía, cuando fueron a Roma. Ellos la presentaron a San Jerónimo, con quien la santa estuvo estrechamente asociada en el servicio de Dios mientras vivió en Roma, bajo el Papa San Dámaso.

Santa Blesila, la hija mayor de Santa Paula, murió súbitamente, cosa que hizo sufrir mucho a la piadosa viuda. San Jerónimo, que acababa de volver a Belén, le escribió una carta de consuelo, en la que no dejaba de reprenderla por la pena excesiva que manifestaba sin pensar que su hija había ido a recibir el premio celestial. Paulina, su segunda hija, estaba casada con San Pamaquio, y murió siete años antes que su madre. Santa Eustoquio, su tercera hija, fue su inseparable compañera. Rufina murió siendo todavía joven. Cuanto más progresaba Santa Paula en el gusto de las cosas divinas, más insoportable se le hacía la tumultuosa vida de la ciudad. La santa suspiraba por el desierto, y deseaba vivir en una ermita, sin tener otra cosa en que ocuparse más que en pensar en Dios. Determinó, pues, dejar su casa, su familia y sus amigos y partir de Roma. Aunque era la más amante de las madres, las lágrimas de Toxocio y Rufina no lograron desviarla de su propósito. Santa Paula se embarcó con su hija Eustoquio, el año 385; visitó a San Epifanio en Chipre, y se reunió con San Jerónimo y otros peregrinos en Antioquía. Los peregrinos visitaron los Santos Lugares de Palestina y fueron a Egipto a ver a los monjes y anacoretas del desierto. Un año más tarde llegaron a Belén, donde Santa Paula y Santa Eustoquio se quedaron bajo la dirección de San Jerónimo.

Las dos santas vivieron en una choza, hasta que se acabó de construir el mo-

nasterio para hombres y los tres monasterios para mujeres. Estos últimos constituían propiamente una sola casa, ya que las tres comunidades se reunían noche y día en la capilla para el oficio divino, y los domingos en la iglesia próxima. La alimentación era escasa y mala, los ayunos frecuentes y severos. Todas las religiosas ejercían algún oficio y tejían vestidos para sí y para los demás. Todas vestían un hábito idéntico. Ningún hombre podía entrar en el recinto de los monasterios. Paula gobernaba con gran caridad y discreción. Era la primera en cumplir las reglas, y participaba, como Eustoquio, en los trabajos de la casa. Si alguna religiosa se mostraba locuaz o airada, su penitencia consistía en aislarse de la comunidad, colocarse la última en las filas, orar fuera de las puertas y comer aparte, durante algún tiempo. Paula quería que el amor a la pobreza se manifestase también en los edificios e iglesias, que eran construcciones bajas y sin ningún adorno costoso. Según la santa, era preferible repartir el dinero entre los pobres, miembros vivos de Cristo.

Paladio afirma que Santa Paula se ocupaba de atender a San Jerónimo, y le fue a éste de gran utilidad en sus trabajos bíblicos, pues su padre le había enseñado el griego y en Palestina había aprendido suficiente hebreo para cantar los salmos en la lengua original. Además, San Jerónimo la había iniciado en las cuestiones exegéticas lo bastante para que Paula pudiese seguir con interés su desagradable discusión con el obispo Juan de Jerusalén sobre el origenismo. Los últimos años de la santa se vieron ensombrecidos por esta disputa y por las preocupaciones económicas que su generosidad había producido. Toxocio, el hijo de Santa Paula, se casó con Leta, la hija de un sacerdote pagano, que era cristiana. Ambos fueron fieles imitadores de la vida de su madre y enviaron a su hija Paula a educarse en Jerusalén al cuidado de su abuela. Paula, la joven, sucedió a Santa Paula en el gobierno de los monasterios. San Jerónimo envió a Leta algunos consejos para la educación de su hija, que todos los padres deberían leer. Dios llamó a sí a Santa Paula a los cincuenta y seis años de edad. Durante su última enfermedad, la santa repetía incansablemente los versos de los salmos que expresan el deseo del alma de ver la Jerusalén celestial y unirse con Dios. Cuando perdió el habla, Santa Paula hacía la señal de la cruz sobre sus labios. Murió en la paz del Señor, el 26 de enero del año 404.

Prácticamente todos los datos que poseemos sobre Santa Paula nos vienen de San Jerónimo, sobre todo de la carta 108, que es una especie de biografía; se encuentra en Migne, P.L., vol. XXII, cc. 878-906, y en *Acta Sanctorum*, 26 de enero. Ver también la encantadora monografía de F. Lagrange, *Histoire de Ste. Paule*, que ha sido reeditada muchas veces desde 1868; y R. Genier, *Ste. Paule* (1917).

SAN ALBERICO, ABAD DEL CISTER, COFUNDADOR DE LA ORDEN CISTERCIENSE (1109 P.C.)

LOS ESFUERZOS de San Alberico por encontrar un instituto religioso que correspondiese a sus aspiraciones de gran perfección arrojan una luz que nos hace temblar, sobre el temperamento de acero de los monjes del siglo XII. No sabemos nada de la niñez de Alberico. Cuando oímos hablar de él por primera vez, formaba parte de un grupo de siete ermitaños que vivían en el bosque de Collan, no lejos de Chatillon-sur-Seine. Ahí habitaba cierto abad Roberto, hombre de buena familia y muy reputado por su virtud. A pesar de que había fracasado

anteriormente en el gobierno de una comunidad de monjes revoltosos, los ermitaños lograron con cierta dificultad que Roberto aceptase ser su superior, y en 1075, emigraron a las cercanías de Molesmes, donde construyeron un monasterio. Roberto era el abad y Alberico el prior. Pronto empezaron a llover regalos al monasterio; la comunidad aumentó, pero el fervor decayó. Durante cierta época, un grupo de monjes se rebeló contra la disciplina religiosa. Roberto, desalentado, se retiró del monasterio. Alberico ocupó su lugar e intentó restablecer el orden; pero los monjes le golpearon y le encerraron finalmente. Alberico y un inglés llamado Esteban Harding, no pudiendo ya soportar tal estado de cosas, abandonaron también el monasterio. Probablemente cuando el pueblo se enteró de la rebelión, las limosnas empezaron a escasear y entonces los rebeldes prometieron enmienda. Roberto, Alberico y Esteban retornaron al monasterio. Pero pronto reaparecieron los síntomas de la relajación, y Alberico parece haber lanzado la idea de partir con un grupo de los más fervorosos a fundar aparte una comunidad más observante.

Así se hizo y, en 1098, veintiún monjes se establecieron en Cister, un poco al sur de Dijón, a unos cien kilómetros de Molesmes. Tales fueron los principios de la gran Orden Cisterciense. Roberto, Alberico y Esteban fueron elegidos abad, prior, y subprior, respectivamente. Pero poco después, San Roberto retornó a la comunidad de Molesmes, y Alberico le sucedió en el cargo de abad, de manera que a él deben atribuirse con toda probabilidad, algunas de las principales características de la reforma cisterciense. Se trataba de una restauración de la primitiva observancia benedictina, pero con mucho más austeridad. Una de las manifestaciones externas del cambio fue la adopción del hábito blanco, con escapulario negro y capucha, para los monjes de coro. Según la leyenda, este cambio se debió a un deseo que comunicó la Santísima Virgen a San Alberico en una aparición. Una modificación más profunda fue la institución de una clase especial de "fratres conversi" o hermanos legos, a los que se confió el trabajo casero y, sobre todo, la explotación de las granjas distantes del convento. Sin embargo, todos los monjes estaban obligados en alguna forma al trabajo manual. El coro fue simplificado y abreviado; y se dejó más tiempo para la oración privada.

Alberico no gobernó durante mucho tiempo, y probablemente muchos de los rasgos característicos en la organización definitiva del Cister se deben a su sucesor, San Esteban. Fue él quien nos dejó la noticia más personal sobre San Alberico, en una exhortación que pronunció con motivo de la muerte de éste, ocurrida el 26 de enero de 1109: "A todos nos afecta igualmente esta gran pérdida —dijo—, y difícilmente podré consolaros yo, que necesito de consuelo tanto como vosotros. Vosotros habéis perdido a un padre y a un director de vuestras almas; yo no sólo he perdido a un padre y un guía, sino también a un amigo, a un compañero de armas, a un valiente soldado del Señor, a quien nuestro venerable padre Roberto había educado con ciencia y piedad admirables, desde los primeros días de nuestro instituto monástico... Ha quedado entre nosotros el cuerpo de nuestro amado padre como una forma de su presencia, y él nos ha llevado consigo al cielo en su corazón... El guerrero ha triunfado, el atleta ha recibido el premio merecido, el vencedor ha ganado su corona; dueño ya del triunfo, pide que también a nosotros no sea concedida la palma de los vencedores... No lloremos por el soldado que descansa ya;

lloremos más bien por nosotros que seguimos en el frente de batalla, y transformemos en oraciones nuestras palabras de tristeza, rogando a nuestro padre triunfante que no permita que el león rugiente y el feroz enemigo nos derroten".

Ver *Acta Sanctorum*, 26 de enero; J. B. Delgairns, *Life of St Stephen Harding;* cf. otras obras en nuestro artículo sobre San Esteban, 17 de abril.

SANTA MARGARITA DE HUNGRIA, VIRGEN (1270 P.C.)

LA VIDA de Santa Margarita es particularmente interesante, ya que poseemos, por fortuna excepcional, una copia completa de los testimonios de su proceso de beatificación, que comenzó menos de siete años después de su muerte. No hay duda ninguna de que fue hija de Bela IV, rey de Hungría y campeón de la cristiandad, cuando las hordas de los tártaros amenazaban acabar con la Europa Central. El noble linaje de Margarita hace resaltar todavía más los detalles de su extraordinaria vida de abnegación. La Orden de Santo Domingo, a la que Bela y su esposa, la reina María Lascaris, favorecieron mucho, tuvo por otra parte buen cuidado de guardar memoria de una de sus primeras y más ilustres hijas. Pero quien se tome el trabajo de leer los testimonios que, de la mortificación y caridad de Margarita, dieron unas cincuenta de sus compañeras, quedará plenamente convencido de que su valor en la lucha contra el mundo y la carne, no podían menos que ejercer una profunda influencia en quienes la rodeaban. Se ha descrito a Bela IV como "el último genio de los Arpados"; si la determinación tiene una influencia real en la historia, las cualidades de Margarita prueban que ella había heredado no poco del genio de su padre.

Margarita nació cuando Hungría, acosada por sus enemigos, atravesaba por momentos difíciles, y se cuenta que los padres de la niña prometieron consagrarla a Dios, si éste les concedía la victoria. Sus oraciones fueron oídas, y Margarita, a los tres años de edad, fue confiada al convento de las religiosas de Santo Domingo, de Veszprem. Poco después, Bela y su esposa construyeron un convento en una isla del Danubio, cerca de Budapest, donde Margarita, a los doce años de edad, hizo profesión ante el beato Humberto de Romans. Por terribles que sean los detalles sobre el ansia de penitencia de la joven, y sobre su decisión de vencer todas las repugnancias de la naturaleza, la cantidad de los testigos hace imposible poner en duda su autenticidad. Margarita parece haber sido excepcionalmente bella; la mejor prueba de ello es que el rey Ottokar de Bohemia aspiró a su mano, después de haberla visto con hábitos de religiosa. Indudablemente que hubiera sido fácil obtener la dispensa de Roma, y Bela se inclinaba a ello por razones políticas; pero Margarita declaró que estaba dispuesta a arrancarse la nariz y los labios, antes de abandonar el claustro. A juzgar por los testimonios de sus hermanas sobre la energía de su carácter y sobre su valor, no se puede dudar de que la santa habría cumplido su promesa.

La mayoría de las religiosas en aquel convento del Danubio pertenecían a la nobleza, y trataban a la princesa Margarita con especial consideración. Ella, al advertirlo, reaccionó en forma exagerada: en toda ocasión escogía los trabajos más humildes, repugnantes y fatigosos. Su caridad y ternura con los enfermos que padecían los males más repulsivos, eran extraordinarias . . . Pero

será necesario omitir detalles, porque el lector moderno no tiene paciencia para oírlos todos. Margarita tenía una profunda simpatía por los pobres. Varios de sus actos dejan la impresión de que el amor a Dios y el deseo de inmolación de Margarita, no carecían de cierto elemento de obstinación. Sin duda que la salud y aun la virtud de la santa habrían ganado, con su superior o un confesor capaz de dirigirla realmente; pero era casi inevitable que los superiores de Margarita la dejasen proceder libremente, dado que era la hija del rey, a quien el convento le debía todo.

Por lo demás, el relato que hicieron las hermanas de Margarita sobre ella, no carece de pormenores humanos y agradables. La sacristana cuenta que Margarita le acariciaba la mano y le prodigaba todos los halagos posibles para que dejase abierta la puerta de la capilla durante la noche, a fin de pasar ante el Santísimo Sacramento las horas que habría debido consagrar al descanso. Margarita tenía una confianza ilimitada en la oración, y sus peticiones a Dios tenían algo de imperioso. Varias religiosas narran un incidente acaecido cuando la santa tenía apenas diez años. Dos frailes dominicos habían ido de visita al convento, y Margarita les rogó que prolongasen su estancia. Ellos replicaron que debían partir inmediatamente, pero la niña dijo: "Yo voy a obtener de Dios que haga llover en tal forma, que no podréis iros". Aunque los frailes aseguraron que no había lluvia capaz de detenerles, Margarita se dirigió a la capilla a orar y la tormenta que se desató en seguida fue tan violenta que impidió que los buenos frailes partieran de Veszprem. Esto recuerda el famoso incidente de Santa Escolástica y San Benito. Y no es necesario suponer una intervención sobrenatural; pero las compañeras de Santa Margarita atestiguaron bajo juramento tantos casos del mismo tipo, que resulta difícil atribuirlos todos a simples coincidencias. Aunque los testigos hablaron de muchos éxtasis y milagros, hay en sus declaraciones un tono de moderación que inspira confianza. Casi todos los testigos contaron que las oraciones de Margarita habían salvado a una sirvienta que se había caído en un pozo. La misma sirvienta, llamada Inés, dio testimonio de ello. Cuando le preguntaron los jueces qué sabía de la santa, Inés se contentó con responder: "era buena, santa y edificante, y se mostraba más humilde que nosotras las sirvientas". Por lo que toca al accidente, Inés contó que la noche era tan oscura, que "si alguien la hubiese abofeteado, no habría podido identificarle", y que la boca del pozo estaba descubierta y sin travesaño, por lo que cayó hasta el fondo. Por tres veces salió a la superficie del agua hasta que consiguió asirse a la pared y más tarde le echaron una cuerda y la sacaron.

Es indudable que Margarita acortó su vida con sus penitencias. Al fin de cada cuaresma, el ayuno y la falta de sueño la reducían a un estado lamentable. Un Viernes Santo llevó su indiscreción al colmo, lavando los pies no sólo de las setenta religiosas de coro del convento, según el privilegio que le correspondía como a hija del fundador, sino también de todas las sirvientas. Para enjugar los pies empleó su propio velo. A pesar de la fatiga consiguiente para una mujer que no había comido ni dormido, en mucho tiempo, se quejó a sus hermanas de que aquel Viernes Santo había sido el día más corto del año, pues no habían tenido tiempo de orar ni de practicar todas las penitencias que hubiese deseado. La fecha de la muerte de la santa parece haber sido el 18 de enero de 1270, cuando ésta no tenía sino veintiocho años. El proceso de beatificación, al que nos hemos referido, no se terminó nunca, pero el culto a Mar-

garita fue aprobado en 1789. La canonización tuvo lugar en 1943.

Ver *Acta Sanctorum*, 28 de enero; y especialmente G. Fraknoi, *Monumenta Roma Episcopatus Visprimiensis*, vol. I, pp. 163-383, donde se hallan las deposiciones de los testigos, Cf. M. C. de Ganay. *Les Bienheureuses Dominicaines*, pp. 69-89; y *Margaret Princess of Hungary* (1945), por S.M.C.

27: SAN JUAN CRISOSTOMO, ARZOBISPO DE CONSTANTINOPLA Y DOCTOR DE LA IGLESIA (407 P.C.)

ESTE INCOMPARABLE maestro recibió después de su muerte el nombre de Crisóstomo o Boca de Oro, en recuerdo de sus maravillosos dones de oratoria. Pero su piedad y su indomable valor son títulos todavía más gloriosos que hacen de él uno de los más grandes pastores de la Iglesia. San Juan nació en Antioquía de Siria, alrededor del año 347. Era hijo único de Segundo, comandante de las tropas imperiales. Su madre, Antusa, que quedó viuda a los veinte años, consagraba su tiempo a cuidar de su hijo, de su hogar y a los ejercicios de piedad. Su ejemplo impresionó tan profundamente a uno de los maestros de Juan, famoso sofista pagano, que no pudo contener la exclamación: "¡Qué mujeres tan extraordinarias produce el Cristianismo!" Antusa escogió para su hijo los más notables maestros del Imperio. La elocuencia constituía en aquella época una de las más importantes disciplinas. Juan la estudió bajo la dirección de Libanio, el más famoso de los oradores de su tiempo, y pronto superó a su propio maestro. Cuando preguntaron a Libanio en su lecho de muerte quién debía sucederle en el cargo, respondió: "Yo habría escogido a Juan, pero los cristianos nos le han arrebatado".

De acuerdo con la costumbre de la época, Juan no recibió el bautismo sino hasta los veintidos años, cuando era estudiante de leyes. Poco después, junto con sus amigos Basilio, Teodoro (que fue más tarde obispo de Mopsuesta) y algunos otros, empezó a frecuentar una escuela para monjes, donde estudió bajo la dirección de Diodoro de Tarso y, el año 374, ingresó en una de las comunidades de ermitaños de las montañas del sur de Antioquía. Más tarde escribió un vívido relato de las austeridades y pruebas de esos monjes. Juan pasó cuatro años bajo la dirección de un anciano monje sirio, y después vivió dos años solo, en una cueva. La humedad le produjo una grave enfermedad, y para reponerse tuvo que volver a la ciudad, en 381. Ese mismo año recibió el diaconado de manos de San Melecio. En 386, el obispo Flaviano le confirió el sacerdocio y le nombró predicador suyo. Juan tenía entonces alrededor de cuarenta años. Durante doce años, desempeñó este oficio y cargó con la responsabilidad de representar al anciano obispo. Juan consideraba como su primera obligación el cuidado y la instrucción de los pobres, y jamás dejó de hablar de ellos en sus sermones y de incitar al pueblo a la limosna. Según los propios cálculos del santo, Antioquía tenía entonces unos cien mil cristianos y otros tantos paganos. Juan les alimentaba con la palabra divina, predicando varias veces por semana y aun varias veces al día en algunas ocasiones.

Cuando el emperador Teodosio I se vio obligado a imponer un nuevo tributo a causa de la guerra con Magno Máximo, los antioquenses se rebelaron y destrozaron las estatuas del emperador, de su padre, de sus hijos y de su difunta esposa, sin que los magistrados pudiesen impedirlo. Pero pasada la

tempestad, el pueblo empezó a reflexionar en las posibles consecuencias de sus actos, y el terror se apoderó de todos, y aumentó cuando se presentaron en la ciudad dos oficiales de Constantinopla que venían a imponer el castigo del emperador al pueblo. A pesar de su edad, el obispo Flaviano partió bajo la más violenta tempestad del año, a pedir clemencia al emperador, quien, movido a compasión, perdonó a los ciudadanos de Antioquía. Entre tanto, San Juan había estado predicando la más notable serie de sermones en su carrera, es decir, las veintiuna famosas homilías "De las estatuas". En ellas se manifiesta la extraordinaria comunicación que el orador creaba con sus oyentes y la conciencia que tenía del poder de su palabra para hacer el bien. No hay duda de que la cuaresma del año 387, en la que San Juan Crisóstomo predicó esas homilías, modificó el curso de su carrera y que, a partir de ese momento, su oratoria se convirtió, aun desde el punto de vista político, en una de las grandes fuerzas que movían el Imperio. Después de la tormenta, el santo continuó su trabajo con la energía de siempre; pero Dios le llamó pronto a glorificar su nombre en otro puesto, donde le reservaba nuevas pruebas y nuevas coronas.

A la muerte de Nectario, arzobispo de Constantinopla, en 397, el emperador Arcadio, aconsejado por Eutropio, su ayuda de cámara, resolvió apoyar la candidatura de San Juan Crisóstomo a dicha sede. Así pues, dio al conde d'Este la orden de enviar a San Juan a Constantinopla, pero sin publicar la noticia para evitar un levantamiento popular. El conde fue a Antioquía; ahí pidió al santo que le acompañase a las tumbas de los mártires en las afueras de la ciudad, y entonces dio a un oficial la orden de transportar al predicador lo más rápidamente posible a la ciudad imperial, en un carruaje. El arzobispo de Alejandría, Teófilo, hombre orgulloso y turbulento, había ido a Constantinopla a recomendar a un protegido suyo para la sede, pero tuvo que desistir de sus intrigas, y San Juan fue consagrado por él mismo, el 26 de febrero del año 398.

En la administración de su casa, el santo suprimió los gastos que su predecesor había considerado necesarios para el mantenimiento de su dignidad, y consagró ese dinero al socorro de los pobres y la ayuda a los hospitales. Una vez puesta en orden su casa, el nuevo obispo emprendió la reforma del clero. A sus exhortaciones, llenas de celo, añadió las disposiciones disciplinarias, aunque es preciso reconocer que, por necesarias que éstas hayan sido, su severidad revela cierta falta de tacto. El santo era un modelo exacto de lo que exigía de los otros. La falta de modestia de las mujeres en aquella alegre capital, provocó la indignación del obispo, quien les hizo ver cuán falsa y absurda era la excusa de que se vestían así porque no veían en ello ningún daño. La elocuencia y el celo del Crisóstomo movieron a penitencia a muchos pecadores y convirtieron a numerosos idólatras y herejes. Los novacianos criticaron su bondad con los pecadores, pues el santo les exhortaba al arrepentimiento con la compasión de un padre, y acostumbraba decirles: "Si habéis caído en el pecado más de una vez, y aun mil veces, venid a mí y yo os curaré". Sin embargo, era muy firme y severo en el mantenimiento de la disciplina, y se mostraba inflexible con los pecadores impenitentes. En cierta ocasión, los cristianos fueron a las carreras un Viernes Santo y asistieron a los juegos el Sábado Santo. El virtuoso obispo se sintió profundamente herido, y el Domingo de Pascua predicó un ardiente sermón "Contra los juegos y los espectáculos del

teatro y del circo". La indignación le hizo olvidar la fiesta de la Pascua, y su exordio fue un llamamiento conmovedor. Se han conservado numerosos sermones de San Juan Crisóstomo, demostrando que no se equivocan quienes le consideran como el mayor orador de todos los tiempos, a pesar de que su lenguaje, especialmente en sus últimos años, era excesivamente violento y combativo. Como alguien ha dicho, "en algunas ocasiones, San Juan Crisóstomo casi grita a los pecadores", y hay razones para pensar que sus ataques contra los judíos, por motivados que fuesen, causaron en parte los sangrientos combates entre éstos y los cristianos de Antioquía. No todos los que se oponían al obispo eran malos; había entre ellos algunos cristianos buenos y serios, como el que un día sería San Cirilo de Alejandría.

Otra de las actividades a las que el arzobispo consagró sus energías fue la fundación de comunidades de mujeres piadosas. Entre las santas viudas que se confiaron a la dirección de este gran maestro de santos, probablemente sea la más ilustre la noble Santa Olimpia. San Juan Crisóstomo no se limitaba a mirar por los fieles de su rebaño, sino que extendía su celo a las más remotas regiones. Así, envió a un obispo a evangelizar a los escitas nómadas, y a un hombre admirable a predicar a los godos. Palestina, Persia y muchas otras provincias distantes sintieron los benéficos efectos de su celo. El santo obispo se distinguió también por su extraordinario espíritu de oración, virtud ésta que predicó incansablemente, exhortando a los mismos laicos a recitar el oficio divino a media noche: "Muchos artesanos —decía— tienen que levantarse a trabajar a media noche, y los soldados vigilan cuando están de guardia; ¿por qué no hacéis vosotros lo mismo para alabar a Dios?" Grande fue también la ternura con que el santo hablaba del admirable amor divino, manifestado en la Eucaristía, y exhortaba a los fieles a la comunión frecuente. Los negocios públicos exigieron a menudo la participación de San Juan Crisóstomo; por ejemplo, a la caída del ayuda de cámara y antiguo esclavo Eutropio, en 399, predicó un famoso sermón en presencia del odiado cortesano, quien se había refugiado en la catedral, detrás del altar. El obispo exhortó al pueblo a perdonar al culpable, ya que el mismo emperador, a quien habían injuriado directamente, le había perdonado. Como dijo el santo, en adelante no tendrían derecho a esperar que Dios les perdonase, si no perdonaban entonces a quien necesitaba de misericordia y de tiempo para hacer penitencia.

Pero San Juan Crisóstomo tenía todavía que glorificar a Dios con sus sufrimientos, como lo había hecho con sus trabajos. Y, si miramos el misterio de la cruz con ojos de fe, reconoceremos que el santo se mostró más grande en las persecuciones contra él que en todos los otros actos de su vida. Su principal adversario eclesiástico fue el arzobispo Teófilo de Alejandría antes mencionado, que tenía muchos cargos contra su hermano de Constantinopla. Enemigo no menos peligroso era la emperatriz Eudoxia. San Juan había sido acusado de haberla llamado "Jezabel", y la malevolencia de algunos vio un ataque a la emperatriz en el sermón del obispo contra la malicia y vanidad de las mujeres de Constantinopla. Sabiendo que el obispo Teófilo no quería al Crisóstomo. Eudoxia se unió a él en una conspiración para deponer al obispo de Constantinopla. Teófilo llegó a dicha ciudad en junio de 403, acompañado de varios obispos egipcios; se negó a alojarse en la casa del santo y reunió un conciliábulo de treinta y seis obispos en una casa de Calcedonia llamada "La Encina". Las principales razones que se alegaban para deponer a Juan eran que había

depuesto a un diácono por haber golpeado a un esclavo; que había llamado réprobos a algunos miembros de su clero; que nadie sabía cómo empleaba sus rentas; que había vendido algunos objetos que pertenecían a la iglesia; que había depuesto a varios obispos fuera de su provincia; que comía solo, y que daba la comunión a quienes no observaban el ayuno eucarístico. Todas las acusaciones eran falsas, o carecían de importancia. San Juan reunió un concilio legal en la ciudad, y se rehusó a comparecer ante el conciliábulo de "La Encina". En vista de ello, el conciliábulo procedió a firmar la sentencia de deposición y a enviarla al emperador, añadiendo que el santo era reo de traición, probablemente por haber llamado "Jezabel" a la emperatriz. El emperador dio la orden de destierro contra San Juan Crisóstomo.

Constantinopla vivió tres días de gran agitación, y el Crisóstomo lanzó un vigoroso manifiesto desde el púlpito: "Violentas tempestades me acosan por todas partes —dijo—; pero no las temo, porque mis pies descansan sobre la roca. El mar rugiente y las gigantescas olas no pueden hacer naufragar la nave de Jesucristo. No temo la muerte, que considero como una ganancia; ni el destierro, porque toda la tierra es del Señor; ni la pérdida de mis bienes, porque vine desnudo al mundo y desnudo partiré de él". El obispo declaró que estaba pronto a dar su vida por sus ovejas, y que todos sus sufrimientos provenían de que no se había ahorrado trabajo alguno para ayudar a sus cristianos a salvarse. Después de este sermón se entregó espontáneamente, sin que el pueblo lo supiera, y un legado del emperador le condujo a Preneto de Bitinia. Pero el primer destierro fue de corta duración. La ciudad sufrió un ligero terremoto que aterrorizó a la supersticiosa Eudoxia, quien rogó a Arcadio que hiciese volver al Crisóstomo del exilio. El emperador le dio permiso de que escribiese el mismo día una carta, en la que la emperatriz rogaba al santo que volviera y aseguraba no haber tenido parte en el decreto de destierro. Toda la ciudad salió a recibir a su obispo, y el Bósforo se cubrió de relucientes antochas. Teófilo y sus secuaces huyeron esa misma noche.

Pero el buen tiempo duró poco. Frente a la iglesia de Santa Sofía se había erigido una estatua de plata de la emperatriz; los juegos públicos celebrados con motivo de la dedicación de la estatua perturbaron la liturgia y produjeron desórdenes y manifestaciones supersticiosas. El Crisóstomo había predicado frecuentemente contra los espectáculos licenciosos. En esta ocasión, habían tenido lugar en un sitio que los hacía todavía más inexcusables. Para que nadie pudiera acusarle de que aprobase el abuso tácitamente, el santo obispo habló atacando los espectáculos con la libertad y el valor que le caracterizaban. La vanidosa emperatriz tomó esto como un ataque personal, y volvió a convocar a los enemigos de San Juan. Teófilo no se atrevió a acudir, pero envió a tres legados. Este nuevo conciliábulo apeló a ciertos cánones de un concilio arriano de Antioquía contra San Atanasio, que mandaba que ningún obispo que hubiese sido depuesto por un sínodo pudiese volver a tomar posesión de su sede, sino por decreto de otro sínodo. Arcadio ordenó al santo que se retirara de su diócesis, pero éste se negó a abandonar el rebaño que Dios le había confiado, a no ser por la fuerza. El emperador mandó que sus tropas echasen a los fieles fuera de las iglesias el Sábado Santo. Los templos fueron profanados con el derramamiento de sangre y se produjeron otros ultrajes. El santo escribió al Papa San Inocencio I, rogándole que invalidase las órdenes del emperador, que eran notoriamente injustas. También escribió a otros obispos del occidente pidiéndo-

les su apoyo. El Papa escribió a Teófilo exhortándole a comparecer ante un concilio que debía dictar la sentencia, de acuerdo con los cánones de Nicea. Igualmente dirigió algunas cartas a San Juan Crisóstomo, a sus fieles y algunos de sus amigos, con la esperanza de que el nuevo concilio lo arreglaría todo. Lo mismo hizo Honorio, emperador del occidente. Pero Arcadio y Eudoxia lograron impedir que el concilio se reuniese, pues Teófilo y otros cabecillas de su facción temían la sentencia.

Crisóstomo solamente pudo permanecer en Constantinopla hasta dos meses después de la Pascua. El miércoles de Pentecotés, el emperador firmó la orden de destierro. El santo se despidió de los obispos que le habían permanecido fieles y de Santa Olimpia y las demás diaconisas, que estaban desoladas al verle partir, y abandonó su diócesis furtivamente para evitar una sedición. Llegó a Nicea de Bitinia el 20 de junio de 404. Después de su partida, un incendio consumió la basílica y el senado de Constantinopla. Muchos de los partidarios del santo obispo fueron torturados para que descubrieran a los causantes del incendio, pero no se consiguió averiguar nada. El emperador determinó que San Juan Crisóstomo permaneciese en Cucuso, pequeña aldea de las montañas de Armenia. El santo partió de Nicea en julio, y debió sufrir mucho a causa del calor, la fatiga y la brutalidad de los soldados. Después de setenta días de viaje, llegó a Cucuso, donde el obispo del lugar y todo el pueblo cristiano rivalizaron en las muestras de respeto y cariño que le prodigaron. Han llegado hasta nosotros las cartas que San Juan Crisóstomo escribió desde el destierro a Santa Olimpia y a otras personas, así como el tratado que dedicó a dicha santa: "Que nadie puede hacer daño a aquél que no se hace daño a sí mismo".

Entretanto, el Papa Inocencio y el emperador Honorio habían enviado cinco obispos a Constantinopla para preparar el concilio, exigiendo al mismo tiempo que el santo continuase en el gobierno de su diócesis, hasta ser juzgado. Pero dichos obispos fueron hechos prisioneros en Tracia, pues el partido de Teófilo (Eudoxia había muerto en octubre a resultas de un mal parto) sabía muy bien que el concilio les condenaría. Los partidarios de Teófilo consiguieron también que el emperador desterrase a San Juan a Pitio, un lugar todavía más lejano en el extremo oriental del Mar Negro. Dos oficiales partieron con el encargo de conducirle hasta allá. Uno de ellos conservaba todavía un resto de compasión humana, pero el otro era incapaz de dirigirse al obispo en términos correctos. El viaje fue extremadamente penoso, ya que el calor hacía sufrir mucho al anciano obispo, y los oficiales imperiales le obligaban a marchar en las horas de sol abrasador. Al pasar por Comana de Capadocia, el santo iba ya muy enfermo. Esto no obstante, los oficiales le obligaron a arrastrarse hasta la capilla de San Basilisco, unos diez kilómetros más lejos. Durante la noche, San Basilisco se apareció a San Juan y le dijo: "Animo, hermano mío, que mañana estaremos juntos". Al día siguiente, sintiéndose exhausto y muy enfermo, el obispo rogó a los oficiales que le dejasen reposar un poco más. Estos se rehusaron a concederle esa gracia. Apenas habían caminado siete kilómetros, vieron que el obispo estaba entrando en agonía y le condujeron de nuevo a la capilla. Ahí el clero le revistió los ornamentos episcopales, y el santo recibió los últimos sacramentos. Pocas horas más tarde, pronunció sus últimas palabras: "Sea dada gloria a Dios por todo", y entregó su alma. Era el día de la Santa Cruz, 14 de septiembre de 407.

Al año siguiente, el cuerpo de San Juan Crisóstomo fue trasladado a Cons-

tantinopla. El emperador Teodosio II y su hermana Santa Pulqueria acompañaron en procesión el cadáver junto con el arzobispo San Patroclo, pidiendo perdón por el pecado de sus padres, que tan ciegamente habían perseguido al siervo de Dios. El cuerpo del santo fue depositado en la iglesia de los Apóstoles el 27 de enero, fecha en que se le conmemora en occidente. En oriente su fiesta se celebra el 13 de noviembre y otros días. En la Iglesia bizantina, San Juan Crisóstomo es uno de los tres Santos Patriarcas y Doctores Universales; los otros dos son San Basilio y San Gregorio Nazianceno. La Iglesia de occidente cuenta también a San Atanasio en el grupo de los grandes doctores griegos. En 1909, San Pío X declaró a San Juan Crisóstomo patrono de los predicadores. Su nombre está incluido en la liturgia eucarística de los ritos bizantino, sirio, caldeo y maronita.

Nuestras principales fuentes sobre la vida de San Juan son el *Diálogo* de Paladio (a quien el abad Cuthbert Butler y casi todos los historiadores recientes identifican con el autor de la *Historia Lausiaca*), los detalles autobiográficos que se encuentran en las propias homilías y cartas del santo, las historias eclesiásticas de Sócrates y Sozomeno, y un panegírico atribuido a un tal Martirio. La literatura sobre San Juan Crisóstomo es, naturalmente, enorme. La mejor biografía que podemos recomendar, sobre todo por el admirable sentido histórico con que el autor sitúa al santo en su tiempo, es la de Mons. Duchesne en su *Histoire ancienne de l'Eglise*, vols. II y III; pero la biografía definitiva es la de Dom C. Baur, *Der hl. Johannes Chrysostomus und seine Zeit* (2 vols., 1929-1930). En 1921 fue publicada una traducción inglesa del diálogo de Paladio; el texto griego se halla en P.E. Coleman-Northon, 1928. Son también dignas de mención las biografías de W. R. W. Stephens (1883) y D. Attwater (1939), así como el vívido retrato trazado por A. Fortescue, *The Greek Fathers* (1908). Una buena introducción a las obras del santo son las *Selections from St John Chrysostom* (1940), publicadas por el Cardenal D'Alton. Ver también Puech, *St John Chrysostom*, (trad. inglesa) en la serie *Les Saints*; el volumen de ensayos publicado en Roma en 1908 bajo el título de *Xrusostomiká*, para celebrar el décimo quinto centenario del santo; el artículo del canónigo E. Venables, en DCB., vol I, pp. 518-535; y el artículo de G. Bardy, en DTC, vol. VIII, cc. 660 ss., donde se encontrará una bibliografía completa.

SAN JULIAN, Obispo de Le Mans (Fecha desconocida)

En el tiempo en que escribía Alban Butler, se conservaba en la catedral una reliquia que pasaba por ser el cráneo de San Julián. Dicho santo era muy celebrado en Inglaterra, ya que su nombre es mencionado en este día por el calendario del Salterio de Eadwine, del Colegio de la Trinidad de Cambridge (anterior al año 1170), y todas las diócesis del sur que seguían el uso saro, celebraban su fiesta. Pero no sabemos prácticamente nada sobre la vida de San Julián. Las lecciones del breviario saro le describen como un noble romano que fue el primer obispo de Le Mans y el evangelizador de esa región de Francia. Le atribuyen también extraordinarios milagros. Lo único que podemos añadir es que hay pruebas de que en el siglo VII existía una capilla llamada "basílica Sti Juliani Episcopi", y que San Julián encabeza los catálogos de los obispos de Le Mans. Una leyenda posterior, muy extravagante, afirma que el santo era uno de los setenta y dos discípulos del Señor y que hay que indentificarle con Simón el leproso. Probablemente la introducción del culto de San Julián en Inglaterra se debe al hecho de que el rey Enrique II, que había nacido en Le Mans, parece haber sido bautizado en la iglesia de San Julián de dicha ciudad y debió conservar cierta devoción personal a su patrono.

Ver Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. II, pp. 309, 323, 331; *Acta Sanctorum*, 27 de

enero; Arnold-Foster, *Studies in Church Dedications*, vol. I, pp. 435-436; especialmente A. Lédru, *Les premiers temps de l'Eglise du Mans* (1913).

SAN MARIO o MAYO, ABAD (*c.* 555 P.C.)

NO POSEEMOS noticias muy seguras sobre San Mario. El Martirologio Romano le llama Mauro y dice que gobernó el monasterio de Bobaco; pero ambos datos parecen ser erróneos. Había en la antigua diócesis de Sisterón de Drôme, una abadía de Bodon, de la que San Mario fue fundador y primer abad. Se cuenta que había nacido en Orléans, que entró de monje e hizo una peregrinación a la tumba de San Dionisio, en los alrededores de París, donde fue milagrosamente curado de una enfermedad. También se nos informa que acostumbraba pasar la cuaresma en un retiro del bosque y que ahí tuvo una visión sobre la desolación que las invasiones de los bárbaros iban a causar en Italia, así como de la destrucción de su propio monasterio. Pero los documentos que nos dan estos datos son poco de fiar.

Ver *Acta Sanctorum*, 27 de enero; *Analecta Bollandiana*, vol. XXIV, pp. 96 ss; e Isnard, en *Bulletin Soc. Archéol. Drome*, vols. I y II (1866-1888).

SAN VITALIANO, PAPA (672 P.C.)

SE CUENTA que el Papa Vitaliano era originario de Segni, en la Campania, pero no sabemos nada sobre él, antes de su elección al pontificado, en 657, ni conocemos su vida posterior a excepción de sus actos públicos. Su pontificado se vio turbado por las tendencias monotelitas de dos patriarcas de Constantinopla y del emperador Constante II y su sucesor. Más consolador es el cuadro de las relaciones del Papa con otras Iglesias, como la de Inglaterra, según puede leerse en los escritos de San Beda. Bajo el reinado de este Papa, San Benito Biscop hizo su primera visita a Roma. Las diferencias entre los obispos celtas y anglosajones, sobre la fiesta de la Pascua y otros puntos, quedaron zanjadas en el Concilio de Streaneshalch (Whitby). San Vitaliano envió a Inglaterra a Teodoro de Tarso como obispo de Canterbury, y al monje africano San Adriano, que fue abad de San Agustín. La influencia de ambos, en la preparación del clero anglosajón y en el establecimiento de relaciones más estrechas entre la corona de Inglaterra y la Santa Sede, fue muy grande. San Vitaliano murió en 672 y fue enterrado en la basílica de San Pedro.

Las fuentes principales son el *Liber Pontificalis* (ed. Duchesne), vol. I, pp. 343 ss.; Beda, *Historia Ecclesiastica*; y las cartas de San Vitaliano, aunque algunas de las que se le atribuyen son espurias. Ver también *Acta Sanctorum*, 27 de enero, y DCB., vol. IV, pp. 1161-1163.

28: SAN PEDRO NOLASCO, FUNDADOR DE LA ORDEN DE NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED (1258 P.C.)

PEDRO, QUE descendía de la noble familia Nolasco del Languedoc, nació hacia el año 1189. A los quince años perdió a su padre, quien le heredó cuantiosas posesiones, y el joven quedó bajo la tutela de su madre, que favoreció todas sus buenas aspiraciones. Cuando llegó a la edad de casarse,

Pedro empezó a considerar seriamente la vanidad de todas las cosas terrenas. Una noche, atormentado por este pensamiento, se postró en oración hasta la mañana siguiente, consagró su castidad a Dios y prometió repartir todo su patrimonio entre los pobres. Algunos autores afirman que Pedro tomó parte en la campaña de Simón de Montfort contra los albigenses. El conde venció a los herejes, derrotó y mató a Pedro de Aragón en la batalla de Muret, y tomó prisionero al hijo de éste, Jaime, que tenía cinco años. Se cuenta que el conquistador puso al niño bajo la tutela de Pedro Nolasco, quien tenía entonces veinticinco años, y que les envió a los dos a España. Pero la mayoría de los historiadores admiten actualmente que no hay pruebas suficientes para relacionar a San Pedro con la campaña contra los albigenses, ni con la educación del futuro rey Jaime.

En aquella época, los moros ocupaban la mayor parte de España, y una enorme multitud de cristianos vivían en la península y en Africa, bajo su tiranía. La compasión por los pobres había sido siempre la virtud característica de Pedro. El triste espectáculo que ofrecían esos cristianos y la idea de los peligros a que se hallaban expuestas a su fe y sus virtudes, bajo tales amos, conmovió el corazón del santo, que empezó pronto a gastar su fortuna en el rescate de cautivos. En cuanto veía a un esclavo exclamaba: "Almacenemos tesoros que no se pudren". Sus fervientes exhortaciones movieron a otros a dar limosnas para rescatar a los prisioneros. Finalmente, Pedro concibió el proyecto de fundar una orden religiosa encargada de perpetuar esa obra de caridad. Las dificultades no escasearon; pero se cuenta que la Virgen se apareció a San Pedro, al rey de Aragón y a San Raimundo de Peñafort, en la misma noche, y les animó a llevar a cabo el proyecto, asegurándoles que no les faltarían su patrocinio y su protección. San Raimundo, el director espiritual de San Pedro y del rey Jaime, se convirtió en un celoso promotor de la obra. El rey se constituyó en protector de la nueva orden y, para comenzar, le cedió un apartamiento en su palacio. El 10 de agosto de 1223, el rey y San Raimundo condujeron a San Pedro a la iglesia y le presentaron a Berengario, obispo de Barcelona, quien recibió los tres votos religiosos del santo. Este hizo ahí mismo un cuarto voto, comprometiéndose a consagrar toda su fortuna y aun su libertad, si fuera necesario, a la redención de cautivos. Sus seguidores hicieron lo mismo. San Raimundo predicó en esa ocasión, y declaró que el Todopoderoso se había complacido en revelar al rey de Aragón, a Pedro Nolasco y a él mismo su voluntad, que consistía en fundar una orden religiosa encargada del rescate de los cristianos prisioneros de los infieles.* El pueblo acogió la noticia con inmenso júbilo. San Pedro recibió el nuevo hábito de manos de San Raimundo, quien le nombró superior general de la orden y redactó las reglas y constituciones. Otros dos nobles hicieron la profesión religiosa junto con San Pedro. Cuando San Raimundo fue a Roma en 1235, obtuvo del Papa Gregorio IX la confirmación de la fundación y de las reglas.

Después de conquistar el reino de Valencia, el rey Jaime fundó ahí algunas casas de la orden; una de ellas en la propia ciudad de Valencia. La ciudad había sido tomada con la ayuda de las oraciones de San Pedro Nolasco, cuando los soldados desesperaban ya de la victoria. El rey atribuyó todos sus grandes triun-

* Se llama ordinariamente "Mercedarios" a los miembros de la Orden de Nuestra Señora de la Merced. Actualmente se dedican a toda especie de obras de caridad y apostolado, aunque siguen haciendo el voto de redimir cautivos.

fos sobre los infieles, las conquistas de Valencia y de Murcia, a las plegarias del santo. Por lo que se refiere al fin principal de la orden, San Pedro mandó que hubiese siempre entre los infieles un par de religiosos encargados de la redención de los cautivos. De ahí vino el nombre de "redentores" que se da a los Mercedarios. Uno de los primeros religiosos dedicados a este oficio fue el mismo San Pedro, y Valencia gozó el privilegio de ser la primera ciudad en que el santo ejercitó esta actividad. San Pedro no se contentaba simplemente con consolar y rescatar a multitudes de cristianos, sino que, con su caridad y buen ejemplo, se convirtió en el instrumento del que Dios se valió para que muchos mahometanos creyesen en Jesucristo. El santo hizo varios viajes a las regiones de la costa de España ocupadas por los moros, así como una travesía por Argelia, en la que fue hecho prisionero. Pero los más terribles peligros no eran capaces de hacerle desistir de sus esfuerzos por convertir a los infieles, ya que el santo religioso estaba literalmente devorado por el deseo del martirio.

San Pedro renunció a los oficios de superior general y "redentor", pocos años antes de su muerte, ocurrida el día de Navidad de 1256. En sus últimos momentos exhortó a los religiosos a la perseverancia y concluyó con estas palabras del salmista: "El Señor ha enviado redención a su pueblo y ha sellado su pacto para siempre". En seguida, encomendó el santo su alma a Dios, apelando a la caridad que había hecho venir a Jesucristo a redimirnos del cautiverio del demonio, y murió. Tenía entonces sesenta y siete años de edad. Dios honró sus reliquias con muchos milagros. La canonización tuvo lugar en 1628.

El relato de la vida de San Pedro Nolasco hecho por Alban Butler, que acabamos de resumir sin ningún cambio sustancial, representa la versión tradicional de la Orden de la Merced. Pero debemos confesar que muy pocos de sus datos han escapado de los ataques de los críticos, y lo menos que puede decirse es que todo lo relacionado con la fundación de la orden está envuelto en la incertidumbre. Las mismas fuentes mercedarias no están de acuerdo sobre la fecha exacta de la fundación hecha en presencia del obispo Berengario. Algunas la sitúan en 1218; otras en 1223, como lo dice el artículo; otras más en 1228; y el P. Vacas Galindo, O. P., en "San Raimundo de Peñafort" (1919), la sitúa en 1234. Como quedó dicho en la vida de San Raimundo (23 de enero), hubo una violenta disputa entre los dominicos y los mercedarios sobre la importancia del papel de San Raimundo en la fundación de la orden. Los dominicos le atribuyen un papel de primera importancia, en tanto que los mercedarios aseguran que fue simplemente el confidente de San Pedro y que, en la época de la fundación, era canónigo en Barcelona y no había todavía entrado en la orden de Santo Domingo. Pero en la versión de los mercedarios hay un punto difícil de explicar: a principios del siglo XVII, precisamente cuando se urgía en Roma la canonización de San Pedro Nolasco, los mercedarios "descubrieron" con extraña oportunidad, en la pared del convento de Barcelona, un cofre lleno de documentos hasta entonces desconocidos, que probaban con irrefutable evidencia exactamente los puntos que los promotores de la causa querían demostrar. El más famoso de esos documentos, conocido con el nombre de "documento de los sellos", era un acta notarial de 1260 —por lo menos eso era lo que el mismo documento afirmaba—, destinada a la Santa Sede, para probar la santidad de Pedro Nolasco. Ahora bien, esa acta, que contiene la narración de la aparición de Nuestra Señora a San Pedro, al rey Jaime y a San Raimundo de Peñafort (y que afirma que una colmena de abejas construyó un panal en la mano de

San Pedro, cuando éste se hallaba en la cuna), es actualmente considerada por todos los críticos como un documento fraudulento, a pesar de haber sido, durante tres siglos, el memorial más auténtico de la vida del santo. El mismo P. Gazulla, campeón de los mercedarios, demostró en una conferencia leída ante la Academia Literaria de Barcelona bajo el título de "Al Margen de una Refutación" (1921), que Pedro de Bages, el notario que firma el acta de 1260, había muerto antes del 4 de febrero de 1259. Dado que este documento básico es espurio, resulta difícil conceder la autenticidad a los otros documentos del famoso cofre. Pero sería inútil llevar adelante esta discusión.

Ver el libro del P. Vacas Galindo, O.P., del que acabamos de hacer mención; N. Pérez, Merc., *San Pedro Nolasco* (1915); M. Even, *Une page de l'histoire de la charité* (1918); *Analecta Bollandiana,* vol. XXXIX (1921), pp. 209 ss., y vol. XL (1922), pp. 442 ss; y dos artículos del P. Kneller, S. J., en *Stimmen aus Maria Lach,* vol. LI (1896), pp. 272 y 357, F. D. Gazulla ha publicado varios volúmenes sobre el punto de vista de los mercedarios, en particular una refutación del libro del P. Galindo en 1920, y *La Orden de N. S. de la Merced: Estudios histórico-críticos* (1934), 1218-1317; sobre esta última obra, cf. *Analecta Bollandiana,* vol. V (1937), pp. 412-415.

SANTOS LEUCIO, TIRSO Y CALINICO, MÁRTIRES (*c.* 250, P.C.)

EN TIEMPO de la persecución de Decio, uno de los lugartenientes de este emperador se presentó en Cesarea de Bitinia para ejecutar el edicto promulgado contra los cristianos. Leucio, que era uno de los ciudadanos principales de aquel lugar, se atrevió a reprocharle su ardor por el culto a los ídolos. Inmediatamente fue por ello castigado con toda suerte de tormentos y, finalmente, decapitado.

En el momento en que el lugarteniente estaba a punto de abandonar la ciudad, un célebre atleta llamado Tirso, que había admirado la constancia de Leucio en los tormentos, se presentó a este oficial y públicamente le reprochó su idolatría. No pudo tolerar tal audacia el gobernador y, sin más forma procesal, entregó a Tirso a los verdugos.

Pero a lo largo de las torturas infligidas a Tirso, se produjo toda una serie de prodigios. La víctima fue conducida a Apamea y, de allí, a Apolonia. Un gran sacerdote de los ídolos, llamado Calinico, se convirtió y fue decapitado con otros quince sacerdotes que siguieron su ejemplo. Al fin, Tirso sucumbió a los diversos suplicios que sucesivamente se le infligieron.

Se debe, sobre todo, a la difusión de su culto, el que estos mártires hayan sido ilustres. Puede que haya habido una traslación del cuerpo de San Tirso a Nicomedia, aunque no se puede afirmar con certeza.

A fines del siglo IV fue trasladado de Apolonia a Constantinopla. En occidente, el culto de este santo se propagó por ambos lados de los Pirineos.

El resumen de las Actas muestra que los tres mártires no murieron el mismo día, sino que Leucio murió primero, después Calinico y, por último, Tirso. Por eso los nombres están colocados el 18, el 20, el 25 y el 27 de enero en el Martirologio Jeronimiano. En fin, el redactor del Martirologic Romano adoptó el 28.

Acta sanctorum, 28 de enero; Quentin, *Les martyrologes hist., du Moyen Age,* p. 191; Delehaye, *Les origines du culte des martyrs,* pp. 69, 102, 191, 223, 274.

SAN JUAN DE REOME, ABAD (*c.* 544 P.C.)

POSEEMOS una buena biografía antigua de San Juan de Réomé. Su vida es

muy sencilla: era originario de la diócesis de Langrés, y tomó el hábito monacal en Lérins. Más tarde, el obispo de su diócesis de origen le llamó para que fundase la abadía de Réomé, posteriormente llamada Moutier-Saint-Jean. El abad la gobernó por muchos años con gran fama de santidad y sus milagros le hicieron conocido. Se cuenta que San Juan se negó a conversar con su propia madre cuando ésta fue a visitarle al monasterio. Sin embargo, para consolarla, permitió que ella le viera a cierta distancia y le envió un mensaje, animándola en la virtud y recordándole que sólo volverían a estar juntos en el cielo. San Juan murió el año 544, cuando contaba más de cien años. Fue uno de los primeros promotores del estado monástico en Francia.

B. Krusch, en MGH., *Scriptores Merov.*, vol. III, pp. 502-517, publicó la antigua biografía de San Juan de Réomé. Como lo demuestra el mismo Krusch en su artículo *Zwei Heiligenleben des Jonas von Susa*, en *Mittheilungen* de la Sociedad de Historia de Austria, vol. XIV, pp. 385 ss., los textos anteriormente publicados carecían de valor. El autor de la biografía es Jonás de Susa, y no un contemporáneo.

SAN PAULINO, Patriarca de Aquileya (804 p.c.)

Uno de los más ilustres y santos prelados de los siglos VIII y IX fue Paulino de Aquileya, quien parece haber nacido hacia el año 726, en una granja cerca de Friuli. Su familia vivía del laboreo de la granja, y el joven Paulino pasaba buena parte de su tiempo en los trabajos del campo. Sin embargo, lograba reservar algunas horas al estudio, y con los años llegó a ser un famoso gramático. Carlomagno le llamó, en una carta, Maestro de Gramática y Muy Venerable. Estos epítetos nos hacen suponer que Paulino era ya sacerdote. El mismo monarca, en reconocimiento de los méritos de Paulino, le regaló ciertas posesiones en su país. Parece que hacia el año 776, Paulino fue elevado contra su voluntad a la sede del Patriarcado de Aquileya.* En dicha Iglesia se dejaron sentir los benéficos efectos de su celo, piedad e inteligencia. Carlomagno le pidió que asistiera a todos los grandes concilios de su tiempo, por remotos que fuesen los sitios en que se reunían, y el propio santo reunió un sínodo en Friuli, en 791 o 796, contra los errores que se iban propagando sobre el misterio de la Encarnación.

El más grave de esos errores era la herejía adopcionista: Félix, obispo de Urgel de Cataluña, profesaba que Cristo, en cuanto hombre, era simplemente hijo adoptivo de Dios. San Paulino escribió contra él una refutación que remitió a Carlomagno. El santo prelado no se ocupaba menos de la conversión de los paganos, que de la supresión de los errores, y predicó incansablemente el Evangelio a los idólatras de Carintia y Estiria que no habían abandonado la superstición. Al mismo tiempo, la conquista de los ávaros por Pepino había abierto un nuevo campo al celo del obispo. Muchos de los ávaros, evangelizados por los misioneros enviados por San Paulino y los obispos de Salzburgo, abrazaron la fe. El santo se oponía con todas sus fuerzas a que los bárbaros fuesen bautizados antes de haber sido suficientemente instruidos en la fe, y en general al abuso, tan común en aquellos tiempos, de imponérsela.

Cuando el duque de Friuli fue nombrado gobernador de las tribus de los hunos, a las que había recientemente conquistado, San Paulino escribió para él

*Para referencia de este título, ver en esta obra la nota correspondiente a Sn. Lorenzo Giustiniani, el 5 de septiembre.

una excelente "Exhortación", en la que urgía a buscar la perfección cristiana, le daba reglas sobre la práctica de la penitencia y remedios contra los diferentes vicios, especialmente contra el orgullo; le instruía además sobre el deseo de agradar a Dios en todas las acciones, sobre la oración y las disposiciones esenciales para ella, sobre la comunión, el cuidado de evitar las malas compañías y algunos otros puntos. El libro termina con una hermosa oración y la promesa del santo de pedir por la salvación del buen duque.

Las ardientes súplicas de San Paulino atraían constantes bendiciones del cielo sobre las almas que le habían sido confiadas. Alcuino le rogó que no se olvidase de implorar para él la divina misericordia, cada vez que ofreciera el santo sacrificio del altar. La vida de Paulino terminó con una santa muerte, el 11 de enero de 804.

Las obras de San Paulino fueron editadas por J. F. Madrisi, y se encuentran en Migne, PL., vol. XCIX, cc. 17-130; ver también *Acta Sanctorum,* 11 de enero; G. Giannoni, *Paulinus* II, *Patriarch von Aquileia* (1896); y DCB., vol. IV, pp. 246-248.

SAN AMADEO, Obispo de Lausana (1159 p.c.)

Amadeo era descendiente de la casa real de Franconia y había nacido en el castillo de Chatte del Delfinado en 1110. Cuando tenía ocho años, su padre, Amadeo de Clermont, señor de Hauterive, tomó el hábito religioso en la abadía cisterciense de Bonnevaux. El santo fue al mismo convento a proseguir su educación, pero al poco tiempo pasó, con su padre, a Cluny. Amadeo de Clermont volvió más tarde al austero convento cisterciense, en tanto que el joven sirvió durante algún tiempo en la corte del emperador Enrique V. Después tomó el hábito religioso en Claraval, donde vivió catorce años. En 1139, el abad de Hautecombe de Saboya se retiró del cargo, y San Bernardo nombró a San Amadeo para sustituirle. El monasterio había adoptado la reforma apenas cuatro años antes y sus finanzas se hallaban en un estado lamentable. San Amadeo animó a la comunidad a soportar gozosamente esas dificultades adicionales, y con una administración cuidadosa, logró sacar al monasterio del mal paso. En 1144, se vio obligado a aceptar, por orden del Papa Lucio II, la sede de Lausana, donde se encontró pronto envuelto en luchas con los nobles y fracasó en su intento de persuadir al emperador Conrado para que acudiese en ayuda del Papa contra Pierleone. Cuando Amadeo III, duque de Saboya, partió a la segunda Cruzada, San Amadeo fue nombrado corregente con Humberto, el hijo del duque. Cuatro años antes de su muerte, Federico Barbarroja le hizo canciller de Borgoña. Nicolás, el secretario de San Bernardo, habla en términos muy elogiosos de la virtud de este activo prelado. Su antiquísimo culto fue aprobado en 1910. Existen todavía muchos sermones del santo.

No parece haber ninguna vida contemporánea de San Amadeo, pero el resumen de los principales documentos biográficos se halla en obras como *Gallia Christiana,* vol. XV, pp. 346-348, y Manrique, *Annales Cistercienses,* año 1158. Un relato más moderno es el de la *Cistercienser-Chronik,* vol. XI (1891), pp. 50 ss., y vol. XXIII (1911), pp. 297 ss. Ver A. Dimier, *Amédé de Lausanne* (1949) en la colección *Figures monastiques.*

SAN JULIAN, Obispo de Cuenca (1208 p.c.)

Julián nació en Burgos, en 1127. A la muerte de sus padres, se retiró a

una choza vecina al monasterio de San Agustín de Burgos y no lejos de una ermita donde había vivido Santo Domingo de Silos. En aquella soledad se preparó durante largo tiempo a recibir la ordenación sacerdotal. Una vez consagrado sacerdote, salió a predicar por todas las provincias del reino de España con tanto celo, que, por doquier, obtenía extraordinarios éxitos. Su vida de santidad, su espíritu de oración, su fervor en la celebración del santo sacrificio, atrajeron las bendiciones de Dios sobre todas sus empresas.

Tenía más de sesenta años cuando el rey Alfonso IX, que acababa de reconquistar a los moros la ciudad de Cuenca, pensó en establecer ahí la sede de un obispado; su primer titular fue San Julián, que hasta entonces había sido archidiácono en Toledo. En su nueva dignidad de obispo, conservó los sentimientos de una profunda humildad; su vida, dedicada al apostolado, fue la admiración de todos. Vivía del trabajo de sus manos, de acuerdo con el ejemplo de los padres del desierto, y distribuía entre los pobres todas las ganancias de su obispado. Cada año, visitaba todas las parroquias de su diócesis y continuamente llevaba la palabra de Dios hasta las aldeas más pequeñas. A diario, daba de comer a numerosos pobres y les servía personalmente. Más de una vez, la Providencia proveyó a sus necesidades y le proporcionó milagrosamente los medios para hacer sus limosnas. Durante una epidemia que azotó a Cuenca, todos los que pudieron tocar un cestillo tejido por San Julián, quedaron curados al instante. Después de la muerte del santo, su cesto fue un remedio eficaz para graves males.

Al llegar a la edad de noventa años, San Julián fue presa de una grave enfermedad y, tan pronto como se sintió mal, anunció que era para morir. En consecuencia, se preparó a recibir la muerte con la gracia de los sacramentos y se tendió en el suelo, sobre un lecho de cenizas y una piedra por almohada. La Santísima Virgen se llegó hasta él con una lámpara encendida que dejó en sus manos, como símbolo de la castidad que Julián había observado. Murió el 28 de enero de 1208.

Numerosos milagros ocurrieron durante sus funerales. La Iglesia de Cuenca celebra la fiesta de San Julián con octava. Clemente VIII aprobó el oficio compuesto en su honor. Hubo una traslación de los restos de San Julián, el 11 de abril de 1518 y, en aquella ocasión, hubo muchas curaciones milagrosas; un canónigo de Cuenca registró hasta catorce en un solo día.

El dominico J. Marietta, compuso un resumen de la *Vida de San Julián de Cuenca*. Se le puede encontrar en *Acta Sanctorum*, 28 de enero.

SAN PEDRO TOMAS, Patriarca Titular de Constantinopla (1366 p.c.)

La carrera de San Pedro Tomás es una curiosa combinación de vocación religiosa y vida diplomática. Nació en 1305, de humilde linaje en la aldea de Salles, al sudoeste de Francia. A temprana edad entró en contacto con los carmelitas, quienes le recibieron gozosamente en el noviciado de Condom. En 1342, Pedro fue hecho procurador general de la orden. Este nombramiento le llevó a vivir en Aviñón que era entonces la residencia de los Papas, e indica que el santo tenía todas las cualidades de un hombre de negocios, no obstante sus elevados ideales de santidad. Su notable elocuencia le dio pronto a conocer; se

encomendó a él la oración fúnebre para Clemente VI. Se puede decir que, a partir de ese momento, aunque el santo conservó su sencillez de monje, consagró la vida a las negociaciones, como representante de la Santa Sede. Sería imposible describir aquí las complicadas circunstancias políticas que solicitaron su intervención; baste con decir que fue legado papal en negociaciones con Génova, Milán y Venecia. En 1354, fue consagrado obispo y representó al Papa en Milán, durante las ceremonias de la coronación del emperador Carlos IV como rey de Italia. De ahí pasó a Serbia y, más tarde, se le confió la misión de allanar las dificultades surgidas entre Venecia y Hungría. En un viaje a Constantinopla, recibió la orden de hacer un nuevo esfuerzo para obtener la reconciliación entre la Iglesia bizantina y la occidental.

Lo más sorprendente, por lo menos en nuestra época, es que Inocencio VI y Urbano V parecen haber puesto a Pedro Tomás al mando de expediciones de carácter claramente militar. En 1359, fue enviado a Constantinopla con un fuerte contingente de tropas y una buena cantidad de dinero, como "Legado Universal a la Iglesia de Oriente"; en 1365, fue de nuevo puesto, prácticamente, al mando de las fuerzas lanzadas al ataque de la infiel Alejandría. Esta expedición terminó desastrosamente. El legado papal fue alcanzado por varias flechas en el asalto. Tres meses después (6 de enero de 1366), murió en Chipre y como se dijo que la muerte le sobrevino como consecuencia de las heridas, se le honró como a un mártir.

Es probable que una de las razones por las que los Papas confiaron a San Pedro Tomás tantas misiones diplomáticas, haya sido su sentido de la economía, ya que la tesorería papal atravesaba entonces momentos muy críticos y el santo evitaba toda pompa y ostentación innecesarias. Por su parte hubiese deseado viajar del modo más humilde, y no hurtaba el cuerpo a las grandes austeridades que tales expediciones imponían, aun a los hombres más recios. Tampoco hemos de olvidar que, si bien sus biógrafos escriben en el tono poco crítico de un panegírico, todos están de acuerdo en proclamar su deseo de evangelizar a los pobres, su espíritu de oración y la confianza que su santidad inspiraba a todos. La biografía de Mézieres, que es nuestra fuente principal, no ofrece muchos detalles de tipo más íntimo; pero el mejor tributo a la impresión que el santo obispo producía en sus contemporáneos, consiste precisamente en el hecho de que Felipe Mézieres, que era un devoto cristiano y un eminente político, haya podido hablar de su amigo en términos tan elogiosos y desprovistos de toda envidia. Un decreto de la Santa Sede, de 1608, concedió a los carmelitas celebrar la fiesta de San Pedro Tomás, obispo y mártir; pero no ha habido hasta ahora canonización formal.

Ver *Acta Sanctorum*, 29 de enero; P. Daniel, *Vita S. Petri Thomae* (1666); Parraud, *Vie de St Pierre Thomas* (1859); B. J. Smet, en *The Life*... tomada de la biografía del P. de Mézieres (1954).

BEATO ANTONIO DE AMANDOLA (1350 P.C.)

PARECE que el Beato Antonio nació en las cercanías de Ascoli Piceno, hacia el año 1260. Entró en la Orden de San Agustín en 1306, el año de la muerte de San Nicolás de Tolentino, y esta lumbrera de la orden sirvió de ejemplo al beato Antonio durante toda su vida religiosa. El beato Antonio se distinguió por su paciencia y caridad hacia los pobres. A su intercesión se debieron nume-

rosos milagros. Murió en 1350, a los noventa años de edad aproximadamente. Su cuerpo descansa en Amándola y su fiesta se celebra, no sólo entre los agustinos, sino también en Ancona y los distritos circundantes.

Ver J. E. Stadler, *Heiligen-Lexikon* (1861).

BEATA MARIA DE PISA, Viuda (1431 p.c.)

La vida de esta beata es una prueba de que la santidad depende muy poco de las circunstancias externas. Prácticamente no existe ningún estado de vida que el espíritu interior no pueda santificar. En la beata María de Pisa encontramos el ejemplo de una sierva de Dios que se casó dos veces y tuvo muchos hijos, vivió varios años en el mundo como viuda y luego ingresó en un convento relajado; lo reformó, y por último, fundó una comunidad de observancia religiosa excepcional, en la que murió a edad muy avanzada, en olor de santidad.

La familia Mancini era una de las más distinguidas de Pisa, en una época muy agitada por las facciones políticas que prevalecían en las ciudades de Italia. Se cuenta que Catalina (María fue el nombre que tomó en religión) tuvo a los cinco años una experiencia mística extraordinaria. En un éxtasis o visión, presenció la tortura en el potro, de Pedro Gambacorta, que había sido acusado de conspirar y condenado a la horca por sus enemigos. La leyenda añade que Catalina oró con tal fervor al presenciar el suplicio, que la cuerda de la horca se rompió y los jueces conmutaron la pena de muerte. Después de esto, la Virgen se apareció a Catalina y le ordenó que dijese todos los días siete Padrenuestros y siete Avemarías, porque la bondad de Dios iba a sostenerla en los peligros. Catalina se casó a los doce años y tuvo dos hijos. Su primer esposo murió cuando la beata tenía dieciséis años. Cediendo a la presión de su familia, Catalina se casó por segunda vez. El nuevo matrimonio duró ocho años y de él nacieron cinco hijos. Catalina cuidó a su esposo durante su última enfermedad, que duró un año. Todos los hijos de la beata parecen haber muerto jóvenes.

La familia de Catalina intentó casarla por tercera vez, pero ella se opuso resueltamente y se entregó en alma y cuerpo a las obras de piedad y caridad. Convirtió su casa en hospital. Se cuenta que acostumbraba beber el vino con el que lavaba las llagas de los enfermos y que, en cierta ocasión experimentó tal dulzura al beber ese vino, haciendo fuerza a su naturaleza, que llegó a convencerse en su fuero interno de que el misterioso enfermo al que había atendido no era otro que el Salvador. En aquella época de su vida, Catalina estaba bajo la dirección de los dominicos, en cuya tercera orden había ingresado. Probablemente dichos religiosos le pusieron en contacto con Santa Catalina de Siena, y todavía se conserva una carta que esta santa escribió a "Monna Catarina e Monna Orsola ed altre donne di Pisa". En algunas ocasiones la beata tenía éxtasis en la calle. Sorprendida, una vez, por uno de tales éxtasis inesperados, fue coceada por una mula. Más tarde ingresó Catalina en el relajado convento dominicano de Santa Croce, con el objeto de restablecer en él la estricta observancia. Se cuenta que la beata consiguió reformarlo, pero que todavía aspiraba a una vida de mayor perfección. Así pues, junto con la Beata Clara Gambacorta, partió de Santa Croce a fundar otra comunidad en un convento, construido con esa mira por el padre de Clara, el mismo Pedro Gambacorta, por quien Sor María había orado. Dios bendijo la nueva

fundación, que se convirtió en un modelo de vida religiosa, famoso en toda Italia. Ahí murió la Beata María Mancini, el 22 de diciembre de 1431. Su culto fue aprobado en 1855.

Ver M. C. de Ganay, *Les Bienheureuses Dominicaines* (1913), pp. 237-250; y Procter, *Dominican Saints*, pp. 342-345.

BEATO JULIAN MAUNOIR (1683 P.C.)

No SE puede decir que los católicos de otras naciones ignoran la historia religiosa de Francia en el siglo XVII, pero es indudable que uno de los aspectos menos conocidos de esa historia es el trabajo de los misioneros en el interior del país. Todo el mundo está al tanto de las actividades de un monsieur Olier, en París, o de un San Vicente en todo el territorio francés; pero son mucho menos conocidas las actividades de un San Juan Eudes en Normandía, de un San Pedro Fourrier en Lorena, de un P. Juan Lejeune en el Limousin, el Languedoc y la Provenza, de un San Juan Francisco de Regis en Velai y Vivarés, y en general de todas las misiones de la Bretaña. Sin embargo, según opina Henri Brémond, estas últimas fueron las más fructuosas de todas y, ciertamente, las más pintorescas. Entre los misioneros de la Bretaña se destacan el benedictino Miguel Le Nobletz y el P. Julián Maunoir. Este había nacido en la diócesis de Reims en 1606 e ingresó en la Compañía de Jesús, en 1625.

Sin duda que se ha exagerado la impiedad y barbarie de los bretones de aquella época y la negligencia de su clero; pero eso no quita que fuesen extremadamente supersticiosos, brutales, turbulentos y al mismo tiempo, muy abiertos al mensaje evangélico. La región que produjo tantos piratas pendencieros fue también la tierra de Armelle Nicolás y de los calvarios barrocos y las estatuas de la Baja Bretaña. Los místicos abrieron el camino a los misioneros. Y el P. Bernard, S. J., y Dom Le Nobletz, atrajeron la atención de Julián Maunoir hacia ese campo y le aconsejaron que aprendiese el idioma bretón. El P. Maunoir llegó a dominarlo en brevísimo tiempo.

Hay ciertas analogías entre la Bretaña católica y las regiones protestantes de Gales y Cornwall. A propósito de las misiones bretonas, Henri Brémond usa la palabra inglesa "revival" (renovación), y hace mención de Bunyan y del "Pilgrim's Progress". El historiador anglicano de las misiones de Cornwall, el difunto canónigo Gilbert Doble, tituló su corta biografía de Julián Maunoir "El John Wesley de la Bretaña". Es muy instructiva la comparación entre la biografía del P. Maunoir, escrita por Séjourné, y el "Diario" de John Wesley, así como la comparación entre este "Diario" y el del beato Julián Maunoir.

Cuando el P. Maunoir empezó a trabajar en la Bretaña, en 1640, había sólo otros dos misioneros. A su muerte, ocurrida cuarenta y tres años más tarde, había más de mil. Renán habría de quejarse, más tarde, de que sus antepasados habían sido "jesuitizados" y desnacionalizados por los misioneros procedentes de otras regiones de Francia. La realidad es que hubo apenas un puñado de jesuitas, de los que la mayoría eran bretones, y un fuerte contingente del clero bretón que cooperó con los padres de la Compañía y se sometió espontáneamente a la rigurosa disciplina que les impuso el P. Maunoir. Por lo demás, la técnica del trabajo misional había sido ideada por un bretón no jesuita, Miguel Le Nobletz, a quien se ha llamado "el último de los bardos".

La tarea consistía, ante todo, en la instrucción religiosa; "la predicación emocional", capaz de arrastrar a las multitudes en un momento dado, sólo se empleó como instrumento secundario. Los misioneros se ayudaban en su tarea con imágenes en colores, algunas de las cuales se conservan todavía en la biblioteca de Quimper. Se trataba de ilustraciones de la Pasión, del Padrenuestro, de los pecados capitales, etc., bajo las diferentes alegorías del Caballero Errante, de las Seis Ciudades de Refugio, de Los Tres Arboles ... Con esto, se despertaba la imaginación popular y las cualidades poéticas del espíritu humano. Las imágenes, la vividez y el sentido del humor de los comentarios hechos por los misioneros es lo que hacía pensar a Henri Brémond en Bunyan. Pero además, había representaciones con cuadros plásticos vivientes. De ahí se originaron las famosas procesiones en las que se representaba, por ejemplo, la Pasión del Señor. El P. Maunoir predicaba y los actores encarnaban su palabra, en tanto que "los oyentes sollozaban de emoción". Algunos se quejaron de la emotividad de tales actos, pero los obispos bretones apoyaron al misionero.

Otro de los métodos era el empleo de cantos religiosos, de los cuales algunos eran ya tradicionales y otros habían sido compuestos por el mismo P. Maunoir. Probablemente sólo nos ha quedado uno, tal como él lo escribió, y debe confesarse que en la traducción del bretón al francés, pierde mucho de su gracia original. Lo cierto es que Julián tenía el don de versificar con gran sentimiento y que los cánticos religiosos constituían un factor importante en las misiones bretonas. Al empleo del idioma local se añadía la devoción a los santos bretones de la antigüedad. La región de St. Corentin, en la diócesis de Quimper, fue el campo predilecto del P. Maunoir.

Como la leyenda de los santos celtas está llena de milagros —algunos de ellos conmovedores, otros fantásticos y aun poco edificantes entre los realmente convincentes—, así la evangelización llevada a cabo por Julián, fue apoyada por numerosos milagros y prodigios. El P. Boschet, S. J., que escribió la primera biografía del beato en 1697, había estudiado una narración de sus milagros; su comentario fue el siguiente: "Me parecieron tan extraordinarios que no pude por menos que sospechar que el autor había exagerado la realidad para glorificar al siervo de Dios". Sin embargo, después de haber hecho investigaciones detenidas, el escepticismo del P. Boschet disminuyó mucho. ¿Por qué sorprenderse de que la renovación del Cristianismo en Bretaña haya sido confirmada con milagros semejantes a los que acompañaron su introducción en el mundo? Desde el punto de vista humano, el P. Maunoir no era especialmente inteligente y tenía cierta tendencia a la credulidad; pero era, a la vez, un verdadero jefe que se hacía obedecer, un organizador de primera talla y un hombre de gran visión. Buena parte del éxito de sus misiones se debe a que las dirigió tanto a los pastores, como a las ovejas. El puntero para comentar las imágenes, se convirtió en el arma distintiva de sus misioneros y en un símbolo del dedo que señalaba el camino.

Durante los Ejercicios Espirituales que precedieron a su ordenación, Julián de Maunoir escribió, acabando de comulgar: "Sentí un celo extraordinario por la salvación de las almas y un gran deseo de trabajar por ellas con todos los medios posibles. La voz del Señor repetía en mi corazón: 'Yo trabajé, lloré, sufrí y morí por ellas'." Estas palabras resumen la vida de Julián. Después de su muerte, ocurrida en Plévin de Cournouaille, el 28 de enero de 1683, los

peregrinos acudieron en masa a besar aquellos pies que habían viajado por toda la Bretaña y llevaron hasta sus últimos rincones el mensaje envangélico. Fue beatificado por Pío XII el 20 de mayo de 1951.

Ver F. Boschet, *Le parfait missionnaire* (1697); X. A. Séjourné, *Histoire de... Julien Maunoir* (1895); H. Brémond, *Histoire litéraire du sentiment réligieux en France...*, t. v., pp. 82-117; H. Pourrat, *La spiritualité chrétienne,* t. IV, p. 122; y G. H. Doble, en *Pax,* núm. 85 (1927), pp. 318-329. Ver también H. de Gouvello, *Le vénérable Michel le Nobletz* (1898).

BIENAVENTURADO CARLOMAGNO (814 P.C.)

La biografía de Carlomagno (nació en 742; fue rey de los francos desde 786 y primer emperador del Sacro Imperio Romano en 800; murió en 814), forma parte de la historia general, y resulta un tanto sorprendente encontrar su nombre en un libro de la vida de los santos. No parece que se le haya tributado ningún culto antes del año 1166, época en que empezó a introducirse, bajo los siniestros auspicios de Federico Barbarroja. El antipapa Guido de Crema (Pascual III) sancionó dicho culto. Es digno de notarse que Santa Juana de Arco asociaba a "San Carlomagno" en su devoción a San Luis de Francia, y que en 1475, la fiesta de Carlomagno empezó a serlo de obligación en toda Francia. Próspero Lambartini, que fue más tarde Benedicto XIV, discute el punto con cierta extensión en su obra sobre la beatificación y canonización, y concluye diciendo que puede atribuirse con justicia el título de bienaventurado a tan gran defensor de la Iglesia y del Papado. Sin embargo, en la actualidad sólo celebran la fiesta de Carlomagno la diócesis de Aquisgrán y dos abadías suizas.

La fuente principal para conocer al Carlomagno íntimo es la biografía escrita por su contemporáneo y amigo Einardo; la mejor edición de ella es la de G. Waitz, en MGH., *Scriptores,* vol. II. Ver también *Acta Sanctorum,* 28 de enero, y las largas discusiones sobre los puntos controvertidos, en DAC., vol. III, donde se encontrarán referencias bibliográficas muy completas. Cf. las anotaciones que hace E. Amann sobre el carácter de Carlomagno, en Fliche Martin, *Histoire de l'Eglise,* vol. VI, p. 200, y R. Folz, *Etudes sur le culte liturgique de Charlemagne...* (1951).

29: SAN FRANCISCO DE SALES, Obispo de Ginebra y Doctor de la Iglesia, Cofundador de la Congregación de la Visitación (1622 P.C.)

San Francisco nació en el castillo de Sales, en Saboya, el 21 de agosto de 1567. Al día siguiente, fue bautizado en la iglesia parroquial de Thorens, con el nombre de Francisco Buenaventura. San Francisco de Asís había de ser su patrono durante toda la vida. El cuarto en que nació San Francisco de Sales se llamaba "el cuarto de San Francisco", porque había en él una imagen del "Poverello" predicando a los pájaros y a los peces. Francisco de Sales fue muy frágil y delicado en sus primeros años, debido a su nacimiento prematuro; pero, gracias al cuidado que tuvo de su salud, se fue fortaleciendo con los años, de suerte que, si bien nunca fue robusto, pudo desplegar una enérgica actividad durante su vida. La madre del santo se encargó de su educación, ayudada por el P. Déage, quien fue tutor de Francisco y le acompañó

en todos los viajes de sus primeros años. Durante su infancia se distinguió por su obediencia y sentido de responsabilidad, y parece haber sido muy amante de la lectura. A los ocho años entró al colegio de Annecy donde hizo su primera comunión. En la iglesia de Santo Domingo (actualmente San Mauricio), recibió la confirmación y, un año más tarde, la tonsura. Un gran deseo de consagrarse a Dios consumía al joven, que había cifrado en ello la realización de su ideal; pero su padre (que al casarse había tomado el nombre de Boisy) tenía destinado a su primogénito a una carrera secular, sin preocuparse de sus inclinaciones. A los catorce años, Francisco fue a estudiar a la Universidad de París que, con sus cincuenta y cuatro colegios, era uno de los grandes centros de enseñanza de la época. Su padre le había enviado al Colegio de Navarra, a donde iban los hijos de las familias nobles de Saboya; pero Francisco, que temía por su vocación, consiguió que consintiera en dejarle ir al Colegio de Clermont, dirigido por los jesuitas y conocido por la piedad y el amor a la ciencia que reinaban en él. Acompañado por el P. Déage, Francisco se instaló en el Hotel de la Rosa Blanca de la calle de St. Jacques, a unos pasos del Colegio de Clermont.

Pronto se distinguió en retórica y en filosofía; después se entregó apasionadamente al estudio de la teología. Para dar gusto a su padre, tomó también lecciones de equitación, danza y esgrima, pero sin poner en ello gran empeño. Cada día estaba más decidido a consagrarse a Dios y acabó por hacer voto de castidad perpetua, poniéndose bajo la protección de la Santísima Virgen. Pero no por ello le faltaron las pruebas. Hacia los dieciocho años le asaltó una angustiosa tentación de desesperación. El amor de Dios había sido siempre lo más importante para él, y tenía la impresión de haber perdido la gracia divina y estaba destinado a odiar eternamente a Dios junto con los condenados. Esa obsesión le perseguía día y noche, y su salud empezó a resentirse. Finalmente, un acto heroico de amor de Dios le salvó de la tentación: "¡Señor, —gritó el santo— haz que jamás blasfeme yo de Tu nombre, aun en el caso de que no esté predestinado a verte en el cielo! ¡Y si no he de amarte en el otro mundo, porque en el infierno los condenados no te alaban, concédeme que, por lo menos, en esta vida te ame con todas mis fuerzas!" Inmediatamente después, cuando se hallaba todavía arrodillado ante su imagen favorita de Nuestra Señora, en la iglesia de St. Etienne des Grés, recitando humildemente el "Acordáos", el temor y la desesperación se esfumaron y una gran paz invadió su alma. Esta prueba le enseñó a comprender y tratar con bondad a quienes sufrían de tentaciones y dificultades espirituales.

A los veinticuatro años, Francisco obtuvo el doctorado en leyes en Padua, y fue a reunirse con su familia en el castillo de Thuille, a orillas del lago de Annecy. Ahí llevó durante dieciocho meses, por lo menos en apariencia, la vida ordinaria de un joven de la nobleza. El padre de Francisco tenía gran deseo de que su hijo se casara cuanto antes y había escogido para él a una encantadora muchacha, heredera de una de las familias del lugar. Sin embargo, el trato cortés, pero distante, de Francisco hicieron pronto comprender a la joven que éste no estaba dispuesto a secundar los deseos de su padre. El santo declinó, por la misma razón, la dignidad de miembro del senado que le había sido propuesta, a pesar de su juventud. Hasta entonces Francisco sólo había confiado a su madre a su primo Luis de Sales y a algunos amigos íntimos, su deseo de consagrarse al servicio de Dios. Pero había llegado el momento de hablar de ello

con su padre. El Sr. de Boisy lamentaba que su hijo se negara a aceptar el puesto en el senado y que no hubiese querido casarse, pero ello no le había hecho sospechar, ni por un momento, que Francisco pensara en hacerse sacerdote. La muerte del deán del capítulo de Ginebra hizo pensar al canónigo Luis de Sales en la posibilidad de nombrar a Francisco para sustituirle, lo cual haría menos duro el golpe para el padre del santo. Con la ayuda de Claudio de Granier, obispo de Ginebra, pero sin consultar a ningún miembro de la familia, el canónigo explicó el asunto al Papa, quien debía hacer el nombramiento y, a vuelta de correo, llegó la respuesta del Sumo Pontífice que daba a Francisco el puesto. Este quedó muy sorprendido ante la dignidad con que le distinguía el Papa, pero se resignó a aceptar ese honor que no había buscado, con la esperanza de que su padre accedería así más fácilmente a su ordenación. Pero el Sr. de Boisy era un hombre muy decidido, con el principio de que sus hijos debían una obediencia absoluta a sus deseos, y Francisco tuvo que recurrir a toda su respetuosa paciencia y su poder de persuasión para convencerle de que debía ceder. Por fin vistió la sotana el día mismo en que obtuvo el consentimiento de su padre, y fue ordenado sacerdote seis meses después, el 18 de diciembre de 1593. A partir de ese momento, se entregó al cumplimiento de sus nuevos deberes con un celo que nunca decayó. Ejercitaba los ministerios sacerdotales entre los pobres, con especial cariño; sus penitentes predilectos eran los de cuna humilde. Su predicación no se limitó a Annecy únicamente, sino a muchas otras ciudades. Hablaba con palabras tan sencillas, que los oyentes le escuchaban encantados, pues no había en sus sermones todo ese ornato de citas griegas y latinas tan común en aquellos tiempos, a pesar de que Francisco era doctor. Pero Dios tenía destinado al santo a emprender, en breve, un trabajo mucho más difícil.

Las condiciones religiosas de los habitantes del Chablais, en la costa sur del lago de Ginebra, eran deplorables debido a los constantes ataques de los ejércitos protestantes, y el duque de Saboya rogó al obispo Claudio de Granier que mandase algunos misioneros a evangelizar de nuevo la región. El obispo envió un sacerdote a Thonon, capital del Chablais; pero sus intentos fracasaron. El enviado tuvo que retirarse muy pronto. Entonces el obispo presentó el asunto a la consideración de su capítulo, sin ocultar sus dificultades y peligros. De todos los presentes, el deán fue quien mejor comprendió la gravedad del problema, y se ofreció a desempeñar ese duro trabajo, diciendo sencillamente: "Señor, si creéis que yo pueda ser útil en esa misión, dadme la orden de ir, que yo estoy pronto a obedecer y me consideraré dichoso de haber sido elegido para ella". El obispo aceptó al punto, con gran alegría de Francisco. Pero el señor de Boisy veía las cosas de distinta manera, y se dirigió a Annecy para impedir lo que él llamaba "una especie de locura". Según él, la misión equivalía a enviar a su hijo a la muerte. Arrodillándose, a los pies del obispo, le dijo: "Señor, yo permití que mi primogénito, la esperanza de mi casa, de mi avanzada edad y de mi vida, se consagrara al servicio de la Iglesia; pero yo quiero que sea un confesor y no un mártir". Cuando el obispo, impresionado por el dolor y las súplicas de su amigo, se disponía a ceder, el mismo Francisco le rogó que se mantuviese firme: "¿Vais a hacerme indigno del Reino de los Cielos?" —preguntó— "Yo he puesto ya mi mano en el arado, no me hagáis volver atrás".

El obispo empleó todos los argumentos posibles para disuadir al Sr. de

Boisy, pero éste se despidió con las siguientes palabras: "No quiero oponerme a la voluntad de Dios, pero tampoco quiero ser el asesino de mi hijo permitiendo su participación en esta empresa descabellada. Que Dios haga lo que su Providencia le dicte, pero yo jamás autorizaré esta misión".

Francisco tuvo que emprender el viaje, sin la bendición de su padre, el 14 de septiembre de 1594, día de la Santa Cruz. Partió a pie, acompañado solamente por su primo, el canónigo Luis de Sales, a la reconquista del Chablais.

El gobernador de la provincia se había hecho fuerte con un piquete de soldados en el castillo de Allinges, donde los dos misioneros se las ingeniaron para pasar las noches a fin de evitar sorpresas desagradables. En Thonon quedaban apenas unos veinte católicos, a quienes el miedo impedía profesar abiertamente sus creencias. Francisco entró en contacto con ellos y les exhortó a perseverar valientemente. Los misioneros predicaban todos los días en Thonon, y poco a poco, fueron extendiendo sus fuerzas a las regiones circundantes. El camino al castillo de Allinges, que estaban obligados a recorrer, ofrecía muchas dificultades y, particularmente en invierno, resultaba peligroso. Una noche, Francisco fue atacado por los lobos y tuvo que trepar a un árbol y permanecer ahí en vela para escapar con vida. A la mañana siguiente, unos campesinos le encontraron en tan lastimoso estado que, de no haberle trasportado a su casa para darle de comer y hacerle entrar en calor, el santo habría muerto seguramente. Los buenos campesinos eran calvinistas. Francisco les dio las gracias en términos tan llenos de caridad, que se hizo amigo de ellos y muy pronto los convirtió al catolicismo. En el mes de enero de 1595, un grupo de asesinos se puso al acecho de Francisco en dos ocasiones, pero el cielo preservó la vida del santo en forma casi milagrosa.

El tiempo pasaba y el fruto del trabajo de los misioneros era muy escaso. Por otra parte, el Sr. de Boisy enviaba constantemente cartas a su hijo, rogándole y ordenándole que abandonase aquella misión desesperada. Francisco respondía siempre que si su obispo no le daba una orden formal de volver, no abandonaría su puesto. El santo escribía a un amigo de Evián en estos términos: "Estamos apenas en los comienzos. Estoy decidido a seguir adelante con valor, y mi esperanza contra toda esperanza está puesta en Dios". San Francisco hacía todos los intentos para tocar los corazones y las mentes del pueblo. Con ese objeto, empezó a escribir una serie de panfletos en los que exponía la doctrina de la Iglesia y refutaba la de los calvinistas. Aquellos escritos, redactados en plena batalla, que el santo hacía copiar a mano por los fieles, para distribuirlos, formarían más tarde el volumen de las "controversias". Los originales se conservan todavía en el convento de la Visitación de Annecy. Así empezó la carrera de escritor de San Francisco de Sales, que a este trabajo añadía el cuidado espiritual de los soldados de la guarnición del castillo de Allinges, que eran católicos de nombre y formaban una tropa ignorante y disoluta. En el verano de 1595, cuando San Francisco se dirigía al monte Voiron a restaurar un oratorio de Nuestra Señora, destruido por los habitantes de Berna, una multitud se echó sobre él, después de insultarle, y le maltrató. Poco a poco el auditorio de sus sermones en Thonon fue más numeroso, al tiempo que los panfletos hacían efecto en el pueblo. Por otra parte, aquellas gentes sencillas admiraban la paciencia del santo en las dificultades y persecuciones, y le otorgaban sus simpatías. El número de conversiones empezó a aumentar y llegó a formarse una corriente continua de apóstatas que volvían a reconciliarse

con la Iglesia.

Cuando el obispo Granier fue a visitar la misión, tres o cuatro años más tarde, los frutos de la abnegación y celo de San Francisco de Sales eran visibles. Muchos católicos salieron a recibir al obispo, quien pudo administrar una buena cantidad de confirmaciones, y aun presidir la adoración de las cuarenta horas, lo que habría sido inconcebible unos años antes, en Thonon. San Francisco había restablecido la fe católica en la provincia y merecía, en justicia, el título de "Apóstol del Chablais". Mario Besson, un posterior obispo de Ginebra ha resumido la obra apostólica de su predecesor en una frase del mismo San Francisco de Sales a Santa Juana de Chantal: "Yo he repetido con frecuencia que la mejor manera de predicar contra los herejes es el amor, aun sin decir una sola palabra de refutación contra sus doctrinas". El mismo obispo Mons. Besson, cita al cardenal du Perron: "Estoy convencido de que, con la ayuda divina, la ciencia que Dios me ha dado es suficiente para demostrar que los herejes están en el error; pero si lo que queréis es convertirles, llevadles al obispo de Ginebra, porque Dios le ha dado la gracia de convertir a cuantos se le acercan".

Mons. de Granier, quien siempre había visto en Francisco un posible coadjutor y sucesor, pensó que había llegado el momento de poner en obra sus proyectos. El santo se negó a aceptar, al principio, pero finalmente se rindió a las súplicas de su obispo, sometiéndose a lo que consideraba como una manifestación de la voluntad de Dios. Al poco tiempo, le atacó una grave enfermedad que le puso entre la vida y la muerte. Al restablecerse fue a Roma, donde el Papa Clemente VIII, que había oído muchas alabanzas sobre la virtud y cualidades del joven deán, pidió que se sometiese a un examen en su presencia. El día señalado se reunieron muchos teólogos y sabios. El mismo Sumo Pontífice, así como Baronio, Belarmino, el cardenal Federico Borromeo (primo de San Carlos) y otros, interrogaron al santo sobre treinta y cinco puntos difíciles de teología. San Francisco respondió con sencillez y modestia, pero sin ocultar su ciencia. El Papa confirmó su nombramiento de coadjutor de Ginebra, y Francisco volvió a su diócesis, a trabajar con mayor ahinco y energía que nunca. En 1602 fue a París donde le invitaron a predicar en la capilla real, que pronto resultó pequeña para la multitud que acudía a oír la palabra del santo, tan sencilla, tan conmovedora y tan valiente. Enrique IV concibió una gran estima por el coadjutor de Ginebra y trató en vano de retenerle en Francia. Años más tarde, cuando San Francisco de Sales fue de nuevo a París, el rey redobló sus instancias; pero el joven obispo se rehusó a cambiar su diócesis de la montaña, su "pobre esposa", como él la llamaba, por la importante diócesis —la "esposa rica"— que el rey le ofrecía. Enrique IV exclamó: "El obispo de Ginebra tiene todas las virtudes, sin un solo defecto".

A la muerte de Claudio de Granier, acaecida en el otoño de 1602, Francisco le sucedió en el gobierno de la diócesis. Fijó su residencia en Annecy, donde organizó su casa con la más estricta economía, y se consagró a sus deberes pastorales con enorme generosidad y devoción. Además del trabajo administrativo, que llevaba hasta en los menores detalles del gobierno de su diócesis, el santo encontraba todavía tiempo para predicar y confesar con infatigable celo. Organizó la enseñanza del catecismo; él mismo se encargaba de la instrucción en Annecy, y lo hacía en forma tan interesante y fervorosa, que las gentes del lugar recordaban todavía, muchos años después de su muerte, "el catecis-

mo del obispo". La generosidad y caridad, la humildad y clemencia del santo eran inagotables. En su trato con las almas fue siempre bondadoso, sin caer en la debilidad; pero sabía emplear la firmeza cuando no bastaba la bondad. En su maravilloso "tratado del amor de Dios", escribió: "La medida del amor es amar sin medida". Y supo vivir sus palabras. Con su abundante correspondencia alentó y guió a innumerables personas que necesitaban de su ayuda. Entre los que dirigía espiritualmente, Santa Juana Francisca de Chantal ocupa un sitio especial. San Francisco la conoció en 1604, cuando predicaba un sermón de cuaresma en Dijón. La fundación de la Congregación de la Visitación, en 1610, fue el resultado del encuentro de los dos santos. La "Introducción a la Vida Devota" nació de las notas que el santo conservaba de las instrucciones y consejos enviados a su prima política, la Sra. de Chamoisy, que se había confiado a su dirección. San Francisco se decidió, en 1608, a publicar dichas notas, con algunas adiciones. El libro fue recibido como una de las obras maestras de la ascética, y pronto se tradujo a muchos idiomas. En 1610, Francisco de Sales tuvo la pena de perder a su madre (su padre había muerto nueve años antes). El santo escribió más tarde a Santa Juana de Chantal: "Mi corazón estaba desgarrado y lloré por mi buena madre como nunca había llorado, desde que soy sacerdote". San Francisco había de sobrevivir nueve años a su madre, nueve años de inagotable trabajo.

En 1622, el duque de Saboya, que iba a ver a Luis XIII en Aviñón, invitó al santo a reunírseles en aquella ciudad. Movido por el deseo de conseguir ciertos privilegios para la parte francesa de su diócesis, el obispo aceptó al punto la invitación, aunque arriesgaba su débil salud en un viaje tan largo, en pleno invierno. Pero parece que el santo presentía que su fin se acercaba. Antes de partir de Annecy puso en orden todos los asuntos, y emprendió el viaje, como si no tuviera esperanza de volver a ver a su grey. En Aviñón hizo todo lo posible por llevar su acostumbrada vida de austeridad; pero las multitudes se apiñaban para verle y todas las comunidades religiosas querían que el santo obispo les predicara. En el viaje de regreso, San Francisco se detuvo en Lyon, hospedándose en la casita del jardinero del convento de la Visitación. Aunque estaba muy fatigado, pasó un mes entero atendiendo a las religiosas. Una de ellas le rogó que le dijese qué virtud debía practicar especialmente; el santo escribió en una hoja de papel, con grandes letras: "Humildad". Durante el Adviento y la Navidad, bajo los rigores de un crudo invierno, prosiguió su viaje, predicando y administrando los sacramentos a todo el que se lo pidiera. El día de San Juan le sobrevino una parálisis; pero recuperó la palabra y el pleno conocimiento. Con admirable paciencia, soportó las penosas curaciones que se le administraron con la intención de prolongarle la vida, pero que no hicieron más que acortársela. En su lecho repetía: *Exspectans exspectavi Dominum et intendit mihi, et exaudivit preces meas, et eduxit me de lacu miseriae et de luto faecis*: "Puse toda mi esperanza en el Señor, y me oyó y escuchó mis súplicas y me sacó del foso de la miseria y del pantano de la inquidad". En el último momento, apretando la mano de uno de los que le asistían solícitamente murmuró: "*Advesperascit et inclinata est jam dies*": "Empieza a anochecer y el día se va alejando". Su última palabra fue el nombre de Jesús. Mientras los circunstantes recitaban de rodillas las letanías de los agonizantes, San Francisco expiró dulcemente, a los cincuenta y seis años de edad.

La beatificación de San Francisco de Sales fue la primera llevada a cabo

con solemnidad en San Pedro de Roma. La canonización tuvo lugar en la misma basílica, tres años después. La fiesta del santo se celebra el 29 de enero, día de la translación de sus restos al convento de la Visitación de Annecy. En 1877 fue declarado Doctor de la Iglesia, y el Papa Pío XI le nombró patrono de los periodistas. Cuando San Francisco murió, un sacerdote llamado Vicente de Paul vivía en París. El santo obispo le había confiado el cuidado del primer convento de la Visitación. San Vicente dijo de San Francisco: "El siervo de Dios se conformaba de tal modo al molde que Dios le había fijado, que muchas veces me pregunté admirado cómo una criatura podía alcanzar tan alto grado de perfección, dada la fragilidad de nuestra naturaleza... Meditando sus palabras me he sentido tan lleno de admiración, que creo que Francisco de Sales es el hombre que ha reproducido más fielmente sobre la tierra el amor del Hijo de Dios".

Algunas personas, considerando que el santo era demasiado indulgente con los pecadores, se lo dijeron francamente cierta vez. El obispo respondió: "Si existiera una virtud más alta que la bondad, Dios nos la habría enseñado. Pues bien, a nada nos exhortó tanto Jesucristo como a ser mansos y humildes de corazón. ¿Por qué os oponéis a que obedezca al mandato de mi Señor? ¿Quién mejor que Dios puede indicarnos el camino en este punto?" La ternura de San Francisco se mostraba especialmente con los apóstatas y los pecadores. Cuando esos pródigos volvían a la casa paterna, el santo les acogía con la bondad de un padre, diciéndoles: "Dios y yo estamos dispuestos a ayudaros. Todo lo que os pido es que no desesperéis; del resto yo me encargo". Su solicitud por ellos se extendía también a sus dificultades materiales, y les abría su bolsa tan ampliamente como su corazón. Como algunos murmurasen de que eso alentaba a los pecadores en sus malos hábitos, el santo respondió: "¿No forman acaso parte de mi grey? ¿O acaso el Señor no derramó su sangre por ellos? Estos lobos se transformarán en mansos corderos y un día valdrán más ante los ojos de Dios que todos nosotros. Si Dios no hubiese usado de misericordia con Saulo, San Pablo no existiría".

Existe un material inmenso sobre la vida de San Francisco de Sales. En el siglo XVII aparecieron numerosas biografías, dos de ellas, apenas un par de años después de la muerte del santo. Sus propias obras, especialmente sus cartas, constituyen una mina inagotable de información. Ver la gran edición de Annecy, preparada por las religiosas de la Visitación, bajo la dirección del benedictino inglés Dom Mackey, y más tarde, bajo la dirección del P. Navatel y otros. *L'esprit de St. François de Sales*, de Mons. Camus, alcanzó inmensa popularidad desde la primera edición en 1641, y ha sido traducido a muchos idiomas; ver también *St. Francis de Sales* (1937) de M. Mueller. Las más completas biografías modernas son la del P. Hamon y la de Mons. W. G. Trochu. Existe un estudio en francés sobre San Francisco de Sales, *Maestro de Perfección*, del canónigo J. Leclercq (1948). Entre las obras de lectura fácil se cuentan la de M. M. Maxwell Scott, *St. Francis de Sales and his friends*, y la *Vida* de Margerie. Dos escritores anglicanos han escrito sobre el santo: H. L. Farrer (Mrs. Lear), *Life* (1872) y E. K. Sanders (1928).

SAN SABINIANO, Mártir (Fecha desconocida)

El Martirologio Romano conmemora a San Sabiniano en este día y la diócesis de Troyes le venera como primer apóstol y mártir de la ciudad del mismo nombre. Existen tres "actas" de San Sabiniano y su martirio, ninguna de las cuales tiene valor histórico. Se cuenta que Sabiniano nació en la isla de Samos; que se convirtió al cristianismo, leyendo la Biblia; que fue a predicar

el Evangelio en la Galia, antes de ser bautizado; que recibió el bautismo directamente del cielo (ya que una voz sobrenatural pronunció las palabras sacramentales), que fue hecho prisionero por haber efectuado numerosas conversiones, y que compareció valerosamente ante el emperador Aureliano. Tras una serie de incidentes milagrosos, como por ejemplo el de que el fuego no le consumió y que las flechas no le atravesaron, fue finalmente decapitado por la espada. No parece haber ninguna tradición primitiva en apoyo de su culto, de suerte que lo único que podemos afirmar es que un mártir llamado Sabiniano murió probablemente en Troyes, víctima de una de las primeras persecuciones.

Ver *Acta Sanctorum*, 29 de enero; E. Defer, *Vie des saints du diocéses de Troyes*, pp. 27-36; *Analecta Bollandiana*, vol. IV (1885), pp. 139-156.

SAN SULPICIO SEVERO, Obispo de Bourges (591 p.c.)

No parece que haya razón suficiente para creer que este santo obispo se llamase realmente Severo. San Gregorio de Tours, quien nos da el dato de su nombramiento a la sede de Tours (584) en vez de otros candidatos simoníacos, habla de San Sulpicio con gran respeto y nos dice que convocó un concilio provincial en Auvernia. El santo tomó también parte en el Concilio de Maçon, en 585. El apodo de "Severo" tenía probablemente por finalidad distinguirle del otro San Sulpicio de Bourges, a quien se llamó Sulpicio Pío. Sin embargo, la conmemoración que hace el Martirologio Romano en este día se refiere indudablemente a nuestro santo. Los martirologios primitivos le confunden frecuentemente con el escritor Sulpicio Severo.

Ver *Acta Sanctorum*, 29 de enero; y Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. I, pp. 28-29. Alban Butler atribuye el título de santo al escritor Sulpicio Severo, pero no existen pruebas suficientes en apoyo de tal atribución. Los bolandistas, que mencionan al escritor Sulpicio Severo en su relato sobre el obispo de Bourges, hacen notar que la inclusión del primero en el Martirologio Romano se debió a una confusión.

30: SANTA MARTINA, Virgen y Mártir (Fecha desconocida)

EL CALENDARIO general de la Iglesia de occidente conmemora el día de hoy a Santa Martina, y su nombre encabeza el 30 de enero, en el Martirologio Romano. En la referencia más larga del 1° de enero, el Martirologio Romano nos dice que la santa fue sometida a muchos tormentos y finalmente decapitada en Roma, bajo el emperador Alejandro (Severo 222-235). Alban Butler afirma con razón, que existía en Roma una capilla consagrada a Santa Martina, a la que los peregrinos acudían con gran devoción, en el siglo VII. También afirma que las reliquias de la santa fueron descubiertas en una bóveda en ruinas de su antigua iglesia y que, en 1634, fueron trasladadas a la nueva iglesia que el Papa Urbano VIII había construido en su honor. Según dicho autor, el mismo Papa compuso los himnos de santa Martina para el breviario, y afirma que la ciudad de Roma la considera como una de sus patronas particulares.

A pesar de esas afirmaciones, la existencia histórica de Santa Martina es dudosa. Los documentos más antiguos dicen que fue martirizada en Roma, pero

no hay ninguna tradición primitiva que mencione ese hecho. Las "actas" están llenas de milagros extravagantes en extremo, como por ejemplo, que al golpe del verdugo brotó del cuerpo de la santa, leche en vez de sangre. Lo único seguro es que, como se ha hecho notar desde antiguo, esos milagros se parecen extraordinariamente a los que han sido atribuidos a Santa Tatiana y a Santa Prisca. Pío Franchi de Cavalieri ha demostrado, con gran probabilidad de estar en lo cierto, que dichos milagros son apócrifos, que fueron primeramente atribuidos a Santa Tatiana y que los autores de las "actas" de Santa Prisca y Santa Martina no hicieron más que copiarlos.

Ver Pío Franchi de Cavalieri, en *Römische Quartalschrift*, vol. XVII (1903), pp. 222-236; y *Analecta Bollandiana*, vol. XXIII (1904), pp. 344-345. Las "*actas*" de Santa Martina fueron publicadas por los bolandistas, 1 de enero. Cf. también Marucchi, *Le Forum Romain et le Palatin* (1925), pp. 246-248.

SAN BARSIMEO, OBISPO DE EDESA (¿250? P.C.)

EN ESTE día leemos en el Martirologio Romano: "En Edesa de Siria, la conmemoración de San Barsimeo, Obispo, el cual, después de haber convertido a muchos gentiles a la fe y de haberles enviado por delante a recibir la corona de los mártires, les siguió con la palma del martirio, bajo el Emperador Trajano". Alban Butler nos dice en su corto artículo, que Barsimeo fue el tercer obispo de Edesa, después de San Tadeo, quien había sido uno de los setenta y dos discípulos del Señor. El mismo autor añade que el martirio tuvo lugar en Edesa, bajo el gobierno de Lisias, cuando Trajano cruzó el Eufrates y conquistó la Mesopotamia, en 114. Rubens Duval, en un estudio sobre las actas sirias de Sharbil y Barsamja, publicado en el *Journal Asiatique* de 1889, ha demostrado que todos estos datos son falsos. En el artículo se prueba que las susodichas "actas", pretenden ser una recopilación de los documentos más auténticos, pero están plagadas de anacronismos contradictorios. Así por ejemplo, unos datos se refieren a los años 106 y 112, durante el reinado de Trajano, a quien se menciona expresamente; otros, en cambio, están relacionados con el pontificado del Papa Fabián (250), del que también se habla. Además, según las "actas", aunque Barsamja fue sentenciado a muerte, no fue ejecutado y sucedió a Paluto. Ahora bien, dicho obispo, que había sido consagrado por Serapión hacia el año 209, ciertamente no vivió en el siglo II. Duval demuestra, por otra parte, que las actas de San Barsimeo o Barsamja se basan en las actas de San Abid, un mártir del siglo IV y que, por consiguiente, no es imposible que sean puramente imaginarias.

Cureton, *Ancient Syriac Documents*, pp. 41-72, publicó por primera vez las actas sirias. A esta edición siguió la de Bedjan. Ver sobre todo Rubens Duval, en *Journal Asiatique*, serie octava, vol. XIV, pp. 40-58, y cf. ibid., vol. XVIII (1891), pp. 384-386.

SANTA ALDEGUNDIS, VIRGEN (684 P.C.)

SANTA ALDEGUNDIS era hija de los santos Walberto y Bertilia. Nació en Hainault hacia el año 635. Rehusándose al matrimonio que le proponían sus padres, Aldegundis fue a vivir con su hermana Santa Waldeturdis, fundadora de un convento en Mons. Ahí se retiró a una ermita que se transformó después en el monasterio de Maubeuge. Se cuenta que la santa fue discípula de San Amando,

y que tuvo muchas visiones sobrenaturales. Devorada por un cáncer en el pecho, Aldegundis soportó con gran paciencia su terrible enfermedad y los cauterios y punciones de los cirujanos. Murió llena de confianza en Dios, el 30 de enero del año 684.

W. Levison, en MGH., *Scriptores Merov*, vol. VI, pp. 79-90, hizo una edición crítica de la parte histórica de la *Vida de Santa Aldegundis*. Según dicho historiador, el autor de la vida no es contemporáneo de la santa, como pretende serlo. Pero tampoco es posterior al siglo IX, porque Rabano Mauro cita su obra. Ver también Van der Essen, *Etude critique sur les saints mérovingiens*, pp. 219-231; y cf. *Acta Sanctorum*, 30 de enero.

SANTA JACINTA MARISCOTTI, VIRGEN (1640 P.C.)

LA VIDA de Santa Jacinta es, en cierto sentido, única en los anales de los santos. Casi todos ellos experimentaron, en un momento determinado, una especie de cambio que califican de "conversión". En algunos casos, como en el de San Agustín, la conversión consiste en la vuelta a Dios, después de una vida de pecado en el mundo. En otros casos, como el de Santa Teresa, la vida anterior parece imperfecta por el contraste que ofrece con la vida posterior a la conversión. Pero es muy raro el caso de un santo que, tras de haber llevado una vida de escandalosa infidelidad a las reglas del convento, se convierta, vuelva atrás, y finalmente se entregue definitivamente, movido por una nueva gracia, hasta alcanzar las cumbres de la perfección.

Clara Mariscotti, que provenía de una noble familia de Vignarello, se educó en el convento de las franciscanas de Viterbo, donde una de sus hermanas era religiosa. Parece que en sus primeros años mostró poca inclinación a la piedad. Cuando sus padres casaron a su hermana más joven con el marqués Cassizucchi, Clara cayó en un estado de postración y mal humor, insoportables para su familia. En vista de ello, sus padres, siguiendo la odiosa costumbre de la época, decidieron forzarla a entrar en la vida religiosa. Clara ingresó al mismo convento de Viterbo donde había sido educada, que era una comunidad de la Tercera Orden Regular Franciscana. Aunque hizo la profesión, la joven declaró llanamente que el hecho de vestir el hábito religioso no le impediría exigir todas las exenciones a las que su rango y la riqueza de su familia le daban derecho. Durante diez años, fue el escándalo de la comunidad por su olímpico desprecio de las reglas, aunque guardaba todavía un mínimo de apariencias. En cierta ocasión, en que se hallaba ligeramente indispuesta, un santo sacerdote franciscano fue a confesarla en su celda y, al ver cuán confortable era ésta, reprendió severamente a Sor Jacinta (este era el nombre que había tomado al entrar al convento) por su tibieza y los graves peligros a que se exponía. La reprensión impresionó profundamente a la religiosa, quien temporalmente reformó su vida con un fervor casi exagerado. Pero esta súbita transformación no duró mucho; el fervor de Sor Jacinta empezaba ya a decaer, cuando Dios le envió una enfermedad mucho más seria que la anterior. Esta vez, la gracia fue plenamente eficaz y a partir de ese momento, la santa llevó una vida de crueles disciplinas, constantes ayunos y vigilias, y largas horas de oración.

Lo más extraordinario, tratándose de un temperamento como el de Jacinta, es que, siendo maestra de novicias, dio muestras de un gran sentido común en la dirección espiritual, ya que refrenaba las exageraciones de fervor y peni-

tencia en sus novicias y escribía mesurados consejos a las numerosas personas que la consultaban por carta. Por ejemplo, a una persona que le preguntaba su opinión sobre una religiosa muy reputada por su unión con Dios y su don de lágrimas, Jacinta respondió: "Antes que nada, quisiera yo saber si esa religiosa está despegada de las creaturas, si es humilde, si ha renunciado a la voluntad propia, aun en las cosas buenas y santas; sólo así es posible determinar si los deleites de su devoción vienen realmente de Dios. Yo admiro sobre todo a los que son poco admirados, a los olvidados de sí mismos, aunque tengan pocas consolaciones sensibles. La verdadera señal del espíritu de Dios es la cruz, el sufrimiento, la perseverancia generosa, a pesar de la falta de consuelo, en la oración".

La caridad de Jacinta era notable, y no se limitaba a su comunidad. Con su ayuda se formaron en Viterbo dos cofradías encargadas de los enfermos, los ancianos, los nobles venidos a menos y los pobres. Pidiendo limosna de puerta en puerta, Jacinta reunía los fondos necesarios para el trabajo de las cofradías. La santa murió a los cincuenta y cinco años de edad, el 30 de enero de 1640, y fue canonizada en 1807. La bula de canonización afirma que "su mortificación era tan grande, que la conservación de su vida era un constante milagro" y que, "con su apostólica caridad ganó a Dios más almas que muchos predicadores de su tiempo".

Ver Flaminio de Latera, *Vita della V. S. Giacinta Mariscotti* (1805); Léon, *L'Auréole séraphique*, vol. I, pp. 117-126; *Kirchenlexikon*, vol. VI, pp. 514-516.

BEATO SEBASTIAN VALFRE (1710 P.C.)

SEBASTIÁN VALFRÉ nació en Verduno del Piamonte, en 1629. Sus padres eran pobres y la familia numerosa. Desde su niñez decidió ser sacerdote, y trabajó para pagarse todos sus estudios, copiando libros. Se cuenta que al partir del hogar, lo único que sus padres pudieron darle fue un tonel de vino. Sebastián ingresó en la Congregación de los Padres del Oratorio, en Turín, el día de la fiesta de San Felipe, en 1651. Un año después, fue ordenado sacerdote y cantó su primera misa en Verduno para consuelo de sus padres. Desde el primer momento, se entregó con toda el alma al cumplimiento de sus deberes sacerdotales. Un hecho notable fue que desde el arribo del beato, el Oratorio de Turín, que hasta entonces había estado en decadencia por muchas dificultades, empezó a prosperar y a atraer al pueblo. El primer cargo de Sebastián fue el de prefecto del "Pequeño Oratorio", es decir una cofradía de laicos que se reunían para los ejercicios de piedad. El beato desempeñó durante muchos años el cargo con gran fruto y su extraordinario don de entusiasmar a los jóvenes parece haberle ganado el puesto de maestro de novicios. En 1661, habiendo cumplido la edad canónica de cuarenta años, fue elegido superior, contra su voluntad. Se dice que su gobierno fue una imitación perfecta del de San Felipe, tanto por el cuidado de la observancia hasta en los menores detalles, como por la gran bondad de Sebastián con los enfermos, para los que nada le parecía demasiado bueno.

Entre tanto, la fama del beato como director de almas se había ido extendiendo. Pasaba largas horas en el confesonario, al que asistía con puntualidad escrupulosa y, en sus exhortaciones a la comunidad, insistía mucho sobre la necesidad de la confesión frecuente. Toda clase de personas se confesaban

con él, hallándole siempre dispuesto a hacer cualquier cosa por aquellos que necesitaban ayuda o mostraban deseos serios de perfección. Por otra parte, era implacable con los falsos y parecía gozar de un don sobrenatural o de un poder de telepatía para descubrir la falta de sinceridad. Entre sus penitentes se contaba el duque Víctor Amadeo II, más tarde rey de Cerdeña, quien en 1690, con el consentimiento del Papa Alejandro VIII, se esforzó en vano por persuadirle para que aceptara la sede arzobispal de Turín. El beato Sebastián predicaba, algunas veces, tres sermones al día. Emprendía también largas expediciones misionales a los distritos de los alrededores y, algunas veces, hasta territorio suizo, con gran fruto de conversiones. Además, consagraba mucho tiempo a la instrucción de los jóvenes y de los ignorantes. Acostumbraba reunir a los mendigos que iban al Oratorio a pedir limosna y les daba alimento para el cuerpo y para el alma. Era infatigable en sus visitas a los hospitales y prisiones, y tenía especial simpatía por los soldados, cuyas dificultades comprendía y compadecía.

Como su modelo, San Felipe, el beato estaba siempre alegre, de suerte que las gentes consideraban que tenía un carácter ligero y sin preocupaciones. Esto es tanto más de admirar, cuanto que sabemos, por otra parte, la terrible historia de sus desolaciones y pruebas interiores. Con frecuencia le asaltaba la tentación de sentirse dejado de la mano de Dios y de creer que había perdido la fe y estaba destinado al infierno. A pesar de ello, aun cuando se acercaba ya a los ochenta años de edad, jamás cejó en sus trabajos por las almas, predicando al aire libre, en lo más crudo del invierno, al primer grupo de perdidos que encontraba. Más aún, cuando le parecía conveniente para la gloria de Dios, no temía entrar en los mismos antros de vicio. Por extraño que pueda ser, Dios parece haber bendecido abundantemente su osadía, ya que los rufianes más groseros se sentían impresionados por la santidad del beato y no se atrevían a levantar la voz, cuando éste criticaba sus vicios en los términos más severos. Su vida podría servir de modelo a todos los pastores de las ciudades en las que abundan el vicio y la miseria, y nada tiene de extraordinario que los contemporáneos del beato le hayan considerado como un santo. Se cuentan muchos ejemplos de su don de leer los corazones y de hacer profecías que se cumplieron. Entre otras cosas, parece que el beato sabía desde varios meses antes la fecha exacta en que iba a morir. Dios le llamó a Sí, a los ochenta y un años de edad, el 30 de enero de 1710. Fue beatificado en 1834.

Ver Lady Amabel Kerr, *Life of Bd. Sebastián Valfré* (1896); G. Calleri, *Vita del b. Sebastiano Valfré*; P. Capello, *Vita del b. Sebastiano Valfré* 2 vols., (1872).

31: SAN JUAN BOSCO, FUNDADOR DE LOS SALESIANOS (1888 P.C.)

"EN SU VIDA, lo sobrenatural se hizo casi natural y lo extraordinario, ordinario". Tales fueron las palabras que el Papa Pío XI dijo sobre Don Bosco.

Juan Melchor había nacido en 1815, y era el menor de los hijos de un campesino piamontés. Su padre murió cuando Juan sólo tenía dos años. Su madre, santa y laboriosa mujer, que debió luchar mucho para sacar adelante a sus hijos, se hizo cargo de su educación. A los nueve años de edad, un sueño

que el rapazuelo no olvidó nunca, le reveló su vocación. Más adelante, en todos los períodos críticos de su vida, una visión del cielo le indicó siempre el camino que debía seguir. En aquel primer sueño, se vio rodeado de una multitud de chiquillos que se peleaban entre sí y blasfemaban; Juan Bosco trató de hacer la paz, primero con exhortaciones y después con los puños. Súbitamente apareció una misteriosa mujer que le dijo: "¡No, no; tienes que ganártelos por el amor! Toma tu cayado de pastor y guía a tus ovejas". Cuando la señora pronunció estas palabras los niños se convirtieron primero, en bestias feroces y luego en ovejas. El sueño terminó, pero desde aquel momento Juan Bosco comprendió que su vocación era ayudar a los niños pobres, y empezó inmediatamente a enseñar el catecismo y a llevar a la iglesia a los chicos de su pueblo. Para ganárselos, acostumbraba ejecutar ante ellos toda clase de acrobacias, en las que llegó a ser muy ducho. Un domingo por la mañana, un acróbata ambulante dio una función pública y los niños no acudieron a la iglesia; Juan Bosco desafió al acróbata en su propio terreno, obtuvo el triunfo, y se dirigió victoriosamente con los chicos a la misa. Durante las semanas que vivió con una tía que prestaba servicios en casa de un sacerdote, Juan Bosco aprendió a leer. Tenía un gran deseo de ser sacerdote, pero hubo de vencer numerosas dificultades antes de poder empezar sus estudios. A los dieciséis años, ingresó finalmente en el seminario de Chieri y era tan pobre, que debía mendigar para reunir el dinero y los vestidos indispensables. El alcalde del pueblo le regaló el sombrero, el párroco la chaqueta, uno de los parroquianos el abrigo y otro, un par de zapatos. Después de haber recibido el diaconado, Juan Bosco pasó al seminario mayor de Turín y ahí empezó, con la aprobación de sus superiores, a reunir los domingos a un grupo de chiquillos y mozuelos abandonados de la ciudad.

San José Cafasso, cura de la parroquia anexa al seminario mayor de Turín, confirmó a Juan Bosco en su vocación, explicándole que Dios no quería que fuese a las misiones extranjeras: "Desempaca tus bártulos —le dijo—, y prosigue tu trabajo con los chicos abandonados. Eso y no otra cosa es lo que Dios quiere de ti". El mismo Don Cafasso le puso en contacto con los ricos que podían ayudarle con limosnas para su obra, y le mostró las prisiones y los barrios bajos en los que encontraría suficientes clientes para aprovechar los donativos de los ricos.

El primer puesto que ocupó Don Bosco fue el de capellán auxiliar en una casa de refugio para muchachas, que había fundado la marquesa di Barola, la rica y caritativa mujer que socorrió a Silvio Pellico cuando éste salió de la prisión. Los domingos, Don Bosco no tenía trabajo de modo que podía ocuparse de sus chicos, a los que consagraba el día entero en una especie de escuela y centro de recreo, que él llamó "Oratorio Festivo". Pero muy pronto, la marquesa le negó el permiso de reunir a los niños en sus terrenos, porque hacían ruido y destruían las flores. Durante un año, Don Bosco y sus chiquillos anduvieron de "Herodes a Pilatos", porque nadie quería aceptar ese pequeño ejército de más de un centenar de revoltosos muchachos. Cuando Don Bosco consiguió, por fin, alquilar un viejo granero, y todo empezaba a arreglarse, la marquesa, que a pesar de su generosidad tenía algo de autócrata, le exigió que escogiera entre quedarse con su tropa o con su puesto en el refugio para muchachas. El santo escogió a sus chicos.

En esos momentos críticos, le sobrevino una pulmonía, cuyas complicacio-

nes estuvieron a punto de costarle la vida. En cuanto se repuso, fue a vivir en unos cuartuchos miserables de su nuevo oratorio, en compañía de su madre, y ahí se entregó, con toda el alma, a consolidar y extender su obra. Dio forma acabada a una escuela nocturna, que había inaugurado el año precedente, y como el oratorio estaba lleno a reventar, abrió otros dos centros en otros tantos barrios de Turín. Por la misma época, empezó a dar alojamiento a los niños abandonados. Al poco tiempo, había ya treinta o cuarenta chicos, la mayoría aprendices, que vivían con Don Bosco y su madre en el barrio de Valdocco. Los chicos llamaban a la madre de Don Bosco "Mamá Margarita". Pero Don Bosco cayó pronto en la cuenta que todo el bien que hacía a sus chicos se perdía con las malas influencias del exterior, y decidió construir sus propios talleres de aprendizaje. Los dos primeros: el de los zapateros y el de los sastres, fueron inaugurados en 1853.

El siguiente paso fue construir una iglesia, consagrada a San Francisco de Sales. Después vino la construcción de una casa para la enorme familia. El dinero no faltaba, a veces, por verdadero milagro. Don Bosco distinguía dos grupos entre sus chicos: el de los aprendices, y el de los que daban señales de una posible vocación sacerdotal. Al principio iban a las escuelas del pueblo; pero con el tiempo, cuando los fondos fueron suficientes, Don Bosco instituyó los cursos técnicos y los de primeras letras en el oratorio. En 1856, había ya 150 internos, cuatro talleres, una imprenta, cuatro clases de latín y diez sacerdotes. Los externos eran 500. Con su extraordinario don de simpatía y de leer en los corazones, Don Bosco ejercía una influencia ilimitada sobre sus chicos, de suerte que podía gobernarles con aparente indulgencia y sin castigos, para gran escándalo de los educadores de su tiempo. Además de este trabajo, Don Bosco se veía asediado de peticiones para que predicara, la fama de su elocuencia se había extendido enormemente a causa de los milagros y curaciones obradas por la intercesión del santo. Otra forma de actividad, que ejerció durante muchos años, fue la de escribir libros para el gusto popular, pues estaba convencido de la influencia de la lectura. Unas veces se trataba de una obra de apologética, otras de un libro de historia, de educación o bien de una serie de lecturas católicas. Este trabajo le robaba gran parte de la noche y al fin, tuvo que abandonarlo, porque sus ojos empezaron a debilitarse.

El mayor problema de Don Bosco, durante largo tiempo, fue el de encontrar colaboradores. Muchos jóvenes sacerdotes entusiastas, ofrecían sus servicios, pero acababan por cansarse, ya fuese porque no lograban dominar los métodos impuestos por Don Bosco, o porque carecían de su paciencia para sobrellevar las travesuras de aquel tropel de chicos mal educados y frecuentemente viciosos, o porque perdían la cabeza al ver que el santo se lanzaba a la construcción de escuelas y talleres, sin contar con un céntimo. Aun hubo algunos que llevaron a mal que Don Bosco no convirtiera el oratorio en un club político para propagar la causa de "La Joven Italia". En 1850, no quedaba a Don Bosco más que un colaborador y esto le decidió a preparar, por sí mismo, a sus futuros colaboradores. Así fue como Santo Domingo Savio ingresó en el oratorio, en 1854.

Por otra parte, Don Bosco había acariciado siempre la idea, más o menos vaga, de fundar una congregación religiosa. Después de algunos descalabros, consiguió por fin formar un pequeño núcleo. "En la noche del 26 de enero de 1854 —escribe uno de los testigos— nos reunimos en el cuarto de Don Bosco. Se hallaban ahí además, Cagliero, Rocchetti, Artiglia y Rua. Llegamos a la

conclusión de que, con la ayuda de Dios, íbamos a entrar en un período de trabajos prácticos de caridad para ayudar a nuestros prójimos. Al fin de ese período, estaríamos en libertad de ligarnos con una promesa, que más tarde podría transformarse en voto. Desde aquella noche recibieron el nombre de Salesianos todos los que se consagraron a tal forma de apostolado. Naturalmente, el nombre provenía del gran obispo de Ginebra. El momento no parecía muy oportuno para fundar una nueva congregación, pues el Piamonte no había sido nunca más anticlerical que entonces. Los jesuitas y las Damas del Sagrado Corazón habían sido expulsados; muchos conventos habían sido suprimidos y, cada día, se publicaban nuevas leyes que coartaban los derechos de las órdenes religiosas. Sin embargo, fue el ministro Rattazzi, uno de los que más parte había tenido en la legislación, quien urgió un día a Don Bosco a fundar una congregación para perpetuar su trabajo y le prometió su apoyo ante el rey.

En diciembre de 1859, Don Bosco y sus veintidos compañeros decidieron finalmente organizar la congregación, cuyas reglas habían sido aprobadas por Pío IX. Pero la aprobación definitiva no llegó sino hasta quince años después, junto con el permiso de ordenación para los candidatos del momento. La nueva congregación creció rápidamente: en 1863 había treinta y nueve salesianos; a la muerte del fundador, eran ya 768, y en la actualidad se cuentan por millares y se hallan establecidos en todo el mundo. Don Bosco realizó uno de sus sueños al enviar sus primeros misioneros a la Patagonia. Poco a poco, los Salesianos se extendieron por toda la América del Sur. Cuando San Juan Bosco murió, la congregación tenía veintiséis casas en el Nuevo Mundo y treinta y ocho en Europa. Las instituciones salesianas en la actualidad comprenden escuelas de primera y segunda enseñanza, seminarios, escuelas para adultos, escuelas técnicas y de agricultura, talleres de imprenta y librería, hospitales, etc. sin omitir las misiones extranjeras y el trabajo pastoral.

El siguiente paso de Don Bosco fue la fundación de una congregación femenina, encargada de hacer por las niñas lo que los Salesianos hacían por los niños. La congregación quedó inaugurada en 1872, con la toma de hábito de veintisiete jóvenes a las que el santo llamó Hijas de Nuestra Señora, Auxilio de los Cristianos. La nueva comunidad se desarrolló casi tan rápidamente como la anterior y emprendió, además de otras actividades, la creación de escuelas de primera enseñanza en Italia, Brasil, Argentina y otros países. Para completar su obra, Don Bosco organizó a sus numerosos colaboradores del exterior en una especie de tercera orden, a la que dio el título de Colaboradores Salesianos. Se trataba de hombres y mujeres de todas las clases sociales, que se obligaban a ayudar en alguna forma a los educadores salesianos.

El sueño o visión que tuvo Don Bosco en su juventud marcó toda su actividad posterior con los niños. Todo el mundo sabe que para trabajar con los niños, hay que amarlos; pero lo importante es que ese amor se manifieste en forma comprensible para ellos. Ahora bien, en el caso de Don Bosco, el amor era evidente, y fue ese amor el que le ayudó a formar sus ideas sobre el castigo, en una época en que nadie ponía en tela de juicio las más burdas supersticiones acerca de ese punto. Los métodos de Don Bosco consistían en desarrollar el sentido de responsabilidad, en suprimir las ocasiones de desobediencia, en saber apreciar los esfuerzos de los chicos, y en una gran amistad. En 1877 escribía: "No recuerdo haber empleado nunca un castigo propiamente dicho. Por la gracia de Dios, siempre he podido conseguir que los niños observen no sólo las

reglas, sino aun mis menores deseos". Pero a esta cualidad se unía la perfecta conciencia del daño que puede hacer a los niños un amor demasiado indulgente, y así lo repetía constantemente Don Bosco a los padres. Una de las imágenes más agradables que suscita el nombre de Don Bosco es la de sus excursiones domingueras al bosque, con una parvada de rapazuelos. El santo celebraba la misa en alguna iglesita de pueblo, comía y jugaba con los chicos en el campo, les daba una clase de catecismo, y todo terminaba al atardecer, con el canto de las vísperas, pues Don Bosco creía firmemente en los benéficos efectos de la buena música.

El relato de la vida de Don Bosco quedaría trunco, si no hiciéramos mención de su obra de constructor de iglesias. La primera que erigió era pequeña y resultó pronto insuficiente para la congregación. El santo emprendió entonces la construcción de otra mucho más grande, que quedó terminada en 1868. A ésta siguió una gran basílica en uno de los barrios pobres de Turín, consagrada a San Juan Evangelista. El esfuerzo para reunir los fondos necesarios había sido inmenso; al terminar la basílica, el santo no tenía un céntimo y estaba muy fatigado, pero su trabajo no había acabado todavía. Durante los últimos años del pontificado de Pío IX, se había creado el proyecto de construir una iglesia del Sagrado Corazón en Roma, y el Papa había dado el dinero necesario para comprar el terreno. El sucesor de Pío IX se interesaba en la obra tanto como su predecesor, pero parecía imposible reunir los fondos para la construcción.

"Es una pena que no podamos avanzar" —dijo el Papa al terminar un consistorio—. "La gloria de Dios, el honor de la Santa Sede y el bien espiritual de muchos fieles están comprometidos en la empresa. Y no veo cómo podríamos llevarla adelante".

—"Yo puedo sugerir una manera de hacerlo" —dijo el cardenal Alimonda.

—"¿Cuál? —preguntó el Papa.

—"Confiar el asunto a Don Bosco".

—"¿Y Don Bosco estaría dispuesto a aceptar?"

—"Yo le conozco bien" —replicó el cardenal—; "la simple manifestación del deseo de Vuestra Santidad será una orden para él".

La tarea fue propuesta a Don Bosco, quien la aceptó al punto.

Cuando ya no pudo obtener más fondos en Italia, se trasladó a Francia, el país en que había nacido la devoción al Sagrado Corazón. Las gentes le aclamaban en todas partes por su santidad y sus milagros y el dinero le llovía. El porvenir de la construcción de la nueva iglesia estaba ya asegurado; pero cuando se aproximaba la fecha de la consagración, Don Bosco repetía que, si se retardaba demasiado, no estaría en vida para asistir a ella. La consagración de la iglesia tuvo lugar el 14 de mayo de 1887, y San Juan Bosco celebró ahí la misa, poco después. Pero sus días tocaban a su fin. Dos años antes, los médicos habían declarado que el santo estaba completamente agotado y que la única solución era el descanso; pero el reposo era desconocido para Don Bosco. A fines de 1887, sus fuerzas empezaron a decaer rápidamente; la muerte sobrevino el 31 de enero de 1888, cuando apenas comenzaba el día, de suerte que algunos autores escriben, sin razón, que Don Bosco murió al día siguiente de la fiesta de San Francisco de Sales. Cuarenta mil personas desfilaron ante su cadáver en la iglesia, y sus funerales fueron una especie de marcha triunfal, porque toda la ciudad de Turín salió a la calle a honrar a Don Bosco por última vez. Su canonización tuvo lugar en 1934.

La vida de Don Bosco, escrita en italiano por G. B. Lemoyne, ha tenido una popularidad enorme; pero la más conocida de todas es la de A. Auffray (1929). Existen en muchas lenguas numerosos estudios y biografías. Entre las más recientes se cuentan las de D. Lathoud (1938), F. Feuillot (1943), y P. Cras, *Fidèle histoire de St. Jean Bosco* (1936); también las de H. Ghéon, *El espíritu de San Juan Bosco,* F. A. Forbes, y H. L. Hughes. La obra de G. Bonetti, *St. John Bosco's Early Apostolate* (1934), es un estudio exhaustivo de los primeros veinticinco años de sacerdocio del santo.

SANTA TRIFENIA, MÁRTIR (Fecha desconocida).

TRIFENIA era originaria del Cícico del Helesponto. Su padre fue un senador, llamado Anastasio. Su madre, Socracia, que era cristiana, la educó en la fe de Cristo.

Cuando Trifenia tuvo más edad, ella misma fue a ofrecerse al combate por la fe, en tiempo de persecución, presentándose en los templos donde se sacrificaba a los ídolos para hacer burla de esos ritos paganos.

Enterado de la atrevida actitud de la joven, el prefecto Severo la hizo arrestar sin más tardazan y ordenó que se le infligieran varios tormentos de los que ella salía ilesa. Por último, la arrojaron ante un toro que le desgarró el cuerpo con sus cuernos.

Cuenta la tradición que en el sitio donde la mártir derramó su sangre, mana una fuente que obra milagros.

El nombre de Trifenia está inscrito en diversas fechas: 30 de enero, 11 de abril, 9 de mayo; pero el Martirologio Romano ha adoptado la del 31 de enero.

Ver Martinov, *Annus Eclesiasticus Graeco Slavus; Acta Sanctorum,* octubre, vol. XI, p. 58.

SAN METRANO, MÁRTIR (249, P.C.)

METRANO o Metras era un anciano de Alejandría. Los paganos lo prendieron antes de que saliera el edicto de persecución del emperador Decio y quisieron obligarle a proferir palabras impías. Metrano rehusó y, en consecuencia, tuvo que sufrir diversas clases de suplicios: golpes de bastón, agudas espinas hundidas en el rostro y en los ojos, etc. Para terminar, lo sacaron fuera de la ciudad y lo lapidaron. Este último tormento explica porqué se le representa, como a San Esteban, llevando piedras en sus brazos.

El elogio de este santo se encuentra el 31 de enero en el Martirologio de Usuardo y, generalmente, en los otros documentos latinos, de donde ha pasado al Martirologio Romano.

Una carta de San Dionisio de Alejandría al obispo de Antioquía, citada por Eusebio en *Hist., eccl.,* l. VI, CXI, traducción E. Grapin, 1911, p. 257; P. Allard, *Hist. des perséc.,* vol. II p. 250; Delehaye, *Les orig. du culte des martyrs,* p. 250.

SANTOS CIRO Y JUAN, MÁRTIRES (*c.* 303 P.C.)

CIRO era un médico de Alejandría a quien el ejercicio de su profesión había dado múltiples ocasiones de atraer a los paganos a la fe de Jesucristo. Juan, que era árabe, al saber que una dama llamada Anastasia y sus tres hijas eran

torturadas en Canopo de Egipto, por el nombre de Cristo, fue a dicha ciudad para animarlas a sufrir, acompañado de Ciro. Ambos fueron aprehendidos y cruelmente golpeados; los verdugos les quemaron los costados con antorchas encendidas y echaron sal sobre sus heridas, en presencia de Anastasia y sus hijas, quienes fueron también torturadas. Finalmente, las cuatro mujeres fueron decapitadas, mientras que a Ciro y Juan se les cortó la cabeza, algunos días más tarde, el 31 de enero. Las Iglesias siria, egipcia, griega y latina veneran la memoria de los mártires.

Sobre estos santos que, al igual que Cosme y Damián, fueron venerados en Grecia como *ανάργυροι* (médicos que no cobraban honorarios), existe abundante literatura. Entre ella, sobresalen tres breves discursos de San Cirilo de Alejandría y un panegírico de San Sofronio, patriarca de Jerusalén (638). En dicho panegírico, se encuentran algunos datos sobre una práctica semejante a la incubación, tan común en los templos de Esculapio. La autoridad de los escritos de San Sofronio, que había sido curado en el santuario de los mártires Ciro y Juan, descansa en parte sobre las citas que se hallan en los documentos del segundo Concilio de Nicea, en 787. San Cirilo narra un hecho interesante: para acabar con los ritos supersticiosos de Isis que sobrevivían todavía en Menuthi de Egipto a principios del siglo V, el mejor medio que encontró San Cirilo fue trasladar a dicha ciudad las reliquias de los santos Ciro y Juan. El gran santuario que fue construido en Menuthi se convirtió en un famoso sitio de peregrinación. El nombre actual de la ciudad es Abukir, célebre por la victoria del almirante Nelson en 1798 y por el desembarco de Sir Ralph Abercrombie en 1801. Abukir es un nombre derivado de Ciro, el primero de nuestros mártires. Por extraño que parezca, en los alrededores de Roma existe la pequeña iglesia de Santa Passera, nombre que también proviene de una transformación del de San Ciro: Abbáciro, Pácero, Passera.

Ver P. Sinthern, en *Römische Quartalschrift*, vol. XXII (1908), pp. 196-239; H. Delehaye, en *Analecta Bollandiana*, vol. XXX (1911), pp. 448-450, y *Legendes of the Saints* (1907), pp. 152 ss.; P. Peeters, en *Analecta Bollandiana*, vol. XXV (1906), pp. 233-240; y BHG., pp. 33-34. Los discursos de San Cirilo se hallan en Migne, PG., vol. LXXVII, c. 1110; ahí mismo se encuentra también el relato de San Sofronio, cc. 33-79.

SAN GEMINIANO, OBISPO (348, P.C.)

SE TIENEN muy pocos datos sobre la vida de Geminiano, y sólo se sabe que fue obispo de Módena.

El Martirologio Romano dice que obró milagros maravillosos. Pero la cronología no está de acuerdo con los hechos que se le atribuyen. Si se toman en cuenta los datos que dan los bolandistas, habría de admitirse que hubo en Módena dos obispos que se llamaron Geminiano.

No es probable que nuestro santo haya sido diácono de Antonio, obispo de Módena y que a la muerte de éste fuera elegido como sucesor suyo. Una vez obispo, podría haber sido él quien dio hospitalidad a San Atanasio, cuando atravesó Italia, camino del exilio rumbo a Galia. Se añade que Geminiano fue un adversario declarado de la herejía de Joviniano. Parece que murió en el año 348.

Con bastante verosimilitud se cree que en el siglo X se estableció en Módena una confraternidad, bajo la advocación de San Geminiano. Las reliquias de

este santo fueron trasladadas a la nueva catedral, el año de 1106.

Consultar *Acta Sanctorum*, 31 de enero.— *Anal. Boll*, vol. xv, (1897), p. 745.

SANTA MARCELA, VIUDA (410 P.C.)

SAN JERÓNIMO llama a Santa Marcela "la gloria de las matronas romanas". Habiendo perdido a su esposo a los siete meses de matrimonio, Marcela rechazó las proposiciones del cónsul Cereal y decidió imitar a los ascetas del oriente. Se privó del vino y de la carne, consagró su tiempo a la lectura espiritual, la oración, las visitas a las iglesias de los mártires, y no habló jamás a solas con ningún hombre. Otras mujeres de noble linaje siguieron su ejemplo y se pusieron bajo su dirección, y Roma presenció la formación de varias comunidades de ese tipo en breve tiempo. Nos han quedado dieciséis cartas de San Jerónimo a Santa Marcela, en respuesta a las preguntas que la santa le hacía; pero ésta no se contentaba con escuchar pasivamente las respuestas del Doctor de la Iglesia, sino que discutía a fondo sus argumentos y aun le reprendía por su mal carácter. Cuando los godos saquearon Roma, el año 410, maltrataron a Santa Marcela para que revelase el sitio en que había escondido sus supuestos tesoros, que en realidad habían pasado a manos de los pobres, desde mucho tiempo atrás.

La santa no temía por sí misma, sino por su discípula Principia (no su hija, como algunos han supuesto erróneamente). Arrodillándose, pues, ante los soldados, les rogó que no le hicieran daño alguno. Dios les movió a compasión, y estos condujeron a las dos mujeres a la iglesia de San Paulo, en la que Alarico respetaba el derecho de asilo. Santa Marcela murió poco tiempo después, en los brazos de Principia, a fines de agosto del año 410. El Martirologio Romano venera su memoria en el día de hoy.

Todos los datos que poseemos sobre Santa Marcela provienen prácticamente de las cartas de San Jerónimo, especialmente de la 127, titulada *Ad Principiam virginem, sive Marcellae viduae epitaphium* (Migne, PL., vol. XXII, cc. 1087 ss.). Ver también Grützmacher, *Hieronymus; eine biographische Studie*, vol. I, pp. 225 ss.; vol. II, pp. 173 ss.; vol. III, pp. 195 ss.; Cavallera, *Saint Jérôme* (2 vols., 1922); y DBC., vol. III, p. 803.

SAN EUSEBIO, MÁRTIR (884 P.C.)

A PESAR de su nombre griego, San Eusebio parece haber sido un irlandés que abandonó su país, como tantos otros peregrinos, y acabó por tomar el hábito monástico en la famosa abadía de Saint-Gall, en Suiza. Sin embargo, no permaneció ahí sino que, con la aprobación de sus superiores, llevó vida eremítica en el Monte San Víctor, cerca de Röttris en el Voralberg. Treinta años más tarde, como recriminase un día a ciertos campesinos del lugar por la vida impía que llevaban, uno de ellos le mató con un azadón. Carlos el Grueso erigió ahí, por la misma época, un "monasterium scottorum" (monasterio de los irlandeses).

Ver *Acta Sanctorum*, 31 de enero; MGH., *Scriptores*, vol. II, p. 73; y L. Gougaud, *Gaelic Pioneers of Christianity* (1923), pp. 11, 82, 90.

SAN FRANCISCO JAVIER BIANCHI (1815 P.C.)

FRANCISCO Javier Bianchi nació en Arpino, en 1743. Arpino formaba entonces parte del reino de las dos Sicilias. El santo hizo sus estudios eclesiásticos en Nápoles y recibió la tonsura a los catorce años. Su padre se opuso tenazmente a que el joven entrara en la vida religiosa, y Francisco Javier atravesó un período de angustioso conflicto entre la voluntad de sus padres y lo que él consideraba como la voluntad de Dios. Finalmente acudió a San Alfonso de Ligorio en busca de consejo, durante una de las misiones del santo. Este le confirmó en su vocación y Francisco Javier, venciendo todas las oposiciones, entró en la Congregación de los Clérigos Regulares de San Pablo, más conocidos con el nombre de barnabitas. Probablemente a consecuencia de los esfuerzos que había hecho para superar esa prueba, el santo cayó enfermo y sufrió terriblemente durante tres años. Por fin, logró rehacerse, realizó grandes progresos en sus estudios y se distinguió particularmente en la literatura y en las ciencias. Fue ordenado sacerdote en 1767. Sus superiores le dieron muestras de excepcional confianza, ya que no sólo le permitieron oír confesiones a pesar de ser muy joven (cosa muy rara en Italia), sino que le nombraron superior de dos colegios, a la vez. El santo ejercitó este cargo durante quince años.

Le fueron confiados otros muchos oficios de importancia, pero Francisco Javier se sentía cada vez más llamado a despegarse de las cosas terrenas y consagrarse enteramente a la oración y los ministerios sacerdotales. Así pues, empezó a llevar una vida de extremada mortificación y austeridad. Pasaba gran parte de su tiempo en el confesionario, a donde miles de personas iban a consultarle. Su salud se resintió y le sobrevino una debilidad tan grande, que apenas podía arrastrarse para ir de un sitio a otro. No por ello cambió Francisco Javier su forma de vida, sino que siguió adelante como si nada sucediese. Su valiente resolución de vivir al servicio de los demás parece haber dado una eficacia especial a sus palabras y oraciones, de suerte que todos le consideraban como un santo.

Cuando las congregaciones religiosas fueron dispersadas en Nápoles, Francisco Javier se hallaba en un estado lamentable; tenía las piernas hinchadas y cubiertas de llagas, y había que llevarle cargado al altar para que celebrara la misa. Esto tuvo la ventaja de merecerle privilegios especiales, pues las autoridades le permitieron conservar el hábito religioso y permanecer en el colegio, donde vivió totalmente solo en la más estricta observancia religiosa.

Se cuentan muchos milagros y profecías del P. Bianchi. En el proceso de beatificación se hizo mención de dos notables casos en los que multiplicó el dinero para pagar deudas. Durante la erupción del Vesuvio, en 1805, la población llevó al santo en vilo hasta el río de lava, que se detuvo en cuanto Francisco Javier hizo la señal de la cruz, frente a él. La veneración que los napolitanos le tenían al fin de su vida era ilimitada: "Roma tuvo su Neri (negro) —decían—, pero nosotros tenemos a nuestro Bianchi (blanco), que no es menos bueno". Muchos años antes, una de sus penitentes, Santa María Francisca de Nápoles, muerta en 1791, había prometido al P. Bianchi que se le aparecería tres días antes de que él pasara a mejor vida. Este estaba persuadido de que la santa cumpliría su promesa, como sucedió en efecto. San Francisco Javier Bianchi exhaló el último suspiro el 31 de enero de 1815. Fue canonizado en 1951 por Pío XII.

Ver P. Rudoni, *Virtu e meraviglie del ven. Francesco S. M. Bianchi* (1823); C. Kempf, *The Holiness of the Church in the Nineteenth Century* (1916), pp. 96-97; *Analecta Ecclesiastica*, 1893, pp. 54 ss.

BEATA PAULA GAMBARA-COSTA, MATRONA (1515 P.C.)

ESTA SANTA, terciaria franciscana, cuya vida matrimonial contrasta con la laxitud de la época en que vivió, nació cerca de Brescia en 1473. Más adelante se contaron cosas extrañas e increíbles sobre la piedad que la beata mostró desde su niñez. A los doce años, Paula fue entregada en matrimonio a un noble joven llamado Lodovicantonio Costa, después de todas las formalidades acostumbradas en aquella época. El Beato Angelo de Chiavasso, famoso franciscano a quien se consultó sobre el caso, declaró que, a pesar de la repugnancia de la doncella, estaba llamada por Dios al matrimonio. Este se llevó a cabo con toda la pompa que convenía al alto rango de las dos familias; los cronistas cuentan que hasta las ruedas de las carrozas eran doradas. Uno de los documentos auténticos que nos quedan sobre la beata, es el del plan de vida que sometió a la aprobación del beato Angelo, en sus primeros días de matrimonio. La esposa tenía que levantarse todos los días al amanecer para orar y recitar el rosario. Después iba a la iglesia de los franciscanos de la localidad, donde oía dos misas. Por la tarde, recitaba el oficio de Nuestra Señora y, antes de acostarse, rezaba otro rosario y sus oraciones de la noche. Dedicaba también algún tiempo a la lectura espiritual. Ayunaba la víspera de las fiestas de la Santísima Virgen y de algunas otras fiestas, y se confesaba cada quince días. Pero la norma más reveladora de su plan de vida es la siguiente: "Siempre obedeceré a mi esposo, no tomaré a mal sus defectos y haré cuanto pueda para que nadie caiga en la cuenta de ellos". La beata tuvo su primer hijo en 1488, poco después de haber cumplido los quince años.

Pero no pasó mucho tiempo sin que se presentaran las dificultades. La primera cosa que molestó al esposo de la beata, fue su hábito inveterado de regalar grandes sumas de dinero a los pobres. La cosa no hubiera tenido mayor importancia en las épocas de bonanza; pero en aquellos tiempos, el hambre constituía una amenaza constante, los mendigos abundaban y los ricos almacenaban celosamente todo lo que podían para los momentos de escasez. Los biógrafos de la beata aseguran que las semillas, el aceite y el vino se multiplicaban milagrosamente a medida que Paula los repartía, de suerte que su caridad más bien la enriquecía que la empobrecía; pero debemos confesar que tenemos razones para sospechar que esto no era cierto. Por ejemplo, se cuenta de Paula un incidente que aconteció también en la vida de Santa Isabel de Hungría; un día que Paula llevaba el delantal lleno de panes para repartirlos entre los pobres, su esposo la sorprendió y la obligó a mostrarle lo que llevaba; al abrir el delantal, apareció un ramo de rosas, aunque era pleno invierno. Si este milagro sucedió a todos los santos de quienes se cuenta, debió ocurrir con mucha frecuencia.

Lo que fue imperdonable por parte de Lodovicantonio fue haber llevado a su casa a una joven de pésimo carácter, quien le apartó de su esposa y se convirtió en dueña de la casa. A pesar de las terribles humillaciones que había tenido que sufrir por parte de aquella joven, Paula la asistió caritativamente en la enfermedad que la llevó a la tumba, poco después, hizo venir a un sacerdote

y obtuvo la gracia de su conversión. Para ilustrar las condiciones sociales de la época de los Borgia, citaremos el hecho de que Paula fue acusada de haber envenenado a su rival, porque ésta había muerto con el cuerpo hinchado y antes de lo que se esperaba. Sin embargo, gracias a su inalterable paciencia y caridad, Paula consiguió reconquistar por fin el afecto de su marido, quien se convirtió sinceramente a Dios y dio permiso a su esposa de practicar sus devociones y ejercitar libremente la caridad. Además de otras austeridades, Paula se levantaba por la noche a orar con los brazos en cruz y arrodillada en el suelo. Más de una vez, sus sirvientes la encontraron por tierra, desmayada y medio muerta de frío. Se cuentan muchos detalles sobre la caridad de la beata: por ejemplo, habiendo encontrado en el camino a una mujer que no tenía zapatos, Paula le regaló los que llevaba puestos, y volvió al castillo descalza. Nada tiene de sorprendente que la beata haya muerto a los cuarenta y dos años de edad, el 24 de enero de 1516. Su culto fue confirmado en 1845.

Ver R. Bollano, *Vita... della B. Paola Gambara-Costa* (1765); *Léon, Auréole Séraphique*, vol. I, pp. 534-536.



1: SAN IGNACIO, Obispo de Antioquía, Mártir (*c.* 107 p.c.)

SAN IGNACIO, llamado Teóforo, "el que lleva a Dios", probablemente fue un converso, discípulo de San Juan Evangelista; los datos históricos fidedignos sobre sus primeros años son pocos. De acuerdo con algunos escritores antiguos, los apóstoles San Pedro y San Pablo ordenaron que sucediera a San Evodio como obispo de Antioquía, cargo que conservó por cuarenta años, y en el cual brilló como pastor ejemplar. El historiador eclesiástico Sócratas dice que introdujo o divulgó en su diócesis el canto de antífonas, hecho poco probable. La paz de que gozaron los cristianos al morir Domiciano, duró únicamente los quince meses del reinado de Nerva y bajo Trajano se reanudó la persecución. En una interesante carta del emperador a Plinio el Joven, gobernador de Bitinia, se establecía el principio de que los cristianos debían ser muertos, en caso de que existieran delaciones oficiales; y, en otros casos, no se les debía molestar. Trajano fue magnánimo y humanitario; pero la gratitud que lo vinculaba con sus dioses por las victorias sobre los dacios y escitas, lo llevó posteriormente a perseguir a los cristianos, que se negaban a reconocer estas divinidades. Desgraciadamente, no podemos confiar en la relación legendaria sobre el arresto de Ignacio y su entrevista personal con el emperador; sin embargo, desde época muy remota, se ha creído que el interrogatorio al que fue sometido el soldado de Cristo por Trajano, siguió aproximadamente este cauce:

"¿Quién eres tú, espíritu malvado, que osas desobedecer mis órdenes e incitas a otros a su perdición?".

"Nadie llama a Teóforo espíritu malvado", se dice que respondió el santo.

"¿Quién es Teóforo?".

"El que lleva a Cristo dentro de sí".

"¿Quiere eso decir que nosotros no llevamos dentro a los dioses que nos ayudan contra nuestros enemigos?" preguntó el emperador.

"Te equivocas cuando llamas dioses a los que no son sino diablos", replicó Ignacio. "Hay un sólo Dios que hizo el cielo, la tierra y todas las cosas; y un solo Jesucristo, en cuyo reino deseo ardientemente ser admitido".

Trajano inquirió, "¿te refieres al que fue crucificado bajo Poncio Pilato?".

"Sí, a Aquél que con su muerte crucificó al pecado y a su autor, y que proclamó que toda malicia diabólica ha de ser hollada por quienes lo llevan en el corazón".

"¿Entonces tú llevas a Cristo dentro de ti?" dijo el emperador.

Ingacio respondió, "sí, porque está escrito, viviré con ellos y caminaré con ellos".

Cuando Trajano mandó encadenar al obispo para que lo llevaran a Roma y ahí lo devoraran las fieras en las fiestas populares, el santo exclamó "te doy gracias, Señor, por haberme permitido darte esta prueba de amor perfecto y por dejar que me encadenen por Ti, como tu apóstol Pablo".

Rezó por la Iglesia, la encomendó con lágrimas a Dios, y con gusto sometió sus miembros a los grillos; y lo hicieron salir apresuradamente los soldados para conducirlo a Roma.

En Seleucia, puerto de mar, situado a unos veinticinco kilómetros de Antioquía, se embarcaron en un navío que, por razones desconocidas, fue costeando por la ribera sur y occidental del Asia Menor, en lugar de dirigirse directamente a Italia. Algunos de sus amigos cristianos de Antioquía tomaron un camino más corto, llegaron a Roma antes que él, y ahí esperaron su llegada. Durante la mayor parte del trayecto acompañaron a San Ignacio el diácono Filón y Agatopo, a quienes se considera autores de las actas de su martirio. Parece que el viaje fue sumamente cruel, pues San Ignacio iba vigilado día y noche por diez soldados tan bárbaros, que San Ignacio dice eran como "diez leopardos" y añade "iba yo luchando con fieras salvajes por tierra y mar, de día y noche" y "cuando se las trataba bondadosamente, se enfurecían más".

Las numerosas paradas, dieron al santo oportunidad de confirmar en la fe a las iglesias cercanas a la costa de Asia Menor. Dondequiera que el barco atracaba, los cristianos enviaban sus obispos y presbíteros a saludarlo, y grandes multitudes se reunían para recibir la bendición de aquel mártir efectivo. Se designaron también delegaciones que lo escoltaron en el camino. En Esmirna tuvo la alegría de encontrar a su antiguo condiscípulo San Policarpo; ahí se reunieron también el obispo Onésimo quien iba a la cabeza de una delegación de Efeso; el obispo Dámaso, con enviados de Magnesia, y el obispo Polibio de Tralles. Burrus, uno de los delegados, fue tan servicial con San Ignacio, que éste pidió a los efesios que le permitieran acompañarlo. Desde Esmirna, el santo escribió cuatro cartas.

La carta a los efesios comienza con un cálido elogio de esa iglesia. Los exhorta a permanecer en armonía con su obispo y con todo su clero, a que se reúnan con frecuencia para rezar públicamente, a ser mansos y humildes, a sufrir las injurias, sin murmurar. Los alaba por su celo contra la herejía y les recuerda que sus obras más ordinarias serían espiritualizadas, en la medida que las hicieran por Jesucristo. Los llama compañeros de viaje en su camino a Dios y les dice que llevan a Dios en su pecho. En sus cartas a las iglesias de Magnesia y Tralles habla en términos análogos y los pone sobre aviso contra el docetismo, doctrina que negaba la realidad del cuerpo de Cristo y su vida humana. En la carta a Tralles Ignacio dice a aquella comunidad que se guarden de la herejía, "lo que harán si permanecen unidos a Dios, y también a Jesucristo y al obispo y a los mandatos de los apóstoles. El que está dentro del altar está limpio, pero el que está fuera de él, o sea, quien se separa del obispo, de los presbíteros y diáconos, no está limpio". La cuarta carta, dirigida a los cristianos de Roma, es una súplica para que no le impidan ganar la corona del martirio; pensaba que había peligro de que los influyentes trataran de obtener una mitigación de la condena. Su alarma no era infundada. A esas fechas, el cristianismo ya había conseguido adeptos en sitios elevados. Había hombres como Flavio Clemente, primo del emperador, y los Acilios Glabriones que tenían amigos poderosos

en la administración. Luciano, satirista pagano (*c.* 165 P.C.), quien seguramente conoció estas cartas de Ignacio, da testimonio de lo anterior.

"Temo que vuestro amor, me perjudique" escribe el obispo, "a vosotros os es fácil hacer lo que os agrada; pero a mí me será difícil llegar a Dios, si vosotros no os cruzáis de brazos. Nunca tendré oportunidad como ésta para llegar a mi Señor... Por tanto, el mayor favor que pueden hacerme es permitir que yo sea derramado como libación a Dios mientras el altar está preparado; para que formando un coro de amor, puedan dar gracias al Padre por Jesucristo, porque Dios se ha dignado traerme a mí, obispo sirio, del oriente al occidente para que pase de este mundo y resucite de nuevo con El... Sólo les suplico que rueguen a Dios que me dé gracia interna y externa, no sólo para decir esto, sino para desearlo, y para que no sólo me llame cristiano, sino para que lo sea efectivamente... Permitid que sirva de alimento a las bestias feroces para que por ellas pueda alcanzar a Dios. Soy trigo de Cristo y quiero ser molido por los dientes de las fieras para convertirme en pan sabroso a mi Señor Jesucristo. Animad a las bestias para que sean mi sepulcro, para que no dejen nada de mi cuerpo, para que cuando esté muerto, no sea gravoso a nadie... No os lo ordeno, como Pedro y Pablo: ellos eran apóstoles, yo soy un reo condenado; ellos eran hombres libres, yo soy un esclavo. Pero si sufro, me convertiré en liberto de Jesucristo y en El resucitaré libre. Me gozo de que me tengan ya preparadas las bestias y deseo de todo corazón que me devoren luego; aún más, las azuzaré para que me devoren inmediatamente y por completo y no me sirvan a mí como a otros, a quienes no se atrevieron a atacar. Si no quieren atacarme, yo las obligaré. Os pido perdón. Sé lo que me conviene. Ahora comienzo a ser discípulo. Que ninguna cosa visible o invisible me impida llegar a Jesucristo. Que venga contra mí fuego, cruz, cuchilladas, desgarrones, fracturas y mutilaciones; que mi cuerpo se deshaga en pedazos y que todos los tormentos del demonio abrumen mi cuerpo, con tal de que llegue a gozar de mi Jesús. El príncipe de este mundo trata de arrebatarme y de pervertir mis anhelos de Dios. Que ninguno de vosotros le ayude. Poneos de mi lado y del lado de Dios. No llevéis en vuestros labios el nombre de Jesucristo y deseos mundanos en el corazón. Aun cuando yo mismo, ya entre vosotros os implorara vuestra ayuda, no me escuchéis, sino creed lo que os digo por carta. Os escribo lleno de vida, pero con anhelos de morir".

Los guardias se apresuraron a salir de Esmirna para llegar a Roma antes de que terminaran los juegos, pues las víctimas ilustres y de venerable aspecto, eran la gran atracción en el anfiteatro. El mismo Ignacio, gustosísimo, secundó sus prisas. En seguida se embarcaron para Troade, donde se enteraron de que la paz se había restablecido en la Iglesia de Antioquía. En Troade Ignacio escribió tres cartas más. Una a los fieles de Filadelfia, alabando a su obispo, cuyo nombre calla, y rogándoles que eviten la herejía. "Usad una sola Eucaristía; porque la carne de Jesucristo Nuestro Señor es una y uno el cáliz para unirnos a todos en su sangre. Hay un altar, así como un obispo, junto con el cuerpo de presbíteros y diáconos, mis hermanos siervos, para que todo lo que hiciéreis vosotros lo hagáis de acuerdo con Dios". En la carta a los de Esmirna encontramos otro aviso contra los docetistas, que negaban que Cristo hubiera tomado una naturaleza humana real y que la Eucaristía fuera realmente su cuerpo. Les prohibe todo trato con esos falsos maestros y sólo les permite orar por ellos. La última carta es a San Policarpo, y consiste principalmente en consejos, como conviene

a una persona mucho más joven que el escritor. Lo exhorta a trabajar por Cristo, a reprimir las falsas enseñanzas, a cuidar de las viudas, a tener servicios religiosos con frecuencia, y les recuerda que la medida de sus trabajos será la de su premio. Como San Ignacio no tuvo tiempo de escribir a otras Iglesias, pidió a San Policarpo que lo hiciera en su nombre.

De Troade navegaron hasta Nápoles de Macedonia. Después fueron a Filipos y, habiendo cruzado la Macedonia y el Epiro a pie, se volvieron a embarcar en Epidamno (el actual Durazzo en Albania). Hay que confesar que estos detalles se basan únicamente en las llamadas "actas" del martirio, y no podemos tener ninguna confianza en la descripción de la escena final. Se dice que al aproximarse el santo a Roma, los fieles salieron a recibirlo y se regocijaron al verlo, pero lamentaron el tener que perderlo tan pronto. Como él lo había previsto, deseaban tomar medidas para liberarlo, pero les rogó que no le impidieran llegar al Señor. Entonces, arrodillándose con sus hermanos, rogó por la Iglesia, por el fin de la persecución, y por la caridad y concordia entre los fieles. De acuerdo con la misma leyenda, llegó a Roma el 20 de diciembre, último día de los juegos públicos, y fue conducido ante el prefecto de la ciudad, a quien se le entregó la carta del emperador. Después de los trámites acostumbrados, se le llevó apresuradamente al anfiteatro flaviano. Ahí le soltaron dos fieros leones, que inmediatamente lo devoraron, y sólo dejaron los huesos más grandes. Así fue escuchada su oración.

Parece haber suficiente fundamento para creer que los fragmentos que se pudieron reunir de los restos del mártir, fueron llevados a Antioquía y sin duda, furon venerados al principio de un modo que no llamara demasiado la atención "en un cementerio fuera de la puerta de Dafnis". Esto lo refiere San Jerónimo, escribiendo en 392, y sabemos que él había visitado Antioquía. Por el antiguo martirologio sirio nos enteramos de que la fiesta del mártir se celebraba en esas regiones el 17 de octubre, y se puede suponer que el panegírico de San Ignacio, hecho por San Juan Crisóstomo, cuando éste era presbítero de Antioquía, fue pronunciado en ese día. San Juan hace resaltar el hecho de que el suelo de Roma había sido empapado con la sangre de la víctima, pero que Antioquía atesoraba para siempre sus reliquias. "Ustedes lo prestaron por una temporada", dijo al pueblo, "y lo recibieron con interés. Lo enviaron siendo obispo, y lo recobraron mártir. Lo despidieron con oraciones y lo trajeron a su tierra con laureles de victoria". Pero ya en tiempo del Crisóstomo la leyenda había comenzado a tejerse. El orador supone que Ignacio había sido nombrado por el mismo apóstol San Pedro para sucederlo en el obispado de Antioquía. No es de maravillar que en fechas posteriores se fabricara toda una correspondencia, incluso ciertas cartas entre el mártir y la Santísima Virgen, cuando vivía en la tierra, después de la ascensión de su Hijo. Tal vez el relato más candoroso de todas estas fábulas medievales es la historia que identifica a Ignacio con el niño a quien Nuestro Señor tomó en sus brazos y que le sirvió para dar una lección sobre la humildad. (Marcos 9,36.)

Hay un marcado contraste entre la obscuridad que rodea casi todos los detalles de la carrera de este gran mártir y la certeza con que los eruditos actuales afirman la autenticidad de las siete cartas a que nos hemos referido antes, como escritas por él, camino de Roma. No es este lugar para discutir las tres ediciones críticas de estas cartas, conocidas como la "Más Larga", la "Curetoniana" y la "Vossiana". Una controversia secular ha dado por resultado una abun

dante literatura, pero en la actualidad la disputa está prácticamente terminada. En todo caso, puede decirse que, con rarísimas excepciones, la actual generación de estudiantes de patrística está de acuerdo en admitir la autenticidad de la "Curetoniana", que fue la primera identificada por el arzobispo Ussher en 1644, y cuyo texto griego fue impreso por Isaac Voss y por Dom Ruinart, un poco más tarde.

No hay temor de exagerar la importancia que el testimonio de estas cartas aporta sobre las creencias y la organización interna de la iglesia cristiana, años después de la ascensión de Nuestro Señor. San Ignacio de Antioquía es el primer escritor, que, fuera del Nuevo Testamento, subraya el nacimiento virginal. A los de Efeso, por ejemplo, les escribe, "y al príncipe de este mundo se le ocultó la virginidad de María y su parto y también la muerte del Señor". Se supone claramente conocido el misterio de la Trinidad, y se percibe un marcado enfoque cristológico, cuando leemos en la misma carta (c. 7), "hay un médico, de carne y espíritu, engendrado y no engendrado, Dios en hombre, verdadera Vida en muerte, hijo de María e hijo de Dios, primero pasible y después impasible, Jesucristo Nuestro Señor". No menos notables son las frases usadas respecto a la Sagrada Eucaristía. Es "la carne de Cristo", "el don de Dios", "la medicina de inmortalidad", e Ignacio denuncia a los herejes "que no confiesan que la Eucaristía es la carne de Jesucristo nuestro Salvador, carne que sufrió por nuestros pecados y que en su amorosa bondad el Padre resucitó". Finalmente, en la carta a los de Esmirna, por vez primera en la literatura cristiana encontramos mencionada a "la Iglesia Católica". "Que doquier aparezca el obispo, ahí esté el pueblo; lo mismo que donde quiera que Jesucristo está también está la Iglesia Católica". El santo habla severamente de las especulaciones heréticas —en particular las de los docetistas— que ya en su tiempo amenazaban con dañar la integridad de la fe cristiana. Ciertamente puede decirse que la nota clave de toda su instrucción fue la de insistir sobre la unidad de creencia y de espíritu entre los que pretendían seguir a Nuestro Señor. Pero a pesar de su temor a la herejía, recalcaba la necesidad de ser indulgentes con los que estaban en el error e insiste en la tolerancia y en el amor a la cruz. La exhortación a los efesios proporciona una lección a todos aquellos, para quienes su religión no es un título vacío:

> "Rueguen incesantemente por el resto de los hombres —porque hay en ellos esperanza de arrepentimiento— para que lleguen a Dios. Por lo tanto, instrúyanlos con el ejemplo de sus obras. Cuando ellos estallen en ira, ustedes sean mansos; cuando se vanaglorien al hablar, sean ustedes humildes; cuando les injurien a ustedes, oren por ellos; si ellos están en el error, ustedes sean constantes en la fe; a vista de su furia, sean ustedes apacibles. No ansíen el desquite. Que nuestra indulgencia les muestre que somos sus hermanos. Procuremos ser imitadores del Señor, esforzándonos para ver quién puede sufrir peores injusticias, quién puede aguantar que lo defrauden, que lo rebajen a la nada; que no se encuentre en ustedes cizaña del diablo. Sino con toda pureza y sobriedad vivan en Cristo Jesús en carne y en espíritu."

Por lo anterior, se ve claramente que en la práctica, las siete cartas de San Ignacio forman la única fuente fidedigna respecto de su vida. El lector puede consultar estas cartas en la obra magistral del obispo Lightfoot, *The Apostolic Fathers* (1877-1885). Hay una traducción manuable con una valiosa introducción y notas en el volumen del Dr. J. H.

Srawley titulado *The Epistles of St. Ignatius* (1935) y un texto y traducción por Kirsopp Lake en la Biblioteca de Clásicos Loeb, titulado *The Apostolic Fathers,* vol. I (1930). La traducción y notas en la colección *Primeros Escritores Cristianos* (1946) son del Dr. J. A. Kleist. Otras ediciones, como las de A. Lelong, F. X. Funk y T. Zahn, no hay para qué mencionarlas aquí. Las cartas de San Ignacio, traducidas al latín y a varios idiomas orientales, eran ampliamente conocidas por los primeros escritores cristianos. Aun el británico San Gildas, en su *De excidio Britanniae,* escrito alrededor del 540, cita la carta dirigida a los romanos. El panegírico del Crisóstomo está en Migne, P. G. vol. I. Para mayores datos sobre la fecha del martirio, véase H. Grégoire en *Analecta Bollandiana,* vol. LXIX (1951), pp. 1 ss. Se menciona a San Ignacio en el canon de la misa de rito romano, sirio y maronita.

SAN PIONIO, MÁRTIR (¿250? P.C.)

PIONIO FUE un presbítero de Esmirna y un genuino heredero del espíritu de San Policarpo. Hombre elocuente e ilustrado, convirtió a muchísimos a la verdadera fe. Durante la persecución de Decio (¿o de Marco Aurelio?), fue aprehendido, junto con Sabina y Asclepíades, al estar celebrando el aniversario de la fiesta del martirio de San Policarpo. Pionio fue prevenido en un sueño de su inminente destino. En la mañana, cuando los cristianos estaban tomando el "pan santo" (probablemente la *eulogia* bendecida y distribuida en la misa) con agua, fueron sorprendidos y apresados por Polemón, el sacerdote principal del templo. Durante largos interrogatorios, resistieron todas las solicitaciones para que ofrecieran sacrificios, y manifestaron que estaban prestos a sufrir los peores tormentos y aun la muerte, antes que ceder; declararon que adoraban a un solo Dios y que pertenecían a la Iglesia Católica. Cuando le preguntaron a Asclepíades a cuál Dios adoraba, respondió "a Jesucristo". Polemón dijo: ¿"es ese otro Dios?" Asclepíades, respondió: "No; es el mismo Dios a quien acaban de confesar", clara declaración en esta época primitiva de la consubstancialidad de Dios Hijo. Sabina sonrió al oir las amenazas de que serían todos quemados vivos. Los paganos dijeron: "¿sonríes? Entonces serás enviada a los lupanares públicos". Ella contestó: "Allí Dios me protegerá".

Fueron encarcelados y pidieron que los pusieran en el calabozo menos accesible para poder orar con más libertad. Por la fuerza fueron arrastrados al templo y se hubo que utilizar la violencia para obligarlos a ofrecer sacrificios. Resistieron con todas sus fuerzas, al grado de que, como las actas del martirio relatan "se necesitaron seis hombres para subyugar a Pionio." Cuando les colocaron guirnaldas en la cabeza, los mártires se las arrancaron; y el sacerdote que tenía la obligación de llevarles el manjar sacrificial tuvo miedo de acercárseles. Su constancia reparó el escándalo causado por Eudemón, obispo de Esmirna, que había apostatado y ofrecido sacrificios. Cuando el procónsul Quintiliano llegó a Esmirna, hizo que pusieran a Pionio en el potro y que su cuerpo fuera desgarrado con garfios, y luego lo condenó a la muerte. La sentencia se leyó en latín: "Pionio confiesa ser cristiano, y ordenamos que se le queme vivo".

Con ardorosa fe, Pionio fue el primero en apresurarse para ir al estadio (campo público de carreras), y ahí se despojó de sus vestiduras. Su cuerpo no mostraba ninguna señal de la reciente tortura. Subió a la tarima de madera, dejó que el soldado fijara los clavos, cuando estuvo bien sujeto, el oficial que presidía dijo: "todavía puedes reflexionar y arrepentirte y se te quitarán los clavos". Pero él contestó que su deseo era morir pronto para que más pronto pudiera resucitar de nuevo. De pie y mirando hacia el oriente, mientras amonto-

naban a su alrededor la leña, Pionio cerró los ojos, de modo que la gente creyó que se había desmayado. Sin embargo, estaba rezando en silencio, y una vez que llegó al fin de su oración, abrió los ojos y dijo "Amén", con el rostro radiante, mientras las llamas se elevaban a su alrededor. Por fin con las palabras: "Señor, recibe mi alma", entregó su espíritu, tranquilamente y sin dolor, al Padre que ha prometido guardar a toda alma injustamente condenada. Todo lo anterior parece el relato de un testigo ocular, quien añade que, cuando el fuego se apagó, "los que estábamos allí cerca vimos su cuerpo como si fuera el de un robusto atleta; ni los cabellos, ni las mejillas estaban chamuscados, y su rostro resplandecía asombrosamente".

Eusebio cita las actas del martirio, que se suponen escritas por un testigo de vistas y han sido publicadas por Ruinart, quien las tomó del latín; pero también existe un texto griego que probablemente es el original. Lightfoot dice de ellas, "estas actas tienen todas las pruebas de la autenticidad", y Delehaye, que discute la custión con bastante extensión en *Les Passions des Martyrs...* (1921), pp. 27-59, está de acuerdo en todo. El texto griego de las *Actas* puede consultarse en O. von Gebhardt, *Acta martyrum selecta* pp. 96-114. La mayor parte puede encontrarse excelentemente traducida al inglés en la obra de J.A.F. Gregg *The Decian Persecution*, pp. 249-261. Para la cuestión de la fecha, Cf. H. Grégoire en *Analecta Bollandiana*, vol. LXIX (1951), pp. 1 y ss.

SAN SEVERO, OBISPO (*c.* 389 P.C.)

LA HISTORIA proporciona pocos detalles sobre este prelado. Es el que figuró en el duodécimo lugar entre los obispos de Ravena. Sucedió a Marcelino y ocupó la sede durante gran parte del siglo IV.

En el año 347, asistió al concilio de Sárdica y allí defendió los decretos de fe de Nicea contra los arrianos.

Algunos dicen que murió el año 348 y otros que en el 389.

En su tumba se obraron milagros y la Iglesia de Revena honra su memoria.

Según la leyenda y de acuerdo con una biografía escrita en el siglo VI, Severo, que era tejedor de oficio, llegó a ser el obispo de Ravena, debido a que una paloma vino a posarse sobre su cabeza.

El tejedor, que era un hombre casado, fue aclamado en seguida por todos los presentes. Para no quebrantar una tradición que se remontaba a los tiempos de Apolinario, Severo tuvo que aceptar el puesto de obispo, renunciando al mundo, a su hogar y a su familia. Su esposa, Vicencia y su hija Inocencia, se consagraron a Dios y murieron antes que él.

A San Severo se le representa con lanzaderas en los bolsillos y una tela tejida bajo el brazo.

El Martirologio Jeronimiano menciona el nombre de Severo, el día 1o. de febrero. Los martirologios posteriores han añadido algunos detalles sacados de la leyenda.

El culto de los santos Severo, Vicencia e Inocencia se revivió, cuando sus cuerpos fueron llevados a Pavia y, de allí trasladados a Maguncia, en el siglo IX.

En el monasterio de Erfurt se construyó una espléndida basílica y allí fueron trasladadas las reliquias de Severo. Este fue venerado como santo patrón de la ciudad. Desde allí se extendió su culto por toda Alemania.

Véase *Acta Sanctorum*, 1o. de febrero. Charles Cahier, *Caractéristiques des saints*, p. 572. Existe un panegírico del santo por Pedro Damiano.

SANTA BRIGIDA, ABADESA DE KILDARE, VIRGEN (*c.* 525 P.C.)

LAS NUMEROSAS "vidas" de Santa Brígida escritas por sus compatriotas en los cuatro primeros siglos después de su muerte, no ofrecen material para una relación completa de su vida. Sin embargo, no cabe duda que hay que contarla entre los santos más grandes y venerados, cuya virtud ha dado gloria a Irlanda y ayudado, al menos indirectamente, a la cristianización de Europa. Los vivos recuerdos conservados en el corazón del pueblo, llevan un extraordinario espíritu de caridad. La mayoría de los numerosos y fantásticos milagros que figuran en las crónicas de su vida fueron su respuesta a súplicas que provocaron su compasión o despertaron su sentido de justicia. Sacaríamos una conclusión completamente falsa si pensáramos, como muchos lo han hecho, que siendo tan increíbles los incidentes que de ella se refieren, la existencia de la santa es un mito. El pueblo irlandés, más que otros, es imaginativo y entusiasta y, en consecuencia, muy celoso de sus objetos de veneración. Hubiera parecido como rebajar su dignidad el apuntar sólo cosas ordinarias y posibles de la que llaman "la María de los irlandeses", a quien consideraban como patrona de todas las buenas irlandesas. Así como a San Patricio y a otros héroes menores de la santidad se atribuyeron extrañas maravillas, así no le podía faltar a ella su corona: pues ¿no eran Patricio y Brígida "las columnas de Irlanda"? No valía la pena un relato de hechos prosaicos; en otras palabras, éstos eran indignos de una persona tan excelsa. Es importante que nos demos cuenta clara de esta curiosa mentalidad, si no queremos confundirnos con las extravagancias que abundan en colecciones como la de Plummer "Bethada Náem Erenn" o en el "Book of Lismore". Análoga precaución hay que tener con toda la hagiografía medioeval; pero especialmente en las leyendas trasmitidas por los celtas. Había que relatar maravillas y prodigios heroicos; y si faltaban, el escritor sufría el castigo de ver que su obra era despreciada por rancia e inútil. Este gusto por lo sensacional entre almas sencillas y cándidas, explica por qué en la primitiva hagiografía, por cada manuscrito de las "acta sincera", o informes verídicos sobre el martirio, poseemos otros cincuenta, con tantas deformaciones y ornamentos, que bien podían pasar por una novela.

Así pues, lo que podemos afirmar con certeza, respecto a la vida de Santa Brígida, es realmente poco. Probablemente nació a mediados del siglo quinto en Faughart, cerca de Dundalk. Es indudable que desde temprana edad se consagró a Dios; pero parece muy dudoso que haya recibido el "velo" de manos de San Maccaille en Mag Teloch y que haya sido consagrada por San Mel en Ardagh. La dificultad aumenta por la glosa añadida al himno de San Broccan: "San Mel le confirió la dignidad de obispo", y por ello la sucesora de Brígida "tiene derechos y honores episcopales". El P. John Ryan discute el problema en *Irish Monasticism,* y concluye que esta historia fue el resultado de los honores excepcionales, tradicionalmente tributados a la sucesora de Santa Brígida en Kildare, y que en algunos aspectos pueden compararse con los que se tributan a los obispos en la Iglesia". Pero es bastante extraño, que fuera del relato de Cogitosus, no se insista en las "vidas" de la santa en la fundación del monasterio de Kildare; tanto más, cuanto que dicha fundación parece haber sido el gran hecho histórico de su carrera, y que en cierto sentido la convirtió durante muchos siglos en la madre ejemplar de las vírgenes irlandesas.

Quizá nos demos cuenta del tono general de las "vidas" primitivas, con algunos párrafos de las lecciones del *Breviarium Aberdonense.*

> Santa Brígida, a quien Dios previó y predestinó para que creciera a semejanza suya, nació de noble familia escocesa, *i.e.* irlandesa; su padre fue Dubthac y su madre Brocca, y desde su niñez progresó en todo bien. Esta doncella elegida por Dios, muy juiciosa y llena de sabiduría, siempre buscó lo más perfecto. Su madre la enviaba a recoger la mantequilla que hacían las mujeres con la leche de las vacas y ella se la daba toda a los pobres. Cuando las demás volvían con la carga, la joven trataba de restituir el producto que había tomado y, con tierna confianza, volvía su corazón al Señor y le pedía, por intercesión de su Madre, que devolviese la mantequilla con creces. A su debido tiempo, cuando sus padres desearon que contrajera matrimonio, hizo voto de castidad; lo hizo en presencia de un santo obispo y tocó con la mano el pilar de madera sobre el cual se apoyaba el altar. En memoria de la acción de esa joven, hace largos años esa madera permanece todavía verde, y como si no hubiera sido cortada y despojada de su corteza, florece en sus raíces y sana a innumerables tullidos.
>
> Santa y fiel como era, viendo Brígida que se acercaba el tiempo de sus esponsales, pidió al Señor le enviara alguna deformidad para frustrar la importunidad de sus padres: se le reventó un ojo y se le derramó por dentro. Y así, habiendo recibido el santo velo, Brígida, junto con otras vírgenes consagradas, permaneció en la ciudad de Meatr, donde Nuestro Señor, por su intercesión, se dignó obrar muchos milagros. Curó a un extranjero por nombre Marcos; proporcionó cerveza de un solo barril a dieciocho iglesias, y la bebida alcanzó desde el Jueves Santo hasta el fin del tiempo pascual. A una mujer leprosa que le pedía leche, le dio agua fría, porque no tenía otra cosa; el agua se convirtió en leche, y cuando la mujer la hubo bebido, quedó sana. Curó a un leproso y dio vista a dos ciegos. Una vez cuando iba de viaje para acudir a un llamado urgente, al cruzar un arroyo se resbaló y se hirió en la cabeza; con la sangre que manó de la herida dos mujeres mudas recobraron el habla. Un buen día, a un criado del rey se le cayó de las manos una preciosa vasija y se rompió; para que no lo castigaran, Brígida la compuso totalmente.

Entre éstas y muchas otras extravagancias parecidas, hay algunas hermosas leyendas; especialmente la que se refiere a una monja ciega, Dara, cuyo relato no podrá hacerse mayor que con las propias palabras de Sabire Baring-Gould:

> Una tarde, al ponerse el sol, Brígida estaba sentada con la hermana Dara, una santa monja, que estaba ciega: hablaban del amor de Jesucristo y de los gozos del paraíso. Sus corazones rebosaban en tal forma, que la noche voló mientras conversaban y no se dieron cuenta de que habían pasado muchas horas. Entonces salió el sol tras las montañas de Wicklow, y su luz pura y blanca vino a iluminar y a alegrar la faz de la tierra. Brígida suspiró al ver la hermosura del cielo y de la tierra: sabía que los ojos de Dara estaban cerrados a toda esta belleza. Inclinó entonces la cabeza y rezó; extendió su mano e hizo la señal de la cruz sobre las apagadas órbitas de la dulce hermana. Entonces cesó la obscuridad, y Dara vio la esfera dorada en el oriente y los árboles y las flores, que brillaban, con el rocío a la luz de la mañana. Se quedó mirando un instante y luego, volviéndose

a la abadesa le dijo: "querida Madre, le ruego vuelva a cerrar mis ojos, porque cuando el mundo está así de visible a los ojos, el alma ve menos claramente a Dios". Entonces Brígida oró una vez más, y los ojos de Dara volvieron a obscurecerse.

Poco o nada digno de confianza sabemos de la gran fundación religiosa en Kill-dara (el templo del encino) y de la regla ahí practicada. Se supone generalmente que era un "monasterio doble", *i.e.*, incluía hombres y mujeres, pues tal era la práctica común entre los celtas. Es muy posible que Santa Brígida presidiera ambas comunidades, y no sería caso único. Pero el texto de las reglas —en la Vida de San Kieran de Clonmacnois se menciona la "regula Sanctae Brigidae"— no parece haber sobrevivido. Más de seis siglos después, Giraldus Cambrensis coleccionó algunas curiosas tradiciones referentes a esta fundación. Dice, por ejemplo: "En Kildare de Leinster, renombrado por la gloriosa Brígida, hay muchas maravillas dignas de mención. Principalmente el fuego de Brígida, que llaman inextinguible; no porque no se pueda apagar, sino porque las monjas y santas mujeres alimentan y avivan el fuego tan ansiosa y puntualmente, que desde la época de la virgen, ha permanecido encendido durante siglos y nunca se han acumulado cenizas, aunque en tanto tiempo se haya consumido tan grande cantidad de madera. En tiempos de Brígida, veinte monjas servían aquí al Señor. Ella era la vigésima y cuando gloriosamente partió, quedaron diecinueve y no han pasado de ese número. Los monjas se van turnando cada noche para cuidar el fuego, y cuando llega la vigésima noche viene la última doncella y colocando suficiente leña dice: 'Brígida, cuida ese fuego tuyo, porque a ti te toca esta noche'. Y por la mañana encuentran el fuego todavía encendido y el combustible consumido en la forma acostumbrada. El fuego está rodeado por una valla circular de arbustos, dentro de la cual ningún hombre entra, y si alguno se atreviera a entrar, como algunos temerarios lo han intentado, no escapa de la venganza divina".

Esta es la historia a la cual aludió el poeta Tom Moore cuando escribió:

> La lámpara rutilante que alumbró el santo templo de Kildare, ardió constante a través de las edades de sombras y tormenta.

Pero no obstante que el material legendario predomina, es inconfundible el entusiasmo que la memoria de Santa Brígida suscitó entre sus paisanos. No sería fácil encontrar algo más fervoroso en su expresión que las rapsodias del "Book of Lismore":

> Todo lo que Brígida pedía al Señor se lo concedía inmediatamente. Pues todo su deseo era: socorrer al pobre, aliviar cualquier pena y ayudar a todos los desvalidos. Ahora bien, nunca hubo mujer más tímida o más modesta, más dulce o más humilde, más juiciosa o que tuviera una más armoniosa proporción en todo que Brígida. Nunca se lavaba ni las manos, los pies o la cabeza, delante de otras personas. Nunca miró rostro de hombre alguno. Nunca hablaba sin sonrojarse. Era abstemia, inocente, piadosa, paciente; se gozaba con los mandamientos de Dios; era firme y humilde, perdonaba y amaba; era un estuche consagrado para guardar la sangre y el cuerpo de Cristo; era templo de Dios. Su corazón y su mente formaban un trono para que descansara el Espíritu Santo. Tenía puesto su corazón por entero en Dios; compadecía a los desgraciados, era pródiga

en milagros y maravillas. Por todo esto, su nombre en medio de las cosas creadas, es Paloma entre los pájaros, Viña entre los árboles, Sol entre las estrellas. El padre de la santa virgen, es el Padre Celestial; su hijo es Jesucristo; su aliento (quien la alienta y la nutre) es el Espíritu Santo. Por eso, esta santa virgen ejecuta tan grandes prodigios e innumerables milagros. Ella es quien aquda a todos los que están en aprietos y peligros, la que disminuye las pestes; la que calma la ira y la borrasca del mar. Es la profetiza de Cristo; la reina del sur; la María de los gaélicos (celtas).

Pero el lenguaje de otros escritores nativos de época má primitiva es aún más novelesco. Probablemente comprendemos muy poco de la psicología gaélica para estar bien ciertos del verdadero significado de las frases que encontramos en documentos como el Himno de San Broccan, pero nuestros traductores dan a entender que, realmente, se identificaba a Brígida con la Santísima Virgen María. Por ejemplo leemos:

Brígida madre de mi supremo rey (de mi Altísimo Rey) del reino de los Cielos, nació superior en todo.

Es posible que algunos ecos de la primitiva mitología pagana se mezclaran con todo esto porque Brig parece haber sido una abstracción que significa "valor" o "poder" y se personificaba como una diosa, particularmente asociada con el culto al fuego el 1o. de febrero. Esto pudiera ser la causa de algunos de los detalles en la descripción de Kildare en la obra de Giraldus, ya citada anteriormente; pero todo el tema está envuelto en la más profunda obscuridad. De acuerdo con Charles Plummer (VSH., vol. I, p. CXXXVI), "el nombre de Brígida tiene una etimología caprichosa: 'breosaiget' significa flecha ardiente y por cierto que su leyenda expone muchos rasgos de esta naturaleza. Además Brígida tiene homónimo pagano, como por ejemplo, "Brigid banfiéle", es decir la poetisa —madre de las tres edades de la poesía. Esta identidad entre los nombres es buena ocasión para la transferencia de mitos".

En tiempos antiguos se veneraba mucho a Santa Brígida en Escocia y también en aquellas partes de Inglaterra, más directamente en contacto con influencias celtas. Hay varios lugares en Galos, llamados Blansantffraid, Iglesia de Santa Brígida. En Irlanda, las iglesias a ella dedicadas son innumerables; en Inglaterra sabemos de diecinueve que le fueron consagradas antes de la Reforma. La mayoría de éstas se encuentran en la parte occidental del país, pero hay una iglesia famosa en Londres, la de Santa Brígida, en Fleet Street. Bridewell, originalmente un palacio real, parece haber adquirido su nombre por su contigüidad a la iglesia de Santa Brígida. Su fiesta se observa en toda Irlanda, Gales, Australia y Nueva Zelandia.

Las biografías primitivas de Santa Brígida, escritas en latín fueron editadas por Colgan, en sus *Trias Thaumaturga*, incluyendo la de Cogitosus, que entre la mayoría es la que más se acerca a una biografía propiamente dicha. En los *Proceedings of the R. Irish Academy*, vol. XXX, (1912), pp. 307 ss., Esposito ha dado razones para pensar que Cogitosus escribió allá del 620 al 680. El himno panegírico de San Broccan está impreso en la *Irish Liber Hymnorum* de la Henry Bradshaw Society, vol. II, p. 193. *Canon O'Hanlon* en LIS., vol. II, dedica más de 200 pp. a Santa Brígida, y también se encuentra una relación completa en LBS., vol. I pp. 264-288. Véase también *The Book of Lismore* (ed. Whitley Stokes); J. Ryan, *Irish Monasticism* (1931), pp. 134-136, 179-184; Alice Curtayne, *Saint Brigid of Ireland* (1933); F. O. Briain, *St. Brigid, her Legend, History and Cult*, (1938); y la obra *The Old Irish Life of St. Brigid* por M. A. O'Brien en *Irish Historical Studies*, vol. I (1938-1939), pp. 121-134, sobre el culto de Brígida en Suecia, véase, *Analecta Bollandiana*, vol. LXI (1943), pp. 108-116. Cf. L. Guogaud, *Christianity in Celtic Lands* (1932).

SAN JUAN DE CRATICULA, Obispo de Saint-Malo
(c. 1170 p.c.)

A este santo se le puso el sobrenombre 'de Cratícula" por la verja de hierro que rodeaba su tumba. Era bretón, hijo de padres pobres, no obstante lo cual, recibió una excelente educación que supo aprovechar, aventajando mucho en las artes y las ciencias. Sintiéndose atraído por la orden del Císter, que en aquella época concentraba la atención mundial, partió en busca de San Bernardo quien, después de probarlo, lo recibió en su comunidad. Cuando el conde Esteban de Pethiévre y su esposa manifestaron su deseo de fundar un monasterio en sus dominios, San Bernardo les envió a Juan, quien estableció una casa religiosa en Bégard, en la diócesis de Tréguier. Posteriormente fundó otra en Buzay y ahí llegó a ser abad; pero al poco tiempo fue elegido obispo de Alethy, y con pena de los religiosos, tuvo que abandonar el monasterio. Como viera que la isla de Aaron había prosperado y se estaba formando una población muy importante, Juan trasladó la sede de su diócesis a ese lugar, nombrándole desde entonces Saint-Malo.

San Juan tuvo muchas dificultades en la organización de su catedral. Anteriormente, aquella iglesia había estado gobernada por monjes de Marmoutier en Tours, pero el obispo instaló en su lugar a canónigos regulares de San Agustín, por lo que los primeros, resentidos, enredaron a San Juan en fastidiosos litigios. Cuando los obispos franceses dieron su fallo contra él, por consejo de San Bernardo, el obispo fue personalmente a Roma y expuso el asunto al Papa, que decidió en su favor. Sus adversarios, no obstante, encontraron un pretexto para reanudar el litigio y Juan tuvo que volver a Roma. Para que el asunto quedara finalmente arreglado y sus contrarios le dejaran en paz, pasaron dieciocho años. Todavía existe una de las cartas de su correspondencia con San Bernardo sobre este asunto. Los biógrafos de San Juan se hacen lenguas sobre su paciencia en estos prolongados litigios y el notable espíritu de caridad e indulgencia que caracterizó su trato con el prójimo.

San Juan fue comisionado para reformar el monasterio de Saint-Méen, de Gaël, y además de las otras casas religiosas que fundó, estableció las abadías de la Sainte-Croix de Guingamp y la de Saint-Jacques de Montfort. Llevó una vida de mucha austeridad y murió más o menos en el 1170.

Véase A. Le Grand, *Vie des saints de la Bretagne Armorique;* Lobineau, *Saints de Bretagne*, vol. II, pp. 393-410; *Acta Sanctorum*, (febrero), vol. I.

BEATO ANTONIO EL PEREGRINO. (1267, p.c.)

Antonio Manzi, o Manzoni, nació en Padua, de una familia distinguida. Su padre murió cuando él todavía era muy joven y le dejó considerables riquezas. El heredero las distribuyó inmediatamente entre los pobres. Y su actitud fue severamente censurada por sus parientes y amigos, quienes le acusaron de haber dilapidado un dinero que pertenecía, por derecho, a sus dos hermanas. Por esta causa, Antonio tuvo que sufrir ser insultado y denigrado a voz en cuello, por las calles. Pero él, decidido a abrazar la pobreza, vistió el traje de peregrino y dejó Padua, caminando sin rumbo hasta llegar a Bazano, cerca de Bolonia, donde encontró a un anciano sacerdote enfermo a quien atendió durante tres años, por amor a Dios. Los dos vivían de las limosnas que Antonio solicitaba,

de las que sólo tomaban lo indispensable para su sustento y daban todo el resto a otros pobres.

Antonio ayunó durante toda su vida; se sometía a severas disciplinas: usaba cilicio y dormía siempre en el suelo, con una piedra por almohada. Después de su permanencia en Bazano, anduvo errante. Hizo peregrinaciones, a Roma, a Loreto, a Compostela, a Colonia y a Jerusalén. Finalmente regresó a su ciudad natal, donde fue mal recibido hasta por sus hermanas, que eran monjas. Despreciado por todos, Antonio se construyó una vivienda en la columnata de una iglesia, fuera de las murallas de Padua, y, poco tiempo después, murió en su pobre casa. Cuando en su tumba comenzaron a obrarse milagros, los paduanos pidieron su canonización; pero el Papa respondió que bastaba a la ciudad de Padua con tener "un San Antonio". Sin embargo, parece que el culto a Antonio el Peregrino persistió y su fiesta se celebra en Padua.

El relato más digno de confianza del Beato Antonio y sus milagros es el publicado en la *Analecta Bollandiana*, vol. XIII (1894), pp. 417-425. *Cf.*, también *ib.*, vol. XIV, pp. 108 ss., y el *Acta Sanctorum*, febrero, vol., I.

BEATO ENRIQUE MORSE, MÁRTIR (1645 P.C.)

ENRIQUE MORSE nació en 1595, en la región de Anglia Oriental, y fue educado en la fe protestante de sus padres, que pertenecían a la estricta nobleza rural. Cuando estudiaba derecho en Londres, decidió convertirse al catolicismo y, a la edad de veintitrés años, huyó de Inglaterra para refugiarse en Francia, donde recibió el bautismo en la Iglesia de Douay. Ahí mismo inició sus estudios, decidido a abrazar el sacerdocio, y los concluyó en el Venerabile de Roma, donde recibió la ordenación.

En 1624, regresó a Inglaterra y, poco después de haber desembarcado en Newcastle, fue arrestado y encarcelado en el castillo de York, antes de salir de Roma, había obtenido el consentimiento del Padre General de la Compañía de Jesús para gestionar su admisión en la orden de los jesuitas en Inglaterra, y, como por un designio de la Providencia, en la prisión de York se encontró como compañero de celda al sacerdote jesuita, John Robinson, de manera que, durante los tres años que estuvo encarcelado, Enrique Morse hizo su noviciado. Gracias a la solicitud del P. Robinson, ahí mismo, en la celda, pronunció los votos simples. Poco después, Enrique fue puesto en libertad y desterrado a Flades, donde actuó como capellán y misionero, entre los soldados ingleses que servían allá al rey de España.

A fines de 1633, el P. Morse regresó clandestinamente a Inglaterra y, con el nombre falso de Cuthbert Claxton, ejerció su ministerio en Londres. Muy pronto tuvo ocasión de desplegar una benéfica actividad, durante la epidemia de peste que azotó a la ciudad entre 1636 y 1637. El P. Morse tenía una lista de cuatrocientas familias católicas y protestantes, afectadas por el mal, a quienes visitaba regularmente, llevándoles ayuda material y espiritual. Su abnegada caridad produjo una impresión tan profunda que, en menos de un año, cien de aquellas familias anglicanas se reconciliaron con la Iglesia Católica.

Ponía tanto entusiasmo nuestro beato en el desempeño de su misericordiosa tarea, que por tres veces contrajo la peste y otras tantas se recuperó para volver a la brega, hasta que sus superiores le amonestaron, indicándole que

debería moderar su celo. Fue por entonces, precisamente, cuando las autoridades descubrieron la identidad del P. Morse y lo aprehendieron de nuevo, acusándolo de ser sacerdote y de haber "pervertido a unos quinientos súbditos protestantes de Su Majestad, dentro y fuera de la parroquia de San Gil de los Campos, en Londres". El acusado se declaró culpable del primer cargo, pero no así del segundo y, por fortuna, antes de que se pronunciara la sentencia, intervino en su favor la reina Enriqueta María, y el P. Morse fue puesto en libertad bajo fianza de 10,000 florines. Poco después, al emitirse la proclama real que imponía un plazo con límite hasta el 7 de abril de 1641, para que todos los sacerdotes católicos abandonaran el país, Enrique Morse se sintió obligado a partir para no comprometer a sus fiadores y así, de nueva cuenta, emprendió su labor misionera entre las tropas inglesas en Flandes.

Dos años más tarde, en 1643, partió de Gante hacia Inglaterra y, durante dieciocho meses consiguió burlar la vigilancia y desempeñar su ministerio en el norte del país, hasta que fue aprehendido por sospechas, mientras visitaba a un enfermo en los límites de Cumberland. De ahí fue conducido a Durham, pero en el camino, cuando pernoctaban en la casa de uno de sus captores, la esposa de éste, que era católica, ayudó a escapar al P. Morse. Poco le duró la libertad, porque seis semanas después volvieron a arrestarle, y luego de permanecer algún tiempo en la cárcel de Durham, fue trasladado, con escolta, a la de Newcastle, en Londres. Allí debió comparecer ante el Tribunal Mayor para ser juzgado como criminal reincidente, y fue condenado a muerte sin apelación, en vista de que había vuelto a cometer el delito por el que se le había juzgado nueve años antes.

El día señalado para la ejecución, el P. Morse celebró en la celda la misa votiva de la Santísima Trinidad, antes de que le condujeran en la fatídica carreta al cadalso de la plaza de Tyburn. Ahí, mezclados a la acostumbrada muchedumbre de curiosos, se hallaban los embajadores de países católicos, como Francia, España y Portugal, con sus séquitos correspondientes, para rendir homenaje al mártir. Este, colocado ya bajo la horca y con la cuerda al cuello, habló a los presentes con voz serena, afirmando que moría por su religión y tan sólo por haber trabajado siempre por el bienestar de sus conciudadanos, negando rotundamente que hubiera organizado o participado en conspiración alguna contra el rey, como aseguraban sus acusadores. Después oró en voz alta por la salvación de su alma, por la de sus perseguidores y por el Reino de Inglaterra; en seguida, hizo la indicación de que estaba listo. Rápidamente fue retirada la carreta y el P. Enrique Morse, S. J., quedó pendiente de la cuerda. Murió ahorcado el 1o. de febrero de 1645.

Entre las diversas reliquias de mártires ingleses que reunió el embajador de España, conde de Egmont, para sacarlas al extranjero, donde habrían de ser debidamente veneradas, figuraban especialmente las del Beato Enrique Morse.

El mismo año en que el P. Morse fue ejecutado, se publicó en Amberes un volumen titulado *Certamen Triplex*, con un relato de su vida y de su muerte, junto a las biografías del Beato Thomas Holland y el Beato Ralph Corby. El autor del libro era el P. Ambrosio Corby, hermano del beato citado en último término. El escrito fue reimpreso en Munich al año siguiente y, una traducción al inglés, titulada *The Threefold Conflict*, apareció en Londres en 1858. De este relato se vale Challoner en MMP. Véase también REPSJ., vol. I. La lista de las reliquias obtenidas por Egmont, figura en la obra de Camm titulada *Forgotten Shrines* (1910).

2: LA PURIFICACION DE MARIA SANTISIMA, COMÚNMENTE LLAMADO DÍA DE LA CANDELARIA

LA LEY de Dios dada por Moisés al pueblo de Israel especificaba que la mujer, después del parto, continuaba por cierto tiempo en un estado que la ley llamaba "impuro", y ordenaba que durante ese período no debía mostrarse en público ni tocar nada consagrado a Dios. Cuarenta días después del nacimiento de un hijo y ochenta días después del nacimiento de una hija, la madre debía dejar a la puerta del tabernáculo o del templo un cordero y una paloma: el cordero, destinado a ser consumido por el fuego, simbolizaba el reconocimiento de la soberanía de Dios y se ofrendaba en acción de gracias por el feliz alumbramiento; el ave se ofrecía en sacrificio para purificación del pecado. Consumado el sacrificio, la mujer quedaba limpia de la impureza legal. En el caso de gente pobre, no se requería un cordero, sino dos palomas o tórtolas.

Habiendo sido Nuestro Señor concebido sin mancha de pecado por obra del Espíritu Santo, y en vista de que María, su madre, había permanecido virgen, es evidente que a Ella no le correspondía esta disposición de la ley. Sin embargo, a los ojos del mundo, le obligaba el mandato y, con toda humildad, María se sometió a todos los requisitos de la ceremonia tradicional. También su piedad y su deseo de honrar a Dios con todos los ritos prescritos, la impulsaron a este acto de religión, y como era pobre, hizo la ofrenda de dos tórtolas.*

En este día se conmemora un segundo gran misterio: la presentación de nuestro Redentor en el templo. Además de la ley que obligaba a la madre a purificarse, había otra que ordenaba ofrecer a Dios al primogénito, aunque posteriormente podía ser rescatado mediante cierta suma de dinero. María cumplió también estrictamente con todas estas ordenanzas. Permaneció cuarenta días en su casa, sin dejarse ver, absteniéndose de entrar al templo, y de participar en las ceremonias del culto, aún sabiendo que Ella era templo vivo de Dios. El día de su purificación caminó varios kilómetros hasta Jerusalén, con el Redentor del mundo en brazos, hizo sus ofrendas como acción de gracias y para su expiación; presentó a su Hijo, por manos del sacerdote, a su Padre Celestial, lo rescató con cinco "shekels" y lo recibió de nuevo en sus brazos, hasta que el Padre volviera a reclamarlo. Es claro que el caso de Cristo no estaba previsto en la ley. "Si el hijo del rey —como dice San Hilario—, a quien le correspondía heredar la corona, estaba exento de la servidumbre, cuánto más estaría Cristo, que era el Redentor de nuestras almas, exento de cualquier ley por la cual debería ser redimido". Sin embargo, El nos daría ejemplo de humildad, obediencia y devoción al renovar públicamente la propia oblación al Padre, como El lo había hecho en su Encarnación.

Asimismo, el día conmemora un tercer misterio: el encuentro de Simeón y Ana con el Niño Jesús y sus padres, a las puertas del templo. El bendito

* La visita de Nuestra Señora al templo con este objeto la conmemora también la Iglesia con la Bendición de la Mujer después del parto, comúnmente llamado "churchin" o "la sacada". Este rito cristiano no contiene ningún concepto de purificación, puesto que el engendrar honorablemente y dar a luz un niño no es causa de ninguna mancha. Tal vez no esté fuera de lugar agregar aquí que la idea con la que a veces nos encontramos de que una madre no debe ir a la iglesia para nada antes de ser "sacada", no se justifica y tiene mucho de superstición.

Simeón recibió en sus brazos al que reconoció como el objeto de sus anhelos y alabó a Dios por la felicidad de contemplar al esperado Mesías. Predijo el martirio doloroso de María y anunció que serían salvos todos los que creyeran por medio de Cristo. La profetisa Ana también compartió el privilegio de reconocer y adorar al recién nacido Redentor del mundo, que no podía ocultarse a los que lo buscaban con sencillez, humildad y fe ardiente. A no ser que lo busquemos con estas disposiciones, no se manifestará a nosotros, ni nos dará sus gracias. Cuando Simeón miró a su Salvador, ya no deseó seguir viendo la luz de este mundo.

No fue sino en épocas recientes, cuando tuvimos noticias sobre la fecha en que comenzó a celebrarse esta fiesta. Un descubrimiento hecho en Arezzo, en 1887, reveló la existencia de una descripción, hasta entonces desconocida, del ceremonial que se observaba en Jerusalén, aparentemente, en la última década del siglo cuarto. Se cree ahora que el autor de este opúsculo fue cierta abadesa Etheria quien, dejando su convento en el noroeste de España, emprendió una larga peregrinación a Tierra Santa. A su vuelta escribió una detallada relación de sus experiencias. En el curso de la narración, nos entera de que la fiesta del nacimiento de Nuestro Señor en el oriente, establecida por entonces el 6 de enero, junto con la Epifanía, se celebraba de manera especial en Jerusalén en la Iglesia de la Anástasis (Resurrección). Etheria agregó detalles acerca de las ceremonias, que continuaban durante la octava, y después decía:

> Por cierto que el día cuarenta después de la Epifanía se festeja con mucha solemnidad y se organiza procesión a la Anástasis, en la cual todos toman parte y todo se hace en su orden y con el mayor regocijo, igual que en Pascua de Resurrección. Todos los sacerdotes, y después de ellos el obispo, predican siempre sobre el tema de aquel pasaje del Evangelio donde José y María llevaron al Señor al templo, a los cuarenta días, de nacido, y cuando Simeón y Ana, la profetisa, hija de Fanuel, lo vieron. Los sermones tratan de las palabras que hablaron cuando miraron al Señor, y de la ofrenda que sus padres hicieron en el templo.

Parece muy probable que fuera Jerusalén el lugar de donde la observancia de la fiesta se extendiese por todo el mundo oriental. Por ejemplo, ya en el año 540, o quizá mucho antes, la encontramos establecida en Efeso con el nombre que aun lleva entre los griegos, el "Hypapante" (i.e. el "encuentro" de Jesús con Simeón). Debemos recordar que en el oriente, y al principio también en occidente, esta celebración era una fiesta de Nuestro Señor. Se conmemoraba el incidente relatado por el Evangelio, y que el papel correspondiente a la Santísima Virgen estaba subordinado al de su Hijo. Es sorprendente encontrar que existen pruebas suficientes para afirmar que desde época muy antigua, cuando menos desde el siglo quinto, se hacia en Palestina una procesión con velas en la fiesta del Hypapante. En la "Vida del abad Teodosio", escrita por Cirilo de Scytopolis, se hace mención definida de dicha práctica y estas alusiones se repiten. El hecho sugiere, cuando menos, la posibilidad de que alguna influencia oriental pudo haber introducido la costumbre en Roma y, de allí, a otras Iglesias de occidente.

Por lo que se refiere al origen de las ceremonias que ahora se practican el día de la Candelaria, (de candela o vela), hay que distinguir en nuestro rito actual dos elementos distintos: La misa y el oficio no están necesariamente

relacionados con la bendición de las velas y la procesión subsecuente; estos ritos siempre se realizan el 2 de febrero, mientras que la fiesta litúrgica puede ser trasladada. Lo mismo puede decirse en el caso de las "Litaniae majores" del 25 de abril, fiesta de San Marcos. Mientras que la procesión cristiana de las "litaniae" data del pontificado de San Gregorio el Grande, quien la organizó para reemplazar la antigua procesión pagana de la Robigalia, que se celebraba en Roma desde tiempo inmemorial en ese mismo día*, la fiesta de San Marcos fue introducida mucho más tarde. Por otra parte, la procesión de la Candelaria es penitencial. Hasta ahora, el sacerdote que preside usa capa pluvial morada y antaño, en Roma, el Papa no ocupaba su carruaje, e iba descalzo, y tanto él como sus diáconos llevaban vestiduras negras.

El escritor más antiguo que nos ofrece por primera vez una teoría sobre el origen de la procesión de la Candelaria, es el Venerable Beda. En su "De temporum ratione", escrito alrededor del año 721, la describe como una versión cristiana de una "lustratio," procesión con antorchas que desde los tiempos de Numa se realizaba en febrero. Esta es la más antigua de las hipótesis, seguidas por otras muchas; que dirigen la atención hacia la festividad pagana llamada Lupercalia, como fuente original de la fiesta de la Candelaria. La Lupercalia era un rito de fertilidad que se realizaba como una purificación simbólica de la tierra. Se sacrificaban cabras y perros y después, los sacerdotes, llamados Luperci, cortaban la piel de las víctimas en tiras y corrían desnudos por la ciudad, golpeando a todos los que encontraban, especialmente a las mujeres que se atravesaban en su camino para obtener la fertilidad. Esta celebración pagana se practicó por siglos y, en todos los antiguos calendarios que contenían el mes de febrero, el día 15 era el de la Lupercalia; además, varios de los primeros escritores cristianos hablan de ella, denuncian y condenan semejantes ritos. Probablemente los primeros cristianos, con la idea de acabar con las prácticas paganas, trataron de proporcionar a las gentes de aquel entonces, una celebración cristiana que substituyera a la acostumbrada Lupercalia, sin las escenas de desorden y libertinaje que la caracterizaban. Tal vez por eso, se importó del oriente la celebración del día cuarenta, después de Epifanía, con su procesión de luces, ya que generalmente caía a mediados de febrero y así coincidía con la censurable festividad pagana. En un período posterior, cuando

* Sería bueno recordar el hecho de que las palabras "litaniae" ( ) (literalmente, súplicas), en tiempos de San Gregorio el Grande y mucho después, se refería particularmente a la idea de una procesión, generalmente penitencial. El populacho romano estaba muy acostumbrado a tales procesiones religiosas en los tiempos del paganismo. Desde tiempos muy antiguos, en Roma y por toda Italia, siempre que la ciudad, el ejército, las cosechas o los rebaños parecían estar amenazados por influencias dañinas, se recurría a una "lustratio", una procesión que desfilaba alrededor del objeto que era necesario purificar o proteger. Las gentes llevaban con ellas a las víctimas que debían ser sacrificadas, y se iban deteniendo en ciertas estaciones para orar y sacrificar. Una "lustratio" particular, llamada la Robigalia, se realizaba el 25 de abril y tenía por objeto, cuando menos originalmente, proteger las futuras cosechas contra el "robigo" o "rubido", "i.e." la plaga del tizón. Esta comenzó sin duda, cuando en el corazón de Roma todavía se encontraban regiones cultivadas, pero se retuvo la costumbre, siguiendo siempre una ruta tradicional, aun después de que Roma se había convertido en una gran ciudad y se había perdido de vista el fin original de la ceremonia. Extirpar tales celebraciones populares es casi imposible y, cuando el pueblo aceptó el cristianismo los Papas y su clero obraron sabiamente al substituir la "lustratio" con una procesión cristiana, que seguía la misma ruta conocida y cantaba invocaciones y responsos que estrechamente correspondían a los que ahora encontramos en nuestra Letanía de los Santos.

el Hypapante comenzó a observarse litúrgicamente, con misa, y oficio como fiesta de la Santísima Virgen, naturalmente se haría más notable la inconsistencia de observar el nacimiento de Cristo el 25 de diciembre y el encuentro con Simeón el 15 de febrero. Como ya para entonces el recuerdo de la Lupercalia se había perdido, se trasladó la procesión de la Candelaria a la purificación de Nuestra Señora, el 2 de febrero, donde propiamente pertenecía.

Hay dos o tres consideraciones que llevan a esta conclusión. En primer lugar, la mención más antigua de una procesión con velas nos viene, como ya hemos indicado, de las devociones en Jerusalén, practicadas desde antes del año 440 P.C., poco más o menos. En segundo lugar, no podemos ignorar el hecho significativo de que las más antiguas referencias a la celebración en Roma hablan de la fiesta, ya sea como el Hypapante (su título griego) o como la festividad de San Simeón. Es como la "Natale Sti. Simeonis", que aparece en el calendario de San Willibrordo y también en el Antifonario de Pamelius; asimismo encontramos ambos nombres en la referencia casual que hace de tal celebración el *Liber Pontificalis*, compuesto bajo el pontificado de San Sergio I. En tercer lugar, sabemos ahora con certeza, gracias a las investigaciones de Dom H. Peillon, que los cánticos que todavía figuran en el Antifonario Romano y se cantan en la procesión de la Candelaria, están tomados por entero de fuentes litúrgicas griegas. En el manuscrito que Dom Peillon identifica como el empleado principalmente por Pamelius para su edición del antifonario, las antífonas "Ave Gratia plena" y "Adorna thalamum tuum Sion" están escritas, tanto en latín como en griego, con letras latinas. Es indudable que Dom Peillon esté justificado al considerar este manuscrito como copia de un documento más antiguo, que nos conserva con substancial fidelidad, la costumbre de la Iglesia romana, en la segunda parte del siglo octavo.

Parecen dignas de confianza las siguientes conclusiones:

1. La celebración de la presentación de Nuestro Señor en el templo, sin duda comenzó en Jerusalén, más o menos en el siglo cuarto, caracterizándose por una procesión con antorchas o velas, el día cuarenta después de la Epifanía, 15 de febrero.

2. La observancia se extendió a toda la Iglesia oriental en el curso de los siglos quinto y sexto.

3. Aunque siempre apegada a la fecha del 15 de febrero, se adoptó la procesión en Roma para proporcionar un substituto cristiano a la Lupercalia.

4. Cuando llegó a honrarse la Purificación de la Santísima Virgen en el occidente, como elemento del ciclo de Navidad, la procesión del Hypapante, o fiesta de San Simeón, se trasladó a su día propio, el 2 de febrero, cuarenta días después del 25 de diciembre, cuando se celebraba en Roma el nacimiento de Nuestro Señor.

5. El Venerable Beda, aunque probablemente conocía lo que ciertos autores habían dicho acerca de una siniestra observancia pagana, el "amburbium", deliberadamente se abstuvo de referirse a ella. Estaba satisfecho con que la procesión de febrero tomara el lugar de alguna "lustratio" pagana. También sabía que la Lupercalia había durado mucho tiempo, hasta en épocas del cristianismo y que, el "lustrum" representaba un período de cinco años, pero como no había informes exactos disponibles, intencionalmente era vago en la declaración que hizo.

Véase McClure y Feltoe, *The Pilgrimage of Etheria*, p. 56; F. C. Conybeare, *Rituale Armenorum*, pp. 507 ss.; I. Rahmani, *Studia Syriaca*, vol. III, pp. 73-138; Theodotus de Ancira en Migne, PG., vol. LXVII, p. 1400; Usener, *Der hl. Tehodosios*, p. 106; *Revue Benédictine*, vols. XXVIII. (1916), pp. 301, 313, 323 y XXXIV (1922), p. 15; CMH., p. 75 y los libros acostumbrados de referencia. Hay que notar que no hay razón para relacionar las observancias del 2 de febrero con la Iglesia de España, como se ha sugerido por el autor del artículo sobre la Candelaria en la *Encyclopaedia of Religion and Ethics*. Los informes proporcionados por Dom Férotin *Liber Ordinum*, p. 454 n. 9, claramente demuestran que en el ritual mozárabe no hay, prácticamente hablando ninguna huella de tal celebración sino hasta el siglo XI.

NUESTRA SEÑORA DE LA CANDELARIA DE POTOSI
(BOLIVIA)

EN LA iglesia de San Pedro de Potosí, lugar famoso por sus minas de plata, se venera una imagen de la Candelaria.

Es extraordinario un hecho que se cuenta sobre esta imagen. Se habían hundido unas minas y sepultado a ocho indios que trabajaban en ellas. El hundimiento fue tan grande, que no había esperanzas siquiera de sacar los cadáveres. Pero un sábado, a los dieciséis días del suceso, se alborotó toda la ciudad: Por las calles corría la noticia de que los ocho indios sepultados en la mina habían salido con vida y, hasta en la iglesia donde se celebraba la misa, las gentes comentaban el suceso. El alboroto creció de punto cuando los indios aparecieron en la iglesia y se postraron ante la imagen de la Virgen para dar gracias por el favor. Luego relataron que hallándose sepultados bajo tierra, habían comido unos panes y bebido un agua que milagrosamente aparecieron; el cabo de vela que tenían, no se les había consumido y dos de ellos habían visto en sueños a la Madre de Dios que les aseguró que se salvarían precisamente en la fecha en que pudieron salir: el sábado a la hora de la misa.

La narración de estos hechos la escribió Martínez Vela en sus "Anales de la villa imperial de Potosí". El año era el de 1616.

Vargas U., *Hist. del culto de María en Iberoamérica*, p. 703.

NUESTRA SEÑORA DE NAZARETH. (BRASIL)

EN BELEM, ciudad del Estado de Pará, en Brasil, al lado de la espléndida basílica se puede visitar una sala donde están expuestos miles de objetos de todas clases, que son otros tantos testimonios de los favores otorgados por la Madre de Dios.

Se cuenta que cuando la ciudad de Belem do Pará no era sino una pequeña aldea, un negro llamado Plácido, que se había internado en la selva y sentía hambre y sed, encontró la imagen de la Virgen. Sin acordarse más de sus penurias, el negro regresó a su casa con el hallazgo, pero aquella misma noche, la imagen volvió a donde había estado, por sí sola. El milagro se repitió hasta que el mismo gobernador quiso comprobarlo y puso guardias alrededor de la imagen, pero ésta regresó al bosque también aquella vez. Entonces el gobernador mandó construir una capilla en el sitio donde la Virgen quería estar.

En la fiesta de la Candelaria, el pueblo llevaba la imagen de la casa del gobernador a la capilla del bosque, en procesión triunfal. En la actualidad el itinerario es, desde la catedral a la basílica, que ya no está en mitad de la selva, sino en el centro de la ciudad, en la plaza de Nazareth.

Du Manoir, H., *Maria, Etudes sur la Sainte Vierge*, vol. V, p. 372 (en la p. 377 hay abundante bibliografía).

NUESTRA SEÑORA DE LA POPA DE LA GALERA
(COLOMBIA)

EN CARTAGENA de Indias hay un cerro en forma de popa de galera, y en aquella cima se venera la imagen de la Santísima Virgen de la Candelaria.

Los marinos le tuvieron siempre mucha devoción, ya que el cerro les servía de guía fácil para arribar a puerto. En las crónicas se lee que muchos de ellos cantaban la salve en honor de la Virgen de la Popa, cuando divisaban la cumbre.

Allí mismo se construyó un convento de agustinos, quienes difundieron esta devoción y honraron especialmente la imagen de María. Ya en 1606, se decidió la construcción del monasterio.

Uno de los favores más conocidos fue el de la salvación de los galeones que mandaba don Martín Carlos de Manco. La tempestad era tan furiosa, que no podían entrar en el puerto. Muchos devotos de la ciudad fueron a implorar a la Virgen de la Popa la salvación de los navegantes. Y ella se compadeció y pudieron llegar a salvo.

El Pirata Guillermo Dampier también da fe de la devoción que existía entre aquellas gentes a la imagen de María: "Cualquier desgracia que ocurre a los corsarios es atribuída a la intervención de la imagen y los españoles cuentan que ella estaba ausente de su santuario, la noche en que el buque pirata "Oxford" voló, en la isla de Vaca, cerca de la Española y que después de su proeza, regresó la Virgen a su ermita, con los vestidos húmedos".

Vargas U. *Hist. del culto de María en Iberoam.* p. 376; W. Dampier, *New Voyage Round the World,* Londres 1699. J. Celestino Mutis, *Diario.*

NUESTRA SEÑORA DE SAN JUAN DE LOS LAGOS
(MÉXICO)

LLEGÓ A México esta imagen, gracias a los franciscanos que evangelizaron lo que entonces se llamaba Nueva Galicia.

En 1623 ocurrió un milagro que sacó del olvido a la imagen: En un acto peligroso que una familia de titiriteros realizaba en mitad de la plaza de San Juan de los Lagos, la hija joven murió al caer sobre filosas espadas. La consternación de los padres fue enorme y la población también sintió mucha lástima por ellos. Una india que tenía honda devoción a la imagen de la Virgen que se hallaba en la sacristía de la capilla del hospital, llevó la estatuailla hasta los brazos de la muerta. Al cabo de unos momentos, en que todos suplicaban el favor de la Santísima Virgen, la joven volvió a la vida. Para conmemorar tal suceso, la familia de titiriteros quiso reparar la imagen que se encontraba muy deteriorada. La llevaron a la ciudad de Guadalajara y allí un joven misterioso se les presentó y restauró la imagen y desapareció en seguida.

Con tales sucesos, la devoción popular se incrementó. Se edificaron varias capillas con su nombre; pero pronto fueron insuficientes para recibir la corriente de peregrinos que acudía a honrar a la Madre de Dios. Treinta y siete años se tardó en construir el actual santuario. En 1769 se bendijo y destinó al culto. Tiene dos torres de 65 metros.

La imagen tiene 27 centímetros de altura y representa a María en el misterio de su Concepción Inmaculada.

R. Vargas, *Hist. del culto de María en Iberoam.* p. 245 y ss. Florencia, *Origen de los dos célebres santuarios de Nueva Galicia.* M. Cuevas, *Hist. de la Igl. en México,* vol. I c. XXII.

NUESTRA SEÑORA DE LA CONCEPCION DE "EL VIEJO" (NICARAGUA)

EN EL departamento de Chinandega, en Nicaragua, se encuentra la parroquia de "El Viejo". Allí se venera una imagen de la Virgen María en el misterio de su Concepción. Se dice que la trajo de España un pariente de Santa Teresa de Jesús y que la misma santa se la regaló cuando partía para las Indias.

En 1678, se construyó el tabernáculo que guarda la imagen, por orden del capitán D. Francisco Aguirre.

Tiene otra fiesta además de la del día dos de Febrero y es la del ocho de Diciembre. A los peregrinos de la pronvincia de León, les es más fácil llegar al santuario en esta última fecha, porque han cesado ya las lluvias.

Se cuenta que al terminar su gobierno, el pariente de Santa Teresa quiso regresar a España con la imagen, pero dos veces tuvo que volver al puerto, porque una furiosa tormenta le impedía navegar. Pensando que la imagen quería quedarse allí, la dejó en tierras y entonces ya no hubo impedimento para emprender el viaje de regreso a la patria.

Vargas U., *Hist. del culto de María...* p. 312; *El Monte Carmelo,* Burgos, agosto 1920.

NUESTRA SEÑORA DE CHAPI (PERÚ)

SE TRATA de una efigie de Nuestra Señora de la Candelaria, copia de la famosa de Copacabana, llevada al sur del Perú, cerca de la ciudad de Moquegua, hacia 1600.

Se quiso desarraigar su culto en la localidad de Chapí, por hallarse en una quebrada inhóspita y de difícil acceso para los devotos, pero no se consiguió.

En 1884, se empezó a trabajar en el embellecimiento de la primitiva ermita y la devoción fue en aumento, día tras día. Diez años más tarde, unos caballeros decidieron construir un santuario de gran capacidad. La Virgen protegió las obras: se encontró una cantera de buena piedra, cuando ya se les había agotado la que transportaban con mucha dificultad. Además, en 1897 y de un modo muy parecido al que ocurrió en Lourdes, surgió una fuente en una gruta. Un obrero había ido por la noche a rogar a la Virgen que les diera agua para hacer menos penoso su trabajo. Pero lo más extraordinario fue que otro trabajador, enfermo de la vista, se lavó los ojos con el agua y sanó.

Junto con la festividad oficial el día 2 de Febrero, se celebran también fiestas en Chapí, el día 1o. de Mayo y el 8 de Septiembre.

Rubén Vargas U., S. J. *Historia del culto de María en Iberoamérica,* Buenos Aires 1947, p. 575 y ss.

SANTA CATALINA DE RICCI, VIRGEN (1590 P.C.)

ESTA SANTA nació en 1522, de una bien conocida familia florentina. Y fue bautizada con el nombre de Alejandrina. A los trece años, tomó el nombre de Catalina, al recibir el hábito en el convento dominico de San Vicente en Prato, del

cual su tío, el P. Timoteo dei Ricci, era director. Aquí sufrió durante dos años intensos dolores debidos a una complicación de enfermedades que sólo parecían agravarse con los remedios; pero santificó sus sufrimientos con su ejemplar paciencia, la cual sacaba en gran parte de su constante meditación sobre la Pasión de Cristo. Cuando era todavía muy joven fue elegida maestra de novicias, después superiora, y a los treinta años fue nombrada priora a perpetuidad. La fama de su santidad y sabiduría le llevaba visitas de muchos seglares y personas del clero, incluyendo a tres cardenales, que después llegaron a Papas. Algo semejante de lo que se cuenta de San Agustín y San Juan de Egipto sucedió con San Felipe Neri y Santa Catalina de Ricci. Se habían escrito varias cartas, y aunque nunca se conocieron personalmente, ella se le apareció y habló con él en Roma, sin nunca haber salido de su convento en Prato. Esto lo declaró expresamente San Felipe Neri, quien era sumamente cauteloso en dar crédito a visiones y fue confirmado por el juramento de cinco testigos.

Catalina es conocida quizá más que otros místicos que han tenido privilegios semejantes, por la serie extraordinaria de éxtasis en los cuales contemplaba y vivía los pasos consecutivos que precedieron a la crucifixión de nuestro Salvador. Parece que estos éxtasis siempre seguían el mismo curso. Comenzaron cuando tenía veinte años, en febrero de 1542, y se renovaron cada semana, por doce años consecutivos. Naturalmente dieron mucho que hablar y una multitud de gente devota o curiosa quería visitar el convento. Esto ponía obstáculo al recogimiento de la comunidad, y estos inconvenientes se acentuaron más cuando en 1552 fue elegida priora. A petición suya, todas las monjas comenzaron a rezar fervorosamente para que cesaran estas manifestaciones, y, en 1554, llegaron a su fin. Mientras duraron, presentaron algunas características diferentes a las que suelen tener tales casos. Catalina, perdía el conocimiento regularmente a medio día, todos los jueves y volvía en sí veintiocho horas después, a las cuatro de la tarde del viernes. Sin embargo, ocurría una interrupción en este estado de arrobamiento. Se le llevaba regularmente la Sagrada Comunión en la mañana y volvía a estar lo suficientemente consciente del mundo exterior para recibirla con intensa devoción, pero casi inmediatamente después quedaba de nuevo en éxtasis, y reanudaba su contemplación de los pasos de la Pasión en el punto preciso donde las había dejado. Catalina tenía otro tipo de éxtasis durante los cuales, por lo general, permanecía enteramente pasiva, con los ojos fijos en el cielo. Pero en el éxtasis semanal de la Pasión su cuerpo se movía en conformidad con los ademanes y movimientos de Nuestro Señor, según los presenciaba en su contemplación. Por ejemplo, cuando lo prendían en el huerto, extendía las manos como para que se las ataran; se quedaba de pie majestuosamente, cuando lo ataron a la columna para azotarlo; inclinaba la cabeza, como para recibir la corona de espinas, y así sucesivamente. Un detalle aún más desacostumbrado en tales experiencias, era que con frecuencia se aprovechaba de la ocasión de los sufrimientos particulares de Jesucristo para exhortar a las hermanas que la rodeaban, en medio de sus éxtasis, y esto lo hacía, dice una de sus biógrafas "con un conocimiento, una elevación de pensamiento y una elocuencia inesparados en una mujer, y especialmente en una mujer que no era ni ilustrada, ni literata".

También se aseguraba corrientemente que Catalina era favorecida con los estigmas, las llagas de las manos, pies y costado, así como también la corona de espinas. En el proceso de beatificación se presentaron testimonios al respecto.

Cosa curiosa, los que afirmaron haber visto los estigmas, parecen haber tenido diferente impresión en cada caso. Algunos miraban las manos completamente traspasadas y sangrantes, otros veían las señales de las llagas con luz tan brillante, que los deslumbraba, y todavía otros percibían sólo "llagas cicatrizadas, rojas e hinchadas, con una mancha negra en el centro, alrededor de la cual parecía circular la sangre". Esta diversidad tan notable en las relaciones de los testigos es aún más notable cuando describen el fenómeno místico, por el cual es especialmente famosa Santa Catalina; a saber, el fenómeno del anillo. Se dice que Cristo le dio un anillo como prenda de sus esponsales espirituales con ella. El día de la Pascua de Resurrección de 1542, Nuestro Salvador se le apareció radiante de luz y después de quitarse de su dedo un fulgurante anillo, lo colocó en el índice de su mano izquierda, diciendo, "Hija mía, recibe este anillo como señal y prueba de que ahora y siempre me pertenecerás".

En la "Positio super Virtutibus",* que es el resumen de los testimonios dados, que ahora se hace en todos los procesos de beatificación para que los consultores analicen las virtudes heroicas de cualquier candidato a la beatificación, las declaraciones hechas relativas a los esponsales místicos de Catalina ocupan mucho espacio. El promotor de la fe (popularmente conocido como "el abogado del diablo"), en la época en que la causa fue llevada ante la Congregación de Ritos, era el famoso Próspero Lambertini, mejor conocido después como el Papa Benedicto XIV. La cuestión del anillo de Santa Catalina atrajo particularmente su atención, e hizo varias críticas, a las cuales respondió con detalle el postulador de la causa. Santa Catalina, como hemos visto, nació en 1522 y murió en 1590; desgraciadamente fue sólo hasta 1614 cuando tuvo lugar el primer examen jurídico de testigos, en relación con la causa de beatificación. Como el anillo se había manifestado originalmente en abril de 1542, era prácticamente imposible que ninguna de las monjas que formaban parte de la comunidad cuando ocurrió esta maravilla, pudiera estar viva para dar su testimonio en 1614, setenta y dos años después. Se asegura al menos que el fenómeno se registró con intervalos, durante toda la vida de Catalina; además de testimonios escritos y de segunda mano, algunos testigos pudieron dar una relación de lo que ellos mismos habían visto. Los testimonios, en general, parecen contradictorios.

Tal vez las pruebas más valiosas que se tienen en el proceso de beatificación sean dos documentos escritos, uno, la carta del Padre Neri, dominico, fechada el año 1549, o sea siete años después de los esponsales místicos; el otro, unas cuantas notas hechas por la hermana María Magdalena Strozzi, amiga íntima de Catalina, quien la atendió en su enfermedad. El primero relata la aparición de Nuestro Señor el domingo de Pascua y comenta particularmente que el anillo fue colocado en el dedo índice de su mano izquierda. Después de lo cual, prosigue: "Los superiores de nuestra provincia han descubierto que, durante una quincena de Pascua, el anillo verdadero, o sea el anillo de oro con su diamante, fue visto por tres hermanas muy santas, en tres ocasiones diferentes. Cada una de ellas mayor de cuarenta y cinco años de edad. La primera fue la hermana Potenciana de Florencia, la segunda, la hermana María Magdalena de Prato (esta fue María Magdalena Strozzi, quien dejó una relación manuscrita de su bienamada madre Catalina), y la tercera fue la hermana Aurelia de Florencia.

*Positio super Virtutibus: Summarium, p. 352. cf. Responsio ad animadversiones, p. 79.

La superiora de Catalina le mandó que pidiera un favor a Jesucristo y El concedió que todas las hermanas vieran el anillo, o al menos algo en su lugar, durante tres días consecutivos el lunes, el martes y el miércoles de la semana de Pascua. Durante esos días, todas las hermanas vieron en su dedo, junto al dedo medio de la mano izquierda, y en el sitio donde ella decía que estaba el anillo, un rombo rojo ("quadretto") en el lugar de la piedra o diamante, y del mismo modo contemplaron un aro rojo alrededor de su dedo, en lugar del anillo.

Catalina aseguraba que nunca había visto el rombo y el aro de la misma manera que las hermanas, porque ella siempre veía el anillo de oro y esmalte con su diamante. El anillo también fue visto durante todo el día de la Ascensión de 1542 y el día de Corpus Christi, como si fuera un enrojecimiento de la carne. Se añade que esta manifestación estuvo acompañada por un perfume sumamente agradable, que todos percibieron.

El padre Neri añade el comentario de que este enrojecimiento del dedo no pudo haber sido causado por alguna pintura o tinte, porque el día de Corpus Christi, como él mismo dice, Catalina fue llevada a la iglesia para que el gobernador de la ciudad pudiera ver este círculo rojo. Pero toda señal del mismo desapareció en su presencia, aunque inmediatamente después se mostró otra vez a las monjas.

En cuanto a la declaración del padre Neri de que tres de las monjas de más edad tuvieron el privilegio de ver el verdadero anillo de oro y esmalte rojo, es curioso que no se encuentre confirmación de esto en las propias notas de la hermana María Magdalena Strozzi, aunque ella es una de las tres mencionadas. Lo que ésta sí pone perfectamente en claro es que, durante los tres días después de Pascua, había un círculo rojo alrededor del dedo de Catalina, el cual describe como un anillo "entre piel y piel", lo que corresponde estrictamente a lo que el Dr. Imbert-Gourbeyre dice de Marie-Julie Jahenny: parecía como si un anillo rojo, de coral, se le hubiera enterrado en la carne del dedo. Además, las notas de la hermana María Magdalena impresionan conmovedoramente por la solicitud y temor que muestra de que Catalina hubiera sido víctima de algún engaño del demonio. Ella se lo dijo a su confesor y juntos hicieron experimentos con cinabrio y otros pigmentos, pero no pudieron reproducir en absoluto algo como el enrojecimiento en el dedo de Catalina. Entonces la hermana María Magdalena fue a ver a la misma Catalina y parece que con toda franqueza le contó sus dudas y escrúpulos. Estas manifestaciones extraordinarias, instaba, eran contrarias al espíritu y tradiciones del convento y eran muy peligrosas para la humildad y el anonadamiento, tan importante en la vida religiosa. Catalina estaba de acuerdo y con todo gusto se prestó a que hiciera lo que quisiera para borrar la señal. Ella sólo se lamentaba y pedía perdón por ser la causa de tanta turbación e intranquilidad espiritual como había en todo el resto de la comunidad. Entonces la hermana María Magdalena le tomó el dedo y lo puso en su boca para saber si tenía algún sabor, y también lo remojó en agua; después trató de quitar la señal con jabón, pero naturalmente nada dio resultado. Por otro lado, Catalina declaró con toda sencillez que ella veía en su dedo un anillo de oro engastado con un diamante ojival y no veía nada más. "Tengo que acudir a la fe" dijo a su amiga, "cuando me dices que tú percibes únicamente una señal roja". Es cierto que el hecho de que Santa Catalina veía continuamente el anillo y su piedra con sus ojos corporales, y que no podía ver el círculo rojo, también se menciona en la carta del padre Neri en 1549.

Los hechos son muy inciertos. Existen abundantes pruebas de que algunas veces aparecía la señal de un círculo rojo y un rombo en el dedo de Catalina, de modo que todos podían percibirlo. También parece cierto que ella siempre vio con sus ojos corporales, en aquel dedo, un anillo de oro con diamante engastado, pero no hay prueba satisfactoria que muestre que el anillo de oro haya sido realmente visto por algunos otros. Hay tantos y tan comprobados ejemplos de resplandor que irradia de la cara, manos y vestidos de los místicos cuando están arrobados en éxtasis, que podemos fácilmente conceder que esto pudo haber sucedido en el caso del dedo de Catalina.

Si fuera así, posiblemente algunos testigos pudieron haberse engañado al ver la luz brillante y haberla interpretado como un anillo de oro con un diamante, del cual antes habían oído hablar. Una monja explícitamente dijo que el dedo despedía una luz tan brillante, que no podía ver qué clase de anillo lo circundaba.

Santa Catalina de Ricci murió después de una prolongada enfermedad a la edad de sesenta y ocho años, el 2 de febrero de 1590. Los fenómenos extraordinarios de los cuales acabamos de hablar han colaborado a distraer la atención de otros rasgos de su vida. Se distinguió por una "excelente cordura psicológica y moral", y como muchos otros santos contemplativos, fue una buena administradora y cumplidora de los deberes de su casa y cargo. Nunca estaba más feliz que cuando atendía a los enfermos, y su influencia se extendió más allá de las paredes de su convento y de la ciudad. Una de sus características, y no la menos interesante, fue la reverencia que tenía por la memoria de Jerónimo Savonarola, a cuya intercesión celestial atribuía el restablecimiento de su salud en 1540. Santa Catalina fue canonizada en 1747.

Una fuente abundante en datos es la *Life of St. Catherine d'Ricci*, por F. M. Capes (1905). Las fuentes más auténticas de información son, naturalmente, las declaraciones de los testigos en el proceso de beatificación: una copia del *Summarium de Virtutibus* está en el Museo Británico. Varios trozos escogidos de las cartas de la santa se han publicado en italiano y francés. En el *Tokens of Espousal* se estudian en los documentos coleccionados por el P. Thurston, *The Phisical Phenomena of Mysticism* (1952).

SANTA JUANA DE LESTONNAC, VIUDA; FUNDADORA DE LA ORDEN DE RELIGIOSAS DE NUESTRA SEÑORA DE BURDEOS (1640 P.C.)

EL PADRE de Juana de Lestonnac pertenecía a una distinguida familia bordelesa y, aun cuando florecía el calvinismo en Burdeos, se conservó como un buen católico. En cambio su madre, Juana Eyquem de Montaigne, hermana del famoso Miguel de Montaigne, no sólo renegó de su religión, sino que trató de cambiar la fe de su hija, y cuando sus intentos fracasaron maltrató cruelmente a Juana. Estas penalidades impulsaron el corazón de la joven hacia Dios y, desde entonces anheló una vida de oración y mortificación. No obstante su deseo, cuando tenía diecisiete años se casó con Gastón de Montferrant, quien estaba emparentado con las casas reales de Francia, Aragón y Navarra. El matrimonio fue muy feliz, pero el marido murió en 1597, dejando a su mujer con cuatro hijos, al cuidado de los cuales se dedicó enteramente hasta que pudieron bastarse por sí solos. Con el tiempo, dos de sus hijas entraron en religión.

A la edad de cuarenta y siete años, Juana de Lestonnac ingresó al monasterio cisterciense de "Les Feuillantes" en Toulouse. Su hijo se opuso enérgica-

mente a su decisión, pero ella se mantuvo firme y, transida de dolor al contrariar a su hijo y apartarse de su hija menor, abandonó su hogar.

Madame de Lestonnac, convertida en hermana Juana, pasó seis meses en el noviciado cisterciense observando una conducta edificante. Pero aquella existencia tan dura acabó por quebrantar su salud y, a pesar de que suplicaba que le permitieran quedarse en el convento hasta su muerte, los superiores le mandaron abandonarlo, advirtiéndole que tenía obligación de cuidar su vida para servir a Dios. Antes de partir, se le permitió pasar la noche orando en la capilla y se afirma que, mientras repetía las palabras de Cristo en el Huerto de los Olivos: "Señor si es posible, haz que pase de mí este cáliz", sintió en su fuero interno la absoluta certeza de que ella sería la fundadora de una nueva orden para la salvación de las almas, y le vino a la mente el lineamiento de la futura Congregación de Nuestra Señora.

No bien abandonó "Les Feuillantes" recobró la salud, casi milagrosamente. Volvió a Burdeos y se trasladó a Périgord, donde reunió en torno suyo a varias jóvenes que, con el tiempo, serían sus primeras novicias. Pasó después dos años de tranquilidad en su casa de campo, "La Mothe", preparándose para la realización de su gran obra. Al regresar a Burdeos, sus directores espirituales le aconsejaron que se contentara con una vida ordinaria dedicada a obras de caridad, sin emprender grandes proyectos.

Cuando la peste hacía estragos en Burdeos, Madame de Lestonnac y un grupo de valientes mujeres, se dedicaron a cuidar a las víctimas. En aquellos trabajos, Juana conoció a dos sacerdotes jesuitas, el P. De Bordes y el P. Raymond, los cuales ejercieron gran influencia sobre ella, inculcándole la idea de la enorme devastación que el calvinismo causaba entre los jóvenes de todas las clases sociales privadas de una firme educación católica. Al parecer, ambos sacerdotes, mientras celebraban simultáneamente la misa, tuvieron el presentimiento de que era la voluntad de Dios que prestaran ayuda a Juana de Lestonnac en la fundación de una orden que contrarrestara los daños de la herejía. Así comenzó la obra, y prosperó rápidamente. La señora de Lestonnac fue la primera superiora de la congregación naciente, afiliada a la Orden de San Benito, aunque sus reglas y constituciones se fundaron en las de San Ignacio. La primera casa se abrió en el antiguo priorato del Espíritu Santo, en Burdeos.

Madame de Lestonnac y sus compañeras recibieron el hábito de manos del cardenal Sourdis, arzobispo de Burdeos, en 1608. Dos años más tarde, bajo el prudente gobierno de la madre Lestonnac, la orden funcionaba maravillosamente, y comenzaron a acudir las candidatas al noviciado. A éstas se les instruía sobre la vida religiosa con el único fin y propósito de formar y enseñar a las jóvenes de todas las clases sociales. Las escuelas prosperaron más allá de toda expectación. Se hicieron fundaciones en muchas poblaciones, siendo la de Périgord una de las primeras. Las monjas llevaban una vida de gran pobreza y mortificación, todas estaban contentas; las cosas marchaban bien y en el convento reinaba la paz. Pero entonces comenzaron a llover las pruebas más duras sobre la fundadora. Una de sus monjas, Blanche Hervé, y el director de una de las escuelas, conspiraron contra ella, y por algún tiempo triunfaron en sus tortuosos designios. Urdieron calumnias, inventaron ignominiosas historias acerca de ella y, lo más sorprendente fue que el cardenal de Sourdis las creyó. La madre Lestonnac fue destituida y su lugar lo ocupó Blanche Hervé quien, desde su puesto de superiora, comenzó a tratar a la destituida Juana con un despotismo

cruel, sin perder ocasión de insultarla en todas las formas posibles, llegando a maltratarla con violencias físicas. Semejante estado de cosas se mantuvo por algún tiempo; pero finalmente, la inalterable paciencia de Santa Juana conmovió el corazón de Blanche, que sinceramente arrepentida, trató de reparar los daños; sin embargo, la madre de Lestonnac, sintiéndose ya vieja y cansada, no quiso aceptar el cargo de superiora, y designó a la madre Badiffe.

La fundadora pasó sus últimos años en el recogimiento, preparándose para la muerte. Falleció cuando todas sus religiosas habían renovado sus votos, en la fiesta de la Purificación, el año de 1640. Se dice que su cuerpo permaneció fresco y flexible, exhalando una dulce fragancia aun dos días después de su muerte, y que la multitud que acudió a rezar junto a él dio testimonio de la belleza de su rostro y de una brillante luz que rodeaba el catafalco. En los años siguientes se obraron diversos milagros en su tumba. Varias causas demoraron el proceso de beatificación, que al fin quedó interrumpido por el estallido de la Revolución. Las religiosas se dispersaron y el cuerpo de su fundadora quedó perdido hasta principios del siglo diecinueve. Al cuerpo recuperado se le dio sepultura, con gran solemnidad, en Burdeos y por fin gracias a los esfuerzos de la madre Duterrail, se introdujo la causa en Roma, y Juana de Lestonnac fue canonizada en 1949.

Véase Duprat, *La digne Fille de Marie*: *Jeanne de Lestonnac* (1906); P. Mércier, *La vén. Jeanne de Lestonnac* (1891); y Paula Hoesl, *Ste. Jeanne de Lestonnac* (1949). Esta última obra se ha traducido al inglés con el título de *In the Service of Youth* (1951).

3: NUESTRA SEÑORA DE LA CONCEPCION DE SUYAPA (HONDURAS)

LA IMAGEN de la Madre de Dios que más se venera en Honduras es la de Nuestra Señora de la Concepción de Suyapa. El culto a la patrona de Honduras comenzó un sábado de febrero de 1747, cuando su imagen fue descubierta por unos indios que, sorprendidos por la noche al regresar de su trabajo, decidieron quedarse a dormir junto al camino. El jefe del grupo estaba tomando sus disposiciones y limpiando el terreno, para acomodar a sus hombres, cuando tocó con su mano un objeto duro que despertó su curiosidad. Lo desenterró a tientas y, al día siguiente, pudo ver que se trataba de una pequeña estatua de la Virgen María. Asombrados por el hallazgo, los indios se apresuraron a llevar la imagen a la vecina aldea de Suyapa, donde en seguida se ganó la veneración de todos los indígenas. Se dice que la imagen comenzó a obrar milagros y así, su fama se extendió rápidamente. Se le erigió una ermita que, poco a poco, se convirtió en el pequeño y concurrido templo que hoy existe. La estatuita no mide más que seis centímetros y medio de alto. Le sirve de pedestal un globo de plata de cinco centímetros. Con el manto y los vestidos que la adornan, llega a una altura de quince centímetros. Monseñor Hombach, arzobispo de Tegucigalpa obtuvo de la Santa Sede que esta imagen fuera declarada Patrona de Honduras y que su fiesta, con misa y oficio propios, se celebrara el día 3 de febrero.

Valladares, R. Juan, *La Virgen de Suyapa*, Tegucigalpa, 1946. *Die Katolische Missionen* 30, 315. Du Manoir, H., *Maria Etudes sur la Sainte Vierge*, París 1958, vol. I, p. 305.

SAN CELERINO, Diácono y Mártir (280 p. c.)

Celerino era originario de Roma y pertenecía a una familia de mártires (ver Laurentino, etc., en el Martirologio Romano de este día).

En el comienzo de la persecución de Decio y siendo aún muy joven, fue detenido como soldado de Cristo. Le llevaron al tribunal donde el mismo Decio debía de juzgarlo, por lo que se esperaba una sentencia muy severa. Sin embargo, el emperador, conmovido tal vez por la juventud, el valor y la audaz franqueza de Celerino, le concedió la libertad, después de diecinueve días de prisión y de torturas. El joven llevaba sobre su cuerpo las señales imborrables de sus tormentos.

En la primavera del año 250, Celerino marchó a Cartago para llevar a Cipriano nuevas de los confesores de la Iglesia en Roma. A su regreso, tuvo la pena de constatar la defección de su hermana Numeria. Para mitigar su dolor, lo compartió con uno de sus amigos, Luciano, que estaba prisionero en Cartago, escribiéndole una extensa carta con la funesta noticia. Esto aconteció poco después de Pascua.

Hacia la mitad del otoño, cuando recibió la respuesta de su amigo, Celerino regresó a Cartago, donde Cipriano le ordenó lector de su iglesia, con otro confesor de la fe llamado Aurelio. En una de sus cartas, Cipriano hace el más sentido elogio de Celerino: se ve en ella la intención del obispo de elevar al sacerdocio a un atleta del cristianismo: su gloriosa confesión había probado que, a pesar de su juventud, ya estaba consumado en la virtud.

Probablemente Celerino permaneció siempre al lado del obispo de Cartago, sin que pueda decirse si fue elevado al diaconado. Sin embargo, casi todos los martirologios lo consideran como diácono.

Después de la muerte de Cipriano, Celerino se mostró siempre tan firme y piadoso, como había sido desde el comienzo de su vida.

El día 3 de febrero, la Iglesia honra su memoria como la de un santo confesor de Jesucristo.

Algunos han confundido a nuestro santo con otro Celerino, uno de los clérigos romanos, enredado en el cisma Novaciano. Pero esta defección no habría pasado inadvertida al obispo Cipriano y seguramente habría provocado las reconvenciones del prelado, en vez de los elogios que se le tributaron.

Se puede considerar a Celerino como mártir, en razón de los tormentos que soportó en la prisión.

Acta Sanctorum, 3 de febrero. *Cartas de San Cipriano*, especialmente la xxxix (P. L. vol. iv, col. 331). P. Allard, *Hist, des perséc.*, vol. ii p. 286. Quentin; *Les Martyrol. histor. du Moyen Age*, pp. 288 y 378.

SAN BLAS, Obispo de Sebaste, Mártir (¿316? p.c.)

Parece que no hay pruebas de que existiera algún culto a San Blas, antes del siglo VIII; pero los relatos de fechas posteriores están de acuerdo en afirmar que fue obispo de Sebaste, en Armenia y recibió la corona del martirio durante la persecución de Licinio, por mandato de Agrícola, gobernador de Capadocia y Asia Menor. En las actas legendarias de San Eustracio, de quien se dice

que pereció en la persecución de Diocleciano, se menciona que San Blas recibió muy solemnemente sus reliquias, las depositó con las de San Oreste y llevó al cabo, punto por punto, la última voluntad del mártir.

Esto es todo lo que puede afirmarse con cierta seguridad respecto a San Blas; pero en vista de la devoción con que se le venera en Alemania y Francia, conviene relatar brevemente la historia que contienen sus actas legendarias. De acuerdo con ellas Blas nació rico, de padres nobles; fue educado cristianamente y se le cansagró obispo cuando todavía era bastante joven. Al comenzar la persecución, por inspiración divina, se retiró a una cueva en las montañas, frecuentada únicamente por las fieras. San Blas recibía con afecto a sus salvajes visitantes y cuando estaban enfermos o heridos, los atendía y los curaba. Se dice que los animales acudían en manadas para que los bendijera. Cierta vez unos cazadores que buscaban atrapar fieras para el anfiteatro, encontraron al santo rodeado por ellas. Repuestos de su asombro, los cazadores intentaron capturar a las bestias, pero San Blas las espantó y entonces le capturaron a él. Al saber que era cristiano, lo llevaron preso ante el gobernador Agrícola. Se dice que cuando le conducían a la ciudad, encontraron a una mujer que gemía desesperada, porque un lobo acababa de llevarse a uno de sus lechones; entonces San Blas llamó con voz recia a la fiera y el lobo apareció a poco, con el lechón en el hocico, y lo dejó intacto a los pies de la mujer maravillada. Pero aquel prodigio no conmovió a los cazadores, que continuaron su camino arrastrando al preso consigo. En cuanto el gobernador se enteró de que el reo era un obispo cristiano, mandó que lo azotaran y después lo encerraran en un calabozo, privado de alimentos. San Blas soportó con paciencia el castigo y tuvo el consuelo de que la mujer, dueña del lechón que había salvado, se presentara en el oscuro calabozo para ayudarle, llevándole provisiones y velas para alumbrarse. Pocos días más tarde, fue torturado para que renegara de su fe; sus carnes fueron desgarradas con garfios y, como el santo se mantuviera firme, se dio orden de que fuera decapitado.

Así murió San Blas en Capadocia y, años más tarde, sus supuestas reliquias se trasladaron al occidente, donde se extendió su culto enormemente en razón de las curaciones milagrosas que, al parecer, se realizaban por su intercesión. Se le venera como el santo patrono de los cardadores de lana y los animales salvajes y, en virtud de varias célebres curas que hizo en vida a enfermos de la garganta, es el abogado para esta clase de males. En Alemania se le honra, además como uno de los catorce "Nothhelfer" (auxiliadores en las necesidades). En algunas partes, el día de la fiesta de San Blas, se administra una bendición especial a los enfermos, colocando dos velas (al parecer en memoria de las que llevaron al santo en su calabozo) en posición de una cruz de San Andrés, en el cuello o sobre la cabeza del suplicante, pronunciándose estas palabras: "*Per intercessionem Sancti Blasi Liberet te Deus a malo gutturis et a quovis alio malo*". También leemos sobre "el agua de San Blas", que se bendice en su día y que generalmente se da a beber al ganado que está enfermo.

Las llamadas *Actas de San Blas* se encuentran en BHL., nn. 1370-1380, y BHG., p. 21. Cf. en *Acta Sanctorum*, febrero, vol. I, y Detzel, *Christliche Ikonographie*, II 2 y 9. A. Franz, *Die Krichlichen Benediktionen im Mittelalter*, vol. I, pp. 202-206, da varias fórmulas y muchos otros informes sobre las bendiciones de San Blas. Véase *Diary* por Parson Woodford, edición en un vol. dedicado a la conmemoración del santo por los cardadores de lana de Noruega, (1935), pp. 198-200.

SAN LORENZO, Obispo de Espoleto (576 p.c.)

San Lorenzo formaba parte de un grupo de trescientas personas que fueron obligadas a abandonar Siria en 514, cuando Severo, el patriarca hereje de Antioquía, emprendió una persecución contra los católicos. Los prófugos se refugiaron en Italia y el Papa, San Hormisdas, ordenó sacerdotes a algunos de ellos, entre los que figuraba nuestro santo, que muy pronto fue enviado a predicar en Umbría. Allí, gracias a su fervor y su elocuencia, logró muchas conversiones, y combatió con éxito el arrianismo, que se había extendido en Italia. Después se retiró a un monasterio que fundó, cerca de Espoleto. Cuando la sede episcopal de esa ciudad quedó vacante, el clero eligió a Lorenzo, que aceptó la dignidad, contra toda su voluntad. Los vecinos de Espoleto, sin embargo, se opusieron a tener un obispo extranjero y le cerraron a Lorenzo las puertas de la ciudad. El santo elevó la voz para orar, pidiendo a Dios que indicara su voluntad en el asunto. Inmediatamente las puertas se abrieron por sí solas y el pueblo, viendo en esto un milagro, recibió al obispo con todos los honores debidos. Desde entonces, San Lorenzo, para beneficio de los fieles de su diócesis trabajó enérgicamente, dándoles ejemplo con su devoción y caridad, arreglando contiendas y querellas con su gran sentido de la justicia. Por su fama de conciliador, el Papa lo envió a Bolonia, dividida por bandos en disputa, y el enviado consiguió restablecer la paz. San Lorenzo fue llamado "el Esclarecedor" porque estaba tan lleno de luz divina, que parecía dotado de un don especial que le permitía curar la ceguera, tanto física como espiritual. Después de veinte años obtuvo permiso de renunciar a su cargo, y fundó el monasterio de Farfa, del cual fue abad hasta su muerte.

Véase el *Acta Sanctorum*, febrero, vol. I, pp. 361-365, y 958-959; cf. también julio, vol. I, pp. 28-35, y DCB., vol. III, p. 631.

SAN LORENZO, Arzobispo de Canterbury (619 p.c.)

Lorenzo fue un presbítero que acompañó a San Agustín a Inglaterra, en el año 597. Luego de haber sido enviado como emisario de San Agustín a Roma para obtener instrucciones más precisas del Papa San Gregorio el Grande, regresó a Inglaterra para convertirse en el inmediato sucesor de Agustín en la sede de Canterbury, la cual ocupó durante once años. Lo mismo que su antecesor, Lorenzo trató en vano de inducir a los bretones del oeste y a los irlandeses, para que adoptaran las prácticas disciplinarias romanas. A la muerte del rey Etelberto, su hijo Edbaldo se negó a abrazar el cristianismo, siguiendo el ejemplo de su padre, y se entregó a la idolatría y la disolución (llegó a cometer incesto tomando para sí a la viuda de su padre). Escandalizado Lorenzo por la conducta de aquel príncipe que él mismo había tratado de convertir, pensó retirarse a Francia, como lo habían hecho en casos semejantes los obispos San Mellitus y San Justo. Sin embargo, la víspera de su partida, San Pedro se le apareció en sueños y le reprochó el que pensara abandonar aquel rebaño, por el que Cristo había entregado también su vida. Por cierto que, tras de aquel sueño, Lorenzo desistió de sus propósitos e, inflamado de entusiasmo, relató su visión a Edbaldo, quien se impresionó tanto por la vehemencia del obispo, que se hizo cristiano. San Lorenzo no sobrevivió mucho tiempo

al feliz cambio y murió en 619. Cuando por vez primera se abrió su tumba, en 1091, "una ráfaga muy fuerte de fragancia" se esparció por todo el monasterio de San Agustín. Su fiesta se observa en las diócesis de Westminster y Southwark.

San Lorenzo está mencionado en el Martirologio Romano. Sabemos muy poco de él, fuera de lo que se encuentra en la *Hist. Eccl.*, vol. II, cc. 4, 6 y 7 de Beda. Véase *Gesta Pontificum* de William of Malmesbury; (Rolls Series), pp. 5, 6, etc., hace referencia a la vida del santo por Goscelin. Todavía se conservan dos manuscritos, según informa Hardy: *Catalogue of British History*, II, I, 217-218. La tumba de San Lorenzo fue reabierta, en años recientes, pero los cuerpos de todos los antiguos arzobispos de Canterbury fueron trasladados por el abate Wido en 1091 a un lugar más honroso. Se dio una relación completa de las excavaciones por Sir William St. John Hope en *Archaeologia*, vol. LXVI, pp. 377-400, con planos y fotografías.

SANTA MARGARITA "DE INGLATERRA", VIRGEN (1192 P.C.)

LA URNA que contenía el cuerpo de Santa Margarita, era la gloria de la Iglesia de las religiosas cistercienses de Seauve Bénite, en la diócesis de Puy-en-Velay, que antiguamente la guardaban y constituía la atracción para innumerables visitantes de toda la comarca. La antigua edición de "*Gallia Christiana* y Dom Beaunier, el monje maurista, confirman la tradición de que Margarita era inglesa y que su sepulcro era famoso por los milagros que en él se obraban. Por otro lado, en una antigua biografía francesa, se le describe como una noble húngara. En el colegio jesuita de Clermont, en París, se conservaba una copia del manuscrito. La madre de Margarita, quien probablemente era de descendencia inglesa, llevó a su hija en una peregrinación a Tierra Santa y ambas se entregaron allá a la oración y la penitencia, primero en Jerusalén, luego en Belén. Después que Santa Margarita enterró a su madre en Tierra Santa, hizo una peregrinación a Montserrat, en España, y después al santuario de Nuestra Señora, en Puy. Posteriormente, se retiró al monasterio cisterciense de Seauve Bénite, donde terminó sus días.

Véase *Gallia Christiana Nova,* in Dioec. Aniciensi seu Podiensi, vol. II, p. 777, y cf. Théilliere, *Notes Historiques sur le monastere de la Seauve-Bénite* (1872).

BEATO SIMON DE CASCIA (1348 P.C.)

EL NOMBRE de Simón Fidati ha llamado mucho la atención, debido a que ciertos documentos sobre ascética, escritos en el más puro toscano del *trecento,* que tradicionalmente se atribuían al dominico Cavalca, han sido reconocidos como obra del agustino Simón, su contemporáneo, por el contenido interno. El caso es muy obscuro. No hay testimonio manuscrito que lo apoye, y aun los defensores de Fidati reconocen que si éste proporcionó las ideas en latín, su discípulo y biógrafo, Juan de Salerno, les dio su forma actual, reeditándolas en el lenguaje del pueblo. Más notable aún es el argumento presentado por A. V. Müller de que muchos de los principios más característicos en la enseñanza de Lutero se derivaron del volumen que publicó Fidati, titulado *De gestis Domini Salvatoris*. La obra se imprimió por primera vez en Estrasburgo en 1480, y siendo el trabajo de un colega agustino es muy probable que cayera en manos de Lutero. Ciertamente hay que admitir que el

Beato Simón tenía algunos puntos de vista teológicos que expresaba con descuido y que con facilidad se prestaban a ser mal interpretados. Además es claro, como consta por la corta biografía de su adicto discípulo Juan de Salerno que Fidati fue muy criticado por sus contemporáneos y que inclusive algunos no dudaron en llamarlo hipócrita.

Sabemos muy poco de los detalles de su vida. Hasta el sumario presentado a la Congregación de Ritos, cuando se pidió en 1833 una "confirmatio cultus", tuvo que dejarse, pues en su mayor parte contiene vagas generalidades. Debe haber nacido alrededor de 1295, en Cascía, en Umbría, y se dice que en su juventud estuvo bajo la influencia de Angelo Clareno, cuyo espíritu intransigente parece haber compartido. Ingresó con los frailes agustinos. El curso de sus estudios ha de haber sido breve, pues su carrera como predicador comenzó aproximadamente en 1318. No hay duda de que poseía dones muy notables, tanto de naturaleza como de gracia. Su biógrafo cuenta cómo, cuando Simón estaba trabajando en su gran obra *De gestis Domini*, lo había visto escribir folio tras folio sin hacer pausa, como quien garrapatea una carta a algún amigo. En los primeros años de su predicación, había llevado una vida sumamente austera, pero conforme tuvo más edad, vio que era necesario ser más discreto en sus mortificaciones corporales. Se dice que por regla general predicaba sin ninguna preparación, dejando al Espíritu de Dios que le inspirara lo que debía decir. Sin embargo, esto lo hacía no por ahorrarse trabajo, sino debido en gran parte al hecho de que cuando estaba ocupado en alguna gran misión predicando, en ocasiones tenía que escribir de una sola vez treinta y hasta cuarenta cartas a penitentes y otras personas, tarea que le llevaba la mejor parte de la noche. Juan de Salerno, su compañero cotidiano por diecisiete años, nos dice todo esto con tanta seriedad, que nos convence de su verdad.

Simón censuraba sin miedo a los Transgresores, y trataba a muchos, aun a los que buscaban su amistad, con inflexible dureza, pero dice su biógrafo que era curioso el efecto, pues sucedía que en muchos casos con eso los atraía más. Era como un imán entre limaduras de hierro. Se ingeniaba para evadir todo cargo de autoridad dentro y fuera de su orden, y cuando un amigo íntimo que tenía influencias consiguió que lo nombraran para una sede episcopal, lo trató con tanta severidad, que aquél nunca se atrevió a mencionar el asunto otra vez. A pesar de tener tanto éxito como predicador, y haber tomado parte en la vida pública de Perugia, Florencia y Siena, el Beato Simón prefería una vida de soledad dedicada a la oración y a estar entre sus libros. Fuera de esto, parece que tuvo especial interés por redimir a las mujeres caídas, para las cuales fundó una casa-asilo, y en proteger a las jóvenes, a quienes el 2 de febrero de 1348, como fruto de sus esfuerzos caritativos, se les proporcionó un refugio semejante. Parece que muiró en Florencia, aunque no sabemos con certeza el sitio.

El único material de algún valor sobre la vida del beato Simón es el que se halla en el volumen de Fr. Nicola Mattioli, *Il B. Simone Fidati da Cascia* (1898), que trae varias cartas de Fidati, lo mismo que la biografía por Juan de Cremona. El compilador del sumario impreso para la Congregación de Ritos en 1833, parece que no estaba perfectamente enterado de los hechos de su historia. Cf. también A. d'Ancona y O. Bacci, *Manuale della letteratura italiana* (1904), vol. I, pp. 405-407; y A.V. Müller, *Una Fonte ignota del sistema di Lutero* (1921).

BEATO JUAN NELSON, MÁRTIR (1578 P.C.)

JUAN NELSON fue hijo de Sir N. Nelson, señor de Skelton, en Yorkshire. A la edad de cuarenta años, habiendo oído acerca del colegio de estudios superiores de Douai y con la esperanza de servir a su patria, fue a estudiar a él y recibió la ordenación sacerdotal en 1576. El mismo año, fue enviado a la misión inglesa, y fue aprehendido y encarcelado en Londres por ser católico. Fue juzgado y condenado a muerte por negarse a prestar el juramento de la supremacía de la reina Isabel. Lo llevaron en una carreta de Newgate a Tyburn, donde lo ahorcaron, le sacaron las entrañas y lo descuartizaron. El P. Nelson había sido admitido a la Compañía de Jesús poco antes de su aprehensión.

Véase MMP., pp. 7-11; y Camm, LEM, vol. II, pp. 223-233.

BEATO ESTEBAN BELLESINI (1840 P.C.)

NADA EN especial sobresaliente marca la vida de este fervoroso y modesto religioso. Nació en Trento el 25 de noviembre de 1774, y en 1790, a la edad de dieciséis años, entró a la Orden de Ermitaños de San Agustín. Después de haber sido enviado a hacer sus estudios en Roma y Bolonia, fue obligado a regresar a su ciudad natal, cuando estalló la Revolución.

Pronto dispersaron a la comunidad agustina. Esteban se dedicó entonces con peculiar energía a la labor de predicar y especialmente a instruir religiosamente a los niños. Como resultado, poco después, el gobierno lo nombró inspector de todas las escuelas del Trentino, desempeñando sus deberes con tanta satisfacción de los oficiales, que cuando la orden agustina reanudó su vida de comunidad en los Estados Papales y Esteban insistió en unirse de nuevo a sus hermanos religiosos en Bolonia, encontró fuerte oposición a su partida. A pesar de las amenazas de violencia, llevó al cabo su propósito, y fue nombrado maestro de novicios, primero en Roma y después en Citta della Pieve. Después de algunos años, pasó a la famosa iglesia agustina en Genazzano, cerca de Palestrina: el santuario de Nuestra Señora del Buen Consejo, donde llegó a ser cura párroco. Atendiendo a los enfermos durante una epidemia de cólera, finalmente contrajo el mal, y murió el 2 de febrero de 1840. El Beato Esteban fue beatificado en 1904.

Dos vidas se publicaron poco después de la beatificación, ambas basadas en los documentos del proceso — *Vita del b. Stefano Bellesini* por Billeri (1904) y *Breve vita del b. Stefano Bellesini* por Weber (1904). La primera contiene más extractos de las cartas del Beato Esteban.

4: SANTOS FILOROMO Y FILEAS, MÁRTIRES (*c.* 308, P.C.)

FILEAS PERTENECIA a una de las familias más nobles y más antiguas del bajo Egipto. Era originario de Thmuis, ocupó altos cargos, desempeñó funciones públicas, y poseía amplios conocimientos filosóficos.

Probablemente se convirtió al cristianismo en la edad madura, conducido a la fe por el estudio de la filosofía. Sus amigos, su mujer y aun sus hijos

permanecieron paganos. Fue elegido obispo de su ciudad natal por sus méritos, su alta posición y por sus virtudes.

En esta misma época, Filoromo ocupaba un alto puesto en la administración imperial de Alejandría. Por razón de su dignidad y de su rango en la jerarquía romana, diariamente impartía la justicia, rodeado por una guardia de soldados. También él se convirtió al cristianismo y desde entonces, ejercía su cargo después de haber cumplido con sus prácticas religiosas.

Tanto Fileas como Filoromo fueron hechos prisioneros al mismo tiempo y, sin duda estuvieron en la mazmorra los últimos meses del año 306, hasta febrero del siguiente año, cuando se instruyó su proceso. En este lapso, Fileas dirigió una carta a los fieles de Thmuis pintándoles el cuadro de los sufrimientos de los cristianos. El historiador Eusebio, que narra estos hechos, concluye diciendo:

"Tales son las palabras que el mártir, verdadero filósofo y amigo de Dios, dirige a los hermanos de su Iglesia, antes de la suprema sentencia. Al mismo tiempo que ofrecía sus sufrimientos a Dios, exhortaba a sus ovejas a permanecer inviolablemente unidas en la religión de Cristo, aun después de su muerte, que era inminente".

En efecto, se acercaba la hora del sacrificio. Culciano había sido nombrado prefecto de Egipto y quiso continuar la obra de su predecesor. Apenas instalado, hizo comparecer ante su tribunal a Fileas, obispo de Thmuis y al financiero Filoromo. Los registros han conservado el largo interrogatorio a que fue sometido Fileas. Se debe mencionar como cosa rara que en aquel proceso los abogados defensores intervinieron en favor del acusado. Sin duda que su alta posición, sus grandes bienes, su rango en la provincia, sus lazos de familia, explicarían suficientemente este inusitado socorro, por parte de una corporación de ordinario hostil o, al menos, indiferente, a la suerte de los cristianos. Pero había además en este caso otra razón: uno de los hermanos de Fileas pertenecía al cuerpo de magistrados de Alejandría. Culciano, por su parte, veía en Fileas a un adversario a quien era más glorioso vencer que matar, por lo que trató de desconcertarle, pasando bruscamente de una cuestión a otra, y multiplicando las preguntas. En determinado momento, pronunció una frase en la que aparecía todo el desprecio del sabio filósofo por los pequeños y por los indigentes:

"Si supiera, le dijo, que tú eras pobre, que te empujaba la miseria a esta locura de negarte a sacrificar, no te perdonaría, pero deseo perdonarte, porque tienes tantos bienes, que podrías alimentar a una provincia. Te aconsejo que ofrezcas sacrificios".

—"No lo haré dijo, Fileas, y de esta manera obtendré mi salvación".

Entonces los abogados ensayaron un subterfugio:

"Ya Fileas ha ofrecido sacrificios, afirmaron, y por lo tanto, ha cumplido con el edicto".

—"Jamás, protestó gritando Fileas ¡jamás he sacrificado!"

Culciano le concedió unos momentos para reflexionar.

—"Ya lo he hecho desde hace tiempo, repuso Fileas, y he escogido padecer con Cristo".

Entonces se vio un espectáculo emocionante: abogados, empleados del gobernador, procuradores de la ciudad de Thmuis y los parientes de Fileas le rodearon, conjurándole a que tuviera piedad de sí mismo, consideración

de su esposa y de sus hijos. El permanecía inmóvil y parecía insensible a todos los asaltos. Filoromo, que presenciaba la escena, creyó llegado el momento de intervenir:

—"¿Por qué, preguntó a todas aquellas gentes, tentáis inútilmente el valor de este hombre? ¿Por qué queréis hacerle infiel a su Dios? ¿No comprendéis que sus ojos no ven vuestras lágrimas, ni sus oídos escuchan vuestras quejas y que está por completo absorto en la contemplación de la gloria divina que le espera?

Entonces la cólera de los asistentes se volcó sobre Filoromo; todos apelaron al juez para que dictara sentencia contra él, al mismo tiempo que contra Fileas. Culciano, cuya paciencia había llegado al límite condenó a los dos cristianos a morir decapitados.

Cuando los reos eran conducido al lugar de la ejecución, el hermano de Fileas le detuvo para anunciarle una buena nueva:

—¡Aún puedes salvarte!, le propuso. Apela la clemencia del juez. Culciano te aprecia; está inquieto por tu suerte y, si tú se lo pides, te perdonará.

—¡Calla, desventurado!, replicó Fileas. Yo no quiero pedirle nada al juez; sólo deseo darle las gracias a él y a los emperadores que me harán coheredero de Cristo y que hoy mismo me abrirán las puertas para que yo entre a su Reino.

Después de decir esto, se apresuró a reunirse con Filoromo para proseguir la marcha hacia el cadalso. Desde el lugar del suplicio dirigió una emocionante exhortación a los cristianos, antes de entregar su cuello a la espada. Según las Actas Griegas los dos santos fueron decapitados el 18 de mayo; sin embargo, todos los martirologios nombran a los Mártires Filoromo y Fileas el 4 de febrero.

Ruinart, *Acta Mrtyr., sel.*, p. 547.—Tillemont, *Mémoires pour servir...*, vol. v.—P. Allard, *Hist. des perséc*, vol. v, p. 53 y 103.—Eusebio, *Historia Eclesiástica*, (trad. Grapin), vol. VIII c. IX.

SAN ANDRES CORSINI, Obispo de Fiesole (1373 p.c.)

A este santo lo llamaron Andrés por el apóstol del mismo nombre, en cuyo día nació, en Florencia en 1302. Pertenecía a la distinguida familia de los Corsini, y nos dicen que sus padres lo consagraron a Dios antes de su nacimiento; pero a pesar de todos sus cuidados, la primera parte de su juventud la pasó en el vicio y la disipación, entre malos compañeros. Su madre no dejaba de rogar por su conversión, y un día en la amargura de su pena dijo, "Veo que ciertamente eres el lobo que vi en mi sueño", y explicó que antes de nacer él, había soñado que había dado a luz a un lobo que entró corriendo a una iglesia y se había cambiado en cordero. Añadió que ella y su padre lo habían consagrado al servicio de Dios, bajo la protección de la Santísima Virgen, y que esperaban que llevaría una vida muy diferente de la que llevaba. Estos reproches le causaron honda impresión. Lleno de vergüenza, fue Andrés al día siguiente a la iglesia de los frailes carmelitas, y después de haber rezado fervorosamente en el altar de Nuestra Señora, la gracia de Dios lo

alcanzó de tal modo, que resolvió abrazar la vida religiosa en aquel convento. Todos los artificios de sus antiguos camaradas, y las solicitudes de su tío que trató de volverlo de nuevo al mundo, fueron inútiles para cambiar su propósito: nunca abandonó el primer fervor de su conversión.

Andrés se ordenó en el año de 1328; pero para escapar a la fiesta y música que su familia había preparado, siguiendo la costumbre de la época para el día en que celebrara su primera misa, se retiró a un pequeño convento, a siete kilómetros fuera de la población, y allí, desconocido y con muchísima devoción, ofreció a Dios Todopoderoso los primeros frutos de su sacerdocio. Después de dedicarse algún tiempo a predicar en Florencia, fue enviado a París, donde asistió a las escuelas por tres años. Continuó sus estudios por un tiempo en Aviñón con su tío, el cardenal Corsini, y en 1332, cuando regresó a Florencia, fue electo prior de su convento. Dios premió su virtud con el don de la profecía, y también se le atribuían milagros de curaciones. Entre los prodigios de orden moral y conquista de almas endurecidas, fue especialmente notable la conversión de su primo Juan Corsini.

Cuando el obispo de Fiesole murió, en 1349, el capítulo eligió por unanimidad a Andrés Corsini para ocupar la sede vacante. Sin embargo, tan pronto como le informaron de lo que estaba sucediendo, inmediatamente se escondió con los cartujos de Enna. Los canónigos, desesperados ya de no encontrarlo, iban a proceder a una segunda elección, cuando su escondite fue revelado por un niño. Después de su consagración como obispo redobló sus anteriores austeridades. Diariamente se daba una severa disciplina mientras rezaba la letanía, y su cama era unas ramas de vid esparcidas en el suelo. Decía que la recreación de sus labores era el meditar y leer las Sagradas Escrituras. Evitaba lo más posible hablar con mujeres, y rehusaba escuchar aduladores o soplones. Su ternura y cuidado para con los pobres eran extremos, y era particularmente solícito en buscar a los que tenían vergüenza de que se supiera su desgracia; a estos ayudaba con toda discreción posible. San Andrés también tenía talento para aplacar disputas, y con frecuencia tenía éxito para restablecer el orden en donde brotaban disturbios populares. Por esa razón, el Beato Urbano V, lo envió a Bolonia, en donde la nobleza y el pueblo se hallaban lastimosamente divididos. Después de sufrir muchas humillaciones los apaciguó y permanecieron en paz durante todo el resto de su vida. Todos los jueves lavaba los pies a los pobres, y nunca despachaba a ningún mendigo sin darle limosna.

Cuando cantaba la Misa de Navidad la noche de 1373, San Andrés cayó enfermo y murió en la Epifanía siguiente, cuando tenía setenta y un años de edad. Inmediatamente, por la voz del pueblo fue proclamado santo, y el Papa Urbano VIII lo canonizó solemnemente en 1629. Andrés fue sepultado en la iglesia carmelita de Florencia; y el Papa Clemente XII, que pertenecía a la familia Corsini, construyó y dotó una capilla en honor de su pariente en la basílica de Letrán. El arquitecto de esta capilla, en la cual sepultaron al propio Clemente, fue Alejandro Galilei. En 1737, el mismo Papa añadió al calendario general de la Iglesia occidental a San Andrés Corsini.

Las dos vidas principales en latín de San Andrés están impresas en el *Acta Sanctorum*, enero, vol. II, véase también S. Mattei, *Vita di S. Andrea Corsini* (1872), y la biografía por el P. Caioli (1929), que utiliza ciertos documentos inéditos florentinos.

SAN TEOFILO EL PENITENTE (Sin fecha)

AUNQUE LA leyenda de San Teófilo debe considerarse casi con certeza como pura novela, y se la discute seriamente en el "Acta Sanctorum", como clásico ejemplo de historia de pacto con el diablo, en la que se creía firmemente en la antigüedad, merece sin embargo aquí una breve noticia:

Se describe a Teófilo como "oeconomus" digamos "administrador" —de la iglesia de Adana en Cilicia, un hombre humilde, serio, que al ser elegido obispo rehusa el honor, prefiriendo permanecer en su condición de subordinado. Cuando rehusó aceptar el episcopado, nombraron para la sede a un extranjero quien, por sutiles maquinaciones del demonio y sin ninguna razón, destituyó a Teófilo de su cargo. La injusticia causó resentimiento en Teófilo, quien cavilando sobre sus agravios, llegó finalmente a un completo abandono de todas sus antiguas buenas costumbres. Buscando a toda costa su rehabilitación, consultó a un hechicero judío, el cual lo puso en comunicación personal con Satanás. El diablo le exigió que escribiera un repudio formal de Cristo y su Santísima Madre, debidamente firmado y sellado. Con el cumplimiento de esta condición, el obispo, influenciado por algún encanto diabólico, hizo a un lado sus prejuicios y devolvió su cargo al antiguo administrador. Pero cuando Teófilo hubo alcanzado su propósito, el recuerdo de lo que había hecho no lo dejaba en paz. Con el tiempo, hizo cuarenta días de penitencia en la iglesia de Nuestra Señora, implorando humildemente su intercesión, y Ella, después de una severa reprimenda, obtuvo de su Hijo que tuviera misericordia con el ofensor. Continuó prolongando aun más sus ayunos, y cierta vez se le apareció en sueños la Santísima Virgen. Cuando despertó, se encontró sobre su pecho el pacto que había firmado. Entonces, impulsado por la gratitud y un deseo de proclamar por todo el mundo la compasión de la Madre de Misericordia, hizo confesión pública de todo lo que había sucedido, en la iglesia, ante el obispo, quien personalmente quemó el pacto, a la vista del pueblo.

Se dice que esta leyenda se escribió en griego por un tal Eutychian, que manifestaba haber nacido en la propia casa de Teófilo. Véase el *Acta Sanctorum*, febrero, vol. I. Se tradujo al latín por Pablo el Diácono en el siglo IX, y desde entonces la historia se ha repetido muchas veces con ligeras variaciones. Roswtha, la monja de Gandersheim (*c.* 980), produjo una versión métrica en latín (Migne, PL., vol. CXXVII, y XVII, *c.* 1101). Se encuentra en todas las grandes colecciones de *Marienlegenden* (véase los *Studien* de Mussafia en la *Sitzungsberichte* de la Academia de Viena, 1887, 1888, etc., y H.S.D. Ward, *Catalogue of Romances in the British Museum*, vol. II, pp. 595 ss.) y en casi todas las lenguas europeas.

SAN ISIDORO DE PELUSIUM, ABAD (*c.* 450 P.C.)

SAN ISIDORO fue monje desde su juventud y llegó a ser superior de un monasterio en la vecindad de Pelusium, en el siglo quinto. De acuerdo con Facundo y Suidas, también se ordenó sacerdote. Durante su vida, todos lo consideraban como un modelo de perfección religiosa, y su patriarca, San Cirilo, y otros prelados de su tiempo lo trataban como a padre de todos. Escogió a Crisóstomo como modelo. Todavía tenemos dos mil doce de sus cartas, llenas de excelentes instrucciones de piedad, que muestran un gran conocimiento de la teología. Están tan bien redactadas, que según algunos entusiastas, pudieran ser utilizadas para reemplazar a los clásicos en el estudio de la lengua griega. En sus páginas resplandecen la prudencia, humildad, celo intrépido y ardiente amor a Dios.

Hay algún material biográfico impreso en los prefacios de las cartas de Isidoro en Migne, PG., vol. LXXVIII. Véase también Aigrain, *Quarante-neuf lettres d'Isidore Pélusiote* (1911), y de L. Bayer, *Isidors klassische Bildung* (1915).

SAN NICOLAS EL ESTUDITA, ABAD (863 P.C.)

ESTE NICOLÁS nació en Sidonia (ahora Canea) en Creta, de padres acomodados quienes lo llevaron a los diez años de edad a Constantinopla con su tío Teofanes, al monasterio de Studius. El abad quedó muy bien impresionado con el jovencito y le permitió entrar a la escuela del monasterio, donde pronto se distinguió por su docilidad y ahinco para aprender. A la edad de dieciocho años, se hizo monje y se notó que la obediencia a la regla no representaba ningún obstáculo para él, pues ya había llegado al dominio de sí mismo. No estaba destinado Nicolás para llevar una vida pacífica en aquellos tumultuosos tiempos. Los sarracenos saquearon su hogar en Creta, mientras que en Constantinopla y Grecia la Iglesia era cruelmente perseguida por los emperadores iconoclastas. No pasó mucho tiempo sin que fueran desterrados Nicolás, el patriarca San Nicéforo, el abad San Teodoro y otros, y Nicolás hizo todo lo que pudo para ayudar a sus compañeros y aliviar sus sufrimientos. Después del asesinato de León V el armenio, la persecución fue disminuyendo y se permitió a los expatriados volver, pero en tales condiciones que no todos aceptaban. Cuando San Teodoro murió, San Nicolás que había sido un discípulo modelo para los demás, se convirtió en su guía y maestro. La persecución duró hasta la muerte del emperador Teófilo, en 842, cuando su viuda, Teodora, hizo volver a los siervos de Dios desterrados y restituyó las imágenes que se veneraban en las iglesias. Entre los que regresaron, estaba el nuevo abad de los estuditas, a quien después sucedió San Nicolás.

En diciembre de 858, comenzó una tremenda disputa de gran trascendencia, cuando se destituyó a San Ignacio de la sede patriarcal de Constantinopla y pusieron a Photius, nombrado por el emperador Miguel III. San Nicolás no quiso tener ningún trato con él y se desterró voluntariamente, negándose a volver a la amistad de Miguel, quien entonces nombró otro abad. Por varios años el santo anduvo errante, pero al cabo fue aprehendido y enviado de vuelta a su monasterio, donde fue puesto en completo aislamiento. Por ese motivo, no pudo obedecer el llamamiento del Papa San Nicolás I, que deseaba examinarlo como testigo en favor de Ignacio. En 867, mataron a Miguel y su sucesor, el emperador Basilio, no sólo restituyó a San Ignacio, sino que también deseó restablecer al abad Nicolás, quien, sin embargo, se excusó por su avanzada edad. Murió entre sus monjes y fue sepultado junto a San Teodoro, su gran predecesor.

Véase el *Acta Sanctorum* febrero, vol. I; pero hay mucho material biográfico contenido en la *Life of St. Evaristus the Faster*, impresa en la *Analecta Bollandiana*, vol. XLI, (1923), pp. 288-325.

SANTA JUANA DE FRANCIA (o de VALOIS), MATRONA, FUNDADORA DE LAS ANUNCIADAS DE BOURGES (1505 P.C.)

SANTA JUANA de Francia, más comunmente conocida en la antigüedad como Juana de Valois, fue hija del rey Luis XI y de Carlota de Saboya y nació

en 1464. Su pequeña estatura y cuerpo deforme la hicieron objeto de aversión para su padre, que la casó con su primo Luis, duque de Orléans, en 1476. Juana logró que su hermano Carlos VIII, quien había determinado condenar a muerte a su marido por rebelión, le perdonara la vida. Pero nada púdo vencer la antipatía que el duque le profesaba, aunque ella soportó todo con paciencia, siendo su ocupación y consuelo principal las prácticas religiosas. Cuando su marido subió al trono con el nombre de Luis XII, éste deseó casarse con Ana, la heredera de Bretaña y viuda del último rey. Para lograrlo, alegó la nulidad de su matrimonio con Juana, principalmente porque Luis XI lo había obligado a casarse con ella. Acudió al Papa Alejandro VI para que los comisarios examinaran el asunto. Después de considerarlo, declararon el matrimonio nulo, en 1498. La misma Juana no se opuso, sino que se regocijó de estar en libertad y en condiciones para poder servir mejor a Dios. Por lo tanto, humildemente dio su conformidad, y el rey, complacido con su sumisión, le dio el ducado de Berry, además de Pontoise y otros municipios. Vivía en Bourges, y se dedicó por completo a la oración y obras de caridad.

En 1501, con ayuda de su confesor, el franciscano Beato Gabriel Mary, Santa Juana fundó una orden de religiosas "de las diez virtudes de Nuestra Señora", en honor de la Anunciación. Las primeras postulantes fueron un grupo de once jóvenes de una escuela de Bourges, algunas de las cuales no habían cumplido aún diez años de edad. El P. Gabriel Mary formuló su regla, que después de algunas dificultades fue aprobada en Roma. Más tarde se le dio permiso a Santa Juana para que profesara, sin hacer el noviciado. Esto lo hizo en Pentecostés en 1504. Murió unos meses después y fue canonizada en 1950. Algunas casas de su orden todavía existen, una en Inglaterra, en St. Margaret's-at-Cliffe en Kent. Comunmente se conoce a sus religiosas como las anunciadas (de Bourges) y llevan vida contemplativa. La orden está bajo la dirección de los frailes menores, quienes observan la fiesta de la santa el 14 de febrero.

Véase *Jeanne de France* (1883) de Maulde de la Clavier; *Une fille de France* (1896), de Flavingny; *Le b. Gabriel María et l'Ordre de l'Annonciade* (1913) por Othon; *La bse Jeanne de Valois* (1930) por M. Cagnac; *Chronique de l'Annonciade* por J.F. Bonnefoy, (1937); *Jeanne de France* por A. Redier, (1946), *Princess and Saint* (1950) de Levis-Mirepoix; *St. Joan of France* (1950) por Anne M.C. Forster. Los trámites en el juicio de nulidad por el cual fue declarado inválido el matrimonio de Santa Juana, se han publicado "in extenso" en *Procédures politiques du regne de Louis XI* (1885), por M. Maulde de la Claviere.

SAN GILBERTO DE SEMPRINGHAM, Fundador de la Orden de los Gilbertinos (1189 p.c.)

San Gilberto nació en Sempringham de Lincolnshire. Después de su ordenación sacerdotal, enseñó algún tiempo en una escuela gratuita; pero su padre, que estaba encargado de repartir los beneficios eclesiásticos de Sempringham y Terrington, le eligió para uno de ellos en 1123. El santo distribuía las rentas a los pobres y sólo reservaba una mínima parte para cubrir sus necesidades. Con su ejemplo, arrastró a la santidad a muchos de sus parroquianos. Redactó las reglas para siete jóvenes que vivían en estricta clausura en una casa anexa a la iglesia parroquial de San Andrés de Sempringham. La comunidad se

desarrolló rápidamente y, San Gilberto se vio obligado a emplear hermanas y hermanos legos en las tierras de la fundación. En 1147, fue a Cîteaux a pedir al abad que tomase la dirección de la comunidad; pero como los cistercienses no pudieran hacerlo el Papa Eugenio III animó a San Gilberto a dirigirla por sí mismo. San Gilberto completó la obra, añadiendo un grupo de canónigos regulares que ejercían las funciones de capellanes de las religiosas.

Tales fueron los orígenes de las Gilbertinas, la única orden religiosa medieval que produjo Inglaterra. Sin embargo, excepto una casa en Escocia. la fundación no se extendió nunca más allá de las fronteras de Inglaterra, y se extinguió en la época de la disolución de los monasterios, cuando contaba con veintiséis conventos. Las religiosas tenían las reglas de San Benito, y los canónigos las de San Agustín. Los conventos eran dobles, pero la orden era principalmente femenina, aunque el superior general era un canónigo. La disciplina era muy severa, con cierta influencia cisterciense. El deseo de simplicidad en el ornato de las iglesias y en el culto en general llegó hasta imponer que el oficio se recitase en tono simple, como muestra de humildad.

San Gilberto desempeñó por algún tiempo el cargo de superior general, pero renunció a él, poco antes de su muerte, pues la pérdida de la vista le impedía cumplir perfectamente sus obligaciones. Era tan abstinente, que sus contemporáneos se maravillaban de que pudiese mantenerse en vida, comiendo tan poco. En su mesa había siempre lo que él llamaba "el plato del Señor Jesús", en el que apartaba para los pobres lo mejor de la comida. Vestía una camisa de cerdas, dormía sentado, y pasaba gran parte de la noche en oración. Durante el destierro de Santo Tomás de Canterbury, fue acusado, junto con otros superiores de su orden, de haberle prestado ayuda. La acusación era falsa; pero San Gilberto prefirió la prisión y exponerse a la supresión de su orden, antes que defenderse, para evitar la impresión de que condenaba una cosa buena y justa. Cuando era ya nonagenario, tuvo que soportar las calumnias de algunos hermanos legos que se habían rebelado.

San Gilberto murió en 1189, a los 106 años de edad, y fue canonizado en 1202. Se dice que el rey Luis VIII llevó sus reliquias a Toulouse, donde se hallan probablemente todavía, en la iglesia de San Sernín. Las diócesis de Northampton y Nottingham celebran la fiesta de San Gilberto el día de hoy; los Canónigos de Letrán la celebran el 4 de febrero, día en que le conmemora el Martirologio Romano.

Casi todo el material de la biografía de San Gilberto se halla en el *Monasticon* de Dugdale, vol. VI, pte. 2 (1830). Ver también BHL., nn. 3524-3568. En la obra de Rose Graham, *St Gilbert of Sempringham and the Gilbertines* (1901), se encontrarán muchos documentos sobre el santo y su orden. Ver igualmente R. Foreville, *Le Livre de St. Gilbert de Sempringham* (1943). La vida de San Gilberto escrita por Capgrave fue publicada por J. J. Munro en E.E.T.S. Cf. D. Knowles, *The Monastic Order in England* (1949), pp. 204-207, y las referencias que se hallan en dicha obra.

SAN JOSE DE LEONESSA (1612 P.C.)

ESTE SANTO nació en 1556 en Leonessa en Umbria, y a la edad de dieciocho años hizo su profesión como fraile capuchino en su ciudad natal, y tomó el nombre de José, en lugar de Eufranio, su nombre de pila.

Era humilde, obediente y mortificado en grado heroico, y tres días a la

semana no tomaba otro sustento que pan y agua. Generalmente predicaba con un crucifijo en la mano, y el fuego de sus palabras inflamaba el corazón de sus oyentes. En 1587 fue enviado a Turquía como misionero entre los cristianos de Pera, suburbio de Constantinopla. Allí animaba y servía a los esclavos cristianos de las galeras con maravillosa devoción, especialmente durante una peste maligna, de la cual se contagió, aunque después recobró la salud. Convirtió a muchos apóstatas, y se expuso al rigor de la ley turca cuando predicaba la fe a los musulmanes. José fue encarcelado dos veces, y la segunda vez lo condenaron a cruel muerte.

Mediante afilados garfios que atravesaban una de sus manos y uno de sus pies fue colgado de una horca. Sin embargo, después de haber sido torturado por muchas horas, fue puesto en libertad y se le conmutó su sentencia por el destierro. Desembarcó en Venecia y, después de una ausencia de dos años, regresó de nuevo a Leonessa, donde reanudó sus labores con extraordinario celo. Hacia el fin de su vida sufrió mucho a causa de un tumor. Para extirpárselo, fue sometido a dos operaciones durante las que no exhaló el menor gemido o queja, sosteniendo todo el tiempo un crucifijo sobre el cual tenía fijos los ojos. Cuando se sugirió que antes de la operación debería ser atado, señaló el crucifijo, diciendo: "Este es el lazo más fuerte; esto me sujetará mejor que cualquier cuerda lo haría". La operación no tuvo éxito y San José murió felizmente el 4 de febrero de 1612, a la edad de cincuenta y ocho años. Fue canonizado en 1745.

Véase Giacinto de Belmonte, *Vita di S. Guiseppe di Leonessa* (1896); *Auréole séraphique* (traduc. inglesa) de Léon, vol. I; y una útil obra popular por Fr. Ernest-Marie, *Le protégé des anges* (1936.) Dos cartas del santo se han publicado en la *Miscellanea francescana*, vol. IX.

SAN JUAN DE BRITO, MÁRTIR (1693 P.C.)

SE DICE que cuando Juan de Brito era niño enfermó gravemente. Su madre, una dama de familia noble relacionada con la corte de Lisboa, invocó la ayuda de San Francisco Javier y le consagró a su hijo.

Aunque Juan era el compañero favorito del infante Don Pedro, quien después heredó el trono de Portugal, su única aspiración era vestir el hábito del gran misionero y dedicar su vida a la conversión de los infieles. Nacido en 1647, a la edad de quince años solicitó ser admitido en la Compañía de Jesús, y no obstante la mucha oposición, llevó al cabo su propósito. Fueron tan notables sus adelantos en los estudios, que después de su ordenación, se hizo todo lo posible por retenerlo en Portugal. Triunfó empero la gracia, y en 1673 se hizo a la mar rumbo a Goa con dieciséis de sus compañeros jesuitas. El resto de su vida, excepto un breve intervalo, lo pasó evangelizando el sur de la India entre increíbles penalidades y obstáculos de todo género. Fue nombrado superior de la misión de Madura y viajó a pie con muchos trabajos por toda aquella vasta región, situada a sólo diez grados al norte del ecuador. Los que trabajaron con él, en sus cartas a Europa, hablan en términos ardientes de su valor y devoción, de la extraordinaria austeridad de su vida y de la rica cosecha de conversiones que fueron el fruto de sus labores.

Desde el principio el P. De Brito se dio cuenta de lo acertado del método

previamente adoptado por el misionero P. De Nobili, a saber, vivir una vida idéntica a la de los naturales del país, adoptando su vestido, absteniéndose de alimentos animales, y respetando en todas las cosas lícitas, los prejuicios inextirpables de casta. Según podemos enterarnos por el testimonio irrecusable de Sir W. W. Hunter en su "Imperial Gazetteer of India" (vol. VI, pp. 245-253), "las primitivas misiones jesuíticas son especialmente interesantes. Sus sacerdotes y monjes (sic) se volvieron hindúes perfectos en todas las cuestiones tradicionales: vestido, alimentos, etc., y tuvieron igual éxito entre todas las castas, altas y bajas. En el sur de la península lograron que las antiguas colonias de cristianos del rito sirio llegaran a estar temporalmente* en comunión con Roma y convirtieron grandes secciones de la población nativa de extensos distritos".

Es interesante notar que también añade: "Los Cismas perturbaron a la Iglesia. El rey de Portugal pretendió contra la voluntad del Papa, designar al arzobispo de Goa; y los aventureros holandeses persiguieron por un tiempo a los católicos de la costa". Y refiriéndose a misioneros tales como Juan de Brito, comenta, "todo lo que la caballerosidad y piedad entusiasta podían efectuar, ellos lo llevaron al cabo". Sería imposible aquí describir en detalle todas las dificultades contra las que el P. de Brito tuvo que luchar y lo delicado de su constitución no fue la menor de ellas, pues sufrió fiebres y calenturas intermitentes que lo ponían a las puertas de la muerte. El país estaba políticamente muy inestable, situación que permitía a los fanáticos sacerdotes paganos atizar a cada paso las supersticiones del pueblo. Muchas veces el P. de Brito y sus catequistas indígenas fueron tratados con violencia brutal. En una ocasión, en 1686, después de predicar en el país de Marava, él y un puñado de fieles nativos fueron aprehendidos, por negarse a rendir culto al dios Siva, fueron sujetos por varios días sin interrupción, a torturas agudísimas. Una vez mediante cadenas los colgaron en los árboles y otra vez amarrados de un brazo y un pie a una soga que se deslizaba por una polea, los sumergían repetidas veces en agua estancada, con otras afrentas indescriptibles.

El restablecimiento del P. de Brito se consideró milagroso y no mucho después de haber sido puesto en libertad, fue llamado de vuelta a Lisboa. Todos los esfuerzos que desplegaron el rey Pedro II y el nuncio del Papa para inducirlo a permanecer en Europa, no tuvieron éxito, y suplicó tan vehementemente, alegando que el deber lo llamaba en Madura, que se le concedió lo que deseaba. Regresó a la misión y por tres años llevó la misma vida de heroico sacrificio propio. Luego, por las maquinaciones de una de las mujeres repudiadas por el gobernador de Siruvalli, que se había bautizado y por lo tanto había renunciado a la poligamia, fue detenido y al fin se le dio muerte en Oriur, cerca de Ramuad, por orden del bajá Raghunatha. El P. de Brito envió dos cartas desde su prisión el día antes de su ejecución. "Espero la muerte", le escribe al padre superior, "y la espero con impaciencia. Ha sido siempre el objeto de mis oraciones. La muerte es para mí la recompensa más preciada a mis trabajos y sufrimientos". A la mañana siguiente, el 4 de febrero de 1693, se reunió una gran multitud para ver el fin de este maestro (guru) que había sido sentenciado a morir por haber enseñado cosas sub-

* Decimos "temporalmente" porque en 1653 hubo un cisma grave, pero posteriormente solucionado, hoy los cristianos del rito sirio en Malabar son en su mayoría católicos.

versivas para el culto de los dioses del país. Después de una larga espera, porque el príncipe local estaba nervioso con todo el asunto, San Juan fue decapitado. Cuando la noticia llegó a Lisboa, el rey Pedro ordenó unas honras fúnebres solemnes para dar gracias; y la madre del mártir estuvo presente, vestida no de luto, sino con traje de gala. San Juan de Brito fue canonizado en 1947.

La mejor fuente de información parece ser *La Mission du Maduré* (1850) por Fr. J. Bertrand, en el tercer volumen, en la cual se encontrarán varias cartas del santo. Pero también es valiosa la segunda edición de la vida en portugués por su hermano F. Pereira de Britto, *Historia do Nascimento, Vida e Martyrio do Beato Joao de Britto* (1852), especialmente porque contiene (pp. 273-287) una larga carta escrita por su compañero de trabajo el P. Francisco Laynes, una semana después del martirio. Véase también *San Giovanni de Britto* (1948) de C.A. Moreschini. Cuando el P. Thurston escribió en 1929 dijo, "Parece que no existe en inglés una vida que satisfaga. La escrita por el Padre de Beauvais y traducida en la serie del Oratorio es desgraciadamente inexacta". Desde entonces, en 1947, el P. A. Saultiere ha publicado en Madura, bajo el título de *Red Sand*, una biografía detallada de San Juan de Brito, dedicada originalmente a los jóvenes, pero que también es valiosa para los demás.

BEATO RABAN o RABANO MAURO, Arzobispo de Mainz (856 p.c.)

Rabano, que nació alrededor del año 784, probablemente era nativo de Mainz, aunque algunos escritores creen que fue escocés o irlandés. Sus padres fueron sus primeros maestros, y quienes después lo llevaron al cercano monasterio de Fulda, que San Bonifacio, el apóstol inglés de Alemania, había fundado. La escuela del monasterio que se hallaba bajo la dirección del abate Bangulfo era muy famosa, y Rabano correspondió con mucho ahínco a la instrucción. Pronto llegó a ser la admiración de sus maestros y condiscípulos, por su gran talento y la rapidez con que aprendía. Para completar su educación, fue enviado con su amigo Hatto a estudiar un año en Tours, bajo el cuidado de otro gran inglés, el docto consejero de Carlomagno, Alcuino. En él encontró un maestro ideal y un segundo padre. Alcuino le cobró mucho afecto y le apodó Mauro, por el discípulo favorito de San Benito, y cuando el joven había regresado a Fulda, le escribió cartas conmovedoras llenas de consejos. "Sé un padre para los pobres y necesitados", le dice en una de ellas, "sé humilde al servir a los demás, generoso al otorgar beneficios y así descenderán sobre ti sus bendiciones".

En Fulda había una magnífica biblioteca fundada por Carlomagno y enriquecida por el celo de los amanuenses monásticos. Allí trabajaba Rabano, buscando cómo comprender y poder explicar las Sagradas Escrituras, sobre las que después escribió muchos comentarios. Aprendió el griego, el hebreo, algo del siríaco y estudió a los Padres e hizo una sinopsis de sus enseñanzas. Cerca del año 799, recibió la ordenación de diácono y fue nombrado director de la escuela del monasterio. Por ese mismo tiempo compuso unos versos métricos en forma de acróstico en honor de la Santa Cruz. En 805 los monjes tuvieron una época muy dura, cuando al hambre siguió la peste. Más duro se le hizo a Rabano abandonar sus amados libros para dedicarse a un trabajo manual, para el cual era bastante inepto. El abad Ratgar había dado la orden de que todos los monjes trabajaran en la obra de construcción. Se ordenó de

sacerdote en 815, y bajo el abad Egilius, reanudó su labor escolástica como profesor. Nunca omitió ninguna de las prácticas prescritas por su orden, aunque su labor de enseñar y de escribir le llevaban mucho tiempo. En 822, llegó a ser abad y probablemente fue entonces cuando escribió la mayoría de sus obras, particularmente las sesenta y cuatro homilías que han llegado hasta nosotros y que ilustran su competente método de enseñar, (aunque se quejaba tristemente de que "es un gran impedimento el procurar que estos jóvenes tengan lo suficiente para comer"). Era tan obediente a la Santa Sede, que se le llamaba "el esclavo del Papa", y aborrecía de tal modo la herejía, que para él todo hereje era un anticristo; se basaba en la autoridad de los Padres para todo lo referente a asuntos dogmáticos y desconfiaba de las innovaciones. Su fama se había extendido tanto, que lo encontramos continuamente en sínodos y concilios, en diversas ciudades. Acabó los edificios del monasterio y construyó iglesias y oratorios en todas las fincas que pertenecían a su casa. También construyó uno o dos monasterios. Renunció a su cargo en favor de su amigo Hatto y parece que vivió algún tiempo en el recogimiento, pero en 847 fue nombrado arzobispo de Mainz, a pesar de tener en esas fechas ya setenta y un años de edad.

De ahí en adelante, Rabano vivió quizá más activamente que nunca: jamás suavizó su antigua regla de vida, no bebía vino ni comía carne. Tres meses después de haber sido elegido arzobispo, convocó un sínodo, que dio por resultado una serie de resoluciones referentes en su totalidad a una observancia más estricta de las leyes de la Iglesia. Estas reglamentaciones le ganaron adversarios al nuevo arzobispo; se formó una conspiración contra su vida, pero se descubrió, y él perdonó a los conspiradores magnánimamente. Un segundo sínodo tuvo lugar en 852 y Rabano contribuyó a que se condenaran las doctrinas del monje Gottschalk, que había estado difundiendo doctrinas heréticas sobre la gracia y la predestinación, basado sobre una exageración de las enseñanzas de San Agustín. Rabano conservó sus energías casi hasta el fin. Viajaba por la diócesis con sacerdotes letrados, enseñando, predicando y reconciliando a los pecadores con Dios. Cierta vez que hubo hambre en la región, alimentó diariamente a 300 pobres en su casa y continuó en sus trabajos y sus escritos hasta que su salud se quebrantó por completo. Poco antes de su muerte, en 856, tuvo que guardar cama. El beato Rabano fue uno de los hombres más ilustres de su época.

Se ha reimpreso muchas veces una vida de Rabano escrita por su discípulo Rodolfo (e.g. en Migne, PL., vol. CVII; en *Acta Sanctorum* febrero, vol. I; y en MGH., *Scriptores*, vol. XV, pp. 329-341). Se puede encontrar un bosquejo aceptable de su vida en la edición Knofler de su *De institutione clericorum* (1900), pp. IX-XVI; cf. Huack, *Kirchengeschichte Deutschlands*, vol. II, pp. 620 ss., y *Sitzungsverichte* de la Academia de Berlín, 1898.

BEATO TOMAS PLUMTREE, MÁRTIR (1570 P.C.)

PARECE QUE Tomás nació en Lincolnshire y que fue alumno del Colegio Corpus Christi de Oxford, donde se graduó en 1546. Llegó a ser rector de Stubton, pero renunció a su puesto cuando cambió la religión oficial bajo el reinado de la reina Isabel. Su siguiente cargo, como maestro de una escuela en Lincoln, también tuvo que abandonarlo debido a su religión. Llegó a ser capellán de los insurgentes, en el levantamiento de los Dos Condes, y en una

antigua balada se le describe como "El Predicador de los Rebeldes". Celebró misa en la catedral de Durham el 4 de diciembre de 1569. Cuando se vio que era imposible sostener el levantamiento y todo el norte estaba a merced de las tropas de la reina, Plumtree trató de escapar con otros, pero fue capturado y enviado de vuelta al castillo de Durham.

Le fue señalado un castigo y después fue condenado a muerte. Su horca fue erigida en el mercado y al llegar allí, le ofrecieron su vida a cambio de la apostasía, pero respondió que "no tenía deseos de continuar viviendo en este mundo, a cambio de morir para Dios". Murió valerosamente y fue sepultado el 14 de enero, diez días después de su muerte. Su fiesta se celebra hoy en la diócesis de Hexham y Newcastle.

Véase, *Camm*, LEM., vol. II, pp. 111-186.

5: SANTA AGUEDA, Virgen y Mártir (fecha desconocida)

LAS CIUDADES de Palermo y Catania en Sicilia se disputan el honor de haber sido el lugar de nacimiento de Santa Agueda, pero el único dato cierto al que se ha llegado es que recibió la corona del martirio en Catania. Sus "actas", que existen en latín y griego con muchas variantes y que no tienen valor histórico, declaran que perteneció a una familia rica e ilustre, y que habiendo sido consagrada a Dios desde sus primeros años, triunfó de los muchos asaltos a su pureza. Quinciano, un dignatario consular, pensó que podría llevar al cabo sus perversas intenciones hacia Agueda, por medio del edicto del emperador contra los cristianos. Con ese objeto, la hizo comparecer en su presencia. Viéndose en manos de sus perseguidores, oró de esta manera: "Jesucristo, Señor de todas las cosas, tú ves mi corazón, tú conoces mis deseos. Sé tú dueño absoluto de todo lo que soy. Soy tu oveja: hazme digna de vencer al diablo". Quinciano ordenó que se la entregaran a Aphrodisia, una mujer perversa que con sus seis hijas tenía una casa de mala fama. En este lugar espantoso sufrió Agueda asaltos y asechanzas contra su honra, más terribles para ella que el tormento o la muerte, pero se mantuvo firme. Después de un mes, Quinciano trató de asustarla con amenazas, pero ella permaneció inconmovible y declaró que ser sierva de Jesucristo era estar en verdad libre. El juez disgustado con sus firmes respuestas, mandó que fuera azotada y llevada a la prisión. Al día siguiente, le hicieron otro interrogatorio y ella aseguró que Jesucristo era su luz y su salvación. Entonces Quinciano ordenó que la estiraran en el potro, tormento que generalmente iba acompañado de azotes, desgarramiento de los costados con ganchos de fierro, y aplicación de antorchas ardiendo. El gobernador, enfurecido al ver que sufría todo esto con alegría, ordenó que le oprimieran brutalmente los pechos y después se los cortaran. Luego mandó que la enviaran de nuevo a la prisión, ordenando que no le dieran ni alimentos, ni atención médica. Pero Dios la confortó; se le apareció San Pedro en una visión que llenó su calabozo de una luz celestial, la consoló y la curó. Cuatro días después, Quinciano hizo que la rodaran desnuda sobre brasas ardiendo, mezcladas con cortantes fragmentos de vasijas. Al ser conducida de vuelta a la prisión, exclamó "Señor, Creador

mío, desde la cuna me has protegido siempre; me has apartado del amor al mundo y me has dado paciencia para sufrir. Recibe ahora mi alma". Después de decir estas palabras, expiró.

Hay buen testimonio del primitivo culto a Santa Agueda. Su nombre aparece en el calendario de Cartago (*c.* 530), y en el *Hieronymianum*, y sus alabanzas las cantó Venancio Fortunato (Carmina, VIII, 4), pero no podemos afirmar nada referente a su historia. Está representada en la procesión de los santos en "Sant' Apollinare Nuovo" en Ravena. En el arte la han representado sosteniendo un plato con sus pechos que le cortaron. En la Edad Media éstos se confundieron a veces con panes, y de ahí parece que vino la costumbre de bendecir pan en la fiseta de Santa Agueda, el cual se lleva al altar en un plato. Como en Sicilia tenía la fama de poder detener las erupciones del Monte Etna, se la invoca contra cualquier brote de fuego. Ya sea porque cuando ocurre algún incendio se da aviso con un toque de campana, o porque el metal fundido para moldearla se asemeja a una corriente de lava, los gremios de fundidores de campanas tomaron a Santa Agueda por su patrona. En Roma hay dos iglesias del siglo sexto que están dedicadas en su honor, y se la nombra en el canon de la misa.

Véase el *Acta Sanctorum*, febrero, vol. I, donde hay, "inter alia", una versión latina de un elogio atribuido a San Metodio de Constantinopla (d. 847), sobre el cual véase *Analecta Bollandiana*, vol. LXVIII (1950) pp. 58 ss. Véase también a J.P. Kirsch en la *Catholic Encyclopedia*, vol. I, pp. 203-204; y para la santa en el arte, Künstle, *Ikonographie der Heiligen* (1926), pp. 37-39. Una obra sobre Santa Agueda en dos vols., por B.G. Consoli, apareció en 1951.

SAN AVITO, OBISPO DE VIENNE (*c.* 525 P.C.)

SAN ALCIMUS Ecdicius Avitus nació en Auvernia. Su padre Isychius fue elegido obispo de Vienne a la muerte de San Mamerto y su sucesor fue Avito en 490. Enodio en su Vida de San Epifanio de Pavía, dice de Avito que era un arsenal de sabiduría, y añade que cuando los borgoñones habían cruzado los Alpes y se habían llevado gran cantidad de cautivos de Liguria, San Avito rescató a muchos. El rey de Francia, Clodoveo, aunque todavía era pagano y Gondebaldo, rey de Borgoña, no obstante ser arriano, lo respetaban mucho. Después de la muerte de Gondebaldo en 516, su hijo y sucesor, Sigismundo, fue atraído a la fe cristiana por San Avito. En 517, el santo presidió un famoso concilio en Epaon. Cuando el rey Sigismundo había manchado sus manos con la sangre de su hijo Sigerico, por un cargo falso hecho contra él por su madrastra, San Avito le inspiró tal horror por su crimen, que lo convirtió y después mandó reconstruir la abadía de Agaunum o San Mauricio (cf. mayo 1°). La mayoría de las obras de San Avito se han perdido, pero tenemos cinco poemas que forman una serie a la que él mismo da el título de "De spiritualis historiae gestis", y otro sobre la virginidad, dedicado a su hermana Fuscina y a otras monjas. Hay setenta y ocho cartas (incluyendo una bien conocida a Clodoveo en su bautismo), dos homilías completas y fragmentos de otras veinticinco. Murió alrededor de 525. Enodio y otros escritores de la época ensalzan su saber, su caridad para los pobres y sus muchas otras virtudes; San Avito fue sin embargo más un literato que un teólogo.

Véase *Fastes Episcopaux*, vol. I, pp. 153-155 y 185-187 por Duchesne; DTC., vol. I,

cc. 2639-2644, y especialmente *Oeuvres completes de S. Avit* (1890) de U. Chevalier. Hay una corta vida en latín publicada en el *Bollandist Catalogue of Brusels Hagiographal* MSS., vol. I, pp. 57-63. Cf. también *L'Eglise et les dernieres Romains* (1948) de G. Bardy.

SANTOS INDRACTO Y DOMINICA, MÁRTIRES (*c.* ¿710? P.C.)

INDRACTO FUE un irlandés —algunos dicen que hijo de un rey— quien vino a Inglaterra de camino a Roma y a su regreso fue muerto a traición por los sajones, junto con su hermana Dominica o Drusa y siete o nueve compañeros. Sus cuerpos, reclamados por la abadía de Glastonbury, eran tenidos en gran veneración. La tradición enlaza sus nombres con varios sitios de Cornwall y Somerset, pero no puede confiarse mucho en ninguna de las historias que se cuentan de ellos. Una leyenda pintoresca relata que sus asesinos escondieron sus cuerpos, pero el lugar donde estaban sepultados fue señalado en una noche obscura por un rayo de luz que vio Ina, rey de los sajones del oeste, cuando vagaba fuera de su alojamiento, calenturiento y sin poder dormir.

Véase el *Acta Sanctorum*, febrero, vol. I, y LBS., vol. III, pp. 318-329.

SANTA ADELAIDA DE BELLICH, VIRGEN (1015 P.C.)

ERA HIJA de Megengose, conde de Guelder, y gobernaba el monasterio de Bellich sobre el Rhin, cerca de Bona, pero murió en 1015, siendo abadesa de Sta. María en Colonia, conventos que habían sido fundados por su padre y que estaban bajo su gobierno al tiempo de su muerte. Su fiesta se observa en Bellich, donde fundó un monasterio bajo la regla benedictina que posteriormente se convirtió en una iglesia de canonesas. Hacía hincapié en que sus monjas supieran latín para que pudieran seguir los oficios del coro apropiadamente. Demostró gran prudencia en otros asuntos también, especialmente en el modo en que proveyó al sustento de los pobres durante una fuerte época de hambre. San Heriberto, arzobispo de Colonia, la respetaba muchísimo y consultaba con ella todas sus dificultades.

Véase *Acta Sanctorum*, febrero, vol. I, pp. 721-727, donde se encuentra su vida, escrita por Bertrada, una monja contemporánea suya cf. DHG., vol. I, c. 517.

LOS MARTIRES DE JAPON, I (1597 P.C.)

SAN FRANCISCO Xavier sembró el cristianismo en Japón, adonde llegó en 1549. El mismo convirtió y bautizó a considerable número de paganos. Posteriormente provincias enteras recibieron la fe. Se dice que en 1587 había en Japón más de doscientos mil cristianos. En 1588, el altivo emperador Cambacundono, habiéndose arrogado los honores de una deidad, ordenó que todos los misioneros deberían abandonar sus dominios en un término de seis meses. Algunos obedecieron, pero muchos permanecieron disfrazados. En 1596, el emperador Tagcosama,* uno de los hombres más orgullosos y llenos de vicios, se enfureció

* En el libro de Steichen (véase la bibliografía a continuación) se pueden rectificar los títulos japoneses que hemos dejado en la narración anterior como estaban originalmente en la página de Alban Butler. Esto proporciona una interesante demostración de los errores en que el cronista más concienzudo puede caer, cuando está tratando asuntos que debido a su antigüedad se entienden a medias. El potentado "Cambacundono", tal como

por la jactancia del capitán de un barco español que dijo que el propósito de los misioneros era facilitar la conquista de Japón a los portugueses o españoles, y tres jesuitas y seis franciscanos fueron crucificados en una colina cerca de Nagasaki, en 1597.

Los franciscanos eran SAN PEDRO BAUTISTA, comisario de los frailes en Japón, SAN MARTÍN DE AGUIRRE, SAN FRANCISCO BLANCO, SAN FRANCISCO DE SAN MIGUEL (un hermano lego), todos españoles; SAN FELIPE DE LAS CASAS, nacido en la Ciudad de México, que aún no se ordenaba, y SAN GONZALO GARCÍA. La nacionalidad del último nombrado, también hermano lego, ha sido tema de discusión. Nació en Bassein, cerca de Bombay, se cree que de padres portugueses; pero otros declaran que sus padres eran hindúes conversos que tomaron nombres portugueses. Si esto es así, entonces él es el único nativo de la India que ha sido oficialmente canonizado, hasta ahora.

De los jesuitas, uno era SAN PABLO MIKI, un japonés de noble alcurnia y eminente predicador; los otros dos, SAN JUAN GOTO Y SANTIAGO KISAI, habían sido admitidos a la orden como hermanos coadjutores, poco antes de su martirio. Los diecisiete mártires restantes eran también japoneses; varios de ellos eran catequistas e intérpretes, y todos eran terciarios franciscanos. Incluían a un soldado, SAN CAYO FRANCISCO; a un médico, SAN FRANCISCO DE MIAKO; a un natural de Corea, SAN LEON KARASUMA, y a tres muchachos de unos trece años que ayudaban la misa a los frailes, SANTOS LUIS IBARKI, ANTONIO DEYNAN y TOMÁS KASAKI, cuyo padre también fue martirizado.

Después de haberles cortado parte de la oreja izquierda, con las mejillas manchadas de sangre, veinticuatro de los mártires fueron llevados a través de varias poblaciones para aterrorizar a los demás. Al llegar al sitio de la ejecución cerca de Nagasaki, se les permitió confesarse con los dos jesuitas. Después los sujetaron a las cruces con cuerdas y cadenas en los brazos y piernas; con una argolla de hierro alrededor de sus gargantas, fueron levantados en alto, y se dejó caer el pie de cada cruz dentro de un agujero excavado en el suelo. Las cruces se pusieron en una fila, a un metro poco más o menos de distancia entre sí. Junto a cada mártir había un verdugo presto a atravesarle el costado con una lanza, de acuerdo con el método de crucifixión japonés.

Tan pronto como todas las cruces estuvieron plantadas, los verdugos elevaron sus lanzas a una señal dada, y mataron a los mártires casi en el mismo instante. Sus paisanos cristianos conservaron como un tesoro, su sangre y sus vestidos a los cuales se les atribuyen muchos milagros. Estos veintiséis testigos de Cristo fueron canonizados en 1862.

El heroísmo de los niños nos llena siempre de admiración, pero en este caso

lo hemos consignado arriba y aquél a quien se hace referencia como "Tagcosama", en realidad son una misma persona. La declaración de que era "Emperador" de Japón es puramente un concepto erróneo. En las historias modernas, escritas por hombres que han tenido la oportunidad de estudiar las crónicas japonesas, este personaje, que en la práctica gobernaba el país de 1583 a 1598, lleva el nombre de Hideyoshi. Todo lo que llevó al cabo durante sus años de poder se presume que lo hizo por orden del emperador. Tenía entonces el oficio que corresponde al de "maestro de palacio" de los últimos soberanos merovingios. En 1585 Hideyoshi recibió del emperador el título de Kwampaku, y en 1592, abdicó esta dignidad y asumió la de Taiko. De ahí que en las cartas de los misioneros en el primer período lo nombren "Cambacundono", y posteriormente "Tago-sama". Su verdadero poder correspondía al del Shogun, los portugueses escribían la palabra Xoguno, aunque no parece que Hideyoshi haya sido así designado en su vida.

hay un elemento más digno de ella. Conviene recordar, que era costumbre practicada en el Japón que cuando el que hacía cabeza en la familia era acusado, el castigo recaía sobre todos los miembros de ella. Un historiador moderno de Japón, el capitán Brinkley, dice que el "castigo de este género se contaba como una de las armas más efectivas del administrador". Añade que una crueldad extraordinaria era parte de las tradiciones de la nación: "Cuando se le ordenó a Hidetsugu, el hijo adoptivo de Taiko, que se suicidara, a consecuencia de haber caído bajo sospecha de traición, su esposa, su concubina y todos sus hijos fueron ejecutados sin piedad por orden de Taiko. El jefe Tokugawa, Iyeyasu, mostró igual impiedad. Después de que había llevado al cabo la conquista del partido de Osaka, dio muerte a los parientes y partidarios sobrevivientes del líder".

Para otros mártires del Japón, véase lo incluido en el 1o. de junio y el 10 de septiembre.

Véase *Acta Sanctorum*, febrero, vol. I, pp. 729-770 traducción al inglés de Léon, *Auréole Séraphique*, vol. I, pp. 169-223; *The Cross in Japan* (1904) de C.M. Caddell; *The Christian Daimyos* (1903) de M. Steichen; una relación de San Gonzalo García por el Padre P. A. Fernández, se reimprimió en Bombay en 1947. Para misiones japonesas en general, véase bibliografía para el segundo grupo de mártires, en 1o. de junio, y un artículo por el P. Thurston en *The Month* de marzo 1905.

SAN FELIPE DE JESUS, MÁRTIR (1597 P.C.)

Pertenece al siglo de los primeros santos verdaderamente internacionales. Nació en el momento en que los misioneros, al lado siempre de los descubridores, extendían la fe por toda la tierra y la Iglesia llegaba a ser completamente universal. Los puntos geográficos que tienen relación con su vida se extienden a lo largo de la mitad del globo.

Sus padres llegaron a la Nueva España —se habían casado poco antes en Sevilla— y a los pocos meses de su arribo, el 1o. de mayo de 1572, nació Felipe en la ciudad de México. A los veintiún años, encontrándose en las Islas Filipinas, a donde había ido en busca de aventura, ingresó en la Orden Franciscana, y cuatro años después, el 5 de febrero de 1597, murió martirizado en Japón.

Felipe de las Casas Martínez era el mayor de una familia de once hermanos, de los que otros dos siguieron la vida religiosa. Por su padre estaba emparentado con otro notable monje y evangelizador de América, Fray Bartolomé de las Casas. Felipe estudió gramática en el colegio de San Pedro y San Pablo de la ciudad de México, dirigido por los jesuitas; y mostró interés por la artesanía de la plata. Por eso, cuando Felipe fue beatificado el gremio de los plateros lo nombró su patrón.

A los veinte años Felipe pasó a Manila, la ciudad que era como la avanzada española en la conquista del imperio de las especias. Los hijos de los mercaderes ricos, cuando emprendían un viaje tan largo, en aquellos tiempos, no lo hacían generalmente por motivos piadosos. Ni tampoco predominaba lo espiritual en el ambiente de aquella ciudad conquistada apenas en 1571. Sin embargo, en aquel mercado cosmopolita que vivía sobre todo del comercio con China, entre las transacciones agitadas y los planes de conquistas militares, Felipe de Las Casas sintió la vocación por la vida religiosa.

El mes en que cumplió veintiún años, ingresó a la Orden Franciscana en el convento de Santa María de los Angeles de Manila. Al año siguiente: 22 de

mayo de 1594, Fray Felipe de Jesús hizo su profesión religiosa. Cuando tres años después se acercaba el tiempo de la ordenación, el 12 de julio de 1596, partió en el galeón San Felipe rumbo a México, pues en las Filipinas no había un obispo que lo pudiera ordenar. El viaje de las Filipinas a Nueva España era una aventura peligrosa que se podía prolongar hasta siete u ocho meses. En aquella ocasión la aventura estuvo a punto de ser desastrosa. Durante un mes (18 de septiembre a 18 de octubre) la nave estuvo a la deriva, arrojada por las tempestades de un lado a otro hasta que, destrozada y sin gobierno, fue a dar a la costa del Japón.

Los viajeros llegaban a un Japón en que se habían despertado sospechas respecto de las intenciones de los misioneros. Siguieron unos meses de incertidumbre, durante los cuales los náufragos ignoraban cuál sería su suerte. Fray Felipe de Jesús, después de recorrer los caminos de aquel país desconocido, se refugió en Meaco, donde los franciscanos tenían escuela y hospital. El 30 de diciembre todos los frailes fueron hechos prisioneros junto con un grupo de cristianos japoneses. Comenzaba el martirio. El día 3 de enero les cortaron a todos la oreja izquierda. Luego, emprendieron una penosa marcha que se prolongó durante un mes, en pleno invierno, a través del Japón, hasta Nagasaki.

Ahí fue, el 5 de febrero. Veintiséis cristianos fueron colgados de otras tantas cruces sobre una colina en las afueras de Nagasaki. Veintiséis mártires fueron fijados a las maderas mediante argollas de hierro: en el cuello, en los brazos y las piernas, para ser atravesados por las lanzas. El primero fue Felipe de Jesús. Las argollas que debían sostenerle las piernas estaban mal sujetas. El cuerpo resbaló, y quedó pendiente de la argolla que sujetaba el cuello, la que comenzó a ahogarlo. Dos lanzadas en el pecho le abrieron el pórtico de la Gloria. Había tenido que recorrer medio mundo para entrar por la puerta angosta.

Fue beatificado, junto con sus compañeros, el 14 de septiembre de 1627 y canonizado el 8 de julio de 1862.

P. M. Cuevas, S.J., *Vida y Martirio de S. Felipe de Jesús,* México 1957.

6: SAN TITO, Obispo de Creta (Siglo I)

SAN TITO nació gentil y parece que fue convertido por San Pablo, quien lo llama su hijo en Cristo. Su virtud y méritos le ganaron el afecto del apóstol, pues encontramos que lo empleaba como secretario. Pablo lo trata como a su hermano y socio en sus labores, ensalza su celo por sus hermanos y expresa el consuelo que en él encontraba. En una ocasión declaró que no estaba tranquilo, porque no había encontrado a Tito en Troas. Fueron juntos al concilio celebrado en Jerusalén para debatir la cuestión de los ritos mosaicos; y aunque el apóstol había consentido en la circuncisión de Timoteo para que su ministerio fuera aceptable entre los judíos, no quiso permitir lo mismo con Tito, por el temor de que así se justificara el error de ciertos hermanos, que sostenían que las ceremonias prescritas en la ley mosaica no quedaban abolidas por la ley de la gracia. San Pablo envió a Tito de Efeso a Corinto para poner fin a varias ocasiones de escándalo, y también para apaciguar las discordias en aquella Iglesia. Lo recibieron allí con gran respeto, y quedó satisfecho por lo que se refería a la penitencia y sumisión de los transgresores; pero no consiguieron que aceptara de ellos ningún regalo, ni siquiera su propio sustento. Amaba en

singular forma a esa Iglesia; ahí le suplicaron intercediera con San Pablo para obtener el perdón del hombre incestuoso. Por segunda vez el apóstol lo envió a Corinto a reunir limosnas para los cristianos pobres de Jerusalén. Todos estos detalles los sabemos por las dos cartas de San Pablo a los corintios.

San Pablo se detuvo algún tiempo en la isla de Creta para predicar la fe de Jesucristo; pero como las necesidades de otras Iglesias requerían su presencia en otras partes, consagró obispo a Tito para aquella isla, y lo dejó para que terminara el trabajo que él había comenzado; "podemos juzgar por la importancia del cargo, la gran estima que San Pablo tenía por su discípulo". Pero más tarde, a su regreso a Europa, el apóstol le ordenó a Tito que lo encontrara en Nicopolis de Epiro, y que se pusiera en camino tan pronto como Tiquio o Artemas, a quien había enviado para ocupar su lugar, llegara a Creta. San Pablo envió estas instrucciones a Tito en una epístola canónica dirigida a él. Le mandaba que designara presbíteros para todas las ciudades de la isla, resumía las principales cualidades de un obispo, y le daba consejos respecto a su propia conducta para con su rebaño, exhortándole a que mantuviese una estricta disciplina entre los cretenses, de los que Pablo tenía una pobre opinión. Esta carta contiene la regla para la vida episcopal, y podemos considerarla fielmente copiada en la vida de este discípulo. Después de una visita a Dalmacia, Tito retornó a Creta, y todo lo más que podemos afirmar de él es que terminó su vida laboriosa y santa con una muerte tranquila, a edad muy avanzada. En Creta siempre se ha considerado a San Tito como el primer arzobispo de la sede, pero solamente hasta la época del Papa Pío IX fue cuando se le señaló en la Iglesia occidental una fiesta especial en su honor el día 6 de febrero.

Prácticamente no sabemos nada acerca de San Tito, fuera de su relación con San Pablo. Detalles como los que se encuentran en las Actas de Santa Tecla que dicen que Tito nació en Iconio, o en la de San Crisóstomo en que parece que nació en Corinto, no son dignos de confianza. Para una cronología y una discusión más completa, el lector debe consultar libros especialmente dedicados a San Pablo, tales como los de Prat, Le Camus o Fouard. Véase también *Dictionnaire de la Bible*, vol. v, c. 2247 de Vigouroux. Ciertas *Actas de Tito* que han sido escritas por "Zenas el abogado", que se menciona en la Epístola a Tito (III, 13), sólo pueden considerarse como literatura novelesca; sin embargo, parece que estuvieron algún tiempo en boga. De la misma fuente proviene el relato de Tito que se menciona en el *Synaxarium* de Constantinopla con fecha 25 de agosto, día de su fiesta en la Iglesia bizantina (véase la edición de Delehaye en el *Acta Sanctorum*, p. 921). Aquí se representa a Tito como de descendencia real y nacido en Creta, de donde, a la edad de veinte años, fue llamado a Judea por una voz del cielo, un año antes de la Ascensión de Nuestro Señor. También se dice que vivió en Creta hasta que fue nonagenario. Véase *Die apokr. Apostelgesch*, de R. Lipsius, vol. II, 2. pp. 401-406.

SANTA DOROTEA, VIRGEN Y MÁRTIR (*c.* ¿303? P.C.)

SAN ALDEM, citando actas que en su mayor parte son apócrifas, dice que Fabricio, gobernador de Cesarea en Capadocia, infligió a Santa Dorotea los tormentos más crueles, porque se negó a casarse o adorar a los ídolos y que la santa convirtió a dos mujeres apóstatas enviadas para seducirla. También añade la bien conocida historia de la que se deriva la interpretación artística de la santa con manzanas y rosas. Relata que cuando era conducida a la ejecución, un joven abogado llamado Teófilo se burló de ella y le pidió que le enviara fruta del jardín adonde iba. Ella prometió enviársela. Se arrodilló y rezó en el lugar de la ejecución, y de repente apareció un ángel con una canasta que contenía

tres manzanas y tres rosas que envió a Teófilo, diciéndole que lo esperaría en el jardín de donde venían. Cuando Teófilo probó la fruta, se hizo cristiano y posteriormente dio su vida como mártir. Santa Dorotea sufrió muy probablemente bajo el reinado de Diocleciano, y se cree que su cuerpo reposa en la iglesia de Roma que lleva su nombre. Rufino menciona a otra santa virgen a quien llama Dorotea, una rica dama de Alejandría que sufrió tormentos y destierro voluntario por defender su fe y honra contra la lujuria del emperador Maximino, pero posiblemente esta historia se debe a una confusión con la de la célebre Santa Catalina de Alejandría.

Las frutas y flores de Santa Dorotea pueden muy bien recordarnos los beneficios que recibimos por los méritos e intercesión de los santos. Desde el martirio de San Esteban en adelante, una y otra vez encontramos a los mártires rezando por sus perseguidores y verdugos, y una y otra vez encontramos que estos se han convertido.

Véase "Acta Sanctorum", febrero, vol. I; CMH., p. 79; y BHL., nn. 2321-2325.

SAN AMANDO, Obispo (*c.* 679 p.c.)

Este gran misionero nació en el bajo Poitou, alrededor del año 584. A la edad de veinte años se retiró a un pequeño monasterio en la Isla de Yeu, cerca de la de Ré. No había estado allí más de un año, cuando su padre lo descubrió y trató de persuadirlo para que regresara a su casa. Cuando lo amenazó con desheredarlo, el santo alegremente respondió, "Cristo es mi única herencia." Amando fue después a Tours, donde se ordenó, y luego a Bourges, donde vivió quince años bajo la dirección del obispo San Austregisilo, en una celda cerca de la catedral. Después de una peregrinación a Roma, retornó a Francia y fue consagrado obispo sin sede fija en 629, y recibió el encargo de enseñar la fe a los paganos. Predicó el Evangelio en Flandes y en el norte de Francia, e hizo una breve visita a los eslavos de Carinthia y tal vez en Gascuña. Reprendió al rey Dagoberto I por sus crímenes y por ese motivo fue desterrado. Pero Dagoberto pronto lo llamó otra vez, y le pidió que bautizara a su hijo recién nacido, Sigeberto, que después, fue rey y santo. La gente de Gante era tan ferozmente hostil, que ningún predicador se aventuraba a ir entre ellos. Esto movió a Amando a tomar aquella misión, durante la cual fue golpeado varias veces y arrojado al río. No obstante, su labor perseverante, que por mucho timpo pareció estéril, al fin logró que la gente acudiera en multitudes a recibir de sus manos el bautismo.

Además de ser un gran misionero, San Amando fue el padre del monasticismo en la antigua Bélgica; se dice que fue fundador de una veintena de monasterios de la región. De hecho, fundó casas en Elnone (Saint-Amand-les-Eaux), cerca de Tournai, que se convirtió en su centro de operaciones; fundó también San Pedro en Mont-Blandin en Gante, pero probablemente no fue el fundador de St. Bravo que también está allí. Fundó además el de Nivelles, para monjas con la Beata Ida y Santa Gertrudis; Brisis-au-Bois, y probablemente tres más, incluyendo Marchiennes. Se dice, aunque no con certeza, que en 646 fue elegido obispo de Maestricht, pero que tres años más tarde presentó su renuncia a dicha sede en favor de San Remaclus y volvió a sus misiones, que siempre tuvieron su predilección. Continuó sus labores entre los paganos hasta

avanzada edad, cuando, quebrantado por las enfermedades, se retiró a Elnone. Allí estuvo como abad por cuatro años, siempre preparándose para la muerte que le llegó al fin poco después de 676. Ningún historiador serio, pone en duda que San Amando haya sido una de las figuras más imponentes de la época merovingia; no era desconocido en Inglaterra, y la capilla de la familia Eyston de East Hendred anterior a la Reforma, en Berkshire, está dedicada en su honor.

El Prof. Hauck en su *Kirchengeschichte Deutschlands* (vol. I, c. 5) da un testimonio cordial de la impresión que el santo hizo en su generación. Al mismo tiempo no tenemos material que sea muy de fiar sobre los detalles de su vida. B. Krusch en MGH., *Scriptores Merov.*, vol. V. pp. 395-485, publicó "inter alia" la *Vita Amandi*, que muchos atribuyen (e.g. L. Van der Essen, *Saints mérovingiens*, pp. 336-349) a su discípulo Baudemundo, pero Krusch rechaza esta atribución y mantiene que la "vita" no puede haber sido escrita antes de la segunda mitad del siglo octavo; sin embargo, el P. Moreau la coloca al principio de dicho siglo a lo más (cf. la *Analecta Bollandiana*, vol. LXVII (1949), pp. 447-454). El testamento de San Amando es sin duda un documento auténtico; pero no por lo que toca al pasaje del mismo en que expresa su voluntad de que sus restos permanezcan en Elnone y lanza una maldición al que los mueva de allí; cf. lo que dice Mons. Lesne en DHG., vol. II, c. 944. Véase el excelente libro por E. de Moreau, *St. Amand.* (1927).

SAN GUARINO, CARDENAL-OBISPO DE PALESTRINA (1159 P.C.)

ESTE SANTO nació en Bolonia. Desde niño se dio al ayuno y a la oración y no le gustaban las diversiones y ocupaciones de los adolescentes. Contra los deseos de su padre, que deseaba un heredero, decidió hacerse sacerdote y fue debidamente ordenado. Lamentando la falta de austeridad de sus amigos, se fue alejando cada vez más de su compañía, y pasaba largas horas en oración, en lugares solitarios. Su piedad lo indujo a unirse a los canónigos de San Agustín de la Santa Cruz en Mortaria, y allí progresó aún más en santidad. Sus superiores lo trasladaron a la iglesia de San Frigdiano, donde lo recibieron con veneración, debido a su santidad. Varios años después, regresó a Mortaria donde estuvo algún tiempo. Por aquel entonces quedó vacante una sede episcopal local, y a causa de la gran fama de Guarino, lo eligieron para ella. Estaba tan convencido de su indignidad, que escapó escalando una ventana y se escondió hasta que eligieron a otro; entonces tranquilamente volvió a llevar la vida ordinaria de un monje.

Sin embargo, su fama alcanzó a llegar hasta el Papa Lucio II, que también era natural de Bolonia, y envió a buscar a Guarino, el cual se disculpó, alegando que le faltaba la experiencia y las virtudes requeridas, y que después de vivir cuarenta años en un monasterio temía volver al mundo. El Papa insistió, y en vista de ello, fue a Roma donde lo consagraron para la sede de Praeneste (Palestrina), la cual tenía anexa la dignidad de cardenal. El Papa le dio valiosos regalos y equipo para emplearlos en el desempeño de su nuevo cargo, pero él lo vendió todo y dio a los pobres el producto, con lo que la ciudad entera quedó asombrada y edificada. Guarino estableció su residencia cerca de su iglesia titular, donde pasaba mucho de su tiempo en oración. Al fin, cuando ya era muy anciano, y sintió que la muerte que tanto tiempo había deseado se aproximaba, convocó a su clero a su alrededor y le dirigió su postrera exhortación espiritual. Toda la noche, mientras el santo anciano yacía en su cama exta-

siado en contemplación, los circunstantes notaron que afuera el cielo estaba lleno de una luz tan vívida, que parecía de día. Luego, en las primeras horas de la mañana, murió tranquilamente.

Véase el *Acta Sanctorum*, febrero, vol. I; BHL., nn. 8815-8816.

SANTA HILDEGUNDA, Viuda (1183 p.c.)

Los padres de Santa Hildegunda fueron el conde Herman de Litberg y la condesa Hedwig, quien, al perder a su marido, se retiró con su tercera hija Gertrudis al convento premonstratense de Dunwal. Hidelgunda siguió el ejemplo de su madre cuando su esposo, el conde Lotario y uno de sus hijos murieron y el otro, Herman, entró en un monasterio. En 1178, después de ir en peregrinación a Roma, entregó todas sus posesiones a Cristo, y con el consentimiento y ayuda de su hijo Herman comenzó a convertir en convento su castillo de Mehre, situado hacia el norte de Colonia. Se demoró algo en llevar al cabo su propósito, porque su hermana Isabel, retractándose del consentimiento que había dado a la primera división de la herencia, reclamó un nuevo convenio. Después que esto se hubo arreglado, Hidelgunda y su hija Hedwig (llamada beata) adoptaron el hábito premostratense e ingresaron a la nueva fundación, de la cual la santa llegó a ser priora. Como el número de religiosas aumentó rápidamente, cambió el convento a un sitio más conveniente, donde creció y floreció, lleno de santas mujeres que mantuvieron un manantial ininterrumpido de oración y alabanzas: la casa, según dicen sus constituciones, se había convertido de fortaleza para ejercicios militares, en colegio para vírgenes santas. Antiguamente pendía en la iglesia del convento un retrato de Herman, hijo de Hidelgunda, también llamado beato, en el que aparece de pie al lado derecho de su madre.

Véase *Acta Sanctorum*, febrero, vol. I; de Dunbar, *Dictionary of Saintly Women*, vol. I.

BEATO RAIMUNDO DE FITERO, Abad (1163 p.c.)

Era a fines de 1157, o principios de 1158, en los días en que el rey Sancho de Castilla residía en su capital, Toledo, cuando llegaron alarmantes rumores de un inminente ataque de los moros a la avanzada de Calatrava. Los templarios que ocupaban la fortaleza, suplicaron al rey que asumiera el gobierno del castillo y de la población, pues eran demasiado pocos hombres para la defensa y no habían podido obtener ayuda suficiente. Sucedió que precisamente entonces se hallaba en Toledo cierto Raimundo, abad de Fitero, cisterciense, y con él un monje llamado Diego Velázquez, que anteriormente había sido caballero muy diestro en las armas y que se había educado con el rey Sancho. Velázquez, instó al abad para que consiguiera que el rey le diera la defensa de Calatrava, y Raimundo, aunque se rehusó al principio, al fin le pidió a Sancho que le permitiera encargarse de aquel puesto de avanzada. Los ministros opinaron que aquello sería una locura, pero el rey entregó el pueblo y el castillo al abad y su abadía. Raimundo fue luego a ver al arzobispo de Toledo, a quien prometió prestarle toda la ayuda que pudiera. Tratando la causa como una cruzada, proclamó una indulgencia plenaria, que podría ganarse por todos los que ayudaran a Calatrava. La ciudad quedó tan conmovida, que los que no pudieron

ir en persona enviaron hombres, caballos o dinero, y Raimundo marchó hacia Calatrava a la cabeza de un ejército que según un testigo ocular, ascendía a 20,000 personas. Finalmente los musulmanes no atacaron Calatrava, pero Raimundo con los mejores de aquellos reclutas, formó una nueva orden militar bajo regla religiosa que tomó la ofensiva y combatió con éxito contra los infieles. De este modo, el Beato Raimundo fundó la orden militar de los Caballeros de Calatrava, que llevó a cabo grandes hazañas en su tiempo. Su culto se aprobó en España en 1719.

Véase *Acta Sanctorum* en febrero 1; *Catholic Encyclopedia,* s.v. Calatrava en Florez, *España Sagrada,* vol. I, pp. 37-48.

BEATO ANGELO DE FURCIO (1327 P.C.)

ANGELO ERA natural de Furcio, en los Abruzos. Sus padres, muchos años sin hijos, hicieron voto de que si se les concedía uno lo consagrarían a Dios. Tuvieron una visión de San Miguel y San Agustín, quienes les prometieron un hijo, que debería seguir la regla de San Agustín. En edad muy temprana, su madre lo llevó con su hermano el abad de Cornaclano para que se educara; aquí vivió la vida de un pequeño monje y despreció no sólo los juegos de un niño, sino que aun las modestas recreaciones que se les permitían a los religiosos. Amaba la oración y los estudios y se le admitió a las órdenes menores cuando tuvo los dieciocho años.

Cuando su tío murió, volvió a su casa, donde varias personas intentaron casarlo. Su padre únicamente decía ,"Si es la voluntad de Dios y gusto de mi hijo"; pero cuando estaba en el lecho de muerte le relató a Angelo la visión que había tenido antes de su nacimiento. El joven quedó horrorizado al darse cuenta de que inconscientemente había proyectado frustrar los designios de Dios sobre él, y tan pronto como arregló los asuntos de su madre viuda, partió para entrar al monasterio agustino de Vasto d'Aimone. Hizo tales progresos allí, que fue enviado a estudiar a París, y uno de los maestros más eminentes, Giles el Romano (Colonna) lo llevó a vivir en su propia casa. Angelo permaneció cinco años en París, pasando por las diversas etapas de las ciencias filosóficas y teológicas, hasta que recibió su licenciatura. Luego regresó a Italia y se presentó al prior general de su orden, en Nápoles. Muy pronto el prior lo nombró profesor de Teología en su colegio napolitano de estudios superiores, y reunió a su alrededor un grupo de entusiastas estudiantes. Más tarde se le ofreció un obispado, pero se rehusó a aceptarlo. Murió en Nápoles, donde era muy venerado, y su "cultus" se confirmó en 1888.

Véase *Acta Sanctorum,* febrero, vol. I; de Ossinger, *Bibliotheca Angustiniana,* pp. 375-376; BHL., n. 461.

7: SAN ROMUALDO, ABAD, FUNDADOR DE LOS CAMALDULENSES BENEDICTINOS (1027 P.C.)

SAN ROMUALDO, de la familia de los Onesti, duques de Ravena, probablemente nació en el año 950. La afirmación de su biógrafo, San Pedro Damiano, de que vivió hasta la edad de 120 años es ahora rechazada universalmente. Aunque creció como un joven mundano, esclavo de sus pasiones, algu-

nas veces aspiró a ideales más elevados. Su padre, cuyo nombre era Sergio, había determinado decidir en un duelo la disputa que tenía con un pariente por una propiedad, y Romualdo fue espectador involuntario del encuentro. Sergio mató a su adversario y Romualdo horrorizado, huyó al monasterio cercano de Sant' Apollinare-en-Classe. En esta casa pasó tres años en tal fervor y austeridad, que su observancia se convirtió en un vivo reproche para ciertos monjes relajados e infieles, que se exasperaron aun más cuando les censuró su conducta. Entonces, con el consentimiento del abad, abandonó el monasterio y se retiró a las inmediaciones de Venecia, en donde se sometió a la dirección de un ermitaño llamado Marino. Con él Romualdo hizo grandes progresos en el camino de la perfección. Se dice que Romualdo y Marino tuvieron algo que ver con el retiro del dux de Venecia, San Pedro Orseolo, a Cuxa, y que allí vivieron por un tiempo como ermitaños. El ejemplo de San Romualdo tuvo tal influjo sobre su padre Sergio, que éste entró al monasterio de San Severo, cerca de Ravena, para reparar sus pecados. Después de algún tiempo tuvo la tentación de regresar al mundo, por lo que su hijo fue allá para disuadirlo de romper su propósito. Lo consiguió, y Sergio permaneció en el monasterio hasta el fin de su vida.

Parece que Romualdo pasó los siguientes treinta años fundando ermitas y monasterios por toda Italia. Permaneció tres años en una celda cercana a la casa que había fundado en Parenzo. Allí trabajó por un tiempo, experimentando gran sequedad espiritual, pero un día, de pronto, cuando estaba recitando las palabras del Salmista, "Te daré entendimiento y te instruiré", Dios lo visitó con una luz extraordinaria y un espíritu de compunción que desde entonces nunca abandonó. Escribió una exposición de los Salmos llena de pensamientos admirables. Con frecuencia pronosticó cosas futuras, y daba consejos a todos los que iban a consultarle, inspirado por sabiduría celestial. Siempre había anhelado el martirio, y por fin obtuvo licencia del Papa para predicar el Evangelio en Hungría; pero fue atacado por una grave enfermedad tan pronto como puso los pies en el país, y como el mal volvía cada vez que intentaba actuar, sacó como conclusión que esto era una clara indicación de la voluntad de Dios de que no lo quería ahí. Muy conforme, retornó a Italia, aunque algunos de sus compañeros fueron y predicaron la fe a los magiares. Posteriormente permaneció por bastante tiempo en Monte di Sitrio, pero allí fue acusado de un crimen escandaloso por un joven noble a quien había censurado por su vida disipada. Aunque parezca extraordinario, los monjes creyeron el embuste, le impusieron severa penitencia, le prohibieron que celebrase misa, y lo incomunicaron. Todo lo soportó en silencio por seis meses, pero entonces Dios lo amonestó para que no se sometiera más a sentencia tan injusta, pronunciada sin autoridad y sin sombra de fundamento. Pasó seis años en Sitrio guardando silencio estricto y aumentando sus austeridades en lugar de relajarlas, no obstante su ancianidad. Romualdo tuvo alguna influencia en las misiones a los eslavos y prusianos a través del monasterio de Querfurt en Pereum, cerca de Ravena, que Otto III fundó para él y San Bruno, en 1001. Un hijo del duque Boleslao I de Polonia era monje en este monasterio, y en nombre de su padre le obsequió a Romualdo un magnífico caballo. El lo cambió por un asno, y declaró que se sentía más unido a Jesucristo, montado sobre tal cabalgadura.

El monasterio más famoso de todos los de San Romualdo es el de Camáldoli, cerca de Arezzo, en la Toscana, fundado por él alrededor del año 1012. Se halla más allá de una montaña, la cual desciende en su parte más alejada en un

precipicio escarpado que mira a un agradable valle, que entonces pertenecía a un castellano llamado Maldolo, quien lo cedió al santo; de ahí le viene el nombre de Camáldoli (campo de Máldoli).

San Romualdo edificó en este sitio un monasterio, y por las varias observancias que agregó a la regla de San Benito dio principio a una nueva congregación llamada Camaldulense, en la cual unió la vida cenobítica con la eremítica. Después de que su bienhechor había visto en sueños elevarse una escala desde la tierra al cielo, por la que subían religiosos vestidos de blanco, Romualdo cambió el hábito de negro a blanco. La ermita dista poco más de dos kilómetros del monasterio. Está en la ladera de la montaña, sombreada por un obscuro bosque de abetos. En ella hay siete manantiales de agua clara. La sola vista de esta soledad en medio de la floresta ayuda a llenar la mente de compunción y de amor a la contemplación. En el lado izquierdo de la iglesia está la celda en la cual San Romualdo vivió cuando reunió por primera vez a estos ermitaños. Sus celdas, construídas de piedra, cuentan cada una con un pequeño jardín rodeado de muros, y con una capilla en la cual el ocupante puede celebrar la misa.

Después de algunos años en Camáldoli, Romualdo retornó a sus viajes, y andando el tiempo murió, solo en su celda, en el monasterio de Val-di-Castro, el 19 de junio de 1027. Un cuarto de siglo antes había profetizado que le llegaría la muerte en dicho sitio y de esa manera. Su fiesta principal se celebra el día de hoy, porque el 7 de febrero de 1481 su cuerpo incorrupto se trasladó a Fabriano: así se dispuso cuando el Papa Clemente VIII añadió su nombre al calendario general en 1595.

La principal fuente de informes sobre la vida de San Romualdo es la biografía escrita por San Pedro Damiano, que se encuentra en el *Acta Sanctorum*, febrero, vol. II, y en muchas otras colecciones. Véase BHL., n. 7324. Pero hay mucho material de segunda importancia que también se encuentra en *Life of St. Peter Orseolo*, el *Chronicon Venetum*, y las dos *Lives of St. Bononius de Lucedio*, W. Franke ha hecho un estudio valioso preliminar de estas fuentes en su *Quellen und Chronologie zur Geschichte Romualds von Camaldoli und seiner Einsiedlergenossenschaften im Zeitalter Ottos III* (1910). Véase *Analecta Bollandiana*, vol. XXXI (1912), pp. 376-377; y también de W. Franke, *Hist. Studien*, vol. CVII (1913). En 1927 se publicaron dos vidas italianas, por A. Pagnani y C. Ciampelli; y cf. de A. Giabbini, *L'eremo* (1945).

SAN ADAUCO, MÁRTIR (303 P.C.)

EL MARTIROLOGIO Romano menciona el 7 de febrero a San Adauco de la siguiente manera: "En Frigia, San Adauco, mártir, de noble familia italiana, fue honrado por el emperador con todo género de dignidades hasta que, ejerciendo el oficio de "quaestor", se hizo merecedor de la corona del martirio por su defensa de la fe. En el mismo lugar, otros muchos santos mártires, vecinos de la misma ciudad, gobernada por este mismo Adauco, fueron quemados por el emperador Galerio Maximiano, por permanecer constantes en confesar la fe". La naracción se basa en la gran autoridad del historiador eclesiástico Eusebio, que fue contemporáneo de los hechos, pero aunque él menciona el martirio de San Adauc(t)s y la quema de los habitantes de la población en un mismo capítulo, no une los dos sucesos; no obstante, en la primera traducción de Rufino sí se relacionan ambos hechos. Eusebio los presenta en esta forma:

> Un pequeño poblado de Frigia, habitado únicamente por cristianos, fue rodeado por los soldados mientras los habitantes se encontraban dentro.

Prendiéndole fuego, lo redujeron todo a cenizas, incluyendo a las mujeres y niños que clamaban a Cristo. Hicieron esto porque todos los habitantes de la ciudad, inclusive el mismo guardián del pueblo, el gobernador con todos los que tenían algún cargo, y el populacho en masa, confesaron ser cristianos y se negaron abiertamente a obedecer la orden de adorar a los ídolos.

Había en la ciudad otro funcionario romano llamado Adaucus, de noble familia italiana, que había obtenido todos los honores que concedían los emperadores, por haber desempeñado sin tacha aun los altos cargos de magistrado y de ministro de asuntos financieros. Además de todo esto, sobresalía en obras de piedad y en la confesión de Cristo y fue adornado con la corona del martirio. Sufrió éste por la fe cuando todavía desempeñaba el cargo de ministro de asuntos financieros.

El hecho de que estos dos incidentes hayan ocurrido en el mismo lugar y de que Adauco fuera un ejemplo para sus conciudadanos, ha presentado alguna dificultad para explicar cómo fue posible darle un cargo oficial en una pequeña población de Frigia a un natural de Italia, con una carrera tan distinguida. Sin embargo Rufino, que vivía en el mismo siglo y había viajado tanto, aparentemente no vio nada sorprendente en tal arreglo.

Véase Eusebio, *Eccles. Hist.*, vol. VIII, c. II; y *cf.* CMH., pp. 253-254.

SAN TEODORO DE HERACLEA, MÁRTIR (Sin fecha)

ENTRE LOS mártires a quienes los griegos honran con el título de megalomártir (*i.e.* gran mártir), tales como San Jorge, San Pantaleón y otros, se distinguen cuatro: San Teodoro de Heraclea, por sobrenombre Stratelates (general del ejército); San Teodoro de Amasea, apodado Tiro (el recluta); San Procopio y San Demetrio. De San Teodoro de Heraclea, de quien ahora nos ocupamos, se dice que había sido general de las fuerzas de Licinio y gobernador de una gran porción de Bitinia del Ponto, y de Paflagonia. Se supone que el santo residió en Heraclea en el Ponto, ciudad originalmente griega fundada por una colonia de Megara, y que ahí mismo fue donde, de acuerdo con una leyenda, murió mártir, siendo decapitado por su fe después de haber sido cruelmente torturado por orden del emperador Licinio.

Todo el asunto ha sido cuidadosamente estudiado por el padre H. Delehaye en su libro "*Les Légendes grecques des saints militaires*" (1909). En su opinión sólo hubo un Teodoro, probablemente mártir y posiblemente soldado de profesión. Parece ser que su culto comenzó hace mucho tiempo en Euchaita, una población pequeña en el Helesponto y que desde ahí se difundió a otras partes. Poco a poco, algunos hagiógrafos fueron introduciendo muchos detalles ficticios y contradictorios en su historia, sin preocuparse en absoluto de si lo que escribían se apegaba a la verdad histórica. Con el tiempo las divergencias llegaron a ser tan notorias, que fue necesario recurrir a la hipótesis de dos San Teodoros diferentes: el Stratelates y el Tiro, pero aun así sus biografías se sobreponen y no puede sacarse gran cosa en claro. Uno de los elementos fabulosos introducidos en ciertas versiones de la historia, es la lucha con un dragón. Este detalle aparece en la leyenda de San Teodoro mucho antes que en la de San Jorge. Por eso no es raro encontrar imágenes y cuadros en los que aparece montado a

caballo, traspasando al dragón con una lanza, lo que se presta a identificarlo erróneamente. La idea de distinguir a los dos Teodoros parece que se le había ocurrido a alguno mucho antes de lo que el padre Delehaye supone. En una homilía armenia que F. C. Conybeare atribuye al siglo cuarto, ya se les considera distintos; y Mons. Wilper ha reproducido un mosaico que colocó el Papa Félix IV (526-530) en la iglesia de San Teodoro en el Palatino, en donde se representa a nuestro Salvador sentado; mientras que San Pedro le presenta por un lado a un San Teodoro, San Pablo le presenta al otro San Teodoro por el otro.

El testimonio escrito más antiguo que poseemos sobre el culto de San Teodoro es un panegírico del mártir atribuido a San Gregorio de Nissa (Migne, PG., vol. XLVI, pp. 736-748). Aun cuando se dudara de si fuera auténtico pertenece a la época de fines del siglo cuarto o principios del siglo quinto. En la obra mencionada se ha hecho una selección de lo más sobresaliente de las vidas griegas de los dos santos Teodoro, hecha por el P. Delehaye. Una antigua homilía armenia sobre el santo, ha sido traducida al inglés por el Prof. Conybeare en su *Monuments of Early Christianity* (pp. 217-238). Por lo que se refiere a San Teodoro en arte, véase Künstle, *Ikonographie,* (pp. 551-552) quien hace referencia en particular a un artículo por Hengstenberg, *Der Drachenkampf d. hl. Theodor,* en *Oriens Christianus,* 1912 pp. 18 ss. y de Wilpert, *Die romischen Mosaiken.* pp. 106-107. Cf. San Teodoro de Tiro incluido en noviembre 9.

SAN MOISES, Obispo (*c.* 372, P.C.)

San Moisés, apóstol de los "sarracenos", fue árabe por nacimiento y llevó por mucho tiempo vida de ermitaño en Rhinoclura región situada entre Siria y Egipto. El país estaba abatido principalmente por bandas errantes de sarracenos (adoradores de las estrellas). quienes bajo las órdenes de una reina guerrera, Mavia, sostenían combates de guerrillas en las fronteras romanas. Parece que una expedición punitiva enviada contra ellos con cierto cariz de una cruzada religiosa, terminó en un pacto por el cual Mavia consintió en la evangelización de su pueblo, simpre que tuviera al santo ermitaño Moisés por obispo. Lucio, arzobispo de Alejandría, hubiera sido la persona indicada para consagrarlo, pero era arriano y Moisés rehusó aceptar órdenes episcopales de él. Más tarde consiguió que lo consagrara un obispo ortodoxo y desde entonces, pasaba sus días yendo de un lugar a otro (no tenía sede fija), enseñando, predicando y convirtiendo una gran parte de su rebaño a la fe. También logró durante todo el resto de su vida mantener la paz entre los romanos y los sarracenos. Conviene notar que los griegos y romanos aplicaban posteriormente la palabra "sarraceno" a las tribus nómadas del desierto sirio-árabe. Se ignora la fecha exacta de la muerte de San Moisés.

Véase *Acta Sanctorum,* febrero, vol. II. Los detalles los suministran las declaraciones de los historiadores eclesiásticos, Sozomeno y Teodoreto.

SAN RICARDO, Rey. (720 P.C.)

En la primavera del año 720 un pequeño grupo de personas salió del Hamble para ir en peregrinación a Roma y Tierra Santa. Era una familia de Wessex, compuesta del padre, cuyo nombre no se menciona, y sus hijos Wilibaldo y Winebaldo. Hicieron la travesía por el Sena, desembocaron en Rouen visitaron varios santuarios franceses y salieron para Roma. Pero en Lucca el padre murió y fue sepultado en la iglesia de San Frediano. Se registraron milagros en su

tumba, donde están todavía sus reliquias y donde se observa su fiesta con devoción.

El hijo San Wilibaldo se unió más tarde a San Bonifacio y llegó a ser el primer obispo de Eichstätt en Baviera. Los detalles anteriores los debemos a un documento llamado el "Hodoeporicon", escrito por una de sus parientes, monja de Heidenheim, quien anotó los recuerdos que tenía sobre la vida del santo, tal como él se las relató de palabra. Dicho documento es la fuente de todo lo que sabemos del padre de San Wilibaldo y San Winebaldo y su hermana Santa Walburga: pero esto no era suficiente para los fieles de Lucca y de Eichstätt, que tanto veneraban al santo varón. Entonces le inventaron un nombre "Ricardo", una vida y una posición: "rey de los ingleses". En realidad en Inglaterra no hubo ningún rey Ricardo antes de Corazón de León, y nada se sabe de la condición del padre de Wilibaldo, excepto que tenía buena posición social, pues podía costear viajes de larga duración. Sin embargo, aparece en el Martirologio Romano como "sanctus Richardus rex Anglorum". Lo poco que sabemos acerca de él queda compensado por los amplios informes dignos de confianza sobre sus hijos.

Véase el *Acta Sanctorum*, febrero, vol. II y, especialmente, *Analecta Bollandiana*, vol. XLIX (1931), pp. 353-397, donde el P.M. Coens utiliza un oficio de Eichstatt de San Ricardo y una "vita" inédita para arrojar alguna luz sobre la evolución de su leyenda en Eichstatt en el siglo diez y el comienzo de su culto en Lucca en el siglo doce. En vista de este artículo, *The Family of St. Richard the Saxon* (1844), de T. Meyrick, y la segunda edición de las *Lives of the English Saints* por Newman, requiere muchas correcciones.

SAN LUCAS, EL JOVEN (*c.* 946, P.C.)

SAN LUCAS el Joven, también nombrado el taumaturgo u obrador de milagros, era griego. Su familia era de una isla del Egeo, pero se vieron obligados a abandonarla por los ataques de los serracenos. Con el tiempo se establecieron en Tesalia, donde fueron pequeños hacendados o campesinos con tierra propia. Su padre, Esteban, y su madre Eufrosina, tuvieron siete hijos, de los cuales él fue el tercero. Fue un muchacho piadoso y obediente. En edad temprana lo pusieron a cuidar las ovejas y cultivar los campos. Desde niño, a menudo se quedaba sin comer para alimentar al hambriento, y algunas veces se quitaba sus vestidos para dárselos a los mendigos. Cuando salía a sembrar, acostumbraba esparcir la mitad de la semilla en las tierras de los pobres. Era notorio que el Señor bendecía las cosechas de su padre con abundancia. Después de la muerte de Esteban, el muchacho dejó el trabajo en los campos y se dio por un tiempo a la contemplación. Se sentía llamado a la vida religiosa, y en una ocasión salió de Tesalia, con la intención de buscar un monasterio, pero fue capturado por soldados que le creyeron un esclavo fugitivo. Lo interrogaron, pero cuando les dijo que era siervo de Cristo y había emprendido el viaje por devoción, se negaron a creerle y lo encerraron en prisión, tratándolo muy cruelmente. Después de algún tiempo descubrieron su identidad y lo pusieron en libertad, pero al regresar a su casa fue recibido con escarnios y burlas por su fracasada escapatoria.

Aunque todavía deseaba consagrarse a Dios, los parientes de Lucas no querían dejarle ir, pero dos monjes, que iban camino de Roma a Tierra Santa y eran atendidos hospitalariamente por Eufrosina lograron convencerla para

que dejara a su hijo viajar con ellos hasta Atenas. Allí entró a un monasterio, pero no se le permitió permanecer mucho tiempo. Un día el superior lo llamó y le dio a entender que su madre se le había aparecido en una visión, y que lo necesitaba, que lo mejor sería que fuera a su casa para ayudarla. Así pues, Lucas regresó una vez más y fue recibido con alegría y sorpresa; pero después de cuatro meses, la misma Eufrosina se convenció de que su hijo tenía una verdadera vocación a la vida religiosa y ya no se opuso más. Lucas construyó una ermita en el Monte Joahnitsa cerca de Corinto, adonde se fue a vivir; tenía entonces dieciocho años de edad. Llevaba una vida de austeridad casi increíble; pasaba las noches en oración, privándose casi por completo del sueño. Sin embargo, estaba lleno de alegría y caridad, aunque a veces tenía que luchar violentamente contra las tentaciones. Recibió tantas gracias de Dios, que por su medio se obraban milagros, tanto durante su vida como después de su muerte. Es uno de los primeros santos de quienes se cuenta que se le vio elevado del piso en oración. La celda de San Lucas fue convertida en oratorio después de su muerte y la llamaron Soterio o Sterion (lugar de curación).

Véase el *Acta Sanctorum*, febrero, vol. II. El texto griego, que se imprimió incompleto por Combefis y en Migne, P.G., vol. CXI, cc. 441-480, ha sido reeditado entero en la *Analecta Bollandiana*, vol. XIII, pp. 82-121. El texto completo también se encuentra en *Phocica*, del P. Kremos BHG, p. 70.

BEATO RIZZERIO (1236 P.C.)

CUANDO SAN Francisco de Asís predicó aquel inolvidable sermón en Bolonia el 15 de agosto de 1222, del cual Tomás de Spalatro nos ha dejado una magnífica relación, dos estudiantes universitarios de buena posición social quedaron tan impresionados, que abandonaron el mundo y se ofrecieron inmediatamente a seguir una vida de pobreza y trabajo fatigoso entre los frailes menores. Uno de éstos fue Rizzerio, que pertenecía a una familia acaudalada de Muccia, no lejos de Camerino. El incidente está registrado en el capítulo 27 de las "Fioretti", donde, por una extraña confusión, le dan a Rizzerio el nombre de Rinieri. Se dice que San Francisco supo por revelación que ambos candidatos eran enviados por Dios y que llevarían una vida santa en la orden; así pues, "conociendo su gran fervor, los recibió gustosamente". Profetizó al mismo tiempo que mientras Peregrine, el compañero de Rizzerio, a pesar de ser un canonista ilustrado, permanecería en un camino humilde y nunca sería sacerdote, Rizzerio "serviría a sus hermanos". Hay que recordar que entre los franciscanos el título más alto que se da a los superiores es "ministro" (i.e. siervo), y Rizzerio, de acuerdo con esto, recibió las santas órdenes y llegó a ser al fin ministro provincial de las Marcas.

Nuestros documentos originales, especialmente el "Actus beati Francisci", reproducidos en las "Fioretti", pintan a Rizzerio como al fraile más íntima y tiernamente amado por el santo, en los últimos años de su vida en la tierra. Existe una conmovedora historia de la tentación que tuvo Rizzerio de perder toda esperanza en la misericordia de Dios. Por largo tiempo la combatió con ayunos, flagelaciones y oraciones, pero al fin determinó recurrir a su amado padre. "Si el Hermano Francisco", se dijo, "me recibe y me trata como a su amigo familiar, según acostumbra hacerlo, creo que Dios tendrá todavía piedad de mí; pero si no, será una señal de que Dios me abandonará". San Francisco estaba gravemente enfermo entonces, pero por revelación supo de la tentación de Rizzerio y de su

próxima visita. Así, llamando a los hermanos Leo y Maneo les dijo, "Vayan presurosos a recibir a mi queridísimo hijo, el hermano Rizzerio, abrazadle en mi nombre y dadle la bienvenida y decidle que entre todos los frailes del mundo es al que más amo". Y cuando al fin el tan fuertemente tentado hermano vino a donde yacía S. Francisco, el santo se levantó a pesar de su enfermedad y fue a recibirlo. E hizo la señal de la cruz santísima sobre su frente y allí lo besó, y después le dijo: "Queridísimo hijo, Dios ha permitido que fueras tentado así para ganar mayores méritos; pero si ya no deseas más tener esta oportunidad de merecer, ya no la tengas". Entonces la tentación lo abandonó para nunca volver. Parece que fue también el hermano Rizzerio a quien San Francisco comunicó sus intenciones de restringir al máximo la pobreza de la orden; esto es, que ningún fraile debía tener ninguna propiedad, ni siquiera libros, sino solamente su hábito, su ropa interior y el cordón con el cual se ceñía. Parece que el hermano Rizzerio murió joven, el 26 de marzo de 1236. Su culto se confirmó en 1836.

Véase *Speculum Perfectionis*, c. 2; el *Actus b. Francisci*, cc. 36 y 37; las partes originales de *Annales* de Wadding, y la *Analecta Franciscana*, vol. IV, pp. 283-285.

BEATO ANTONIO STRONCONE (1416 P.C.)

LOS PADRES de Antonio, Luis e Isabel Vici, eran personas de buena posición social y antiguo linaje. Como fervorosos terciarios que eran y devotos de San Francisco, no se opusieron cuando su hijo y heredero, a temprana edad, pidió ser admitido en la Orden de los Frailes Menores, como hermano lego. Durante sus primeros años de vida religiosa fue tutoreado por su tío, que era comisario general de los Observantes de Italia. A pesar de la poca salud con que contaba el joven, persistió con entereza en las austeridades de la vida que había elegido. Fue tan rápido el progreso, que a la edad de veintiséis años se le había dado el cargo de ayudante del maestro de novicios, que en ese tiempo era Tomás de Florencia, en Fiésole. Trece años más tarde, fue señalado para colaborar con el mismo Tomás en una misión que le había confiado la Santa Sede de denunciar y suprimir a los Fratricelli en el territorio de Siena y Córcega. Estos se habían apartado de la espiritualidad de la orden franciscana y se habían identificado con un utópico ideal de pobreza y pureza moral, constituyéndose en una secta herética que rechazaba toda autoridad eclesiástica.

El beato Antonio, aun sin ser sacerdote, fue encargado de llevar a cabo esta misión por más de diez años, habiendo pasado los tres últimos en Córcega; pero en 1431, interrumpió su estancia para ir al monasterio de Carceri, un lugar de retiro no lejos de Asís, donde sintió mayor libertad para entregarse a una intensa crucifixión de sí mismo. Por treinta años estuvo ahí sin comer más que pan y cocimientos de hierbas, sintiéndose el más indigno y aprovechando cualquier oportunidad para humillarse y aumentar su penitencia. En cierta ocasión, se sospechó que Antonio había destruido unas viñas que daban uvas para la comunidad, porque, como todos sabían, huía de todo lo que le agradaba. El aceptó sin protesta la dura penitencia que le fue impuesta, pero después, ya tarde, descubrieron que era completamente inocente de la falta que se le había imputado. En 1460, Antonio fue trasladado a la histórica abadía de San Damián de Asís, donde felizmente exhaló el último suspiro, el día 8 de febrero de

1461, a la edad de ochenta años. Muchos milagros siguieron a su muerte. Existe la creencia popular de que el Beato Antonio da un aviso a sus devotos antes de la muerte; dicen que se esuchan unos golpes que proceden o de su tumba o de alguna estatua o pintura que lo represente. Esta creencia también se atribuye a otros dos santos franciscanos, a San Pascual Bailón y al Beato Mario de Nazzerei. El culto del Beato Antonio fue confirmado en 1687.

Ver el *Acta Sanctorum*, febrero, vol. II, donde se encuentra una versión latina de su vida escrita por Louis Jacobillo de Foligno. Otras historias fueron escritas por los padres Mariano de Florencia y Jaime de Oldis. En la *Auréole Séraphique* (versión inglesa), vol. I, se encuentra un buen resumen.

BEATOS SANTIAGO SALES Y GUILLERMO SALTAMOCCHIO, MÁRTIRES (1593 P.C.)

SANTIAGO SALÉS nació en Auvernia en 1556, hijo de un sirviente del obispo de Clermont, quien ayudó al padre del muchacho para enviarlo al colegio jesuita de Estudios Superiores en Billom; donde entró al noviciado de la orden a la edad de decisiete años. Saltamocchio era un joven sencillo y honrado que trabajaba en el mismo colegio como sirviente. Llegó a ser hermano coadjutor algunos años más tarde. Mientras tanto, Santiago continuó sus estudios y se graduó en la recién fundada Universidad de Pont-a-Mousson. Parece que fue el primer graduado. A fines del siglo diecisiete, Peter Abram, al escribir la historia de esa institución, se aventuró a expresar la esperanza de que "el que figura como primero en los registros de nuestra universidad pueda ser inscrito algún día en la lista de los mártires". Esta esperanza se realizó en 1926.

Poco después, Santiago prosiguió sus estudios en París, y allí fue donde le vino el vehemente deseo del martirio. Este deseo le hizo solicitar el permiso para ir a las Indias.

El P. Aquaviva sabía que su talento para predicar y enseñar hacían de él un sujeto muy apto para el puesto donde estaban, y denegó su solicitud con palabras que ahora parecen proféticas. "En Francia," le escribió, "encontrará todo lo que las Indias le pueden dar". El hecho es que por esas fechas, lo mismo que un siglo más tarde, el catolicismo en Cèvennes estaba amenazado. Era una plaza fuerte de los hugonotes; el fanatismo religioso era intenso, y todo el país estaba perturbado. En el otoño de 1592, el alcalde de Aubenas solicitó al provincial de los jesuitas que le proporcionará un padre para predicar en el Adviento, aunque el fin principal era el de tener algún sacerdote que pudiera sostener discusiones con los ministros calvinistas. Se nombró al P. Salés y se le dio por compañero al hermano Saltamocchio. Salieron a fines de noviembre; el padre llevaba al cuello una reliquia del Beato Edmundo Campion, que hacía menos de un año había sido martirizado en Tyburn. Parece que tuvo algún presentimiento de que la corona que tanto había ansiado estaba a su alcance, porque al abandonar la casa le dijo alegremente al portero: "Ruegue por nosotros, querido hermano, porque vamos a enfrentarnos a la muerte."

Pasado el tiempo del Adviento, el alcalde suplicó al predicador que permaneciera hasta Pascua de Resurrección. Parece que en ese tiempo había gran escasez de sacerdotes en aquella diócesis, y Aubenas no tenía uno solo. Una noche a principios de febrero de 1593, el padre y el hermano se desperta

ron al escuchar los gritos que se oían fuera de las murallas de la ciudad. Sorpresivamente se habían presentado los invasores hugonotes y estaban destruyendo las puertas de la entrada.

Conociendo lo que había sucedido en otras partes, los dos jesuitas se dirigieron a toda prisa a la iglesia para impedir un sacrilegio. El P. Salés le dio la Sagrada Comunión al hermano y consumió el resto de las partículas sagradas. Sea por la fuerza o, lo que parece más probable, por traición, los asaltantes lograron entrar, y no tardaron en encontrar al hombre que buscaban. El P. Salés había despertado el entusiasmo; el éxito de los recientes sermones polémicos había causado gran conmoción. Los jesuitas fueron apresados, y cuando al pedirles su dinero el sacerdote no pudo entregar más que treinta "sous", se enfurecieron los esbirros, los arrastraron con gran brutalidad y los llevaron ante una corte de ministros calvinistas, uno de los cuales, por nombre Labat, parecía tener particular rencor contra el padre por un encuentro pasado en el cual había quedado en ridículo. El proceso se convirtió en una mordaz discusión teológica. Se prolongó hasta el día siguiente y claramente dio por resultado que los polemistas protestantes se exasperaron sobremanera cuando se tocó el tema de la Sagrada Eucaristía. La escena terminó cuando el sacerdote fue arrastrado fuera del salón y fusilado por orden del comandante hugonote. Aunque el P. Salés exhortó a su compañero a que escapara, como fácilmente lo pudo haber hecho, no quiso apartarse de su lado. Cuando el padre, arrodillándose para hacer oración por última vez, fue herido mortalmente por un arcabuz disparado tan cerca, que su hábito quedó chamuscado, la multitud cayó sobre las víctimas con toda clase de armas, y en pocos minutos terminaron su obra sangrienta entre brutalidades indescriptibles. El H. Saltamocchio se había abrazado al P. Salés. Cuando después se examinó su cuerpo, se encontró con que le habían dado dieciocho puñaladas. Esto ocurrió el 7 de febrero de 1593.

Véase de J. Blanc, *Martyrs d'Aubenas* (1906), y de H. Perroy, *Deux martyrs de l'Eucharistie* (1926).

BEATO EGIDIO MARIA (1812 P.C.)

A PESAR de que la vida del beato Egidio María de San José pudiera parecer tan común a los ojos de los hombres, en realidad cada día de su vida estuvo lleno de méritos ante el trono de Dios, por su sencillez y humildad. Nació en 1729, cerca de Taranto en Apulia. Comerciaba en cordelería, cuando a la edad de veinticinco años entró con los Frailes Menores Descalzos de San Pedro de Alcántara, en Nápoles. Ahí dedicó gran parte de su vida a servir como portero, donde mostró gran compasión por los enfermos, los pobres y los *lazzaroni* (mendigos), que eran la mayoría de los habitantes de aquella ciudad. Repartía a manos llenas los donativos, y mientras más daba, más parecía abundar en ellos. Se cuenta que muchas curaciones milagrosas estuvieron asociadas a sus obras de caridad. Fue celoso propagador de la devoción a San José. Murió el 7 de febrero de 1812 y fue beatificado en 1888.

Ver P.P. Auserer, *Seraphischer Martyrologium* (1889), y C. Kempf, *The holiness of the Church in the Nineteenth Century* (1916).

BEATA MARIA DE LA PROVIDENCIA, FUNDADORA DE LAS AUXILIADORAS DE LAS ALMAS DEL PURGATORIO (1871 P.C.)

EUGENIA MARÍA José Smet nació en la ciudad francesa de Lila, el 25 de marzo de 1825. Era la segunda hija de Enrique Smet y Paulina de Montdhiver, un matrimonio de la clase media acomodada que envió a la niña, desde los once años de edad, como interna al convento del Sagrado Corazón, en Lila, donde permaneció hasta fines de 1843. Ahí adquirió Eugenia una sólida formación y maduró su piedad, cuyas características principales: confianza absoluta en la Providencia y preocupación constante por las ánimas del purgatorio, conservó siempre, junto con la marcada inclinación hacia la vida religiosa que, en parte, tuvo obstáculos por el apego a los suyos y las dudas para elegir una congregación que colmara sus aspiraciones.

Cuando Eugenia abandonó el convento para regresar a la mansión familiar, una villa que llevaba el nombre de Loos-Lez, en Lila, se trazó una norma de vida destinada a mantenerla en constante actividad. Su primera preocupación era la atención y el socorro a los pobres, a quienes distribuía alimentos y una sopa substanciosa que ella misma preparaba a diario. El resto de su tiempo, lo dedicaba a la reparación, embellecimiento y limpieza de las iglesias vecinas. Al cabo de siete años de semejante existencia, asistió a un retiro en el que predicaba el padre Chalandon, quien se preocupó especialmente por la jovencita, le dio buenos consejos y la exhortó a consagrarse a las obras misionales. Al año siguiente, un jesuita le recomendó la misión de Maduré y, con su entusiasmo característico, Eugenia se entregó a la tarea. Organizó fiestas, rifas y ferias y, con frecuencia se presentaba ante los misioneros maravillados para entregarles considerables sumas de dinero. El éxito de sus empresas no la apartó del profundo sentido de su vida espiritual. En 1852, con la autorización de Mons. Chalandon, que ya era obispo de Belley, hizo un voto de perpetua castidad. En noviembre de 1853 renació con nuevos bríos su idea de ayudar a las almas del purgatorio y, sin tardanza, reunió a sus amigos y parientes para exponerles su proyecto de organizar una confraternidad de oraciones. Desde el día siguiente, tras una madura reflexión por parte de Eugenia, el proyecto se amplió para convertirse en una congregación destinada especialmente a las ánimas del purgatorio.

Mons. Chalandon y muchas otras personas aprobaban la idea de la confraternidad, pero les inquietaba que Eugenia proyectase fundar una nueva congregación. La joven hizo caso omiso de sus objeciones y, en espera de una oportunidad para realizar sus proyectos, se dedicó a formar la confraternidad que, en pocos meses llegó a contar con quinientos miembros. Entonces decidió Eugenia poner al corriente de sus proyectos a Mons. Régnier, arzobispo de Cambrai, quien, para gran desilusión suya, rehusó la autorización, por temor a que las colectas que se pensaba realizar para celebrar misas por las almas del purgatorio, diesen lugar a malas interpretaciones. Pero no era eso lo que podía arredrar a Eugenia que recurrió directamente al Papa a quien hizo llegar una ardiente súplica, en cuyo calce, Pío IX escribió de su puño y letra una fórmula de bendición que firmó y fechó el 7 de julio de 1854. Tres meses después, Mons. Régnier dio su aprobación. Desde aquel momento, la asociación de plegarias bendecida por el Papa y patrocinada por el arzobispo de Cambrai y el obispo de Belley, tuvo una intensa vitalidad. Eugenia Smet fue considerada en la localidad como la superiora

de un grupo de jovencitas que aspiraban, como ella misma, a crear una congregación especialmente dedicada al rescate y la salvación de las almas del purgatorio. A mediados de 1855 Eugenia cayó enferma y su estado se agravó a tal extremo que todo el mundo esperaba lo peor, pero ella confió a su confesor: "No moriré por ahora; la obra del purgatorio está inconclusa".

Restablecida la salud, le esperaba una gran prueba: varios de sus amigos y colaboradores más leales dejaron de creer en el porvenir del proyecto y lo abandonaron, pero al mismo tiempo, en octubre de 1855, recibió Eugenia dos cartas de París, para invitarla a trasladarse a la capital a fin de organizar una obra piadosa que numerosas personas proyectaban. No faltaron oposiciones a aquella nueva empresa de la joven, pero ésta se aferró a las palabras de aliento que había recibido por parte de Mons. de Garcignies, obispo de Soissons y las opiniones favorables del santo cura de Ars y, a mediados de enero de 1856, partió hacia París.

Todo lo que encontró en la casita de la calle Saint-Martin donde moraban sus futuras compañeras, le causó una impresión desfavorable: la construcción sombría, las habitaciones estrechas y mal ventiladas, las mujeres que habrían de ser las primeras reclutas de la congregación y el padre Largentier, vicario de Saint-Marie, que habría de ser el fundador. Eugenia tuvo la idea de regresar a su casa de Lila lo antes posible; sin embargo, los ruegos y promesas de sus compañeras la conmovieron y aceptó quedarse, a condición de que el arzobispo diera su aprobación. El 22 de enero obtuvo una autorización escrita. En los días siguientes desplegó una extraordinaria actividad en las gestiones necesarias, gracias a la cual descubrió a numerosos amigos y protectores que se interesaban en su fundación y que le prometieron su apoyo y su dinero. A mediados de febrero hizo un viaje a Lila con la intención de pasar en su casa una larga temporada, pero no tardaron en llegar de París noticias alarmantes y, antes de que terminara marzo, se hallaba de nuevo en la capital y en el gobierno de su comunidad. Todo iba de mal en peor: el dinero escaseaba de manera alarmante; las hermanas trabajaban sin cesar ensartando cuentas para los collares, pero lo que obtenían no les alcanzaba siquiera para la alimentación indispensable; el propietario del sombrío edificio de la calle Saint-Martin, desalojaba periódicamente a las hermanas de los pobres cuartuchos que les había cedido antes grauitamente, para rentarlos; no había un buen entendimiento entre los miembros de la comunidad, ya que algunas de las hermanas insistían en desarrollar inmediatamente sus actividades, sobre todo en la enseñanza, sin tener en cuenta que era necesaria una previa formación religiosa seria. Por añadidura, cada vez era más evidente que el padre Largentier y Eugenia Smet no llegarían jamás a identificar sus puntos de vista ni a concordar sus proyectos. Entre ellos se produjeron violentas discusiones y profundas desavenencias. El sacerdote reprochaba a Eugenia su falta de confianza en su criterio y ella, por su parte, se aferraba tenazmente a su absoluta libertad. Cuando el padre Largentier trató de imponer un hábito religioso y una regla de vida a la comunidad, Eugenia se negó a aceptar y llegó a declarar ante el sacerdote que no tenía madera de fundador, en lo que se equivocaba puesto que el P. Largentier iba a dirigir con éxito otra congregación religiosa. Las disputas subieron de tono hasta que se puso en evidencia la necesidad de una separación y así, el cura párroco de Saint-Marie, el padre Gabriel ocupó el puesto del padre Largentier, con lo que

Eugenia Smet salvó a su comunidad del malestar y la discordia y, el 1o. de julio de 1856, la instaló en una amplia casa de la calle de Barouillère, para iniciar una vida nueva.

Como para subrayar su anhelo de consagrarse a esa nueva existencia, todas y cada una de las hermanas, adoptaron un nombre de religión. Eugenia Smet se convirtió en la madre María de la Providencia. Pero no por eso se podía decir que la congregación estaba definitivamente constituida. No faltaban la caridad y la devoción, ni el entusiasmo y la abnegación, pero la superiora se negaba tenazmente a que sus hijas siguieran una etapa de formación en otra comunidad, como lo pedía con insistencia el padre Gabriel. El engarzamiento de los collares y la confección de borlas para las mantillas, aportaban magros recursos para su sostenimiento, aumentados gracias a las constantes peticiones de la madre María y a sus frecuentes viajes a Lila. La salvación de las almas del purgatorio permanecía como la meta esencial y, entre las actividades, prevalecía la visita y la atención a los enfermos pobres.

A fines de 1856, las primeras hermanas pronunciaron sus votos. La superiora, empeñada como siempre en actuar por sí misma, hacía que se aprobasen sus decisiones sin que le pasara por la cabeza la idea de consultar u obedecer a los demás y, sin tener en cuenta que aquella excesiva libertad podía comprometer a la comunidad. Un año más tarde, la congregación carecía aun de capellán, pero fue entonces cuando, a pedido de las hermanas, el padre superior de la Compañía de Jesús les envió a un religioso de mucho valer, el padre Basuiau. En cosa de pocos días, el sacerdote, en completo acuerdo con el padre Gabriel, tomó a su cuidado la dirección espiritual de la casa. Aquella vez, la madre María de la Providencia tenía que hacer frente a uno de su talla. Así lo advirtió y así lo admitió ante el padre Basuiau. "Vos me doblegáis", le confesó. "Sofocáis todos mis impulsos". Por su parte, el sacerdote no trató de disimular el ejercicio de su dominio. "¡Dios quiera que así sea!", repuso a la superiora. "Permita el cielo que el espíritu de Nuestro Señor reemplace vuestra actividad natural".

Pocos días más tarde se desarrolló entre los dos esta conversación:

—Considero necesario quejarme, padre, de que todo me molesta.

—No eres tú la única.

—Es cierto, pero me parece que las otras se divierten o se aburren por amor de Dios.

—Ilusiones tuyas. Nadie se divierte con el aburrimiento y, soportar el sufrimiento no impide sentirlo.

El director espiritual redujo las numerosas actividades de la comunidad y la madre María volvió a presentarse con quejas.

—Ya no hago nada, padre mío, le dijo.

—Con que te ocupes del purgatorio, como debes, tienes bastante que hacer, repuso el sacerdote. Antes trabajabas para ti misma; trabaja ahora para Nuestro Señor.

En otra oportunidad, la madre María, ya más inclinada a la docilidad, preguntó al sacerdote.

—Padre mío, ¿es una tentación o una virtud mi profunda aversión por el mundo?

—Es una gracia por la que debes manifestar tu gratitud a Dios, hija mía.

En realidad, el padre Basuiau sentía cierta admiración por el espíritu in-

quieto, vehemente y piadoso de la superiora y, en diversas ocasiones le aseguró que era "la niña mimada de la Providencia". No por eso dejaba de reprocharle sus defectos y, con frecuencia le decía: "Me congratulo de que no estés contenta de ti misma, porque si lo estuvieses, yo me enojaría contigo".

El papel desempeñado por el padre Basuiau sobrepasó muy pronto al de simple director espiritual de la superiora. Al caer en la cuenta de que la ausencia de reglas podía resultar fatal para la comunidad, comenzó a enseñar y aplicar las reglas de la Compañía de Jesús que él seguía. En octubre de 1858, presentó un proyecto de constitución que fue adoptado oficialmente en marzo de 1859. Cinco días antes, en el curso de una ceremonia que presidió el cardenal arzobispo de París, veintiocho señoritas se convirtieron en los primeros miembros de una nueva "Tercera Orden". Inmediatamente comenzaron a llegar reclutas muy valiosas. La madre María de la Providencia pudo comprar la casa contigua a la que ocupaba su comunidad y, para fines de 1861 la dedicó al noviciado, aparte de la comunidad, como era la voluntad del padre Basuiau. Este continuó con su paciente trabajo de organización y, en marzo de 1862 presentó a la superiora las Constituciones y el Costumbrario, redactados por él siguiendo lo más de cerca posible los de la Compañía de Jesús.

Cuatro años después, la comunidad hizo su primera fundación en la ciudad de Nantes. La madre María nombró en París a una superiora local y ella ocupó el puesto de superiora general. Al mismo tiempo, su salud empezó a resentirse y fue necesario que tomara descansos y, a veces, que suspendiera toda actividad. Las pruebas se sucedieron: a mediados de 1866, el padre Basuiau tuvo que partir hacia la China y un año más tarde, el padre Gabriel pereció ahogado en Bretaña. La madre María estaba al borde de la desesperación cuando el cielo le envió a otro jesuita no menos valioso que el primero: el padre Olivaint, tan perspicaz que en seguida supo lo que debía decir al alma de la superiora. "Quiero hacer de ti una mujer fuerte y no una mujer de impresión", le advirtió. Pero no por eso se puede pensar que tenía la intención de domarla, puesto que le declaró: "De ninguna manera deseo que mi dirección sea un freno que haga de ti una máquina. Es necesario que conserves tu personalidad..." Tal vez por eso, no admitía el desaliento en la superiora. "Sería una infidelidad de tu parte", solía decirle, "si después de todo lo que la Providencia ha hecho por ti, dejas de confiar en Ella".

A mediados de 1867, Mons. Languillat, vicario apostólico de Kiang-Nan, se llegó hasta la casa de la calle de Barouillère, para proponer a las auxiliadoras una fundación en China. Las voluntarias se presentaron en gran número y la madre María de la Providencia se entusiasmó con el proyecto. En octubre de 1867 partieron hacia la China las dos primeras auxiliadoras y, al año siguiente, otras cuatro las siguieron. Comenzaron a llegar desde diversos países solicitudes para nuevas fundaciones, pero la congregación era todavía demasiado joven y muy poco numerosa para dispersar sus efectivos. Además, con tres casas le bastaban para obtener la aprobación de Roma. El breve pontificio llegó el 26 de agosto de 1868. Sin embargo, ya para entonces, la madre María de la Providencia, que desde tiempo atrás sufría atroces dolores, quedó en manos de sus médicos que hablaron de una intervención quirúrgica a la que renunciaron después, sin duda al comprobar que el cáncer estaba ya muy avanzado.

La fatal enfermedad no impidió a la fundadora ocuparse de sus casas. Organizó un nuevo convento en Bruselas y se enteró de que, en China, sus

hijas se habían instalado en una casa más amplia y hermosa, dejando a las carmelitas la que habían ocupado primero. Sin embargo, su debilidad era ya tan extrema, que le era imposible ir de un sitio a otro como hubiese querido. La guerra de 1870 le aportó otras penalidades. Los infortunios de Francia afectaron también a su congregación. Antes de que se pusiera sitio a París, la superiora se las arregló para enviar a las novicias a Nantes y a Bruselas. En la casa de la comunidad se instaló un hospital. Entretanto, el cáncer continuaba su desarrollo inexorable, sin dejar a la víctima más que la fuerza necesaria para sufrir. Pocos días después del armisticio de 1871 murió y, su rostro crispado por el dolor, recuperó su atractiva expresión de serenidad.

La Congregación de Auxiliadoras de las Almas del Purgatorio, mantuvo el ritmo de su desarrollo después de la muerte de la madre María de la Providencia. Su beatificación fue declarada por Pío XII en 1957.

Acta apost. Sedis, vol. XLIX, 1957, pp. 339-344; F. Darcy, en su biografía *Mere Marie de la Providence*, Roma, 1935, así como la de Dérely, *La rev. Mere Marie de la Providence, fondatrice des Auxiliatrices du Purgatoire*, 1825-1871, Toulouse, 1930. La obra *Notice sur la Rév. M. Marie de la Providence, fondatrice des religieuses auxiliatrices des ames du Purgatoire*, París, 1872; la de Marie R. Bazin, *Celle qui vécut son nom: Marie de la Providence*, París, 1948. A. Hamon, *Les Auxiliatrices des dames du Purgatoire, M.M. de la Providence*, París, 1921.

8: SANTA COINTA, Mártir (249 p.c.)

COINTA (Coynta o Quinta), pertenece al grupo que el martirologio de Floro menciona el 20 de febrero, con el título general: "Los Mártires de Alejandría".

La fuente de información de Floro es el historiador Eusebio, pero según aquél, el escritor del "Vetus Romanum" (o sea Adón) distribuyó por su cuenta a los mártires del grupo en diversos días del año; así hemos encontrado a Metras o Metrano el 31 de enero, aquí encontramos a Coínta y mañana encontraremos a Apolonia o Apolina.

Así que según Adón, el Martirologio Romano cita el nombre de Coínta el día 8 de febrero, con una noticia manifiestamente inspirada en Eusebio ("Hist. eccl.", l. VI, *c.* XLI.) El mismo nombre aparecerá, más o menos deformado, en otras fechas: por ejemplo, Greven, el día 15 de enero, nombra a Tonita o Coínta, virgen y mártir de Alejandría; en otra parte, el 21 de agosto, figura Conta, noble en Alejandría.

El pasaje de Eusebio es un extracto de la carta que Dionisio de Alejandría dirigió a Fabiano de Antioquía, narrando los combates heroicos de los mártires en aquella ciudad, durante la persecución de Decio.

"Los perseguidores, dice la carta, condujeron a una mujer cristiana, por nombre Quinta, hacia el templo de los ídolos y querían obligarla a que los adorara. Pero ella les volvió la espalda como muestra de su disgusto. Entonces la ataron por los pies y la arrastraron por los empedrados de toda la ciudad. No contentos con que las piedras agudas desgarraran su cuerpo, la golpeaban con el látigo. Por último, la lapidaron en el mismo sitio donde mataron a Metrano".

Eusebio, *Hist. Eccl.*, l. VI, c. XLI; en la traducción francesa de la coll. Hemmer-Lejay, vol. I, p. 257. P. Allard, *Hist. des perséc*, vol. II, p. 251. Quentin, *Les martyrol. histor. du Moyen Age*, pp. 418 y 546.

SAN JUAN DE MATA, COFUNDADOR DE LA ORDEN DE LA SMA. TRINIDAD (1213 P.C.)

SAN JUAN nació en Fauçon, en los límites de la Provenza. Siendo joven fue enviado a Aix, donde aprendió gramática, el uso de las armas, equitación y otros ejercicios adecuados a su posición. Su principal interés, sin embargo, estaba en las obras de misericordia y en la oración. Al regresar a su casa, se retiró a una pequeña ermita no lejos de Faucon, con la intención de vivir alejado del mundo, unido a Dios por la penitencia y la contemplación. Sin embargo, su soledad era turbada con tanta frecuencia, que obtuvo permiso de su padre para estudiar teología en París, donde se graduó de doctor y se ordenó sacerdote. Durante su primera misa resolvió, por especial inspiración de Dios, dedicarse a la tarea de rescatar esclavos cristianos de los musulmanes; obra que le gustaba en especial por ser una de las más caritativas, puesto que beneficiaba tanto las almas como los cuerpos. No obstante, antes de embarcarse en tan importante empresa, pensó que era conveniente pasar algún tiempo en el retiro y la oración. Así pues, habiendo oído hablar del santo ermitaño, San Félix de Valois, fue a verlo a Cerfroid y le rogó que le admitiera en su soledad y lo instruyera en el camino de la perfección.

Un día, sentados juntos a orillas de un arroyo, Juan le contó a Félix su plan de rescatar cristianos que estuvieran cautivos de los musulmanes, y habló con tanta elocuencia, que Félix se ofreció para unírsele en la empresa. Salieron para Roma en pleno invierno (era a fines del año 1197) para obtener la bendición del Papa Inocencio III, convencido de que estos dos hombres eran guiados por el Espíritu Santo, dio su consentimiento para la fundación de una nueva orden religiosa y nombró a San Juan el primer superior general. Fue consagrado obispo de París y se señaló al abad de San Víctor para que formulara la regla, que el Papa aprobó después por una bula, en 1198. Les indicó a los religiosos que usaran un hábito blanco con una cruz roja y azul sobre el pecho y que tomaran el nombre de Orden de la Santísima Trinidad. Los dos fundadores volvieron a Francia y se presentaron al rey Felipe Augusto, quien autorizó el establecimiento de la orden en sus dominios, mientras que Gaucher III, señor de Chatillon, les cedió Cerfroid, que se convirtió en el centro de operaciones de la orden.

En los años que siguieron, los dos santos fundaron otros conventos en Francia y enviaron a varios de sus religiosos a acompañar a los condes de Flandes y Blois y otros señores a las Cruzadas. En 1201, San Juan envió a Marruecos a dos miembros de la orden para que rescataran 186 esclavos cristianos. Al año siguiente, el mismo Juan fue a Túnez, donde compró la libertad de 110 cautivos más. Regresó a Provenza, donde recibió regalos que llevó a España para rescatar a un buen número de prisioneros que los invasores tenían cautivos. En un segundo viaje a Túnez sufrió mucho de parte de los infieles, que estaban encolerizados por su celo y su éxito para exhortar a los pobres esclavos a ser constantes en su fe. Cuando volvía con 120 cristianos que había rescatado, los musulmanes destruyeron el timón de su barco y rasgaron las velas. Los musulmanes estaban ciertos de que el navío y su cargamento humano perecerían en el mar. Pero el santo, lleno de confianza en Dios, suplicó que Él fuera su piloto, y después de haber colocado las capas de sus compañeros en lugar de las velas inutilizadas, se puso a rezar su salterio, arrodillado sobre cubierta

con un crucifijo en las manos. Tuvieron un viaje próspero y desembarcaron sanos y salvos en Ostia. Ya para entonces se había propagado la orden en Italia, gracias a los cuidados de Félix y se había obtenido para ella una fundación en París en el sitio de una capilla de San Mathurin, de donde los religiosos toman el nombre de Mathurinos, en Francia. San Juan vivió dos años más en Roma, y murió allá; su culto fue aprobado en 1666.

El relato anterior, tomado de Alban Butler, resume lo que puede encontrarse en las biografías tradicionales, y por así decirlo oficiales, de San Juan de Mata. Hay todavía más detalles en los *Petits Bollandistes* y en las vidas escritas por Gil González de Avila y el P. Calixte, nos narran una misión a Dalmacia adonde se supone que fue enviado el santo por el Papa Inocencio III, en 1199, como legado. El hecho es, como ha señalado Paul Deslandres en su admirable obra "*L'Ordre des Trinitaires pour le rachat des captifs*" (1903), que los religiosos en cuestión no habían tenido el cuidado de conservar ningún archivo. Prácticamente los religiosos no sabían nada de la historia de su fundador, y en los siglos quince y dieciséis, sintiéndose menos por esta ignorancia y aguijoneados por la rivalidad con los mercedarios, hospitalarios y otros, ciertos escritores de su orden deliberadamente compilaron un registro ficticio, al que pretendían darle valor documental. Este proceder es mucho más de lamentar, porque no tuvo lugar en la época de la Edad Media, sino en tiempos relativamente modernos. Parece claro que unos cuantos individuos, con el pretexto de edificar, no tuvieron escrúpulo en inventar una crónica de hazañas gloriosas, recamadas a cada paso con supuestos milagros y revelaciones sobrenaturales, y ponerla en manos de sus cándidos lectores, como una historia de los comienzos de la orden. Penoso como es este hecho, merece recordarse porque justifica la actitud en extremo crítica y severa de los hagiógrafos científicos de la actualidad. Además, cabe hacer notar que una vez que se ha entrado por la vereda de la falsificación histórica, se desvanece todo escrúpulo y el hábito crece aceleradamente. A la crónica falsa de Gil González de Avila siguieron las aún más extravagantes de Figueras y Domingo López. Tenemos a mano un ejemplo convincente.

Para el español o provenzal del siglo diecisiete, la Gran Bretaña era una "Ultima Thule" sobre la cual era probable que nadie supiera mucho. Se escogió este sitio, que ofrecía todas las características para elaborar el romancero, pues los detalles ficticios no serían fácilmente descubiertos.

Así pues, tenemos un volumen infolio de 600 páginas, "Noticias históricas de las tres provincias del Orden de la SS. Trinidad en Inglaterra, Escocia y Hibernia" (Madrid 1714), en el cual Fray López trata de las casas trinitarias en Inglaterra en tiempos del rey Enrique VIII. De acuerdo con López, había cuarenta y cuatro casas trinitarias en las Islas Británicas cuando comenzó la persecución de Enrique; eran ricas y prósperas y contaban con unos 300 a 400 religiosos, cada uno de los cuales entregó su vida por la fe. No es necesario subrayar el hecho de que los trinitarios era una de las órdenes menos notables en las Islas Británicas. Solamente tenía diez casas, la mayoría en condiciones precarias, y no hay razón fundada para pensar que uno solo de los religiosos fuera martirizado. Sin lugar a dudas, las declaraciones hechas por López, sea cual fuere la fuente de donde las sacó, son un tejido de fábulas. Al examinar la lista detallada de referencias con nombres, fechas, títulos, etc., se prueba que todo es una mera farsa; aunque algunos nombres de personas y sitios rela-

cionados con los trinitarios son auténticos, se han mezclado unas cosas propias con otras ajenas. Desgraciadamente, está claro que la biografía tradicional de San Juan de Mata es una obra de otra índole, no se puede dudar de que tal persona existió, que vino de Provenza, que era un hombre excepcionalmente santo y celoso, que fundó la Orden Trinitaria para la redención de cautivos, que obtuvo la aprobación de su regla del Papa Inocencio III, y que murió en Roma el 17 de diciembre de 1213. Pero fuera de esto sabemos muy poco.

La obra ya citada de Paul Deslandres parece haber dicho la última palabra sobre todos estos asuntos. Para información sobre el punto de vista Trinitario, el lector puede consultar a Antonino-de-la-Asunción, en *Monumenta Ordinis Excalceatorum SS Trinitatis Redemptionis captivorum ad provinciam S.P.N. Joanis de Matha spectantia* (1915) y su *Les origines de L'Ordre de la T.S. Trinité d'aprés les documents* (1925) en esta última cf. la *Analecta Bolandiana*, vol. XLVI (1928), pp. 419-420. El libro de D. López mencionado arriba, fue objeto de un artículo por el P. J. H. Pollen en *The Month* (junio 1895) titulado *Spurious Record of Tudor Martyrs.*

SAN NICETO o NIZIER, Obispo de Besançon (¿611? p.c.)

Una de las primeras obras de San Niceto como obispo, fue la de restaurar a Besançon la sede episcopal que había sido trasladada a Noyon, sobre el Lago Ginebra, cuando Besançon fue destruida por los hunos. Hombre santo e ilustrado, San Niceto fue un vigoroso antagonista de la herejía, y se dice que era íntimo del Papa San Gregorio el grande, a quien visitaba y con el que cruzaba correspondencia. Otro de sus amigos era San Columbano, a petición del cual consagró altares en Fontaines, Luxeuil y Annegray, y a quien recibió hospitalariamente en Besançon, cuando el misionero irlandés tuvo que huir de la reina Brunehilda y de su nieto Thierry II. Mons Duchesne muestra que ciertamente hubo un Niceto que fue obispo de Besançon y también que desde temprana fecha fue venerado allí como santo. Sin embargo, sostiene que fue San Niceto quien dio sepultura a San Waldeberto, abad de Luxeuil, el 2 de mayo de 670. Si esto fuera verdad, sería ciertamente imposible que Niceto pudiera haber sido amigo de San Gregorio y de San Columbano.

Esta vida, sacada de Chifflet en el *Acta Sanctorum*, febrero, vol. II, ilustra bien las incertidumbres que acosaban al investigador de historia episcopal merovingia. *Life of St. Waldebert* a la que acude (MGH., *Scriptores*, vol. XV, p. 1173) no parece significar más que San Waldeberto fue sepultado en una cripta que San Niceto había construido, posiblemente más de medio siglo antes.

SAN ESTEBAN DE MURET, Abad (1124 p.c.)

De San Esteban, algunas veces llamado "de Grandmont", se dice que fue hijo de un vizconde de Thiers en Auvernia. Acompañó a su padre a Italia y allí con el tiempo, decidió ser monje. Obtuvo la autoridad papal para establecer en Francia una comunidad parecida a la de otros religiosos que había conocido en Calabria. Sin embargo, la vida de Esteban, tal como la relata el séptimo prior de Grandmont, no es de fiar; presenta varias dificultades cronológicas que dejan mucho que desear. Lo cierto es que, probablemente cerca del año 1110, Esteban fundó un monasterio en el valle de Muret, cerca de Limoges, que se convirtió en una congregación monástica distinta que continuó penosamente existiendo, hasta cerca de fines del siglo dieciocho. Era conocida como

la Orden de Grandmont, por el nombre del sitio adonde sus discípulos emigraron después de la muerte de San Esteban, en 1124.

Aunque no escribió regla alguna que lleve su nombre ("No hay ninguna regla", dijo, "Excepto el Evangelio de Cristo"), puede colegirse mejor qué clase de hombre era Esteban de Muret por la vida de sus monjes en sus principios. Se asemejaba bastante a la de los cartujos y camaldulenses, pero se distinguía por una extrema severidad.

Tenían prohibida toda propiedad y rentas fijas; ningún monje podía salir fuera del recinto y los hermanos legos eran responsables casi por completo de la administración. Tales reglamentaciones combinadas con austeridades personales, le dieron a la orden un atractivo para las almas austeras. Pronto se difundió, pero poco después de medio siglo ya había comenzado su decadencia. Un buen ejemplo de los lugares aislados que escogieron los grandmontinos para sus conventos es el lugar donde se encuentran el priorato de Craswall en Herefordshire, bajo el borde noreste de las Montañas Negras. El rey Enrique II de Inglatrera fue bienhechor de Grandmont, y a petición suya, el Papa Clemente III canonizó a San Esteban en 1189.

La *Vita Sti Stephani* está publicada en el *Acta Sanctorum,* febrero, vol. II, y en Migne, *PL.*, vol. CCIV, cc. 1065-1072. Véase de Marténe, *Amplissima Collectio,* vol. VI, pp. VIII ss.; de Heimbücher, *Die Orden und Kongregationen,* vol. I (1907), pp. 415-416; de D. Knowles, *The Monastic Order in England* (1949), pp. 203-204, y los dos artículos de R. Webster de que se hace referencia, en la *Catholic Encyclopedia,* vol. VI, pp. 725-726 y vol. XIV, p. 291.

BEATO PEDRO EL IGNEO, CARDENAL-OBISPO DE ALBANO (1089 P.C.)

EL MARTIROLOGIO Romano menciona el día 8 de febrero al "Beato Pedro, Cardenal y Obispo de Albano, de la Orden de Valleumbrosa, por sobrenombre el "ígneo", porque pasó ileso por el fuego". Una notable descripción de este incidente se encuentra en una carta que parece ser auténtica, dirigida por los ciudadanos de Florencia al Papa Alejandro II, la cual el abad Atto ha consignado en su "Vida de San Juan Gualberto". Los escritores tratan de la agitación popular que surgió por la introducción simoníaca de Pedro de Pavía en aquella sede. Pedían que se mostrara el juicio de Dios, haciendo pasar a alguna persona la prueba del fuego. Los habitantes apelaron a los monjes de Valleumbrosa.

Por mandato del abad, el monje Pedro, cuyo nombre de familia era el de Aldobrandini, intentó hacer la prueba. Estaban preparados dos grandes montones de leña, de 3 metros por 1.50 metros de ancho, y 1.30 cms. de alto, separados por un espacio de sólo 0.610 mts. de ancho. Pedro ofreció la misa con gran devoción, mientras una multitud de cerca de tres mil personas allí congregadas rezaba fervorosamente.

Estando la leña ya en plena combustión, Pedro se quitó la casulla, y quedándose en alba, manípulo y estola, dirigió una oración a Dios, en la cual suplicaba al Altísimo, que en testimonio de su aborrecimiento a la simonía, lo preservara incólume entre las llamas, como los tres jóvenes del Antiguo Testamento preservados en el horno de Babilonia. Entonces, "intrépido de espíritu y con rostro alegre, después de hacer la señal de la cruz y llevando un crucifijo en la mano, el monje, con majestuosa solemnidad, pasó por entre el fuego, sin

recibir ningún daño ni en su cuerpo, ni en ninguna de las prendas que llevaba". Los escritores declaran que ante sus ojos las llamas parecían extender el alba, y que los pies de Pedro se hundían hasta los tobillos en las cenizas al rojo vivo, pero que ni siquiera el vello de sus piernas se había quemado.* Habiendo hecho el recorrido, el monje se volvió, e iba sobre sus pasos, pero el pueblo no se lo permitió. Estaban satisfechos de que Dios hubiera hablado tan claramente. Poco tiempo después, por el fallo oficial del Papa Alejandro II, Pedro de Pavía fue destituido de la sede de Florencia. Por otro lado el monje Pedro, después de haber sido nombrado abad en otro monasterio, fue llamado a Roma, hecho cardenal, obispo de Albano por San Gregorio VII, y enviado como legado a las misiones de los estados italianos, a Francia y Alemania. Generalmente se admite que murió el 8 de febrero de 1089.

Véase *el Kirchenlexikon*, vol. IX, c. 1915; y de Mann *The Lives of the Popes*, vol. VI, p. 302, que señala que hay otra evidencia contemporánea corroborada por la carta de los florentinos. Un corto ensayo literario sobre la *Vita e Gesta di S. Pietro Igneo*, por I.M. Pieroni, se publicó en Prato en 1894. Parece muy probable que la prueba del fuego propuesta por Francesco di Puglia en el caso de Savonarola, que terminó en fracaso y trajo por resultado la caída del gran reformador, debe haber sido sugerida por el caso histórico de Pedro Igneo 400 años antes. La carta de los ciudadanos de Florencia se ha publicado muchas veces; puede encontrarse en Migne, *PL.*, vol. CXLVI, cc. 693-698, y en el *Acta Sanctorum*, julio, vol. III, pp. 353-359. Cf Benedicto XIV (Lambertini), De... beatificatione, vol. IV, II, 6.

9: SAN CIRILO, ARZOBISPO DE ALEJANDRÍA, DOCTOR DE LA IGLESIA (444 P.C.)

SE HA llamado a San Cirilo el Doctor de la Encarnación, como a San Agustín se le dio el título de Doctor de la Divina Gracia. En la misa siria y maronita se le conmemora como "torre de la verdad e intérprete del Verbo de Dios hecho carne". Toda su vida se apegó a la regla de nunca fomentar doctrina alguna que hubiera aprendido de los antiguos Padres, pero sus libros contra Julián el Apóstata demuestran que también había leído a los escritores profanos. El mismo decía a menudo que descuidaba la elocuencia humana, y ciertamente es de lamentar que no haya cultivado un estilo más claro y que hubiera escrito en un griego más puro. A la muerte de su tío Teófilo en 412, fue elevado a la sede de Alejandría. Comenzó a ejercer su autoridad haciendo que se cerrasen las iglesias de los novacianos y se apoderó de sus vasos sagrados, una acción condenada por el historiador eclesiástico Sócrates; no sabemos las razones que tuvo para obrar de esta manera. Luego echó fuera a los judíos, que eran numerosos y que habían gozado de privilegios en la ciudad desde tiempos de Alejandro el Grande. Tomó esta medida por la actitud sediciosa y por varios actos de violencia cometidos por ellos; aunque tuvo

* Hay innumerables historias, muchas de las cuales parecen basarse en pruebas dignas de confianza, de religiosos místicos de todas partes del mundo, especialmente del Lejano Oriente, que ejecutaron esta misma proeza. Andrew Lang ha coleccionado algunas de ellas en su *Magic and Religion* (pp. 270-294), pero hay muchas otras. Véanse también las páginas excelentes por J. F. Rinn en *Sixty Years of Psychical Research* (New York, 1950), pp. 582-585.

la aprobación del emperador Teodosio, esto exasperó a Orestes el gobernador. Esta desdichada desavenencia con Orestes acarreó graves dificultades. Había una mujer pagana Hypatia, de carácter noble, que en aquel tiempo era la profesora de filosofía más influyente en Alejandría. Su fama era tan grande, que acudían a ella discípulos de todas partes. Entre sus discípulos se contaba al gran obispo Synesio, que le presentaba sus obras para que ella las criticara. Era muy respetada por el gobernador, quien consultaba con ella asuntos aún de la administración civil. En ninguna parte había un populacho tan indómito, más inclinado a desórdenes y actos de violencia que en Alejandría. Habiendo entrado en ellos la sospecha de que Hypatia había provocado al gobernador contra su obispo, la plebe la atacó en las calles (año 424), sacándola de su carroza, y despedazando su cuerpo, con pena inmensa y escándalo de todos los buenos, particularmente de Cirilo. Sólo otro hecho sabemos referente a este primer período de su episcopado. Habían anidado ciertos prejuicios contra San Juan Crisóstomo, cuando estuvo con Teófilo en el Sínodo del Roble; Cirilo tenía algo de la obstinación de su tío, y no era fácil inducirlo a incluir el nombre del Crisóstomo en los dípticos de la Iglesia de Alejandría.

En el año 428, Nestorio, un sacerdote monje de Antioquía, fue elegido arzobispo de Constantinopla. Este enseñaba, al igual que algunos de su clero, que había dos personas distintas en Cristo, la de Dios y la de hombre, unidas solamente por una unión moral, por lo que según ellos, Dios-cabeza (Dios parte superior o principal) moraba en la humanidad meramente como en su templo. Consiguientemente, negaba la Encarnación de Dios hecho hombre. También decía que no se debía llamar a la Santísima Virgen Madre de Dios, sino sólo del hombre Cristo, cuya humanidad era únicamente el templo de la divinidad y no una naturaleza hipostáticamente unida a la Persona divina. Sus homilías resultaron muy ofensivas y levantaron protestas de todos lados contra los errores que contenían. San Cirilo le envió una suave amonestación, pero Nestorio le respondió con altivez y desprecio. Ambas partes apelaron al Papa San Celestino I, quien después de examinar la doctrina en un concilio de Roma, la condenó y pronunció sentencia de excomunión y destitución contra Nestorio, a menos que en los siguientes diez días, a partir de la fecha en que recibiera aviso de la sentencia, se retractara de sus errores. San Cirilo, quien fue nombrado para ver que la sentencia se cumpliera, le envió a Nestorio, con su tercera y última citación, doce proposiciones con anatemas que debía firmar como prueba de su ortodoxia. Nestorio, sin embargo, se mostró más obstinado que nunca.*

Esto dio ocasión a que se convocara el tercer concilio general, que se celebró en Efeso en 431, al que asistieron doscientos obispos con San Cirilo a la cabeza, como obispo de mayor edad y representante del Papa Celestino. Nestorio estaba en la ciudad, pero se negó a comparecer; entonces, después de haber leído sus sermones y otras pruebas recibidas en su contra, sus doctrinas fueron condenadas y se pronunció la sentencia de excomunión y destitución. Seis días después, llegaron a Efeso el arzobispo Juan de Antioquía, con cuarenta y un obispos que no habían podido llegar a Efeso a tiempo. Estaban a favor de Nestorio, aunque no compartían sus errores, de los cuales ciertamente lo consideraban inocente. En lugar de asociarse al concilio, se reunieron aparte y tuvie-

* Es discutible si Nestorio sostenía todas las opiniones que se le atribuyen; en todo caso él fue el que originó la herejía que lleva su nombre.

ron la presunción de destituir a San Cirilo, acusándolo a su vez de herejía. Ambos partidos apelaron al emperador, quien ordenó arrestaran a Cirilo y a Nestorio y los pusieran en prisión. Cuando llegaron los tres legados del Papa Celestino, el asunto tomó otro aspecto. Después de cuidadosa consideración de lo que se había hecho, los legados confirmaron la condenación de Nestorio, aprobaron la conducta de Cirilo, y declararon nula e inválida la sentencia que se había pronunciado contra él. Así, fue rehabilitado honrosamente y, aunque los obispos de la provincia de Antioquía continuaron su cisma por un tiempo, hicieron las paces con San Cirilo en 433, condenaron entonces a Nestorio y dieron una declaración clara y ortodoxa de su propia fe. Nestorio se retiró a su antiguo monasterio de Antioquía, pero después fue desterrado al desierto egipcio.

San Cirilo, que así triunfó de la herejía por su intrepidez y valor, pasó el resto de su vida sosteniendo la fe de la Iglesia y trabajando en las labores de su sede, hasta su muerte en 444. Los alejandrinos le dieron el título de Maestro del Mundo, mientras que el Papa Celestino lo nombraba "el generoso defensor de la fe católica", y "hombre apostólico". Fue hombre de carácter fuerte e impulsivo, valiente, pero algunas veces demasiado vehemente y aun violento. El abad Chapman ha comentado que con más paciencia y diplomacia de su parte se hubiera evitado que surgiera la Iglesia nestoriana, que por largo tiempo fue una potencia en el oriente. Pero tenemos que agradecerle la firme e inflexible posición que tomó con respecto al dogma de la Encarnación, actitud que llevó a las declaraciones claras del gran concilio que presidió. Aunque desde su tiempo el nestorianismo y el pelagianismo han tratado de levantar la cabeza tomando diferentes nombres en varias regiones del mundo, nunca más han llegado a ser una verdadera amenaza para la Iglesia católica. Debemos agradecer a Cirilo que en nuestras generaciones no tengamos duda alguna sobre lo que debemos creer con respecto al misterio sobre el cual fundamos nuestra fe como cristianos. Fue declarado Doctor de la Iglesia Universal en 1882, y en el decimoquinto centenario de su muerte, en 1944, el Papa Pío XII escribió una encíclica, "Orientalis Ecclesiae", sobre "esta lumbrera de la sabiduría cristiana y héroe valiente del apostolado".

La gran devoción que este santo tuvo al Santísimo Sacramento, se pone de manifiesto por la frecuencia con lo que subraya los efectos que produce en aquellos que lo reciben dignamente. Afirma con énfasis que por la Sagrada Comunión formamos un mismo cuerpo con Cristo y seguramente debe ser difícil para los que tienen la misma fe definida en los seis primeros concilios generales, cerrar los ojos ante la evidente convicción con que San Cirilo afirmaba su doctrina eucarística, antes del año 431. En una carta a Nestorio, que recibió el beneplácito general y oficial de los Padres de Efeso, escribía:

"Proclamando la muerte según la carne del Hijo unigénito de Dios, engendrado, o sea, Jesucristo, y confesando su Resurrección de entre los muertos y su Ascensión al Cielo, celebramos el sacrificio incruento en nuestras iglesias; y así nos acercamos a las condiciones místicas, y nos santificamos por la participación de la Carne sagrada y Sangre preciosa de Cristo el Salvador de todos nosotros. Y lo recibimos, no como carne ordinaria (que Dios no lo permita), ni como carne de un hombre santificado y asociado con el Verbo, de acuerdo con la unidad del rito, o teniendo un morador divino, sino realmente como la verdadera carne del Verbo mismo (Higne, PG., LXXVII,

113). Y a Calosyrius, obispo de Arsinoe le escribió:

"He oído decir que la consagración sacramental no aprovecha para la santificación, si una porción de la misma se guarda para otro día. Al decir esto yerran. Porque Cristo no se altera, ni su Cuerpo sagrado se cambia; sino que la virtud de la consagración y la gracia que da vida todavía permanecen en ella" (Migne, PG., lxxvi, 1073.)

Nuestro conocimiento de San Cirilo se deriva principalmente de sus propios escritos y de los escritores eclesiásticos Sócrates, Sozomeno y Teodoreto. El aspecto de su vida y obra presentada por Butler es el aspecto tradicional, y aquí no hacemos referencia a las discusiones que, debido principalmente al descubrimiento de la obra conocida como *The Bazaar of Heracleides*, se han entablado desde entonces sobre Nestorio y sus enseñanzas. Existe abundante literatura sobre San Cirilo. Se encontrará una relación suficiente en los dos artículos en DTC., *Cyrille d'Alexandrie* y *Ephese, Concile de* lo mismo que en *la Patrology* de Bardenhewer. Véase también Duchesne, *Historie ancienne de l'Eglise*, vol. III (traducción inglesa); Abbot Chapman en la *Catholic Encyclopedia*, vol. IV, pp. 592-595; y A. Fortescue, *The Greek Fathers* (1908).

SANTA APOLONIA, Virgen y Mártir (249 p.c.)

San Dionisio de Alejandría escribió a Fabio, obispo de Antioquía, un relato sobre la persecución de los cristianos por el populacho pagano de Alejandría, en el último año del reino del emperador Felipe. La primera víctima de su furia fue un anciano venerable llamado Metras o Metrius, a quien trataron de obligar a proferir blasfemias contra Dios. Cuando se negó, lo azotaron, le clavaron astillas de caña en los ojos, y lo mataron a pedradas. La siguiente persona que aprehendieron fue a una mujer cristiana, llamada Quinta, a quien llevaron a uno de sus templos para forzarla a adorar al ídolo. Ella se dirigió al falso dios con palabras de desprecio que exasperaron tanto al pueblo, que la arrastraron por los talones por encima del empedrado, la azotaron y le dieron muerte a pedradas. Por esos días, los alborotadores habían llegado al colmo de su furor. Los cristianos no ofrecían resistencia, sino que se daban a la fuga, abandonando todas sus pertenencias, sin quejarse, porque sus corazones estaban despegados de la tierra. Su constancia era tan general, que San Dionisio no supo de ninguno que hubiera renunciado a Cristo. Se apoderaron de Apolonia, una diaconisa de edad avanzada. Con golpes en la cara, le tiraron todos los dientes, y después, prendiendo una gran hoguera fuera de la ciudad, la amenazaron con arrojarla dentro si no pronunciaba ciertas palabras impías. Les rogó que le dieran unos momentos de tregua, como si fuera a considerar la proposición; después, para convencer a sus perseguidores de que su sacrificio era perfectamente voluntario, tan pronto como la dejaron libre, se lanzó dentro de las llamas. Luego descargaron su furia sobre un santo hombre llamado Serapión y lo atormentaron en su propia casa; después lo tiraron de cabeza desde la azotea.

En la mayoría de regiones de la Iglesia occidental se encuentran iglesias y altares dedicados en honor de Santa Apolonia, pero no se la venera en ninguna iglesia oriental, aun cuando sufrió en Alejandría. San Agustín explica por qué razón anticipó su muerte. El santo supone que obró por una dirección particular del Espíritu Santo, porque de otra manera no sería lícito hacerlo; nadie puede apresurar su propio fin. Se la invoca contra el dolor de muelas y todas las enfermedades dentales, y se le representa con un par de pinzas que

sostienen un diente, o si no, se le distingue por un diente de oro pendiente de su collar.

San Eusebio incluye en su historia la declaración de San Dionisio de Alejandría (VI, 41). Véase también el *Acta Sanctorum*, febrero, vol. II; de Künstle, *Ikonographie*, pp. 90-93 donde se encontrará una excelente bibliografía que principamlente trata de las representaciones artísticas de Santa Apolonia; *Il martirio di S. Apollonia* (1934), por G. B. Poletti, un cirujano dentista. Cf. también un artículo por H. Nux en la *Revue d'odontologie*, vol. III (1947), pp. 113 ss. y al P. M. Coens en la *Analecta Bollandiana*, vol. LXX (1952), pp. 138-159, donde se dan algunas recientes referencias bibliográficas. Hay una revista periódica de los dentistas en Boston, EE.UU., titulada *The Apollonian.*

SAN NICEFORO, MÁRTIR (sin fecha)

VIVÍA EN Antioquía un sacerdote llamado Sapricio y un seglar por nombre Nicéforo, que habían sido íntimos amigos por muchos años, hasta que surgió la discordia entre los dos, y a su amistad siguió un odio encarnizado. Esto continuó por algún tiempo hasta que Nicéforo, dándose cuenta de lo pecaminoso de tal rencor, resolvió buscar la reconciliación. Dos veces envió a algunos de sus amigos para que fueran con Sapricio a pedirle su perdón. El sacerdote, no obstante, se negó a hacer las paces. Nicéforo los envió una tercera vez, siempre sin resultado alguno, pues Sapricio tenía cerrados sus oídos aun a Cristo, que nos manda perdonar si queremos ser perdonados. Nicéforo entonces fue personalmente a su casa, y reconociendo su falta, humildemente suplicó que lo perdonara; pero esto tampoco tuvo mejor éxito. Era el año 260, y repentinamente comenzó el furor de la persecución contra los cristianos, bajo Valerio y Galieno.

Poco después Sapricio fue aprehendido y llevado ante el gobernador que le preguntó su nombre. "Sapricio", respondió. "¿Cuál es tu profesión?" inquirió el gobernador, "Soy cristiano", le respondió él. Luego le preguntó si era del clero. "Tengo el honor de ser sacerdote", replicó Sapricio, añadiendo, "nosotros los cristianos reconocemos a un Señor y Maestro, Jesucristo, que es Dios: el único y verdadero Dios, que creó el cielo y la tierra. Los dioses de los paganos son demonios". El gobernador, exasperado, dio órdenes para que lo torturaran en el potro. Esto no hizo flaquear la constancia de Sapricio, quien dijo a sus verdugos, "Mi cuerpo está en sus manos, pero no pueden tocar mi alma de la cual es dueño Jesucristo, mi Salvador". El gobernador, viéndolo tan resuelto, pronunció la sentencia: "Sapricio, el sacerdote cristiano, que tan ridículamente está cierto de que resucitará de nuevo, será entregado al verdugo público para ser decapitado, porque ha despreciado el edicto de los emperadores".

Parece que Sapricio recibió la sentencia alegremente, y aún tenía prisa por llegar al lugar de la ejecución. Nicéforo salió corriendo a encontrarlo, y arrodillándose ante él, dijo, "Mártir de Jesucristo, perdóname mi ofensa". Sapricio no contestó. Nicéforo esperó a que pasara por otra calle y de nuevo le rogó lo perdonara, pero el corazón de Sapricio estaba cada vez más endurecido y ni siquiera quiso mirarlo. Los soldados se mofaron de Nicéforo por ansiar tanto el perdón de un criminal camino de la muerte. En el sitio de la ejecución, Nicéforo renovó sus súplicas, pero todo fue en vano. El verdugo le ordenó a Sapricio que se arrodillara para que le cortara la cabeza. Sapricio preguntó, "¿Por qué razón?" "¿Porque no quieres ofrecer sacrificios a los

dioses y obedecer a los emperadores". El desgraciado hombre exclamó. "Deteneos, amigos. No me deis muerte. Haré lo que vosotros deseéis: estoy listo a ofrecer sacrificios!". Nicéforo, angustiado por su apostasía, exclamó, "Hermano, ¿qué es lo que haces? ¡No renuncies a nuestro maestro, Jesucristo! ¡No pierdas la corona que has ganado con tus sufrimientos!" Pero como Sapricio no quiso prestar atención a sus palabras, Nicéforo, llorando amargamente, dijo a los verdugos, "Soy cristiano, y creo en Jesucristo a quien este desgraciado hombre ha negado: Mirad, estoy dispuesto a morir en su lugar". Todos quedaron sumamente asombrados y los oficiales despacharon a un lictor al gobernador para preguntarle lo que debían hacer. El gobernador respondió que si Nicéforo persistía en negarse a ofrecer sacrificios a los dioses, debería perecer; y de acuerdo con esto, fue ejecutado. Así, Nicéforo recibió tres coronas inmortales: la de la fe, la de la humildad y la de la caridad.

Aunque en este día se conmemora a San Nicéforo en el Martirologio Romano, y aunque las actas han sido consignadas por Ruinart en su colección de historias auténticas de martirios, es casi indudable que el P. Delehaye tiene toda la razón al considerar la narración arriba citada sólo como una novela piadosa. Ruinart de hecho no ha sido completamente sincero en el tratado que publicó. El texto griego más antiguo contiene muchas citas de la Sagrada Escritura y otros comentarios que un observador perspicaz descubre que fueron escritos por el autor con el fin de edificar, lo cual era su objeto principal. Ruinart ha omitido estos pasajes en revisiones más recientes. Todo el fin de la narración de Nicéforo, como Delehaye señala en *Les passion des martyrs et les genres littéraires,* (1921), p. 220 es enseñar la lección moral del perdón de las injurias. Sostiene que estas actas constituyen un ejemplar típico de la "novela de imaginación", cuyo héroe nunca existió. (Véase *Les légendes hagiographiques*, 1927, pp. 109 y 113). Es verdad que Nicéforo ha sido adoptado como santo local en Istria (ib., p. 56), pero ciertamente que no era de allá. Véase el *Acta Sanctorum*, febrero, vol. II; BHL., nn. 6085, 6086; BHG., nn. 1331-1334; *Analecta Bollandiana*, vol. XVI, (1897), p. 299.

SAN SABINO, Obispo de Canosa (*c.* 566 p.c.)

La historia de Sabino es bastante difícil de desembrollar, no sólo porque está recargada de leyendas, sino también porque hay otros dos santos del mismo nombre en el "Acta Sanctorum" el 9 de febrero y algunos puntos de sus vidas son tan semejantes, que parece que se han confundido. Uno de ellos fue un obispo que asistió a la consagración del santuario de San Miguel en el Monte Gárgano, en 493, y fue sepultado en Atripaldo, mientras que nuestro santo vivió después y su cuerpo fue enterrado en otro lugar. Nació en Canosa* en Apulia. Desde su juventud no aspiraba sino a las cosas de Dios, y no deseaba en absoluto el dinero, excepto como medio para ayudar a los pobres, cosa que hacía con suma generosidad. Llegó a ser obispo de Canosa, y tenía amistad con la mayoría de los hombres prominentes de su tiempo, incluyendo al mismo San Benito, quien parece que le predijo que Roma no sería destruida por Totila y los godos. El Papa San Agapito I lo envió a la corte del emperador Justiniano para apoyar al recién nombrado patriarca, San Mennos contra el hereje Anthimus y asistió al concilio que presidió Mennos en el año 536. En su camino de regreso, pasó por Lycia, visitó la tumba de San Nicolás en Myra, donde se le mostró el santo en una visión.

En su ancianidad, Sabino perdió la vista, pero fue dotado de gran luz

* Canosa en Apulia (Canusium) es completamente diferente a Canossa, no lejos de Parma, famosa en la vida del Papa San Gregorio VII.

interior y del don de profecía. Se cuenta que Totila, deseando poner esto a prueba, persuadió al copero del obispo para que lo dejara ofrecerle la copa del brindis al santo ciego. No bien Sabino asió la copa exclamó, "Viva esa mano"; y desde entonces Totila y sus cortesanos lo consideraban como profeta. Otra ocasión en que demostró su poder de profecía fue cuando su arcediano Vindimus, que ansiaba obtener el obispado, deseando apresurar su muerte, indujo al copero a poner veneno en la copa del anciano. San Sabino dijo al joven, "Bébelo tú; yo sé lo que contiene". Entonces, cuando el copero retrocedió sobresaltado, el santo tomó la copa y la apuró diciendo: "Beberé esto, pero el instigador de este crimen nunca será obispo". El veneno no lo dañó en absoluto, pero el que había querido ser su sucesor murió en aquella misma hora, en su casa a 4 kms. de distancia de allí. San Sabino murió a los cincuenta y dos años de edad, y su cuerpo fue trasladado posteriormente a Bari, donde parece que estuvo olvidado algún tiempo y fue redescubierto en 1901. En 1562, el altar de mármol bajo el cual estaban sus reliquias fue cubierto con plata y se grabó una inscripción en él, indicando los hechos más notables del santo.

Véase *Acta Sanctorum*, febrero, vol. II; los *Dialogues* de San Gregorio, vol. II, c. 15, y vol. III, c. 5; de Ughelli Coletus, *Italia Sacra*, vol. X, (1722), p. 37.

BEATO MARIANO SCOTO (1088 P.C.)

EL VERDADERO nombre de Mariano Scoto fue el de Muiredach MacRobartaigh, natural de Donegal, probablemente. En su juventud se hizo notar por su atractivo físico y su gran fuerza, lo mismo que por su piedad y la encantadora sencillez de sus modales. Sus padres lo tenían destinado al sacerdocio, y desde muy joven vistió una especie de hábito, pero sin ingresar a ninguna comunidad. En 1067, salió de Irlanda junto con varios compañeros, con la intención de llegar a Roma. En Bamberg, los peregrinos fueron recibidos bondadosamente por el obispo Otto y, bajo su dirección, praticaron la regla conventual más estricta durante un año, hasta que el obispo, convencido de su vocación, les aconsejó abrazaran la vida religiosa y todos ingresaron al monasterio benedictino de Michelsburg. Aunque los monjes los recibieron cordialmente, los jóvenes formaron un grupo aparte, debido a que desconocían el alemán y al fin se retiraron a unas celdas separadas del monasterio. Ahí permanecieron algún tiempo, hasta que el abad les autorizó a continuar su peregrinación a Roma. Sin embargo, nunca llegaron a su destino, puesto que al pasar por Ragensburg, se detuvieron en el Alto Monasterio y ahí se quedaron para siempre al descubrirse que Mariano era un escribiente muy diestro, que la abadesa Emma lo necesitaba para transcribir sus libros. Desde aquel momento, Mariano se consagró en cuerpo y alma a copiar los textos religiosos con una diligencia incomparable. Su biógrafo, después de hablar de la rapidez con que escribía, agrega: "Entre las obras que la Divina Providencia se dignó ejecutar por medio del Beato Mariano, yo considero la más digna de alabanza y admiración el Antiguo y el Nuevo Testamentos con comentarios y explicaciones. Ponía el beato mucho celo en su trabajo y repetía la copia de los sagrados textos hasta que quedaban perfectos. La labor era incesante y Mariano la ejecutaba como una penitencia para ganar el cielo, porque todo el tiempo vistió hábitos burdos que le mortificaban y vivió en la más completa austeridad. "El Beato Mariano

y sus compañeros habitaban en amplias celdas donde aquel escribía, mientras los otros preparaban los pergaminos. Fue por entonces cuando ocurrió un caso maravilloso que registran las crónicas: cierta noche, la criada que debía llevar velas para que Mariano continuara escribiendo, se olvidó de hacerlo; ya bien entrada la noche, se acordó de su olvido y para repararlo, decidió llevar las velas inmediatamente a la celda del beato. Al llegar, junto con otra criada, ambas quedaron atónitas al verlo escribiendo con la mano derecha y la izquierda levantada para alumbrarse con los rayos de luz fulgurante que salían de sus dedos. El extraordinario suceso fue muy difundido y comentado; la fama del beato se extendió por toda la comarca, pero él parecía no darse cuenta y proseguía su vida humilde y callada, trabajando sin cesar.

Al cabo de algún tiempo, Mariano pensó en reanudar su interrumpido viaje a Roma, pero antes de tomar una decisión, oró fervorosamente, pidiendo que el Espíritu Santo lo iluminara para saber si la voluntad de Dios era que partiese o se quedara en Regensburg. El cielo respondió a sus ruegos con un sueño, en el cual Mariano advirtió ciertos signos que interpretó como un aviso divino para que permaneciera donde estaba. Así fue como se quedó en Regensburg, dedicado al trabajo, la oración y la penitencia, hasta el fin de su vida.

A fuerza de copiar la literatura sagrada llegó a conocerla profundamente y no sólo era teólogo, sino también poeta. Sería imposible hacer una lista de todos los libros que transcribió o que escribió. Fueron innumerables los salterios y pequeños devocionarios que salieron de sus manos y se perdieron en las de clérigos pobres y damas piadosas. Sólo existen todavía algunos de sus escritos originales; en la gran biblioteca de Viena hay un manuscrito suyo de las Epístolas de San Pablo (y la Epístola apócrifa a los Laodiceanos), está escrito con su característica letra pequeña y delicada y sus comentarios al margen y al final, la firma de Mariano, con su nombre verdadero y los apellidos de su familia, escritos en su lengua natal. El P. Denis, S.J., que era bibliotecario a fines del siglo dieciocho, ha dado una descripción interesante de este documento.

La abadesa del Alto Monasterio cedió a Mariano la iglesia de San Pedro y su terreno adyacente, donde el beato fundó un monasterio para los irlandeses, en 1078. La fama de su santidad atrajo a muchos paisanos, y el convento prosperó rápidamente. Mariano fue el primer abad y los seis que le sucedieron eran también celtas, naturales de la provincia de Ulster. Aquel fue el origen de los monasterios escoceses o irlandeses que florecieron en el sur de Alemania, algunos de los cuales alcanzaron después tanta celebridad.

Véase *Life of Marianus*, en el *Acta Sanctorum*, febrero, vol. II; de Rader, *Bavaria Sancta*, vol. II, pp. 227-228 y *Proceeding of the Royal Irish Academy*, vol. VII, pp. 290 ss.

10: SANTA ESCOLASTICA, Virgen (543 p.c.)

POR SAN Gregorio sabemos que esta santa, hermana gemela de San Benito, según la tradición, se consagró a Dios desde su más tierna edad. No se sabe si vivía en su casa o en alguna comunidad religiosa, pero sí hay datos de que cuando su hermano residió en Monte Casino, ella se hallaba en Plombariola, probablemente fundando y gobernando un monasterio, a unos

ocho kilómetros de distancia del convento de San Benito. San Gregorio nos dice que San Benito era superior de monjas y de monjes, y parece evidente que Santa Escolástica debió ser la abadesa de las monjas dirigidas por su hermano. Tenía la costumbre de visitar a San Benito una vez al año, y como no estaba permitido que entrara al monasterio, él salía a su encuentro para llevarla a una casa de confianza, donde los hermanos pasaban la velada orando, cantando himnos de alabanza a Dios y discutiendo asuntos espirituales.

San Gregorio hace una notable descripción de la última de estas visitas. Después de haber pasado el día como de costumbre, se sentaron a cenar y entonces Escolástica, presintiendo quizá que no volvería a ver a su hermano, rogó que no partiera aquella noche sino hasta el día siguiente, para tener la oportunidad de pasar el tiempo dialogando sobre los gozos del cielo. Benito no era capaz de quebrantar sus reglas pasando una noche fuera de su monasterio y como resultaran inútiles los ruegos de Escolástica, apeló a Dios con una ferviente oración para que interviniera en su ayuda. Apenas había terminado su plegaria, cuando estalló una tormenta tan violenta, que San Benito y sus compañeros se vieron obligados a quedarse en la celda. El santo increpó a Escolástica con estas palabras: "Dios te perdone, hermana; ¿qué has hecho?" A lo que ella respondió: "Te pedí un favor y me lo negaste. Se lo pedí a Dios y El me lo ha concedido". Convencido Benito de la intervención divina, se manifestó dispuesto a hacer lo que su hermana deseaba y ambos pasaron la noche hablando de las cosas santas y de los bienaventurados que ya gozaban de una felicidad, a la que ambos aspiraban ardientemente. Al salir el sol, se separaron y tres días después, Santa Escolástica murió. San Benito estaba en esos momentos solo en su celda, absorto en la oración y tuvo la visión del alma de su hermana ascendiendo al cielo con figura de paloma. Lleno de alegría, dio gracias a Dios y salió para anunciar a sus hermanos la muerte de Escolástica. Por mandato suyo, algunos monjes fueron a buscar el cuerpo y le dieron sepultura en una tumba que ya habían preparado. Ahí mismo fue enterrado San Benito cuando murió y, como dice el cronista: "Fue así como un mismo sepulcro reunió los cuerpos de aquellos cuyas almas habían estado siempre íntimamente unidas en el Señor". Al parecer, sus reliquias fueron trasladadas a Francia en el siglo VII y depositadas en Le Mans.

No sabemos prácticamente nada de Santa Escolástica, excepto el resumen de los dos capítulos de *Los Diálogos* de San Gregorio, vol. II, pp. 33-34.

SANTOS CARALAMPIO, PORFIRIO y BATO, MÁRTIRES (202 P.C.)

EN UN resumen de los martirologios griegos se dice que, bajo el reinado de Séptimo Severo, el prefecto Luciano, que gobernaba en Magnesia, mandó detener a un sacerdote llamado Caralampio, porque éste despreciaba los edictos imperiales que prohibían predicar el Evangelio. Con el propósito de vencer la constancia del sacerdote, Luciano mandó que le torturaran y él mismo se unió a los verdugos para desgarrar las carnes del confesor con garfios de hierro. Se dice que en aquel momento, por justo juicio de Dios, las manos del prefecto Luciano quedaron paralizadas y adheridas al cuerpo del mártir, sin que su dueño pudiese retirarlas. Pero Caralampio elevó a Dios una plegaria,

pidiendo el perdón para el inhumano verdugo y las manos de Luciano recuperaron el movimiento. Ante un prodigio tan evidente, los dos lictores, porfirio y Bato, que también desempeñaban el oficio de verdugos, abjuraron del culto de los ídolos y se declararon cristianos; tres mujeres que presenciaban el suplicio, siguieron su ejemplo. Pero el prefecto persistió en su incredulidad y mandó que todos fuesen decapitados al instante.

Debe hacerse notar que este resumen no menciona al emperador ni habla de Antioquía de Pisidia. Las "actas", que por otra parte son poco dignas de confianza, se detienen en diversos detalles, pero no dicen nada sobre los compañeros del mártir. La fiesta de San Caralampio figura el 10 de febrero en los agregados al martirologio de Usuardo y parece que su culto se extendía hasta las regiones de Hainaut.

Véase *Acta Sanctorum,* febrero; Bolland *Sinaxario de Constantinopla,* columnas 455 y 988. La obra anónima: *Le glorieux triomphe de saint Charalampe, pretre et martyr, dont les Reliques reposent a Wadelencourt, en Hainaut,* (Douai, 1771).

SANTA SOTERA, Virgen y Mártir (304 p.c.)

San Ambrosio reconoce orgullosamente a esta santa como la honra mayor de su familia. Sotera descendía de una larga línea de cónsules y prefectos, pero su gloria principal radica en el desprecio que, por amor a Cristo, sintió por su noble cuna, sus riquezas, su gran belleza y todo lo que el mundo considera tan valioso. Desde muy joven consagró su virginidad a Dios y para evitar los peligros a que estaba expuesta, se negó resueltamente a portar cualquier ropaje o adorno que hiciera resaltar su belleza. Su virtud la preparó para confesar la firmeza de su fe, cuando se inició la persecución de Diocleciano y Maximiano contra los cristianos y ella fue obligada a comparecer ante los magistrados. Por orden del juez la abofetearon y Sotera dio gracias al cielo por verse maltratada en la misma forma que su Salvador. Aunque el juez mandó que la torturaran cruelmente, no consiguió que la santa exhalara un gemido o derramara una lágrima. Al fin, vencido por su constancia, ordenó que fuera decapitada. Debemos admitir que no sabemos claramente si todo esto sucedió a un mismo tiempo o en varias etapas. Puede ser que Santa Sotera haya sido aprehendida y torturada cuando era una jovencita durante la persecución de Decio y que cincuenta año después, bajo Diocleciano, alcanzara la corona del martirio, al morir decapitada por su fe.

Prácticamente hablando, sólo basamos nuestro conocimiento de esta mártir en dos pasajes de San Ambrosio. Habla de ella en su *De virginibus,* III, 7, y en su *Exhortatio Virginis,* c. 12. Al mismo tiempo se sabe por el *Hieronymianum* que originalmente fue sepultada en Roma, en la Via Apia. Una de las catacumbas, cuya ubicación es difícil determinar, llevó su nombre. Su cuerpo fue trasladado posteriormente por mandato del Papa Sergio II, a la iglesia de San Martino dei Monti. Véase el *Acta Sanctorum,* febrero, vol. II, y el *Romische Quartalschrift,* 1905, pp. 50-63 y 105-133.

SANTA AUSTREBERTA, Virgen (704 p.c.)

Santa Austreberta o Eustreberta fue hija de uno de los principales cortesanos del rey Dagoberto, el conde Palatino Badefrido y de Santa Framechildis. Nació cerca de Thérouanne, en Artois, y fue una niña seria y piadosa, con la

mente fija en iglesias y conventos. Un día, mientras contemplaba su imagen reflejada en el agua, vio un velo sobre su cabeza; aquella extraña experiencia le produjo una impresión permanente. Al cumplir los doce años, su padre le anunció que ya tenía proyectado su matrimonio y la idea resultó tan desagradable para Austreberta, que huyó de la casa, acompañada por su hermano menor. Se refugió en un monasterio, donde el abad le dio asilo y le prometió imponerle el velo. Sin embargo, al saber quién era ella y pensando en lo preocupados que estarían sus padres por su ausencia, la persuadió para que regresara con él a su hogar. Omer explicó el asunto a sus padres, que terminaron por acceder a que la joven entrara al convento, después de vivir con ellos algún tiempo. Aquel fue un período de prueba para Austreberta que se sentía atormentada por los escrúpulos de no haber respondido al llamado de Dios. Tanto importunó a los suyos para que la dejasen partir, que por fin su padre la llevó al monasterio de Port (después Abbeville), en el Somme, donde tomó el hábito ella misma.

Muy pronto se ganó todos los corazones con su piedad y humildad. Ella misma estaba feliz en aquella comunidad tan devota y observante. Se cuenta que un día cuando Austreberta horneaba el pan para la casa, ocurrió un suceso extraordinario. En el horno caliente ya se habían extinguido las llamas. Los panes estaban listos y sólo faltaba sacar las brasas. Austreberta metió la escoba, que se incendió de pronto y llenó el horno con fuego. Austreberta, temiendo que el pan se quemara, cerró primero la puerta de la cocina y después, inclinándose entre las llamas, que no le hicieron ningún daño, limpió el interior del horno con sus manos y sacó el pan. A la asombrada muchacha que había presenciado la escena le encargó que no dijera nada a nadie y después siguió con su tarea tranquilamente, sin ninguna quemadura en sus carnes ni en sus ropas. Sólo a su confesor reveló Austreberta lo sucedido y, aunque éste quedó lleno de admiración, le advirtió: "Hija, no vuelvas a ser tan temeraria, no sea que la próxima vez tientes a Satanás y recibas algún daño".

En aquel tiempo vivía un hombre piadoso llamado Amalberto que había fundado en Pavilly el monasterio en el que profesó su hija Aurea. Por consejo de San Filiberto, Amalberto nombró superiora de su convento a Austreberta, quien ya desde hacía tiempo era abadesa de Port.

La santa se resistió a separarse de sus amadas hijas para ir a enfrentarse con muchas dificultades en otro monasterio, pero ante la insistencia de San Filiberto acabó por aceptar. En su nueva casa encontró una completa falta de disciplina y se impuso la tarea de urgir a sus monjas el estricto cumplimiento de las reglas; pero las religiosas no se conformaron con aquella severidad y acudieron a protestar ante Amalberto, y acusaron a la santa de varias ofensas graves. El fundador dio crédito a las calumnias y después de injuriar a la superiora, llegó al grado de amenazarla con su espada, pero Austreberta no se inmutó y ciñéndose el velo alrededor del cuello, inclinó la cabeza esperando el golpe mortal. Su valor hizo que Amalberto recuperara la cordura y desde entonces la dejó que gobernara a sus monjas del modo que creyera conveniente.

La obra *Life of St. Austreberta* editada por los bolandistas e incluida en *Acta Sanctorum*, febrero, vol. II, probablemente fue compilada poco después de su muerte, en los primeros años del siglo ocho. Algunos detalles son más claros en la biografía de su madre Santa Framechildis, publicada en *Analecta Bollandiana*, vol. XXXVIII, (1920), pp.

155-156, tomada de un manuscrito del Museo Británico. Véase también DHG., vol. v. cc. 790-792.

SAN GUILLERMO DE MALEVAL (1157 P.C.)

No SABEMOS nada sobre el origen y la familia de este santo, que al parecer fue francés. Se cree que sirvió como soldado en su juventud y que llevó una vida disipada. Los primeros relatos definidos que tenemos datan de 1145, cuando Guillermo iba como un penitente en peregrinación a Roma. Ahí pidió al Papa Eugenio III, posteriormente beatificado, que le impusiera una penitencia, y el Pontífice le ordenó que visitara los Santos Lugares en Jerusalén. Ocho años empleó en preparar y realizar su viaje y una vez de regreso en Toscana, se retiró a un lugar solitario para seguir la penitencia, hasta que lo convencieron para que se encargara del gobierno de un monasterio en el territorio de Pisa. Sin embargo al considerarse incapaz de acabar con el relajamiento y el desorden que imperaban en el convento, se retiró al monasterio de Monte Pruno. Ahí encontró a los monjes igualmente relajados y no menos rebeldes a la disciplina que los anteriores, por lo que entonces decidió llevar en la soledad una vida de mortificación y de piedad. Con este objeto, se estableció en un valle desierto y árido situado en la región de Siena por el que nadie se atrevía a cruzar, y cuyo nombre latino de "Stabulum Rodis" él cambió desde entonces por el de Maleval. Desde septiembre de 1155, permaneció en aquella soledad, viviendo en una cueva, sin comer otra cosa que hierbas y raíces y sin ver a otro ser viviente, fuera de los animales salvajes. Así pasaron cuatro meses antes de que el castellano dueño de aquellas tierras, compadecido del ermitaño, mandara que le construyeran una celda en el desierto. Casi al mismo tiempo se unió a San Guillermo un discípulo llamado Alberto, que vivió con él hasta su muerte, acaecida trece meses después. Fue Alberto quien relató la vida de penitencia y oración de San Guillermo.

El santo instruyó a su discípulo en las prácticas de la mortificación y la piedad, inculcándoselas más efectivamente con su ejemplo que era más para admirar que para imitar. San Guillermo tenía el don de profecía y obraba milagros. Poco antes de su muerte, un médico llamado Renaldo se unió a los anacoretas. Alberto y él enterraron el cuerpo de San Guillermo ante la cueva y ambos permanecieron ahí, manteniendo las reglas de vida del santo. Pronto llegaron más discípulos al lugar y la pequeña comunidad pudo construir una capilla sobre la tumba del fundador y una ermita para albergarse. Este fue el origen de los Ermitaños de San Guillermo, que después se extendieron por Italia, Francia, Flandes y Alemania. Más tarde, muchos de ellos se unieron a los frailes ermitaños Agustinos.

Véase el *Acta Sanctorum*, febrero, vol. II, y el *Kierchenlexikon*, vol. XII, cc. 1609-1611; BHL., nn. 8922-8923. Una de las biografías del santo titulada *Guillermo el Grande*, se atribuye a Teobaldo, arzobispo de Canterbury; pero hay muchas dudas sobre la autenticidad de este dato. Cf. Heimbucher, *Die Orden und Kongregationen*, vol. II, (1907), p. 180.

BEATO HUGO DE FOSSES (1164 P.C.)

LA ORDEN de los Premonstratenses venera la memoria de quien fue, en el verdadero sentido de la palabra, su segundo padre, y en vida del fundador desem-

peñó el cargo de abad. Hugo nació en Fosses, a unos once kilómetros de Namour. Habiendo quedado huérfano desde muy temprana edad, se educó en una comunidad benedictina cercana y después pasó al servicio de un devoto y celoso prelado: Burchard, obispo de Cambrai. Fue por entonces cuando Hugo se encontró inesperadamente con su antiguo amigo Norberto, quien había sido tan rico y noble como él, pero que ahora se le presentaba descalzo, vestido con harapos, como un mendigo y predicando la palabra del Evangelio de Cristo con tanto fervor, que las multitudes le seguían entusiasmadas. Hugo quedó cautivado en seguida y suplicó a su amigo Norberto que le admitiera en su compañía. Era el año 1119. Ya ordenado sacerdote a los 26 años de edad, partió con Norberto para llevar la palabra de Dios a los territorios de Hainault y Brabante.

Es probable que por entonces San Norberto no hubiese pensado en fundar una nueva orden religiosa; pero al recibir el llamado de Bartolomé, obispo de Laon, para que tomara a su cargo la reforma de cierta comunidad de canónigos regulares, aceptó la tarea y, como fracasara en ella, decidió crear un monasterio en la región de Prémontré. Sus esfuerzos se vieron coronados por el éxito; los aspirantes llegaron en gran número, las fundaciones se multiplicaron.

Hugo fue el encargado de delinear y escribir los estatutos, porque en las prolongadas y frecuentes ausencias de Norberto, a quien continuamente se llamaba a desempeñar toda clase de trabajos apostólicos, todo el trabajo recaía en su compañero. Por cierto, que aquél fue un período de prueba para Hugo, puesto que aparte de su abrumadora tarea, tuvo que librar una batalla con los poderes de las tinieblas que, según se cuenta, aprovecharon la ausencia del fundador para apoderarse de los espíritus de los monjes, induciéndoles a abandonar el monasterio, donde tanto bien hacían. El beato Hugo tuvo que luchar denodadamente para detenerlos.

En 1126, San Norberto fue consagrado arzobispo de Magdeburgo y, dos años más tarde, Hugo fue elegido por unanimidad como abad de la casa matriz y superior general de la orden. Durante los treinta y cinco años que duró su administración, hubo más de cien fundaciones de los "canónigos blancos", pero ya para entonces, el beato era un anciano agotado por las austeridades y el trabajo incesante. El 10 de febrero de 1164 entregó el alma a Dios. Sus restos fueron sepultados en la iglesia de Prémontré, frente al altar de San Andrés y se dice que, en 1279, cuando se exhumó el cadáver para trasladarlo a un lugar más digno, las naves del templo se llenaron con un perfume celestial. Durante la primera guerra mundial, la iglesia de Prémontré fue bombardeada e incendiada pero, al fin de la conflagración, los restos del beato fueron recuperados intactos.

Del escaso y fragmentario material que poseemos, es imposible obtener una idea precisa sobre el carácter del Beato Hugo, pero tenemos entendido que era un hombre impetuoso y tenaz. En una extensa carta que le escribió San Bernardo (No. 253, Migne, PL., vol. CLXXXII, cc. 453-458), le reprocha enérgicamente la amargura y la injusticia de ciertas quejas que Hugo había hecho en un escrito. Desgraciadamente, no podremos conocer la respuesta que el beato dio al vehemente, pero caritativo llamado de San Bernardo.

Las dos recensiones de la *Vita Sti. Norberti*, una de las cuales se atribuye al propio Hugo, constituyen nuestra más auténtica fuente de información. Ver también las modernas biografías de San Norberto, como la de G. Madelaine (1886), la de G. van den Elsen (1890), y la de T. Kirkfleet (1916), sin olvidar la *Vie du b. Hugues de Fosses* (1925).

El culto al beato fue sancionado por la Santa Sede en 1927, y el decreto se publicó en el *Acta Apostolicae Sedis* del mismo año, pp. 316, 319.

BEATA CLARA DE RIMINI, VIUDA (1346 P.C.)

DESCENDIENTE de una acaudalada familia de Rimini, Clara Agolanti, se casó muy joven y se entregó a una vida frívola, sin otras aspiración que la de satisfacer sus sentidos. Muy pronto quedó viuda, y debido a la lucha partidaria, fue desterrada durante algún tiempo. El día de su regreso, presenció la ejecución de su padre y de su hermano en el patíbulo. Pero una vez que había pasado aquel período de contrariedades, Clara continuó su vida disipada y volvió a casarse. Sin embargo, a los 34 años de edad, hastiada de diversiones vanas, comenzó a frecuentar una iglesia de franciscanos donde, cierto día, oyó una voz que le decía: "Clara, trata de rezar un Padrenuestro y una Ave María para gloria de Dios, sin pensar en nada más". A partir de entonces, visitó más a menudo el templo dedicándose con mayor seriedad a la plegaria y a la meditación, hasta que, en otra ocasión, hallándose en la iglesia, vio una aparición de la Virgen María que la llamaba. Con esto quedó tan impresionada, que resolvió vivir de ahí en adelante apartada del mundo. Como primer paso por la escalera que sube al cielo, ingresó en la tercera orden franciscana. Su esposo toleró que llevara prácticamente la vida de una monja y, tan pronto como él murió, pocos meses después, se entregó a la más absoluta austeridad. En lugar de las joyas que había usado, llevaba pesados y estrechos cercos de hierro al cuello y en los brazos; además, usaba una gruesa coraza de hierro que hasta la fecha se exhibe en Rimini. Para castigar su sensualidad, dormía sobre tablas sin desbastar y, para mortificar su gusto por la buena comida, a veces se alimentaba con legumbres secas o descompuestas que hasta un hambriento hubiese rechazado. En la Cuaresma buscó un hueco entre las piedras del muro de la ciudad y ahí permaneció cuarenta días, expuesta a todas las inclemencias del tiempo y ayunando sin tregua.

Cuando la guerra obligó a las Clarisas Pobres de Regno a buscar refugio en Rimini, Clara se unió a ellas y anduvo mendigando de puerta en puerta para darles ayuda. Aquellas religiosas y algunas otras mujeres de la localidad se pusieron bajo su dirección y Clara, con el apoyo de antiguas amistades, compró el pedazo de terreno que se hallaba frente a la muralla donde ella tenía su celda y, exclusivamente con limosnas y trabajo, construyó un convento. Pero ella no llegó a habitarlo ni hizo profesión, sino que continuó con sus obras de caridad fuera del claustro. Debido a la extremada severidad de sus penitencias, tuvo que hacer frente a terribles oposiciones. Un Viernes Santo pidió a las gentes que le ataran una cuerda al cuello y ligaran sus manos a la espalda; de esta manera, se hizo arrastrar por las calles para imitar a Nuestro Señor. Esta y otras de sus rigurosas prácticas hicieron que hasta las mismas religiosas comenzaran a tomarla por loca y aun llegaron a encerrarla para evitar que siguiera viviendo en el hueco de la muralla. En una ocasión, para experimentar la angustia de la sed que había sufrido Cristo, se privó del agua durante dos días y estuvo a punto de morir. Una vez entró en éxtasis durante cinco días, en los que no pudo hablar ni moverse; desde entonces y durante los cinco meses que aún vivió, parecía haber perdido la conciencia y la sensibilidad; al fin de sus días, estaba ciega y muda.

Es necesario hacer notar que, de ninguna manera la autoridad y la aprobación de la Iglesia están relacionadas con las extravagancias que acabamos de leer en este relato sobre la Beata Clara de Rimini. Es muy poco probable que si una causa semejante se presentara hoy a la Congregación de Ritos, pasase las pruebas que se exigen para la beatificación. A Clara se la considera beata, porque desde la fecha de su muerte fue venerada en Rimini y, como posteriormente se comprobó su culto, éste fue sancionado y permitido por un decreto de Pío VI, en 1784. También debemos tener presente que así como la vida de San Simón el Estilita en su pilar y la de muchos imitadores suyos debió impresionar enormemente a sus contemporáneos, desde el emperador para abajo, la extraordinaria existencia de la Beata Clara impresionó seguramente a sus conciudadanos, aun cuando para los más devotos católicos de la actualidad, semejante ostentación de fanatismo parezca una locura.

Para la vida de la beata, ver Mazara, *Leggendario Francescano* (2 de febrero), y Léon, *Auréole Séraphique*, vol. I, pp. 235-238.

11: LA APARICION DE NUESTRA SEÑORA EN LOURDES (1858 P.C.)

EL 11 DE febrero de 1858, tres niñas: Bernadette Soubirous, de catorce años, su hermana Marie-Toinette, de once y su amiga Jeanne Abadie, de doce, salieron de su casa en Lourdes para recoger leña. Para llegar a un lugar a orillas del río Gave, donde les habían dicho que encontrarían ramas secas en abundancia, tenían que pasar ante una gruta natural abierta en los peñascos de Massabielle que bordeaban el cauce del río, después de cruzar un arroyo, cuya corriente movía la rueda de un molino. Las dos niñas más pequeñas vadearon el arroyo dando chillidos, porque el agua estaba muy fría. Bernadette, que a diferencia de sus compañeras, usaba medias en razón de su salud delicada —sufría de asma—, no se atrevía a imitarlas. Sin embargo, cuando las otras dos se negaron a ayudarla a pasar, comenzó a quitarse las medias. En eso estaba, cuando oyó a su lado el ruido de un murmullo, como el que produce un ráfaga de viento. Levantó la cabeza y comprobó que los arbolillos de la otra orilla estaban quietos; sólo que le pareció advertir un leve movimiento en las malezas que crecían ante la gruta, muy cerca de ella, al otro lado del arroyo. Se desentendió del asunto, acabó de quitarse las medias y, ya iba a meter un pie en el agua, cuando el susurro se repitió. Aquella vez se quedó mirando fijamente hacia la gruta y vio agitarse con fuerza las ramas de las zarzas, pero además, en un nicho dentro de la cueva, detrás y encima de las ramas, estaba la figura de "una joven vestida de blanco, no más alta que yo, saludándome con ligeras inclinaciones de la cabeza", como dijo más tarde Bernadette. La aparición era muy hermosa: la joven vestía túnica blanca, ceñida por una banda azul y llevaba un largo rosario colgado del brazo. Al verla, le pareció que hacía signos como invitándola a orar; Bernadette se arrodilló, extrajo de la bolsa su rosario y comenzó a recitarlo; entonces, la aparición tomó también el rosario en sus manos y empezó a pasar las cuentas, rezando, pero sin mover los labios. No se hablaron, pero al terminar los cinco

misterios, la figura sonrió y, retrocediendo hacia las sombras de la gruta, desapareció. Las otras dos niñas regresaron de recoger la leña y se echaron a reír al ver de rodillas a Bernadette. Jeanne le reprochó que no las hubiese ayudado a recoger ramas secas y luego se encaramó a las rocas, corriendo hacia el otro lado de la gruta; pero Marie-Toinette se acercó a su hermana: "Tú estás como asustada, le dijo. ¿Viste algo que te dio miedo?". Bernadette se lo contó todo, mediante la promesa de que no lo repetiría a nadie; sin embargo, Toinette se lo dijo a su madre tan pronto como regresaron a casa. La señora Soubirous interrogó a Bernadette.

—Te engañaste, chiquilla, le dijo. Debes haber visto una piedra.

—No, repuso la niña; era una jovencita y tenía un rostro muy bello.

La madre llegó a la conclusión de que tal vez sería un alma del purgatorio y prohibió a su hija que volviese a la gruta. Los dos días siguientes Bernadette se quedó en casa, pero numerosos chiquillos de la vecindad que se habían enterado del suceso, la importunaron para que regresara al lugar. La señora Soubirous, exasperada, mandó a su hija a que pidiera consejo al padre Pomian, quien no le hizo caso; entonces, la señora recomendó a Bernadette que hablara con su padre y éste, después de algunas vacilaciones, la autorizó a que fuera. Varias niñas emprendieron el camino de la gruta, llevando una botella con agua bendita y, al llegar, todas se arrodillaron a rezar el Rosario. Cuando iban en el tercer misterio, "la misma joven blanca se hizo presente en el mismo lugar de antes", para decirlo con las propias palabras de Bernadette: "¡Ahí está!, le dije a la que estaba más cerca de mí y le puse el brazo sobre los hombros señalando a la joven blanca, pero ella no vio nada". Otra niña, llamada Marie Hillot, le dio el agua bendita y, levantándose, arrojó algunas gotas hacia la visión; la figura sonrió e hizo la señal de la cruz. Bernadette le habló: "Si vienes de parte de Dios, acércate". La figura avanzó un paso. En aquel momento, Jeanne Abadie con otras niñas trepó a las peñas de la gruta y lanzó una piedra que fue a caer a los pies de Bernadette. La visión desapareció. Pero Bernadette volvió a arrodillarse y permaneció inmóvil, como en un trance, con los ojos fijos en la gruta. Sus compañeras no pudieron moverla. Con dificultad, el molinero Nicolás y su mujer, levantaron en vilo a la chiquilla, y la llevaron por la pendiente hasta el molino, donde repentinamente volvió en sí y se echó a llorar amargamente. Pronto se reunieron ahí muchas gentes y la madre de Bernadette comenzó a regañar a su hija, con lo cual todos se retiraron discretamente y regresaron a Lourdes. Ninguno de cuantos conocían a Bernadette, ni siquiera las monjas que le enseñaban el catecismo, creyeron lo que decía. Algunos opinaron que lo que había visto era un ánima del purgatorio.

La tercera aparición tuvo lugar el 18 de febrero, cuando una dama llamada Millet y su hija, que era de la Congregación de las Hijas de María, se llevaron a Bernadette hasta la gruta, una mañana muy temprano. Traían consigo una vela bendita, pluma y tinta. Las tres se arrodillaron a rezar y, cuando Bernadette murmuró que ahí estaba al figura, la hija de madame Millet le entregó pluma, papel y tinta.

—Si vienes de parte de Dios, por favor dime lo que quieres; si no, vete, dijo Bernadette. Como la Señora se limitó a sonreir, la niña, agregó alargando el papel y la pluma: por favor ten a bien escribir tu nombre y lo que quieres.

Entonces, la aparición habló por primera vez utilizando el "patois" (dialecto) de Lourdes:

—No hay necesidad de que escriba lo que tengo que decir. ¿Quieres tener la amabilidad de venir aquí todos los días durante una quincena?

Después de una pausa añadió: —No prometo hacerte feliz en esta vida, pero sí en la otra— y elevándose hacia el techo de la gruta, desapareció.

El domingo 21 de febrero, gran número de personas la acompañó a la gruta, incluyendo el Dr. Dozous, un médico escéptico que tomó el pulso y examinó la respiración de la niña durante el trance. La aparición habló de nuevo: "Orarás a Dios por los pecadores", recomendó.

Después de la misa mayor, Bernadette fue a visitar al procurador imperial, J. V. Dutour quien la interrogó detenidamente para llegar a la conclusión de que la chiquilla era sincera, pero estaba obsesionada. Después de las vísperas, el comisario de policía, Dominic Jacomet, mandó a buscarla y la sometió a un interrogatorio muy severo, y la despidió más tarde con la advertencia de que debía mantenerse lejos de la gruta o atenerse a las consecuencias. Aquellos funcionarios consideraban que la conducta de la chiquilla perturbaba el orden público y además, habían observado que los terrenos donde estaba situada la gruta, ofrecían muy pocas seguridades a las grandes muchedumbres que iban a reunirse ahí. El día 22, Bernadette fue a la gruta, a pesar de la prohibición. Había ahí un pequeño grupo de ciudadanos y dos gendarmes; pero la aparición no se produjo. El mismo día, el P. Pomian, confesor de Bernadette, declaró que si el procurador Dutour, máxima autoridad en el lugar, no había prohibido a la joven que se acercara a la gruta, ésta podía ir cuando quisiera. A las seis de la mañana del día 23, Bernadette llegó al lugar y ya se encontraba ahí una multitud de doscientas personas. Aquella vez vio de nuevo la aparición y cayó en un trance que duró casi una hora. Al otro día, la multitud había aumentado a cuatrocientas o quinientas personas y, de nuevo Bernadette tuvo una hora de éxtasis cuando la aparición se manifestó. Pero se negó a revelar cualquier cosa que la Señora hubiese dicho. El jueves 25, después de rezar un misterio del Rosario, Bernadette comenzó a avanzar de rodillas por la pendiente que ascendía a la cueva, apartando suavemente el follaje. Al llegar al fondo de la gruta, dio media vuelta sin levantarse y avanzó en sentido contrario; después se detuvo a mirar inquisitivamente hacia el nicho, se puso en pie y caminó hacia el lado izquierdo de la cavidad.* Lo que la propia Bernadette relata es esto:

"Ve a beber en la fuente y lávate en sus aguas, le dijo la Señora." Como Bernadette no sabía que hubiese una fuente en las peñas de la cueva, se volvió para acercarse al río. Pero entonces, la Señora volvió a hablar para explicarle. "Ella misma señaló con el dedo, dijo la joven, para mostrarme dónde estaba la fuente; caminé hacia allí; pero sólo pude hallar un charquito de agua sucia; metí las manos, pero no pude coger agua suficiente para beber. Comencé a escarbar y salió agua, pero turbia. Por tres veces la saqué con las manos y la arrojé fuera; después ya podía beberse".

Las gentes vieron que la niña se inclinaba y, al erguirse, tenía la cara sucia con lodo. De nuevo se inclinó y se diría que estaba mordisqueando las

* Hay dos nichos en la gruta; uno a mayor altura que el otro (en aquel se encuentra actualmente la imagen de Nuestra Señora) y una especie de túnel entre los dos. La figura apareció en distintos lugares; el 25 de febrero y el 25 de marzo, las dos ocasiones más importantes, la aparición estaba en la abertura inferior del túnel, al nivel del suelo, según afirma el P. Martindale.

hojas de una planta. Instantes después, se enderezó y comenzó a andar hacia Lourdes. Al principio, la gente se mostró despectiva y hasta burlona, pero algo más tarde, aquel mismo día, todos quedaron asombrados al ver que había brotado un manantial de agua turbia en la gruta y su corriente desembocaba en el Gave. Antes de una semana, el manantial estaba produciendo 27,000 galones (102,200 litros) diarios, como sigue haciéndolo hasta hoy. El 26 de febrero, ochocientos testigos vieron a Bernadette, en trance, arrastrándose por la pendiente de la gruta, inclinándose con frecuencia para besar el suelo y haciendo señas, como si invitara a los demás a imitarla. La aparición había aconsejado que se hiciera penitencia.*

Las visiones del 27 y el 28 siguieron el curso de costumbre, aunque la muchedumbre creció. Bernadette se inclinó repetidas veces para besar el suelo, y las gentes la imitaron. Por la tarde del 28, la llevaron ante un magistrado quien le hizo las mismas advertencias. Para el 1o. de marzo, el número de espectadores había aumentado a 1,000 y, por primera vez, un sacerdote estaba presente. El señor cura de Lourdes y los cuatro párrocos, habían declarado que ellos no tenían nada que ver con la gruta de Massabielle, pero el abad Dézirat procedía de distritos lejanos y no estaba bajo la jurisdicción de Lourdes. Este sacerdote se mostró muy impresionado. Aquel día tuvo lugar una curación en el manantial, pero no se dio la noticia hasta meses después. El 2 de marzo, a las 7 de la mañana, estaban presentes 1,700 personas cuando Bernadette vio la aparición por décima tercera vez. En aquella oportunidad, la Señora le rogó que hiciera saber a los clérigos su deseo de que se construyera una capilla y se realizara una procesión. Bernadette fue a ver al señor cura, quién la recibió fríamente, la despidió con palabras bruscas y dio a entender a los funcionarios civiles que él personalmente desaprobaba toda la cuestión de las apariciones.

El 3 de marzo fue un día de grandes desilusiones y desprecios para Bernadette. A las 4,000 personas que habían acudido, tuvo que confesarles su fracaso, porque la Señora no había aparecido; pero aquel mismo día, cuando la mayoría de los espectadores habían partido, volvió a la gruta, vio a la aparición y entró en trance durante corto tiempo. El 4 de marzo, ante miles de espectadores, volvió a tener la visión, entró en trance, pero no hubo novedades. Habían transcurrido catorce días y la Señora no volvió a aparecer; pero el 25 de marzo —día de la Virgen— Bernadette visitó la gruta entre las cuatro y las cinco de la madrugada, la Señora apareció y le dijo que se acercara. Bernadette le pidió entonces: "'¿Quieres tener la bondad de decirme quién eres?" La aparición sonrió sin responder nada. La niña repitió la pregunta dos veces más y entonces la Señora juntó las manos, levantó la vista al cielo y respondió en "patois": "Que soy era Inmaculado Conceptiou", "Yo soy la Inmaculada Concepción".

Después siguió hablando: "Deseo que se me construya aquí una capilla". Bernadette replicó: "Ya les he dicho lo que tú quieres, pero ellos piden un milagro como prueba de tu deseo". La Señora volvió a sonreír y, sin agregar una palabra, se desvaneció a la vista de Bernadette.

* Aquel día del año 1858, fecha en que se reconoció como manantial la fuente que había surgido de la gruta, era el segundo viernes de Cuaresma y el Evangelio de la misa se refería a una piscina de aguas curativas que se hallaba frente a la Puerta de las Ovejas, en Jerusalén. (Juan V, 1-15).

La penúltima de las apariciones tuvo lugar el 7 de abril; una muchedumbre de 1,200 a 1,300 personas vio a Bernadette en trance durante tres cuartos de hora. El Dr. Dozous estaba a su lado y constató que la niña alzaba las manos con los dedos entrelazados y las ponía sobre la llama de la vela que ardía frente a ella. Observó que la llama acariciaba sus dedos y se filtraba entre ellos, sin que la niña pareciera darse cuenta. No sólo era insensible al dolor, sino que los tejidos de su piel no fueron afectados por el fuego, ni le quedó cicatriz alguna. Cuando volvió en sí del trance, el doctor acercó la vela encendida a la mano izquierda de la niña y ésta la retiró de prisa, exclamando: "¡Me quema!" Debe admitirse, sin embargo que el padre Cross en su "*Histoire de Notre-Dame de Lourdes*" (I, 494-499) da razones que desacreditan esta declaración. De todas maneras, la comisión episcopal que examinó e informó las pruebas de las apariciones, no la tomó muy en cuenta. La décima octava y última aparición, ocurrió el 16 de julio, fiesta de Nuestra Señora del Carmen. Ya para entonces, la gruta estaba cercada para que el público no se aproximara y Bernadette no podía ver más que la parte superior del nicho por encima de las bardas y desde la orilla opuesta del río Gave; sin embargo, la figura no parecía más alejada que las otras veces. Después de aquella fecha, Bernadette Soubirous nunca volvió a tener visiones de la Santísima Virgen durante los veintiún años que aún vivió. A nadie más que a ella se le otorgó el privilegio de esas visiones.

Conviene agregar unas palabras, a manera de comentario, sobre dos puntos relacionados con las apariciones de la Santísima Virgen en Lourdes: algunos críticos hostiles * trataron de hacer creer que las manifestaciones sobrenaturales habían sido organizadas por el clero, desde Roma, con el propósito de que se confirmara y se popularizara el Dogma de la Inmaculada Concepción que, apenas cuatro años antes, había sido definido por el Papa Pío IX. Puede comprobarse lo erróneo de esas críticas, recordando que fueron los informes de los testigos, recogidos por las autoridades locales y sometidos a la atención de la Prefectura del Departamento de Lourdes y al Ministerio del Interior de Francia, los que dieron pie a la historia, sin que el clero o la Iglesia se mezclara para nada en las supuestas apariciones, hasta que la fe las arraigó profundamente en el pueblo y ocurrió la extraña coincidencia del nacimiento de un manantial en la gruta y las gentes comenzaron a llegar ahí por miles, desde todos los alrededores. Tampoco es posible que nadie llegue a creer sinceramente que las autoridades de la Iglesia, trataron de popularizar (como se afirmó) un Dogma aprobado por el Vaticano, "recurriendo a la imaginación y a la superstición de las masas" y para colmo, organizaran el fraude en una remota aldea perdida en los Pirineos, a cien kilómetros de la línea férrea más próxima. Además, todos los actos en la vida subsecuente de Bernadette, la pequeña impostora que habría servido de instrumento a algún astuto eclesiástico, desmienten categóricamente tal hipótesis. La muchacha no volvió a tener visiones; nunca se le ocurrió adornar con nuevos detalles el relato que hizo desde un principio; jamás demostró sentirse complacida o halagada por la atención que se le dispensaba y nunca obtuvo alguna ganancia pecuniaria por ello. Rehuyendo el cebo de la fama y la popularidad y conservando la sencillez de una niña, Bernadette ingresó a una orden religiosa de hermanas enfermeras,

*** Ver sobre todo, el *British Medical Journal* del 18 de junio de 1910, que está dedicado a las curaciones milagrosas de Lourdes. Un artículo de Sir Henry Morris, habla largamente del asunto.**

en 1886, a la edad de veintidós años. Hizo el noviciado en Nevers, lejos de Lourdes, y ahí se quedó doce años, hasta su muerte; no tomó parte en ninguna de las grandes obras de construcción en torno a la gruta, ni en las ceremonias de la consagración de la basílica.

En segundo lugar, es necesario llamar la atención hacia un hecho muy notable que confirma el carácter único y sobrenatural de las visiones de Bernadette. Durante sus prolongadas visitas a la gruta, mientras permanecía en trance, con los ojos fijos en la aparición que ella veía tan claramente, diciéndole cosas que hacían llorar de emoción a los campesinos que la observaban, nadie pretendió nunca haber visto lo que ella contemplaba. No hubo una alucinación colectiva, ni escenas de desorden, ni extravagancias, gritos, contorsiones o cualquiera otra muestra de exaltación. En cambio, cuando la serie de visiones de Bernadette había concluido, comenzaron a aparecer por todas partes falsas visionarias que hacían demostraciones repugnantes. Los informes que envió el comisario de la policía a la prefectura sobre este particular, son muy claros. Algunas de las visionarias eran jóvenes realmente piadosas y de buena conducta, sobre todo María Courrech, criada del alcalde, reconocida por todos como una joven buena. Marie tuvo visiones desde abril hasta diciembre del mismo año y mucha gente le creyó, pero la diferencia entre sus arrobamientos y los de Bernadette era muy marcada. El P. Cross publicó el testimonio de un testigo intachable sobre las extravagancias de Marie. Si llegaron a producirse semejantes aberraciones en mujeres de buena disposición y preparación, ya puede imaginarse el lector lo que harían otras muchachas indiferentes e ignorantes, así como los chiquillos que, para imitar a sus mayores, comenzaron también a tener visiones.

Los piadosos ciudadanos de Lourdes y los campesinos de las aldeas vecinas, enteramente convencidos de que las primeras apariciones en la gruta fueron auténticas, estaban dispuestos a ofrecer a cualquiera de sus vástagos como receptáculos de inspiración divina. No hay duda de que, a veces, esos niños quedaron en estado de arrobamiento y hasta hubo algunos que verdaderamente tuvieron alucionaciones. En cuanto a los "visionarios" adultos, aparte de los mencionados, sólo se puede decir que casi todos hicieron exhibiciones de fenómenos extraños y repulsivos, convulsiones histéricas, gestos, contorsiones, etc., y, por supuesto, en todos esos casos había razones para sospechar que se trataba de una impostura deliberada.

Entre los muchos libros que se han escrito sobre Lourdes, vale la pena consultar, para el aspecto histórico, el del padre L. J. M. Cross, *Histoire de Notre-Dame de Lourdes* (1901), 3 vols., por ser el mejor documentado y el más completo. Una obra reciente, *Histoire exact des apparitions de N. D. de Lourdes*, de P. H. Petitot (1935), es buena. Cf. la nota sobre Santa Bernadette, el 16 de abril, en la obra de B. G. Sandhurst *We saw her*, publicada en 1953, para encontrar catalogadas las pruebas sobre las visiones, con notas críticas.

LA VIRGEN DE LOURDES DE SUCRE (Bolivia).

EN SUCRE la Virgen de Lourdes se venera, sobre todo, entre las personas de la buena sociedad. Su imagen tiene una gruta construida con mucha riqueza y muy buen gusto, rodeada por jardines y arboledas. En todo se ha procurado imitar a la auténtica gruta de Massabielle. Muchos ex-votos dan testimonio de las curaciones que se deben a la intercesión de Nuestra Señora.

En 1887, Bolivia ofreció dos banderas, una al Papa y otra a Nuestra Señora de Lourdes. Los hijos del entonces presidente de Bolivia se encargaron de presentar este obsequio nacional.

Du Manoir, H., María *Etudes sur la Sainte Vierge*, París 1958, con bibliografía, en la p. 362 del vol. v.

SANTOS SATURNINO, DATIVO, Y OTROS MÁRTIRES (304 P.C.)

EL EMPERADOR Diocleciano había amenazado con la muerte a los cristianos que no entregaran las Sagradas Escrituras para ser quemadas. Hacía un año que esta persecución no daba tregua a los cristianos del Africa y ya muchos habían traicionado su fe por temor al martirio, y muchos más la habían defendido con su sangre. En Abitina, una ciudad de Africa proconsular, Saturnino, un sacerdote cristiano, estaba celebrando un domingo los sagrados misterios, cuando los magistrados con sus guardias cayeron sobre los cristianos y aprehendieron a cuarenta y nueve hombres y mujeres. Entre ellos estaba el sacerdote Saturnino con sus cuatro hijos: Saturnino el joven y Félix, que eran lectores, María, que se había consagrado a Dios y el pequeño Hilarión. Además de estos constan los nombres de Dativo y otro Félix, que eran senadores; Thelica, Emerito, Ampelio, Rogaciano y Victoria. Dativo y Saturnino encabezaban la procesión de los cautivos hacia el tribunal. Cuando los magistrados los interrogaron, confesaron su fe tan resueltamente, que los mismos jueces aplaudieron su valor. Esto compensó la apostasía de Fundano, obispo de Abitina, quien poco antes entregara los Libros Sagrados para que los quemaran, aunque el acto no llegó a consumarse, porque, según se afirma, un repentino aguacero extinguió las llamas. Los prisioneros arrestados en Abitina fueron encadenados y enviados a Cartago, lugar de residencia del procónsul, y durante su viaje iban cantando himnos y salmos a Dios, alabando su nombre y dándole gracias.

El procónsul examinó primero al senador Dativo, preguntándole quién y qué era y si había asistido a la asamblea de los cristianos. Respondió que era cristiano y profesaba su culto. El procónsul preguntó quién presidía estas reuniones y en casa de quién tenían lugar las mismas, pero sin esperar la respuesta, ordenó que pusieran a Dativo en el potro para hacerlo confesar. Cuando le preguntaron a Thelica quién era el promotor de todo, respondió inmediatamente, "el santo sacerdote Saturnino y todos nosotros con él". Emerito confesó abiertamente que las reuniones tenían lugar en su casa. Por lo que se refería a la acusación de las Sagradas Escrituras que guardaba allí, respondió que él las conservaba en su corazón. A pesar de los tormentos, todos y cada uno confesaron ser cristianos y haber estado presentes los domingos en las "colectas", o sea en la celebración de la liturgia. Las mujeres fueron tan valientes como los hombres para soportar el sufrimiento y proclamar a Cristo. Una joven llamada Victoria se distinguió particularmetne. Cuando era muy jovencita se había convertido y consagrado al Señor, aunque sus padres paganos habían insistido en desposarla con un joven de la nobleza. Para escapar de él, saltó por una ventana el día de su boda. Escapó ilesa y se refugió en una iglesia, donde se consagró a Dios. El procónsul, en consideración a su alta dignidad y por su hermano que era pagano, trató vivamente de inducirla a renunciar de su fe, pero ella persistió repitiendo, "soy cristiana". Su hermano Fortunato se encargó de defenderla y

trató de probar que estaba loca y que los cristianos la habían embaucado para atraerla a sus creencias; pero Victoria, temiendo perder la corona del martirio, puso en claro que estaba cuerda, respondiendo muy sensatamente a sus preguntas; con lo cual expresó que había elegido ser cristiana por su propia voluntad. Al preguntarle si deseaba volver con su hermano, dijo que no podía reconocer ningún parentesco con los que no guardaban la ley de Dios.

San Saturnino y todos sus hijos confesaron noblemente su fe, incluyendo a Hilarión, que apenas tendría unos cuatro años. "Soy cristiano", dijo, "He ido a las "colectas". Fui porque quise, nadie me obligó a ir". El juez, que le tenía compasión, trató de asustarlo con castigos infantiles, pero el niño sólo se reía. Entonces el gobernador dijo, "te cortaré la nariz y las orejas". Hilarión respondió, "puede usted hacerlo, pero de todos modos soy cristiano". Cuando el procónsul ordenó que los llevaran nuevamente a la prisión, Hilarión exclamó junto con todos, "gracias a Dios". Parece que todos murieron en la prisión, ya sea por la prolongada estancia o por los tormentos y penalidades que habían sufrido.

Las "actas" de estos mártires son indudablemente auténticas, aunque parece posible que algunas revisiones del texto hayan sido modificadas por copistas simpatizadores de los donatistas. Véase del P. Monceaux, *Les Martyrs Donatistes* en la *Revue de l'histoire des religions*, vol. LXVIII (1913), pp. 146-192. El texto de las actas se encontrará en Ruinart; en el *Acta Sanctorum*, febrero, vol. II; y en Migne, PL., vol. VII, cc. 705-715.

SAN LUCIO, Obispo de Adrianópolis, Mártir (350 p.c.)

San Lucio fue elevado a la sede de Adrianópolis en Mancedonia, después de la muerte de San Eutropio, que había sido desterrado a la antigua Galia (Francia) por predicar contra los arrianos. Lucio no fue menos valeroso que su predecesor en defender la divinidad de Nuestro Señor y también lo desterraron. Regresó a su sede, donde encontró que le habían levantado vergonzosas calumnias y volvió a ser expulsado. Fue a Roma para defender su inocencia y allí encontró a San Pablo, obispo de Constantinopla, y al gran San Atanasio, ambos desterrados como él. Después de otras dificultades y persecuciones, San Lucio y otros ciudadanos de Adrianópolis fueron arrestados porque no quisieron adherirse a los que habían sido condenados por el Concilio de Sárdica. Los seglares fueron decapitados, mientras que Lucio fue llevado al destierro, con cadenas alrededor de su cuello y grillos en sus muñecas. Murió en la prisión a causa del trato que había recibido. La suerte de su amigo hizo gran impresión en San Atanasio, quien, en más de uno de sus escritos, trata de la constancia y valor de San Lucio y de los otros mártires de Adrianópolis.

La relación ha tenido que hacerse con trozos de los datos proporcionados por San Atanasio, San Hilario, el historiador Sócrates, etc. Véase *Acta Sanctorum*, febrero, vol. II; los *Conciles* de Hefele-Leclercq, vol. I, pp. 815 y 826.

SAN LAZARO, Obispo de Milán (*c.* 450 p.c.)

San Lázaro llegó a ser obispo de Milán, aproximadamente por el año 449. Los tiempos eran turbulentos, porque los godos devastaban Italia y eran dueños de Milán, pero auque San Lázaro tuvo mucho que sufrir a causa de ellos, gobernó a su grey con prudencia y fidelidad. San Enodio lo incluye en una lista de doce

santos obispos de Milán, de los cuales el primero y más eminente fue San Ambrosio. A San Lázaro, se le debe la práctica litúrgica de las letanías de Rogativas, que según se dice, fue el primero en introducir. Para invocar la protección de Dios en aquel tiempo angustioso, ordenó tres días de ayuno con procesiones, letanías y visitas a varias iglesias de lunes al miércoles, dentro de la octava de la Ascensión. También se dice que San Mamerto introdujo estas letanías en la diócesis de Vienne y fijó la fecha, tres días antes del día de la Ascensión. El primer Concilio de Orléans (511) ordenó que esta observancia fuera general en toda Francia, y rápidamente se extendió a Inglaterra y a otros lugares. Posteriormente, el arzobispo Nardini y San Carlos Borromeo fomentaron mucho esta costumbre en Milán, que continúa hasta la fecha. San Lázaro murió el 14 de marzo, probablemente en el año 450, después de haber sido obispo once años, pero su fiesta se celebra el 11 de febrero, porque en la diócesis de Milán que, como es bien sabido, sigue su propio rito ambrosiano, no se celebran días de santos en cuaresma.

Véase el *Acta Sanctorum*, febrero, vol. II. Está fuera de discusión que San Mamerto introdujo los días de Rogativas en Vienne y no hay pruebas fidedignas para afirmar que San Lázaro haya tenido prioridad en la introducción de esta práctica.

SAN SEVERINO, ABAD (507 P.C.)

SAN SEVERINO fue un borgoñón educado en la fe católica en un tiempo en que la herejía arriana estaba muy extendida en esa región. Abandonó el mundo en su juventud y entró al monasterio de Agaunum, que en aquel entonces sólo constaba de unas pocas celdas diseminadas. Llegó a ser abad. Había gobernado sabiamente su comunidad por muchos años, cuando, en 504, Clodoveo, el primer rey cristiano de Francia, que hacía dos años sufría de una dolencia que sus médicos no habían podido curar, envió a su chambelán para que condujera al santo a su corte, pues había tenido noticias de las curaciones maravillosas obtenidas por sus oraciones. Severino se despidió de sus monjes, diciéndoles que nunca más los vería en este mundo. En su viaje curó a Eulalio, obispo de Nevers, que por un tiempo había estado sordo y mudo, y también curó a un leproso en las puertas de París. A su llegada, logró que el rey recuperara totalmente la salud cubriéndolo con su propia capa. Cuando San Severino regresaba hacia Agaunum, se detuvo en Château-Landon en el Gatinais, con dos sacerdotes que servían a Dios en una capilla solitaria, a quienes llamó la atención por su santidad, sin saber ellos quién era su huésped. Previó su muerte, la que acaeció allí poco después. La hermosa iglesia de San Severino en París se llama así en su honor y no por el ermitaño del mismo nombre.

Al editar para el MGH., *Scriptores Merov*, vol. III, pp. 166-183, un compendio de la vida de San Severino, B. Krusch ha demostrado que la larga biografía publicada en el *Acta Sanctorum*, febrero, vol. II, y en cualquiera otra parte, no tiene valor histórico alguno. Se escribió 300 años después de la muerte del santo, aparentemente sin tener ningún material digno de confianza, todos los detalles antes mencionados son probablemente imaginarios, y hay razones serias para pensar que Severino nunca pudo haber sido ni monje, ni abad en Agaunum, porque de acuerdo con la biografía, murió en 507 o 508, y sólidos testimonios documentales parecen demostrar que Agaunum no se fundó antes de 515. Véase *Analecta Bollandiana*, vol. XXXI (1912), pp. 354-355.

SAN GREGORIO II, PAPA (731 P.C.)

GREGORIO nació en Roma; fue un hombre notable por su piedad y observancia regular. Debido a esto, el Papa San Sergio I lo ordenó subdiácono. Bajo los cuatro Papas siguientes fue tesorero de la iglesia, después bibliotecario encargado de comisiones importantes. Eran tan grandes su sabiduría e ilustración, que fue elegido para acompañar al Papa Constantino a Constantinopla, cuando éste fue convocado para discutir con el emperador Justiniano II ciertas dificultades y diferencias que se habían presentado en el Concilio de Trullo, en 692. A la muerte de Constantino, Gregorio fue elegido Papa y consagrado en 715.

Dirigió su celo infatigable y vigilante a extirpar las herejías que pululaban y llevar al cabo una reforma de costumbres. Convocó varios sínodos en los cuales se formularon reglamentos disciplinares que promovían la moralidad y reprimían toda clase de abusos. Hizo levantar nuevamente gran parte de las murallas de Roma contra los lombardos, y restauró muchas iglesias. Tenía sumo cuidado de los enfermos y ancianos; reconstruyó un asilo de ancianos y el gran monasterio que está cerca de la iglesia de San Pablo en Roma; después de la muerte de su madre en 718, convirtió su casa en el monasterio de Santa Agueda. Ayudó a restablecer la abadía de Monte Casino, a la cual envió el abad San Petronax para que la gobernara, ciento cuarenta años después de que la misma había sido reducida a escombros por los lombardos. San Gregorio envió misioneros para predicar la fe de Cristo en Alemania, y consagró obispos a San Corbiniano y San Bonifacio. En su tiempo, los peregrinos ingleses que iban a Roma aumentaron a tal punto, que fue necesario dedicar una iglesia, un cementerio y una escuela para ellos.

Sin embargo, en los asuntos con el emperador León III fue donde Gregorio desplegó más su fuerza y magnanimidad. León ordenó la destrucción de las sagradas imágenes y puso en vigor sus edictos de persecución. San Germano y otros prelados del oriente trataron de disuadirlo, pero encontrándolo obstinado, rehusaron obedecer y apelaron al Papa. Gregorio por mucho tiempo continuó empleando súplicas y razones, a la vez que animaba vigorosamente al pueblo de Italia a mantenerse leal a su príncipe. Cuando estallaron las rebeliones en Sicilia, Ravena y Venecia, se opuso eficazmente a ellas; simultáneamente alentaba con sus cartas a los pastores de la Iglesia para que resistieran la herejía que el emperador trataba de establecer por la violencia. San Gregorio II fue Papa por quince años; murió en el año 731.

Fuentes abundantes sobre la vida del Papa Gregorio II, se encuentran en *Lives of the Popes*, de H. K. Mann, vol. I, pt. 2, pp. 141-142. El *Liber Pontificalis*, Pablo el Diácono, Beda, Teófanes y Andrea Dandolo, junto con Juan el Diácono (Sagorninus) y las cartas de San Bonifacio, que son las más importantes.

SAN PASCUAL I, PAPA (824 P.C.)

PASCUAL, ciudadano romano, abad de San Esteban en el Vaticano, fue elegido Papa el mismo día de la muerte de su predecesor. Inmediatamente informó al emperador Luis de su elección, y el "pacto de confirmación" que recibió de éste, es el primero cuyo texto se conoce. Durante este pontificado, el emperador León V reanudó la persecución iconoclasta en Constantinopla. Encabezaron la

defensa de la ortodoxia el patriarca, San Nicéforo, y el abad del monasterio de Studius, San Teodoro. Este último apeló en particular al Papa, como representante de San Pedro. ("Tú has recibido las llaves... Tú eres la roca..."), para que fuera en su ayuda. Pascual envió legados y recibió una calurosa carta de agradecimiento de Teodoro quien se hallaba preso, pero los legados no pudieron hacer nada. Muchos monjes griegos huyeron a Roma y el Papa puso el monasterio de Santa Praxedes y otros a su disposición.

Pascual I trabajó mucho en la construcción y decoración de iglesias y trasladó las reliquias de numerosos mártires (incluyendo a Santa Cecilia) de las catacumbas a la ciudad; en el nicho de Santa María della Navicella todavía puede verse a San Pascual en un pequeño retrato, en mosaico, arrodillado a los pies de la Santísima Virgen, que él había puesto allí.

En el año 823, dos funcionarios papales, que se habían pasado junto con algunos laicos nobles al partido contrario al Papa, en una disputa, fueron asesinados, y se acusó al Papa Pascual de ser el instigador del crimen. Se justificó por un solemne juramento, pero se negó a entregar a los criminales (miembros de su casa), basándose en que los tribunales del Estado no tenían jurisdicción sobre ellos y en que su crimen era el de traición, lo cual los ponía fuera de la esfera de la ley. Pero cuando el Papa Pascual murió, poco después en 824, los romanos no permitieron que se le sepultara en San Pedro con los honores acostumbrados; parece que todavía creían que había estado mezclado en el asesinato; y así se le dio sepultura en la iglesia de Santa Praxedes, "en el lugar que él había construido para tal objeto", cuando aún vivía.

El *Liber Pontificalis* contiene pocos datos, excepto una relación de las actividades de construcciones y beneficios del Papa. Para su historia tenemos que recurrir a la escasa correspondencia que se ha conservado y a los cronistas. Naturalmente, nunca ha habido demanda de una canonización formal, y los motivos que hay para que el nombre del Papa Pascual haya sido incluido en el Martirologio Romano son algo obscuros. Hay una nota dedicada a él en el *Acta Sanctorum*, mayo, vol. III; pero véase especialmente de H. K. Mann, *Lives of the Popes*, vol. II, pp. 122-135.

12: LOS SIETE SANTOS FUNDADORES DE LA ORDEN DE LOS SIERVOS DE MARIA (Siglo XIII).

EN UN período de dos años, de 1225 a 1227 siete jóvenes florentinos se asociaron a la Confraternidad de la Santísima Virgen —popularmente conocidos como los "Laudesi" o los alabadores—. Era la época en que la próspera ciudad de Florencia estaba acosada por alborotos políticos y perturbada por la herejía de los "Catari'. También era un tiempo de general relajación moral, aun donde todavía se conservaban prácticas de dovoción. Estos jóvenes, miembros de las familias más importantes de la ciudad, desde su infancia se habían ocupado más de asuntos espirituales que de los temporales, y no habían tomado parte en las contiendas locales. No está bien claro si ya eran amigos antes de asociarse a los Laudesi, pero en dicha confraternidad llegaron a estar íntimamente aliados. Cada día estos siete hombres se despegaban más del mundo y se entregaban más al servicio de la Santísima Virgen. El mayor de todos era Bounfiglio Monaldo, quien se convirtió en su jefe, y los otros eran Alexis Falconieri, Benedeto dell'Antella, Bartolomé Amidei, Ricovero Uguccione,

Gerardino Sostegni, y Juan Bounagiunta. Tenían por director espiritual a Santiago de Poggibonsi, que era capellán de los Laudesi, hombre de gran santidad y discernimiento espiritual. Todos ellos siguieron el llamado a una vida de renuncia, y determinaron recurrir a Nuestra Señora en sus angustias. En la fiesta de la Asunción, cuando estaban absortos en la oración, vieron a la Virgen en una visión, y Ella les inspiró el deseo de alejarse del mundo y de vivir en un lugar solitario sólo para Dios. Hubo dificultades porque, aunque tres de ellos eran célibes, dos eran casados y dos habían quedado viudos, los cuales tenían impedimentos. Era necesario proveer convenientemente a los que de ellos dependían; pero eso se arregló, y con la aprobación del obispo, se alejaron del mundo. Se fueron a una casa llamada La Carmarzia, fuera de las puertas de Florencia, veintitrés días después de haber recibido el llamado. Su deseo era llevar una vida de penitencia y oración, pero en breve los continuos visitantes florentinos comenzaron a distraerlos y así decidieron retirarse a las laderas desiertas y selváticas del Monte Senario, donde construyeron una sencilla iglesia y una ermita, en la que llevaban una vida de austeridades casi increíbles.

A pesar de las dificultades para encontrarlos, los visitantes no dejaban de ir hasta los ermitaños y muchos deseaban unírseles, pero ellos se negaban a aceptar reclutas. Así continuaron viviendo por varios años, hasta que los fueron a visitar su obispo, Ardingo y el cardenal Castiglione, quien había oído hablar mucho acerca de su santidad. Quedó éste grandemente edificado, pero hizo una crítica adversa. "Vuestra manera de vivir", dijo "se asemeja demasiado a la de las criaturas selváticas de los bosques, por lo que concierne al cuidado del cuerpo. Os tratáis de un modo que linda con la barbarie: y parecéis desear más morir al tiempo, que vivir para la eternidad. Tened cuidado; el enemigo de las almas se esconde a veces bajo la apariencia de un ángel de luz... Escuchad los consejos de vuestros superiores". Los siete quedaron hondamente impresionados con estas palabras y se apresuraron a pedirle a su obispo una regla de vida. Les respondió que el asunto requería oración, y les rogó que no continuaran negando la admisión a los que buscaban unírseles. Otra vez los solitarios se pusieron en oración para tener luz, y otra vez tuvieron una visión de Nuestra Señora, que llevaba en la mano un hábito negro, mientras un ángel sostenía un pergamino con el título de Siervos de María. La Virgen se dirigió a ellos y les dijo que los había escogido para que fueran sus siervos, que deseaba usaran el hábito y siguieran la regla de San Agustín. Desde aquella fecha, 13 de abril de 1240, fueron conocidos como Siervos de María, o Servitas. Al aceptar esta regla, los Siete Fundadores tuvieron que adoptar un modo de vida diferente lo cual dio mucha satisfacción a su antiguo amigo el obispo de Florencia. Santiago de Poggibonsi, que los había seguido, resolvió unírseles. Recibieron el hábito de manos del mismo obispo, y eligieron a Buonfiglio como superior. De acuerdo con la costumbre, eligieron sus nombres de religión, por los cuales serían conocidos de ahí en adelante. Estos nombres fueron; hermanos Bonfilio, Alejo, Amadeo, Hugo, Sóstenes, Maneto y Buonayunta. Por deseo del obispo, todos, excepto San Alejo, que en su humildad rogó ser dispensado, se prepararon para recibir las sagradas órdenes, y a su debido tiempo profesaron y fueron ordenados sacerdotes. La nueva orden, cuya forma era más parecida a la de los frailes mendicantes que a la de las órdenes monásticas, aumentó sorprendentemente, y en breve fue necesario fundar nuevas casas. Los primeros sitios elegidos fueron Siena, Pistoia y Arezzo, y después se establecieron casas en Carfaggio, el

convento e iglesia de la Santissima Annunziata en Florencia, y el convento en Lucca. Aunque los Servitas tenían la aprobación de sus superiores inmediatos, no habían sido reconocidos por la Santa Sede. Una y otra vez se hicieron esfuerzos para obtener el reconocimiento, pero los que deseaban ver abolida la nueva orden o absorbida por otra, ponían dificultades. El Concilio de Letrán había declarado que no deberían fundarse nuevas órdenes, y posteriormente el Concilio de Lyon había añadido aun más limitaciones. Cada vez que la petición de los Servitas llegaba al Papa, era puesta a un lado o no se la tomaba en cuenta. Sólo hasta 1259 la orden quedó prácticamente reconocida por Alejandro IV, y no fue sino hasta 1304, más de sesenta años después de su fundación, cuando recibió la aprobación explícita y formal del Beato Benedicto XI. San Bonfilio había permanecido como prior general hasta 1256, cuando suplicó ser relevado, debido a su avanzada edad. Tuvo una muerte muy hermosa, en medio de todos sus hermanos, la noche del año nuevo de 1261. San Bonayunta, el más joven de los siete, fue el segundo prior general, pero expiró en la capilla poco después de su elección, mientras se leía el Evangelio de la Pasión. San Amadeo gobernó el importante convento de Carfaggio, pero regresó a Monte Senario a terminar sus días. San Maneto llegó a ser el cuarto prior general y envió misioneros a Asia, pero se retiró pronto para ceder el puesto a San Felipe Benizi sobre cuyo pecho expiró. San Hugo y San Sóstenes fueron al extranjero; Sóstenes a París y Hugo a fundar conventos en Alemania. Fueron llamados en 1276, y habiendo caído enfermos, murieron uno junto al otro, la misma noche. San Alejo, el humilde hermano lego, sobrevivió a todos los demás y fue el único que vivió para ver la orden en pleno vigor y definitivamente reconocida. Se dice que murió a la edad de ciento diez años.

Hay cierta falta de informes precisos con relación a la primitiva historia de los Siete Santos Fundadores. Entre las fuentes contemporáneas más cercanas encontramos una crónica de Pedro de Todi y unas memorias del padre Nicolás Mati. Los *Annales Sacri* de Giani, continuados por Garbi, no son muy dignos de confianza con respecto a los principios de la orden. La *Histoire des Sept Saints Fondateurs de l'Ordre des Servites de Marie*, por el padre Ladoux (1888). Fueron contados entre los santos por el Papa León XIII en 1887.

SANTA MARINA, VIRGEN (sin fecha)

CIERTO HOMBRE de Bitinia llamado Eugenio, habiendo quedado viudo, se retiró a un monasterio y se hizo monje. Después de algún tiempo, llegó a sentirse muy agobiado por el recuerdo de su pequeña hija, Marina, a quien había dejado al cuidado de una pariente. Habiéndole dicho a su abad que la criatura era un muchacho, llamado Marino, obtuvo permiso para traerlo a vivir al monasterio. Allí estuvo vestida como niño y así pasaba como tal. Vivió con su padre hasta que él murio, cuando ella tenía diecisiete años. Siguió viviendo como monje y con frecuencia la ocupaban en llevar una carreta hasta el puerto para traer algunas mercancías. De vez en cuando, era necesario que pasara la noche en la hostería cercana al desembarcadero. Cuando se notó que la hija del posadero iba a ser madre, se acusó al atractivo y bien parecido Marino de ser su seductor.

Cuando le trajeron la noticia al abad, éste imputó el cargo a Marino, y "él" no lo negó; por lo cual fue despedido del monasterio, a cuyas puertas se quedó a vivir como mendigo. Cuando la hija del posadero hubo destetado

al niño se lo trajo a Marino y desdeñosamente le dijo que cuidara de su hijo. Esto lo sufrió Marino en silencio, cuidando del niño y sobrellevando su vergüenza ante todos los que pasaban. Después de cinco años, el abad, por intercesión de los monjes, que estaban impresionados por este ejemplo de paciencia y humillación, admitió a Marino y al niño al monasterio, pero le impuso al primero severas penitencias y los oficios más bajos de la casa.

Poco después murió Marino, y cuando los hermanos fueron a preparar el cuerpo para su sepultura, descubrieron su sexo. El abad quedó agobiado del remordimiento por la injusticia cometida inconscientemente y admirado por el heroísmo de la mujer. Marina fue sepultada con respeto y dolor, y la mujer que la había acusado falsamente quedó poseída del demonio, del que sólo se vio libre cuando confesó su pecado y le pidió a Marina que intercediera por ella en el cielo.

La historia de esta Marina, cuyo nombre aparece en los menologios griegos el 12 de febrero, es sencillamente uno de tantos romances populares de mujeres disfrazadas de hombres, como existen en las "vidas" de las santas Apolinaria, Eugenia, Eufrosina, Pelagia de Jerusalén y Teodora de Egipto.

Para los textos de la leyenda de Marina véase de L. Clugnet, *Vie et office de Ste Marine* (1905), reimpresa de la *Revue de l'Orient chrétien;* Migne, PG., vol. CXV, pp. 348 ss., y también el *Acta Sanctorum*, julio, vol. IV. No es asunto fácil determinar el orden preciso en la maraña de plagios a que se hace referencia arriba: Delehaye ha discutido extensamente el asunto en su *Legends of the Saints*, pp. 197-206. El opina que el punto de partida en este grupo de santas imaginarias fue una especie de novela piadosa sobre "el arrepentimiento de Pelagia", que pretendían haber sido escrita por un tal Santiago, basada en un incidente relatado en un sermón de San Juan Crisóstomo. Se notará naturalmente, que Marina no es otra cosa que la expresión en latín del nombre griego de Pelagia.

SAN JULIAN EL HOSPITALARIO (sin fecha)

El 27 de enero hacemos referencia de un "Julián", obispo de Le Mans, y hoy, de otro San Julián conocido como "el Hospitalario". Apenas si es posible saber si la historia que tenemos sea puramente novela, pero se ha creado una extraña confusión entre los diferentes San Julián y resulta muy difícil desenredar los pocos hilos de hechos auténticos que posiblemente pertenezcan a las vidas de uno u otro de ellos. Aun en el siglo quince ya aparecía la confusión; la versión de Caxton de la "Golden Legend", (Leyenda Dorada) de la cual podemos tomar los datos de la historia tradicional del "Hospitalario", comienza presentándonos, cuando menos a otros tres Julianes. El primero fue el obispo de Le Mans ya mencionado, y que algunos suponen que no era otro que Simón el leproso, a quien Nuestro Señor limpió la lepra y quien invitó a Jesucristo a comer. Por esta razón, sigue diciendo el escritor, mucha gente lo identifica con el santo a quien los peregrinos y viajeros invocan para obtener un buen hospedaje, "porque Nuestro Señor se hospedó en su casa"; pero nuestro crítico medioeval lo considera poco probable. También hubo otro San Julián, "nacido en Alemania, que era de noble linaje, más noble aún en la fe y la virtud". Este santo fue mártir. Después de su muerte, cuando un clérigo sin principios robó una oveja que pertenecía a la iglesia de la cual él era titular, recibió de él un castigo por su culpa. Todavía hay un tercer San Julián, "hermano de una mujer llamada Julia". Ambos fueron martirizados juntos y obraron después de su muerte,

muchos milagros, de los cuales uno o dos se relatan en detalle. Pero el Julián a quien se le da más atención, es el Hospitalario, "quien mató a su padre y a su madre por ignorancia". Su historia modernizando el vocabulario sería ésta:

"Erase un joven noble que cierta vez salió de cacería. Andando en el monte encontró un ciervo que se volvió a él y le dijo: 'Si me cazas, matarás a tu padre y madre', por lo que el joven quedó muy corrido y asustado. Por temor a que le sucediera lo que el ciervo le había dicho, se fue lejos, adonde nadie lo pudiera descubrir, y encontró un príncipe noble y grande que lo empleó en su servicio. Su conducta era tan buena en la guerra como en el palacio, y el rey lo distinguía tanto, que lo hizo caballero, le dio en matrimonio a una rica viuda de un castellano y como dote recibió el castillo. Y cuando su padre y madre supieron que se había ido, se pusieron a buscarlo por todas partes. Y anduvieron mucho tiempo hasta que llegaron al castillo donde vivía, pero él estaba fuera y sólo encontraron a su esposa. Cuando ella los vio, les preguntó atentamente quiénes eran; y cuando relataron lo que le había pasado a su hijo, se dio cuenta de que en verdad eran el padre y la madre de su marido. Los recibió con la mayor cortesía y les dio su propia cama, haciendo otra para ella.

"A la mañana siguiente, la esposa de Julián fue a la iglesia, y su marido llegó mientras ella estaba allá. Entró a su recámara para despertar a su mujer y vio a dos personas en su cama. Como se imaginara que era un hombre que se había acostado con su esposa, los mató a los dos con su espada. Después de eso, salió y vio a su esposa que venía de la iglesia. Entonces quedó muy avergonzado y exigió a su esposa le dijera quiénes eran los que estaban en su cama. Ella le respondió que eran su padre y su madre que lo habían buscado por mucho tiempo y a quienes ella les había dicho que durmieran en su cama. Entonces él se desmayó y casi moría de la impresión. Comenzó a lamentarse amargamente y a exclamar en voz alta, "¡Ay miserable de mí! ¿qué haré, yo que he matado a mi padre y a mi madre? Ahora ha sucedido aquello que yo creía haber evitado". Y dijo a su mujer, "Adiós, ve con Dios mi bien amada, ya no descansaré hasta que sepa que Dios me ha perdonado y ha olvidado esto que he hecho; haré digna penitencia". Y ella respondió, "Bien, amor mío, que Dios no permita que te vayas sin mí; así como he tenido gozo contigo, así tendré dolor y soportaré la tristeza".

"Luego se fueron y viajaron hasta llegar a un gran río por donde pasaba mucha gente; allí edificaron un hospital para albergar a los pobres e hicieron penitencia, llevando a los que querían pasar de un lado a otro. Pasado mucho tiempo, una noche San Julián se durmió ya tarde; estaba muy cansado, había helado y hacía mucho frío. Entonces oyó una voz que se lamentaba diciendo, 'Julián, ven y ayúdanos a pasar'. En seguida se levantó y fue hasta allá y encontró a una persona casi muerta de frío. Inmediatamente la tomó y llevó hasta el fuego e hizo grandes esfuerzos para hacerla entrar en calor, frotando sus miembros. Cuando vio que no podía reanimarla ni calentarla, la llevó hasta su cama y la cubrió lo mejor que pudo. Después vio a este hombre, que estaba tan enfermo y que parecía ser un leproso, ascender resplandeciente al cielo. Y le dijo a San Julián, que lo había hospedado, 'Julián, Nuestro Señor me ha enviado a ti, y te manda decir que El ha aceptado tu penitencia'. Poco después, San Julián y su esposa entregaron a Dios sus almas y salieron de este mundo".

Esta es la leyenda de San Julián, que fue sumamente popular en la Edad Media. Muchos hospitales estuvieron y aún están dedicados a él, especialmente

en los Países Bajos. Varias escenas de la leyenda están representadas en uno de los ventanales a colores de una de las ventanas de la catedral de Rouen; parece que fue donado por el gremio de barqueros del río de aquella ciudad. Todos los hoteleros, viajeros y barqueros se han puesto bajo su protección. No hay un emblema peculiar para representar a San Julián el Hospitalario, pero con frecuencia se le encuentra con un ciervo o con un bote, haciendo de barquero.

Sería difícil ponerle fecha al origen de esta leyenda. Está en la *Legenda Aurea* del Beato Jacobo Voragine, y los bolandistas publican la versión de la historia que se encuentra en San Antonino de Florencia, y que trata del asunto, el día 29 de enéro. La leyenda es ciertamente anterior a los tiempos de Voragine o Antonino; pues se halla, entre otras partes, en Vicente de Beauvais. Consúltese ahí el artículo más valioso, incluyendo una inédita "vita", por el P. B. de Gaiffier en *Analecta Bollandiana*, vol. LXIII (1945), pp. 144-219. Hay considerables escritos en relación con San Julián. Véase, e.g. de Gustave Flaubert, *La Legende de St. Julien l'Hospitalier* (1874) y de A. M. Gosrez, *Le St. Julien de Flaubert* (1903).

SAN MELECIO, ARZOBISPO DE ANTIOQUÍA (381 P.C.)

MELECIO NACIÓ en Melitene y pertenecía a una de las familias más distinguidas de Armenia Menor. Con su sinceridad y bondadosa disposición se ganó la estima tanto de los católicos como de los arrianos, y fue promovido al obispado de Sebaste. Sin embargo, encontró ahí tan violenta oposición, que lo abandonó y se retiró primero al desierto y después a Beroa en Siria, una población de la cual el historiador Sócrates supone que fue obispo. Desde el destierro de Eustasio en 331, la Iglesia de Antioquía había estado oprimida por los arrianos, pues varios obispos que le precedieron habían fomentado la herejía. Eudoxio, el último de éstos, aunque arriano, fue expulsado por un grupo de arrianos en una revuelta contra las autoridades y poco después usurpó la sede de Constantinopla. Entonces los arrianos y algunos católicos acordaron elevar a Melecio a la silla de Antioquía. El emperador confirmó su elección en 361, aunque otros católicos se negaron a reconocerlo, diciendo que era una elección ilegal, debido a que los arrianos habían tenido parte en ella. Los arrianos esperaban que Melecio se declararía en favor de su partido, pero se desengañaron cuando el emperador Constancio, venido de Antioquía, ordenó a varios prelados que explicaran el texto del Libro de los Proverbios: "Diome Yavé el ser en el principio de sus caminos". Primero, Jorge de Laodicea lo explicó en sentido arriano; después, Acacio de Cesarea le dio un significado que lindaba con lo herético, pero Melecio lo expuso con sentido católico y relacionándolo con la Encarnación. Este testimonio público encolerizó a los arrianos, y Eudoxio, en Constantinopla, persuadió al emperador para que desterrara a Melecio a Armenia Menor. Los arrianos le dieron la sede a Euzoius, quien anteriormente había sido expulsado de la Iglesia por San Alejandro, arzobispo de Alejandría. Desde este tiempo data el famoso cisma de Antioquía, aunque su verdadero origen data desde el destierro de San Eustasio, unos treinta años antes.

Dieciocho años duraron los complicados acontecimientos durante los cuales San Melecio fue desterrado varias veces y llamado nuevamente, pero estos asuntos atañen más bien a la historia eclesiástica general. La suerte, tanto de los ortodoxos y de los arrianos, como la de Melecio y la de otros pretendientes a la sede de Antioquía, tenía sus altas y sus bajas, según la política y el punto de

vista de los emperadores reinantes. Algunos prelados y otras personas estaban decididos "a acomodar sus opiniones a las de aquellos que estaban investidos de la suprema autoridad", como dice el historiador Sócrates. La muerte del emperador Valente, en 378, puso fin a la persecución arriana y San Melecio fue restablecido a su sede; pero sus dificultades no habían terminado, porque había otro jerarca ortodoxo, Paulino, reconocido por muchos como obispo de Antioquía.

En 381, se reunió en Constantinopla el segundo Concilio Ecuménico, y San Melecio lo presidió. Estando el Concilio en sesiones, la muerte se llevó a este obispo, que tanta paciencia tuvo en el sufrimiento. La noticia de su muerte fue recibida con gran dolor de los Padres conciliares y del emperador Teodosio, quien le había dado la bienvenida a la ciudad imperial con una gran demostración de afecto, "como un hijo que saluda a un padre por mucho tiempo ausente". Con su humildad evangélica, Melecio se había hecho querer por todos los que lo conocieron. Crisóstomo nos dice que su nombre era tan venerado, que la gente en Antioquía escogía este nombre para sus hijos; grababan su imagen en sus sellos y en su vajilla y la esculpían sobre sus casas. Todos los Padres del Concilio y los fieles de la ciudad asistieron a sus funerales en Constantinopla. Uno de los prelados más eminentes, San Gregorio de Nissa, pronunció la oración fúnebre En ella hace referencia a "la dulce y tranquila mirada, radiante sonrisa y bondadosa mano que secundaba a su apacible voz"; y termina con las palabras, "Ahora él ve a Dios cara a cara, ruega por nosotros y por la ignorancia del pueblo". Cinco años más tarde, San Juan Crisóstomo, a quien San Melecio había ordenado diácono, pronunció un panegírico el 12 de febrero, el día de su muerte o de su traslación a Antioquía. Todavía existen los panegíricos escritos por San Gregorio de Nissa y San Juan Crisóstomo.

Véase el *Acta Sanctorum*, febrero, vol. II; BHG., p. 91; DCB., vol. III, pp. 891-893; Hefele en el *Kirchenlexikon*; y H. Leclercq en la *Catholic Encyclopedia*, vol. x, pp. 161-164.

SAN BENITO DE ANIANE, ABAD (821 P.C.)

BENITO fue hijo de Aigulfo de Maguelone; servía de escanciador al rey Pepino y a su hijo Carlomagno. A la edad de veinte años resolvió buscar el Reino de Dios con todo su corazón. Tomó parte en la campaña de Lombardía, pero, después de haberse casi ahogado en Tesino, cerca de Pavía, tratando de salvar a su hermano, hizo voto de abandonar el mundo por completo. A su vuelta a Languedoc, confirmó su determinación por consejo de un ermitaño llamado Widmar, y fue a la abadía de Saint-Seine, a veinticuatro kilómetros de Dijon, donde lo admitieron como monje. Pasó allí dos años y medio aprendiendo la vida monástica y llegó al dominio de sí mismo por medio de severas austeridades. No satisfecho con guardar la regla de San Benito, practicaba otros puntos de perfección que encontró prescritos en las reglas de San Pacomio y San Basilio. Cuando el abad murió, los hermanos estaban dispuestos a elegirlo para que lo substituyera, pero no quiso aceptar el cargo, porque sabía que había monjes que se oponían a todo lo que fuera reforma sistemática.

Con este motivo, Benito abandonó Saint-Seine y, al regresar a Languedoc, construyó una pequeña ermita junto al arroyo Aniane, en sus propias tierras. Aquí vivió algunos años en privación voluntaria, orando continuamente a Dios

para que le enseñara a hacer su voluntad. Algunos ermitaños, de los cuales uno era el santo Widmar, se pusieron bajo su dirección. Ganaban su sustento con el trabajo manual, vivían a pan y agua, excepto los domingos y grandes fiestas, cuando añadían un poco de vino o leche, si se los daban de limosna. El superior trabajaba con ellos en los campos y algunas veces se dedicaba a copiar libros. Cuando el número de sus discípulos aumentó, Benito dejó el valle y construyó un monasterio en un sitio más espacioso. Amaba tanto la pobreza, que por mucho tiempo utilizó cálices de madera o vidrio o peltre para celebrar la misa, y si le daban ornamentos valiosos de seda, los obsequiaba a otras iglesias. Sin embargo, posteriormente, cambió su modo de pensar sobre este punto, y construyó un claustro y una majestuosa iglesia adornada con pilares de mármol, y la dotó de cálices de plata, ricos ornamentos; además compró libros para la biblioteca. En breve tuvo muchos religiosos bajo su dirección. Al mismo tiempo, llevaba al cabo la inspección general de todos los monasterios de Provenza, Languedoc y Gascuña, y llegó a ser, con el tiempo, el director y supervisor de todos los monasterios del imperio; reformó a muchos con tan buen tino, que no encontró gran oposición. El que principalmente recibió su influencia fue el monasterio de Gellone, fundado por San Guillermo de Aquitania en 804.

Para tenerlo a la mano, el emperador Luis el Piadoso obligó a Benito primero a habitar en la abadía de Maurmünster, en Alsacia, y después, como todavía quería tenerlo más cerca, construyó un monasterio en el Inde, conocido más tarde como Cornelimünster, a unos 11 kilómetros de Aquisgrán, residencia del emperador y su corte. Benito vivió en el monasterio, pero continuó ayudando a la restauración de la observancia monástica por toda Francia y Alemania. A él se debe principalmente, la redacción de los cánones para la reforma de los monjes del concilio de Aquisgrán en 817. En ese mismo año presidió la asamblea de abades para poner en vigor el restablecimiento de la disciplina. Su estatutos, los *Capitula* de Aquisgrán, fueron añadidos a la regla de San Benito e impuestos a todos los monjes del imperio. Benito también escribió el "Codex Regularum" (Código de Reglas), una colección de todas las reglas monásticas existentes en su tiempo; compiló asimismo un libro de homilías para uso de los monjes, sacado de las obras de los Padres de la Iglesia; pero su obra más importante fue la "*Concordia Regularum*", la "Concordancia de Reglas", en la cual compara las reglas de San Benito de Nursia con las de otros patriarcas de la observancia monástica para mostrar su semejanza. Este gran restaurador del monasticismo en el occidente, agotado por las mortificaciones y fatigas, sufrió mucho de continuas enfermedades en sus últimos días. En 821 murió tranquilamente, en Inde, a la edad de setenta y un años. Grande como era la energía e influencia de San Benito de Aniane, hay que admitir que su plan para una revolución pacífica de la vida monástica no pudo ser llevado al cabo como él había proyectado. De acuerdo con Edmund Bishop, la idea que tenía Benito y su patrono, el emperador Luis, era ésta: Todas las casas habían de reducirse a una uniformidad absoluta de disciplinas, observancia, y aun hábito, de acuerdo con el modelo de Inde; se nombrarían visitadores para que vigilaran la observancia de la regla según las constituciones. El nuevo plan sería lanzado en la asamblea de abades en Aquisgrán en 817. "Pero planear es una cosa", el Sr. Bishop agrega, "y llevar al cabo es otra. Es claro que en la asamblea general de abades, Benito, respaldado como estaba por el emperador para conservar la paz y poder llevar a cabo reformas substanciales, tuvo que renunciar a muchos detalles de

observancia que él estimaba mucho. Parece que esto mismo afirma su biógrafo y amigo Ardo, quien había observado todo personalmente. Sin embargo, los decretos de esta asamblea, de la cual era Benito al mismo tiempo autor, alma y vida, fueron un punto decisivo en la historia de los benedictinos, porque éstos formaron la base de la legislación y práctica posterior. Después del gran fundador, Benito de Nursia, ningún otro hombre ha influído tanto en el monasticismo occidental como lo hizo el segundo Benito, el de Aniane". ("Liturgia Histórica", 1918, pp. 212-213).

Pocos de los entendidos en esta materia tienen tanto derecho para opinar sobre la historia monástica del siglo nueve, como Edmud Bishop.

Estas palabras suyas forman un tributo notable a la obra que el gran reformador monástico llevó al cabo; pero, como ha señalado Dom David Knowles, su influencia fue bastante diferente de la de Benito de Nursia: "Benito de Aniane nunca fue un guía espiritual para monjes".

La primera autoridad para la vida de San Benito es la biografía en latín escrita por un discípulo y amigo Ardo. El mejor texto es el que está en el MGH., *Scriptores* vol. xv. Véase también el *Acta Sanctorum*, febrero, vol. II; DCB., vol. I, pp. 305-308; de Hauck, *Kirchengeschichte Deutschlands*, vol. II, pp. 528 ss.; de P. J. Nicolai, *Der Hl. Benedikt Gründer von Aniane*; de J. Narberhaus, *Benedikt von Aniane* (1930); de W. Williams en la *Downside Review*, vol. LIV (1936), pp. 357-374, de J. Winandy en *Mélanges bénédictines* (1947), pp. 235-258; y de D. Knowles, *The Monastic Order in England*, (1949), pp. 25-30.

BEATOS TOMAS HEMERFORD Y SUS COMPAÑEROS, MÁRTIRES. (1584 P.C.)

EL NOMBRE de Tomás Hemerford, con el de sus compañeros, fue el que distinguió e identificó la causa de todo el segundo grupo de mártires ingleses y galeses (beatificados en 1929), cuando dicha causa se ventilaba en Roma. Lo interesante es que de los cuatro sacerdotes seculares que sufrieron en Tyburn, el 12 de febrero de 1584, él es de quien menos se sabe. Nació en algún lugar de Dorsetshire y se educó en el Colegio Superior de San Juan y en el Hart Hall, en la Universidad de Oxford, donde se graduó de bachiller en leyes en 1575. Fue a Reims, de allí al Colegio Superior Inglés en Roma, donde fue ordenado sacerdote en 1583 por el obispo Goldwell de San Asaph, el último obispo de la antigua jerarquía. Unas cuantas semanas después salió de Roma para la misión inglesa, pero al poco tiempo de haber desembarcado, fue arrestado, enjuiciado por ser sacerdote y sentenciado a muerte. Por seis días antes de la ejecución estuvo cargado de cadenas en la prisión de Newgate, y después sufrió con tranquila fortaleza el duro tormento. Lo colgaron, lo estiraron y lo descuartizaron. El Beato Tomás era hombre "de moderada estatura, de barba oscura, semblante austero, y de temperamento alegre, sumamente amable en la conversación y ejemplar en todos sentidos". Sufrieron con él los BEATOS SANTIAGO FENN, JUAN NUTTER, JUAN MUNDEN, y JORGE HAYDOCK.

El primero de éstos nació por el año de 1540 en Montacute, cerca de Yeovil, y fue elegido socio del Colegio Superior de Corpus Christi en Oxford, pero fue expulsado por negarse a prestar el juramento de supremacía. Llegó a ser preceptor y maestro de escuela en Somerset, donde se casó y tuvo dos hijos. Al morir su esposa, cuando él contaba casi cuarenta años, Santiago fue al colegio

superior de Reims, donde se ordenó sacerdote en 1580 y regresó a ejercer su ministerio a Somerset. No pasó mucho tiempo sin que el P. Fenn fuera arrestado y puesto en la cárcel en Ilchester, en donde fue conducido a Londres y alojado en Marschalsea. Durante los dos años que pasó allí, fue sumamente celoso tanto de sus hermanos católicos como de otras personas, prestando particular atención a los piratas y a otros condenados a muerte. Fue notable la conversión que hizo de un famoso malhechor.

Cuando lo llevaron a juicio, fue puesto en el banquillo de los acusados con otro sacerdote, el venerable Jorge Haydock. Nunca se habían encontrado antes; sin embargo, fueron acusados de conspirar juntos en Roma (en donde nunca había estado Fenn) para matar a la reina, y de haber entrado al país para perpetrar el crimen. Por dirección del juez, el jurado los encontró culpables; y la mala fe se muestra en el hecho de que el fiscal de la corona fue a visitar a Fenn cuando estaba esperando su ejecución y le ofreció suspender la sentencia, si reconocía la supremacía eclesiástica de la reina. Cuando ya estaba atado a la carreta para ser llevado a Tyburn, su joven hija Frances fue llorando a despedirse de él y a recibir su última bendición; y así el Beato Santigo Fenn pasó a recibir su corona del martirio.

Juan Nutter nació cerca de Burnley, en Reedley Hallows, se graduó de bachiller en letras sagradas en la Universidad de Oxford. Abjuró del protestantismo y, en 1579, entró al Colegio Superior Inglés en Reims. Tres años más tarde, ordenado sacerdote, iba de camino a la misión de Inglaterra ocultando su sacerdocio, cuando el navío naufragó en la costa de Suffolk y Juan cayó enfermo. Esta combinación de desgracias hicieron que se descubriera su sacerdocio. Fue aprehendido y tratado con gran rigor hasta que llegó la orden de enviarlo a Londres. En la prisión de Marshalsea, Nutter se distinguió por el mismo celo del P. Fenn y, por su candor y franqueza, se ganó el sobrenombre de "Plain-dealing John" (Juan el sincero). Después de un año de encierro, cuyas incomodidades aumentaba él con sus propias penitencias, fue llevado a juicio con los antes mencionados y compartió su martirio.

Juan Munden, o Mundyn, originario de Dorset, nació en Cotley, cerca de South Maperton. Se educó en Winchester y New College, Oxford, donde se le suspendió la beca de que gozaba, a causa de su religión, en 1566. Volvemos a saber de él catorce años después (parece que en estos años había estado como maestro de escuela en Dorset); de ahí salió con una carta de recomendación del Dr. Allen para el rector del Colegio Superior Inglés de Roma, pero parece que no llegó a alistarse como alumno, aunque consta que fue ordenado en la Urbe, en 1582. A principios del siguiente año, mientras viajaba de Winchester a Londres, un abogado llamado Hammond lo traicionó y entregó a los magistrados en Staines. Fue examinado por Sir Francis Walsingham y, después, encerrado en la Torre, donde por espacio de tres semanas estuvo encadenado sobre el piso desnudo. Cuando un año después lo llevaron a juicio y lo sentenciaron, su porte era tan alegre, que los circunstantes creyeron que lo habían absuelto. La noche antes de la ejecución, dirigió una conmovedora carta a su "Primo Duck", en Reims, cuyo texto todavía existe ("Collections de Oliver", p. 362).

Estos cuatro mártires, junto con el Venerable Jorge Haydock, fueron condenados a muerte por el cargo de alta traición. El cronista contemporáneo Stow escribe que su traición consistió "en ser ordenados sacerdotes allende los

mares y por autoridad del Papa". Ese fue el argumento que movió a la Iglesia cuando los beatificó en 1929, entre los otros mártires ingleses.

Véase MMP., pp. 85-105; Burton y Pollen, LEM.; de J. H. Pollen, *Acts of English Martyrs*; y Publicaciones de la *Catholic Record Society*, vol. v.

13: SAN AGABO. (Siglo I).

AGABO, ORIGINARIO de Judea, es mencionado por dos veces en los Hechos de los Apóstoles, como uno de los profetas que vinieron de Jerusalén a Antioquía durante la predicación de Pablo y de Bernabé. En Antioquía anunció un hambre universal que se cumplió bajo el gobierno de Claudio (Hech., XL, 28). Dieciséis años más tarde, volvemos a encontrar a Agabo en Cesarea, donde se detuvo durante su viaje desde Judea, hospedándose en la casa de Felipe. Ahí, mediante un acto simbólico, anunció que Pablo sería hecho prisionero en Jerusalén (Hech. XXI, 10).

Algunos han pensado que hubo dos personajes con el nombre de Agabo; pero se admite generalmente sólo a uno, ya que en los dos pasajes de los Hechos que le mencionan, el nombre, la función, el país de origen y la época, son idénticos. Los griegos expresaron la opinión de que Agabo fue uno de los setenta discípulos y que recibió el martirio en Antioquía. Y lo festejan el día 8 de marzo.

Desde el siglo IX, Agabo figura en los documentos de la Iglesia latina el 13 de febrero. El "Vetus Romanum" abre la serie de datos. Parece que la fecha y el lugar del martirio han sido determinados en forma completamente arbitraria por Adón. Según los Hechos, la presencia de Agabo en Antioquía y en Cesarea fue transitoria. La fecha se estableció por un procedimiento de Adón que fue escalonando, a lo largo del año, los nombres de los antiguos discípulos, sacados del libro de los Hechos, siguiendo simplemente el orden en que van apareciendo en los sucesivos capítulos. Ya hemos encontrado a Ananías (Hech. IX) el 25 de enero para hacerle coincidir con la conversión de San Pablo; después, al centurión Cornelio (Hech. X) el 2 de febrero; ahora tenemos a Agabo el 13 de febrero (Hech. XI). Siendo el "Vetus Romanum" obra de Adón, se comprende que reproduzca su sistema.

Una leyenda de la orden del Carmelo atribuye a Agabo la fundación de una iglesia en honor de la Madre de Dios; en consecuencia, se le da como característica el hábito de la orden del Carmen y, sobre la mano, una pequeña iglesia con la inscripción "Virgini Matri".

También se encuentra a Agabo señalado como discípulo del Señor o de los Apóstoles, en las fechas del 8 al 10 de abril.

Acta Sanctorum, 13 de febrero. *Dict. de la Bible*, vol. I, col. 259. Quentin, *Les martyrol. histor. du Moyen Age*, pp. 418, 460 y 589. C. Cahier, *Caractéristique des saints*, p. 341.

SANTAS FUSCA Y MAURA, MÁRTIRES. (250, P.C.).

EN TIEMPO de la persecución de Decio, una joven de quince años, natural de Ravena, llamada Fusca, deseaba abrazar el cristianismo. Habló de ello a Maura,

su nodriza, quien la animó y le propuso imitarla, de suerte que las dos fueron en busca de un sacerdote llamado Hermoloro, quien les administró el bautismo.

Cuando se enteró de lo sucedido, el padre de Fusca montó en cólera e intentó, por diversos medios, devolver a su hija a las prácticas de la idolatría. Pero como no pudo doblegar su voluntad, la denunció al gobernador Quintiliano. Este envió a sus secuaces para detener a Fusca y a su nodriza, pero a la vista de un ángel que estaba al lado de la joven, los esbirros no se atrevieron a ejecutar las órdenes. Fue necesario que las dos cristianas acudieran voluntariamente al tribunal para declarar que creían en Jesucristo. Fueron cruelmente flageladas y luego muertas.

Sus reliquias fueron llevadas primero al Africa y después a Torcelli, cerca de Venecia, donde fueron veneradas desde entonces.

Acta Sanctorum, 13 de febrero, según las Actas que han sido resumidas.

SAN POLIEUCTO, MÁRTIR (259 P.C.)

LA CIUDAD de Melitene en Armenia, que era una ciudad militar romana, es ilustre por el gran número de sus mártires. Entre ellos, el mártir de mayor alcurnia fue Polieucto, un oficial romano de padres griegos. Siendo aún pagano, se hizo amigo de un celoso cristiano llamado Neraco, quien, cuando llegaron a Armenia noticias de la persecución contra los cristianos, se preparó para entregar su vida por la fe. Su única pena era que Pelieucto todavía fuese gentil, pero tuvo la alegría de atraerlo a la verdad y de inspirarle un ardiente deseo de morir por la religión cristiana. Polieucto abiertamente se declaró cristiano, y pronto fue aprehendido y condenado a crueles tormentos. Cuando los verdugos se cansaron de atormentarlo, comenzaron a tratar de persuadirlo para que renunciase a Cristo. Las lágrimas y súplicas de su esposa Paulina, de sus hijos y de su suegro hubieran sido suficientes para hacer flaquear a un hombre menos resuelto. Polieucto, sin embargo, fortalecido por Dios se mantuvo más firme en la fe y recibió con alegría la sentencia de muerte. De camino a la ejecución, exhortó a los circunstantes a que renunciaran a sus ídolos y habló con tanto fervor, que muchos se convirtieron. Fue decapitado durante la persecución de Decio o Valeriano.

Tenemos pruebas convincentes del martirio de un San Polieucto en Melitene: se sabe de una iglesia que le fue dedicada antes de 377. Su nombre aparece el 7 de enero, en el martirologio siríaco del siglo cuarto, como el de un mártir muerto en Melitene. El mismo asiento se encuentra en el *Hieronymianum*. Pero al mismo tiempo, no podemos de ningún modo confiar en la exactitud de la historia que se atribuye al mártir en sus "actas". Son evidentes los elementos novelescos, utilizados por Corneille en su tragedia *Polyeucte*. El texto griego de las actas fue publicado completo por primera vez por B. Aubé, *Polyeucte dans l'histoire* (1882). Se ha traducido por F. C. Conybeare una versión armenia en su libro, *The Apology and Acts of Apollonius...* (1894).

SAN MARTINIANO EL ERMITAÑO (Fecha desconocida)

MARTINIANO NACIÓ en Cesarea de Palestina durante el reinado de Constancio. A los dieciocho años se retiró a una montaña llamada "El Lugar del Arca", donde vivió veinticinco años como ermitaño. Su llamada "Vida" contiene muchas historias de la más dudosa autenticidad. Según éstas, una mujer de Cesarea llamada

Zoe, oyendo que se ensalzaba mucho la santidad de este hombre, intentó hacer el papel de tentadora. Pretendió ser una pobre mujer errante en el desierto a horas avanzadas de la noche, y casi a las puertas de la muerte. Con este pretexto, persuadió a Martiniano de que le permitiera permanecer aquella noche en su celda. Al amanecer, se quitó los andrajos, se puso sus mejores vestidos, y yendo a ver a Martiniano, le dijo que era una dama de Cesarea que poseía grandes propiedades y una abundante fortuna, que le ofreció junto con ella. Para inducirlo a abandonar su vida solitaria, citó ejemplos de santos del Antiguo Testamento que fueron ricos y casados. Martiniano escuchó sus palabras y en el fondo consintió en la tentación. Sin embargo, como entonces estaba esperando algunas visitas que venían a recibir su bendición, le dijo que iría a encontrarlas en el camino y las despediría. Salió con esa intención, pero fue tocado por el remordimiento y rápidamente volvió a su celda, donde hizo una gran fogata y metió sus pies en ella. El dolor fue tan intenso, que no pudo menos que quejarse en voz alta. La mujer oyendo el ruido corrió a la celda y lo encontró retorciéndose de dolor en el suelo con los pies medio quemados. Cuando la vio, exclamó, "Oh, si no puedo soportar este débil fuego, ¿cómo podré soportar el del infierno?". Este ejemplo movió a Zoe a arrepentirse, y le rogó que la dirigiera para asegurar su salvación. La envió a Belén, al convento de Sta. Paula, en el cual vivió, haciendo penitencia.

Durante siete meses, Martiniano no pudo levantarse del suelo, pero tan pronto como sus piernas sanaron, se retiró a una roca rodeada de agua por todos lados, para librarse del peligro y de las ocasiones de pecado. Aquí vivió, expuesto a la intemperie, y sin ver ser humano alguno, excepto a un botero que le llevaba dos veces al año galletas, agua fresca y varas con qué hacer canastas. Allí vivió seis años. Un día, vio un barco que naufragaba cerca de su isla. Todos los de abordo habían perecido, excepto una muchacha que flotaba sobre una tabla, pidiendo auxilio. Martiniano fue y la salvó, pero como temía vivir en la misma montaña con ella, resolvió dejarla allí con sus provisiones para que esperara la llegada del botero que vendría a los dos meses. Ella decidió pasar el resto de su vida sobre la roca imitando su ejemplo de penitencia; y él, confiándose a las olas y a Dios, nadó hasta tierra firme y viajó hasta Atenas, donde tuvo un feliz fin a la edad de cincuenta años aproximadamente. Aunque no se le menciona en el Martirologio Romano, San Martiniano era muy venerado en el oriente, particularmente en Constantinopla.

Hay muchas razones para dudar aun de la existencia de Martiniano. La leyenda resumida arriba se encontrará en el *Acta Sanctorum*, febrero, vol. II. Véase también de Rabbow, *Die Legende des Martinian* en *Wiener Studien*, vol. XVII (1895), pp. 253-293, que trae el texto griego; y cf. *Analecta Bollandiana*, vol. XV (1896), pp. 346-347. Rabbow ha mostrado entre otras cosas que para la revisión de la leyenda de Metafrasto, se ha copiado algo del romance budista de Barlaam y Josafat. Existe una traducción alemana de la historia hecha por H. Lietzmann en su *Byzantinische Legenden*, pp. 53-62.

SANTA ERMENGILDA o ERMENILDA, ABADESA DE ELY, VIUDA. (703 P.C.).

SANTA ERMENGILDA o Ermenilda, fue hija del rey Ercomberto de Kent y su esposa, Santa Sexburga. Se casó con Wulfhere, rey de los Mercianos. Su celo y piedad influyeron para extender la fe cristiana en sus dominios. Fue madre

de Santa Werburga y también de Coenred, quien posteriormente se hizo monje en Roma. Cuando el rey Wulfhere murió en 675, Ermengilda fue a unirse a su madre, que entonces estaba construyendo una abadía en Minster sobre el Sheppey. Recibió el velo en el monasterio de Milton, al cual pertenecía la isla. Estuvo ahí bajo el gobierno de su madre, hasta que Santa Sexburga se retiró a Ely para estar bajo las órdenes de su hermana, Santa Etheldreda. Ermengilda llegó a ser abadesa de Minster, pero después de algunos años también renunció y se retiró a Ely, donde su hija Santa Werburga era monja y donde Sexburga había llegado a ser abadesa. Ermengilda siguió a Santa Sexburga. Es notable que Ely haya sido gobernado en rápida sucesión por tres abadesas de estirpe real, íntimamente relacionadas entre sí y todas ellas santas. No es muy probable que Santa Werburga haya sido abadesa de Ely.

Beda, Guillermo de Malmesbury y Thomas de Ely son las principales fuentes para esta historia tan complicada, pero también hay un fragmento anglo-sajón impreso en *Anglo-Saxon Leechdoms de Cockayne*, vol. III, p. 430, que llena ciertos detalles. Véase también de Stanton, *Menology*, pp. 67-68.

BEATA CRISTIANA DE ESPOLETO. (1458 P.C.).

SE CUENTA que Cristina pertenecía a la familia Visconti de Milán y que fue notable por su extraordinaria precocidad religiosa. Cuando tenía poco más de cinco años, ya llevaba vida de oración y mortificación. Cuando tenía diez años, sus padres comenzaron a hablar de gestionar un matrimonio para ella: ella se opuso a la idea, porque deseaba ser monja, pero sus padres persistieron por el deseo de tener herederos. La contienda duró dos años y sólo tenía doce, cuando dándose cuenta de que la iban a obligar a contraer matrimonio, se escapó con una joven sirvienta. Cristina vistió el hábito de las ermitañas de San Agustín. Las dos jóvenes anduvieron errantes por años, sin tener morada fija y viviendo de lo que podían. Cuando tenía unos veinte años, Cristina fue en peregrinación a Asís. Al pasar por Espoleto, se alojó con una santa mujer llamada Galitia. Después de visitar Asís, se encontró separada de su amiga, que había salido de la iglesia después de hacer sus devociones, mientras que Cristina había pasado la noche allí en oración. Al día siguiente, Cristina buscó por todas partes a su compañera; recorrió Asís y todos los poblados vecinos, pero fue en vano. De vuelta a Espoleto, se unió al personal de un hospital y pasó varios meses cuidando a los enfermos. Durante todo este tiempo nunca disminuyó sus mortificaciones, que eran un tanto excesivas. En esos días, encontró a su antigua amiga, Galitia, quien la convenció para que permaneciera con ella por un tiempo; mientras estaba allí, le vino a Cristina una fiebre, de la cual murió a la edad de veintidós años. Se cuenta que por su intercesión se obraron numerosos milagros de curaciones, tanto en su tumba como en otras partes.

El compendio de la historia aquí relatada está tomado de los bolandistas del siglo diecisiete, quienes a su vez la tomaron del historiador agustino, Cornelius Curtius, y la publicaron en el *Acta Sanctorum*, febrero, vol. II. Investigaciones posteriores, sin embargo, han mostrado que es una narración novelesca. Sin duda alguna que existió una santa penitente llamada Cristina, que murió en Espoleto el 13 de febrero de 1458, después de pasar tres o cuatro años en austeridades que admiran al lector moderno. Pero esta Cristina no tenía ninguna conexión con la ilustre familia Visconti. Su nombre era Agustina

Camozzi, y era hija de un digno médico que vivía cerca del Lago Lugano. Siendo muy joven, había llevado una vida algo desordenada y mundana, pero murió a la edad de veintitrés años poco más o menos, después de expirar sus pecados con la más austera penitencia.

Los hechos se han aclarado por M. E. Motta en el *Bolletino storico della Svizzera italiana*, vol. XV (1873), pp. 85-93. Cf. también la *Analecta Bollandiana*, vol. XIII (1894), p. 411, y XXXVIII (1920), pp. 434-435.

BEATA EUSTOQUIO DE PADUA, VIRGEN (1469 P.C.).

POCAS HAGIOGRAFÍAS hay que llamen tanto la atención como la historia de la Beata Eustoquio. Es preciso poner en claro desde el principio, que su culto parece que nunca ha recibido la aprobación formal de la Santa Sede, aunque su vida se ha escrito repetidas veces y se le honra en Padua litúrgicamente hasta nuestros días. Su mismo nacimiento nos trae a la memoria el lamentable período en el cual reinaban escándalos terribles tanto en el claustro como en el mundo exterior. Fue hija de una monja que había sido seducida por un libertino. Se cuenta que nació dentro del convento en el cual, andando el tiempo, murió. Por orden del obispo, esa comunidad, que consentía tales irregularidades, fue dispersada y sustituída por hermanas de una fundación más observante. La pequeña Lucrecia (este fue su nombre de pila) mostró en su niñez señales de ser dominada por cierto tipo de posesión extraña. Se creía que estaba poseída del demonio. Fue enviada a la escuela de San Prosdocimo, el convento donde había nacido, y donde su conducta fue edificante por todos conceptos. Cuando fue un poco mayor, pidió ser admitida allí como novicia. La mayoría de los miembros de la nueva comunidad se oponían a su admisión, porque la historia de su nacimiento era bien conocida. Sin embargo, con la aprobación del obispo, más adelante se le dio el hábito y tomó el nombre de Eustoquio. Apenas había comenzado su noviciado, cuando se manifestaron los síntomas más extraños. Normalmente era el ser más apacible, obediente y bondadoso, lleno de fervor y observante de todas las reglas, pero a intervalos frecuentes su carácter parecía sufrir una completa transformación. Se volvía terca, grosera y sujeta a violentas explosiones de irascibilidad. Posiblemente se debiera a uno de esos casos de doble personalidad, que ahora conocemos por los modernos estudios psicológicos, pero entonces se atribuía a posesión diabólica.

En todo caso, la manera como trataban a la desgraciada joven no era muy sensata. Cierta vez tuvo una horrible escena cuando la atacaron las más horribles convulsiones; la novicia gritaba agudamente y hasta amenazó con un cuchillo, cuando intentaron contenerla. Se la trató como se trataba ordinariamente a los locos en ese tiempo, y por varios días se la tuvo amarrada a un pilar. Durante estos paroxismos, que recurrían de tiempo en tiempo, parece que algunas veces ella misma se hacía daño gravemente, lo cual se decía era causado por el demonio que la poseía. Aunque luego siguió un período de calma, todavía se miraba a Eustoquio con hostilidad y sospecha, y cuando la abadesa cayó enferma de una dolencia que los doctores no podían explicarse, se creyó que Eustoquio la había envenenado con prácticas diabólicas o de magia, en venganza por haberla tenido amarrada. La noticia de lo que estaba sucediendo se esparció por la población. Se reunió la multitul alrededor del convento, gritando

que se la entregaran para quemarla por bruja. El obispo decidió que debía quedar presa en una de las celdas, sin darle nada más que pan y agua, tomando este alimento un día sí y otro no. Parece que este procedimiento duró por tres meses. Afortunadamente la abadesa se restableció, pero a pesar de los esfuerzos de su confesor, que declaró que Eustoquio era completamente inocente, el resentimiento de la comunidad contra ella era tan fuerte, que era tratada como una proscrita. Nadie le hablaba ni tenía que ver nada con ella. Se hicieron esfuerzos para persuadirla a que abandonara el convento por su propia voluntad, porque todavía no había hecho ningún voto. Se le prometió ayuda amistosa y una dote si aceptaba un marido, pero Eustoquio, cuando estaba en sus cinco sentidos, creía que Dios la había llamado para servirlo como religiosa y se negó a consentir.

Por mucho tiempo, los paroxismos volvieron a presentarse a intervalos. Cuando tenía estos ataques, Eustoquio, causando horror a las hermanas, subía a una viga en lo alto del techo, donde un paso en falso hubiera significado su instantánea perdición. En algunas ocasiones, dicen que era levantada en el aire y después dejada caer como una piedra; se la encontraba en su celda despojada de todas sus prendas de vestir, con señales de violencia en el cuello y en sus miembros; tomaba un cuchillo y se hacía cortaduras, lo cual le hacía perder grandes cantidades de sangre; pero tan pronto como estos espasmos pasaban, se volvía la misma criatura dulce y obediente y que no guardaba ningún resentimiento, dispuesta a sacrificarse en cualquiera obra de caridad por los que la trataban tan duramente. Con el tiempo, después de cuatro años, se le permitió hacer sus votos, y gradualmente se ganó la buena voluntad y de hecho, la reverencia de sus compañeras monjas. Pasó sus últimos días en cama, con muchos sufrimientos físicos, y murió a la edad de veintiséis años, el 13 de febrero de 1469.

Al preparar su cuerpo para sepultarlo se encontró el nombre de Jesús cauterizado, aparentemente, sobre su pecho. Se dice que se siguieron muchos milagros y que del lugar de su sepultura salía una fragancia celestial. Tres años y medio más tarde, por orden del mismo obispo que había tenido parte en su cruel prisión, su cuerpo fue trasladado a un sitio de descanso más honroso. Aunque la habían enterrado sin ataúd, se encontró su cuerpo perfectamente incorrupto, como si lo acabaran de depositar en la tumba.

Pese a su apariencia fantástica, esta historia parece basarse en una buena evidencia contemporánea. Pedro Barozzi, que en 1487 llegó a ser obispo de Pádua donde dieciocho años antes Eustoquio había terminado sus días, compiló y publicó un breve ensayo. Posteriormente, se imprimieron biografías más completas por G. M. Giberti (1672) y por G. Salio (1734); pero la más digna de confianza, sin duda, es la del bien conocido historiador jesuita Giulio Cordara, que primero apareció en 1765. Cordara explica que basó su historia en la relación de un manuscrito, redactado por el sacerdote Jerónimo Salicario, quien era confesor de la comunidad durante todo el tiempo de la residencia de Eustoquio como monja y que había seguido personalmente el proceso. Esta relación todavía se conservaba en San Prosdocimo y se la confió al P. Cordara con motivo de su biografía. Puede encontrarse una relación más detallada de la que aquí presentamos, en *The Month*, de febrero, 1926, titulada *Una Cenicienta del Clustro*, por el P. Thurston.

BEATA ARCANGELA GIRLANI, VIRGEN. (1494, P.C.).

ELEONOR GIRLANI nació en Trino, en el norte de Italia, en el año 1460. Desde su más tierna infancia se mostró intensamente seria y devota. Se educó en el

convento benedictino de Rocca delle Donne, que estaba cercano a su casa, pero pronto se dio cuenta de que su familia la iba a ver con demasiada frecuencia; y de que la disciplina que las monjas observaban no era suficientemente estricta para ella. Estando resuelta a consagrarse a Dios, y como su padre le negara el consentimiento, imploró la intervención de la marquesa de Monferrato. Al fin su padre accedió, pero sólo con la condición de que tomara el velo en la casa benedictina ya mencionada. Ya se habían hecho todos los preparativos para que su entrada en religión fuera con gran solemnidad. El marqués en persona estaba presente en traje de ceremonia. Salió la procesión, pero cuando el caballo que montaba Eleonor había andado un corto trecho, se paró en seco y por nada se pudo hacerlo avanzar más. Al fin la concurrencia se dispersó, y Eleonor, al volver a su casa poco después, se encontró con un fraile carmelita, quien le relató con mucho detalle la vida edificante que llevaban las monjas de su orden en Parma. La joven entró allí el día en que cumplió diecisiete años, tomó el nombre de Arcángela e hizo sus votos un año después, en 1478.

Es extraño leer que en poco tiempo fue elegida priora. No se nos dice cuánto tiempo después, pero parece que fue pronto, porque fue enviada, a petición de los Gonzaga, a fundar un nuevo convento carmelita en Mántua (donde después murió) y había elevado esta nueva comunidad a un estado de gran perfección, antes de que la llevaran a otro sitio. Probablemente debamos atribuir mucho de esta precipitación a su posición social. Como consta claramente por los archivos de las casas religiosas a principios de la edad media, cuando una princesa o gran dama tomaba el velo y daba pruebas de ser razonablemente observante y virtuosa, casi siempre era elegida abadesa tan pronto como había una vacante. Parece ser que esta práctica perduró a través de los siglos. En el caso de Arcángela, parece que estuvo acertada la distinción que se le hizo por su alcurnia. Era modelo de todas las virtudes religiosas; sumamente austera en la práctica de la penitencia, caritativa con todos y poseía un espíritu maravilloso de oración. Muchas veces fue hallada en su celda arrobada en éxtasis y elevada algunos metros del piso. En una ocasión, estuvo en éxtasis completamente insensible a impresiones externas por más de veinticuatro horas. Cuando debido a unas inundaciones, el convento de Mántua estuvo amenazado por el hambre, Arcángela cayó de rodillas en oración y en seguida una persona desconocida trajo a la puerta, suficiente provisión de alimentos.

Se conservan relaciones de sucesos extraños que tuvieron lugar después de su muerte, acaecida el 25 de enero, de 1494, de los cuales tal vez el más interesante sea la historia del peral. Poco después de su llegada a Mántua, la madre Arcángela plantó un peral en el jardín del convento. Pues bien, se creía que el árbol siempre daba tantas flores y después tantas peras, como hermanas había en la comunidad. Y aún más, si se caía una pera, era señal cierta de que alguna de la comunidad moriría dentro del año. La priora, durante el tiempo que tuvo el cargo, cuando caía una pera, exhortaba a su comunidad a hacer una buena preparación a la muerte, en vista de que nadie sabía a quién iba dirigido el aviso. Se cuenta que esta misma maravilla continuó por mucho tiempo, aun años después de la muerte de Arcángela. Su culto se confirmó en 1864.

Es difícil formarse una idea clara del valor de las pruebas sobre las que se basan estos detalles y otros similares relacionados con la vida de la Beata Arcángela. Pueden leerse en un folletito escrito por el Abad Alberei, sacado de unas notas proporcionadas por un dominico piamontés. Ostenta la divisa carmelita de la cruz y las estrellas, y se

titula *Notice sur la vie de la bse. Archangela Girlani* (Poitiers, 1865).

14: SAN ELEUCADIO, Obispo (*c.* 112, p.c.)

ELEUCADIO ERA de origen griego. Fue educado en el conocimiento de la filosofía platónica. San Apolinario de Ravena le convirtió al cristianismo. (cfr. 22 de julio.)

Una paloma que descendía del cielo lo señaló a la atención del clero y de los fieles que se habían reunido para nombrar un sucesor a San Aderito (cfr. 27 de septiembre). Elegido obispo, continuó la obra de los primeros apóstoles de Ravena.

Su muerte ocurrió el día 14 de febrero de 112. Fue inhumado fuera de los muros de Ravena, en un lugar en donde más tarde se construyó una iglesia. Después, se trasladó su cuerpo a la iglesia de San Miguel, en Pavía. Unos dicen que sucedió esto en tiempos de Constantino el Grande y otros, que fue en tiempo de Astolfo, rey de los lombardos.

Se le honra el día 14 de febrero.

Acta Sanctorum, 14 de febrero. Homilía de San Pedro Damiano en *P.L.*, vol. cxliv, col. 534.

SAN VALENTIN, Mártir (*c.* 269 p.c.)

La conmemoración de San Valentín, el 14 de febrero, brinda un interesante ejemplo de las peculiares dificultades que se presentan al estudiante de la primitiva hagiografía, y de la mezcla de verdad y fábula que comúnmente se encuentra en escritos tradicionales como el Martirologio Romano. Alban Butler, a quien hay que concederle que utilizó las mejores fuentes disponibles en su tiempo, basó la relación de San Valentín en Tillemont, autoridad que estaba muy lejos de ser inexacta. Con los datos así obtenidos, Butler redactó hace casi 200 años, su resumen en los siguientes términos:

"Valentín fue un santo sacerdote de Roma, quien, con San Mario y su familia, socorría a los mártires durante la persecución de Claudio II. Fue aprehendido y enviado por el emperador al prefecto de Roma, quien al ver que todas sus promesas para hacerlo renunciar a su fe eran ineficaces, mandó que lo golpearan con mazas y después lo decapitaran. Esto tuvo lugar el 14 de febrero, por el año 270. Parece que fue el Papa Julio I quien hizo construir una iglesia cerca de Ponte Mole en memoria del mártir, la cual por mucho tiempo dio el nombre a la puerta hoy llamada Porta del Popolo, antes Porta Valentini. La mayor parte de sus reliquias están ahora en la iglesia de Santa Praxedes. Se encuentra mencionado su nombre entre los mártires ilustres en el sacramentario de San Gregorio, en el Misal Romano de Thomasio, en el calendario de P. Fronto y el de Allasio, en Beda, Usuardo, Ado, Notker y en todos los martirologios actuales. Para abolir la costumbre pagana de que los jóvenes sacaran por suerte nombres de jovencitas, en honor de su diosa Februata Juno, el 15 de este mes, varios celosos pastores sustituyeron esta costumbre, escribiendo nombres de santos.

No parece probable que la costumbre de enviar felicitaciones el 14 de febrero esté relacionada con las prácticas paganas de los tiempos clásicos en honor de Februata Juno, y cuando Butler habla de los "celosos pastores que substituían los nombres de jovencitas por los de santos en este día", habla de una invención piadosa introducida en fecha relativamente posterior y de la cual ya tenemos noticia, por ejemplo, en la vida de San Francisco de Sales. Pero aquí lo que nos interesa principalmente es el mártir San Valentín. La primera objeción que pudiera presentarse contra la celebración de una fiesta en su honor es el hecho de que el Martirologio Romano menciona en este día, no uno, sino dos San Valentín, los dos decapitados en la Vía Flaminia, aunque uno murió en Roma y el otro a unos noventa kilómetros de Roma en Interamna (Terni). Más aún, cuando estudiamos las así llamadas "Actas" del mártir romano, que es el único a quien hace referencia Butler, encontramos que la mayor parte de su historia ha sido tomada de una narración semejante, que trata del martirio de los santos Mario y Marta.

No obstante, parece que no hay razón suficiente para dudar de la existencia real de ninguno de estos dos mártires. Hay evidencia sólida del culto local primitivo en ambos casos. El Valentín romano parece que fue un sacerdote. Probablemente fue martirizado el 14 de febrero en la persecución de Claudio el Godo, alrededor del año 269. Fue sepultado en la Vía Flaminia y se le erigió una basílica desde el año 350, donde más tarde se formó una catacumba, pues era conocido el lugar donde reposaban sus restos, y posteriormente allí fueron trasladados. Por otro lado, la relación con la ciudad de Interamna de un San Valentín, mártir, conocido también como obispo de aquella ciudad, está comprobada por el Martirologio *Hieronymianum*, y hay otras pruebas de la misma naturaleza. Pudo suceder que durante la persecución del emperador Claudio el Godo, Valentín, obispo de Interamna, fuera llevado a Roma después de su aprehensión y ejecutado allí.

Aunque la historia de Valentín el obispo está tan llena de fábulas como la de Valentín el sacerdote, contiene un fragmento aislado de lo que parece ser una tradición genuina. Las actas mencionan a un alto oficial "Furioso Plácido" que estuvo relacionado con el martirio, y sucede que sabemos que cierto Furio Plácido fue cónsul en 273. Naturalmente que no es lógico pensar que si hubo dos mártires llamados Valentín, ambos sufrieron el 14 de febrero. Sucedía algunas veces que el sólo hecho de que la memoria de uno de estos santos se celebrara en una fecha determinada, llevaba a incluir a otros santos del mismo nombre en el panegírico de ese día. Si la Iglesia romana honraba la memoria de su San Valentín en su basílica el 14 de febrero, eso podría ser suficiente razón para que las gentes de Terni, si dudaban acerca del día preciso en que padeció su mártir, celebraran su fiesta en la misma fecha en que los romanos honraban a su homónimo. Es posible también que un Valentín de Interamna hubiera sufrido realmente en Roma, que los romanos lo hubieran venerado con un culto especial, aunque Terni también lo reclamara y que inventaran una leyenda separada, respecto a él. Esta es la solución que el P. Delehaye parece favorecer, aunque el profesor O. Marucchi se mantiene firme en su creencia de la existencia de dos San Valentín diferentes.

La costumbre sajona de que los jóvenes y las doncellas se escogieran como prometidos en este día, probablemente se basa en la creencia popular que encontramos relatada en la literatura desde los tiempos de Chaucer, de que los

pájaros comenzaban a formar parejas el día de San Valentín. El envío de tarjetas fue una evolución natural de la costumbre. Una de las más antiguas referencias a esa costumbre se encuentra en *The Paston Letters* (No. 783). En febrero de 1477, Isabel Drews, quien tenía una hija casadera y deseaba casarla con su pariente John Paston, escribía al futuro novio:

> Primo, el viernes es día de San Valentín, cuando todos los pájaros escogen pareja; si gustas venir el jueves por la noche, y preparado para quedarte hasta el lunes, confío en Dios que hablarás a mi marido, y yo rezaré para que llevemos el asunto a conclusión, porque, primo, no es sino un roble delgado el que se corta al primer golpe.

Durante el mismo mes, Margarita, la joven casadera en cuestión, dirigió la siguiente carta a John Paston como su Valentín:

> Para ser entregado este billete a mi bien amado Señor Don Valentín John Paston.
>
> Reverendísimo y honorable bien amado Valentín: me recomiendo a usted, de todo corazón, deseando saber de su salud, rogándole a Dios Todopoderoso que lo conserve mucho tiempo en todo bienestar según Su beneplácito y deseo de vuestro corazón.

Su carta siguiente no es tan ceremoniosa, y en el curso de la misma dice:

> Si ustedes pueden estar contentos con ese bien (su pequeña dote) y mi pobre persona, yo sería la joven más feliz de la tierra; una buena, verdadera y amante Valentina, para que ya no se hable nunca más del asunto, y pueda ser su verdadero amor y compañera de lecho toda mi vida.

Aunque debido a la costumbre relacionada con su fiesta el nombre de Valentín era muy conocido en Inglaterra, no se conoce ninguna iglesia que haya sido dedicada en su honor en este país.

Las pretendidas "actas" de los dos Valentines están en el *Acta Sanctorum*, febrero, vol. II. Véase también de O. Marucchi, *El Cimitero e la Basilica Di S. Valentino* (1890). Cf. *Analecta Bollandiana*, vol. XI (1892), p. 472; de Delehaye, *Les origines du culte des martyrs* (1933), pp. 270, 315-316, su CMH., pp. 92-93, y en el *Bulletin d'ancienne littérature et d'archéologie chrétiennes*, vol. I (1911), pp. 161 ss; y especialmente de Grisar, *Geschichte Roms und der Papste*, vol. I, pp. 655-659.

SAN ABRAHAM, OBISPO DE CARRAS (c. 422 P.C.)

ABRAHAM NACIÓ en Cirrus de Siria. Se hizo ermitaño y, ardiendo en celo por extender el Evangelio, fue a un poblado en el Monte Líbano, habitado por paganos. Se dice que primero se presentó entre ellos como vendedor de fruta, pero que tan pronto como comenzó a predicar el cristianismo, se sublevaron contra él y lo maltrataron. Sin embargo, a fuerza de paciencia y humildad, poco a poco logró su intento. Aunque había estado a punto de morir en manos de los lugareños, pidió dinero prestado para evitar que el recaudador de impuestos los metiese en prisión por falta de pago. Así los ganó para Cristo. Después de instruirlos por tres años, los dejó al cuidado de un sacerdote y volvió a su desierto. Algún tiempo después, fue ordenado obispo de Carras en Mesopotamia, y logró acabar con la idolatría, las discordias y otros males. San Abraham combinaba el recogimiento y la penitencia del monje con el enérgico cumpli-

miento de sus deberes episcopales. Murió en 422 en Constantinopla, a donde había sido llamado por el emperador Teodosio II, quien lo estimaba mucho y lo trataba con gran deferencia. El emperador conservó una de sus camisas de crin, y la usaba en determinados días, por veneración al santo.

Nuestra principal fuente autorizada es el historiador Teodoreto, un contemporáneo que habla de San Abraham tanto en su *Historia de la Iglesia* como en su *Philotheus*. Los pasajes se citan en el *Acta Sanctorum*, febrero, vol. II. Cf. también Tillemont y DCB., vol. I, p. 8. Carras es el Haran de la Biblia, donde Jacob sirvió siete años a Raquel.

SAN MARON, ABAD. (433 P.C.)

SAN MARÓN eligió una morada solitaria no lejos de la ciudad de Cirrus en Siria, y allí, por espíritu de mortificación, vivía casi siempre a la intemperie. Cierto es que tenía una pequeña cabaña cubierta con pieles de cabra para guarecerse en caso de necesidad, pero rara vez la utilizaba. Encontró las ruinas de un templo pagano, lo dedicó al verdadero Dios, y lo convirtió en casa de oración. San Juan Crisóstomo, que lo estimaba mucho, le escribía desde Cucusus, donde estaba desterrado, y se encomendaba a sus oraciones, rogándole le diera noticias suyas con la mayor frecuencia posible. San Marón había tenido por maestro a San Zebino, cuya asiduidad en la oración era tal, que se dice que pasaba días y noches enteras orando, sin experimentar cansancio. Generalmente rezaba de pie, aunque cuando ya era muy anciano, tenía que sostenerse con un báculo. A los que iban a consultarle, respondía con la mayor brevedad posible; tan deseoso estaba de pasar todo su tiempo en conversación con Dios.

San Marón imitó a su maestro en la constancia en la oración, pero trataba a sus visitantes de modo diferente. No sólo los recibía con suma bondad, sino que los invitaba a que se quedaran con él, aunque muy pocos estaban dispuestos a pasar toda la noche en pie, rezando. Dios recompensó sus trabajos con gracias abundantísimas y con el don de curar enfermedades tanto corporales como espirituales. No es sorprendente por tanto, que su fama como consejero espiritual se extendiera por todas partes. Esto le atrajo grandes multitudes, Formó a muchos santos ermitaños y fundó monasterios; sabemos que, cuando menos, tres grandes conventos llevaron su nombre. Teodoreto, obispo de Cirrus, dice que los numerosos monjes que poblaron su diócesis fueron formados por las instrucciones del santo. San Marón fue llamado al premio después de una corta enfermedad, la cual dice Teodoreto, reveló a todos la gran debilidad a que estaba reducido su cuerpo. Los pueblos vecinos se disputaron sus restos. Finalmente obtuvieron el cuerpo los habitantes de un centro relativamente populoso y construyeron sobre su tumba una espaciosa iglesia con un monasterio anexo, cerca de la fuente de Orontes, no lejos de Apamea.

Es opinión común que los maronitas, cuya mayoría vive ahora en el Líbano y tienen una larga y honrosa historia entre los católicos de rito oriental, tomaron su nombre de este monasterio, Bait-Marun. Veneran a San Marón como a su patriarca, y lo nombran en el canon de la misa, de acuerdo con su rito. También veneran a San Juan Maro, de quien se dice que fue su obispo en las postrimerías del siglo siete, pero aun su misma existencia es dudosa.

Casi todo lo que se sabe acerca de San Marón se deriva del *Philoteus* de Teodoreto y de San Juan Crisóstomo. Sobre los orígenes de los maronitas, véase S. Vailhé en *Echos d'Orient* para 1901, 1902 y 1906; y P. Dib en DTC., vol. x, cc.1 ss.

SAN AUXENCIO. (473 P.C.).

PARECE QUE Auxencio fue el hijo de una persona llamada Addas. Pasó la mayor parte de su larga vida como ermitaño en Bitinia. En su juventud, fue uno de los guardias ecuestres de Todosio el Joven, pero sus deberes militares, que cumplía con entera fidelidad, no le impedían hacer del servicio de Dios su principal interés. Todo su tiempo libre lo pasaba en soledad y oración, y frecuentemente visitaba a los santos reclusos que ocupaban ermitas en los alrededores para pedirles albergue y poder pasar la noche con ellos, haciendo ejercicios penitenciales y cantando alabanzas a Dios. Finalmente, el deseo de una mayor perfección, o el temor de la vanagloria, lo indujeron a adoptar la vida eremítica. Formó su albergue en la montaña desierta de Oxia, a sólo doce kilómetros de Constantinopla, pero al otro lado del Helesponto, en Bitinia. Allí parece ser que fue muy consultado y que ejerció considerable influencia, debido a su fama de santidad.

Cuando se reunió en Calcedonia el cuarto Concilio Ecuménico para condenar la herejía eutiquiana, Auxencio fue llamado por el emperador Marciano, no como algunos de los biógrafos del santo sugieren, por su gran sabiduría, sino porque se sospechaba de sus simpatías con la doctrina de Eutiquio. Auxencio se justificó de la acusación que le hacían. Cuando estuvo de nuevo en libertad, no regresó a Oxia, sino que eligió otra celda más cercana a Calcedonia, en la montaña de Skopas. Allí permaneció, entregado a una vida de gran austeridad, instruyendo a los discípulos que acudían a él, hasta su muerte, que probablemente tuvo lugar el 14 de febrero del año 473. El historiador Sozomeno escribió todavía en vida del santo sobre la fe constante de Auxencio, así como sobre la pureza de su vida y su intimidad con fervorosos ascetas. Entre los que buscaban dirigirse por él, en sus últimos años, hubo algunas mujeres. Estas formaron una comunidad y vivían juntas al pie del Monte Skopas. Se les conocía como las Trichinarae ( ) "las monjas con hábito de crin." Fueron ellas las que, después de una larga contienda, lograron obtener la posesión de sus restos mortales, que se guardaron como reliquia en la iglesia de su convento.

Hay varias recensiones de la Vida de San Auxencio (para lo cual véase BHG., segunda ed. nn. 199-203 aunque éstas parecen todas depender de una fuente primitiva. Toda la cuestión ha sido estudiada con mucho cuidado por J. Pargoire en la *Revue de l'Orient Chrétien,* vol. VIII (1903), pp. 1, 240, 426, y 550. Los informes allí coleccionados remplazan todas las noticias primitivas, como las que se pueden encontrar en el *Acta Sanctorum,* febrero, vol. II, o en el DCB.

SAN ANTONINO DE SORRENTO, ABAD. (830 P.C.).

PARECE QUE San Antonino nació en Picenum, en el distrito de Ancona en el sur de Italia, y que entró todavía joven a un monasterio que estaba bajo el gobierno de Monte Cassino, pero no en el mismo Monte Cassino, como algunos escritores han supuesto erróneamente. Los saqueos del duque Sico de Benevento lo obligaron a abandonar su convento; entonces se fue a Castellamare, cerca de Sorrento, junto al obispo San Catellus, quien lo recibió muy cordialmente y con quien pronto tuvo íntima amistad. Trabajaron juntos, y cuando San Catellus se retiró a llevar por un tiempo vida solitaria en la cima de una montaña aislada, le confió a San Antonino el cuidado de su diócesis. Sin embargo, pronto Antonino

siguió a su amigo a la vida aislada. Los dos tuvieron una visión de San Miguel y esto los llevó después a construir allí un oratorio dedicado al arcángel. San Catellus tuvo que volver a su diócesis porque lo acusaban de descuidarla; poco después, se le llamó a Roma y fue puesto en prisión por una falsa acusación. San Antonino continuó viviendo en su cumbre, desde donde dominaba una extensa vista de mar y tierra; este picacho llevaba el nombre de Monte Angelo, y pronto se volvió un lugar favorito de las peregrinaciones. Después de un tiempo, los habitantes de Sorrento le suplicaron que viniera a vivir entre ellos, pues su obispo estaba en prisión y pensaban que Antonino sería su ayuda y sostén. Por lo tanto, abandonó su vida solitaria y entró al monasterio de San Agripino, del cual después llegó a ser abad. Cuando estaba en su lecho de muerte, parece que pidió que no lo sepultaran ni dentro, ni fuera de la muralla de la ciudad. De acuerdo con esto, sus monjes decidieron enterrarlo en la misma muralla.

Agrega la tradición que cuando Sicardo de Benevento (el hijo de Sico) sitió Sorrento, trató de derrumbar con arietes la parte de la muralla de la ciudad donde estaba la tumba del santo, pero todo fue en vano. Durante la noche, San Antonino se apareció a Sicardo y, después de vituperarlo, lo apaleó severamente con una estaca. En la mañana, se encontró lleno de cardenales, y cuando estaba consultando con sus consejeros, le dieron aviso de que su hija única estaba poseída de los demonios y rasgaba sus vestidos como una loca. Al informarse, descubrió que esto le había sucedido a la misma hora en que había comenzado el ataque contra la muralla. Convencido de que era testigo de la voluntad de Dios, Sicardo abandonó el sitio y pidió la intercesión de San Antonino quien obtuvo el restablecimiento de la salud de la joven. Dos veces más, en 1354 y en 1358, fue cercada la ciudad por los sarracenos, y cada vez la repulsa vitoriosa del enemigo se atribuyó a la intercesión de San Antonino, que por esa razón está considerado como patrón principal de Sorrento.

El autor anónimo de la vida de San Antonio escrita en latín, vivió poco después de su tiempo, y su relato es probablemente digno de confianza en sus principales rasgos. Este documento se publicó primero por A. Caracciolo en su *Antonini coenobii Agrippenensis abbatis vita* (1926). La misma vida con otro material se encontrará en el *Acta Sanctorum*, febrero, vol II, y también en Mabillon.

SAN ADOLFO, OBISPO DE OSNABRÜCK. (1224 P.C.)

SON ESCASOS los detalles cronológicos existentes en el caso de San Adolfo, excepto la fecha de su episcopado. Pertenecía a la familia de los condes de Tecklenburg (Westfalia) y a muy temprana edad fue hecho canónigo de Colonia. Deseando, no obstante, servir a Dios con mayor perfección, entró al vecino monasterio cisterciense de Camp. Parece que todavía era muy joven cuando, al ser trasladado Gerardo, obispo de Osnabrück, a la sede de Bremen en 1216, Adolfo fue elegido para reemplazarlo. Se dice que el nuevo obispo fue sumamente activo en todo género de obras de caridad e hizo honda impresión en los ciudadanos por sus virtudes y austeridad de vida. A su muerte, le rindieron todas las señales de respeto en su lugar de descanso, y aunque nunca ha sido oficialmente canonizado, el culto que comenzó en el siglo trece, ha perdurado hasta nuestros días, y es reconocido litúrgicamente en la diócesis con una fiesta en su honor el 14 de febrero. El día mismo de su muerte fue el 30 de junio de 1224.

Véase el *Acta Sanctorum,* febrero, vol. II, pero la relación que allí se da se equivoca al atribuirle un episcopado de veintiún años. Esto aparece claramente en los documentos publicados en *Osnabrücker Urkundenbuch* de F. Philippi, pp. 47-140, y *cf* Strunkc, *Westphalia Pia Sancta,* vol. II. pp. 188-191.

BEATO CONRADO DE BAVIERA (1154 P.C.)

DESDE LA muerte de Conrado, se le venera en la diócesis de Molfetta en Apulia, donde acabó sus días. También es venerado por sus hermanos cistercienses. Su culto fue confirmado en 1832. Conrado fue hijo de Enrique el Negro, duque de Baviera, y debió haber nacido alrededor del año 1105. Fue a Colonia a hacer sus estudios, pero deseando tener un modo de vida más perfecto, se hizo cisterciense en Clairvaux. Poco después, con el permiso de San Bernardo, hizo un viaje a Palestina, donde deseaba establecerse como ermitaño en el mismo escenario que nuestro Salvador santificó con su presencia. Después de algún tiempo sin embargo, los disturbios del país y su salud quebrantada lo indujeron a regresar a Europa. No alcanzó a llegar a su tierra, pues fue desembarcado en un lugar cercano a Bari o Molfetta, no se tiene la certeza del sitio exacto, ni de la duración de su estancia, y no pudo reanudar su viaje. Allí, sea como fuere, gastado por sus austeridades y trabajos de caridad, se dice que murió el 15 de marzo de 1154. Su santidad se reveló por las maravillas que ocurrían en su tumba. Entre otras cosas, se nos dice que los corderos le rendían homenaje, yendo a arrodillarse junto a su sepultura.

Es escaso el material que hay en esta historia, pero aun así se han elaborado vidas de este santo por Giovene y Catacchino. Véase también en Rader, *Bavaria Sancta,* vol. II, p. 252; y de J. E. Stadler, *Heiligen-Lexikon.*

BEATO NICOLAS PULLIA. (1255 P.C.)

PARECE QUE hay una buena proporción de leyenda en lo que se nos dice del Beato Nicolás Pullia. Lo que parece estar comprobado es el hecho de que, siendo joven y estudiando en Bolonia, oyó a Santo Domingo predicar allí, y quedó tan impresionado, que suplicó ser recibido en la Orden de Predicadores. Se dice que perteneció a una familia noble que tenía propiedades en Giovenazzo de Apulia, y es posible que con los recursos que recibió de su herencia pudiera fundar un priorato dominico en Perugia, en 1233, y otro en Trani, o en los alrededores, en 1254. Además, sabemos que fue prior provincial de la provincia romana desde 1230 y nuevamente en 1255. En la *Vitae Fratrum* de Gerard de Frachet, se le describe como "hombre prudente y santo, bien versado en ciencia sagrada", y se cuentan dos o tres anécdotas acerca de él que sugieren que con frecuencia tenía visiones y otras comunicaciones celestiales. Murió en Perugia en agosto de 1255, y por el hecho de que allí siempre se habían honrado sus restos, como a los de un santo, se confirmó su culto en 1828.

Véase de S. Razzi, *Historia degli huomini illustri* (1956), vol. I, p. 237 ss. de Procter, *Lives of the Dominican Saints* y de Taurisano, *Catalogus Hagiographicus* O.P. p. 14.

BEATO ANGELO DE GUALDO (1325 P.C.)

SON SUMAMENTE escasos los informes que poseemos referentes a este siervo de Dios. Parece que nació alrededor del año 1265 en Gualdo, en los límites de Um-

bría. Se distinguió toda su vida por su extrema sencillez, inocencia y dulzura. Una de las culpas que se reprochaba era la de haber dado un gran disgusto a su madre, cuando dio pan a los pobres, y como ella murió el mismo día, él se consideraba en algún sentido culpable de haber apresurado su fin. Al principio de su vida hizo muchas peregrinaciones, viajando descalzo de Italia hasta Santiago de Compostela, en España. A su vuelta, se ofreció como hermano lego con los monjes camaldulenses, pero después de muy breve tiempo recibió permiso para llevar vida solitaria, como lo deseaba. En esta vocación perseveró fielmente por casi cuarenta años. Cuando murió el 25 de enero de 1325, se dice que las campanas de la iglesia del distrito vecino repicaron por sí solas: la gente llegó del campo para descubrir la causa, y acudiendo a su pequeña celda, lo encontraron muerto, arrodillado en actitud de orar. Los milagros obrados en su tumba llevaron a muchos a honrarlo, y el Papa León XII aprobó el culto en 1825.

Véase de Mittarelli, *Annales Camaldulenses*, vol. v, pp. 237-241, 328-329; J. E. Stadler, *Heiligen-Lexikon*.

BEATO JUAN BAUTISTA DE ALMODOVAR. (1613 P.C.)

PARECE QUE hay buenas razones para creer que, así como sucedió entre los carmelitas y ciertas secciones de la Orden de Frailes Menores, también entre los trinitarios, hacia el fin del siglo dieciséis, hubo algunos que se dieron cuenta de que se habían introducido grandes relajamientos en la disciplina de la observancia religiosa, y de que se necesitaba una urgente reforma. El promotor de este movimiento en la Orden Trinitaria fue Juan Bautista de la Concepción. Había nacido en Almodóvar del Campo, en 1561; estudió en Baeza y Toledo y recibió el hábito trinitario en esta última ciudad. En 1594, un capítulo general de la orden pasó el acuerdo de que en cada provincia se destinaran tres o cuatro casas, con objeto de observar la regla primitiva en toda su exactitud. Sin embargo, parece que nada o casi nada se hizo para poner en vigor esta disposición, y abiertamente se declaraba que esta medida únicamente se había propuesto para complacer al rey Felipe II, que en sus últimos días se inclinaba cada vez más hacia puntos de vista religiosos de tipo sumamente austero.

La fervorosa piedad de Juan Bautista se vio herida con este descuido. Con ayuda de una generosa bienhechora, la marquesa de Santa Cruz, fundó en 1597 una nueva casa de trinitarios reformados en Valdepeñas, y dos años más tarde, pudo obtener en Roma la aprobación para su nuevo congregación de "Descalzos Reformados". Aunque esto trajo una seria disensión en la Orden Trinitaria, la devoción y el desinterés de la reforma hicieron gran impresión en los seglares, más aún, porque la inspección religiosa de la nueva congregación no se confió a los que usaban el mismo hábito, sino a carmelitas descalzos y a franciscanos observantes.

Las generosas limosnas que se daban para el rescate de cautivos, fueron atraídas a este nuevo y más seguro canal. Como resultado, la hostilidad de los miembros no reformados de la orden llegó a tal extremo, que un grupo de ellos fue a Valdepeñas una noche, con la declarada intención de librarse de este fraile impertinente. Gracias a Dios, no le dieron muerte, pero lo ataron, lo tiraron a una zanja y le despojaron de la suma de 500 reales. A pesar de la oposición de sus envidiosos hermanos, los trinitarios descalzos aumentaron

constantemente en número y se afirma que cuando el P. Juan Bautista murió, treinta y cuatro monasterios habían aceptado la reforma. Después de haber dado gran ejemplo de buena observancia y paciencia en el sufrimiento, pasó al cielo, en Córdoba, el 14 de febrero de 1613. Fue beatificado en 1819.

Véase del P. Deslandres, *L'Ordre des Trinitaires,* (1903), vol. I, pp. 227-228; de Seebock, *Die Herrlichkeit der Katholischen Kirche,* (1900), p. 65.

15: SANTOS FAUSTINO Y JOVITA, Mártires
(Fecha desconocida)

FAUSTINO Y Jovita que eran hermanos habían nacido en Brescia, de noble cuna. Las "actas" de estos mártires son de autoridad dudosa, de suerte que lo único cierto son sus nombres y el hecho de su martirio. Según la tradición de Brescia, ambos santos predicaron valientemente el cristianismo, en tanto que el obispo de la ciudad se había escondido por temor. Su celo excitó la furia de los paganos. Un poderoso señor pagano, llamado Julián, les aprehendió. Los mártires fueron torturados y enviados a Milán, Roma y Nápoles, de donde volvieron finalmente a Brescia. Citaremos un hecho para ilustrar el carácter extravagante de estas novelas hagiográficas: Se cuenta que durante el viaje de Roma a Nápoles, los santos bautizaron a 191,128 personas; 42,118 en Lubras, 22,600 en el Puente Milvio, 73,200 en Roma y 53,210 en Nápoles. En vista de que ni las torturas ni las amenazas consiguieron doblegar su constancia, el emperador Adriano, que se hallaba de paso en Brescia, ordenó que fuesen decapitados. La ciudad de Brescia, les venera como sus principales patronos y pretende poseer sus reliquias.

El Martirologio Romano conmemora el 18 de abril a San Calocero, quien desempeña un importante papel en la leyenda de los Santos Faustino y Jovita. En efecto, según la tradición, Calocero había nacido en Brescia y, en su calidad de oficial de la corte, presenció el suplicio de los mártires, acompañando al emperador Adriano. La constancia de esos dos confesores de la fe y el hecho prodigioso de que las fieras del circo no les tocasen, convirtió a Calocero, quien fue bautizado por el obispo Apolonio, junto con otros 12,000 ciudadanos. Calocero estuvo prisionero y fue torturado en varias ciudades de Italia, particularmente en Asti, donde instruyó a San Segundo, cuando éste fue a visitarle a la prisión. Finalmente fue transladado a Albenga de Liguria, y decapitado a la orilla del mar.

El P. Fedele Savio, en *Analecta Bollandiana,* vol. XV (1896) y otras publicaciones, realizó un profundo estudio del texto más completo de las "actas" de estos mártires y de sus relaciones con Calocero, Calimero, Afra, etc. Sería inútil tratar de resumir aquí sus conclusiones. Existen serias dificultades sobre la realidad histórica de Faustino y Jovita, así como sobre su matririo en Brescia, pero probablemente sería apresurado suprimirlos del calendario. Como lo hizo notar F. Lanzoni en su ensayo sobre *Le origini delle diocesi antiche d'Italia* (1923), pp. 532-533, los dos escritores más antiguos de Brescia, Filastrio y Gaudencio, no hablan de los patronos locales, a pesar de que por lo menos Gaudencio era un gran predicador y profesaba gran devoción a toda especie de reliquias. El *Hieronymianum* mencionaba los nombres de los mártires, pero situaba su martirio no en Brescia, sino en Inglaterra; CMH., p. 99. Sin embargo, San Gregorio menciona en sus *Diálogos* un santuario de San Faustino en Brescia y, en la lista episcopal de dicha ciudad, el sexto

obispo lleva el nombre de Faustino. Todo esto parece demostrar que el culto del mártir es muy antiguo. La vida de San Calocero, como la de San Inocencio de Tortona, es una simple adición a la leyenda de Faustino y Jovita. El P. Savio sostiene que el supuesto mártir de Albenga se identifica con San Calocero, obispo de Ravena, cuyos restos fueron transladados a Albenga en el siglo VIII. Como lo hace notar CMH., p. 197, el *Hieronymianum* no puede referirse a este Calocero de Brescia, que ocupa un sitio importante en las "actas" de San Segundo de Asti.

SANTA AGAPE. VIRGEN Y MÁRTIR (Fecha desconocida)

MUCHOS DE los más antiguos martirologios mencionan a Santa Agape, unas veces sola y otras con algunos compañeros. La ciudad de Terni, de Umbría, le profesa especial devoción y la considera como patrona. Según una tradición de dudosa autenticidad, la santa vivió en Interamna (Terni), en la época del martirio de San Valentín, bajo cuya dirección fundó una especie de comunidad de mujeres que vivían como religiosas. Cuando estalló la persecución contra los cristianos, que fue particularmente sangrienta en Terni, Santa Agape confesó valientemente a Cristo y recibió la corona del martirio, poco después de la muerte de San Valentín. En su honor, se construyó una iglesia en Interturres. Es probable que el martirio haya tenido lugar en Antioquía.

El hecho de que el Martirologio Romano conmemore a Santa Agape en este día y sitúe su martirio en Interamna, no basta para demostrar su existencia histórica. No existe ninguna tradición litúrgica sobre el culto de esta santa. Probablemente ha habido algunas confusiones con otras santas del mismo nombre. Ver Delehaye, en *Bulletin d'ancienne littérature et d'archéologie chrétiennes*, vol. I (1911), pp. 161-168, y P. Franchi de Cavalieri, en *Studi e Testi*, no. IX, pp. 1-20.

SANTA GEORGIA, VIRGEN (*c.* 500, P.C.)

EN LOS comienzos del siglo VI, vivía en Clermont de Auvernia una joven llamada Georgia. Según relata San Gregorio de Tours, la muchacha se había retirado a la soledad del campo para poder allí servir más libremente a Dios. Vivía no lejos de la ciudad. Cada día se entregaba al ayuno y a la oración.

Sucedió que después de la muerte de Georgia, cuando su cuerpo fue llevado a la iglesia para celebrar los funerales, una bandada de palomas rodeó el féretro. Mientras el cadáver permaneció en la iglesia, las palomas no lo abandonaron y sólo al quedar sepultado, las aves volvieron a emprender su vuelo hacia las alturas. Se piensa que los ángeles del cielo fueron los que descendieron en forma de paloma para honrar las exequias de esta santa joven, que había vivido en una pureza semejante a la de ellos.

El recuerdo que el Martirologio Romano hace de Georgia es más bien lacónico. Du Saussay se ha extendido más, resumiendo el relato de Gregorio de Tours. La fiesta de Georgia se encuentra en el nuevo propio de Clermont, el día 15 de febrero.

Véase a Gregorio de Tours, *De gloria confessorum*, c. XXXIV.—C. Cahier, *Caractéristiques des saints*, p. 243.

SAN WALFRIDO O WALFREDO, ABAD (*c.* 765 P.C.)

WALFRIDO O Galfrido della Gherardesca, nació en Pisa, donde llegó a ser un próspero y estimado ciudadano. Se casó con una joven de la que estaba pro-

fundamente enamorado y tuvo cinco hijos y, por lo menos, una hija. Después de muchos años de matrimonio, Walfrido tenía dos amigos —el uno era pariente suyo y se llamaba Gundualdo, el otro era un corso llamado Fortis—, que vivían como él, en el mundo, pero se sentían también inclinados a la vida religiosa. Juntos discutieron sobre el futuro y un sueño les llevó a escoger Monteverde, entre Volterra y Piombino, para fundar un nuevo monasterio. Determinaron seguir la regla benedictina de Monte Casino. Además de su propia abadía de Palazzuolo, construyeron también, a veinticinco kilómetros, un convento para mujeres, donde sus respectivas esposas y Ratruda, la hija de Walfrido, tomaron el velo.

La nueva fundación atrajo muchos novicios. Al poco tiempo, se contaban ya sesenta monjes, incluyendo a Gimfrido, el hijo predilecto de Walfrido, y a Andrés, el único hijo de Gundualdo que, con el tiempo, llegaría a ser el tercer abad del monasterio y escribiría la vida de San Walfrido. Gimfrido era ya sacerdote, pero en un momento de tentación, huyó del convento, llevando consigo hombres, caballos y documentos que pertenecían a la comunidad. Walfrido, muy angustiado, envió algunos hombres a buscarle. Al tercer día, orando con sus monjes por el arrepentimiento y el regreso de su hijo, Walfrido pidió a Dios que enviase al joven una señal que durase toda su vida y el mismo día, Gimfrido fue hecho prisionero y volvió arrepentido al monasterio, pero con el dedo mayor mutilado al extremo que nunca más pudo volver a servirse de él. Walfrido gobernó prudente y sabiamente la abadía durante diez años. Gimfrido le sucedió en el gobierno y fue un magnífico superior, a pesar de su antigua caída. El culto de San Walfrido fue confirmado en 1861.

Ver en *Acta Sanctorum*, febrero, vol. II, la vida escrita por Andrés; cf. igualmente Mabillon, vol. III, pt. 2, pp. 178-184.

SAN SIGFRIDO. OBISPO DE VÄXJÖ (*c.* 1045 P.C.)

LA VIDA de San Sigfrido es relativamente oscura, ya que sus biógrafos se contradicen. Una narración afirma que después de la conversión del rey Olaf Tryggvasson de Noruega (quien fue confirmado por San Alfegio, obispo de Winchester y mártir), el monarca rogó al rey inglés, Etelredo, que le enviase misioneros. Sigfrido, que era un sacerdote de York o de Glastonbury, fue elegido para ir a Noruega, junto con otros dos obispos, Juan y Grimkel. Los misioneros no se limitaron al país, sino que pasaron también a Suecia, que había recaído en la idolatría después de haber sido evangelizada por San Anscario. Ahí trabajaron bajo la protección del arzobispo de Bremen, y Sigfrido se estableció en Växjö, donde tuvo ocasión de convertir al rey de Suecia, que se llamaba también Olaf, y le bautizó en una fuente de Husaby, conocida como la fuente de San Sigfrido, en la cual se obraron muchos milagros. San Sigfrido llevó adelante su trabajo misional durante muchos años, con gran éxito, y fue sepultado en la iglesia de Växjö. La tradición añade muchos detalles sobre las dificultades que el santo debió superar. Se cuenta que al llegar a Växjö, plantó una cruz y construyó una iglesia de madera, en la cual predicaba y celebraba los divinos misterios. Convirtió a los doce principales personajes del lugar y uno de ellos, que murió poco después, recibió cristiana sepultura. La verdad de la fe se impuso con tal fuerza que, al poco tiempo, toda la región de Värend era ya cristiana. La fuente en que San Sigfrido bautizaba a los catecúmenos se llamó,

durante mucho tiempo, con los nombres de los doce primeros convertidos, que estaban grabados en ella. Se dice que San Sigfrido consagró a dos obispos para la Gothlandia oriental y la occidental. Sus tres principales colaboradores eran sus tres sobrinos: el sacerdote Unamán, el diácono Sunamán y el subdiácono Vinamán.

Al cabo de varios años, San Sigfrido confió el cuidado de su diócesis a sus tres sobrinos y se consagró a predicar el Evangelio en las provincias distantes. Durante su ausencia, un cuerpo de tropa, por odio al cristianismo y por codicia, saqueó la iglesia de Växjö y asesinó a Unamán y sus hermanos. Los asesinos enterraron los cuerpos de los mártires en el bosque y arrojaron las cabezas en un foso de donde fueron recuperadas más tarde, y colocadas en un santuario. Se cuenta que las cabezas hablaron en dicha ocasión. El rey resolvió ejecutar a los asesinos, pero San Sigfrido le rogó que les perdonara. Sin embargo, Olaf les condenó a pagar una importante multa y la entregó al santo; pero éste, a pesar de su extrema pobreza y las dificultades por las que pasaba para reconstruir su iglesia, no quiso aceptar ni un céntimo. San Sigfrido poseía en grado heroico el espíritu apostólico; predicó el Evangelio también en Dinamarca. Se dice que fue canonizado por el Papa Adrián IV, el Pontífice inglés que había trabajado celosamente por la propagación de la fe en las regiones del norte de Europa, cien años después de San Sigfrido. Los suecos honran al santo como a su apóstol.

Sería imposible discutir aquí la intricaaa y oscura historia de la conversión de Suecia. Bastará con hacer referencia a dos magníficos artículos: el de Edmund Bishop, en *Dublin Review*, enero de 1885, sobre todo pp. 182-189, y el L. Bril, *Les premiers temps du Christianisme en Suede*, en *Revue d'historie eclésiastique*, octubre de 1911. Ambos autores afirman que no se puede admitir sin examen todo lo que dice Adam de Bremen (a quien se cita con frecuencia como primera autoridad en este punto), porque trata de hacer recaer sobre la diócesis de Bremen parte de la gloria de la conversión de la Península Escandinava, dejando en la penumbra la obra de los misioneros ingleses. Por otra parte, ambos autores atribuyen cierta importancia a los datos que se encuentran en las biografías de San Sigfrido, aunque es absolutamente cierto que la más antigua de ellas no es anterior al siglo XIII y que todas están influenciadas por la leyenda. Dichas biografías se encuentran en *Scriptores Rerum Suecicarum*, vol. II, pte. I, pp. 345-370. La mejor biografía moderna parece ser la del sueco T. Schmid, *Den hl. Sigfid* (1931). Cf. *Trois légendes de St. Sigfrid*, en *Analecta Bollandiana*, vol. lx (1942), pp. 82-90. Acerca de la obra de C. J. A. Oppermann, *English Missionaries in Sweden* (1937), ver *Analecta Bollandiana*, vol. lvii (1939), pp. 162-164. Parece que hay razones para dudar de que San Sigfrido haya sido inglés.

BEATO JORDAN DE SAJONIA (1237 P.C.)

EL BEATO Jordán sucedió a Santo Domingo en el puesto de superior general de los dominicos. Nada sabemos sobre el sitio y la fecha de su nacimiento. Se llamaba Gordano o Giordano y era sajón. Hacia 1219, obtuvo el grado de bachiller en teología en la Universidad de París. Por la misma época, Santo Domingo le envió a Reginaldo, uno de los primeros maestros de la orden. Según parece, éste fue el primer contacto de Jordán con Santo Domingo. El Miércoles de Ceniza del año siguiente, el beato y su amigo Enrique tomaron el hábito de Santo Domingo. Jordán se distinguió muy pronto por su elocuencia. Aunque era todavía novicio y llevaba apenas dos meses en la orden, según cuenta el mismo Jordán en su "Vida de Santo Domingo" (que es una de las principales

fuentes por lo que se refiere al carácter del santo), fue enviado de París con otros tres de sus hermanos al primer capítulo general, que tuvo lugar en Bolonia. En el siguiente capítulo, al que no asistió, fue nombrado prior provincial de Lombardía; y en 1222, a la muerte de Santo Domingo, fue elegido superior general.

El beato Jordán trabajó mucho por la extensión y conservación de la orden. Fundó los conventos de Regensburg, Constanza, Friburgo y Estrasburgo, y bajo su gobierno, la orden llegó hasta Dinamarca y otras lejanas regiones. El beato frecuentaba las plazas en las que se reunían los jóvenes y ganó verdaderas multitudes con su elocuencia. Se ha dicho de él que fue "el primer capellán universitario" y en una ocasión, predicó un sermón en Oxford. Ahí fue tal vez donde conoció al obispo Grosseteste, al que le dejó favorablemente impresionado. También San Alberto Magno se decidió a entrar en la Orden de Santo Domingo gracias a uno de los sermones del beato. Un famoso profesor que había prevenido a sus discípulos contra las astucias del Beato Jordán, fue el primero en caer en sus redes. Pero esto no quiere decir que al beato le interesaran únicamente los sabios y eruditos; cuando se hallaba todavía en París se presentaron quejas contra él, por haber admitido a unos sesenta novicios de tan corto entendimiento, que resultaba difícil enseñarles aun las lecciones del Breviario. El beato replicó: "Dejadles estar y no despreciemos a los pequeños, yo os digo que muchos de ellos se convertirán en grandes predicadores". Y el tiempo demostró la verdad de sus palabras. El beato no sólo tenía el don de "pescar" a los hombres, sino también de conservarles en la red, porque era capaz de hacer concesiones a la fragilidad de la naturaleza humana. En cierta ocasión, había reunido a un grupo de candidatos a la orden en un sitio en el que no había ningún convento; por la noche, cuando Jordán empezó a rezar las Completas en el albergue en que se hospedaban, uno de los jóvenes tuvo un acceso de risa nerviosa y todos los otros se contagiaron; uno de los hermanos, sintiéndose ofendido en su fervor, intentó hacerles callar; Jordán terminó tranquilamente el oficio, dio la bendición y preguntó al indignado hermano: "¿Quién os ha nombrado maestro de novicios?" Y, volviéndose a los otros jóvenes, les dijo: "Reíd a gusto, pues habéis escapado de la esclavitud del diablo. ¡Reíd hijos míos!"

Muchos de los dichos del beato que han llegado hasta nosotros están llenos de un sentido común sobrenatural. Alguien le preguntó si el Padrenuestro recitado por un laico ignorante podía tener tanto valor como el Padrenuestro de un religioso docto que entendía lo que estaba diciendo; Jordán respondió que una perla no perdía su valor por estar en manos de quien era incapaz de apreciarla. A quien le preguntaba si era mejor estudiar u orar, contestó: "Eso equivale a preguntar si es mejor comer o beber". Consultado sobre la mejor manera de orar, respondió: "La mejor manera es aquella en la que cada uno puede orar con mayor fervor".

El beato se embarcó a Palestina, en 1237, con otros dos de sus hermanos. Una tormenta les sorprendió, lejos de las costas de Siria; la nave se hundió y todos los que iban en ella perecieron. Las olas arrojaron el cuerpo del beato a la playa y fue sepultado en la iglesia de los dominicos de Akka. Se cuenta que, pocos días después de su muerte, se apareció, en sueños, a un joven carmelita de Akka que tenía tentaciones contra la vocación, diciéndole: "El buen padre Jordán era un hombre de Dios y el premio que recibió fue morir aho-

gado". El beato dijo al joven: "No temas, hermano, quien sirve fielmente a Jesucristo hasta el fin, se salva". Alguien ha emitido la hipótesis de que esta es la base de la tradición de la aparición de Nuestra Señora a San Simón Stock. El culto que se tributaba, desde muy antiguo al beato Jordán, fue confirmado en 1828.

Las principales fuentes sobre la vida del beato son sus propias cartas, así como los antiquísimos documentos dominicanos de la *Vitae Fratrum*, la *Chronica* de Galvagno de la Flamma, las *Acta Capitolorum*, etc., El P. Berthier publicó en 1891 una buena edición de *Opera ad res O.P. spectantia* del Beato Jordán. Existe en alemán un interesante volumen, *Die Briefe Jordans von Sachsen* (1925), con notas de Altaner; ver también la edición *B. Jordani de Saxonia epistulae* (1950), hecha por A. Walz. El estudio más sistemático del superiorato del Beato Jordán es el de Mortimer, en *Histoire des Maitres Généraux O.P.*, vol. I, pp. 137-274. Citemos entre otras biografías las de Danzas, Morthon, y M. Aron, *Un animateur de la jeunesse...* (1931). El P. Reichert reunió un interesante *Itinerarium* del beato, que se halla en *Festschrift zur Jubilaum des deutsches Campo-Santo*, pp. 153-160. Ver bibliografía más completa en Taurisano, *Catalogus*, pp. 10-11.

BEATO ANGEL DE BORGO SAN SEPOLCRO (o DE SCARPETTI) (*c.* 1306 P.C.)

EL DECRETO de la Sagrada Congregación de Ritos que confirmó en 1921, el culto de este ermitaño de San Agustín, admite francamente que ha desaparecido la biografía escrita por Juan de San Guillermo. Por consiguiente, estamos mal informados sobre la vida del beato. Su nombre de familia era Scarpetti, y había nacido en Borgo San Sepolcro, en Umbría. Parece que tomó el hábito de San Agustín al mismo tiempo que su famoso contemporáneo, Nicolás de Tolentino. El susodicho decreto afirma que el beato pasó una parte de su vida religiosa en Inglaterra, donde fundó varios conventos de agustinos. También cita dos anécdotas que muestran el gran favor de que el beato gozaba ante Dios. Un hombre, a quien Angel había reprendido severamente por su vida escandalosa, perdió instantáneamente el uso del brazo, en cuanto lo levantó para golpear al beato; pero éste le curó de la parálisis con sus oraciones. En otra ocasión, un hombre que había sido injustamente condenado a muerte se encomendó a las oraciones del Beato Angel. La sentencia se cumplió y el hombre fue ahorcado; pero cuando los hermanos de la Misericordia fueron a recoger el cadáver, encontraron al hombre con vida y éste les dijo que el beato le había sostenido en la horca para que no se le rompiera el cuello. Tales leyendas, que nos llegan después de haber pasado por cuatro o cinco manos, no son muy convincentes. Más sólidas son las pruebas que existen de que el cuerpo del beato permaneció incorrupto hasta 1583. Se dice que exhalaba un fragante aroma. Desde la muerte del Beato Angel, su ciudad natal le ha venerado como a un santo.

Ver L. Torelli, *Ristretto delle vite degli huomini etc. dell'Ordine Agostiniano*, pp. 165-166, y el decreto de confirmación, en *Acta Apostolicae Sedis*, 1921, pp. 433-446.

BEATA JULIA DE CERTALDO. VIRGEN (1367 P.C.)

ESTE ES otro caso en que el culto ha sido confirmado, a pesar de los pocos datos que existen sobre la vida de la beata. Se dice que ésta se apellidaba della Rena, y de ahí han deducido algunos que pertenecía a la noble familia de ese

nombre. En todo caso, lo cierto es que Julia sirvió en casa de una familia Tinolfi, y que en 1337, a los dieciocho años de edad, ingresó en la Orden de San Agustín, en Florencia. Viendo que las distracciones de la gran ciudad le impedían el recogimiento, la beata volvió a Certaldo. Su fama de santidad se extendió rápidamente, debido a que Julia salvó de las llamas a un niño en un incendio. Algunos consideraron como milagroso el heroísmo de la beata. Esto la decidió a apartarse totalmente de los hombres, y se hizo encerrar como reclusa en una celda junto a la sacristía de la iglesia de San Miguel y Santiago, para imitar a la Beata Verdiana de Castelfiorentino. En esa estrecha celda vivió casi treinta años. Su muerte ocurrió el 9 de enero de 1367, a los cuarenta y ocho años de edad. Parece que hay pruebas fidedignas de que fue honrada como santa, desde su muerte. Su culto fue confirmado en 1819.

Ver I. Malenotti, *Vita della beata Giulia, vergine da Certaldo* (1819); y N. Risi, *Un giglio tra le spine* (1919). F. Dini, en *Miscelanea storica della Valdelsa* (1902), pp. 56-61, ha demostrado que Julia no pertenecía a ninguna de las dos ramas de la noble familia della Rena.

BEATO CLAUDIO DE LA COLOMBIERE (1682 P.C.)

UN ARTISTA, contemporáneo de Claudio, nos ha dejado un retrato, pintado cuando éste tenía entre treinta y cinco y cuarenta y un años: rostro alargado, ojos pequeños pero brillantes y de mirada penetrante, frente amplia, boca bien proporcionada y mentón un tanto afilado. Se dice que cuando Claudio entró en la Compañía de Jesús era más bien robusto, de carácter muy alegre, de elevados ideales, prudente y agradable. La vida religiosa no hizo sino desarrollar esos dones naturales. Su inteligencia innata se acostumbró a la curiosidad intelectual y a los juicios agudos y certeros. Claudio amaba las bellas artes y sostuvo una correspondencia con Oliverio Patru, miembro de la Academia Francesa, quien alaba mucho sus escritos. Pero poco valor habrían tenido estos dones naturales en el trabajo por las almas, si no hubiera unido a ellos el beato el espíritu interior de un religioso sediento de la gloria de Dios. La fuente de su vida interior era la unión con Dios en la oración, a la que se entregaba constantemente. Llegó a habituarse de tal modo a referirlo todo a Dios, que el respeto humano y los motivos mundanos no existían para él. Este extraordinario despego del mundo fue su característica principal.

El Beato Claudio nació en Saint-Symphorien d'Ozon, cerca de Lyon, en 1641. Su familia estaba bien relacionada, era piadosa y gozaba de buena posición. No poseemos ningún dato especial sobre su vida antes de ingresar en el colegio de la Compañía de Jesús de Lyon. Aunque sentía gran repugnancia por la vida religiosa, logró vencerla y fue inmediatamente admitido en la Compañía. Hizo su noviciado en Aviñón y, a los dos años, pasó al colegio de dicha ciudad a completar sus estudios de filosofía. Al terminarlos fue destinado a enseñar la gramática y las humanidades, de 1661 a 1666. Desde 1659, la ciudad de Aviñón había presenciado choques constantes entre los nobles y el pueblo. En 1662, ocurrió en Roma el famoso encuentro entre la guardia pontificia y el séquito del embajador francés. A raíz de ese incidente, las tropas de Luis XIV ocuparon Aviñón, que se hallaba en el territorio de los Papas. Sin embargo, esto no interrumpió las tareas del colegio, y el aumento del calvinismo no hizo más que redoblar el celo de los jesuitas, quienes se consagraron con mayor

ahínco a los ministerios apostólicos en la ciudad y en los distritos circundantes.

Cuando la paz quedó restablecida, Aviñón celebró la canonización de San Francisco de Sales. En el más antiguo de los dos conventos de la Visitación se llevó a cabo una gran función litúrgica. En aquella ocasión, el Beato Claudio desplegó por primera vez sus dotes de orador, pues, aunque todavía no era sacerdote, fue uno de los elegidos para predicar el panegírico del santo obispo en la iglesia del convento. El texto que escogió fue: "De la fuerza ha brotado la suavidad" (Jueces, XIV, 14), y el sermón resultó magnífico. Entre tanto, los superiores habían decidido enviar al joven Claudio a terminar sus estudios de toelogía en París, centro de la vida intelectual de Francia. En dicha ciudad se le confió el honor de velar por la educación de los dos hijos del famoso Colbert. Lo que ocurrió, probablemente, es que Colbert descubrió la envergadura intelectual de Claudio y lo escogió para ese importante oficio, aunque él personalmente no era amigo de los jesuítas. Sin embargo, las relaciones del beato con esa distinguida familia terminaron mal, pues una frase satírica que Claudio había escrito llegó al conocimiento del ministro, quien se mostró sumamente ofendido y pidió a los superiores de la Compañía que enviaran al beato nuevamente a su provincia. Esto no pudo realizarse, sino hasta 1670.

En 1673, el joven sacerdote fue nombrado predicador del colegio de Aviñón. Sus sermones, en los que trabajaba intensamente, son verdaderos modelos del género, tanto por la solidez de la doctrina como por la belleza del lenguaje. El beato parece haber predicado más tarde los mismos sermones en Inglaterra, y el nombre de la duquesa de York (María de Módena, que fue después reina, cuando Jacobo II heredó el trono), en cuya capilla predicó Claudio, está ligado a las ediciones de dichos sermones. El beato, durante su estancia en París, había estudiado el Jansenismo con sus verdades a medias y sus calumnias, a fin de combatir, desde el púlpito sus errores, animado como estaba por el amor al Sagrado Corazón, cuya devoción sería el mejor antídoto contra el Jansenismo. A fines de 1674, el P. La Chaize, rector del beato, recibió del general de la Compañía la orden de admitirle a la profesión solemne, después de un mes de ejercicios espirituales en la llamada "tercera probación". Ese retiro fue de gran provecho espiritual para Claudio que se sintió, según confesaba, llamado a consagrarse especialmente al Sagrado Corazón. El beato añadió a los votos solemnes de la profesión un voto de fidelidad absoluta a las reglas de la Compañía, hasta en sus menores detalles. Según anota en su diario, había ya vivido durante algún tiempo en esa fidelidad perfecta, y quería consagrar con un voto su conducta para hacerla más duradera. Tenía entonces treinta y tres años, la edad en la que Cristo murió, y eso le inspiró un gran deseo de morir complemente para el mundo y para sí mismo. Como escribió en su diario: "Me parece, Señor, que ya es tiempo de que empiece a vivir en Tí y sólo para Tí, pues a mi edad, Tú quisiste morir por mí en particular".

Dos meses después de haber hecho la profesión solemne, en febrero de 1675, Claudio fue nombrado superior del colegio de Paray-le-Monial. Por una parte, era un honor excepcional confiar a un joven profeso el gobierno de una casa; pero, por otra parte, la pequeña comunidad de Paray, que sólo tenía cuatro o cinco padres, era insignificante para las grandes dotes de Claudio. En realidad se trataba de un designio de Dios para ponerle en contacto con un alma de elección que necesitaba de su ayuda: Margarita María Alacoque. Dicha religiosa se hallaba en un período de perplejidad y sufrimientos, debido a las extraordi-

narias revelaciones de que la había hecho objeto el Sagrado Corazón, cada día más claras e íntimas. Siguiendo las indicaciones de su superiora, la madre de Saumaise, Margarita se había confiado a un sacerdote muy erudito, pero que carecía de conocimientos de mística. El sacerdote dictaminó que Margarita era víctima de los engaños del demonio, cosa que acabó de desconcertar a la santa. Movido por las oraciones de Margarita, Dios le envió a su fiel siervo y perfecto amigo, Claudio de la Colombière.

El P. La Colombière * fue un día a predicar a la comunidad de la Visitación. "Mientras él nos hablaba —escribió Margarita—, oí en mi corazón estas palabras: 'He aquí al que te he enviado' ". Desde la primera vez que Margarita fue a confesarse con el P. La Colombière, éste la trató como si estuviese al tanto de lo que le sucedía. La santa sintió una repugnancia enorme a abrirle su corazón y no lo hizo, a pesar de que estaba convencida de que la voluntad de Dios era que se confiase al beato. En la siguiente confesión, el P. La Colombière le dijo que estaba muy contento de ser para ella una ocasión de vencerse y, "en seguida —dice Margarita—, sin hacerme el menor daño, puso al descubierto cuanto de bueno y malo había en mi corazón, me consoló mucho y me exhortó a no tener miedo a los caminos del Señor, con tal de que permaneciese obediente a mis superiores, reiterándome a entregarme totalmente a Dios, para que Él me tratase como quisiera. El padre me enseñó a apreciar los dones de Dios y a recibir Sus comunicaciones con fe y humildad". Este fue el gran servicio del P. La Colombière a Margarita María. Por otra parte, el beato trabajó incansablemente en la propagación de la devoción al Sagrado Corazón, pues veía en ella el mejor antídoto contra el Jansenismo.

El beato no estuvo mucho tiempo en Paray. Su siguiente ocupación fue muy diferente. Por recomendación del P. La Chaize, que era el confesor de Luis XIV, sus superiores le enviaron a Londres como predicador de María Beatriz d'Este, duquesa de York. El beato predicó en Inglaterra con el ejemplo y la palabra. El amor al Sagrado Corazón era su tema favorito. El proceso de beatificación habla de su apostolado en Inglaterra y de los numerosos protestantes que convirtió. La posición de los católicos en aquel país era extremadamente difícil, debido a la gran hostilidad que había contra ellos. En la corte se formó un movimiento para excluir al duque de York, que se había convertido al catolicismo, de la sucesión a la Corona sustituyéndole por el príncipe de Orange o algún otro candidato. El infame Titus Oates y sus secuaces inventaron la historia de un "complot de los papistas", en el que el P. La Colombière se hallaría complicado con el resto de los católicos. El complot tenía por objeto, según los calumniadores, el asesinato del rey Carlos II y la destrucción de la Iglesia de Inglaterra, Claudio fue acusado de ejercer los ministerios sacerdotales y de haber convertido a muchos protestantes. Aunque fue hecho prisionero, la intervención de Luis XIV impidió que sellase su vida con el martirio. El beato fue simplemente desterrado de Inglaterra. La prisión había acabado con su débil salud. A su vuelta a Francia, en 1679, el beato estaba ya mortalmente enfermo; aunque en algunas temporadas se rehacía un poco y podía ejercer los ministerios sacerdotales, una enfermedad de los riñones no le dejaba reposo. Sus superiores, pensando que los aires natales podrían ayudarle a recobrar la salud, le enviaron a Lyon y a Paray. Durante una de sus visitas a esta última ciudad, Margarita

* El "de" fue añadido a su nombre después de su muerte.

María le avisó que moriría ahí. En efecto, después de haber dado maravilloso ejemplo de humildad y paciencia, Claudio La Colombière entregó su alma a Dios, al atardecer del 15 de febrero de 1682. Según parece, al día siguiente Santa Margarita María recibió un aviso del cielo en el sentido de que Claudio se hallaba ya en la gloria y no necesitaba de oraciones. El P. La Colombière fue beatificado en 1929.

Ver Sister Mary Philip, *A Jesuit at the English Court* (1922); y las biografías de Seguin y Charriere. La mejor y más documentada biografía, es la del P. G. Guitton (1943). La obra de la Sra. M. Yeo es una simple reimpresión de una biografía publicada por primera vez en 1940. Ver también Moniel-Vinard y Condamin, *Bx. Claude... Notes spirituelles* (1929), y el *Dictionnaire de spiritualité*, vol. II, cc. 939-941. Existen varias ediciones de las obras completas del beato, que contienen muchos detalles autobiográficos. El decreto de beatificación describe a Claudio como el "colaborador" de Santa Margarita en la propagación de la devoción al Sagrado Corazón, escogido por Dios para dirigir a la santa en un período angustioso. Sobre la parte del beato en la propagación de la devoción al Sagrado Corazón, ver P. Pourrat, *La spiritualité chrétienne* (París, 1947), vol. IV, pp. 420-423.

16: SAN ONESIMO. MÁRTIR (Siglo I)

ONESIMO ERA esclavo de Filemón, personaje importante de Colosa de Frigia, convertido por San Pablo. Cuando huía de la justicia, después de haber robado a su amo, Onésimo entró en contacto con San Pablo, quien se hallaba entonces prisionero en Roma. El Apóstol le convirtió y bautizó y le envió a la casa de Filemón con una carta de recomendación. Según parece, Filemón perdonó y puso en libertad a su esclavo arrepentido y le mandó reunirse de nuevo con San Pablo. San Jerónimo y otros autores, dicen que Onésimo y Tiquio, el portador de la epístola a los colosenses, llegaron bajo la dirección del Apóstol, a ser predicadores del Evangelio y obispos. Baronio y algunos otros confunden a este Onésimo con el que fue obispo de Efeso, poco después de San Timoteo, a quien San Ignacio alabó mucho por la caridad que le había mostrado a su paso para Roma el año 107.

El Martirologio Romano identifica a Onésimo con dicho obispo de Efeso, consagrado por San Pablo (!) Después del episcopado de Timoteo, y afirma que el antiguo esclavo fue llevado prisionero a Roma, donde murió lapidado, y que sus reliquias fueron más tarde transladadas a Efeso. Las llamadas "Constituciones Apostólicas", documento apócrifo de fines del siglo IV (lib. VII, c. 46), dicen que Onésimo era obispo de Beroea en Macedonia, y que su antiguo amo, Filemón, era obispo de Colosos. Todo esto es tan poco digno de fe, como la fantástica leyenda donde se afirma que Onésimo acompañó a España a los mártires Xantipas y Polixena y que fue el autor de las "actas" de su martirio. El nombre de Onésimo era muy común, especialmente entre los esclavos, y existía una tendencia muy clara a identificar a cualquier Onésimo que se distinguía un poco, con el esclavo convertido por San Pablo.

Todo lo que sabemos sobre Onésimo es lo que dice la *Epístola a Filemón* y la hipotética referencia de Col. IV, 7-9.

SANTA JULIANA. Virgen y Mártir (*c.* 305 p.c.)

El Martirologio Romano conmemora en el día de hoy, en Cuma de Campania, la translación de Santa Juliana, virgen y mártir, "quien fue primeramente azotada por su padre, Africano, en Nicomedia, durante el reinado del emperador Maximiano, y después sometida a diversos suplicios por el prefecto Evilasio, a quien había rechazado como esposo. Más tarde fue encerrada en una prisión, donde se batió cuerpo a cuerpo con el demonio. Finalmente, tras de haber superado la tortura del fuego y del agua hirviente, fue decapitada por la espada." La vida de Santa Juliana fue muy popular en la Edad Media, pues Juan de Vorágine le consagró una larga sección en su "Leyenda Dorada". Pero las bases históricas son muy discutibles, aunque los mejores manuscritos del *Hieronymianum* dicen que se veneraba a la santa en las cercanías de Cumas y de Nápoles. San Gregorio el Grande escribió a Fortunato para pedirle "sanctuaria" (reliquias) de la santa para la consagración de un oratorio que una noble dama había erigido en sus posesiones, en honor de Santa Juliana y San Severino. Parece que los martirologios trataron de hacer concordar las fechas citadas en las diferentes fuentes, mediante la hipótesis de una translación de las reliquias de Santa Juliana, de Nicomedia a Puozzuoli o Cumas. Uno de los hechos más característicos de las "actas", es la discusión que tuvo la santa con el demonio, el cual, transformado en ángel de luz, trataba de persuadirla para que accediese a los deseos de su padre y de su pretendiente. Por ello, el arte medieval representaba comúnmente a Santa Juliana con una cadena o una cuerda disponiéndose a atar a un demonio alado.

Ver *Acta Sanctorum*, febrero, vol. II, y BHL., nn. 4522-4524. Cf. Delehaye, *Les origines du culte des martyrs* (1933), pp. 301-302; Detzel, *Christliche Ikonographi*, vol. II, p. 456.

SANTOS ELIAS, JEREMIAS y Compañeros, Mártires (309 p.c.)

El año 309, cuando los emperadores Galerio Maximiano y Máximo llevaban adelante la persecución comenzada por Diocleciano, cinco egipcios fueron a visitar a los confesores de la fe, condenados a trabajos forzados en las minas de Cilicia. A su regreso les detuvieron los guardias a las puertas de Cesarea, en Palestina. Los cinco confesaron al punto que eran cristianos y declararon el motivo de su viaje. Al día siguiente, comparecieron ante el gobernador Firmiliano, junto con San Pánfilo. El juez, según su costumbre, ordenó que los cinco egipcios fuesen torturados en el potro, antes de ser juzgados. Después de que habían sufrido ya muchos suplicios, el gobernador preguntó al que hacía cabeza, su nombre y su nacionalidad. El mártir respondió que su nombre de bautismo era Elías, y que sus compañeros se llamaban Jeremías, Isaías, Samuel y Daniel. Como Firmiliano le preguntase nuevamente por su nacionalidad, Elías contestó que eran ciudadanos de Jerusalén, refiriéndose a la Jerusalén celestial, verdadera patria de todos los cristianos. El gobernador ordenó a los verdugos que torturasen a Elías, quien fue azotado con las manos atadas a la espalda y los pies brutalmente aplastados en yugos de madera. Después el gobernador mandó que los cinco fuesen decapitados. La orden se ejecutó inmediatamente.

Porfirio, joven sirviente de San Pánfilo, juró que los cuerpos de su amo

y de los otros mártires no quedarían sin sepultura. Enterado de tal audacia, Firmiliano le hizo arrestar. Como Porfirio confesara que era cristiano y se negara a sacrificar a los dioses, el juez le mandó azotar tan cruelmente, que los huesos y las entrañas del mártir quedaron al descubierto. Porfirio sufrió la tortura sin exhalar un gemido. Entonces el tirano ordenó que se encendiese una hoguera en forma de círculo, en cuyo centro fue colocado Porfirio. Ahí estuvo durante varias horas cantando alabanzas al Señor e invocando el nombre de Jesús, hasta que la muerte puso fin a su lento y glorioso martirio. Los soldados vieron que Seleuco, uno de los testigos del martirio, aplaudía la constancia de Porfirio; le condujeron, pues, ante el gobernador, quien le mandó decapitar inmediatamente.

La historia de estos santos es de gran interés para todos los especialistas de hagiografía cristiana, ya que la cuenta Eusebio, el padre de la historia eclesiástica, quien vivía entonces en Cesarea y era amigo personal del mártir Pánfilo. En señal de devoción a su amigo, el historiador gustaba de llamarse "Eusebio (el discípulo) de Pánfilo". Sin embargo, la Iglesia celebra la conmemoración de San Pánfilo el 1º de junio, fecha en que volveremos a encontrarle. El texto griego de Eusebio, con traducción francesa, se encuentra en la edición de E. Grapin (vol. III, pp. 259-283), que forma parte de la serie *Textes et documents pour l'étude historique du christianisme*, que constituye el capítulo XI del libro de los Mártires de Palestina.

SANTA VIRIDIANA, VIRGEN (*c.* 1240 P.C.)

VIRIDIANA (VERDIANA o Veridiana) nació en Castelfiorentino, en Toscana, de una noble familia venida a menos. A la edad de doce años, un acaudalado pariente la llevó para que sirviera de compañía a su esposa, la que la nombró ama de llaves. Ya en este tiempo, gozaba de cierta fama de santidad, y cuando se le dio permiso para sumarse a una peregrinación que partía para Santiago de Compostela, se le hizo prometer primero que regresaría a Castelfiorentino. A su vuelta, los compañeros de viaje narraron tales cosas de su santidad, que la gente le rogó que se quedara permanentemente entre ellos. Ella accedió con la condición de que se le permitiera llevar una vida de reclusión y se le construyera una ermita. Esta fue erigida cerca del río Elsa, anexa a un pequeño oratorio. Parece que sólo tenía de superficie doce metros cuadrados y que su mobiliario no constaba más que de una pequeña piedra que le servía de asiento. En esta celda vivió durante 34 años. La sola comunicación que tuvo con el exterior se efectuaba por una pequeña ventana abierta en el oratorio de San Antonio. Su única comida al día consistía principalmente en pan y agua y, ocasionalmente, en verduras. Dormía sobre el desnudo suelo, menos en invierno, cuando utilizaba una estera. Tenía gran amor por los pobres, a quienes entregaba todo lo que la caridad de los visitantes le donaba. Su única preocupación era recibir a los pobres y a los afligidos.

Milagros maravillosos fueron atribuidos a la beata Viridiana. Comúnmente se cuenta que dos serpientes entraron a su celda a través de la angosta ventana y permanecieron con ella durante años. La beata aceptaba su presencia como un sacrificio y permitía que comieran de su propio plato. Sin embargo, la santa no reveló a nadie la presencia de estos animales, pues no deseaba que conocieran sus sufrimientos. San Francisco de Asís la visitó en 1221. Los dos santos conversaron de cosas celestiales y se dice que él la admitió a su Tercera Orden. Adver-

tida sobrenaturalmente de su próxima muerte, cerró su ventana* y se la oyó recitar los salmos penitenciales. La tradición cuenta que su muerte fue anunciada de un modo milagroso mediante un súbito tañido de las campanas de Castelfiorentino. El arte florentino representa a la beata Viridiana con el hábito de una monja de Valleumbrosa y una cesta con dos serpientes en ella. Parece cierto que tuvo alguna relación con la orden de Valleumbrosa, no así con la Tercera Orden Franciscana. Su culto fue aprobado por Clemente VII en 1533.

O. Pogni, *Vita di S. Verdiana* (1939), publicó un texto latino escrito poco después de su muerte. Un escrito posterior, traducido de una versión italiana, se encuentra en *Acta Sanctorum*, febrero, vol. I. El canónigo Pogni publicó también el relato de la beata y su iglesia y hospital en Castelfiorentino (1932-34) escrito por el canónigo M. Cioni. Véase también Connelli, *Vita di S. Verdiana* (1613). Hay una referencia en Léon *Auréole Séraphique* (traducción inglesa), vol. I.

* Esta ventana puede verse todavía en Lewes, Sussex, y da hacia la iglesia de Santa Ana.

BEATA FELIPA MARERI, VIRGEN (1236 P.C.)

SOBRE EL nacimiento de la beata se cuentan muchos prodigios, de los que desgraciadamente no existen pruebas suficientes. También se cuentan otras muchas maravillas de su belleza, de su gravedad sobrenatural y de su precoz inteligencia. Felipa nació a fines del siglo XII, en Cícoli, de la diócesis de Rieti. Pertenecía a una familia de grandes propietarios de los Abruzos. Sus padres eran devotos cristianos y se afirma que San Francisco de Asís se hospedaba en su casa, cuando iba a predicar en esa región, y que fue el santo quien comunicó a Felipa un gran deseo de compartir los sufrimientos de Jesucristo. Los padres de la beata habían arreglado un matrimonio para ella, pero Felipa se opuso con todas sus fuerzas: se cortó el cabello, se vistió de andrajos y se encerró en un rincón de la casa. Su hermano Tomás, irritado por su actitud, determinó hacerle cambiar de parecer; pero lo único que consiguió fue que Felipa huyese de la casa paterna. La beata logró reunir a algunas compañeras y estableció la vida eremítica en el Monte Marerio. Según cuenta la leyenda, cuyos fundamentos históricos son bastante débiles, las anacoretas construyeron unas cuantas cabañas rodeadas por un gran muro y en la soledad, se entregaron con el mayor fervor a la devoción y la penitencia.

La determinación de Felipa ejerció un profundo efecto sobre su hermano Tomás, quien, tocado por la gracia, le pidió perdón y le ofreció un sitio más apropiado para el retiro en las cercanías de una iglesia. Tomás mandó reparar un convento abandonado y el beato Rogerio de Todi, que había entrado recientemente en la orden franciscana, se encargó de la dirección espiritual de la comunidad. El convento creció rápidamente, adoptó una regla semejante a la de las Clarisas y Felipa fue elegida abadesa. La más estricta pobreza reinaba en él; las religiosas hubieren perecido de hambre en más de una ocasión, si el repetido milagro de la multiplicación de los panes y los peces no las hubiera salvado. La mano de Dios se mostró igualmente en otros hechos milagrosos. Pero las religiosas no disfrutaron mucho tiempo de la compañía de la fundadora. En 1236, Felipa fue atacada de una penosa enfermedad. Sintiendo que se acercaba su fin, reunió a la comunidad y se despidió de sus hijas en forma conmovedora, exhortándolas sobre todo a mantener la paz en el interior del convento. La

beata murió el 13 de febrero de 1236. El Beato Rogerio predicó en sus funerales y manifestó su convicción de que Felipa gozaba ya de la visión divina.

Ver Mazzara, *Leggendario Francescano* (1676), vol. I, pp. 233-235; Léon, *Auréole Séraphique*, vol. I; y Constantini, *Vita e miracoli della b. Philippa Mareri.*

BEATA EUSTOQUIO DE MESSINA, VIRGEN (1468 P.C.)

DURANTE UNA misión de San Mateo de Girgenti en Messina, la joven condesa Matilde de Calafato se confió a su dirección espiritual, ingresó en la tercera orden franciscana y se entregó a las obras de caridad. Durante algún tiempo no tuvo hijos; pero, en respuesta a sus oraciones, Dios le concedió finalmente una hija. Poco antes de su nacimiento, un extranjero dijo a la madre que sólo podría dar a luz en un establo. La condesa fue, pues, transladada a un establo, y ahí tuvo a la niña, en 1432, a la que por su belleza llamó Esmaragda. Esmaragda mostró desde la infancia gran inclinación a la piedad e hizo voto de perpetua castidad. Por su parte, su padre firmó un contrato, comprometiéndose a casarla con uno de sus pretendientes; pero éste murió poco antes de los esponsales. Después de la muerte de su padre, acaecida en 1446, Esmaragda tomó el hábito de Santa Clara en el convento de Biasco, donde se practicaba la segunda regla, bajo la dirección de los franciscanos conventuales. Esmaragda tomó el nombre de Eustoquio. Se distinguió por su amor a la pobreza, su espíritu de penitencia y su devoción a la Pasión del Señor. Habiendo leído un relato sobre una peregrinación a Tierra Santa, la beata ideó un sistema para visitar espiritualmente los Santos Lugares y poder imaginar las escenas de la vida de Cristo y de la Virgen. Eustoquio atendía celosamente a los enfermos y fue como una madre para ellos durante la epidemia que azotó a Messina.

Después de haber vivido once años en Biasco, Eustoquio sintió que Dios la llamaba a una regla más estrecha y obtuvo del Papa Calixto III, el permiso de fundar un convento de la primera regla, bajo la dirección de los Observantes. La madre y la hermana de la beata construyeron, entre 1458 y 1459, el convento de Monte Virgine. Eustoquio tuvo el consuelo de recibir en él a su hermana y a su sobrina Paula, cuando esta última no tenía más que once años de edad. La fundación tuvo que sufrir muchas pruebas durante las primeras etapas de su desarrollo.

Al llegar a la edad canónica de treinta años, Eustoquio fue elegida abadesa y consiguió reunir una gran cantidad de almas fervorosas en torno suyo. A la autoridad de sus virtudes, se añadía la fama de sus milagros. Hubo enfermos que sanaron con sólo tocar el pañuelo en que Eustoquio había enjugado sus lágrimas de penitencia. La beata murió a los treinta y siete años, y su culto fue aprobado en 1782.

El documento más fidedigno sobre la vida de Eustoquio es la narración escrita por su primera discípula, Jacoba Pollicino. Dicha narración fue publicada por G. Macri en *Archivio storico Messinese*, vols. III y IV (1903), bajo el título de *La leggenda della b. Eustochia da Messina.* Ver también Léon, *Auréole Séraphique,* vol. I.

BEATO BERNARDO SCAMMACCA. (1486 P.C.)

ES UNA pena que conozcamos tan pocos detalles de la vida íntima de aquellos siervos de Dios cuyo culto ha sido confirmado por la Iglesia. Se dice que

Bernardo nació de noble familia en Catania de Sicilia, y que en su juventud llevó una vida muy desarreglada. Habiendo sido herido en una pierna durante una riña, tuvo que guardar una larga convalescencia, durante la cual se convirtió a Dios y decidió entrar en la Orden de Santo Domingo. En el convento edificó a todos por su obediencia, su humildad y su deseo de reparar sus culpas, haciendo penitencia. Desgraciadamente, es imposible determinar hasta qué punto los hagiógrafos han embellecido los hechos. Pero en todo caso, se cuenta que los pájaros volaban a posarse en sus brazos, gorjeándole; que el beato tenía el don de profecía; que se elevaba del suelo cuando hacía oración y que, en cierta ocasión, su celda se iluminó con la luz maravillosa que despedía la antorcha de un niño de celestial belleza que estaba de pie junto al beato. Después de la muerte de Bernardo, ocurrida el 9 de febrero de 1486, empezaron a contarse nuevas maravillas. Según la leyenda, el beato quien desde hacía quince años yacía en el sepulcro se apareció al prior del monasterio, y leordenó que trasladara sus reliquias a un sitio de más honor. Al hacer la exhumación, se halló incorrupto el cuerpo de Bernardo y las campanas comenzaron a repicar por sí solas, durante su traslación. Algún tiempo después, un noble organizó un ataque en toda forma para trasladar las reliquias del beato a su castillo; pero Bernardo no permitió que se realizara el robo y antes de que los atacantes llegasen al monasterio, el beato salió de la tumba y empezó a llamar a las puertas de las celdas; como los somnolientos frailes respondiesen mal al inoportuno llamado, echó a vuelo las campanas y con esto, todos despertaron y se precipitaron a la iglesia, "donde encontraron la tumba abierta y el cuerpo del beato ante la puerta, donde un grupo de hombres armados se esforzaban en vano por levantarlo. Por milagro, el cuerpo había adquirido un peso tan extraordinario, que no podían moverlo". Los asaltantes sorprendidos emprendieron la fuga, y los frailes no tuvieron dificultad en transportar el cuerpo del beato al relicario. El culto al Beato Bernardo fue confirmado en 1825.

Ver Procter, *Short Lives of the Dominican Saints,* pp. 21-23; Mortier, *Maîtres Généraux O.P.*, vol. IV, p. 648; M. Coniglioni, *Vita del b. Bernardo Scammacca* (1926); Taurisano, *Catalogus Hagiographicus O.P.*, pp. 45-46.

17: SAN POLICRONIO, Obispo y Mártir (*c.* 250 p.c.)

EL PERSONAJE que el Martirologio Romano nos presenta en esta fecha, fue un obispo de Babilonia, víctima de la persecución de Decio.

Beda es quien nos lo presenta así, precisando más la mención un tanto lacónica que hace el Martirologio Jeronimiano (manuscritos de Epternach, Berne y Wissenbourg). El martirologio simplemente nos habla de un Policronio, en Babilonia, y, para completar esta indicación, Beda acude a las "*Gesta sancti Laurentii*", en donde se leen los siguientes detalles: "Una persecución se levantó bajo el emperador Decio y muchos cristianos fueron llevados a la muerte. Había en Babilonia un obispo llamado Policronio. También estaban los sacerdotes Parmenas, Helimas y Crisóteles (cuyos nombres aparecerán en el Martirologio Romano del 22 de abril). Decio en persona hizo que le presentaran al obispo Policronio con sus diáconos y sacerdotes. A la invitación de sacrificar a los dioses, Policronio se abstuvo de dar respuesta alguna. Intervino entonces Par-

menas para explicar este silencio y Decio le hizo cortar la lengua. Después insistió con Policronio, pero no pudo sacar nada de él. Entonces el emperador le hizo golpear en la boca con tal violencia, que el obispo, levantando sus ojos al cielo, expiró".

Esta narración ha parecido muy sospechosa a Tillemont, "Mémoires pour servir"..., vol v, p. 561, puesto que tiene por base un hecho insostenible: la expedición de Decio contra los persas. De donde concluye que haría falta tener otras memorias, que no fueran las "Gesta Laurentii", para apoyar el hecho.

Después de todo, bien puede ser que un Policronio haya sido martirizado en Babilonia, ya que así lo atestigua el Martirologio Jeronimiano. Pero tanto él como sus compañeros debieron sufrir, a causa de una persecución suscitada por los reyes de Persia.

Los otros martirologios, siguiendo a Beda, nombran a un Policronio el 17 de febrero. Así Florus, en el "Vetus romanum", le da la calidad de obispo, y, en fin, Adón Quentin, ("Les martyrol. histor. du Moyen Age", pp. 78, 418, 481), lo menciona también.

Por otra parte, subsiste el interrogante de si el Policronio, obispo de Babilonia, mártir en Persia, no será el Policronio que se venera en Chipre.

Un santo mártir de este nombre se nos presenta en un "Panegyricon" de tres volúmenes, cuyo autor fue Neófito, el recluso. La fiesta de este Policronio se celebraba el 7 de octubre, pero tenía una segunda celebración el 17 de febrero. Personaje un tanto flotante, no parece que fuera chipriota de origen; era uno de esos solitarios de la "Historia religiosa" de Teodoreto, cuya biografía es bastante confusa.

Vivió en tiempos de Constantino el Grande. Sus padres lo tenían empleado en guardar los rebaños y un día hizo un milagro para dar de beber a los animales. Con el correr del tiempo, abandonó su patria y se fue a Constantinopla con otros diez viñadores para emplearse como trabajadores en una viña.

A raíz de una reclamación de su amo, regresó a su país, construyó un oratorio, fue ordenado sacerdote y, según se dice, también obispo. Después de la muerte de Constantino, los herejes lo buscaron y sometieron a diversos interrogatorios, y por fin, lo decapitaron. Los otros diez viñadores le acompañaron también en su martirio.

Todo esto parece muy vago todavía, pero en rigor no desentona con la vaguedad del Martirologio Jeronimiano. Es posible que la fecha del 17 de febrero, sólo conmemore alguna traslación de sus reliquias.

H. Delehaye, *Saints de Chipre.—Anal., boll.*, vol., XXVI, 1907, p. 282.

SANTOS TEODULO Y JULIAN, MÁRTIRES. (309 P.C.)

SAN TEÓDULO y San Julián sufrieron el martirio en Cesarea de Palestina, inmediatamente después de los cinco egipcios conmemorados el día 16 de febrero, aunque el Martirologio Romano venera su memoria en este día.

Teódulo, hombre sabio y piadoso, ocupaba un puesto de importancia en la casa de Firmiliano, gobernador de Palestina, quien le tenía en gran estima. Habiendo sido testigo de la fortaleza y paciencia de los cinco egipcios martirizados, Teódulo acudió a la prisión para alentar a los que se preparaban a sufrir un martirio semejante. Al saber esto, Firmiliano se irritó sobremanera contra su

protegido, le reprochó amargamente su actitud y le condenó a ser crucificado, sin haber querido oír su defensa. Teódulo recibió con alegría la sentencia y sufrió con gozo una forma de tormento que le asemejaba a su Salvador y le llevaría a reunirse con El.

Julián, que participó en el triunfo de Teódulo, no era más que un catecúmeno. Los fieles le estimaban mucho por su carácter ejemplar. Había estado ausente de Cesarea y acababa de volver, cuando recibió la noticia de la reciente tortura y ejecución de los mártires egipcios. Inmediatamente se dirigió al lugar del martirio, donde besó y abrazó los cadáveres. Los guardias le tomaron prisionero al momento y le llevaron ante el gobernador. Viendo éste que Julián se mostraba tan firme como los otros, no perdió el tiempo en interrogatorios, sino que le condenó inmediatamente a la hoguera. Julián dio gracias a Dios por el honor de morir por su causa y le ofreció su vida en sacrificio. La paciencia con que soportó la tortura del fuego lento dejó estupefactos a los verdugos y a los espectadores.

Todas las noticias que poseemos sobre los Santos Teódulo y Julián provienen de Eusebio, como en el caso de San Elías y sus compañeros.

SAN FINTANO DE CLONEENAGH, ABAD. (603 P.C.)

EN UNO de los tratados que se conservan del Libro de Leinster, San Fintano aparece como una imagen de San Benito. Por otra parte, es indudable que su monasterio de Cloneenagh, en Leix, gozó de gran fama entre los contemporáneos del santo. Unas letanías antiguas hablan de "los monjes de Fintano descendiente de Eochaid, que sólo comían yerbas y bebían agua; no es posible nombrarles a todos, pues fueron innumerables". En el mismo tono se expresa Oengus: "El generoso Fintano, nunca comió más que pan de avena silvestre, ni bebió más agua que la del pantano". La biografía latina del santo, exagera todavía más los detalles de su vida de penitente. Según ella, un ángel predijo a la madre de Fintano la santidad de su futuro hijo. El niño tuvo, desde la infancia, el don de profecía; fue educado por San Columbano de Tir de Glas, quien le aconsejó retirarse a la soledad. En el desierto, Fintano llevó una vida de gran austeridad, y, con el tiempo, llegó a reunir una gran multitud de discípulos. Lo que sabemos, aparte de esto, se reduce a una lista de milagros, aunque no son estos tan extravagantes, como en la mayoría de los documentos hagiográficos irlandeses.

La biografía de San Fintano deja la impresión de que se trataba de un hombre extraordinario, severo consigo mismo y muy bondadoso con los demás. Una vez, cuando los monjes de las comunidades vecinas se quejaron de que las reglas de San Fintano eran demasiado severas para la fragilidad humana, el santo las aligeró un poco a sus compañeros, pero las conservó intactas para sí mismo. En la narración de la vida de San Fintano aparecen muchos rasgos del modo de vida de los primitivos monjes irlandeses. Por ejemplo, algunos monjes de Cloneenagh, "que deseaban ardientemente llevar vida de peregrinos y no querían permanecer en su lugar de origen, partieron del monasterio sin permiso del santo abad" y fueron a Bennchor y a Inglaterra. Fintano no parece haber tomado a mal la falta y recibió bondadosamente a uno de los fugitivos que volvió más tarde. La brutalidad y violencia de aquella época aparece en otro hecho que al mismo tiempo pone de manifiesto el respeto de San Fintano por los

muertos: un grupo de bandidos volvió triunfante de una incursión por los pueblos vecinos, con las cabezas de los enemigos ensartadas en las puntas de las lanzas. Los bandidos dejaron aquellos despojos a las puertas del monasterio y San Fintano se encargó de darles sepultura en el cementerio de los monjes. Cuando los vecinos preguntaron al santo por qué había enterrado las cabezas, éste respondió: "Porque confiamos en que el día del juicio Dios no condenará al infierno a estos hombres, en virtud de los méritos y la gloria de todos los siervos de Dios que se hallan sepultados en este santo lugar y que oraron durante su vida por todos los que iban a ser enterrados en su compañía. Como la cabeza es la parte principal del cuerpo, esperamos que Dios tendrá misericordia de ellos". Por infantil que sea esta concepción teológica, es indudable que el deseo de estar enterrado en compañía de quienes más esperanza podían tener de resucitar gloriosamente, estuvo muy extendido, desde la época de las catacumbas hasta fines de la Edad Media. Uno de los bandidos que habían decapitado a sus enemigos ingresó más tarde en el convento de Cloneenagh. Se cuenta que, en cierta ocasión, uno de los monjes siguió por curiosidad a San Fintano hasta el sitio solitario en que acostumbraba orar; el cuerpo del santo despidió una luz tan viva, que casi dejó ciego al curioso monje. También se cuenta que San Columbano, hallándose en la isla de Iona, tenía todos los domingos por la noche una visión de S. Fintano sentado entre los ángeles, frente al trono de Jesucristo. Columbano rogó a uno de sus discípulos que buscase al santo en Irlanda, y le describió como un hombre de aspecto angelical, con la tez rosada, ojos brillantes y cabello blanco.

La fiesta de San Fintano se celebra en toda Irlanda.

Ver VSH, vol. II.pp. 96-106 (cf. vol, I, pp. lxx-lxxI), y Colgan, *Acta Sanctorum Hiberniae*, pp. 349-353. El texto de los bolandistas (*Acta Sanctorum*, febrero, vol. III, pp. 17-21) es una superposición de dos recensiones diferentes del mismo original. Cf. J. Ryan, *Irish Monasticism* (1931) pp. 127-128.

SAN SILVINO, OBISPO. (*c.* 720 P.C.)

NO SABEMOS nada de cierto sobre la familia de San Silvino, quien pasó la primera parte de su vida en las cortes de los reyes Childerico II y Thierry III. Estaba a punto de casarse, cuando se sintió llamado a abandonar el mundo y, para seguir a Cristo, se retiró de la corte a una vida ejemplar de castidad y pobreza. Recibió la ordenación sacerdotal en Roma y más tarde, fue consagrado obispo. Algunos documentos afirman que su diócesis era Toulouse, otros que era Thérouanne; pero, como su nombre no aparece en los registros de ninguna de las dos, lo más probable es que haya sido obispo sin diócesis, encargado de la predicación entre los paganos. Silvino trabajó celosamente en el norte de Francia, sobre todo en Thérouanne, donde los paganos abundaban y los cristianos eran sólo de nombre y apenas mejores que los paganos. La infatigable predicación del santo obispo, así como su ejemplo, ganaron muchas almas para Jesucristo.

Silvino empleó gran parte de su fortuna personal en rescatar a los esclavos de los bárbaros, y el resto lo gastó en obras de caridad y en la construcción de iglesias. Aunque su porte y sus maneras eran las de un cortesano, vestía pobremente y practicaba grandes austeridades. Se dice que recibía en su casa a cada peregrino, como si se tratara de Jesucristo en persona. El biógrafo de San Silvino cuenta que no comió pan durante cuarenta años, que se alimentaba con yerbas

y frutos y que, su única riqueza era un caballo en el que hacía sus viajes, cuando estaba ya muy débil para andar. El gran deseo de Silvino era vivir como ermitaño; pero la debilidad de su constitución física se lo habría impedido, en caso de haber obtenido la dispensa de sus obligaciones episcopales. Parece que murió en el monasterio de Auchy-les-Moines, cerca de Arrás, porque ahí fue sepultado. Sus contemporáneos le tenían en gran estima, no sólo por su caridad y santidad, sino también por su don de curar a los enfermos.

Existe una vida latina de San Silvino, escrita por el obispo Antenor, quien debió ser contemporáneo suyo; pero el escrito sufrió muchos retoques posteriores. El texto se halla en *Acta Sanctorum*, febrero, vol. III, y en Mabillon. Duchesne (*Fastes Episcopaux*, vol. III, p. 134) opina que San Silvino era probablemente escocés, y hace notar que, de los escritos de Folcuino se desprende que el santo vivía todavía en la época de la batalla de Vincy (717).

BEATO REGINALDO DE ORLEANS (1220 P.C.)

REGINALDO FUE el primero de los dominicos que pasó a mejor vida, después de Santo Domingo, y a quien la Iglesia propuso a la veneración de los fieles. El beato vivió muy poco tiempo en religión. La tradición afirma que fue a él y no a Santo Domingo a quien la Santísima Virgen se apareció y reveló su deseo de que los dominicos cambiasen la sobrepelliz de canónigos por el escapulario de lana blanca.

Reginaldo nació en 1183, en Saint-Gilles del Languedoc, no lejos de Arles. Fue, al parecer, un joven muy dotado, puesto que antes de ser nombrado deán del capítulo colegial de Saint-Aignan en Orléans, en 1212, había enseñado el derecho canónico en la Universidad de París, de 1206 a 1211. En 1218, hizo una peregrinación en la que pasó por Roma, donde encontró a Santo Domingo y le reconoció como al guía espiritual que la Santísima Virgen le había señalado durante una grave enfermedad. Reginaldo le pidió que le admitiese como discípulo y Santo Domingo accedió. Llegó a tener tanta confianza en él, que le nombró su vicario, cuando se ausentó a España. En el mismo año de 1218, Reginaldo fue a Bolonia y fundó el gran convento de su orden que ha estado siempre en relación con la Universidad de dicha ciudad. Pero ya para entonces estaba maduro para el cielo. Murió en París el 1o. de febrero de 1220 y fue sepultado en Notre-Dame-des-Champs. Se cuenta que los fieles empezaron inmediatamente a venerarle en su sepulcro como a un santo y, por esa razón, el culto al Beato Reginaldo fue confirmado en 1875.

Nuestra información sobre el Beato Reginaldo proviene de las crónicas primitivas de la Orden de Santo Domingo, como por ejemplo, la *Vitae Fratrum* de Gerardo de Frachet y el *Liber Epilogorum* de Bartolomé de Trento. Entre las obras modernas, citaremos las de E. C. Bayonne, T.A. Karr y A. Gardiel. Ver también Mortimer, *Maîtres Géneraux O.P.*, vol. I pp. 96-100 y 118-119, y Taurisano, *Catalogus Hagiographicus O.P.*, p. 8.

BEATO ANDRES DE ANAGNI (1302 P.C.)

EL SUPLEMENTO franciscano del Martirologio Romano llama a este siervo de Dios, "Beatus Andreas de Comitibus"; pero al parecer, su verdadero nombre era Andrea dei Conti di Segni. Mazzara le llama Andrés de Anaghi, por el lugar de su nacimiento. Como lo indica su verdadero nombre, Andrés pertenecía a

una noble familia Era sobrino de Rolando Conti, que fue más tarde Papa, con el nombre de Alejandro VI, y era también pariente de otro famoso ciudadano de Anagni, Benedicto Gaetani, que fue el Pontífice Bonifacio VIII.

Dejando de lado todas las esperanzas de un porvenir glorioso en el mundo, Andrés ingresó en la Orden de Frailes Menores, como simple hermano lego, renunciando aun al sacerdocio. La fama de su santidad llegó pronto a ser muy grande y se tiene por cierto que se le propuso el capelo cardenalicio, que el beato se negó rotundamente a aceptar. Nuestras fuentes de información no son muy fidedignas, lo cual nos inclina a mostrarnos escépticos acerca de algunos incidentes en la leyenda del beato. Por ejemplo, Wadding cuenta que "en una ocasión, cuando Andrés estaba enfermo y no podía digerir los alimentos ordinarios, un amigo le llevó unas aves asadas. El siervo de Dios, compadecido de las inocentes criaturas, en vez de comerlas, hizo sobre ellas la señal de la cruz y les mandó que se cubrieran de plumas y echaran a volar. Los pajarillos obedecieron al punto y levantaron el vuelo, piando alegremente". (Léon, I, 134). Está fuera de duda que el Beato Andrés fue muy venerado en vida y más aún después de su muerte, por los milagros que se le atribuían. Murió el 1o. de febrero de 1302, y su culto quedó formalmente aprobado en 1724.

Ver Léon, *Auréole Séraphique*, vol. I; Mazzara, *Leggendario Francescano* (1676) vol. I, pp. 155-156.

BEATO LUCAS BELLUDI. (*c.* 1285 P.C.)

La devoción a San Antonio de Padua se difundió tan rápida y ampliamente, que no debe sorprendernos encontrar a algunos de sus íntimos colaborados iluminados con los resplandores de la gloria del Santo Lucas Belludi, vástago de una opulenta familia de los alrededores de Padua, recibió de las manos mismas de San Francisco el hábito y el cordón de los Frailes Menores, en la ciudad de Padua, cuando contaba veinte años de edad.

Poco después se hizo compañero e íntimo amigo de San Antonio. Cuentan las antiguas crónicas que el santo, a instancias de Lucas, curó milagrosamente a un niño moribundo.

Cuando San Antonio murió, en 1231, el Beato Lucas fue uno de los dos frailes que lo atendieron en los últimos momentos, en el convento franciscano de Araceli, (Aracoeli o "Arcella"). Siendo ministro provincial, Lucas mostró gran interés en la erección de la basílica que ahora guarda las reliquias de su amado amigo, y que perpetúa la gloria del franciscano de corazón delicado, San Antonio.

No sabemos mucho más de Lucas, a no ser que fue muy activo en la predicación y en las buenas obras. Cuando murió, en 1285, su cuerpo fue colocado en la misma tumba de mármol que ocupó San Antonio; la lápida que cubría esta tumba se había usado, según parece, como altar para celebrar la misa. Estos y otros hechos confirman la singular veneración que se le ha tenido a Lucas en Padua. Su culto fue confirmado en 1927.

Ver el decreto de confirmación, en el *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XIX (1927), pp. 213-216; *Cenni Sulla vita del b. Luca Bellundi*, de B. Marinangeli; y cf. de Mazzara, *Leggendario Francescano*, vol. I, pp. 235-236.

BEATO PEDRO DE TREIA. (1304 P.C.)

EL BEATO Pedro fue uno de los primeros franciscanos y recibió el hábito de manos del mismo San Francisco. Nació en Montecchio, cerca de Treia, de padres pobres, e ingresó en la vida religiosa siendo muy joven. Después de su ordenación sacerdotal, se entregó fervorosamente al ejercicio de los ministerios: predicó valientemente contra todos los abusos y convirtió a muchos pecadores. Se cuenta que un día en que el beato se hallaba orando en la iglesia del convento de Ancona, sus superiores le vieron elevarse del suelo, en éxtasis. Vio apariciones de la Santísima Virgen, de San Juan Evangelista y de San Francisco. Profesaba particular devoción al arcángel San Miguel, quien se le apareció el último día de la cuaresma especial que el beato conservaba en su honor: habló largamente con él y le prometió el perdón de sus pecados. Una gran amistad unía a Pedro con el Beato Conrado de Offida, con quien vivió durante algunos años en el convento que San Francisco había fundado en Torano. Ambos trabajaban y predicaban juntos, y su santidad atrajo la atención del pueblo hacia la pequeña y sencilla comunidad. Un día, en la fiesta de la Purificación, el Beato Pedro tuvo una visión de la Santísima Virgen poniendo a su Hijo en los brazos del Beato Conrado. Al cabo de una larga vida de trabajo, enriquecida por Dios con el don de milagros y de profecías, el Beato Pedro murió en el convento de Sirolo de las Marcas. La devoción que el pueblo le profesó a partir de su muerte fue oficialmente aprobada por la Iglesia en 1793.

Hay una atmósfera de leyenda en los relatos de Mazzara *Leggendario Francescano*, vol. I, pp. 245-246, y de Léon, *Auréole Séraphique*, vol. I. Las narraciones se basan en la obra de Wadding, quien empleó indistintamente cuantos documentos tuvo a mano. Cf. también, A. Canaletti Gaudenti, *Il b. Pietro da Treja* (1937).

BEATO GUILLERMO RICHARDSON, MÁRTIR. (1603 P.C.)

EL BEATO Guillermo fue el último de los sacerdotes que sufrieron el martirio en tiempos de la reina Isabel de Inglaterra. Probablemente descendía de una familia del Lancashire, pero nació en Gales, cerca de Sheffield. En 1592, fue a estudiar al colegio de Valladolid; de ahí pasó a Sevilla, donde fue ordenado sacerdote. No sabemos exactamente cuánto tiempo trabajó en Inglaterra (bajo el nombre de Anderson) pero sí que fue hecho prisionero en Londres, en febrero de 1603, por traición de uno de sus amigos. Juzgado rápidamente y condenado a muerte por ser sacerdote, fue ejecutado en Tyburn el 17 de febrero.

Las informaciones que poseemos sobre este mártir son muy escasas. Ver MMP., p. 269, y Gillow, *Biog. Dict.*, vol. v, p. 414. Hay algunas referencias en *Calendar of State Papers Domestic*, 1601-1603, pp. 292-302.

LOS MARTIRES DE CHINA, I (Siglo IX)

PARECE QUE el cristianismo se predicó por primera vez en China, en el siglo VII, bajo la forma de la herejía nestoriana. La primera misión católica del occidente quedó establecida en 1294 en Khanbalik (Pekín). El fundador fue un fraile franciscano de Monte Corvino. Las primeras misiones permanentes fueron las de jesuitas, establecidas durante los siglos XVI y XVII. En 1631

llegaron los dominicos y, dos años más tarde, los franciscanos. En 1680, se presentaron los frailes de San Agustín y, en 1683, los padres de las Misiones Extranjeras de París, que establecieron una fundación que ha sobrevivido a todas las persecuciones y dificultades.

En 1900 y 1909, fueron beatificados varios mártires de las misiones de China, de los cuales hubo dos que murieron por Cristo en el mes de febrero. La vida del Beato Francisco de Regis Clet fue de un heroismo tan espléndido y la coronó un martirio tan cruel, a los setenta y dos años de edad, que es necesario dedicarle unas palabras.

El mártir nació en Grénoble en 1748, y a los veintiún años entró en la Congregación de la Misión (Lazaristas). Tras un corto período de profesorado de teología en Annecy, el P. Clet fue maestro de novicios en Saint-Lazare de París, en 1788. En la turbulenta época de la Revolución, resultaba difícil enviar regularmente misioneros al Lejano Oriente. En 1791, se presentó la oportunidad de conseguir pasaje para dos misioneros a la China; como uno de ellos se encontrase en la imposibilidad de partir, el P. Clet le sustituyó gustoso. Desembarcó en Macao, y de ahí consiguió introducirse en el Imperio, después de vencer muchas dificultades. Sería largo describir todos los obstáculos que el P. Clet debió superar en cerca de treinta años que pasó en China. Aparte de la dificultad del idioma, que nunca pudo dominar del todo, pues había empezado a aprenderlo a los cuarenta años; el distrito que le tocó en suerte despertaba la suspicacia del emperador, por haberse mostrado desafecto a la corona y aun rebelde. Los soldados hacían ahí frecuentes inspecciones. Durante largos períodos, la vida del misionero fue como la que describe la Epístola a los Hebreos "anduvieron errantes, vestidos con pieles de corderos y de cabras, faltos de todo, angustiados y afligidos". Los pocos sacerdotes que había en la vasta provincia de Hu-Kuang murieron o cayeron en manos de los perseguidores. El P. Clet vivió tres años absolutamente solo. Las comunicaciones eran muy difíciles y muchas de sus cartas a sus superiores en Europa se perdieron. La salud del misionero se quebrantó a causa del clima y las terribles penurias. Los escasos cristianos del lugar le querían mucho y él tuvo el consuelo de presenciar, repetidas veces, la extraordinaria constancia de sus hijos frente a los peores tormentos y brutalidades. En 1818, empezó un período de persecución más seria. Cierta mañana, se produjo en Pekín un fenómeno extraño e inexplicable que oscureció durante algunas horas el cielo luminoso y limpio. El emperador se alarmó y, aunque hasta entonces había sido tolerante con los cristianos, se dejó persuadir por algunos malos consejeros de que las divinidades locales estaban encolerizadas y había que suprimir las religiones extranjeras. Se publicó, pues, un decreto que afectaba a una enorme región. El P. Clet logró al principio escapar de los perseguidores; pero al fin, por la maldad de un pagano que quería vengarse de un convertido, y por la traición de un cristiano que entregó al misionero por 1000 taels, cayó en manos de sus enemigos. Hubo de soportar la flagelación, el encierro en un calabozo solitario, el hambre, la sed y otras horribles formas de tortura, particularmente crueles tratándose de un hombre de su edad. La firmeza de sus respuestas provocaba la cólera de los jueces, que a menudo ordenaron a los soldados que le abofetearan, hasta que finalmente le condenaron a ser estrangulado. Este suplicio no se practicaba ahí en la forma ordinaria, sino que se aflojaba la cuerda, cuando la víctima perdía el conocimiento, hasta que lo recobraba de nuevo. Así se hizo dos veces con el P. Clet, que exhaló el último

suspiro cuando los verdugos apretaron la cuerda por tercera vez. El sitio de su martirio fue Wu-Chang-Fu, frente a Hankow, la capital de Hupeh. Era el 17 de febrero de 1820.

El Beato Luis Gabriel Taurin Dufresse, martirizado en 1815 y beatificado en 1900, fue uno de los misioneros más eficaces de la Sociedad de las Misiones Extranjeras de París. Llegó a China a los veintiséis años, ya ordenado sacerdote. Trabajó siete años en la provincia de Szechuan. En 1785, fue denunciado y tuvo que ocultarse con lo que logró esquivar durante algunos meses a los perseguidores; pero acabó por entregarse voluntariamente a las autoridades, por temor de que las investigaciones que se hacían para encontrarle pudiesen llevar a la captura de algún otro misionero. Inmediatamente fue enviado a la prisión de Pekín y a poco se le puso en libertad para deportarle, con otros prisioneros, a Manila, donde permaneció cuatro años. Volvió a Szechuan, acompañando al vicario apostólico, Mons. de Saint-Martin. En 1800, fue consagrado obispo titular de Tabraca, como auxiliar del vicario apostólico y al año siguiente, le sucedió en el cargo. La persecución amainó durante algún tiempo, y Mons. Taurin Dufresse administró celosamente su distrito. Como había ya cuarenta mil convertidos y esto exigía una reorganización completa de la misión, se reunió un sínodo en 1803. En 1811, se decretó de nuevo la persecución contra los predicadores extranjeros. En Pekín sólo se encontraban siete, tres de los cuales trabajaban en el observatorio. (Los misioneros habían aprovechado la ocasión para introducirse, mediante los conocimientos de los europeos en materia de matemáticas y astronomía). Pronto la persecución se extendió a las provincias y, en Szechuan se desató con mayor violencia que nunca. El 28 de mayo de 1815, Mons. Dufresse fue entregado y llevado prisionero a Chin-tai, capital de la Provincia.

Debe hacerse notar que los mandarines locales trataron sin brutalidades y aun con cierta consideración al venerable obispo, que tenía entonces sesenta y cuatro años. Le devolvieron sus libros y le permitieron hablar libremente en su defensa, lo que el obispo aprovechó para hacer una vibrante apología del cristianismo que conmovió a todos los presentes. Le sometieron a pocos interrogatorios en un clima de serenidad, y los jueces escucharon cortésmente las respuestas del obispo. Sin duda, que el carácter y las obras del beato les predispusieron en su favor. El 14 de septiembre compareció ante el gobernador, quien le condenó a morir decapitado. Según la ley, el emperador tenía que confirmar la sentencia, pero el gobernador hizo caso omiso de la ordenanza y mandó que se procediera inmediatamente a la ejecución para escarmiento de los cristianos. Sin embargo, la conducta y las palabras del Beato Luis Gabriel produjeron entre éstos un efecto contrario al deseado: cuando el obispo les bendijo por última vez, todos los prisioneros cristianos afirmaron su resolución de morir por Jesucristo, como lo hicieron en efecto muchos de ellos. Ejecutada la sentencia, la cabeza del mártir fue clavada en una pica y expuesta al escarnio público, junto con su cuerpo, como un aviso a los cristianos; pero estos montaron valientemente una guardia constante junto a los restos del mártir durante ocho días, y les dieron sepultura, en cuanto el gobernador lo permitió.

Excepto para los expertos, el mapa de China es muy complicado y resulta difícil para el lector ordinario localizar exactamente la ciudad de Chang Sha, en la provincia de Hurán, donde una autoridad sitúa el martirio del Beato Juan Lantrua. Hay otros autores que sitúan el martirio en Tchang Cha, capital de

Hou Nan y, el suplemento franciscano del Martirologio, afirma que murió ahorcado en Chang-sai. En todo caso, parece que el verdadero nombre del sitio del martirio es Chang sha, ciudad de unos 500,000 habitantes, en el centro de China, al sur del gran lago de Tungting (Hunán, el nombre de la provincia cuya capital es Chang-Sha, significa "al sur del lago"). Ahí murió el P. Lantrua, tras un martirio relativamente misericordioso en comparación con otros, después de un vida de trabajos y sufrimientos.

Juan Lantrua había nacido en 1760, en Trioria de Liguria; a los diecisiete años entró en la orden de San Francisco; en 1784 enseñó la teología en Corneto; al año siguiente fue nombrado guardián en la ciudad de Valletri. Después de algunos años de intenso trabajo, obtuvo de sus superiores el permiso de consagrar el resto de su vida a las misiones extranjeras. En 1798, partió de Italia y estuvo un año en Lisboa esperando pasaje para Macao. De ahí pasó al interior de China, haciendo frente a grandes peligros y dificultades, ya que la persecución estaba en todo su furor. El misionero reconfortó a los cristianos de fe vacilante y cosechó muchas conversiones. En las provincias de Hupeh y Hunán tuvo que trabajar casi solo. Al fin, fue denunciado a las autoridades que le aprehendieron, quemaron su capilla y confiscaron todos sus efectos. El misionero respondió a las preguntas de los jueces con la audacia y resolución de los antiguos mártires. Las autoridades le remitieron a una corte de más alta jurisdicción, obligándole a hacer un largo y penoso viaje, durante el cual, el beato obtuvo que sus compañeros de prisión fuesen transportados en litera. Transferido a la prisión de Chang-sah, pasó ahí seis meses en las condiciones más intolerables que puedan imaginarse, con cadenas en el cuello, en las manos y en los pies. Los verdugos le arrastraron por la fuerza sobre un crucifijo para que los cristianos creyesen que lo había profanado, pero el beato protestó a gritos, clamando que su acción no había sido voluntaria. Los jueces no tuvieron más remedio que condenarle a muerte. Antes de la ejecución, el beato oró fervorosamente en público, dio todo el dinero que tenía a los verdugos para que no le desnudasen y murió estrangulado. Su cuerpo fue expuesto en forma infamante. El martirio tuvo lugar el 7 de febrero de 1816.

Entre los últimos mártires figura el Beato Augusto Chapdelaine, ejecutado el 27 de febrero de 1856. Nació en 1814, cerca de Coutances (Francia). Sus padres, que tuvieron nueve hijos, trabajaban en familia una pequeña granja de su propiedad. Augusto se distinguió, desde joven, por su piedad y generosidad. En las labores del campo trabajaba por cuatro ("il faisait de la bésogne pour quatre"). La muerte arrebató a dos de sus hermanos. Esto restó brazos en el trabajo y al fin, la familia se vio obligada a parcelar la propiedad. Así pudo Augusto satisfacer su deseo de abrazar el sacerdocio. En 1844, fue nombrado párroco y su celo obró maravillas entre sus feligreses. En 1851, se sintió llamado a las misiones extranjeras y, tras un corto período de preparación en la casa de las Misiones Extranjeras de París, partió rumbo a China. Después de mil peligrosas aventuras, llegó al sitio al que sus superiores le habían enviado. En diciembre de 1854, fue denunciado al mandarín de la región por el celoso pariente de un convertido. Fue arrestado y pasó en la prisión algunos días de ansiedad, pero el mandarín se mostró bondadoso y no le hizo daño alguno. El P. Chapdelaine volvió con mayor ímpetu al trabajo apostólico y logró muchas conversiones, a pesar de su imperfecto conocimiento de la lengua.

Pero algún tiempo después, un nuevo mandarín sustituyó al primero. El P.

Chapdelaine fue denunciado por segunda vez y hecho prisionero, con algunos de sus cristianos. Sus valientes respuestas provocaron la cólera de los jueces, quienes le condenaron a ser apaleado. El mártir quedó medio sordo a resultas del castigo, pero no dejó escapar ni una queja, ni una protesta y, uno o dos días después, se restableció milagrosamente. Creyendo el mandarín que su curación se debía a la magia, mandó que bañaran al beato con la sangre de un perro para anular el conjuro. La segunda vez que el P. Chapdelaine compareció ante los jueces, fue condenado a recibir trescientos golpes en el rostro con una especie de pesada suela de cuero; en el suplicio perdió varios dientes y sufrió la fractura de la mandíbula. Al fin, los jueces le dieron a entender que le dejarían libre por 1,000 taels o aun por 300, pero los cristianos no pudieron reunir esa suma. Así pues, los jueces le condenaron a morir lentamente en una jaula. Los verdugos decapitaron al mártir después de la muerte, y se cuenta que de su cuello brotaron tres chorros de sangre, cosa que convenció a todos los presentes de que algo extraordinario había en él.

Entre los otros mártires, beatificados en 1900 y en 1909, se cuentan los laicos Pedro Lieu, que fue estrangulado por haber ido a alentar a sus hijos a la prisión (1834), Pablo Lieu (1818) y Juan Bautista Lo (1861), el catequista Jerónimo Lu (1858) y el seminarista José Shang (1861). Juan Pedro Néel sacerdote francés, fue decapitado en 1862 junto con Martín, su catequista chino Inés Sao Kuy murió martirizada en Kwangshi (1856) y la maestra de escuela, Agata Lin, fue decapitada en Maokén en 1858.

Otros mártires de la China fueron los beatos Francisco de Capillas (ver 15 de febrero), Pedro Sanz y sus compañeros (ver 26 de mayo), Gregorio Grassi y sus compañeros (ver 9 de julio) y Juan Perboyre (ver 11 de septiembre).

Una excelente biografía del P. Clet es la obra anónima *Le disciple de Jésus*, publicada por primera vez en 1853. Ver igualmente las biografías escritas por G. Guitton (1942) y A.S. Foley (1941). La biografía francesa de Juan Triora, escrita por A. du Lys ha sido traducida al alemán. Cf. los estudios de A. Launay sobre las misiones de China como por ejemplo, *Les 52 sérviteurs de Dieu*, vol. II, pp. 287-304, y *Salle des martyrs du Séminaire des Missions*, H. Leclercq, *Les martyrs*, vol. X; H. Walter, *Leben, Wirken und Leiden der 77 sel. Martyrer von Annam und China* (1903); B. Wolferstan, *The Catholic Church in China* (*c.* 1910); y Kempf, *Holiness of the Church in the Nineteenth Century* (1916), pp. 304-306. Sobre la historia de los primeros años de la Iglesia en China ver Moule, *Christians in China before the year 1550* (1930), obra de inapreciable valor.

18: SAN SIMEON, Obispo y Mártir (*c.* 107 p.c.)

EN EL capítulo XIII del Evangelio de San Mateo se describe a San Simón o Simeón como uno de los hermanos o parientes del Señor. Su padre era Cleofás, hermano de San José, y su madre, según algunos autores primitivos, era hermana de la Virgen María. Simeón era, pues, primo carnal del Señor y, según la tradición, era unos ocho años mayor que Él. Sin duda que Simeón es uno de los hermanos del Señor que recibieron el Espíritu Santo el día de Pentecostés como se afirma en los Hechos de los Apóstoles. San Epifanio cuenta que, cuando los judíos asesinaron a Santiago el Menor, Simeón les echó en cara su crueldad. Los apóstoles y discípulos se reunieron para elegir al sucesor

de Santiago en la sede de Jerusalén y escogieron por unanimidad a Simeón, quien probablemente había ayudado a su hermano en el gobierno de dicha Iglesia. El año 66, estalló en Palestina la guerra civil a consecuencia de la oposición de los judíos a los romanos. Parece que los cristianos de Jerusalén recibieron del cielo el aviso de que la ciudad sería destruida y que debían salir de ella sin tardanza. Así pues, antes de la llegada de Vesapasiano a Judea, en el mismo año, se refugiaron con San Simeón en la pequeña ciudad de Pela, en la otra orilla del Jordán. Después de la toma y destrucción de Jerusalén, los cristianos volvieron y se establecieron entre las ruinas, hasta que el emperador Adriano arrasó aún los escombros. Epifanio y Eusebio cuentan que después, la Iglesia floreció grandemente y que numerosos judíos se convirtieron al cristianismo, a causa de los milagros obrados por los santos.

Vespasiano y Domiciano mandaron matar a todos los miembros de la raza de David, pero San Simeón consiguió escapar. Sin embargo, durante la persecución de Trajano, fue denunciado como descendiente de David y como cristiano, y compareció ante el gobernador romano, Atico. Sentenciado a muerte, fue torturado y crucificado. Aunque era muy anciano —la tradición dice que tenía ciento veinte años—, San Simeón soportó el suplicio con tal fortaleza, que provocó la admiración del mismo Atico.

Este relato de la vida de San Simeón, que se funda en el Martirologio Romano, se presta a las objeciones de la crítica. Ver *Acta Sanctorum*, febrero, vol. III, y Eusebio, *Hist. Eccl.*, lib. III, no se ha podido llegar, hasta la fecha, a identificar a los "hermanos" del Señor. Ver, por ejemplo, Cornely, *Introd. in S. Scrip.* vol. III, 2a. ed., pp. 595 ss.

SANTOS LEON Y PAREGORIO, MÁRTIRES. (Fecha desconocida)

SEGÚN LA leyenda, León y Paregorio eran íntimos amigos. Después del martirio de Paregorio, en Patara de Licia, León se entristeció por no haber podido compartir el triunfo con su amigo. Por entonces el gobernador de Licia, Loliano, publicó un edicto por el que obligaba a todos los habitantes a ofrecer sacrificios en las fiestas de Serapis. Ahora bien, los ritos que se celebraban en honor de esa divinidad eran de carácter muy licencioso, tanto que el mismo senado romano los había suprimido durante algún tiempo. San León, en su viaje a la tumba de su amigo, hubo de pasar cerca del templo de Serapis, donde tuvo la desagradable sorpresa de encontrar a algunos cristianos a quienes el miedo había llevado a ofrecer sacrificios a la diosa. Poco después de aquel viaje, San León tuvo un sueño en el que Dios le reveló que le tenía destinado a un martirio semejante al de su amigo Paregorio. Transportado de gozo, León determinó que en su próximo viaje no seguiría los senderos apartados, sino que pasaría abiertamente por la ciudad. Así lo hizo y al atravesar el mercado, vio el "tiqueo" o templo de la Fortuna iluminado con antorchas. Su celo por la gloria de Dios le movió a echar abajo todas las teas que estaban a su alcance y las pisoteó a la vista de todos. Un sacerdote gritó: "Si este sacrilegio queda sin castigo, la diosa Fortuna dejará de proteger a la ciudad". San León respondió: "Dejad que la diosa se vengue por ella misma, si puede".

La noticia llegó pronto a oídos del gobernador, quien mandó llamar a San León y le reprochó su impiedad contra los dioses y los emperadores. El mártir replicó serenamente:

—Te equivocas, si crees que hay muchos dioses; sólo hay Uno, creador del cielo y de la tierra, que no exige ser adorado de un modo tan grosero como vuestros ídolos.

—Responde a los cargos que se te hacen, ordenó el gobernador; pues no te he llamado para que prediques aquí el cristianismo. O sacrificas a los dioses o sufrirás el castigo que merece tu impiedad.

—El miedo no me apartará del camino del deber —repuso el santo—. Estoy pronto a sufrir todos los suplicios que se te ocurran, pues la tortura termina con la muerte. La vida eterna sólo se gana en la tribulación, ya que la Sagrada Escritura nos enseña que es estrecho el camino que lleva a la Vida.

El gobernador le cortó bruscamente la palabra:

—Pues sabes que tu camino es estrecho, cámbialo por el nuestro que es ancho y fácil.

—Digo que es estrecho el camino, porque es difícil andar en él y porque, generalmente, comienza por la aflicción y la persecución; pero quien ha conseguido dar los primeros pasos, puede seguir avanzando con facilidad en él, mediante la práctica de la virtud, que lo ensancha y lo hace agradable, como muchos lo han experimentado.

En ese momento, el público gritó al juez que mandase callar al reo, pero Loliano insistió en convencerlo, diciéndole que estaba dispuesto a concederle entera libertad de palabra y aun a convertirse en amigo suyo, con tal de que consintiera en ofrecer sacrificios a los dioses. El confesor de la fe respondió:

—¿Cómo puedes mandarme que adore como dioses a los que no lo son?

Semejante respuesta enfureció al gobernador que mandó azotar al mártir. En tanto que los verdugos desgarraban con sus látigos el cuerpo de San León, Loliano, que sentía lástima de él, por su avanzada edad, seguía exhortándole a confesar por lo menos que los dioses eran grandes. El mártir repuso enmedio de la tortura.

—No diré que son grandes, porque no hacen más que daño a quienes les adoran.

Entonces, el gobernador le amenazó con mandar que le arrastraran sobre las rocas, pero el confesor de la fe no se inmutó y le dijo:

—Todo lo que sabes hacer es amenazar —exclamó—. ¿Por qué no cumples tus amenazas?

Para entonces, la multitud vociferaba enloquecida por la ira y Loliano se apresuró a dictar sentencia. Condenó al mártir a ser arrastrado por los pies hasta el torrente para que le mataran ahí. Mientras le ataban por los pies a un caballo, el mártir dio gracias a Dios por haberle concedido compartir el triunfo de su amigo Paregorio, encomendó su alma a los ángeles y oró por sus enemigos. Los verdugos le arrastraron y, viendo que había llegado muerto al torrente, arrojaron el cadáver al precipicio, en el fondo del cual los cristianos encontraron el cuerpo entero y sin heridas, con el rostro apacible y una sonrisa dibujada sobre los labios.

Ruinart incluyó el martirio de San León en sus *Acta sincera.* Pero los críticos posteriores no están de acuerdo con él. Se trata probablemente de una de esas novelas históricas, tan populares en oriente y en occidente a partir del siglo V (Delehaye, *Les Légendes Hagiographiques*, 1927, p. 114). Loliano existió realmente, pero eso no quiere decir que las actas de San León sean históricas. En *Acta Sanctorum*, febrero, vol. III, se halla una traducción latina de las *actas;* el original griego se encuentra en Migne, PG., vol, CXIV, cc. 1452-1461.

SANTOS MAXIMO, CLAUDIO, PREPEDIGNA, ALEJANDRO Y CUCIAS, MÁRTIRES (295 P.C.)

UN SACERDOTE romano llamado Gabino (ver el 19 de febrero), hermano de Cayo, futuro Papa, tenía una hija única, llamada Susana. Diocleciano quiso que Máximo se casara con esta muchacha y, con este fin, pidió su mano a Gabino, por intermedio de su primo Claudio; pero Gabino, antes de dar una respuesta, comunicó la petición a Susana, en presencia de Cayo. La respuesta de la muchacha fue negativa, ya que había consagrado a Dios su virginidad. Sin embargo, Claudio volvió a la carga; se presentó en la casa de Susana y, tras una larga conversación con la joven, acabó convencido de que debía convertirse al cristianismo y recibir el bautismo. Cayo le instruyó y le administró el bautismo. Al volver Cayo a su casa contó a su esposa Prepedigna lo que acababa de suceder. También ésta se convirtió con Alejandro y Cucias, sus dos hijos.

Entre tanto, Claudio practicaba las virtudes de su nueva fe: distribuyó todos sus bienes entre los pobres, devolvió la libertad a los prisioneros que vigilaba y explicó los motivos de su conducta a su hermano Máximo, quien a su vez, se convirtió.

Diocleciano se enteró de todo lo que había acontecido con aquella familia emparentada con él y, sin más trámites, mandó condenar a muerte a todos los nuevos cristianos (el Martirologio Romano habla aquí de exilio y luego de pena de fuego). De hecho, no tenemos noticias ciertas sobre el género de muerte que sufrieron los mártires. Se dice que sus cuerpos fueron arrojados al mar, devueltos a la orilla por las olas, y recogidos por los cristianos de Ostia, que les dieron sepultura.

La mención de estos sucesos en los martirologios se debe originalmente al autor del "Vetus Romanum". Después pasó a los martirologios de Adón y de Usuardo y, por último, al Martirologio Romano.

La fuente de estas noticias es la "Pasión de Susana", obra considerada como legendaria y de poca confianza. Adón añadió algo, haciendo notar el detalle de la sepultura que no se encuentra en la dicha "Pasión", que no indica el "Dies natalis" y así, estos nombres han sido arbitrariamente vinculados al día 18 de febrero. En fin, si los cuerpos de estos mártires fueron quemados por las llamas y arrojados luego al mar, ¿Cómo pudieron ser recogidos y reconocidos por los cristianos?

Un detalle de la *Passio Susannae* que ha sido confirmado por recientes descubrimientos es el de que la casa de Cayo y la de Gabino eran contiguas, ambas en la cuarta región de Roma y que se las designa con la expresión "ad duas domos", aplicada al título de Santa Susana. Pero este detalle no tiene más que una relación muy lejana con nuestros mártires.

Consultar en los bolandistas *Acta Sanctorum*, 18 de febrero, el pasaje de la *Passio Susannae* que hemos resumido aquí. Tillemont, *Mémoires pour servir*... vol. IV, p. 572, trata de las Actas legendarias. Para la mención de los Martirologios, consultar Quentin, *Les martyrol. histor. du Moyen Age*, p. 419, 460 y 577.

SAN FLAVIANO, PATRIARCA DE CONSTANTINOPLA, MÁRTIR (449 P.C.)

SAN FLAVIANO, sacerdote y tesorero de la Iglesia de Constantinopla, sucedió en el patriarcado a San Proclo, el año 447. El cortesano Crisafio, que gozaba de

gran favor ante el emperador Teodosio II, le sugirió que pidiera a Flaviano un presente como muestra de gratitud por su elevación a la dignidad de patriarca. El obispo envió al emperador unos panes benditos, según la costumbre de aquel tiempo, pues el pan era un símbolo de bendición y comunión. Crisafio hizo saber al santo que el emperador esperaba un regalo muy diferente y mucho más rico; pero el obispo respondió resueltamente que las rentas de la Iglesia estaban destinadas a otros usos. A partir de ese instante, el favorito del emperador decidió acabar con Flaviano. En efecto, valiéndose de la emperatriz Eudocia, persuadió al emperador para que obligase al patriarca a nombrar a Santa Pulqueria, hermana del mismo Teodosio II, diaconisa de su Iglesia, con lo cual la corte se vería libre de la influencia de la santa. Flaviano se negó a ello, cosa que Crisafio consideró como una nueva ofensa. Por otra parte, la condenación que Flaviano hizo de los errores de Eutiques, abad de un monasterio próximo a la ciudad, acabó de enfurecer a Crisafio. Eutiques, movido de un celo excesivo por convencer a Nestorio de que había dos personas en Cristo, cayó en el error de negar que también tuviera dos naturalezas. Esto le constituyó en jefe de la herejía monofisita. En un sínodo reunido por San Flaviano en 448, Eusebio de Dorileo desenmascaró el error de Eutiques; el sínodo condenó como herética la opinión de Eutiques y le mandó comparecer para justificarse. El alegato de Eutiques no convenció al sínodo, que le depuso y le excomulgó. Eutiques apeló entonces a los obispos de Roma, Egipto y Jerusalén, y escribió una carta al Papa San León I, quejándose de la forma en que el sínodo le había tratado y había entendido su doctrina. Pero el Papa no se dejó engañar. En una carta cuidadosamente redactada que envió a Flaviano y que se hizo famosa en la Historia de la Iglesia con el nombre de "Tomo" o "Carta Dogmática", San León definió la fe ortodoxa sobre los principales puntos de la discusión.

Un nuevo concilio confirmó las decisiones del sínodo anterior. Crisafio, humillado pero no vencido, trató de conseguir sus fines por otros medios. Así pues escribió a Dióscoro, sucesor de San Cirilo en la sede de Alejandría, prometiéndole su amistad y apoyo a condición de que se constituyera en defensor de Eutiques contra Flaviano y Eusebio. Dióscoro aceptó la proposición y ambos se valieron de la emperatriz Eudocia, la cual pensaba que, haciendo daño a Flaviano, molestaría a su cuñada Pulqueria, a la que detestaba, Eudocia logró persuadir a Teodosio de que convocara a un concilio en Efeso. El emperador invitó a Dióscoro de Alejandría a presidir el concilio; con él acudieron algunos obispos africanos y un grupo de laicos. A lo que parece, se trataba simplemente de una banda organizada de malhechores. Al concilio fueron también otros obispos de oriente, y San León envió delegados.

La asamblea, conocida generalmente con el nombre de *Latrocinium* o "conciliábulo de bandidos", como la llamó más tarde San León a causa de las violencias a que dio lugar, se abrió en Efeso, el 8 de agosto de 449. Eutiques estuvo presente, así como dos oficiales del emperador, acompañados por un fuerte contingente de soldados. Las deliberaciones, en las que predominaban los partidarios de Eutiques, se desarrollaron en un ambiente de violencias, se impidió a los legados papales que leyesen las Cartas de San León al concilio y se terminó, en medio del mayor desorden, con la sentencia de deposición de Flaviano y Eusebio, a pesar de las protestas de los legados del Papa. Cuando Dióscoro empezó a leer la sentencia, varios obispos pidieron a gritos que se callase. Dióscoro interrumpió la lectura y dio voces para llamar a los enviados del emperador,

Elpidio y Eulogio. Estos mandaron al punto que se abrieran las puertas de la iglesia y Proclo, el procónsul de Asia, entró escoltado por soldados y seguido por una multitud armada con palos. Esta incursión intimidó tanto a la asamblea, que prácticamente ningún obispo tuvo el valor de negarse a firmar la sentencia, excepto los legados papales que se retiraron decepcionados.

San Flaviano hizo una apelación al Papa San León y a otros obispos del occidente, y entregó sus cartas a los legados papales. Pero cuando se disponía a abandonar la sala en medio del tumulto que siguió a la asamblea, la turba le derribó y, según cuentan Dióscoro y el abad Barsumas, fue tan salvajemente golpeado a puntapiés por los soldados y malhechores, que murió poco después, no en Efeso (como suponen algunos autores) sino en Sardis de Lidia, a donde había sido desterrado.

El triunfo de Crisafio fue de corta duración. El emperador murió al año siguiente y Marciano mandó ejecutar a Crisafio. Santa Pulqueria, la esposa de Marciano, mandó llevar a Constantinopla el cuerpo de San Flaviano para que fuera sepultado, con gran pompa en la sede episcopal, junto a sus predecesores. El Concilio de Calcedonia que tuvo lugar en 451, reivindicó su memoria, restituyó a Eusebio de Dorileo y depuso y desterró a Dióscoro de Alejandría.

A pesar de los numerosos documentos sirios descubiertos en los últimos años sobre San Flaviano y el *Latrocinium*, muchos puntos quedan todavía en la oscuridad, porque las fuentes se contradicen entre sí. Se encontrará una discusión a fondo sobre la cuestión, en Hefele-Leclerq, *Histoire des Conciles*, vol. II, pp.. 499-880. El Martirologio Romano no llama explícitamente mártir a San Flaviano, pero dice que fue atacado, "golpeado y pisoteado por la facción de Dióscoro, y murió tres días después, en el destierro". Sin embargo, los documentos se contradicen acerca de la muerte de San Flaviano.

SAN ELADIO, ARZOBISPO DE TOLEDO (633 P.C.)

ELADIO pasó los primeros años de su vida sirviendo en la corte de los reyes visigodos. Era hombre muy erudito y distinguido diplomático. Como representante del rey, asistió al Concilio de Toledo en 589 y firmó las actas. Ya por entonces se sentía inclinado a la vida religiosa. San Ildefonso, que más tarde recibiría al diaconado de manos de Eladio, cuenta que éste iba con frecuencia al monasterio de Agali, en las orillas del Tajo, donde ayudaba a los hermanos legos en las labores del campo y transportaba al monasterio los sacos de semillas. Al fin el llamado de Dios se hizo tan insistente, que Eladio abandonó el mundo e ingresó en el monasterio. En 605 fue elegido abad. A la muerte del arzobispo Aurasio, en 615, se vio obligado a aceptar el gobierno de la sede con gran disgusto por su parte. Sabemos que fue extraordinariamente generoso con los pobres, pero carecemos de otros detalles sobre su gobierno. Algunos autores suponen que Eladio incitó al rey Sisebuto a expulsar del reino a los judíos, pero no existen pruebas de ello. San Eladio murió en 633.

Ver *Acta Sanctorum*, febrero, vol. III, y cf. Gams, *Kirchengeschichte von Spanien*, vol. II, pte. 2, pp. 82 ss.

SAN COLMANO, OBISPO DE LINDISFARNE (676 P.C.)

SAN COLMANO, tercer obispo de Lindisfarne, igualó a San Aidán y a San Finano en piedad y celo. Era originario de Irlanda, como sus dos predecesores, y había sido monje del convento de San Columbano en la isla de Iona. Su epicoscapo

sólo duró tres años, pero esto le bastó para distinguirse en el Sínodo de Whitby. Durante muchos años hubo un choque entre los usos y costumbres de los católicos de tradición celta y los de tradición romana. El conflicto llegó al colmo, cuando el rey Oswy de Nortumbría descubrió que el día en que él y sus súbditos celebraban la Pascua, su esposa y el capellán de su esposa, que eran originarios de Kent, conmemoraban el Domingo de Ramos. La cuestión de la fecha de la Pascua era la causa principal de la querella.

El rey Oswy convocó a un concilio en Whitby, del año 663 a 664*, para dirimir definitivamente la cuestión; San Wilfrido y San Agilberto, obispo de los francos, defendieron el punto de vista romano, en tanto que San Colmano sostuvo la posición de los escoceses. Este último insistía sobre el ejemplo de sus predecesores y del mismo San Columbano, alegando que San Juan Evangelista había establecido esa práctica en Asia; pero, como lo hace notar con cierta malicia Alban Butler, el santo habría tenido mucha dificultad en demostrar esta última afirmación. San Agilberto, que no dominaba el inglés, pidió a San Wilfrido que respondiese por él. Este hizo notar que San Colmano y sus seguidores cometerían una grave falta, si se rehusaban a seguir las instrucciones de la Santa Sede, y alegó que prácticamente toda la Iglesia se atenía a la costumbre romana: 'Sólo este pueblo (los irlandeses), con sus aliados pictos y británicos, que habitan en dos islas remotas del occidente, están en desacuerdo con el resto de la Iglesia, y ni siquiera por completa unanimidad". Así es como Beda nos trasmite las palabras, un tanto ofensivas, de San Wilfrido. El santo concluyó su violento discurso citando las palabras de Cristo a Simón: "Tú eres Pedro..." El rey preguntó a San Colmano si era verdad que Cristo había pronunciado esas palabras. "Es verdad", respondió San Colmano. El rey replicó: "¿Cristo dio un poder semejante a tu famoso San Columbano?" "No", respondió Colmano. El rey preguntó: "¿Todos estáis de acuerdo en reconocer que Cristo dijo esas palabras a San Pedro y que le confió las llaves del Reino de los Cielos?" "Sí", replicó la asamblea. "Entonces, concluyó el rey, declaro que yo no quiero oponerme al guardián de las llaves del Reino de los Cielos, y que obedeceré sus órdenes en todo lo que me sea posible para que no me cierre las puertas del Reino". La asamblea aprobó la resolución del rey**.

San Colmano prefirió renunciar al gobierno de su sede antes que aceptar dicha decisión. Junto con los monjes irlandeses de Lindisfarne y con treinta ingleses se retiró primero a la isla de Iona y, más tarde, a Irlanda, donde fundó

* Tomando el dato de Beda, la mayoría de los autores afirman que el sínodo de Whitby tuvo lugar el año 664. En realidad parece que la fecha exacta fue el otoño del año 663: ver F. M. Stenton, *Anglo-Saxon England*, p. 129. Pero con cf. W. Levison, *England and the Continent* (1946), pp. 265 ss.

** También se discutió en el sínodo la forma de la tonsura; los monjes celtas se rasuraban desde la frente hasta el centro de la cabeza. También había algunas diferencias de la forma del bautismo. El sínodo de Whitby puso fin a la controversia pascual en el occidente; como en la mayoría de los casos, la controversia no era sólo disciplinaria. San Wilfrido fue quién luchó con denuedo porque las iglesias de las islas británicas dependieran más estrechamente de Roma. Si los partidos "celta" y "romano" hubiesen sido tan tolerantes como Roma, la controversia habría sido mucho menos áspera y dañosa. Muchos de los argumentos de ambos partidos carecían de valor. Italia, Galia y Egipto celebraban la Pascua en fechas distintas hasta el siglo IV, por no hablar de otras diferencias; y aun en la actualidad hay algunas Iglesias orientales que celebran dicha fiesta según el calendario de Juliano.

un monasterio en la isla de Inishbofin, frente a la costa de Connacht. Ahí pudo seguir observando la tradición escocesa, ya que las autoridades de Roma no quería exigir a toda costa la obediencia en un punto que no incluía ninguna cuestión doctrinal; por otra parte, tenían la certidumbre de que el tiempo acabaría por imponer gradualmente la práctica de la Iglesia universal, como sucedió en efecto. Pero las dificultades de San Colmano no habían terminado, porque los monjes ingleses no se entendían con los irlandeses y se quejaban de que éstos les obligaban a ejecutar los trabajos más pesados de la cosecha y después querían compartir con ellos los frutos. El santo decidió fundar un nuevo convento en Mayo, a donde transladó a los monjes ingleses. San Colmano fue hasta su muerte abad de los dos monasterios.

San Beda destestaba de todo corazón las "extrañas costumbres" de los celtas; sin embargo, no cerró los ojos a los méritos de San Colmano y sus monjes y escribió una generosa alabanza sobre ellos. "Esos santos maestros se ocupaban del servicio de Dios, no del mundo, y pensaban más en el alimento de sus almas que en el de sus cuerpos... Recibían amablemente a todos los sacerdotes y monjes que iban a visitarles..." Las diócesis de Argyll y de las Islas celebran la fiesta de San Colmano.

Beda narra la vida de San Colmano en *Eccl. Hist.*, lib. III, cc. 25 y 26, y lib. IV, c. 4. Acerca de la controversia pascual entre los celtas, ver *Analecta Ballandiana*, vol. LXVI (1946), pp. 200-244; y cf. MacNaught, *Celtic Church and the See of Peter* (1927), pp. 68-93. En los martirologios irlandeses hay muchos santos llamados Colmano, y no es del todo seguro que se pueda identificar a nuestro santo con "el casto Colmano" que abandonó su tierra natal, del que hace mención Oengus en el *Félire*. En la *Vida de San Cartago*, se cuenta que cuando un abad, cuyos monjes trabajaban a la orilla de un río, dijo: "Colmano, échate al agua", doce monjes se lanzaron inmediatamente a la corriente.

SAN TEOTONIO (1166 P.C.)

SAN TEOTONIO es muy venerado en Portugal. Era sobrino de Cresconio, obispo de Coímbra y había sido destinado al sacerdocio desde muy joven. Después de su ordenación fue enviado a Viseu y al poco tiempo, se había convertido en el director espiritual de todos los habitantes de la población. A una vida muy santa y austera, unía una gran elocuencia que pronto le valió mucha fama. Renunció al cargo de arcipreste para hacer una viaje a Tierra Santa. A su vuelta, siguió trabajando en Viseu. La reina y su esposo Enrique, conde de Portugal, le rogaron repetidas veces que aceptara el gobierno de una diócesis, pero el santo se rehusó siempre. San Teotonio profesaba un gran amor a los pobres, así como a las almas del purgatorio en cuyo honor cantaba una misa solemne todos los viernes, a la que seguía una procesión de todo el pueblo al cementerio, durante la cual recogían grandes sumas para los pobres. El santo condenaba el vicio con gran libertad de palabra y era muy respetado, aun por los principales personajes del lugar. Una vez que asistieron a un sermón suyo la reina viuda y el conde Fernando, cuyas relaciones eran el escándalo de la ciudad, San Teotonio pronunció un sermón tan violento contra ellos, aunque sin nombrarles, que ambos personajes salieron apresuradamente del templo, llenos de confusión. En otra ocasión, cuando se revestía para celebrar la misa de Nuestra Señora, recibió un mensaje de la reina, rogándole que abreviase un poco las ceremonias. Teotonio le respondió que la misa se celebraba en honor de un Soberano más grande que

todos los de la tierra, y que la reina estaba en libertad de partir cuando quisiera. Tal respuesta llenó de santa confusión a la soberana, que esperó hasta el fin de la misa para pedir perdón y penitencia al santo.

A su regreso de una nueva peregrinación a Tierra Santa, Teotonio supo que su antiguo preceptor, Tello, quería fundar en Coímbra un monasterio de Canónigos Regulares de San Agustín y se decidió a ingresar en dicha comunidad. Pronto fue elegido prior, aunque había sido el duodécimo en entrar. El rey Alfonso, que tenía veneración por el santo, colmó de beneficios al monasterio de la Santa Cruz. Otro tanto hizo la reina Mafalda, aunque no por ello le permitió Teotonio penetrar en la clausura. En una época de relajación, San Teotonio se distinguió por su insistencia en la celebración exacta y reverente de los divinos misterios, y jamás se resignó a que sus monjes los celebrasen de prisa. El rey atribuyó a sus oraciones las victorias que obtuvo sobre sus enemigos y el hecho de haber recobrado la salud y, en prueba de gratitud, prometió libertar a todos los prisioneros cristianos mozárabes. San Teotonio llegó a ser abad del monasterio en el que pasó los treinta últimos años de su vida. Murió a los ochenta de edad. Cuando el rey Alfonso recibió la noticia de su muerte, exclamó: "Su alma llegará al cielo mucho antes de que su cuerpo toque la tierra".

La vida de San Teotonio, escrita por uno de sus contemporáneos que fue monje del monasterio de Santa Cruz, tan sabiamente gobernado por el santo, da la impresión de un documento muy equilibrado y fidedigno. No hay en él trazas de milagros extravagantes, a pesar de que cada línea de la biografía es un testimonio de veneración. Dicha biografía se encuentra en *Acta Sanctorum*, febrero, vol. III. Cf. también Florez, *España Sagrada*, vol. XXIII, pp. 105 ss., y Carvalho da Silva, *Vida do admiravel Padre S. Theotonio* (1764).

BEATO GUILLERMO HARRINGTON, MÁRTIR (1594 P.C.)

UN HECHO curioso de este mártir es que, después de muerto, fue acusado de haber tenido un hijo antes de su ordenación. La mujer que denunció el hecho era una apóstata de vida desordenada que acusó de tales atrocidades a Harrington, en particular y a los católicos en general, lo que quita todo valor a su testimonio contra el beato. El P. Morris, en *Troubles of our Catholic Fathers* ha demostrado que se trataba de una pura calumnia, y el P. Pollen ha hecho notar que fue el único falso testimonio de esa naturaleza que se levantó contra un mártir, durante una época en que los católicos estaban expuestos a todos los ataques de las malas lenguas.

Guillermo Harrington nació en 1566, en Mount St. John, Felixkirk (North Riding). A los quince años, tuvo ocasión de conocer al beato Edmundo Campion, que era huésped de su padre y su ejemplo le movió a ir al extranjero a estudiar para sacerdote. Estuvo primero en el colegio de Reims y más tarde, en el noviciado de los jesuitas de Tournai. Su mala salud le obligó a abandonarlo y a volver a su casa, donde pasó seis años. Cuando su salud mejoró, volvió nuevamente a Reims, donde fue ordenado sacerdote, en 1592. En el verano retornó a Inglaterra y, en mayo del año siguiente, fue hecho prisionero en Londres, donde había estado ejerciendo los ministeriors sacerdotales. Pasó nueve meses en la prisión, soportando con admirable fortaleza y constancia todas las penurias. Su comportamiento impresionó a sus jueces, pero no por ello dejaron de condenarle a ser ahorcado, arrastrado y descuartizado.

La sentencia se ejecutó el 18 de febrero de 1594. En su crónica, Stow dice:

"Harrington, sacerdote del seminario, fue arrastrado de Newgate a Tyburn, donde le colgaron y le descuartizaron aún con vida; aunque se debatió, le abrieron el vientre y le descuartizaron". El obispo Challoner hace notar que el hecho de que se haya debatido no significa que no haya aceptado voluntariamente la muerte, sino que se trata simplemente de los reflejos normales de un hombre aturdido por la horca, cuyas manos y pies oponen inevitablemente resistencia a los ataques y al cuchillo del verdugo. El Beato Guillermo tenía veintisiete años.

Ver MMP, p. 197; Morris, *Troubles...*, Guillow, *Biog. Dict.;* Pollen, en *Catholic Encyclopedia* s.v., y *The Month*, abril, 1874. La fuente acerca de la calumnia que se levantó al beato es obra de Harsnet, *Declaration of egregious Popish Impostures...* (Londres, 1603). Henry Donne, hermano del poeta John, estuvo prisionero en 1593 por haber albergado al beato, y murió de una fiebre contraída en la prisión.

19: SAN AUXIBIO, Obispo (*c.* 102 p.c.)

AUXIBIO NACIO en Roma, de padres idólatras. Era de un natural dulce y honesto y recibió una cuidadosa educación. Para asegurarle un puesto en el desempeño de los cargos públicos, quiso su padre que contrajera un matrimonio ventajoso. Auxibio tenía otros propósitos y pensaba más bien en hacerse cristiano. Para sustraerse a las solicitaciones y a las amenazas, huyó de la ciudad, embarcándose en secreto hacia la isla de Rodas y de allí a la de Chipre. La tradición asegura que allí encontró a Juan Marcos, pariente de San Bernabé, y que fue instruido por este discípulo; que recibió el bautismo, la confirmación, la instrucción sobre cómo predicar, y que fue ordenado sacerdote y aun consagrado obispo. Juan Marcos le confió también la misión de predicar en la ciudad de Soles. Ahí fue acogido favorablemente por un sacerdote de Júpiter. Auxibio le dijo que venía de Roma, pero le ocultó que era cristiano. Aceptó hospedarse en casa del sacerdote y le edificó con su vida santa, hasta llegar a convertirlo. Animado con este triunfo, Auxibio se dio a la catequesis, aunque todavía no de una manera ostensible.

Después del martirio de San Bernabé, el Apóstol San Pablo supo por Juan Marcos los progresos que hacía en la fe la isla de Chipre y confió a Heracles el poder de instituir allá nuevos obispos. Heracles invitó a Auxibio para que predicara a pleno día la fe de Jesucristo y le señaló el lugar en la ciudad de Soles, donde debía construirse una nueva Iglesia.

Auxibio, después de la construcción y consagración del nuevo edificio, comenzó su obra de apostolado a la vista de todos. La gracia de Dios le sostuvo y los milagros corroboraron su predicación, de modo que llegó a formar en Soles una comunidad cristiana floreciente.

Las noticias de estos éxitos evangélicos llegaron hasta Roma. Uno de los hermanos de Auxibio, llamado Temistágoras se impresionó de tal manera, que fue a Soles con su esposa y se convirtió al cristianismo.

Un pagano que se convirtió también, recibió en el bautismo el nombre de Auxibio y llegó a ser, a su vez, obispo de Soles. Este es Auxibio, obispo, segundo del mismo nombre. Después de un episcopado de cerca de cincuenta años, Auxibio sintió que se aproximaba su fin. Reunió a su clero y lo exhortó a permanecer firme en la fe. Lo hizo ponerse de acuerdo en la elección de su sucesor, que fue

precisamente el Auxibio de quien acabamos de hacer mención. Dio a todos los hermanos el beso de paz, bendijo a los fieles que habían llegado en gran número para asistir a sus últimos momentos y entregó su alma a Dios.

Las actas griegas de este santo no tienen más que una mediana autoridad; en el *Acta Sanctorum*, del 19 de febrero se encuentra una traducción latina de ellas. Su redacción se hizo entre los siglos VI y XI.— H. Delehaye, *Les saints de Chypre*, en *Anal. boll.*, vol. XXVI, 1907, p. 237.

SAN GABINO, MÁRTIR (296, P.C.)

LA LEYENDA ha hecho de Gabino un pariente de Diocleciano, un hermano del Papa Cayo (22 de abril) y el padre de Santa Susana. Era senador y ostentaba el título de sacerdote. Fue ordenado después de la muerte de su mujer. Contribuyó a la conversión de los santos Máximo, Claudio, etc., de quienes se ha hablado el 18 de febrero. Después de este hecho, fue detenido y encarcelado con su hija Susana.

Después del martirio de Susana (11 de agosto de 295) Gabino languideció en su prisión, por muchos meses. Se cree que allí murió de hambre. Su cuerpo fue enterrado con los de Cayo y Susana en la casa que poseía en las termas de Diocleciano. Sobre esta misma casa, se construyó más tarde la iglesia de Santa Susana.

Se dice que en el siglo XVII, Paulo V sacó los restos de Gabino de esta iglesia para entregarlos a los jesuitas de Lyon.

Los martirologios de Adón, de Usuardo y de Notker, señalan la fiesta de San Gabino el día 19 de febrero. El bolandista Du Sollier, que ha anotado el martirologio de Usuardo, hace notar que Tillemont no mira favorablemente las "actas" de Santa Susana. Aún menos las considera Dom Quentin, cuando explica cómo se asignó a la memoria de Gabino el día 19 de febrero.

"En este día, escribe, había un vacío en los antiguos martirologios. Floro, por ejemplo, menciona a Gabino con su hermano Cayo, el 22 de abril.

El *Vetus Romanum*, primero y luego Adón llenaron este vacío del 19 de febrero: la última frase de nuestro Martirologio Romano es una adición de Adón, que precisa aún más la noticia de Cayo".

Acta sanctorum, 19 de febrero.—Tillemont, *Mémoires pour servir...*, vol. IV, p. 572.—P. Allard, *Hist. des perséc.*, vol. IV, p. 6 y la nota.—Quentin, *Les martyrol. histor. du Moyen Age*, pp. 103, 419 y 577.

SAN QUODVULTDEUS, OBISPO (*c.* 444, P.C.)

QUODVULTDEUS, OBISPO de Cartado, gobernaba apaciblemente a su rebaño de fieles, pero Genserico, rey de los vándalos, se apoderó de la ciudad, en 438, y comenzó una persecución contra los cristianos. El conquistador, hereje arriano y enemigo de la fe católica, sometió al obispo a la tortura y, como no pudiera conseguir que apostatara, se apoderó de él y de otros miembros del clero, y los obligó a embarcarse en navíos averiados para que naufragaran. Pero un milagro les preservó y pudieron arribar sanos y salvos a las costas de Campania.

A partir de este momento, ya no se tienen más detalles de los últimos años del obispo. Se cree que murió en Nápoles hacia el año 444.

Hasta hace poco, el nombre de San Quodvultdeus estaba inscrito en el Martirologio Romano el día 26 de octubre. El redactor de la edición de 1922 creyó que debía trasladar su fiesta al día 19 de febrero, ya que en tal fecha (o en la del 20) estaba inscrito en un calendario de Nápoles.

Dict. of christ. biogr., vol. IV, p. 531.

SAN BEATO DE LIEBANA (*c.* 798 P.C.)

HACIA FINES del siglo VIII gobernó la diócesis de Toledo el obispo Elipando, quien había caído bajo la influencia del sutil resurgimiento de la herejía nestoriana, que sostenía que Cristo era sólo Hijo adoptivo de Dios Padre. Elipando propagó mucho esta doctrina, predicándola abiertamente. Pero Dios mandó un nuevo David contra aquel Goliat, en la persona de un sacerdote llamado Beato, monje del convento asturiano de Liébana. Al enterarse de los errores de Elipando, Beato determinó contrarrestar el mal que hacía el obispo y le combatió de palabra y por escrito. En esta tarea le ayudó Eterio, quien fue más tarde obispo de Osma de Cataluña. Los defensores de la fe tuvieron gran éxito y atrajeron a la ortodoxia a grandes multitudes. Esto llegó pronto a oídos del obispo, quien montó en cólera y escribió una violenta carta al abad Fidel, dignatario de gran importancia en Asturias. En dicha carta acusaba a Beato de no ser más que un campesino errante (y otras cosas peores), que osaba oponerse al arzobispo de Toledo y a la misma Iglesia. Euterio, según él, era un jovenzuelo que se había dejado engañar por la vana elocuencia de Beato. El arzobispo daba orden de hacer caer a Beato en la cuenta de sus errores y de castigarle, si no se corregía. El abad mostró la carta a Beato, quien para responder, escribió un libro con Eterio, en el que ambos se esforzaron por exponer, sin gran claridad, la doctrina ortodoxa. Alcuino, que había ejercido cierta influencia sobre Beato, dijo de él que era "un erudito de vida tan santa como su nombre".

Diez años antes de publicar el "Liber adversus Elipandum", en 776, San Beato había escrito un Comentario sobre el Apocalipsis, del que se conservan varios manuscritos de gran interés artístico. Es probable que San Beato haya sido también el autor de algunos himnos de la liturgia mozárabe. Nuestro santo ha sido confundido con el San Beato que fue sepultado en Valcavado. El monasterio en que vivió en Liébana, cerca de Santander, fue probablemente el de San Martín, que más tarde se llamó de Santo Toribio.

Ver *Acta Sanctorum*, febrero, vol. III; Florez, *España Sagrada*, vol. XXXIV, pp. 378-389; Gams, *Kirchengeschichte von Spanien*, vol. II, pte 2, pp. 275-281; y DHG., vol. VII, cc. 89-90. Ver igualmente Mateo del Alamo, *Los comentarios de Beato al Apocalipsis y Elipando*, en *Miscellanea Giovanni Mercati*, vol. II (*Studi e Testi*, vol. CXXII, 1946); y H. A. Sanders, *Beati in Apocalipsim libri duodecim* (American Academy in Rome, 1930).

SAN BONIFACIO, OBISPO DE LAUSANA (1260 P.C.)

SAN BONIFACIO nació en Bruselas. A los diecisiete años fue e estudiar a París, donde llegó a ser uno de los más conocidos profesores de la Universidad. Permaneció siete años en dicha ciudad; pero, a raíz de una disputa entre los maestros y los estudiantes, los discípulos se negaron a seguir asistiendo a las clases de Bonifacio. Esto lo decidió a transladarse de París a Colonia, donde

enseñó en la escuela de la catedral durante dos años, hasta que fue elegido obispo de Lausana. Trabajó celosa e infatigablemente en su diócesis durante los ocho años de su episcopado. Fue víctima de numerosos ataques de quienes le comprendían mal. Tal vez sus relaciones con la Universidad de París le habían hecho perder el hábito de tratar con tacto a las gentes difíciles, pues el santo parece haber denunciado desde el púlpito las debilidades de su clero. Habiendo incurrido en la enemistad del emperador Federico II, Bonifacio fue atacado y gravemente herido en 1239. Persuadido de que no era apto para desempeñar el puesto de obispo, fue a Roma a rogar al Papa que le permitiese renunciar al gobierno de la diócesis; el Papa accedió a su deseo. El santo volvió a Bruselas, donde se refugió en un convento de religiosas cistercienses, cuya abadesa le había invitado. Su amor a la regla del Cister le movió a vivir en dicha abadía hasta su muerte, aunque nunca ingresó en la orden. Su culto fue aprobado en 1702.

Aparte de las dos cortas biografías que se hallan en *Acta Sanctorum*, febrero, vol. III, se encontrará un gran número de informaciones sueltas en las crónicas, privilegios, etc. J. F. Kieckens, *Etude historique sur St. Boniface* (1892), se sirvió en ese tipo de documentos, como también el P. Rattinger en los dos artículos que publicó en *Stimmen aus Maria Laach* (1896), y A. Simon y R. Aubert en *Boniface de Bruxelles* (1945). San Bonifacio pasa por ser el primer obispo sin sede, predecesor de los corepíscopos de la Edad Media. Existen abundantes pruebas de que, durante los dieciséis o más años que residió en La Cambre, consagró varias iglesias y altares y ejerció otras funciones episcopales.

SAN CONRADO DE PIACENZA (1351 P.C.)

CONRADO PERTENECÍA a una noble familia de Piacenza, la ciudad natal de su mujer, a la que amaba tiernamente. Un día en que se hallaba de cacería, Conrado ordenó a sus servidores que prendieran fuego a un matorral para hacer salir la pieza; desgraciadamente el viento propagó el fuego a los sembradíos, y el incendio se extendió hasta las poblaciones de las proximidades. Incapaz de extinguir las llamas, Conrado retornó furtivamente a su casa con sus compañeros, sin decir a nadie la causa del desastre. Un pobre hombre que se hallaba recogiendo leña en los alrededores fue acusado de incendiario y sentenciado a muerte. Al enterarse de la noticia, Conrado sintió gran remordimiento y acudió al punto a salvar al acusado y a entregarse a la justicia. Las autoridades le condenaron a pagar los daños que había causado por su negligencia. Para ello, Conrado tuvo que vender casi todas sus posesiones y la dote de su esposa. El suceso les llevó a reflexionar seriamente y ambos llegaron a la conclusión de que aquello había sido providencial. Repartieron, pues, entre los pobres lo poco que les quedaba y, en tanto que la esposa de Conrado tomó el velo en un convento de Clarisas Pobres, éste vistió el hábito de peregrino e ingresó en una comunidad de ermitaños que seguían la regla de la tercera orden de San Francisco. A partir de entonces, Conrado llevó una vida de extraordinaria piedad, y su fama empezó pronto a atraer a sus antiguos conciudadanos. En vista de ello, Conrado decidió buscar la soledad en otra parte y se dirigió a Sicilia, al valle de Noto, donde habitó treinta años, algunos, en el Hospital de San Martín y otros en una comunidad de ermitaños fundada por Guillermo Bocherio, otro noble que se había hecho anacoreta. Hacia el fin de su vida, San Conrado se retiró a la gruta de Pizzoni, a cinco kilómetros de Noto, para estar todavía más solo.

A pesar de todos sus esfuerzos por ocultarse, la fama de su santidad se extendió hasta muy lejos. En una época de hambre, el pueblo acudió a pedirle ayuda al santo, cuyas oraciones resultaron tan eficaces que en adelante no cesaron de acudir los menesterosos ante su celda. El mismo obispo de Siracusa fue a visitarle y se cuenta que, mientras los criados del obispo desempacaban las provisiones que habían llevado, éste preguntó a San Conrado con una maliciosa sonrisa si no tenía nada que ofrecerles. El santo fue a buscar algo en su celda y volvió con unos deliciosos pasteles recién preparados; el obispo vio en ello un milagro y alabó a Dios. Poco antes de su muerte, Conrado fue a pagar al obispo su visita e hizo con él una confesión general. Los pájaros le acompañaron en el camino de ida y vuelta, revoloteando sobre su cabeza. Cuando sintió llegar su última hora, Conrado se tendió en el suelo frente a un crucifijo y oró por sus bienhechores y por el pueblo de Noto. Fue sepultado en la iglesia de San Nicolás de Noto y su tumba se convirtió en un sitio de peregrinación muy popular, en el que se realizaron repetidos milagros. Se invoca particularmente al santo en los casos de desgarramientos del vientre, ya que su intercesión obró muchas curaciones de hernias. El culto de San Conrado ha sido aprobado por tres Sumos Pontífices.

Ver *Acta Sanctorum*, febrero, vol. III; Mazzara, *Leggendario Francescano*, vol. I, pp. 246-254; y Léon *Auréole Séraphique*, vol. I. Los milagros maravillosos de que están llenos dichos relatos no descansan sobre pruebas suficientes.

BEATO ALVAREZ o ALVARO DE CORDOBA (*c.* 1430 P.C.)

No SABEMOS exactamente dónde nació el beato; unos autores dicen que en Lisboa y otros que en Córdoba. En todo caso, en esta última ciudad pasó la mayor parte de su vida. Ahí entró al convento de San Pablo de la Orden de Santo Domingo, en 1368. Con el tiempo, llegó a ser un gran predicador y trabajó con gran éxito, primero en Andalucía y luego en Italia. A la muerte del rey Enrique II de Castilla, el beato fue nombrado confesor y consejero de la reina madre Catalina (hija de Juan de Gante, duque de Lancaster) y dirigió la educación del joven rey Juan II. Alvarez de Córdoba reformó la corte; pero cuando las disensiones políticas dividieron la regencia, el beato se retiró y recomenzó su trabajo de predicador. Desde tiempo atrás había concebido el proyecto de fundar un convento donde se siguiese estrictamente la regla primitiva de Santo Domingo, según la reforma iniciada por el Beato Raimundo de Cápua Alvarez de Córdoba se consagró de lleno a la empresa. Escogió una región montañosa cerca de la ciudad y ahí construyó el convento de Escalaceli, que pronto se convirtió en una fuente de ciencia y piedad, que atraía candidatos de todas las regiones de España. El beato formó un movimiento de oposición a Pedro de Luna, el "antipapa" Benedicto XIII, y movió al pueblo y sobre todo a la nobleza a reconocer al Papa legítimo.

A pesar de su avanzada edad, el beato prosiguió su obra de catequesis, de enseñanza y predicación. Pasaba el día entero en ese trabajo y consagraba casi toda la noche a la oración en el monasterio. Este vivía totalmente de las limosnas; el beato predicaba con frecuencia en el mercado y terminaba diciendo: "Hermanos míos, los pobres frailes de Santo Domingo del convento de la montaña se encomiendan a vuestra caridad". Las prácticas de penitencia del beato eran cada

vez más severas; iba de rodillas hasta una capilla consagrada a Nuestra Señora de las Misericordias, disciplinándose durante el trayecto. Todavía existe en Córdoba una pintura que representa al beato arrodillado, con las espaldas cubiertas de sangre, rodeado por un grupo de ángeles, algunos de los cuales se ocupan en retirar los guijarros del camino. El beato construyó varias capillas en los terrenos del monasterio; cada una de ellas representaba una "estación" o escena de la Pasión, probablemente en recuerdo del viaje de Alvarez de Córdoba a Jerusalén. Se cuenta que una noche, mientras el beato oraba en una de dichas capillas, se desató una violenta tempestad que le aisló totalmente del monasterio. Al oír sonar el toque de maitines, el beato elevó los ojos al cielo, tomó su capa, la tendió sobre el torrente y así llegó sano y salvo a la otra orilla; echándose la capa sobre los hombros, fue a ocupar su puesto habitual en el coro. El culto del beato fue confirmado en 1741.

Ver Touron, *Les hommes illustres de l'Ordre de St. Dominique*, vol. III, pp. 98-110; Procter, *Dominican Saints*, pp. 42-44; Mortier, *Maîtres Généraux O.P.*, vol. IV, pp. 210-214. Mortier hace notar que el beato no pudo haber muerto en 1420, como se dice comúnmente, ya que existen pruebas de que vivía aún en 1423. El mismo historiador parece afirmar que el beato introdujo en el occidente la devoción del viacrucis. Pero lo cierto es que ya San Petronio de Bolonia, en el siglo V, había proyectado una serie de "estaciones", y los agustinos Pedro y Juan de Fabriano habían construido un viacrucis, poco antes de la época del beato introdujo en el occidente la devoción del viacrucis. Pero lo cierto es que ya San

20: SANTOS TIRANIO, CENOBIO Y OTROS MÁRTIRES. (304 y 310 P.C.)

EUSEBIO QUE fue testigo de estos martirios, los narra en los siguientes términos: "Varios cristianos egipcios que se habían establecido en Palestina y otros en Tiro, dieron pruebas de su paciencia y de su constancia en la fe. Después de haber sido golpeados innumerables veces, cosa que soportaron con gran paciencia, fueron arrojados a los leopardos, osos salvajes, jabalíes y toros. Yo estaba presente cuando esas bestias, sedientas de sangre humana, hicieron su aparición en la arena; pero, en vez de devorar o destrozar a los mártires, se mantuvieron a distancia de ellos, sin tocarles, y se volvieron en cambio contra los domadores y cuantos se hallaban cerca; sólo respetaron a los soldados de Cristo, a pesar de que éstos obedeciendo a las órdenes recibidas, agitaban los brazos para provocar a las fieras. Algunas veces, éstas se lanzaron sobre ellos con su habitual ferocidad, pero volvían siempre atrás, como movidas por una fuerza sobrenatural. El hecho se repitió varias veces, con gran admiración de los espectadores. Los verdugos reemplazaron dos veces a las fieras, pero fue en vano. Los mártires permanecían impasibles. Entre ellos se hallaba un joven de menos de veinte años, que no se movía de su sitio y conservaba una serenidad absoluta; con los ojos elevados al cielo y los brazos en cruz, en tanto que los osos y los leopardos con las fauces abiertas amenazaban con devorarle de un momento a otro; sólo por un milagro de Dios se explica que no le tocasen. Otros mártires se hallaban expuestos a los ataques de un toro furioso, que ya había herido y golpeado a varios domadores, y dejádolos medio muertos; pero el toro no atacó a los mártires; aunque parecía que iba a lanzarse sobre ellos: sus pezuñas rascaban furiosamente el suelo y agitaba la cornamenta en todas

direcciones, pero sin llegar a embestir a los mártires, a pesar de que los verdugos lo incitaban con capas rojas. Después de varios intentos inútiles con diferentes fieras, los santos fueron finalmente decapitados y sus cuerpos arrojados al mar. Otros que se negaron a ofrecer sacrificios a los dioses, murieron apaleados, quemados y también ejecutados en distintas formas".

Los hechos sucedieron el año 304. La Iglesia conmemora también en este día a San Tiranio, obispo de Tiro, que había presenciado el triunfo de los mártires y les había alentado; pero hasta seis años después le tomaron preso y le condujeron, junto con San Cenobio de Tiro, a Antioquía. Cenobio era médico y sacerdote de la ciudad de Sidón. Tiranio fue arrojado al río Orontes, tras de haber sufrido crueles torturas. Cenobio murió en el potro.

Poco después, durante el reinado de Maximino, San Silvano, obispo de Emesa de Fenicia fue devorado por las fieras en su propia ciudad. Al mismo tiempo Peleo y Nilo, dos sacerdotes egipcios que se hallaban en Palestina, murieron en la hoguera con algunos otros. San Silvano, obispo de Gaza, fue condenado a trabajar en las minas de Penón, cerca de Petra, en Arabia y más tarde fue decapitado ahí, con otros treinta y nueve compañeros.

Aunque tanto San Tiranio como San Cenobio fueron martirizados en Tiro en la misma fecha (304), la fiesta del primero se celebra el día de hoy, en tanto que la del segundo se estableció el 29 de octubre. La fiesta de San Silvano de Emesa es el 6 de febrero, y la de San Silvano de Gaza, el 29 de mayo.

Eusebio, *Hist. Eccles.*, vol. VIII, cap. 13, es la mejor de las autoridades a este respecto, pero el *Acta Sanctorum* y el *Oriens Christianus* de Le Quien, proporcionan otros datos, discusiones y detalles geográficos.

SAN ELEUTERIO, OBISPO DE TOURNAI (532 P.C.)

EL INCENDIO que destruyó la catedral de Tournai en 1902, consumió también las reliquias de San Eleuterio, primer obispo de la ciudad, y todos los documentos antiguos sobre el santo. Muy poco es lo que sabemos de él, aunque existen muchas leyendas acerca de su vida y de su muerte. Se cuenta que Eleuterio nació en Tournai, de padres cristianos, y que pertenecía a una familia convertida desde tiempo atrás por San Pío. Fue consagrado obispo el año 486, diez años antes del bautismo del rey Clodoveo en Reims. Se dice que era un gran predicador y que convirtió a muchos francos en su diócesis. Se opuso también vigorosamente a ciertos herejes que negaban el misterio de la Encarnación. Atacado por algunos de ellos al salir de su iglesia, después de celebrar la misa, murió cinco días más tarde, a causa de las heridas que había recibido en la cabeza. Una biografía del siglo IX cuenta que Eleuterio resucitó a la hija del gobernador. Según esa extravagante leyenda, la joven, que estaba enamorada del joven obispo, le sorprendió un día en oración y le confesó su amor. El obispo salió huyendo y la joven cayó muerta. Eleuterio prometió resucitarla, a condición de que su padre se convirtiese. El gobernador accedió, pero sin intención de cumplir su palabra, y las oraciones del santo no consiguieron devolver la vida a la joven. Al tercer día, el gobernador se arrepintió sinceramente y Eleuterio pudo entonces resucitar a la muchacha y bautizarla. Sin embargo, el gobernador no cumplió su palabra y aun trató de apartar a su hija del cristianismo; pero el cielo le envió un castigo que le enseñó a ser humilde, y el gobernador fue finalmente instruido y bautizado.

Ver *Acta Sanctorum*, febrero, vol. III. En BHL., nn. 2455-2470, se encontrará una larga lista de documentos biográficos, pero todos ellos poco fidedignos. La *châsse* de San Eleuterio es interesante desde el punto de vista de la arqueología y ha sido muy discutida como una muestra del arte medieval.

SAN EUQUERIO, OBISPO DE ORLÉANS. (743 P.C.)

SEGÚN SU biágrafo, que parece haber sido un contemporáneo, San Euquerio llevó desde la niñez vida de santo. Nació en Orléans y entró en la abadía benedictina de Jumiéges, hacia el año 714. Seis o siete años después murió Soavarico, el obispo de Orléans, que era su tío, y el senado, el pueblo y el clero de la ciudad, enviaron una diputación al mayordomo de palacio, Carlos Martel, para pedirle permiso de elegir a Euquerio como obispo de la ciudad. Carlos Martel dio su consentimiento y envió a uno de sus oficiales para escoltar al santo desde el monasterio hasta Orléans.

Euquerio se resistió a aceptar en un principio, rogando a sus monjes que le retuviesen para salvarlo de los peligros que le amenazaban en el mundo. Pero los monjes le exhortaron a vencer su repugnancia y a anteponer el bien del pueblo a sus propios deseos. Euquerio fue consagrado en 721 y, a pesar de la repugnancia con que había aceptado el cargo, fue un pastor ejemplar y se entregó en cuerpo y alma al bien de su grey, que le dispensó gran cariño y veneración.

Sin embargo, el favor de Carlos Martel no duró mucho tiempo. Dicho príncipe tenía por costumbre apoderarse de las rentas de las iglesias, animando a otros a hacer lo mismo, para pagar los gastos de sus guerras y recompensar a sus servidores. San Euquerio se opuso abiertamente a tales confiscaciones y los malos consejeros hicieron creer a Carlos Martel que la intención del obispo era la de ofenderle. El año 737, cuando el mayordomo volvía a París, después de haber derrotado a los serracenos en Aquitania, entró en Orléans, mandó a Euquerio que le siguiese hasta Verneuil-sur-Oise y desde ahí le desterró a Colonia. La piedad y el agradable carácter del santo le ganaron tanta popularidad en aquella ciudad, que Carlos Martel le mandó transladar a una fortaleza de las proximidades de Lieja y le puso bajo la vigilancia directa del gobernador del distrito. Pero el obispo ganó de nuevo a todos, y el gobernador le nombró limosnero y le dio permiso de retirarse al monasterio de Saint-Trond, cerca de Maestricht, donde Euquerio pasó el resto de su vida en oración y contemplación. La leyenda que cuenta que San Euquerio vio a Carlos Martel en el infierno fue interpolada posteriormente en la biografía primitiva; hacemos mención de ella, porque el incidente aparece en algunas imágenes del santo.

Ver la biografía en *Acta Sanctorum*, febrero, vol. III, y en Mabillon. Cf. igualmente Duchesne, (*Fastes Episcopaux*, vol. II, p. 458), quien hace notar que, si bien el autor de la biografía dice que Euquerio fue el sucesor inmediato de Soavarico, las listas episcopales de Orléans mencionan a dos o tres obispos entre ambos. Existen además otras dificultades de cronología, que hacen dudar de que el autor de la biografía haya sido un contemporáneo. Ver *Saints de Saint-Trond*, en *Analecta Bollandiana*, vol. LXXII (1954).

BEATA ISABEL DE MANTUA, VIRGEN (1468 P.C.)

HAY MUY pocos incidentes pintorescos en la vida de la Beata Isabel Picenardi. Sus padres eran personajes importantes de Mántua que dieron a su hija cristiana educación. Su padre le enseñó el latín, de suerte que Isabel podía leer el oficio

parvo de la Virgen; su madre la introdujo en la práctica de la meditación. Isabel no pensó jamás en casarse, y, a la muerte de su madre, la beata y una de sus hermanas obtuvieron permiso de ingresar en la Tercera Orden de las Servitas. Un documento poco fidedigno cuenta que Isabel se confesaba y comulgaba todos los días, cosa inaudita en el siglo XV. El ejemplo de su humildad y de su bondad, así como los dones sobrenaturales que poseía, causaron profunda impresión entre algunas jóvenes de su edad quienes formaron bajo la dirección de Isabel, una comunidad de servitas. Se cuenta que la beata profetizó, desde un año antes, la fecha de su muerte. A los cuarenta años, consumida por la enfermedad, "Isabel descansó en el Señor, mientras veía a Jesús y su Madre entre un coro de ángeles", según dice el martirologio de su orden. El pueblo acudió en masa a sus funerales y en la tumba de Isabel se obraron muchos milagros. Fue beatificada en 1804.

Ver Bianchi, *Memorie storiche intorno alla Vita di Elizabetta Pincenardi* (1803); y J. E. Stadler, *Heiligen-Lexikon.*

21: SAN SEVERIANO, Obispo de Escitópolis, Mártir (453 p.c.)

EN EL año 451, se reunió en Calcedonia el cuarto Concilio ecuménico, contra la herejía monofisita de Eutiques que se estaba propagando rápidamente en la Iglesia oriental. Las diócesis se hallaban divididas en partidos, que en algunos casos elegían obispos rivales y rehusaban la comunión a los del partido contrario. La mayoría de los monjes de Palestina aceptaron, sin discutirla, la decisión del Concilio contra la herejía, pero hubo bastantes excepciones. El principal de los rebeldes fue Teodosio, hombre violento y sin escrúpulos que tenía suficientes partidarios como para expulsar a Juvenal, el obispo de Jerusalén y apoderarse de la sede. A ello añadió una sangrienta persecución en la ciudad, según leemos en una carta del emperador Marciano. Encabezando a una banda de soldados, Teodosio se dedicó a devastar todo el país, aunque en algunos sitios encontró cristianos decididos a permanecer en la ortodoxia; entre ellos se distinguió Severiano, obispo de Escitópolis, quien recibió en premio la corona del martirio, pues los soldados se apoderaron de él, le arrastraron fuera de la ciudad y le asesinaron.

Ver *Acta Sanctorum*, febrero vol. III; y Hafele-Leclercq, *Conciles*, vol. II. En un párrafo acerca de Tierra Santa, Butler habla de las disensiones y rivalidades que reinaban entre los cristianos, y añade: "Nosotros no pensamos ya que la voluntad de Dios consista en que conquistemos la Tierra Santa por las armas, pero no por ello hemos de dejar de pedir que sus habitantes se unan a la Iglesia Católica y Apostólica, y que la paz y buena voluntad reinen entre aquellos en cuyas manos se halla la Tierra Santa".

SANTOS VERULO, SECUNDINO, SIRICIO, FELIX, SERVULO, SATURNINO, FORTUNATO y otros Dieciséis Mártires. (*c.* Siglo V).

A PROPÓSITO de este grupo de mártires, el bolandista Heschenius se propone tres interrogantes a las que trata de responder.

1.—¿Cuál fue el teatro de su martirio? —Casi todos los martirologios lo sitúan en Africa; algunos especifican la ciudad de Adrumeto, como los martirologios Jeronimiano y de Usuardo.

2.—¿Cuáles fueron los nombres y el número de estos mártires? —El Martirologio Jeronimiano, después de haber dado ocho nombres, añade que hubo otros dieciocho más, de donde sale un total de veintiséis. El Martirologio Romano no da más que siete nombres y habla de otros dieciséis, nada más. Queda, pues, una diferencia de tres, entre los dos martirologios.

3.—¿En qué época y en qué persecución tuvo lugar el martirio? —Respecto a esta pregunta, las opiniones se dividen. La divergencia es bastante considerable. Mientras unos hablan de una de las más antiguas persecuciones, como la de Diocleciano, otros señalan la persecución de los vándalos (Baronio, "Notes sur le martyrologe romain"), pero la distancia puede aún ser mayor que esa, pues hay otros autores que sitúan el martirio en el año 430 o en el 534.

Acta Sanctorum, 21 de febrero.— Observaciones sobre el martirologio de Usuardo, en P.L., vol. CXXIII, col. 783.— P. Monceaux, *Hist. littér. de l'Afrique chrétienne,* vol. III, append, cita el Martirologio Jeronimiano como fuente única para conocer los nombres.

SAN GERMAN DE GRANFEL, MÁRTIR (*c.* 677 P.C.)

SAN GERMÁN fue educado casi desde la cuna por Modoardo, obispo de Tréveris. A los diecisiete años pidió permiso para retirarse del mundo, pero Modoardo vacilaba en concedérselo y le decía que, si sus padres habían muerto, era necesario recabar la licencia del rey. Entonces el joven decidió por sí mismo; repartió sus bienes entre los pobres y partió con algunos compañeros en busca de San Arnulfo, cuyo ejemplo le había conquistado. Este hombre de Dios había renunciado al obispado de Metz para llevar vida de ermitaño. Arnulfo recibió amablemente a los jóvenes, los guardó consigo algún tiempo, y finalmente les sugirió que ingresaran en el monasterio que había fundado con San Romarico. Germán envió a dos de sus compañeros a buscar a su hermano Numeriano, que era todavía niño, y juntos ingresaron en el monasterio, que se hallaba en los Vosgos y recibió posteriormente el nombre de Remiremont.

Más tarde, San Germán pasó con su hermano y otros monjes a la abadía de Luxeuil, gobernada por San Walberto. Cuando el duque Gondo fundó el monasterio de Granfel, en Val Moutier, Walberto no encontró entre sus monjes ninguno más preparado que San Germán para el cargo de abad. Münsterthal o Val Moutier era un paraje montañoso atravesado por la carretera romana; pero en aquella época los derrumbamientos de rocas habían cortado el paso. San Germán abrió nuevamente la carretera y la ensanchó. Más tarde, gobernó también otros dos monasterios, el de San Ursitz y el de San Pablo Zu-Werd, pero su residencia principal siguió siendo Granfel. El duque Cático o Bonifacio, que sucedió a Gondo, no heredó nada del espíritu religioso de su predecesor y oprimió a los monjes y a los pobres habitantes de la región con impuestos exhorbitantes y actos de violencia. Un día en que el duque saqueaba el caserío a la cabeza de un grupo de soldados, San Germán salió a defender a su pueblo; el duque le escuchó y le prometió corregirse; pero, mientras el abad oraba en la iglesia de San Mauricio, los soldados recomenzaron el saqueo. Viendo San Germán que era inútil insistir, emprendió el regreso al monasterio acompañado

por el prior Randoaldo; pero los soldados cayeron sobre ellos, les golpearon y les mataron.

El monje Boboleno, contemporáneo del santo, narra los hechos en su biografía; ésta se halla en *Acta Sanctorum*, febrero, vol. III, y en Mabillon.

SAN JORGE, Obispo de Amastris (*c.* 825 p.c.)

A principios del siglo IX vivían en Cromna, cerca de Amastris, a orillas del Mar Negro, Teodosio y Megeta, un matrimonio que no había tenido hijos hasta que Dios escuchó sus oraciones y les dio uno, a quien pusieron por nombre Jorge. A los tres años de edad, el niño cayó sobre una hoguera y estuvo a punto de perecer. Sin embargo, logró salvarse milagrosamente, o por lo menos así lo pensaron sus padres, aunque sufrió quemaduras que le dejaron las manos y uno de los pies cubiertos de cicatrices. Jorge era de una bondad tan extraordinaria, que sorprendía a cuantos le trataban. Hizo los estudios sacerdotales y, a su ordenación asistieron muchas gentes que le habían visto crecer o a cuyos oídos habían llegado el ruido de su fama. El joven sacerdote se sintió llamado a un mayor despego del mundo y se retiró a un desierto del Monte Sirik, donde encontró a un anciano anacoreta que le inició en la vida eremítica. Permanecieron juntos hasta que, hallándose a punto de morir, el anciano indicó a Jorge que no se quedase ahí solo, sino que se fuera al monasterio de Bonissa. Jorge fue aceptado al punto en el monasterio, aunque era completamente desconocido y los monjes le trataron como a un viejo amigo. No se arrepintieron de ello, pues Jorge se distinguió pronto, aun entre aquellos santos siervos de Dios.

Pero el pueblo de Amastris no había olvidado al santo. Cuando el obispo del lugar murió, Jorge fue elegido para reemplazarle y la población envió al monasterio a sus delegados para comunicarle su nombramiento. Pero como Jorge se negase a aceptar el cargo, la deputación le llevó por la fuerza a Constantinopla para presentarlo al patriarca San Tarasio, quien le reconoció al punto. En efecto, algunos años antes, Jorge había participado en el canto solemne de los oficios nocturnos. Se acostumbraba entonces dar una pequeña limosna a quienes habían cantado en el coro, pero Jorge se había negado a aceptarla, cosa que impresionó mucho a Tarasio. El patriarca se mostró decidido a consagrar a Jorge, aunque el emperador tenía otro candidato para la sede de Amastris. Anunció pues que el pueblo había elegido a Jorge y no quedaba otra cosa que hacer más que presentar a los dos candidatos y proceder a una nueva elección. Resultó otra vez electo Jorge, quien fue consagrado por el patriarca y recibido por el pueblo con grandes muestras de júbilo. El nuevo obispo fue un padre para su grey y su prudencia no superó a su piedad. En aquella época, la región se veía frecuentemente atacada por los sarracenos. En vísperas de uno de tales ataques, se dio aviso a los campesinos y gentes de los alrededores para que se refugiaran dentro de las murallas de la ciudad; pero ellos no creyeron en el peligro inminente y se negaron a abandonar sus casas. Entonces san Jorge fue de puerta en puerta, explicándoles el peligro en que se hallaban y tratando de persuadirles para que se refugiaran en la ciudad. Los campesinos obedecieron a su obispo. El enemigo encontró la ciudad preparada para rechazar el ataque y prefirió retirarse.

Ver *Acta Sactorum*, febrero, vol. III. El texto griego completo ha sido publicado por

V. Vasilievsky, en *Analecta Byzantinorussica,* vol. III, 1893, pp. 1-73; en la introducción de dicha obra el autor discute a fondo la biografía de San Jorge.

BEATO ROBERTO SOUTHWELL, Mártir (1595 p.c.)

Uno de los dogmas de la crítica literaria es el de que debe estudiarse a los poetas en relación con su tiempo, sus ocupaciones y su marco histórico general. Sin embargo, con frecuencia resulta útil estudiar al escritor a la luz de sus propios escritos únicamente. En todo caso, Roberto Southwell constituye una excepción, pues antes que poeta fue hombre, sacerdote, misionero y mártir.

Nació hacia el año 1561, en Horsam Saint Faith, en Norfolk. Su madre era pariente de los Shelley de Sussex, de suerte que un lejano parentesco unía a Southwell con el gran poeta Shelley. Roberto estudió en Douai, donde fue discípulo del famoso Leonardo Lessio y ahí entró por primera vez en contacto con la Compañía de Jesús. Prosiguió sus estudios en París, bajo la dirección de Tomás Darbyshire, quien había sido archidiácono de Essex en tiempos de María Estuardo. Poco después de cumplir los dieciesiete años, Roberto pidió ser admitido en la Compañía de Jesús. La admisión le fue negada a causa de su juventud; esta contrariedad le movió a escribir el primero de sus poemas que ha llegado hasta nosotros. En el otoño de 1578 fue finalmente admitido en el noviciado de Roma. Más tarde, fue prefecto de estudios del venerable Colegio Inglés y recibió la ordenación sacerdotal en 1584. Dos años después, partió a la misión de Inglaterra en compañía del P. Enrique Garnet.

La carrera de misionero activo del P. Southwell duró seis años. En 1587 era capellán de la condesa Ana de Arundel, en Londres, y esto le permitió entrar en contacto con el Beato Felipe Howard, esposo de la condesa, que estaba prisionero en la Torre de Londres.* A pesar de que tomaba todas las precauciones posibles para no darse a conocer, su fama se extendió pronto y su espíritu tranquilo y bondadoso impulsó eficazmente su trabajo apostólico. El beato se mantuvo alejado de todas las intrigas y controversias políticas y eclesiásticas, entregándose por completo a sus deberes sacerdotales. En 1592, denunciado por una joven de la casa en la que se había refugiado, fue detenido por el infame Topcliffe y encerrado en Uxenden Hall, la casa de su captor.

Con el fin de arrancarle denuncias sobre otros católicos, los verdugos sometieron al Beato Roberto a terribles tormentos, por lo menos en nueve ocasiones, en la misma casa de Topcliffe. Este había dicho a la reina: "Southwell es el prisionero más útil que hayamos capturado, con tal de que sepamos aprovecharle". Después de casi tres años de prisión en Gatehouse y en la Torre de Londres, el beato apeló a Lord Cecil, exigiéndole que se procediera al juicio o se le dejase en libertad. La apelación surtió efecto, pues el beato fue juzgado y condenado a muerte por el delito de ser sacerdote. El 21 de febrero de 1595 fue colgado, arrastrado y descuartizado en Tyburn; la tortura fue tan cruel, que los asistentes pidieron a gritos que el descuartizamiento no se llevara al cabo, sino después de la muerte. El beato no tenía más que treinta y tres años.

Tal fue, en resumen, la vida de Roberto Southwell. Pero un breve estudio de sus escritos nos permitirá añadir algunos detalles sobre su carácter y los acontecimientos de su vida.

Como lo indicamos arriba, el primero de sus escritos que ha llegado hasta

* Para consolar a Felipe Howard de la muerte de su media hermana, Lady Margarita Sackville, Roberto Southwlel escribió *Triumphs over the Death.*

nosotros es un poema en prosa acerca de sus impresiones, cuando se le negó la admisión en la Compañía de Jesús. Foley, en *Records of the English Province S.J.*, dice que Roberto vaciló algún tiempo entre la Compañía de Jesús y la Cartuja. Este hecho no carece de importancia, si pensamos en las diferencias entre esos dos modos de vida religiosa. Cuando se le negó temporalmente la admisión en la Compañía de Jesús, escribió: "¡Ay! ¿Dónde estoy y a dónde voy a llegar? Soy un peregrino errante en un angustioso desierto . . . Los extraños no pueden gozar de los favores de las almas privilegiadas que tienen libre acceso a la antesala del rey: sólo ellas participan de las delicias espirituales del paraíso y descansan en el lecho de un amor que sobrepasa a todos los deleites". Se conservan muchos de los escritos del beato en la época de su noviciado, y en ellos encontramos el eco de los sufrimientos, las ocupaciones y las alegrías de un miembro de la Compañía de Jesús: "¡Qué grande debe ser tu amor de Dios, puesto que posees el privilegio de pertenecer a la Compañía de Jesús! ¡Cuán agradecido deberías estar por ello! . . . Cuán alta es la perfección que se exige a un miembro de la Compañía, que debe estar dispuesto a partir inmediatamente a cualquier parte del mundo y a vivir entre cualquier clase de hombres, ya sean herejes, turcos, paganos o bárbaros. . . Por ello es necesario reflexionar sobre las virtudes necesarias para vivir entre los indios. . . El jesuita debe estar preparado para ser prisionero de los herejes, para hacer frente al hambre, a la sed, y a todas las tentaciones, al potro y a cualquier tormento. Tiene que saber vivir con el enemigo, sin perderle de vista; entrar constantemente en combate y no ceder ni dejarse vencer nunca".

Difícilmente se podría expresar mejor la actitud de un misionero jesuita. Southwell aprendió bien la lección de la obediencia, la convirtió en una actitud personal y supo enseñarla a otros con el ejemplo y la palabra. También aprendió la lección de la humildad: "Recuerda que la regla te manda estimar a todos como si fuesen tus superiores y esforzarte por ver en todos la imagen de Dios".

El Beato Roberto parece haber presentido desde muy temprano que su vida terminaría en el martirio. Desde luego, estaba al corriente de las condiciones de vida de sus hermanos jesuitas en Inglaterra y en otras partes, ya que a Roma llegaban constantemente noticias de sus pruebas y sufrimientos. El beato se enteró de la ejecución de Edmundo Campion, el primer mártir jesuita y probablemente, tuvo oportunidad de leer el relato que de ese martirio escribió un testigo ocular. La lectura no debió ser particularmente agradable para quien sabía que pronto se hallaría exactamente en los mismos peligros. Sin embargo, la carta que Southwell escribió a ese propósito al P. Persons deja adivinar, bajo su aspecto de comunicado comercial, una nota de júbilo: "Campion os ha ganado la delantera cargando su nave de mercaderías inglesas y ha llegado ya al deseado puerto. Todos los días esperamos oír lo mismo de vos". En su carta al P. Aquaviva, General de la Compañía, escrita en 1586, desde Calais, al partir para Inglaterra, el beato Roberto manifiesta su deseo de morir martirizado, sin ocultar por ello los temores de la humana fragilidad: "Pienso menos en los suplicios que en la corona que me espera; pero la carne es débil y se resiste a la idea del martirio". El P. Southwell no era un aventurero impaciente que se embarcaba en una expedición excitante y prometedora, ni un santo de hagiografía barata asistido por los coros de ángeles; era simplemente un hombre de carne y hueso, dispuesto a renunciar aun a la misma vida por amor de Dios.

Aunque el miedo y la angustia se dejaban sentir de cuando en cuando, su voluntad permanecía firme, porque ponía su esperanza, no en sus fuerzas, sino en la gracia de Dios.

La autobiografía del P. Juan Gerard nos da una idea de lo que era la vida de un misionero jesuita en Inglaterra, en el siglo XVI: existencia amarga de trabajo intenso y de lucha, de viajes, de disfraces y de reuniones clandestinas; vida de fuga constante, hasta que llegaba por fin el momento de la captura, a la que seguía la tortura o una nueva huída. Después de soportar un lapso de vida tan agitada, el P. Southwell fue nombrado capellán de Lady Arundel. Ahí escribió sus dos más importantes obras en prosa: *Mary Magdalen's Funeral Tears* y *Epistle of Confort*, ambas con el objeto de animar y confortar a los católicos. Desconocemos la fecha en que el P. Southwell escribió sus poemas. Como en la época en que fue capellán de Lady Arundel y, sobre todo, cuando estuvo en la cárcel, tenía más tiempo libre, podemos suponer que los escribió en esos períodos.

Aunque en el caso del beato, el poeta tiene menos importancia que el sacerdote y el misionero, esto no significa que la poesía haya dejado de constituir una parte muy real de su existencia. Sus breves y elegantes poemas líricos, tan intensos y apasionados, revelan las cualidades de su espíritu de un modo discreto y, con frecuencia, emocionante; y nada puede poner más de relieve esas cualidades que el estudio de la vida en que se realizaron y expresaron. Los poemas del beato reflejan en forma muy vívida su valor y su sensibilidad; su fe en Dios y en la belleza de la creación, aun en medio de las peores brutalidades de la época; el extraño contraste de ese hombre santo y apacible obligado a huir de la ley, escondiéndose y disfrazándose, como si fuera un criminal. También reflejan su severo ascetismo y su devoción a una disciplina casi militar, necesaria para llevar a cabo su trabajo misional; su renuncia a todos los placeres del mundo, nacida no de un morboso deseo de castigar a la naturaleza, sino de un anhelo irresistible de sacrificio todo para obtener la "perla de gran precio". Es la eterna paradoja cristiana de "no tener nada y poseerlo todo". Y esa paradoja de la verdad cristiana fue la fuente de inspiración de Southwell. En "Nuevo Príncipe, nueva pompa", el poeta nos habla del sistema de valores introducido por el nuevo Príncipe cuya cuna fue un establo. En *Lauda Sion Salvatorem* traduce con gran acierto, en una forma de verso muy difícil, el himno de Santo Tomás de Aquino, con todo su énfasis en la aparente contradicción entre la fe y los sentidos, la razón y la revelación. El temperamento de Southwell estaba admirablemente dotado para sentir la aparente contradicción que se oculta bajo la también aparente sencillez del dogma cristiano, así como la tensión entre esos dos elementos con toda la profundidad de su significado, su riqueza de interpretación y las verdades complementarias a que da lugar.

Es natural que el Beato Roberto haya escrito en la forma popular de su época, ya que, aparte de otras razones que pueden haber existido, el estilo conceptuoso del fin del siglo XVI se prestaba especialmente para expresar las paradojas de la fe y los sentimientos que éstas provocaban en el poeta:

"Vivo, pero mi vida es muerte constante;
Muero, pero mi muerte es vida sin fin;
mi muerte-vida es una negación de mi vida-muerte
y la Vida que me espera coronará mi vida mortal."

Se ha comparado a Roberto Southwell con Sir Philip Sidney, por el tono general y el gusto de ambos hacia el estilo conceptuoso. Nada tiene esto de extraño, pues Sidney ejerció una profunda influencia sobre los poetas jóvenes de su época. Pero la semejanza se extiende también a la intensidad y al calor del sentimiento de ambos poetas, si bien las diferencias son todavía más interesantes y reveladoras que la semejanza. Sidney constituye el prototipo del caballero de su época, en tanto que Southwell era un jesuita perseguido, odiado acusado de traición. Pese a ello, Sidney y Southwell se habrían entendido bien porque ambos eran cultos, sensibles, pacíficos y muy íntegros. Como lo dice el P. Garnet: "Nuestro querido P. Southwell. . . era prudente, piadoso, amable y de gran atractivo personal"; y en otra parte: "¡Qué hombre tan extraordinario y querido fue el P. Southwell!"

La poesía del Beato Roberto es generalmente corta, compacta y muy intensa; bien trabajada y construida, pero no demasiado pulida ni exagerada; abundan las frases felices que emergen del laberinto de las palabras y de las ideas. Sin embargo, sus mejores poemas no son los más complicados; por ejemplo, el famoso "Burning Babe" es de un conceptualismo moderado que permite al lector seguir fácilmente la idea. El más conmovedor de sus poemas, *The Virgin Mary to Christ on the Cross*, es sencillo y directo y los pocos juegos de palabras que contiene no son desconcertantes.

Roberto Southwell fue un poeta lírico. Su emoción, su energía y su pasión, gobernadas por una severa disciplina impuesta a la vez por su vocación y su voluntad, buscaban naturalmente una expresión concisa en unas cuantas líneas pletóricas de significado y sentimiento. Ello hace que sus dos obras más largas sean menos interesantes; nos referimos a *Fourfold Meditation on the Four Last Things* (cuya autenticidad es dudosa) y a *St Peter's Complaint.* Pero cualquiera que sea su valor desde el punto de vista poético, lo importante es que sus poemas nos muestran una vez más cuáles eran los intereses del poeta: las amarguras de las cuatro últimas realidades de la vida humana; la forma en que el amor de Dios fue herido por el pecado; el deseo que Dios tiene de que el hombre se arrepienta y lo que espera al que no se arrepiente. En el prefacio a sus poemas Southwell se lamenta de que tantos de sus contemporános profanen el divino don de la poesía, empleándolo en cosas bajas y manifiesta su intención de servirse de la poesía y del estilo de su época "para capturar a sus contemporáneos en su propia trampa". Esto nos hace comprender que la dedicación con que el beato se consagró al estudio de su lengua durante los años de Roma, no tenía otro objeto que el de combatir al enemigo con sus propias armas. Y el estilo de Roberto Southwell era un arma excelente, ya que, mientras la poesía profana creaba laberintos de palabras y conceptos simplemente como un juego de ingenio, el conceptualismo de la poesía sagrada, sin perder nada de su valor, se convertía en un medio de expresar las más profundas verdades religiosas, tanto por el carácter paradójico del cristianismo, como por la habilidad de Southwell para expresar sus verdades.

Los poemas del beato fueron muy populares, pues su forma si no su contenido, cuadraba con el gusto de la época. Por otra parte, los católicos encontraron en ellos una verdadera lectura espiritual, expresada en términos a los que estaban más acostumbrados que nosotros. El beato encontraba la formulación exacta de lo que la vida era para los católicos de entonces: "una zigzagueante

carrera hacia un discutible reposo... un laberinto de innumerables caminos". La fragilidad de la felicidad humana y la vanidad de los placeres, sobre lo cual escribía Southwell, eran para los católicos una experiencia cotidiana; por ello, necesitaban que el beato les reconfortara con sus cantos triunfales sobre el cielo, la misericordia y el amor de Dios, el gozo espiritual que se encuentra en el sufrimiento y con sus traducciones de los himnos y reflexiones de la Iglesia sobre la vida del Salvador. Si el beato no tradujo los himnos de la Resurrección, fue precisamente porque su atención se hallaba concentrada en la vida, los sufrimientos y la muerte de Jesucristo, de los que su propia vida y la de todos los católicos ingleses eran un pálido reflejo.

"El amor no entiende las reglas de la razón, sino las del amor. No ve lo que se puede ni lo que se debe hacer, sino únicamente lo que desea hacer. Las dificultades no le amilanan y la imposibilidad no le detiene". Estas palabras del beato en *Mary Magdalen's Funeral Tears* expresan perfectamente la actitud en que vivió y murió, así como la actitud de su poesía, en la que la audacia de su fe y la agudeza de su inteligencia evitan el escollo de convertir la belleza lírica en fanatismo sin amor. Roberto Southwell no nos aconseja que no busquemos flores, sino que las busquemos en el cielo.

La obra de Janelle, *Roberth Southwell: the Writer* (1935), es el libro básico sobre el beato, por lo que se refiere a su actividad literaria; como se sabe, Roberto Southwell comparte los laureles de la poesía con otro jesuita, Gerard Manley Hopkins. En la obra de Janelle, una buena tercera parte se refiere a la biografía del beato, y ahí se encontrará una abundante bibliografía. La mejor edición de las obras de Roberto Southwell es la de Grosart (1872). Ver los artículos del P. Thurston en *The Month*, febrero y marzo de 1895, septiembre de 1905, y en *Catholic Encyclopedia*, vol. XIV, pp. 164-165. Challoner, en MMP., describe la escena del cadalso y transcribe dos cartas de Southwell a un amigo de Roma; también presenta la traducción de un manuscrito sobre el juicio del beato, que se conserva en Saint-Omer. Ver también Lee, en DNB.; Foley REPSJ, vol. I; *Catholic Record Society's publications*, vol. V; Child, en *Cambridge History of English Literature*, vol. IV; Hood, *The Book of Robert Southwell* (1926). La edición de Trotman de *Triumphs over Death*, incluye también la *Epístola* del beato a su padre, otras dos cartas, un resumen de su vida y algunas notas y reflexiones que, según Janelle, "son inexactas en parte, y algunas de ellas absurdas". La Compañía de Jesús celebra la fiesta del beato. Sobre la edición hecha por C. Bald de la *Humble Suplication to Her Majesty* (1953), ver *Analecta Bollandiana*, vol. LXXII (1954), p. 301. En 1955 el P. Christopher Devlin anunció la próxima publicación de un nuevo estudio sobre Southwell.

BEATO NOEL PINOT, MÁRTIR (1794 P.C.)

LA CAUSA del beato Noël se introdujo independientemente de las de los otros mártires de la Revolución; esto le ha distinguido particularmente entre las múltiples víctimas del "Reinado del Terror". El beato fue un humilde sacerdote que pasó su vida en el trabajo parroquial. Había nacido en Angers en 1747, donde hizo los estudios ordinarios del clero diocesano. Después de trabajar como vicario en una o dos parroquias, en las que se distinguió por la solicitud con que asistió a los enfermos de un hospital de incurables, fue nombrado cura de una parroquia del pueblecito de Louroux Béconnais, en 1788. Con su celo y devoción obtuvo abundantes frutos entre sus feligreses.

En 1790, la Asamblea Constituyente obligó a Luis XVI a aprobar la "Constitución Civil del Clero", que atacaba los principios fundamentales del gobierno de la Iglesia y exigía que los sacerdotes prestasen un juramento condenado por la Santa Sede. Como tantos otros buenos sacerdotes, el beato se negó a hacer

semejante juramento. Fue por eso arrestado y el tribunal de Angers le condenó a abandonar el gobierno de su parroquia, durante dos años. Pero ello no impidió que el P. Pinot ejerciera secretamente el ministerio sacerdotal y trabajase ardientemente por ayudar a corregirse a muchos sacerdotes que no se habían mostrado tan firmes como él. Cuando la región de la Vendée se rebeló contra el gobierno, el P. Pinot tomó inmediatamente las riendas de su parroquia, con gran alegría de los fieles; y aun cuando las fuerzas republicanas recuperaron la región, el beato continuó su trabajo pastoral, desafiando a las autoridades civiles y militares. Durante algún tiempo logró evitar la prisión, pero finalmente fue entregado a las autoridades por un hombre con quien se había mostrado especialmente bondadoso. Fue capturado en el momento en que se estaba revistiendo para celebrar la misa. Los soldados le arrastraron por las calles, revestido con los ornamentos sacerdotales, entre los gritos de la chusma. Pasó doce días en la prisión, donde fue tratado brutalmente. Como se negase firmemente a prestar el juramento, fue condenado a la guillotina. El 21 de febrero de 1794, fue conducido al cadalso, revestido todavía con los ornamentos que llevaba cuando le apresaron; en el camino repitió varias veces en voz alta la oración del principio de la misa "Introibo ad altare Dei..." Fue beatificado en 1926.

Todos los hechos esenciales se hallan resumidos en los decretos publicados en *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XI (1919) y vol. XVIII (1926). Ver también A. Crosnier, *Le b. Noël Pinot* (1926).

22: LA CATEDRA DE SAN PEDRO

CON FRECUENCIA se oye hablar de las prerrogativas de la "corona", del heredero, del "trono", etc. En estas frases la insignia regia simboliza el oficio. Exactamente la misma metonimia se emplea en materia eclesiástica: "Sede" significa "cátedra", de suerte que "Santa Sede" quiere decir "Santa cátedra". La palabra cátedra es de origen griego y significa exactamente el sitio ocupado por un maestro autorizado para la enseñanza. Así, cuando se habla de una decisión "ex cathedra" del Papa, se trata de una decisión en la que el Sumo Pontífice habla como maestro universal de la Iglesia.

Se ha discutido mucho si el origen de la conmemoración de "la cátedra de San Pedro" proviene de la veneración que se tributaba en la Iglesia primitiva a la cátedra material en la que se sentaba el Apóstol o si, desde el principio, se trataba de una glorificación del oficio pontificial conferido a San Pedro y a sus sucesores por la consagración. En el artículo del 18 de enero hicimos mención de la antigua silla gestatoria o "cátedra de San Pedro", que se halla en el ábside de la basílica de Roma. De Rossi sostiene que la fiesta del 22 de febrero tenía por fin específico la veneración de esa reliquia; sin embargo, el mismo autor señala la expresión de San Gregorio Magno: "el óleo de la cátedra que San Pedro ocupaba en Roma", que parece referirse al aceite de las lámparas que se encendían delante de un trono de piedra en el cementerio Ostriano, donde San Pedro acostumbraba bautizar. De Rossi relaciona esta reliquia con la fiesta del 18 de enero. No es imposible que las dos fiestas se originen realmente en dicha tradición, pero en la actualidad casi todos los autores niegan que la celebración de la cátedra de San Pedro tenga algo que ver con un objeto

material, basándose en los vigorosos argumentos de Mons. Duchesne, de Marucchi y otros. Como lo hace notar Duchesne, por antiguo que sea el trono que se halla en el Vaticano, la primera mención que se hace de él data de 1217. "Pedro Malio, que describió la basílica de San Pedro (1159-1181), no dice ni una palabra sobre él; y, dado que tiende a extenderse sobre todas las reliquias de la basílica, su silencio prueba que no se veneraba entonces la cátedra material del Apóstol". Por otra parte, las colectas y lecciones antiguas de la celebración litúrgica, dejan ver que el objeto principal de la fiesta era la glorificación del *oficio* de San Pedro.

En el artículo del 18 de enero explicamos que, originalmente, no existía sino una fiesta, la del 22 de febrero, y que no se refería a Antioquía, sino más probablemente al principio del pontificado de San Pedro en Roma. Lo cierto es que el calendario filocaliano, donde aparece una lista de las fiestas litúrgicas que se celebraban en Roma en el año 354, o quizá desde el año 336, cita la festividad del "natale Petri de cathedra", es decir, de la cátedra de San Pedro ya que en aquella época, la palabra latina "natale" había pasado a significar "aniversario". Así pues, es absolutamente cierto que a mediados del siglo IV, pocos años después de la muerte del emperador Constantino, la Iglesia de Roma celebraba una fiesta relacionada con la consagración y el oficio pastoral de San Pedro. Lo que resulta discutible es que dicha fiesta tuviera algo que ver con Antioquía, pues el calendario de San Wilibrordo (*c.* 704 P.C.), que habla de la "Cathedra Petri in Antiochia", es muy posterior. Además, en el "Hieronymianum" de Auxerre, que data del siglo VI, la "Cathedra Petri in Roma" parece relacionarse con el 18 de enero; pero las liturgias galicanas, o por lo menos la mayoría de ellas, prefieren el 22 de febrero, aunque sin mencionar a Antioquía.

Uno de los elementos más importantes de la cuestión es el hecho de que los paganos celebraban, el 22 de febrero, la conmemoración de los difuntos. Dicha celebración se llamaba "Feralia" o "Parentalia" debido a la costumbre de llevar pan a las tumbas de los parientes difuntos. Con todo, es difícil determinar plenamente la fecha de la celebración y si bien Ovidio habla de las Feralia del 18 de febrero, la expresión que usa ("parentales dies") significa que la celebración duraba varios días. Por otra parte, algunos documentos antiguos hablan más bien del 21 de febrero. Como lo indica Kellner, durante las Parentalia "no se celebraban matrimonios, los templos permanecían cerrados, y los magistrados se despojaban de las insignias de su cargo." A la conmemoración de los difuntos seguía, el 22 de febrero, la fiesta de los parientes vivos, llamada "Charistia" o "Cara Cognatio". Esta última celebración no formaba parte de la liturgia oficial. . . , "pero era extremadamente popular y más arraigada en las costumbres que cualquiera otra de las fiestas". Esto nos hace suponer que la institución de la fiesta de la cátedra de San Pedro tuvo originalmente la finalidad de sustituir los ritos paganos (cf. 1o. de enero, en relación con la celebración del Año Nuevo, y la fiesta de la Purificación, que sustituyó las Robigalia y las Lupercalia). No faltan documentos que confirman esta hipótesis. Por ejemplo, el calendario de Polemio Silvio, compilado en la Galia hacia el año 448, dice el 22 de febrero: "La deposición de los Santos Pedro y Pablo; en otra época se hacía mención de la "cara cognatio" o queridos parientes, porque en el momento en que se celebra a los muertos, hay que olvidar todas las diferencias que pueden existir entre parientes". Esta frase parece indicar claramente que

la fiesta de San Pedro y San Pablo que se celebraba en este día, había sido introducida para reemplazar la celebración pagana de la Charistia. Probablemente la celebración litúrgica variaba poco, aunque en unas partes fuese conocida con el nombre de "la cátedra de San Pedro en Roma" y en otras con el nombre de "la deposición de los Santos Pedro y Pablo"; en ambos casos se trataba de la glorificación de las prerrogativas de la Santa Sede.

Una muestra sorprendente de la vitalidad de las supersticiones paganas es el hecho de que, a mediados del siglo XII, la fiesta del 22 de febrero se llamaba todavía "el día del banquete de San Pedro". "El liturgista Beleth, a quien debemos este dato, parece haber sido inglés, aunque pasó gran parte de su vida en Francia y se refiere probablemente a este país. Después de explicar que las dos fiestas de la cátedra de San Pedro cáen cerca de septuagésima, Beleth nos informa que la celebración de la cátedra de Antioquía, es decir la de febrero, era la más solemne y se conocía vulgarmente con el nombre de "festum Petri epularum" o "banquete de San Pedro". Porque, continúa el autor, "los paganos de la antigüedad acostumbraban llevar una buena cantidad de alimentos a las tumbas de sus parientes un día del mes de febrero; los demonios hacían desaparecer dichos alimentos durante la noche, aunque los paganos creían con firmeza el absurdo de que esas viandas aprovechaban a las almas de los muertos que erraban entre las sepulturas. Resultó muy difícil desarraigar estas supersticiones, cuando los paganos se convirtieron al cristianismo. Viendo esto, algunos hombres de Dios instituyeron las fiestas de la cátedra de San Pedro en Roma y en Antioquía, coincidiendo con las fechas en que se celebraban estas abominaciones paganas, a fin de acabar enteramente con esa odiosa práctica. En recuerdo de los ricos manjares que se llevaban antiguamente a los muertos, la fiesta empezó a llamarse 'el día del banquete de San Pedro' ".

Es evidente por lo tanto, que las alusiones a las costumbres mortuorias de los paganos están en relación con la fiesta del 22 de febrero. Lo que resulta más difícil es explicar la duplicación de la fiesta. Se han lanzado varias hipótesis al respecto: la más plausible es la de Mons. Duchesne: como la celebración del 22 de febrero caía frecuentemente dentro de la cuaresma, no era posible observarla con gran pompa. Así pues, "en las regiones del rito galicano, donde se consideraba a la cuaresma incompatible con la veneración de los santos, se resolvió la dificultad trasladando la fiesta a una fecha anterior". Probablemente se escogió el 18 de enero, por ser el primer día en que puede caer la domínica de septuagésima; evidentemente, si se hubiera escogido el 17 de enero, se habría evitado que la celebración de la cátedra de San Pedro coincidiera aun con la de septuagésima, pero no es difícil que haya intervenido un ligero error de cálculo, pues, aunque septuagésima puede caer el 18 de enero, esto es rarísimo. La última vez que ocurrió fue en 1818 y no volverá a suceder, sino hasta el año 2285. Por otra parte, el "Hieronymianum" parece haber trasladado al 18 de enero una fiesta de Nuestra Señora, por la misma razón. Todo ello nos lleva a suponer que la fiesta de la conversión de San Pedro era originalmente una especie de octava de la celebración de la cátedra de San Pedro. No olvidemos que Polemio Silvio llama a esta última "Depositio SS. Petri et Pauli", lo cual indica que estaba relacionada con los dos Apóstoles.

Lo que desconcierta es comprobar que si bien la fiesta de la cátedra de San Pedro empezó a celebrarse en Roma desde muy antiguo, durante un período

desapareció del calendario romano. En los sacramentarios gregoriano y gelasiano y en el antifonario romano no se hace mención de ella. Las Iglesias de Africa y del oriente no la adoptaron nunca. En Monte Casino y en Nápoles no existen indicios de que se haya celebrado dicha fiesta. Tal vez las festividades paganas de las Parentalia y de la Charistia desaparecieron en Roma antes del siglo VI, aunque siguieron celebrándose en la Galia. En tal caso, como la fiesta de la cátedra de San Pedro había ya cumplido con su fin y como, por otra parte, podía interferir con la nueva organización de las estaciones cuaresmales, no es imposible que haya sido suprimida en Roma. Lo cierto es que no fue suprimida en la Galia y que, aunque en algunos sitios fue transladada al 18 de enero, la mayoría de los calendarios conservaron la primitiva fecha del 22 de febrero. Para explicar la duplicación de la fiesta, alguien ha lanzado la hipótesis de que la celebración del 18 de enero conmemoraba el principio del pontificado de San Pedro en Roma, en tanto que la del 22 de febrero se refería a Antioquía, ya que en los siglos IV y V la tradición insistía particularmente en la relación entre San Pedro y dicha ciudad. La Galia acogió con entusiasmo la duplicación de la fiesta y Roma debió también adoptarla, más tarde. Sería un caso paralelo al de las Rogativas, que se originaron en la Galia y fueron después adoptadas en Roma, y al de tantas otras costumbres litúrgicas.

Ver Cabrol, en DAC., vol. III, pp. 76-90; Duchesne, *Origines du culte chrétien*, pp. 279-280; Kellner, *Heortology* (1908), pp. 301-308; De Rossi, en *Bullettino di archeologia cristiana,* 1867, p. 38. Ver igualmente Belethus, *Rationale div. off.*, en Migne, PL., vol. CCII, cc. 9 ss.; pseudo-Agustin, en Migne, PL., vol. XXXIX, c. 2102; G. Morin, en *Revue Bénédictine,* vol. XIII, pp. 343-346; GMH., p. 109.

SAN PAPIAS, Obispo (Siglo II)

No se sabe mucho sobre la vida de Papías. Los detalles que trae Eusebio (Hist. eccl., vol. III, c. XXXIX) dejan al lector un poco perplejo por la falta de precisión y por algunas apreciaciones contradictorias.

Era originario de Frigia y nació pocos años antes que Policarpo (hacia el 69). Según testimonio de San Ireneo, fue discípulo de San Juan y familiar de Policarpo. Sin embargo, en el prefacio de su obra, Papías dice que no vio ni escuchó a los Apóstoles. Nos dice, eso sí, que recibió las enseñanzas de la fe de quienes los habían conocido. Eusebio afirma que el santo escribió las siguientes frases: "Para ti lector, no dudaré en añadir lo que yo aprendí de los presbíteros, cuyo recuerdo he conservado fielmente, para confirmar la verdad de mis explicaciones. Yo no me agradaba con quienes hablaban bellamente, sino con quienes enseñaban la verdad. No amaba yo a quienes traían mandamientos extraños, sino a quienes transmitían los preceptos impuestos por el Señor a nuestra fe, nacidos de la verdad misma. Cuando me encontraba con alguno de los que habían vivido en compañía de los presbíteros, me preocupaba por saber lo que ellos habían dicho, lo que dijeron Andrés, o Pedro, o Felipe, o Tomás, o Santiago, o Juan, o Mateo, o algún otro de los discípulos del Señor. No creía yo encontrar en lo que hay en los libros, algo que me fuera tan provechoso, como las cosas expresadas por una palabra que permanecía viva".

Es bueno hacer notar, añade Eusebio, que Papías menciona dos personajes llamados Juan: sitúa en primer lugar a un Juan junto con los nombres de Pedro, Santiago, Mateo y el resto de los Apóstoles: es al evangelista, a quien indica

con toda claridad. A continuación introduce una distinción y sitúa al segundo Juan entre otro grupo que no es el apostólico. Lo coloca después de Aristión y positivamente le da el nombre de presbítero, hombre de la generación que le precedía a él mismo. Así, se encontraría confirmada la afirmación de los que defienden la existencia de dos hombres llamados Juan, en Asia, y de que existen en Efeso dos tumbas que todavía llevan ese nombre.

Papías reconoce haber recibido la doctrina de los Apóstoles, por quienes trataron con ellos. Por otra parte, dice que fue oyente directo de Aristión y de Juan el presbítero. Estas son las fuentes de donde tomó lo que nos ha dejado en sus escritos: mezcla elementos venidos —nos dice— por una tradición oral, parábolas extranjeras, narraciones completamente fabulosas, por ejemplo, a propósito del milenarismo. Es muy probable, ha escrito Dom J. Chapman, que Papías tuviera un Nuevo Testamento con los cuatro Evangelios, los Hechos de los Apóstoles, las principales epístolas de San Pablo, el Apocalipsis, las epístolas de San Juan, y la primera epístola de San Pedro.

Se ignora cómo murió Papías. Algunos, fundándose en lo que dice la crónica pascual, han creído que sufrió el martirio en Pérgamo, en 163. Pero esta fecha parece ser muy posterior a la que se le asigna comúnmente. Además, el pasaje de Eusebio (Hist, eccl., vol. IV, c. XV, n. 46) no se aplica a Papías.

Las opiniones equivocadas de Papías no han impedido reconocerlo comúnmente como a un santo. Así lo califica San Jerónimo; sin embargo los martirologios no mencionan su nombre, sino es a partir del siglo IX: lo traen Adón y Usuardo. Algunos lo sitúan el día 17 de mayo. El Martirologio Romano lo nombra el 22 de febrero.

Además de Eusebio, ya citado, consultar San Jerónimo, *De scriptoribus ecclesiasiticis.*— *Acta sanct.*, 22 de febrero, con un comentario histórico.— Tillemont, *Mémoires pour servir . . .*, vol. II, p. 296.—J. Chapman, *Le temoignage de Jean le Présbyter en Rev. ,bénéd.*, vol. XXII, 1905, p. 357.

SANTOS TALASIO y LIMNEO (*c.* 450 P.C.)

TEODORETO, OBISPO de Chipre, conoció personalmente a estos santos y escribió su alabanza en "Pihloteus", describiendo a Talasio como un asceta de extraordinaria sencillez y bondad, que superó en santidad a todos sus contemporáneos. "Yo le visité con frecuencia —dice Teodoreto— y tuve gratas conversaciones con él." Talasio vivía en una cueva de la montaña, al sur de la ciudad de Tilima, en Siria, a donde fue a reunírsele Limneo, quien era mucho más joven. Para dominar su lengua, Limneo guardó completo silencio durante mucho tiempo; aplicando el mismo método para otros defectos, llegó a obtener el dominio completo de sí mismo. Más tarde, Limneo fue a vivir con otro solitario, el famoso San Marón, bajo cuya dirección se perfeccionó en la virtud. Finalmente se retiró, totalmente solo, a la cumbre de una montaña, donde se encerró dentro de un cerco de piedras sin techo. Una especie de pequeña ventana le conservaba en contacto con el mundo exterior. La puerta estaba sellada y sólo se abría para dar paso al obispo Teodoreto. El anacoreta se hizo famoso por las curaciones que obró: los enfermos y posesos se acercaban a su ventana y el santo les curaba, haciendo sobre ellos la señal de la cruz. Limneo sufrió una vez en el pie, la mordedura de una serpiente; al ejecutar un movimiento de defensa, fue mordido también en las manos. El dolor fue terrible, pero el santo se curó con la

oración. Limneo tenía particular afecto por los ciegos, a quienes instruía y enseñaba a cantar himnos religiosos. Construyó dos casas para ellos cerca de su celda, e hizo cuanto pudo por ayudarles. Teodoreto cuenta que Limneo llevaba ya treinta y ocho años viviendo de esta suerte, cuando él escribió su historia.

La fuente principal sobre ambos santos es el *Philoteus* de Teodoreto, pero también los sinaxarios griegos dan muchos detalles sobre ellos.

SANTA MARGARITA DE CORTONA. (1297 P.C.)

LA ANTÍFONA del "Benedictus" en el oficio de Santa Margarita de Cortona, la llama "la Magdalena de la Orden Seráfica". En uno de sus coloquios con la santa, el Señor le dijo: "Tú eres la tercera lumbrera que he dado a la orden de mi amado Francisco. El fue la primera, entre los frailes; Clara fue la segunda, entre las religiosas; tú serás la tercera para dar ejemplo de penitencia".

Margarita era hija de un modesto agricultor de Laviano de Toscana. Tuvo la desgracia de perder a su madre a los siete años de edad. La segunda esposa de su padre (con quien éste se casó a los dos años de viudo) era una mujer dominadora que no soportaba la vivacidad y travesuras de su hijastra. Nada tiene de extraño que Margarita, que era hermosa y necesitaba sentirse amada, haya cedido con facilidad a las proposiciones de un joven caballero que la invitó a huír con él a su castillo, engañándola con el señuelo de un porvenir de lujo y de amor. El joven le prometió casarse con ella, pero no cumplió su palabra, y Margarita fue su amante durante nueve años, con gran escándalo de la población, especialmente cuando la joven se paseaba por las calles de Montepulciano en un soberbio caballo, vestida como una princesa. Sin embargo, Margarita no parece haber sido nunca la mujer abandonada a todos los vicios, como se describió a sí misma más tarde. Fue fiel a su amante, de quien tuvo un hijo y a quien exhortó frecuentemente a legitimar su unión. A pesar de su aparente ligereza, Margarita se dolía algunas veces de la vida de pecado que llevaba. Un día, su amante salió a visitar una de sus posesiones y no regresó. Margarita le esperó angustiada toda la noche y al día siguiente, el perro que acompañaba al caballero volvió solo. Margarita se echó una capa sobre los hombros y siguió al perro a través del bosque, hasta el pie de una encina; ahí comenzó a escarbar el animal y Margarita descubrió, horrorizada, el cuerpo mutilado de su amante, que había sido asesinado, arrojado en un pozo y recubierto con hojas.

Al ver en esto el dedo de Dios, Margarita se arrepintió de su vida de pecado. Después de haber devuelto a los parientes de su amante todas las posesiones (excepto unos cuantos objetos de adorno, que vendió para repartir el producto entre los pobres), abandonó Montepulciano, vestida con una túnica de penitencia y llevando de la mano a su hijito. Así se presentó en su hogar a pedir perdón; pero su padre, mal aconsejado por su esposa, se negó a admitirla. Margarita se hallaba al borde de la desesperación, cuando tuvo la inspiración de ir a pedir ayuda a los Frailes Menores de Cortona, de cuya bondad con los pecadores había oído hablar. Al llegar a Cortona no sabía a dónde dirigirse; su triste aspecto llamó la atención de dos damas, Marinana y Raneria, quienes le preguntaron si podían ayudarla. La santa les contó su historia y les explicó por qué había ido a Cortona. Las dos damas la condujeron con su hijo a su propia casa y, después la pusieron en contacto con los franciscanos, quienes la acogieron,

y se convirtieron en sus padres en Cristo. Margarita tuvo que luchar durante tres años contra la tentación, pues su cuerpo no estaba todavía sometido al espíritu. En esta lucha le ayudaron mucho dos franciscanos: Juan de Castiglione y Giunta Bevegnati. Este último era su confesor ordinario y más tarde escribió la "leyenda" de la santa. Los dos frailes la dirigieron sabiamente en sus períodos de entusiasmo y decaimiento, serenándola en los unos y animándola en los otros. En los primeros tiempos de su conversión, Margarita fue un domingo a misa a Laviano, su ciudad natal, llevando una cuerda atada al cuello y pidió públicamente perdón por el escándalo que había dado. Quiso también atravesar las calles de Montepulciano con aquel signo de penitencia, pero fray Giunta se lo prohibió diciéndole que eso no convenía a una mujer y que sería para ella una ocasión de orgullo espiritual. Sin embargo, le permitió más tarde ir un domingo a pedir perdón de sus pecados. Fray Giunta le prohibió igualmente que se mutilase el rostro, como tenía intención de hacerlo, y moderó las excesivas austeridades de la santa. "Padre —le dijo Margarita en cierta ocasión—, no me pidáis que pacte con mi cuerpo, porque es imposible. Mi cuerpo y yo estaremos en constante lucha hasta el día de mi muerte".

Margarita había empezado a ganarse la vida, sirviendo en casa de las damas de la ciudad; pero pronto renunció a ello para consagrarse a la oración y al cuidado de los pobres. Abandonando la casa de las damas que la habían albergado, se fue a vivir en una casucha de un barrio apartado, donde se sostenía con las limosnas de las gentes del lugar. Cuando recibía algún platillo bueno, lo daba a los pobres; para sí y para su hijo no guardaba sino los restos. Esta aparente falta de ternura con su hijo en una mujer que era tan bondadosa con los demás, puede parecer extraña, pero probablemente constituía una nueva manera de mortificarse a sí misma. A los tres años de esta vida, las tentaciones se retiraron y la santa alcanzó un nivel más alto de espiritualidad cuando empezó a comprender, por propia experiencia, el amor que Cristo profesaba a su alma. Margarita había pedido la admisión en la Tercera Orden de San Francisco; convencidos finalmente de la sinceridad de su conversión, los frailes le permitieron tomar el velo. Poco después, el hijo de Margarita fue a estudiar a la escuela de Arezzo, en la que permaneció hasta su ingreso en la orden franciscana. Desde el momento en que perteneció a la orden, Margarita empezó a progresar rápidamente en la oración y llegó a una comunión muy íntima con Jesucristo. Los éxtasis abundaban y el Salvador se convirtió en el tema dominante de su vida. Fray Giunta nos ha conservado algunos de los coloquios de la santa con el Señor, así como la descripción de algunas de sus visiones; pero hace notar que la santa tenía repugnancia a hablar de ello aun con su confesor y que sólo lo hacía, cuando Dios le ordenaba hacerlo o cuando temía ser víctima de una ilusión.

No todas las comunicaciones celestiales que recibió Margarita se referían a ella. En una ocasión recibió la orden de exhortar al obispo Guillermo de Arezzo a la enmienda y a que dejase de hacer la guerra a la diócesis de Cortona. El obispo, que era turbulento y mundano, se sintió sin embargo impresionado por el aviso de la santa e hizo las paces con Cortona poco después. Las gentes atribuyeron este hecho a la mediación de Margarita. En 1289, Margarita intentó de nuevo evitar la guerra entre el obispo y los güelfos, pero en esa ocasión no tuvo éxito. Guillermo de Arezzo murió diez años después de la batalla. Sin

embargo, antes de su muerte, el obispo había hecho un gran beneficio a Margarita y a la ciudad de Cortona, pues en 1286 había concedido a la santa el permiso escrito de organizar en forma permanente la ayuda a los enfermos y a los pobres. Según parece, Margarita les asistía al principio en su propia casucha; pero más tarde se le unieron algunas mujeres, una de las cuales, llamada Diabela, le regaló una casa para que la convirtiese en hospital. Margarita se ganó el apoyo del principal ciudadano de Cortona, Uguccio Casali, y éste persuadió al Concejo de la ciudad para que ayudase a la santa a construir el hospital de Santa María de la Misericordia. Las enfermeras eran terciarias franciscanas, formadas por Margarita en una congregación con estatutos especiales; el pueblo las llamaba las "poverellas". Margarita fundó además la cofradía de Nuestra Señora de la Misericordia, que tenía por fin sostener al hospital y buscar y asistir a los enfermos.

Con los años, Margarita iba entregándose cada vez más a la penitencia. Pasaba casi toda la noche en oración y contemplación; dormía en el suelo; se alimentaba con un poco de pan y verduras, y no bebía más que agua; vestía una camisa de cerdas y, se suministraba sangrientas disciplinas por sus propios pecados y por los ajenos. A pesar de las extraordinarias gracias que Dios le concedió, tuvo que soportar tremendas pruebas durante su vida. Una de ellas llegó inesperadamente, ocho años antes de la muerte de la santa. Desde el principio, había habido en Cortona algunas personas que dudaban de las sinceridad de Margarita y todas las muestras de fervor de la santa no habían bastado para convencerlas. Esas mismas personas empezaron a difundir calumnias sobre sus relaciones con los franciscanos, especialmente con fray Giunta y consiguieron despertar tales sospechas en el pueblo, que la veneración que éste profesaba a Margarita se convirtió en desprecio, como si se tratase de una mujer loca e hipócrita. Los mismos frailes se dejaron influenciar por las calumnias; se prohibió a fray Giunta que visitase a la santa y, en 1289, fue enviado por sus superiores a Siena. Los franciscanos habían interpretado mal el hecho de que la santa, tratando de vivir más retirada por orden divina, se hubiese cambiado el año anterior a una casucha más alejada del convento. Según cuenta fray Giunta, sus hermanos, viendo que la salud de Margarita iba de mal en peor, habían temido que no les fuesen confiadas las reliquias de la santa, después de su muerte. Margarita soportó con serenidad y mansedumbre todas estas pruebas y se consagró, con mayor intensidad que nunca, a la oración. De este modo la conducía Dios hacia la perfección.

Algún tiempo antes de la muerte de la santa, el Señor le dijo: "Es preciso que demuestres que te has convertido realmente... Las gracias que he derramado sobre ti no son para ti sola". Obediente a la voz de Dios, Margarita se dedicó, con todas sus fuerzas, a atacar el vicio y a convertir a los pecadores y tuvo gran éxito en esta tarea. Los tibios volvían a frecuentar los sacramentos, los pecadores hacían penitencia y las querellas entre cristianos desaparecían. Fray Giunta cuenta que la fama de las conversiones se extendió muy pronto y que los pecadores endurecidos acudían a Cortona a oír las exhortaciones de la santa, no sólo en todos los rincones de Italia, sino aún en Francia y España. La intercesión de la santa obró también numerosas curaciones, y el pueblo de Cortona, que había olvidado ya sus antiguas sospechas, acudía a la santa en todas sus dificultades. Por fin, las fuerzas de Margarita comenzaron a debilitarse rápi-

damente y Dios le reveló la fecha y la hora de su muerte. Recibió los últimos sacramentos de manos de fray Giunta y murió a los cincuenta años de edad, después de veinte años de penitencia. Fue aclamada como santa el día mismo de su muerte y en ese año, los ciudadanos de Cortona empezaron a construir una iglesia en su honor. Aunque no fue formalmente canonizada sino hasta 1728, la diócesis de Cortona y la Orden Seráfica habían obtenido, desde dos siglos antes, el permiso de celebrar su fiesta. Lo único que queda de la iglesia original, construida por Nicolás y Juan Pisano, es una ventana. En la iglesia actual, de estilo muy pobre, se halla el cuerpo de Margarita, bajo el altar mayor, y una estatua de la santa con su perro, que se debe a la mano de Juan Pisano.

La principal fuente histórica sobre la vida de Santa Margarita es la leyenda de Fray Giunta Bevegnati. Es probable que el manuscrito 61 del convento de Santa Margarita de Cortona, haya sido corregido por el propio autor. Ver el texto en *Acta Sanctorum,* febrero, vol. III. Existen también las ediciones más recientes de Ludovico de Pélago (1793) y E. Cirvelli (1897). Ver igualmente Cuthbert, *A Tuscan Penitent* (1907); Leopold de Chérancé, *Marguerite de Cortone* (1927); M. Nuti, *Margerita da Cortona: la sua legenda e la storia* (1923); F. Mauriac, *Margaret of Cortona* (1948), y otra vida en francés, escrita por R. M. Pierazzi (1947).

23: SAN PEDRO DAMIAN, CARDENAL Y OBISPO DE OSTIA, DOCTOR DE LA IGLESIA (1072 P.C.)

SAN PEDRO Damián es una de esas figuras severas que, como San Juan Bautista, surgen en las épocas de relajamiento para apartar a los hombres del error y traerles de nuevo al estrecho sendero de la virtud. Pedro Damián nació en Ravena. Habiendo perdido a sus padres cuando era muy niño, quedó al cuidado de un hermano suyo, quien le trató como si fuera un esclavo. Para empezar, le mandó a cuidar los puercos en cuanto pudo andar. Otro de sus hermanos, que era arcipreste de Ravena, se compadeció de él y decidió encargarse de su educación. Viéndose tratado como un hijo, Pedro tomó de su hermano el nombre de Damián. Este le mandó a la escuela, primero a Faenza y después a Parma. Pedro fue un buen discípulo y, más tarde, un magnífico maestro. Desde joven se había acostumbrado a la oración, la vigilia y el ayuno. Llevaba debajo de la ropa una camisa de pelo para defenderse de los atractivos del placer y de los ataques del demonio. Hacía grandes limosnas, invitaba frecuentemente a los pobres a su mesa y les servía con sus propias manos.

Algún tiempo después, Pedro decidió abandonar enteramente el mundo y abrazar la vida monacal en otra región. Un día en que se hallaba reflexionando sobre su proyecto, se presentaron en su casa dos benedictinos de la reforma de San Romualdo, que pertenecían al convento de Fonte Avellana. Pedro les hizo muchas preguntas sobre sus reglas y modo de vida. Sus respuestas le dejaron satisfecho, e ingresó en esa comunidad de ermitaños, que gozaba entonces de gran reputación. Los ermitaños habitaban en celdas separadas, consagraban la mayor parte del tiempo a la oración y lectura espiritual, y vivían con gran austeridad. Las vigilas excesivas hicieron que Pedro enfermase de insomnio; la curación fue larga, pero esto le enseñó a ser más prudente. Aleccionado por esa experiencia, se dedicó con mayor ahínco a los estudios sagrados, y llegó a ser

tan versado en la Sagrada Escritura, como antes lo había sido en las ciencias profanas. Los ermitaños le eligieron unánimemente para suceder al abad cuando este muriese; como Pedro se resistiera a aceptar, el propio abad se lo impuso por obediencia. Así pues, a la muerte del abad, hacia el año 1043, Pedro tomó la dirección de la comunidad, a la que gobernó con gran prudencia y piedad. Igualmente fundó otras cinco comunidades de ermitaños, al frente de las cuales puso a otros tantos priores bajo su propia dirección. Su principal cuidado era fomentar entre los monjes el espíritu de retiro, caridad y humildad. Muchos de los ermitaños llegaron a ser lumbreras de la Iglesia; entre otros, Santo Domingo Loricato y San Juan de Lodi, quien sucedió a San Pedro en la dirección del convento de la Santa Cruz, escribió su biografía y fue más tarde obispo de Gubio. Varios Papas emplearon a San Pedro Damián en el servicio de la Iglesia, Esteban IX le nombró, en 1057, cardenal y obispo de Ostia, a pesar de la repugnancia del santo. Pedro rogó muchas veces al Papa Nicolás II que le permitiese renunciar al gobierno de la diócesis y volver a su vida de ermitaño, pero el Sumo Pontífice se negó a ello. Alejandro II, que amaba mucho al santo, accedió finalmente a sus súplicas, pero se reservó el poder de emplearle en el servicio de la Iglesia, en caso de necesidad. San Pedro Damián se consideró desde ese momento libre, no sólo del gobierno de su diócesis, sino también de la supervisión de las diversas comunidades, y volvió al convento como simple monje.

En ese retiro edificó a la Iglesia con su humildad, penitencia y compunción; con sus escritos ayudó a mantener la observancia de la moral y de la disciplina. Su estilo es vehemente, y todas sus obras llevan la huella de su espíritu estricto, particularmente cuando se trata de los deberes de los clérigos y monjes. El santo reprendió severamente al obispo de Florencia por haber jugado una partida de ajedrez; el prelado reconoció humildemente que San Pedro Damián tenía razón, recibió la reprimenda con gran humildad, y aceptó como penitencia recitar tres veces el salterio, lavar los pies a doce pobres y darles una moneda de limosna. El santo escribió un tratado al obispo de Besançon, en el que atacaba la costumbre que tenían los canónigos de esa diócesis de cantar sentados el oficio divino. San Pedro Damián recomendaba el uso de la disciplina más que los ayunos prolongados. Escribió cosas muy severas sobre las obligaciones de los monjes y protestó contra la costumbre de las peregrinaciones, pues consideraba que el retiro era la condición esencial del estado monacal. Como decía, con razón: "Es imposible restaurar la disciplina una vez que ésta decae; si nosotros, por negligencia, dejamos caer en desuso las reglas, las generaciones futuras no podrán volver a la primitiva observancia. Guardémonos de incurrir en semejante culpa y transmitamos fielmente a nuestros sucesores el legado de nuestros predecesores". El santo combatió con gran vigor la simonía y predicó el celibato eclesiástico. Como quería que los monjes llevaran una severa vida ascética y semieremítica, así pedía que el clero diocesano viviese en comunidad. Su carácter vehemente se manifestaba en todos sus actos y palabras. Se ha dicho de él que "su genio consistía en exhortar y mover al heroísmo, en predicar acciones extraordinarias y recordar ejemplos conmovedores . . . ; en sus escritos arde el fuego de una extraordinaria fuerza moral".

A pesar de su severidad, San Pedro Damián sabía tratar a los pecadores con bondad e indulgencia, cuando la caridad y la prudencia lo pedían. Enrique IV de Alemania se había casado con Berta, la hija de Otón, marqués de las Marcas de Italia; pero dos años más tarde, había pedido el divorcio, alegando

que el matrimonio no había sido consumado. Con promesas y amenazas logró ganar para su causa al arzobispo de Mainz, quien convocó un concilio para anular el matrimonio; pero el Papa Alejandro II le prohibió cometer semejante injusticia y envió a San Pedro Damián a presidir el sínodo. El anciano legado se reunió en Frankfurt con el rey y los obispos, les leyó las órdenes e instrucciones de la Santa Sede y exhortó al rey a guardar la ley de Dios, los cánones de la Iglesia y su propia reputación y también, a reflexionar sobre el escándalo y el mal ejemplo que daría, si no se sometiera. Los nobles se unieron al santo para rogar al joven monarca que no manchase su honor. Ante tal oposición, Enrique tuvo que renunciar a su proyecto de divorcio, aunque interiormente no cambió de actitud y concibió un odio todavía más profundo por su esposa.

Pedro retornó, en cuanto pudo, a su retiro de Fonte Avellana. Practicó todas las austeridades que predicaba a otros hasta el fin de su vida. En los ratos en que no se hallaba absorto en la oración o el trabajo, acostumbraba hacer cucharas de madera y otros utensilios para no estar ocioso. El Papa Alejandro II envió a San Pedro Damián a arreglar el asunto del arzobispo de Ravena, que había sido excomulgado por las atrocidades que había cometido. Cuando San Pedro llegó, el arzobispo ya había muerto; pero el santo pudo convertir a sus cómplices, a los que impuso justa penitencia. Este fue el último servicio público que el santo prestó a la Iglesia. A su vuelta a Roma, se vio atacado por una aguda fiebre en un monasterio de las afueras de Faenza, donde murió al octavo día, el 22 de febrero de 1072, mientras los monjes recitaban los maitines alrededor de su lecho.

San Pedro Damián fue uno de los predecesores del monje Hildebrando. Fue un elocuente predicador y un escritor fecundo. Fue declarado doctor de la Iglesia en 1828.

Aunque la biografía escrita por su discípulo, Juan (casi seguramente Juan de Lodi, que fue más tarde arzobispo de Gubio), constituye un relato coherente de la vida del santo, su historia puede reconstruirse a base de las crónicas de la época y de los sermones y cartas de San Pedro Damián. La biografía escrita por Juan se halla en *Acta Sanctorum*, febrero, vol. III, y también en Mabillon. Ver el excelente estudio de R. Biron, *St. Pierre Damian*, en la colección *Les Saints*, y Capecelatro, *Storia di San Pietro Damiano*. En *Lives of the Popes* de Mons. Mann (vols. V y VI) se encontrarán muchos datos complementarios. Cf. O. J. Blum, *St Peter Damian* (1947), que estudia las enseñanzas del santo; y D. Knowles, *The Monastic Order in England* (1949), pp. 193-197, donde hay muchas referencias. En alemán existe una obra de F. Dressler (1954).

SANTA MARTA DE ASTORGA, VIRGEN Y MÁRTIR (252 P.C.)

EN LOS TIEMPOS de la persecución de Decio, un gobernador romano llamado Paterno llegó a la ciudad de Astorga, en Asturias, y algunas gentes del lugar, para congraciarse con él, denunciaron a una joven doncella que llevaba el nombre de Marta, por haberse negado a participar en los sacrificios públicos que se ofrecían a los ídolos, a pesar de que esos actos estaban prescritos por la ley, bajo pena de muerte.

El gobernador mandó detener inmediatamente a la doncella y, tan pronto como ésta compareció, el tirano se sintió cautivado por su belleza; en consecuencia, trató de salvar a Marta y recurrió a todos los medios para convencerla de que debía hacer sacrificios a los dioses. Pero a todos los intentos del gobernador respondió Marta con una firme negativa a obedecer, hasta que Pater-

no, exasperado, recurrió a la violencia: hizo que extendieran a su víctima sobre el caballete y ordenó que la apalearan con varas nudosas. Pocos días después de este suplicio, el gobernador hizo nuevas promesas a Marta, como por ejemplo darle a su propio hijo por esposo, si consentía en adorar a los dioses. La tentativa no tuvo más éxito que las anteriores: Marta declaró que ya tenía a Jesucristo por esposo y que nada ni nadie en este mundo podría apartarla del amor a su Dios. Entonces Paterno le anunció que sería decapitada y su cadáver arrojado en una cloaca.

Tras de ejecutarse la sentencia, una valiente mujer del pueblo sacó de la cloaca el cuerpo de la virgen mártir y le dio digna sepultura (23 de febrero, 252). Sus reliquias se hallan en el monasterio de Rivas del Sol y en la iglesia de Ters, en la diócesis de Astorga. Baronio inscribió el nombre de Santa Marta en el Martirologio Romano, el 23 de febrero.

Los bolandistas, en *Acta Sanctorum*, 23 febrero, reproducen la crónica de Tamayo de Salazar. Véase también el *Dictionary of Saintly Women*, vol. II, p. 33.

SAN SERENO, MÁRTIR (307 P.C.)

SERENO era griego de nacimiento. Lo había dejado todo para poder servir a Dios en la soledad. Ejercía el oficio de jardinero en Sirmio de Panonia, juntando así el trabajo de sus manos con la oración y la contemplación.

El temor a las penas con las que amenazaba el edicto de Diocleciano hizo que, al principio, se ocultara. Al cabo de algún tiempo, creyó que podía regresar a su habitación acostumbrada y emprender de nuevo su trabajo. Un día, la mujer de uno de los oficiales del emperador se presentó en forma bastante indiscreta a pasearse por los jardines de Sereno, con dos sirvientes suyos. Sereno, creyendo descubrir en ella intenciones culpables, le hizo una advertencia. Viéndose descubierta, la matrona se encendió en cólera y dio noticia de ello, por escrito, a su marido. Este avisó al punto al emperador, quien autorizó al oficial a regresar a Panonia. Así lo hizo y, al llegar a Sirmio se dirigió al gobernador, quien mandó detener a Sereno y lo hizo comparecer ante su tribunal.

"Yo no he injuriado jamás a una mujer de calidad, respondió Sereno. Sólo sé que una mujer entró en mi jardín a horas poco convenientes (la hora de la siesta) y le hice una advertencia".

Sorprendido el gobernador de esta respuesta tranquila y serena, sospechó que no podía salir más que de la boca de un cristiano. Queriendo asegurarse dijo a Sereno: "¿Quién eres tú?"

—Yo soy cristiano.

—¿En dónde te escondiste y qué subterfugio usaste para evitar sacrificar a los dioses?

—Ha querido Dios preservarme hasta este día. Ahora ha permitido que yo fuese descubierto. Estoy preparado para sufrir a fin de tener parte en su reino con sus santos.

—Bien, exclamó furioso el gobernador, puesto que tú te has librado hasta este día y has rehusado sacrificar a los dioses, ordeno que te arranquen la cabeza.

Y la sentencia se ejecutó sin demora. Era el 23 de febrero. Por la narración bien se ve que no sucedió al comienzo de la persecución. Tampoco fue

después del 307, cuando Licinio fue nombrado emperador de la Panonia.

Sereno, a quien los bolandistas califican de monje, más bien fue un asceta. Algunos han querido que fuera un habitante de Fermo en la Marca de Ancona, pero es un error debido a la confusión de palabras: Sirmio y Firmo (Fermo).

El Martirologio Jeronimiano nombra a Sereno el 22 de febrero, después el 23, con nombre desfigurado: Serenoti o Synerotis, en los manuscritos de Berna y Epternach. El mismo martirologio le da sesenta y dos compañeros, que se convirten en setenta y dos en el Martirologio Romano. Los martirologios históricos de la Edad Media lo han situado el 23 de febrero.

La ciudad de Billon en Auvernia honra el 23 de febrero a un santo Sinero, mártir (vulg. Cerneuf) de quien se cree poseer el cuerpo en una colegiata de este nombre. La catedral de Clermont celebra su oficio el 10 de mayo (fecha que marca alguna traslación de reliquias). Hay algunos autores que han creído que éste era nuestro Sereno, pero no hay ninguna prueba.

Se invoca a San Sereno para obtener el buen tiempo. ¿Es un juego de palabras con el nombre del santo o un recuerdo de su oficio de jardinero? C. Cahier, en su *Caracteristiques des saints*, se inclina por la segunda explicación.

Dom Ruinart ha publicado las Actas de este santo bajo el título: *Passio sancti Sereni, Acta martyr. sincera*, ed. de 1689, p. 456; las considera auténticas.—*Acta sanctorum*, 23 de febrero. P. Allard, *Hist., des perséc.*, vol. v, p. 92. Tillemont, *Mémoires pour servir*... vol. v., p. 254 y 687.—Quentin, *Les martyrol. histor. du Moyen Age*, p. 186, 328.

SAN ALEJANDRO AKIMETES (*c.* 430 P.C.)

AUNQUE el Martirologio Romano no menciona a Alejandro, que fue un archimandrita inquieto y un tanto turbulento, algunas provincias del oriente celebran su fiesta y su biografía se encuentra en "Acta Sanctorum" (15 de enero). Alejandro nació en Asia e hizo sus estudios en Constantinopla, donde se convirtió al leer a fondo los Evangelios. Después de su conversión se retiró a Siria a vivir como un asceta y, durante once años practicó la regla eremítica y conventual. Más tarde se dedicó a misionar en Mesopotamia, donde se dice que convirtió al famoso Rábulas, que fue luego obispo de Edesa. Alejandro fundó un gran monasterio a orillas del Eúfrates; pero pronto se puso de nuevo en marcha, con un numeroso grupo de monjes. Durante algún tiempo se estableció en Antioquía, donde su presencia produjo grandes disturbios y, finalmente, fundó un nuevo monasterio en Constantinopla. En dicha ciudad provocó violenta animosidad y sus enemigos consiguieron que fuese desterrado. Habiendo cruzado el Helesponto, fue atacado y maltratado; sin embargo, con la ayuda de un poderoso protector, logró fundar otro monasterio en Gomón, sobre la ribera asiática del Bósforo, donde murió el año 430.

Alejandro es famoso sobre todo porque instituyó una especie de oficio divino en el que los monjes se turnaban para cantar, día y noche sin interrupción. El pueblo empezó pronto a llamarles "akoimétoi" (los que no duermen). Actualmente es cosa admitida que esta invención de Alejandro ejerció una influencia indirecta, pero muy considerable, sobre el oficio divino de la Iglesia occidental. Si es que se puede hablar de culto litúrgico a San Alejandro en oriente, su fiesta se celebraba el 23 de febrero o el 3 de julio.

Ver el excelente artículo de J. Pargoire, en DAC., vol. I, cc. 307-321. En *Acta*

Sanctorum, 15 de enero, se encuentra el texto de una biografía latina; el original griego fue publicado por E. de Stoop, en *Patrologia orientalis* (1911), vol. VI, pte. 5. Cf. también S. Vailhé, en DHG., vol. I, cc. 274-282. Sobre la "laus parennis", Cf. nuestros artículo sobre San Segismundo, 1º de mayo.

SAN DOSITEO (*c.* 530 P.C.)

DOSITEO se había educado en el paganismo y desconocía totalmnte la doctrina cristiana; pero habiendo oído hablar mucho de Jerusalén, decidió visitar esa ciudad. Recorrió los Santos Lugares y, en Getsemaní, le impresionó profundamente una pintura que representaba las torturas de los condenados en el infierno. Como no entendía lo que eso significaba, una anciana se lo explicó y le habló del juicio final, del infierno y del cielo. Muy conmovido, Dositeo le preguntó qué debía hacer para evitar tan terrible castigo y la anciana le recomendó la oración y el ayuno. Dositeo siguió su consejo; pero sus amigos se burlaron de él y le dijeron que más valía que se hiciese monje. Dositeo se dirigió, pues, al monasterio de Gaza y pidió al abad Seridos que le admitiese. El abad se resistió al principio, pues Dositeo era muy joven; pero al fin se dejó convencer por el entusiasmo de éste y, con la aprobación de San Barsanufio, le confió a la dirección de uno de sus monjes, llamado Doroteo. Este experimentado asceta, que sabía lo difícil que era pasar de un extremo al otro, no abusó de las fuerzas de Dositeo, sino que al principio le dejó que se guiara por sí mismo en materia de penitencia, enseñándole únicamente a refrenar su lengua y a adquirir el propio dominio. Para ello, le hizo comprender la necesidad de renunciar totalmente a la voluntad propia, en las cosas grandes y en las pequeñas. Más tarde, comenzó a reducirle diariamente la ración de pan, según las fuerzas de Dositeo, hasta que de las seis libras diarias originales sólo quedaron ocho onzas.

Algún tiempo después, se confió a Dositeo el cuidado de los enfermos. El santo desempeñó ese oficio en forma muy satisfactoria; era tan amable y alegre que se hacía querer por todos los enfermos. Algunas veces, cuando éstos se mostraban poco razonables, Dositeo perdía la paciencia y les reprendía ásperamente; pero después, Dositeo, lleno de remordimiento, se tendía en el suelo de su celda a llorar amargamente, hasta que Doroteo venía a consolarle y asegurarle que Dios le había perdonado. Al cabo de algún tiempo, Dositeo parece haber enfermado de tisis, pues sufría de constantes hemorragias pulmonares; sin embargo, hasta el último día de su vida, siguió negando su propia voluntad. Como ya no podía hacer más que orar, pedía constantemente consejos a su maestro y los seguía al pie de la letra. Si Doroteo le decía: "Insiste en la oración, no dejes de pedir", Dositeo replicaba: "Está bien, maestro; rogad por mí." Cuando se sintió ya muy débil, dijo a Doroteo: "Perdonadme, maestro, pero ya no tengo fuerzas para orar". Doroteo le respondió: "Deja de esforzarte, hijo mío, pero permanece unido a Dios, que está siempre a tu lado". Dositeo pidió a su maestro que rogase a Dios que le enviara pronto la muerte y éste le respondió: "Parte en paz, hijo mío, preséntate lleno de gozo a la Santísima Trinidad y pide por nosotros."

Algunos de los monjes murmuraron de Doroteo, porque había prometido el cielo a Dositeo y se había encomendado a la intercesión de un hombre que no había hecho grandes ayunos ni obrado ningún milagro. A esto replicó Doroteo:

"Es cierto que Dositeo no ayunaba, pero había renunciado totalmente a su propia voluntad". Poco después de la muerte de Dositeo, llegó al monasterio un anciano de gran santidad, que deseaba ardientemente que Dios le mostrase los antiguos monjes del monasterio que se hallaban en el cielo. Su deseo fue escuchado y tuvo una visión de un coro de ancianos, entre los cuales había un monje muy joven. El siervo de Dios relató su visión a los monjes y les preguntó quién era el joven, al que describió tan exactamente, que nadie pudo dudar que se trataba de Dositeo. Se considera a nuestro santo como un predecesor de San Juan Berchmans y San Estanislao de Kostka.

Ver *Acta Sanctorum*, vol. III. Ni la Iglesia oriental, ni la occidental han canonizado oficialmente a Dositeo; pero existe una biografía aparentemente contemporánea del santo, y Doroteo, el Archimandrita, habla de él en sus *Veinticuatro discursos*. Ver también P. M. Brun, *La vie de St. Dosithée, en Orientalis Christiana*, vol. XXVI (1932), pp. 89-123.

SANTA MILBURGA, ABADESA DE WENLOCK, VIRGEN (*c.* 700 P.C.)

SANTA MILBURGA, que era la hermana mayor de Santa Mildreda, fundó el convento de Wenlock, en Shropshire, cuyo nombre actual es Much Wenlock. Su padre y su tío Wulferio, rey de Mercia, la ayudaron mucho en la empresa y dotaron la fundación. El arzobispo San Teodoro la nombró abadesa del convento que floreció como un paraíso bajo su gobierno. Santa Milburga era extraordinariamente humilde; pero cuanto más se humillaba, más la exaltaba la gracia de Dios. Había recibido del cielo el don de curar a los enfermos y se cuenta que restituyó la vista a algunos ciegos. Con sus fervorosas exhortaciones convirtió a numerosos pecadores.

Se han conservado muchos incidentes maravillosos de la vida de la santa. Por ejemplo, se dice que una noche permaneció tanto tiempo en oración, que se quedó dormida y no se despertó sino hasta la salida del sol; como se vistiera apresuradamente, se le desprendió el velo de la cabeza, pero un rayo de sol lo sostuvo en el aire hasta que la santa lo recogió. En otra ocasión, una viuda le llevó el cadáver de su hijito para que lo resucitara; Milburga reprendió a la mujer, pero ésta se negó a partir. Entonces la santa se tendió por tierra a orar e inmediatamente se vio rodeada por un fuego celestial. Una de las religiosas, que entró en aquel momento, gritó alarmada, creyendo que se trataba de un incendio; pero el fuego desapareció en el mismo instante y la santa depositó en brazos de la viuda al niño resucitado. Después de una vida de santidad y milagros, Santa Milburga sufrió una larga y penosa enfermedad que soportó con gran serenidad. Sus últimas palabras fueron: "Bienaventurados los limpios de corazón; bienaventurados los pacificadores".

Su tumba fue muy venerada; pero los daneses destruyeron la abadía, y la santa cayó en el olvido, hasta la época de la conquista normanda, cuando los cluniacenses construyeron un nuevo monasterio en el mismo sitio. En el curso de la construcción, dos niños que estaban ahí jugando cayeron en un agujero; los monjes excavaron un poco y descubrieron los restos de Santa Milburga. Las hermosas ruinas de Much Wenlock son las del segundo monasterio. El pueblo atribuyó a Santa Milburga un poder especial sobre los pájaros y empezó a invocarla como protectora contra los daños que éstos causaban en los sembrados. La diócesis de Shrewsbury celebra todavía la fiesta de la santa. Lo único

que sabemos sobre otra de sus hermanas, Santa Midgita, es que fue también religiosa y que "en su tumba se realizaron frecuentes milagros".

Las noticias que poseemos sobre Santa Milburga, bastante discutibles, nos han llegado a través de Juan de Tynenouth, Capgrave, Guillermo de Malmesbury y Guillermo Thorn. Es curioso notar que los calendarios ingleses, que omiten los nombres de otros santos más importantes, nombran casi todos a Santa Milburga; así, por ejemplo, el Salterio de Bosworth, escrito hacia el año 950. Ver *Acta Sanctorum*, febrero, vol. III; y Stanton, *Menology*, pp. 81-82.

SAN LAZARO, MONJE (*c.* 867 P.C.)

LÁZARO, natural de Armenia, llegó desde muy joven a Constantinopla donde se hizo monje. Aparte de practicar todos los ejercicios de la vida monástica, aprendió la pintura, un arte que era motivo de alto honor en los claustros, sobre todo después de que los iconoclastas declararon la guerra a las imágenes de santos. La reputación que adquirió Lázaro en su oficio, motivó la persecución de que fue objeto. En 829, el emperador Teófilo había sucedido a su padre, Miguel el Tartamudo; desde el comienzo de su reinado, decretó la pena de muerte para todos los pintores cristianos que se negasen a romper, desgarrar o pisotear las pinturas de los santos. Al poco tiempo, hizo traer a su presencia al monje Lázaro para obligarle a ejecutar su mandato; al principio creyó poderlo convencer con buenas maneras, pero como no obtuvo ningún resultado, echó mano de los métodos violentos. Los tormentos infligidos a Lázaro fueron particularmente crueles y se creyó que iba a expirar por la violencia de los suplicios. Con el cuerpo desgarrado, cubierto de llagas y quemaduras, fue arrojado a una charca inmunda y abandonado ahí para que muriese; pero al poco tiempo se anunció a Teófilo que el monje había recuperado las fuerzas y había reanudado su tarea de pintar cuadros religiosos. El emperador Teófilo mandó entonces que le quemaran las palmas de las manos con hierros candentes, Lázaro soportó este nuevo tormento, sin dar muestras de dolor o de impaciencia; sin embargo, cuando el calor había consumido la carne de sus manos hasta los huesos, cayó al suelo y pareció que estaba a punto de desmayarse.

La emperatriz Teodora (ver 11 de febrero), cuyas virtudes se pusieron a prueba por la impiedad de su marido, aprovechó esta circunstancia para hacer que dejaran en libertad a Lázaro. Ella misma ocultó al monje en la iglesia de San Juan Bautista y se preocupó de que le curaran las heridas. Al cabo de algún tiempo, Lázaro quedó nuevamente restablecido y, como una muestra de su agradecimiento pintó un hermoso cuadro con la imagen del santo precursor; esa pintura, muy estimada, fue el instrumento de que Dios se valió para obrar muchos milagros.

Al morir Teófilo, en 842, la emperatriz Teodora y su hijo, el emperador Miguel III, restablecieron el culto a las santas imágenes, hicieron volver del exilio y salir de la prisión a todos los que habían sufrido castigos por esta causa. Lázaro pintó la imagen del Salvador y la expuso a la veneración pública y, después, ya no pensó más que en santificarse en el retiro de su monasterio y en ejercer su ministerio de sacerdote, sacramento que le fue conferido por entonces. Teodora le visitó para pedirle que perdonara a su difunto marido y le recomendó que lo tuviese presente en sus oraciones; parece que el santo monje Lázaro respondió que ya era demasiado tarde para cambiar las decisiones de la justicia divina en favor del infortunado emperador.

En 856, el emperador Miguel III sacó a Lázaro de su claustro y lo envió como embajador ante el Papa, Benito III, luego de cargarle con ricos presentes para el Pontífice recientemente elegido. Al tiempo que cumplía con su misión, San Lázaro hacía gestiones ante el Papa para buscar los medios de afirmar la fe católica, hacer que desaparecieran los restos de las herejías y propiciar la unión de las Iglesias. Las otras actividades de este santo monje no fueron registradas; el resto de su existencia transcurrió en la quietud del claustro. Se dice que hacia el año 867 fue enviado a Roma por segunda vez y que murió en el camino, sin que se pueda precisar la fecha.

San Lázaro, junto con San Lucas y Santa Catarina de Bolonia, es uno de los patronos de los pintores. Baronio insertó su nombre en el martirologio romano el 23 de febrero. Los griegos le conmemoran el 17 de noviembre.

Véase el *Sinaxario de Constantinopla*, columna 231.

24: SAN MATIAS, Apóstol (Siglo I)

CLEMENTE de Alejandría, basándose en la tradición, afirma que San Matías fue uno de los setenta y dos discípulos que el Señor envió a predicar durante su ministerio; Eusebio y San Jerónimo confirman dicha tradición. Los Hechos de los Apóstoles nos dicen que Matías acompañó al Salvador, desde el Bautismo hasta la Ascensión. Cuando San Pedro decidió proceder a la elección de un nuevo Apóstol para remplazar a Judas, los candidatos, escogidos entre los más dignos, fueron José, llamado Bernabé y Matías. Después de pedir a Dios que dirigiese la elección, los Apóstoles sortearon los dos nombres; la elección recayó sobre Matías, quien pasó a formar parte del grupo de los doce. El Espíritu Santo descendió también sobre él en Pentecostés y Matías se entregó celosamente a su misión. Clemente de Alejandría afirma que se distinguió principalmente por la insistencia con que predicaba la necesidad de mortificar la carne para dominar la sensualidad, y él mismo practicaba esta lección que había aprendido de Jesucristo.

Según la tradición, San Matías predicó primero en Judea y después en otros países. Los griegos sostienen que evangelizó la Capadocia y las costas del Mar Caspio, que sufrió muchas persecuciones y vejaciones de parte de los pueblos bárbaros donde misionó y que obtuvo finalmente la corona del martirio en Cólquida. No existen datos ciertos sobre la forma en que fue martirizado, pero los "Menaia" griegos y otras fuentes legendarias sostienen que fue crucificado. Se dice que su cuerpo estuvo mucho tiempo en Jerusalén y que Santa Elena lo trasladó a Roma.

Aparte del breve pasaje de los Hechos de los Apóstoles, no existe ninguna otra fuente fidedigna sobre San Matías, pero su nombre aparece frecuentemente en la literatura apócrifa. El *Acta de Andrés y Matías en la ciudad de los caníbales* es una novela griega que data, según algunos autores, del siglo II, y alcanzó gran difusión. Existen traducciones de dicha obra en sirio, armenio y copto. Orígenes conoció además un evangelio apócrifo de Matías; se ha discutido mucho acerca de la identidad de ese evangelio con las "Tradiciones de Matías", de las que Clemente de Alejandría cita una o dos frases. Ver, por ejemplo, Hennecke, *Handbuch zur den Neutestamentlichen Apokryphen*, pp. 90-91, 238, 544.

SANTOS MONTANO, LUCIO Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (259 P.C.)

DURANTE los dos años que había durado ya la persecución de Valeriano, muchos cristianos habían alcanzado la corona del martirio, como San Cipriano, en septiembre del año 258. El procónsul Galerio Máximo, que le había condenado, murió poco después, pero el procurador Solón llevó adelante la persecución. En Cartago, el pueblo se levantó contra él, pero la insurreción fue sofocada en sangre. En vez de tratar de descubrir a los verdaderos culpables, Solón se vengó en los cristianos, haciendo prisioneros a ocho discípulos de San Cipriano, casi todos clérigos. Las "actas" de estos mártires describen gráficamente los hechos: "Inmediatamente después de la detención, nos pusieron bajo la custodia de la guarnición del barrio. Cuando los criados del gobernador nos dieron la noticia de que íbamos a ser condenados a la hoguera, pedimos fervorosamente a Dios que nos librara de ese género de martirio; el Señor, en cuyas manos se halla la suerte de los hombres, escuchó nuestras súplicas. El gobernador cambió de parecer y nos hizo encerrar en un oscuro y maloliente calabozo, en el que encontramos al sacerdote Víctor y algunos otros. La oscuridad y la suciedad no nos hicieron mella; nuestra fe y gozo en el Espíritu Santo nos dieron valor para soportarlo todo, aunque nuestros sufrimientos fueron tan grandes que es imposible describirlos. Cuanto mayores eran nuestras pruebas, más grande se mostraba Aquél que nos sostenía en ellas. Nuestro hermano Reno tuvo por entonces una visión de varios prisioneros que salían precedidos de antorchas, en tanto que los otros, sin luces permanecían en la prisión. Reno nos identificó y nos aseguró que nosotros éramos los personajes de su visión que salían precedidos de antorchas. Esto nos lleno de gozo, pues comprendimos que las antorchas representaban a Cristo, Luz verdadera, y que estábamos destinados a seguirle en el martirio.

"Al día siguiente, el gobernador nos llamó a juicio. Fue un verdadero triunfo para nosotros que nos condujesen como un espectáculo a través del mercado y a lo largo de las calles, cargados de cadenas. Los soldados, que no sabían dónde iba a tener lugar el juicio, nos arrastraron de un sitio a otro, hasta que el gobernador dio la orden de que nos condujesen a sus habitaciones. Ahí nos hizo varias preguntas, a las que respondimos modesta, pero firmemente. Después volvimos a la prisión, a prepararnos para nuevos combates. Nuestras principales pruebas fueron el hambre y la sed, pues el gobernador había dado la orden de que nos suprimieran la carne y la bebida durante varios días, de suerte que ni siquiera nos daban agua al fin del trabajo. A pesar de ello, el diácono Flaviano añadía algunas mortificaciones voluntarias a estas torturas y repartía entre los otros, con frecuencia, la escasa ración que el gobernador mandaba darnos. Dios nos consoló en aquellas amargas circunstancias, pues el sacerdote Víctor tuvo una visión pocos días antes de su martirio. "Anoche vi a un niño —nos explicó—. Su rostro brillaba intensamente en la oscuridad de la prisión. El niño me dijo: Yo sé cuán duro es estar en prisión; pero no te desalientes, porque yo estoy contigo. Comunica esto a tus compañeros y diles que les espera una gloriosa corona. Yo le pregunté dónde estaba el cielo, y él me respondió: 'Fuera de este mundo.' Víctor le dijo: 'Muéstramelo.' El niño contestó: '¿Qué mérito tendría entonces tu fe?' Víctor le dijo: 'Dame una señal para que no

me olvide de decir a mis hermanos lo que tú quieres'. El niño respondió: 'Dales la señal de Jacob, es decir, la escala mística que llega hasta el cielo'. Víctor fue ejecutado poco después. Su visión nos llenó de alegría.

"La noche siguiente, Dios volvió a mostrarnos su misericordia por una visión que tuvo Cuartilosia, una compañera de prisión, cuyo marido e hijo habían muerto por Cristo poco antes, y a quienes ella siguió en el martirio unos cuantos días más tarde. Cuartilosia nos dijo: 'He visto a mi hijo. Se hallaba en la prisión, sentado en un tonel lleno de agua, y me dijo: Dios ha visto tus sufrimientos'. Entonces entró un joven de estatura gigantesca y me dijo: 'Alégrate, pues Dios se ha acordado de ti'."

Se había dejado a los mártires sin alimentos la víspera y el día siguiente de la visión; finalmente Luciano (que era entonces sacerdote y fue después obispo de Cartago), consiguió que el subdiácono Herniano y el catecúmeno Genaro superando todos los obstáculos, les hiciesen llegar un poco de comida. Las actas dicen que les llevaron "el alimento infalible"; tal vez esto significa la Eucaristía, pero no es del todo claro. Lo que sí es claro es la afirmación de los mártires de que, a pesar de las dificultades, habían vivido en un ambiente de caridad fraternal: "Tenemos todos un solo y único espíritu, que nos mantiene estrechamente unidos en la oración, en el trato mutuo y en todas las acciones. Nos referimos a los lazos del afecto, que ponen en fuga al demonio y agradan tanto a Dios; la oración en común obtiene infaliblemente su objeto. Este afecto une los corazones y nos hace hijos de Dios. Para ser herederos de su Reino, tenemos que ser hijos suyos, y para ser sus hijos, tenemos que amarnos. Es imposible llegar a la gloria celestial, si no conservamos entre hermanos la paz que nuestro Padre ha establecido entre nosotros. En cierta ocasión, la paz se vio turbada entre nosotros, pero pronto quedó restablecida. Montano había dicho unas palabras desagradables a Julián, a propósito de una persona que no era de nuestra comunión, pero que había venido a reunirse a nuestro grupo. Por ello, Montano reprendió a Julián, y durante cierto tiempo se enfriaron las relaciones entre ambos, lo cual es causa de discordia. Pero Dios se compadeció de ellos y restableció la unión, mediante una visión que Montano nos contó de la siguiente manera: 'Me pareció que los centuriones venían a la prisión y nos conducían a través de un largo sendero hasta un espacioso campo, donde se hallaban Cipriano y Lucio. Después llegamos a un sitio lleno de luz, en el que nuestras túnicas se volvieron blancas y nuestros cuerpos todavía más blancos que nuestras túnicas y tan transparentes, que se veía todo lo que había en nuestros corazones. En mi corazón vi una horrible mancha; cuando encontré a Lucio le conté lo que había visto y le dije que la mancha que había en mi corazón provenía de la frialdad con que había yo tratado a Julián. Por ello, hermanos, es preciso que nos amemos y fomentemos la unión con todas nuestras fuerzas. Vivamos en plena concordia, como un presagio de lo que será la gloria. Puesto que esperamos compartir el premio prometido a los justos y evitar los castigos que aguardan a los malvados, puesto que esperamos vivir y reinar con Cristo, practiquemos las virtudes que nos conducirán a El y a su Reino celestial'." Hasta aquí llegan, según parece, las palabras que los mártires escribieron en la prisión; el resto del relato se debe a algunos testigos, a quienes el mártir Flaviano recomendó que lo terminaran.

Tras de haber sufrido hambre y sed durante muchos meses de prisión, los mártires comparecieron ante el presidente e hicieron una gloriosa confesión.

El decreto de Valeriano sólo condenaba a muerte a los obispos, sacerdotes y diáconos. Los compañeros de Flaviano, con más buena voluntad que acierto, dijeron que éste no era diácono y que por tanto no estaba incluido en el decreto del emperador. Así pues, aunque Flaviano afirmó que era diácono, el juez sólo condenó a muerte a sus compañeros. Los mártires se dirigieron gozosamente al sitio de la ejecución y cada uno de ellos hizo una exhortación al pueblo. Lucio, que era un hombre tranquilo y reservado, se había debilitado mucho en la prisión; temiendo que esto le impidiese verter su sangre por Cristo y que muriese entre la muchedumbre que bordeaba el camino, los mártires le pusieron a la cabeza del grupo y le acompañaron en el trayecto. Algunas gentes le gritaban al pasar: "No te olvides de nosotros." Lucio respondía: "Y vosotros no os olvidéis de mí". Julián y Victorino exhortaron a los cristianos a la paz y les recomendaron que velaran por el clero, especialmente por los que se hallaban en prisión. Montano, que era tan fuerte de alma como de cuerpo, gritó varias veces: "Quien ofrezca sacrificios a otro que al Dios verdadero será terriblemente castigado." También acusó a los herejes de orgullo y obstinación, diciéndoles que debían discernir cuál era la verdadera Iglesia por la multitud de sus mártires. Como verdadero discípulo de San Cipriano, demostró su celo por la disciplina exhortando a los que hacían penitencia por sus pecados a cumplir fielmente sus obligaciones, e incitó a las vírgenes a preservar la pureza y a honrar a los obispos; a éstos les recomendó la concordia. Cuando el verdugo se preparaba ya a descargar el golpe, Montano rogó a Dios que concediese a Flaviano la gracia del martirio, tres días después, a pesar de que el pueblo había obtenido ya la liberación de Flaviano. En señal de que su oración había sido escuchada, Montano desgarró el pañuelo que le cubría los ojos y envió la mitad a Flaviano; igualmente pidió a los cristianos que prepararan la tumba de Flaviano para no separarse de él, ni aun después de la muerte. Por su parte, Flaviano oraba ardientemente para que la corona del martirio no se le retardase mucho.

Flaviano dijo a su madre, que estaba con él y deseaba que Dios glorificase a su hijo con la corana del martirio: "Madre, tú sabes bien cuánto he deseado morir mártir". En una de las dos noches que precedieron a su martirio, tuvo la visión de un personaje que le dijo: "¿Por qué te afliges? Dos veces has confesado ya a Cristo y vas a ser decapitado por la espada." Al tercer día, compareció ante el gobernador. El pueblo demostró cuánto le amaba, pues hizo lo posible por salvarle la vida, gritando al juez que Flaviano no era diácono, aunque él afirmaba que lo era. Un centurión presentó un documento donde se probaba que Flaviano no era diácono. El juez acusó al mártir de mentir para ser condenado a muerte. Flaviano respondió: "¿Puedes probármelo? ¿No es acaso más probable que mientan los que afirman lo contrario?" Entonces la multitud gritó al juez que condenara a Flaviano a la tortura, con la esperanza de que se desmintiera en el potro, pero el juez le condenó a ser decapitado. La sentencia llenó de gozo al mártir, que fue al sitio de la ejecución acompañado por una gran muchedumbre, entre la que se hallaban numerosos sacerdotes. Una tormenta dispersó a los paganos; los verdugos condujeron a Flaviano a una casa, donde pudo despedirse tranquilamente de los cristianos, lejos de las miradas de los infieles. El mártir les contó que, en una visión que había tenido, había preguntado a San Cipriano si el golpe de la espada era muy doloroso, y que el santo le había contestado: "El cuerpo no siente ningún dolor, cuando el

alma está entregada a Dios". En el sitio de la ejecución, Flaviano oró por la paz de la Iglesia y la unión de los cristianos. Según parece, profetizó a Luciano que sería obispo de Cartago. La profecía se cumplió al poco tiempo. Cuando terminó de hablar, se vendó los ojos con la mitad del pañuelo que Montano le había mandado y, postrado de rodillas en oración, recibió el golpe del verdugo.

Las "actas" de Montano y Lucio se hallan en *Acta Sanctorum*, febrero, vol. III, y también en Ruinart, *Acta Sincera*. Pero el mejor texto es el que publicó Pío Franchi de Cavalieri en el suplemento número 8 del *Römische Quartalschrift*, 1898; dicho texto es el resultado de la comparación de los mejores manuscritos. En conjunto se trata de un documento indudablemente fidedigno y contemporáneo de los hechos, como lo afirman autoridades de la talla del mismo Pío Franchi (ver su *Note Agiografiche*, en *Studi e Testi*, vol. XXII, pp. 1-32 y 111-114) y de Delehaye (*Les Passions des martyrs et les genres littéraires*, 1921, pp. 72-78). No obstante, existen algunas dificultades. Se ha hecho notar que el argumento se parece mucho al de las actas de otras dos famosas mártires cartaginesas, Perpetua y Felícitas. Rendel Harris y Gifford, en su edición de este último documento (*Acts of the Martyrdom of SS. Perpetua and Felicitas*, 1890, p. 27), llegan hasta decir que las Actas de Montano y Lucio constituyen un plagio. Sin entrar en detalles, nos contentaremos con referirnos a las respuestas de Pío Franchi y Delehaye. Es muy probable que el compilador de las Actas de Lucio y Montano, que vivía en Cartago, haya conocido los documentos sobre Felícitas y Perpetua y los haya tomado como modelo. Adhémar d'Alès (en *Rechérches de Science Réligieuse*, vol. IX, 1918, pp. 319-378), identifica al autor de las Actas de Montano y Lucio con el diácono Poncio, que escribió un relato del martirio de San Cipriano; pero Delehaye (en *Analecta Bollandiana*), vol. XXXIX, 1921, p. 171) no considera suficientes las pruebas aducidas por d'Alès.

SAN PRETEXTATO, OBISPO DE ROUEN, MÁRTIR (586 P.C.)

SAN PRETEXTATO fue nombrado obispo de Rouen en 549 y gobernó su diócesis durante treinta y cinco años. Las dificultades no escasearon en su largo gobierno: el santo fue desterrado y murió mártir, debido a las rivalidades entre los hijos de Clotario I, Chilperico y Sigberto, así como por el odio mortal que se profesaban la amante de Chilperico, Fredegunda, y la esposa de Sigberto, Brunilda, quien era a su vez hermana de la primera esposa de Chilperico. Recordemos que la primera esposa de Chilperico había muerto envenenada. Fredegunda mandó asesinar a Sigberto en 575, y Chilperico encarceló a Brunilda en Rouen. Brunilda llamó en su ayuda a Meroveo, hijo del propio Chilperico y de su tercera esposa. El joven temía a Fredegunda y sentía repugnancia a levantarse en armas contra su padre; finalmente se enamoró de Brunilda, que era tía suya, y se casó con ella. Esto puso a Pretextato en una situación muy difícil. Meroveo se había hecho fuerte en Rouen, y exigía que la Iglesia le pagase contribuciones que era muy arriesgado negarle. El joven era hijo espiritual del obispo, es decir, había sido bautizado por él, y en aquella época este lazo tenía gran importancia. Chilperico, que estaba pronto a prestar oídos a cualquier acusación contra Pretextato, le mandó comparecer en París ante un sínodo de obispos, donde le acusó de haber violado los cánones, casando a Meroveo con su tía, y de haber fomentado la rebelión, ayudando a dicho príncipe. Algunos autores opinan que Pretextato, para impedir el escándalo, había casado realmente a la pareja, juzgando que tenía poderes para acordar la dispensa necesaria, y así lo reconoció ante el sínodo; pero Gregorio de Tours, que asistió al sínodo y es la principal autoridad en la materia, dice expresamente que Pretextato negó haber llevado al cabo el casamiento.

Al principio, el obispo negó los dos cargos que se le hacían; pero después, aconsejado por falsos amigos, admitió que había favorecido y apoyado a Meroveo. Esto le costó el destierro en la pequeña isla de Coutances. Sus poderosos enemigos hicieron cuanto pudieron por desprestigiarle, pero San Gregorio de Tours jamás les prestó oídos. Meroveo y sus hermanos fueron asesinados por orden de la cruel Fredegunda, quien tal vez tuvo también parte en la muerte de su esposo, para que pudiese subir al trono su hijo Clotario II. A la muerte de Chilperico, Pretextato retornó a su diócesis por orden del rey Gontrán de Borgoña, pero muy en contra de los deseos de Fredegunda. El Concilio de Maçon le reinstaló formalmente, y el santo pudo participar en los trabajos de dicho Concilio. Tuvo repetidos encuentros con la malvada reina, que residía frecuentemente en Rouen, y esto no hizo sino aumentar el odio que Fredegunda le profesaba. El año 586, la reina dijo al obispo: "Se está acercando el momento en que irás a visitar nuevamente el sitio de tu destierro". El santo replicó: "Yo soy obispo en el destierro y fuera del destierro y seguiré siéndolo hasta mi muerte; en cambio tú no vas a conservar siempre la corona." A estas palabras añadió una exhortación a la conversión sincera. El domingo siguiente, poco después de media noche, cuando Pretextato se hallaba cantando los maitines en la iglesia, un asesino mandado por Fredegunda le apuñaleó en el costado. El santo murió poco después, en su lecho.

Gregorio de Tours, cuya veracidad es indiscutible, es quien nos ha transmitido este relato de la barbarie de los merovingios. Ver también Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. II, p. 206.

SAN ETELBERTO DE KENT (616 P.C.)

ETELEBERTO, REY de Kent, se casó con una princesa cristiana llamada Berta, que era la hija única de Chariberto, rey de París. Etelberto concedió a su esposa plena libertad para practicar su religión y Berta llevó consigo a Inglaterra a Liudardo, un obispo francés, quien ofició en la dedicación de la iglesia de San Martín de Canterbury. La tradición habla de la piedad y las amables virtudes de Berta, que indudablemente impresionaron mucho a su marido. Sin embargo, Etelberto no se convirtió sino hasta la llegada de San Agustín y sus compañeros. Los misioneros, enviados por San Gregorio el Grande, desembarcaron en Thanet, desde donde se comunicaron con el rey Etelberto, anunciándole su llegada y las razones de su viaje. Etelberto les rogó que permanecieran en la isla y pocos días más tarde, fue personalmente a escucharlos. Su primera conversación con ellos se llevó al cabo al aire libre, pues el rey temía que empleasen alguna magia o encanto, y en aquella época se creía que la magia no producía ningún efecto a cielo abierto. Etelberto se sentó bajo una encina y recibió amablemente a los misioneros; después de escucharles, les dio permiso de predicar al pueblo y de convertir a cuantos pudieran. Igualmente les dijo que él no podía abandonar por el momento a sus dioses, pero que velaría porque los misioneros fuesen bien tratados y no les faltase nada. Beda cuenta que les entregó la iglesia de San Martín para que pudiesen "cantar salmos, orar, ofrecer la misa, predicar y bautizar." Las conversiones empezaron a multiplicarse, y Etelberto y la corte no resistieron largo tiempo a la predicación. Fueron bautizados en Pentecostés del año 597. A la conversión del rey siguió la de millares de sus súbditos.

El rey dio permiso a San Agustín y sus compañeros de reconstruir las antiguas iglesias y de construir otras nuevas; pero, a pesar de su celo por la propagación de la fe, no obligó a sus súbditos a cambiar su religión. Como lo dice expresamente Beda, Etelberto había aprendido de sus maestros que el servicio de Cristo tenía que ser voluntario. Etelberto trataba a todos sus súbditos con la misma bondad, aunque sentía especial afecto por los que se habían convertido al cristianismo. Su gobierno se destinguió por el empeño que puso en mejorar las condiciones de vida de sus súbditos; sus leyes le ganaron el aprecio de Inglaterra, en épocas posteriores. En Canterbury regaló tierras y edificios al arzobispo, quien construyó ahí la catedral llamada "Christ Church" y, fuera de las murallas, la abadía y la iglesia de San Pedro y San Pablo, que más tarde se llamó de San Agustín. Etelberto fundó el nuevo obispado de Rochester en sus dominios y construyó la iglesia de San Andrés. En Londres, que formaba parte del territorio del rey de los sajones del este, construyó la primera catedral de San Pablo. Por su medio abrazaron la fe cristiana Saberto, rey de los sajones del este, y Redvaldo, rey de los anglos del este, si bien Redvaldo recayó más tarde en la idolatría. Después de cincuenta y seis años de reinado, Etelberto murió el año 616 y fue sepultado en la iglesia de San Pedro y San Pablo, donde descansaban los restos de la reina Berta y de San Liudardo. Hasta la época de Enrique IV, había siempre una lámpara encendida frente a su sepulcro. Las diócesis de Westminster, Southwark y Northampton celebran su fiesta; la diócesis de Nottingham y el Martirologio Romano conmemoran su nombre.

San Etelberto es un modelo por la nobleza de su conversión. La acogida que dio a los misioneros y su gesto de escucharles sin prejuicios son un caso extraordinario en la historia. Con su actitud de no imponer la fe a sus súbditos, a pesar de su celo por propagarla, favoreció enormemente la obra de los misioneros. La violencia ha sido siempre enemiga de la fe, aun en los casos en que parece favorecerla momentáneamente, pues está en oposición con el espíritu del Señor y la esencia misma del cristianismo. El mundo será evangelizado por la oración, la predicación y el ejemplo, no por la violencia, la persecución y la tiranía.

La *Historia Eclesiástica* de Beda es prácticamente nuestra única fuente sobre la vida de San Etelberto (a quien él llama Edilcberto). Gregorio de Tours hace dos alusiones al matrimonio de Berta con el príncipe de Kent, pero sin llamarle por su nombre. Los *Jucios* de Etelberto, con glosas y notas, se hallan en *Libermann, Gesetze der Angelsachsen.* Entre las obras de carácter general mencionaremos la de F. M. Stenton, *Anglo-Saxon England* (1943). Según el benedictino S. Brechter, Etelberto no recibió el bautismo sino hasta el año 601.

25: SANTOS VICTORINO y Compañeros, Mártires (284 p.c.)

VICTORINO, VICTOR, Nicéforo, Claudiano, Dióscoro, Serapión y Papías eran ciudadanos de Corinto. El año 249, al principio del reinado de Decio, confesaron ahí mismo la fe ante el precónsul Tercio. Después de ser torturados, pasaron a Egipto, aunque no sabemos si la sentencia comprendía ese destierro, y completaron su martirio en Diópolis, capital de la Tebaida, bajo el gobernador Sabino, en el reinado de Numeriano.

Sabino tuvo ocasión de probar la constancia de los mártires en el potro y la flagelación. Victorino fue condenado a perecer despedazado en un mortero de mármol. Los verdugos comenzaron por destrozarle los pies y las piernas, diciéndole a cada golpe: "¡Sálvate! Todavía puedes escapar de la muerte si renuncias a tu nuevo Dios." Pero el gobernador, viendo la constancia de Victorino, perdió la paciencia y ordenó que le descuartizaran. Víctor, a quien se amenazó con el mismo martirio, ardía en deseos de que la sentencia se ejecutase inmediatamente; señalando el mortero de piedra dijo a los verdugos: "La salvación y la felicidad me esperan ahí." Los verdugos le destrozaron al punto. El tercero de los mártires, Nicéforo, saltó por su propio pie al mismo pozo de destrucción; el juez, a quien molestó tal audacia, ordenó a los verdugos que le acabaran a golpes. Claudiano, el cuarto de los mártires, fue descuartizado. Murió cuando los verdugos le habían cortado ya los pies, las manos, los brazos y las piernas. El gobernador, señalando los miembros y los huesos del mártir que yacían por tierra, dijo a los otros tres confesores de la fe: "En vuestras manos está vuestra suerte; yo no os obligo a sufrir". Los mártires respondieron unánimemente: "Antes que renunciar a nuestra fe, estamos dispuestos a sufrir los más crueles tormentos que puedas imaginar. Jamás traicionaremos la fidelidad que debemos a Dios, ni renegaremos de Jesucristo nuestro Salvador, que es nuestro Dios y Creador, por el que nuestras almas suspiran." Entonces el tirano condenó a Dióscoro a ser quemado vivo y ordenó a los verdugos que colgasen a Serapión por los pies y le decapitasen. Papías fue arrojado al mar con una piedra al cuello. La ejecución de los mártires tuvo lugar el 25 de febrero, día en que les conmemoran los martirologios occidentales. Los griegos veneran su memoria el 21 de enero, fecha en que confesaron la fe en Corinto.

Esteban E. Assemani publicó por primera vez, en el siglo XVIII, el texto sirio de las actas de estos mártires, con una traducción latina. En nuestros días, Pablo Bedjan editó nuevamente el texto sirio, valiéndose de manuscritos recientemente descubiertos. En 1852, Lagrange tradujo las actas al francés. Las actas son probablemente verídicas en lo esencial, aunque hay cierta confusión en los detalles.

SAN CESARIO DE NAZIANZO (369 P.C.)

CESARIO ERA hermano de San Gregorio de Nazianzo e hijo del obispo de dicha ciudad. Ambos hermanos recibieron una educación excelente; Gregorio estudió en Cesarea de Palestina y Cesario en Alejandría, donde se distinguió en todas las ramas del saber humano, especialmente en la oratoria, la filosofía y la medicina. Terminó sus estudios de medicina en Constantinopla y llegó a ser el mejor médico de su época. Aunque la ciudad del emperador Constancio quería conservarle, Cesario no quiso establecerse ahí. Más tarde, Juliano el Apóstata le llamó de nuevo a Constantinopla, le nombró jefe de sus médicos y le exceptuó de los edictos que publicó contra los cristianos. Cesario resistió victoriosamente a todas las tentativas de Juliano por hacerle abandonar la fe; pero su padre y su hermano le convencieron de que abandonara la corte, a pesar de la oposición de Juliano. Joviano le restituyó a su antiguo puesto y Valente le nombró su tesorero particular, es decir, director de la hacienda pública, en Bitinia. El año 368, Cesario estuvo a punto de perder la vida en un terremoto y quedó tan impresionado, que renunció al mundo. A su muerte, ocurrida poco después, dejó

todos sus bienes a los pobres. Su hermano, San Gregorio, predicó su oración fúnebre.

El panegírico de San Gregorio es nuestra principal fuente de información sobre San Cesario. Dicho panegírico le mereció el título de santo y la conmemoración que de él hace el Martirologio Romano. Sin embargo, es casi seguro que San Cesario recibió el bautismo después del terremoto de Nicea, es decir, apenas unos meses antes de su muerte. Durante la mayor parte de los cuarenta años que pasó sobre la tierra fue, por su propia voluntad, siempre catecúmeno, sin derecho a participar en los sagrados misterios.

SAN TARASIO, Patriarca de Constantinopla (806 p.c.)

San Tarasio ejercía el cargo de secretario del joven emperador Constantino IV y de su madre Irene. A pesar de ser laico, Paulo IV, patriarca de Constantinopla, le propuso por sucesor suyo, en el momento de retirarse a un monasterio. La corte, el clero y el pueblo confirmaron la elección de Tarasio. El santo era de familia patricia y había recibido una educación esmerada. En la corte, en un ambiente de sensualidad y halagos, había sabido llevar una vida casi monacal. Se resistió mucho a aceptar el nombramiento de patriarca, en parte porque no era sacerdote y en parte también, por la difícil situación que había creado la política de los emperadores contra la veneración de las imágenes sagradas, a partir de León III, en 726.* Cuando Tarasio fue elegido patriarca, la emperatriz Irene ejercía la regencia, pues su hijo, Constantino IV, sólo tenía diez años. Irene era una mujer ambiciosa y muy cruel, pero no era iconoclasta, es decir, no se oponía a la veneración de las imágenes. Esto facilitó la reunión de un Concilio, puesto que Tarasio, consagrado en la Navidad del año 784, había aceptado la dignidad patriarcal, bajo la condición de que se celebrara un sínodo para restablecer la unión deshecha por la campaña inococlasta. El séptimo Concilio Ecuménico se reunió en Nicea el año 787, presidido por los legados del Papa Adriano I. Las discusiones llevaron a la conclusión de que le Iglesia podía permitir que se tributara a las imágenes un culto relativo, no el culto de adoración que sólo se debe a Dios. Como lo hizo notar el Concilio, quien reverencia a una imagen, reverencia a la persona que ésta representa.

Obedeciendo a las decisiones conciliares, Tarasio restituyó en su patriarcado el culto de las imágenes. Igualmente trabajó por desarraigar la simonía. Su vida fue un modelo de perfecto desinterés para el clero y el pueblo. En su casa y en su mesa no había nada de la magnificencia que ostentaban sus predecesores. Consagrado al servicio del prójimo, Tarasio apenas permitía que sus criados le sirviesen. Dormía muy poco y en sus ratos de ocio se entregaba a la oración y la lectura espiritual. Prohibió al clero el uso de vestidos preciosos y se mostró particularmente severo por lo que se refiere al teatro. Con frecuencia repartía personalmente alimentos a los pobres; para que nadie se sintiese abandonado, visitaba todos los hospitales y obras de beneficencia en Constantinopla.

Algunos años más tarde, el emperador se enamoró de Teódota, una dama de honor de su esposa, la emperatriz María. La emperatriz madre, Irene le había

* El culto de las imágenes sagradas se ha generalizado en la Iglesia. La jerarquía lo recomendó especialmente cuando desapareció todo peligro de idolatría, para hacer comprender a la humanidad que Dios se había hecho realmente hombre y había tomado carne de la Virgen María. Con este fin, se introdujeron en las iglesias las pinturas y estatuas, que conservan el recuerdo de los santos y elevan las almas a Dios.

obligado a casarse con María, de la que el emperador decidió divorciarse. Para ello, intentó ganarse la voluntad del patriarca y le envió a un mensajero para anunciarle que la emperatriz quería envenenarlo. Tarasio respondió al mensajero: "Di al emperador que estoy dispuesto a morir antes que ayudarle a realizar su propósito". Entonces el emperador trató de ganarle por medio de halagos. Llamó, pues, al patriarca y le dijo: "A ti no puedo ocultarte nada, pues te considero como a mi padre. Es indudable que la Iglesia permitirá que me divorcie de una mujer que ha intentado envenenarme. La emperatriz María merece la muerte o la prisión perpetua". El emperador mostró a Tarasio un vaso con veneno que, según él, la emperatriz había tratado de hacerle beber. Pero el patriarca no se dejó engañar, y replicó que estaba cierto de que Constantino quería divorciarse de la emperatriz porque estaba enamorado de Teódota; además le manifestó que, aun en el caso de que la emperatriz María fuese realmente culpable, el nuevo matrimonio constituiría un adulterio. El monje Juan, que se hallaba también presente, habló con gran valentía en el mismo sentido que el patriarca; el emperador furioso, les mandó retirarse de su presencia. Después echó a la emperatriz María fuera del palacio y la obligó a tomar el velo. Como Tarasio se negase a casarle con Teódota, el matrimonio se llevó a cabo ante el abad José, un personaje de la Iglesia de Constantinopla. En adelante Tarasio tuvo que soportar el resentimiento de Constantino, quien le persiguió durante el resto de su reinado.* Se cuenta que el emperador hacía seguir al patriarca en todos sus movimientos, que había prohibido a todos que hablasen con él sin su permiso y que desterró a muchos de los amigos y servidores de Tarasio por dirigirle la palabra. Entre tanto, la emperatriz Irene que quería seguir gobernando, se ganó a los principales personajes de la corte y el ejército, encarceló a su hijo y le mandó sacar los ojos. Irene gobernó durante cinco años, hasta que fue depuesta por Nicéforo, quien usurpó el imperio y la desterró a la isla de Lesbos.

Bajo el reinado de Nicéforo, Tarasio desempeñó sin contratiempos sus deberes pastorales. En su última enfermedad no dejó de celebrar el santo sacrificio, mientras pudo moverse. Poco antes de morir, Tarasio tuvo una visión en la que, según cuenta su biógrafo, que se hallaba con él en ese momento, el prelado parecía responder a las acusaciones de un grupo de hombres que juzgaban cada una de las acciones de su vida. Tarasio se mostraba sumamente agitado al responder a las acusaciones. Esto atemorizó mucho a todos los presentes, pues la vida del patriarca había sido muy íntegra. Pero a la agitación sucedió una gran serenidad y San Tarasio entregó su alma a Dios en medio de una gran paz, después de haber gobernado al patriarcado durante veintiún años.

La principal fuente, por lo que toca al aspecto ascético de la vida de San Tarasio, es la biografía del diácono Ignacio. El texto fue publicado por A. Heikel en *Proccedings of the Helsingfors Academy.* En *Acta Sanctorum*, febrero, vol. III, se encontrará una traducción latina. Sobre la controversia iconoclasta es excelente la obra de Hefele-Leclercq, *Histoire des Conciles*, vol. III, pte. 2 (1910), pp. 741 ss. En N. H. Baynes y H. L. B. Moss, *Byzantinum* (1948), pp. 15-17, 105-108, hay un buen resumen. Ver también Krumbacher, *Geschichte der Byzantinischen Literatur*, 2a. edic., p. 73, Hergenrother, *Photius*, vol. I, pp. 264-361; y *Byzantinische Zeitschrift*, 1909, pp. 57 ss.

* Sin embargo, no faltaron quienes pensaron que San Tarasio se había mostrado demasiado complaciente con el emperador en el asunto del divorcio. Los jefes de este movimiento extremista fueron San Platón (4 de abril) y San Teodoro el Estudita (11 de noviembre), encarcelados por Constantino.

SAN GERLANDO, Obispo de Girgenti (1100 p.c.)

Gerlando fue obispo de Girgenti, en Sicilia. Lo único que sabemos sobre él es que nació en Besançon y que la catedral de Girgenti lleva su nombre. Diversas fuentes y tradiciones nos ofrecen materia para conjeturar sobre su vida. Se supone que San Gerlando estuvo en estrecha relación con los condes normandos, Roberto Guiscardo y Rogelio, quienes, en el siglo XI, emprendieron la reconquista de Sicilia contra los árabes. Sus esfuerzos se vieron coronados por el éxito y los condes confiaron a Gerlando varios oficios eclesiásticos. Pero Gerlando escandalizado por la conducta de quienes le rodeaban, volvió a Borgoña con la intención de retirarse a la soledad. El conde Rogelio le llamó a Sicilia para nombrarle obispo de Girgenti y Gerlando fue consagrado por el Beato Urbano II. El trabajo no escaseaba en aquella tierra que los moros habían ocupado tanto tiempo. Gerlando reconstruyó la catedral, que se hallaba en ruinas; igualmente construyó una residencia episcopal y obtuvo un documento sobre su jurisdicción. Tuvo conversaciones privadas y discusiones públicas con los judíos y sarracenos, a muchos de los cuales convirtió y bautizó. Se dice que en este campo consiguió éxitos maravillosos. Murió a la vuelta de un viaje a Roma, después de haber predicho su fin, según parece.

Ver *Acta Sanctorum*, febrero, vol. iii; Lauricella, *S. Gerlando... di Girgenti* (1893); y *Analecta Bollandiana*, vol. lvii (1939), pp. 105-108.

BEATO CONSTANCIO DE FABRIANO (1481 p.c.)

A principios del siglo V, vivía en Fabriano un niño de extraordinaria bondad, de suerte que aun sus mismos padres se preguntaban algunas veces si era realmente un niño o un ángel. En cierta ocasión en que los médicos habían desahuciado a su hermanita, Constancio Bernocchi rogó a sus padres que se arrodillaran con él junto al lecho de la enferma para orar por su curación. Sus padres lo hicieron así y la niña quedó instantáneamente curada. Al crecer, Constancio entró en la Orden de Santo Domingo, en el convento de Santa Lucía, a los quince años de edad. Según parece, recibió el hábito de manos del Beato Lorenzo Ripafratta, quien era entonces prior de ese convento de estricta observancia. Constancio fue uno de los que trataron de reformar el convento de San Marcos de Florencia y durante su profesorado en esa ciudad, dio por primera vez muestras de poseer el don de profecía. Por ejemplo, presenció en espíritu la muerte de San Antonino, como lo menciona la bula de Clemente VII sobre la canonización de dicho santo. Se cuenta también que Constancio había recibido del cielo el poder de obrar milagros. Además de su propio oficio, desempeñó también el de pacificador en los tumultos populares.

Constancio no tenía el espíritu alegre de otros muchos santos de su orden. Generalmente estaba triste. Como alguien le preguntase por qué reía tan raras veces, Constancio respondió: "Porque no sé si mis acciones agradan a Dios." Rezaba todos los días el oficio de los muertos; también rezaba con frecuencia el salterio entero, que conocía de memoria. Recomendaba a otros la misma devoción y decía que, cuando quería obtener una gracia rezaba el salterio por esa intención y la obtenía infaliblemente. Con la ayuda del concejo municipal, reconstruyó el convento de Ascoli, donde vivió y murió, a pesar de que el pueblo

de Fabriano le rogó repetidas veces que fuese a pasar los últimos años en su tierra natal. Su fama de santidad era tan grande, que las gentes consideraban como un privilegio el hablarle o tocar su hábito. El senado y el concejo de la ciudad declararon que su muerte era "una calamidad pública" y pagaron los gastos de un pomposo funeral. El culto del Beato Constancio fue confirmado en 1821.

La fuente más fidedigna sobre el beato, es Mortimer, *Maîtres Généraux O.P.*, quien subraya la actividad teológica de Constancio y su influencia en la reforma de la Orden de Santo Domingo, siguiendo los pasos del Beato Raimundo de Cápua. Ver también Procter, *Lives of the Dominican Saints.*

BEATO SEBASTIAN DE APARICIO (1600 P.C.)

SIENDO MUY niño, Sebastián de Aparicio, natural de España, cuyos padres eran pobres, tuvo que ocuparse de cuidar el ganado. A los quince años, entró al servicio de una viuda en Salamanca; pero, viéndose expuesto a las tentaciones, pasó a servir de ayuda de cámara a un hombre muy rico. Un año después, fue a trabajar en una granja de San Lúcar de Barrameda. Como el trabajo del campo podía combinarse con la oración y contemplación, el beato permaneció ahí ocho años, durante los cuales ganó suficiente dinero para dotar a sus hermanas. Viéndose de nuevo asaltado por la tentación, huyó de San Lúcar y decidió partir a América.

Se estableció en México, en la Puebla de los Angeles, donde empezó por dedicarse a la agricultura. Más tarde inició un negocio de transportes de mercancía y correo entre Zacatecas y México. Construyó algunas carreteras y, a fuerza de trabajo, llegó a ser rico. Empleaba su dinero en obras de caridad, dotando a las doncellas, alimentando a los pobres y prestando a los campesinos, sin exigirles que le pagasen. El prestigio de Sebastián, así entre los españoles como entre los indios, era inmenso; las gentes apelaban a su juicio para resolver las disputas. A pesar de su riqueza, el beato vivía muy austeramente, dormía sobre una estera y comía como un pobre. En 1552, se retiró de los negocios y compró una propiedad en las cercanías de la ciudad de México; ahí llevó una vida más retirada durante veinte años, entregado al cultivo y la cría de ganado. A los sesenta años se casó con una mujer pobre, a ruegos de los padres de ésta. Cuando murió su esposa, el beato se casó de nuevo; pero en ambos casos el matrimonio no llegó a ser consumado, por consentimiento mutuo de los cónyuges. Después de la muerte de su segunda esposa, cuando tenía setenta años, el beato se vio atacado por una peligrosa enfermedad y fue desahuciado por los médicos. A pesar de ello, recobró la salud. Considerando esto como un aviso del cielo, regaló todas sus posesiones a las clarisas y tomó el hábito de la Tercera Orden de San Francisco.

Pasó algún tiempo al servicio de las clarisas; pero después, sintiéndose llamado a la vida conventual, ingresó en el monasterio de los Frailes Menores de la Observancia, en la ciudad de México. No obstante su edad, Sebastián fue un novicio fervoroso y ejemplar, muy humilde y perfectamente obediente. Sus superiores le enviaron primero a Tlaxcala y más tarde a Puebla a un convento de más de cien frailes, donde pasó los veintiséis últimos años de su vida en el humilde y fatigoso oficio de limosnero. Se cuenta que los ángeles acompañaban al anciano en sus largos y azarosos viajes y que le mostraban el

camino. El beato poseía un poder especial sobre las bestias y domaba instantáneamente las mulas y aun las fieras. Acostumbraba conducir un carro tirado por bueyes para transportar el grano y los alimentos que las gentes le regalaban para el sostenimiento de su numerosa comunidad; jamás tuvo la menor dificultad con los bueyes, que obedecían al sólo movimiento de sus labios. El Beato Sebastián vivió hasta los noventa y cinco años. Una de las grandes penas de sus últimos días fue que no podía recibir la comunión, pues su estómago era ya incapaz de retener los alimentos. Cuando le llevaron a su celda el Santísimo Sacramento para que lo adorase, el beato, transportado de gozo, pidió que le bajasen del lecho al suelo y ahí se tendió en adoración y acción de gracias. Fue beatificado en 1787.

Ver M. Cuevas, *Historia de la Iglesia en México*, vol. I, Léon, *Auréole Séraphique*, vol. I, pp. 313-319.

26: SAN NESTOR, Obispo de Magido, Mártir (251 p.c.)

POLIO, GOBERNADOR de Panfilia y Frigia durante el reinado de Decio, trató de ganarse el favor del emperador, aplicando cruelmente su edicto de persecución contra los cristianos. Néstor, el obispo de Magido, gozaba de gran estima entre los cristianos y los paganos. Aunque comprendió que el martirio no se haría esperar, no pensó en sí mismo, sino en su grey y se dedicó a buscar sitios de refugio para sus fieles, pero él mismo no se ocultó, aguardando tranquilamente su hora. Cuando se hallaba orando, le avisaron que los oficiales de justicia le buscaban. Tras de recibir sus respetuosos saludos, el obispo les dijo: "¿Qué os trae por aquí, hijos míos?" Ellos replicaron: "El irenarca y los magistrados de la curia desean veros". San Néstor hizo la señal de la cruz, se cubrió la cabeza y les siguió hasta el foro. Cuando el obispo entró, toda la corte se puso de pie como señal de respeto. Los oficiales le hicieron sentar en un sitial frente a los magistrados. El irenarca le preguntó: "Señor, ¿estáis al tanto de la orden del emperador?" "Yo sólo conozco la orden del Todopoderoso, no la del emperador", respondió el obispo. El magistrado replicó: "Os aconsejo que procedáis con calma para que no tenga yo que condenaros". Como San Néstor se mostrase inflexible, le amenazó con la tortura, pero el obispo replicó: "La única tortura que temo es la que Dios pueda infligirme. Puedes estar seguro de que, en el tormento y fuera de él, no dejaré de confesar a Dios."

Contra su voluntad, la corte tuvo que enviarle ante el gobernador. El irenarca le condujo, pues, a Perga. Aunque no tenía amigos en esa ciudad, su fama le había precedido de suerte que los magistrados empezaron por rogarle amable y cortésmente que abjurase de su religión. Néstor se negó con firmeza. Entonces Polio ordenó que le tendiesen en el potro. En tanto que el verdugo le desgarraba con garfios los costados, Néstos cantaba: "En todo tiempo daré gracias al Señor y mi boca no se cansará de alabarle". El juez le preguntó si no se avergonzaba de poner su confianza en un hombre que había muerto crucificado. Néstor contestó: "Bendita sea entonces mi vergüenza y la de todos los que invocan al Señor." Polio le dijo: "¿Vas a ofrecer sacrificios, o no? ¿Estás con Cristo o con nosotros?" El mártir replicó: "Con Cristo ahora y siempre: con El estoy

ahora y con El estaré eternamente." Entonces Polio le sentenció a morir crucificado. Desde la cruz, San Néstor exhortó y alentó a los cristianos que le rodeaban. Su muerte fue un verdadero triunfo, pues, cuando el obispo pronunció sus últimas palabras: "Hijos míos, postrémonos y oremos a Dios por Nuestro Señor Jesucristo", cristianos y paganos se arrodillaron a orar, en tanto que el mártir exhalaba el último suspiro.

El texto menos incorrecto del martirio de San Néstor es el latino que se encuentra en *Acta Sanctorum*, febrero, vol. III. No existe el original griego. Pío Franchi de Cavalieri, *Note Agiografiche*, en *Studi e Testi*, vol. XXII, p. 97, está de acuerdo con Allard en que el documento "tiene un sabor de gran antigüedad", aunque no se puede afirmar con certeza que se trate de la relación auténtica de un contemporáneo. En la misma obra, Franchi publicó otra recensión griega. Cf. también, BHG. 2a. edic., n. 1328.

SAN ALEJANDRO, OBISPO DE ALEJANDRÍA (328 P.C.)

SAN ALEJANDRO, quien sucedió a San Aquiles en la sede de Alejandría, es famoso sobre todo por haberse opuesto a la herejía de Arrio, un sacerdote alejandrino que empezó a propagar abiertamente sus doctrinas, durante el gobierno de San Alejandro. El obispo era un hombre de vida y doctrina apostólicas, muy caritativo con los pobres, lleno de fe, celo y fervor. Admitía de preferencia a las órdenes sagradas a quienes se habían santificado en la soledad y tuvo gran acierto en la elección de los obispos en todo Egipto. Parecería que el demonio, furioso del desprestigio en que iba cayendo la idolatría, se hubiese esforzado en reparar sus pérdidas, fomentando la herejía del impío Arrio. El heresiarca enseñaba no sólo que Cristo no era Dios, sino que era una simple criatura; que el Verbo había comenzado a existir y que era capaz de pecar. Algunos cristianos se escandalizaron de la paciencia de San Alejandro, cuya bondad natural le llevó a emplear al principio, con Arrio, los métodos más suaves, discutiendo con él sus doctrinas y rogándole que volviese a la ortodoxia. Como su intento fracasó y la doctrina de Arrio empezó a ganar partidarios, el obispo convocó al heresiarca ante una asamblea del clero, la cual le excomulgó al ver su obstinación. Arrio fue juzgado, además, por otro concilio de Alejandría, que confirmó la sentencia del anterior. San Alejandro escribió una carta al obispo Alejandro de Constantinopla y una encíclica a los demás obispos, en las que exponía la herejía y anunciaba la condenación del heresiarca. Esas dos cartas son las únicas que se conservan, a pesar de que San Alejandro mantuvo una extensa correspondencia sobre el tema.

En 325, los legados papales asistieron al Concilio ecuménico de Nicea, convocado para discutir la cuestión. Arrio se hallaba también presente. Marcelo de Ancira y el diácono San Atanasio, que habían acompañado a San Alejandro, expusieron la falsedad de las nuevas doctrinas y refutaron a fondo a los arrianos. El Concilio condenó enfática e inapelablemente el arrianismo, y el emperador Constantino desterró a Arrio y a algunos de sus partidarios a Iliria. Después de este triunfo de la fe, San Alejandro retornó a Alejandría, donde murió dos años más tarde, dejando como sucesor a San Atanasio.

No existe ninguna biografía propiamente dicha de San Alejandro; pero Sócrates, Sozomeno y Teodoreto dejaron muchos datos sobre él. Ver *Acta Sanctorum*, febrero, vol. III; igualmente DCB., vol. I, pp. 79-82, y Hefele.Leclercq, *Conciles*, vol. I, pp. 357 ss. y 636, nota.

SAN PORFIRIO, OBISPO DE GAZA (420 P.C.)

LA FAMILIA de Porfirio era originaria de Tesalónica, en Macedonia (actualmente Salónica. Volviendo las espaldas al mundo, abandonó a sus amigos y su país a los veinticinco años. Se dirigió a Egipto, donde se consagró a Dios en un monasterio del desierto de Esqueta. Cinco años más tarde, pasó a Palestina y estableció su morada en una cueva cerca del Jordán; pero a los cinco años las enfermedades le obligaron a volver a Jerusalén. Ahí visitaba diariamente los Santos Lugares, apoyándose en un bastón, pues estaba sumamente débil. Por aquella época, llegó a Jerusalén un peregrino asiático, llamado Marcos, que un día sería el biógrafo de San Porfirio. Marcos, muy edificado por la devota asiduidad con que Porfirio visitaba el sitio de la Resurrección del Señor y otras estaciones, le ofreció un día ayudarle, al ver que el santo tenía gran dificultad en subir la escalinata de una iglesia. Porfirio se negó a aceptar su ayuda, diciéndole: "No está bien que, habiendo venido a implorar el perdón de mis pecados, permita que me ayudes a subir; déjame sufrir un poco para que Dios se apiade de mí". Por débil que estuviera, Porfirio no omitió jamás su visita de los Santos Lugares, ni la comunión diaria. Su única preocupación era que no había vendido todavía la herencia de su padre para repartir el producto entre los pobres. Confió esta misión a Marcos, quien partió con rumbo a Tesalónica para regresar tres meses después, cargado de dinero y objetos de gran valor.

Marcos pudo apenas reconocer a Porfirio, porque, entretanto, se había mejorado prodigiosamente. Su rostro, antes pálido, estaba ahora fresco y rosado. Al ver el asombro de su amigo, Porfirio le dijo: "No te sorprendas de verme en perfecto estado de salud, pero admira en cambio la inefable bondad de Cristo, quien cura fácilmente las enfermedades que los hombres no pueden aliviar". Marcos le preguntó cómo se había efectuado la curación, a lo que Porfirio replicó: "Hace cuarenta días, en un momento de grandes dolores, me desmayé al subir al Calvario y entré en una especie de trance o éxtasis. Me parecía ver al Señor, crucificado junto al buen ladrón. Entonces dije a Jesucristo: "Señor, acuérdate de mi cuando estés en tu Reino. En respuesta, el Señor ordenó el buen ladrón que viniese en mi ayuda. El buen ladrón me ayudó a levantarme y me ordenó ir a Cristo. Yo corrí hacia El, y el Señor descendió de la cruz y me dijo: 'Encárgate de cuidar mi cruz'. Obedeciendo a sus órdenes, a lo que me parece, me eché la cruz sobre los hombros y la transporté algo más lejos. Poco después me desperté; el dolor había desaparecido, y desde entonces no he vuelto a sufrir de ninguna de mis antiguas enfermedades."

Las palabras y el ejemplo del siervo de Dios impresionaron tanto a Marcos, que decidió quedarse a vivir con él. Porfirio, que había distribuido toda su herencia entre los pobres, se vio obligado a trabajar para ganarse la vida. Aprendió a fabricar zapatos y a trabajar el cuero, en tanto que Marcos, un hábil escribano, se hizo famoso copiando libros. Marcos quería que Porfirio viviese de lo que él ganaba, pero el santo replicó citando al Apóstol: "Que no coma quien no trabaja". Porfirio continuó su vida de trabajo y penitencia hasta los cuarenta años de edad. Entonces el obispo de Jerusalén le ordenó sacerdote y confió a su cuidado la reliquia de la cruz. Esto aconteció el año 393. El santo no cambió nada en su austera forma de vida; se alimentaba exclusivamente de raíces y pan ordinario, y generalmente no comía antes de la caída del sol. Hasta

su muerte, continuó en este género de vida. El año 393 fue elegido obispo de Gaza. El obispo de Cesarea escribió al de Jerusalén, pidiéndole que enviase a Porfirio, pues quería consultarle sobre unos pasajes difíciles de la Sagrada Escritura. El obispo de Jerusalén ordenó a Porfirio que volviese a los ocho días.

Al recibir esta orden de su obispo, Porfirio se turbó, pero dijo inmediatamente: "Que se haga la voluntad de Dios". Esa misma noche llamó a Marcos y le dijo: "Hermano Marcos, vamos a venerar los Santos Lugares y la cruz, porque pasará mucho tiempo antes de que podamos volver a hacerlo." Marcos le preguntó por qué lo decía y Porfirio le contó que el Salvador se le había aparecido la noche anterior y le había dicho: "Renuncia a la custodia de la cruz, pues voy a darte una esposa pobre y de humilde origen, pero de gran virtud y piedad. Adórnala bien, pues, a pesar de su pobre apariencia, es mí hermana". Porfirio añadió: "Esto me dijo Cristo anoche; esto me hace temer que tendré que cargar con los pecados de los otros y no sólo expiar los míos, pero hay que obedecer a la voluntad de Dios." Después de visitar los Santos Lugares, Porfirio y Marcos partieron a Cesarea y llegaron sin novedad. Al día siguiente, el obispo Juan de Cesarea ordenó a unos ciudadanos de Gaza que sujetaran a Porfirio, y le consagró obispo ahí mismo. El siervo de Dios sufrió mucho al verse elevado a una dignidad a la que no se sentía llamado. Los ciudadanos de Gaza le consolaron, juntos emprendieron el viaje a dicha ciudad, a donde llegaron el miércoles por la noche. El viaje había sido fatigoso, pues los paganos de los pueblos de los alrededores, al enterarse de la noticia de la llegada del nuevo obispo, habían destrozado y obstruido los caminos, hasta dejarlos casi intransitables.

Aquel año hubo una gran sequía, que los paganos atribuyeron a la llegada del obispo cristiano, ya que, según ellos, el dios Marnas había profetizado que Porfirio atraería muchas calamidades sobre la ciudad. Había en Gaza un famoso templo de ese dios. El emperador Teodosio había mandado clausurarlo, pero no había querido demolerlo, pues era muy hermoso. El gobernador había dado permiso de abrirlo nuevamente. Como la sequía continuase dos meses después de la llegada de Porfirio, los paganos se reunieron en el templo a implorar la protección del dios Marnas. Los cristianos, después de un día de ayuno y una noche de oración, se dirigieron en procesión a la iglesia de San Timoteo extra muros, cantando himnos. A su vuelta encontraron cerradas las puertas de la ciudad. Entonces Porfirio y su grey pidieron a Dios con renovado fervor que enviase la lluvia; las nubes empezaron a acumularse, y pronto cayó una lluvia tan abundante, que los paganos abrieron las puertas de la ciudad y se unieron a los cristianos, gritando: "Cristo es el único Dios verdadero, el único capaz de acabar con la sequía." Este hecho y la curación milagrosa de una mujer produjeron numerosas conversiones. Viendo esto, los paganos empezaron a hacer la guerra a los cristianos, excluyéndoles del comercio y los oficios públicos y molestándoles por todas las maneras posibles. Para proteger a su grey, Porfirio envió a su discípulo Marcos a ver al emperador y más tarde acudió él mismo a Constantinopla, acompañado del obispo Juan.

Gracias a la intercesión de San Juan Crisóstomo y de la emperatriz Eudoxia, Arcadio accedió a las súplicas de Porfirio y aun le otorgó el permiso de destruir los templos paganos que había en Gaza. Para ello, el emperador publicó un edicto y encargó de su ejecución a un patricio llamado Cinegio.

Cuando los dos obispos desembarcaron en Palestina, cerca de Gaza, los cristianos salieron a su encuentro cantando himnos. Al pasar la procesión por la plaza de Tetrámfodos, en la que había una estatua de Venus que, según la tradición pagana, aconsejaba a las jóvenes en la elección de sus maridos, el ídolo cayó del pedestal y se hizo pedazos. Diez días después, llegó Cinegio con un fuerte contingente de soldados a ejecutar el edicto del emperador. Así desaparecieron ocho templos paganos, entre ellos el de Marnas, devorados por las llamas. Después los soldados registraron las casas y los patios, destruyeron o arrojaron a las cloacas las estatuas de los ídolos y quemaron todos los libros de magia. Muchos paganos pidieron el bautismo; pero otros, furiosos, se levantaron en armas, y Porfirio escapó milagrosamente con vida (cf. San Marcelo, 14 de agosto). Donde antes se levantaba el templo de Marnas se construyó una iglesia en forma de cruz; la emperatriz Eudoxia envió desde Constantinopla columnas y mármoles, y la nueva iglesia se llamó "Eudoxiana". El día en que se empezó a construir, San Porfirio, acompañado del clero y los cristianos de la ciudad, fue en procesión desde la iglesia de Erin, cantando el "Venite, exultemus Domino" y otros salmos, a los que el pueblo respondía con el "Aleluya". Todos pusieron manos a la obra, acarreando piedras y otros materiales y excavando los cimientos, bajo la dirección del famoso arquitecto Rufino. La construcción, que comenzó el año 403, duró cinco años. San Porfirio consagró la iglesia el día de Pascua del año 408. Con esa ocasión, distribuyó grandes limosnas a los pobres, cosa en la que se mostraba siempre muy generoso. El santo obispo pasó el resto de su vida en el celoso cumplimiento de sus deberes pastorales y, a su muerte, la idolatría había desaparecido casi completamente de la ciudad.

La biografía escrita por el diácono Marcos es un documento histórico de excepcional interés. Además de la luz que arroja sobre el carácter de San Porfirio, ofrece abundante información acerca de los últimos esfuerzos del paganismo en el oriente cristiano. En 1913, G. F. Hill publicó una traducción inglesa de dicho documento, y en 1927 apareció la traducción alemana, con notas, del Dr. Jorge Rhode. *Acta Sanctorum, febrero,* vol. III, ofrece una traducción latina. M. Haupt, en *Abhandlungen* de la Academia de Berlín (1874), publicó por primera vez el texto griego; en 1895, la Sociedad Filológica de Bonn hizo una edición más cuidadosa del mismo texto. H. Grégoire y M. A. Kugener publicaron, en 1930, el texto griego, acompañado de una traducción francesa y un comentario. Según dichos autores, el autor no es realmente Marcos, pues la obra fue escrita por lo menos veintiséis años después de la muerte de Porfirio. En *Analecta Bollandiana,* vol. LIX (1941), pp. 63-216, se encontrará una traducción latina de una biografía georgiana de San Porfirio (de origen probablemente sirio). Es interesante notar que el autor subraya que el paganismo se extinguió en Gaza, sin que hubiere necesidad de recurrir a la violencia, como en el caso de San Cirilio de Alejandría. Ver el excelente ensayo de F. M. Abel, en *Conférences de St Etienne* (edic. Lagrange, 1910).

SAN VICTOR EL ERMITAÑO (*c.* 610 P.C.)

ENTRE LOS sermones de San Bernardo hay dos panegíricos sobre un sacerdote y ermitaño, llamado Víctor, de Arcis-sur-Aube, en Champaña. Dice San Bernardo: "En el cielo ve ya a Dios a la plena luz de la revelación; pero su gozo inmenso no le hace olvidarse de nosotros. Víctor no habita en un mundo de olvido. El cielo no endurece ni estrecha los corazones, sino que los hace más tiernos y compasivos; no aparta ni distrae el pensamiento de nosotros; no disminuye, sino que aumenta el efecto y la caridad y hace que los bienaventurados se apiaden de nosotros. Aunque los ángeles contemplan el rostro del Padre, no por ello

dejan de visitarnos y asistirnos continuamente. ¿Cómo, pues, podrían olvidarnos aquellos que convivieron con nosotros y que nos ven sufrir lo que ellos sufrieron antes que nosotros? ¡No! Yo sé que el justo me espera hasta que Tú me des la corona. Víctor es como el copero del faraón, que olvidó a su compañero de prisión. La estola de gloria que lleva sobre los hombros no extingue su misericordia ni el recuerdo de nuestras penas."

San Víctor, que nació en la diócesis de Troyes, fue un santo desde la cuna. En su juventud, la oración, el ayuno y la limosna constituían sus delicias. Después de su ordenación sacerdotal, el amor por la contemplación, a la que se había sentido siempre muy inclinado, le llevó a preferir la soledad a la cura de almas. El Espíritu Santo le dirigía. Víctor vivía en tan continua unión con Dios por la oración y contemplación, que parecía estar por encima de las condiciones ordinarias de la vida mortal. Dios le llenó de gracias y le concedió el don de obrar milagros; pero la mayor de las maravillas en Víctor fue el ejemplo de su propia vida, que convirtió a muchos pecadores. Víctor vivió en la soledad, en Arcis, cerca de Plancy-sur-Aube. Sus reliquias fueron trasladadas a la abadía benedictina de Montiéramey. Los monjes rogaron a San Bernardo que redactase el oficio de San Víctor y que compusiera un himno en su honor.

Ver *Acta Sanctorum*, febrero, vol. III. Prácticamente no existe ninguna fuente auténtica sobre San Víctor, ya que, al parecer, San Bernardo formuló simplemente una vaga tradición local.

BEATO LEON DE SAINT-BERTIN, ABAD (1163 P.C.)

LEÓN, que fue el cuadragísimo abad de Saint-Bertin, había nacido en Furnes de Flandes. Se dice que recibió una esmerada educación y que era muy versado en las ciencias sagradas y en las profanas. Siendo todavía muy joven, entró a servir en la corte de Flandes, donde ocupó importantes puestos, entre otros el de limosnero, aunque no tenía sino veinte años. Pronto se retiró del mundo e ingresó en el monasterio de Anchin, donde se distinguió entre los otros monjes. Al poco tiempo, fue nombrado abad del monasterio de Lobbes. Las largas guerras que habían asolado la región, afectaron también los asuntos del monasterio; León puso en orden la economía y restauró la disciplina. En 1138, fue nombrado abad de Saint-Bertin; esta abadía era tan importante, que se la conocía con el nombre de "El monasterio de los monasterios". Varias constituciones de la época citan al beato. León fue a Roma ese mismo año, con el fin principal de independizar totalmente su abadía de la de Cluny, que reclamaba algunos derechos sobre ella. Entre las obras de San Bernardo se cuentan dos cartas dirigidas "al querido y venerable León y a toda su comunidad".

En 1146, León acompañó a Thierry de Alsacia, conde de Flandes, en la segunda Cruzada; lo único que sabemos de sus aventuras es que estuvo en Jerusalén. A su vuelta, regaló a la capilla de San Blas de Brujas una reliquia de la Preciosa Sangre, que todavía se venera como un tesoro en esa antigua ciudad. Cuando León era ya muy anciano, el fuego destruyó totalmente su monasterio, en 1152. Sin desalentarse por ello, el beato emprendió inmediatamente la reconstrucción y tuvo la suerte de conseguir la ayuda del noble Guillermo de Ypres. A los dos años, los monjes pudieron volver al monasterio, y el beato vivió lo suficiente para verlo terminado. En 1161, perdió la vista y murió dos años después.

Ver Destombes, *Vies des saints du diocèse de Cambrai*, vol. I, pp. 284-287; *Biographie Nationale (de Belgique)*, vol. XI, pp. 822-824. No es posible determinar si la capilla en la que fue depositada la pretendida reliquia de la Preciosa Sangre estaba dedicada a San Blas o a San Basilio. Se dice que la reliquia proviene de la Sangre que recogió José de Arimatea, cuando lavó el cuerpo del Señor antes de sepultarlo. Los teólogos del siglo XV discutieron mucho sobre la naturaleza del culto que se debe a ese tipo de reliquias, prescindiendo del problema de la autenticidad, Ver Jox, *Die Reliquien des Kostbares Blut.*

BEATA ISABEL DE FRANCIA, VIRGEN (1270 P.C.)

LA PRINCESA Isabel era hija de Luis VIII y Blanca de Castilla, y por lo tanto hermana de San Luis. A su rango y fortuna se añadían una gran belleza y una inteligencia excepcional. La pompa y el lujo atraían tan poco a Isabel, que confesó a una monja que, si algunas veces se vestía ricamente, era sólo por complacer a su madre, pero que ello no le producía el menor deleite. Siendo todavía niña, entró varias veces en éxtasis mientras oraba. Además de los ayunos ordinarios, solía dejar de comer tres veces por semana. Su madre le prometió que daría limosnas a los pobres, si interrumpía el ayuno, pero la princesa le rogó que no pusiera tal condición. Isabel era muy inteligente y tenía verdadera sed de aprender; decidió incluir el latín entre sus estudios para poder leer los oficios de la Iglesia y los escritos de los Santos Padres. Los ayunos y el esfuerzo nervioso de la vida que llevaba le produjeron una grave enfermedad; se hicieron oraciones públicas por su salud y su madre fue a consultar en Nanterre a una mujer con fama de santa, a quien se atribuía el don de profecía. La mujer anunció que la princesa recobraría la salud, pero que no había que contarla ya entre los vivos, porque en adelante estaría muerta para el mundo. La verdad de esta predicción se hizo patente cuando se presentaron los pretendientes que aspiraban a la mano de la princesa. Isabel desechó al conde Hugo de Austria y a Conrado, rey de Jerusalén, a pesar de que el Papa Inocencio IV le había escrito, urgiéndole para que aceptara al conde por el bien de la cristiandad. La respuesta de Isabel al Sumo Pontífice fue tan humilde y prudente, que éste no pudo por menos de aplaudir su decisión de servir a Dios en virginidad perpetua.

Todos los días, Isabel acostumbraba recibir, antes de comer, a un buen número de pobres, a los que ella misma atendía. Después de esto, iba a visitar a los enfermos. Para participar en la Cruzada, pagaba los gastos de diez hombres de a caballo en Tierra Santa. Sufrió de varias enfermedades largas y dolorosas; pero el fracaso de la Cruzada y la captura de su hermano San Luis, fueron pruebas todavía mayores para ella. Después de la muerte de su madre, decidió fundar un convento de religiosas franciscanas, con la aprobación de San Luis, quien le prometió su ayuda material. El siguiente paso consistió en ordenar que se redactaran unas reglas, basadas en las de Santa Clara; los más famosos franciscanos de la época, entre los cuales se contaba a San Buenaventura, participaron en ese trabajo. Tales fueron los comienzos del famoso convento franciscano de Longchamps, en el actual Bosque de Bolonia, en París. El convento se llamó "monasterio de la Humildad de la Santísima Virgen María".

La Beata Isabel nunca habitó dentro de la clausura; sus departamentos se hallaban en una ala del edificio, separados de las celdas de las religiosas. La princesa no vestía el hábito; esto se debía, en parte, a que su salud no le permitía seguir exactamente la regla y a su temor de ser elegida abadesa. Además,

conservando sus riquezas, pudo ayudar al mantenimiento del monasterio y continuar haciendo limosnas a los pobres. La beata no abandonaba sus ayunos y disciplinas, y observaba casi constante silencio. Antes de acercarse a comulgar, acostumbraba pedir perdón de rodillas a los pocos sirvientes que conservaba consigo. Así vivió diez años. Poco antes de su muerte pasó varias noches en contemplación sin tomar ningún descanso. Su confesor y Sor Inés, quien más tarde escribió su vida, la vieron transportada en éxtasis. Su culto fue aprobado en 1521.

En *Acta Sanctorum* se habla de la beata el 31 de agosto (agosto, vol. IV); pero los franciscanos celebran su fiesta el 8 de junio, con las beatas Inés de Harcourt y Bautista Varani. Nuestra principal fuente es la biografía escrita por Inés de Harcourt, abadesa de Longchamps, bajo cuya dirección pasó la beata sus últimos días. Ver también Léon, *Auréole Séraprique*, vol. III, pp. 91-96; y el breve estudio de A. Garreau, *Bse. Isabelle de France* (1943).

27: SAN GABRIEL DE LA DOLOROSA (1862 P.C.)

GABRIEL era hijo de un distinguido abogado, quien ocupó una serie de cargos importantes por cuenta del gobierno de los Estados de la Iglesia: Sante Possenti. Tuvo trece hijos, el undécimo de los cuales fue el futuro santo, que nació en 1838 y recibió en el bautismo el nombre de Francisco. Algunos de los hermanos del santo murieron en la niñez. La madre falleció en 1842, cuando Francisco sólo tenía cuatro años. El señor Possenti acababa de ser nombrado principal asesor de Espoleto, donde Francisco recibió casi toda su educación, en el colegio de los jesuitas. A diferencia de tantas otras vidas de aspirantes a la canonización, en las que la leyenda ha introducido una serie de hechos sorprendentes de dudoso gusto, la infancia de Francisco Possenti, como la de Santa Teresa del Niño Jesús, fue perfectamente ordinaria. No se cuenta de él que haya tenido visiones a los cuatro años, ni que haya inventado formas extraordinarias de penitencia antes de los ocho. Al contrario, parece que poseía un temperamento vehemente, que no siempre sabía dominar, y que era muy meticuloso en cuestión de vestido y apariencia personal. Leía muchas novelas, era muy alegre e iba con frecuencia al teatro, si bien las piezas que veía no tenían nada de escandaloso. Su carácter alegre y su atractivo físico lo hicieron muy popular. Aunque no hay razones para creer que haya perdido la inocencia bautismal, ni quebrantado gravemente la ley de Dios, lo cierto es que durante su vida de religioso, el santo no veía con buenos ojos esa primera parte de su vida. Más tarde escribió a un amigo:

> "Querido Felipe, si realmente amas a tu alma, apártate de las malas compañías y no frecuentes el teatro. Yo sé por experiencia, cuán difícil es salir de él en estado de gracia; por lo menos constituye un grave peligro. Evita las reuniones mundanas y las malas lecturas. Creo, te lo aseguro, que, si hubiese permanecido en el mundo, no habría conseguido la salvación de mi alma. Dime: ¿No crees que yo me divertí bastante? Pues bien, el resultado de todo ello no es más que la amargura y el temor. No te rías de mí, Felipe, porque te estoy hablando con el corazón en la mano. Te ruego

que me perdones, si alguna vez te escandalicé. Y retiro todo el mal que pueda haber dicho de otros delante de ti. Perdóname y pide que Dios me perdone también."

Probablemente el tono de autoacusación de esta carta se debe a la sensibilidad de conciencia que el santo desarrolló durante el noviciado; pero no es imposible que sus años de juventud hayan sido relativamente frívolos, ya que sus amigos le llamaban, sin duda con cierta exageración, "il damerino", es decir, "el enamoradizo". Tal vez San Gabriel no prestó oídos al llamado de Dios la primera vez que El se dejó oír claramente en su corazón. Antes de terminar sus estudios, que debían abrirle una prometedora carrera en el mundo, cayó gravemente enfermo y prometió entrar en religión, si recobraba la salud; pero al sanar no hizo nada por cumplir su promesa. Un año o dos más tarde, un ataque de laringitis le puso de nuevo a las puertas de la muerte; renovó su promesa y se encomendó a la intercesión del mártir-jesuita Andrés Bobola, que acababa de ser beatificado. Habiendo recobrado milagrosamente la salud, pidió ser admitido en la Compañía de Jesús. Fue aceptado, pero dilató su ingreso, pues tal vez dudaba si Dios le llamaba a una vida de mayor penitencia, y además no tenía sino diecisiete años. Por entonces, el cólera le arrebató a su hermana predilecta. Impresionado por la fragilidad de la vida humana, Francisco ingresó en la Congregación de los Pasionistas, con la aprobación de su confesor, que era un jesuita. En el noviciado de Morrovalle, a donde llegó en septiembre de 1856, recibió el nombre de Gabriel de la Dolorosa.

La vida de Gabriel se convirtió desde entonces en un extraordinario esfuerzo por alcanzar la perfección en las cosas pequeñas. Quienes tuvieron oportunidad de conocerle se sintieron impresionados por su lucidez, su espíritu de oración, su caridad con los pobres, su amor al prójimo, su exacta observancia, su deseo constante de mortificarse más allá de sus fuerzas (sin dejar por ello de someterse al juicio de sus superiores), y su absoluta docilidad en la obediencia. Los testimonios de las actas de beatificación son totalmente convincentes. La vida de San Gabriel de la Dolorosa fue de una generosidad sin límites; pero lo más extraordinario es la alegría con que supo consumar el sacrificio. Naturalmente, una vida así tiene pocos detalles pintorescos. Citemos, como ejemplo de la sencillez con que el santo tendió a la perfección, un pasaje de una de sus biografías, pero recordemos que bajo esa aparente sencillez se esconde la enorme fatiga del vencimiento constante de sí mismo:

> "Su deseo de penitencia era insaciable. Durante mucho tiempo pidió permiso de llevar un áspero cilicio de metal. Sus superiores se lo negaron pero el santo continuó pidiéndolo modestamente. Su director le decía: "Quieres a toda costa llevar una pobre cadenilla, cuando lo que realmente necesitas es encadenar tu voluntad. Vete y no me hables más de ellos." El santo se retiraba profundamente mortificado. En otra ocasión, su director le dijo al mismo propósito: "Puesto que tienes tantas ganas de ese cilicio, te doy permiso de que te lo pongas; pero tienes que llevarlo encima del hábito y a la vista de todos, para que todo el mundo sepa cuán mortificado eres." A pesar de la humillación que eso le causaba, Gabriel se puso el cilicio como su director se lo había indicado; esto hizo reir mucho a sus compañeros, pero Gabriel lo soportó en silencio, sin pedir que le dispensaran de esa mortificación que le ponía en ridículo."

Cuando apenas llevaba cuatro años en religión, en el curso de los cuales el hermano Gabriel ya dejaba adivinar el fruto que recogería en las almas al llegar al sacerdocio, aparecieron los primeros síntomas de tuberculosis. Sus superiores se vieron obligados a dispensarle, muy contra la voluntad del santo, de los deberes de la vida comunitaria. La paciencia en la debilidad y los sufrimientos corporales y la total sumisión a las restricciones que los superiores le imponían se convirtieron en las principales características del santo. Su ejemplo impresionaba profundamente a todos; pero él evitaba cuidadosamente hacerse notar y poco antes de su muerte, destruyó todos los apuntes espirituales en los que hablaba de las gracias que Dios había derramado sobre él. Murió apaciblemente en la madrugada del 27 de febrero de 1862, en Isola di Gran Sasso en los Abruzos. San Gabriel de la Dolorosa fue canonizado en 1920.

Ver N. Ward, *Life of Gabriel of our Lady or Sorrows* (1904); Anselmo de la Dolorosa, *Vida de San Gabriel de la Virgen Dolorosa* (1920); *Lettere di San Gabriele dell' Adolorata* (1920); y C. Hollobough, *St Gabriel, Passionist* (1923).

SANTOS JULIAN, CRONION Y BESAS, MÁRTIRES (250 P.C.)

DURANTE la persecución de Decio, muchos de los ciudadanos de Alejandría, particularmente los ricos y los que ocupaban puestos públicos, apostataron de la fe y sacrificaron a los dioses. San Dionisio, obispo de Alejandría, recordando y deplorando esto en su carta Fabiano, dice: Pero hubo otros que dieron noble testimonio del Reino de los cielos, permaneciendo firmes como columnas del Señor; el mismo Señor les sostuvo y les dio la fuerza a la medida de su fe. Uno de los más notables fue un hombre llamado Julián, enfermo de gota e incapaz de dar un paso ni de mantenerse en pie. Fue hecho prisionero junto con los dos hombres que le transportaban; uno de ellos renegó inmediatamente; pero no así el otro, llamado Cronión; él, junto con Julián, después de confesar al Señor, fueron llevados en camellos por toda la ciudad y tú sabes qué grande es, sufrieron la flagelación y finalmente murieron en una inmensa hoguera, ante una multitud de espectadores. Un soldado, llamado Besas, que se hallaba presente y reprendió a la insolente multitud que se apretujaba al paso de los mártires, tuvo que sufrir los insultos del populacho; este valiente soldado de Dios, después de mostrar su heroismo en el gran combate de la religión, murió decapitado."

El Martirologio Romano menciona el 7 de diciembre a un soldado con el nombre de Agatón, que murió en Alejandría durante la persecución de Decio. Como se le hubiese confiado la custodia de los cuerpos de algunos mártires, Agatón prohibió a la multitud que se acercara a profanar y mutilar los cadáveres. La turba le denunció a los magistrados, quienes le condenaron a ser decapitado por haber confesado a Cristo. El P. Quentin, benedictino, ha demostrado que se trata, en realidad de San Besas. En su traducción de la "Historia Eclesiástica" de Eusebio, Rufino omitió el nombre del soldado, y el martirólogo de Ado inventó el nombre de Agatón.

La carta de San Dionisio que hemos citado, se halla en Eusebio, *Historia Eclesiástica*, lib. VI, c. 41. Ver la edición de Feltoe de las obras de Dionisio de Alejandría, pp. 11-12. Dom Quentin explica la confusión de los nombre de Agatón y Besas en *Martyrologes historiques*, pp. 449, 462, 611, 658.

SAN LEANDRO, Obispo de Sevilla (596 p.c.)

Los godos o visigodos, que reinaron en España durante cuatro siglos, se convirtieron del arrianismo, gracias sobre todo a los esfuerzos de San Leandro. El padre del santo era Severiano, duque de Cartagena, ciudad en la que Leandro nació. Su madre era hija de Teodorico, rey de los ostrogodos. Sus hermanos fueron San Fulgencio, obispo de Ecija, y San Isidoro, quien le sucedió en la sede de Sevilla. Tenía también una hermana, Santa Florentina y la tradición afirma que otra de sus hermanas se casó con el rey Leovigildo. Pero este último dato no es seguro y, en caso de ser cierto, debió crear muchas dificultades al santo, pues Leovigildo era un ferviente arriano. Desde niño, se distinguió Leandro por su elocuencia y su fascinante personalidad. Siendo muy joven, entró en un convento de Sevilla, donde se entregó durante tres años a la oración y el estudio. A la muerte del obispo de Sevilla fue elegido unánimemente para sucederle; pero su nueva dignidad no le hizo cambiar de costumbres. El santo se dedicó inmediatamente a combatir el arrianismo, que había hecho grandes progresos, y con su oración y predicación obtuvo numerosas conversiones, entre otras la de Hermenegildo, el hijo mayor del rey Leovigildo. El año 583, San Leandro fue a Constantinopla al frente de una embajada; en esa ciudad conoció a San Gregorio Magno, que había ido ahí como legado del Papa Pelagio II. Una gran amistad les unió desde entonces y San Gregorio escribió su comentario sobre el libro de Job, a instancias de San Leandro.

Al regresar a España, San Leandro continuó luchando por la fe; pero, en 586, Leovigildo condenó a muerte a su propio hijo, San Hermenegildo, por haberse negado a recibir la comunión de manos de un obispo arriano y al mismo tiempo desterró a varios prelados católicos, entre los que se contaba a San Leandro y a su hermano San Fulgencio. El santo obispo continuó su tarea desde el destierro, escribiendo dos libros contra el arrianismo y otro más para responder a las objeciones que se habían hecho a los dos primeros. Leovigildo levantó la pena de destierro poco después y, ya en su lecho de muerte, confió a San Leandro a su hijo Recaredo para que le instruyese en la verdadera fe. Sin embargo, el propio Leovigildo murió sin reconciliarse con la Iglesia, por miedo de ofender al pueblo, según cuenta San Gregorio. Bajo la dirección de San Leandro, Recaredo llegó a ser un fervoroso católico, bien instruido en la fe. Leandro demostró tal sabiduría en sus discusiones con los obispos arrianos, que acabó por ganarles a su doctrina, más con sus argumentos que con su autoridad. Esto produjo la conversión de todo el pueblo visigodo. Igual éxito tuvo el santo con los suevos, otro pueblo de España pervertido por Leovigildo. Nadie se regocijó más de los triunfos del santo obispo que San Gregorio Magno, quien le escribió una afectuosa carta de felicitación y le envió un palio.

En 589, San Leandro presidió el tercer Concilio de Toledo, que redactó una solemne declaración de la consustancialidad de las tres Personas divinas y votó veintitrés cánones disciplinares. Como se ve, San Leandro no se preocupaba menos de la pureza de la fe que de las buenas costumbres. Al año siguiente, tuvo lugar en Sevilla otro concilio con el fin de confirmar y sellar la conversión del pueblo a la verdadera fe. San Leandro conocía, por experiencia, el poder de la oración y trabajó por fomentar la verdadera devoción en todos los fieles, pero sobre todo en los que se habían consagrado a Dios en la vida religiosa. Su carta

a Santa Florentina, documento conocido con el nombre de Regla de la Vida Monástica, tiene por tema principal el desprecio del mundo y la oración. Una de las obras más importantes de San Leandro fue la reforma de la liturgia. Siguiendo la práctica de las Iglesias orientales, el tercer Concilio de Toledo introdujo en la misa el Credo de Nicea, que repudiaba la herejía arriana. Más tarde, otras Iglesias de occidente y la misma Iglesia de Roma adoptaron esa práctica.

San Leandro se vio frecuentemente atacado por las enfermedades, particularmente por la gota. San Gregorio, que sufría también de ese mal, alude a ello en una de sus cartas. Según una antigua tradición española, la famosa pintura de Nuestra Señora de Guadalupe fue un regalo del Papa a su amigo San Leandro. De los numerosos escritos del santo, los únicos que han llegado hasta nosotros son la "Règla de la Vida Monástica" y una homilía de acción de gracias por la conversión del pueblo godo. San Leandro murió el año 596. Sus reliquias se conservan en la catedral de Sevilla. La liturgia española considera a San Leandro como Doctor de la Iglesia.

Ver *Acta Sanctorum*, marzo, vol. II; Gams, *Kirchengeschichte von Spanien*; vol. II, pte. 2, pp. 37 ss., 66 ss.; DTC, vol. IX, p. 95. Ver también el excelente artículo de la Sra. Humphry Ward sobre San Leandro, en DCB., vol. III, pp. 637-640; y cf. F. H. B. Daniell, vol. IV, pp. 536-538, acerca de Recaredo.

SAN BALDOMERO (660 P.C.)

BALDOMERO era un herrero de Lyon que vivía voluntariamente con gran austeridad y pobreza. Empleaba todo su tiempo libre en la lectura espiritual y la oración, regalaba a los pobres cuanto tenía (y algunas veces hasta sus herramientas) y saludaba a todos con estas palabras: "En el nombre del Señor, demos gracias a Dios". Vivencio, abad de San Justo, que le sorprendió una vez en oración, se sintió profundamente impresionado por la devoción de Baldomero. La impresión fue todavía mayor, cuando entró en conversación con él. El abad le ofreció una celda en su monasterio y ahí se entregó San Baldomero a la contemplación. Su biógrafo cuenta que los pájaros del bosque, tan silvestres que nadie había logrado nunca cogerlos ni domesticarlos, iban a comer en las manos del santo, que les decía: "Comed, pajarillos y bendecid al Dios del cielo". El obispo Gundriano le ordenó subdiácono, a pesar de la resistencia del santo. San Baldomero es considerado en algunas partes como patrono de los herreros y aparece en las imágenes con unas pinzas o algún otro instrumento de su oficio.

El Martirologio Romano conmemora a San Baldomero, pero no existe ningún documento fidedigno sobre su vida. Ver *Acta Sanctorum*, febrero, vol. II; Detzel, *Christliche Ikonograpnhie*, vol. II, p. 179.

SAN JUAN DE GORZE, ABAD (974 P.C.)

EL PADRE de Juan de Gorze era ya bastante entrado en años cuando nació su hijo, en Vandières, cerca de Pont-à-Mousson. Vivió lo suficiente para darle una buena educación en las escuelas de Metz y Saint-Mihiel, aunque no para verle alcanzar la mayoría de edad. El joven tuvo que encargarse de administrar la propiedad familiar y así entró en contacto con muchos hombres de estado y de Iglesia. Se le confiaron los beneficios de Vandières y Saint-Laurent, en el

pueblecito de Fontenoy, donde Juan trabajó mucho por embellecer esas iglesias, especialmente la de San Lorenzo. Ahí pasaba días enteros en oración, cuando los negocios le dejaban un respiro. El mundo no dejaba de atraerle, pero ejercieron gran influencia sobre él un sacerdote que profesaba gran devoción al oficio divino y un diácono, llamado Bérnier. La iglesia y el monasterio de sus posesiones dependían del convento de las religiosas de San Pedro de Metz, a donde Juan iba con frecuencia a ayudar la misa. Al ver las austeridades que practicaban esas religiosas y quiénes estaban a su cuidado, cayó en la cuenta del lujo y la comodidad en que él vivía. A partir de entonces, se consagró más y más a las cosas espirituales. Se dice que aprendió de memoria toda la Biblia y que llegó a conocer muy a fondo el "Comes", los penitenciales, los cánones del derecho canónico, las homilías de los Santos Padres y las vidas de los santos, al grado que podía recitarlas de corrido, como si esuviera leyendo un libro.

Una peregrinación a Roma le puso en contacto con varios hombres de Dios que le ayudaron a avanzar en la vida espiritual. En el mismo viaje, visitó Monte Gargano, Monte Cassino y el Vesubio. De vuelta a Lorena, se hizo muy amigo del archidiácono Einhold de Toul, a quien persuadió de que renunciase a sus posesiones y le acompañase en otra peregrinación a Roma. Pero Adelborn, arzobispo de Metz, se interpuso, y los dos amigos decidieron entrar en la abadía de Gorze, que contaba apenas con unos cuantos monjes, el año 933. Su presencia rejuveneció la vida del monasterio; Einhold fue pronto nombrado abad y Juan prior. Las austeridades que Juan empezó a practicar obligaron a su superior a moderarle. El emperador Otón I pidió dos monjes para enviarles como embajadores a la corte del califa Abderramán de Córdoba. Juan fue elegido jefe de la embajada, y el valor y la prudencia con que desempeñó su misión le ganaron la admiración del propio califa. A su retorno, fue elegido abad de Gorze, el año 960, y las reformas que introdujo fueron pronto adoptadas por otros monasterios benedictinos de la Lorena superior. Dichas reformas consistían principalmente en un aumento de las austeridades corporales, como las que introdujo otro contemporáneo de Juan, San Gerardo de Brogne. Es difícil determinar si hay que considerar a Juan como santo o como beato. Los bolandistas le llaman beato, pero generalmente se le conoce como San Juan de Gorze.

Juan, abad de San Arnulfo de Metz, que era amigo personal del santo, escribió el año 980 una biografía muy importante, desde el punto de vista histórico; desgraciadamente el único manuscrito que se conserva está incompleto. El texto fue publicado por los bolandistas (*Acta Sanctorum*, febrero, vol. III) y por Mabillon. Migne, PL., vol. 137, cc. 241-310, aunque la edición de MGH., *Scriptores*, vol. IV. Ver también Mabille, *De Joannis Abbatis Gorziensis Vita* (1879), y Sackur, *Die Cluniacenser*, vol. I.

BEATA ANA LINE, MÁRTIR (1601 P.C.)

ANA ERA hija de Guillermo Heigham, un caballero protestante de Dunmow, en Essex, quien desheredó a su hijo y a su hija, cuando éstos se convirtieron al catolicismo. Ana se casó con Rogelio Line, originario de Ringwood. El marido fue poco después arrestado por insubordinación, se le desterró a Flandes y murió ahí, en 1594. La viuda, cuya salud era muy precaria, se consagró desde entonces al servicio de sus perseguidos correligionarios. El jesuita John Gerard le confió la dirección de la casa de refugio para el clero, que había fundado en

Londres. Después de la fuga del P. Gerard de la Torre de Londres, las autoridades empezaron a considerar a Ana como sospechosa, de suerte que debió cambiar de residencia. El día de la Purificación, de 1601, los perseguidores se presentaron en la casa de Ana, en el preciso momento en que el P. Francisco Page se estaba revistiendo para celebrar la misa. El padre logró escapar, pero la Sra. Line, la Sra. Gage y otros fueron arrestados.

Un amigo de la corte logró poner en libertad a la Sra. Gage; pero Ana tuvo que comparecer ante el juez de la Suprema Corte, Popham. La beata estaba tan enferma, que debió ser transportada en una silla de brazos. Cuando el juez le preguntó si se reconocía culpable, Ana respondió en voz alta: "Señores, lo único que siento es no poder ofrecer refugio en mi casa a mil sacerdotes más." La acusación no podía probarse legalmente, pues sólo había un testigo; sin embargo, el jurado, aconsejado por el juez, declaró culpable a Ana y la condenó a muerte. La beata pasó sus últimos días en gran recogimiento. Al llegar al sitio en que debía morir, en Tyburn, besó la horca y oró de rodillas hasta el último instante. Junto con ella sufrieron el martirio Rogelio Filcock, un jesuita que había sido largo tiempo su amigo y confesor, y el Beato Mark Barkworth. La causa del P. Filcock está introducida.

Ver MMP., pp. 257-259; la autobiografía de John Gerard (P. Caraman, 1951), pp. 82-86; y Gillow, *Biog. Dict.*

28: MARTIRES DE LA PESTE DE ALEJANDRIA (261 P.C.)

LA PESTE había hecho estragos en la mayor parte del Imperio Romano, durante los años 249 a 263. Se dice que en Roma habían muerto cinco mil personas en un sólo día. La ciudad de Alejandría fue una de las más severamente castigadas por la epidemia; San Dionisio de Alejandría nos dice que ahí se declaró el hambre, y que esto había provocado tumultos y violencias tan graves, que era más fácil ir de un extremo al otro del mundo conocido, que atravesar de una calle a otra en el interior de la ciudad. A estas desgracias vino a añadirse la peste, que causó tales estragos, que no había casa en la que no se llorara por lo menos a un muerto. Los cadáveres yacían insepultos; el aire estaba cargado de microbios y de los vapores pestilenciales del Nilo. Los sobrevivientes vagaban aterrorizados y el miedo volvía a los paganos crueles, aun con sus parientes más cercanos. En cuanto alguien caía enfermo, sus amigos huían de él; los enfermos eran arrojados de su propia casa, antes de morir.

En tan angustiosas circunstancias, los cristianos de Alejandría dieron gran ejemplo de caridad. Durante las persecuciones de Decio, Galo y Valeriano habían tenido que ocultarse; sólo podían reunirse en secreto, o en los barcos que partían de Alejandría, o en las prisiones. La peste les permitió salir de sus escondrijos. Sin temor al peligro, acudieron a asistir a los enfermos y a reconfortar a los moribundos; cerraban los ojos a los muertos y transportaban los cadáveres. Aunque sabían perfectamente que se exponían a contrar el mal, lavaban y enterraban decentemente a las víctimas de la enfermedad. El obispo de la ciudad escribió: "Muchos que habían curado a otros murieron apestados. La muerte nos ha arrebatado así a los mejores de nuestros hermanos: sacerdotes,

diáconos y laicos excepcionales. Su heroica muerte, motivada por la fe, apenas es inferior a la de los mártires." Reconociendo el valor de estas palabras de San Dionisio, el Martirologio Romano honra a esos distinguidos cristianos como mártires. La caridad que mostraron asistiendo a sus perseguidores en las enfermedades, es un ejemplo de lo que debe ser nuestra actitud con los pobres, que generalmente no son nuestros enemigos, sino nuestros correligionarios.

Lo que sabemos sobre los actos de caridad de los cristianos en Alejandría, figura en los escritos de Eusebio. *Historia Eclesiástica*, vol. VII, c. XXII, donde se reproduce la carta de San Dionisio. El texto griego se encuentra en la edición de Feltoe de *The letters and other remains of Dionysius of Alexandria*, pp. 79-84.

SAN PROTERIO, Patriarca de Alejandría, Mártir (457 p.c.)

El sucesor de San Cirilo en el patriarcado de Alejandría fue un hombre sin principios, llamado Dióscoro, que patrocinó la herejía de Eutiques y propagó sus errores. El jefe del partido ortodoxo era Proterio, sacerdote ordenado por San Cirilo. Dióscoro, que sabía la gran estima en que el pueblo tenía a Proterio y quería ganárselo, le había nombrado arcipreste y le había confiado el cuidado de su Iglesia; pero Proterio se opuso a Dióscoro, en cuanto éste empezó a apoyar abiertamente a los herejes. El Concilio de Calcedonia condenó y depuso a Dióscoro en 451; Proterio fue elegido para sucederle. La ciudad de Alejandría, tumultuosa y violenta, se dividió en dos partidos: el de Proterio y el que pedía la restitución de Dióscoro. Dos sacerdotes acaudillaban la facción cismática: Timoteo Eluro y Pedro Mongo. (Eluro, en griego, significa gato, y Mongo significa profeta de desgracias). Estos dos conspiradores provocaron tantos disturbios durante el gobierno de Proterio, que el santo vivió en perpetuo peligro de ser víctima de la violencia, no obstante la decisión del Concilio de Calcedonia y las órdenes del emperador. A la muerte de Dióscoro, Eluro logró ser consagrado para la sede episcopal y su partido le proclamó obispo legítimo de Alejandría. Las tropas del emperador echaron a Eluro de la diócesis. Esto encolerizó tanto a los eutiquianos, que San Proterio tuvo que refugiarse en el bautisterio de la iglesia de San Quirino para librarse de sus amenazas. Pero los herejes no respetaron el derecho de asilo, sino que penetraron en la iglesia y le acabaron a puñaladas, durante la Semana Santa del año 457. No satisfechos con esto, arrastraron su cadáver por las calles, lo descuartizaron, quemaron sus restos y dispersaron las cenizas. Los obispos de Tracia, en una carta que escribieron poco después al emperador, declararon que consideraban a Proterio como mártir y que confiaban en su valiosa intercesión ante el Señor.

No existe una biografía especial de Proterio, pero en el *Acta Sanctorum*, febrero, vol. III, los principales textos, cartas, etc., referentes al santo, han sido compiladas. Véase también Hefele-Leclerq, *Conciles*, vol. II, p. 858.

SANTOS ROMAN Y LUPICINO, Abades (c. 460 y 480 p.c.)

A los treinta y cinco años de edad, San Román se retiró a los bosques del Jura, en la frontera de Francia y Suiza para vivir como ermitaño. Llevó consigo las "Vidas de los Padres del desierto" de Casiano, algunos útiles de trabajo y un poco de semilla y se abrió camino hasta la confluencia del Bienne y el Alière. En aquellas escarpadas montañas de difícil acceso, encontró la soledad

que buscaba. A la sombra de un gigantesco pino, pasaba el día en la oración, la lectura espiritual y el cultivo de la tierra. Al principio, sólo las bestias y uno que otro cazador turbaban su retiro; pero pronto fueron a reunírsele su hermano, Lupicino y uno o dos compañeros más. Después llegaron otros muchos aspirantes a la vida eremítica, entre ellos una hermana de San Román y varias otras mujeres.

Los dos hermanos construyeron los monasterios de Condat y Leuconne, a tres kilómetros de distancia uno del otro y, para las mujeres, erigieron el monasterio de La Baume, donde actualmente se levanta el pueblecito de Saint-Roman-de-la-Roche. Los dos hermanos desempeñaban simultáneamente el cargo de abad, en perfecta armonía, aunque Lupicino tendía a ser más estricto. Este último habitaba generalmente en el monasterio de Leuconne; al enterarse de que los monjes de Condat empezaban a comer un poco mejor, se presentó en el monasterio y les prohibió tal innovación. Aunque el ideal de San Romano y San Lupicino era imitar a los anacoretas del oriente, las diferencias de clima les obligaron a modificar ciertas austeridades. Los galos eran muy dados a los placeres de la mesa; a pesar de ello, jamás probaban los monjes la carne y sólo comían huevos y leche, cuando estaban enfermos. Pasaban gran parte del día en duros trabajos manuales, vestían pieles de animales y usaban suecos. Esto les protegía de la lluvia, pero no del cruel frío del invierno, ni de los ardientes rayos del sol en el verano, reflejados por las rocas.

San Román hizo una peregrinación al actual Saint-Maurice de Valais para visitar el sitio del martirio de la Legión Tebana. En el camino curó a dos leprosos; la fama del milagro llegó antes que él a Ginebra y, al pasar por la ciudad, el obispo, el clero y el pueblo salieron a saludarle. Su muerte ocurrió el año 460. Según su deseo, fue sepultado en la iglesia del convento gobernado por su hermano, Lupicino. Este le sobrevivió cerca de veinte años, y su fiesta se celebra por separado, el 21 de marzo. La biografía latina habla sobre todo, de las austeridades de Lupicino, pero cuenta también grandes maravillas de su bondad con los monjes y de su espíritu de fe. En una época de hambre, obtuvo con sus oraciones la multiplicación del grano que quedaba en el monasterio. Cuando sus monjes, cediendo a la tentación, empezaban a pensar en abandonar la vida religiosa o la abandonaban realmente, el santo no les trataba con dureza, sino que les alentaba a perseverar en su vocación.

Bruno Krusch, Quesnel y Papebroch pusieron en duda el valor histórico de las biografías de Romano, Lupicino y Eugenio (1º de enero); pero Mons. Duchesne las defendió brillantemente en un notable estudio, llamado *La vie des Pères du Jura*, en *Mélanges d'archéologie et d'histoire*, vol. XVIII (1898), pp. 3-16. En el mismo sentido se pronunció M. Poupardin, en *Le Moyen-Age*, vol. XI (1898), pp. 31-48. Cf. M. Besson, *Nos origines chrétiennes*. El texto de la vida de Romano y Lupicino se halla en *Acta Sanctorum*, febrero, vol. III; una edición más reciente es la de Krusch, en MGH., *Scriptores Merov.*, vol. III, pp. 131-153. El *Acta Sanctorum* divide la "vida" en dos secciones, que se refieren respectivamente a Román y a Lupicino; Krusch no establece tal división.

SAN HILARIO, PAPA (468 P.C.)

A PROPÓSITO de San Flaviano de Constantinopla (el 18 de febrero), hicimos mención del conciliábulo que se llevó a cabo en Efeso, el año 449, en el que los obispos rebeldes apoyaron a Eutiques y maltrataron a los obispos ortodoxos, a resultas de lo cual murió San Flaviano. Los legados del Papa San León I se

vieron reducidos a la impotencia y apenas si lograron escapar con vida, después de haber protestado. Uno de esos legados era Hilario, que había nacido en Cerdeña. Todavía se conserva la carta que escribió a la emperatriz Pulqueria, excusándose de no haber podido entregarle personalmente la carta del Papa, después del conciliábulo, pues las violentas intrigas de Dióscoro le obligaron a ir a Constantinopla y a duras penas consiguió llegar con vida a Roma. Para agradecer a Dios el haberle salvado en esa ocasión. San Hilario construyó más tarde la capilla de San Juan Apóstol, en el bautisterio de San Juan de Letrán. Todavía puede verse, sobre la puerta, la inscripción que mandó poner: "Liberatori suo beato Iohanni evangelistae, Hilarius episcopus famulus Christi": "Hilario, obispo y siervo de Cristo, a su liberador, San Juan Evangelista".

A la muerte de León Magno, en 461, el diácono Hilario fue elegido Papa y se mostró digno sucesor del Santo Pontífice. No sabemos prácticamente nada de su vida particular. Su principal obra parece haber sido la revigorización de la disciplina eclesiástica y de la administración en la Galia y en España, mediante el mantenimiento de los derechos de los obispos y el castigo a los que abusaban de ellos. En una ocasión, reprendió públicamente al emperador Antemio, en San Pedro, por haber favorecido a unos maestros de doctrina dudosa. San Hilario murió el 28 de enero, del año 468 y fue sepultado en la iglesia de San Lorenzo extra muros, en la que había mandado construir una biblioteca y dos baños públicos.

Ver la nota del *Liber Pontificalis* (Duchesne, vol. I, pp. 242-248) y las cartas publicadas por Thiel y Jaffe. Los bolandistas reproducen los principales documentos en *Acta Sanctorum*, septiembre, vol. III. Ver también Hefele-Leclercq, *Conciles*, vol. II; Grisar, *Geschichte Roms und der Päpste*, p. 323 y passim; y DCB., vol. III, pp. 72-74.

BEATA VILANA DE FLORENCIA, Matrona (1360 p.c.)

La Beata Vilana, que nació en 1332, era hija de un mercader florentino, llamado Andrés de Botti. A los trece años de edad, Vilana huyó de la casa paterna para entrar en un convento; pero su intento fracasó y tuvo que volver a su casa. Para impedir que la fuga se repitiera, su padre la casó poco después con Rosso di Piero. El matrimonio cambió completamente a Vilana, quien se entregó al placer y a la disipación, en una vida ociosa y mundana. Un día que salía de su casa con un vestido de fiesta adornado de perlas y piedras preciosas. Vilana se miró en el espejo y en lugar de su propia imagen vio la de un horrible demonio. Aunque se miró en otros dos espejos, la imagen reflejada no cambió. Muy alarmada al reconocer en esa imagen la de su alma manchada por el pecado, Vilana cambió sus ricos vestidos por los más sencillos que pudo encontrar en su casa, y se dirigió llorando al convento de los dominicos de Santa María Novella, donde se confesó y pidió perdón de sus pecados. Esto cambió el rumbo de su vida, y Vilana no volvió nunca atrás.

Poco después, la beata entró en la Tercera Orden de Santo Domingo y empezó a adelantar rápidamente en la vida del alma. Sin dejar de cumplir perfectamente sus deberes de esposa, encontraba tiempo para la oración y lectura espiritual. Tenía especial predilección por las epístolas de San Pablo y las vidas de santos. En cierta ocasión, su amor por los pobres y su deseo de humildad la impulsaron a ir pidiendo limosna de puerta en puerta, pero su marido y sus padres se lo impidieron. Entregada totalmente a Dios, Vilana era frecuen-

temente arrebatada en éxtasis, sobre todo durante la misa y las conversaciones espirituales. Dios permitió que atravesara un período de persecución, en el que fue cruelmente calumniada hasta en su honor; los dolores y la debilidad corporal acabaron de purificar su alma. La beata salió avante de todas estas pruebas, y recibió en premio maravillosas visiones y conversaciones con la Santísima Virgen y algunos santos. A veces su habitación se inundaba de luz. Vilana poseía también el don de profecía. En su lecho de muerte pidió que le leyesen la Pasión de Cristo; al llegar a las palabras: "Inclinó la cabeza y expiró", Vilana cruzó los brazos y entregó el alma. Su cuerpo fue llevado a Santa María Novella. La veneración del pueblo fue tal, que no hubo manera de proceder a los funerales, sino hasta un mes después. Las gentes se apretujaban para obtener alguna reliquia de sus vestidos y la honraron como santa desde entonces. El esposo de Vilana decía que, cuando se sentía deprimido y desalentado, encontraba nueva fuerza visitando su antigua habitación. El culto de la beata fue confirmado en 1824.

Ver *Acta Sanctorum*, 26 de agosto (agosto, vol. v); Procter, *Lives of Dominican Saints*, pp. 50-52; M. C. Ganay, *Les Bienheureuses Dominicaines*, pp. 153-175.

BEATA EDUVIGES DE POLONIA, Matrona (1399 p.c.)

Hay dos Eduviges de sangre real. Butler las conmemora a las dos juntas el mismo día (17 de octubre). La más joven de las dos, cuyos títulos para merecer veneración litúrgica son menos claros, era honrada por el culto popular el último día de febrero. Su causa de beatificación fue realmente introducida, pero sin que se llegase a una aprobación oficial del culto. Eduviges nació en 1371. Era la hija menor de Luis, heredero al trono de Polonia, que ocupaba entonces Casimiro III. Después de la muerte de éste, en 1382, se propuso a Eduviges como un deber religioso el matrimonio con Jagielo, duque de Lituania, que era aún pagano. Desde el punto de vista diplomático, dicho matrimonio parecía ventajoso para Polonia y para la Iglesia, pues el duque prometía abrazar la fe cristiana y aseguraba que todo su pueblo se convertiría con él. Aunque no tenía entonces más que trece años, Eduviges tuvo que elegir, siguiendo únicamente el dictado de su conciencia. Un autor moderno narra así la elección de la princesa:

> "Cubierta por un espeso velo negro, Eduviges se dirigió a pie a la catedral de Cracovia, donde se retiró a una de las capillas. Ahí permaneció tres horas, con las manos entrelazadas y los ojos llenos de lágrimas, luchando con la repugnancia que experimentaba en su interior. Al fin se levantó, con el corazón ligero, dejando al pie de la cruz sus sentimientos, su voluntad y sus esperanzas de felicidad terrena. Había hecho el sacrificio de sí misma y de cuanto tenía, acababa de ofrecerse en perpetuo holocausto a su Redentor crucificado, considerándose muy feliz de que su sacrificio pudiese contribuir a la salvación de las almas por las que Cristo había vertido su preciosa sangre. Antes de salir de la capilla, cubrió con su propio velo el crucifijo, como si quisiese ocultar bajo esa especie de capa mortuoria los últimos brotes de debilidad humana que pudiese haber todavía en su corazón, y estableció una fundación perpetua para renovar esta imagen de la pena de su alma. La fundación existe todavía. El crucifijo se yergue aún

en la misma capilla, cubierto con el velo negro de la princesa; generalmente se le llama "el crucifijo de Eduviges."

Jagielo había sido sincero. En el bautismo tomó el nombre de Ladislao. Sobre la conversión del pueblo lituano la leyenda ha bordado historias fantásticas, como la de la destrucción total de los templos paganos y la del bautismo en tropel, en el que los hombres, las mujeres y los niños, divididos en grupos, recibieron el agua bautismal de manos de los obispos y sacerdotes. Los integrantes de cada grupo fueron bautizados con el mismo nombre".

Durante los años turbulentos que siguieron, Eduviges fue un elemento de estabilidad y equilibrio en el gobierno del reino. Ejerció una influencia benéfica sobre su marido; defendió a sus súbditos, que frecuentemente eran víctimas de los errores y el egoísmo de sus jefes; su caridad y su bondad le ganaron el afecto de todo el pueblo; finalmente, Eduviges supo defenderse con dignidad de los injustos accesos de celos de su marido. Sólo en la penitencia parecía olvidar la moderación; pero esto no le impedía el cumplimiento perfecto de sus deberes de esposa y su marido sentía por ella el más profundo afecto, no exento de cierto reverencial temor. Jagielo se mostró espléndido en los preparativos que organizó con motivo del próximo nacimiento del heredero del trono. Aunque en ese momento se hallaba en el frente de batalla, ordenó por medio de una carta que se sacaran las joyas de la corona y los brocados. Eduviges respondió: "Hace mucho tiempo que renuncié definitivamente a las pompas del mundo, y ciertamente no quisiera verlas reaparecer en el lecho en que voy a dar a luz, que para tantas mujeres es el lecho de muerte. No son las perlas y las joyas las que pueden hacerme agradable a Dios, quien se ha dignado librarme de la esterilidad, sino la entrega total a su voluntad y la conciencia de mi propia nada." Considerando las cosas desde un punto de vista puramente humano, Eduviges cometió algunos excesos en materia de penitencia y oración. La víspera de su gran sacrificio, pasó la noche entera en oración ante el crucifijo cubierto con su propio velo; sus damas de honor la encontraron delante de él, desmayada o en éxtasis. Poco después, el nacimiento de su hija, que sólo vivió unas cuantas horas, le costó la vida. Se cuenta que en su tumba se obraron numerosos milagros.

Ver *Dublin Review*, octubre, 1864, pp. 311-343; A. B. C. Dunbar, *Dictionary of Saintly Women*, vol. I, pp. 366-369; H. Sienkiewicz, *Knights of the Cross*, c. IV; *Cambridge History of Poland*, vol. I (1950), acerca de las condiciones históricas que unieron a Polonia y Lituania durante 400 años.

BEATA ANTONIA DE FLORENCIA, Viuda (1472 p.c.)

En la ciudad de Aquila, en los montes Abruzos, descansan las reliquias de tres notables franciscanos: San Bernardino de Siena, el Beato Vicente de Aquila y la Beata Antonia de Florencia. Antonia se casó muy joven y perdió a su esposo a los pocos años. Deseando cansagrarse enteramente a Dios, opuso resistencia decidida a todos los intentos de sus parientes por casarla de nuevo. En 1429, la Beata Angelina de Marsciano envió a dos de su religiosas a fundar en Florencia el quinto convento de Terciarias Regulares de San Francisco; Antonia fue una de las primeras en entrar en él. Un año más tarde, su superiora, reconociendo los excepcionales méritos y cualidades de la beata, la nombró su-

periora del convento de Santa Ana de Foligno, que había sido la primera fundación de la orden. Ahí, Antonia tuvo el privilegio de ser personalmente dirigida por la Beata Angelina. A los tres años fue enviada a gobernar la nueva comunidad de Aquila y una vez más, el ejemplo de su santa vida y de su caridad inspiraron a cuantos le rodeaban. La Beata Angelina murió dos años después y Antonia perdió otro de sus grandes apoyos en la persona de San Bernardino de Siena, quien pasó al Señor en 1444.

Cuando San Juan Capistrano pasó por la ciudad, Antonia le manifestó que deseaba una regla más estricta. El santo comprendió su anhelo y consiguió que se le cediese el monasterio de Corpus Christi, que otra orden acababa de construir. Ahí se retiró Antonia con once de sus religiosas, en 1447, para practicar la regla original de Santa Clara en todo su rigor. Muchas jóvenes renunciaron a un brillante porvenir en el mundo para entrar en el nuevo convento, de suerte que al poco tiempo hubo que agrandarlo para dar cabida al centenar de religiosas que cantaban los divinos oficios noche y día. La humildad y la paciencia eran las virtudes características de la Beata Antonia, quien durante quince años tuvo que soportar una dolorosa enfermedad, además de una multitud de severas pruebas espirituales. El hijo de Antonia la hizo sufrir mucho, pues dilapidó su fortuna y acudía frecuentemente a molestar a su madre con el relato de sus aventuras y dificultades. Otra de las grandes pruebas de la beata fue que los franciscanos de Aquila, a quienes San Juan Capistrano había confiado la dirección espiritual de la comunidad, la abandonaron durante algún tiempo, aunque más tarde aceptaron de nuevo el cargo. Antonia era digna hija de San Francisco por su amor a la pobreza, a la que llamaba "la reina de la casa". Con sus hijas era muy afectuosa y éstas no cesaron nunca de corresponderle, venerándola siempre aun cuando la beata renunció al cargo de superiora, a los siete años. Algunos testigos narraron que habían visto varias veces a la Beata Antonia arrebatada en éxtasis a cierta altura del suelo, y que una vez un globo de fuego apareció sobre su cabeza e iluminó el sitio en que se hallaba orando. Antonia murió en 1472. El obispo, los magistrados y el pueblo de Aquila celebraron con gran pompa los funerales, por cuenta de la ciudad. El culto de la beata fue confirmado en 1847.

Ver Léon, *Auréole Séraphique*, vol. II, pp. 36-40; Mazzara, *Leggendario Francescano*, vol. I, pp. 287-289.

BEATA LUISA ALBERTONI, VIUDA (1533 p. c.)

LOS PADRES de la beata, Esteban Albertoni y Lucrecia Tebaldi, pertenecían a distinguidas familias romanas. Luisa nació en 1473 y perdió a su padre, siendo todavía muy niña. Su madre se casó de nuevo y Luisa fue educada, primero por su abuela y luego por dos de sus tías. Su familia la indujo a contraer matrimonio con Jaime de Cítara, joven de noble familia y gran riqueza. Dios bendijo ese feliz matrimonio con tres hijas, pero el marido de la beata murió en 1506. Esto permitió a Luisa consagrarse de lleno a la oración y tomar el hábito de la Tercera Orden de San Francisco. Contemplaba tan constantemente la Pasión del Señor y sentía sus sufrimientos con tal intensidad que, según se dice, casi perdió la vista por la cantidad de lágrimas que derramó en esas horas de oración. El resto de su tiempo lo dedicaba al servicio de los pobres y enfermos y a

visitar las siete grandes basílicas romanas. Vivía en la mayor pobreza y gastaba su fortuna en ayudar a los pobres de los alrededores.

Su humildad encontraba métodos un tanto originales de hacer limosna; por ejemplo, en una ocasión introdujo diferentes monedas de oro y de plata en unos panes que iba a repartir entre los pobres, y pidió a Dios que los más necesitados supiesen escoger los panes en que había monedas de mayor valor. La generosidad de Luisa fue tan extremada que llegó el día en que no tuvo ya nada que dar a los pobres; sus parientes le daban cada día la comida, de la que la beata repartía una buena parte. Durante los últimos años de su vida, disfrutó de maravillosa paz y era frecuentemente arrebatada en éxtasis; según cuentan sus biógrafos, los fenómenos de levitación no eran raros. Luisa murió el 31 de enero de 1533, repitiendo las palabras del Señor: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu." Ocurrieron muchos milagros en el tiempo en que su cuerpo estuvo en la iglesia, antes de los funerales y después en su tumba. El culto de la beata fue confirmado en 1671.

Ver G. Polo, *Vita della B. Lodovica Albertoni* (1672); Léon, *Auréole Séraphique*, vol. I, pp. 127-132; B. Mazzara, *Leggendario Francescano* (1676), vol. I, pp. 145-155.



1: SANTA EUDOXIA, Mártir (¿152? p.c.)

EUDOXIA NACIO en Heliópolis de padres hebreos, procedentes de Samaria, por lo que se le dio el sobrenombre de "samaritana". Habitaba una casa a la entrada de la ciudad de Heliópolis, y por su maravillosa belleza, fue objeto de seducción para muchos y llegó a ganar una verdadera fortuna, dedicándose al criminal comercio de la prostitución.

Cierta noche, un monje llamado Germán volvía de un viaje hacia su monasterio y se detuvo en la casa de un amigo, vecina a la de Eudoxia. Ella le oyó cantar salmos y leer en alta voz los pasajes de la Biblia que describen los tormentos de los pecadores en la otra vida. Al escuchar aquellas cosas, Eudoxia se sintió sobrecogida por un gran temor. Al día siguiente, visitó al monje para contarle sus temores y preguntarle lo que debía hacer para escapar a penas tan terribles. Germán le respondió que, ante todo, debía renunciar a tantas riquezas malhabidas como tenía.

Eudoxia prometió hacerlo, anunció su resolución de entregarse a la oración y la penitencia y suplicó al monje que le enseñara la doctrina cristiana y los medios para santificarse.

Después de haberla instruído, Germán la envió al obispo Teódoto pues, la pecadora convertida, deseaba el bautismo. Una vez bautizada, Eudoxia dejó a Teódoto todas sus riquezas para que las distribuyera entre los pobres y ella se retiró a un convento para practicar allí una penitencia austera.

Comenzó a arder la persecución: los antiguos amantes de Eudoxia la denunciaron como cristiana, y el prefecto de Heliópolis la mandó prender y la sometió al tormento; pero ella hizo tales prodigios, que los verdugos, asombrados, la dejaron libre. Sin embargo, muy pronto otro prefecto, llamado Vicente, la hizo decapitar.

El nombre de Eudoxia, que figura en las *Menaia* griegas, ha sido inscrito en el Martirologio Romano, gracias a los cuidados de Baronio.

Las *Actas griegas*, cuyo fondo es auténtico, contienen detalles novelescos. — *Acta Sanctorum*, 1o. de marzo, p. 870.

SAN DAVID, Obispo, Patrón de Gales (¿589? p.c.)

DESGRACIADAMENTE NO existe ninguna biografía primitiva del Santo Patrón de Gales, que es tal vez el más célebre de los santos ingleses. Todos los datos que poseemos sobre él se basan en la biografía escrita hacia el año 1090, por Ricemarco, hijo del obispo Sulien de Saint David's. Ricemarco era un hombre de gran cultura y por consiguiente, hay motivos para creer que investigó a fondo

en las fuentes originales; pero, por otra parte, tenía empeño en mantener la leyenda de la primacía de la sede de Saint David's y carecía de sentido crítico para distinguir los hechos históricos de las fábulas más extravagantes.

Según la leyenda, David nació hacia el año 520. Su padre fue un noble de Ceredigion, llamado Sant y su madre Santa Nona (3 de marzo), era nieta de Braychan de Brecknock. "El sitio en que se educó —dice Ricemarco—, se llamaba Vetus Rubus (Henfynyw, en Cardigan). Creció lleno de gracia y era de gran atractivo físico. Aprendió el alfabeto, los salmos y todas las lecciones del Breviario. Un día, sus compañeros vieron una paloma de pico de oro posarse sobre sus labios para enseñarle a cantar las divinas alabanzas." Después de su ordenación sacerdotal, se retiró durante algunos años a estudiar bajo la dirección de San Paulino, quien habitaba en una isla que no ha sido posible identificar. Se cuenta que el santo devolvió la vista a su maestro, a quien la abundancia de llanto había dejado ciego. Al salir del monasterio, David entró en un período de gran actividad; pero los detalles que se cuentan de esa época de su vida son casi todos fantásticos. Citemos de nuevo a su biógrafo: "Fundó doce monasterios para la mayor gloria de Dios; primero construyó una iglesia en Glastonbury; en Bath, su bendición transformó el agua venenosa de una fuente en agua termal de propiedades curativas para que las gentes del lugar pudiesen tomar baños; más tarde, fue a Croyland y a Repton, de donde pasó a Colfan y Glascwm, llevando un altar de doble frente; después fundó el monasterio de Leomister; luego construyó una iglesia en un sitio llamado Raglan, en el distrito de Gwent, y un monasterio en un sitio llamado Llangyfelach, en el distrito de Gower". Finalmente (cosa que parece más segura) se estableció en el extremo sudoeste de Gales, en Mynyw (Menevia), con algunos de sus discípulos y fundó la principal de sus múltiples abadías.

La vida de la comunidad era sumamente austera. El trabajo manual era obligatorio y estaba prohibido emplear bueyes para tirar del arado. Los monjes no debían hablar, sino en caso de absoluta necesidad y, aun en el trabajo, proseguían la oración mental. Se alimentaban de pan, verduras y sal y sólo bebían agua, mezclada a veces con un poco de leche. Por esa razón, se llamó a San David "el aguador", pues era el superior de aquellos monjes de quienes San Gildas dijo que eran más abstemios que cristianos, cuyo ideal era imitar a los ermitaños de la Tebaida. Los candidatos tenían que aguardar diez días delante de las puertas del monasterio y sufrir toda clase de insultos antes de ser admitidos. Desde el viernes por la tarde hasta la madrugada del domingo, se observaba estricta vigilia, durante la [illegible] continuamente y sólo tomaban una hora de reposo, después de los maitines del sábado.

Se dice que hubo un sínodo en Brefi de Cardigan para combatir la herejía pelagiana que se estaba propagando por segunda vez en la Gran Bretaña. Sin embargo, en los decretos que se atribuyen a ese sínodo, no hay la menor traza de antipelagianismo. San David fue invitado a participar, pero se negó hasta que San Deiniol y San Dobricio fueron a buscarle personalmente. Se cuenta que la gracia y la elocuencia de San David redujeron al silencio a sus enemigos y que San Dobricio renunció a la sede primacial de Cambridge para dar oportunidad a la asamblea de elegir unánimemente a San David. Viéndose obligado a aceptar, el santo puso como condición que la sede se trasladara de Caerleon a Mynyw (actualmente Saint David's), que era una ciudad más tranquila.

Una leyenda fabulosa, creada sin duda para demostrar que San David tenía el rango de metropolitano, dice que el siervo de Dios hizo una peregrinación a Jerusalén, donde fue consagrado arzobispo por el patriarca de la Ciudad Santa. Se dice también que reunió otro concilio en Caerleón, conocido con el nombre de "el sínodo de la victoria", porque acabó con el pelagianismo en la Gran Bretaña. El concilio ratificó los decretos del de Brefi y un código de reglas para la Iglesia de Inglaterra. Giraldo añade, parafraseando a Ricemarco: "El obispo David promulgó, primero de palabra, los decretos de ambos sínodos y después los escribió con su santa mano y mandó que fueran observados en su propia iglesia y en otras iglesias de Gales; pero, como tantos otros tesoros de su distinguida biblioteca, han desaparecido debido al tiempo, a la negligencia y a los frecuentes ataques de los piratas que venían durante el verano, desde las islas de Orkney y asolaban las provincias marítimas de Gales." El mismo Giraldo nos dice que San David era la gala y el ejemplo de su época y que gobernó su diócesis hasta edad muy avanzada. A su muerte, ocurrida en el monasterio de Mynyw, según Godofredo de Monmouth, San Kentigern, que se hallaba en Llanelwy, vio a los ángeles llevar su alma al cielo. Las últimas palabras de San David a sus monjes y vecinos fueron: "Sed alegres, hermanos y hermanas. Guardad la fe, y seguid practicando las pequeñeces que me habéis visto hacer y decir." El cuerpo del santo fue más tarde trasladado del monasterio a la catedral de Saint David's, donde se muestra hasta hoy la tumba vacía. Las reliquias estaban en Saint David's en 1346, pero se dice que fueron trasladadas a Glastonbury.

Se suele representar a San David sobre una colina y con una paloma en el hombro. Se trata de una alusión a la leyenda donde se cuenta que una paloma blanca vino a posarse sobre él durante uno de sus discursos en el sínodo de Brefi y que la tierra se levantó bajo sus pies, hasta formar una colina, para que toda la asamblea pudiese oírle. En "Enrique V", Shakespeare hace alusión a la costumbre de los hombres de Gales de llevar ramilletes de puerro el día de San David, y la llama "tradición antigua y de noble origen"; pero en realidad, el origen de tal costumbre es desconocido. En todo caso, en la vida de San David no se hace mención de los puerros. Se dice que el Papa Calixto II aprobó el culto de San David hacia el año 1120 y que concedió una indulgencia a todos los que fuesen a visitar su santuario: "dos peregrinaciones a Menevia equivalían a una peregrinación a Roma", afirma esta dudosa tradición. Lo que no puede ponerse en duda es que San David fue muy popular en Gales. Más de cincuenta iglesias fueron consagr[illegible] en el [illegible] de Gales, antes de la Reforma. Además, el arzobispo inglés, Arundel, ordenó que todas las iglesias de Canterbury celebrasen su fiesta a partir del año 1398. En la actualidad se celebra la fiesta del santo en las diócesis de Westminster y Portsmouth.

La más antigua mención del nombre de San David se encuentra en el *Catalogue of Saints of Ireland* (c. 730) y en el *Martyrology of Oengus* (c. 800); pero no se da ningún detalle sobre él. El texto de la biografía de Ricemarco fue cuidadosamente editado por A. W. Wade-Evans, en *Cymmrodor*, vol. XXIX; el mismo autor publicó una traducción inglesa, con muchas notas, junto con otros importantes documentos, en *Life of Saint David* (1923); el texto latino se encuentra también en *Vitae Sanctorum Britanniae* (1944), del mismo autor. La paráfrasis de la obra de Ricemarco, debida a la pluma de Giraldo de Cambridge, se halla en el vol. III de sus obras, publicadas en *Rolls Series.* Ver igualmente LBS., vol. II, pp. 285-322; J. E. Lloyd, *History of Wales* (1939), vol. I, pp. 152-159; S. M. Harris, *St. David in the Liturgy* (1940); J. Barret Davies, en *Blackfriars*, vol. XXIX (1948), pp.

121-126. Acerca de la influencia de San David en la Iglesia de Irlanda, ver J. Ryan, *Irish Monasticism* (1931), pp. 113-114, 160-164 y passim; sobre la pretendida canonización *Analecta Bollandiana*, vol. XLIX (1931), pp. 211-213.Wyndham Morgan, patrocinado por la Cardiff Public Library, publicó una biografía muy completa sobre San David. Ver también la hermosa obra de Ernest Rhys, *The Life of St. David* (1927), Greynog Press; y Diana Latham, *The Story of St David* (1952).

SAN FELIX (III), PAPA (492 P.C.)

SEGÚN EL Martirologio Romano, este Papa fue bisabuelo de San Gregorio Magno, quien cuenta que cuando su tía Santa Tarsila se hallaba en el lecho de muerte, San Félix se le apareció y se la llevó al cielo. El Martirologio Romano le llama Félix III, debido a que el antiguo catálogo de los Papas incluía, por error, al anti-papa Félix con el nombre de San Félix II (ver 29 de julio).

Muy poco es lo que sabemos sobre la vida personal de este santo Pontífice. Era un romano valiente y discreto, como León I y en la historia de la Iglesia, su nombre está relacionado con los disturbios producidos por la herejía monofisita. El año 482, el emperador Cerón publicó un documento conocido con el nombre de "Henotikon", redactado por Acacio, patriarca de Constantinopla, para aplacar a los monofisitas, pasando por alto las decisiones del Concilio de Calcedonia. Dos años más tarde, San Félix convocó un Concilio en Letrán y excomulgó a Acacio y a sus partidarios por haber traicionado la fe católica. San Félix es uno de los numerosos pontífices romanos que defendieron las decisiones de los concilios ecuménicos contra el poder secular, mientras la mayoría de los jerarcas orientales se plegaban cobardemente a los designios del emperador. Desgraciadamente, el cisma de Acacio duró treinta y cinco años y preparó el gran cisma de la Iglesia bizantina.

En el occidente, Félix trabajó mucho por la revigorización de la iglesia de Africa, después de la larga persecución de los vándalos arrianos. Murió el año 492, poco antes de cumplir nueve de pontificado. Su fiesta se celebra en Roma.

Ver Duchesne, *Liber Pontificalis*, vol. I, pp. 252-253; DCB, vol. II, pp. 482-485, sv. Felix III; y las obras de historia general de la Iglesia.

SAN ALBINO, OBISPO DE ANGERS (*c.* 550 P.C.)

LA GRAN popularidad de San Albino se debe menos a su vida, sin ningún hecho notable, que a los múltiples milagros que se le atribuyeron, sobre todo después de su muerte. Su culto se propagó en Francia, Italia, España y Alemania y llegó hasta Polonia. El santo es titular de numerosas parroquias de Francia.

Nació en la diócesis de Vannes en Bretaña, de una familia originaria de Inglaterra o de Irlanda, según se dice. Muy joven, entró en el monasterio de Tincillac, del que sabemos muy poco, y llevó ahí una vida de gran santidad. Hacia los treinta y cinco años de edad, fue elegido abad; bajo su gobierno floreció extraordinariamente el monasterio y se convirtió en un verdadero jardín de virtudes. Nada tiene, pues, de extraño que las miradas del clero y el pueblo de Angers se hayan vuelto hacia San Albino cuando la sede quedó vacante, el año 529. Para gran pena suya y contento de San Melanio, obispo de Rennes, San Albino fue elegido obispo de Angers y demostró ser un hábil e inteligente pastor.

El santo predicaba todos los días, era muy generoso con los pobres y menesterosos, pero especialmente con las viudas que tenían muchos hijos. Otra de sus obras predilectas era el rescate de esclavos y gastó enormes sumas de dinero en rescatar a los prisioneros que los bárbos habían hecho en sus numerosas invasiones. Según la tradición, San Albino rescató a un cautivo, no de los bárbaros, sino del propio rey Childeberto. Se trataba de una hermosa muchacha en quien Childeberto había puesto los ojos y a la que había mandado raptar y encerrar en una fortaleza. Tan pronto como la noticia llegó a oídos de San Albino, fue éste personalmente al castillo a exigir la libertad de la joven. La figura del obispo inspiró tal respeto a los guardias, que pusieron inmediatamente en libertad a la muchacha. La leyenda añade que uno de los soldados intentó detener a la joven, usando de amenazas y violencia; pero el obispo sopló sobre él y el soldado cayó muerto. El rey no trató de apoderarse de nuevo de la joven, llamada Eteria; pero cometió la villanía de exigir que el obispo pagase el rescate. Prescindiendo de la verdad dudosa de esta leyenda, lo cierto es que el rey Childeberto profesaba gran veneración a San Albino; en cambio, la popularidad del obispo era menor entre algunos de sus súbditos, porque había puesto en ejecución los decretos de los dos Concilios de Orléans (538 y 541) contra los matrimonios incestuosos.

Se atribuyeron a San Albino muchos milagros. Además de varias curaciones de enfermos y de ciegos, se cuenta que resucitó a un joven llamado Albaldo. En otra ocasión, después de haber intercedido sin éxito por unos prisioneros, se derrumbó durante la noche una parte del muro de la prisión y éstos pudieron escapar; inmediatamente fueron a ver al santo y le prometieron cambiar de vida.

La principal fuente sobre San Albino es la breve biografía de Venancio Fortunato. La mejor edición crítica de dicho texto es la de MGH., *Auctores antiquissimi*, vol. IV, *opera pedestria*, pp. 27-33. El *Hieronymianum* menciona a San Albino, y San Gregorio de Tours habla del culto que se le tributaba. Ver Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. II, pp. 347-349, 353-354; DHG., vol. V, cc. 254-255; y *Acta Sanctorum*, marzo, vol. I.

SAN ROSENDO, Obispo de Dumium (997 p.c.)

San Rosendo pertenecía a una noble familia de Galicia. Según Esteban de Celanova, su biógrafo, la madre se hallaba orando en la iglesia de San Salvador, en el Monte Córdoba, cuando recibió un aviso del cielo de que tendría un hijo. Rosendo era un joven serio y devoto. Cuando la sede de Dumium (actualmente Mondoñedo) quedó vacante, el pueblo le eligió obispo. En vano alegó el santo que sólo tenía dieciocho años y que era inepto para el cargo; el pueblo insistió, y Rosendo se vio obligado a aceptar. Su gobierno fue totalmente diferente del de su primo Sisnando, obispo de Compostela, quien descuidaba sus deberes y pasaba el tiempo en los paseos y diversiones. Su vida era tan escandalosa, que el rey Sancho le encarceló y pidió a Rosendo que tomase el gobierno de su diócesis; el santo tuvo que aceptar contra su voluntad. En una ocasión, hallándose ausente el rey Sancho, los normandos cayeron sobre Galicia y los moros invadieron Portugal. San Rosendo se puso al frente del ejército y al grito de "algunos ponen su confianza en los carros de guerra y otros en los caballos, pero nosotros invocamos el nombre del Señor", rechazó a los normandos hasta sus naves y obligó a los moros a retirarse a sus territorios.

Después de la muerte del rey Sancho, ocurrida el año 967. Sisnando

evadió de la prisión y, en la noche de Navidad, atacó a Rosendo y le amenazó de muerte si no abandonaba la diócesis. El santo no opuso resistencia, y se retiró al monasterio de San Juan de Caveiro, que él mismo había fundado. Ahí permaneció hasta que, en una visión, recibió la orden de ir a fundar otra abadía en el sitio que le sería mostrado. Para gran gozo suyo, fue conducido al valle de Villar, que pertenecía a sus antepasados. Se trataba de una tierra "en la que abundaban las fuentes y que se prestaba para el cultivo de flores, cereales y verduras, como también para los árboles frutales". Ahí erigió, en el curso de ocho años, el monasterio de Celanova. Nombró superior a un santo monje llamado Franquila y él mismo se puso bajo sus órdenes. Con la ayuda de su abad, construyó otros monasterios, a los que impuso la estricta observancia de la regla de San Benito. A la muerte de Franquila fue elegido abad. Su fama era tan grande, que los obispos y abades acudían en busca de su dirección y varios conventos se pusieron bajo su jurisdicción.

Su biógrafo habla de numerosos milagros: el santo curó a muchos epilépticos y endemoniados, devolvió la vista a varios ciegos y su intercesión obtuvo la restitución de bienes robados y la liberación de cautivos. El mismo Esteban de Celanova comienza su catálogo de milagros narrando una experiencia personal: "Siendo muy joven, mis padres me destinaron a los estudios literarios. Para escapar de las dificultades de la escuela, acostumbraba yo ir a esconderme en el bosque. Como me mostraba irreductible, a pesar de que me vigilaban muy de cerca, mi maestro fue, por divina inspiración, a la tumba de San Rosendo, encendió un cirio y rogó a Dios que, si realmente me había escogido para la vida religiosa, me atase con los lazos de la virtud y abriera mi inteligencia al estudio. Según me decía con frecuencia mi maestro, a partir de ese momento empecé a ser más dócil y, no mucho después, tomé el hábito religioso en el mismo monasterio." San Rosendo fue canonizado en 1195.

No es del todo cierto que el monje Esteban haya escrito realmente la biografía que se le atribuye; en todo caso, vivió dos siglos después de San Rosendo. Casi todos los documentos y milagros publicados por los bolandistas en *Acta Sanctorum*, son posteriores a la muerte del santo. Es muy oscura la relación de San Rosendo con las diócesis de Dumium y Compostela, y es muy difícil determinar si no se había retirado ya a Celanova antes de que el rey le llamara a gobernar la sede de su primo. Ver A. López y Carballeira, *San Rosendo* (1909); y Gams, *Kirchengeschichte Spaniens*, vol. II, pte. 2, pp. 405-406. En la obra de Antonio de Yepes, *Crónica General de la Orden de San Benito*, vol. V, pp. 14-16, se hallará una traducción de las bulas de beatificación y canonización. El *Año Cristiano* de Fray Justo Pérez de Urbel (5 vols., 1933-1935) es una obra útil por lo que se refiere a los santos españoles, [illegible] ni pretende ser un trabajo de crítica.

BEATO ROGELIO LE FORT, ARZOBISPO DE BOURGES (1367 P.C.)

AUNQUE EL culto a Rogelio le Fort no ha sido nunca oficialmente aprobado, el *Acta Sanctorum* hace mención de él. Su elevación a la sede episcopal de Orléans fue el resultado de una broma. Según afirma la leyenda, el día de la elección del nuevo obispo, Rogelio criticó duramente a los canónigos que trataban a toda costa de ser elegidos sin pensar en las responsabilidades y dificultades de la dignidad episcopal. Fingiendo la mayor seriedad, Rogelio dijo a uno de los canónigos que se dirigían a la elección: "Espero que los electores piensen en mí, porque yo también quisiera ser obispo." El canónigo tomó en serio las palabras de Rogelio, informó a sus compañeros y toda la asamblea lo eligió

por aclamación. Entonces, el prelado que presidía se levantó y dijo: "Hermanos, el cielo y la tierra son testigos de que habéis elegido obispo al noble Rogelio. De acuerdo con vosotros, declaro obispo a aquél por quien habéis votado, pues es un hombre de eminente santidad y prudencia. El Espíritu Santo ha hablado claramente y no podemos oponernos a Su voz, sin incurrir en una falta muy grave." En vano protestó Rogelio contra esta elección unánime, diciendo que había sido una broma y que ni quería ser obispo, ni tenía las cualidades necesarias para ello. El pueblo ratificó la elección y Rogelio tomó el cargo, sin que valieran sus protestas. A su entrada en Orléans, el día de su consagración, se renovó la antigua costumbre de poner en libertad a todos los prisioneros.

Rogelio fue posteriormente trasladado a la sede de Limoges, y en 1343 fue nombrado arzobispo de Bourges. La historia le recuerda especialmente por haber introducido en su diócesis la fiesta de la Inmaculada Concepción y por lo mucho que trabajó para propagar esa devoción. Murió a los noventa años y dejó todas sus posesiones para que los hijos de familias pobres pudiesen recibir una educación adecuada. La piedad del arzobispo le había ganado la veneración de los fieles. Inmediatamente después de su muerte, su tumba se convirtió en un sitio de peregrinación, en el que, según se dice, ocurrieron muchos milagros.

Ver *Acta Sanctorum, marzo*, vol. I; y Cochard, *Saints de l'Eglise d'Orléans*, pp. 487-495.

BEATO CRISTOBAL DE MILAN (1484 P.C.)

SE LLAMA al Beato Cristóbal "el apóstol de Liguria", por el éxito con que envagelizó esa región de Italia. Cristóbal tomó el hábito de Santo Domingo a principios del siglo XV. Después de su ordenación, su fama de predicador se propagó rápidamente. Sus biógrafos hacen notar que los sermones del beato, que obraban grandes conversiones y mejoraban las costumbres del pueblo, se basaban siempre en la Biblia, los escritos de los Padres y la teología de Santo Tomás. Por su parte, el Beato Cristóbal clamaba contra los predicadores que lanzaban ideas nuevas en vez de comentar el Evangelio, con el objeto de ganar popularidad y estar a la moda. Con verdadero espíritu misionero, Cristóbal recorría incansablemente los sitios más peligrosos y difíciles de la región para salvar almas. Los habitantes de Taggia, donde su predición había tenido particular éxito, construyeron en su honor una iglesia y un monasterio, del que el beato fue nombrado prior. Dios le había concedido el don de profecía. Cierta vez, al ver bailar en la plaza a los [illegible], exclamó el beato: "Vosotros no pensáis ahora más que en bailar, pero el día de la ruina está muy cerca y vuestra alegría se tornará en dolor." La profecía se cumplió pocos años más tarde, pues la peste mató a casi todos los habitantes de la población. El beato predijo también la destrucción de Trioria por los ejércitos franceses y anunció a los habitantes de Taggia que deberían huir sin ser perseguidos y que el río se desbordaría y acabaría con los huertos. Dichas profecías se cumplieron hasta en sus menores detalles. El beato se hallaba predicando la cuaresma en Pigna, cuando le sorprendió su última enfermedad. Pidió que le transportasen a Taggia y expiró en su amada ciudad. Su culto fue confirmado en 1875.

Ver Mortier, ***Histoire des maîtres Généraux*** D.P., vol. IV, pp. 371-372 y 648; Procter, ***Lives of Dominican Saints***, p. 56; Taurisano, ***Catalogus Hagiographicus OP.***, pp. 44-45.

2: LOS MARTIRES DE LOS LOMBARDOS (*c.* 579 P.C.)

SAN GREGORIO Magno nos ha conservado, en uno de sus Diálogos, el recuerdo de los mártires de los lombardos, contemporáneos suyos. Hacia mediados del siglo VI, los lombardos de Escandinavia y Pomerania, que habían invadido ya Austria y Baviera, bajaron hasta Italia, asolando las ciudades por donde pasaban. No contentos con la destrucción material, intentaron en muchos casos pervertir a la población con sus ritos paganos. En un sitio trataron de hacer que cuarenta labradores comieran la carne ofrecida a los ídolos; como éstos se negasen firmemente, los invasores les pasaron por la espada. Igualmente intentaron forzar a otros prisioneros a adorar a su deidad favorita, una cabeza de cabra ante la que aquellos paganos doblaban las rodillas y a la que llevaban en procesión, cantando himnos obscenos en su honor. Casi todos los cristianos, que eran unos cuatrocientos, prefirieron morir a renegar de Dios.

Ver San Gregorio, *Diálogos*, libro III, cc. 26-27.

BEATO CARLOS EL BUENO, MÁRTIR (1127 P.C.)

EL GOBIERNO sabio y benéfico de Carlos, conde de Flandes y de Amiens, así como su santidad personal, le ganaron merecidamente el título de "el bueno". Era hijo de San Canuto, rey de Dinamarca, quien había sido asesinado en Odense, en 1086. Carlos no tenía entonces más de cinco años de edad. Su madre se trasladó con él a la corte de su propio padre, Roberto, conde de Flandes. Al llegar a la edad requerida, Carlos recibió, junto con el espaldarazo de caballero, la espada de su padre, que había vuelto a sus manos de un modo singular, según cuenta la leyenda. En efecto, siendo todavía niño, Carlos había ido a visitar a los prisioneros en la cárcel de Brujas; entre ellos se encontraba Ivend Trenson, quien había pasado ahí largos años como rehén. Ahora bien, Ivend Trenson había recogido la espada de San Canuto, después del asesinato de éste, y la tenía en la prisión, bajo la almohada de su lecho. Cuando Carlos fue a visitarle, Ivend se hallaba acostado. El niño, al ver la espada, pidió a Ivend permiso de ceñírsela y el prisionero le contestó: "Si quieres, puedes conservarla, pues es la espada de tu padre". Carlos volvió triunfante al palacio, con la espada y logró que su abuelo pusiese en libertad a Ivend y su compañero.

Cuando Roberto II fue a la Cruzada de Palestina, su sobrino le acompañó y se cubrió de heridas y de gloria. Después, Carlos ayudó a su tío en su lucha contra los ingleses. Sucedió a Roberto en el trono su hijo Balduino; como éste no tenía hijos, nombró heredero a Carlos, a quien casó con Margarita, hija del conde Reinaldo de Clermont. Carlos participó en el gobierno desde antes de la muerte de Balduino, de suerte que el pueblo, que conocía ya la prudencia y la bondad de Carlos, le aclamó espontáneamente como rey, en cuanto murió Balduino.

Pero había también otros pretendientes al trono y Carlos tuvo que hacer frente, durante varios años, a su oposición. Una vez que consiguió dominar la situación, se entregó a la tarea de crear una era de paz y justicia entre sus súbditos. Dictó excelentes leyes y exigió su estricto cumplimiento. Trató de civilizar a su pueblo, más todavía con su ejemplo que con sus leyes. Cuando alguien le reprochaba apoyar injustamente la causa de los pobres contra los ricos, re-

pondía: "Eso se debe a que conozco muy bien las necesidades de los pobres y el orgullo de los ricos". Tenía tal horror a la blasfemia, que condenaba a ayunar a pan y agua, durante cuarenta días, a los miembros de su corte a quienes sorprendía jurando por el nombre de Dios. Una de sus leyes más sabias fue la de prohibir que se sacase a los hijos de la casa paterna, sin consentimiento de sus padres. Y se mostró tan severo con quienes oprimían a los pobres, que estos empezaron a gozar de una paz y una seguridad hasta entonces desconocidas para ellos. Pero aquella tranquilidad se turbó en agosto de 1124, a causa de un eclipse que los supersticiosos consideraron como un augurio de grandes calamidades, así como por la terrible hambre del año siguiente, a raíz de un invierno excepcionalmente largo y frío.

Carlos daba de comer diariamente a cien pobres en su castillo de Brujas y en cada uno de sus otros palacios. Sólo en Yprés distribuyó en un solo día 7,800 kilos de pan. Reprendió ásperamente a los habitantes de Gante que dejaban morir de hambre a los pobres delante de sus puertas y prohibió la fabricación de cerveza para que todo el grano se emplease en hacer pan. Igualmente mandó matar a todos los perros y fijó el precio del vino. Completó su obra con un decreto para que en las tres cuartas partes del terreno laborable se sembraran cereales y, en el cuarto restante, legumbres de crecimiento rápido.

Al tener noticia de que ciertos nobles habían comprado grano para almacenarlo y venderlo más tarde a precios exorbitantes, Carlos y su tesorero, Tancmaro, les obligaron a revenderlo inmediatamente a precios razonables. Esto enfureció a los especuladores, quienes, capitaneados por Lamberto y su hermano Bertulfo, deán de San Donaciano de Brujas, tramaron una conspiración para asesinar al conde. Entre los conspiradores se hallaban un magistrado de Brujas, llamado Erembaldo y sus hijos, quienes querían vengarse de Carlos, porque este había reprimido sus violencias. El conde acostumbraba ir todas las mañanas, descalzo, a la iglesia de San Donaciano, para orar antes de la misa. Un día, cuando iba a cumplir con su devoción, le avisaron que los conspiradores tramaban un atentado contra su vida. Carlos replicó tranquilamente: "Vivimos siempre en medio del peligro, pero estamos en manos de Dios; si tal es Su voluntad, no hay causa más noble que la de la verdad y la justicia para dar la vida por ella". Cuando estaba recitando el "Miserere" ante el altar de Nuestra Señora, los conspiradores cayeron sobre él; uno le arrancó un brazo y Borchardo, el sobrino de Bertulfo, le cortó la cabeza. Las reliquias del mártir se conservan en la catedral de Brujas, donde se celebra su fiesta con gran solemnidad. Su culto fue confirmado en 1883. El cronista Galberto hace notar, como una especie de milagro, que la noticia del asesinato, que había tenido lugar el miércoles en la mañana, llegó a Londres el viernes a la misma hora, "y sin embargo era imposible cruzar el mar en tan poco tiempo".

Las fuentes biográficas de Carlos el Bueno, son abundantes y fidedignas. Uno de sus contemporáneos, Walterio, archidiácono del Thérouanne, escribió un relato; el notario Galberto de Brujas, también contemporáneo del beato, nos dejó una narración aún más completa de los sucesos posteriores al martirio. Ambos documentos se encuentran en *Acta Sanctorum*, marzo, vol. I, y en Migne, PL., así como en MGH., *Scriptores*, vol. XII, pp. 537-623. Ver BHL., nn. 1573-1576. Existen, además, los relatos de otros cronistas, por ejemplo, el del abad Sugerio, Cf. Le Glay, *Histoire du bx. Charles le Bon*, y *Analecta Bollandiana*, vol. XI (1892), pp. 188-197. Este último documento hace la crítica del mejor texto que poseemos del relato de Galberto, editado por H. Pirenne en *Collection des Textes pour servir a l'étude de l'enseignement de l'histoire*. Se trata de una edición con prefacio, muchas notas útiles y un mapa.

BEATA INES DE BOHEMIA, Virgen (1282 p.c.)

La Beata Inés de Bohemia o "de Praga", a quien Santa Clara llama "la mitad de su corazón", fundó el primer convento de Clarisas al norte de los Alpes. Era descendiente de San Wenceslao ("el buen Rey Wenceslao"); su padre era Ottokar I, que ocupó el trono de Bohemia en 1197, su madre, la hermana de Andrés II de Hungría. Santa Isabel de Hungría era prima carnal de la beata y sólo dos años más joven que ella. A los tres años de edad, en 1208, Inés fue prometida en matrimonio a Boleslao, hijo del duque Enrique de Silesia y de Santa Eduviges. Inmediatamente fue enviada con su nodriza y un ejército de criados al monasterio de Trebnitz, en Silesia, fundado por la madre de su prometido. Según un documento latino del siglo XIV, que se halla en la biblioteca de Bamberga, "una religiosa de Santa Eduviges enseñó ahí a Inés los primeros rudimentos de la fe y la moral". Dicha religiosa era probablemente la abadesa Gertrudis. Dos años más tarde, Inés volvió a la corte de su padre. A los nueve años de edad, fue de nuevo prometida en matrimonio, esta vez a Enrique, hijo del emperador Federico II, y partió a la corte de Austria para aprender el alemán y familiarizarse con las costumbres germánicas. Debe advertirse que Boleslao, a quien Inés había sido prometida primeramente, había muerto cuando la niña tenía seis años; por ello había vuelto ésta a Bohemia, al convento premonstratense de Doxan. La corte de Austria no deslumbró a Inés, quien se sentía cada vez más atraída por Dios y practicaba severos ayunos y otras austeridades. Comprendiendo que el Señor la llamaba a una vida de virginidad, la beata le pedía ardientemente que la pusiese en condiciones de seguir su vocación. Inés debió sufrir mucho en aquella época, pues el duque Leopoldo de Austria, a cuyo cuidado había sido confiada, tenía intenciones de casar a su propia hija con el prometido de Inés. Los planes del duque tuvieron éxito e Isabel retornó nuevamente a su país, probablemente llena de gozo, porque sus oraciones habían sido escuchadas.

Pero su contento no duró mucho: Enrique III de Inglaterra y el emperador Federico II, que había enviudado, le hicieron proposiciones de matrimonio y, a pesar de las objeciones de Inés, su hermano, el rey Wenceslao, prometió su mano al emperador. La beata redobló sus oraciones y penitencias; sus ricos vestidos ocultaban una camisa de pelo y un cilicio de acero. Con frecuencia se levantaba antes del alba y, descalza y mal abrigada, partía con sus más devotas doncellas a visitar las iglesias. Al volver, lavaba sus pies, lacerados por la caminata, revestía sus ropajes principescos y empezaba su jornada palaciega y sus visitas a los enfermos. En 1235, cuando Inés tenía veintiocho años y se hallaba en la plenitud de su hermosura, el emperador envió a Praga a un embajador para que la escoltase a Alemania. Wenceslao se negó a oír las objeciones de su hermana; pero Inés logró demorar la partida y escribió al Papa Gregorio IX, rogándole que impidiese el matrimonio, pues ella jamás había consentido en casarse y deseaba consagrarse a Dios en la vida religiosa. Aunque el Papa acababa de hacer la paz con el emperador, conocía suficientemente a Federico para comprender la actitud de Inés; así pues, envió un legado a Praga para que defendiese a la joven y escribió personalmente a Inés. Esta mostró la carta del Pontífice a su hermano Wenceslao, quien se alarmó mucho: por una parte temía la ira del emperador, pero, por otra, no quería enajenarse con el Papa ni forzar a su hermana a casarse contra su voluntad. Finalmente,

decidió poner al tanto de todo a Federico. El emperador tuvo en esta ocasión uno de esos raros accesos de magnanimidad en su complejo carácter que le hicieron una figura fascinante de la historia. Cuando comprendió que no se trataba de una medida política del rey de Bohemia, sino de un verdadero deseo de Inés, rescindió su compromiso con estas palabras: "Si me hubiese dejado por un hombre mortal, habría yo dejado sentir el peso de mi venganza; pero no puedo sentirme ofendido porque haya preferido al Rey del cielo".

Viéndose por fin libre, Inés empezó a pensar en la manera de consagrar a Dios su propia persona y sus posesiones. Su padre había llevado a Praga a los franciscanos, probablemente a instancias de la beata; Inés acabó de construirles el convento. Igualmente, con la ayuda de su hermano, fundó un hospital para los pobres y llamó a Praga a los Caballeros Hospitalarios de la Cruz y de la Estrella, cuya iglesia y monasterio se conservan aún. Inés y Wenceslao construyeron también un monasterio para las Clarisas Pobres. El pueblo de Bohemia quería participar en los gastos de la construcción, pero el rey y su hermana rehusaron la ayuda. Sin embargo, se cuenta que los albañiles, decididos a poner algo de su parte, se iban a hurtadillas al término de la jornada para evitar que les pagasen. En cuanto el convento quedó terminado, Santa Clara envió a cinco religiosas. La Beata Inés tomó ahí el velo, en Pentecostés de 1236. El hecho impresionó grandemente a la población; un centenar de doncellas de buena familia ingresó en el convento mientras que en toda Europa, las princesas y las damas nobles siguieron su ejemplo y los conventos de Clarisas Pobres se multiplicaron. Inés fue digna hija de San Francisco; buscaba en todo el sitio más humilde y los trabajos más duros. No sin dificultad, tuvo que aceptar el cargo de abadesa, por lo menos temporalmente, cuando recibió el nombramiento del Papa Gregorio IX. Después de muchos esfuerzos, obtuvo finalmente que las Damas Pobres de Praga pudiesen renunciar a todas las rentas y posesiones, que hasta entonces tenían en común, como lo había hecho Santa Clara en el convento de San Damián, en 1238. Las cuatro cartas que se conservan de Santa Clara a la beata, muestran el tierno afecto afecto que le profesaba. La santa envió igualmente a Inés una cruz de madera, un velo pardo y la vasija de barro en que acostumbraba beber. Inés vivió hasta los setenta y siete años de edad y murió el 2 de marzo de 1282. Su culto fue confirmado por Pío X. Los franciscanos celebran su fiesta el 8 de junio, junto con la de la Beata Isabel de Francia y el Beato Bautista Varani.

El historiador W. W. Seton, en *Some New Sources for the Life of Bd. Agnes of Bohemia*, trata a fondo todas las cuestiones relacionadas con las fuentes biográficas de la Beata Inés. Los documentos más conocidos se encuentran en *Acta Sanctorum*, marzo, vol. I; pero Seton descubrió y publicó una biografía latina más antigua (siglo XIV) y una traducción alemana que explica algunos puntos del original. El mismo historiador defiende la autenticidad de las cuatro cartas de Santa Clara a Inés. Léon, *Auréole Séraphique*, vol. I, pp. 339-348 y Mazzara, *Leggendario Francescano*, marzo, nn. 19-21, son modelos de biografías populares.

BEATO ENRIQUE SUSO (1365 P.C.)

El siglo XIV fue un período de notable actividad espiritual en Alemania, donde la renovación religiosa se encauzó principalmente por los caminos del misticismo. Casi todos los principales elementos de la renovación sufrieron la

influencia, directa o indirecta, de Eckhart. No todos eran monjes; había también profetas itinerantes y jefes de pequeñas congregaciones de "amigos de Dios", como se llamaban a sí mismos, cuyos miembros vivían más o menos en el mundo, sin ser del mundo y consagraban gran parte de su tiempo a la oración y las buenas obras. Las enseñanzas de tales maestros se propagaban en escritos, sermones y "conversaciones de sobremesa", que correspondían aproximadamente a nuestros actuales retiros. Tal vez el más famoso de los discípulos de Eckhart fue Enrique Suso.

Su nombre de familia era Von Berg, aunque Enrique prefirió el apellido de su madre, una santa mujer que sufrió mucho por causa de su disoluto marido. Ignoramos la fecha exacta de su nacimiento y todo lo que sabemos de sus primeros años se reduce a un párrafo de su autobiografía, donde habla en tercera persona, según costumbre: "Durante su niñez, cuando llegaba el delicioso verano y aparecían las primeras flores, tenía la costumbre de no cortar ninguna, antes de haber ofrecido las flores de su vida espiritual a la Madre de Dios, la más bella de las rosas." A los trece años, entró Enrique en el convento de los dominicos de Constanza, que era su ciudad natal, como lo ha demostrado Bihlmeyer. Actualmente, dicho monasterio, que se halla situado en una hermosa islita junto a la desembocadura del Rhin, está transformado en fábrica. Enrique permaneció ahí hasta su profesión; después fue trasladado al "studium general" o Universidad de Colonia. Durante algunos años parece haber llevado una vida un tanto descuidada, pero al cumplir dieciocho años, recibió lo que él describe como "una secreta iluminación de los designios de Dios", que "la apartó rápidamente del amor a las criaturas". La frase: "Renuncia a todo", sonaba constantemente en sus oídos, hasta que decidió seguir lealmente y por completo el llamamiento divino. En vano trató el demonio de disuadirle con consideraciones de prudencia puramente humana, sugiriéndole que su conversión había sido demasiado rápida, que la gracia no le sostendría, que la perseverancia, en esas condiciones, era imposible y que la moderación era el secreto del éxito. La prudencia celestial enseñó a Enrique a hacer frente a esos ataques del demonio y a vencerlos.

Enrique se sintió llamado a convertirse en "el siervo de la Sabiduría Eterna" y su veneración por el nombre de Dios era tal, que grabó esa palabra sobre su carne. Enrique expresó su amor a la Virgen María y sus propias experiencias espirituales en un lenguaje "místico" que, por momentos es emocionante y a veces resulta extravagante. Practicaba penitencias corporales atroces que, en épocas como la nuestra podrían parecer morbosas. A estas mortificaciones físicas venía a añadirse la tortura de las tentaciones contra la fe, de una intensa melancolía o depresión nerviosa y del temor de sentirse inevitablemente condenado al infierno. El beato escribió, hablando de sí mismo: "Después de ese terrible sufrimiento, que había durado cerca de diez años, durante los cuales se sentía irremisiblemente condenado, fue a ver el santo maestro Eckhart y le contó sus penas. El siervo de Dios le consoló para siempre y le sacó del infierno en que había vivido". Hacia los cuarenta años, Enrique renunció también a las mortificaciones exteriores, pues Dios le reveló que tales prácticas constituían sólo el principio de la vida espiritual y que, para alcanzar la perfección, tenía que insistir en otra dirección. En vez de permanecer solo, dedicado únicamente a su propia alma, tendría que salir a trabajar por la salvación de sus prójimos. Dios le reveló también que, si bien le había librado de los sufrimien-

tos que le atormentaban hasta entonces, no por ello dejaban de esperarle otras cruces. Hasta entonces se había mortificado voluntariamente; ahora iba a saber lo que era ser perseguido por otros, a experimentar la ingratitud y la pérdida del buen nombre y de los amigos.

Suso se había distinguido como estudiante en la Universidad de Colonia y, cuando empezó a predicar, su sabiduría y su elocuencia le ganaron numerosos discípulos de ambos sexos. Se cuenta que predicó durante treinta y siete años, que convirtió a numerosos pecadores y obró muchos milagros. En cierta ocasión en que predicaba en Colonia, sus oyentes vieron brillar su rostro como el sol. Pero las dificultades no escaseaban. Sus enemigos le acusaron de robo y de sacrilegio, basándose en el falso testimonio de un niño. En otra ocasión, se levantaron contra él sospechas de que había envenenado a una persona. Más tarde, se le acusó de haber fingido un milagro y tuvo que salir huyendo para salvar la vida. En los Países Bajos las autoridades eclesiásticas le reprendieron por haber escrito obras heréticas. Aunque el beato pudo probar su inocencia, esta pena le produjo una grave enfermedad. Su hermana, que era religiosa, cayó en un triste pecado y huyó del convento. Suso no descansó hasta dar con ella, la reconvirtió y la condujo a otro convento, donde la religiosa murió santamente. Menos éxito tuvo en el caso de otra pecadora que se había puesto bajo su dirección y le engañaba diciéndole que había cambiado de vida. Cuando el beato descubrió el engaño, se negó a seguirla dirigiendo. Para vengarse, la mujer le acusó de ser el padre de su hijo; según parece, las gentes creyeron a la mujer. Tal vez contribuyó a ello la caritativa actitud del beato, quien se encargó cariñosamente del niño abandonado por su madre, hasta que logró encontrarle un hogar. Para evitar el escándalo, el superior general de la orden mandó hacer una investigación sobre el caso, que demostró plenamente la inocencia de Suso.

El beato fue elegido prior de un monasterio cargado de deudas. En vez de hacer el intento de conseguir dinero pidiendo limosna u obteniendo un préstamo, mandó celebrar una misa especial en honor de Santo Domingo, confiado en la promesa que había hecho el santo en su lecho de muerte de no abandonar jamás a sus hijos. Los otros frailes murmuraban: "Nuestro prior debe estar loco. ¿Cree acaso que Dios nos va a enviar del cielo la comida y la bebida?" El beato se hallaba todavía en el coro, haciendo oración, cuando le llamaron a la portería a recibir un regalo de veinte libras de un canónigo, a quien Dios había ordenado que acudiese a socorrer a Suso. Con ese regalo, salió de deudas el monasterio y quedó asegurado su sostenimiento, durante el superiorato del beato.

Enrique Suso murió en Ulm, el 25 de enero de 1365 y fue enterrado en el convento de Santo Domingo de dicha ciudad. Se cuenta que su cuerpo fue encontrado incorrupto y vestido con el hábito, por los obreros que efectuaban unos trabajos en el convento, doscientos cuarenta años más tarde. Sin embargo, no hay pruebas serias sobre este hecho, pues la identificación era imposible. El burgomaestre ordenó que se dejase el cuerpo en el mismo sitio y no se ha vuelto a encontrar. El culto del beato fue confirmado en 1831.

Suso nos dejó varios libros de devoción muy bellos. Uno de ellos, "El Libro de la Sabiduría Eterna", alcanzó una popularidad extraordinaria, al fin de la Edad Media. Según la tradición, debemos la conservación de la autobiografía del beato a una de sus hijas espirituales, Isabel Stagel, del convento de Santo Domingo de Töss, en las cercanías de Winterthur. Aunque dicha

autobiografía se basa en los datos que proporcionó el beato, es evidente que fue escrita por otra mano. Por ello, los autores modernos han puesto en duda la autenticidad de dicha obra. Los libros de Suso conservan el recuerdo de algunas de las ocasiones en que le fue dado contemplar, sin velos, el otro mundo. No sólo tuvo visiones de Cristo, de la Virgen María y de muchos santos, sino que también se le aparecieron numerosas personas a las que había conocido en vida, como a sus padres, Isabel Stagel y su querido maestro Eckhart. A éste, el beato lo contempló en la gloria y le preguntó qué debía hacer para alcanzar la felicidad enterna, a lo que Eckhart respondió con palabras que resumen perfectamente la vida del beato: "Morir a ti mismo y a todas las creaturas; recibirlo todo como venido de la mano de Dios y ser infinitamente paciente con todos los hombres por brutales o molestos que sean."

La vida y las obras de Enrique Suso han provocado grandes discusiones en los últimos años. Quienes deseen conocer a fondo la cuestión pueden leer la tercera parte de la obra de Xavier de Hornstein, *Les grands mystiques allemands du XIVe. siecle* (1922). Además de una buena bibliografía, encontrarán en dicha obra una exposición clara de los diferentes puntos de vista. Ver también Wilms, *Der s. Heinrich Seuse*; R. Zeller, *Le bx. Henry Suso* (1922); y J. Ancelet-Hustache *Le bx. Henry Suso* (1943). El P. Denifle publicó en 1880 la primera edición crítica de *Die deutschen Schriften*, a la que han seguido varias otras. Recomendamos especialmente la de K. Bihlmeyer (1907), tanto por lo que se refiere a los escritos del beato como por la introducción. En francés existe la excelente traducción de las *Oeuvres Mystiques*, del P. Thiriot, y el estudio de B. Lavaud, *L'oeuvre mystique de Henri Suso* (3 vols., 1946). El P. T.F. Knox publicó en inglés, hace mucho tiempo, la traducción de la *Autobiografía*; más tarde apareció una nueva edición de esa traducción, con una introducción del diácono Inge. *Henry Suso: Mystic, Saint and Poet*, de S.M.C., pone de relieve la modernidad del beato. R. Raby tradujo al inglés el *Horologium Sapientiae* (1868). En 1952, J. M. Clark publicó una traducción de *The Little Book of Eternal Wisdom, The Little Book of Truth* y *The Life of the Servant*; esta última obra es la autobiografía de Suso. Ver también J. A. Bibet, *Henri Suso et le déclin de la scolastique* (1947).

3: SANTOS MARINO Y ASTIRIO, Mártires (c. 262 p.c.)

EN LA "Historia Eclesiástica", Eusebio describe el martirio de San Marino. El santo pertenecía a una noble familia de Cesarea de Palestina y se había distinguido en el ejército. Iba ya a ser condecorado con el emblema de centurión, cuando uno de sus rivales objetó que no tenía derecho de aspirar a esa dignidad, pues era cristiano y no podía ofrecer sacrificios al emperador. El gobernador, Aqueo, interrogó a Marino y como éste confesara a Cristo, le dio tres horas para reflexionar. En la puerta de la sala del juicio Marino encontró al obispo de la ciudad, llamado Teotecno, quien le condujo a la iglesia. El obispo señaló a Marino el libro de los Evangelios que se hallaba sobre el altar y la espada que éste llevaba al cinto, y le dijo que escogiese entre esos dos objetos. Marino tomó sin vacilar el libro de los Evangelios en sus manos. El obispo le dijo: "Entonces acógete a Dios y pídele que te de fuerza para ganar lo que has escogido. Vete en paz." Marino retornó a la sala del juicio y confesó su fe con la misma valentía que antes. Fue ejecutado inmediatamente.

San Astirio, un senador romano que gozaba del favor del emperador, asistió al martirio de Marino, envolvió el cadáver en su propia capa, se lo echó sobre los hombros y le dio cristiana sepultura. Eusebio no habla del martirio

de San Astirio, pero Rufino lo supone en su traducción latina de la historia y, tanto el Martirologio Romano como el Menaion griego (7 de agosto) conmemoran a San Astirio como mártir.

Todo lo que sabemos sobre estos dos santos se basa en Eusebio, *Historia Eclesiástica,* lib. VII, cc. 15 y 16.

SANTOS EMETERIO Y CALEDONIO, MÁRTIRES (304 P.C.)

FUERA DE sus nombres y del hecho de su martirio, apenas sabemos algo sobre San Emeterio y San Caledonio, los patronos de Santander. Prudencio, que compuso un largo poema en su honor, dice que los perseguidores quemaron las actas del martirio "para privarnos del relato de un triunfo tan glorioso". Según la tradición, ambos mártires eran hijos de San Marcelo, eran soldados como su padre, y murieron decapitados en Calahorra (España), durante el reinado de Diocleciano. San Gregorio de Tours cuenta que el anillo de San Emeterio y el "orarium" (pañuelo) de San Caledonio fueron arrebatados al cielo en el momento de la ejecución.

Este es uno de los casos en los que el culto local primitivo y la tradición garantizan plenamente la veracidad del martirio, aunque lo único que sepamos de los mártires sean sus nombres y el sitio y la fecha del martirio. Prudencio los menciona en varios de sus poemas y su conmemoración se halla en el *Hieronymianum* (CMH., p. 124). San Gregorio les consagra el capítulo 92 de *In gloria martyrum.*

SAN ANSELMO DE NONANTOLA, ABAD (803 P. C.)

CUANDO el rey Aistulfo gobernaba Italia, su cuñado Anselmo, duque de Friuli, le acompañó en sus campañas militares. El duque no sólo era un valiente soldado, sino también un fervoroso cristiano. Primero fundó un monasterio y un hospital en Fanano, en la provincia de Módena y más tarde, una gran abadía a unos treinta kilómetros al sur de Nonántola. Deseoso de consagrarse enteramente a Dios, San Anselmo fue a Roma, donde tomó el hábito de San Benito y fue nombrado abad de la nueva comunidad. El Papa Esteban III le dio también permiso de trasladar a Nonántola el cuerpo del Papa San Silvestre. Aistulfo enriqueció mucho la abadía y le concedió grandes privilegios, de suerte que se hizo famosa en toda Italia. El abad Anselmo llegó a gobernar a más de mil monjes. Igualmente estaba encargado de un gran hospital y de un albergue para los enfermos y peregrinos que él mismo había construido cerca del monasterio, en honor de San Ambrosio. Desiderio, el sucesor de Aistulfo, desterró al santo abad a Monte Casino, donde pasó siete años; pero Carlomagno le restituyó a Nonántola, y ahí murió, ya muy anciano, después de haber pasado cincuenta años en religión.

El P. Barlotti publicó con muchas ilustraciones (*Antica vita di S. Anselmo di Nonantola,* 1892) la corta biografía latina de San Anselmo, que había sido ya editada varias veces (por Mabillon, Muratori y MGH).

SANTA CUNEGUNDA o CUNEGUNDIS, VIUDA (1033 P.C.)

SANTA CUNEGUNDA era hija de Sigfrido de Luxemburgo y de su santa esposa, Eduviges, quienes la educaron piadosamente. Cunegunda se casó con el duque

Enrique de Baviera. Este le regaló un crucifijo oriental, idéntico, según parece, al que se halla actualmente en Munich. Algunos autores posteriores afirman que ambos esposos hicieron voto de virginidad el día de su matrimonio, y el Martirologio Romano repite esa tradición; pero los historiadores actuales niegan que haya pruebas suficientes en su favor. El cardenal Humberto, que escribió a mediados del siglo XI, no menciona dicho voto y atribuye la esterilidad del matrimonio a un castigo de Dios por las exacciones que Enrique cometió contra la Iglesia. A la muerte del emperador Otón III, Enrique fue elegido rey de los romanos; San Wiligio le coronó en Mainz y Santa Cunegunda fue coronada dos meses después, en Paderborn. En 1013, fueron juntos a Roma para recibir la corona imperial de manos del Papa Benedicto VIII.

Según cuentan los hagiógrafos de épocas posteriores, Santa Cunegunda fue víctima de las malas lenguas, a pesar de la santa vida que llevaba y hasta su mismo esposo dudó de ella alguna vez. Comprendiendo que su posición exigía la reivindicación de su fama, la emperatriz decidió someterse a la prueba del fuego y atravesó ilesa una cama de carbones ardientes. Enrique le pidió perdón por haber dudado de ella y, a partir de entonces vivieron estrechamente unidos, promoviendo de todas las maneras posibles la gloria de Dios y el progreso de la religión. Pero debe advertirse que no existen pruebas suficientes de esta leyenda.

Cediendo, en parte, a los ruegos de Santa Cunegunda, el emperador fundó el monasterio y la catedral de Bamberga, que fue personalmente consagrada por el Papa Benedicto VIII. La emperatriz consiguió tales privilegios para la ciudad que, según la voz popular, los hilos de seda de Cunegunda la defendían mejor que todas las murallas. Durante una peligrosa enfermedad, la emperatriz prometió fundar un convento en Kafungen de Hesse, cerca de Cassel. Así lo hizo en cuanto recobró la salud y, cuando murió su esposo, estaba ya a punto de terminar otro convento para las religiosas de San Benito. Según parece, la emperatriz tenía una sobrina joven, llamada Judit, a la que profesaba mucho cariño y a la que había educado con gran solicitud. Santa Cunegunda nombró a Judit superiora del nuevo convento, no sin haberle dado antes muchos buenos consejos. Pero la joven abadesa empezó a dar muestras de laxitud y frivolidad, en cuanto se vio libre de la tutela de su tía. Era la primera en acudir al refectorio y la última en llegar a la capilla; y prestaba oídos a toda clase de habladillas y las propagaba. Inútiles resultaron todas las reprensiones de Santa Cunegunda: la crisis estalló el día en que la abadesa, en vez de asistir a una procesión domini[illegible] con otras religiosas jóvenes. Llena de indignación, Santa Cunegunda reprendió ásperamente a la culpable y aun la golpeó. Las marcas de los dedos de la santa quedaron impresas en las mejillas de la abadesa hasta el día de su muerte y ese milagro, no sólo convirtió a la abadesa desobligada, sino que ejerció un efecto saludable sobre toda la comunidad.

En 1024, el día del aniversario de la muerte de su esposo, Santa Cunegunda invitó a numerosos prelados a la dedicación de la iglesia que había construido en Kafungen. Después del canto del Evangelio, la santa depositó sobre el altar una reliquia de la cruz de Jerusalén, cambió sus vestiduras imperiales por el hábito religioso y recibió el velo, de manos del obispo de la ciudad. Una vez en religión, pareció olvidar que había sido emperatriz, y se consideraba como la última de las monjas, convencida de que eso era, a los ojos de Dios. Nada

temía tanto como aquello que pudiera recordarle su antigua dignidad. Oraba y leía mucho, y se dedicaba especialmente a visitar y consolar a los enfermos. Así pasó los últimos años de su vida. Murió el 3 de marzo de 1033 (o 1039). Su cuerpo fue sepultado en Bamberga junto al de su esposo.

Sobre la vida de Santa Cunegunda son más de fiar las crónicas contemporáneas que la biografía de época relativamente tardía; sobre todo, teniendo en cuenta que esta última fue escrita probablemente con miras a la canonización de la santa, que tuvo lugar hacia el año 1200. J. B. Sägmüller (*Theologische Quartalschrift*, 1903, 1907, 1911), ha estudiado a fondo las razones para descartar el voto de perpetua virginidad de Santa Cunegunda y su esposo; cf. A. Michel, ibid., vol. XCVIII (1916), pp. 463-467. Los diversos textos de la biografía de Santa Cunegunda, han sido publicados en *Acta Sanctorum* y en MGH, *Scriptores*, vol. VII. Existen algunas biografías modernas, más populares que críticas, como la de Toussaint y la de H. Müller; esta última es más bien una biografía de San Enrique y Santa Cunegunda. Cf. Hauck, *Kirchengeschichte Deutschalands*, vol. III, p. 539.

SAN GERVINO, Abad (1075 p.c.)

San Gervino pertenecía a una familia emparentada con la de San Bruno, obispo de Toul, que en el papado llevó el nombre de León IX. Nació en el distrito de Reims y fue educado en la escuela episcopal. La despierta inteligencia de Gervino se sintió atraída por los clásicos latinos, de suerte que el joven corrió el riesgo de pervertirse con esa poesía sensual, pero, con la gracia de Dios, triunfó de las tentaciones. Después de su ordenación sacerdotal, fue nombrado canónigo de la catedral de Reims, puesto que le aseguraba un porvenir sin preocupaciones; pero, como la vida de sacerdote secular no le satisfacía, ingresó en la abadía de Saint-Vanne, en Verdún, donde pronto se distinguió por su vasto saber, su elocuencia y su modestia. En 1045, el rey Enrique I de Francia nombró a Gervino abad de Saint-Riquier, pero el santo no aceptó sino hasta que todos los monjes votaron por él. Durante su superiorato, construyó varias capillas y santuarios, mostró gran prudencia en el manejo de los bienes de la abadía y desplegó mucho celo por conseguir manuscritos griegos y latinos para la biblioteca. Los peregrinos se apretujaban en la iglesia y el santo abad pasaba, con frecuencia, el día entero oyendo confesiones. Pero su celo no se limitaba a la abadía, sino que le llevó por la Picardía, Normandía y Aquitania hasta Turingia, predicando y oyendo confesiones. Cuando el Papa San León IX fue, en 1050, a Reims, para consagrar la iglesia de San Remigio y presidir el concilio, el abad de Saint-Riquier le acompañó en el viaje de regreso a Roma.

San Gervino fue varias veces a Inglaterra, donde su abadía tenía algunas posesiones, y aprovechó esos viajes para predicar y visitar los santuarios ingleses. San Eduardo, el confesor, le tenía en gran estima. A este propósito se cuenta una historia curiosa: la reina Edit, que había oído a su esposo hablar con admiración de San Gervino, trató de recibirle con un beso, según la costumbre inglesa, pero el santo no consideró conveniente ese saludo y se rehusó a recibirlo. La reina se molestó tanto, que San Eduardo tuvo cierta dificultad en calmarla; pero la historia acabó bien, pues la reina regaló una hermosa capa al santo abad.

El pueblo profesaba tal veneración a San Gervino que, ya en vida, le conocía con el nombre de "el santo abad". En los cuatro últimos años de su existencia el santo sufrió de una especie de lepra, pero ello no le impidió el cumplimiento exacto de sus deberes y aun bendecía frecuentemente a Dios por

haberle enviado aquella prueba. El 3 de marzo de 1075, se sintió tan mal, que apenas pudo terminar la misa que celebraba en la cripta de la iglesia de Notre-Dame-de-la-Voûte, que él mismo había construido. Los monjes tuvieron que transportarle en brazos a su celda, donde se reunieron todos con gran consternación. El santo les dijo: "Hijos míos, hoy ha venido la Virgen a despedirme de esta vida". En seguida insistió en hacer una confesión pública de sus pecados. Después pidió que le transportasen de nuevo a la iglesia, al altar de San Juan Bautista y ahí murió. Cuando los monjes lavaron su cuerpo, no encontraron en él la menor huella de la lepra.

La principal fuente sobre la vida de San Gervino es la *Crónica de Saint-Riquier*, redactado por Hariulfo. Puede leerse en Migne, PL. vol. CLXXXIV; en MGH, se hallarán algunos extractos.

BEATO PEDRO RENATO, RENE o ROQUE, MÁRTIR (1796 P.C.)

ESTE PIADOSO sacerdote bretón, nació en Vannes, en 1758. Estudió en el seminario de dicha ciudad y fue ordenado ahí mismo en 1782. Durante algún tiempo fue capellán de las Damas del Retiro. Cuatro años más tarde, se transladó a París, donde ingresó en la Congregación de la Misión de San Vicente de Paúl. cuyos miembros son bien conocidos con el nombre de Lazaristas. Antes de que terminara el noviciado, sus superiores le enviaron a enseñar teología en su ciudad natal. Durante la Revolución, el beato dio muestras del más extraordinario heroismo apostólico. Se negó a firmar el juramento de la Constitución y durante algún tiempo, tuvo qua disfrazarse y esconderse. Finalmente, denunciado por un ateo, fue hecho prisionero, pero ni siquiera en la cárcel interrumpió su labor apostólica, pues se dedicó a escribir en defensa de la religión y a asistir corporal y espiritualmente a sus compañeros de prisión. Al oir su sentencia de muerte, se arrodilló a dar gracias a Dios. Fue guillotinado el 1o. de marzo de 1796. Su causa de beatificación empezó a tramitarse en cuanto se restableció la paz. La beatificación tuvo lugar en 1934, y en el mismo año, las reliquias de Pedro Roque fueron transladadas a la catedral de Vannes.

Ver L. Brétaudeau, *Un Martyr de la Révolution a Vannes* (1908); M. Misermont, *Le bx. P. R. Rogue* (1937), y los decretos de beatificación en *Acta Aostolicae Sedis*, vol. XXI (1929), pp. 564-567, y vol. XXVI (1934), pp. 304-308, 292-296, que incluyen una bibliografía selecta.

BEATA TERESA VERZERI, VIRGEN, FUNDADORA DE LAS HIJAS DEL SAGRADO CORAZÓN (1852 P.C.)

TERESA VERZERI nació en Bérgamo de Lombardía, el 31 de julio de 1801. Era una de las hijas de Antonio Verzeri y de su esposa Elena, perteneciente a la familia de los condes de Pedroça-Grumelli. Los Verzeri profesaban gran devoción a San Jerónimo. Uno de sus hijos, que fue más tarde obispo de Brescia, se llamaba Jerónimo y Teresa tenía como segundo nombre Eustoquio, en recuerdo de la hija de Santa Paula. Como es bien sabido, estas dos santas habían sido muy amigas de San Jerónimo y habían ejercido, por turno, el superiorato del convento de mujeres que éste había fundado en Jerusalén. En el caso de Teresa, el nombre de Eustoquio resultó profético.

Se cuenta que Teresa decidió hacerse religiosa a los diez años de edad, el día de su primera comunión. Tales inspiraciones no son raras a esa edad, pero la firme resolución de Teresa no hizo más que crecer hasta el día de su confirmación. En esto le ayudó mucho al canónigo José Bengalio, de la catedral de Bérgamo. Es difícil determinar si el canónigo tenía ideas claras sobre Teresa o si estaba tratando de probar su vocación, pues tres veces la hizo entrar y volver a salir del convento de las benedictinas de Santa Grata. La obediencia ciega de Teresa al canónigo le valió no pocas críticas y burlas, pero la beata las soportó con paciencia y alegría. Fue sin duda una época de rudo aprendizaje.

Después de haber salido por tercera vez del convento, Teresa se consagró enteramente a la instrucción religiosa de las niñas en una pequeña casa llamada Gromo, que pronto se convirtió en la semilla de la nueva congregación religiosa que había de fundar. Antonia, su hermana y otras dos jóvenes, llamadas Virginia Simoni y Catalina Manghenoni, se le unieron al poco tiempo. Las cuatro hicieron la profesión de votos simples ante el canónigo Benaglio, quien las destinó a la enseñanza de la juventud. La vida de la nueva comunidad era muy austera, con largos períodos de silencio y ayuno. Teresa tuvo que hacer frente a muchas dificultades espirituales, dudas y tentaciones. La congregación empezó pronto a crecer, pues ingresaron en ella numerosas jóvenes de buena familia, entre las que se contaban tres hermanas de Teresa, llamadas María, Judit y Catalina, además de su propia madre que había quedado viuda. El canónigo Benaglio se encargaba de la dirección espiritual de la comunidad y ayudó a redactar las reglas y constituciones que comprendían diferentes obras de caridad: escuelas para los niños pobres, visitas a las mujeres enfermas, centros religiosos y de recreación para las jóvenes que se hallaban en peligro y sobre todo, retiros para mujeres, según el espíritu de San Ignacio de Loyola.

El obispo de Bérgamo, Mons. Carlos Gritti-Morlacchi, favoreció al principio a la nueva congregación, pero después se dedicó a obstaculizar su crecimiento. Mayor prueba fue para Teresa su propia indecisión y humildad. ¿La llamaba Dios realmente a fundar una nueva congregación, dado que ya existían otros institutos similares, como el del Sagrado Corazón, fundado por Santa Magdalena Sofía Barat? Teresa fue a Turín, donde la madre Barat había empezado a organizar, desde 1832, los retiros para mujeres y se sintió muy inclinada a unir su congregación con la de la santa. Pero pronto comprendió que la voluntad de Dios era diferente, pues había campo más que suficiente para las dos congregaciones, por similares que fuesen. Así pues, la beata tuvo que superar ésta y otras dificultades y soportar con [redacted]siones, antes de conseguir que se estableciera sólidamente su instituto. Finalmente, en 1841, Teresa y sus compañeras pudieron hacer la profesión solemne en manos del mismo prefecto de la congregación de obispos y religiosos, el cardenal Constantino Patrizi. Unos cuantos días más tarde, fue publicado el decreto aprobatorio de la Santa Sede y la congregación fue definitivamente confirmada en 1847. Con esta ocasión, se autorizó a la fundadora a abrir una casa en Roma.

Entre los que ayudaron a Teresa Verzeri en las dificultades, se contaba el Beato Luis Pavoni, de Brescia, quien se encargó de imprimir las constituciones de la nueva congregación, en un momento en que esto significaba exponerse a muchas molestias; pero el beato hizo caso omiso de las murmuraciones y habladurías. Además, intercedió ante Mons. Speranza para que apoyase en Roma la causa de las Hijas del Sagrado Corazón. Cuando Teresa compró un antiguo

monasterio en Brescia, el Beato Luis proyectó los cambios que era necesario hacer al edificio y se encargó de vigilar personalmente la obra. Para ayudar a Teresa, hizo varios viajes a Bérgamo y a Trento, y se comprometió a asegurar la misa diaria en la casa madre. Nada era demasiado difícil para el Beato Luis, cuando se trataba de ayudar a las religiosas. La gran estima mutua que se profesaban el Beato Luis y la Beata Teresa ha continuado entre sus congregaciones respectivas, en el siglo que ha transcurrido desde su muerte.

La beata vivió todavía cuatro años después de la fundación de la casa de Roma. Durante ellos creció en gracia y santidad y su congregación con ella. El cólera que azotó el norte de Italia, arrebató a la beata el 3 de marzo de 1852. La multitud que asistió a sus funerales fue el mejor testimonio de la reputación de santidad de que gozaba y que no ha hecho sino aumentar con el tiempo. Teresa fue beatificada en 1946.

Ver el breve de beatificación, en *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XXXIX, n. I (1947). No existen biografías de la beata más que en italiano; parece que se han publicado varios volúmenes de su correspondencia: cf. *Un apostolo della gioventu derelitta* (Beato Luis Pavoni), pp. 209-211 (1928).

BEATO INOCENCIO BERZIO (1889 P.C.)

INOCENCIO DE Berzio, venerado discípulo de San Francisco, hizo suya desde muy joven la máxima de San Lorenzo Justiniano: "Debe humillarse el hombre ante Dios y vaciar su corazón de la soberbia para rellenarlo con el don de la gracia".

Inocencio nació en la población de Valle de los Caminos, cerca de Brescia, Italia, el 29 de marzo de 1844. Su familia era modesta y profundamente cristiana. Su madre, mujer ejemplar enviudó cuando era joven y se hizo cargo de la educación de su hijo pequeño, inculcándole los principios cristianos que ella practicaba. A costa de grandes sacrificios pudo enviar al pequeño a la escuela de los padres capuchinos en Brescia donde el futuro santo no tardó en sobresalir por su mansedumbre, su modestia, cualidades que fueron el anticipado anuncio de la santidad a la que había de llegar. Con éxito siguió los estudios eclesiásticos a tal punto que sus superiores le asignaron el cargo de maestro de novicios en una casa de formación de su orden. Al mismo tiempo se le envió a terminar sus estudios superiores de teología al seminario de Brescia, por consejo del obispo de la diócesis, Mons. Jerónimo Verzeri, quien admiraba las virtudes del joven. Ya en el seminario, éste hizo de su propia santidad el principal negocio de su vida.

El 2 de junio de 1867 recibió las órdenes sagradas y ejerció su ministerio en la ciudad de Cevi hasta que fue enviado por sus superiores a dirigir el seminario de Brescia, tarea que desempeñó con su acostumbrado celo. Por poco tiempo desempeñó esta labor porque el obispo lo designó párroco auxiliar en Brescia, un puesto en el que podía dar rienda suelta a su ferviente caridad. Allí continuó haciendo el bien hasta el mes de abril de 1874, cuando tomó el hábito de los Frailes Menores capuchinos en el convento de Nuestra Señora de los Angeles, cercano a Borno y adoptó el nombre de Inocencio de Berzio. Un año más tarde hizo su profesión y, desde entonces, consagró toda su actividad para ascender a las más altas cumbres de la santidad. En el caritativo ejercicio de atender a los atacados por la peste, durante la epidemia de 1889 se contagió

del mal y en poco tiempo, el 3 de marzo de aquel año entregó el alma al Señor en la misma región que le vio nacer.

Síntesis de la biografía del Beato Inocencio tomada de las *Litterae Apostolicae* del 12 de noviembre de 1961; Acta *Apostolicae Sedis*, vol. LIII, pp. 803 ss.

4: SANTOS BASILIO, EUGENIO, AGATODORO Y COMPAÑEROS MÁRTIRES (*c.* 300 P.C.)

EN TIEMPOS de Diocleciano, Hermón, obispo de Jerusalén envió misioneros al Quersoneso para que anunciaran el Evangelio.

Los primeros misioneros fueron Efrén y Basilio, después Agatodoro, Elpidió, etc. Efrén fue a Escitia; Basilio se presentó en el Quersoneso, de donde se le expulsó; pero luego fue llamado de nuevo. Ahí se dice que resucitó a un muerto y convirtió a toda una familia. Pero los judíos provocaron una sedición y fue martirizado. Los demás sufrieron la misma suerte al año siguiente. Era el 6 de marzo, pero se duda del año exacto; parece que fue el 300.

Pasaron muchos años. Eterio llegó, a su vez de Jerusalén y tropezó con la obstinación de aquella población. Marchó a Bizancio y obtuvo del emperador Constantino que todos los paganos fueran expulsados del Quersoneso. Pero al regresar de un segundo viaje a Bizancio para agradecer al emperador, fue asesinado por unos impíos.

Los cristianos del Quersoneso obtuvieron de Constantino un nuevo obispo en la persona de Capitón, quien hizo nuevas conversiones y murió en paz, el 22 de diciembre.

Según algunos, también Efrén había muerto con Basilio. En cuanto a Néstor y Arcadio, que el Martirologio Romano junta a los siete obispos precedentes, forman un grupo aparte: fueron enviados a Chipre y, es posible que no alcanzaran el martirio.

En la Iglesia griega, el oficio de estos siete obispos está señalado para el día 7 de marzo. El martirio de los seis primeros tuvo lugar un 6 de marzo, aunque no del mismo año; el menologio del cardenal Sirlet los sitúa el 4 de marzo y Baronio se informó en él, equivocadamente. Tamayo de Salazar, al reivindicarlos para España, se dejó influir torcidamente por el pseudo Dexter que, en su crónica, vincula a los nueve obispos a una ciudad española llamada Cherronesus.

Acta Sanctorum, 4 de marzo, con un comentario explicativo.

SAN CASIMIRO DE POLONIA (1484 P.C.)

SAN CASIMIRO, a quien los polacos llaman "el Pacificador", fue el tercero de los trece hijos de Casimiro IV, rey de Polonia, y de Isabel de Austria, hija del emperador Alberto II. Casimiro era el segundo de los hijos varones. Tanto él como sus dos hermanos, Ladislao y Juan, tuvieron por tutor a Juan Dlugosz, el historiador, que era un canónigo de extraordinarios saber y piedad. Los tres príncipes profesaban gran afecto a su tutor, pero Casimiro fue quien más provecho sacó de sus enseñanzas y su ejemplo. Muy devoto desde la infancia, Casimiro

se consagró a la oración y penitencia, rechazando toda blandura consigo mismo. Con frecuencia dormía en el suelo y no era raro que pasase la noche entera contemplando la Pasión de Cristo. Sus vestidos, muy sencillos, ocultaban una camisa de pelo. Casimiro vivía siempre en la presencia de Dios y era tranquilo, alegre y simpático a todos. Su amor a Dios se traducía en amor a los pobres, que son miembros de Cristo. El santo les dio cuanto poseía e influyó todo lo que pudo en su favor ante su padre y su hermano Ladislao, cuando este último ocupó el trono de Bohemia. Casimiro recitaba con frecuencia, en honor de la Santísima Virgen, el largo himno latino llamado "Omni die dic Mariae" quiso que se depositase en su sepulcro una copia de él. Aunque dicho himno se ha atribuido algunas veces a San Casimiro, ciertamente es tres siglos anterior a él.

En 1471, los nobles de Hungría, que estaban descontentos de su rey, Matías Corvino, pidieron al rey de Polonia que entronizase a su hijo Casimiro. El santo, que no tenía más de quince años, se sentía poco inclinado a aceptar, pero tuvo que hacerlo por obediencia a su padre y partió con rumbo a la frontera, a la cabeza de un ejército. Al llegar, se enteró de que Matías venía a su encuentro con un ejército mucho mayor; y como, por otra parte, sus propios soldados desertaban en grandes cantidades, porque no habían recibido la paga, Casimiro tuvo que volver grupas, después de oir a sus consejeros. Vino a confirmarle en su decisión la noticia de que el Papa Pío VI había enviado una embajada ante su padre para disuadirle de la expedición. Pero el rey, furioso ante el fracaso de sus proyectos, no permitió que Casimiro volviese a Cracovia, sino que le relegó al castillo de Dobzki. El joven obedeció y permaneció ahí tres meses. Convencido de que había estado a punto de emprender una guerra injusta y decidido a no volver a tomar parte en los mortales conflictos, que no hacían más que facilitar el avance de los turcos en Europa, se negó a tomar de nuevo las armas, a pesar de los ruegos de su padre y de los señores de Hungría. En vez de ello, se entregó nuevamente al estudio y la oración, sin interrumpirlos ni siquiera cuando ejerció el cargo de virrey, durante la ausencia de su padre. En la corte se habló de casarle con la hija del emperador Federico III, pero Casimiro no quiso ni pensar en renunciar al celibato que se había impuesto.

Las austeridades que practicaba agravaron la enfermedad de los pulmones que padecía, y Casimiro murió en 1484, cuando no tenía sino veintitrés años de edad. Sus reliquias se conservan todavía en la iglesia de San Estanislao de Vilna, donde fue enterrado. En su tumba se obraron numerosos milagros. La canonización tuvo lugar en 1521.

En 1521 fue publicada en Cracovia la biografía latina de San Casimiro, escrita por Zacarías Ferreri, incluida en *Acta Sanctorum*, marzo, vol. I. Véase también la vida publicada por Prileszky en *Acta Sanctorum Hungariae* (1743), vol. I, pp. 121-132. Félix Iozefowicz, *Der heilige Kasimir*, presenta al santo como patrono de los estudiantes. En su artículo sobre San Casimiro, en *Catholic Encyclopedia*, L. Abraham cita algunas obras polacas modernas. Algunas veces se atribuye a San Casimiro el título de rey de Polonia y Hungría, aunque nunca ocupó el trono de ninguna de las dos naciones. La *Cambridge History of Poland* sólo dedica al santo una línea, lo cual demuestra la poca influencia exterior que ejerció sobre la política del reino. El llamado *Himno de San Casimiro* ocupa una sección del gran *Mariale* o colección de himnos latinos del siglo XII; dicho himno ha sido atribuido a San Anselmo y a San Bernardo de Claraval. El verdadero autor fue probablemente Bernardo de Morlaix o Cluny. El gusto de San Casimiro por este himno manifiesta su talento literario y su amor a la Santísima Virgen. Cuando los simpatizadores de Polonia consideraban el *Omni die dic Mariae* casi como un himno nacional, apareció un libro con la traducción del texto en muchas lenguas, siguiendo el mismo metro del original. El cardenal Wiseman

hizo la traducción inglesa para la segunda edición de dicha obra.

SAN LUCIO I, PAPA (254 P.C.)

AL PRINCIPIO del pontificado de Lucio, el emperador Galo continuó la persecución iniciada por Decio. El Papa fue desterrado a un sitio del que los anales no conservan memoria, pero el destierro duró poco tiempo y a su vuelta, Lucio fue aclamado por el pueblo, que salió a recibirle triunfalmente. Con esa ocasión, San Cipriano le escribió una carta de felicitación, diciéndole que no por haber sido preservado por Dios de la muerte, como los jóvenes lo fueron de las llamas del horno, ha perdido la palma del martirio. San Cipriano añade: "No cesamos de ofrecer sacrificios y oraciones a Dios Padre y a su Hijo Jesucristo para darle gracias y suplicarle que, puesto que da la perfección en todo, perfeccione también en ti la gloriosa corona de tu confesión. Tal vez al destierro no fue sino para mostrarte que tu gloria debe brillar a los ojos de todos, pues es conveniente que la víctima, que debe a sus hermanos ejemplo de virtud y fe, sea sacrificada delante del pueblo". En otra carta que escribió al Papa Esteban, San Cipriano dice que San Lucio condenó a los herejes novacianos que rehusaban la absolución y la comunión a los pecadores arrepentidos.

Según Eusebio, San Lucio sólo ocupó la cátedra pontifical ocho meses. A pesar de que el Martirologio Romano dice que San Lucio fue "martirizado en la persecución de Valeriano", es positivamente cierto que murió antes de que empezara dicha persecución y es muy poco probable que haya muerto martirizado. El cronista del año 354 no nombra a San Lucio en la "depositio martyrum", sino en la "depositio episcoporum", en tanto que los restos de la inscripción, descubierta por De Rossi en las catacumbas, no mencionan su martirio. La afirmación del *Liber Pontificalis,* en el sentido de que San Lucio nombró prácticamente a Esteban por sucesor suyo, cuando se dirigía al sitio de su martirio, no merece crédito alguno.

Se dice que en Bolonia se conservan algunas reliquias de San Lucio. En la catedral de Roeskilde, cerca de Copenhague, se veneró durante largo tiempo la cabeza de este Papa, que era el patrono de la ciudad. Pero muy probablemente, tanto las reliquias de Dinamarca como las de Bolonia, pertenecen a los dos otros santos del mismo nombre, cuya fiesta se celebra también en este día. San Lucio fue sepultado en la catacumba de San Calixto; pero sus restos fueron transladados más tarde a la iglesia de Santa Cecilia, por orden de Clemente VIII, y ahí se conservan todavía.

Ver Duchesne, *Liber Pontificalis,* vol. I, pp. XCVII y 153; San Cipriano (Hartel), pte. II, pp. 695 y 748; De Rossi, *Roma Sotterranea,* vol. II, 62-70; cf. *Acta Sanctorum,* marzo, vol. I, y Allard, *Histoire des persécutions,* vol. II, pp. 27 ss.

SANTOS ADRIAN Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (¿875? P.C.)

EN EL siglo IX, durante una de sus numerosas incursiones en la costa de Escocia, los daneses asesinaron a San Adrián y a sus compañeros, quienes se habían retirado al monasterio de la Isla de Mayo, después de haber trabajado mucho por la evangelización de Fifeshire. Poseemos pocos datos sobre la vida de estos santos. San Adrián, según cuenta el Breviario de Aberdeen, descendía de sangre

real y había sido obispo de Panonia, en Hungría, su tierra natal. Movido por el celo misional, pasó a Escocia junto con Clodión, Gayo, Estolbrando, Monán y otros 6,602 compañeros, todos los cuales murieron con él. Parece que en Escocia no tuvo sede fija, aunque se ha afirmado que fue obispo y aun arzobispo de Saint Andrews. Algunos historiadores modernos le identifican con el santo irlandés Odhrán y se inclinan a creer a Boecio, quien afirma que todos estos mártires eran ingleses y escoceses. Los ingleses eran, probablemente, discípulos de San Aca, el cual, desterrado de Nortumbría fundó una sede episcopal entre los pictos; los escoceses e irlandeses podrían ser Adrián y sus compañeros, a quienes las incursiones de los daneses obligaron a emigrar de Irlanda a Firth of Forth. Fordun afirma que lo mártires eran 100. En todo caso, en 875, tuvo lugar una batalla entre los escoceses y los daneses, en la que murieron muchos de aquellos. En el Breviario de Aberdeen, publicado en 1509, el oficio de los mártires tiene nueve lecciones.

San David I construyó un convento en la Isla de Mayo y lo entregó a los benedictinos de Reading, pero más tarde pasó a manos de los canónigos regulares de San Andrés. La Isla de Mayo se convirtió en un sitio de peregrinación, al que acudió repetidas veces el rey escocés Jacobo IV.

Ver el *Breviario de Aberdeen*, y KSS, pp. 266-268.

SAN PEDRO DE CAVA, Obispo de Policastro (1123 p.c.)

Pedro de Pappacarbone nació en Salerno (Italia). Era sobrino de San Alferio, fundador del monasterio de Cava. Ingresó en la vida religiosa a muy temprana edad, bajo la dirección de San León, el segundo abad. Pronto se distinguió por su piedad, sus abstinencias y su amor a la soledad. En aquella época la abadía de Cluny era ya muy famosa y el joven monje obtuvo permiso para ir a Francia a ingresar en ella. Los monjes de Cluny intentaron enviarle a la escuela, pero el abad San Hugo les dijo que, a pesar de su poca edad, Pedro era ya maduro en las cosas de Dios. Pronto se confirmó esa opinión, pues, Pedro no desentonaba en aquel convento de santos monjes, en el que permaneció seis años, al cabo de los cuales fue llamado a Italia. San Hugo le permitió partir, gracias a la intercesión del archidiácono de Roma, Hildebrando, que más tarde sería el Papa Gregorio VII.

San Pedro fue el primer obispo de Policastro, pero, como no se sintiese llamado por Dios al vértigo de obligaciones mundanas que le imponía su cargo, obtuvo licencia de renunciar a él y retirarse a Cava. El abad León, muy anciano para gobernar, le nombró sucesor suyo y se retiró. Los monjes habían confirmado, con sus sufragios, la elección de San Pedro, pero pronto encontraron demasiado dura la observancia que éste había aprendido en Cluny y empezaron a murmurar y a rebelarse. Algunos de ellos llevaron sus quejas al antiguo abad León. San Pedro, que no quería oponer resistencia ni ceder en las exigencias de la observancia, partió de Cava y se refugió en otro monasterio. Al poco tiempo, los monjes de Cava, aconsejados por el abad León, fueron a rogarle que volviese a tomar el gobierno y el santo aceptó. De ahí en adelante, los que se habían mostrado más opuestos a San Pedro fueron los más prontos en someterse a la observancia de las reglas.

Bajo el gobierno de San Pedro, el monasterio floreció mucho: los aspirantes

a la vida religiosa acudían en gran abundancia y muchas damas y caballeros regalaron tierras y dinero a la comunidad, que pudo así prestar ayuda a los pobres y a los enfermos. Hubo de agrandar la abadía para dar cabida a todos los aspirantes; igualmente se construyó una nueva iglesia, a cuya dedicación asistió el Papa Urbano II, quien había hecho gran amistad con San Pedro en Cluny. En Cava se conserva la crónica de la fiesta organizada con tal ocasión. Según dicha crónica, el Papa trató a San Pedro y a los otros monjes con gran sencillez, como si "hubiese olvidado que era Papa". San Pedro murió a edad muy avanzada, en 1123.

La abadía de Cava existe todavía. En 1912, para manifestar su devoción a sus fundadores, los monjes de Cava publicaron las vidas de Alferio, de San Pedro y de otros dos abades, tomándolas de un antiquísimo manuscrito de su biblioteca; probablemente el autor de esas vidas es Hugo de Venosa, un contemporáneo de San Pedro. En esa biografía, que puede leerse en *Acta Sanctorum* (marzo, vol. I), así como en Ughelli y en Muratori se basan todas las noticias que poseemos sobre San Pedro de Cava.

BEATA PLACIDA VIEL, VIRGEN (1877 P.C.)

VICTORIA EULALIA Jacqueline Viel, que un día sería superiora general de las Hermanas de las Escuelas Cristianas, nació en el pueblecito normando de Val-Vacher. Era la octava hija de un agricultor y su instrucción se redujo a siete años de escuela primaria, en la ciudad de Quettehou. La beata era seria y tímida por temperamento. Hasta los diecisiete años, vivió la existencia tranquila y ordenada de una hija de agricultor, encargada de hacer casa a su hermano. A esa edad fue a visitar a una tía suya, que era religiosa en el convento de Santa María Magdalena Postel, en Saint-Sauveur-le-Vicomte. La visita impresionó tanto a la joven, que decidió ingresar en la comunidad. Fue admitida y tomó el nombre de Plácida.

La madre Postel, que tenía ya ochenta años, vio en la joven religiosa a una sucesora ideal para el gobierno de la congregación. Así pues, cuando Plácida terminó sus dos años de noviciado, asistió a unos cursos intensivos en la escuela normal de Argentan y después fue nombrada profesora en un pensionado. Al mismo tiempo, la santa fundadora la iba iniciando en los deberes y responsabilidades de la administración y aun la mandó a abrir algunas nuevas casas. A los cinco años de vida religiosa, Plácida fue nombrada maestra de novicias, pero bien pronto tuvo que dejar el cargo para ir a París a reunir fondos para la restauración de la iglesia en la abadía de Saint-Sauveur y a arreglar otros asuntos de importancia.

Santa María Magdalena Postel murió el 16 de julio de 1846. El capítulo general de las Hermanas de las Escuelas Cristianas escogió a Plácida para sucederla. La hermana María, su tía, esperaba ser elegida y, aunque la nueva superiora le dio mucha autoridad y responsabilidades, la hermana María, que ya desde antes se había mostrado hostil a su sobrina, obstaculizó mucho el gobierno de la madre Plácida durante los diez años siguientes. Para evitar esa dificultad, la beata residía el menor tiempo posible en la casa matriz y, mientras vivió su tía, gobernó la congregación "desde los abruptos y tortuosos caminos y senderos del centro y el oeste de Francia." En efecto, durante esa época, la beata viajó mucho por Francia para recoger fondos y visitar los conventos de la congregación, que crecía rápidamente. Trabajó con particular empeño por obtener la

aprobación oficial de la congregación. Las negociaciones fueron muy laboriosas y, en una ocasión, la beata tuvo que hacer un viaje secreto a Viena para ver al conde de Chambord.

La madre Plácida fue superiora general durante treinta años y la congregación prosperó mucho bajo su gobierno; se multiplicaron los orfanatorios, las casas de cuna, los talleres y las escuelas primarias gratuitas. Una de las más famosas fundaciones fue el orfanatorio del Sagrado Corazón de María, en París, donde, en 1877, había ya 500 niños. La beata pudo también llevar felizmente a término la reconstrucción de la gran iglesia de la casa matriz, emprendida por la fundadora. El cardenal Guibert, arzobispo de Burdeos, hablando de la situación de Francia en 1870, aplicó a la madre Plácida lo que se había dicho de la Beata Ana Javouhey: "Sólo conozco a una persona capaz de restablecer el orden en Francia: la madre Plácida, del convento de Saint-Sauveur-le-Vicomte." La impresión que dejan la vida y las realizaciones de la beata es la de que fue una religiosa de gran encanto personal y buen humor, serenamente decidida a hacer por las niñas lo que San Juan Bautista de la Salle había hecho por los niños. Durante su gobierno, se abrieron en Normandía treinta y seis colegios para niñas pobres y se suprimió como libro de lectura "Les ordonnances de Louis XIV."

La vida de la beata fue muy sencilla en todos sentidos. No tuvo pruebas espirituales especiales ni gracias místicas. Sin embargo, no faltaron algunos hechos milagrosos, que ella atribuía a la intercesión de la madre Postel por cuya beatificación trabajó mucho. Su muerte ocurrió el 4 de marzo de 1877, cuando tenía sesenta y dos años de edad. Plácida Viel fue beatificada en 1951. Bajo su gobierno, el número de conventos de la congregación aumentó de treinta y siete a ciento cinco y el número de religiosas, de ciento cincuenta a más de mil.

Ver D. Meunier, *Une gerbe de merveilles* (1931); L. Canuet, *Bonne Mère Placide* (1925),y la biografía escrita por P. de Crisenoy (1943). En inglés, ver *Bd. Placide Viel,* de S.C. Cf. también las biografías de Santa María Magdalena Postel.

5: SANTOS ADRIAN Y EUBULO, MÁRTIRES (309 P.C.)

EN EL sexto año de la persecución de Diocleciano, siendo Firmiliano gobernador de Palestina, Adrián y Eubulo fueron de Batanea a Cesarea para visitar a los confesores de la fe. Cuando los guardias de la ciudad les interrogaron sobre el motivo de su viaje, los mártires respondieron sin rodeos que habían ido a visitar a los cristianos. Inmediatamente fueron conducidos ante el gobernador, quien les mandó azotar y desgarrar las carnes con garfios de hierro, para ser arrojados después a las fieras. Dos días más tarde, durante las fiestas de la diosa Fortuna, Adrián fue decapitado, después de haber sido atacado por un león. Eubulo corrió la misma suerte, uno o dos días después. El juez había prometido la libertad a este último, con tal de que sacrificara a los ídolos; pero el santo prefirió la muerte. Fue el último de los que sufrieron el martirio en Cesarea durante esta persecución, que había durado doce años, bajo el mando de tres gobernadores: Flaviano, Urbano y Firmiliano. El cruel Firmiliano recibió pronto un castigo bien merecido, pues cayó en desgracia y fue decapitado por orden del emperador. Su predecesor, Urbano, había corrido la misma suerte dos años antes.

El historiador Eusebio, contemporáneo de los hechos, es nuestra principal fuente de información sobre estos mártires. Ver su obra, *Mártires de Palestina*, XI, 29-31.

SAN FOCAS DE ANTIOQUIA, MÁRTIR (Fecha desconocida)

EL MARTIROLOGIO Romano, que se basa en San Gregorio de Tours, dice sobre San Focas: "Después de sufrir numerosos ultrajes por el nombre del Salvador, triunfó de la Serpiente Antigua. Hasta el día de hoy, su victoria se manifiesta en el hecho maravilloso de que si un hombre mordido por una serpiente toca con fe la puerta de la basílica del mártir, el veneno pierde todo poder." Los bolandistas identifican a nuestro santo con San Focas de Sínope, apodado "el jardinero", cuyas reliquias descansan en la iglesia de San Miguel de Antioquía.

San Gregorio de Tours, *De gloria martyrum*, lib. I c. 98. Floro y otros martirologistas tomaron textualmente las palabras de San Gregorio de Tours. Ver Delehaye, *Origines du culte des martyrs*, (1933), pp. 169, 205, y CMH., pp. 128, 374-375.

SAN EUSEBIO DE CREMONA (423 P.C.)

SAN EUSEBIO conoció a San Jerónimo en Roma, durante un viaje que hizo a la ciudad, siendo muy joven. En adelante les unió una gran amistad, tan larga como su vida. Eusebio determinó acompañar a Jerónimo a Tierra Santa. En Antioquía se les reunieron Santa Paula y Santa Eustoquio y todos juntos fueron a visitar los Santos Lugares, antes de instalarse definitivamente en Belén. Viendo la cantidad de peregrinos que llegaban, San Jerónimo decidió construir un albergue y, probablemente con el fin de recoger fondos para la obra, mandó a Eusebio y Poliniano a Dalmacia y a Italia, donde, según parece, San Eusebio vendió sus propiedades de Cremona y la casa que Santa Paula poseía en Roma.

En Roma, Eusebio se vio envuelto en una violenta disputa con Rufino, un sacerdote de Aquileya a quien se acusaba de haber hecho una traducción tendenciosa de las obras de Orígenes y de predicar falsas doctrinas. San Jerónimo había manifestado su oposición a las doctrinas de Rufino, y Eusebio se puso de parte de su maestro. Rufino atacó violentamente a Eusebio, acusándole de haber robado su traducción de Orígenes para introducir los pasajes tendenciosos. Poco después, San Jerónimo acusó a Rufino de haber pagado a un monje para que se apoderase de una carta de San Epifanio a Juan de Jerusalén; Eusebio había confiado esa carta al monje para que se la tradujese al latín, pues, aunque era muy buen latinista, no conocía el griego. Los detalles de esta larga controversia son bastante oscuros y poco edificantes. Parece que Eusebio fue uno de los que más pesaron para que el Papa San Atanasio condenase los escritos de Orígenes.

El año 400, Eusebio visitó nuevamente su tierra natal y parece que se quedó en Italia. En todo caso, la relación que se le atribuye de la muerte de San Jerónimo es ciertamente falsa. San Jerónimo dedicó a su amigo varios de sus escritos. Se dice que San Eusebio fue enterrado en Belén, junto a San Jerónimo, pero el hecho es muy dudoso. Uno de los altares en la cripta de la iglesia de la Natividad está dedicado a San Eusebio. Según una tradición, fue el fundador del monasterio de Guadalupe, en España e introdujo en la península la Orden de los Jerónimos; pero dicha leyenda carece de fundamento.

Casi todos los datos fidedignos que poseemos sobre San Eusebio de Cremona provienen de las obras y cartas de San Jerónimo. Francisco Ferrari utilizó dicha fuente, desgraciadamente con muy poco sentido crítico, para escribir la biografía publicada en *Acta Sanctorum*, marzo, vol. I. Ver también DCB, vol. II, pp. 376-377, y Cavallera, *St Jérôme, sa vie et son oeuvre* (1922).

SAN GERASIMO, Abad (475 p.c.)

San Gerásimo nació en Licia de Asia Menor, donde abrazó la vida eremítica. Después pasó a Palestina y, durante algún tiempo cayó en los errores eutiquianos, pero San Eutimio le devolvió a la verdadera fe. Más tarde, parece que estuvo en varias comunidades de la Tebaida y finalmente, retornó a Palestina, donde se hizo íntimo amigo de San Juan el Silencioso, de San Sabas, de San Teoctisto y de San Atanasio de Jerusalén. Tan numerosos fueron sus discípulos, que el santo fundó una "laura" de sesenta celdas, cerca del Jordán y un convento para los principiantes. Sus monjes guardaban silencio casi completo, dormían en lechos de juncos y jamás encendían fuego dentro de las celdas, a pesar de que las puertas tenían que estar siempre abiertas. Se alimentaban ordinariamente de pan, dátiles y agua y dividían el tiempo entre la oración y el trabajo manual. A cada monje se asignaba un trabajo determinado, que debía estar listo el sábado siguiente. Aunque la regla ya era de suyo severa, San Gerásimo la hacía todavía más rigurosa para sí y nunca cesó de hacer penitencia por su caída en la herejía eutiquiana. Según se cuenta, durante la cuaresma, su único alimento era la Sagrada Eucaristía. San Eutimio le profesaba tal estima, que le enviaba, por medio de los discípulos, a aquellos de sus seguidores a quienes consideraba llamados a la más alta perfección. La fama de San Gerásimo sólo cedía a la de San Sabas. El año 451, durante el Concilio de Calcedonia, su nombre sonó en todo el oriente. La "laura" que él había fundado florecía todavía un siglo después de su muerte.

En el "Prado Espiritual" Juan Mosco nos ha dejado una anécdota encantadora. Un día en que el santo se hallaba a orillas del Jordán, se le acercó cojeando penosamente un león. Gerásimo examinó la zarpa herida, extrajo de ella una aguda espina y lavó y vendó la pata de la fiera. El león se quedó desde entonces con el santo y fue tan manso como cualquier otro animal doméstico. En el monasterio había un asno, que los monjes utilizaban para ir a traer agua, y éstos hacían que el león cuidara del asno cuando iba a pastar; pero un día, unos mercaderes árabes se lo robaron y el león volvió sólo y muy deprimido al convento. A las preguntas de los monjes, el león respondía con miradas lastimeras. El abad le dijo: "Tú te comiste al asno. Bendito sea Dios por ello. Pero de ahora en adelante tú harás el trabajo del asno". El león tuvo que acarrear agua para la comunidad. Poco tiempo después, los mercaderes árabes pasaron de regreso con el asno y tres camellos; el león les puso en fuga, cogió entre los dientes la brida del asno y lo llevó triunfalmente al monasterio, junto con los camellos. San Gerásimo reconoció su error y dio al león el nombre de Jordán. Cuando murió el anciano abad, el león estaba desconsolado. El nuevo abad le dijo: "Jordán, nuestro amigo nos ha dejado huérfanos para ir a reunirse con el Amo a quien servía; pero tú tienes que seguir comiendo." Pero el león siguió rugiendo tristemente. Finalmente el abad, que se llamaba Sabacio, condujo al león a la tumba de Gerásimo y, arrodillándose junto a ella, le dijo: "Aquí está enterrado tu amo." El león se echó

sobre la tumba y empezó a golpearse la cabeza contra la tierra; nadie pudo apartarle de ahí y pocos días más tarde le encontraron muerto. Según algunos autores, el león que se ha convertido en el símbolo de San Jerónimo era en realidad el de San Gerásimo. La confusión se originó probablemente de la grafía "Geronimus" de ciertos documentos.

El *Acta Sanctorum*, marzo, vol. I, cita algunos extractos de la Vida de San Eutimio escrita por Cirilo de Escitópolis, en la que se menciona frecuentemente a Gerásimo; también cita algunos párrafos de Juan Mosco. Además de estas fuentes, existe una biografía griega de Gerásimo, publicada por Papadópulos Kerameus, en el cuarto volumen de sus *Analecta*. Dicho autor atribuye esa biografía a Cirilo de Escitópolis, pero H. Grégoire en *Bqzantinische Zeitschrift* (vol. XIII, pp. 114-135), ha demostrado que la opinión de Papadópulos es insostenible.

SAN VIRGILIO, ARZOBISPO DE ARLES (*c.* 610 P.C.)

SAN VIRGILIO nació en Gascuña, pero se educó en el monasterio de San Honorato, en una de las dos islas que se hallan a tres kilómetros de Cannes, tan conocidas por los turistas de la Costa Azúl. Según su biógrafo, que es nuestra principal fuente, aunque vivió varios siglos después de los hechos y tiende a inventar todo lo que pueda glorificar el santo, Virgilio fue monje y abad del monasterio de San Honorato. Una noche estaba el santo paseándose en la playa cuando vio un extraño navío cerca de la costa; sobre la cubierta, trabajaban algunos marinos, quienes desembarcaron y vinieron al encuentro de Virgilio. Le saludaron por su nombre, le dijeron que su fama había llegado hasta el extranjero y le aseguraron que si les acompañaba a Jerusalén, haría mucho bien a los cristianos y alcanzaría un alto grado de perfección. Pero Virgilio no se dejó engañar y, haciendo la señal de la cruz, replicó: "Las mañas del enemigo no pueden engañar a los soldados de Cristo y vosotros sois totalmente impotentes contra los protegidos de Dios, porque la oración ha arrojado al dragón de la Isla de San Honorato y el demonio no tiene en ella ningún poder para hacer mal." En cuanto el santo acabó de pronunciar estas palabras, el navío y los marineros desaparecieron.

El nombre de San Virgilio no figura en la lista de los abades de Lérins; en algunas crónicas figura como un monje de Lérins que más tarde llegó a ser abad del monasterio de San Sinforiano de Autún. Lo que sí se tiene por seguro es que San Virgilio era monje antes de ser nombrado obispo de Arles y que recibió el palio de manos del Papa Gregorio I, quien le nombró vicario apostólico ante el rey Childeberto II. El Venerable Beda menciona a San Virgilio a propósito de la misión de San Agustín en Inglaterra. Según parece, San Virgilio lo consagró por orden del Papa Gregorio. San Virgilio gobernó su diócesis con gran vigor; su celo lo llevó demasiado lejos en una ocasión, pues San Gregorio le reprendió por haber intentado convertir, por la fuerza, a los judíos de su arquidiócesis y le recomendó que se limitase a orar y predicar.

San Virgilio construyó varias iglesias en Arles. Se cuenta que, durante la construcción de la basílica de San Honorato, los obreros se encontraron un día con que no podían mover las columnas para transportarlas a su sitio. San Virgilio acudió al punto y vio que era el demonio, bajo la forma de un negro muy vigoroso, el que impedía con su peso que los obreros moviesen la columna; pero éstos no le veían. El santo increpó al demonio, que desapareció, dejando una

estela pestilente y los obreros pudieron continuar su trabajo. El biógrafo de San Virgilio da otros muchos ejemplos de los milagrosos poderes de su héroe: cuenta que el santo obró numerosas curaciones, resucitó a varios muertos y destruyó a una terrible serpiente que había causado grandes estragos. Sin duda que el pueblo de Arles tenía entera confianza en la protección de su arzobispo, persuadido de que mientras los restos del santo permaneciesen en la ciudad, ésta vencería a todos sus enemigos. San Virgilio fue sepultado en la iglesia de San Salvador, que él mismo había construído.

La biografía legendaria de San Virgilio se halla en *Acta Sanctorum*, marzo, vol. I. Ver también Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. I, pp. 259-260.

SAN JUAN JOSE DE LA CRUZ (1734 P.C.)

EL DÍA de la Asunción de 1654, nació en la Isla de Isquia, frente a Nápoles, un niño que fue bautizado el mismo día con los nombres de Carlos Cayetano. Sus padres, José Calosirto y Laura Garguilo, formaban un matrimonio acomodado y ejemplar e hicieron cuanto estuvo en su mano por eduucar cristianamente a sus numerosos hijos. Su casa estaba abierta a los pobres, sobre todo a los pobres vergonzantes y Doña Laura preparaba alimentos y medicinas y los llevaba personalmente a los enfermos. Cinco de los siete hijos entraron en religión; entre todos ellos se distinguió Carlos, por su precoz piedad y su carácter apacible. Sus padres reconocieron pronto la santidad de aquel hijo y le dejaron en libertad de seguir los caminos por donde le llevaba la gracia, aun cuando les parecieran un tanto extraordinarios. Para poder dedicarse más libremente a la oración, Carlos dormía en el rincón más remoto de su casa. Como no tenía dinero para comprar instrumentos de penitencia, se fabricó una disciplina con algunos clavos e hizo grandes ayunos desde muy niño. Nada tiene de extraño que, después de una infancia semejante, Carlos se haya sentido llamado a la vida religiosa. Con el objeto de obtener la luz del cielo para su elección, hizo una fervorosa novena. Justamente cuando Carlos acababa de terminarla, llegaron a la hospitalaria casa de Doña Laura dos frailes franciscanos de la reforma de San Pedro de Alcántara. El muchacho, muy impresionado por la pobreza y santa conversación de aquellos hijos de San Francisco, partió con ellos al convento de Santa Lucía del Monte, en Nápoles, para consultar a los superiores sobre su vocación. Ahí entró en contacto con el P. Carlos de las Heridas de Jesús y ese experimentado director descubrió en el joven las semillas de una gran vocación. Durante nueve meses puso a prueba su abnegación y le enseñó el método de oración mental de San Pedro de Alcántara. Al cabo de ese período, Carlos, que no tenía más que dieciséis años, tomó el hábito de San Francisco. Junto con el hábito, recibió el nombre de Juan José de la Cruz.

El joven novicio correspondió plenamente a las esperanzas de sus superiores. Su fervor, humildad y obediencia eran viva imagen de los de San Pedro de Alcántara. La mejor prueba de la estima en que tenían al santo sus superiores es que le confiaron el nuevo monasterio de Piedimonte di Alife, aunque todavía no había cumplido los veintiún años ni había recibido la ordenación sacerdotal. El joven fraile decidió hacer de su convento una réplica exacta del pequeño monasterio de San Pedro de Pedrosa y trabajó en ello con sus propias manos. En lo más crudo del invierno, descalzo y sangrando de los pies, acarreaba piedras

para la construcción, hasta la cumbre del monte.

San Juan José había querido permanecer diácono para imitar, hasta en eso, a su seráfico padre San Francisco; pero sus superiores no se lo permitieron y el santo celebró su primera misa el día de San Miguel de 1677. Un mes después, a pesar de su juventud, recibió la licencia de oír confesiones. Lo más extraordinario fue que aquel joven, a quien la pureza de su corazón había preservado en la mayor ignorancia del pecado, resultó de una penetración y una prudencia admirables en el tribunal de la penitencia. Por aquella época, Juan José concibió el proyecto de construir algunas ermitas en un bosque cercano al convento para que sus hermanos pudiesen retirarse a ellas durante algunos períodos de especial austeridad, como lo hacían los primitivos franciscanos. Sus superiores aprobaron de buen grado el proyecto y las ermitas fueron un medio de gran progreso espiritual para la comunidad.

El santo tuvo que arrancarse de su retiro para desempeñar el difícil y delicado cargo de maestro de novicios. También en esto tuvo gran éxito, pues, si bien inculcaba a sus novicios la estricta observancia de la regla, no les imponía las austeridades que él practicaba. Al contrario, decidió establecer un tiempo de recreo obligatorio. Más tarde fue llamado a ejercer el superiorato en el convento de Piedimonte. Después, tras un corto período de trabajo directo con las almas, fue nombrado nuevamente superior. Atravesó por entonces por una temporada de gran aridez y desolación, a la que puso fin la aparición de un hermano lego difunto quien le aseguró que Dios estaba con él. A raíz de aquella visión, empezaron a manifestarse los poderes milagrosos del santo, quien obró numerosas curaciones y multiplicó varias veces la comida en su convento. Su fama se extendió tan rápidamente que cuando fue a Isquia para ver a su madre en su última enfermedad, se le aclamó como santo.

A un segundo período de maestro de novicios, sucedió un tercer período de superior del convento de Piedimonte, al fin del cual, una enfermedad le puso a las puertas de la muerte. Dicha enfermedad había sido producida por el exceso de penitencias y austeridades; pero apenas se había repuesto de ella, tuvo que tomar parte muy activa en la crisis que estuvo a punto de acabar con los franciscanos de la reforma de San Pedro de Alcántara en Italia.

Según lo ordenaba un breve pontificio, el oficio de provincial y otros importantes cargos de la orden tenían que ser desempeñados por españoles. Esto produjo graves dificultades, en parte por las diferencias de razas, pero sobre todo porque, siendo muy pocos los frailes españoles que se hallaban en Italia, era difícil encontrar entre ellos a hombres suficientemente dotados para el gobierno. Las dificultades fueron en aumento, hasta que los españoles obtuvieron la separación completa de los italianos y se quedaron con dos conventos, uno de los cuales era el de Santa Lucía del Monte. Desorganizados y amenazados con la supresión, los frailes italianos volvieron sus miradas al P. Juan José. La prudencia, la personalidad y la reputación del santo consiguieron la perfecta unión, redujeron la oposición, acallaron la maledicencia y finalmente, obtuvieron la licencia de Roma para la organización de la nueva provincia. En un momento dado, los frailes tuvieron que contentarse con tener un techo, por no decir nada de las privaciones que hubieron de sufrir; pero el P. Juan José lo soportó todo alegremente, pues consideraba que las dificultades les asemejaban a su santo fundador. En cuanto vio bien encaminada su provincia, el santo, que ejercía el cargo de provincial, decidió abandonar el superiorato y retirarse a la oscuridad.

Pero la oscuridad no existía para él, pues su santidad, sus milagros y las conversiones que había logrado lo hicieron muy famoso. Para entonces era ya muy anciano y sufría de una parálisis parcial; pero, en cuanto aparecía en la calle, apoyado en su bastón, le seguía una multitud que quería su bendición y su consejo y las gentes llegaban hasta arrancarle hilos del hábito para conservarlos como reliquias. En 1722, las dos casas de Nápoles fueron devueltas a la provincia italiana. San Juan José se retiró a la de Santa Lucía para cumplir la promesa que había hecho de que sus restos reposarían ahí.

No podemos dejar de mencionar uno de los milagros que narra su biógrafo, tanto por la gran sensación que causó, como por el número de testigos que lo presenciaron. Durante la octava de la fiesta de San Genaro, el P. Juan José quiso ir a la catedral a venerar las reliquias del santo. Se hallaba entre la multitud, cuando alguien le arrebató su bastón, sin el cual no podía dar un paso. Sin inmutarse por ello, el hombre de Dios invocó a San Genaro y al instante fue transportado, primero hasta cerca del púlpito y luego hasta la puerta de la catedral. Se hallaba sentado en la escalinata, sin su bastón, cuando llegó en un carruaje el duque de Lauriano que, sorprendido al verle ahí, le preguntó si podía ayudarle. "He perdido mi bastón", replicó el fraile alegremente. El duque le ofreció llevarle en su carruaje al convento, pero el santo le dio las gracias y le aconsejó que entrase en la catedral, diciendo: "Ahí veréis mi bastón." El duque obedeció; pero antes de que pudiese llegar al altar mayor, oyó que la multitud gritaba: "¡Milagro! ¡Milagro!". Levantando los ojos, el duque vio el bastón del santo que volaba sobre las cabezas de los fieles, a un poco más de un metro de altura. Los que se hallaban afuera vieron que el bastón atravesaba la puerta, golpeaba suavemente con el pomo el pecho de San Juan José y se posaba finalmente en su mano. El anciano lo tomó alegremente y echó a andar hacia el convento, tan aprisa como podía, abriéndose paso entre la multitud que le aclamaba y desgarraba su viejo hábito. Además del don de milagros y de profecía, San Juan José tuvo numerosos éxtasis, levitaciones y visiones celestiales. Se cuenta que durante casi toda su vida pudo leer los pensamientos de quienes iban a consultarle, como si los llevasen escritos sobre la frente.

Cuando se aproximaba la fecha de su muerte, San Juan José recibió un aviso del cielo y así lo dijo a sus hermanos. Sin embargo, no interrumpió su trabajo habitual. A las dos de la mañana del 1o. de marzo de 1734, sufrió un violento ataque de apoplejía, del que ya no volvió en sí. Murió cinco días después, a los ochenta años de edad. Fue enterrado en Santa Lucía del Monte, con el hábito que había llevado siempre. Su tumba se convirtió inmediatamente en un lugar de peregrinación. Su canonización tuvo lugar en 1839.

Véase la obra *Saggio istorico* (1789) de Diodato dell'Assunta y *Compendium vitae, virtutum et miraculorum Bti. Joannis Josephi a Cruce* (1839).

6: SANTAS PERPETUA, FELICITAS Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (203 P.C.)

LAS ACTAS del martirio de Santa Perpetua, Santa Felícitas y sus compañeros, constituye uno de los más grandes tesoros hagiológicos que han llegado hasta nosotros. En el siglo IV, se acostumbraba leer públicamente esas actas en las iglesias de Africa. El pueblo les profesaba una estima tan grande,

que San Agustín se vio obligado a publicar una protesta para evitar que se las considerara en plano de igualdad con la Sagrada Escritura. Se trata de un documento puramente humano, como es natural, pero que conserva en forma singularmente vívida las palabras de las dos mártires.

Durante la persecución emprendida por el emperador Severo, fueron arrestados en Cartago cinco catecúmenos, el año 205. Eran éstos Revocato, Felícitas (su compañera de esclavitud, que estaba embarazada desde hacía varios meses), Saturnino, Secúndulo y Vibia Perpetua. Esta última tenía veintidós años de edad, era esposa de un hombre de buena posición y madre de un pequeñín. Sus padres y dos de sus hermanos vivían aún, en tanto que el tercero de sus hermanos, llamado Dinócrates, había muerto a los siete años de edad. A estos cinco prisioneros se unió Sáturo, quien les había instruido en la fe y se negó a abandonarles. El padre de Perpetua, de quien ella era la hija predilecta, era un pagano ya bastante entrado en edad; su madre era probablemente cristiana, lo mismo que uno de sus hermanos y el otro era todavía catecúmeno. Los prisioneros fueron puestos bajo vigilancia en una casa particular. Perpetua narra así sus sufrimientos: "Yo estaba todavía con mis compañeros. Mi padre, que me quería mucho, trataba de darme razones para debilitar mi fe y apartarme de mi propósito. Yo le respondí: "Padre, ¿no ves ese cántaro o jarro, o como quieras llamarlo? . . . ¿Acaso puede llamarlo con un nombre que no lo designe por lo que es?" "No", replicó él. "Pues tampoco yo puedo llamarme por un nombre que no signifique lo que soy: cristiana". Al oír la palabra "cristiana", mi padre se lanzó sobre mí y trató de arrancarme los ojos, pero sólo me golpeó un poco, pues mis compañeros le detuvieron... Yo dí gracias a Dios por el descanso de no ver a mi padre durante algún tiempo... En esos días recibí el bautismo y el Espíritu me movió a no pedir más que la gracia de soportar el martirio. Al poco tiempo, nos transladaron a una prisión, donde yo tuve mucho miedo, pues nunca había vivido en tal oscuridad. ¡Qué horrible día! El calor era insoportable, pues la prisión estaba llena. Los soldados nos trataban brutalmente. Para colmo de males, yo tenía ya dolores de vientre. Entonces Tercio y Pomponio, los dos santos diáconos que nos llevaban los sacramentos, pagaron a los soldados para que nos transladasen, durante algunas horas, a un rincón menos malo de la prisión y nos diesen algún alivio. Todos los hombres se alejaron un poco y yo amamanté a mi hijito, que estaba muy débil por falta de alimento. Manifesté a mi madre la pena que esto me causaba, alenté a mi hermano y encargué a los dos que cuidaran a mi hijito. Me daba mucha pena verlos sufrir por mí. Durante varios días estuve muy abatida; por fin conseguí que me permitiesen que mi niño se quedase conmigo en la prisión; esto me quitó la principal de mis preocupaciones, con lo cual recobré inmediatamente la salud, de suerte que la cárcel empezó a parecerme un palacio, en el que estaba yo más feliz que en cualquier otra parte.

"Mi hermano me dijo un día: 'Hermana, ahora gozas de gran favor en el cielo; pide a Dios que te dé a conocer si te espera el martirio o la libertad.' Yo sabía que Dios no podía dejar de escucharme porque yo sufría por Su causa y le dije, llena de confianza: 'Mañana te daré la respuesta de Dios, hermano'. Oré, pues, a Dios, y su respuesta fue la siguiente: Vi una escalera de oro, extraordinariamente larga, que ascendía hasta el cielo, pero tan estrecha, que sólo una persona podía subir. A ambos lados había toda clase de armas colgadas: espadas, lanzas, garfios, puñales. Se hallaban dispuestas de tal modo, que quien subía descuidadamente, sin mirar hacia arriba, recibía inmediatamente una multitud

de heridas. Al pie de la escalera había un inmenso dragón, que acechaba a los que querían subir y trataba de impedirles que lo hicieran. El primero en subir fue Sáturo, quien se había entregado espontáneamente por nosotros, pues él nos había instruido en la fe y se hallaba ausente en el momento que nos hicieron prisioneros. Al llegar a lo alto de la escalera, Sáturo se volvió y me dijo: 'Perpetua, aquí te espero; pero cuídate de que no te muerda el dragón'. Yo le respondí: 'En el nombre de Jesucristo, no me morderá'. Al punto, el dragón apartó su cabeza, como si me tuviese miedo, y la colocó sobre el primer escalón, de suerte que para dar el primer paso tuve que pisarle la frente. Seguí subiendo y vi un gran jardín, en cuyo centro se hallaba un hombre alto y de cabello blanco, vestido de pastor, ordeñando sus ovejas; alrededor había millares de personas vestidas de blanco. El hombre levantó la cabeza, fijó en mí sus ojos y me dijo: 'Bienvenida, hija mía.' Y me llamó y me dio unos quesos; yo los tomé en mis manos y me los comí; y todos los que nos rodeaban decían Amén. Desperté al oír esa palabra y mi boca tenía todavía un aroma muy agradable. Inmediatamente conté lo sucedido a mi hermano y ambos comprendimos que nos esperaba el martirio y renunciamos a toda esperanza de este mundo.

"Poco después, corrió el rumor de que nos iban a juzgar. Mi padre vino desde la ciudad, muy angustiado, con el intento de apartarme de mi resolución. Me dijo: '¡Hija mía; apiádate de mis canas! Ten piedad de tu padre, si es que soy digno de que me llames padre; apiádate de mí que te he educado y te he preferido siempre a tus hermanos. No tienes nada que reprocharme. Piensa en tu madre y en la hermana de tu madre; piensa sobre todo en tu hijo, que no podrá sobrevivirte. Depón tu orgullo y no nos arruines, pues jamás podremos volver a hablar como hombres libres, si te sucede algo.' Así habló mi padre, lleno de amor por mí, besando mis manos y arrodillado delante de mí; estaba tan conmovido, que ya no me decía 'hija' sino 'señora'. Esto me hizo sufrir, pues comprendía que mi padre sería el único de los míos que no se regocijaría de mi martirio. Le consolé como pude, diciéndole: 'Las cosas sucederán como Dios lo disponga, pues estamos en Sus manos y no en las nuestras.' Y mi padre partió muy angustiado. Otro día, cuando estábamos comiendo, nos llamaron súbitamente a juicio y nos condujeron a la plaza del mercado. La noticia se había extendido rápidamente y había acudido una enorme multitud. Nos colocaron en una plataforma frente al juez, que era Hilariano, el procurador de la provincia, pues el precónsul acababa de morir. Todos los que fueron juzgados antes de mí confesaron la fe. Cuando me llegó el turno, mi padre se aproximó con mi hijo en brazos y, haciéndome bajar de la plataforma, me suplicó: 'Apiádate de tu hijo'. El presidente Hilariano se unió a los ruegos de mi padre, diciéndome: 'Apiádate de las canas de tu padre y de la tierna infancia de tu hijo. Ofrece sacrificios por la prosperidad de los emperadores.' Yo respondí: ¡No! '¿Eres cristiana?', me preguntó Hilariano. Yo contesté: 'Sí, soy cristiana.' Como mi padre persistiese en tratar de apartarme de mi resolución, Hilariano mandó que le echasen fuera y los soldados le golpearon con un bastón. Eso me dolió como si me hubiesen golpeado a mí, pues era horrible ver que maltrataran a mi padre anciano. Entonces el juez nos condenó a todos a las fieras y volvimos llenos de gozo a la prisión. Como mi hijo estaba acostumbrado al pecho, rogué a Pomponio que le trajese a la prisión, pero mi padre se negó a dejarle venir. Pero Dios dispuso las cosas de suerte que mi hijo no extrañó el pecho y a mí no me hizo sufrir la leche de mis pechos."

Según parece, Secúndulo había muerto en la prisión antes del juicio. Antes de dictar la sentencia, Hilariano había mandado azotar a Revocato y Saturnino y abofetear a Perpetua y Felícitas. Se reservó a los mártires para los espectáculos que se iban a ofrecer a los soldados durante las fiestas de Geta, a quien su padre, Severo, había nombrado César cuatro años antes, en tanto que había nombrado Augusto a su hijo Caracala.

Santa Perpetua relata así otra de sus visiones: "Pocos días después, mientras estaba yo orando, se me escapó el nombre de Dinócrates. La cosa me sorprendió mucho, pues yo no estaba pensando en él. Al punto comprendí que debía orar por él y así lo hice con gran fervor e insistencia. Esa misma noche tuve una visión. Vi a Dinócrates salir, sudoroso y sediento, de un sitio muy oscuro en el que había muchas personas; en su pálido rostro se veía la herida que tenía al morir. Dinócrates era mi hermano según la carne y había muerto a los siete años, consumido por una terrible gangrena facial. Por él estaba yo orando; pero entre los dos había un gran abismo, de modo que no podíamos aproximarnos. Cerca de él había una fuente; pero el borde era bastante alto, de suerte que Dinócrates tuvo que ponerse de puntas para poder beber. Pero ni en esa forma logró alcanzar el agua, porque el borde era demasiado alto para él; al despertarme, comprendí que mi hermano se hallaba en un sitio de sufrimientos. Sin embargo, sentí una gran confianza en que podía ayudarle y pedí a Dios por él hasta el día en que nos transladaron a la prisión del cuartel, pues estábamos destinados a luchar con las fieras, durante las fiestas que iban a celebrarse en el cuartel en honor del césar Geta. Yo seguí pidiendo día y noche por mi hermano, con muchas lágrimas. Cuando se acercaba el día del martirio tuve una visión. Vi el mismo sitio en que antes se hallaba mi hermano, pero ahora estaba lleno de luz. Dinócrates estaba limpio, bien vestido y muy fresco; donde antes estaba la herida del rostro, sólo había ahora una cicatriz; y el borde de la fuente le quedaba ahora a la altura del pecho; el agua brotaba constantemente y sobre el borde había una vasija de oro llena de agua. Dinócrates se acercó y empezó a beber y el agua de la vasija no se agotaba. Dinócrates bebió hasta saciarse y después se alejó, jugando como un niño. Yo desperté, segura de que ya no sufría.

"Unos cuantos días después, Pudente, el jefe de la prisión, empezó a mostrarnos cierta consideración y a permitir que nos visitasen, pues se había dado cuenta de nuestro gran poder. Poco antes del día de las fiestas, mi padre vino a verme, abrumado de dolor, y comenzó a mesarse la barba, a echarse al suelo, a maldecir su ancianidad y a decir cosas que habrían conmovido al más duro de los hombres. Yo sentí una gran compasión por él.

"La víspera del día del martirio tuve otra visión. Vi al diácono Pomponio aproximarse y llamar estruendosamente a la puerta de la prisión. Fui a abrirle y le encontré vestido con una túnica sin ceñidor y calzado con unos zapatos muy extraños. Pomponio me dijo: 'Perpetua, te estamos esperando; ven conmigo'. Entonces me tomó por la mano y echamos a andar penosamente por un sendero áspero y desagradable, hasta que llegamos al anfiteatro. Pomponio me condujo hasta el centro del circo y me dijo: 'No tengas miedo; yo estoy contigo y sufriré contigo.' Después se alejó. Yo levanté los ojos y vi una inmensa multitud. Como yo sabía que estaba condenada a las fieras, me extrañó no ver ninguna en la arena. Entonces apareció un desagradable egipcio con sus servidores para luchar contra mí. Pero al mismo tiempo, apareció una tropa de jóvenes que venían a defenderme. Cambiaron mis vestidos por los de un hombre y me ungieron con

aceite para el combate; y vi que el egipcio mordía el polvo delante de mí. Entonces apareció un hombre tan alto, que su cabeza sobresalía por encima del anfiteatro; estaba vestido con una túnica de púrpura sin ceñidor y en el centro de su pecho colgaban dos listones; sus sandalias estaban curiosamente tejidas con oro y plata; tenía un bastón como el de los jefes de los atletas y en las manos llevaba una bandeja verde con manzanas de oro. Ordenó a la multitud que se callara y dijo: 'Si el egipcio vence a Perpetua, tendrá derecho a decapitarla con la espada; y si Perpetua vence al egipcio, recibirá en premio esta bandeja.' Después de decir esto, se retiró. Y el egipcio y yo empezamos a golpearnos. El egipcio trataba de cogerme por los pies, pero yo no dejaba de golpearle el rostro con los talones; y empecé a volar y a darle golpes por arriba. Viendo que la lucha iba decayendo, me froté las manos. Logré cogerle la cabeza y hacerle caer de bruces; entonces puse el pie sobre su rostro. La multitud lanzó grandes gritos, en tanto que mis acompañantes cantaban salmos. Y yo me acerqué al jefe de los atletas, quien me entregó la charola, me besó y me dijo: 'La paz sea contigo, hija mía.' Y yo me aproximé triunfalmente a la Puerta de la vida.* En ese mismo instante desperté. Entonces comprendí que mi combate no iba a ser contra las fieras, sino contra el demonio, pero que yo saldría victoriosa. Esto lo escribí hasta la víspera de los juegos; lo que suceda en los juegos lo escribirá quien se sienta llamado a ello."

San Sáturo nos dejó también escrita una visión que tuvo. Los ángeles le condujeron junto con sus compañeros a un hermoso huerto, donde encontraron a los mártires Jocundo, Saturnino y Artaxio, que habían perecido recientemente en la hoguera, y a Quinto, que había muerto en la prisión. Después los llevaron los ángeles a un palacio luminoso, donde se hallaba sentado un anciano de cabellos blancos y rostro de joven, "cuyos pies no veíamos"; a la diestra y a la siniestra del Anciano estaban otros muchos ancianos que cantaban al unísono: "Santo, Santo, Santo." Sáturo y sus compañeros se detuvieron ante el trono; "besamos al Anciano, quien pasó su mano sobre nuestros rostros.** Y los otros ancianos nos dijeron: "Levantáos". Y nos levantamos y les dimos el beso de la paz. Entonces los ancianos nos dijeron: "Id a luchar". Sáturo dijo a Perpetua: "Ya tienes todo lo que puedes desear". Perpetua replicó: "Alabado sea Dios, que me dio la felicidad en el mundo y me ha dado aquí una felicidad todavía mayor." Sáturo añade que al salir, encontraron delante de la puerta a su obispo Optato y a un sacerdote llamado Aspasio, que estaban solos y tristes. Ambos se postraron a los pies de los mártires y les rogaron que les reconciliasen, pues habían tenido un pleito. Cuando Perpetua se hallaba conversando con ellos, "bajo un árbol de rosas", los ángeles ordenaron a los dos clérigos que se reconciliasen y dijeron a Optato que acabase con los partidos en su iglesia. Sáturo añade: "Entonces empezamos a reconocer a muchos mártires y nos dio fuerza un perfume indescriptible y delicioso. Desperté con el alma llena de gozo."

Probablemente un testigo presencial completó las actas. Felícitas tenía miedo de que se la privase del martirio, porque generalmente no se condenaba a la pena capital a las mujeres embarazadas. Todos los mártires oraron por ella y así dio a luz a una hija en la prisión; uno de los cristianos adoptó a la niña.

* "Porta sanavivaria". Ver el penúltimo párrafo de este artículo.
**Cf. Apocalipsis, VII, 17: "Y Dios secará las lágrimas de sus ojos".

El alcalde de la prisión, temiendo que los cautivos empleasen algún conjuro mágico para escapar, les trataba rudamente y había prohibido todas las visitas; pero Perpetua habló con él y a raíz de esa conversación, empezó a tratar mejor a los prisioneros y permitió que recibiesen la visita de algunos de sus amigos. Por otra parte, el carcelero Pudente, "que había llegado a la fe", hacía cuanto podía por los mártires. La víspera del martirio se les ofreció, según la costumbre, una comida pública llamada "la fiesta gratuita"; los prisioneros se esforzaron por convertirla en un ágape o "fiesta de amor" y hablaron a todos del juicio de Dios y del gozo con que iban al martirio. Su valor asombró a los paganos y produjo numerosas conversiones.

El día del martirio, los prisioneros salieron de la cárcel como si fuesen al cielo. Abrían la marcha los hombres; detrás de ellos iba Perpetua "cuyos ojos brillaban de tal modo, que hacían bajar las miradas de los circunstantes", junto con Felícitas, "la cual se sentía muy dichosa al pasar de manos de la partera a las del verdugo para recibir, después de sus dolores, la purificación de un segundo martirio". A las puertas del anfiteatro, los guardias intentaron hacer que los hombres revistiesen las túnicas de los sacerdotes de Saturno y las mujeres el vestido consagrado a Ceres; pero Perpetua se resistió tan vigorosamente, que los guardias acabaron por dejarles entrar en la arena con sus propios vestidos. La multitud, furiosa al ver la valentía de los mártires, pidió a gritos que les azotaran; así pues, cada uno de ellos recibió un latigazo al pasar frente a los gladiadores. Saturnino había pedido que le echasen encima diferentes fieras para que su corona fuese más gloriosa; de acuerdo con su deseo, él y Revocato tuvieron que hacer frente primero a un leopardo y luego a un oso. Por su parte, Sáturo, que tenía mucho miedo a los osos, hubiese querido que un leopardo acabase rápidamente con él. Le echaron un jabalí, que se volvió contra el domanor y le mordió, de suerte que éste murió pocos días después, en cambio, a Sáturo sólo le arrastró por la arena. Entonces los guardias ataron al mártir y le pusieron frente a un oso; pero éste no quiso salir de su jaula y hubo que dejar el martirio de Sáturo para más tarde. Esto le proporcionó la oportunidad de hablar con Pudente, el carcelero, que se había convertido. Sáturo le animó, diciéndole: "Ya ves que, como lo había yo deseado y predicho, ninguna fiera se ha atrevido a tocarme. Cree firmemente. Mira: la próxima vez me van a echar a un leopardo que acabará conmigo de una sola mordida." Así sucedió; un leopardo saltó sobre él y le dejó cubierto de sangre en un instante. La multitud daba alaridos y gritaba: "¡Ahora sí está bien bautizado!" El mártir, ya agonizante, dijo a Pudente: "¡Adiós! Conserva la fe, acuérdate de mí, y que esto sirva para confirmarte y no para confundirte." Y, tomando el anillo del carcelero, lo mojó en su propia sangre, lo devolvió a Pudente y murió. Así fue a esperar a Perpetua, como ésta lo había predicho.

Perpetua y Felícitas fueron arrojadas a una vaca salvaje. La fiera atacó primero a Perpetua, quien cayó de espaldas; pero la mártir se sentó inmediatamente, se cubrió con su túnica desgarrada y se arregló un poco los cabellos para que la multitud no creyese que tenía miedo. Después fue a reunirse con Felícitas, que yacía también por tierra. Juntas esperaron el siguiente ataque de la fiera; pero la multitud gritó que con eso bastaba; los guardias las hicieron salir por la Puerta Sanavivaria, que era por donde salían los gladidores victoriosos. Al pasar por ahí, Perpetua volvió en sí de una especie de éxtasis y preguntó si pronto iba a enfrentarse a las fieras. Cuando le dijeron lo que había

sucedido, la santa no podía creerlo, hasta que vio sobre su cuerpo y sus vestidos las señales de la lucha. Entonces llamó a su hermano y al catecúmeno Rústico y les dijo: "Permaneced firmes en la fe y guardad la caridad entre vosotros; no dejéis que los sufrimientos se conviertan en piedra de escándalo." Entre tanto, la veleidosa muchedumbre pidió que las mártires compareciesen nuevamente; así se hizo, con gran gozo de las dos santas. Después de haberse dado el beso de paz, Felícitas fue decapitada por los gladiadores. El verdugo de Perpetua, que estaba muy nervioso, erró el primer golpe, arrancando un grito a la mártir; ella misma tendió el cuello para el segundo golpe. "Tal vez porque una mujer tan grande... sólo podía morir voluntariamente."

En 1907, el P. Delattre descubrió y restauró una antigua inscripción en la basílica Majorum de Cartago. En dicha basílica habían sido enterrados los cuerpos de los mártires, según lo dice expresamente Víctor Vitense, un obispo africano del siglo V que había visitado la tumba. El contenido de la inscripción es el siguiente: "Aquí reposan los mártires Sáturo, Saturnino, Revocato, Secúndulo, Felicitas y Perpetua, quienes sufrieron en las nonas de marzo." Sin embargo, no es posible afirmar con toda certeza que esa inscripción sea precisamente la de la losa sepulcral de los mártires. El día en que se conmemora su martirio es el de las nonas de marzo (7 de marzo); pero su fiesta ha sido trasladada al 6 del mismo mes para evitar que coincida con la de Santo Tomás de Aquino. Estos mártires aparecen en todos los calendarios y martirologios antiguos, como por ejemplo en el calendario filocaliano de Roma (354 P. C.) y en el calendario sirio, redactado probablemente en Antioquía, a fines del siglo IV.

Naturalmente existe una literatura muy amplia sobre las actas de las santas Felícitas y Perpetua. Los principales textos griegos y latinos se encuentran en la edición de Armitage Robinson, *Texts and Studies*, vol. I, pte. 2. Entre las traducciones inglesas, citaremos la de R. W. Muncey, *The Passion of St. Perpetua*, (1927), y E. C. E .Owen, *Some Acts of the Early Martyrs* (1927). Pero la mejor obra es la de W. H. Shewring, *The Passion of Perpetua and Felicity* (1931), con un texto latino y una introducción excelente. Actualmente se ha abandonado casi del todo la teoría de que el texto primitivo era el griego, traducido posteriormente al latín. Ningún autor admite la curiosa hipótesis de Hilgenfeld de que las actas fueron originalmente redactadas en lengua púnica. Muchos historiadores, entre los que se cuenta el P. Adhémar d'Ales, se inclinan a creer que Tertuliano fue el editor de las actas. Una de las razones en que se apoya esta teoría es que en las actas aparecen las huellas de las doctrinas y la fraseología montanistas; pero, como lo ha demostrado Delehaye, esas huellas son ligerísimas y no bastan para identificar las actas con cualquier especie de doctrinas heréticas. Ver Delehaye. *Les Passions des martyrs et les genres littéraires* (1921), pp. 63-72, Cf. Monceaux, *Histoire Littéraire de l'Afrique chrétienne* I, pp. 70-96, y A. J. Mason, *Historic Martyrs*, (1905), pp. 77-106.

SAN CONON EL JARDINERO, MÁRTIR (*c.* 251 P.C.)

CONON ERA de Galilea y se había retirado a Panfilia, en Maguido, en donde cultivaba un pequeño jardín.

Después del martirio de los santos Papías, Diodoro y Claudiano, durante la persecución de Decio, el prefecto Publio fue a la región, se detuvo en las puertas de la ciudad e hizo saber a los habitantes que deberían reunirse a su alrededor. Todo el mundo respondió al llamado; sin embargo un tal Naódoro, con algunos ancianos de la ciudad pidió ayuda para buscar a los que pudiesen haberse escondido. Se organizó un equipo, al que se unió un tal Orígenes y no

tardó en llegar al sitio donde Conon cultivaba su jardín. Después de haberle saludado, Orígenes le dijo: "El prefecto os llama".

—"¿Qué quiere de mí el prefecto?, dijo Conon. Soy un extranjero y, sobre todo, un cristiano. Que busque el prefecto a quienes tengan su misma calidad y rango, en vez de un pobre hombre como yo, que trabaja con pena la tierra".

Inmediatamente mandó Naódoro que ataran a Conon a su caballo y se lo llevó a rastras, sin que el santo hombre opusiera resistencia. Por el camino, Naódoro dijo a Orígenes: "Nuestra cacería no fue en vano, puesto que llevamos una buena pieza. Este tendrá que justificarse más que ningún otro cristiano".

Al llegar ante el prefecto, Naódoro le mostró al cautivo y dijo con marcado tono de ironía: "Por la vigilancia de los dioses, según la orden del todopoderoso emperador y, gracias a vuestra buena fortuna, acabamos de descubrir a este hombre, el bienamado de los dioses, el más sumiso a las leyes y a los mandatos del gran rey".

Entonces Conon, se irguió para gritar con todas sus fuerzas: "¡No es cierto! ¡Yo no obedezco sino al gran Rey que es Cristo!"

Entonces intervino Orígenes para dar explicaciones al asombrado prefecto: "Excelencia, le dijo; después de haber recorrido toda la ciudad no encontramos más que a este pobre anciano en un jardín".

El prefecto se dirigió a Conon y le preguntó quién era, de dónde venía y cuál era su familia. A todo esto, Conon respondió sencillamente:

"Soy de Nazaret de Galilea. Mi familia es la de Cristo, a quien desde mi infancia reconozco como a supremo Dios".

"Si conoces a Cristo como un Dios, dijo el prefecto, reconoce también a nuestros dioses y ríndeles homenaje".

Conon dejó escapar un suspiro, levantó al cielo la vista y exclamó: "¡impío! ¿Cómo puedes blasfemar así del Dios Supremo?, te aseguro que no podrás persuadirme a que haga lo que dices".

Entonces el tirano mandó que le encajaran clavos en la planta de los pies y, en esas condiciones, obligó al anciano a que corriera delante de su carro.

El santo atleta de Cristo obedeció y comenzó a correr al tiempo que entonaba el salmo XXXIX: "Espero yo en Yahwé confiadamente y se inclinó hacia mí y oyó mi grito", para que no escapara de su boca queja alguna, sino sólo alabanzas, al sufrir por su Señor. No dejó de cantar hasta que le faltaron las fuerzas y cayó al suelo agonizante. Todavía tuvo alientos para exclamar: "¡Señor, recibe mi espíritu!", antes de expirar.

No se encuentra vestigio alguno del culto a San Conon en Panfilia, pero parece haber sido muy popular, como lo atestiguan diversos conventos con su advocación.

El Martirologio Romano del día 6 de marzo nos da testimonio de que también era muy honrado en la isla de Chipre.

O. von Gebhardt, *Acta martyrum selecta*, Berlín 1912.—Delehaye, *Les origines du culte des martyrs*, p. 194.

SAN CRODEGANGO, OBISPO DE METZ (766 P.C.)

SAN CRODEGANGO nació cerca de Lieja y probablemente se educó en la abadía de Saint Trond. Parece que hablaba el latín con la misma fluidez que su propia

lengua. Era de estatura imponente y su gracia y buenas maneras le hacían agradable a todos. Carlos Martel reconoció sus cualidades excepcionales y le nombró secretario y asesor suyo. A la muerte de su protector, Crodegango, que era todavía laico, fue nombrado obispo de Metz, el año 742. En tan alta dignidad, supo combinar la virtud y la sagacidad con gran éxito; en todos los asuntos se valió de su gran influencia para promover la justicia y el bien público. Sus biógrafos alaban su caridad sin límites y la especial solicitud que mostró por las viudas y los huérfanos. Como embajador de Pepino, el mayordomo de palacio, ante el Papa Esteban III, Crodegango fue un factor preponderante en la coronación de Pepino en 754, la derrota que éste infligió a los Lombardos en Italia y en la entrega del exarcado de Ravenna y otros territorios a la Santa Sede.

Habiendo contribuido en esta forma a establecer, sobre una base firme, el Papado y la supremacía de los francos en Italia, San Crodegango pudo consagrarse de lleno a los asuntos espirituales de su diócesis. La relajación de costumbres en aquella época no dejaba de afectar también al clero. Muchos clérigos estaban mezclados en asuntos mundanos y los jóvenes no recibían una preparación adecuada en materia de ciencia y disciplina. San Crodegango empezó la reforma por su propia ciudad y su catedral, publicando una serie de cánones, basados principalmente en las reglas de San Benito. Ordenó que tanto el alto como el bajo clero habitase en comunidad, ateniéndose a la regla, y obligó a todos a asistir al oficio divino. El código de San Crodegango, que ha llegado hasta nosotros, estaba dividido en treinta y cuatro capítulos. Las diversas comunidades estaban obligadas a leer, cada día, un capítulo; por ello, dichas reuniones recibieron el nombre de "capítulos" y, los participantes se empezaron a llamar "capitulares"; se llamó "canónigos" a todos aquellos a quienes obligaban los cánones o reglas episcopales; como los conventuales tenían sus propias reglas, se les llamó "regulares". La fama de San Crodegango hizo que su reforma se propagara rápidamente a otras diócesis, hasta llegar a oídos de Carlomagno. El emperador determinó que todos los clérigos fueran "canónigos" o "regulares". De esta suerte, la influencia que tuvo el santo en el movimiento "regular" que se extendió por Francia, Alemania, Italia y la Gran Bretaña fue muy notable.

Otra de las actividades de San Crodegango fue la construcción y restauración de iglesias, monasterios e instituciones de caridad. Una de sus fundaciones fue la abadía de Gorze, por la que el santo tuvo especial predilección. El Papa le envió para sus monasterios los cuerpos de tres santos, con lo que se atrajo a muchos peregrinos. Otra muestra de favor que recibió de la Santa Sede fue el derecho de precedencia sobre los demás obispos francos. Algunos autores llegan a afirmar que el Papa le envió también el palio y casi todos están de acuerdo en que, bajo el gobierno de San Crodegango, la Iglesia de Metz fue la primera en las regiones del norte que adoptó la liturgia romana y el canto gregoriano en toda su pureza. La escuela coral que instituyó el santo llegó a ser muy famosa y, el año 805, Carlomagno ordenó que todos los maestros de coro se escogieran entre sus alumnos. La fama de la escuela de Metz duró varios siglos. Cuando los monjes del Cister decidieron perpetuar las mejores tradiciones corales, adoptaron el antifonario de la iglesia de Metz. San Crodegango murió el 6 de marzo de 766 y fue sepultado en Gorze.

No se puede considerar como fidedigna la biografía de San Crodegango atribuida a Juan de Gorze, que se halla en MGH., *Scriptores*, vol. x. Pero Pablo Warnefrido, *De Episcopis Mettensibus* (en *Scriptores*, vol. II de la misma serie) y otros cronistas nos

han dejado informaciones bastante completas sobre las actividades del santo. La mejor edición del texto de las reglas de San Crodegango para sus canónigos es la de Wilhelm Schmitz, *S. Chrodegangi Regula cononicorum mit Umschrift der Tironischen Noten* (1889). Ver también el estudio del Dr. H. Reumont en *Festschrift für Georg von Hertling* (1913), pp. 202-215; *Acta Sanctorum*, marzo, vol. I; A. Hauck, *Kirchengeschichte Deutschlands*, vol. II, p. 62-68; DCB., vol. I, pp. 498-503; y J. C. Dickinson, *The Origin of the Austin Canons* (1950), pp. 16-20.

SAN OLEGARIO, ARZOBISPO DE TARRAGONA (1137 P.C.)

TANTO EL padre como la madre de Olegario procedían de nobles familias visigodas. Cataluña había tenido mucho que sufrir con las incursiones de los sarracenos; según parece, los padres de Olegario le consagraron a Dios y a Santa Eulalia, en la iglesia dedicada a dicha santa, en Barcelona, precisamente para obtener la protección del cielo contra los serracenos. A los quince años de edad, San Olegario pasó a formar parte de la comunidad de los canónigos de la iglesia de Santa Eulalia. Con ese motivo, sus padres le dieron como dote algunos viñedos, inmuebles y otras propiedades. En aquella época los canónigos no estaban obligados a recibir la ordenación sacerdotal ni a observar el celibato; nada tiene, pues, de extraño que el joven haya sido nombrado preboste antes de alcanzar la mayoría de edad, pues la importancia de su familia y la piedad de Olegario justificaban ampliamente la elección. Siendo ya sacerdote, fue enviado a Francia, al monasterio de San Adrián, donde acababan de instalarse los canónigos regulares. Pronto fue nombrado prior. Este fue el primer cargo que ocupó en su larga carrera de dignidades. Según cuenta la leyenda, cuando la sede de Barcelona quedó vacante, en 1115, el conde Raimundo quiso hacer obispo a San Olegario, pero éste se negó firmemente y aun se escondió. El conde no se dio por vencido, sino que fue a Roma a conseguir la confirmación de la elección. Armado con una bula papal y acompañado por un legado, buscó al santo en su retiro entre los canónigos de Maguelone y venció su resistencia. El nuevo obispo demostró ser un celoso apóstol y un administrador muy capaz, lo cual le valió un pronto translado a la sede de Tarragona.

En 1123, San Olegario asistió al primer Concilio de Letrán y propuso al Papa y a la asamblea que hiciesen extensivos los privilegios de los cruzados de Palestina a los hombres que luchaban contra los musulmanes en España. Su petición tuvo éxito y el santo volvió a España como legado apostólico, con el encargo de predicar la Cruzada contra los moros. San Raimundo logró reunir ejércitos suficientes para infligir severas derrotas a los moros y arrojarles de algunos sitios en que se habían hecho fuertes. El santo hizo también mucho por extender, en su diócesis, la orden recientemente fundada de los Caballeros Templarios. Los moros habían destruido casi por completo la ciudad de Tarragona y San Olegario se dedicó a reconstruirla. Con el mismo fervor, se entregó al cuidado de los enfermos y los pobres; los enfermos mentales fueron objeto de muy particular solicitud de su parte. Aunque el santo estaba estrechamente emparentado con la familia reinante, no dudó en levantar la voz contra Raimundo III, cuando el conde trató de imponer un tributo injusto, que su padre había suprimido. En un sínodo que se llevó a cabo en 1137, el arzobispo, que era ya muy anciano y estaba enfermo, fue súbitamente atacado por un mal muy grave. De la sala conciliar le transportaron a su lecho, del que no se levantó más.

Existe una biografía latina, o más bien dos, del santo. Pueden leerse en Florez, *España Sagrada*, vol. xxix, *pp.* 472-499, junto con una colección de los milagros de San Olegario. En España y particularmente en Cataluña, se profesó en una época gran devoción al santo; aparecieron entonces muchas biografías de tipo popular, como la de Jaime Rebullosa, *Vida y Milagros del d. Olaguer* (1609). Ver también *Acta Sanctorum*, marzo, vol. I.

SAN CIRILO DE CONSTANTINOPLA (*c.* 1235 P.C.)

EN EL suplemento carmelitano del Martirologio Romano se leen en este día: "En Tierra Santa, San Cirilo, confesor de la Orden del Carmelo, quien con su saber y santidad convirtió a numerosos paganos a la fe y gobernó durante veintisiete años su orden, con gran alabanza. Finalmente, en el reinado de los emperadores Felipe y Otón, descansó en el Señor." Este resumen biográfico es muy poco de fiar. Así, por ejemplo, los emperadores Felipe de Suabia y Otón IV (pues de ellos se trata, indudablemente), no fueron colegas en su gobierno, sino que Otón fue el rival y el sucesor de Felipe. Por otra parte, Otón IV murió en 1218 y en ese año el predecesor de Cirilo era todavía prior general de los carmelitas. Será inútil entrar en detalles sobre la fantástica vida de San Cirilo, que se inventó más tarde y puede leerse todavía en las lecciones del Breviaro de los carmelitas. Según dicha biografía, Cirilo era un destacado sacerdote de Constantinopla, que había prestado magníficos servicios a la Iglesia en la controversia con los ortodoxos griegos acerca del "Filioque". El emperador Manuel Comneno le había enviado como embajador ante el Papa Alejandro III. En realidad, todo lo que sabemos sobre San Cirilo es que, hacia el año 1232, fue nombrado prior general de su orden en Palestina, que sólo desempeñó ese cargo durante dos años y que, debido a una increíble confusión de su nombre con los de San Cirilo de Alejandría y San Cirilo de Jerusalén, se le atribuyeron muy posteriormente un hipotético tratado sobre la procedencia del Espíritu Santo, un estudio sobre el desarrollo de la Orden del Carmelo y una profecía muy discutida "transmitida solemnemente del cielo por ministerio de los ángeles a San Cirilo de Constantinopla, el carmelita". Probablemente el primero de dichos escritos no existió nunca y los otros dos eran simples falsificaciones. Sin embargo, a causa de la popularidad que alcanzaron en el siglo XIII los proverbios místicos y proféticos que se atribuían a Joaquín de Flora, el supuesto "Oráculo de San Cirilo", mencionado por primera vez en 1295, jugó un importante papel en la controversia sobre el "Evangelio Eterno" de Joaquín de Flora. Gracias a ello, el nombre de San Cirilo se hizo muy famoso. La confusión con los otros dos Cirilos, que habían vivido 800 ó 900 años antes, llevó a los carmelitas a honrarle como santo y doctor de la Iglesia. Sin embargo, el Martirologio Romano no menciona a este San Cirilo de Constantinopla.

El P. Benito Zimmerman hizo investigaciones muy serias y completas sobre San Cirilo. Presentó los resultados de dichas investigaciones, en forma sumaria, en la *Catholic Encyclopedia* (vol. IV, p. 595) y, en forma más amplia, en *Monumenta Historica Carmelitana*, pp. 295-311, y en el artículo con que contribuyó a la *Bibliotheque Liturgique* de U. Chevalier (vol. XIII, pp. 289-291 y 329-332). La biografía imaginaria de San Cirilo puede leerse con cierto detalle en *Acta Sanctorum*, marzo, vol. I. En las notas del P. Zimmerman se hallarán las referencias bibliográficas de la literatura que existe sobre Joaquín de Flora y el *Oráculo de San Cirilo*, en particular los artículos del cardenal Ehrle en *Archiv fur Litteratur und Kirchengeschichte.*

SANTA COLETA, VIRGEN (1447 P.C.)

TODAS LAS instituciones humanas, por excelentes que sean, pueden degenerar fácilmente después de la muerte de sus fundadores o de sus sucesores inmediatos. Para sobrevivir, tienen que conservar el primitivo ideal o bien someterse a una reforma para recuperarlo. Todas las órdenes religiosas han tenido altibajos, períodos de gran actividad y de eclipse. La obra principal de Santa Coleta fue precisamente la reforma de una de las familias religiosas más austeras: las clarisas. La influencia de la santa sobre su orden fue inmensa. Una de las ramas, la de las coletinas, le debe su nombre.

Coleta era hija de un humilde carpintero de la abadía de Corbie, en Picardía. Su nombre de bautismo era Nicoleta, pues sus padres eran muy devotos de San Nicolás de Mira. Coleta, como la llamaban todos, era muy hermosa y atractiva, pero su corta estatura preocupaba mucho a su padre. La joven pidió a Dios que la hiciese crecer y su oración fue escuchada. De joven, llevaba en su casa la vida de un ermitaño, entregada a la oración y al trabajo manual. Sus padres le dejaban en plena libertad, seguros de que la dirigía el Espíritu divino. A pesar del retiro en que vivía la joven, su hermosura empezó a llamar la atención de todos. Viendo en esto un obstáculo para su vida espiritual, Coleta pidió a Dios que le quitase toda belleza. Se cuenta que su rostro se volvió tan pálido y delgado, que las gentes apenas podían reconocerla, pero la bondad y modestia de la santa, conservaron todo su encanto.

Tanto el padre como la madre de Coleta murieron cuando la joven tenía diecisiete años. La dejaron al cuidado del abad de Corbie. La santa pasó algún tiempo en el convento, distribuyó entre los pobres su reducida herencia e ingresó en la Tercera Orden de San Francisco. El abad de Corbie le cedió una pequeña ermita, junto a la iglesia. La fama de la austeridad de Coleta se extendió y las gentes acudían para encomendarse a sus oraciones y pedirle consejo, hasta que Coleta decidió no recibir más visitas y, durante tres años, vivió en absoluto silencio. Sin duda que, durante ese período, Coleta reflexionó mucho sobre el estado de su orden y habló de ello con su confesor, Fray Enrique de Baume, pues éste soñó que Coleta tenía entre las manos un ramo de hojas de vid sin ningún fruto, pero los racimos aparecieron en cuanto la santa arrancó algunas hojas. También Coleta tuvo varias visiones, en una de las cuales el mismo San Francisco se le apareció y le mandó que restableciese entre las clarisas la primitiva observancia. Coleta se sentía sin valor suficiente para ello; pero recibió una señal del cielo, pues durante tres días estuvo sorda y durante otros tres estuvo ciega. Alentada por su director, abandonó su retiro en 1406 y fue a exponer su misión en uno o dos conventos; pero pronto comprendió que para tener éxito necesitaba poseer autoridad. Descalza y vestida con un pobre hábito, Coleta partió a Niza a ver a Pedro de Luna, a quien el pueblo francés reconocía entonces como Papa con el nombre de Benedicto XIII. Este la recibió con mucho afecto, confirmó su profesión en la Orden de Santa Clara, la nombró superiora de todos los conventos de clarisas que reformase o fundase y llegó hasta extender su misión a la Orden de San Francisco. Por otra parte, nombró a Enrique de Baume asistente de la santa.

Con tales poderes, Coleta viajó de un convento a otro por Francia, Saboya y Flandes. Al principio encontró una violenta oposición y se vio tratada de fanática y hechicera; pero nada la afectó ni la hizo retroceder. Poco a poco fue

imponiéndose, sobre todo en Saboya, donde su reforma despertó mucha simpatía y después en Borgoña, Francia, Flandes y España. El convento de las Clarisas Pobres de Besançon fue el primero que aceptó la reforma, en 1410. La fama de los milagros de la santa se extendió por todas partes. La duquesa de Borbón escribía: "Me muero de ganas de ver a esa Coleta de la que tanto se habla, que resucita a los muertos". El deseo de la duquesa se vio satisfecho y la santa ejerció una influencia enorme sobre la familia de Borbón. Según parece, aquella religiosa de humilde cuna impresionaba especialmente a los nobles de este mundo, como Blanca de Ginebra, la duquesa de Nevers, Amadeo II de Saboya, la princesa de Orange y el duque de Borgoña, Felipe el Bueno.

Se cuenta que en 1429, Coleta conoció en Moulins a Santa Juana de Arco, quien pasó por ahí a la cabeza de un ejército para ir a sitiar la Charité-sur-Loire. El encuentro de esas dos extraordinarias mujeres de espíritu tan semejante, a pesar de que tenían misiones tan diferentes, debió ser muy interesante, si es que tuvo lugar; pero en realidad no existe ninguna prueba de que haya sido así. Un sitio muy relacionado con el nombre de Santa Coleta es la ciudad de Le-Puy-en-Vélay, donde existe todavía el convento que la santa fundó, entre otros dieciséis sin contar los que reformó, entre los que hubo algunos monasterios de frailes franciscanos.

La vida de actividad exterior de Santa Coleta estaba sostenida por una vida interior de oración. La santa tuvo una visión de la Pasión y muerte de Cristo. Meditaba la Pasión todos los viernes, de las seis de la mañana a las seis de la tarde, sin probar alimento ni bebida. En todas las épocas del año, pero particularmente en la Semana Santa, entraba frecuentemente en éxtasis durante la misa o sus oraciones en la celda. Una gran luz la rodeaba en esas ocasiones y en su rostro se reflejaba un resplendor celestial. Sobre todo, después de recibir la comunión era arrebatada en éxtasis, que duraban a veces varias horas. En una de sus visiones apareció una multitud cuyos hombres y mujeres, numerosos como los copos de nieve en una tempestad, caían en el pecado. Desde entonces, oraba todos los días por la conversión de los pecadores y por las almas del purgatorio. Según se cuenta, murió pidiendo por ellos y por la Iglesia. Como su padre, San Francisco, Coleta quería mucho a los animales, sobre todo a los más indefensos y buenos; los corderos y las palomas acudían a ella en cuanto aparecía y los pajarillos más tímidos volaban a comer en sus manos. También amaba mucho a los niños; jugaba con ellos y les bendecía, como lo había hecho Jesucristo.

Su última enfermedad la sorprendió en Flandes, donde había fundado varios conventos. Predijo su muerte, recibió los últimos sacramentos y descansó en el Señor en el convento de Gante, a los sesenta y siete años de edad. Cuando el emperador José II suprimió algunos de los conventos de las clarisas en Gante, las religiosas transladaron los restos de Santa Coleta al convento de Poligny, a cincuenta kilómetros de Besançon. La canonización tuvo lugar en 1807.

Aunque han desaparecido muchos de los documentos del siglo XVI sobre la santa, no faltan testimonios de sus contemporáneos y fuentes de primera mano. Según parece, se ha perdido el relato que escribió Enrique de la Baume, que fue durante treinta y tres años el confesor de Coleta, así como las memorias de otro de sus guías espirituales, el P. Francisco Claret; pero todavía se conserva la narración de su amiga e hija en religión, la hermana Perrine. Poseemos, además, muchas de las cartas de la santa y las memorias, un tanto desorganizadas, de Pedro de Vaux, quien fue su confesor durante los últimos años. La duquesa Margarita de Borgoña, hermana de Eduardo IV de Inglaterra, mandó hacer

una hermosa copia del texto de Pedro de Vaux, con ricas miniaturas y la regaló al convento de las coletinas. La dedicatoria que escribió con su propia mano en dicho ejemplar, fue la siguiente: "Vuestra leal hija Margarita de Inglaterra; rogad por ella y por su salvación". El manuscrito se conserva actualmente en el convento de las clarisas. de Gante. El P. Ubaldo d'Alençon publicó en 1911 una edición de la traducción latina que hicieron los bolandistas de las biografías de la hermana Perrine y de Pedro de Vaux. Entre las biografías modernas, se cuentan las de Bizouart, Germain, Pidoux, Imle y Poirot. Ver también las interesantes notas del P. d'Alençon en *Archivum Franciscanum Historicum*, vols. II y III (1909-1910). La admirable biografía escrita por la Sra. Sainte-Marie Perrin (1923) ha sido traducida al inglés, así como la biografía escrita por el P. Sellier (1864).

BEATO JORDAN DE PISA (1311 P.C.)

JORDÁN DE Pisa ha pasado a la historia como uno de los creadores del italiano moderno. Era un predicador de gran elocuencia y saber, contemporáneo de Dante y uno de los primeros en usar el dialecto toscano en vez del latín. Su contribución al enriquecimiento y consolidación del italiano hablado puede compararse con la de Dante y Petrarca respecto del italiano escrito. No sabemos nada sobre el nacimiento y los primeros años del beato. De un pasaje de sus sermones parece desprenderse que, en 1276, se hallaba estudiando en París. "Imaginad a un hombre —dijo—, que se haya ganado el favor del rey de Francia. ¿No recibirá acaso grandes honores? Yo tuve la ocasión de ver, con mis propios ojos, a un hombre así, a un hombre de humilde origen que había llegado a ganarse el favor del rey. Toda la corte y los barones se inclinaban ante él y le honraban desmensuradamente, sólo porque era amigo del rey." Esta frase se refiere ciertamente a Pedro de la Brosse, barbero y cirujano de San Luis de Francia, que fue más tarde íntimo amigo de su hijo, el rey Felipe. El primer dato cierto que poseemos sobre Jordán es que tomó el hábito de Santo Domingo, en Pisa, en 1280 y que más tarde fue a la Universidad de París a completar sus estudios.

El capítulo de la Orden de Santo Domingo, que tuvo lugar en Rietti en 1305, le nombró profesor en Florencia. Durante los tres años que desempeñó ese cargo, el alto nivel de su enseñanza hizo famoso en toda Italia el convento de Santa María Novella. Puesto que pertenecía a la Orden de Predicadores Jordán encontraba tiempo para predicar e impartir la enseñanza. Pronto se convirtió en uno de los más grandes oradores de su época; en ocasiones llegó a predicar cincuenta veces al día. A veces empezaba a predicar sobre un tema, por la mañana, en una iglesia y continuaba a mediodía en otra, para terminar por la noche en una tercera iglesia. Los florentinos le seguían de una a otra, ávidos de escucharle. Muchos de sus oyentes tomaban notas, algunas de las cuales han llegado hasta nosotros y constituyen verdaderos tesoros lingüísticos. La predicación del beato era tan sencilla como avasalladora: hablaba de Cristo crucificado e ilustraba la doctrina con ejemplos tomados de la Sagrada Escritura y de las vidas de los santos. Con frecuencia se refería a la necesidad e importancia de la predicación y del valor de la obra de Santo Domingo, antes del cual, según las palabras del beato, "apenas si había escuelas de Teología; en cambio, ahora abundan en toda la Cristiandad y todas las comunidades importantes tienen su propia cátedra, lo cual es muy útil. Antes de Santo Domingo, sólo los obispos predicaban la Palabra de Dios; éste era su oficio distintivo; los sacerdotes, los monjes y los ermitaños sólo predicaban con el ejemplo".

El efecto de la predicación del beato, sobre todo en Florencia, fue extraordinario y elevó el nivel de la moral en la ciudad. Jordán trataba de asegurar la perseverancia de sus penitentes, aconsejándoles, como principales medios, la asistencia diaria a la misa, el uso frecuente de los sacramentos, las oraciones de la mañana y de la noche, el recuerdo de la presencia de Dios, la lectura espiritual y la meditación sobre la vanidad de este mundo y la eternidad del venidero. El beato acababa exhausto, después de dos o tres horas de predicación; su discípulo Ventura, que más tarde sería conocido con el nombre de Beato Silvestre de Valdevise, le esperaba, algunas veces, al pie de la escalera del púlpito para darle un poco de vino. Ambos siervos de Dios eran muy amigos y Ventura ingresó, algo más tarde, como hermano lego en el convento de los camaldulenses de Florencia. Muchos otros penitentes de Jordán llegaron también a ser famosos por su santidad. La crónica del convento de Santo Domingo de Pisa afirma que el beato conocía de memoria "el breviario, el misal, la mayor parte de la Biblia con las notas marginales, la segunda parte de la Suma de Santo Tomás y muchos otros libros." La Cofradía del Divino Redentor, una de las que el beato fundó en Pisa, conserva todavía las constituciones primitivas. En 1311, Jordán fue profesor de Teología del convento de San Jacques, en París; pero en el camino le sorprendió una enfermedad de la que murió en Piacenza. Su culto fue confirmado en 1833.

Ver S. Razzi, *Historia degli Uomini illustri O.P.*, vol. I, p. 66 ss.; A. Galletti, *Fra Giordano da Pisa, predicatore del secolo* XIV, en *Archivio storico italiano*, vol. XXXIII (1899); Procter, *Lives of Dominican Saints*, pp. 61-64; Taurisano, *Catalogus Hagiographicus O.P.*, (1918), p. 25.

7: SANTO TOMAS DE AQUINO, DOCTOR DE LA IGLESIA. (1274 P.C.)

LA FAMILIA de los condes de Aquino descendía en línea directa de los lombardos. Landulfo, el padre de Tomás, era caballero; su madre, Teodora, era de ascendencia normanda. Por su físico, Tomás era más nórdico que meridional: estatura imponente, anchas espaldas y tez clara. No conocemos con exactitud el año de su nacimiento (debió ser hacia 1225), en el castillo de Rocca Secca, cuyas ruinas dominan todavía, desde un alto acantilado, la llanura de Campania Felice y el pueblecito de Aquino. Tomás era el más joven de los cuatro hijos. Tenía también algunas hermanas, la más joven de las cuales murió fulminada por un rayo en la misma habitación que ocupaba el santo; éste escapó ileso. Se dice que tuvo durante toda su vida mucho miedo a las tempestades y que acostumbraba refugiarse en alguna iglesia, cuando caían rayos. De ahí nació la costumbre popular de venerar a Santo Tomás como abogado contra las tempestades y la muerte repentina.

A unos cuantos kilómetros al sur de Rocca Secca, se yergue sobre una llanura, la abadía de Monte Cassino, cuna de la vida monástica y uno de los sitios más venerables de Europa. Ahí estuvo Santo Tomás como oblato, desde los cinco hasta los doce años (cf. cap. LIX de la Regla de San Benito), cuando era abad un pariente suyo, Landulfo Sinbaldo, y ahí recibió la primera instrucción. Sus padres le sacaron de la abadía, probablemente debido a la turbulencia del momento y le enviaron a la Universidad de Nápoles, donde estudió durante

cinco años e hizo sus primeros discípulos. En Nápoles se sintió atraído por la Orden de Predicadores, a cuya iglesia iba con frecuencia. Sus amigos, los frailes, le vieron con frecuencia absorto en oración, con el rostro resplandeciente; uno de ellos, el P. de San Julián, exclamó en cierta ocasión: "El Señor te tiene reservado para nuestra orden". Santo Tomás confió al prior que tenía ardientes deseos de ingresar en el convento. Teniendo en cuenta la oposición de su familia, el prior le aconsejó que cultivase su vocación y esperase tres años. El tiempo no hizo más que confirmar la vocación de Tomás, quien tomó el hábito de Santo Domingo, hacia los diecinueve años de edad.

La noticia causó gran indignación en Rocca Secca. Su madre no se habría opuesto a que entrase en la Orden de San Benito, pues probablemente le imaginaba ya abad de Monte Cassino, pero no podía aceptar que hubiese abrazado una orden de mendicantes. Así pues, partió hacia Nápoles con la intención de disuadir a su hijo, pero los frailes enviaron rápidamente a Tomás al convento de Santa Sabina de Roma y, cuando Teodora llegó, ya no encontró ahí a su hijo. El superior general de la orden decidió que Tomás le acompañase a Bolonia junto con otros religiosos, pero Teodora no estaba dispuesta a verse burlada de ese modo y avisó a sus hijos mayores, que servían en el ejército del emperador en Toscana, para que impidieran la partida de Tomás. Cuando el joven religioso se hallaba descansando a la vera del camino de Aquapendente, cerca de Siena, sus hermanos se presentaron con un pelotón de soldados. En vano intentaron arrancarle el hábito, pero sí lo llevaron prisionero a Rocca Secca y después al castillo de Monte San Giovanni, a cuatro kilómetros de distancia, donde le encerraron, sin permitir más visitas que las de su hermana Marotta, que no era precisamente devota. Al principio, trataron de hacerle cambiar de ideas por todos los medios de convicción posibles; después, empezaron a mitigar poco a poco la severidad de la prisión. Santo Tomás aprovechó el cautiverio para estudiar las "Sentencias" de Pedro Lombardo y aprender de momeria gran parte de la Sagrada Escritura. Se dice que fue entonces, cuando escribió un tratado sobre los sofismas de Aristóteles.

Al ver fracasados todos sus intentos, los hermanos de Tomás concibieron el infame proyecto de introducir en su habitación a una mujer de mala vida. Pero el santo tomó una tea ardiente para echarla fuera. Se dice que inmediatamente después, se durmió y tuvo un sueño en el que vio a dos ángeles que le ciñeron el pecho con una cuerda que simbolizaba la castidad.

El cautiverio duró dos años, hasta 1245, cuando pudo volver al convento. Sus superiores determinaron enviarle a estudiar bajo la dirección de San Alberto Magno. Tomás partió con el superior general, Juan el Teutón, que iba a París y de ahí prosiguió el viaje a Colonia. Las universidades estaban entonces llenas de clérigos jóvenes, anciosos de aprender y discutir. Ni los profesores, ni los otros estudiantes apreciaron al principio, en su justo valor, al humilde y tímido religioso. Su silencio en las discusiones y su gigantesca estatura, le valieron el apodo de "el buey silencioso". Un compañero bien intencionado, compadecido de la aparente estulticia de Tomás, le ofreció preparar con él las lecciones de cada día, lo que el santo aceptó con humildad y agradecimiento; pero, cuando se toparon con un pasaje difícil que el condiscípulo de Tomás no entendía, éste se lo explicó con una claridad que lo dejó atónito. Poco después, otro condiscípulo de Tomás mostró al maestro una hoja de los apuntes del santo y aquél no pudo menos de admirar su profundidad. Al día siguiente, San Alberto

examinó públicamente a Santo Tomás y al fin exclamó: "Hasta ahora hemos llamado al hermano Tomás 'el buey silencioso'; pues bien, yo os aseguro que sus mugidos se oirán en todo el mundo." Pero todavía más grande que su ciencia era su piedad. La ordenación sacerdotal no hizo sino aumentar su unión con Dios. Su discípulo y biógrafo, Guillermo de Tocco, nos dice que pasaba horas enteras en oración, de día y de noche. "Al llegar en la misa al momento de la consagración, observó que Tomás, absorto en los divinos misterios y alimentado con sus frutos, se deshacía en lágrimas".

Es bastante incierta la cronología de la vida de S. Tomás en esta época. Sólo se sabe positivamente que en 1252, cuando no era todavía más que bachiller, enseñaba en la Universidad de París, a instancias de San Alberto y del cardenal Hugo de Saintcher. Se hace notar que el sistema de los grados académicos no era entonces el mismo que ahora; generalmente se conferían según los méritos alcanzados en la enseñanza. Santo Tomás comentó en París la Sagrada Escritura y el *Liber Sententiarum* de Pedro Lombardo. A este propósito escribió sus comentarios sobre el "Libro de las Setencias", sobre Isaías y sobre el Evangelio de San Mateo. Cuatro años más tarde, se le confió la cátedra de doctor, encargado de enseñar, discutir y predicar. Hacia el fin de este período, empezó a escribir la *Summa contra Gentiles*. De 1259 a 1268, el santo, que era ya el profesor más popular de París, estuvo en Italia, donde se le nombró predicador general y profesor de la escuela de la corte pontifical para alumnos selectos. Santo Tomás recorrió toda Italia y tuvo ocasión de enseñar y predicar en muchas ciudades. Hacia 1266, empezó a escribir la más famosa de sus obras: la *Summa theologiae*".

En 1269 volvió a París. San Luis de Francia le profesaba tanta estima, que le consultaba todos los asuntos de importancia. Pero nada puede darnos una idea más precisa de la fama del santo, que la decisión de la Universidad de atenerse a su opinión, sobre una cuestión muy debatida hasta entonces: si en el Santísimo Sacramento los accidentes permanecían realmente o sólo en apariencia. Santo Tomás, tras una ferviente oración, escribió su respuesta en forma de tratado y lo depositó sobre el altar, antes de darlo a la luz pública. La Universidad aceptó su decisión, que la Iglesia adoptó más tarde, y el tratado se conserva todavía. A lo que sabemos, ésta fue la primera ocasión en que el Señor manifestó sensiblemente a Santo Tomás su aprobación por lo que había escrito, diciéndole en una aparición: "Has hablado bien del Sacramento de mi Cuerpo." Al oír esto, el santo entró en un éxtasis tan largo, que los frailes tuvieron tiempo de reunirse para verlo elevado sobre el suelo. Entonces se oyó una voz que venía del crucifijo y repetía: "Has hablado bien de mí, Tomás. ¿Qué quieres en premio de ello?" El santo respondió: "No quiero ningún otro premio fuera de Ti, Señor". Se cuenta también una historia muy diferente acaecida un día en que el santo fue invitado a comer con el rey San Luis. Durante la comida tuvo una inspiración repentina acerca de una cuestión sobre la que estaba escribiendo y, dando un puñetazo sobre la mesa, exclamó en voz alta: "¡Este es el fin de la herejía maniquea!" Al ver al santo absorto, el prior le tiró de la capa y le recordó que estaba comiendo con el rey; Tomás volvió en sí de su distracción y pidió perdón al monarca.

Durante los dos períodos de su enseñanza en París, la Universidad estuvo sacudida por diversas agitaciones. En 1272, estalló una especie de "huelga general" en las facultades. Justamente en ese momento, Santo Tomás fue llamado

a Italia y nombrado rector de la casa de estudios de Nápoles. Ese fue el último cargo que ocupó. Al año siguiente, cuando celebraba la misa de la fiesta de San Nicolás, tuvo una visión que le afectó tan profundamente, que cesó de escribir y enseñar, sin acabar siquiera la *Summa theologiae*. A los ruegos del hermano Reginaldo, replicó el santo: "Ya no es tiempo de escribir. Todo lo que he escrito me parece que no es sino paja, en comparación de lo que se me ha revelado".

Se hallaba ya enfermo cuando el Papa Gregorio X le pidió que asistiese al Concilio ecuménico de Lyon para la reunión de las Iglesias griega y latina y que llevase consigo su tratado "Contra los errores de los griegos". Su enfermedad se agravó tanto durante el viaje, que sus acompañantes le transladaron a la abadía cisterciense de Fossa Nuova, cerca de Terracina, donde el abad le cedió su propia celda y los monjes se pusieron a su servicio. Cediendo a los ruegos de los religiosos, el santo empezó a explicarles el "Cantar de los Cantares", pero la muerte le sorprendió antes de terminar. Hizo la última confesión con el P. Reginaldo de Priverno y, al recibir de manos del abad el Santo Viático, pronunció las famosas palabras: "Ahora voy a recibirte a Ti, que eres el precio de la redención de mi alma. Todos mis estudios, vigilias y trabajos han sido por tu amor. He enseñado y escrito mucho sobre el Sagrado Cuerpo de Jesucristo. Todas las enseñanzas que escribí manifiestan mi fe en Jesucristo y en la Santa Iglesia Católica, a cuyo juicio las ofrezco y someto todas." Dos días después entregó el alma a Dios, en la madrugada del 7 de marzo de 1274, cuando no tenía más de cincuenta y cinco años de edad. A San Alberto, que se hallaba en Colonia en ese momento, se le saltaron las lágrimas ante toda la comunidad y dijo: "El hermano Tomás de Aquino, mi hijo en Cristo, la lumbrera de la Iglesia, ha muerto. Dios me lo ha revelado."

Santo Tomás fue canonizado en 1323, pero su cuerpo no volvió a poder de los frailes de Santo Domingo, sino hasta 1368. Fue transladado con gran pompa a la catedral de Toulouse, donde descansa hasta hoy. San Pío V confirió a Santo Tomás el título de Doctor de la Iglesia y, en 1880, León XIII le declaró patrono de las universidades, colegios y escuelas. No podemos hablar aquí, en detalle, de los escritos filosóficos y teológicos del santo, que comprenden veinte gruesos volúmenes. Gran parte de su obra está formada por los comentarios de Aristóteles, de cuyos escritos se valió para construir una síntesis cristiana de la filosofía. Se ha dicho que su método consistía en aplicar la geometría a la teología, ya que primero expone el problema o teorema y después las dificultades. Abundan en sus escritos las citas de pasajes de la Sagrada Escritura, de la Tradición de la Iglesia, de las principales obras teológicas y la conclusión consiste siempre en una respuesta categórica a cada una de las objeciones enunciadas al principio.

Santo Tomás escribió también disertaciones sobre el Padrenuestro, el Ave María y el Símbolo de los Apóstoles, además de los comentarios sobre numerosos libros de la Sagrada Escritura y de los tratados sobre las cuestiones que se le consultaban. La más importante de sus obras es la *Summa theologiae*, que es una exposición muy completa de la doctrina teológica de su tiempo. Se trata indudablemente de uno de los monumentos teológicos más grandes de su época. De las tres obras que había sobre la mesa en el Concilio de Trento, una era la "Summa" de Santo Tomás y las otras dos, la Biblia y los Decretos de los Papas. El tiempo que ha pasado hace muy difícil comprender la influencia que Santo Tomás ejerció sobre la mentalidad teológica de sus contemporáneos y sus sucesores inmediatos. Por lo demás, los trabajos del santo no se limitaron simple-

mente al dogma, la apologética y la filosofía. Cuando el Papa Urbano IV decidió establecer la fiesta de Corpus Christi, movido por las visiones de la Beata Juliana de Lieja, pidió a Santo Tomás que compusiera el oficio litúrgico y la misa del día. En ellos muestra el santo su extraordinario dominio de la lengua, no menos que su exactitud doctrinal y su ternura de sentimientos. Todos los católicos conocen los himnos "Verbum Supernum" y "Pange lingua" con sus estrofas finales, "O Salutaris" y "Tantum ergo" que se cantan durante la Bendición con el Santísimo Sacramento. También otros himnos del santo, particularmente el "Lauda Sion" y el "Adoro te devote", son muy populares.

Entre las cualidades características de Santo Tomás hay que mencionar el espíritu de oración y la humildad. Como él lo afirmaba constantemente, había aprendido más al pie del crucifijo que estudiando en los libros. El hermano Reginaldo escribe: "Su maravillosa ciencia provenía menos de su genio que de la eficacia de sus oraciones. Tomás oraba con muchas lágrimas para obtener de Dios la luz sobre Sus misterios y el Señor se la daba a raudales". La modestia con que Santo Tomás consideraba su genio era extraordinaria. En cierta ocasión en que le preguntaron si tenía tentaciones de orgullo y vanagloria, replicó: "no". En seguida añadió que, las raras veces en que le venían tales pensamientos, el sentido común le demostraba inmediatamente cuán vanos eran. Por lo demás, tenía tendencia a considerar que los otros eran mejores que él. Exponía sus opiniones con increíble modestia; jamás se dejó llevar por la cólera en las discusiones, por mucho que le provocasen y nunca se le oyó decir alguna cosa que hubiese podido herir a un tercero.

No poseemos sobre la vida de Santo Tomás una información tan completa como sería de desear, sobre todo acerca de sus primeros años. Sin embargo, existe una buena cantidad de documentos contemporáneos. Guillermo da Tocco, el autor de la biografía que se halla en *Acta Sanctorum*, fue discípulo suyo; también lo fue Ptolomeo de Lucca, quien le consagró muchas páginas de su *Historia Eclesiástica.* Se conservan y han sido publicados por los bolandistas, muchos de los testimonios recogidos con miras a la canonización. En las cartas y crónicas de la época, así como en la gran obra de Denifle, *Chartularium Universitatis Parisiensis*, se encuentran muchas informaciones complementarias. Para mayor detalle, véase la *Bibliographie thomiste* (1921), reunida por los PP. Mandonnet y Destrez. En inglés hay varias obras: *Life and Labours of St. Thomas of Aquin* (1871), de R. B. Vaughan, y las dos biografías más breves de los PP. Conwey y Kavanagh. Sobre el aspecto filosófico, véase la obra de Grabmann, traducida del alemán al inglés con el título de *Thomas Aquinas, his Personality and Thought* (1928), y M. C. d'Arcy, *Thomas Aquinas* (1930). Para conocer más a fondo la espiritualidad de Santo Tomás y su vida de santidad consúltese la admirable obrita de L. H. Petitot, *Saint Thomas d'Aquin: la vocation, l'oeuvre, la vie spirituele* (1923), que se basa en las investigaciones del P. Mandonnet, particularmente en *Siger de Brabant.* Tampoco se deben olvidar los modernos estudios de los historiadores alemanes Endres y Grabmann. Entre las publicaciones más recientes, traducidas o publicadas en inglés, se cuentan J. Maritain, *The Angelic Doctor* (1931); G. K. Chesterton, *Saint Thomas Aquinas* (1933); A. Sertillanges, *St. Thomas Aquinas and his Work* (1933); G. Vann, *St. Thomas Aquinas* (1940); R. Coffey, *The Man from Rocca Secca* (1944). La obra más equilibrada, en la que la unción se une con la erudición crítica, es la de Angelo Walz, *St. Thomas Aquinas* (1945); ahí se encontrará una extensa bibliografía. Existen dos antologías de las obras de Santo Tomás, publicadas por el P. d'Arcy (1939) y el P. Thomas Gilby (1951 y 1955).

SAN PABLO EL SIMPLE (*c.* 339 P.C.)

NO HAY que confundir a San Pablo, llamado "el simple" por su sencillez de niño, con San Pablo el ermitaño cuya fiesta se celebra el 15 de enero. San Pablo

el simple, que era también anacoreta, fue uno de los más eminentes discípulos de San Antonio, en la Tebaida de Egipto. Hasta los sesenta años había sido labriego; pero la infidelidad de su mujer, a la que sorprendió en flagrante delito, le ayudó a desprenderse del mundo. Abandonó a su esposa, sin una palabra de reproche, y emprendió un viaje de ochenta días por el desierto en busca de San Antonio, para rogarle que le aceptara como discípulo y le enseñase el camino de la salvación. El santo, juzgándole ya muy viejo para emprender la vida de ermitaño, le aconsejó que volviera al mundo a servir a Dios en el trabajo, o que entrara en algún monasterio en que su simpleza no constituyese un obstáculo. Acto seguido, le cerró la puerta. En vez de obedecer, Pablo permaneció ahí cuatro días, entregado al ayuno y la oración hasta que San Antonio lo vio al abrir la puerta. "Vete de aquí anciano, le dijo el patriarca ¿Por qué eres tan testarudo? No puedes quedarte aquí toda la vida." San Pablo replicó: "En este sitio voy a morir". Viendo que no tenía alimentos y temiendo que su muerte le pesara sobre la conciencia, San Antonio tuvo que admitirle en el monasterio contra su voluntad. "Para salvarte, tienes que ser obediente y hacer todo lo que yo te mande", le recomendó: "Haré todo lo que me mandes".

El patriarca sometió a su discípulo a un noviciado que habría asustado a otro menos decidido. Primeramente le mandó permanecer orando, fuera de la celda, hasta nueva orden; San Pablo obedeció fielmente, a pesar del ardiente sol y del ayuno. Después le permitió entrar en la cueva a tejer esteras, tal como él lo hacía; así lo hizo el anciano, sin dejar de orar. Cuando ya había fabricado quince esteras, San Antonio le dijo que estaban mal hechas y le ordenó deshacerlas y recomenzar la tarea. San Pablo obedeció sin murmurar. Cuando terminó de tejer las esteras por segunda vez y en ayunas, San Antonio le sometió a otra prueba: Como el pan estaba muy duro y seco, le mandó que pusiera seis onzas en remojo pero, en vez de comer en seguida, San Antonio se sentó junto al anciano, sin tocar el pan, y ambos se pusieron a cantar salmos hasta el atardecer, que era la hora de comer. Después de la comida acostumbraban orar algunas horas, tomaban un corto descanso y se levantaban de nuevo a orar hasta el amanecer. A la caída del sol, cada uno tomaba una rebanada de pan y Antonio preguntaba a su discípulo: "¿Quieres otra rebanada?" "Sí", respondía éste; "si tú también la tomas". Antonio replicaba: "Con una tengo bastante; yo soy monje". El anciano replicaba: "Entonces, a mí también me basta con una, pues yo quiero ser monje". La escena se repetía a diario, aunque a veces la prueba cambiaba de forma. Por ejemplo, San Pablo recibía la orden de ir a traer agua y verterla en un agujero, o bien tejer canastas de juncos para destejerlas después, o coser y descoser sus vestidos; pero, por absurdos que fuesen los mandatos de San Antonio, San Pablo obedecía pronto y alegremente. En cierta ocasión, San Antonio vació un tarro de miel en el suelo y mandó a San Pablo que la recogiese sin un ápice de polvo. En otra ocasión, con algunos huéspedes en la ermita, San Pablo interrumpió la conversación para preguntar si los profetas habían precedido a Jesucristo o Este a los profetas. San Antonio, un tanto avergonzado por la ignorancia de su discípulo, le mandó ásperamente que guardara silencio y saliese de la ermita. Pablo obedeció al punto y no volvió a abrir la boca, hasta que algunos monjes comunicaron el hecho a San Antonio, quien había olvidado ya el incidente. Comprendiendo que el silencio de Pablo era una muestra de perfecta obediencia, exclamó: "Este monjecito nos deja atrás a todos, pues obedece sin chistar a la menor indicación de la voluntad de un

hombre, en tanto que nosotros cerramos con frecuencia los oídos a las palabras que vienen del cielo". Cuando San Antonio juzgó que había probado suficientemente a San Pablo, le destinó una celda a unos cinco kilómetros de distancia de la suya e iba a visitarle con frecuencia. Pronto descubrió que San Pablo poseía singulares dones espirituales y un poder de curar y exorcizar más grande que el suyo. Así, cuando San Antonio no podía sanar a un enfermo, lo enviaba a San Pablo, quien le curaba infaliblemente. Otro de sus dones era el de leer en los corazones; al ver a un hombre en la iglesia, con sólo mirar su rostro, podía decir si sus intenciones eran buenas o malas. Guiado por esos signos de la divina predilección, San Antonio llegó a estimar a su anciano discípulo más que a ningún otro y, frecuentemente le ponía por modelo.

Casi todos los datos de este artículo están tomados del capítulo 22 de la *Historia Lausíaca* de Paladio; algunos otros de la *Historia Manochorum*, traducidas por Rufino. Dado que Paladio escribió cincuenta o sesenta años después de la muerte de Pablo el Simple, es muy posible que haya embellecido su relato con algunas leyendas. Se encontrará una detallada biografía del Santo en J. Bremond, *Les Pères du désert*, vol. I, pp. XLX-XLIII y 94-96.

SAN TEOFILACTO o TEOFILO, Obispo de Nicomedia (845 p.c.)

Cuando era niño, Teofilacto pasó de Asia a Constantinopla, donde conoció a San Tarasio, quien le tomó cariño y le dio una buena educación. Observando que el joven estaba llamado a la vida religiosa, San Tarasio le envió a otro de sus discípulos, San Miguel el Confesor, quien acababa de fundar un monasterio junto al Bósforo. Algunos años más tarde, cuando sus dos discípulos habían soportado rudas pruebas, San Tarasio confirió a ambos la dignidad episcopal; Teofilacto recibió la sede de Nicomedia y Miguel la de Sínada.

Cuando León V emprendió de nuevo la guerra contra las imágenes, San Nicéforo, sucesor de San Tarasio en la sede de Constantinopla, convocó a un Concilio para mantener la doctrina católica contra el emperador. San Teofilacto y otros teólogos de gran saber defendieron con elocuencia el punto de vista de la Iglesia, pero el emperador permanecía inconmovible. Cuando ya todos habían hablado, se hizo en la sala conciliar una ligera pausa, que San Teofilacto interrumpió con la siguiente profecía: "Ya sé yo que tú te burlas de la inmensa paciencia de Dios. Pues bien, yo te predigo que las calamidades y la muerte van a caer sobre ti, como un huracán, y que no habrá entonces nadie que pueda defenderte". Furioso al oir estas palabras, el emperador desterró a todos los Padres conciliares y encarceló a San Teofilacto en una fortaleza de Caria, donde murió treinta años después. Pero su profecía se cumplió a la letra. El día de Navidad del año 820, cuando el emperador se hallaba en su capilla privada, los conspiradores cayeron sobre él; León se defendió, blandiendo como una espada la cruz del altar, pero sus enemigos lograron asesinarle antes de que sus servidores llegaran a auxiliarle.

Se cuentan maravillas de la liberalidad de San Teofilacto, de su generosidad con los pobres, de la ayuda que prestaba a las viudas, huérfanos y débiles mentales, de su predilección por los ciegos, baldados y enfermos; para ellos y para los viajeros fundó muchos hospitales.

En *Acta Sanctorum*, 8 de marzo, pueden verse los principales datos que poseemos

sobre San Teofilacto. No hay que confundirle con el historiador Teofilacto, que vivió en el siglo VII, ni con el arzobispo del mismo nombre que escribió sus comentarios de la Sagrada Escritura, a fines del siglo XI. En el *Menaion* griego y en los sinaxarios se conmemora honrosamente a San Teofilacto. Ver Delehaye, *Synaxarium Constantinopolitanum*, pp. 519-522; y *Analecta Bollandiana*, vol. I (1932), p. 67 ss.

8: SAN JUAN DE DIOS, FUNDADOR DE LOS HERMANOS HOSPITALARIOS (1550 P.C.)

SAN JUAN nació en Portugal. Pasó su primera juventud en Castilla, al servicio de un alto empleado del conde de Oropesa. En 1522, formó parte del ejército del conde y luchó al lado de los españoles contra los franceses y después, en Hungría, contra los turcos. Su amistad con sus licenciosos compañeros del ejército le llevó, poco a poco, al abandono de la práctica de la religión y cayó en pecados muy graves. Cuando el ejército se desbandó, Juan fue a dar a Andalucía, donde entró a servir como pastor en la casa de una noble sevillana. Hacia los cuarenta años de edad, acosado por los remordimientos de su vida pasada, decidió cambiar y empezó a pensar cuál sería la mejor manera de consagrarse a Dios. Compadecido de los afligidos, decidió ir al Africa para socorrer a los esclavos cristianos, con la esperanza de alcanzar la corona del martirio. En Gibraltar conoció a un caballero portugués que había sido desterrado a Ceuta y se dirigía allá con su esposa y sus hijos. Juan se compadeció de ellos y entró gratuitamente a su servicio. El caballero enfermó en Ceuta, y Juan tuvo que trabajar como obrero para ganar algún dinero con qué ayudar a la familia. La apostasía de uno de sus compañeros de trabajo impresionó mucho a Juan. Por otra parte, su confesor le dio a entender que buscar el martirio era una ilusión del demonio. Esto movió al santo a volver a España.

En Gibraltar se le ocurrió que, como vendedor ambulante de imágenes y libros piadosos, podría hacer el bien a sus clientes. El negocio prosperó y en 1538, a los cuarenta y tres años de edad, Juan pudo abrir una tienda en Granada. Ahora bien, el día de San Sebastián, que era una de las grandes fiestas de la ciudad, el famoso Juan de Avila llegó a predicar y entre la multitud que acudió a escucharle se hallaba Juan. El sermón le llegó tanto al alma, que empezó a implorar en voz alta la misericordia divina, golpeándose el pecho; echó a correr por las calles como un loco, mesándose los cabellos; las gentes le apedrearon y se burlaron de él; Juan llegó a su casa en un estado lamentable. Tras de regalar toda su mercancía, empezó a errar por las calles, absorto en sus pensamientos, hasta que las gentes le condujeron al Beato Juan de Avila. El santo predicador conversó con él en privado, le dio algunos consejos y le prometió su ayuda. Esto pacificó durante algún tiempo a Juan; pero pronto empezó nuevamente a conducirse en forma extravagante y hubo que encerrarle en un manicomio. Como es bien sabido, en aquella época se empleaban los más brutales métodos para curar a los enfermos mentales. Cuando llegó a oídos del Beato Juan de Avila la noticia de lo sucedido, fue a ver a su penitente y le dijo que ya había practicado suficientemente esa penitencia singular y que haría bien en ocuparse en algo que redundase en mayor provecho espiritual suyo y mayor bien de sus prójimos. La exhortación calmó instantáneamente a Juan,

con gran sorpresa de sus guardianes; pero permaneció en el hospital hasta el día de Santa Ursula de 1539, cuidando a los enfermos.

Al salir del hospital, estaba decidido a hacer algo por los pobres. Así pues, empezó a vender leña en el mercado para dar de comer a los hambrientos. Poco después, alquiló una casa para albergar a los enfermos pobres, a los que servía y alimentaba con tal celo, prudencia y economía, que era la admiración de toda la ciudad. Esos fueron los primeros pasos en la fundación de la Orden de los Hermanos de San Juan de Dios, que actualmente ejercen su ministerio en toda la cristiandad. Juan pasaba el día entero cuidando a los enfermos; por la noche salía a buscar nuevos pacientes. Como las gentes empezaran a llevarle espontáneamente cuanto le hacía falta para sostener su pequeño hospital, Juan no tuvo ya que salir a pedir limosna de puerta en puerta. El arzobispo de Granada, que veía con buenos ojos la obra, la favoreció con grandes sumas de dinero. Su ejemplo animó a otros y, la modestia y paciencia del santo, así como su extraordinaria habilidad, contribuyeron mucho a hacer popular el hospital. El obispo de Tuy invitó a comer a San Juan; las respuestas de éste a sus preguntas impresionaron favorablemente al prelado, por su sabiduría y sentido común. El obispo le dio el nombre de "Juan de Dios" y le impuso una especie de hábito, aunque el santo no había pensado hasta entonces en fundar una orden religiosa. Las reglas que llevan su nombre fueron redactadas seis años después de su muerte. Los votos religiosos no fueron introducidos sino hasta 1570, es decir, veinte años después de la desaparición del fundador.

Para probar el desinterés del santo, el marqués de Tarifa se disfrazó de mendigo y fue a pedirle limosna; San Juan le dio veintiún ducados, que era todo lo que poseía. El marqués no sólo le devolvió esa suma, sino que le regaló 150 coronas de oro y, durante su estancia en Granada, envió diariamente al hospital pan, corderos y pollos. San Juan era muy generoso, no sólo por lo que se refiere al dinero, sino de todas las maneras posibles. Durante un incendio del hospital, el santo sacó en brazos a los enfermos. Aunque tuvo que meterse muchas veces entre las llamas, salió completamente ileso. Su corazón no tenía preferencias, de suerte que su caridad no se limitaba a su hospital; por el contrario, el santo se sentía obligado a socorrer a todos los afligidos. Para ello, se informaba cuidadosamente sobre todos los necesitados de la provincia; a unos les asistía en su propia casa, a otros les conseguía trabajo. Así, con singular tacto y prudencia, pudo remediar las necesidades de innumerables miembros de Cristo. Se interesaba particularmente por las jóvenes abandonadas para protegerlas de las tentaciones a las que se veían forzosamente expuestas. Pero esto no era todo: con el crucifijo en la mano, San Juan iba en busca de los más endurecidos pecadores y los exhortaba con muchas lágrimas a arrepentirse. Esta vida de perpetua actividad iba acompañada de constante oración y penitencias corporales. Los éxtasis frecuentes y el espíritu de contemplación coronaban las virtudes del santo; pero la mayor de sus cualidades era indudablemente su extraordinaria humildad en la acción, que se manifestó sobre todo en medio de los honores que le prodigaba la corte de Valladolid, cuando los negocios obligaban al santo a ir allá.

Consumido por diez años de incansable trabajo, San Juan cayó enfermo. La causa inmediata de la enfermedad fue el esfuerzo sobrehumano que hizo el siervo de Dios para salvar los muebles y objetos domésticos de los pobres y rescatar a un hombre que se estaba ahogando, durante una inundación. El santo

trató de ocultar los primeros síntomas de su mal para no verse obligado a interrumpir el trabajo. Al mismo tiempo, revisó cuidadosamente el inventario de los bienes y las cuentas del hospital, así como las reglas, los horarios y las prescripciones sobre los ejercicios de devoción. Por aquella época le mandó llamar el arzobispo, pues había recibido quejas de que el santo albergaba a los vagos y a las mujeres de mal vivir. Al oír estas acusaciones, San Juan cayó de rodillas a los pies del prelado, y le dijo: "El Hijo del hombre vino a salvar a los pecadores y nosotros estamos obligados a seguir su ejemplo. Yo no soy fiel a mi vocación, pues no sigo suficientemente su ejemplo; pero confieso a Vuestra Excelencia que en el hospital no hay nadie más malo que yo, que soy indigno de comer el pan de los pobres." El santo dijo esto con tal acento de sinceridad, que el arzobispo le despidió respetuosamente, dejando el asunto a su discreción.

Cuando los síntomas de la enfermedad se agravaron, el santo no pudo ya ocultarlos por más tiempo. La noticia se propagó rápidamente. Doña Ana Osorio fue en su carruaje a visitarle; le encontró acostado en su estrecha celda, revestido con su hábito; un viejo abrigo le servía de cobertor y, en la cabecera había una cesta. La buena dama, cuyo espíritu práctico igualaba a su bondad, despachó a un mensajero a ver al arzobispo, quien inmediatamente envió a San Juan la orden de obedecer a Doña Ana como a él mismo. Valiéndose de su autoridad, la dama consiguió que abandonase el hospital. El santo nombró superior a Antonio Martín y fue a hacer una visita al Santísimo Sacramento antes de salir; la visita se prolongó hasta que Doña Ana ordenó a sus criados que cargaran en brazos al santo hasta el coche y le condujesen a su casa. Ahí se encargó ella de cuidarle con gran delicadeza. San Juan se quejaba de que el Salvador en la cruz sólo había bebido hiel, en tanto que un miserable pecador como él tenía todos los manjares deseables. Los magistrados le pidieron que bendijese a la ciudad. El santo se negaba a hacerlo, diciendo que sus pecados eran el escándalo de la ciudad, pero que pediría por sus hermanos los pobres y por todos los que le habían prestado algún servicio. Finalmente, a instancias del arzobispo, bendijo a la ciudad. San Juan de Dios murió arrodillado ante el altar, el 8 de marzo de 1550, cuando tenía exactamente cincuenta y cinco años de edad. El arzobispo presidió su entierro y todo el pueblo de Granada acudió en procesión.

La canonización tuvo lugar en 1690. En 1886, el Papa León XIII, como lo dice el Martirologio Romano, "le declaró patrón de todos los hospitales y enfermos", junto con San Camilo de Lelis. En 1930, el Papa Pío XI nombró también patronos a otros santos enfermeros y enfermeras. Los libreros e impresores honran también especialmente a San Juan de Dios, por los años en que ejerció dicho oficio.

Los hechos están tomados de la biografía escrita por Francisco de Castro, rector del hospital de San Juan, en Granada, unos veinte años después de la muerte del fundador. Dicha biografía, sustancialmente fidedigna, escrita originalmente en castellano, se halla en latín en *Acta Sanctorum* (marzo, vol. I). En la actualidad existen numerosas adaptaciones de esa vida. Las más conocidas son las de A. de Govea (1624) y L. del Pozo (1908), en español, y las de Sagnier (1877) y R. Meyer (1897), en francés. En inglés, apareció en 1847 una traducción de la biografía de G. de Villethierri en *Oratorian Series*, a la que sucedieron la de E. Baillon (1884), la de M. y F. Leonard, y la de N. McMahon (1952). Cf. igualmente Heimbucher, *Die Orden und Kongregationen*, vol. II, pp. 245-251, quien narra en detalle el desarrollo del instituto fundado por San Juan. Las imágenes representan generalmente al santo con un fruto y una pequeña cruz; el

fruto es una granada y simboliza la ciudad del mismo nombre. Se trata de una alusión a la aparición en que el Niño Jesús dijo a San Juan: "En Granada encontrarás tu cruz."

SAN PONCIO (*c.* 260 P.C.)

CUANDO San Cipriano, el gran obispo de Cartago, fue desterrado a Curubis, el diácono Poncio se ofreció voluntariamente a acompañarle y permaneció con él hasta su muerte. En aquella época, los lazos que unían a los diáconos con su obispo eran muy estrechos; en el caso de San Cipriano y San Poncio las relaciones se estrecharon todavía más. Sin duda que Poncio tuvo todas las oportunidades posibles de informarse de la vida y las actividades de su obispo; desgraciadamente, en su afán por escribir una biografía que eclipsara por su popularidad las "actas" de Perpetua y Felícitas. Poncio concentró casi exclusivamente su atención en el martirio de San Cipriano y dejó en la oscuridad el resto de su vida. San Jerónimo y otras grandes figuras de la historia de la Iglesia alabaron mucho el estilo y el contenido de la *Vita et passio Cypriani*, en cambio, ciertos autores modernos han criticado el tono laudatorio y la falta de sentido crítico de San Poncio, sin tener en cuenta que su finalidad era precisamente la de glorificar al mártir y que una biografía crítica, en el sentido moderno de la palabra, habría resultado incomprensible para el público de Poncio. En esa biografía aparece incidentalmente la piedad del autor y su celo por la fe cristiana. En efecto, Poncio no fue condenado a muerte junto con San Cipriano, probablemente porque los jueces no le consideraron como un personaje demasiado importante. San Poncio anhelaba el martirio, de suerte que eso constituyó una desilusión para él. Las últimas palabras de la biografía son: "Con toda el alma me alegro de la gloria de Cipriano, pero todavía mayor es mi tristeza por no haber sido digno de acompañarle en ella." No sabemos ni el sitio, ni las circunstancias de la muerte de San Poncio, pero no hay ninguna razón para pensar que haya sido martirizado.

Gracias a San Jerónimo, conocemos el nombre del autor de la Vida de San Cipriano, a quien volveremos a encontrar en el artículo sobre este último, el 16 de septiembre. Baste con hacer referencia aquí a Delehaye, *Les passions des martyrs et les genres littéraires* (1921), pp. 82-110, y con hacer notar que Harnack reeditó y anotó el texto de Poncio, *Das Leben Cyprians von Pontius*, en la colección *Texte und Untersuchungen*, vol. XXXIX. No hay que confundir a San Poncio con el mártir del mismo nombre, cuya fiesta se celebra el 14 de mayo.

SANTOS FILEMON y APOLONIO, MÁRTIRES (*c.* 305 P.C.)

SAN APOLONIO era un diácono de Antinoe de la Tebaida y Filemón era un músico y comediante, que se había convertido al cristianismo gracias a Apolonio. Ambos fueron arrestados durante la persecución de Diocleciano y comparecieron ante el juez Arriano, que había condenado ya a los santos Asclas, Timoteo, Pafnucio y algunos más. Tras de sufrir el interrogatorio y la tortura, fueron enviados a Alejandría, donde otro juez les condenó a muerte. Sus cadáveres fueron arrojados al mar. Las "actas" de estos mártires, tal como las popularizó en griego el Metafrasto, son muy extravagantes. Terminan, como todas las novelas del género, con la conversión y el martirio de los jueces. Sin embargo, no es imposible que el resto se base en hechos históricos, sobre todo

teniendo en cuenta que los cristianos menos fervorosos acostumbraban durante las persecuciones pagar a algunos paganos para que ofreciesen sacrificios a los dioses y les obtuviesen así el certificado de que habían cumplido con la ley. La Iglesia obligaba a los "libellatici", como se llamaba a esos cristianos, a hacer penitencia; pero no en todas partes se les consideraba como apóstatas.

Según cuentan las "actas", Apolonio, temeroso de la tortura, fue a ver a un famoso músico y bailarín, llamado Filemón, y le ofreció cuatro piezas de oro para que ofreciera sacrificios en su lugar. Filemón aceptó, pero le pidió que le prestase sus vestidos y su capa para disfrazarse. Así se presentó al juez, el cual, después de haberle interrogado, le ordenó que ofreciese el sacrificio. Pero en ese instante el Espíritu Santo descendió sobre Filemón y éste, confesó la fe cristiana. El juez discutió con él y al fin le dijo: "Hagamos venir al músico Filemón; tal vez su agradable música conseguirá hacer volver en sí a este loco." Como no pudiesen encontrar a Filemón, los guardias arrestaron a su hermano Teonás, quien le reconoció al punto. El juez pensó que se trataba de una broma de Filemón, que era muy hábil en la comedia, pero exigió de todos modos que cumpliese el mandato del emperador. Filemón se negó rotundamente. Arriano le dijo que era una locura que pretendiese ser cristiano, pues ni siquiera estaba bautizado. El músico se angustió mucho al oír al juez; pero se puso en oración y Dios hizo descender del cielo una nube con cuyas aguas quedó bautizado. Arriano trató de tentarle por el orgullo profesional, diciéndole que su presencia haría mucha falta en los próximos juegos y preguntándole cómo podía sufrir que su flauta cayese en manos de músicos ineptos. Filemón oró de nuevo y descendió del cielo una lengua de fuego que consumió la flauta.

Entre tanto, los guardias habían arrestado a Apolonio, quien compareció ante el tribunal, muy arrepentido de su cobardía y proclamándose abiertamente cristiano. Como ambos santos se negasen a ofrecer sacrificios, el juez les condenó a ser decapitados. Antes de la ejecución, Filemón pidió a los soldados que trajesen una gran olla, dentro de la cual ordenó que metiesen a un niño; después indicó a los soldados que disparesen sus flechas contra la olla. Así lo hicieron; pero, aunque las flechas atravesaron la olla, el niño salió perfectamente ileso. Entonces Filemón les explicó: "El cuerpo de un cristiano puede ser atravesado por las flechas, como la olla; pero su alma queda intacta, como el niño." Al oir esto, el juez ordenó a los soldados que disparasen sus flechas contra Filemón, pero el músico levantó la mano y las flechas quedaron suspendidas en el aire, excepto una, que fue a clavarse en los ojos de Arriano. Pero el juez recobró milagrosamente la vista más tarde, aplicándose a la herida un poco de tierra de la tumba del mártir. Esto provocó su conversión y la de los cuatro personajes de la corte que fueron a investigar el caso. Los cinco fueron encerrados en sacos y arrojados al mar.

La primitiva historia de la muerte de estos mártires, sin las adiciones posteriores, se halla en la *Historia Monachorum* traducida por Rufiino. (Ver Preuschen, *Palladius und Rufinus*, pp. 80-82). Rufino cuenta que él había visitado el santuario de los mártires y visto sus reliquias. Así pues, es evidente que ya entonces se les tributaba culto. Pero la traducción de Rufino no menciona la lengua de fuego que consumió la flauta, ni tampoco el incidente de las flechas; cierto que habla de una nube, pero dice que la nube apagó el fuego de la hoguera en que iba a ser quemado el mártir. En los sinaxarios hay otra versión de la misma leyenda; ver Delehaye, *Synax. Constant*, pp. 307-308. Los sinaxarios conmemoran a estos mártires el 14 de diciembre, pero el Martirologio Romano lo hace el 8 de marzo.

SAN SENAN, Obispo (560 p.c.)

Este San Senan de Scattery, el más célebre de los veintidós santos irlandeses del mismo nombre, nació en Munster, de padres cristianos. Fue un niño extraordinariamente precoz y piadoso. Esta última virtud la conservó al crecer y, no obstante que durante su juventud ejerció el oficio de gladiador, lo abandonó pronto para abrazar la vida religiosa. Se puso bajo la dirección de un abad llamado Casido quien, al cabo de algún tiempo de impartir instrucción a su joven discípulo, lo dejó al cuidado de San Natalio en la abadía de Kilmanagh, en Ossory. Ahí se distinguió Senan por su piedad y su absoluta docilidad. Fue por entonces cuando comenzaron a obrarse en torno y por mediación del futuro santo los milagros excepcionales y fabulosos que figuran en sus innumerables leyendas. Transcurrido algún tiempo en el convento galés de Kilmanagh, el santo hizo un viaje a Roma y, a su regreso, por inspiración divina, decidió partir hacia Irlanda.

Senan desembarcó en una islita de la costa de Leinster, donde se le apareció un ángel para anunciarle que su misión era la de construir muchas celdas e iglesias y promover la disciplina monástica en Irlanda, para la gloria de Dios. Así lo hizo Senan: fundó un convento en Inishcarra, cerca de Cork, donde fueron a reunírsele varios monjes italianos y convirtió aquel lugar en su centro de operaciones. Desde ahí partió a frecuentes misiones y fundó otros conventos en diversos sitios hasta que, ya entrado en años, recibió de nuevo la visita de un ángel que le condujo a la cumbre del monte Tese, le señaló un lugar llamado Arnanaingel (Colina de los Angeles) en el estuario de Shanon, advirtiéndole que aquél era el lugar de su último retiro.

En ese lugar, San Senan construyó un gran monasterio, el de Inniscattery (Isla de Scattery) que alcanzó pronto gran fama, de suerte que los aspirantes a la vida religiosa acudieron a él en gran número. Hasta hoy existe en la Isla de Scattery una torre circular que la tradición atribuye a la primitiva construcción de San Senan. Según parece, éste fue consagrado obispo, pero sus biógrafos no precisan dónde ni cuándo. Al sentir que se aproximaba el momento de su muerte, hizo una visita al monasterio galés de San Casido, donde había iniciado su vida monacal. En su viaje de vuelta, antes de llegar a Inniscattery, se detuvo a descansar y ahí murió apaciblemente, a fines del año 560. Sus monjes llevaron su cuerpo al monasterio donde fue venerado durante largo tiempo. El 8 de marzo se le conmemora en Irlanda.

Los documentos y las leyendas sobre San Senan se hallarán coleccionados en *Acta Sanctorum Hiberniae* y en la *Analecta Bollandiana*, marzo, vol. I. Hay también una biografía irlandesa que se conserva en el "Libro de Dismore". Sobre su culto, véase el *North Munster Antiquarian Journal*, pp. 14-30.

SAN JULIAN, Arzobispo de Toledo (690 p.c.)

San Julián, arzobispo de Toledo, a su muerte en el año 690 era, el personaje más importante de España. Se dice que era descendiente de judíos, pero sus padres eran cristianos. Recibió el bautismo en la principal iglesia de Toledo, según cuenta su sucesor en la sede episcopal, quien escribió una corta biografía del santo. El joven fue educado por otro prelado de Toledo, San Eugenio II y tuvo por compañero al famoso Gudila Levita. Unidos por los gustos comunes

tanto como por el afecto, los amigos se consagraron a la oración y el estudio en el retiro y muy pronto, el celo apostólico les hizo volver al mundo para intentar la conversión de los pecadores. San Julián, que era teólogo destacado y hombre de gran saber, llegó pronto a ocupar un puesto de importancia. Cuando los médicos desahuciaron a Wamba, el último de los reyes visigodos, San Julián le rasuró la cabeza y lo revistió del hábito monástico para que "muriese en religión". Todavía se conserva la vida del rey Wamba, escrita por San Julián, muy apreciada por los historiadores, que encuentran en ese documento una idea completa sobre el reinado de Wamba, lo que no sucede con sus predecesores ni con sus sucesores.

Julián fue consagrado obispo de Toledo en 680 y parece que gobernó su diócesis con el mismo tino que le había caracterizado en los asuntos seculares. Su biógrafo narra que el cielo le había adornado con todas las gracias del alma y del cuerpo. Era tan bondadoso, que ninguno se acercó a él, sin recibir gran consuelo. El santo presidió varios sínodos y obtuvo para su sede la primacía sobre todas las diócesis españolas. Por eso se le da el título de arzobispo de Toledo, aunque el término no se empleaba generalmente en España por aquella época. Los historiadores posteriores acusan a Julián de haber alentado a los reyes a perseguir a los judíos. Sin embargo, debe hacerse notar que la más cruel y escandalosa de las leyes contra los judíos no fue publicada sino hasta cinco años después de la muerte del santo. Según dicha ley, todos los judíos adultos debían ser vendidos como esclavos, en tanto que sus hijos serían confiados, desde los siete años de edad, a las familias españolas para recibir una educación cristiana.

San Julián fue escritor muy fecundo: entre sus obras se cuenta un estudio de la liturgia mozárabe de la época, un libro contra los judíos y los tres volúmenes de los "Pronósticos", que tratan de las postrimerías. El santo sostiene en esta obra que el amor y el deseo de ir a reunirse con Dios bastan para acabar con el temor natural a la muerte. También afirma que los bienaventurados piden por nosotros en el cielo, que desean nuestra felicidad y que ven nuestras acciones, ya sea en la misma esencia de Dios o por ministerio de los ángeles, que son los mensajeros de Dios en la tierra.

La corta biografía escrita por Félix, el sucesor de San Julián en la sede de Toledo, es nuestra principal fuente de información. Ver *Acta Sanctorum*, marzo, vol. I. También nos dan algunas noticias sobre el santo las crónicas de la época y las actas de los concilios que presidió.

SAN VEREMUNDO, Abad (1092 p.c.)

La principal de las casas religiosas del reino de Navarra en el siglo XI era la abadía benedictina de Hyrache, gracias a la obra prodigiosa de San Veremundo. Había éste ingresado en el monasterio siendo todavía niño. El abad Munio, que era tío suyo, le concedió más tarde el hábito. Veremundo fue un monje ejemplar, que se distinguía particularmente por su ilimitado amor a los pobres. A este propósito, las crónicas de la abadía cuentan una anécdota: cuando ejercía el cargo de portero, Veremundo distribuía a veces entre los pobres una ración más abundante que la prescrita. Un día en que Veremundo se dirigía a la puerta, con muchos panes envueltos en su túnica, el abad le preguntó qué

llevaba. "Patatas", respondió el santo. (El cronista hace notar que las patatas equivalían prácticamente al pan, puesto que alimentaban igualmente a los pobres). Cuando el abad ordenó a Veremundo que abriera su túnica, los panes se habían transformado en patatas. El cronista comenta: "Así mostró Dios que la liberalidad de Veremundo con los pobres era agradable a Sus ojos y que sus palabras no habían sido una mentira, sino un misterio".

A la muerte de Munio, Veremundo le sucedió en el cargo de abad. Su ejemplo y sus palabras llevaron a la comunidad a un grado de perfección aún más alto. Según parece, Veremundo poseía el don de curar a los enfermos. También se cuenta que detuvo milagrosamente el fuego que amenazaba consumir las cosechas de la abadía. El cuidado que ponía en la recitación exacta y reverente del oficio divino le mereció aprobación y alabanza por parte de la Santa Sede. El santo fue uno de los que apoyaron la introducción de la liturgia española, llamada mozárabe. El rey de Navarra hizo grandes regalos a la abadía. La erección de la ciudad de Estela se debió a una de esas donaciones. Una noche, los pastores que cuidaban sus rebaños vieron caer una lluvia de estrellas sobre una colina. El sitio recibió más tarde el nombre de Yricarra, que significa "estrellado". En las investigaciones que se hicieron para localizar los meteoros, se encontró una estatua de la Virgen con el Niño. Esto impresionó tanto al rey Sancho Ramírez, que empezó inmediatamente a construir en ese sitio la ciudad de Estela. El mismo rey la regaló a Veremundo, con la condición de que la dedicase a la Madre de Dios. Por eso, prácticamente todas las casas de la ciudad, pagaban una renta o tributo al monasterio.

En una época de hambre, los vecinos empezaron a acudir a su amigo el abad en busca de socorro y también lo solicitaban los peregrinos que iban a Santiago de Compostela. Los graneros de la abadía estaban ya vacíos, pero una multitud de tres mil personas clamaba a las puertas. Veremundo celebraba la misa; al llegar a las oraciones por el pueblo, rogó con muchas lágrimas por aquella multitud hambrienta. Súbitamente apareció una paloma blanca, que voló sobre los fieles y desapareció. El milagro fue extraordinario, pues todos los presentes sintieron satisfecha su hambre y experimentaron un delicioso sabor en la boca, como si hubiesen comido un alimento celestial. La muchedumbre lanzó gritos de alegría y alabó la infinita bondad de Dios.

Ver *Acta Sanctorum*, marzo, vol. I; y Mabillon.

SAN ESTEBAN DE OBAZINE, ABAD (1154 P.C.)

LOS PADRES de Esteban vivían en Limousin (Francia). Desde su niñez, Esteban se sintió inclinado a las prácticas de devoción y de caridad. Después de su ordenación sacerdotal, llamado por Dios a una vida más austera, renunció a todos los placeres y empezó a practicar severas mortificaciones. Junto con otro sacerdote amigo suyo, decidió retirarse al bosque de Obazine, a dos leguas de la ciudad de Tulle. El día de la partida, ofrecieron una fiesta a sus amigos y distribuyeron todos sus bienes entre los pobres. Al poco tiempo se les reunieron otros compañeros, a quienes los siervos de Dios aceptaron como discípulos. El amigo de Esteban, llamado Pedro, fue a Limoges para ver al obispo Eustacio, quien les dio permiso de construir un monasterio y de celebrar los sagrados misterios a condición de que se atuviesen a las reglas tradicionales. Como se

sabe, los monasterios de los ermitaños no consistían en un edificio propiamente dicho, sino en una serie de cabañas, en cada una de las cuales habitaban uno o dos monjes.

La austeridad de la comunidad de Obazine era extraordinaria y, aunque San Esteban era bondadoso y amable por temperamento, urgía con gran rigor la observancia. Los monjes pasaban el día en la oración, la lectura espiritual, el trabajo manual y nunca comían antes de la caída del sol. San Esteban no se consideraba superior a los otros y participaba, como el último de los monjes, en el trabajo de la cocina y en el acarreo del agua. El monasterio no necesitaba ninguna regla escrita, pues San Esteban era la regla viviente. Sus hermanos le nombraron superior, pero él dejó la dirección de la comunidad a Pedro. San Esteban fundó también un convento de mujeres, casi tan estricto como el de los hombres y pronto hubo en él 150 religiosas. Se decía que vivían tan separadas del mundo y con tal frugalidad, que los únicos lazos que las ataban a la tierra eran los que no podían cortar, sin atentar contra la vida.

Al cabo de algunos años, San Esteban, temiendo que la disciplina se relajase después de su muerte, por falta de constituciones escritas, pidió al monasterio cisterciense de Dalón que enviara a algunos monjes a su comunidad para instruirla en las reglas de la orden. En 1142, el propio San Esteban tomó el hábito del Cister y el obispo de Limoges le consagró abad. Su muerte ocurrió doce años más tarde.

Existe una voluminosa biografía latina de San Esteban de Obazine, publicada por Baluzius; se encontrará un resumen de ella en *Acta Sanctorum*, marzo, vol. I.

BEATO VICENTE, OBISPO DE CRACOVIA (1223 P.C.)

VICENTE KADLUBEK nació en Karnow, Polonia, hacia el año 1150. Estudió en Francia y en Italia, obtuvo el grado de maestro y desempeñó algunos oficios eclesiásticos, entre otros el de preboste del capítulo en la catedral de Sandomir. En 1208, fue elegido obispo de Cracovia. En aquella época, el arzobispo de Gnienzo, Enrique Kietlicz, estaba consagrado en cuerpo y alma a introducir en Polonia las reformas impuestas por el Papa Inocencio III. En ello le ayudó, con el mismo celo, su antiguo compañero de estudios, el Beato Vicente. El país atravesaba por una crisis de desorden político y desmoralización religiosa y el Beato Vicente solicitó principalmente la ayuda de las órdenes religiosas para su tarea. A fin de aumentar la influencia de los regulares, se convirtió en bienhechor de muchos monasteriores y al mismo tiempo, secundó los esfuerzos de los monjes con su propia predicación y visitas pastorales. El beato tomó parte activa en la política y se preocupó mucho por el bienestar del pueblo.

En 1218, renunció al gobierno de su diócesis y se retiró al monasterio de Jedrzejow, de la reforma cisterciense, donde hizo su profesión religiosa. Tal vez fue entonces cuando empezó a escribir el trabajo histórico que la ganó tanta fama, pues el Beato Vicente fue el primer cronista de Polonia. Los cuatro libros de su obra, "Crónica de los Reyes y Príncipes de Polonia" tiene especial valor por ser el fruto de la experiencia del autor y han sido reeditados repetidas veces, en los tiempos modernos. Sin embargo, por la falta de sentido crítico del beato, los historiadores le han comparado con Godofredo de Monmouth y dicen que "el latín que emplea es detestable." Vicente Kadlubek murió en su monaste-

rio, el 8 de marzo de 1223, con gran fama de santidad. Su antiquísimo culto fue confirmado por la Santa Sede en 1764.

Ver Manrique, *Annales Cistercienses*, vol. IV; Henríquez, *Menologium Cisterciense*; y *Cambridge History of Poland*, vol. I (1950), pp. 154-155. Algunos calendarios dan a Vicente el título de santo.

9: SANTA FRANCISCA ROMANA, VIUDA (1440 P.C.)

SANTA FRANCISCA Romana, famosa en todo el mundo, poseía en grado extraordinario el don de ganarse el amor y la admiración de cuantos la trataban. Su encanto no terminó con su muerte, pues innumerables peregrinos acuden todavía a su tumba, en Santa María Nuova. Durante la octava y la fiesta de la santa, la multitud se apiña para visitar la "Tor de Specchi" y la "Casa degli Escercizi Pii" (antiguo palacio Ponziano), cuyas puertas se abren al público, en esa ocasión, para mostrarle todas las reliquias de la santa.

Francisca nació en Roma, en el barrio de Transtévere, en 1384, precisamente cuando comenzaba el cisma de occidente, que había de afligir tanto a la santa y resultar tan catastrófico para su familia. Francisca no vivió lo suficiente para ver restablecida la armonía. Su padres, Pablo Busso y Jacobella dei Roffredeschi, eran nobles acaudalados y la niña vivió en medio del lujo, pero recibió una educación muy cristiana. Francisca, que era muy precoz, pidió a sus padres permiso de ingresar en el convento a los doce años, pero recibió una rotunda negativa. En efecto, sus padres, que eran excelentes cristianos y la querían mucho, tenían planes muy diferentes para ella. Al año siguiente, anunciaron a su hija que habían determinado prometerla en matrimonio al joven Lorenzo Ponziano, cuya posición, carácter y riqueza le hacían un excelente partido. Francisca cedió al cabo de algún tiempo y el matrimonio se celebró cuando la joven tenía apenas trece años. Al principio, la santa encontró muy difícil de sobrellevar su nuevo estado; se esforzaba en vano por agradar a su marido y a los padres de éste. Vanozza, la esposa del hermano mayor de Lorenzo, sorprendió un día a Francisca llorando y ambas se hicieron confidencias; la santa le confesó que habría querido ser religiosa y descubrió que su cuñada habría preferido también una vida de retiro y oración. Tal fue el principio de una amistad que duró toda la vida. Las dos jóvenes empezaron a practicar la virtud, bajo una regla común. Modestamente vestidas, iban a visitar a los pobres de Roma y hacían cuanto podían por ellos. Sus esposos, que las amaban tiernamente, no opusieron objeción alguna a sus austeridades y obras de caridad. Una grave y misteriosa enfermedad que afectó a Francisca interrumpió esa forma de vida durante algún tiempo y sus parientes recurrieron a la magia para tratar de curarla, sin conseguirlo. Se cuenta que entonces San Alejo se apareció a la santa y le preguntó si estaba dispuesta a morir o si prefería sanar. Francisca replicó que su único deseo era que se hiciese la voluntad de Dios. Entonces le dijo San Alejo que la voluntad de Dios era que sanase y trabajase por Su gloria. Acto seguido, el santo tendió su capa sobre Francisca y desapareció. La enfermedad desapareció también instantáneamente.

Francisca y su cuñada reanudaron, con mayor fervor que antes, su vida de

austeridad. Iban diariamente al hospital del Espíritu Santo de Sassia para asistir a los pacientes, particularmente a los que sufrían de las enfermedades más repugnantes. Doña Cecilia, su suegra, temiendo que se contagiara, y que su ausencia de las fiestas y banquetes fuese mal interpretada por la sociedad, aconsejó a sus hijos que las obligasen a cambiar de vida, pero éstos se negaron a intervenir. En 1400, Francisca tuvo un hijo y durante algún tiempo se vio obligada a modificar su tren de vida para atender al pequeño Juan Bautista. Al año siguiente, murió Doña Cecilia y el suegro de Francisca le rogó que tomase la dirección de la casa. En vano alegó Francisca que Vanozza era la esposa del hermano mayor; Don Andrés y Vanozza dijeron que ella tenía mayores aptitudes y Francisca no tuvo más remedio que aceptar. La santa se desenvolvió con gran gracia y habilidad en su nueva posición; trataba a sus criados como hermanos y les exhortaba a mirar por su salvación. En los cuarenta años que Francisca vivió con su esposo, no hubo entre ellos la menor discusión. Si su marido la llamaba cuando estaba haciendo oración, Francisca acudía al punto, ya que, como acostumbraba decir, "es magnífica la devoción en una mujer casada, con tal de que no olvide nunca que su principal deber es ser ama de casa; muchas veces tendrá que abandonar a Dios en el altar para encontrarle en el trabajo casero." Sus biógrafos cuentan que en cierta ocasión en que se hallaba recitando el oficio de Nuestra Señora, un paje fue a anunciarle: "Señora, mi amo me manda llamaros." La santa dejó al punto el libro y acudió al lado de su esposo. La interrupción se repitió otras tres veces; pero, cuando Francisca abrió por quinta vez el libro del oficio, encontró la antífona escrita en letras de oro. Además de Juan Bautista, Francisca tuvo otros dos hijos: Juan Evangelista e Inés. La santa no quiso abandonar a terceras manos el cuidado de su educación durante la infancia.

Francisca, como tantas otras almas verdaderamente interiores, se vio atacada de violentas tentaciones, que consistían principalmente en imágenes muy atractivas o muy repulsivas y en algunos casos, llegaron a ser casi ataques físicos del demonio. Durante algunos años, reinó en su familia la mayor prosperidad. Los primeros síntomas de la mala época fueron el hambre y la peste, provocados sobre todo por las guerras civiles en que se hallaba envuelta Italia. Las gentes morían en las calles y la plaga diezmó a Roma. Francisca hizo cuanto pudo por asistir a los enfermos que encontraba a su paso, siempre ayudada por Vanozza. Al fin, se agotaron las provisiones de Palazzo Ponziani y las dos santas mujeres tuvieron que pedir limosna, de puerta en puerta, para los pobres, a pesar de los insultos y malas caras. En esos días aciagos, Francisca obtuvo de su suegro el permiso de vender sus joyas y, de ahí en adelante suprimió todos los adornos en su vestimenta.

En 1408, las tropas de Ladislao de Nápoles, aliado del antipapa, habían tomado Roma. El gobierno de la ciudad había sido confiado al conde Troja, un terrateniente. La familia Ponziani había apoyado siempre al Papa legítimo. En uno de los frecuentes combates, Lorenzo fue apuñaleado, pero sanó gracias a los cuidados que le prodigó su santa esposa. El conde Troja decidió abandonar la ciudad, después de haberse vengado de los principales partidarios del Papa, entre los que se contaban los Ponziani. El conde mandó arrestar a Paluzzo, el esposo de Vanozza y tomar como rehén al pequeño Juan Bautista. Felizmente, el niño fue puesto en libertad de un modo aparentemente milagroso, mientras su madre hacía oración en la iglesia de Ara Coeli. En 1410, cuando los cardenales se

reunieron en cónclave en Bolonia, Ladislao tomó nuevamente la ciudad de Roma. Lorenzo Ponziani, cuya vida corría peligro, pues era uno de los jefes del partido papal, logró escapar; pero su familia no pudo seguirlo. Su palacio fue saqueado y las tropas se llevaron prisionero a Juan Bautista. Más tarde le dejaron en libertad y el joven pudo ir a reunirse con su padre. Las posesiones de la familia en Campanía fueron destruidas, las fincas fueron asoladas e incendiadas; los agricultores asesinados y los rebaños diezmados. Francisca habitaba en un rincón de su arruinado palacio, con Juan Evangelista, Inés y Vanozza, cuyo marido seguía preso. Las dos mujeres se consagraron al cuidado de los niños y a asistir a los pobres y enfermos, en cuanto era posible en aquellas difíciles circunstancias. Juan Evangelista murió tres años después, durante otra epidemia. Entonces Francisca convirtió una parte de su casa en hospital y Dios premió sus oraciones y trabajos, concediéndole el don de sanar a los enfermos.

Un día en que Francisca oraba, transcurrido un año desde la muerte de Juan Evangelista, el cuarto se llenó de luz y el joven se apareció a su madre, acompañado por un arcángel. Le habló de la felicidad de que gozaba en el cielo y le anunció la próxima muerte de Inés. Para consolar a su madre, Juan Evangelista le prometió que el arcángel guiaría en adelante sus pasos; así aconteció durante veintitrés años, al cabo de los cuales, un arcángel de dignidad aún más elevada, reemplazó al primero. La salud de Inés empezó pronto a debilitarse y la joven murió a los dieciséis años de edad. A partir de ese instante, según lo había predicho Juan Evangelista, Santa Francisca vio al arcángel en forma de un niño de ocho años a su lado, aunque era invisible a los ojos de los demás. Sólo cuando la santa caía en alguna falta, desaparecía el arcángel, pero volvía tan pronto como Francisca se arrepentía y se confesaba. Debilitada por tantas adversidades, Francisca fue víctima de la epidemia. Cuando los médicos desesperaban ya de salvarla, la enfermedad desapareció súbitamente y la santa empezó a recuperar las fuerzas. Por aquella época, tuvo una visión tan terrible del infierno, que no podía hablar de ella, sin que se le saltasen las lágrimas.

Tras de muchas dilaciones, el Papa Juan XXII convocó el Concilio de Constanza, destinado a acabar con el cisma de occidente. En el mismo año de 1414, los Ponziani volvieron del destierro y recobraron sus propiedades. Lorenzo estaba muy débil y vivía muy retirado de los asuntos mundanos, asistido tiernamente por su fiel esposa. Su gran deseo era casar a su hijo Juan Bautista antes de morir y había elegido para él a una hermosa muchacha, llamada Mobilia que resultó de carácter muy irascible y violento. Mobilia concibió un gran desprecio por Santa Francisca, quejándose de ella ante su esposo y su suegro y ridiculizándola en público. En cierta ocasión en que estaba hablando mal de la santa, le sobrevino una grave enfermedad, pero su suegra la asistió con gran cariño; esto cambió el corazón de Mobilia y en adelante, las dos mujeres vivieron en estrecha intimidad. Ya para entonces, la fama de los milagros y virtudes de Santa Francisca se había divulgado en Roma y de todas partes la llamaban para que curase a los enfermos y arreglase las disputas. Lorenzo, cuyo respeto y amor por su mujer crecieron con el tiempo, se mostró dispuesto a libertarla de todas las obligaciones matrimoniales, a condición de que siguiera viviendo en su casa.

Así, pudo la santa llevar a cabo el proyecto, concebido desde largo tiempo atrás, de formar una congregación de mujeres que vivieran en el mundo, sin más votos que la obligación de consagrarse interiormente a Dios y al servicio de los pobres. El confesor de la santa, Don Antonio, aprobó los planes y obtuvo

la afiliación de la congregación a la orden de las benedictinas del Monte Oliveto, a la que él mismo pertenecía. El pueblo cambió el nombre original de Oblatas de María por el de Oblatas de Tor de Specchi. Cuando la congregación llevaba ya siete años de fundada, se juzgó conveniente comprar para la comunidad el edificio conocido con el nombre de Tor de Specchi. Santa Francisca pasaba ahí todo el tiempo que le dejaban libre sus obligaciones caseras y compartía la vida y las obligaciones de sus oblatas. Jamás permitió que la llamasen fundadora de la congregación, e insistía en que todas obedeciesen a Inés de Lelis, que había sido elegida superiora. Tres años después, murió Lorenzo y fue sepultado junto con sus hijos, Juan Evangelista e Inés. Santa Francisca anunció su intención de retirarse a Tor de Specchi y el día de San Benito suplicó humildemente ser admitida en la congregación, donde se la recibió con gran júbilo. Inés de Lelis insistió en su deseo de renunciar al cargo de superiora y Santa Francisca no tuvo más remedio que aceptar.

De ahí en adelante, su vida estuvo más unida que nunca a Dios. Lo que la santa ya no podía aumentar eran sus austeridades, porque desde hacía largo tiempo no vivía sino de pan, agua y un poco de verduras, sumando a los ayunos crueles disciplinas con agudos cilicios de metal. Sus visiones y éxtasis empezaron a multiplicarse y pasaba con frecuencia la noche entera en oración. En la primavera de 1440, aunque se sentía muy mal, insistió una noche en ir a visitar a Juan Bautista y Mobilia. En el camino encontró a su director espiritual, Juan Matteotti, quien, al verla tan enferma, le ordenó que volviese inmediatamente a casa de su hijo. La agonía duró una semana. Al atardecer del 9 de marzo, su rostro empezó a brillar con una luz extraña y la santa pronunció sus últimas palabras: "El ángel ha terminado su tarea y me manda que le siga". En cuanto corrió la noticia de su muerte, el palacio Ponziani se vio invadido por una muchedumbre que iba a llorar a la difunta y llevaba a los enfermos para que los curase. El cuerpo de Francisca fue transladado a Santa María Nuova, donde la muchedumbre aumentó más todavía, pues se había divulgado la noticia de nuevos milagros. Santa Francisca fue enterrada en la capilla de dicha iglesia, reservada a las oblatas. En la actualidad, las oblatas continúan en Tor de Specchi su trabajo educacional; su hábito sigue siendo el vestido de las mujeres nobles de la época. Santa Francisca Romana fue canonizada en 1608 y la iglesia de Santa María Nuova se conoce con el nombre de la santa.

La más importante de las fuentes sobre Santa Francisca Romana es la colección de sus visiones, milagros y detalles biográficos que compiló en italiano el P. Matteotti. El mismo autor tradujo en latín su obra, con algunos cambios. El P. Matteoti había sido el confesor de Santa Francisca durante los últimos diez años de su vida, pero no existe ninguna prueba de que la hubiese conocido desde antes. La biografía publicada en el siglo XVII por María Magdalena Anguillaria, superiora de Tor de Specchi, añade pocos detalles a la obra del P. Matteotti fuera tal vez de algunos hechos consignados en el proceso de canonización. En *Acta Sanctorum*, marzo, vol. II, se hallará una traducción latina de todos estos documentos. En inglés existe una biografía corta pero muy sentida, escrita por Lady Georgiana Fullerton (1885). En francés pueden leerse las biografías de Rabory (1884) y Rambuteau (1900); la de la Sra. Berthem-Bontoux (1931) es una obra sólida, pero bastante prolija. El texto italiano de Matteotti fue publicado por Armellini; pero cf. M. Peláez, en *Archivio Soc. Romana di Storia patria*, vols. XIV y XV (1891-1892).

SAN PACIANO, Obispo de Barcelona (*c.* 390 p.c.)

San Paciano es conocido sobre todo por sus escritos, pues apenas si sabemos

algo de su vida. Estuvo casado algún tiempo, probablemente antes de su ordenación sacerdotal. Su hijo, Flavio Dexter, fue ministro del emperador Teodosio y capitán en la guardia de corps del emperador Honorio. San Jerónimo, que era íntimo amigo de Flavio, profesaba el más grande respeto a San Paciano, cuya elocuencia, saber y santidad alabó en la dedicatoria de su "Catálogo de Varones Ilustres" a Flavio.

San Paciano vivió hasta edad muy avanzada y fue un escritor fecundo. De sus numerosas obras sólo se conservan una exhortación a la penitencia, un sermón sobre el bautismo y tres cartas a un noble llamado Sinforiano, que había abrazado la herejía de Novaciano y escribió a San Paciano una carta en la que censuraba a la Iglesia, porque ésta concedía la absolución de todos los pecados a quienes se arrepentían y porque tomaba el nombre de católica. En la respuesta de San Paciano se halla la famosa frase: *Christianus mihi nomen; Catholicus vero cognomen. Illud me nun cupat: istud ostendit. Hoc probor: inde significor.* "Mi nombre es Cristiano; mi apellido es Católico. El primero describe lo que soy, el segundo lo explica y lo pone a prueba." En una de sus cartas, San Paciano insiste en que sólo los que permanecen unidos a la Iglesia permanecen fieles a la cátedra de San Pedro: "Sólo a Pedro dirigió Cristo las palabras famosas ('Tú eres Pedro', etc.), para que la unidad se fundase en una sola persona: *Ut ex uno fundaret unum.*"

Entre los escritos de San Paciano había uno llamado *Cervulus,* dirigido contra una obscena procesión pagana que se celebraba anualmente y en la cual, según parece, algunos cristianos tomaban parte. La ceremonia se celebraba alrededor de un ciervo recién nacido, frente al cual danzaban algunos hombres con disfraces de animales. San Jerónimo y otros escritores aluden a esa costumbre. Como tantos otros censores, el santo obispo descubrió que su crítica no había hecho más que despertar la curiosidad del pueblo, pues al principio de su tratado de la penitencia se queja de que el único efecto de su condenación fue el de aumentar el número de espectadores de la procesión.

En *Acta Sanctorum,* marzo, vol. II, hay una breve biografía de San Paciano. Ver también a Bardenhewer, *Patrologie.*

SAN GREGORIO, Obispo de Nissa (*c.* 395 p.c.)

San Gregorio de Nissa, a quien el séptimo Concilio ecuménico y segundo de Nicea llamaron "Padre de los Padres", era hermano de los Santos Basilio el Grande, Pedro de Sebaste y de Macrina e hijo de los Santos Basilio y Emelia; esta última era, a su vez, hija de un mártir. Gregorio nació en Cesarea de Capadocia. Probablemente quedó huérfano muy pronto, pues sus hermanos mayores Basilio y Macrina, se encargaron de su educación. En una carta a su hermano menor, Pedro, San Gregorio nombra a Basilio "nuestro hermano y maestro". La veneración que tenía por él duró toda la vida. Terminada su excelente preparación en las letras sagradas y profanas, Gregorio tomó el oficio de retórico y se casó con una joven llamada Teosebeia. Cuando era ya lector en la Iglesia, aceptó el puesto de profesor de retórica, disciplina en la que era muy versado. Gregorio no encontró el cargo muy de su gusto, pues sus alumnos se interesaban más en las glorias militares, que en las académicas. San Gregorio de Naziango le escribió una dura carta, en la que le exhortaba a renunciar a

"ese infame honor". La carta tuvo el efecto apetecido. Gregorio volvió al servicio de la Iglesia y fue ordenado sacerdote. Algunos autores llegan a decir que dejó de vivir con su esposa, pero la afirmación carece de fundamento. En aquella época, el celibato sacerdotal no era de precepto ni siquiera en la Iglesia de occidente; en todo caso, no sabemos con certeza si Teosebeia siguió viviendo con San Gregorio o si entró en el convento de Santa Macrina. San Gregorio de Nazianzo, que profesaba el mayor respeto a Teosebeia, la llamaba su "santa y bendita hermana" y en el panegírico que pronunció a su muerte, la califica de gloria de la Iglesia y bendición de nuestra generación."

Según parece, San Gregorio pasó sus primeros años de sacerdocio en el retiro, tal vez en Iris del Ponto. Entre tanto, su hermano Basilio, que era obispo de Cesarea, tenía que hacer frente a la herejía y a la oposición; entre sus enemigos se contaba su propio tío, Gregorio, obispo del Ponto. Esta división en el seno de la familia escandalizó profundamente al joven Gregorio, el cual, con la intención de hacer la paz, falsificó una carta de reconciliación de su tío a su hermano. Naturalmente el fraude se descubrió pronto; San Basilio reprendió a su hermano, por más que el incidente no dejó de divertirle un tanto.

Parece que San Basilio fue quien sugirió el nombre de su hermano para que ocupase la sede de Nissa en 372, pues su política consistía en hacer nombrar prelados ortodoxos en las regiones cercanas a su diócesis para combatir eficazmente la herejía. Así pues, el mismo San Basilio consagró a su hermano, muy contra la voluntad de éste, como obispo de la sede en los confines de la Baja Armenia. Las dificultades empezaron a surgir cuando San Gregorio llegó a Nissa. La ciudad estaba llena de arrianos y uno de los miembros de la corte del emperador había tratado de hacer que se nombrara obispo de la diócesis a un amigo suyo. A pesar de toda su buena voluntad, San Gregorio carecía de tacto y no tenía la menor noción de cómo se gobernaba una diócesis. Con la intención de ayudar a su hermano Basilio, convocó un sínodo de obispos de la provincia de Ancira; pero como Gregorio no supo manejar a los delegados, el sínodo hizo más mal que bien a su hermano. Nada tiene, pues, de extraño que Basilio se haya opuesto al nombramiento de San Gregorio como delegado ante el Papa San Dámaso, diciendo que carecía de experiencia en los asuntos eclesiásticos y era muy mal diplomático.

Apoyado por los arrianos, Demóstenes, gobernador del Ponto, convocó a una reunión, en la que un tal Filocarres acusó a San Gregorio de abuso de las propiedades de la Iglesia y de irregularidad en su elección episcopal. Este se dejó arrestar por los soldados, sin oponer resistencia, pero después consiguió escapar de la brutalidad de sus carceleros y refugiarse en sitio seguro. Sus enemigos alegaron que su fuga era la señal de su culpabilidad; pero San Basilio escribió una violenta carta para hacer notar que el tesorero de la Iglesia había declarado inocente a Gregorio. No obstante eso, un sínodo de obispos de Galacia y del Ponto depuso a San Gregorio, quien anduvo errante hasta el año 378, cuando el emperador Graciano arrojó de la sede al usurpador y llamó al desterrado. El pueblo le recibió con un gran júbilo, que poco después quedó empañado por la muerte de San Basilio y la de Santa Macrina. San Gregorio presintió la muerte de su hermana y, la víspera, tuvo con ella una larga conversación, que más tarde relató en sus escritos.

A la muerte de San Basilio, la influencia de San Gregorio empezó a aumentar, lo mismo que su actividad; asistió al Concilio de Antioquía, convocado

contra los errores de los melecianos; los obispos ahí reunidos le enviaron a Palestina y Arabia con la misión de poner fin a los desórdenes que la herejía meleciana había provocado. Para facilitar su trabajo, el emperador le concedió el libre uso de los caballos y carruajes del correo imperial. San Gregorio ocupó un sitio muy destacado en el Concilio ecuménico de Constantinopla, el año 381. Era considerado como "la columna de la Iglesia"; estar de su parte era estar con la ortodoxia. El Concilio, que había sido convocado por el emperador Teodosio, manifestó su conformidad con el credo de Nicea y combatió el arrianismo. La asamblea confió a San Gregorio una especie de derecho inquisitorial sobre el Ponto. Hacia el fin de su vida, el santo visitó nuevamente Palestina; los abusos de los peregrinos y la atmósfera herética que encontró allá le llevaron a la conclusión de que, en tales condiciones, las peregrinaciones no constituían una devoción recomendable. En una carta o tratado sobre las peregrinaciones a Jerusalén hace notar que éstas no constituyen un precepto evangélico y añade que él personalmente no había sacado ningún provecho de la visita a los Santos Lugares.

El emperador designó tres diócesis supremas en oriente: la de Gregorio de Nissa, la de Heladio de Cesarea y la de Otreyo de Mitilene. Este honor ganó a San Gregorio la envidia y mala voluntad de Heladio, quien se consideraba como obispo metropolitano y llevó a mal que otro prelado fuese su igual. En una de sus cartas, el santo describe la falta de cortesía con que Heladio le había tratado. Pero en Constantinopla era muy honrado y consultado. Ahí predicó las oraciones fúnebres de San Melecio de Antioquía, de la princesa Pulqueria y de la emperatriz Flaccila, así como un sermón con motivo de la entronización de San Gregorio de Nazianzo. Más tarde predicó también el sermón de la dedicación de la gran iglesia que el prefecto Rufino había erigido cerca de Calcedonia. Es cosa cierta que San Gregorio vivió hasta edad muy avanzada, pero ignoramos la fecha exacta de su muerte.

La veneración de que San Gregorio fue objeto durante su vida y después de su muerte, no tiene eco entre los escritores eclesiásticos modernos, quienes ven en él menos al enemigo del arrianismo, que al causante principal de las cláusulas que el Concilio de Constantinopla insertó en el Credo de Nicea. En todo caso, debemos reconocer que San Gregorio ejerció una gran influencia sobre el segundo Concilio ecuménico y que su ortodoxia es indiscutible. Pero hay que admitir igualmente que se inclinaba a la doctrina universalista, donde se sostiene que todas las cosas serán restauradas en Cristo al fin del mundo. Los escritos del santo demuestran que conocía a fondo a los filósofos paganos. San Gregorio utilizó a Platón, de la misma manera que los escolásticos usaron a Aristóteles. La influencia de Orígenes se deja sentir en sus escritos para los que adoptó, en gran parte, las interpretaciones alegóricas de la Sagrada Escritura, del primero. Sus obras literarias, admirables por la elegancia del lenguaje, ofrecen una síntesis exacta de la fe cristiana y son particularmente interesantes por la mezcla de ideas ordinarias con especulaciones místicas y poéticas muy complicadas. Entre las numerosas obras del santo, se destacan el "Discurso Catequético" o instrucción sobre le fe, dos libros contra Eunomio y Apolinar, que constituyen una fuente muy importante para el estudio de las doctrinas de esos dos herejes y muchos comentarios sobre la Sagrada Escritura. Entre las obras ascéticas, hay que mencionar el libro sobre la virginidad, muchos sermones sobre la vida y la conducta del cristiano, así como numerosos panegíricos. Uno de éstos narra

la vida y la muerte de Santa Macrina; otro, la de tres damas de Jerusalén y un tercero describe en forma muy moderna las bellezas de una "villa" en Galacia donde estuvo San Gregorio. Tanto San Gregorio como San Basilio poseían un sentido de las bellezas naturales que se encuentra muy de cuando en cuando entre los escritores de los primeros siglos.

Existen varias fuentes sobre la vida de San Gregorio. La principal de ellas es la correspondencia de sus amigos. Ver *Acta Sanctorum*, marzo, vol. II; Bardenhewer, *Patrology* (trad. inglesa), pp. 195-206. Ver también la obra más extensa de Bardenhewer sobre los Padres, que se halla traducida del alemán al francés; y DTC., vol. VI, cc. 1847-1852, etc. Hay también un excelente artículo sobre San Gregorio en DCB., vol. II, pp. 761-768. Entre las obras más recientes acerca del santo hay que mencionar la de H. Urs von Balthasar, *Présence et Pensée* (1942), y la de J. Daniélou, *Platonisme et théologie mystique* (1944).

SANTA CATALINA DE BOLONIA, VIRGEN (1463 P.C.)

JUAN DE Vigri, padre de Catalina, era abogado y agente diplomático del marqués de Ferrara, Nicolás d'Este. A instancias del marqués, Juan envió a su hija, de once años de edad a servir como dama de honor a la joven Margarita d'Este. Catalina hizo sus estudios con Margarita y fue amiga íntima suya. Entre otras materias, las jóvenes estudiaron el latín; Catalina escribió posteriormente varias obritas en esa lengua. Al casarse con Roberto Malatesta, Margarita tenía intención de conservar a Catalina a su servicio, pero ésta se sintió llamada a la vida religiosa. Poco después de regresar a su casa, perdió a su padre y, casi inmediatamente ingresó en una congregación de terciarias franciscanas de Ferrara, que llevaban una vida semimonástica, bajo al dirección de una mujer llamada Lucía de Mascaroni.

Aunque Catalina sólo tenía catorce años, su deseo de perfección le ganó la admiración de sus hermanas. Desde tan temparana edad empezó a tener visiones, algunas de las cuales provenían de Dios y otras del demonio, como la misma Catalina se vio obligada a reconocerlo más tarde. Para ayudar a otras almas a distinguir entre las visiones divinas y los artificios del diablo, Catalina escribió que había aprendido a discernir las unas de las otras por la santa luz de la humildad, "que precedía siempre a la salida del Sol." Citemos sus propias palabras: "Esa alma, cuando se acercaba el Huésped divino, experimentaba un sentimiento de respeto que ponía de rodillas a su corazón y la obligaba a doblar exteriormente la cabeza; en otras ocasiones, le sobrevenía una gran claridad sobre sus faltas pasadas, presentes y futuras y se veía a sí misma como la causante de las faltas de sus prójimos, por los cuales sentía una inflamada caridad. Así entraba Jesús en su alma, como un rayo de sol y establecía en ella la más profunda paz. "Más tarde, el demonio trató de infiltrar en su alma dudas y pensamientos blasfemos, particularmente sobre la presencia real de Jesucristo en el Santísimo Sacramento. Esto la hizo sufrir mucho, hasta que Dios le reveló claramente la doctrina de la Iglesia y respondió en forma definitiva a sus dificultades de modo que desaparecieron las dudas. Santa Catalina aseguraba que, en las almas puras, los efectos del Sacramento no dependen del fervor sensible y que las dudas no disminuyen tampoco su eficacia, con tal de que el alma no consienta en ellas. También afirmaba que quienes llevan con paciencia tales pruebas sacan de la comunión mayores frutos que si tuviesen las más altas consolaciones.

Probablemente a causa de todo lo que había sufrido, Catalina sentía un indomable deseo de dormir, que ella consideraba como tentación del demonio, pero que era probablemente una gracia que le permitía rehacerse de los esfuerzos corporales y mentales anteriores. Después de algún tiempo, desapareció también esa inclinación exagerada al sueño y la paz completa se estableció en el alma de Santa Catalina.

Pensando que con ello podría ayudar a otros después de su muerte, Catalina empezó a escribir un relato de las pruebas que había sufrido y las gracias que recibía. Para evitar que sus hermanas descubrieran su diario, acostumbraba coserlo en el interior de un cojín; pero ellas, sospechando lo que sucedía, buscaron el manuscrito hasta dar con él. Cuando Catalina cayó en la cuenta de la indiscreción de que había sido objeto, arrancó las hojas y las arrojó al fuego. La santa estaba encargada del horno, pues era la panadera de la casa. En cierta ocasión, al darse cuenta de que el resplandor del fuego le hacía daño a la vista, temiendo que eso la inutilizara para el servicio de la comunidad, habló del asunto con su superiora; pero ésta le respondió que permaneciese en su puesto y dejara la salud en manos de Dios. Después de ejercer durante largo tiempo el oficio de panadera, Santa Catalina pasó a ser maestra de novicias. Por la misma época, tuvo una extraordinaria visión, a la que aluden con frecuencia sus imágenes y que referiremos con sus propias palabras: "Esa persona pidió permiso a su superiora para pasar toda la noche de Navidad en la iglesia del monasterio y se dirigió allá lo más pronto que pudo, con la intención de recitar mil avemarías en honor de la Santísima Virgen. Así lo hizo, con toda la atención y el fervor de que fue capaz. En esa ocupación la sorprendió la medianoche, es decir la hora en que, según se cree, nació Nuestro Señor. En ese preciso momento, se le apareció la Santísima Virgen, llevando en sus brazos al Niño Jesús cubierto con pañales. La Madre de Dios se le acercó y le puso a su Hijo en los brazos. Ya podéis imaginar el gozo de esa pobre criatura cuando vio en sus propios brazos al Hijo del Padre Eterno. Temblando de respeto, pero sobre todo abrumada de felicidad, se tomó la libertad de acariciar al Niño, de estrecharlo contra su corazón y de acercar los labios a su rostro . . . En el momento en que la pobre criatura de la que estamos hablando acercaba los labios a la boca del Divino Niño, se esfumó la visión, dejándola sumida en un gozo indescriptible." La santa escribió por entonces dos libros en versos libres sobre los misterios de la vida de Cristo y su Madre, a los que dio el título de "Rosario", que las religiosas del monasterio de Bolonia conservaron como un tesoro. Escribió igualmente un tratado sobre "Las Siete Armas espirituales", que vio la luz después de su muerte y alcanzó gran fama en Italia.

Algunos años antes, la pequeña comunidad gobernada por Lucía Mascaroni había abrazado la estrecha regla de Santa Clara y se había cambiado a una casa más adaptable a los usos de la vida religiosa; pero tanto Santa Catalina como las más austeras de sus hermanas estaban convencidas de que la única manera de asegurar la perfecta observancia consistía en instituir la clausura. Sin embargo, los habitantes de Ferrara se opusieron durante mucho tiempo a tal innovación, hasta que finalmente el Papa Nicolás V decretó y sancionó la clausura, gracias sobre todo a las oraciones y esfuerzos de Santa Catalina. La santa fue entonces nombrada superiora de otro convento de la estrecha observancia en Bolonia; ella hubiese preferido permanecer en Ferrara como simple súbdita, pero el cielo le dio a entender que debía aceptar el cargo y al punto obedeció.

Dos cardenales recibieron en Bolonia a la santa y a su acompañante, seguidos por el senado y toda la población. A pesar de la estricta clausura, la fama de santidad, milagros y dones de profecía de Santa Catalina, atrajeron a tantas postulantes al nuevo convento de Corpus Christi, que apenas había sitio suficiente.

Santa Catalina trabajaba con todas sus fuerzas durante la semana; los domingos y días de fiesta aprovechaba el tiempo libre para copiar e iluminar su breviario. Este libro, compuesto totalmente por manos de la santa, con miniaturas de Cristo y de la Virgen, se conserva todavía. Catalina compuso también varios himnos y pintó algunos cuadros. La santa recomendaba a sus hijas tres cosas que ella había practicado durante toda su vida: La primera era hablar amablemente a todos, la segunda practicar constantemente la humildad y la tercera no mezclarse nunca en los asuntos ajenos. Aunque era muy estricta consigo misma, la santa se mostraba extraordinariamente bondadosa con las debilidades de sus prójimos. En las elecciones de la nueva abadesa, el único reproche que sus hermanas pudieron hacer a Catalina fue que era demasiado bondadosa para urgir severamente la observancia. Siendo maestra de novicias, le pareció que algunas de las hermanas no se alimentaban suficientemente; para remediarlo pidió en la cocina algunos huevos duros, les quitó el cascarón y los deslizó en las bolsas de las hermanas, dejando en su propio plato sólo los cascarones. Por ello, fue acusada de sensualidad durante la visita anual, pero la santa soportó la reprimenda sin decir una palabra, como si realmente fuese culpable.

Su salud, que había empezado a debilitarse desde su vuelta a Bolonia, decayó rápidamente. El primer domingo de cuaresma del año de 1463 se vio atacada por violentos dolores, de suerte que debió acostarse y ya no se levantó más. El 9 de marzo entregó su alma a Dios en forma tan apacible, que sus hermanas no se dieron cuenta de que había muerto, sino hasta que empezaron a percibir una deliciosa fragancia y advirtieron que su faz tenía la belleza y frescura de una quinceañera. Su cuerpo fue enterrado sin caja, pero a los dieciocho días fue desenterrado, debido a los numerosos milagros que había obrado y a la suave fragancia que se escapaba de su tumba. Desde entonces, se encuentra incorrupto en la capilla del convento de Bolonia, donde puede verse a través de un cristal. La santa se halla sentada, ricamente vestida; pero el rostro y las manos, que están al descubierto, se han ennegrecido con el tiempo y la humedad. Santa Catalina es la patrona de los artistas. Las miniaturas que pintó se conservan aún en el convento de Corpo di Cristo, en Bolonia; según los expertos, se trata de obras de gran delicadeza. También se conservan dos de sus pinturas, una en la pinacoteca de Bolonia y la otra en la Academia de Bellas Artes de Venecia. La santa fue canonizada en 1712.

Los principales datos sobre la santa se encuentran en la corta biografía publicada cincuenta años después de su muerte por un fraile franciscano, llamado Dionisio Paleotti. Pero es mucho más completa la biografía del P. J. Grassetti, quien, aunque escribió en 1610, tuvo acceso a todos los documentos de Bolonia. Ambas biografías, escritas originalmente en italiano, pueden leerse en *Acta Sanctorum*, marzo, vol. II, donde se hallan traducidas al latín. Es de lamentar que la más rica de las fuentes sobre Santa Catalina no haya visto la luz hasta el presente. Nos referimos al *Specchio d'illuminazione*, que es una serie de recuerdos escritos por la Hermana Iluminata Bembi, súbdita de Catalina; el manuscrito se conserva en el convento. La mayoría de los historiadores modernos se basan principalmente en la obra de Grassetti. La más voluminosa de las biografías modernas es la de J. E. Duver, *Vie de sainte Catherine de Bologne* (1905); ver también la obra francesa de J. Stiénon du Pré (1949). En 1912 apareció en Bolonia una colección de ensayos sobre Santa Catalina, con el título de

La Santa nella storia, nelle lettere e nell'arte. Cf. igualmente Léon, *Auréole Séraphique* (trad. inglesa, vol. I, pp. 394-437) y Dunbar, *Dictionary of Saintly Women*, vol. I, pp. 160-161. En la *Oratorian Series* se publicó una traducción inglesa de la obra de Grassetti.

SANTO DOMINGO SAVIO (1857 P.C.)

EN 1950, fue canonizada la jovencita María Goretti, mártir de la castidad. En el mismo año tuvo lugar la beatificación de Domingo Savio, confesor, de quince años de edad. La Iglesia ha elevado a los altares a muchos niños mártires, pero el caso de Santo Domingo Savio es único. Su canonización tuvo lugar en 1954.

Domingo nació en Riva del Piamonte en 1842. Era hijo de un campesino y desde niño manifestó deseos de ser sacerdote. Cuando San Juan Bosco empezó a preparar a algunos jóvenes para el sacerdocio, con objeto de que le ayudaran en su trabajo en favor de los niños abandonados de Turín, el párroco de Domingo le recomendó al chico. San Juan Bosco, en el primer encuentro que tuvieron los dos, se sintió muy impresionado por la evidente santidad de Domingo, quien ingresó en octubre de 1854 en el Oratorio de San Francisco de Sales de Turín, a los doce años de edad.

Uno de los recuerdos imborrables que dejó Domingo en el Oratorio fue el grupo que organizó en él. Se llamaba la Compañía de María Inmaculada. Sin contar los ejercicios de piedad, el grupo ayudó a Don Bosco en trabajos tan necesarios como la limpieza de los pisos y el cuidado de los niños difíciles. En 1859, cuando Don Bosco decidió fundar la Congregación de los Salesianos, organizó una reunión; entre los veintidós presentes se hallaban todos los iniciadores de la Compañía de la Inmaculada Concepción, excepto Domingo Savio, quien había volado al cielo dos años antes.

Poco después de su llegada al Oratorio, Domingo tuvo oportunidad de impedir que dos chicos se peleasen a pedradas. Presentándoles su pequeño crucifijo, les dijo: "Antes de empezar, mirad a Cristo y decid: 'Jesucristo, que era inocente, murió perdonando a sus verdugos; yo soy un pecador y voy a ofender a Cristo tratando de vengarme deliberadamente'. Después podéis empezar arrojando vuestra primera piedra contra mí". Los dos bribonzuelos quedaron avergonzados. Domingo observaba escrupulosamente el reglamento; por supuesto, algunos de sus compañeros llevaban a mal que el santo quisiese que ellos observasen el reglamento en la misma forma. Le llamaban chismoso y le decían: "Corre a acusarnos con Don Bosco"; con lo cual no hacían sino mostrar cuán poco conocían al fundador del Oratorio, que no soportaba a los chismosos. Muy probablemente Santo Domingo reía de buena gana en esas ocasiones, pues era de un espíritu muy alegre, cosa que algunas veces le creó dificultades. Si Domingo no tenía nada de chismoso, era en cambio muy hábil para contar cuentos; ello le daba gran ascendiente con sus compañeros, sobre todo con los más jóvenes.

Fue en verdad una feliz providencia de Dios que Domingo cayese bajo la dirección de un director tan experimentado como Don Bosco, pues de otro modo se habría convertido fácilmente en un pequeño fanático. Don Bosco alentaba su alegría, su estricto cumplimiento del deber de cada día y le impulsaba a participar en los juegos de los demás niños. Así, Santo Domingo podía decir con verdad: "No puedo hacer grandes cosas. Lo que quiero es hacer aun las cosas más pequeñas para la mayor gloria de Dios." "La religión debe ser como el aire que respiramos; no hay que cansar a los niños con demasiadas reglas y

ejercicios de devoción" —solía decir Don Bosco—. Fiel a sus principios, prohibió a Domingo que hiciese mortificaciones corporales sin permiso expreso, diciéndole: "La penitencia que Dios quiere es la obediencia. Cada día se presentan mil oportunidades de sacrificarse alegremente: el calor, el frío, la enfermedad, el mal carácter de los otros. La vida de escuela constituye una mortificación suficiente para un niño". Una noche Don Bosco encontró a Domingo temblando de frío en la cama, sin más cobertor que una sábana. "¿Te has vuelto loco? —le preguntó—. Vas a coger una pulmonía." Domingo respondió: "No lo creo. Nuestro Señor no cogió ninguna pulmonía en el establo de Belén."

La fuente más importante sobre la corta vida de Santo Domingo Savio es el relato que escribió el mismo Don Bosco. El santo se esforzó por no decir nada que no pudiese afirmar bajo juramento, particularmente por lo que se refiere a las experiencias espirituales de Domingo, tales como el conocimiento sobrenatural del estado espiritual del prójimo, de sus necesidades y del futuro. En cierta ocasión, Domingo desapareció durante toda la mañana hasta después de la comida. Don Bosco le encontró en la iglesia, arrebatado en oración, en una postura muy poco confortable; aunque había pasado seis horas en aquel sitio, Domingo creía que aún no había terminado la primera misa de la mañana. El santo joven llamaba esas horas de oración intensa "mis distracciones": "Siento como si el cielo se abriera sobre mi cabeza. Tengo que hacer o decir algo que haga reír a los otros."

San Juan Bosco relata que las necesidades de Inglaterra acupaban un lugar muy especial en las oraciones de Domingo y cuenta que en "una violenta distracción", Domingo vio sobre una llanura cubierta de niebla a una multitud que avanzaba a tientas; entonces se acercó un hombre cubierto con una capa pontificia y llevando en la mano una antorcha que iluminó toda la llanura, en tanto que una voz decía: "Esta antorcha es la fe católica, que iluminará a Inglaterra." A instancias de Domingo, Don Bosco relató el incidente al Papa Pío IX, quien declaró que eso le confirmaba en su resolución de prestar especial atención a Inglaterra.

La delicada salud de Domingo empezó a debilitarse y en 1857, fue enviado a Mondonio para cambiar de aire. Los médicos diagnosticaron que padecía de una inflamación en los pulmones y decidieron sangrarlo, según se acostumbraba en aquella época. El tratamiento no hizo más que precipitar el desenlace. Domingo recibió los últimos sacramentos y, al anochecer del 9 de marzo, rogó a su padre que recitara las oraciones por los agonizantes. Ya hacia el fin, trató de incorporarse y murmuró: "Adiós, papá ... El padre me dijo una cosa ... pero no puedo recordarla ..." Súbitamente su rostro se transfiguró con una sonrisa de gozo, y exclamó: "¡Estoy viendo cosas maravillosas!" Esas fueron sus últimas palabras.

La causa de beatificación de Domingo se introdujo en 1914. Al principio despertó cierta oposición, por razón de la corta edad del santo. Pero el Papa Pío X consideró, por el contrario, que eso constituía un argumento en su favor y su punto de vista se impuso. Sin embargo, la beatificación no se llevó a cabo sino hasta 1950, dieciséis años después de la de Don Bosco.

El texto definitivo de la biografía escrita por Don Bosco fue publicado en Turín en 1950 por el P. E. Ceria. En inglés existe la traducción de una edición anterior (1934). Otras biografías en italiano son las del cardenal Salotti (1921) Don Cojazzi (1950). Entre las biografías en francés citaremos únicamente la de A. Auffray, *Un saint de quinze ans*.

La corta biografía escrita por el P. Juan Sexton (Salessian Press, Londres, 1950) es excelente.

10 : LOS CUARENTA MARTIRES DE SEBASTE (320 P.C.)

EL EMPERADOR Licinio, que durante algún tiempo había tolerado a los cristianos, cambió de política después de su rompimiento con su cuñado Constantino y empezó a perseguir a la Iglesia. En Capadocia se publicó un decreto que condenaba a muerte a todos los cristianos que no abandonasen su religión. Cuando el gobernador de Capadocia y de Armenia Menor hizo leer el decreto al ejército, cuarenta soldados de diferentes nacionalidades, estacionados en Sebaste, se negaron a ofrecer sacrificios a los ídolos. Según parece, los cuarenta pertenecían a la famosa "Legión del Trueno". Entre ellos se encontraba uno llamado Heraclio. Llevados ante el juez de Sebaste (actualmente Silvas, en Turquía), declararon que eran cristianos y que todos los tormentos del mundo no conseguirían apartarles de su religión. El gobernador intentó al principio hacerles entrar en razón, hablándoles del peligro a que se exponían si se negaban a obedecer al decreto del emperador y prometiéndoles un glorioso porvenir, si cedían. Como los mártires permaneciesen inconmovibles, el juez mandó que les dieran tortura y les arrojaran después a un calabozo. Ahí entonaron todos al unísono el salmo xc: "Quien confía en la protección del Altísimo, vivirá bajo la protección del Dios del cielo." La respuesta divina no se hizo esperar, pues el mismo Cristo se les apareció y les alentó a perseverar en la fe.

El gobernador, furioso ante la obstinación de los mártires, les sometió a un suplicio que él mismo había inventado. Como se sabe, en Armenia hace mucho frío, sobre todo durante el mes de marzo, época de los vientos del norte. Junto a las murallas de la ciudad había un lago helado. El gobernador Agricolao mandó que llevasen ahí a los mártires, desnudos y que preparasen junto al lago un baño tibio para los que cedieran. Sin esperar a que les despojaran de sus ropas, los mártires se desnudaron espontáneamente, animándose unos a otros con la idea de que una mala noche les iba a merecer la felicidad eterna. Al mismo tiempo repitieron juntos la siguiente oración: "Señor, Tú ves que somos cuarenta los que vamos al martirio; haz que los cuarenta obtengamos la corona y que ninguno de nosotros rompa este número sagrado." Los guardias les repetían constantemente que, si estaban dispuestos a sacrificar a los dioses, serían inmediatamente conducidos al baño tibio junto al fuego. Pero todo fue en vano. San Gregorio de Nissa asegura que los mártires agonizaron durante tres días y tres noches. Sólo uno de los cuarenta renegó de la fe; pero la reacción que le produjo el agua caliente después del intenso frío le costó la vida y de esta suerte, perdió el bien que había tratado de salvar y la corona a la que había renunciado. Su defección afligió mucho a los otros, pero el cielo les consoló reemplazando milagrosamente al apóstata.

En efecto, uno de los guardias, que estaba de descanso, se quedó dormido junto al fuego y tuvo un sueño muy extraño. Le pareció que estaba junto al lago, cuando súbitamente el cielo se pobló de ángeles, los cuales descendieron sobre los mártires, les vistieron de túnicas blancas y les coronaron. El soldado descubrió que sólo había treinta y nueve coronas. Aquel sueño y la deserción

del apóstata le convirtieron instantáneamente. Por inspiración divina, se desvistió y fue a reunirse con los mártires, proclamándose cristiano en voz alta. Su martirio fue lo que se llama "el bautismo de sangre" y con él ganó la corona destinada al desertor. Dios había escuchado la oración de los soldados y había respondido a ella de esa manera inesperada.

A la mañana siguiente, casi todas las víctimas habían muerto. Entre los pocos que quedaban con vida se hallaba el más joven de todos, llamado Melitón. Agricolao mandó a los soldados que quebrasen las piernas a los supervivientes y les arrojasen a un horno ardiente. Los mártires cantaron con voz apagada: "Nuestra alma ha escapado del lazo del cazador." Los verdugos dejaron a Melitón para el fin, pues tenían compasión de su juventud y esperaban que renegaría al verse solo; pero su madre, que era una viuda pobre, reprochó a los verdugos su falsa compasión. Cuando se acercó a su hijo, éste la miró tristemente y trató de sonreírle, pero apenas consiguió mover ligeramente la mano para mostrarle que la reconocía. Fortalecida por el Espíritu Santo, la madre le animó a perseverar hasta el fin y ella misma le colocó sobre el carro destinado a las víctimas. Los cuerpos de los mártires fueron quemados y sus cenizas arrojadas al río; pero los cristianos lograron rescatar furtivamente algunas reliquias, o pagaron por ellas a los soldados. Una parte de esas reliquias quedó en Cesarea. San Basilio decía, refiriéndose a ellas: "Son como las murallas que nos defienden del enemigo." Y añadía que todos los cristianos imploraban el auxilio de los mártires, quienes levantaban a los caídos, fortalecían a los débiles y aumentaban el fervor de los santos.

San Basilio el viejo y Santa Emelia, los padres de los santos Basilio Magno, Gregorio de Nissa, Pedro de Sebaste y Macrina, obtuvieron una parte de las reliquias y Santa Emelia regaló algunas a la iglesia que construyó en las cercanías de Anesis. El entusiasmo con que el pueblo las recibió fue extraordinario y San Gregorio cuenta que obraron muchos milagros. El mismo santo añade: "Yo sepulté a mis padres cerca de las reliquias de los mártires, a fin de que resuciten el día del juicio con aquellos que les alentaron en la fe, pues estoy convencido de que Dios les ha concedido un gran poder del que he visto pruebas indudables y oído testimonios contundentes." San Gaudencio, obispo de Brescia, escribe en uno de sus sermones sobre los mártires: "Dios me concedió una parte de sus sagradas reliquias y me permitió construir una iglesia en su honor." El mismo santo añade que las dos sobrinas de San Basilio le habían regalado las reliquias, a su paso por Cesarea camino de Jerusalén, y que a ella se las había regalado su tío. Procopio y Sosomeno cuentan que otra parte de las reliquias se hallaba en Constantinopla.

Tal vez el hecho más notable relacionado con la memoria de esos campeones de la fe es el de la preservación del documento conocido con el nombre de "Testamento de los cuarenta santos mártires de Cristo." El texto griego fue publicado hace más de dos siglos, pero hasta muy recientemente se reconoció su autenticidad. Se trata de una reliquia única y perfectamente genuina de la época de las persecuciones. Aunque resulta imposible citar todo el documento, no estará de más dar aquí el resumen hecho por el P. H. Delehaye:

"Melecio, Aedo y Eutiquio, prisioneros de Cristo, saludan a los obispos, presbíteros, diáconos, confesores y clérigos de todo el mundo cristiano y les participan su última voluntad sobre sus restos mortales, después de su martirio. Desean que todas las reliquias sean entregadas al sacerdote Proido y algunos

otros para que las depositen juntas en Sareim, cerca de Zela. Este exordio se debe a la pluma de Melecio, quien escribe en nombre de todos.

"En seguida Aedo y Eutiquio, hablando por sus compañeros, ruegan a las familias de los mártires que no lamenten demasiado su muerte y que cumplan fielmente sus disposiciones acerca de las reliquias. Que nadie guarde un solo fragmento de los restos de los mártires, sino que los entreguen todos a las personas designadas. Los mártires esperan que aquellos que desobedezcan no obtendrán ningún favor del cielo por su intercesión.

"Después, los mártires manifestan su preocupación por uno de ellos, llamado Eunoico, a quien los perseguidores excluirían tal vez del martirio, por ser muy joven. Si Eunoico muere con ellos, que sea sepultado con ellos. Si los perseguidores le perdonan, que permanezca fiel a la ley de Cristo para que el día de la resurrección participe de la gloria de aquellos, cuyas penas compartió.

"Aquí, según parece, Melecio toma de nuevo la pluma. Dirigiéndose a sus hermanos, Crispino y Gordión, los exhorta a guardarse de los placeres del mundo y a ser perfectamente fieles a los preceptos del Señor. También manifiesta su deseo de que todos los fieles tomen esas exhortaciones como si les fueran dirigidas personalmente.

"En seguida viene una lista de saludos: 'Saludamos al sacerdote Felipe, a Procliano y Diógenes y a toda la iglesia. Saludamos a Procliano de Pidela, a toda su iglesia y a todos los suyos. Saludamos a Máximo y su iglesia, a Magno y su iglesia, a Domno y su iglesia, a Iles nuestro padre, y a Valente y su iglesia.' Nuevamente interviene Melecio: 'Y yo, Melecio, saludo a mis parientes Lutanio, Crispino y Gordión, etc.' Siguen otros saludos, generales y particulares. El documento termina así: "Nosotros, los cuarenta prisioneros de Cristo, firmamos por mano de Melecio, quien forma parte del grupo. Después de escrito, confirmamos todos el documento y mostramos nuestro acuerdo'."

Es muy poco probable que los cuarenta mártires hubiesen podido escribir por sí mismos; por ello Melecio se encargó de firmar por todos. Hay que hacer notar que los nombres de las "actas" coinciden exactamente con los del "Testamento", lo cual induce a creer que las actas tienen un fundamento histórico, fuera de algunos detalles, como el de que las piedras lanzadas contra los mártires se tornaron contra los que las arrojaban y el de que las reliquias fueron recuperadas del mar.

La "passio" griega, que parece ser la fuente en la que se basan todas las versiones de las actas, fue publicada por primera vez por R. Abicht en *Archiv für Slavische Philologie* (vol. XVIII, p. 144 ss). La mejor edición actual es la de O. von Gebhardt, en *Acta Martyrum Selecta*, pp. 166-181, donde también se encuentra el *Testamento*. Las versiones latina, armenia y eslava carecen de importancia. En cambio los panegíricos de San Basilio, San Gregorio de Nissa, San Efrén, San Juan Crisóstomo y San Gaudencio de Brescia tienen cierta importancia, porque demuestran la veneración que se tenía a los mártires, a fines del siglo IV. Acerca de esas homilías, ver Delehaye, *Les Passions des Martyrs*, pp. 184-235. Existen ciertas contradicciones entre los datos de la "passio" y los de los panegíricos, sobre todo acerca del sitio del martirio, pues es difícil determinar si el lago helado se hallaba dentro o fuera de las murallas. Sobre este punto ver Pio Franchi de Cavalieri, en *Studi e Testi*, n. 22, fasc. 3, pp. 64-70; y Delehaye, en *American Catholic Quarterly Review*, 1899, pp. 161-171. Cf. también Bonwetsch, *Studien zur Geschichte d. Theologie*, vol. I, pte. I, pp. 71-95; y BHG., nn. 1201-1208.

SANTOS CODRATO Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (¿258? P.C.)

LOS PADRES de San Codrato eran cristianos griegos y vivían en la ciudad de Corinto. Ambos murieron cuando el santo era todavía pequeño. Según una tradición, Codrato nació en el desierto, a donde su madre se había retirado para escapar de la persecución de Decio; la buena mujer murió en el desierto. Se cuenta que Codrato creció ahí, alimentado por el cielo, y que los vestidos que su madre le había puesto antes de morir, crecieron con él. Más tarde, Codrato fue a estudiar medicina y tuvo muchos discípulos, la mayoría de los cuales vivían como anacoretas.

Bajo los emperadores Decio y Valeriano, Jasón, prefecto de Grecia, recibió la orden de poner en ejecución los crueles edictos persecutorios. San Codrato compareció ante él. Jasón se esforzó al principio por convencerle de que ofreciese sacrificios a los dioses para escapar del castigo. El siervo de Dios, al que asistían cinco de sus discípulos, protestó que tenía en más la salvación eterna que la vida temporal. En vez de defenderse, hizo un resumen de la Biblia, desde la creación hasta la muerte y resurrección de Cristo. Jasón descartó desdeñosamente la idea de que Dios hubiese podido hacerse hombre y padecer por nosotros. Viendo que no conseguía nada con el mártir, dio la orden de azotarle.

En seguida se volvió a Cipriano, que era casi un niño, pensando que lograría convencerle fácilmente, pero Codrato exhortó a sus compañeros a permanecer fieles. Todos fueron sometidos a horribles torturas y finalmente arrojados a las fieras, pero éstas no les hicieron daño alguno. Entonces fueron conducidos fuera de la ciudad y decapitados. Los nombres de los otros cuatro mártires eran Dionisio, Anecto, Pablo y Crescente.

Las actas griegas y los sinaxarios que cuentan este martirio no son fuentes dignas de crédito. Ver *Acta Sanctorum*, marzo, vol. II.

SAN MACARIO, OBISPO DE JERUSALÉN (*c.* 335 P.C.)

EN LA historia de Eusebio se conserva el texto de una carta de Constantino a Macario, obispo de Jerusalén, en la que el emperador le encarga que construya una iglesia en el sitio en que Santa Elena había descubierto el sepulcro de Cristo, dejando al santo mano libre en lo referente al proyecto, los materiales y los obreros. San Macario tuvo el gozo de ver terminada su obra.

San Atanasio dice que San Macario era un hombre sincero y recto, pleno de espíritu apostólico. Había sucedido a Hermón en el gobierno de la sede el año 314, precisamente en la época en que la herejía arriana comenzaba a constituir una seria amenaza para la Iglesia. Según el testimonio de San Atanasio, Macario fue un valiente campeón contra la herejía. En el Concilio de Nicea, su nombre encabeza la lista de los obispos de Palestina que firman las actas.

La leyenda cuenta que Macario estaba presente en el momento en que se descubrió la Santa Cruz y que, gracias a él, fue posible identificarla. En efecto, en las excavaciones se habían encontrado tres cruces y era difícil determinar cuál había sido la de Cristo. Ahora bien, según cuenta Rufino en su Historia Eclesiástica, "sucedió que había en la ciudad una mujer agonizante. Macario era entonces el obispo de esa Iglesia y dijo a la reina y a los trabajadores: 'Traed las tres cruces, porque Dios va a mostrarnos cuál es la de Cristo'. En

trando con la reina y los obreros en la casa de la enferma, se arrodilló y elevó al Señor la siguiente súplica: 'Oh Dios, que por medio de tu unigénito Hijo has inspirado a tus siervos el deseo de buscar la cruz en la que fuimos redimidos: te rogamos que nos muestres cuál fue la cruz de tu Hijo para que podamos distinguirla de aquellas que fueron de los esclavos. Concédenos que cuando la verdadera cruz toque a esta mujer agonizante, vuelva a la vida desde las puertas de la muerte.' Macario tocó a la mujer con una de las cruces, pero no sucedió nada; lo mismo aconteció con la segunda; pero, en cuanto la tocó con la tercera, la mujer abrió los ojos y poco después volvió plenamente en sí y empezó a alabar a Dios y a andar por la casa con mayor agilidad que antes de la enfermedad. La reina, satisfecha con una indicación tan clara, erigió con real magnificencia un templo maravilloso, en el sitio en que se había descubierto la cruz."

La gran basílica constantiniana fue consagrada el 13 de septiembre de 335; se cree que Macario, realizador de la construcción, murió en ese mismo año.

Existen ciertas diferencias entre los relatos de San Ambrosio y los de otros historiadores de la Iglesia acerca del milagro de la identificación de la cruz. Pero de ello hablaremos extensamente en nuestro artículo del 3 de mayo. Ver *Acta Sanctorum*, marzo, vol. II; DCB., vol. III, p. 765; y F. J. Bacchus, en *Catholic Encyclopedia*, vol. IX, pp. 482-484.

SAN SIMPLICIO, Papa (483 p.c.)

San Simplicio, sucesor de San Hilario en el trono pontificio, gobernó a la Iglesia desde el año 468, durante un período especialmente difícil. Todas las provincias occidentales, excepto Italia, habían caído ya en manos de los bárbaros, que eran en su mayoría paganos y, durante el pontificado de San Simplicio, Roma estuvo ocupada por Odoacro, rey de los hérulos y el imperio de occidente dejó de exsitir. El pueblo, abrumado por los impuestos de sus gobernantes romanos y despojado por las incursiones de los bárbaros, opuso apenas resistencia a los conquistadores que, por lo menos, tenían el mérito de no cargarle de tributos. San Simplicio hizo cuanto pudo por remediar la miseria de la población y por sembrar entre los bárbaros la semilla de la fe. Por otra parte, tuvo que hacer frente en el oriente a la influencia de la herejía monofisita. El santo Pontífice reivindicó el valor de los decretos del Concilio de Calcedonia contra los que querían suprimirlos y trabajó con todas sus fuerzas por mantener viva la fe. Murió el año 483 y fue sepultado en San Pedro.

Podrían escribirse muchas páginas sobre la vida de San Simplicio, ya que su influencia se dejó sentir tanto en los asuntos de la Iglesia, como en los de la política de la época; pero sobre su vida interior, sólo sabemos algunas generalidades. Por otra parte, apenas hay pruebas de que se le haya tributado culto. Ver *Liber Pontificalis* (Duchesne), vol. I pp. 249-251; Hefele-Leclercq, *Conciles*, vol. II pp. 912-930; y el excelente artículo de J. P. Kirsch en *Catholic Encyclopedia.*

SANTA ANASTASIA PATRICIA, Virgen (sin fecha).

El relato de la vida de Santa Anastasia nos ha llegado a través de una fuente muy dudosa. Se cuenta que era hija de un noble egipcio y que era dama de honor en la corte de Constantinopla. Su belleza robó el corazón al emperador

Justiniano y atrajo sobre ella los celos de la emperatriz Teodora. La santa, que era buena y honesta, comprendiendo que el emperador se había enamorado de ella, huyó a Alejandría, donde entró en un convento. Pero el emperador no la había olvidado y, al morir Teodora, mandó buscarla por todo el Imperio para casarse con ella. Cuando la noticia llegara a oídos de Anastasia, huyo ésta de nuevo. Después de errar durante algún tiempo por los desiertos, llegó al monasterio del abad Daniel, a quien contó todas sus desdichas. El abad le dio un hábito y la instruyó acerca de la vida eremítica. Después, le mostró una cueva a distancia considerable de su celda y le recomendó que no saliese nunca de ella ni dejase entrar a nadie. El abad no volvió nunca a la cueva. Sus discípulos depositaban agua y alimentos a la entrada, pero nunca supieron que estaba habitada por una mujer.

Así vivió "Anastasio el eunuco", como llamaron a Anastasia, durante veintiocho años, sin ver rostro humano, entregada a la oración y a la mortificación. Sólo cuando sintió que se aproximaba su última hora, mandó llamar al anciano abad. Daniel acudió al punto, acompañado por uno de sus discípulos y la encontró moribunda; la reconfortó con unas cuantas palabras, le dio el Santo Viático y la acompañó en sus últimos momentos. Después, el abad y su discípulo sepultaron a la santa revestida con el hábito, como ella lo había pedido antes de morir. Parece que sus reliquias fueron más tarde trasladadas a Constantinopla.

Muy probablemente se trata de una novela. El tema se repite con frecuencia en la hagiografía griega; ver, por ejemplo, la leyenda de Santa Apolinaria Sinclética (5 de enero), la Santa Pelagia (8 de octubre); y cf. Delehaye, *Les Légendes Hagiographiques* (1927), pp. 188-189. La historia de Anastasia Patricia se halla en algunas ediciones de los sinaxarios griegos; también puede verse en Delehaye, *Synax. Constant.*, cc. 524-528, y en *Acta Sanctorum*, marzo, vol. II.

SAN ATALO, Abad (627 p.c.)

San Atalo, originario de Borgoña, pasó su juventud con Aregio, obispo de Gap, a quien sus padres le habían confiado. Sintiendo que sus progresos en la virtud no correspondían a sus éxitos en el estudio de las letras profanas, Atalo ingresó en el monasterio de Lérins. Sin embargo, más tarde decidió buscar una comunidad aún más estricta. En el célebre monasterio de Luxeuil, fundado por San Columbano en el antiguo pueblo romano de Luxovium, Atalo encontró toda la austeridad que pudiera desear y pronto llegó a ser el discípulo predilecto de San Columbano, quien vio en él a un alma gemela y se esforzó por guiarle a la más alta perfección. Cuando Teodorico, rey de Austrasia, desterró de Francia a San Columbano y a todos los monjes irlandeses, Atalo partió con el santo abad. En Lombardía, el rey Aguilulfo les asignó un solitario rincón de los Apeninos para que fundasen el monasterio de Bobio. Para entonces, San Columbano tenía ya setenta años de edad. Como sólo vivió un año más, hay que atribuir gran parte de la gloria de haber fundado el famoso monasterio a San Atalo, quien le sucedió en el cargo de abad, el año 615. El nuevo superior tuvo que enfrentarse con muchas dificultades, particularmente con la deslealtad de sus monjes, quienes, inmediatamente después de la muerte de San Columbano, empezaron a murmurar contra la severidad de la regla y se rebelaron.

San Atalo, como San Columbano, luchó largo tiempo contra el arrianismo, que había invadido los alrededores de Milán. Dios le había concedido el don de curar a los enfermos; su biógrafo, Jonás el Escocés, presenció algunas de las curaciones milagrosas que hizo. Cincuenta días antes de su muerte, San Atalo recibió aviso del cielo de prepararse para un largo viaje. No sabiendo si se trataba de una expedición al extranjero o del paso a la eternidad, el abad puso en orden los asuntos del monasterio y se preparó como si fuese a partir. Cuando la fiebre empezó a dejarse sentir, San Atalo comprendió que el aviso del cielo se refería a su muerte. La enfermedad se agravó y el santo pidió que le colocasen fuera de su celda, junto a la cruz que se levantaba ante la puerta y que él había tocado siempre al entrar y al salir. Como quisiese estar solo unos momentos, todos se alejaron, excepto San Bliomondo (más tarde abad de Saint-Valéry), quien solamente se retiró un poco, por si el santo necesitaba de su ayuda. San Atalo dio gracias a Dios con muchas lágrimas; después vio el cielo abierto y se quedó contemplándolo varias horas. Más tarde, los monjes le introdujeron de nuevo en la celda. El santo murió al día siguiente y fue sepultado en Bobio, junto a su maestro San Columbano. Posteriormente, se colocó en la misma tumba el cuerpo de San Bertulfo y los tres varones de Dios fueron venerados conjuntamente.

Ver Mabillon, vol. II, pp. 115-118. La corta biografía de San Atalo escrita por su contemporáneo y discípulo Jonás puede leerse en *Acta Sanctorum* (marzo, vol. II) y en Migne, PL., vol. LXXXVII, cc. 1055-1062. Pero la mejor edición es la de B. Krusch, en MGH., *Script. merov.*, vol. IV, pp. 113-119.

BEATO JUAN DE VALLEUMBROSA (*c.* 1380 P.C.)

JUAN DE VALLEUMBROSA, natural de Florencia, entró en el monasterio de la Santísima Trinidad en su ciudad natal. Era un hombre muy inteligente y pasaba estudiando muchas horas del día y de la noche. En el curso de sus estudios se interesó en la magia y empezó a practicarla en secreto, cosa que le precipitó a una vida de vicio y depravación. Enterado el abad de Valleumbrosa, le obligó a comparecer ante una comisión de monjes y le acusó formalmente. Juan empezó por mentir, negando que hubiera practicado la magia; pero, ante las pruebas irrecusables, no tuvo más remedio que declararse culpable. En castigo fue condenado a varios años de prisión.

Cuando salió de la cárcel, apenas podía caminar, pero estaba sinceramente arrepentido. El abad y los monjes se mostraron dispuestos a recibirle con los brazos abiertos, pero Juan prefirió abrazar la vida de soledad que había llevado en la prisión. "En mi larga y oscura vida de prisión, dijo, he aprendido que nada hay mejor ni más santo que la soledad; en ella quiero continuar aprendiendo las cosas divinas y perfeccionándome. Ahora que estoy libre de las cadenas, quiero aprovechar bien el tiempo, con la ayuda del Señor." Autorizado por su abad, abrazó la vida eremítica. Pronto corrió la fama de que era el más destacado de los solitarios de su patria, tanto por su santidad, como por su ciencia. Sus cartas y tratados, escritos unos en latín y otros en su idioma natal, corrían de mano en mano y eran tan apreciados por su contenido, como por la elegancia de su lenguaje. Parecía que el beato tenía un don de Dios para tocar los corazones más endurecidos y explicar los puntos más oscuros de la Sagrada Escritura.

El "ermitaño de las celdas", como le llamaba el pueblo, vivió hasta edad muy avanzada y gozó de la amistad y estima de Santa Catalina de Siena. Escribiendo a Barduccio de Florencia después de la muerte de la santa, el Beato Juan afirmaba que Catalina se le había aparecido cuando él se hallaba llorando su fallecimiento y que le había consolado con la visión de la gloria de que disfrutaba en el cielo.

Existe una corta biografía de Andrés de Strumi, publicada en *Acta Sanctorum*, marzo, vol. II, 3a. edic., pp. 49-50. Cf. Zambrini, *Opere volgari a stampa dei sec. 13 e 14*, pp. 238, 263-264, etc.

BEATO JUAN OGILVIE, Mártir (1615 p.c.)

El padre de Juan Ogilvie era barón de Drum-na-Keith, señor de muchos territorios en Banffshire y jefe de la rama menor de los Ogilvie. Su madre, emparentada con los Stewart y los Douglas, era hija de lady Douglas de Lochleven, la carcelera de María Estuardo. Como muchas otras familias de su tiempo, una parte de los Ogilvie eran católicos y los otros presbiterianos. El padre de Juan, aunque no era propiamente enemigo de la fe, educó a su hijo en el calvinismo y, le envió a los trece años de edad a continuar su educación en el continente. Ahí, el joven empezó a interesarse en las controversias religiosas, que eran entonces muy populares en Francia y en las regiones que se hallaban bajo la influencia francesa. En dichas controversias tomaban parte famosos católicos y calvinistas y, el eco de sus disputas ejercía una gran influencia en el mundo intelectual de la época. Pronto comprendió el joven que era necesario rectificar su posición religiosa. Según un discurso, atribuido al beato en una versión escocesa de su juicio, Juan consultó a los más destacados intelectuales italianos, franceses y alemanes y todos le hicieron notar el contraste que ofrecía la continuidad de la doctrina católica, con las novedades introducidas por la Reforma, así como la unidad característica de la Iglesia católica. Confundido por estos argumentos, Juan abandonó las controversias y se dedicó exclusivamente a estudiar dos textos de la Escritura: "Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la Verdad" y "Venid a mí todos los que sufrís y estáis afligidos, y yo os consolaré". Pronto cayó en la cuenta de que la Iglesia católica no hacía distinción de personas y que en su seno había gentes de todas las clases sociales, que despreciaban realmente al mundo. Estas reflexiones y el testimonio de los mártires acabaron de decidirle. Con el objeto de pertenecer a la Iglesia de los mártires determinó hacerse católico y fue recibido en la iglesia del Colegio Escocés de Lovaina en 1596, a los diecisiete años de edad.

Pasó los tres años siguientes en diversos colegios de Europa. Por falta de fondos, el P. Crichton tuvo que despedir del Colegio Escocés a muchos alumnos, entre los que se contaba Juan Ogilvie. quien pasó a estudiar con los benedictinos escoceses de Ratisbona. Ahí permaneció seis meses dedicado a la literatura, y tal vez adquirió algo de ese estilo benedictino que es independiente de las tradiciones nacionales. Después, ingresó en el colegio de los jesuitas de Olmütz, a título de estudiante laico; ahí tuvo oportunidad de conocer a la Compañía de Jesús. Aunque la orden tenía apenas algo más de cincuenta años de vida, se hallaba entonces en el pináculo de la fama y contaba entre sus miem-

bros algunos de los hombres más destacados de la época. Al año de su ingreso en el colegio, Juan pidió ser admitido en la Compañía; pero en ese momento estalló una epidemia que obligó a las autoridades a cerrar el colegio. Sin arredrarse por ello, el joven siguió al superior hasta Viena y fue admitido en el noviciado de Brünn. Citemos las palabras del P. W. Brown en su biografía de Juan Ogilvie: "Durante los diez años que pasó en la provincia austriaca de la Compañía de Jesús, Ogilvie se formó en una disciplina rigurosa. El saber del Renacimiento y el método escolástico se combinaban en una sólida formación intelectual, muy completa. Y la vida espiritual no era menos sólida. Juan aprendió entonces ese dominio de sí mismo que constituía la principal característica de los jesuitas y era la mejor garantía de la obediencia perfecta y del despego de los lazos terrenos."

Por mandato expreso del P. Aquaviva, general de la orden, Juan Ogilvie pasó a Francia y recibió en París la ordenación sacerdotal, en 1610. Ahí mismo entró en contacto con dos jesuitas que habían trabajado como misioneros en Escocia, con la esperanza de convertir, por medio de los nobles, al rey Jacobo. Tanto el P. Crichton como el P. Gordon habían estado en la prisión y éste último había pasado tres años en la Torre de Londres. Los dos misioneros veían muy oscuro el porvenir y estaban muy desanimados. Así pues, cuando en 1611, el padre general les encargó que le hiciesen un resumen de la situación en Escocia, los misioneros presentaron una especie de catálogo de los fracasos anteriores y declararon que no había ninguna posibilidad de trabajar con éxito en el reino, debido a la severidad de las leyes. Precisamente por la misma época, Ogilvie decidió consagrar su vida a esa tarea y escribió al padre general, ofreciéndose para la misión de Escocia. En respuesta, recibió una carta recordándole que a los superiores tocaba escoger a los misioneros y que ni el P. Crichton, ni el P. Gordon le habían recomendado para la misión. Sin perder el ánimo, el beato volvió a la carga; finalmente, al cabo de dos años y medio de importunar a sus superiores, recibió la orden de partir a Escocia.

Como las leyes contra los sacerdotes que entraban en la Gran Bretaña eran muy estrictas, viajó con el pseudónimo de Juan Watson, fingiendo que era un tratante de caballos y un soldado que volvía de las guerras de Europa. En el camino encontró a otro jesuita, el P. Moffat, y a un sacerdote diocesano llamado Campbell; pero en Leith se separaron y Ogilvie siguió hacia el norte. Pronto tuvo oportunidad de comprobar que los nobles católicos, en los que había puesto tantas esperanzas, no querían comprometerse en lo más mínimo. La mayoría de ellos había aceptado exteriormente la religión del Estado y apenas unas cuantas familias de la clase media, que carecían de toda influencia, se mostraban dispuestas a albergar a un sacerdote. No sabemos gran cosa de la actividad del beato durante los seis meses siguientes. Según sus propias declaraciones, pasó seis semanas en el norte de Escocia e invernó en Edimburgo; pero no parece que haya logrado ninguna conversión ni obtenido ninguna ganancia para la causa católica. Comprendiendo su fracaso, decidió volver a los antiguos métodos de los jesuitas. En Londres entró en contacto con el rey Jacobo, o con uno de sus ministros y propuso un proyecto semipolítico que se ha perdido. Durante las negociaciones, hizo un viaje a París para consultar a su superior, el P. Gordon, quien le reprendió severamente por haber abandonado su misión y le envió de nuevo a Escocia.

De vuelta en Edimburgo, el P. Ogilvie se estableció en la casa de un sin-

cero católico, Guillermo Sinclair, abogado parlamentario. Ahí conoció a un franciscano, que también se llamaba Juan y entre los dos atendieron al reducido número de católicos que se reunía en las casas de Guillermo Sinclair, Juan Philips y Roberto Wilkie. La grey del P. Ogilvie empezó pronto a crecer y el misionero se hizo famoso por la insistencia con que predicaba el fervor en la vida católica. Según parece, desempeñó al mismo tiempo el oficio de tutor del hijo mayor de Sinclair, quien más tarde entró en la Compañía de Jesús. Algún tiempo después, empezó a visitar a los católicos en la prisión, cosa muy arriesgada, pues los guardias no abandonaban un solo momento a los visitantes. Aun tuvo la osadía de ir a visitar a Sir James MacDonald en la prisión del castillo; Sir James recordaba todavía las visitas del beato muchos años después. En el verano de 1614, el P. Ogilvie logró algunas conversiones; según Sinclair, el número de convertidos fue muy considerable, teniendo en cuenta el corto período en que el beato pudo consagrarse a ese trabajo. Hacia fines de agosto, el P. Ogilvie fue a Glasgow, donde se albergó en casa de una viuda llamada Marion Walker, quien murió en la prisión. Dicha mujer había convertido su casa en una especie de centro, en el que los sacerdotes que pasaban por la ciudad podían celebrar la misa y oír confesiones. En Glasgow consiguió el beato entrar en contacto con Sir John Cleland y Lady Maxwell, que eran católicos en secreto y reconcilió con la Iglesia a varios miembros de la nobleza de Renfrewshire. Al mismo tiempo, se dedicó a organizar a los católicos de la burguesía. Poco después de su regreso a Edimburgo, supo que otras cinco personas de Glasgow querían reconciliarse con la Iglesia y volvió a toda prisa a esa ciudad. El 4 de mayo celebró la misa en presencia de Adam Boyd, uno de los cinco que querían la reconciliación. Después de la misa, Adam Boyd dijo al beato que quería instruirse y le rogó que acudiese, a las cuatro de la tarde, al mercado donde un mensajero iría a buscarle para conducirle a un sitio seguro. El P. Ogilvie aceptó y Boyd fue inmediatamente a ver al arzobispo Spottiswoode, un antiguo ministro presbiteriano que era uno de los empleados más capaces del rey en Glasgow y vigilaba tanto a los católicos, como a los protestantes. Convinieron en que un criado muy vigoroso del arzobispo, llamado Andrés Hay, iría a encontrar a Adam Boyd y al P. Ogilvie en el mercado. Boyd denunció también a todos aquellos de quienes sospechaba que trataban con el P. Ogilvie.

El jesuita llegó al sitio de la cita, acompañado por Jacobo Stewart, hijo del antiguo jefe de la policía, quien al ver a Hay aconsejó al beato que volviera inmediatamente a casa. Stewart y Hay empezaron a discutir y acabaron por golpearse; algunos transeúntes participaron en la lucha y finalmente, Ogilvie fue conducido a casa del alcalde de la ciudad. Hasta allá le siguió Spottiswoode con sus guardias. Cuando el beato compareció ante el arzobispo que hacía de juez, recibió una bofetada y esta acusación: "Vuestra Merced ha tenido el atrevimiento de celebrar la misa en una ciudad de la Iglesia Reformada". El P. Ogilvie respondió en el mismo tono: "Y Vuestra Merced tiene el atrevimiento de portarse como un verdugo y no como un arzobispo". Al oír esto, los criados del prelado se echaron sobre él, le mesaron la barba y les desgarraron con las uñas; sólo salvó al beato la intervención de Lord Fleming, que por casualidad se hallaba presente. Los criados del arzobispo lo desnudaron para registrarlo, pero lo único que encontraron fue una bolsa con monedas de oro y otra con monedas de plata, algunas medicinas, un breviario

y un compendio de controversias religiosas.

A la mañana siguiente, el P. Ogilvie compareció ante el arzobispo y el juez de Glasgow. La primera pregunta que le hicieron fue: "¿Habéis celebrado la misa en el reino?" El beato, sabedor de que estaba sujeto al código penal, respondió con prudencia: "Puesto que se trata de un crimen, no es a mí a quien toca responder, sino a los testigos". A la pregunta de por qué había ido a Escocia, respondió valientemente: "Vine para combatir la herejía y salvar almas". "¿Reconocéis la autoridad del rey?", quisieron saber los jueces. El beato respondió: "El rey Jacobo es de *facto* rey de Escocia". Interrogado sobre el famoso "complot de la pólvora", contestó: "Detesto el parricidio y no lo alabo". (Parricidio era el término que se aplicaba entonces al asesinato de un soberano). El beato se negó a responder a todas las preguntas que podían comprometerle o poner en peligro la vida de otros; el interrogatorio se prolongó durante veintiséis horas. Como el P. Ogilvie no había probado ningún alimento, al fin de la sesión temblaba por la fiebre. Finalmente el juez le permitió que se acercase un poco al fuego para calentarse. Aun ahí fue a molestarle uno de los criados del arzobispo, quien manifestó intenciones de arrojarle a las llamas. El beato le dijo: "Habéis escogido el mejor momento para ello, pues estoy temblando de frío." En el calabozo, le ataron por los pies a una barra de hierro y le permitieron tenderse en el suelo, pues estaba tan débil, que no podía tenerse en pie. Spottiswoode obtuvo permiso de aplicarle la llamada tortura de la bota, pero no parece haberla empleado en todo su rigor. Para aumentar los sufrimientos del beato, Spottiswoode divulgó la noticia de que había revelado los nombres de sus amigos.

Cuando los verdugos vieron que ni las amenazas, ni las promesas lograban que el P. Ogilvie revelase los nombres de los católicos escoses, decidieron privarle del sueño para disminuir su resistencia. Durante ocho días consecutivos y sus noches, le punzaron el cuerpo con agudas estacas, le arrastraron por el suelo le sometieron a la tortura del ruido y le mesaron los cabellos. Finalmente, los médicos declararon que si el suplicio se prolongaba tres horas más el beato moriría. Los perseguidores le dejaron descansar veinticuatro horas antes de hacerle comparecer, en Edimburgo, ante los lores comisionados por el rey para el caso. Según declararon las autoridades, Juan Ogilvie era reo del delito de alta traición, por haberse rehusado a admitir la jurisdicción del rey en lo espiritual. Sin embargo, el tribunal se preocupó menos por probar que había celebrado la misa y que había sostenido la jurisdicción pontificia en Escocia, que por arrancarle los nombres de quienes habrían visto con buenos ojos la vuelta del reino a la fe católica. Las autoridades habían dado permiso al beato de recibir visitas en la cárcel después de esparcir el rumor de que había traicionado a sus amigos, con la esperanza de que éstos, a su vez denunciasen a otros. Todos los suplicios a que fue sometido el P. Ogilvie iban dirigidos a ese fin; la cuestión del poder del Papa para deponer al rey, no se trató sino después de que habían fracasado todos los tormentos. Sobre esa espinosa cuestión, que preocupaba mucho a los teólogos de la época, el beato contestó que sólo estaba dispuesto a responder al Papa.

Después del segundo juicio, el P. Ogilvie fue nuevamente transladado a Glasgow, donde, según parece, le trataron bien al principio. La noticia de su heroismo había corrido ya por Escocia, de suerte que los perseguidores y sobre todo el arzobispo hubiesen dado cualquier cosa porque el beato apostatase y

reconociese la supremacía del rey. Al poco tiempo, se presentó al P. Ogilvie un cuestionario redactado por el mismo rey. A las cinco preguntas, que versaban sobre las relaciones de la Iglesia y el Estado, el beato respondió en una forma que equivalía a firmar su sentencia de muerte. Aunque los guardias empezaron a tratarle con mayor rigor, el P. Ogilvie pudo continuar escribiendo en latín un relato sobre su martirio; cuando lo terminó, consiguió deslizarlo por debajo de la puerta a algunos católicos que habían entrado en la prisión, bajo pretexto de visitar a otros presos.

Pero todavía le faltaba soportar al P. Ogilvie un tercer juicio. Las autoridades le hicieron saber que se le iba a juzgar, no por haber celebrado la misa, sino por las respuestas que había dado al cuestionario del rey. El arzobispo le ofreció su protección si se retractaba de tales contestaciones; pero el beato replicó: "Yo estoy dispuesto a obedecer al rey en todo aquello en que tenga autoridad y estoy pronto a verter mi sangre por defender su poder temporal. Pero me niego a obedecerle en las cosas espirituales, pues en ellas carece de jurisdicción."

El beato fue sentenciado a morir como traidor. Su amigo Juan Browne, que le acompañó hasta el fin y recogió sus últimas palabras, afirmó que todavía en el cadalso los verdugos ofrecieron al P. Ogilvie la libertad y un brillante porvenir, si abjuraba de la fe. Esto demuestra, con evidencia, que el motivo por el que fue condenado era la fe y no la política. Cuando los verdugos retiraron la escalera y dejaron al mártir colgando en la horca, la multitud clamó contra las autoridades que le habían condenado tan injustamente. La causa de Juan Ogilvie no se introdujo en la de los otros mártires ingleses, sino que fue beatificado aparte, el 22 de diciembre de 1929. La Compañía de Jesús celebra su fiesta el día 20 de febrero.

Ver W. E. Brown, *John Ogilvie* (1925), donde hay una traducción de los documentos del proceso de beatificación; James Forbes, *Jean Ogilvie, Escossais, Jésuite;* G. Antonelli, *Il b. Giovanni Ogilvie* (1929), con muy buenas ilustraciones.

11: SANTOS TROFIMO Y TALO, Mártires (308, p.c.)

TROFIMO Y Talo eran dos hermanos, naturales de Estratónica, detenidos, por ser cristianos, durante la persecución de Diocleciano. La detención se practicó en Laodicea, por orden directa del prefecto Asclepiano.

Se intentó lapidarlos, pero las piedras no llegaron a tocarlos; parecían estar protegidos por un escudo invisible que les hubiera enviado Dios. Sorprendido el prefecto por este prodigio, dejó libres a los mártires, pero de ahí a poco fueron de nuevo denunciados como cristianos y, como ellos hicieran pública profesión de su fe en Jesucristo, se les condenó a morir despedazados por los garfios. Los santos fueron atados a sendos caballetes y los verdugos comenzaron a arrancar trozos de sus cuerpos.

En medio de los tormentos, no hacían sino rezar y burlarse de los paganos, de modo que el prefecto ordenó que los crucificaran.

Los fieles empaparon lienzos en la sangre que corría de sus heridas y, cuando por fin expiraron, recogieron los cuerpos y les dieron piadosa sepultura en la iglesia de Laodicea, de donde, más tarde, fueron trasladados a Estratónica.

Menaias griegas, y *Acta Sanctorum*, 11 de marzo.

SAN CONSTANTINO, Mártir (Siglo VI)

Según las lecciones del breviario de Aberdeen, los primeros años del rey Constantino de Cornwall no dejaron presagiar la santidad que alcanzaría más tarde. Pero la muerte de su esposa, que era hija del rey de Bretaña, le produjo tal impresión, que determinó cambiar de vida y cedió el trono a su hijo. Ocultando su identidad y su rango, el rey Constantino partió para Irlanda, donde entró en el monasterio de Rahan, dirigido por San Mochuda. Ahí pasó siete años, ocupado en los oficios más humildes, acarreando sacos de grano del monasterio al molino. Según la leyenda, fue identificado por un monje que le oyó reír a solas en el granero y exclamar hablando consigo mismo: "¿Soy realmente el rey Constantino, que antes llevaba casco y coraza y ahora se afana en un molino?"

Constantino estudió lo suficiente para recibir la ordenación sacerdotal y fue enviado a Escocia, donde estuvo en contacto, primero con San Columbano y después con San Kentigerno. Se cuenta que predicó la fe en Galloway y que más tarde fue nombrado abad del monasterio de Govan. Siendo ya muy anciano, Constantino fue atacado por los piratas, cuando se dirigía a Kintyre y le cortaron un brazo. Todavía tuvo tiempo de llamar a sus acompañantes y de bendecirles antes de morir a causa de la hemorragia. Escocia le consideró como su primer mártir y su fiesta se celebra todavía en la diócesis de Argyll y en las Islas Británicas.

También en Cornwall, Gales e Irlanda, existe la tradición de que un rey llamado Constantino entró en un monasterio; pero los detalles son tan contradictorios, que no merecen fe. Tampoco hay razón alguna para identificar a Constantino de Cornwall con "el tirano de la innoble Leona de Domnonia" del que habla Gildas.

La principal fuente sobre San Constantino es el breviario de Aberdeen, a la que se añade el Martirologio. Los bolandistas (*Acta Sanctorum*, marzo, vol. II) parecen haber adoptado las conclusiones a que llega Colgan en *Acta Sanctorum Hiberniae*. Ver KSS. pp. 311-314, y sobre todo el excelente resumen biográfico del canónigo Doble, *St. Constantine* (1930), n. 26 de la colección *Cornish Saints*. Los anales de Tigernach mencionan en el año 588 *la conversión de Constantino al Señor;* la fecha en que la sitúan los anales de Ulster es el año 587, y los *Annales Cambriae* en el año 589.

SAN SOFRONIO, Patriarca de Jerusalén (*c.* 638 p.c.)

Sofronio nació en Damasco y desde pequeño estudió tan excesivamente, que estuvo a punto de quedar ciego; pero gracias a eso el santo llegó a ser tan versado en la filosofía griega, que recibió el sobrenombre de "el sofista". Junto con su amigo, el célebre ermitaño Juan Mosco, viajó mucho por Siria, Asia Menor y Egipto, donde tomó el hábito de monje, el año 580. Los dos amigos vivieron juntos durante varios años en la "laura" de San Sabas y el monasterio de Teodosio, cerca de Jerusalén. Su deseo de mayor mortificación los llevó a visitar a los famosos ermitaños de Egipto. Después fueron a Alejandría, donde el patriarca San Juan el Limosnero les rogó que permaneciesen dos años en su diócesis para ayudarle a reformarla y a combatir la herejía. En dicha ciudad fue donde Juan Mosco escribió el "Prado Espiritual", que dedicó a San

Sofronio. Juan Mosco murió hacia el año 620, en Roma, a donde había ido en peregrinación. San Sofronio retornó a Palestina y fue elegido patriarca de Jerusalén, por su piedad, saber y ortodoxia.

En cuanto tomó posesión de la sede, convocó a todos los obispos del patriarcado para condenar la herejía monotelita y compuso una carta sinodal, en la que exponía y defendía la doctrina católica. Esa carta, que fue más tarde ratificada por el sexto Concilio Ecuménico, llegó a manos del Papa Honorio y del patriarca de Constantinopla, Sergio, quien había aconsejado al Papa que escribiese en términos evasivos acerca de la cuestión de las dos voluntades de Cristo. Parece que Honorio no se pronunció nunca sobre el problema; su silencio fue muy poco oportuno, pues producía la impresión de que el Papa estaba de acuerdo con los herejes. Sofronio, viendo que el emperador y muchos prelados del oriente atacaban la verdadera doctrina, se sintió llamado a defenderla con mayor celo que nunca. Llevó al Monte Calvario a su sufragéneo, Esteban, obispo de Dor y ahí le conjuró, por Cristo Crucificado y por la cuenta que tendría que dar a Dios el día del juicio, "a ir a la Sede Apostólica, base de toda la doctrina revelada, e importunar al Papa hasta que se decidiese a examinar y condenar la nueva doctrina." Esteban obedeció y permaneció en Roma diez años, hasta que el Papa San Martin I, condenó la herejía monotelita, en el Concilio de Letrán, el año 649.

Pronto tuvo San Sofronio que enfrentarse con otras dificultades. Los sarracenos habían invadido Siria y Palestina; Damasco había caído en su poder en 636; y Jerusalén en 638. El santo patriarca, había hecho cuanto estaba en su mano por ayudar y consolar a su grey, aun a riesgo de su vida. Cuando los mahometanos sitiaban la ciudad, San Sofronio tuvo que predicar en Jerusalén el sermón de Navidad, pues era imposible ir a Belén en aquellas circunstancias. El santo huyó después de la caída de la ciudad y, según parece, murió al poco tiempo, probablemente en Alejandría. Además de la carta sinodal, San Sofronio escribió varias biografías y homilías, así como algunos himnos y odas anacreónticas de gran mérito. Se ha perdido la "Vida de Juan el Limosnero", que compuso en colaboración con Juan Mosco; también se perdió otra obra muy voluminosa, en la que citaba 600 pasajes de los Padres para probar que en Cristo había dos voluntades.

Se discute la identidad de Sofronio "el sofista" con el patriarca de Jerusalén: ver S. Vailhé, en *Revue de l'orient chrétien*, vols. VII y VIII (1902-1903). Tampoco existe ninguna prueba fehaciente de que el patriarca de Jerusalén haya conocido a Juan Mosco. Sin embargo, hasta ahora se había supuesto generalmente que "el sofista" que viajó con Juan Mosco se identificaba con el patriarca de Jerusalén; ver p.e. *Acta Sanctorum*, marzo, vol. II. Cf. Bardenhewer, *Patrology* (Trad. inglesa), pp. 559-561 y 564-565; y DCB, vol. IV, pp. 719-721.

SAN BENITO, ARZOBISPO DE MILÁN (725 P.C.)

SABEMOS MUY poco sobre San Benito Crispo. Siendo arzobispo, tuvo que ir a Roma "a defender ardientemente" su derechos episcopales, según la expresión de Ughelli; pero perdió la causa. Fue él quien compuso el epitafio del joven príncipe anglosajón, Caedwalla (abril 20), quien fue sepultado en San Pedro. El Martirologio Romano hace mención de San Benito.

Ver *Acta Sanctorum*, marzo, vol. II.

SAN EULOGIO DE CORDOBA, Mártir (859 p.c.)

Se ha dicho que San Eulogio fue la mayor gloria de España en el siglo IX. Era descendiente de una familia que había tenido posesiones en Córdoba, desde la época de los romanos. El santo tenía tres hermanos y dos hermanas. Córdoba se hallaba entonces ocupada por los moros, quienes la habían convertido en su capital. Los moros toleraban a los cristianos, aunque les imponían condiciones vejatorias. El culto público se les permitía mediante el pago de un impuesto mensual; pero el proselitismo se castigaba con la pena de muerte. Sin embargo, muchos cristianos ocupaban puestos de importancia; por ejemplo, José, hermano menor de San Eulogio, desempeñaba un alto cargo en la corte de Abderramán II.

Eulogio se educó con los sacerdotes de San Zoilo. Una vez que hubo aprendido todo lo que podían enseñarle, se puso bajo la dirección del ilustre escritor Esperandeo, abad de un monasterio. Ahí conoció a Pablo Alvarez, de quien se hizo muy amigo y quien escribió más tarde la biografía del santo. Al terminar sus estudios, San Eulogio recibió la ordenación sacerdotal, en tanto que Alvarez se casó y abrazó la carrera de escritor. Los dos amigos sostuvieron una nutrida correspondencia, pero destruyeron por mutuo acuerdo las cartas, que eran demasiado íntimas y no suficientemente trabajadas. En su "Vida de San Eulogio", Alvarez le describe como muy piadoso y mortificado, versado en todas las ramas del saber, especialmente en la Sagrada Escritura; de rostro agradable; tan humilde, que con frecuencia se atenía a las opiniones de otros, mucho menos sabios que él y tan amable, que se ganó el cariño de cuantos le trataron. Su gran descanso consistía en visitar los monasterios y los hospitales. Los monjes le tenían en tal estima que, con frecuencia, le pedían que redactase sus reglas. En esa forma, el santo estuvo en muchas casas religiosas de España y visitó los monasterios de Navarra y Pamplona para revisar sus constituciones y escoger las mejores reglas.

El año 850, estalló una súbita persecución contra los cristianos de Córdoba, ya sea porque éstos hubiesen combatido abiertamente a los mahometanos, ya porque trataran de convertir a algunos de ellos. La situación de los cristianos se complicó, pues un obispo andaluz, llamado Recaredo, en vez de defender a su grey, hostigó contra ella a los moros. No sabemos por qué procedió en esa forma; tal vez se trataba de un "moderado" que prefería la paz y la tolerancia, a la persecución y el celo misionero. En todo caso, dicho prelado fue el responsable de la aprehensión del obispo de Córdoba y de algunos miembros de su clero. En la prisión, Eulogio se ocupó en leer la Biblia a sus compañeros y en exhortarles a permanecer fieles a la fe. También escribió entonces su "Exhortación al Martirio", dedicada a las vírgenes Flora y María. En ella decía: "Sé que estáis amenazadas de ser vendidas como esclavas y de perder la virginidad; pero podéis estar seguras de que no es posible manchar la virginidad de vuestras almas, por mucho que atormenten vuestros cuerpos. Algunos cristianos cobardes os dirán, para desanimaros, que las iglesias están silenciosas, vacías y sin culto, a causa de vuestra obstinación, y que si cedéis durante algún tiempo, os dejarán practicar libremente vuestra religión. Os ruego que no olvidéis que el sacrificio que agrada verdaderamente a Dios es la contrición del corazón y que no tenéis derecho a volver atrás y renunciar a la fe que habéis confesado." Las doncellas no perdieron la virginidad y, antes de ser decapitadas, declararon que, en cuanto llegasen a la presencia de Jesucristo, le pedirían que sus hermanos alcanzasen

la libertad. Seis días después de su muerte, los prisioneros quedaron libres. San Eulogio compuso entonces una narración en verso del martirio de las dos vírgenes, para animar a los cristianos a seguir su ejemplo. Su hermano José fue despedido de la corte y San Eulogio fue obligado a vivir con el traidor Recaredo, pero no por ello dejó de seguir instruyendo y alentando a los fieles con la predicación y con la pluma.

El año 852, otros cristianos fueron martirizados. En el mismo año, el Concilio de Córdoba prohibió entregarse espontáneamente a los perseguidores. El sucesor de Abderramán llevó adelante la persecución con mayor violencia que su padre; ello no hizo sino acrecentar el celo de San Eulogio, quien evitó que apostatasen muchos cristianos débiles y alentó a muchos otros al martirio. En los tres volúmenes de su obra titulada "Memorial de los Santos", describió los sufrimientos y la muerte de los mártires de la persecución. También escribió una "Apología" contra los que negaban que las víctimas de aquella persecución eran verdaderos mártires, alegando que no habían obrado milagros, que se habían entregado espontáneamente, que no habían sido torturados sino tan sólo decapitados y que los perseguidores no eran idólatras, sino que creían en el verdadero Dios. San Eulogio se defendía también a sí mismo, ya que él había aprobado y alentado a los mártires.

Cuando murió el arzobispo de Toledo, el clero y el pueblo eligieron a San Eulogio para sucederle; pero el santo fue ejecutado antes de su consagración.

Había en Córdoba una joven llamada Leocricia, convertida y bautizada por un pariente, aunque sus padres eran mahometanos. Esto constituía un crimen que se castigaba con la pena de muerte. Cuando los padres de la joven se enteraron de lo sucedido, la golpearon y maltrataron cruelmente para hacerla apostatar. La joven narró sus cuitas a San Eulogio, quien con la ayuda de su hermana Anulona, la ayudó a escapar y la escondió en casa de unos amigos suyos. Las autoridades descubrieron el sitio en que se hallaba la joven y llevaron ante el kadí a todos los que la habían ayudado a escapar. Sin amedrentarse por ello, Eulogio dijo al juez que estaba dispuesto a mostrarle el verdadero camino del cielo y declaró que Mahoma era un impostor. El kadí le amenazó con hacerle perecer a latigazos. El santo respondió que nada le haría renegar de su religión. Entonces, uno de los presentes habló en privado a San Eulogio, diciéndole: "Está bien que los ignorantes se precipiten a la muerte; pero un hombre de tu ciencia y de tu posición no debería alentarles con su ejemplo. Hazme caso; pliégate a las circunstancias y di una sola palabra. Después podrás practicar libremente tu religión y te prometo que no te molestaremos más". Eulogio replicó sonriendo: "Si sospecharas siquiera el premio que espera a quienes perseveran hasta el fin en la fe, cambiarías en el acto todas tus dignidades por él." En seguida empezó a predicar osadamente el Evangelio a los presentes. Para evitarlo, el juez le condenó inmediatamente a muerte. Uno de los guardias que le condujeron al sitio de la ejecución le abofeteó por haber hablado contra Mahoma; el santo presentó con gran mansedumbre la otra mejilla y recibió otro golpe. Al llegar al lugar del martirio, San Eulogio presentó el cuello al verdugo. Santa Leocricia sufrió el martirio cuatro días después.

Como lo hicimos notar en el artículo, casi la única fuente que poseemos sobre San Eulogio es la corta biografía latina escrita por su amigo Alvarez o Alvaro. Puede leerse dicha biografía en *Acta Sanctorum*, marzo, vol. II, y también en Migne, PL., vol. CXV, cc. 705-720 y en otras colecciones. Ver igualmente Gams, *Kirchengeschichte von Spanien*, vol.

, pp. 299-338, y el artículo *Eulogius* en el *Kirchenlexikon.* Cf. Dozy, *Histoire des Musul-ıans d'Espagne*, vol. II, pp. 1-174; y W. von Baudissin, *Eulogius und Alvar* (1872); J. érez de Urbel, *Un Santo de la dominación Musulmana* (1937).

SANTA AUREA u ORIA, VIRGEN (*c.* 1100 P.C.)

ʾAJO LA dominación musulmana, los cristianos españoles que querían consa-rarse a Dios en la vida religiosa, acostumbraban construir monasterios en los incones más retirados de las montañas, para evitar que los perseguidores les ıolestasen. Uno de dichos monasterios era el de San Millán de la Cogolla, cerca el Ebro, en la diócesis de Calahorra. Junto a la abadía de monjes benedictinos, e levantaba el convento de las religiosas, según la costumbre de la época. El bad de La Cogolla gobernaba los dos monasterios. En el pueblecito de Villave-ıyo, que se hallaba en las cercanías, habitaban García Nuño y su mujer, ımunia, con su hija, Aurea. Movida por el constante estudio de la Sagrada ʾscritura y por la meditación sobre las vidas de las santas Agata, Eulalia y Ceci-a, Aurea decidió consagrarse a Dios en religión y pidió ser admitida en el mo-asterio de San Millán. Ahí vivió solitaria con gran abnegación. En premio de llo, tuvo una visión de sus tres santas patronas, quienes le aseguraron que Dios staba satisfecho de ella y le prometieron la corona de la gloria. La fama le las penitencias y milagros de la santa, se esparció por toda la región y l pueblo solicitaba constantemente su intercesión. Santa Aurea murió víctima le una dolorosa enfermedad, en los brazos de su madre. Un monje que estaba ›resente a su muerte, escribió sus biografía. La madre de la santa murió poco lespués y fue sepultada junto a ella.

Los documentos sobre Santa Aurea no son muy satisfactorios. Mabillón no la menciona n sus *Annales*. Los bolandistas hacen un breve relato de su vida en *Acta Sanctorum*, ıarzo, vol. II.

SANTA TERESA MARGARITA REDI, VIRGEN (1770 P.C.)

ʻA LISTA de los santos jóvenes que la Iglesia ha canonizado en los últimos años, omprende a la religiosa Carmelita, Teresa Margarita del Sagrado Corazón, anonizada en 1934. Ana María Redi, como se llamaba antes de ingresar en reli-ión, nació en Arezzo, pero pasó la mayor parte de su vida en Florencia. Había ıacido en 1747. Sus padres la enviaron a Florencia, diez años después, a edu-arse con las religiosas del convento de Santa Apolonia. Ahí pasó la joven siete ıños, dando admirable ejemplo de obediencia, modestia, espíritu de oración, liligencia y todas las virtudes propias de un estudiante. Volvió a su casa durante ılgunos meses, al terminar su educación. Ahí recibió una especie de aviso so-›renatural de Santa Teresa de que debía entrar en la Orden del Carmelo. Así ›ues, ingresó en el convento de Santa Teresa de Florencia, en 1765. Hubiese querido ser hermana lega, pero sus superiores no se lo permitieron. Después le un noviciado muy edificante, hizo los votos de las religiosas de coro.

No hay mucho que contar sobre la vida de retiro que Teresa Margarita levó en el claustro; pero quienes tuvieron oportunidad de tratarla en los cinco ıños de vida que Dios le concedió en el convento, hablaban con gran entusiasmo le su extraordinaria fidelidad a la vocación. Todavía se conservan los testimo-

nios de sus hermanas en el proceso episcopal, instituido poco después de su muerte, con miras a la beatificación. La santa era especialmente devota del Sagrado Corazón. También se distinguía por su maravillosa caridad, que le llevaba a aprovechar cuantas oportunidades le ofrecía la vida del claustro para sacrificarse por sus hermanas. Probablemente la forma tan estricta en que practicó la oración, la penitencia y la pobreza, yendo más allá de lo que exigía la regla, acortó sus días. Además, durante la mayor parte de su vida religiosa ejerció el oficio de enfermera; en él dio muestras de maravillosa ecuanimidad y alegría, aunque su débil salud habría exigido que se la contase más bien entre las enfermas. Teresa Margarita murió a los ventitrés años de edad. Su cuerpo permaneció expuesto durante quince días, sin que se advirtiera la menor señal de descomposición y, hasta el presente, se halla incorrupto. La santa ha sido muy venerada, sobre todo en Florencia y ha obrado numerosos milagros.

El *summarium de virtutibus* para el proceso de beatificación se encuentra en el Museo Británico. Ver Lorenzo, *La b. Teresa Margherita* (1930); Stanislas, *Un angelo del Carmelo* (1930). Aunque la santa murió el 7 de marzo, los carmelitas celebran su fiesta el día 11 del mismo mes.

BEATO JUAN BAUTISTA FABRIANO (1539 P.C.)

LAS CRÓNICAS de la orden franciscana alaban mucho a San Juan Bautista Fabriano. Aunque era sacerdote y de inteligencia muy despierta, su humildad le llevó a no estudiar más que lo estrictamente necesario para recibir la ordenación sacerdotal. El rigor de su vida recordaba las penitencias de los padres del desierto. El beato ayunaba con frecuencia de domingo a domingo. Durante la cuaresma, desde la Epifanía hasta la Pascua, sólo comía los jueves y los domingos. En vez de retirarse a su celda al terminar los oficios nocturnos, acostumbraba quedarse orando en la iglesia; el sacristán le sorprendió, en cierta ocasión, arrebatado en éxtasis; el suave perfume que despedía el beato había llevado al curioso sacristán al rincón en que se ocultaba. Juan Bautista era un hombrecito pequeño y muy débil; a pesar de ello, se negaba a protegerse del frío y no usaba más que un hábito viejo y parchado. Su caridad era infatigable; aunque insistía en que había que guardar escrupulosamente las reglas, no se ahorraba trabajo para procurar a sus hermanos, sobre todo a los enfermos, todo lo que necesitaban. Juan Bautista murió en el convento de Masaccio, en 1539. Los milagros obrados en su tumba popularizaron su culto, que fue confirmado en 1903.

Ver Ciro da Pesaro, *Vita e culto del B. Giovanni Righi* (1904); el autor se basa en una biografía escrita unos sesenta años después de la muerte del beato. Cf. también Marcos de Lisboa, *Croniche dei Minori*, vol. III, pp. 602-603.

BEATOS JUAN LARKE, GERMAN GARDINER y JUAN IRELAND, MÁRTIRES (1544 P.C.)

SE HA dicho erróneamente que Juan Larke era el capellán de Santo Tomás Moro; en realidad era el párroco de la iglesia de Chelsea, a la que Santo Tomás Moro acostumbraba ir cuando se hallaba en Londres. La casa del Beato Juan se encontraba en el distrito de su parroquia. No sabemos nada acerca de su

nacimiento ni de su educación, pero hay razones para creer que era ya de edad avanzada, cuando sufrió el martirio. En 1504, había sido nombrado párroco de la iglesia de Santa Etelburga y desempeñó ese oficio hasta poco antes de su muerte.* En 1526, tomó la dirección de la iglesia de Woodford, en Essex. Cuatro años después, dejó ese cargo, cuando Santo Tomás Moro le nombró párroco de Chelsea. Como es bien sabido, el santo, que ejercía el cargo de primer ministro, tenía derecho a nombrar párrocos. El Beato Juan profesaba gran veneración a Tomás Moro. El biógrafo de este último, Cresacre Moro, cuenta que "la muerte de Sir Thomas produjo tal efecto en el Dr. Larke, que éste, siguiendo el ejemplo de su feligrés, sufrió más tarde un glorioso martirio por la misma causa de la supremacía." Según parece, el título de "doctor" es pura cortesía del autor. Aunque no había prestado el juramento ni sacrificado sus principios para salvar su vida y sus beneficios, las autoridades dejaron en paz al beato hasta 1544. En dicho año, fue arrestado y acusado de traición, junto con otro sacerdote diocesano, llamado Juan Ireland, del que sabemos muy poco y con un joven, llamado Germán Gardiner. Este último era secretario y probablemente pariente de Esteban Gardiner, obispo de Winchester. Germán era un fervoroso católico, pero no era sacerdote, como se ha dicho algunas veces.

El juicio de los tres mártires se llevó a cabo en Westminster, el 15 de febrero de 1544. Las actas oficiales dicen lo siguiente:

> "El jurado afirma, bajo juramento, que Juan Heywood, caballero originario de Londres, Juan Ireland, originario de Eltham del condado de Kent, Juan Larke, originario de Chelsea del condado de Middlessex, clérigo, y Germán Gardiner, originario de Southwark del condado de Surrey, caballero, olvidando su deber de lealtad al rey y de fidelidad al Dios todopoderoso, seducidos por el demonio, han obrado falsa, maliciosa y traidoramente como falsos y villanos traidores contra el serenésimo y cristianísimo príncipe Don Enrique VIII por la gracia de Dios Rey de Inglaterra, Francia e Irlanda, defensor de la fe, jefe supremo sobre la tierra de la Iglesia de Inglaterra e Irlanda, escogiendo, deseando, queriendo, maquinando, inventando, practicando e intentando, junto con muchos otros traidores desconocidos, privar al susodicho Rey Enrique VIII de su real dignidad, título y nombre de "Jefe Supremo de la Iglesia de Inglaterra e Irlanda", que le ha sido conferido y añadido a su imperial corona por las leyes y edictos de este reino de Inglaterra."

Todos los prisioneros fueron sentenciados a muerte; pero Juan Heywood, cuyo nombre figura en primer lugar en las actas oficiales, apostató en el cadalso y fue perdonado por el rey. Los otros permanecieron firmes en la fe y murieron en Tyburn, el 7 de marzo de 1544. La fiesta de Juan Larke se celebra el día de hoy en la diócesis de Brentwood.

* Puede verse un notable retrato del P. Larke en su interesante iglesia, una de las pocas que no fueron consumidas por el gran incendio en 1666.

Ver Camm, LEM., vol. I, pp. 541-547.

12: SAN GREGORIO MAGNO, Papa, Doctor de la iglesia (604 p.c.)

EL PAPA Gregorio I, con más justicia llamado "Magno", el primer Papa que fue monje, ascendió a la silla apostólica cuando Italia se hallaba en una condición deplorable, como consecuencia de las luchas entre los ostrogodos y el emperador Justiniano, que terminaron con la derrota y muerte de Totila, en

el año 562. Roma era la que más había sufrido: en siglo y medio fue saqueada cuatro veces y conquistada otras tantas en veinte años, sin que nadie se hubiera ocupado en restaurar los daños ocasionados por el pillaje, el fuego y los terremotos. San Gregorio escribió sobre esta situación, hacia el año 593: "Nosotros vemos lo que ha llegado a ser aquélla que antes fue señora del mundo. Abatida por las inmensas y múltiples desgracias que ha sufrido . . . ruinas sobre ruinas por doquier . . . ¿Dónde está el Senado? . . . ¿Dónde está el pueblo? . . . Nosotros, los pocos que hemos quedado, estamos amenazados cada día por la espada e incontables pruebas . . . Roma desierta está en llamas . . ."

La familia que ya había dado a la Iglesia dos Papas, Agapito I y Félix III, tatarabuelo de Gregorio, era una de las pocas familias patricias que aún quedaban en Roma. Poco se sabe de Gordiano, el padre de Gregorio, aparte de que poseía extensas propiedades en Sicilia, así como una casa en la colina Coeli; a su esposa Silvia se le reconoce como santa en el Martirologio Romano. Gregorio parece haber recibido la mejor educación de ese tiempo, y haber escogido la carrera de funcionario. En el año 568, una nueva calamidad cayó sobre Italia: la primera invasión lombarda. Tres años después, las hordas bárbaras se acercaron a Roma y cundió la alarma. Gregorio, a los treinta años de edad y con mucha de la prudencia y energía que le caracterizaron, ejerció el cargo civil más encumbrado: el de prefecto de la ciudad, un puesto en el que se ganó el respeto y estimación de los romanos, desarrollando su aprecio por el orden en la administración de los negocios. Aunque Gregorio cumplía fiel y honrosamente sus funciones, desde hacía tiempo se sentía llamado a una vocación superior, hasta que por fin resolvió apartarse del mundo y consagrarse al servicio de Dios. Era uno de los hombres más ricos en Roma, pero lo dejó todo para recluirse en su casa del distrito de Clivius Scauri, convirtiéndola en monasterio bajo el patrocinio de San Andrés y poniéndola al cargo de un monje llamado Valentius, a quien Gregorio calificó en sus escritos como "el superior de mi monasterio y de mí mismo". Los pocos años que el santo pasó en su retiro fueron los más felices de su vida, aunque el exceso de sus ayunos le acarreó complicaciones gástricas, que originaron la dolencia que lo atormentó por el resto de su vida.

No era posible que un hombre con el prestigio y el talento de San Gregorio permaneciera en la obscuridad en aquellos tiempos agitados, y no tardaron en ordenarle séptimo diácono de la Iglesia Romana para enviarle como "apocrisiarius" papal o embajador ante la corte bizantina. El contraste entre la magnificencia de Constantinopla y la condición miserable de Roma no podía dejar de impresionar al santo; pero encontró la etiqueta de la corte fatigosa y las intrigas repugnantes. Tuvo la gran desventaja de no saber griego y cada vez más se entregó a una vida de retiro junto con varios monjes de San Andrés que la acompañaban. En Constantinopla conoció a San Leandro, obispo de Sevilla, con quien trabó una amistad de por vida y, a cuya petición comenzó un comentario sobre el Libro de Job, que más tarde terminó en Roma y que generalmente se conoce como su "Moralia". La mayoría de las fechas en la vida de San Gregorio son inciertas, pero probablemente fue a principios del año 586 cuando le llamó a Roma Pelagio II. Se reinstaló inmediatamente en su puesto de diácono en su monasterio de San Andrés, del cual pronto se convirtió en abad; parece ser que este período es al que se refiere la famosa historia que cuenta el Venerable Beda, basado en una vieja tradición inglesa.

San Gregorio caminaba un día por el mercado, cuando advirtió a tres niños de pelo rubio y tez blanca que se exhibían para ser vendidos como esclavos. El santo se interesó por su nacionalidad. "Son anglos (o angli)" fue la respuesta. "Su nombre es apropiado", dijo el santo, "porque tienen rostros de ángel y se necesita ser así para gozar de la compañía de los ángeles en el cielo". Cuando supo que eran paganos, preguntó de qué provincia venían. "Deira", le respondieron —"¡De ira!" exclamó San Gregorio. "Sí; ciertamente han sido salvados de la ira de Dios y llamados a la misericordia de Cristo. ¿Cómo se llama el rey de ese país?" —"Aella" —"Entonces el aleluya debe cantarse en la tierra de Aella". Quedó tan fuertemente impresionado por la belleza de las criaturas y tan conmovido por su ignorancia de Cristo, que resolvió predicar el Evangelio en Bretaña y partió en seguida con varios de sus monjes. Sin embargo, cuando el pueblo romano supo de su partida, elevó tales protestas, que el Papa Pelagio mandó enviados para hacerlo regresar.

Todo el episodio ha sido declarado apócrifo por los historiadores modernos, pues no se ha comprobado su evidencia. Señalan que Gregorio nunca mencionó el incidente y, además, que aun en sus escritos más triviales no se muestra afecto a juegos de palabras. Sin embargo, la primera parte de la historia —la escena en el mercado— puede ser cierta; la gente a veces hace juego de palabras en conversaciones familiares, absteniéndose de esta práctica cuando escribe y, parece lógica la admiración de San Gregorio por la tez blanca y el pelo rubio de los niños ingleses. En lo que sí no puede haber discusión es en que Gregorio se interesó profundamente por la misión de San Agustín en Inglaterra.

Las Misas Gregorianas para difuntos tienen su origen en este período. Justus, uno de los monjes que estaba enfermo, confesó haber guardado tres coronas de oro y el abad prohibió severamente a los hermanos tener contacto con él y visitarlo en su lecho de muerte. Cuando murió, fue excluido del cementerio de los monjes y enterrado en un muladar junto con las piezas de oro. Sin embargo, como murió arrepentido, el abad ordenó que se ofrecieran misas durante treinta días para el reposo de su alma y se tiene el propio testimonio de San Gregorio de que, al término de ese período, el alma del difunto se le apareció a Copiosus, su hermano natural, asegurándole que había estado atormentado, pero que ahora se encontraba libre.

Entre tanto, en Roma se sucedían las calamidades: a las frecuentes inundaciones causadas por el desbordamiento del Tiber, siguió una terrible epidemia de peste que diezmó a la población y, en el año 590, arrebató la vida al Papa Pelagio. El pueblo escogió a Gregorio como nuevo Pontífice y el santo, como primera medida para acabar con la peste, organizó una grandiosa procesión litúrgica por las calles de Roma. De siete iglesias de la ciudad salieron las gentes para reunirse en Santa María Mayor. San Gregorio de Tours, basado en los informes de un testigo, describió así la procesión: "Había sido organizada para que durara el día miércoles, pero se prolongó durante tres días sucesivos: las columnas caminaban por las calles, cantando el "Kyrie eleison", en tanto que la peste seguía en su apogeo; mientras caminaba la gente había unos que caían muertos. Gregorio les infundía valor, hablándoles sin cesar para pedirles que no dejaran de orar". La fe de la población se vio recompensada, porque después de aquel acto, la plaga disminuyó rápidamente, hasta desaparecer. Así nos lo informan los escritores contemporáneos, pero ningún historiador menciona la aparición del arcángel Miguel blandiendo su espada en la cima del mauso-

leo de Adrián, mientras pasaba la procesión, como lo afirma la leyenda. Sin embargo, esta fábula fue tomando fuerza creciente y el pueblo llegó a aceptar el hecho como real, hasta el punto de que para conmemorarlo, erigieron sobre el mausoleo de Adrián, la estatua del Arcángel que, hasta nuestros días remata la torre del castillo de Sant'Angelo, nombrado así en honor de San Miguel, desde el siglo X.

Aunque Gregorio desde entonces se dedicó a asistir a sus conciudadanos, sus inclinaciones seguían la dirección de una vida de contemplación y no tenía ninguna intención de ser Papa, si lo podía evitar: le escribió al emperador Mauricio pidiéndole que no confirmara la elección; pero según nos cuenta Gregorio de Tours: "Mientras estaba preparándose para huir y esconderse, fue detenido y llevado a la Basílica de San Pedro y allí se le consagró para el cargo pontificio; fue presentado como Papa al público que lo aclamaba". Lo anterior tuvo lugar el 3 de septiembre de 590.

La correspondencia cruzada con Juan, arzobispo de Ravena, quien modestamente lo censuró por tratar de evadir el cargo, originó que Gregorio escribiera la *Regula Pastoralis,* un libro sobre las funciones episcopales. En él reconoce al obispo como el primero y principal doctor de almas, cuyas obligaciones primordiales son las de catequizar y hacer cumplir la disciplina. La obra obtuvo éxito inmediato y el emperador Mauricio mandó que fuera traducida al griego por Anastasio, patriarca de Antioquía. Más tarde, San Agustín la llevó a Inglaterra, donde 300 años después fue traducida por el rey Alfredo; en los concilios convocados por Carlomagno, el estudio del libro se hizo obligatorio para todos los obispos, quienes recibían un ejemplar al ser consagrados. Los ideales de Gregorio fueron en adelante los del clero de occidente y han seguido inculcándose a los obispos en los tiempos modernos.

Desde el momento en que asumió el cargo de Papa, se impuso el doble deber de catequizar y cumplir con la disciplina. Rápidamente destituyó al archidiácono Laurencio, el eclesiástico más importante de Roma, "cuyo orgullo y mal comportamiento sería mejor mantener en silencio", como dice la antigua crónica. En su lugar, designó un "vice dominus" para vigilar los asuntos seculares de la casa papal, ordenó que sólo se designaran clérigos para el servicio del Papa, prohibió el cobro injusto de primas por entierros en iglesias, por ordenaciones o por conferir el palio y no permitió a los diáconos dirigir la parte cantada de la misa, a menos que fueran escogidos por sus voces más que por su carácter. También como predicador se destacó San Gregorio. Gustaba de predicar durante la misa, escogiendo de preferencia temas del Evangelio del día y, hasta nosotros han llegado algunas de sus homilías, llenas de elocuencia y sentido común, terminadas con una enseñanza moral que podía adaptarse a cada caso.

En las instrucciones a su vicario en Sicilia y a los supervisores de su patrimonio, Gregorio insistía constantemente en un trato más liberal hacia sus vasallos y campesinos; aconsejaba que se les facilitara dinero a los que estuvieran en dificultades. Por cierto que fue un excelente administrador de la Sede Pontificia: todos los súbditos estaban contentos con lo que les tocaba en la distribución de bienes y aún entraba dinero a la tesorería. Después de su muerte, lo culparon de haber dejado las arcas vacías a sus sucesores, pero sus generosas caridades —que llegaron a tomar la forma de una asistencia estatal— salvaron tal vez del hambre a miles en aquel período de tanta pobreza. Utilizó fuertes

sumas para rescatar prisioneros de los lombardos; alabó la actitud del obispo de Fano que arrancó las láminas de oro de los altares para venderlas y obtener dinero para los rescates y recomendó a los demás prelados que hicieran lo mismo. Ante la amenaza de escasez de trigo, llenó los graneros de Roma y llevó una lista regular de los pobres a quienes se les entregaba periódicamente el grano. A las "damas en decadencia" les dispensaba una consideración especial. Su sentido de justicia se mostró en su trato suave hacia los judíos, a quienes protegía de los ataques personales o contra sus sinagogas. Declaró que no debía obligárseles, sino ganárselos por la humildad y la caridad. Cuando los hebreos de Caglian, en Cerdeña, se quejaron de que su sinagoga había sido ocupada por un judío converso que la transformó en iglesia, San Gregorio ordenó que fuera restituida a sus legítimos propietarios.

Desde el comienzo de su pontificado, el santo tuvo que enfrentarse a las agresiones de los lombardos, quienes desde Pavía, Spoleto y Benevento hicieron incursiones a diversas partes de Italia. No podía obtenerse ayuda alguna de Constantinopla o del exarca de Ravena y recayó sobre Gregorio, el hombre fuerte, no solamente organizar la defensa de Roma, sino prestar ayuda a otras ciudades. Cuando en 593 Agilulfo apareció ante los muros de Roma con un ejército lombardo, provocando el pánico general, no salió a entrevistar al rey lombardo únicamente el prefecto civil o el jefe militar, sino también el Vicario de Cristo. Tanto por su personalidad y prestigio, como por la promesa que hizo de pagar un tributo anual, Gregorio indujo al rey lombardo a retirar su ejército y dejar en paz a la ciudad. Durante nueve años luchó en vano para llegar a un arreglo entre el emperador bizantino y los lombardos; Gregorio procedió entonces por su cuenta a negociar un tratado con el rey Agilulfo, y obtuvo un armisticio especial para Roma y sus distritos circundantes. Pero solamente los últimos días en la vida de San Gregorio fueron alegrados por las noticias del restablecimiento de la paz. Sin duda que fue un alivio para el santo poder apartar su pensamiento del ajetreado mundo para concentrarlo en sus escritos. Hacia fines de 593, publicó sus célebres *Diálogos*, uno de los libros más leídos en la Edad Media. Es una colección de relatos, profecías y milagros, extraídos de la tradición y expuestos en tal forma, que muestran los esfuerzos de los fieles italianos por alcanzar la santidad. Las historias eran las que transmitían de boca en boca las gentes que, en muchos casos, fueron testigos de los hechos ocurridos. Los métodos de San Gregorio no son críticos y el lector actual frecuentemente se siente desilusinado por lo que respecta a credibilidad de los informes. Los escritores modernos se han preguntado si los *Diálogos* podrían ser obra de una persona tan equilibrada como San Gregorio, pero la evidencia en favor del autor parece concluyente; además debemos recordar que era aquella una época de credulidad y que cualquier cosa extraordinaria era inmediatamente elevada al nivel sobrenatural.

De toda su labor religiosa en occidente, la que estaba más cercana a su corazón era la conversión de Inglaterra y el éxito que coronó sus esfuerzos, encaminados hacia esta dirección fue para él, como necesariamente lo es para los ingleses, el mayor triunfo de su vida. Cualquiera que sea la verdad de los anglos y su historia, parece más probable que el primer intento de enviar una misión provino de Inglaterra misma. Esto se infiere en las dos cartas de San Gregorio que aún se conservan. Al escribir a los reyes franceses Thierry y Teodeberto, dice: "Tenemos noticias de que la nación de los anglos desea

ardientemente ser convertida a la fe; pero los obispos de las comarcas vecinas no hacen caso (a su deseo piadoso) y se niegan a secundarlo enviando sacerdotes". A Brunilda le escribió casi en los mismos términos. Los obispos aludidos eran probablemente los del norte de Francia y no los ingleses galeses o escoceses. Respecto a este problema, la primera medida del Papa fue la de ordenar la compra de varios esclavos ingleses, sobre todo, jóvenes de 17 o 18 años, con objeto de educarlos cristianamente para el servicio de Dios. Aún así, no eran ellos a quienes quería encomendar en principio la labor de conversión. De su propio monasterio de San Andrés, seleccionó un grupo de cuarenta misioneros, a quienes puso a las órdenes de Agustín. No es necesario volver a referirnos a la historia de esta misión, pues se tratará de ella el 26 de mayo. Podemos decir, junto con el Venerable Beda: "Si Gregorio no es apóstol de los demás, lo es para nosotros, puesto que somos su sello de apostolado ante el Señor".

Durante casi todo su pontificado, San Gregorio estuvo en conflicto con Constantinopla, a veces con el emperador, otras con el patriarca y ocasionalmente con ambos. Protestó siempre contra los tributos injustos de los funcionarios bizantinos, cuyas despiadadas extorsiones redujeron a los campesinos italianos a la miseria; protestó también ante el emperador, por un edicto que prohibía a los soldados abrazar la vida religiosa. Con Juan el Abstemio, patriarca de Constantinopla, sostuvo una correspondencia mordaz sobre el título de ecuménico o universal que se había otorgado el jerarca. Sólo significaba una autoridad general o superior de un arzobispo sobre muchos, pero el uso del título "Patriarca Euménico" parecía dar lugar a la arrogancia y Gregorio lo resentía. Por su parte, aunque era uno de los más activos defensores de la dignidad papal, prefería asignarse el orgullosamente humilde título de "Servus Servorum Dei" (Siervo de los siervos de Dios, un título que aún ostentan sus sucesores). En 602, el emperador Mauricio fue depuesto por una revuelta militar capitaneada por Focas, quien asesinó al anciano emperador y a su familia. Haber escrito una carta, en términos diplomáticos a este cruel usurpador, fue el único acto que expuso al Papa a críticas hostiles.

La carta habla principalmente de la esperanza de que la paz quede asegurada. Por el interés de su pueblo indefenso, a Gregorio no le convenía lanzar acusaciones. En sus trece años de pontificado, Gregorio realizó el trabajo de toda una vida. Su diácono, Pedro, aseguró que nunca descansaba y por cierto que no se cuidaba, aunque sufría de una gastritis crónica que le hacía padecer mucho y le dejó en los huesos; pero el Papa no se concedía reposo y, pese a sus males, siguió dictando cartas y atendiendo los asuntos de la Iglesia hasta el fin. Una de sus últimas acciones fue la de enviar una gruesa cobija a un obispo pobre que sufría de un catarro. San Gregorio fue enterrado en San Pedro y el epitafio en su tumba dice así: "Después de haber llevado al cabo sus acciones, conforme a sus doctrinas, el gran cónsul de Dios fue a gozar de sus triunfos eternos".

Se le reconoce a San Gregorio la compilación del *Antiphonario,* la revisión y reestructuración del sistema de música sacra, la fundación de la famosa *Schola cantorum* de Roma y la composición de varios himnos muy conocidos. Aunque esos derechos le han sido discutidos, ciertamente que tuvo una influencia considerable en la liturgia romana. Pero su verdadera obra se proyecta en otras direcciones. Se le venera como el cuarto Doctor de la Iglesia Latina, por haber dado una clara expresión a ciertas doctrinas religiosas que aún

no habían sido bien definidas. Por varios siglos, la última palabra en teología era la suya, aunque más que teólogo era un predicador popular, catequista y moralista. Quizá su mayor labor fue el fortalecimiento de la Sede Romana. Como escribe el anglicano Milman en su "*History of Latin Christianity*": "Es imposible concebir cuál sería la confusión, la falta de leyes, el estado caótico de la Edad Media sin el papado de esa época y, de éste, el verdadero padre es Gregorio Magno". No sin razón la Iglesia le asignó el título, raras veces otorgado, de Magnus, "Magno".

Como ya se dijo, el rey Alfredo Magno hizo una traducción de la *Regula Pastoralis* y dio un ejemplar a cada uno de sus obispos; le agregó un prefacio y un epílogo escritos por él, así como unos versos anglo-sajones de los cuales puede darse una idea con la siguiente traducción en prosa:

> Este mensaje lo trajo Agustín a través del salado mar, desde el sur a las islas, tal como el Papa de Roma, el Campeón del Señor, lo decretó previamente. El sabio Gregorio era versado en muchas doctrinas verdaderas, mediante la sabiduría de su mente y su tesoro de meditaciones continuas. Porque sobresalió de entre los hombres hasta alcanzar al guardián del cielo (San Pedro); fue el mejor de los romanos, el más sabio de todos, el más gloriosamente famoso. Posteriormente, el rey Alfredo tradujo cada palabra al inglés y me envió a sus amanuenses del sur y del norte, y ordenó traer aun más ejemplares, después del primero, para enviárselos a sus obispos, pues muchos que sabían poco latín lo necesitaban.

Las propias cartas y escritos de San Gregorio son las fuentes de información más fidedignas para la historia de su vida, pero además tenemos una breve biografía en latín de un monje de Whitby, que probablemente data de principios del siglo VIII; otra del diácono Paulo, de fines del mismo siglo y una tercera del diácono Juan, escrita entre el 872 y el 882. Tenemos también noticias valiosas en Gregorio de Tours, Beda y otros historiadores, especialmente en el *Liber Pontificalis.* Para las cartas de San Gregorio debe consultarse la edición del P. Ewald y L. M. Hartmann en MGH. Una biografía moderna y valiosa, dentro de una pequeña edición es la de Mons. Batiffol en la serie *Les Saints.* Ver también el *Acta Sanctorum*, marzo, vol. II; *Lives of the Popes*, vol. I, de Mann; *Life of St. Gregory the Great*, de Snow; *Histoire de l'Eglise*, vol. V, (1938), de Fliche y Martín; y, entre los escritores anglicanos, el cuidadoso trabajo del Dr. J. H. Dudden *St. Gregory the Great* (1905). La literatura sobre el particular es muy vasta. Ver bibliografías en DAC y DTC.

SAN MAXIMILIANO, MÁRTIR (295 P.C.)

LA "PASIÓN" de San Maximiliano es uno de los más valiosos documentos de una pequeña colección. Es el relato auténtico de un contemporáneo, sin adornos retóricos, del juicio y muerte de uno de los primeros mártires. Se desarrolla como sigue:

Durante el consulado de Tuscus y Anulinus, el 12 de marzo, en Teveste, Numidia, (1) comparecieron ante la corte Fabio Víctor y Maximiliano. El juez, Pompeyano, abrió el caso con estas palabras: "Fabio Víctor está ante el comisario del César, Valeriano Quintiano. Exijo que Maximiliano, hijo de Víctor, conscripto apropiado para el servicio, sea medido".

(1) Ahora Tebessa, en Argelia. Se cree que esto sea un error de copia, y que el martirio haya sido en algún lugar cerca de Cartago. Cf. el penúltimo párrafo.

El procónsul Dion preguntó al joven por su nombre y él contestó: "¿Qué caso tiene responder? No puedo ser anotado en las listas, puesto que soy cristiano". El precónsul no lo atendió y ordenó que midieran su estatura. Pero el joven insistió: "No puedo servir; no puedo hacer mal a nadie. Soy cristiano". El precónsul repitió la orden y el ujier informó que Maximiliano medía 1.75 m. Luego el procónsul dijo que se le debería dar el emblema militar, pero Maximiliano persistía: "¡Nunca! No puedo ser soldado".

Dion: Debes servir o morir.

Maximiliano: Nunca serviré. Pueden decapitarme, pero no seré un soldado de este mundo, ya que soy un soldado de Cristo. (2)

Dion: ¿De dónde has sacado esas ideas?

Maximiliano: De mi conciencia y de Aquél que me ha llamado.

Dion: (A Fabio Víctor): Corrige a tu hijo.

Víctor: El tiene sus ideas y no cambiará.

Dion: (A Maximiliano): Sé un soldado y acepta el emblema del emperador. (3)

Maximiliano: Nunca. Ya llevo conmigo la marca de Cristo mi Señor.

Dion: Te enviaré a tu Cristo inmediatamente.

Maximiliano: No puedo pedir nada mejor. Hazlo pronto, que allá está mi gloria.

Dion (Al oficial de reclutas): Dadle el emblema.

Maximiliano: No lo aceptaré. Si tú insistes, le quitaré la efigie del emperador. Soy un cristiano y no se me permite portar en el cuello ese emblema, puesto que ya llevo la sagrada señal de Cristo, el Hijo de Dios Vivo a quien tú no conoces, el Cristo que sufrió por nuestra salvación y a quien Dios nos entregó para que muriera por nuestros pecados. Es a El a quien todos nosotros los cristianos servimos, a El a quien seguiremos, pues El es el Señor de la Vida y el Autor de nuestra salvación.

Dion: Unete al servicio y acepta el emblema, o si no, perecerás miserablemente.

Maximiliano: No pereceré: mi nombre está ya desde ahora delante de Dios. Me rehuso a servir.

Dion: Eres un hombre joven y la profesión de las armas va de acuerdo a tus años. Sé un soldado.

Maximiliano: Mi ejército es el de Dios y no puedo pelear por este mundo; como te digo, soy cristiano.

Dion: Hay soldados cristianos al servicio de nuestros soberanos Diocleciano y Maximiano, Constantino y Galerio.

Maximiliano: Eso es cosa de ellos. Yo también soy cristiano y no puedo servir.

Dion: Pero ¿qué daño pueden hacer los soldados?

Maximiliano: Tú lo sabes bien.

Dion: Si no haces tu servicio, te condeno a muerte por desacato al ejército.

(2) Fue la insistencia de los primeros cristianos en ser soldados de Cristo lo que dio origen a la palabra "pagano": "paganus" = civil. Cf. "Shorter Oxford Dictionary", edición 1936.

(3) Un sello de plomo (bulla) que se llevaba alrededor del cuello. Cf. el actual di[redacted] de identidad.

Maximiliano: No moriré. Si me voy de este mundo, mi alma irá con Cristo mi Señor.

Dion: Anoten su nombre... Tu rebeldía te hace rehusar el servicio militar y serás castigado por ello para escarmiento de los demás.

Procedió entonces a leer la sentencia:

Dion: Maximiliano ha rehusado el juramento militar por rebeldía. Deberá ser decapitado.

Maximiliano: ¡Alabado sea Dios!

Maximiliano tenía veintiún años tres meses y dieciocho días de edad. De camino al sitio de la ejecución, habló a los cristianos: "Amados hermanos, apresúrense a alcanzar la visión de Dios y a merecer una corona como la mía, con todas sus fuerzas y el más profundo anhelo". Estaba radiante. Después se dirigió a su padre: "La túnica que me tenías preparada para cuando fuera soldado, dásela al lictor. El fruto de esta buena obra será multiplicado cientos de veces. ¡Déjame que te dé la bienvenida en el cielo y glorifique a Dios contigo!"

Al primer golpe lo decapitaron.

Una matrona llamada Pompeya obtuvo el cuerpo de Maximiliano y lo llevó en su litera a Cartago, donde lo sepultó cerca del de San Cipriano, no lejos del palacio.

Víctor se fue a su casa regocijado, agradeciendo al Señor por permitirle enviar tal regalo al cielo. No tardó mucho en seguir a su hijo. Amén.

El texto de la "pasión" está en el *Acta Sanctorum*, marzo, vol. II y *Acta Sincera*, de Ruinart. Véase *Histoire des Persécutions*, de Allard, vol. IV; *Les Passions des martyrs*, de Delehaye, pp. 104-110. En el siglo III, el ejército romano estaba formado principalmente por voluntarios, pero los hijos de los veteranos tenían la obligación de servir. El rechazo de San Maximiliano a esta obligación ha ocasionado controversias entre ciertos escritores (por ejemplo Paul Allard); los puntos de vista de la Iglesia primitiva sobre el servicio militar se pueden examinar convenientemente (sin que sea necesario aceptar todas sus conclusiones) en la obra del escolástico protestante Dr. C. J. Cadoux, *The Early Christian Attitude to War*. Cf. San Victricius (agosto 7) y San Martín de Tours (noviembre 11). En el Martirologio Romano, San Maximiliano es llamado Maximilianus, y erróneamente se considera a Roma como el lugar de su martirio.

SANTOS PEDRO, GORGONIO Y DOROTEO, Mártires
(303 p.c.)

Cuando el emperador Diocleciano residía en Nicomedia, Asia Menor, se le informó que había cristianos entre los de su servidumbre y, acto seguido, ordenó que se trajeran imágenes de los dioses para que todos los criados ofrecieran sacrificios. Los cristianos se negaron con audacia y absoluta firmeza. El primero en quien Dioclecano descargó su cólera, fue Pedro, su mayordomo.

Leemos en Eusebio y en otros autores detalles sobre las terribles torturas que debió soportar. Desnudo, fue colgado por las muñecas y se le azotó, hasta dejar los huesos al descubierto; después le aplicaron vinagre mezclado con sal en las heridas. Al ver tanta crueldad, Doroteo, que estaba al servicio en la cámara imperial y Gorgonio, otro siervo de alta jerarquía exclamaron: "Señor, ¿por qué castigas a Pedro? Sus sentimientos los compartimos nosotros. Su fe, sus opiniones y su religión son nuestras también. Hasta ahora te hemos servido;

pero en adelante serviremos sólo a Dios, como creación suya que somos".

Doroteo, Gorgonio y otro servidor cristiano fueron torturados y después ejecutados. Pedro, cuyo espíritu permanecía inquebrantable, fue descolgado, pisoteado y finalmente asado a fuego lento, en un agujero, cortándole pedazos de carne de vez en cuando. En medio de su agonía, no lanzó un grito de dolor, antes bien exclamó con regocijo: "Los dioses de los paganos son sólo demonios: es el Señor quien creó el cielo".

Prácticamente no sabemos nada de estos mártires excepto lo que se encuentra en la *Historia Eclesiástica* de Eusebio, libro VIII, c. 6. Pero debe hacerse notar que el Calendario Siriaco o *Breviarium* de fines del siglo IV, menciona en este día los nombres de mártires que sufrieron en Nicomedia y entre estos hallamos los de Pedro y Doroteo, a quienes Eusebio les da mayor importancia. Es probable que "Egdunus y otros 7 en Nicomedia", conmemorados en el Martirologio Romano, pertenezcan al mismo grupo. El *Migdonius* mencionado anteriomente y el *Egdunus* del Martirologio son probablemente meros errores del mismo nombre. Cf. nota a San Gorgonio en septiembre 9.

SAN PABLO AURELIANO, OBISPO DE LYON (*c.* 573 P.C.)

LOS BRETONES tuvieron la fortuna de haber podido escribir en su país, antes de quedar destruido por las invasiones de los nórdicos, la vida de uno de los padres de la cristiandad, con algunos de los detalles peculiares de su autor. Este era un monje de Landévennec, llamado Wrmonoc, quien conocía bien la región de Lyon. Terminó de escribir su obra en el año 884. El siguiente es el resumen de este documento.

Pablo Aureliano (más tarde conocido como San Pablo de Lyon) fue el hijo de Perplises, jefe británico. Nació en Penychen (o en otro lado), en Gales del Sur. En la escuela monástica a la cual pidió ser enviado, tenía por compañeros a los santos David, Sansón y Gilas: esto sucedía en Ynys Byr, en tiempos de San Illtyd y Pablo estuvo presente en el conocido milagro del ensanchamiento de esa isla. Cuando cumplió 16 años, su patrón le permitió retirarse a un lugar solitario, pero en otro lado (¿Llanddeeusant, en Carmarthenshire?). Pablo se dirigió a un sitio donde construyó unas celdas y una capilla. Allí llevó durante varios años una vida de oración, meditación y estudio; después se ordenó sacerdote y reunió a doce compañeros para llevarlos consigo a vivir en celdas cercanas a la suya. De su retiro fue sacado a un mundo de problemas por el rey Marco, quien le pidió que se trasladara a la "Villa Bannheddos" y evangelizar a su pueblo. Esto lo hizo con tan buen éxito, que todos quisieron elegirlo obispo; pero él rehusaba aceptar y, mientras pensaba en lo que convenía hacer, un ángel se le apareció y le dijo que su vocación se encontraba más allá del mar. El rey Marco estaba poco dispuesto a dejarlo ir y con aspereza se negó a darle como regalo de despedida la campanita que pedía, una de las siete que se tocaban antes de las comidas.

A pesar de todo el santo partió con sus doce compañeros y llegó a la costa de Armorica o Britania. Pero antes de alejarse de la costa, se detuvo en una bahía (¿Cornwall?), donde su hermana llevaba una vida solitaria en compañía de unas cuantas monjas.* Ella lo convenció para que permaneciera

* Se le da el nombre de Sitofolla y se han hecho intentos de identificarla con aquella misteriosa Santa Sativola-Sidwell, quien fue venerada en Exeter. Cf. Fr. P. Grosjean en *Analecta Bollandiana*, vol. LIII (1935) pp. 359-365.

algunos días y, en la víspera de su partida, le rogó llorando que le obtuviera un favor de Dios. El lugar, aunque conveniente a sus propósitos, estaba demasiado cerca de "familiares molestos". "Es fácil para ti, le dijo, obtener lo que quiero con sólo pedírselo a Dios: pide que el mar se recoja en su lecho y la tierra pueda ser un poco más ancha". Entonces San Pablo y su hermana se arrodillaron en la orilla a rezar, después de poner dos hileras de piedras a lo largo del límite de las aguas bajas. Inmediatamente, el mar retrocedió, dejando la tierra seca y las piedras crecieron hasta convertirse en poderosas columnas que formaron un dique.

San Pablo y sus discípulos llegaron a la isla de Ushant, al lugar que ahora se llama Porz-Pol. Allí construyeron celdas y vivieron felizmente durante un tiempo, hasta que el ángel que San Pablo había visto antes, le indicó que avanzaran más adelante. Al llegar al continente, se internaron y se establecieron en Ploudalmezeau. Luego Pablo, nuevamente instado por el ángel, se dirigió al señor del distrito, un buen cristiano llamado Withur, quien se hizo amigo suyo y les dio la Isla de Batz, donde se estableció Pablo y construyó un monasterio. Se cuentan relatos maravillosos sobre los beneficios que dispensó el santo. Mató un dragón que había causado grandes daños, enseñó a la gente cómo obtener miel, agrupando a las abejas salvajes y colocándolas en panales, y domesticó a un jabalí, cuyos descendientes permanecieron en Lyon por muchas generaciones.

Un día, cuando Pablo estaba conversando con Withur, un pescador se les acercó a enseñarles un pez que había sacado. En su cabeza tenía encajada una campana que (curiosamente) resultó ser la misma que el rey Marco había rehusado a San Pablo. (Como prueba de la autenticidad de este incidente, los campesinos de Lyon señalan la antigua campana que se guarda en su catedral, hecha con una aleación de cobre y plata. Se le atribuyen propiedades milagrosas).

La gente que había sido beneficiada con las enseñanzas y los milagros de San Pablo, comenzó a pedirlo como obispo. Withur también lo deseaba, pero sabía la indisposición del santo para aceptar tal dignidad y por lo tanto, tuvo que recurrir a una estratagema. Le dio una carta y le pidió que la llevara él mismo a manos del rey Childeberto, en París, ya que contenía asunto de gran importancia. En realidad, era una petición para que designaran obispo a San Pablo. Este protestó con tenacidad, pero el rey lo hizo consagrar y luego lo mandó de regreso a Lyon, donde fue recibido entre aclamaciones. El nombre del "Oppidum" donde se hallaba su sede, se cambió a St-Pol de Lyon, en su memoria. Ahí llevó la misma vida austera de antes, alimentándose sólo de pan y agua, con excepción de los días festivos, en los que comía un poco de pescado. Parece que Withur le cedió su casa en la Isla de Batz, como monasterio para sus monjes. Ahí gustaba de retirarse el santo obispo para dedicarse a la oración y contemplación. Vivió hasta edad muy avanzada y renunció a su cargo algunos años antes de morir. Terminó sus días en el monasterio de Batz, luego de haber visto morir a dos obispos que él mismo consagró para que le sucedieran. San Pablo gozaba del don de profecía y previó las incursiones de los nórdicos, según Wrmonoc, el testigo que relata los últimos momentos del santo en forma sencilla y emocionante.

Para la discusión de esta narración, que de ninguna manera deberá tomar-

se como válida en toda su extensión, el lector puede remitirse a las obras mencionadas posteriormente. Puede agregarse que existen muchas huellas de San Pablo Aureliano en Gales y en Cornwall, en Paul, cerca de la orilla occidental de Mount's Bay. Si el pequeño monasterio de su hermana estaba de verdad cerca, en el Lago Gwavas (como creyó Charles Henderson), es una coincidencia interesante, que, cuando la Revolución Francesa lo desterró, el último obispo de Lyon, Juan Francisco de la Marche, arribara a Mount's Bay en 1791, nueve días antes de la fiesta de San Pablo. Esta fiesta se observa ahora en la diócesis de Quimper y en el monasterio de Caldey.

El primer manuscrito (siglo X) de la Vida de San Pablo Aureliano, de Wrmonoc, fue impreso por C. Cuissard en la *Revue Céltique*, vol. v (1883), pp. 417-458; un manuscrito posterior (siglos XI y XII) se imprimió en *Analecta Bollandiana*, vol. I (1882), pp. 209-258; ver también vol. II, pp. 191-194. La más completa discución del tema está hecha por el can. G. H. Doble, *San Pablo de Lyon* (1941), donde las partes más importantes de la "vida" de Wrmonoc, están traducidas; cf. el artículo del mismo autor, *San Paulus de Gales*, en *Laudate*, julio 1941. Ver además LBS., vol. IV, pp. 75-83; y F. Duine, *Sources hagiographiques... de Brétagne*, pp. 58-61.

SAN TEOFANO EL CRONISTA o TEOFANES, ABAD (817 P.C.)

FUE EN la corte del emperador Constantino V donde creció San Teófano. Su padre murió a temprana edad, heredándole una gran propiedad y nombrando tutor al emperador. Lo obligaron a casarse, pero por convenio mutuo, los esposos guardaron su castidad, se separaron y se retiraron a la soledad. Parece que Teófano construyó dos monasterios, uno en el Monte Sigriana, cerca de Cyzicus, y el otro en la Isla de Kalonymos, que era parte de su herencia. Ahí estableció su residencia y permaneció seis años. Eventualmente regresó al Monte Sigriana, donde ejerció el cargo de abad. En 787, Teófano participó en el segundo Concilio de Nicea, que sancionó el uso y veneración de imágenes sagradas. Pero más tarde en 814, Leo el Armenio rechazó la decisión de sus predecesores e intentó suprimir el culto a las imágenes. Reconociendo la autoridad y reputación de San Teófano, trató de ganárselo mediante cartas corteses y astutas, pero el santo estaba bien armado contra todas las artimañas que pudieran ser utilizadas para inmiscuirlo. A la edad de 50 años, comenzó a verse afectado de graves dolencias, pero cuando el emperador lo llamó a Constantinopla, obedeció, a pesar de que sufría intensamente por sus enfermedades.

A los mensajes halagadores o amenazantes de Leo el Armenio, el santo respondió de esta manera: "Mi avanzada edad, el quebrantamiento de mi salud y la debilidad de mi cuerpo, no me dejan inclinación para todas aquellas cosas que yo desprecié, por gracia de Dios, en mi juventud. Si tú piensas asustarme para tener mi complacencia, como le sucede a un niño con la vara, pierdes tu tiempo". El emperador envió a varios emisarios para discutir con él, pero permaneció inflexible. Se le condenó a recibir 300 azotes y luego fue enviado por dos años a un calabozo solitario y hediondo, donde apenas se le daba lo necesario para vivir. Su enfermedad se agravó y cuando por fin, fue puesto en libertad y desterrado a la Isla de Samotracia, murió el 12 de marzo de 817, diecisiete días después de su arribo. Dejó una cronografía o historia breve del mundo, hasta el año 813, comenzando desde 284 P.C., fecha en que terminaba

una historia escrita por su amigo George Syncellus, auxiliar del patriarca San Tarasius.

La importancia de la obra de San Teófano como cronista de la historia bizantina, ha hecho que se dé mucha atención a su vida. La biografía completa del santo por Methodius, fue editada por primera vez en forma completa por D. Spyridon en el periódico *Letras Griegas*. vol. XII (1913). Las biografías conocidas hasta entonces parecen depender de esta obra. Es más, tenemos un panegírico entregado por su compañero monje y discípulo, San Teodoro Estudita, que se encuentra en *Analecta Bollandiana*, vol. XXXI (1912), pp. 11-25, así como ciertas cartas del mismo Teodoro, impresas en Migne, PG. vol. XCIX, cc. 1197 ss. Cf. BHG., nn. 1788-1792. La *Cronografía de Teófano* ha sido editada por De Boor (1885), con una valiosa introducción. Véase también Pargoire en *Letras Griegas*, vol. IX (1902), pp. 31-102; *Gesch, der Byz. Literatur*, de Krumbacher, pp. 342-347; y *Analecta Bollandiana*, vol. XXXI (1912), pp. 11-25, 148-156.

SAN BERNARDO DE CAPUA, OBISPO DE GALENO (1109 P.C.)

SAN BERNARDO de Cápua, de cuyos antecedentes no existen testimonios, llegó a ser capellán y consejero del duque Ricardo II, hijo del príncipe Jordán de Cápua. A tal grado se ganó la confianza de su protector, que se decía que Ricardo no adquiría ningún compromiso, sin antes consultar con su confesor. Cuando la sede de Foro-Claudio quedó vacante, fue designado obispo por el Papa Víctor III. Foro-Claudio era un lugar expuesto, difícil de defender, en el camino real entre Roma y Nápoles, mientras que a corta distancia de allí, en una situación más apropiada, estaba Galeno. El obispo decidió cambiar la sede y se estableció en Galeno.

Cerca de ahí, en el Monte Massico, se hallaba el cuerpo del ermitaño San Martín, a quien se menciona en los Diálogos de San Gregorio. Arachis, duque de Benevento, llegó hasta ahí, acompañado de su séquito, con la intención de sacar los restos y llevarlos a Benevento. El obispo San Bernardo celebró la misa ante las reliquias, pero de pronto se produjo un terremoto y todos lo interpretaron como una advertencia de que no era la voluntad de Dios que el cuerpo dejara aquellos lugares. El duque emprendió el regreso y San Bernardo y sus sacerdotes recogieron las reliquias y las depositaron en el altar de su nueva iglesia.

El relato de este santo, en el *Acta Sanctorum*, marzo, vol. II, se basa en ciertas lecciones de breviario mencionadas por Ughelli y por Michael Monacus en su *Sanctuarium Capuanum*. La autenticidad no es muy satisfactoria, pero no puede dudarse de la existencia de San Bernardo.

SANTA FINA o SERAFINA, VIRGEN (1253 P.C.)

EL ANTIGUO pueblo de San Geminiano, en Toscana, conserva con especial veneración la memoria de Santa Fina, una joven cuya causa de canonización se fundó en la perfecta resignación con que aceptó el sufrimiento corporal. Nació de padres que gozaron de tiempos mejores antes de caer en la pobreza. La niña era bonita y tenía una inclinación natural hacia la caridad. Pobre como era, siempre guardaba la mitad de su escaso alimento para darlo a aquellos más pobres que ella. Hasta donde fue posible, vivió como una ermitaña en su hogar, cosiendo e hilando durante el día, pero ocupando su tiempo de

descanso y de sueño en la oración. Parece que su padre murió cuando ella era aún joven y, aproximadamente por esa época, Fina fue atacada por una complicada y repentina serie de males. Su cabeza, manos, ojos, pies y órganos internos se afectaron; sobrevino la parálisis, perdió sus atractivos y se convirtió en un objeto miserable. Con el deseo de ser como Nuestro Señor en la Cruz, permaneció en la misma postura durante seis años, sobre un tablón, sin moverse para nada. Sólo su madre vivía con ella y casi siempre estaba ausente, trabajando o pidiendo limosna para comer. A pesar de sus terribles sufrimientos, Fina nunca se quejó; permanecía inmóvil y serena; con sus ojos fijos en el crucifijo, repetía: "No son mis llagas las que me hieren. ¡Oh Cristo!, sino las tuyas".

Un nuevo golpe cayó sobre ella. Su madre murió repentinamente y Fina quedó totalmente sola y en la miseria. Con excepción de su fiel amiga Beldia, nadie más la veía y únicamente dependía de las limosnas que ocasionalmente le daban los pobres vecinos, sin acercarse nunca a ella, a causa de sus llagas repugnantes.

Fina había oído hablar de San Gregorio Magno y de sus sufrimientos, y tenía especial veneración por él. Solía orar para que él, que había sido probado tanto por las enfermedades, intercediera con Dios a fin de que ella tuviera paciencia en su aflicción. Ocho días antes de su muerte, cuando yacía sola como de costumbre, San Gregorio se le apareció y le dijo: "Querida niña, en mi festividad Dios te dará el descanso". Así sucedió: el 12 de marzo de 1253 murió Fina; los vecinos declararon que al levantar el cuerpo del tablón sobre el que había permanecido tanto tiempo, la madera podrida se encontró cubierta de violetas blancas. Toda la ciudad asistió al entierro y se afirma que se realizaron muchos milagros por su intercesión. Se cuenta de ella en particular, que estando ya muerta, levantó su mano y ciñendo el brazo lesionado de su amiga Beldia lo sanó. Los campesinos de San Geminiano aún llaman "flores de Santa Fina" a las violetas blancas que florecen aproximadamente por la estación en la que se celebra su festividad.

La historia de Santa Fina se conserva en la pequeña biografía escrita en latín por el dominico Juan de Geminiano, aproximadamente cincuenta años después de la muerte de la santa. Está impresa por los bolandistas en el *Acta Sanctorum*, marzo, vol. II. También hay un texto italiano contemporáneo que podría ser el original. Véase asimismo el *Dictionary of Saintly Women* de A. B. C. Dunbar, vol. I p. 317. El funeral de Santa Fina es el tema de uno de los más famosos cuadros de Ghirlandajo.

BEATA JUSTINA DE AREZZO, VIRGEN (1319 P.C.)

JUSTINA DE AREZZO, cuyo nombre de mundo parece haber sido Francuccia de Rizzoli, tenía sólo 30 años cuando entró al convento benedictino de San Marcos, en Arezzo. Cuando las monjas ocuparon el convento de Todos los Santos, ella las acompañó y continuó viviendo ahí por muchos años, siempre avanzando por la senda de la santidad. Luego dejó el convento, con el permiso de sus superiores, para retirarse a una celda, cerca de Civitella, donde se unió a una ermitaña llamada Lucía. Esta celda era tan angosta y tan baja, que no podían estar de pie en ella. Cuando Lucía cayó enferma, Justina la atendió día y noche por más de un año, sin dejar de cumplir con sus devociones y austeridades. Después de la muerte de Lucía, Justina permaneció sola en la

celda, a pesar de los lobos que acechaban cerca y correteaban aullando sobre el techo, hasta que una afección de los ojos la dejó totalmente ciega.

Entonces la hicieron volver al convento de Arezzo, donde ella y varias otras hermanas vivieron en gran austeridad; desde la media noche hasta el medio día servían a Dios en oración constante. Por las oraciones de la Beata Justina, se curaron enfermedades y sufrimientos de todas clases y se lograron milagros aún más maravillosos, después de su muerte. Murió en 1319 y su culto fue aprobado en 1890.

Todo lo que sabemos de la Beata Justina, se encuentra en una pequeña biografía impresa en el *Acta Sanctorum*, marzo, vol. II.

BEATO NICOLAS OWEN, Mártir (1606 p.c.)

Posiblemente nadie contribuyó más a conservar la religión católica en Inglaterra durante la época de persecución, que un humilde artesano llamado Nicolás Owen, quien durante el reinado de Jaime I, salvó la vida de muchos sacerdotes gracias a su extraordinaria habilidad para encontrarles escondites. Nada se sabe de sus antecedentes o su infancia, pero se cree que haya sido constructor.

Era conocido familiarmente como "pequeño Juan" y "pequeño Miguel", y también se hacía pasar con los nombres de Andrewes y Draper. Sintetizando archivos contemporáneos, el padre Tanner decía acerca de él: "un gran siervo de Dios en un cuerpo diminuto", eso era Nicolás Ordoneus u Owen, quien pasó dieciocho años de su vida con los padres Henry Garnet y John Gerard, como el más fiel y útil de los servidores. Aunque nació en Inglaterra en una época licenciosa, llevó una vida inocente, sin que lo tentaran los halagos del mundo. Su confesor, quien lo había conocido desde su infancia, asegura solemnemente que conservó su inocencia bautismal, sin mancilla, hasta la muerte. Con destreza incomparable, sabía cómo encontrar lugares seguros para los sacerdotes perseguidos, en pasajes subterráneos, entre paredes y en lugares recónditos. Pero no se conformaba con descubrir el escóndite, sino que se las ingeniaba para disimularlo tan bien, que nadie habría podido hallarlo. Con su habilidad de albañil, cambiaba de sitio las entradas o las hacía aparecer como algo muy diferente a lo que eran. El solo trabajaba en esas complicadas obras, perforando gruesos muros, excavando profundos fosos, en una tarea que requería brazos más fuertes que los de un cuerpo tan diminuto, que le valiera el apodo de "pequeño Juan". Además, sabía guardar el secreto y jamás descubrió a nadie alguno de sus escondites.

Gracias a él, muchos sacerdotes se salvaron de la furia de sus perseguidores y sería difícil encontrar alguno que, en una u otra ocasión, no se haya salvado en los escondites de Owen. Esto redundó en beneficio de todos los católicos, cuyo progreso en la virtud y acceso a los sacramentos se debieron a él. El inusitado éxito en la construcción de estos escondites parecía una recompensa del cielo a la piedad de Nicolás, puesto que infaliblemente comenzaba su trabajo recibiendo la sagrada eucaristía y durante la labor oraba sin cesar y ofrecía únicamente a Dios la obra terminada, sin aceptar otra recompensa que el mérito de la caridad y el consuelo de haber trabajado por el bien de los católicos.

Cuando hacía ya algunos años que prestaba esos servicios, el padre Garnet lo admitió en la Compañía de Jesús por el año de 1580. Nicolás fue el primer inglés entre los hermanos legos, aunque por razones obvias, su relación con la orden se guardó en secreto.

Owen se hallaba con el padre Gerard cuando, por la delación de un traidor desconocido, fueron aprehendidos, el día de San Jorge de 1594. Nicolás fue encarcelado en el Counter y sometido a torturas terribles para forzarlo a que revelara los nombres de los demás católicos. Tanto él como el hermano Richard Fulwood fueron colgados por los brazos, de unas argollas de hierro y con pesas atadas a los pies, durante horas. Aquél era el tormento llamado "Topcliffe", que también le fue aplicado al padre Southwell. No lograron obtener información de ninguno de los dos prisioneros y Nicolás fue puesto en libertad, mediante una suma de dinero que pagó un caballero católico, porque según testimonio del padre Gerard, sus servicios como inventor de escondites para los sacerdotes eran indispensables para ellos y muchos otros.

Pronto demostró Nicolás que podía hacer algo más que esconder católicos: podía sacarlos de la prisión. En efecto, la maravillosa escapatoria del padre Gerard de la Torre de Londres fue organizada por Owen, aunque la realizaron los hermanos Fulwood y Lilly, quienes eran menos conocidos de los carceleros. El propio Owen los esperaba con caballos en un sitio determinado. El padre Gerard, en su narración, dice: "Después de pisar tierra ... Richard Fulwood y yo fuimos a una casa que el padre Garnet tenía en los suburbios y ahí, el pequeño Juan y yo, poco antes del anochecer, montamos los caballos que él tenía preparados para el caso y partimos al galope en busca del padre Garnet, que entonces se hallaba en el campo a corta distancia". El padre Gerard también menciona el hecho de que Owen escapara milagrosamente, cuando fue prestado por Garnet para que construyera escondites en una casa nueva que Garard había tomado y que estaba a punto de ocupar. Se habían hecho sospechosos y la casa estaba vigilada, "pero era tan grande, que aunque tenían un cuerpo de espías numeroso, no podían rodearla completamente, ni guardar todas las salidas tan estrechamente, que el pequeño Juan no pudiera ingeniárselas para huir sin peligro. Al fin, después de haber servido fielmente durante 20 años, Owen cayó una vez más en manos de sus enemigos, junto con los padres Garnet y Oldcorne. Salió voluntariamente del escondite en el cual se habían ocultado, a fin de que lo capturaran, haciéndose pasar por sacerdote, y salvando así las vidas de los padres, que eran más útiles a la Iglesia. Fue aprehendido con el hermano Ralph Ashley, sirviente del padre Oldcorne. Al principio, se le permitió cierta libertad, bajo custodia, para que sus visitantes pudieran ser vistos, pero la prudencia de Owen frustró las intenciones de sus aprehensores. Entonces fue enviado a la Torre de Londres, cuyo carcelero, Wade, profesaba un odio fanático hacia la fe católica. Wade mantuvo a su víctima colgado, día tras día, a veces durante seis horas seguidas, a pesar de que Owen se encontraba enfermo y tenía una hernia, la cual le ceñían con una banda de acero. Owen rehusó firmemente contestar a las preguntas de Wade y afirmó que únicamente hablaría a Dios, invocando la ayuda de Jesús y de María. Al fin, el prolongado esfuerzo a que fue sometido estiró tanto el cuerpo del mártir, que sus entrañas se rompieron en forma espantosa. La banda de acero rasgó y ensanchó la herida y, enmedio de terrible agonía, el hermano Nicolás pasó a recibir su recompensa eterna.

Se hicieron intentos para vilipendiarlo y atribuir su muerte al suicidio, pero su valor era conocido demasiado bien y la calumnia no fue aceptada. Una prueba de la que sólo pudo disponerse recientemente, se halla en el informe del embajador veneciano, Giustiniani, quien, el 13 de marzo de 1606, escribió a su gobernador en la forma siguiente (la parte que se encuentra entre paréntesis está en clave):

> Debo añadir que mientras el rey (Jaime) me hablaba, mencionó que la noche anterior uno de los jesuitas, a quien remordía la conciencia por sus pecados, se había hecho dos heridas en el cuerpo con una navaja. Cuando los guardias acudieron atraídos por los gritos, lo encontraron aún vivo. Confesó haber tomado parte en el complot, a sugestión de su provincial (Garnet) y ahora, reconociendo su crimen, había resuelto suicidarse y escapar así de morir colgado, como merecía.
> (La opinión pública no obstante, sostiene que murió por las torturas que le infligieron, las cuales eran tan severas, que le privaban no sólo de su fuerza, sino de mover cualquier parte de su cuerpo, de modo que consideran inverosímil que haya sido capaz de acuchillarse, especialmente con una navaja sin filo, como ellos alegan. Se cree que no confesó nada, pero que estando ya muerto hayan engañado al rey publicando esta versión) para excitar en él y en todo el mundo la mayor animadversión hacia los católicos y hacer más ominoso el caso de su compañero el provincial.

La afirmación del rey Jaime de que el hermano Owen, en su agonía, "confesó haber tomado parte en el complot a sugestión de su provincial" es no sólo sumamente improbable en sí, sino que se contradice por el hecho de que ni siquiera se haya mencionado tal confesión en el juicio que se le siguió a Garnet.

El padre Gerard escribía del hermano Owen: "Realmente pienso que ningún hombre haya hecho más bien a todos los que trabajamos en la viña inglesa. Desde un principio, tuvo la oportunidad inmediata de salvar las vidas de cientos de personas, tanto eclesiásticos como seglares, así como los bienes de éstos, que se habrían confiscado y perdido muchas veces, si los sacerdotes, en ocasiones hasta cinco o seis al mismo tiempo, hubieran sido encontrados en sus casas; de las cuales escaparon, no en una, sino en múltiples ocasiones, no obstante que una misma casa era objeto de diversos registros. Yo mismo fui uno de los siete que escaparon de ese peligro una vez, gracias a un lugar secreto que él hizo." ¡Ya podemos imaginarnos cuántos sacerdotes habrán sido los que este hombre salvó con su esfuerzo, durante diecisiete años, en todos los condados y en las principales casas católicas de Inglaterra!

La información más digna de confianza que se tiene acerca del Beato Nicolás Owen puede encontrarse en los escritos de su compañero y contemporáneo el Padre John Gerard, impresos en *The Condition of Catholics under James I*, de Fray John Morris; véase la traducción de su autobiografía, por Fray P. Caraman (1951). Ver también REPSJ., vol. IV pp. 245-267. El despacho de Giustiniani, que sólo nos permite fijar la fecha exacta de la muerte del Beato Nicolás, está impreso en el *Calendar of State Papers, Venetian*, vol. X, pp. 327-328.

13: SANTA EUFRASIA, Virgen (c. 420 p.c.)

ANTIGONUS, pariente del emperador Teodosio I, había muerto, dejando a una hija de un año de edad, llamada Eufrasia. El emperador había tomado a la viuda y a la niña bajo su protección. Cuando la pequeña cumplió cinco años, la comprometió en matrimonio con el hijo de un rico senador —según era costumbre en aquel tiempo—, y aplazó la boda, hasta que la doncella llegara a la edad apropiada. La viuda de Antígonus comenzó a ser solicitada en matrimonio con tanta asiduidad, que decidió alejarse de la corte y, con su hija Eufrasia, partió a Egipto, donde se refugió en un convento. Eufrasia, que entonces tenía siete años, se sintió atraída fuertemente hacia la vida religiosa y rogó a las monjas que le permitieran permanecer con ellas. Su madre, por complacerla y pensando que sólo se trataba de un capricho pasajero le permitió quedarse, esperando que pronto se cansaría de aquella vida y advirtiéndole que debería ayunar, acostarse en el suelo y aprenderse de memoria la salmodia completa. Pero la niña era perseverante y, pasado un tiempo de prueba, quiso seguir en el convento. Entonces la abadesa dijo a la madre: "Deja a la niña con nosotras, pues la gracia de Dios está preparando su corazón".

—La piedad que vosotras le habéis inculcado y la que heredó de su padre Antígonus —repuso la madre con voz emocionada—, han abierto para mi hija el camino de la mayor perfección.

La buena mujer levantó en vilo a la niña y, llorando de alegría, la llevó ante una imagen del Salvador.

—¡Señor mío, Jesucristo! —clamó— ¡Recibe a mi hija y haz que sólo a Ti te busque a Ti te ame; tómala para que solamente a Ti te sirva y a Ti sólo se encomiende!

Luego abrazó estrechamente a Eufrasia, murmurando:

—¡Quiera Dios, El que ha dado firmeza inquebrantable a las montañas, conservarte en Su santo temor!

Pocos días más tarde, la niña de ocho años vistió el hábito y su madre le preguntó si estaba satisfecha.

—¡Oh madre! —exclamó la pequeña novicia—. Este es el ropaje de novia que me han dado para hacer honor a mi amado Jesús.

No pasó mucho tiempo sin que la bienaventurada mujer fuera a hacer compañía a su esposo en la otra vida. Entre tanto, en la soledad del convento, Eufrasia crecía en gracia y hermosura. Cuando la muchacha cumplió doce años, el emperador, posiblemente Arcadio, recordó la promesa que había hecho su antecesor Teodosio I y envió un mensaje al convento de Egipto, rogando a Eufrasia que regresara a Constantinopla para cumplir el compromiso y casarse con el senador, a quien la habían prometido. Por supuesto, la jovencita se negó a abandonar el convento y escribió una larga misiva al emperador, suplicándole que la dejara en libertad para seguir su vocación y pidiéndole la gracia de vender las propiedades heredadas de sus padres para distribuir el dinero entre los pobres, así como dejar libres a todos los esclavos de su casa.

El emperador accedió a los deseos de Eufrasia, quien prosiguió su vida habitual en el convento; pero entonces comenzó a sufrir tentaciones: sin cesar la atormentaban vanos pensamientos y malos deseos por conocer el mundo que

había abandonado. La abadesa, a quien había abierto su corazón, le asignó algunas tareas duras y humillantes para distraer su atención y alejar a los demonios que atormentaban tanto su cuerpo, como su alma. En una ocasión, se le mandó cambiar de sitio un montón de piedras y, cuando la faena estuvo concluida, le ordenaron repetir la operación y así sucesivamente hasta treinta veces. En esto y en todo lo que se le ordenaba hacer, Eufrasia cumplía con prontitud y cuidado: limpiaba las celdas de las otras monjas, acarreaba agua para la cocina, cortaba la leña, horneaba el pan y cocinaba los alimentos. A la monja que llevaba al cabo estas ocupaciones, generalmente se le dispensaba de los oficios nocturnos, pero Eufrasia jamás dejó de ocupar su lugar en el coro. A pesar de la rudeza de las faenas que realizaba, a la edad de veinte años, su belleza estaba en todo su esplendor: era alta, esbelta y de hermoso rostro lleno de expresión. No obstante, su mansedumbre y humildad eran extraordinarias. Una doncella de la cocina le preguntó cierta vez por qué en algunas ocasiones se quedaba sin comer toda la semana, algo que nadie se atrevía a hacer sino la abadesa. La santa le dijo que lo hacía por su voluntad y sin consentimiento de nadie; entonces la doncella la llamó hipócrita, puesto que sólo trataba de llamar la atención con la esperanza de que la nombraran superiora. Lejos de sentirse ofendida por tan injusta acusación, Eufrasia se echó a los pies de aquella mujer, pidiéndole perdón y le suplicó que orara por ella.

Cuando la santa yacía en su lecho de muerte, Julia, su hermana muy querida con quien compartía la celda, imploró a Eufrasia que le obtuviera la gracia de estar con ella en el cielo, ya que habían sido compañeras en la tierra. Tres días después de la muerte de Eufrasia, Julia también falleció. La anciana abadesa que había recibido a Eufrasia en su convento, no podía consolarse por la pérdida de aquellas dos hijas tan queridas y no cesaba de rogar encarecidamente al cielo para que no tardase en ir a reunirse con ellas. Un día, poco tiempo después, cuando las monjas entraron a la celda de la abadesa la hallaron muerta; su alma había volado durante la noche para reunirse con las otras dos.

Según la costumbre rusa, se nombra a Santa Eufrasia en la preparación de la misa bizantina.

La notable biografía en griego, que es la fuente por la que se conoce todo lo relativo a Santa Eufrasia, ha sido impresa en el *Acta Sanctorum*, marzo, vol. II. Parece haber buenas razones para considerar al autor como más o menos contemporáneo y, en los rasgos principales, la obra es un relato fidedigno. Ciertamente el ascetismo que refleja es el de aquella época. Pocos años después de la fecha en que murió Eufrasia, San Simeón, el Estilita fundó el primer pilar. De Eufrasia, lo mismo que de su abadesa, se asegura que tenían frecuentes éxtasis en los que permanecían erguidas en un sitio, hasta que perdían el conocimiento y caían desmayadas. Etheria, al relatar su peregrinación (c. 390) nos dice mucho de los ayunos que los ascetas consideraban como cuestión de honor y resistencia y pasaban una semana sin comer, de domingo a domingo. Es más, el texto íntegro del documento nos hace recordar los ideales ascéticos expuestos en la vida de Santa Melania la Menor, que era una contemporánea. Véase también *Dictionary of Saintly Women*, de A.B.C. Dunbar, vol. I. pp. 292-293.

SAN GERALDO DE MAYO, ABAD (732 P.C.)

SAN GERALDO era un inglés, originario de Nortumbría, que llegó a monje en Lindisfarne. Después del Concilio de Whitby, que prohibió a los celtas la

observancia de la pascua en Nortumbría, San Colman dejó Inglaterra, acompañado por todos los monjes irlandeses y treinta novicios ingleses. En Inishbofin, una isla, frente a la costa de Mayo, fundó un monasterio para su comunidad, pero como los ingleses y los irlandeses no congeniaban, construyó una segunda casa en tierra firme para los monjes ingleses. No se sabe si Geraldo fue uno de los treinta fundadores, o si llegó después, entre los muchos que frecuentaban la escuela de Colman en Mayo de los Sajones, como se llamó al monasterio, pero lo cierto es que el santo apareció como abad de la casa inglesa, que prosperó muchísimo bajo su gobierno. En ocasiones se habla de él como obispo, especialmente en la lista de santos irlandeses del "Libro de Leinster", pero es dudoso, puesto que aun en las crónicas de los actos que se le atribuyen como milagros, se le menciona como abad. Se ha sugerido que el título "pontifex", o director de la casa inglesa que le fue conferido, dio lugar a pensar que tenía dignidad de obispo, aunque probablemente el título sólo significaba que el abad de Mayo tenía ciertos privilegios como protector de sus compatriotas, que eran extranjeros en Irlanda. San Geraldo, que vivió hasta edad avanzada, debe haber sido testigo de la introducción en su abadía de la observancia romana de la Pascua. También se le atribuye, aunque la autoridad es dudosa, la fundación de las abadías de Elytheria o Tempul-Gerald, en Connaught y la de Teagh-na-Saxon, así como la de una comunidad de monjas que se dice puso al cuidado de su hermana Santa Segretia.

La vida en latín de San Geraldo, impresa por Colgan, ha sido reeditada por Plummer, VSH, vol. II, pp. 107-115. Véase también el *Acta Sanctorum* marzo, vol. II y LIS vol. III.

SAN NICEFORO, Patriarca de Constantinopla (828 p.c.)

El padre de San Nicéforo era secretario y apoderado del emperador Constantino Copronymus, pero cuando el tirano se declaró perseguidor de la fe ortodoxa, aquél la defendió y mantuvo el honor que se debía a las sagradas imágenes, con tanto celo, que fue despojado de sus dignidades, azotado, torturado y desterrado. El joven Nicéforo creció con el ejemplo de un padre que lo animaba a confesar audazmente su fe, en tanto que una excelente educación desarrollaba su inteligencia excepcional.

Después de que Constantino IV y la emperatriz Irene restablecieron la costumbre de venerar las imágenes sagradas, Nicéforo les fue presentado y, bien pronto, el joven obtuvo su favor, a causa de sus relevantes cualidades. En la corte se distinguió por su oposición a los iconoclastas y fue secretario en el segundo Concilio de Nicea, así como comisionado imperial. Aunque era orador brillante, filósofo, músico y reunía todas las cualidades propias de un estadista, siempre tuvo marcada inclinación por la vida religiosa, apartada y oscura y, no obstante estar ocupado en asuntos públicos, había construido un monasterio en un lugar solitario, cerca del Mar Negro. Después de la muerte de Tarasius, patriarca de Constantinopla, no se encontró a nadie más apto para sucederlo que Nicéforo. Como era seglar, algunos objetaron su elección, calificándola de contraria a los cánones y, sólo a instancias expresas del emperador, pudo ser persuadido para que se ordenara sacerdote y aceptara el cargo. Durante su consagración, sostuvo en la mano el tratado que había escrito en defensa del culto a las imágenes y, al finalizar la ceremonia, lo dejó a un

lado del altar, como prenda de que siempre defendería la tradición de la Iglesia. No transcurrió mucho tiempo sin que el nuevo patriarca tuviera que luchar otra vez con los rigoristas hostiles. A petición del emperador, Nicéforo, con el consentimiento de un pequeño sínodo de obispos, restituyó en su cargo a un sacerdote llamado José, quien había sido destituido y desterrado por haber celebrado el matrimonio entre el emperador Constantino VI y Theodota, cuando aún vivía la emperatriz María, legítima esposa. No hay duda de que Nicéforo actuó en esa forma para evitar mayores daños, pero el grupo encabezado por San Teodoro el Estudita rehusó tener tratos o siquiera estar en comunión con el patriarca y con los que toleraban lo que ellos llamaban la "Herejía Espuria" y llegaron al grado de apelar al Papa. San León III, les respondió favorablemente, pues habiendo sido mal informado acerca de todo el asunto y sin recibir ninguna comunicación del arzobispo Nicéforo, no tomó posteriores medidas. Sin embargo, después de un tiempo, hubo una reconciliación entre el patriarca y San Teodoro (quien mientras tanto había estado preso y sus monjes se habían dispersado). Fue hasta entonces cuando Nicéforo envió al Papa una carta, comunicándole su nombramiento para la sede de Constantinopla y excusándose por su demora en hacer la notificación de rigor. Al mismo tiempo, en vista de los ataques que se lanzaron contra su ortodoxia, añadió una prolija confesión de fe y prometió que en lo futuro informaría a Roma sobre cualquier asunto importante que se presentara.

San Nicéforo fue un administrador celoso y se dedicó, con paciente determinación, a mejorar la moral y restaurar la disciplina en los diferentes monasterios bajo su gobierno, así como entre el clero en general, con el apoyo de San Teodoro. Pero Leo el Armenio llegó a emperador en 813. Era un iconoclasta, aunque al principio no expresó sus opiniones y evadió la confesión de fe que Nicéforo trató de obtener de él antes de su consagración. Sólo hasta que consideró su posición asegurada, permitió que sus puntos de vista llegaran a conocerse. Intentó, mediante insinuaciones astutas, atraerse a Nicéforo para que apoyara su proyecto de destruir las imágenes que habían vuelto a colocarse en las iglesias, después de que su uso había sido vindicado y autorizado por el segundo Concilio de Nicea. El patriarca no se dejó atrapar y sostuvo ante el emperador su decisión de "mantener la tradición, honrar a las imágenes sagradas, el libro de los Evangelios y el signo de la cruz." Leo, sin embargo, no sólo persistió en su antagonismo, sino que empezó a propagarlo sin dejar ver sus intenciones. Ocultamente, indujo a unos soldados para que insultaran una imagen de Cristo crucificado que estaba en la "Puerta de Bronce" de Constantinopla y, cometida la infamia, ordenó que la cruz fuera quitada para evitar nuevas profanaciones. Poco después, el emperador, que había reunido en su palacio a ciertos obispos iconoclastas, hizo comparecer al patriarca y a sus dignatarios. Estos rogaron a Leo que dejara el gobierno de la Iglesia a sus pastores. Uno de los dignatarios observó: "Si este es un asunto eclesiástico, discutámoslo en la iglesia, no en el palacio". El emperador se encolerizó y mandó que todos se fueran de su presencia. Más tarde, los obispos heterodoxos celebraron una asamblea y citaron al patriarca. A sus requerimientos, éste contestó: "¿Quién os ha dado esta autoridad? Si fuera aquél que guía la nave de la antigua Roma, estoy listo a responder. Si fuera el sucesor alejandrino del evangelista Marcos, estoy pronto. Si fuera el patriarca de Antioquía o el de Jerusalén, no me opongo. Pero ¿quiénes sois vosotros? En mi diócesis, vosotros

no tenéis ninguna jurisdicción". Entonces les leyó el cánon que declara excomulgados a aquellos que pretendan ejercer cualquier acto de jurisdicción en las diócesis de otro obispo. Ellos, por su parte, procedieron a dictar contra el obispo una sentencia de destitución. Tras de aquella funesta asamblea, San Nicéforo fue víctima de varios atentados contra su vida, hasta que el emperador lo desterró. Los quince años que le quedaron de vida los pasó en el monasterio que había construido en el Bósforo.

Aunque el sucesor de Leo, Miguel el Tartamudo, no restituyó el culto a las imágenes sagradas, no fue un perseguidor y se mostró dispuesto a devolver el puesto al patriarca, a condición de que éste guardara silencio sobre la disputa, pero Nicéforo no quiso comprar su cargo a costa de su conciencia, pensando que su silencio equivalía a su consentimiento. En el destierro, siguió defendiendo sus principios y escribió obras notables que perduran hasta la fecha.

Sus obras principales fueron una Apología para la enseñanza ortodoxa en relación con las sagradas imágenes, y otro extenso tratado en dos partes: la primera fue una defensa de la Iglesia contra la acusación de idolatría y la segunda, conocida como la "Antiherética", fue una refutación a los escritos de Constantino V sobre las imágenes. Además de varios otros tratados, la mayoría sobre la iconoclastia, dejó dos trabajos históricos, conocidos como el *Breviarium* y la *Cronografía*; la primera es una historia breve del reinado, desde Mauricio hasta Constantino e Irene, y el otro, una crónica de sucesos desde los comienzos del mundo. En la recopilación de los concilios pueden aún encontrarse los diecisiete cánones de Nicéforo, en el segundo de los cuales declara ilícito viajar en domingo sin necesidad. En 846, por orden de la emperatriz Teodora y en el patriarcado de San Metodio, el cuerpo de San Nicéforo fue llevado de la isla de Prokenesis a Constantinopla, donde se depositó en la iglesia de los Apóstoles, el 13 de marzo, fecha designada en el Martirologio Romano para la conmemoración del santo.

La principal fuente de información sobre la vida de San Nicéforo, es una biografía del diácono Ignacio. En la actualidad ha sido editada por De Boor, pero también puede hallarse en el *Acta Sanctorum*, marzo, vol. II. Existe un relato acerca de aquel período de disturbios en *Kirchengeschichte*, de Hergenrother, vol. I, y en el artículo titulado *Nicéforo* en *Kirchenlexikon;* así como los compendios de la controversia iconoclasta, en *Byzantium*, de Baynes y Monss (1948), pp. 15-17, 105-108, Cf. *Histoire des Conciles*, de Hefele-Leclercq, vol. III, p. 2 (1910), p. 741 ss.

SAN ANSOVINO, Obispo de Camerino (840 p.c.)

Tan pronto como Ansovino, natural de Camerino, en Umbría, recibió la ordenación sacerdotal, se retiró a un lugar solitario de Castel Raimondo, cerca de Torcello, donde no tardó en adquirir renombre por su santidad y los milagros que obraba. A raíz de su fama, el emperador Luis el Piadoso escogió al padre Ansovino como su confesor y luego, promovió su nombramiento para ocupar la sede episcopal de Camerino. El sacerdote se rehusaba a aceptar la dignidad y, cuando al fin consintió, puso la condición de que no habría de suministrar soldados para el ejército imperial (un servicio obligatorio para el obispo en los estados feudales), por considerar que ese suministro era inadecuado y contrario a las leyes de la Iglesia.

Desde que asumió el cargo, Ansovino demostró ser un pastor sabio y prudente. Su extraordinaria liberalidad para socorrer a los pobres le procuró el amor de todos y, su fama de obrar curaciones y otros milagros, le valió la veneración general.

Se hallaba en Roma cuando le atacó una fiebre que, desde un principio, él mismo calificó de fatal. Al sentirse enfermo, insistió en volver a su sede para morir entre sus fieles. A caballo viajó hasta Camerino y aún pudo impartir su postrera bendición y recibir el viático, antes de expirar serenamente.

La biografía impresa en el *Acta Sanctorum*, marzo, vol. II, fue escrita probablemente por un tal Eginus alrededor de un siglo después de la muerte del santo y es un documento poco convincente desde el punto de vista histórico. Sin embargo, el culto a San Ansovino está reconocido y su nombre figura en el Martirologio Romano.

SANTOS RODRIGO Y SALOMON, MÁRTIRES (857 P.C.)

LA HISTORIA de los dos mártires Rodrigo y Salomón se conserva gracias a su contemporáneo San Eulogio, quien escribió, basado en sus propios conocimientos y en las declaraciones de testigos presenciales, todos los actos de aquellos que murieron por la fe, durante la persecución en la cual (ver 11 de marzo), él mismo fue martirizado. Debe admitirse que estas "actas" dan una impresión desfavorable sobre la retirada general de los cristianos, cuando España estaba dominada por los moros. En efecto, las familias se hallaban divididas, era común la apostasía y los moros mismos se escandalizaban por la infidelidad de los cristianos, a quienes echaban en cara su inconstancia. No es de extrañar que San Eulogio comience su libro con estas palabras: "En aquellos días, por un justo designio de Dios, España estaba oprimida por los moros". La historia de San Rodrigo puede servir de ilustración a lo dicho.

Rodrigo, natural de Cabra, era sacerdote y tenía dos hermanos, uno de ellos se había hecho mahometano y el otro era un mal cristiano, que prácticamente había abandonado su fe. Una noche, los dos hermanos tuvieron un altercado y se acaloraron tanto, que llegaron a las manos; Rodrigo se apresuró a separarlos y al punto, ellos se volvieron contra él y lo golpearon hasta dejarlo sin sentido. El mahometano lo puso sobre una camilla e hizo que lo llevaran por las calles, en tanto que él caminaba al lado, proclamando a voces que Rodrigo había apostatado y que deseaba se le reconociera públicamente como un mahometano antes de morir. La víctima no se atrevía a protestar, pero tan pronto como se presentó una oportunidad, saltó de la camilla y emprendió la huida. Poco después, su hermano el mahometano se lo encontró en las calles de Córdoba y acto seguido se precipitó sobre él, lleno de odio, y lo llevó a rastras ante el "kadí", acusándolo de haber vuelto a la fe cristiana después de haberse declarado él mismo mahometano. Rodrigo negó con indignación haber renegado de la religión cristiana, pero el "kadí" se rehusó a creerle y mandó que lo encerraran en un siniestro calabozo. Ahí encontró Rodrigo a otro prisionero, llamado Salomón, recluido por la misma causa. Los dos se alentaban mutuamente durante su largo y tedioso encierro, con el cual esperaba el "kadí" acabar con su constancia. Como nada de eso consiguió, los amigos fueron separados, pero cuando aquella medida resultó igualmente ineficaz, entonces el "kadí" los condenó a morir decapitados. San Eulogio, que vio los

cadáveres de Rodrigo y Salomón expuestos en la orilla del río, notó que los guardias arrojaban a la corriente los guijarros teñidos con la sangre de los mártires para que la gente no los recogiera y los conservara como reliquias.

Nuestra principal autoridad es la *Apología* de San Eulogio, de la cual los bolandistas extrajeron los pasajes más apropiados para el *Acta Sanctorum* (marzo, vol. II). Véase también *España Sagrada*, de Florez, vol. XII, p. 36 ss.

BEATO PEDRO II, DE CAVA, ABAD (1208 P.C.)

EL 16 de mayo de 1918, el Papa Pío XI confirmó el culto que se rinde desde tiempo inmemorial a los primeros abades de la Abadía de Cava. Pedro II fue el noveno de éstos; su gobierno duró de 1195 a 1208. El sur de Italia se encontraba entonces en plena agitación política; los herederos de los reyes normandos habían sido arrojados por el emperador germánico Enrique VI, pero los monjes de Cava rehusaron obtener los favores del nuevo amo y no olvidaron los beneficios de la dinastía derrocada. El 24 de septiembre de 1195, el emperador confirmó a la abadía sus bienes y sus privilegios.

No contento con conservar lo que sus predecesores habían establecido, el abad Pedro II recibió nuevas donaciones. Compró en 1201, a la orilla del Golfo de Salerno, el hospicio de Vietri, que, por su situación privilegiada, pronto se convirtió en una de las dependencias más útiles a la orden: el procurador, a cuyo cargo se encontraban los asuntos temporales más importantes, fijó ahí su residencia, y los abades tomaron la costumbre de enviar a este lugar tan agradable a los monjes enfermos o cansados.

Los últimos años de abaciato de Pedro II se vieron ensombrecidos por los conflictos con el arzobispo de Salerno, el obispo de Capaccio y los señores locales, que se aprovecharon de la minoría de edad de Federico II para acrecentar sus posesiones a expensas de las de la Cava. Para evitar en estos tiempos difíciles las luchas a propósito de su sucesor, hizo aclamar como abad al monje Balsamo, quien se mostró digno de su elección. Pedro murió tres días después, el 13 de marzo de 1208. Fue enterrado con sus predecesores.

Paul Guillaume, *Essai hist. sur l'abbaye de Cava,* Cava, 1877, pp. 137-142. *Acta apost. Sedis,* 5. XX, 1928, pp. 304-306.

BEATO AGNELLO o ANGELO DE PISA (1236 P.C.)

EL FUNDADOR de la provincia inglesa franciscana, el beato Agnello, fue admitido en la orden por el mismo San Francisco en ocasión de su estancia en Pisa. Fue enviado al convento de frailes en París, del cual llegó a ser el guardián y, en 1224, San Francisco lo escogió para fundar una provincia en Inglaterra, aunque por entonces sólo era diácono. De los ocho hermanos seleccionados para acompañarlo, tres eran ingleses, pero sólo uno, Ricardo de Ingworth había recibido las órdenes sacerdotales. Fieles a los preceptos de San Francisco, no tenían dinero y los monjes de Fécamp pagaron los pasajes a los nueve hermanos hasta Dover. Se detuvieron en Canterbury, desde donde Ricardo de Ingworth, Ricardo de Devon y dos de los italianos prosiguieron hasta Londres para ver en dónde podían establecerse. Los restantes se hospedaron en la Casa de los Sacerdotes Pobres, durmiendo en un edificio que se

utilizaba como escuela durante el día. Mientras los escolares trabajaban, los frailes permanecían encerrados en un cuartito que se hallaba al fondo y, sólo después de que los muchachos se habían ido, podían salir y hacer fuego.

Era el invierno de 1224 y los frailes sufrían grandes incomodidades y penurias, especialmente en vista de que su comida diaria era pan y una poca de cerveza, tan espesa, que era necesario diluirla para poderla tragar. Sin embargo, nada abatió sus espíritu y su piedad sencilla. Su jovialidad y su entusiasmo les conquistaron pronto muchos amigos. Lograron obtener del Papa Honorio III una carta de recomendación, de modo que el arzobispo de Canterbury, Stephen Langton, les dijo al saludarles: "Algunos religiosos han venido a mí llamándose a sí mismos Penitentes de la Orden de Asís, pero yo los llamo de la Orden de los Apóstoles". Por este nombre fueron conocidos, al principio, en Inglaterra y, cuando algunos de los franciscanos iban a ser ordenados acólitos en Canterbury, cuatro meses después de su desembarco, el archidiácono invitó a los candidatos a adelantarse con estas palabras: "Acercáos, vosotros, hermanos de la Orden de los Apóstoles".

Mientras tanto, Ricardo de Ingworth y su grupo habían sido bien recibidos en Londres. Tenían alquilada una casa en Cornhill y se disponían a proseguir su misión en Oxford. Con tal motivo, Agnello vino de Canterbury para hacerse cargo de la comunidad en Londres. Desde entonces, la casa franciscana floreció extraordinariamente. A pesar de que el bueno de Agnello no era precisamente un hombre culto, estableció en Londres un centro de enseñanza que después ejerció enorme influencia en la universidad. En aquella escuela, donde el famoso Grosseteste, más tarde obispo de Lincoln era conferencista, se congregaban muchos jóvenes que deseaban ser educados para frailes y quienes, antes de que transcurrieran muchos años, ayudaron a elevar a Oxford a una categoría apenas inferior a la de París, como centro de enseñanza.

Agnello parece haber muerto a la edad de cuarenta y un años, sólo once después de haber desembarcado en Dover, pero su reputación de santidad y prudencia permaneció muy en alto entre sus compañeros. Se asegura que su amor por la pobreza era tan grande, "que jamás autorizó la ampliación de un jardín o la construcción de una casa, si no era estrictamente necesario". Se cuenta en especial la historia de que él construyó el hospital de Oxford "con hechura tan modesta, que el grueso de las paredes era menor que el ancho de un hombre". Durante la misa y cuando se decía el oficio divino, derramaba lágrimas constantemente, "empero de tal manera, que ni por el ruido de gemidos, ni por cualquier gesto de la cara podría saberse que lloraba". Se mostraba severo en contra de cualquier quebrantamiento de la regla, pero debido a su delicadeza y tacto, lo escogieron, en 1233, para intentar un arreglo con el rebelde conde alguacil del distrito. Se dice que su salud se resintió por los esfuerzos para cumplir con esta misión, pero sobre todo debido a un penoso viaje por tierra a Italia. A su regreso, fue atacado de disentería y murió en Oxford, después de haber estado exclamando continuamente durante tres días: "Ven, dulce Jesús". El culto al Beato Agnello se confirmó en 1892; su festividad se observa en la arquidiócesis de Birmingham el 13 de marzo y por los Frailes Menores el 11.

La narración de Thomas de Eccleston, *De adventu Fratrum Minorum*, junto con la

Cronicle, de Lanercost, y el *De conformitate*, de Bartolomé de Pisa, son las fuentes de información más dignas de confianza. Véase especialmente la traducción de Thomas de Eccleston con sus suplementos, por el padre Cuthbert y el texto editado por A.G. Little. Ver también *The Grey Friars in Oxford* (1892); *The Franciscans in England*, de E. Hutton (1933); y *Bd. Agnellus and the English Grey Friars* del padre Gilbert (1937).

14: SAN LEOBINO o LUBIN, Obispo de Chartres (*c.* 558 p.c.)

LOS PADRES de San Leobino eran campesinos que vivían cerca de Poitiers, y desde niño lo pusieron a trabajar en los campos. Como todos los niños, estaba ansioso por aprender. Su sed de conocimientos, que aumentó con los años, lo llevó a un monasterio —probablemente Noailles—, donde lo emplearon en trabajos domésticos. Su trabajo le ocupaba todo el día, y se veía obligado a hacer la mayor parte de sus estudios durante la noche, ocultando la lámpara lo mejor que podía, pues los monjes se quejaban de que la luz perturbaba su sueño. Debido a su humildad y perseverancia, progresó en sus conocimientos religiosos hasta ocupar un sitio de honor en la casa. Sin embargo, por sugestión de San Carilef, Leobino buscó al ermitaño San Avito, quien le recomendó que continuara en el monasterio un poco más y que luego regresara con él, a Le Perché.

Después de salvar algunos contratiempos, Leobino fijó su residencia en una abadía cercana a Lyon, durante cinco años. Estalló la guerra entre francos y borgoñones; el monasterio fue invadido y los monjes huyeron, quedándose tan sólo Leobino y un anciano. Los invasores interrogaron a éste último para descubrir el sitio donde ocultaban los tesoros. El anciano les dijo que su compañero Leobino lo sabía y en seguida se apoderaron del santo. Como no lograron obtener ninguna información, lo torturaron ligando su cabeza con una cuerda. Luego lo ataron de los pies y lo sumergieron repetidas veces en el río; pero como tampoco obtuvieron resultados positivos, lo dejaron ahí para que se ahogara. Sin embargo, Leobino se salvó y, con dos compañeros regresó a Le Perché, donde San Avito lo recibió en su monasterio. Al morir éste, Leobino volvió a vivir como un ermitaño. El obispo Aetherios, de Chartres, lo nombró abad de Brou y lo consagró sacerdote. Parece haber encontrado sus responsabilidades demasiado pesadas y anhelaba dimitir de su cargo y convertirse en un simple monje en Lérins, pero San Caesarius, a quien su propio obispo había enviado para avisarle, le dijo que volviera a Brou y que no dejara a su gente como ovejas sin pastor. Obedeció, pero poco después de su regreso, lo nombraron sucesor de Aetherius en Chartres. Hizo varias reformas y continuó siendo muy famoso por sus milagros. Tomó parte en el quinto Concilio de Orleáns y en el segundo de París. Murió el 14 de marzo, más o menos en el año 558, después de una enfermedad prolongada.

La antigua vida de San Leobino ha sido editada por B. Krush en MGH., *Auct. Antiquiss*, vol. IV, pt. 2, pp. 73-82, como un suplemento de los trabajos de Venacio Fortunato, quien durante un tiempo se creyó que era su autor. Fray A. Poncelet considera que la biografía, tal como se encuentra en la actualidad, no puede remontarse a más de la mitad del siglo XIX. Véase la *Analecta Bollandiana*, vol. XXIV (1905), pp. 25-31 y p. 82. Cf. *Fastes Episcopaux* vol. II, p. 422, y el *Acta Sanctorum*, marzo, vol. II.

SAN EUSTAQUIO, MÁRTIR (741 P.C.)

DURANTE el reinado del emperador León el Isáurico, cuando las amenazantes fuerzas invasoras del islamismo comenzaron a atacar al imperio, la persecución se hizo igual por ambos lados. Por una parte, el emperador estaba tan decidido a oponerse al culto de las sagradas imágenes, que los fieles ortodoxos frecuentemente eran apresados y desterrados mientras que, por la otra, el odio fanático de los árabes se enfocaba del mismo modo contra todos los cristianos, de entre los cuales elegían víctimas para celebrar sus triunfos sobre los romanos con grandes holocaustos. Eustaquio, el hijo de un patricio, fue hecho prisionero por los árabes junto con muchos otros. Se lo llevaron y lo retuvieron cautivo varios meses, hasta que el califa, en una de sus expediciones contra los cristianos, se vio obligado a retroceder y, montando en cólera, la descargó sobre los prisioneros. Por rehusarse a negar su fe cristiana, Eustaquio fue sentenciado a muerte en Carrhae, Mesopotamia, junto con varios compañeros. Es probable que los hayan matado a palos, después de someterlos a horribles torturas. Se dice que sus reliquias han obrado muchos milagros.

Véase el *Acta Sanctorum*, marzo, vol. II, en donde se encuentra este breve relato basado totalmente en la *Cronografía* de Teófanes.

SANTA MATILDE, VIUDA (968 P.C.)

MATILDE era descendiente del célebre Widukind, capitán de los sajones en su larga lucha contra Carlomagno, como hija de Dietrich, conde de Westfalia, y de Reinhild, vástago de la real casa de Dinamarca. Cuando la niña nació, en el año 895, fue confiada al cuidado de su abuela paterna, la abadesa del convento de Erfurt. Allí, sin apartarse mucho de su hogar, Matilde se educó y creció hasta convertirse en una jovencita que sobrepasaba a sus compañeras en belleza, piedad y ciencia, según se dice. A su debido tiempo se casó con Enrique, hijo del duque Otto de Sajonia, a quien llamaban "el cazador". El matrimonio fue excepcionalmente feliz y Matilde ejerció sobre su esposo una moderada, pero edificante influencia. Precisamente después del nacimiento de su primogénito, Otto, a los tres años de casados, Enrique sucedió a su padre en el ducado. Más o menos a principios del año 919, el rey Conrado murió sin dejar descendencia y el duque fue elevado al trono de Alemania. No cabe duda de que su experiencia de soldado valiente y hábil le resultó muy útil, puesto que su vida fue una lucha constante en la que triunfó muchas veces de manera notable.

El mismo Enrique y sus súbditos atribuyeron sus éxitos, tanto a las oraciones de la reina, como a sus propios esfuerzos. Esta seguía viviendo en la humildad que la había distinguido de niña; en el palacio real llevaba la existencia de una religiosa. A sus cortesanos y a sus servidores, más les parecía una madre amorosa que su reina y señora; ninguno de los que acudieron a ella en demanda de ayuda quedó defraudado. Su esposo rara vez le pedía cuentas de sus limosnas o se mostraba irritado por sus prácticas piadosas, con la absoluta certeza de su bondad y confiando en ella plenamente. Después de veintitrés años de matrimonio, el rey Enrique murió de apoplejía, en 936. Cuando le avisaron que su esposo había muerto, la reina estaba en la iglesia y ahí se

quedó, volcando su alma al pie del altar en una ferviente oración por él. En seguida pidió a un sacerdote que ofreciera el santo sacrificio de la misa por el eterno descanso del rey y, quitándose las joyas que llevaba, las dejó sobre el altar como prenda de que renunciaba, desde ese momento, a las pompas del mundo.

Habían tenido cinco hijos: Otto, más tarde emperador; Enrique el Pendenciero; San Bruno, posteriormente arzobispo de Colonia; Gerberga que se casó con Luis IV, rey de Francia y Hedwig, la madre de Hugo Capeto. A pesar de que el rey había manifestado su deseo de que su hijo mayor, Otto, le sucediera en el trono, Matilde favoreció a su hijo Enrique y persuadió a algunos nobles para que votaran por él; no obstante, Otto, resultó electo y coronado. Enrique no aceptó de buena gana renunciar a sus pretenciones y promovió una rebelión contra su hermano, pero fue derrotado y solicitó la paz. Otto lo perdonó y, por la intercesión de Matilde, le nombró duque de Baviera. La reina llevó desde entonces una vida de completo auto-sacrificio; sus joyas habían sido vendidas para ayudar a los pobres y era tan pródiga en sus dádivas, que dio motivo a críticas y censuras. Su hijo Otto la acusó de haber ocultado un tesoro y de malgastar los ingresos de la corona; le exigió que rindiera cuentas de todo cuanto había gastado y envió espías a vigilar sus movimientos y registrar sus donativos. Su sufrimiento más amargo fue descubrir que Enrique, su favorito, instigaba y ayudaba a su hermano en contra de ella. Lo sobrellevó todo con paciencia inquebrantable, haciendo notar, con un toque de patético humor, que por lo menos la consolaba ver que sus hijos estaban unidos, aunque sólo fuera para perseguirla. "Gustosamente soportaré todo lo que puedan hacerme, siempre que lo hagan sin pecar, si es que con ello se conservan unidos", solía decir, según se afirma.

Para darles gusto, Matilde renunció a su herencia en favor de sus hijos y se retiró a la residencia campestre donde había nacido. Pero poco tiempo después de su partida, el duque Enrique cayó enfermo y comenzaron a llover los desastres sobre el Estado. El sentimiento general era que tales desgracias se debían al trato que los príncipes habían dado a su madre; Edith, la esposa de Otto, lo convenció para que fuera a solicitar su perdón y le devolviera todo lo que le habían quitado. Sin que se lo pidieran, Matilde los perdonó y volvió a la corte, donde reanudó sus obras de misericordia. Pero no obstante que Enrique había cesado de importunarla, su conducta continuó causándole gran aflicción. Nuevamente se volvió contra Otto y, posteriormente castigó una insurrección de sus propios súbditos en Baviera, con increíble crueldad; ni aun los obispos escaparon a su cólera. En 955, cuando Matilde lo vio por última vez, le profetizó su próxima muerte y lo instó a arrepentirse, antes de que fuera demasiado tarde. En efecto, al poco tiempo, murió Enrique y la noticia causó un dolor muy profundo en la reina que, roto el último vínculo que la ataba al mundo, se entregó por completo a sus obras piadosas. Emprendió la construcción de un convento en Nordhausen; hizo otras fundaciones en Quedlinburg, en Engern y también en Poehlen, donde estableció un monasterio para hombres. Es evidente que Otto jamás volvió a resentirse porque su madre gastara los ingresos en obras religiosas, pues cuando él fue a Roma para ser coronado emperador, dejó el reino a cargo de Matilde.

La última vez que Matilde tomó parte en una reunión familiar fue en Colonia, en la Pascua de 965, cuando estuvieron con ella el emperador Otto

"el Magno", su otros hijos y nietos. Después de esta reaparición, prácticamente se retiró del mundo, pasando su tiempo en una u otra de sus fundaciones, especialmente en Nordhausen. Cuando se disponía a tratar ciertos asuntos urgentes que la reclamaban en Quedlinburg, se agravó una fiebre que había venido sufriendo por algún tiempo y comprendió que pronto iba a llegar su último momento. Envió a buscar a Richburga, la doncella que la había ayudado en sus caridades y que era abadesa en Nordhausen. Según la tradición, la reina procedió a hacer una escritura de donación para todo lo que hubiera en su habitación, hasta que no quedó nada más que el lienzo de su sudario. "Den eso al obispo Guillermo de Mainz (que era su nieto). El lo necesitará primero que yo". En efecto, el obispo murió repentinamente, doce días antes de que ocurriera el deceso de su abuela, acaecido el 14 de marzo de 968. El cuerpo de Matilde fue sepultado junto con el de su esposo, en Quedlinburg, donde se la venera como santa desde el momento de su muerte.

El MGH, contiene el mejor texto de las dos biografías antiguas de Santa Matilde, la primera en *Scriptores*, vol. x, pp. 575-582; la más reciente en *Scriptores*, vol. iv, pp. 283-302. Pueden obtenerse mayores informaciones de otros historiadores y cronistas modernos. Véase también el *Acta Sanctorum*, marzo, vol. ii; *Die hl. Mathilde*, de L. Clarus; *Die Heiligenleben im 10 Jahrhundert*, de L. Zöpf; y *Ste. Mathilde*, de L. E. Hallberg.

BEATO JAIME, ARZOBISPO DE NÁPOLES (1308 P.C.)

VITERBO fue el lugar de nacimiento de Jaime Capocci, quien ingresó a la Orden de los Agustinos a temprana edad. Como prometía ser una eminencia, tanto en piedad como en sabiduría, lo enviaron a la Universidad de París para cursar estudios superiores. Ahí asistió a las conferencias de su ilustre compañero el agustino Aegidius Romanus, que había sido discípulo de Santo Tomás de Aquino y era un defensor entusiasta de las doctrinas del Angélico Doctor. A su regreso a Italia, fue por un tiempo instructor de teología entre sus propios hermanos; luego, se trasladó por segunda vez a París para obtener su doctorado; dio conferencias en aquella ciudad y, posteriormente se estableció en Nápoles. Existe constancia de que expresaba solemnemente su convicción de que Dios había enviado al mundo tres grandes maestros para iluminar a la Iglesia Universal: primero al Apóstol Pablo, después a Agustín y en aquellos días al hermano Tomás. En 1302, el Papa Bonifacio VIII lo nombró arzobispo de Benevento, pero sólo unos meses más tarde, el mismo Pontífice lo trasladó al arzobispado de Nápoles para ocupar la sede; ahí desempeñó su ministerio con tanto tino, que se ganó la veneración de todos por su virtud y sabiduría. Después de su muerte, en 1308, hubo varias manifestaciones espontáneas del fervor que su grey profesaba a su memoria y, el culto que comenzó entonces, se confirmó en 1911.

Ver el decreto para la "confirmatio cultus", impreso en el *Acta Apostolicae Sedis*, vol. iii (1911), p. 319. Puede obtenerse una idea de la actitud mental del Beato Jaime hacia los problemas que tanto se discutieron en sus días, en su obra *De regimine christiano*, que fue impresa y editada por H. X. Arquillière en 1926, así como en el artículo de M. Grabmann en el *Festgabe Josef Geyser* (1930), vol. i, pp. 209 232.

quedó, volcando su alma al pie del altar en una ferviente oración por él. En seguida pidió a un sacerdote que ofreciera el santo sacrificio de la misa por el eterno descanso del rey y, quitándose las joyas que llevaba, las dejó sobre el altar como prenda de que renunciaba, desde ese momento, a las pompas del mundo.

Habían tenido cinco hijos: Otto, más tarde emperador; Enrique el Pendenciero; San Bruno, posteriormente arzobispo de Colonia; Gerberga que se casó con Luis IV, rey de Francia y Hedwig, la madre de Hugo Capeto. A pesar de que el rey había manifestado su deseo de que su hijo mayor, Otto, le sucediera en el trono, Matilde favoreció a su hijo Enrique y persuadió a algunos nobles para que votaran por él; no obstante, Otto, resultó electo y coronado. Enrique no aceptó de buena gana renunciar a sus pretenciones y promovió una rebelión contra su hermano, pero fue derrotado y solicitó la paz. Otto lo perdonó y, por la intercesión de Matilde, le nombró duque de Baviera. La reina llevó desde entonces una vida de completo auto-sacrificio; sus joyas habían sido vendidas para ayudar a los pobres y era tan pródiga en sus dádivas, que dio motivo a críticas y censuras. Su hijo Otto la acusó de haber ocultado un tesoro y de malgastar los ingresos de la corona; le exigió que rindiera cuentas de todo cuanto había gastado y envió espías a vigilar sus movimientos y registrar sus donativos. Su sufrimiento más amargo fue descubrir que Enrique, su favorito, instigaba y ayudaba a su hermano en contra de ella. Lo sobrellevó todo con paciencia inquebrantable, haciendo notar, con un toque de patético humor, que por lo menos la consolaba ver que sus hijos estaban unidos, aunque sólo fuera para perseguirla. "Gustosamente soportaré todo lo que puedan hacerme, siempre que lo hagan sin pecar, si es que con ello se conservan unidos", solía decir, según se afirma.

Para darles gusto, Matilde renunció a su herencia en favor de sus hijos y se retiró a la residencia campestre donde había nacido. Pero poco tiempo después de su partida, el duque Enrique cayó enfermo y comenzaron a llover los desastres sobre el Estado. El sentimiento general era que tales desgracias se debían al trato que los príncipes habían dado a su madre; Edith, la esposa de Otto, lo convenció para que fuera a solicitar su perdón y le devolviera todo lo que le habían quitado. Sin que se lo pidieran, Matilde los perdonó y volvió a la corte, donde reanudó sus obras de misericordia. Pero no obstante que Enrique había cesado de importunarla, su conducta continuó causándole gran aflicción. Nuevamente se volvió contra Otto y, posteriormente castigó una insurrección de sus propios súbditos en Baviera, con increíble crueldad; ni aun los obispos escaparon a su cólera. En 955, cuando Matilde lo vio por última vez, le profetizó su próxima muerte y lo instó a arrepentirse, antes de que fuera demasiado tarde. En efecto, al poco tiempo, murió Enrique y la noticia causó un dolor muy profundo en la reina que, roto el último vínculo que la ataba al mundo, se entregó por completo a sus obras piadosas. Emprendió la construcción de un convento en Nordhausen; hizo otras fundaciones en Quedlinburg, en Engern y también en Poehlen, donde estableció un monasterio para hombres. Es evidente que Otto jamás volvió a resentirse porque su madre gastara los ingresos en obras religiosas, pues cuando él fue a Roma para ser coronado emperador, dejó el reino a cargo de Matilde.

La última vez que Matilde tomó parte en una reunión familiar fue en Colonia, en la Pascua de 965, cuando estuvieron con ella el emperador Otto

"el Magno", su otros hijos y nietos. Después de esta reaparición, prácticamente se retiró del mundo, pasando su tiempo en una u otra de sus fundaciones, especialmente en Nordhausen. Cuando se disponía a tratar ciertos asuntos urgentes que la reclamaban en Quedlinburg, se agravó una fiebre que había venido sufriendo por algún tiempo y comprendió que pronto iba a llegar su último momento. Envió a buscar a Richburga, la doncella que la había ayudado en sus caridades y que era abadesa en Nordhausen. Según la tradición, la reina procedió a hacer una escritura de donación para todo lo que hubiera en su habitación, hasta que no quedó nada más que el lienzo de su sudario. "Den eso al obispo Guillermo de Mainz (que era su nieto). El lo necesitará primero que yo". En efecto, el obispo murió repentinamente, doce días antes de que ocurriera el deceso de su abuela, acaecido el 14 de marzo de 968. El cuerpo de Matilde fue sepultado junto con el de su esposo, en Quedlinburg, donde se la venera como santa desde el momento de su muerte.

El MGH, contiene el mejor texto de las dos biografías antiguas de Santa Matilde, la primera en *Scriptores*, vol. X, pp. 575-582; la más reciente en *Scriptores*, vol. IV, pp. 283-302. Pueden obtenerse mayores informaciones de otros historiadores y cronistas modernos. Véase también el *Acta Sanctorum*, marzo, vol. II; *Die hl. Mathilde*, de L. Clarus; *Die Heiligenleben im 10 Jahrhundert*, de L. Zöpf; y *Ste. Mathilde*, de L. E. Hallberg.

BEATO JAIME, ARZOBISPO DE NÁPOLES (1308 P.C.)

VITERBO fue el lugar de nacimiento de Jaime Capocci, quien ingresó a la Orden de los Agustinos a temprana edad. Como prometía ser una eminencia, tanto en piedad como en sabiduría, lo enviaron a la Universidad de París para cursar estudios superiores. Ahí asistió a las conferencias de su ilustre compañero el agustino Aegidius Romanus, que había sido discípulo de Santo Tomás de Aquino y era un defensor entusiasta de las doctrinas del Angélico Doctor. A su regreso a Italia, fue por un tiempo instructor de teología entre sus propios hermanos; luego, se trasladó por segunda vez a París para obtener su doctorado; dio conferencias en aquella ciudad y, posteriormente se estableció en Nápoles. Existe constancia de que expresaba solemnemente su convicción de que Dios había enviado al mundo tres grandes maestros para iluminar a la Iglesia Universal: primero al Apóstol Pablo, después a Agustín y en aquellos días al hermano Tomás. En 1302, el Papa Bonifacio VIII lo nombró arzobispo de Benevento, pero sólo unos meses más tarde, el mismo Pontífice lo trasladó al arzobispado de Nápoles para ocupar la sede; ahí desempeñó su ministerio con tanto tino, que se ganó la veneración de todos por su virtud y sabiduría. Después de su muerte, en 1308, hubo varias manifestaciones espontáneas del fervor que su grey profesaba a su memoria y, el culto que comenzó entonces, se confirmó en 1911.

Ver el decreto para la "confirmatio cultus", impreso en el *Acta Apostolicae Sedis*, vol. III (1911), p. 319. Puede obtenerse una idea de la actitud mental del Beato Jaime hacia los problemas que tanto se discutieron en sus días, en su obra *De regimine christiano*, que fue impresa y editada por H. X. Arquilliere en 1926, así como en el artículo de M. Grabmann en el *Festgabe Josef Geyser* (1930), vol. I, pp. 209 232.

15: SAN LONGINOS, MÁRTIR (Siglo I)

LA HISTORIA de San Longinos, a quien conmemora en este día el Martirologio Romano, se desarrolló en la ciudad de Cesarea, en Capadocia. Su narración es conveniente hacerla en los mismos términos en que la hace el Beato Santiago de Voragine en su "Golden Legend". De acuerdo con su relato, San Longinos fue el centurión que, por órdenes de Pilatos, estuvo con otros soldados al pie de la cruz de Nuestro Señor y el que traspasó Su costado con una lanza. Longinos fue quien, al ver las portentosas convulsiones de la naturaleza que se produjeron a la muerte de Cristo, pronunció la famosa frase que le hizo el primer convertido a la fe cristiana: "¡Verdaderamente, Este era Hijo de Dios!" También se dice de él que estaba quedándose ciego y, al dar la lanzada, una gota de sangre del Salvador cayó sobre sus ojos y lo dejó sano al instante. Por tal razón, abandonó la carrera de soldado y, después de haber sido instruido por los apóstoles, llevó una vida monástica en Cesárea, Capadocia, donde ganó muchas almas para Cristo por medio de sus palabras y ejemplo.

Muy pronto cayó en manos de los perseguidores, que lo llevaron a juicio. Como se rehusara a ofrecer sacrificio, el gobernador ordenó que se le quebraran a golpes todos los dientes y que se le cortara la lengua. Sin embargo, Longinos no perdió a consecuencia de esto la facultad de hablar y ahí mismo, apoderándose de un hacha, redujo a fragmentos los ídolos y gritó: "Ahora veremos si en verdad son dioses". Una horda de demonios salió de los ídolos, se apoderó del gobernador y de sus ayudantes, que cayeron a los pies de Longinos, gimoteando y emitiendo aullidos. El santo les dijo: "¿Por qué toman los ídolos como morada?" Los demonios contestaron: "Dondequiera que no se oiga el nombre de Cristo y no se imponga el signo de su cruz, allí es nuestra morada". Entretanto, el gobernador continuaba dando gritos estridentes, porque había quedado ciego. Longinos fue hacia él y le dijo: "Sábete que solamente puedes ser curado cuando me hayas quitado la vida. Pero tan pronto como yo haya entregado mi alma por tu acción, rogaré por ti y obtendré para ti salud, tanto para el cuerpo como para el alma". Inmediatamente después, el gobernador ordenó que se le cortara la cabeza y, tan luego como se ejecutó la orden, cayó el gobernador sobre el cadáver y, con abundante llanto, mostró su arrepentimiento. En el mismo momento, recuperó la cordura, así como la vista, y terminó su vida haciendo toda clase de buenas obras.

Es evidente el carácter enteramente indigno de confianza de este relato, que no está apoyado en ninguna evidencia de documentos de los primeros siglos. El "centurión" de Marcos (XV, 29) está identificado sin ninguna prueba de garantía con el "soldado" (Juan XIX, 34) que atravesó el costado de Jesús. A este último, en el Evangelio apócrifo de Nicodemus, conocido también como "Las Actas de Pilatos", se le da el nombre de Longinos en sus últimas recensiones; pero parece haber probabilidades de que fue sugerido por la palabra griega "ιογχη" (lanza), el arma que se dice haber usado. Existe un manuscrito sirio de los evangelios en la Biblioteca Laurenciana en Florencia, escrito por un cierto monje Rábulo, en 586, que contiene una miniatura de la crucifixión. En este manuscrito, el soldado que atraviesa el costado de Nuestro Señor, tiene el nombre de Longinos escrito sobre su cabeza en car-

teres griegos. Esto, sin embrago, puede haber sido una adición ulterior. Lo que sabemos de cierto es que hubo varias historias diferentes en circulación respecto a Longinos, que dieron origen a diferentes fiestas en distintas fechas. La leyenda más notable es la de Mántua, donde se afirma que Longinos fue a esa ciudad, poco después de la muerte de Nuestro Señor y allí, después de predicar el Evangelio por algunos años, sufrió el martirio. Más aún, se dice que llevó consigo una porción de la preciosa sangre derramada sobre la cruz y que esa reliquia se conserva en Mántua, así como el cuerpo del santo.

Hay una abundante literatura relacionada con estas últimas fábulas. Algunos relatos se encuentran en C. Kroner, *Die Longinuslegende* (1899) en R. J. Peebles, *The Legend of Longinus in Ecclesiastical Tradition and English Literature* (1911). Ver también el *Acta Sanctorum* marzo, vol. II y F. I. Dogler, *Antike und Christentum* l. IV (1933), pp. 81-94.

SANTA MATRONA, VIRGEN Y MÁRTIR (Fecha desconocida)

HAY TRES santas de este nombre que se conmemoran en el *Acta Sanctorum* el 15 de marzo. Solamente una de ellas aparece en el Martirologio Romano, donde se le honra con el siguiente elogio: "En Tesalónica, Santa Matrona, sirvienta de cierta judía, quien adoraba a Cristo furtivamente e iba todos los días a la iglesia a rezar en secreto, fue descubierta por su ama y atormentada de muchas maneras, hasta que al fin, fue muerta a golpes con gruesas varas y, en la confesión de Cristo, rindió su alma pura a Dios". El mismo relato, ligeramente desarrollado, se encuentra en el synaxario griego. En la literatura de occidente, en la primera parte del siglo IX, hay ciertos detalles adicionales que describen cómo la mártir fue dejada en dos ocasiones, durante la noche, amarrada con correas a una banca y fue encontrada a la mañana siguiente milagrosamente desatada. No parece sobrevivir ningún culto por esta santa matrona. En Barcelona, sin embargo, hay, o hubo lo que parece ser vestigio de una virgen del mismo nombre, que aunque nacida en esa región, fue llevada a Roma y allí, a causa de los servicios prestados a los cristianos en la prisión, fue arrestada y ejecutada. Su cuerpo se devolvió más tarde a su propio país. Una tercera santa Matrona, que no es mártir, se honra en este día en la región de Cápua. Se dice de ella que fue de cuna regia y que venía de Portugal. Sufría gravemente de disenteria y fue sobrenaturalmente guiada a Italia para buscar su curación, y ahora se le invoca para el alivio de dicho mal.

Ver el *Acta Sanctorum*, marzo, vol. II; A.B.C., Dunbar, *Dictionary of Saintly Women*, vol. II. p. 77; Quentin, *Les Martyrologes Historiques*, p. 181.

SAN ESPECIOSO (545 P.C.)

ESPECIOSO nació en Roma y, junto con su hermano Gregorio, fue uno de los primeros que se colocaron bajo la dirección de San Benito. Este bienaventurado patriarca de los monjes los recibió en su comunidad y los envió al monasterio que había hecho construir cerca de Terracina. Los dos jóvenes, que poseían una cuantiosa fortuna, habían distribuido sus bienes entre los pobres para asegurar la salvación de su alma.

Un día, Especioso tuvo que ir a Cápua para tratar algunos asuntos de la comunidad; durante su ausencia, su hermano Gregorio fue arrebatado en éxta-

sis durante la comida. Dios le hizo asistir a la muerte de Especioso, que se encontraba lejos de ahí. Cuando recuperó el sentido, contó a sus hermanos lo que acababa de suceder. Fue enviado a Cápua para asegurarse de la realidad del hecho: efectivamente, su hermano Especioso había muerto, pero Gregorio no pudo llegar a esta ciudad sino después del entierro.

El nombre de Especioso se encuentra con el título de santo en las adiciones al martirologio de Usuardo y Garonio lo ha inscrito en el Martirologio Romano.

A San Gregorio debemos los detalles de la muerte de Especioso; se encuentran en los *Diálogos* I. IV, c. XII. P.L. vol. LXXVII. Consultar también *Acta Sanctorum* 15 de marzo.

SAN PROBO, Obispo (c. 570 P.C.)

Probo, el segundo obispo de Rieti, vivió hacia la segunda mitad del siglo VI. No tenemos ningún detalle de su vida, pero San Gregorio Magno en sus "Diálogos", nos dice cómo fueron sus últimos momentos. Cuando cayó gravemente enfermo, su padre, Máximo, los médicos y servidores se acercaron al lecho. Pero el paciente, que aún permanecía más atento a las necesidades de los demás que a las suyas propias, les invitó a que fueran a comer, pues había llegado ya la hora. No quiso que se quedara con él nadie más que un criado que les avisaría en caso de necesidad.

Apenas se habían retirado, cuando el servidor vio entrar a dos personajes vestidos de blanco. "Nada temas, le dijo Probo al joven, que ya comenzaba a dar voces, asustado, son los dos mártires Juvenal y Eleuterio que vienen a buscarme". El joven se apresuró a llamar a los médicos y al padre del moribundo; pero cuando éstos llegaron, le encontraron muerto. Los dos mensajeros del cielo se habían llevado consigo el alma del santo obispo. Era el 15 de marzo de 570.

En seguida, fue Probo venerado como un santo y su nombre se menciona en dos fechas: el 15 de enero y el 15 de marzo. En el siglo XIII, Honorio III dedicó la iglesia catedral de Rieti a la Asunción de Nuestra Señora y colocó en la cripta los restos de San Probo con las reliquias de otros santos.

Acta Sanctorum, 15 de marzo.—S. Gregorio, *Diálogos*, vol. IV, c. XII, en la P.L. vol. LXXVII.

SANTA LUCRECIA, Virgen y Mártir (859 P.C.)

Santa Lucrecia vivió en Córdoba, cuando esta ciudad estaba en poder de los moros y cuando la conversión de un seguidor del Islam al cristianismo era castigada con la muerte. Sus padres eran ricos e influyentes musulmanes, pero ella fue convertida al cristianismo y bautizada por una pariente suya, llamada Liciosa. Al principio, mantuvo en secreto su religión, pero al transcurrir el tiempo, la practicó más abiertamente y confesó su fe a sus padres. Airados y alarmados, trataron de hacerla apostatar por medio de súplicas, amenazas, y finalmente, a bofetadas y por medio de la reclusión. Lucrecia se mantuvo firme y se las arregló para avisar a San Eulogio, solicitando un refugio para ella y para su hermana Anulona. El mensajero regresó con una favora-

ble respuesta y la santa esperó una oportunidad para escapar. Su actitud, pasiva en apariencia, hizo creer a sus padres que estaba dispuesta a satisfacer sus deseos y, en consecuencia, le dieron permiso para asistir a una boda. Ella se dio maña para escapar de la fiesta y se reunió con sus amigos cristianos. Su ausencia fue pronto descubierta y se produjo gran alarma, seguida del arresto y juicio de algunos cristianos, sospechosos de haber tenido comunicación con ella. Lucrecia pasó de una casa cristiana a otra, recibiendo a veces la visita de San Eulogio, quien la instruía mejor y la fortalecía para el destino que le esperaba. A la larga, fue descubierta y, tanto ella como San Eulogio, fueron llevados ante el juez. Cuando se le preguntó a San Eulogio por qué la había ocultado, él contestó: "Se me ha confiado el oficio de predicador y tengo el santo deber de iluminar a todos los que buscan la luz de la fe. No me puedo negar a mostrar el camino de la vida a aquellos que lo buscan. Lo que he hecho por ella lo habría hecho por vosotros, si me lo hubiéseis pedido". Ambos fueron flagelados y condenados a muerte. Santa Lucrecia fue decapitada y su cuerpo arrojado al río Guadalquivir. Fue después depositado en Oviedo, al lado del de San Eulogio.

Un corto relato sobre Santa Lucrecia, se encuentra en el *Acta Sanctorum*, marzo, vol. II.

SANTA LUISA DE MARILLAC, VIUDA, COFUNDADORA DE LAS HERMANAS VICENTINAS DE LA CARIDAD (1660 P.C.)

AL MODERNO lector debe parecerle extraño que esta valiente mujer, esposa y madre antes de consagrar su viudez al servicio de Dios, fuera mejor conocida por sus contemporáneos como Mademoiselle Le Gras, (señorita de Gras), cuando no era ese su apellido de soltera, sino el de su esposo. El título de Madame, sin embargo, sólo se daba en la Francia del siglo XVII a las grandes señoras de la alta nobleza y, Luisa de Marillac, aunque bien nacida y casada con un importante oficial al servicio de la reina, no pertenecía a la jerarquía de aquellos a quienes podía darse ese cumplido. Su padre, Luis de Marillac, fue hacendado de rancio abolengo y sus tíos, después de haber alcanzado fama, fueron aún más celebrados en la historia como las trágicas víctimas de los resentimientos del cardenal Richelieu. Luisa, nacida en 1591, perdió a su madre desde temprana edad, pero tuvo una buena educación, gracias, en parte, a los monjes de Poissy, a cuyos cuidados fue confiada por un tiempo, y en parte, a la instrucción personal de su propio padre, que murió cuando ella tenía poco más de quince años. Luisa había deseado hacerse hermana capuchina, pero el que entonces era su confesor, capuchino él mismo, la disaudió de ello a causa de su endeleble salud. Finalmente, se le encontró un esposo digno: Antonio Le Gras, hombre que parecía destinado a una distinguida carrera y que ella aceptó complacida. En sus doce años de matrimonio tuvieron un hijo y fueron muy felices siempre, a excepción del período en que Antonio estuvo gravemente enfermo y ella lo cuidó con esmero y completa dedicación. Desgraciadamente, Luisa sucumbió a la tentación de considerar esta enfermedad como un castigo por no haber mostrado su agradecimiento a Dios, que la colmaba de bendiciones, y estas angustias de conciencia fueron motivo de largos períodos de dudas y aridez espiritual. Tuvo, sin embargo, la buena fortuna de conocer

a San Francisco de Sales, quien pasó algunos meses en París, durante el año 1619. De él recibió la dirección más sabia y comprensiva. Pero París no era el hogar del santo aunque confió a Luisa al cuidado espiritual de su discípulo favorito, Mons. Le Camus, arzobispo de Belley, las visitas de San Francisco a la capital fueron cada vez más raras.

Un poco antes de la muerte de su esposo, Luisa hizo voto de no contraer matrimonio de nuevo y dedicarse totalmente al servicio de Dios. Después, tuvo una extraña visión espiritual en la que sintió disipadas sus dudas y comprendió que había sido escogida para llevar al cabo una gran obra en el futuro, bajo la guía de un director a quien ella no conocía aún. Antonio Le Gras murió en 1625, pero ya para entonces Luisa había conocido a "monsieur Vincent", como le decían al santo sacerdote conocido por nosotros como San Vicente de Paul, quien, mostró al principio cierta renuencia en ser su confesor, pero al fin consintió. San Vicente estaba en aquel tiempo organizando sus "Conferencias de Caridad", con el objeto de remediar la espantosa miseria que existía entre la gente del campo. Con su maravilloso tacto y su incansable celo, pudo contar con la ayuda de un grupo de damas, al que llamó "Dames de Charité", y se formaron asociaciones en muchos centros, que indudablemente hicieron mucho bien. Sin embargo, la experiencia mostró que si este trabajo iba a realizarse sistemáticamente y a desarrollarse en el mismo Paris, se necesitaba una buena organización y un gran número de cooperadores. Las aristócratas damas de la caridad, a pesar de su celo, no podían disponer de más tiempo, a causa de sus propias obligaciones y, en muchos casos, no contaban con la fortaleza física para soportar las exigencias que se les reclamaban. A fin de poder alimentar y atender a los pobres, cuidar a los niños abandonados y tratar con hombres de baja estofa, resultaron auxiliares más útiles, por regla general, las gentes de humilde condición, acostumbradas a soportar penalidades. Pero sobre todo, se necesitaba la supervisión y la dirección de alguien que infundiera absoluto respeto y que tuviera, a la vez, el tacto suficiente para ganarse los corazones y mostrarles el buen camino con su ejemplo.

A medida que fue conociendo más profundamente a "mademoiselle Le Gras", San Vicente descubrió que tenía a la mano el preciso instrumento que necesitaba. Era una mujer decidida y valiente, dotada de clara inteligencia y una maravillosa constancia, a pesar de la debilidad de su salud y, quizá lo más importante de todo, tenía la virtud de olvidarse completamente de sí misma por el bien de los demás. Tan pronto como San Vicente le habló de sus propósitos, Luisa comprendió que se trataba de una obra para la gloria de Dios. Quizás nunca existió una obra religiosa tan grande o tan firme, llevada al cabo con menos sensacionalismo, que la fundación de la sociedad, que fue conocida al principio con el nombre de "Hijas de la Caridad" (Filles de la Charité) y que ahora se ha ganado el respeto de los hombres de las más diversas creencias en todas las partes del mundo. Solamente después de cinco años de trato personal con Mlle. Le Gras, "monsieur Vincent", que siempre tenía paciencia para esperar la oportunidad enviada por Dios, mandó a esta alma devota, en mayo de 1629, a hacer lo que podríamos llamar una visita a "La Caridad" de Montmirail. Esta fue la precursora de muchas misiones similares y, a pesar de la mala salud de la señorita, tomada muy en cuenta por San Vicente, ella no retrocedió ante las molestias y sacrificios. Poco a poco, al multiplicarse las actividades tanto en los suburbios de París como

en el campo, se hizo sentir la necesidad de colaboradores más robustos. Había muchas jóvenes y viudas de la clase campesina que estaban prontas a dar su vida por tal obra, pero eran a menudo ásperas y del todo ignorantes. Fue necesaria la instrucción y una dirección llena de tacto para obtener mejores resultados. Las energías de San Vicente estaban extremadamente agotadas y carecía de tiempo por tener que dedicarlo todo, necesariamente, a su sociedad de sacerdotes misioneros. Más aún, la mayor parte del trabajo de las "caridades" tenía que ser hecho por mujeres y, para organizar y supervisar esa labor, se requería una mujer que estuviera familiarizada con los instrumentos que se debían utilizar.

De esta suerte, en 1633, fue necesario establecer una especie de centro de entrenamiento, o noviciado, en la calle que entonces se conocía como Fosses-Saint-Victor. Ahí estaba la vieja casona que Mlle. Le Gras había alquilado para sí misma después de la muerte de su esposo, donde dio hospitalidad a los primeros candidatos que fueron aceptados para el servicio de los pobres y enfermos; cuatro sencillas personas cuyos verdaderos nombres quedaron en el anonimato. Estas, con Luisa como directora, formaron el grano de mostaza que ha crecido hasta convertirse en la organización mundialmente conocida como las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paul. Su expansión fue rápida. Pronto se hizo evidente que convendría tener alguna regla de vida y alguna garantía de estabilidad. Desde hacía tiempo, Luisa había querido ligarse a este servicio con voto, pero San Vicente, siempre prudente y en espera de una clara manifestación de la voluntad de Dios, había contenido su ardor. Pero en 1634, el deseo de la santa se cumplió. San Vicente tenía completa confianza en su hija espiritual y fue ella misma la que redactó una especie de regla de vida que deberían seguir los miembros de la asociación. La substancia de este documento forma la médula de la observancia religiosa de las Hermanas de la Caridad, hasta la fecha. Aunque éste fue un gran paso hacia adelante, el reconocimiento de las Hermanas de la Caridad como un instituto de monjas, estaba todavía lejos. El mismo San Vicente insistía en que él nunca había soñado en fundar una orden religiosa; era Dios el que lo había hecho todo. Estas pobres almas, como él a menudo las llamaba, no debían considerarse más que como mujeres cristianas que dedicaran sus energías al servicio de los pobres enfermos. "Vuestro convento", decía, "será la casa de los enfermos; vuestra celda, un cuarto alquilado; vuestra capilla, la iglesia parroquial; vuestro claustro, las calles de la ciudad o las salas del hospital; vuestro encierro, la obediencia; vuestra reja, el temor de Dios; vuestro velo, la santa modestia". En la actualidad, la blanca cofia y el hábito azul al que sus hijas han permanecido fieles durante cerca de 300 años, llaman inmediatamente la atención en cualquier muchedumbre. Este hábito es tan sólo la copia de los trajes que antaño usaban las campesinas. En las aldeas de Normandía y Bretaña, las cofias de lino blanco de las mujeres del campo eran muy semejantes a las que llevan las Hermanas de la Caridad. San Vicente, enemigo de toda pretensión, se opuso a que sus hijas reclamaran siquiera una distinción en sus vestidos para imponer ese respeto que provoca el hábito religioso. No fue sino hasta 1642, cuando permitió a cuatro miembros de su institución hacer votos anuales de pobreza, castidad y obediencia y, solamente 13 años después, aunque esta dilación se debió principalmente a causas políticas y accidentales, el cardenal de Retz, arzobispo de París, obtuvo de Roma la formal aprobación del instituto y colocó a las hermanas defini-

tivamente bajo la dirección de la propia congregación de sacerdotes de San Vicente. Mientras tanto, las buenas obras de las hijas de la caridad se habían multiplicado aceleradamente. Los pacientes del Hotel Dieu, gran hospital público de París, habían quedado bajo su cuidado, en muchos aspectos. El trato brutal que se daba a los niños abandonados, había llevado a San Vicente a organizar una casa para niños expósitos y, a pesar de la ignorancia de los mismos miembros, pertenecientes a la organización, se vieron obligadas a encargarse de la educación de aquellas criaturas. En el desarrollo de todas estas obras, Mlle. Le Gras soportaba la parte más pesada de la carga. Había dado un maravilloso ejemplo en Angers, al hacerse cargo de un hospital terriblemente descuidado. El esfuerzo había sido tan grande, que a pesar de la ayuda enorme que le prestaron sus colaboradores, sufrió una severa postración que fue diagnosticada erróneamente, como un caso de fiebre infecciosa. En París había cuidado con esmero a los afectados durante una epidemia y, a pesar de su delicada constitución, había soportado la prueba. Los frecuentes viajes, impuestos por sus obligaciones, habrían puesto a prueba la resistencia de un ser más robusto; pero ella estaba siempre a la mano cuando se la requería, llena de entusiasmo y creando a su alrededor una atmósfera de gozo y de paz. Como sabemos por sus cartas a San Vicente y a otros, solamente dos cosas le preocupaban: una era el respeto y veneración con que se le acogía en sus visitas; la otra era la ansiedad por el bienestar espiritual de su hijo Miguel. A pesar de sus muchas ocupaciones, nunca lo olvidó. El mismo San Vicente vigiló a Miguel y estaba convencido de que el joven era un hombre cabal, pero con cierta inestabilidad de carácter. No tenía vocación para el sacerdocio, como su madre había esperado, pero contrajo matrimonio y parece que llevó una vida buena y edificante hasta el fin. Acudió con su mujer y su hijo a visitar a su madre en su lecho de muerte y ella los bendijo con ternura. En el año de 1660, San Vicente contaba ochenta años y estaba ya muy débil. La santa habría dado cualquier cosa por ver una vez más a su amado padre, pero este consuelo le fue negado. Sin embargo, su alma estaba en paz; el trabajo de su vida había sido maravillosamente bendecido y ella se sacrificó sin queja alguna, diciendo a las que la rodeaban que era feliz de poder ofrecer a Dios esta última privación. La preocupación de sus últimos días fue la de siempre, como lo dijo a sus abatidas hermanas: "Sed empeñosas en el servicio de los pobres... amad a los pobres, honradlos, hijas mías, y honraréis al mismo Cristo". Santa Luisa de Marillac murió el 15 de marzo de 1660; y San Vicente la siguió al cielo tan sólo seis meses después. Fue canonizada en 1934.

No existe fuente más valiosa para la biografía de Santa Luisa que la vida de San Vicente de Paul por el Padre P. Corte, junto con la correspondencia y los discursos del santo que habían sido recolectados y publicados por la diligencia del mismo cuidadoso compilador. Hay que darle cierto valor a la *Vie de Mlle. Le Gras* que fue sacada a la luz por M. Gobillon, en 1676, y a otras tres de fecha más reciente: la de la condesa de Richemont, en 1882; la de Monseñor Baunard, en 1898 y la de E. de Broglie, en las series *Les Saints*. Un bosquejo ligero y no siempre acertado, pero atractivo, fue escrito por Kathleen O'Meara bajo el título de *Heroine of Charity* y hay otros relatos populares por M. V. Woodgate (1942) y la Hermana M. Cullen. Todas las vidas de San Vicente de Paul mencionadas aquí el 19 de julio, incluyen abundante información referente a Santa Luisa.

SAN CLEMENTE HOFBAUER (1820 P.C.)

A SAN Clemente María Hofbauer se le llama algunas veces el segundo fundador de los redentoristas, porque fue el primero en establecer la Congregación de San Alfonso María de Ligorio al norte de los Alpes. El, más que ningún otro, provocó la caída del "Josefinismo", ese equivalente austriaco del erastianismo, que trataba a los eclesiásticos como funcionarios del Estado y sujetos al poder secular. Nació en 1751, en Moravia, y fue bautizado con el nombre cristiano de Juan. Era el noveno de doce hijos de un ganadero y carnicero que había cambiado su apellido eslavo de Dvorak por el equivalente alemán Hofbauer. Desde pequeño, anhelaba llegar a ser sacerdote, pero la pobreza se interponía en su camino y, a la edad de quince años, se ganaba la vida como aprendiz de panadero; más tarde, fue empleado en la panadería del monasterio premonstratense de Bruck, donde su abnegación durante una época de hambre, le ganó la simpatía del abad, que le permitió asistir a las clases de latín en la escuela anexa a la abadía. Después de la muerte del abad, el santo vivió como un solitario, hasta que el edicto del emperador José en contra de los ermitaños lo obligó a desempeñar otra vez su antigua ocupación, esta vez en Viena. Dos veces hizo peregrinaciones a Roma, desde esa ciudad, en compañía de su amigo Pedro Kunzmann y, en la segunda ocasión obtuvieron permiso del obispo Chiaramonti, de Tívoli (después Papa Pío VII) para establecerse como ermitaños en su diócesis. Sin embargo, pocos meses después, se le ocurrió que su trabajo debía ser el de un misionero, no el de un solitario, y en consecuencia regresó a Viena. Un día, después de haber ayudado la misa en la Catedral de San Esteban, se ofreció a conseguir un carruaje para dos damas que se habían refugiado en el vestíbulo cuando llovía, y este casual servicio lo llevó a realizar el deseo de su corazón, ya que las dos damas descubrieron que no tenía los medios para seguir los estudios para el sacerdocio y se ofrecieron a pagárselos, no sólo a él, sino también a su amigo Tadeo Hübl. Como la Universidad de Viena estaba infectada por la enseñanza racionalista, regresaron a Roma y allí experimentaron la atracción hacia los redentoristas y ambos pidieron ser admitidos en el noviciado. El mismo San Alfonso, que aún vivía, se alegró mucho al saber que había unos recién llegados del norte, previendo el establecimiento de su congregación en Austria.

Los dos amigos profesaron y se ordenaron en 1875. Juan Hofbauer, tenía entonces treinta y cuatro años de edad; al recibir el sacramento, tomó el nombre de Clemente. Este y Tadeo fueron enviados en seguida a Viena, pero en vista de que el emperador José II, no contento con la expulsión de los jesuitas, había ya suprimido varios monasterios que pertenecían a diversas órdenes, resultaba inútil pensar en hacer ahí una nueva fundación. Sus superiores encargaron entonces a Clemente que empezara una misión en la región de Courland y partió hacia el norte, en compañía de Tadeo Hübl. En el camino, San Clemente encontró a su viejo amigo Manuel Kunzmann, que seguía viviendo como ermitaño en Tívoli, pero que andaba entonces en peregrinación. El encuentro parecía providencial. Kunzmann, resolvió unirse a los dos misioneros como hermano lego, y así resultó ser el primer novicio Redentorista admitido al norte de los Alpes. En Varsovia, el nuncio papal puso a disposición de los viajeros la iglesia de San Benno. Había en la ciudad varios miles de alemanes católicos que, desde la supresión de la Compañía de

Jesús, no habían vuelto a tener sacerdotes que hablaran alemán. En su ansiedad por retener a los redentoristas, el nuncio escribió a Roma y obtuvo que se postergara la misión en Courland, en vista del mucho trabajo que había en Varsovia. Los misioneros empezaron su tarea en la mayor pobreza: no tenían camas; Clemente y Tadeo dormían en una silla. Pidieron prestados los utensilios para cocinar y, como el hermano lego no sabía nada de cocina, Clemente se vio en la necesidad de ayudarlo. En los primeros días, predicaban en las calles, pero cuando el gobierno prohibió los sermones al aire libre, permanecieron en la iglesia de San Benno, que llegó a ser el centro de una continua misión. Entre los años de 1789 y 1808, el trabajo realizado por San Clemente y sus compañeros fue extraordinario. Se predicaban cinco sermones cada día; tres en polaco y dos en alemán, puesto que, si bien el trabajo de San Clemente estaba dedicado principalmente a los alemanes, él deseaba ayudar a todos y la obra, entre los polacos, recibió gran impulso después de admitirse el primer novicio polaco, Juan Podgorski. La iglesia de la Santa Cruz en los Campos, fue entregada a Clemente y atendida desde San Benno; numerosos protestantes fueron atraídos a la Iglesia, y San Clemente tuvo especial éxito en la conversión de los judíos. Además de este ministerio apostólico, el santo llevaba a cabo una gran obra social. Las constantes guerras habían dejado a las clases bajas sumidas en la miseria y la condición de muchos niños era digna de compasión. Para ayudarlos, abrió un orfanatorio cerca de la iglesia de San Benno y recogió limosnas para su sostenimiento. En una de sus correrías para solicitar ayuda, un hombre que jugaba a las cartas en una taberna contestó a su petición, escupiéndole en el rostro. San Clemente, sin perturbarse, dijo: "Ese fue un obsequio personal para mí, ahora, por favor, deme algo para mis niños pobres". El hombre que lo había insultado llegó a ser después uno de sus penitentes regulares. Se fundó también una escuela para niños, en tanto que confraternidades y otras asociaciones ayudaban a asegurar la permanencia de la buena obra empezada. Como su comunidad crecía, empezó a enviar fuera misioneros y a establecer casas en Courland, así como en Polonia, Alemania y Suiza; pero todas ellas tuvieron que ser eventualmente abandonadas, debido a las dificultades de la época.

Después de veinte años de intensa labor, San Clemente tuvo que dejar también su obra en Varsovia, a consecuencia del decreto de Napoleón que suprimió las órdenes religiosas. El año anterior, el santo había perdido a su amado amigo, el padre Hübl, que murió de tifo, contraido cuando administraba los últimos sacramentos a algunos soldados italianos. Un agente de la policía arriesgó su vida para advertir a los Redentoristas que les amenazaba la expulsión. Así, pudieron prepararse a recibir la notificación oficial, que llegó el 20 de julio de 1908. Inmediatamente se entregaron a las autoridades, que les encarcelaron en la fortaleza de Cüstrin, a orillas del Oder. Era tanta la influencia de los Redentoristas entre los que los conocían, que a diario se formaban grupos, dentro y fuera de la fortaleza para oírles cantar los himnos, hasta que las autoridades decidieron mandarlos lejos para que no hubiera tantas conversiones. Se decidió que la comunidad se disolviera y que cada miembro regresara a su país natal. Sin embargo, San Clemente determinó establecerse en Viena, con la esperanza de fundar una casa religiosa allí, en caso de que se derogaran las leyes de José II. Después de grandes dificultades, incluyendo otro encarcelamiento en la frontera austriaca, logró llegar a la ciudad donde

habría de vivir y trabajar los últimos doce años de su vida.

Al principio, trabajó oscuramente entre los italianos radicados en Viena; pero poco después, el arzobispo lo nombró capellán de las monjas ursulinas y rector de la iglesia adjunta a su convento. Allí tenía libertad para predicar, oír confesiones y cumplir con todos sus deberes sacerdotales y bien pronto, desde este centro, se inyectó nuevo vigor a la vida religiosa en Viena. Su confesionario era materialmente asediado, no sólo por la gente pobre y sencilla, sino por los ministros de Estado y profesores de la Universidad. Como uno de sus biógrafos hace notar: "Por la simple fuerza de su santidad, él, un hombre a quien se había negado la oportunidad de adquirir amplia cultura intelectual, tenía tal ascendencia sobre la manera de pensar de sus contemporáneos, que fue considerado como un oráculo de sabiduría por los que estaban a la cabeza del movimiento intelectual, tanto en el mundo político como en el literario". Fueron en realidad San Clemente María Hofbauer, sus amigos y sus penitentes, entre los cuales se contaba el príncipe Luis de Baviera, los que impidieron en el Congreso de Viena el intento de crear una Iglesia nacional alemana, independiente del Pontífice romano. El santo se interesó especialmente en la difusión de la buena literatura, pero quizá su obra cumbre fue el establecimiento de un colegio católico que llegó a ser un don inestimable para Viena, puesto que, además de proporcionar muchos sacerdotes y monjas, dio seglares bien instruidos, que después ocuparon importantes cargos en todas las carreras civiles. Durante toda su vida, San Clemente tuvo gran devoción por los enfermos, a quienes consolaba con su palabra; se dice que visitó a dos mil enfermos en su lecho de muerte. Los ricos y los pobres lo solicitaban y él jamás desatendió un llamado. Tuvo especial amistad con los monjes católicos armenios mequitaristas que llegaron a Viena; y en sus tratos con los protestantes le ayudó mucho la idea de que, como escribió en una carta al padre Perthes, en 1816, "si la Reforma en Alemania crece y se sostiene, no es precisamente por los herejes y filósofos, sino por hombres que verdaderamente ambicionaban una religión interior".

A pesar de sus buenas obras y de su espíritu apostólico, San Clemente fue objeto de frecuentes persecuciones por parte de los edictos al "Josefinismo", y la policía lo vigilaba continuamente. Refería, en 1818, que "el pietismo y fanatismo se estaban poniendo de moda. Sin embargo, el confesionario es el factor de oposición que mantiene viva esta moda"; y parece en verdad que su trabajo como confesor y director fue la principal fuente de influencia que hizo de San Clemente Hofbauer "el apóstol de Viena". Una vez, se le prohibió predicar y sus oponentes, después de fracasar en sus intentos ante el Congreso de Viena, lo acusaron de ser un espía que informaba a Roma todo lo que se hacía en el imperio. El canciller de Austria preguntó si podría ser expulsado. pero Francisco I recibió tan buenos informes acerca de Clemente, dados por el arzobispo y por el Papa Pío VII, que no solamente prohibió cualquier futura molestia a los Redentoristas, sino que, en una entrevista con el santo, le habló alentadoramente de las probabilidades de un reconocimiento legal de su congregación. El santo había conseguido prácticamente sus dos principales objetivos: la fe católica estaba en auge una vez más y su amada congregación estaba a punto de ser firmemente arraigada en suelo alemán. El no vivió para ver realizadas sus esperanzas, pero estaba plenamente satisfecho. "Los asuntos de la congregación no quedarán resueltos, sino después de mi muerte", dijo. "Solamente hay que tener paciencia y confianza en Dios. Apenas haya

exhalado mi último aliento, cuando ya tendremos casas en abundancia". La profecía iba pronto a cumplirse. Ya cerca de su fin, en 1819, San Clemente sufría a causa de varias enfermedades, pero trabajaba tan intensamente como siempre. El 9 de marzo, insistió en ir caminando, a pesar de una tormenta de nieve, para cantar una misa de Requiem por el alma de la princesa Jablonowska, que lo había ayudado grandemente cuando estuvo viviendo en Varsovia. Estuvo a punto de desmayarse en el altar y, al regresar a casa, cayó en cama, de donde no se levantó más. Allí, seis días más tarde, exhaló el último suspiro en presencia de muchos de sus amigos. Toda Viena se aglomeró en las calles para rendirle homenaje, cuando su cuerpo fue llevado por doce de sus más queridos discípulos a la catedral, a través de las grandes puertas, que solamente se abrían en las ocasiones más solemnes. Fue canonizado en 1909.

Existen excelentes biografías en alemán de A. Innerkofler, M. Meschler y M. Haringer, pero la mejor es la de J. Hofer, *Der heilige Klemens Maria Hofbauer: Ein Lebensbild.* (1921). Mucha información puede ser recogida de *Life of St. Alphonsus Liguori* por Fr. H. Castle, y existen relatos ingleses por Fr. O. R. Vassall Phillips y Fr. J. Carr. Ver también un artículo por W. C. Breintenfeld en *The Tablet*, 5 de enero, 1952, pp. 7-9, y E. Hosp, *Der hl. K. M. Hofbauer* (1951).

BEATO PLACIDO RICCARDI, MONJE BENEDICTINO (1915 P.C.)

TOMÁS RICCARDI nació el 24 de junio de 1844 en Trevi, pequeña ciudad de Hungría. Su padre fabricaba aceite de oliva y tenía un comercio de especias; gozaba de una gran fortuna, que le permitió poner a su hijo en el convento para nobles de Trevi, donde estudió humanidades. Tomás era un buen alumno; le gustaba el teatro y la música; se confesaba regularmente, pero en su piedad no había nada excesivo.

En 1865, fue a Roma para estudiar filosofía en el Angélico, célebre colegio de los dominicos. Aunque él declaró que no tenía vocación religiosa, ciertamente por este lado era por donde buscaba orientar su vida. Conoció y admiró a los dominicos y a los jesuitas, pero, poco atraído por el apostolado activo y menos aún por la agitación de la ciudad, se presentó a la abadía de San Pablo Extramuros, que, situada en pleno campo, le ofrecía la soledad, el recogimiento, y la vida de oración que deseaba.

Ingresó en la abadía el 12 de noviembre de 1866 y tomó el hábito benedictino y el nombre de Plácido, el 15 de enero de 1867. Desde un principio, mostró una gran asiduidad a la oración. Tuvo, por el contrario gran repugnancia por la claridad de conciencia que contradecía completamente su independencia de carácter; sin embargo, lejos de obstinarse ante las instancias de su padre maestro, reflexionó, se humilló, y animosamente intentó practicar esta ascesis tan poco atractiva. Y fue fiel a esta práctica toda su vida, primero con su padre maestro, y después con los abades sucesivos. Plácido Riccardi, durante todo su noviciado, se acomodó muy bien a esta vida austera casi erémitica, y la comunidad se regocijó de las cualidades del recluta. Hizo su profesión el 19 de enero de 1868.

Volvió a estudiar la filosofía y después, con mayor placer, la teología, a la que se entregó con amor. Nunca cesó de repasar sus conocimientos religiosos, calmadamente, a la manera de los monjes antiguos. Pronto le disgustaron los manuales, que no había abierto más que por deseo de prepararse

terminan por obstaculizar la conducta que los confesores deben seguir con los penitentes. Más que del espíritu de bondad del Salvador, parecen estar llenos de los principios sutiles de los antiguos rabinos". A los modernos expositores, prefería los autores antiguos; leía asiduamente a Cornelio a Lápide, las "Morales" de San Gregorio, San Bernardo, San Agustín, y de los Padres de la Iglesia. Frecuentaba algunos libros más recientes: los "Sufrimientos de Jesús", del padre Tomás de Jesús; las obras de Catherine Emmerich, del padre Faber, de Mons. Gay . . . y, por el contrario, descartaba deliberadamente todos los libros profanos, considerándolos no sólo inútiles, sino dañosos para un monje.

El 26 de abril de 1868, Plácido Riccardi recibió de su abad la tonsura y las órdenes menores; fue ordenado subdiácono el 7 de abril de 1870, diácono el 4 de septiembre de 1870, tres días después de haber entrado el ejército piamontés en Roma. El no había cumplido su servicio militar, lo que le valió ser arrestado como desertor, el 5 de noviembre, y ser condenado a un año de prisión en Florencia. Puesto en libertad el mismo año, fue enviado al 57 regimiento de infantería en Liborno. Fue dado de baja en Pisa, el 26 de enero de 1871: el ejército italiano perdió un soldado, pero la abadía de San Pablo encontró con alegría a su monje, que fue admitido a la profesión solemne el 10 de marzo de 1871 y ordenado sacerdote, el 25 de marzo.

Dom Plácido fue empleado, al principio, en la escuela de la abadía. Cuando contaba los recuerdos de esta época, los comentaba con un proverbio: "a quien los dioses odian, lo hacen pedagogo". Vigilar a infantes turbulentos era un suplicio para un hombre miope y amante de la paz y del silencio. Los chicos le preparaban sorpresas demasiado extrañas al reglamento. El clima malsano de Roma acabó de quebrantar su frágil salud; tuvo crisis de paludismo, que, a pesar de algunos calmantes, nunca cesaron completamente.

Su abad, sin embargo, se preocupó en darle un oficio más adaptado a sus gustos: lo nombró ayudante del maestro de novicios, confesor de las monjas de Santa Cecilia en Roma, después, el 22 de agosto de 1864, lo envió como vicario abacial a las monjas de San Magno D'Amelia. La comunidad, abusando de la debilidad de una anciana abadesa, se había relajado un poco. Dom Plácido lo tomó muy a mal: no contento con multiplicar sus exhortaciones públicas y privadas, entró a los detalles de la observancia, suprimió las pláticas inútiles y las habladurías, y revisó con cuidado el horario del día. No tenía cuidado de su enfermedad y jamás intentó acortar las confesiones prolijas; preparaba además con cuidado sus sermones. Bien pronto, las hermanas, cuyos defectos había que atribuir principalmente a su falta de formación, mostraron un fervor digno de su excelente maestro.

El nombramiento de Dom Plácido en Amelia se justificaba por su capacidad para desempeñar el cargo; sin embargo, tenía otro motivo: había entonces en San Paulo Extramuros un novicio, en quien se tenían grandes esperanzas, quien al cabo de algún tiempo fue favorecido por gracias místicas extraordinarias. Todo el mundo pudo ver sus estigmas y escucharle narrar sus visiones; el abad, el padre maestro y muchos otros vacilaban en confiar en él; Dom Plácido, a quien se pidió al principio su opinión por deferencia, pronto se dio cuenta de que este novicio, aparentemente místico, ignoraba la humildad y la mortificación. Lo invitó a ir a pasar con él algunas horas de la noche delante del Santísimo Sacramento. Mientras Dom Plácido permanecía de rodillas delante del altar, como lo hacía frecuentemente cuando estaba solo, el novicio se instaló

sobre los cojines de la silla abacial y se durmió tan produndamente, que no oyó salir a su compañero; pero al día siguiente narraba con unción las comunicaciones celestes de que había gozado. Convencido de la ilusión fomentada por el joven intrigante, Dom Plácido lo denunció vigorosamente, lo que le atrajo al joven una severa reprimenda, pero no lo hizo cambiar de conducta. El nombramiento de Dom Plácido en Amelia no llevó la paz a la abadía. El 13 de noviembre de 1885, Dom Plácido fue nombrado maestro de novicios y se entregó a formarlos en la verdadera devoción, dándoles el ejemplo de la vida más austera.

Dom Plácido permaneció todavía dos años como maestro de novicios. El 18 de noviembre de 1887, fue enviado de nuevo a Amelia, donde volvió a tomar a su cargo la obra comenzada con la misma dedicación. Las monjas se quejaban algunas veces de que el vicario abacial se ocupaba de todo, y pensaban que los superiores debían constatar que su vigorosa dirección las mantenía en los caminos de la perfección.

La antiquísima abadía de Farfa, en Sabino, estaba entonces absolutamente desierta; los monjes de San Pablo, que debían vigilar los dominios, habitaban en el castillo vecino de Sanfiano. La falta de personal había obligado a encargar a un sacerdote secular del venerado santuario de la antigua abadía y el resultado había sido desastroso. El buen clima de Sanfiano convenía a la delicada salud de Dom Plácido; el aislamiento no podía tener para él los inconvenientes que tuvo para caracteres menos bien templados, y fue nombrado rector de Farfa, en 1894.

Espontáneamente, Dom Plácido volvió a encontrar un estilo de vida que había sido, en la Edad Media, el de innumerables monjes diseminados en las lejanas dependencias de las abadías. Llevaba la vida de un ermitaño y por eso prefería a Farfa, lugar más aislado y habitado solamente por uno o dos hermanos, encargados con algunos domésticos, de hacer fructificar la posesión.

Dom Plácido jamás visitó las propiedades de su abadía, y pasaba sus días orando largamente, leyendo obras de piedad, y preparando sus sermones. No hacía otro paseo que el trayecto de Sanfiano a Fara Sabina, donde era confesor ordinario de dos comunidades franciscanas enclaustradas. No tenía, como en Amelia, jurisdicción fuera de la confesión, y sus penitentes jamás se quejaron de él.

No se sustraía a las visitas que sus deberes o la simple educación le prescribían, pero rehusaba toda invitación a comer, y cuando recibía a los sacerdotes de los alrededores, se las arreglaba para no modificar su sobriedad habitual, sin imponérsela a los demás.

Prefería a todo, el recogimiento que le procuraba una soledad que lo mantenía, sin embargo, alejado de las manifestaciones litúrgicas. El Jueves Santo, oficiaba la misa, pero no podía celebrar solo los oficios del Viernes y del Sábado Santos. Un año, cediendo a los consejos de sus amigos, fue a Fara para asistir a estos oficios; quedó tan malamente impresionado del desorden y la turbulencia de los niños del coro, que prometió jamás volver; prefería pasar los días enteros, solo, orando en el oratorio del Santísimo Sacramento.

Dom Plácido no despreciaba a sus hermanos de San Pablo; recibía con alegría y caridad a los que venían a pasar en la montaña los meses del verano, obedecía inmediatamente cuando su abad lo invitaba a ir a Roma por temporadas más o menos largas, como en 1900, cuando desempeñó el cargo de penitenciario durante el año santo; aún entonces, su quebrantada salud y sus costumbres eremíticas autorizaban a su abad a dispensarle frecuentemente

del coro. Dom Plácido no llevaba en Roma una vida distinta de aquella que él tanto amaba en Sanfiano y en Farfa.

La salud de Dom Plácido decaía cada día más, y su abad le envió para que lo ayudara a un monje alemán, que se consideró también como el superior. Los campesinos de Sabine no tenían costumbres delicadas e intentaron desembarazarse del encumbrado personaje, colocando arriba de la puerta del santuario una viga que debía caerle sobre la cabeza cuando entrara; el atentado fracasó, pero la iglesia se vio abandonada por los fieles. Dom Plácido se afligió sobremanera al ver aniquilada su obra, su salud sufrió por ello y su desarreglo intestinal se agravó, al punto de que le fue completamente imposible celebrar la misa.

El 17 de noviembre de 1912, cuando subía una escalera, un ataque de parálisis, acompañada de convulsiones, lo tiró por tierra y lo hizo rodar por los escalones de mármol. Su estado pareció tan grave, que se le administró inmediatamente la extremaunción; sin embargo, soportó la prueba y se le pudo conducir de nuevo a la abadía de San Pablo Extramuros, el 23 de diciembre siguiente.

Quedó paralítico del lado derecho; sus piernas se encogieron, después se arquearon, y no podía permanecer ni siquiera recostado sobre la espalda. Acabado físicamente, hizo de sus días una oración perpetua y no se quejaba jamás, ni reclamaba nada, atento solamente a no molestar o contrariar a aquellos que se ocupaban de él. Durante este penoso período, tuvo la alegría de ver con frecuencia a su lado al joven y fiel amigo Dom Ildefonso Schuster, quien lo había dirigido por los caminos de la perfección monástica. Liturgista, arqueólogo, historiador, excelente administrador, Schuster, el futuro cardenal, arzobispo de Milán tenía gustos y aptitudes absolutamente opuestas a las de su viejo maestro; sin embargo, tenían en común un amor a Dios, sincero y profundo, y el atractivo por una vida ascética seria y severa. Dom Plácido mostró su confianza al discípulo escogiéndolo como confesor; Dom Schuster obtuvo para su maestro el favor que podía agradarle más: Pío X autorizó la celebración de una misa, cada semana, en la celda del enfermo.

Dom Plácido, murió dulcemente mientras Dom Schuster velaba cerca de él el 15 de marzo de 1915.

Fue beatificado el 15 de diciembre de 1954.

Acta Apost. Sedis, vol. XLVII, 1955, pp. 39-45. I. Schuster, *Profilo storico del beato Placido Riccardi,* Milán, traducido al francés por el conde Montanari di Pradello, París, 1957.

16: SANTOS HILARIO, OBISPO, TACIANO, DIÁCONO Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES. (284 P.C.)

HILARIO DE Aquilea fue educado desde su infancia en el cristianismo. Renunció al comercio con el mundo para dedicarse al estudio de las Sagradas Escrituras.

Fue ordenado diácono y, más tarde, a instancias de sus compatriotas cristianos, fue consagrado obispo. Gobernó con sabiduría y prudencia a su rebaño. El fue quien ordenó diácono a un discípulo suyo, por nombre Taciano, para que le ayudara en su ministerio.

El césar Numeriano promulgó un edicto que obligaba a los cristianos a adorar a los ídolos. Estuvo encargado de su ejecución Beronio, prefecto de la ciudad. A instigación de un tal Monofanto, sacerdote de los ídolos, Hilario y su diácono Taciano fueron los primeros que comparecieron ante el prefecto. Se les hizo saber que debían obedecer a las órdenes del emperador.

—"Desde mi infancia, dijo Hilario a Beronio, he aprendido a sacrificar al Señor, al Dios Vivo y adoro sin cesar a Jesucristo su Hijo. Pero a los demonios vanos y ridículos que llamáis dioses y no lo son, no les ofrezco sacrificio alguno".

En vano trató Beronio de dominarlo con amenazas; no surtieron éstas el menor efecto. Sin ningún resultado tampoco, condujo a Hilario ante la estatua de Hércules en su templo suntuoso. El obispo no tuvo más que desprecio y desdén por esos dioses hechos por mano de hombres y que no podían hablar ni caminar.

Entonces, Beronio lo hizo despojar de sus ropas y azotar con varas. Después mandó que lo extendieran en el caballete y que destrozaran sus costados con garfios hasta que aparecieran las entrañas. Hilario no cesaba de cantar himnos al Señor en medio del suplicio. Beronio ordenó que se multiplicaran y variaran los suplicios. Después lo encerró en una prisión para aplicarle más tormentos aún.

Al día siguiente, denunciaron ante el prefecto a Taciano, el diácono del obispo Hilario. Taciano tuvo que comparecer ante Beronio, pero todas las tentativas para hacerle sacrificar a los dioses fueron igualmente infructuosas. Los mismos tormentos aplicados a Hilario, fueron renovados en su persona. Cuando se reunió con Hilario en la prisión, éste le saludó con alegría y los dos oraban juntamente al Señor para que confundiera a los que adoraban a los ídolos.

Una terrible tormenta se desencadenó en la ciudad e infundió espanto a los paganos de Aquilea. Muchos murieron de la sola impresión. El templo de Hércules se derrumbó hasta los cimientos. Beronio dio orden de decapitar a Hilario y a Taciano, a petición de los sacerdotes de los ídolos. Con ellos fueron inmolados otros cristianos que también habían sido detenidos por el nombre de Cristo. Se llamaban, Félix, Largo y Dionisio. Todos murieron el 16 de marzo.

Al día siguiente, el clero y los fieles consiguieron autorización para recoger sus cuerpos y enterrarlos con honores fuera de los muros de la ciudad.

En los manuscritos del Martirologio Jeronimiano se encuentran sólo los nombres de Hilario y Taciano. Este último nombre se encuentra en diversas formas: Taciano, Casiano, Daciano.

Las Actas de estos mártires que vienen en el *Acta Sanctorum* del 16 de marzo, están consideradas como leyenda y de una época muy posterior.—P. Allard, *Hist, des perséc.*, vol. III p. 229.

SAN ABRAHAM KIDUNAIA (Siglo IV)

SAN ABRAHAM nació cerca de Edesa, Mesopotamia, donde sus padres ocupaban una importante posición y eran dueños de grandes riquezas. Aunque él se sentía atraído hacia la vida de celibato, no se atrevió a oponerse a los deseos de sus padres, cuando éstos escogieron a su futura esposa. Era costumbre de aquel lugar llevar al cabo unas festividades durante los siete días precedentes

al matrimonio. El último día de la celebración, Abraham huyó y se ocultó en el desierto. Habiéndose llevado al cabo la búsqueda del fugitivo, se le encontró absorto en oración. Todos los ruegos y súplicas de sus amigos por hacerle desistir de su idea fallaron; así, Abraham se retiró a su celda, cuya puerta atrancó, dejando sólo una pequeña ventana por donde le pudieran pasar la comida. Cuando sus padres murieron, encargó a un amigo la distribución de su herencia entre los pobres. Sus pertenencias consistían en una capa, un abrigo de piel de cabra, una jofaina para el agua y comida y una estrellita de junco en la que dormía. "Nunca se le vio sonreír", dice su biógrafo: "consideraba cada día como el último de su existencia". Se veía fresco, vigoroso y sano, aunque era de naturaleza delicada, como si no llevase vida de penitencia... "Lo más sorprendente de todo fue que, en cincuenta años, nunca se quitó el abrigo de piel de cabra, el que fue usado por otros, después de su muerte".

No lejos de la celda de Abraham, había una colonia de idólatras que hasta entonces habíanse resistido violentamente a todos los intentos de evangelización y quienes eran motivo de aflicción para el obispo de Edesa. El obispo le pidió a Abraham que dejase la vida de ermitaño y fuera a predicar entre esas gentes. Aunque se mostraba renuente a ello, permitió que le ordenasen sacerdote para cumplir con lo que se le mandaba. Al llegar a Beth-Kiduna, encontró a la gente decidida a no escucharle. Por doquier había signos de idolatría y espantosa aberración. San Abraham pidió al obispo le edificase una iglesia en el centro mismo del poblado y, cuando ésta estuvo construida, supo que su hora había llegado. Después de orar fervorosamente, salió y destruyó todos los altares e ídolos que encontró. Los enfurecidos aldeanos, acometieron contra él, le pegaron y le echaron del pueblo. Por la noche regresó y, al día siguiente lo encontraron rezando en la iglesia. Salió a las calles y arengó a las gentes, incitándolas a terminar con la superstición; esta vez, los aldeanos lo golpearon y apedrearon hasta darlo por muerto. Una vez recuperado el sentido, Abraham siguió predicando a pesar de los insultos, malos tratos y ataques de la gente, por tres años consecutivos y sin ningún resultado aparente. Un buen día, las cosas cambiaron, la paciencia, mansedumbre y docilidad del santo convencieron a la gente y ésta empezó a escucharle: "Viéndolos al fin tan bien dispuestos, bautizó a cerca de mil, en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo; y de ahí en adelente, les leyó las Sagradas Escrituras asiduamente, mientras los instruía en los principios de la justicia y caridad cristianas". Durante un año entero siguió trabajando entre sus conversos y luego, temiendo absorberse demasiado en las cosas terrenales, dejó su obra a cargo de otros y se internó nuevamente en el desierto. San Abraham vivió hasta la edad de setenta años. Cuando se supo que estaba gravemente enfermo, sus fieles acudieron a pedirle sus bendiciones y, después de su muerte, cada quien procuró quedarse con un pedacito de sus ropas.

A la historia de Abraham que, en su esencia puede ser auténtica, se liga siempre la leyenda de su sobrina María. A la forma narrativa de este relato se debe probablemente la gran popularidad de que ambos gozan, tanto en oriente como en occidente. Se dice que María contaba solamente siete años de edad cuando quedó huérfana. El único pariente que tenía era su tío y con él se fue a vivir. Abraham construyó para ella una celda cerca de la suya y se encargó de sus estudios y educación, hasta que María cumplió veinte años.

Un falso monje, que llegó fingiendo querer recibir instrucciones de Abraham, la sedujo, entonces ella abandonó secretamente su celda y huyó a la ciudad de Troas, donde se dedicó a la prostitución. Su tío, no sabiendo qué había sido de ella, no cesó de llorar y pedir por la joven durante dos largos años. Abraham pidió prestado un caballo y, disfrazado de soldado, salió en su búsqueda. Al enterarse al fin de la verdad fue en busca de la oveja perdida para conducirla a la nueva vida, si esto era posible. Al saber donde vivía, sin descubrir su identidad, le envió una invitación para cenar con él. Aunque María no reconoció a su tío, se sintió avergonzada en su presencia. Cuando terminaron de cenar, quitándose el disfraz, la tomó de la mano y le habló hasta que ella se sintió arrepentida. Entonces lleno de esperanza y regocijo la confortó y prometió tomar sobre él todo sus pecados, si ella volvía a la vida santa que había llevado en otros tiempos. María prometió en adelante obedecerlo en todo. Dice la leyenda que después de tres años Dios demostró haberla perdonado, haciéndole el regalo de curar y obrar milagros.

De acuerdo con el Martirologio Romano, Alban Butler y uno o dos escritores modernos, especialmente Mons. Lami, se dice que San Efraín es el autor de esta narración. Actualmente se rechaza esta opinión, y se coloca al santo en el siglo sexto. Ver el *Acta Sanctorum*, marzo, vol. II. La *Analecta Bollandiana*, vol. X (1891) pp. 5-49, donde se encuentra el texto siriaco y vol. XXVI (1907), pp. 468-469; Delehaye *Synax. Const.* octubre 29; DGH, vol. I, pp. 175-177. A Wilmart en la versión latina de *Revue Bénédictine* vol. I (1938) pp. 222-245; y especialmente E. de Stoop en el *Musée belge*, vol. XV, pp. 297-312.

SANTA EUSEBIA, ABADESA (*c.* 680 P.C.)

Santa Eusebia era la hija mayor de San Adalbaldo de Ostrevant y Santa Rita. Después del asesinato de su esposo, Rita se retiró al convento de Marchinnes con sus dos hijos menores y envió a Eusebia a la abadía de Hamage donde su bisabuela Santa Gertrudis era la abadesa. Eusebia tenía solamente doce años de edad cuando Santa Gertrudis murió, pero fue elegida sucesora de ésta, de acuerdo con los deseos de la finada y también porque era costumbre de aquel tiempo que, de ser posible, la superiora de una comunidad fuera de noble cuna para contar con el apoyo de una familia poderosa en tiempos difíciles.

Santa Rita, que era ya abadesa de Marchinnes, consideró que Eusebia era demasiado joven para tener a su cargo la comunidad y le ordenó venir a Marchinnes con todas sus religiosas. La joven abadesa, no dada a quejarse, se fue a Marchinnes con toda la comunidad, llevando el cuerpo de Santa Gertrudis.

Las dos comunidades se fundieron en una, con lo que todo quedó felizmente arreglado, excepto para Eusebia. El recuerdo de Hamage la perseguía. Así, una noche, ella y algunas de las religiosas salieron a escondidas hacia la abandonada abadía, donde rezaron el oficio y se lamentaron de no haber cumplido los mandatos de Santa Gertrudis. Aunque este acto no quedó sin castigo, viendo que su hija anhelaba estar en Hamage, Santa Rita consultó el caso con el obispo, así como con otros hombres piadosos, quienes le aconsejaron condescendiera con los deseos de Eusebia.

No tuvo que arrepentirse Rita de su acción, pues la joven abadesa probó ser capaz y juiciosa para restablecer en la comunidad la disciplina de los días de Santa Gertrudis, a quien se esforzó en imitar en todo.

Ninguna incidencia especial parece haber marcado la vida posterior de Eusebia. Contaba solamente cuarenta años de edad, cuando tuvo el presentimiento de su inminente fin. Reunió a las religiosas y les dio sus últimas recomendaciones y bendiciones. Al terminar de hablar, un resplandor iluminó su celda y casi inmediatamente después su alma voló al cielo.

Ver *Acta Sanctorum*, marzo, vol. II. *Vidas de Santas de Cambrai*, Desmontes vol. I. pp. 349-353. *Analecta Bollandiana*, vol. XX (1901), pp. 461-463.

SAN HERIBERTO, ARZOBISPO DE COLONIA (1021 P.C.)

SAN HERIBERTO, uno de los prelados más distinguidos de la diócesis de Colonia, nació en Worms, en el Palatinado del Rin. Como se mostró ansioso de estudiar, fue enviado a la célebre abadía de Gorze en Lorena. Ahí hubiera entrado gustoso a la Orden de los Benedictinos, pero su padre, que tenía otras ambiciones, lo llamó definitivamente a Worms, donde se le dio una canonjía y fue elevado al sacerdocio. Heriberto se ganó la confianza del emperador Otón III, de quien llegó a ser canciller, y en 998, fue elevado a la sede de Colonia en medio de la aprobación general. El único que desintió fue Heriberto, quien declaró y firmemente creía, no ser merecedor de tan alta dignidad. De Benevento (a donde fue enviado por Otón) pasó a Roma y allí el Papa Silvestre II le dio el "palio". Un frío día de diciembre, llegó humilde y descalzo a Colonia a donde había enviado el "palio" con anterioridad. El día de Navidad fue consagrado arzobispo de la Catedral de San Pedro y desde ese momento, se dedicó infatigablemente a los deberes de su alta vocación. Los asuntos de Estado nunca le impidieron predicar y consolar a los enfermos y pobres, así como el actuar de pacificador en su diócesis. No despreciaba el esplendor externo que su alta posición pedía, pero bajo sus vestiduras bordadas de oro siempre usaba un cilicio. Cuanto más los asuntos del mundo le entretenían, más extremadamente se esforzaba por alimentar su vida espiritual.

Poco después de tomar posesión de su Sede, Heriberto acompañó al emperador en su última visita a Italia, pues Otón falleció allí probablemente a consecuencia de las viruelas y no envenenado, como se ha creído. De acuerdo con los deseos del finado, San Heriberto llevó su cuerpo a Aachen, donde se le dio sepultura. Habiendo previsto la disputa por la corona, San Heriberto también creyó su deber llevar consigo la insignia imperial con objeto de entregarla al nuevo soberano. El pretendiente más cercano al trono, el duque Enrique de Baviera, infortunadamente malinterpretó la actitud de San Heriberto, y llegó a la conclusión de que éste prefería el trono para otro. Como consecuencia, San Heriberto se vio privado del favor del duque, aun después de que San Enrique fue elegido emperador, a pesar de haberse mostrado leal a él. Parece que San Enrique no le quitó el cargo de canciller, pues en los edictos de 1007 y 1008 aparece su firma. No fue sino al final del reinado de Enrique, cuando éste se dio cuenta de la virtud y buena fe del gran arzobispo y aun llegó a tener una reconciliación pública con él. San Heriberto gustosamente hubiera dejado todos los asuntos seculares para tener libertad de dedicarse a las propias necesidades espirituales y a las de su diócesis. Con el dinero que Otón III le legó, terminó de construir un monasterio y una iglesia al otro lado del Rin. Sus rentas las dividía entre la Iglesia y los pobres, reservando para sí lo

estrictamente indispensable. A menudo se escabullía para ir a ver a los enfermos y pobres a sus casas y hospitales, los consolaba y lavaba sus pies. Su ejemplo inspiró a muchos a hacer lo mismo. No limitó su caridad a Colonia, sino que enviaba dinero a los sacerdotes de otras ciudades para ayudar a los pobres e indigentes. Durante una gran sequía, organizó una procesión de la iglesia de San Severino a la de San Pantaleón, exhortando a la gente a hacer penitencia y confiar en Dios. Algunos de los presentes aseguraron haber visto una paloma blanca volar sobre la cabeza del santo durante la procesión. Al llegar a la iglesia de San Severino, Heriberto se dirigió hacia el altar mayor y, haciendo una profunda reverencia, comenzó a orar fervorosamente por su gente. Apenas terminó, una lluvia torrencial cayó sobre la región, que así fue salvada del hambre. Organizó otra procesión alrededor de las murallas de la ciudad en la semana de Pascua para alejar las plagas y el hambre. Esta costumbre se llevó al cabo hasta fines del siglo dieciocho.

Celoso del mantenimiento de la disciplina entre el clero, hacía frecuentes visitas en su diócesis. En una de ellas a Nenss contrajo una fiebre que debía ser fatal. Con gran fervor, el santo recibió el viático y luego permitió lo transportasen a Colonia. Después de encomendarse a Dios, a los pies de un crucifijo en la Catedral de San Pedro, fue transladado a su casa, donde poco después exhaló su último suspiro. Su cuerpo fue colocado en Dentz, donde muchos milagros fueron atribuídos a su intercesión.

El arzobispo fue fundador de la abadía y el santuario del monasterio de Dentz y desde luego los monjes estaban deseosos de que su memoria se guardara en veneración. Así una corta biografía suya fue escrita por Lambert, uno de los monjes, y fue impresa por los bolandistas, así como en el vol. IV de MGH. (*Scriptores*). La misma biografía, pero un poco más extensa, se puede encontrar en el *Acta Sanctorum*, marzo, vol. II y en Migne, PL. vol. clxx, cc. 384-428, escrita por el famoso Ruperto de Dentz. El texto que sirvió para su canonización había sido aceptado sin suspicacias, pero en los últimos años se demostró que era una falsificación del siglo diecisiete. Ver *Analecta Bollandiana*, vol. XXVII, (1908) p. 232 y vol. XXXII (1913), p. 96. También se puede encontrar bastante sobre la vida del santo en Kleinermanns, *Die Heiligen auf den erzb, Stuhl von Koln*, vol. II.

BEATO JUAN, OBISPO DE VICENZA, MÁRTIR. (1183 P.C.)

JUAN ERA nativo de Cremona y pertenecía a la familia de Sordi o Surdi. El nombre de Cacciofronte, por el que generalmente era conocido, era el de su padrastro. A la edad de 15 años, Juan fue nombrado canónigo de Cremona, pero al año siguiente, ingresó a la abadía benedictina de San Lorenzo. Ocho años después, era prior de San Víctor y, en 1155, fue nombrado abad de San Lorenzo. Los monjes aseguraban que la obediencia no era difícil cuando él mandaba, pues era el primero en practicar lo que exigía y el bienestar espiritual de la comunidad era su constante cuidado. Juan abogó por la causa del Papa Alejandro III en contra de Octavio, cardenal de Santa Cecilia, quien, bajo el nombre de Víctor IV, pretendía ocupar la silla de San Pedro. Por su celo en la organización de procesiones, y por inducir a la gente de Cremona a seguir leales a Alejandro, el buen abad fue desterrado por el emperador Federico Barbarroja, quien favorecía a Octavio.

Llevó por varios años vida solitaria en Mántua. Practicaba la austeridad en su comida, ropa y mobiliario. Compartía su comida con un pobre diariamente. Hizo mucho por remediar la injusticia y siempre vio por los bienes

de la Iglesia, siendo siempre indiferente para los propios. El hecho de haber escrito al Papa para que reinstalase al obispo de Graciodorms, su predecesor, quien había abandonado Mántua para seguir a Octavio, de lo cual luego se arrepintió, indica lo poco que era dado a ver por sus propios intereses. La Santa Sede accedió a su petición y Juan renunció a Mántua, pero pronto le fue dada la sede de Vicenza, donde llegó a ser tan popular, como lo había sido en Mántua.

Su muerte fue debida a un acto de venganza. Era usual en aquel entonces arrendar las propiedades eclesiásticas, cuyo producto pasaba a ser propiedad episcopal. Entre los arrendatarios del obispo de Vicenza había un hombre llamado Pedro, quien no sólo no pagaba el arrendamiento, sino que consideraba suyas las tierras. El obispo le reconvino suavemente primero y luego más severamente. Al resultar infructuosa la reconvención, Pedro fue excomulgado. Pero acechó a Juan y lo mató. El santo varón exclamó en su último aliento: "Perdónalo, Señor". El pueblo de Vicenza, lleno de pesar y cólera, determinado a castigar al asesino, incendió su casa. Pedro logró escapar y nunca se volvió a oír de él.

Dos interesantes documentos que contienen un breve informe de la encuesta oficial hecha en Cremona en 1223 y en Vicenza en 1224 sobre la vida del bienaventurado Juan, han sido incluidos por los bolandistas en un apéndice al *Acta Sanctorum*, marzo, vol. II. Ver también A. Schiavo, *Della vita e dei tempi del B. Giovani Cacciafronte* (1866).

BEATO TORELLO. (1282 P.C.)

TORELLO NACIÓ en Poppi, en Casentino, donde bajo la tutela de sus padres, vivió una juventud irreprochable. Desgraciadamente, después de la muerte de su padre, se dio a la vida licenciosa. Un día, que estaba jugando con sus disolutos compañeros, un gallo salió volando de un gallinero, se posó en su brazo y cantó tres veces, como advirtiéndole que se apartase del pecado. Torello quedó paralizado de asombro, convencido de que se trataba de una advertencia divina. Fuese en busca del abad de San Fedele a confesarse y recibió de éste la absolución, así como buenos consejos. Torello salió entonces de Poppi y se internó en los bosques, donde erró por ocho días. Encontró una roca grande, bajo el abrigo de la cual se albergó otros ocho días, alimentándose únicamente de hierbas y tres rebanadas de pan que había llevado consigo. Sobre esa roca resolvió construir una ermita, donde servir a Dios el resto de su vida. Así retornó a Poppi, repartió sus propiedades entre los pobres, quedándose nada más con lo poco que necesitaba para llevar al cabo su plan.

Compró una pequeña parcela junto a la roca, para jardín y para habitar se construyó una choza donde apenas cabía. Se dedicó a la extrema penitencia. Sus vestiduras eran de piel de jabalí, con unas cerdas tan duras, que laceraban su carne. Dormía solamente durante dos días a la semana y su comida consistía en cuatro onzas de pan y un poco de agua. Su vida no era conocida sino por un amigo. Contra las tentaciones, castigaba su cuerpo hasta que le brotaba sangre y acostumbraba a sumergirse en agua fría hasta tiritar. La edad y las enfermedades hicieron que Torello se viese obligado a comer más y a mezclar un poco de vino al agua que tomaba. La muerte lo sorprendió arrodillado en oración a la edad de ochenta años, cincuenta de los cuales llevó vida de ermitaño. Se le atribuyen muchos milagros, entre ellos el haber salvado

a un niño de un lobo, al que amansó en tal forma, que luego dormía a la puerta de la ermita. Aunque a veces se dice que Torello era franciscano, y otras que pertenecía a la orden de Valleumbrosa, la verdad es que no perteneció a ninguna orden. Su culto fue aprobado por el Papa Benedicto XIV.

Un corto texto en latín de la vida de Torello se encuentra en el *Acta Sanctorum*. Cuando su culto fue confirmado en el siglo XVIII, algunos datos biográficos fueron publicados en latín y en italiano por Maccioni, Soldani, Cimatti Bellogrado y otros.

BEATOS JUAN AMIAS y ROBERTO DALBY, MÁRTIRES. (1589 P.C.)

JUAN AMIAS (o Anne) y Roberto Dalby eran de Yorkshire. Después de sus estudios en el Colegio de Douai en Reims, fueron ordenados sacerdotes y partieron a la misión de Inglaterra, donde murieron en 1589. Amias, que era viudo y monje trapense, misionó por siete u ocho años en Inglaterra antes de ser capturado; Dalby, que había sido ministro protestante, hacía un año que había regresado a Inglaterra, cuando fue aprehendido. No muchos detalles de sus labores parecen ser exactos, pero tenemos una descripción gráfica de sus muertes en el manuscrito del Dr. Champney citado por Challoner. Este dice: "El dieciséis de marzo de este año, Juan Amias y Roberto Dalby, sacerdotes del seminario de Douai, fueron ejecutados en York, acusados de alta traición, por el crimen de ser sacerdotes ordenados por la autoridad de la Sede de Roma y haber regresado a Inglaterra a ejercer su ministerio para beneficio de las almas de sus vecinos. Tenía yo veinte años, cuando fui testigo ocular del glorioso combate de estos santos hombres. A la vista de la constancia y mansedumbre de ellos, regresé a casa convencido de la fe católica, en la que he permanecido por la gracia de Dios".

"Porque era visible en esos santos servidores de Dios tanta mansedumbre unida a tan singular constancia, que uno hubiese fácilmente dicho que eran ovejas llevadas al matadero". Después de describir la ejecución de Juan Amias y Roberto Dalby agrega: "Los guardias estaban muy atentos para impedir que alguno de los que se habían reunido a ver la ejecución se llevase alguna pertenencia o sangre de los mártires. Aun así, una persona, que me pareció una gran dama, no sin dificultad, abriéndose paso entre la multitud, llegóse al lugar donde yacían sus cuerpos despedazados, juntó sus manos y levantó los ojos al cielo, lo que conmovió hondamente a los presentes. Dijo también unas palabras que yo no pude oír debido al tumulto y ruido. Inmediatamente se elevó un clamor en contra de ella, como idólatra y fue retirada de ahí; pero no pude saber si fue llevada a prisión o no".

Véase MMP., pp. 152-153 y J.H. Pollen, *Acts of English Martyrs*, pp. 229-331.

17: SAN PATRICIO, ARZOBISPO DE ARMAGH, APÓSTOL DE IRLANDA (461 P.C.)

"SI LA virtud de los vástagos redunda en honor de sus padres, con cuánta mayor justicia el nombre de San Patricio ha dado el lustre y esplendor de su santidad con que la Iglesia de Irlanda ha brillado durante muchos años y ha poblado con santos muchos lugares del mundo". Así habla

Alban Butler de San Patricio y agrega que, los campos de sus trabajos tenían por límite los remotos confines del mundo conocido entonces. El mismo nació en aquellos confines. Ya fuese el lugar de su nacimiento la aldea de Bennavem Taberniae, las cercanías de Dumbarton del Clyde, las tierras de Cumberland, hacia el sur de Hadrian's Wall, en la desembocadura del Severn o en cualquier otro sitio, la cuestión carece de importancia. Por lo que el santo dice de sí mismo, se puede suponer que era de origen romano-bretón. Su padre, Calpurnio, era diácono y funcionario municipal; su abuelo había sido sacerdote, ya que en aquellos tiempos no se había impuesto aún la ley estricta para el celibato sacerdotal en el occidente. El nombre romano del santo era, posiblemente, el de Patricius Magonos Sucatus. Según sus propios relatos, cuando tenía dieciséis años, "aún no conocía al verdadero Dios", con lo cual quiso decir, probablemente, que hasta entonces había vivido con la misma indiferencia de los que le rodeaban hacia los consejos y advertencias de los hombres de la Iglesia que, como él dice, "nos exhortaban a procurar nuestra salvación". Si afirmamos que vino al mundo alrededor del año 389 no andaremos muy descaminados y asimismo podemos afirmar que hacia el 403, cuando era un chiquillo, fue secuestrado por los invasores, junto con otros muchos jóvenes, para ser vendido como siervo a los paganos de Irlanda. Durante seis años sirvió ahí al amo que lo adquirió y, en ese lapso de rudo trabajo y de sufrimiento por su esclavitud, su alma se templó maravillosamente para la santidad. De acuerdo con la tradición que se acepta por lo general, aquellos años de prueba los pasó en las vecindades de Ballymena, en la región de Antrim, sobre las laderas de los montes que ahora se llaman Slemish; pero, según otro punto de vista, el lugar de su cautiverio se encontraba en las costas de Mayo, al borde del bosque de Fochlad (o Foclut). De ser cierta esta última suposición, resultaría que el monte de Crochan Aigli, que fue el escenario del famoso ayuno de San Patricio, sirvió también de teatro a los tristes años de su primera juventud, cuando vivía a solas con Dios mientras velaba por los rebaños de su amo. Mas, cualquiera que haya sido el sitio, lo que importa es que por entonces, como él lo dice, "oraba de continuo durante las horas del día. Fue así —agrega— como el amor de Dios y el temor ante su grandeza crecieron más y más dentro de mí, al tiempo que se afirmaba mi fe y mi espíritu se conmovía y se inquietaba, de suerte que me sentía impulsado a pronunciar hasta cien oraciones en el día y, por la noche, otras tantas. Con este fin, permanecía solo en los bosques y en la montaña. Y si acaso me quedaba dormido, desde antes de que despuntara el alba me despertaba para orar, en tiempos de neviscas y de heladas, de niebla y de lluvias. Por entonces estaba contento, porque lejos de sentir en mí la tibieza que ahora suele embargarme, el espíritu hervía en mi interior".

Cuando habían transcurrido seis años de aquella existencia en tierras de Irlanda, oyó Patricio en sueños una voz que le incitaba a aprestarse para realizar un gran esfuerzo a fin de huir de aquel lugar, recuperar su independencia, regresar a su país y valerse por sí mismo. Atento a aquellos impulsos, cierto día huyó de las tierras de su amo y caminó más de 300 kilómetros hasta llegar a la costa en procura de alguna nave que le condujese a su patria. Encontró el navío, pero tuvo que vencer muchas dificultades para embarcarse. Sus reiteradas peticiones para que le dejasen viajar gratuitamente fueron rechazadas muchas veces, hasta que al fin, como respuesta de sus plegarias al cielo, los marineros accedieron a llevarlo consigo en el barco. La travesía fue aventurada

y peligrosa, puesto que las tormentas les retuvieron tres días en el mar y, cuando al fin tocaron tierra en un lugar deshabitado de la costa, el joven Patricio y los tripulantes de la nave tuvieron que internarse por el desierto territorio y caminar durante un mes sin encontrar alma viviente que les auxiliase, de suerte que sus provisiones se agotaron. El propio Patricio nos ha dejado una narración sobre los sufrimientos que el hambre les hizo padecer en aquella aventura. "Llegó el día", dice el santo, "en que el capitán de la nave, angustiado por nuestra situación me instaba a pedir el auxilio del cielo. '¿Cómo es que nos sucede esto, cristiano? Dijiste que tu Dios era grande y todopoderoso, ¿por qué entonces no le diriges una plegaria por nosotros, que estamos amenazados de morir por hambre? Tal vez no volvamos a ver a un ser humano . . .' A aquellas súplicas yo respondí francamente: 'Poned toda vuestra confianza y volved vuestros corazones al Señor mi Dios, para quien nada es imposible, a fin de que en este día os envíe vuestro alimento en abundancia y también para los siguientes del viaje, hasta que estéis satisfechos puesto que El tiene de sobra en todas partes'. Fue entonces cuando vimos cruzar por el camino una piara de cerdos; mis compañeros los persiguieron y mataron a muchos. Ahí nos quedamos dos noches y, cuando todos estuvieron bien satisfechos y hasta los perros que aún sobrevivían, quedaron hartos, reanudamos la caminata. Después de aquella comilona todos mostraban su agradecimiento a Dios y yo me convertí en un ser muy honorable a sus ojos. Desde aquel día tuvimos alimento en abundancia. Más adelante, encontraron un depósito de miel silvestre, de la cual me ofrecieron un poco para que la probase. Pero uno de ellos dijo: 'La miel es una de las ofrendas que se hacen a los ídolos'. Gracias a mi Dios, yo no la probé".

Por fin, los peregrinos llegaron a lugares habitados —probablemente a las Galias—, el fugitivo Patricio quedó a salvo y así, a la edad de veintidós o veintitrés años, volvió a incorporarse a su hogar. Sus familiares le acogieron cariñosamente y permaneció con ellos una larga temporada y ninguno quería dejarlo partir de nuevo. Pero, con el correr del tiempo, durante las vigilias de Patricio en los campos, se reanudaron las visiones y, con frecuencia, oyó "las voces de los que moran más allá del bosque de Foclut, más allá del mar del oeste y así gritaban todas a un tiempo, como si salieran de una sola boca, estas palabras: '¡Clamamos a ti, oh joven lleno de virtudes, para que vengas entre nosotros nuevamente' ". "Eternas gracias deben dársele a Dios, agrega, porque al cabo de algunos años el Señor les concedió aquello por lo que clamaban".

No hay ninguna certeza respecto al orden de los acontecimientos que se produjeron a partir de entonces. Resulta difícil aceptar que San Patricio se haya decidido a emprender la conversión de Irlanda, sin estudio y preparación previa, sin haber recibido la ordenación sacerdotal y sin contar con alguna comisión que le hubiese encomendado una autoridad eclesiástica. Por lo tanto parece indiscutible y enteramente de acuerdo con las declaraciones de los primeros biógrafos del santo, que éste haya pasado varios años en Francia antes de hacer el intento de emprender su trabajo de evangelización en Irlanda. Existen pruebas muy firmes de que pasó una temporada bastante considerable en la isla de Lérins, frente a Cannes. También tienen solidez las evidencias de que estuvo en relaciones personales con el obispo San Germán de Auxerre. Algunos historiadores sostienen que, en aquella época, hizo un viaje a Roma y que, el Papa San Celestino I fue quien le envió desde la Ciudad Eterna a Irlanda con una misión especial. Desde que se dio a la publicidad el libro del profesor Bury

"Vida de San Patricio", se ha afirmado la opinión de que el santo permaneció tres años en Lérins, de 412 a 415 y después, se radicó en Auxerre durante quince años más. Durante este tiempo recibió la ordenación sacerdotal. Mientras tanto, el Papa San Celestino envió a Paladio a Irlanda, pero éste nunca llegó a su destino puesto que, a los doce meses de haber partido, murió entre los pictos del norte de Britania. A fin de reemplazar a Paladio y llevar a cabo la misión que el Pontífice le había encomendado, San Germán de Auxerre consagró obispo a Patricio y se le confió la tarea que aún no había empezado.

Es materialmente imposible seguir los pasos del santo y obtener detalles del heroico trabajo en las tierras donde antes había estado cautivo, puesto que, para ello, no dependemos sino de los datos confusos, legendarios y muchas veces contradictorios que nos suministran sus primeros biógrafos. La tradición afirma que trabajó ante todo en el norte, en la región de Slemish que, según el investigador Muirchu, fue la misma donde Patricio cuidaba el ganado y oraba a su Dios cuando era muy joven y estaba obligado a servir al amo que le había comprado. Se dice que tan pronto como aquel amo se enteró del arribo de su antiguo siervo transformado en un venerado predicador, tuvo un acceso de furia tan violento que prendió fuego a su propia casa y pereció en medio de las llamas. Semejante anécdota se puede aceptar o no, según el criterio de cada quien, pero no hay duda de que antiguamente se la tenía por auténtica en Irlanda. Para lo que sí parece haber un fundamento histórico es para el dato de que, a su arribo a tierras irlandesas, San Patricio permaneció una temporada en Ulster, donde fundó el monasterio de Saul y emprendió, con su energía característica, la tarea de conquistar el favor del "Gran Rey" Laoghaire, que moraba con su corte en Tara de la región de Meath. Indudablemente que hay mucho de fábula en lo que se cuenta sobre el encuentro de San Patricio con los magos druidas, pero es imposible negar que, de aquel encuentro resultó una decisión trascendental y de que el santo, ya fuera por el poder de su carácter o por el don de obrar milagros, obtuvo una rotunda victoria sobre sus oponentes paganos y hechiceros y, aquel triunfo sirvió para ganar cierta tolerancia a la predicación del cristianismo entre los pobladores de Irlanda. En los textos del *Senchus Mor* (el antiguo código de las leyes irlandesas), no obstante que pertenecen a una época muy posterior a la de San Patricio, hacen referencias precisas a cierto acuerdo concertado en Tara con los paganos y vinculan al santo y a su discípulo San Benigno (Benen) a las gestiones para obtenerlo. Dicen esos textos que "Patricio convocó a los hombres del Erin para que se reunieran todos en un sitio a fin de conferenciar con él. Cuando estuvieron reunidos, se les predicó el Evangelio de Cristo para que todos lo escucharan. Y sucedió que, en cuanto los hombres del Erin se enteraron del exterminio de los seres vivientes y de la resurrección de los muertos, cuando conocieron el gran poder de Patricio, demostrado desde su arribo al Erin y, cuando vieron al rey Laoghaire y a sus druidas asombrados por las grandes maravillas y los milagros que se obraban en presencia de los hombres del Erin, todos se inclinaron para mostrar su obediencia a la voluntad de Dios y a Patricio".

Parece ser que el propio rey Laoghaire no se convirtió al cristianismo, pero varios miembros de su familia adoptaron la nueva religión y, a partir de aquel momento, la tarea del gran apóstol, a pesar de las muchas dificultades que se le oponían y de los constantes peligros que la amenazaban, incluso el riesgo de perder la vida a cada instante en su trato con aquellos seres bárbaros y vio-

lentos que trataba de civilizar, se desenvolvió al amparo de muchos jefes poderosos. Los druidas, tenaces representantes del paganismo, fueron los más acérrimos opositores de Patricio. Aun antes del arribo de éste para predicar el cristianismo, circulaba entre los druidas un extraño vaticinio respecto al santo, que Muirchu, su historiador, nos ha conservado. Dice aquella profecía, textualmente: "Cabeza de azuela (referencia a la forma aplanada de la cabeza tonsurada) vendrá con sus seguidores de cabezas chatas, y su casa (casulla o *casula*, es decir casa pequeña) tendrá un agujero para que saque la cabeza. Desde su mesa clamará contra la impiedad hacia el oriente de su casa. Y todos sus familiares responderán, Amén, Amén". Los augurios agregaban esto todavía: "Por lo tanto, cuando sucedan todas estas cosas, nuestro reino, que es un reinado de idolatría, se derrumbará".

Caemos en la cuenta de los innumerables peligros que acechaban a la misión de San Patricio, por el incidente que le ocurrió a Odhran, el cochero del apóstol. Sucedió que cierta vez, quizá a impulsos de algún presentimiento, el cochero insistió para ocupar el asiento del pescante desde el cual Patricio manejaba las bridas. Aquella vez, Odhran condujo a los caballos que tiraban del coche y fue él quien recibió el golpe mortal de una lanza que arrojaron unos hombres emboscados y que, sin duda, estaba destinada a quitarle la vida a San Patricio. Pero, no obstante los contratiempos, el trabajo de la evangelización de Irlanda, prosiguió firmemente. Desde Tara, San Patricio avanzó hacia el norte. En Leitrim derribó al ídolo de Crom Cruach y edificó ahí mismo una iglesia cristiana. Después pasó a la región de Connaught y, entre las diversas cosas notables que ahí realizó, la población de Tirechan ha conservado para la posteridad la historia de la conversión de Ethne y de Fedelm, las dos hijas del rey Laoghaire. Las prodigiosas narraciones sobre la heroica predicación de San Patricio en Ulster, lo mismo que en Leinster y en Munster, son demasiado extensas y minuciosas para que podamos reproducirlas aquí.

Cuando Patricio había reunido en torno suyo numerosos discípulos fieles, como por ejemplo Benigno, destinado a sucederle, la obra de evangelización progresó rápidamente. El santo se mantenía en contacto con Roma y los investigadores han sugerido que aquella "aprobación" de la que hablan sus biógrafos era, ni más ni menos, una comunicación oficial del Papa San León el Grande. En los "Anales de Ulster" está asentado el dato de que, en el año 444 quedó fundada la iglesia catedral de Armagh (hoy Armoc), la sede principal de Irlanda y es probable que no pasara mucho tiempo sin que Armagh se convirtiese en un gran centro de educación y de administración. Hay buenas razones para creer que San Patricio convocó a un sínodo —casi seguramente en Armagh, aunque no se haya mencionado el sitio— y, si bien es indudable que a varios se les hicieron añadiduras y enmiendas, muchos de los decretos emitidos en aquella asamblea, han llegado hasta nosotros tal como fueron redactados originalmente. Es probable que el sínodo haya tenido lugar cuando ya estaban contados los días de San Patricio y, hacia aquella época, el apóstol era ya un anciano con la salud quebrantada, puesto que, sin una milagrosa intervención de la Providencia, no es posible que el desgaste físico por sus austeridades y sus interminables viajes, hayan dejado de producir su efecto. Sin embargo el suceso de sus cuarenta días de ayuno en las alturas de Croagh Patrik (Crochan Aigli) y los privilegios que obtuvo de la misericordia divina con sus incesantes plegarias, tiene que haber ocurrido hacia el final de su existencia. Aquellos acontecimientos

nos los relata escuetamente Tirechan de la siguiente manera: "Patricio subió a la cima del monte Aigli y allá permaneció cuarenta días y cuarenta noches. Las aves le molestaban, puesto que, a causa de ellas, no podía ver la faz de los cielos, la tierra o el mar. Pero Dios dijo a todos los santos del Erin, del pasado, del presente y del futuro, que acudiesen a la cima del monte —la montaña que señorea sobre todas las otras y es de mayor altura que todas las otras montañas del occidente— para bendecir a las tribus del Erin, con el objeto de que Patricio pudiese ver (por anticipado) el fruto de sus trabajos, ya que todo el coro de los santos del Erin subió allá a visitar al que era padre de todos ellos".

Nennius, el cronista de Britania nos legó un relato similar, pero agrega que, "desde aquella colina, Patricio bendijo al pueblo de Irlanda y, el objeto que perseguía al subir a la cima, era el de orar por todos y el de ver el fruto de sus trabajos . . . Después, en edad bien avanzada, fue a recoger su recompensa y a gozar de ella eternamente. Amén". Parece cosa cierta que Patricio murió y fue sepultado en el año 461, poco antes o poco después, en la localidad de Saul de la región de Strangford Lough, donde había edificado su primera iglesia.

Huelga señalar que en todas las antiguas biografías de San Patricio, la presencia de lo maravilloso es constante y, a menudo, en su forma más extravagante. Si, para adquirir conocimientos sobre el personaje tuviésemos que depender de las informaciones que nos proporciona la *Vita Tripartita* por ejemplo, nunca llegaríamos a conocer su carácter. Por fortuna, en el caso del apóstol de Irlanda poseemos una colección bastante nutrida de sus propios escritos, que nos muestran algo del hombre mismo, tal como sentía y actuaba. Solamente por medio de un estudio detenido de las "Confesiones", la *Lorica* y la carta a Coroticus de San Patricio, llegaremos a comprender el hondo sentimiento humano y el todavía más profundo amor a Dios que animaban a aquel santo, y que constituían el secreto de la extraordinaria impresión que causaba sobre los que tuvieron la ventura de conocerle en persona. De no haber poseído un carácter pronunciadamente afectuoso, no se hubiese referido tantas veces al inmenso dolor que le produjo tener que separarse de las gentes de su sangre y de su casa, a las que le ligaba un cariño tiernísimo. Era naturalmente sensible, como lo prueba el hecho de que haya insistido tanto en el desinterés de los móviles que le animaban: nada le hacía sufrir tanto como las insinuaciones de que buscaba el provecho propio en la misión que había emprendido. Lo que había de humano y de divino en San Patricio, surge en los párrafos de sus escritos, como el que sigue, tomado de sus "Confesiones":

"Incontables dones me fueron concedidos con el llanto y con las lágrimas. Contrarié a mis gentes y también, contra mi voluntad, a no pocos de mis mayores; pero como Dios era mi guía, yo no consentí en ceder ante ellos de ninguna manera. No fue por mérito propio, sino porque Dios me había conquistado y reinaba en mí. Fue El quien se resistió a los ruegos de los que me amaban, de suerte que me aparté de ellos para morar entre los paganos de Irlanda, a fin de predicarles el Evangelio y soportar una cantidad grande de insultos por parte de los incrédulos, que me hacían continuos reproches y que aun desataban persecuciones contra mí, en tanto que yo sacrificaba mi libertad en su provecho. Pero si acaso se me considera digno, estoy pronto a dar hasta mi vida en nombre de Dios,

sin vacilaciones y con gozo. Es mi vida la que me propongo pasar aquí hasta que se extinga, si el Señor me concede esa gracia".

Por otra parte, el prodigio de la abundantísima cosecha que Dios le permitió recoger en Irlanda, estaba siempre presente ante Patricio y le colmaba de gratitud. Es positivamente cierto que, en el curso de treinta años de apostolado, San Patricio convirtió a "toda Irlanda" al cristianismo. Al decirlo así, no repetimos una frase hecha de alguno de sus biógrafos, puesto que el propio santo alude, más de una vez, a las "multitudes" (*innumeros*), a los "muchos miles" que él había bautizado y confirmado. "Ahí", dice San Patricio, "donde jamás se había tenido conocimiento de Dios; allá, en Irlanda, donde se adoraba a los ídolos y se cometían toda suerte de abominaciones, ¿cómo ha sido posible formar un pueblo del Señor, donde las gentes puedan llamarse hijos de Dios? Ahí se ha visto que hijos e hijas de los reyezuelos escoceses, se transformen en monjes y en vírgenes de Cristo". Sin embargo, como es lógico pensarlo, el paganismo, la rapacidad y el vicio, no habían desaparecido por completo. En las mismas "Confesiones", que fueron escritas hacia el fin de su vida, dice el santo: "A diario estoy a la espera de una muerte violenta, de ser robado, de que me secuestren para servir como esclavo, o de cualquier otra calamidad semejante". Pero más adelante agrega: "Me he puesto en manos del Dios de misericordia, del Todopoderoso Señor que gobierna toda cosa y, como dijo el profeta: 'Deja tus cuidados con el Señor y El proveerá la manera de aliviarlos' ". En esta confianza radicaba, sin duda el inagotable valor y la firme decisión manifestados por San Patricio a lo largo de su heroica carrera.

Es muy vasta la literatura concerniente a San Patricio. Entre las diversas fuentes de información, la principal es, desde luego, la colección de escritos del propio santo. El mejor de los textos de su *Confesión*, aunque incompleto, se encuentra en el *Libro de Armagh*, un manuscrito que data de los principios del siglo IX y que contiene además las "memorias" de San Patricio, compiladas por Muirchu y Tirechan, así como otros documentos. El Dr. John Gwynn hizo, en 1913 una esmerada edición de todas esas piezas, para la Real Academia de Irlanda. Previamente, el P. Edmund Hogan había publicado documentos relacionados con San Patricio, en la *Analecta Bollandiana*, vols. I y II (1882-1883). La edición de la *Vita Tripartita* preparada por W. Stokes (1887) para la Rolls Series, es manuable y fácil para leerse; además, comprende las compilaciones de Muirchu y Tirechan, así como otros documentos entre los que conviene señalar los himnos de Secundino (Sechanall) y de Fiacc, publicados también en el *Liber Hymnorum* de Irlanda que editó la Sociedad de Henry Bradshaw. Posteriormente se publicaron también otras biografías del santo, como la que apareció en *Trias Thaumaturge* (1647). Un pequeño libro, titulado *St. Patrick, his Writings and Life* (1920), escrito por el Dr. N. White, es cómodo para su lectura y bastante completo. Entre los modernos biógrafos del santo debemos mencionar a J. B. Bury (1905) y al arzobispo J. Healy (1905) que incluye en su obra una traducción de los documentos que escribió el mismo San Patricio. El trabajo del Dr. Bury es particularmente valioso porque investiga profundamente la teoría del Prof. Zimmer en el sentido de que Paladio y Patricio eran una misma persona y que, la historia de la vida de San Patricio era un mito. El mismo asunto, tratado en forma distinta, aparece en *The Two Patricks* (1942), de T. F. O'Rahilly. Véanse también las biografías de H. Concannon (1931), de K. Müller (*Der hl. Patrick*) (1931), la de E. MacNeil (1934), el artículo de J. Ryan en *Irish Monasticism*, pp. 59-96 y passim, los *Codices Patriciani Latini* (1942) y un catálogo descriptivo editado por L. Bieler con notas del editor, en *Analecta Bollandiana*, vol. LXIII (1945), pp. 242-256, así como el artículo *Life and Legend of St. Patrick*, escrito por el Dr. Bieler (1949) con notas de Fr. P. Grosjean, incluido en la *Analecta Bollandiana*, vol. LXII, pp. 42-73. Sobre las discusiones en cuanto al lugar de nacimiento del santo y su visita a las Galias, véase la *Analecta Bollandiana*, vol. LXIII (1945), pp. 65-119.

SAN JOSE DE ARIMATEA (Siglo I)

NO SABEMOS nada con seguridad sobre San José de Arimatea, fuera de lo que nos dice el Evangelio. Lo mencionan los cuatro evangelistas y sabemos por ellos que fue discípulo de Nuestro Señor, pero en "secreto, por miedo a los judíos". Era "consejero, un hombre justo y bueno." No tomó parte en el Sanedrín en contra de Jesús "y buscaba el reino de Dios". Las escenas que vio junto a la cruz parece que le dieron fuerza y así, "fue sin temor a Pilatos a rogar le entregasen el cuerpo de Jesús." Habiendo obtenido su petición, compró lino fino y amortajó el cuerpo, y lo depositó luego en un sepulcro excavado en la roca, en el "que nunca había sido sepultado nadie". No hay escrito algo más sobre San José, a no ser lo que encontramos en los libros apócrifos y particularmente en el "Evangelio de Nicodemus", originalmente conocido como los "Hechos de Pilatos", que contiene algunas otras referencias, pero de tipo legendario.

La más asombrosa de las leyendas referentes a José, es de fecha muy posterior. Se suponía que Guillermo de Malmesbury, en su *De Antiquitate Glastoniensis Ecclesiae* (1130), conocía la historia de la llegada de San José a Glastonbury. Se ha demostrado que esto es erróneo. No fue sino hasta un siglo después, cuando se introdujo un capítulo ficticio escrito por otra mano y se incorporó al libro de Malmesbury. Así se nos cuenta cómo, cuando San Felipe Apóstol estaba predicando el Evangelio en la Galia, se hacía acompañar por José de Arimatea, quien era su devoto discípulo. Añade que San Felipe envió a doce de los clérigos de su compañía a Inglaterra, poniéndolos bajo las órdenes de José. El rey de Inglaterra, a quien se dirigieron, no aceptó las enseñanzas cristianas, pero les dio una isla en Yniswitrin, después conocida como Glastonbury, en medio de los pantanos y ahí, por mandato del Arcángel Gabriel, construyeron una iglesia hecha de zarzos en honor de Nuestra Señora, treinta y un años después de la Pasión de Cristo Jesús, y cincuenta después de la Asunción de la Virgen. Esta leyenda se difundió mucho antes del final del siglo XIV por la historia de la abadía, escrita por Juan de Glastonbury. Juan nos dice que además de los doce discípulos, no menos de 150 personas vinieron de Francia a Inglaterra a enseñar el Evangelio y que por mandato de Nuestro Señor todos ellos cruzaron el mar la noche de la Resurrección del Salvador, y llegaron a la madrugada a tierra, donde fueron hechos prisioneros por el "rey de Gales del Norte". Al ser puestos en libertad, se les permitió a José, su hijo y otros diez ocupar la isla de Yniswitrin. Ahí construyeron la capilla de zarzos que hemos mencionado, donde después San José de Arimatea fue sepultado.

Durante mil cien años, ninguno de los cronistas, ni Beda, Gildas, Nennius, Godofredo de Monmouth, ni el prudente Guillermo de Malmesbury se refiere ni siquiera someramente al arribo de José de Arimatea a la región de Glastonbury. Ni aun en la leyenda que recogió Juan de Glastonbury alrededor del año 1400 se hace mención del Santo Grial, a pesar de que aquella famosa cofradía que custodiaba la sangre de Cristo, estuvo tan íntimamente asociada a José de Arimatea y a su hijo Josefo, según consta en todos los romances del Grial. Por otra parte, los escritores de Glastonbury se refirieron posteriormente a ciertas ánforas que José trajo consigo de Jerusalén, en las que conservaba sangre y sudor de Cristo. Esta leyenda obtuvo crédito popular hacia fines del siglo XIV y, a partir de entonces, se aceptó con entusiasmo como una creencia nacional. Tanto es así que en el Concilio de Constanza (1417) y en el de Basilea (1434) los repre-

sentantes ingleses sostuvieron que el territorio de Bretaña había recibido las enseñanzas del cristianismo antes que cualquier otro país del occidente. Podemos decir que esta afirmación de los ingleses tenía tan escasos fundamentos como las creencias existentes en Francia y España, donde se afirmaba que Santa María Magdalena, Marta y Lázaro habían llegado a la Provenza francesa y que el Apóstol Santiago, en persona, predicó el Evangelio en la región española de Zaragoza.

Una admirable relación de este típico mito medieval fue publicada por el diácono J. Armitage Robinson en *Two Glastonbury Legends* (1926) en la que se dan amplias referencias biográficas. Una sobria y valiosa exposición de los sucesos se encuentra en el libro de Bligh Bond *Gate of Remembrance* (1918); este libro es de especial valor, dada la abundancia de escritos extravagantes, sugeridos por la buena fe popular, que inundaron a Irlanda. Ver también *Acta Sanctorum*, marzo, vol. II; los artículos de Enrique Jenner en *Pax*, no. 48 (1916), p. 125 ss., y en *The Month* julio (1931), p. 43 ss. por Fr. Thurston; y *British Antiquity* (1950) de T. D. Kenrick.

LOS MARTIRES DE SERAPEUM (*c.* 390 P.C.)

TEÓFILO, ARZOBISPO de Alejandría, obtuvo un rescripto del emperador Teodoro, por el cual le autorizaba a convertir el templo de Dionisio en una iglesia cristiana. Esto produjo motines que trajeron en consecuencia la muerte de mucha gente. Los rebeldes hicieron su cuartel general en el gran templo de Serapis, desde donde hacían sus correrías y se apoderaban de los cristianos, a quienes inducían a ofrecer sacrificios a Serapis; los que se negaban sufrían una muerte cruel. El emperador manifestó admiración por aquellos que habían recibido la corona del martirio. Para honrar más su gloriosa muerte, perdonó a los asesinos, pero ordenó que todos los templos paganos en Egipto fueran destruidos. Cuando se supo esto en Alejandría, los paganos abandonaron el templo de Serapis, derribaron el ídolo y lo quemaron. Se le había hecho creer al pueblo que al ser tocado el ídolo, el cielo se vendría abajo y la tierra sería un caos. Tan pronto como vieron que nada de esto sucedía, muchos de los paganos abrazaron el cristianismo. Dos iglesias fueron construidas sobre el templo de Serapis, uno de los monumentos más grandes del mundo antiguo.

Las relaciones suministradas por Teodoreto, Rufino y otros antiguos historiadores de la Iglesia han sido extractadas y puestas en el *Acta Sanctorum*, marzo, vol. II. Para una vívida escena de lo ocurrido en Serapeum, ver DCB, vol. IV, p. 1000. Parece ser que no se les daba culto eclesiástico, pero luego se agregaron al Martirologio Romano por influjo de Baronius.

SAN AGRICOLA, OBISPO DE CHALON-SUR-SAÔNE. (*c.* 580 P.C.)

SAN AGRÍCOLA o Aregle, como el pueblo lo llama en Francia, fue contemporáneo de San Gregorio de Tours, quien lo conocía muy bien y estaba grandemente impresionado por la vida tan sencilla que llevaba. San Agrícola procedía de una familia galo-romana de dignidad senatorial, pero parece ser que él fue adoptado y lo educaron junto con el hijo de su padre putativo. En el año 532, durante el reinado de los hijos de Clodoveo, Agrícola fue elevado al obispado de Chalon-Sur Saône. A pesar de que su nueva posición le obligaba a atender los asuntos de Estado y a ejercer la hospitalidad, nada de esto le hizo cambiar la vida simple y de penitencia que siempre había llevado. San Gregorio dice que

el santo no rompía el ayuno hasta caída la tarde, cuando tomaba una frugal comida. Dedicaba mucho de su tiempo al bienestar espiritual de su pueblo, así como a la ampliación y ornato de las iglesias de su diócesis. No limitaba su celo a su propia sede; asistió a muchos concilios. Después de gobernar su diócesis por cuarenta y ocho años y de trasladar a su catedral los restos del ermitaño San Didier, San Agrícola murió cuando contaba ochenta y tres años y fue enterrado en la iglesia de San Marcelo, donde su cuerpo fue encontrado 300 años después. Sus reliquias aún se guardan en la parte superior del altar mayor.

San Gregorio de Tours es la autoridad máxima (ver Migne, PL., vol. LXXI, pp. 362 y 895), y Cf. Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. II, p. 193; P. Besnard, *Les Origines... de l'église chalonnaise* (1922), pp. 62-65.

SANTA GERTRUDIS DE NIVELLES, VIRGEN. (659 P.C.)

SANTA GERTRUDIS, hija menor del Beato Pepino de Landen y la Beata Itta, Ida o Iduberga, nació en Landen en 626. Tenía un hermano, Grimoaldo, quien sucedió a su padre y una hermana, Santa Begga, quien se casó con el hijo de San Arnulfo de Metz. Gertrudis fue educada muy esmeradamente por sus padres, quienes pronto descubrieron su inclinación por la vida religiosa. Cuando tenía cerca de 10 años, su padre dio una fiesta a la que asistió el rey Dagoberto y los nobles más prominentes de Austria. Uno de los nobles pidió al rey que le otorgara la mano de Gertrudis para uno de sus hijos ahí presentes. Dagoberto, pensando halagar a la niña, la mandó llamar y señalando hacia el apuesto joven le preguntó si deseaba casarse con él. Para sorpresa suya, Gertrudis le contestó que ella nunca tomaría esposo y que deseaba tener a Cristo Jesús por su único amo y Señor. Nadie se opuso a la determinación de la niña, antes bien fue elogiada por el rey y los cortesanos. Al quedar viuda, Itta consultó a San Amando obispo de Maestricht, sobre cuál sería la mejor forma de que ella y su hija sirvieran a Dios. Siguiendo el consejo del obispo, comenzó a construir un monasterio en Nivelles. Para evitar toda tentación en contra de la vocación de Gertrudis, su madre le cortó el pelo y afeitó su cabeza. Cuando la nueva fundación fue terminada, madre e hija ingresaron a ella. Itta insistió en que su hija fuera superiora, aunque de vez en cuando la asistiría con su consejo. La joven abadesa probó ser capaz de desempeñar atinadamente su cargo. No sólo se ganó el respeto de las religiosas, sino también el de muchos peregrinos de categoría que visitaban la casa.

Itta murió en 625. Santa Gertrudis encomendó entonces muchas de las labores de la administración externa a otras personas. Esto le permitió dedicar más tiempo al estudio de las Sagradas Escrituras, así como imponerse mayores mortificaciones. Tan severamente había tratado su cuerpo, que a la edad de 30 años estaba completamente extenuada por el continuo ayuno y falta de sueño. Decidió dejar el cargo a su sobrina Wulfetrudis, a la que había preparado y sólo contaba 20 años de edad. La santa se dedicó entonces a prepararse para la muerte, aumentando sus devociones y disciplinas. Sus biógrafos cuentan que una vez, cuando Gertrudis estaba en la iglesia, una esfera de fuego apareció sobre su cabeza y alumbró el recinto durante media hora. A pesar de su santidad, cuando llegó su hora, tenía miedo de haber sido indigna y entonces envió recado a San Ultan, que estaba en Fosses, para saber si había tenido alguna revelación que se refiriera a ella. El santo hombre mandó decirle que

moriría al día siguiente, mientras se celebraba la santa misa, pero que no tuviera miedo, porque San Patricio, junto con muchos ángeles y santos, la esperaban para recibir su alma. Santa Gertrudis acogió con regocijo el mensaje y el 17 de marzo, mientras el sacerdote estaba diciendo las oraciones que preceden al prefacio, entregó su alma a Dios. Siguiendo sus deseos, fue enterrada con su cilicio puesto, sin sudario o mortaja, y su cabeza fue envuelta en un velo viejo que una religiosa había dejado allí, a su paso por el convento.

Santa Gertrudis ha sido invocada como la patrona de los viajeros, probablemente debido al interés que mostraba por los peregrinos y también por el rescate milagroso de unos monjes que la invocaron durante un gran peligro en el mar. Existía la costumbre de tomar una copa de despedida en su honor, antes de comenzar un viaje. Se conserva aún una copa que se usaba con este propósito en Nivelles, junto con algunas otras reliquias. El pueblo la veneraba como la patrona de las almas que iban de viaje al otro mundo; decían que las almas viajaban por tres días y se hospedaban la primera noche con ella y la segunda con San Miguel. El símbolo con el que la suelen representar es un ratón. Suelen pintar uno o dos ratones subiendo a su bastón pastoral o jugando sobre su rueca. Nunca se ha dado una explicación satisfactoria a este simbolismo, aunque se han hecho muchas conjeturas: una de ellas es que el diablo en forma de ratón, solía enredarle el hilo mientras hilaba para hacerle perder la paciencia. Ha sido muy invocada contra plagas de ratones y en 1822, durante una de estas plagas de ratón de campo, los campesinos de la zona del bajo Rin llevaron a su altar en Colonia una ofrenda de plata en forma de ratón. También se invoca a Santa Gertrudis para obtener buen alojamiento durante un viaje. Si el día de su fiesta hay buen tiempo, se considera como buen augurio; en muchos sitios ese día marca el comienzo del trabajo en el campo.

En MGH., *Scriptores Merov.*, se puede encontrar la vida de Santa Gertrudis editada por B. Krush. Otros documentos y más detalles se encuentran en BHL., nn. 3490-3504. Ver también *Acta Sanctorum.* Algún material folklórico sobre Santa Gertrudis, se puede leer en Bachtold-Staubli, *Handworterbuch des deutschen Aberglaubens* (1927) vol. III, pp. 699-786, incluyendo una biografía. Ver también *Vie critique de ste. Gèrtrude* (1931) de A. F. Stocq.

SAN PABLO DE CHIPRE (*c.* 760 P.C.)

ENTRE LAS víctimas de la persecución iniciada por el emperador Constantino Copronio contra los que veneraban imágenes sagradas, uno de los más prominentes fue Pablo, quien, llevado ante el gobernador de Chipre, fue puesto en la alternativa de pisotear un crucifijo o sufrir la tortura del caballete. Sin un sólo minuto de duda, Pablo gritó: "Lejos de mí, Señor Cristo Jesús, Hijo Unigénito de Dios, pisotear tu divina imagen" y, arrodillándose, besó al Cristo del crucifijo. El gobernador ordenó que lo desnudaran y prensaran entre dos tablas. Su cuerpo fue luego desgarrado y finalmente colgado cabeza abajo sobre el fuego, hasta que se consumió. El autor de los "Hechos de San Esteban el Joven" dice que su ejemplo ayudó a engrandecer la fe de los mártires de Constantinopla; de ahí que algunos autores crean que San Pablo fue ejecutado en Constantinopla, pero lo más seguro es que fue martirizado en la isla de Chipre.

Ver el *Acta Sanctorum*, marzo, vol. II; el relato está basado en la *Menai griega.* El haber puesto al santo en el Martirologio Romano, asignándolo a Constantinopla, parece haber sido una equivocación de Baronio.

BEATO JUAN SARKANDER, MÁRTIR. (1620 P.C.)

JUAN SARKANDER, quien terminó su vida como mártir por guardar el secreto de la confesión, nació en la frontera de Austria, de padres bien acomodados. Su progenitor murió cuando él tenía 13 años y su madre, que descubrió sus grandes cualidades, se esforzó en encontrar un maestro apropiado para él. Más tarde, fue enviado al colegio de los jesuitas en Praga, donde se ordenó sacerdote. Al regresar a la diócesis de Olomuc, atrajo la atención del obispo, cardenal von Dietrichstein, quien lo nombró párroco de Holeshov. Este distrito había sido cuna de herejías; pero San Juan, apoyado por el barón de Lobkovitz y algunos padres de la Compañía de Jesús, reedificó la fe entre los habitantes y reconcilió a más de doscientos cincuenta herejes con la Iglesia. Sus actividades atrajeron sobre sí la ira del poderoso terrateniente Bitowsky von Bystric, que era anticatólico y enemigo acérrimo de Lobkovitz.

En 1618, a principios de la guerra de los treinta años, se levantó una revuelta en Moravia; los protestantes tomaron las riendas del gobierno y empezaron a perseguir a todas las instituciones católicas. Por consejo de sus amigos, San Juan salió de Holleschau y se fue a Cracovia, donde permaneció por algunos meses. Tan pronto como la prudencia se lo aconsejó, volvió a su parroquia y comenzó a reorganizar su dispersada grey. El país se encontraba en completo desorden; en febrero de 1620, las tropas polacas enviadas a ayudar al emperador, entraron en Moravia, cometiendo toda clase de pillajes. Cuando se acercaban a Holleschau, Sarkander, a la cabeza de sus feligreses, salió a encontrarlos, llevando consigo el Santísimo Sacramento. Como piadosos cristianos, los polacos desmontaron de sus cabalgaduras, se arrodillaron y pidieron la bendición al sacerdote. No solamente dejaron a Holleschau intacto, sino que dieron orden a las tropas que los seguían de pasar sin tocar la población. Sarkander fue el héroe de Holleschau, pero con esto firmó su sentencia de muerte. Bitowsky, su enemigo, lo acusó inmediatamente de haber traído a los polacos al país. Su viaje a Polonia fue mal interpretado y fue declarado culpable de haber planeado la incursión polaca, como agente del barón von Lobkovitz. Lo llevaron a Olmutz, fue puesto en cadenas y confinado a un calabozo subterráneo. La comisión que se encargó de su caso estaba casi totalmente formada por husitas. Le instaron a declarar quién había traído a las tropas polacas, y qué cosas le había revelado el barón von Lobkovitz en confesión. Sarkander negó el haber tenido que ver con la incursión polaca, y se rehusó terminantemente a divulgar los secretos de confesión. Fue atormentado en el caballete en la forma más ruda; luego le hicieron quemaduras con antorchas. Aun así, después de haberle dado tormento otra vez más durante tres horas consecutivas, le fue untada una mezcla de resina, sulfuro y aceite y luego le prendieron fuego. Sobrevivió un mes a estas atrocidades, en el que continuamente oraba, hasta que el 17 de marzo, después de recibir los últimos sacramentos, apaciblemente fue a gozar de su recompensa. Las palabras que dijo Sarkander a aquellos que querían hacerle revelar los secretos de confesión son dignas de mención: "No sé nada, y nada me ha sido confiado a mí en el santo sacramento de la penitencia. Cualquier cosa que se me haya confiado en confesión, no ha sido retenida en mi memoria; la enterré en el olvido para veneración del inviolable secreto de la confesión y con la ayuda de Dios prefiero ser hecho pedazos, antes que violar sacrílegamente este sacramento". El Beato Juan ha

sido venerado como mártir desde el momento de su muerte y fue beatificado en 1859.

Debemos a Juan Scintilla, magistrado católico de Olmutz, el relato del procedimiento de la comisión que juzgó al mártir. Scintilla se vio obligado, debido a su posición, a estar presente en la primera sesión y luego redactó un reportaje para el cardenal von Dietrichstein. Ver *Della Vita e Passione del Ven. Giovanni Sarcander* (1885) de Liverani y la *Catholic Encyclopedia* (bajo "Juan"); *Kirchenlexikon* (bajo Sarkander). Una biografía más completa en polaco se puede encontrar en Zyvot *Bl. Jana Sarkandra meczennika* (1875) por Matuszynski.

18: SAN CIRILO, ARZOBISPO DE JERUSALÉN, DOCTOR DE LA IGLESIA. (386 P.C.)

FUE UNA bendición que San Cirilo de Jerusalén, hombre de apacible y de conciliadora disposición, haya vivido en el tiempo de una encarnizada controversia religiosa. El duque de Broglie lo considera como el representante "de la extrema derecha del semi-arrianismo, que rayaba en la ortodoxia, o en la extrema izquierda de la ortodoxia, que se acercaba al semi-arrianismo, pero no hay nada herético en sus enseñanzas". Newman lo describe con mayor precisión, cuando dice: "parecía que tenía miedo de la palabra 'Homousios' (consustancial); de enemistarse con los amigos de Atanasio y con los arrianos; de haber permitido la tiranía de estos últimos; de haber participado en la reconciliación general, y de haber recibido de la Iglesia honores, que tanto en su vida como después de su muerte, a pesar de todas las objeciones que puedan hacerse, si se examina bien su historia, no fueron inmerecidos" (Prefacio de la traducción del Catecismo de Cirilo p. II). Si no nació en Jerusalén (*c.* 315), fue llevado allí y sus padres, que eran probablemente cristianos, le dieron una excelente educación. Adquirió un vasto conocimiento de las Sagradas Escrituras, que citaba frecuentemente en sus instrucciones, entrelazando unos de los pasajes bíblicos con otros. Parece que fue ordenado sacerdote por el obispo de Jerusalén San Máximo, quien apreciaba tanto sus dotes, que le confió la difícil tarea de instruir a los catecúmenos. Sostuvo su cátedra de catequesis durante varios años; en la Basílica de la Santa Cruz de Constanza, vulgarmente llamada Martyrion, para los *illuminandi,* o candidatos al bautismo, y en la Anástasis o iglesia de la Resurrección, para los que se bautizaban durante la semana de Pascua. Estas conferencias se daban sin libro y los diecinueve discursos catequísticos que han llegado hasta nosotros, son quizá los únicos que fueron escritos. Son de gran valor, pues contienen una exposición de las enseñanzas y ritos de la Iglesia de mediados del siglo IV y forman "el primitivo sistema teológico". Encontramos también en ellos interesantes alusiones al descubrimiento de la cruz, a la descripción de la roca que cerraba el santo Sepulcro y al cansancio de los oyentes que habían practicado largos ayunos. No sabemos por qué circunstancias Cirilo sucedió a Máximo en la sede de Jerusalén. Tenemos dos versiones de sus oponentes, pero no coinciden entre sí. San Jerónimo, que nos dejó una de ellas, parece tener prejuicio en contra de él. Sabemos de cierto que San Cirilo fue consagrado legalmente por los obispos de su provincia y si Arrio Acacio, que era uno de ellos, esperaba poder-

lo manejar fácilmente, se equivocó por completo. El primer año de su episcopado acaeció un fenómeno físico que hizo una gran impresión sobre la ciudad. De este fenómeno envió noticias al emperador Constantino en una carta que aún se conserva. Se ha puesto en duda su autenticidad, pero el estilo indudablemente es suyo y aunque interpolada, ha resistido la crítica adversa. La carta dice: "En las nonas de mayo, hacia la hora tercera, apareció en los cielos una gran cruz iluminada, encima del Gólgota, que llegaba hasta la sagrada montaña de los Olivos: fue vista no por una o dos personas, sino evidente y claramente por toda la ciudad. Esto no fue, como podría creerse, una fantasía ni apariencia momentánea, pues permaneció por varias horas visible a nuestros ojos y más brillante que el sol. La ciudad entera se llenó de temor y regocijo a la vez, ante tal portento y corrieron inmediatamente a la iglesia alabando a Cristo Jesús único Hijo de Dios".

No mucho después de que Cirilo tomara posesión, empezaron a surgir discusiones entre él y Acacio, principalmente sobre la procedencia y jurisdicción de sus respectivas sedes, pero también sobre asuntos de fe, pues Acacio para entonces estaba imbuido en la herejía arriana. Cirilo mantuvo la prioridad de su sede, como si poseyera un "trono apostólico"; mientras que Acacio, como metropolitano de Cesarea, exigía la jurisdicción sobre ella, recordando un canon del Concilio de Nicea que dice: "Ya que por la costumbre o antigua tradición, el obispo de Aelia (Jerusalén) debe recibir honores, dejemos al metropolitano (de Cesarea) en su propia dignidad mantener el segundo lugar."

El desacuerdo llegó a una contienda abierta y finalmente Acacio convocó un Concilio de obispos partidarios suyos, al que Cirilo fue citado, pero rehusó a presentarse. Se le acusó de contumacia y de haber vendido propiedades de la Iglesia, durante el hambre, para auxiliar a los necesitados. Esto último sí lo había hecho, como anteriormente lo hicieron San Ambrosio y San Agustín y muchos otros grandes prelados que fueron ampliamente comprendidos. De todos modos, el fraudulento concilio lo condenó y fue desterrado de Jerusalén. Salió para Tarso, donde fue hospitalariamente recibido por Silvanus, un obispo semi-arriano, y donde permaneció en espera de la apelación que había hecho a un tribunal superior. Dos años después de su deposición, llegó su apelación ante el Concilio de Seleucia, que estaba integrado por semi-arrianos, arrianos y muy pocos miembros del partido ortodoxo, todos ellos de Egipto, Cirilo tomó asiento entre los semi-arrianos que lo habían ayudado durante su exilio. Acacio objetó violentamente su presencia y abandonó la reunión, aunque regresó pronto a tomar parte en los debates subsecuentes. Su partido tenía minoría, así que fue depuesto, mientras Cirilo fue reivindicado.

Acacio se fue a Constantinopla y persuadió al emperador Constantino a que reuniera otro concilio. Agregó nuevas acusaciones a las antiguas y lo que verdaderamente encolerizó al emperador, fue saber que las vestiduras que él mismo había regalado a Macario para administrar el bautizo, habían sido vendidas y luego vistas en una representación teatral. Acacio triunfó y obtuvo un segundo decreto de exilio en contra de Cirilo, un año después de haber sido repuesto a su sede. A la muerte de Constantino en 361, su sucesor Julián llamó a todos los obispos a quienes Constantino había desterrado y Cirilo, junto con los demás, regresó a su sede. En comparación con otros reinados, hubo pocos martirios durante la gestión de Juliano el Apóstata, quien cayó en la cuenta

de que la sangre de los mártires era la simiente de la iglesia, y procuró con otros medios más refinados desacreditar la religión que él mismo había abandonado. Uno de los planes que tramó, fue la reconstrucción del templo de Jerusalén, con el fin de mostrar la falsedad de la profecía de su ruina permanente. Los historiadores de la Iglesia, Sócrates y Teodoreto, así como otros, se extienden hablando de este intento de Juliano por reconstruir el templo y apelar a los sentimientos nacionales de los judíos. Gibbon y otros agnósticos modernos se mofan de los sucesos sobrenaturales, sismos, esferas de fuego, desplome de paredes, etc... que le hicieron abandonar el proyecto, pero aun Gibbon se ve obligado a admitir que estos prodigios están confirmados no sólo por escritores cristianos, como San Juan Crisóstomo y San Ambrosio, sino también "por extraño que pueda parecer, por el testimonio irrecusable de Ammianus Marcellinus, el soldado filósofo," que era pagano. San Cirilo contemplaba calmadamente los grandes preparativos para la reconstrucción del templo, profetizando que sería un fracaso.

En 367, San Cirilo fue desterrado por tercera vez. Valente decretó la expulsión de todos los prelados llamados por Juliano, pero cuando subió al trono Teodoro, fue vuelto a instalar en su sede, donde permaneció los últimos años de su vida. Le afligió mucho encontrar Jerusalén deshecha por cismas y contiendas, infestada de herejía y manchada por espantosos crímenes. Apeló al Concilio de Antioquía, y le fue enviado San Gregorio de Nissa, quien no se consideró capaz de poner remedio y pronto abandonó Jerusalén, dejando a la posteridad sus "Advertencias en contra de las Peregrinaciones", una colorida y vívida descripción de la moral de la santa ciudad en aquel tiempo.

En 381, Cirilo y San Gregorio estuvieron presentes en el gran Concilio de Constantinopla (segundo Concilio Ecuménico.) En esta ocasión, el obispo de Jerusalén tomó lugar como metropolitano con los patriarcas de Alejandría y Antioquía. Este Concilio promulgó el Símbolo de Nicea, en su forma corregida. Cirilo, que la suscribió junto con los demás, aceptó el término "Homousios", que había llegado a ser considerado como la palabra clave de la ortodoxia. Sócrates y Sozomeno interpretan esta actitud como un acto de arrepentimiento. Por otro lado, en la carta escrita por los obispos al Papa San Dámaso, se ensalza a Cirilo como uno de los defensores de la verdad ortodoxa en contra de los arrianos. La Iglesia Católica, al nombrarlo entre sus doctores (1882), confirma la teoría de que siempre fue uno de esos que Atanasio llama: "hermanos que quieren decir lo mismo que nosotros, pero que difieren en el modo de decirlo". Se cree que murió en 386, a la edad de setenta años, habiendo sido obispo durante treinta y cinco, de los cuales pasó dieciséis en el exilio. Los únicos escritos de San Cirilo que han llegado hasta nosotros son las conferencias catequéticas, un sermón de la piscina de Betseda, la carta al emperador Constantino y otros pequeños fragmentos.

Lo que sabemos de la vida y obras de San Cirilo proviene en su mayoría de los escritos de los historiadores de la Iglesia y de sus contemporáneos. El *Acta Sanctorum* y especialmente Dom Touttee, en su prefacio a la edición benedictina de este santo padre, han resumido las referencias de mayor importancia. Ver también los artículos sobre San Cirilo en *Patrology* de Bardenhewer, el DCB y el DTC. Tiene también mucho valor el prefacio de J. H. Newman a la traducción de los *Discursos Catequéticos;* ver también el texto de la traducción publicada por el Dr. F. L. Cross en 1952. Un excelente boceto de San Cirilo se encuentra en *Greek Fathers* (1908) pp. 150-168, de A. Fortescue.

SAN ALEJANDRO, Obispo de Jerusalén, Mártir (251 p.c.)

San Alejandro, junto con Orígenes, fue estudiante de la gran escuela Cristiana de Alejandría; primero estuvo bajo la dirección de San Panteno y luego bajo la de su sucesor Clemente. Fue nombrado obispo de su ciudad natal, Capadocia, y durante la persecución de Severo hizo su profesión de fe. Aunque no lo mataron, fue encarcelado por varios años hasta el principio del reinado de Caracalla. Su maestro Clemente, que había sido obligado a abandonar Alejandría, se comprometió a llevar una carta de Alejandro a la Iglesia de Antioquía, en la que enviaba la enhorabuena por la elección de San Asclepíades; noticia que había aligerado las cadenas a las que estaba sujeto, según él comentaba. Cuando obtuvo la libertad, hizo una peregrinación a Jerusalén, y ahí fue elegido por el pueblo para coadjutor del obispo de aquella sede, debido a una señal del cielo. Esta era la primera vez en la historia de la Iglesia que se daba el caso de un coadjutorado y translación episcopal; acaeció en el año 212 y tuvo que ser ratificado por la jerarquía de Palestina en un Concilio. Estando dos obispos en el gobierno de la Iglesia de Jerusalén, Alejandro escribía a otra sede: "Os saludo en nombre de Narciso, quien a la edad de 116 años, nos pide que vivamos en inviolable paz y unión". San Alejandro tuvo un conflicto con el obispo Demetrio de Alejandría, quien le censuró por haber tomado parte en la ordenación de Orígenes y por haberlo alentado a predicar en las iglesias, cuando era aún seglar. Por testimonio de Orígenes sabemos que Alejandro de Jerusalén sobresalía entre todos los prelados por su mansedumbre, dulzura y discernimiento. Hizo grandes beneficios a la ciudad; entre otros, le dio una biblioteca de obras teológicas, que todavía existía cuando Eusebio escribió y de la que hizo constante uso. En la persecución de Decio, San Alejandro fue aprehendido e hizo su segunda confesión pública. Fue condenado a las fieras, pero no pudieron hacer que lo atacaran; entonces fue llevado prisionero a Cesarea, donde murió en cadenas. La Iglesia lo reconoce como mártir.

La primera fuente de información sobre el santo la encontramos en la *Historia de la Iglesia.* Ahí se citan algunos pasajes de las cartas de San Alejandro. Ver también el *Acta Sanctorum,* marzo, vol. II y *Geschichte der altkirchlichen Literatur,* vol. II pp. 271-273 de Bardenhewer.

SANTOS TROFIMO Y EUCARPO, Mártires (c. 304 p.c.)

En el tiempo en que Diocleciano hacía revivir la persecución en Nicomedia, los cristianos eran arrojados a las cárceles, sometidos a interrogatorios y entregados a diversos géneros de suplicio. Si persistían en confesar a Jesucristo, eran llevados a la muerte.

Entre los perseguidores se distinguían dos soldados bravucones, llamados Trófimo y Eucarpo. Eran enemigos jurados del nombre cristiano y arrojaban sin piedad a la prisión a cuantos se declaraban discípulos de Jesucristo. Como tenían poder sin límites, atormentaban a unos y soltaban a otros a su antojo.

Un día que iban a la caza de nuevas víctimas, vieron que una luz descendía del cielo y los rodeaba. Al mismo tiempo escucharon una voz que decía: "¿A qué tanta prisa en amenazar a mis servidores? No os equivoquéis, nadie puede vencer a los que creen en mí. Os anuncio que el perseguidor que se ponga de su parte, ganará el reino de los cielos." A estas palabras, los audaces

enemigos de los cristianos cayeron casi sin sentido y no podían hacer otra cosa que repetir estas palabras: "Es verdaderamente grande el Dios que se nos ha aparecido y estamos dispuestos a convertirnos en sus servidores." Se hizo oír otra voz entonces: "Levantáos, dijo, vuestros pecados os son perdonados". Se levantaron y, en medio de la nube se les mostró un personaje vestido de blanco y rodeado por un cortejo numeroso. Entonces gritaron llenos de estupor: ¡Recíbenos, aunque hayamos pecado tanto! ¡Nos hemos portado como insensatos, ya que os combatíamos a vos y a vuestros servidores!" La nube se elevó por el aire.

En seguida, los dos soldados convertidos soltaron a todos los cristianos que tenían prisioneros, los abrazaron como a hermanos y los invitaron a volver a sus casas.

Cuando el prefecto supo estas noticias, montó en cólera, hizo compacecer ante su tribunal a Trófimo y Eucarpo, quienes relataron su visión. Entonces ordenó que los extendieran en el potro y que destrozaran sus cuerpos con garfios de hierro. En medio de sus tormentos los dos soldados rezaban. El prefecto ordenó que se preparara un gran fuego para quemarlos. Así consiguieron estos dos soldados la palma del martirio.

Baronio fue quien inscribió sus nombres (poniendo Eucarpio en lugar de Eucarpo) en el Martirologio Romano, el día 18 de marzo, apoyado en la autoridad de Beda y en la de muchos martirologios manuscritos. Sería interesante conocer qué son esos *Annales rerum ecclesiasticarum* de que nos habla.

Acta Sanctorum, 18 de marzo; en ellas se reproducen los menologios que acabamos de resumir. Consultar también a los bolandistas, *Sinaxario de Constantinopla,* col. 545.

SAN NARCISO, Obispo (307 p.c.)

De acuerdo con la primera parte de las actas de Santa Afra, consideradas como de escasa autoridad, Narciso era originario de Gerona, España y obispo de su ciudad natal, a comienzos de la persecución de Diocleciano. Al huir, para escapar a la muerte, entró a la región de Retis y llegó hasta Augsburgo, donde logró la conversión de numerosos idólatras, especialmente la de una cortesana, llamada Afra, en cuya casa fue albergado el obispo junto con su diácono Félix. Al cabo de nueve meses pasados en Augsburgo, regresó a su diócesis de Gerona, donde había disminuido el ardor de la persecución. Ahí gobernó a su Iglesia durante tres años todavía, hasta que fue detenido, con el diácono Félix y martirizados ambos por la causa de la fe, hacia el año 307.

Lo único que se puede admitir como cierto, es que en la ciudad española de Gerona se honra a un mártir con el nombre de Narciso, el que figura en el número de sus obispos; por otra parte, también en Augsburgo se venera a un Narciso, en el monasterio de los santos Udalrico y Afra, donde hay un altar en su honor.

Pueden haber existido relaciones entre este monasterio y la iglesia de Gerona en el siglo XI, ya que un obispo de Gerona, con el nombre de Beranguer, escribía en el año 1087 a Sighardo, abad del monasterio de los santos Udalrico y Afra, para anunciarle el envío de algunas reliquias de San Narciso, no de su cuerpo, que Gerona quería conservar entero, sino de los vestidos y ornamentos que habían tocado su cuerpo. El obispo confesaba ignorar la fecha

del natalicio de Narciso, pero indicaba que se había adoptado para su fiesta el día 30 de octubre, fecha de la conmemoración de San Narciso, obispo de Jerusalén. El historiador Pierre Des Noëls se dejó engañar por esta indicación y atribuyó la conversión de la cortesana Afra a Narciso de Jerusalén.

Parece ser que los cronistas tomaron como base esta carta de Beranguer para establecer una relación entre el Narciso venerado en Gerona y el que se honra en Augsburgo. Todo lo que se puede afirmar a este respecto, es que una iglesia de Gerona tiene en su posesión el cuerpo de un santo Narciso; que Santa Afra fue convertida por un obispo llamado Narciso y que posiblemente ese obispo venía de alguna población vecina a Augsburgo. Las actas de Afra no dicen nada sobre el país de origen y el episcopado del Narciso que la convirtió.

Los españoles, que tienen una gran veneración por San Narciso de Gerona, lo representan en su tumba, de la cual salen nubes de moscas. Se trata de una alusión a un suceso prodigioso ocurrido al ejército invasor en 1286. El rey de Francia, Felipe el Hermoso, tomó por asalto la ciudad de Gerona; algunos soldados profanaron la tumba de Narciso y llegaron, se dice, a romperle un brazo al cadáver; pero en ese instante se escaparon de la tumba enjambres de avispas de un tamaño extraordinario que se lanzaron sobre los soldados, acribillaron a picaduras a los hombres y sus cabalgaduras y, al parecer, muchos de ellos murieron en el ataque de los insectos. Baronio consignó este hecho en sus notas insertas en el Martirologio Romano.

Ruinart, en el *Acta Martyr. Sincera*, se abstuvo de insertar la primera parte de las *actas* de Santa Afra; sólo inscribió la segunda parte, bajo el título de *Passio sanctae Afrae* (1689), p. 501. Tillemont, *Mémoires pour servir a l'histoire ecclésiastique*, vol. v, p. 608, confiesa sus dudas sobre las fechas indicadas en la narración del martirio. A fines de 306, el occidente estaba bajo la autoridad de Constantino que, por entonces, no pensó en lanzar persecuciones contra los cristianos.

SAN ANSELMO, Obispo de Lucca (1086 p.c.)

San Anselmo nació en Mántua en el año 1036, y ya en 1073 su tío, el Papa Alejandro II, lo nombró candidato al obispado de Lucca, que había quedado vacante cuando el Pontífice ocupó el trono de San Pedro. Siguiendo la lamentable costumbre de su tiempo, el Papa mandó a Anselmo a recibir de manos del emperador Enrique IV el báculo pastoral y el anillo. Anselmo estaba tan convencido de que un poder secular no podía conferir dignidades eclesiásticas, que no aceptó recibir la investidura del emperador y regresó a Italia. Más tarde, durante el papado del sucesor de Alejandro, el Papa San Gregorio VII, aceptó el báculo y el anillo de manos de Enrique el cruzado, y aún así lo hizo con escrúpulos de conciencia. Estas dudas le hicieron dejar su diócesis y entrar a una congregación de monjes cluniacenses en Polirone. Erá difícil encontrar un sucesor para este hombre que poseía puntos de vista tan claros, por lo que el Papa Gregorio lo llamó de su retiro y lo envió a Lucca para hacerse cargo, por segunda vez, de su diócesis. Era celoso en la observancia de la disciplina. Se esforzó en hacer cumplir entre sus canónigos la vida común ordenada por el Papa San León IX. Los canónigos se negaron a obedecer, a pesar de haber sido puestos en entredicho por el Papa y después excomulgados. La condesa Matilde de Toscana se comprometió a expulsarlos, pero

levantaron una revuelta y, ayudados por el emperador Enrique, expulsaron al obispo de la ciudad, en el año 1079. San Anselmo se retiró a Canossa, donde fue director espiritual de la condesa Matilde. Restableció el orden entre los monjes y canónigos que estaban en su jurisdicción. Decía que prefería que la Iglesia careciese de ellos y no que hubiese muchos con vida indisciplinada. Era muy austero y pasaba varias horas del día en oración; nunca tomaba vino y siempre encontraba algún pretexto para evitar manjares delicados y mesas bien servidas.

Aunque decía la santa misa diariamente, se conmovía hasta las lágrimas mientras la celebraba. Vivía en presencia de Dios tan continuamente, que ningún asunto secular le impedía olvidarla.

Fue muy perseguido por haberse contado entre los más fervientes partidarios del Papa Gregorio. Colaboró con el Pontífice en la supresión de las investiduras, que en aquel tiempo eran de importancia capital para el gobierno de la Iglesia. Este abuso se había incrementado gradualmente hasta que llegó a ser un escándalo, principalmente en Alemania. Todo se había originado en el sistema feudal. Los obispos y abades eran propietarios de tierras y a veces hasta de ciudades; naturalmente pagaban un impuesto al soberano, y recibían en cambio autoridad temporal sobre las tierras que gobernaban. En consecuencia, poco después se negociaban vergonzosamente las dignidades eclesiásticas y se vendían al mejor postor. En su lucha contra este abuso, Gregorio no pudo encontrar apoyo más vigoroso que el de San Anselmo de Lucca, que también se oponía a tal situación. Después de la muerte de Gregorio, el Papa siguiente nombró a Anselmo legado en Lombardía, un puesto que abarcaba la administración de varias diócesis que habían quedado vacantes a consecuencia de la disputa sobre las investiduras. Anselmo era visitador apostólico, pero nunca llegó a ser obispo de Mántua, como algunos de sus biógrafos han dicho. Era hombre de gran saber; hizo un estudio especial de la Biblia y de los comentaristas. Si se le preguntaba sobre el sentido de alguno de los pasajes de la Biblia, gran parte de la cual sabía de memoria, podía citar los comentarios hechos por los Padres de la Iglesia. Entre sus escritos se puede mencionar una importante colección de cánones y un comentario sobre los Salmos que comenzó a petición de la condesa Matilde, pero que no terminó. El santo obispo murió en su ciudad natal, Mántua, donde se le honra como patrono.

La mejor fuente de información sobre la vida del santo se ha atribuido a Bardo, *primicerius* de la catedral de Lucca, aunque Mons. Guidi ha demostrado que el verdadero autor debe haber sido algún sacerdote del séquito de la condesa Matilde; ver *Analecta Bollandiana* vol. XLVIII, p. 203. La vida que escribió Bardo ha sido editada muchas veces por Mabillon, los bolandistas y MGH., *Scriptores*, vol. XII. Existe también un largo poema de Rainerius (7,300 versos) impreso en 1870 por la Fuente. Cf. Overman en *Neues Archiv*, vol. XXI (1897). Ver también el *Acta Sanctorum*, marzo, vol., II y *Neues Archiv*, vol. XLIII de P. Schemeidler. Una edición crítica de la *Collectio Canonum* de Anselmo ha sido editada por Thaner últimamente.

SAN SALVADOR DE HORTA (1567 P.C.)

SE DICE que San Salvador era de Horta porque pasó muchos años en el convento franciscano de ese lugar, aunque nació en Santa Columba, en la diócesis de Gerona, España. Era vástago de una familia pobre y perdió a sus padres siendo niño. Emigró a Barcelona, donde trabajó de zapatero, pero a la edad

de veinte años, sintiéndose atraído a la vida religiosa, se hizo franciscano de la estricta observancia. Su virtud maduró pronto en el humilde oficio de cocinero, pero anhelaba mayor austeridad y así, se trasladó primero al convento de Santa María de Jesús, en Tortosa y después, al convento solitario de Santa María de los Angeles en Horta, en la misma diócesis. En esta casa de muy estricta observancia permaneció largo tiempo, pero al fin de cuentas regresó a Barcelona, donde sus dotes sobrenaturales llamaron mucho la atención. Los ciegos, cojos y sordos venían a él buscando la salud. Siempre andaba descalzo, se flagelaba diariamente y guardaba largos y rigurosos ayunos; era devoto de Nuestra Señora y de San Pablo, quien se le apareció en varias ocasiones y en su lecho de muerte. San Salvador había ido a Cerdeña, siguiendo las órdenes de sus superiores y ahí contrajo la enfermedad que lo llevó al sepulcro. Murió en 1567, a la edad de 47 años, en Cagliari. Fue venerado como santo durante su vida y finalmente canonizado en 1938.

Una biografía completa de San Salvador escrita por el promotor de su causa en el proceso de beatificación, padre Serpi, se encuentra en el *Acta Sanctorum*, marzo, vol. II. Ver también *Auréole Séraphique* (traducción inglesa), vol. I, pp. 470-483 de Léon.

BEATO CRISTIAN, ABAD DE MELLIFONT (1186 P.C.)

DE CRISTIÁN no sabemos con certeza sino que fue abad del primer monasterio cirterciense establecido en Irlanda. Era llamado también Cristián O'Conarchy o Giolla Ciost Ua Condoirche. Hay confusión en las tradiciones y leyendas. De acuerdo con algunos informes, nació en Bangor, en Ulster, y Colgan dice que fue discípulo y después archidiácono de San Malaquías de Armagh. Probablemente acompañó al prelado a Roma y se detuvieron en Clairvaux durante el camino. Parece ser que fue uno de los cuatro discípulos que se quedaron en Clairvaux al regreso del viaje y que recibieron el hábito de manos del mismo San Bernardo. A su regreso a Irlanda, San Malaquías deseaba ardientemente introducir la orden cisterciense en su país y, a su petición, Donough O'Carroll empezó a construir Mellifont. Malaquías solicitó al fundador un superior y algunos monjes para comenzar la nueva fundación y San Bernardo envió a Cristián y varios monjes franceses en 1142.

El abad Cristián, dicen algunos escritores, llegó a ser obispo de Lismore y nuncio apostólico de Irlanda. Un crítico irlandés dice que falleció en el año 1186 el "ilustre prelado de Lismore, emulador de las virtudes que vio y oyó de San Bernardo y del Sumo Pontífice, el venerable Eugenio, con quien estuvo en el noviciado en Clairvaux".

Ver *Acta Sanctorum Hiberniae* y LIS., vol. III, p. 839.

19: SAN JOSE, ESPOSO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA (Siglo I)

SEGUN el Martirologio Romano, el 19 de marzo es la festividad del "nacimiento (para el cielo) de San José, esposo de la Santísima Virgen María y confesor, a quien el Sumo Pontífice Pío IX, conforme a los deseos y oraciones de todo el mundo católico, proclamó patrono de la Iglesia Univer-

sal", La historia de su vida, dice Butler, no ha sido escrita por los hombres, pero sus acciones principales las relata el mismo Espíritu Santo por medio de los evangelistas inspirados. Lo que de él se dice en los Evangelios es tan conocido, que no necesita comentario. San José era de ascendencia real y su genealogía nos la dan tanto San Mateo como San Lucas. Fue el custodio del buen nombre de Nuestra Señora y con ese motivo, necesariamente confidente de los secretos celestiales; fue el padre adoptivo de Jesús, el encargado de guiar y sostener a la Sagrada Familia y el responsable, en cierto sentido, de la educación de aquel que siendo Dios, se complacía en llamarse "hijo del hombre." Fue el oficio de José el que Jesús aprendió, su modo de hablar el que el Niño habrá imitado; fue José a quien la misma Santísima Virgen pareció investir con los plenos derechos paternales, cuando dijo sin restricción alguna: "Tu padre y yo, apenados, te buscábamos". No es de admirar que el evangelista hiciera suya esta frase y nos diga, refiriéndose a los incidentes ocurridos durante la presentación del Niño en el Templo, que "Su padre y su madre estaban maravillados de las cosas que se decían de El".

De todos modos, nuestros conocimientos positivos referentes a la vida de San José son muy limitados; a la "tradición", conservada en los evangelios apócrifos, hay que considerarla completamente inútil. Podemos suponer que se desposó con María, su prometida, de acuerdo con las ceremonias prescritas por el ritual judío, pero no se conoce claramente la naturaleza de este ceremonial, especialmente tratándose de gente humilde y que José y María eran de esa condición, se comprueba por el hecho de que durante la purificación de María en el templo, sólo pudieron hacer la ofrenda de dos tórtolas. Esta misma pobreza muestra que es enteramente improbable la historia de la rivalidad de doce pretendientes a la mano de María, los que depositaron sus varas con el Sumo Sacerdote y los portentos que distinguieron de las demás, la vara de José, que fue la única en florecer. Los detalles proporcionados por el llamado "Protoevangelio", por el "Evangelio del pseudo-Mateo", por la "Historia de José, el Carpintero", etc., son, en muchos aspectos, extravagantes y contradictorios entre sí. Debemos contentarnos con los simples hechos que relatan los Evangelios de que, después de la Anunciación, cuando el embarazo de María entristeció a su esposo, sus temores fueron disipados por una visión angélica; que recibió otros avisos del mismo ángel, primero para que buscara refugio en Egipto y después, para que regresara a Palestina; que estuvo presente en Belén cuando Nuestro Señor fue recostado en el pesebre y cuando los pastores acudieron a adorarle; que también acompañaba a María cuando ésta puso al Niño en los brazos del Santo Simeón y, finalmente, que compartió el dolor de su esposa por la pérdida de su Hijo en Jerusalén y su gozo cuando lo encontraron discutiendo con los doctores en el Templo. El mérito de San José se resume en la frase evangélica: "fue un varón justo". Este es el elogio que hace de él la Sagrada Escritura.

Aunque ahora se venera especialmente a San José con oraciones que se ofrecen para obtener la gracia de una buena muerte, este aspecto de la devoción popular al santo tardó en ser reconocido. El *Rituale Romanum*, publicado con autorización en 1614, a pesar de que incluye amplios y antiguos formularios para ayudar a los enfermos y moribundos, no menciona en ninguna parte, incluyendo las letanías, el nombre de San José. Se citan muchos ejemplos del Antiguo Testamento; se invoca, por supuesto, a la Santísima

Virgen y se hacen referencias a San Miguel, a San Pedro y San Pablo y aun a Santa Tecla, pero se pasa por alto a San José y, sólo en tiempos recientes se ha reparado esta omisión. Lo que hace este silencio más notable, es el hecho de que la relación que se da de la muerte de San José en la "Historia de José el Carpintero", apócrifa, parece haber sido muy popular en la Iglesia oriental y que, esa historia fue el verdadero punto de partida del interés por el santo. Más aún, ahí es donde encontramos el primer indicio de algo relacionado con una celebración litúrgica. El reconocimiento que ahora se le otorga a San José en el occidente, según opinión general, se derivó de fuentes orientales, pero el asunto es muy obscuro. De cualquier modo, debe tenerse en cuenta que la historia de José, "el Carpintero" se escribió originalmente en griego, aunque ahora sólo la conocemos por las traducciones copta y arábiga. En este documento se hace una narración muy completa de la última enfermedad de San José, de su temor a los juicios de Dios, de sus autoreproches y de los esfuerzos que hicieron Nuestro Señor y su Madre para consolarlo y facilitarle su paso a la otra vida, así como de las promesas que hizo Jesús de proteger, en la vida y en la muerte, a los que hagan el bien en nombre de José. Es fácil comprender que esas supuestas promesas debieron haber causado honda impresión en la gente sencilla; la mayoría, sin duda, creyó que incluían una garantía divina de su cumplimiento. En todas las épocas de la historia del mundo, nos encontramos parecidas extravagancias, que se desarrollan a la par de los grandes movimientos de devoción popular. Lo maravilloso es que, en casi mil años, según parece, no encontramos rasgos reconocibles ni en el oriente ni en el occidente, de que tales promesas hayan despertado mucho interés. El Dr. L. Stern, persona altamente autorizada que se interesó mucho por este documento, creía que el original en griego de la "Historia de José, el Carpintero" podía remontarse al siglo IV, pero esta estimación de su antigüedad, en opinión del padre Paul Peeters, es quizás excesiva.

Por lo que se refiere al occidente y a ciertas referencias irlandesas, el padre Paul Grosjean saca la conclusión (véase la bibliografía, abajo) de que la mención explícita más antigua que tenemos sobre San José, relacionada con el 19 de marzo, está en un manuscrito conservado en Zurich (Rh. 30, 3); este martirologio, de Rheinau, es del siglo VIII y tuvo su origen en el norte de Francia o en Bélgica. Escribe el padre Grosjean que las referencias en el Martirologio de Tallaght y en el *Félire* de Oengus, son testimonios concordantes de la tradición continental que se conserva en la copia o resumen del Martirologio Jeronimiano utilizado por los escritores; y esa tradición se comprueba aun más, por dos compendios del *Hieronymianum* de Richenau y otro de Reims, que aparecieron poco después. La idea de que los irlandeses "culdee" celebraban una fiesta de San José el 19 de marzo, es un error. El *Félire* es ciertamente obra de un "culdee", pero no es un calendario: es un poema devoto que conmemora a ciertos santos, cuyos nombres se toman arbitrariamente, día por día, de un martirologio abreviado de origen continental, con suplemento para Irlanda. El testimonio de Oengus es muy valioso, porque comprueba la presencia de los nombres de santos que él menciona en el documento que usó; pero un martirologio no es un calendario litúrgico y no nos permite concluir que tal o cual santo fuera celebrado en tal o cual fecha en Tallaght o en algún otro monasterio irlandés.

Estas alusiones primitivas fueron un punto de partida para futuros

acontecimientos, aunque se desarrollaron lentamente. En el primer Misal Romano impreso (1474), no se encuentra ninguna conmemoración de San José, ni aparece su nombre en el calendario. En Roma encontramos por primera vez, en 1505, una misa en honor de San José, aunque un breviario romano de 1482 le dedica una fiesta con nueve lecciones. Pero en ciertas localidades y bajo la influencia de maestros individuales, había comenzado un culto notable, mucho antes de esto. Probablemente las representaciones de autos sacramentales en los que, con frecuencia, se asignaba a San José un papel prominente, contribuyeron en parte a este resultado. El Beato Herman, premonstratense que vivió en la segunda mitad del siglo XII, tomó el nombre de José y creía que se le había concedido la seguridad de obtener su protección especial. Parece que Santa Margarita de Cortona, la Beata Margarita de Cittá di Castello, Santa Brígida de Suecia y San Vicente Ferrer, honraron particularmente a San José en sus devociones privadas. A principios del siglo XV, algunos escritores influyentes, como el cardenal Pedro D'Ailly, Juan Gerson y San Bernardino de Siena, abogaron calurosamente por su causa y sin duda, debido sobre todo a su influencia, antes de finalizar el mismo siglo, la fiesta de San José comenzó a celebrarse litúrgicamente en muchas partes de Europa occidental. La pretensión de que los carmelitas introdujeron la devoción del oriente está completamente desprovista de fundamento; el nombre de San José no se menciona en ninguna parte del *Ordinarium* de Sibert de Beka y, aunque el primer Breviario carmelita que fue impreso (1480), reconoce su fiesta, esto parece haber sido fruto de la costumbre, ya aceptada en Bélgica, en donde se imprimió el mencionado Breviario. El capítulo carmelita celebrado en Nimes en 1498, fue el primero que autorizó formalmente este agregado al calendario de la orden. Pero de ahí en adelante, la devoción se extendió rápidamente y es indudable que el celo y el entusiasmo desplegados por la gran Santa Teresa en la causa de San José produjeron una honda impresión en la Iglesia. En 1621, el Papa Gregorio XV declaró la celebración de San José fiesta de precepto y, aunque después se anuló esta obligación en Inglaterra y otras partes, no por eso ha disminuído, aún en nuestros días, el fervor y confianza de sus innumerables devotos. Testimonio elocuente de este hecho es el gran número de iglesias dedicadas en su honor y las muchas congregaciones religiosas, tanto de hombres como de mujeres, que llevan su nombre.

La amplia literatura piadosa sobre el culto a San José no tiene lugar aquí. Desde el punto de vista histórico, hemos de contentarnos con referirnos al *Acta Sanctorum*, marzo, vol. III, y a una pequeña selección de ensayos modernos, de los cuales el mejor parece ser el de J. Seitz, *Die Verehrung des hl. Joseph in ihrer geschichtlichen Entwicklung bis zum Konzil von Trent dargestellt* (1908). Véanse también tres artículos de la *Revue Bénédictine* de 1897; del canónigo Lucot, *St. Joseph; Etude historique sur son culte* (1875); de Pfülf en el *Stimmen aus Maria Laach* (1890), pp. 137-161, 282-302; Leclercq en DAC., vol. VII, y del cardenal L. E. Dubois, *St. Joseph* (1927) en la serie *Les Saints*. Sobre las festividades celebradas en honor del santo, véase especialmente de F. G. Holweck, *Calendarium Festorum Dei et Dei Matris* (1925), p. 448. *The Man Nearest to Christ* (1944), por el P. F. L. Filias, es una excelente obra popular, bien documentada. *De sancto Ioseph quaestiones biblicae* (1945) por U. Holzmeister es un resumen muy útil de historia y tradición. La última palabra, a la fecha, sobre el asunto de las referencias litúrgicas más antiguas, es la del P. Grosjean, en *Analecta Bollandiana*, vol. lxxii (1954), fasc. 4, *Notes d'hagiographie céltique*, n. 26.

SAN JUAN DE PANACA, Abad (Siglo VI)

Durante los disturbios monofisitas en el oriente, un sirio, llamado Juan dejó su tierra natal, se dirigió al occidente y se estableció no lejos de Espoleto. Allí construyó una abadía, de la cual llegó a ser superior, y también fundó otra casa religiosa cerca de Pésaro. Una leyenda no muy digna de confianza nos informa que cuando el santo estaba por abandonar Siria, su patria, oró de esta manera: "Señor, Dios de los cielos y de la tierra, Dios de Abraham, Isaac y Jacob, te suplico a Ti que eres la luz verdadera, que me ilumines, ya que espero de tí que hagas prosperar el camino que tengo delante y que sea para mí señal del lugar de mi descanso donde la persona a quien le preste mi salterio, no me lo devuelva ese mismo día". Desembarcó en Italia y viajó hasta los alrededores de Espoleto, donde encontró a una sierva de Dios, a quien le prestó su salterio. Cuando le pidió que se lo devolviera, ella dijo, "¿a dónde vas, siervo de Dios? Quédate aquí y emprende tu camino mañana". Juan accedió a pasar allí la noche y, recordando su oración, se dijo, "esto es ciertamente lo que le pedí al Señor: aquí me quedaré". A la mañana siguiente, recibió de nuevo su salterio y, no había caminado la distancia de cuatro tiros de flecha, cuando apareció un ángel que lo condujo a un árbol, bajo el cual le pidió que se sentara para anunciarle que era la voluntad de Dios que se quedara en aquel lugar y que allí tendría una gran congregación y encontraría el descanso deseado.

Era el mes de diciembre y la tierra estaba endurecida por el hielo; pero el árbol, bajo el cual se hallaba sentado Juan, estaba en flor, como en primavera. Algunos cazadores que pasaron por allí le preguntaron de dónde venía y qué hacía. El santo les contó toda su historia y quedaron llenos de asombro, especialmente por la forma en que vestía, pues nunca habían visto cosa parecida. "Por favor no me causen daño, hijos míos", dijo Juan: "pues sólo he venido aquí al servicio de Dios". La súplica era innecesaria, pues los cazadores ya se habían fijado en el árbol florecido y reconocieron que el Señor estaba con aquel hombre. Lejos de querer hacerle daño, partieron entusiasmados a anunciar su llegada al obispo de Espoleto, quien se apresuró a ir a saludarlo, y lo encontró orando bajo el árbol. Los dos lloraron de alegría cuando se encontraron y todos los presentes dieron alabanzas a Dios. En aquel lugar, Juan edificó su monasterio y allí vivió por cuarenta y cuatro años más, hasta que se durmió en paz y fue sepultado con himnos y cánticos.

San Juan, de quien se dice en el Martirologio Romano que edificó su abadía *apud Pinnensem civitatem*, aparece en el Martirologio de Ado. Su fiesta todavía se guarda en Espoleto. Véase el *Acta Sanctorum*, marzo, vol. III.

SANTOS LANDOALDO o LANDELINO y Compañeros (*c.* 668 p.c.)

Sólo tenemos una biografía muy poco digna de crédito sobre la vida de San Landoaldo y sus compañeros, escrita en 981, trescientos años después de su muerte, para reemplazar las actas originales que se dice que se perdieron en 954. Cuando San Amando decidió renunciar a la sede de Maestricht, con el fin de reanudar su labor de obispo misionero en las provincias que son hoy

Holanda y Bélgica, fue a Roma para obtener la autorización del Papa. San Martín I, no sólo le manifestó su cálida aprobación, sino que eligió a varios compañeros para que le ayudaran en sus trabajos. De éstos, el principal fue Landoaldo, un sacerdote de la Iglesia Romana, procedente de una familia lombarda, lleno de celo misional. Completaban el grupo el diácono San Amancio y nueve personas más, entre las cuales se contaban Santa Adeltrudis, la hija de San Bavo y Santa Vindiciana, hermana de Landoaldo. Llegaron al territorio entre el Meuse y el Scheldt, en donde permaneció Landoaldo a petición de San Remaclo. En la inmensa diócesis de Maestricht, encontró amplio campo para sus energías, pues el país sólo en parte estaba evangelizado y la gente seguía entregándose a groseras supersticiones y vicios.

En Wintershoven, a orillas del río Herck, Landoaldo instaló su centro de operaciones y construyó una iglesia que San Remaclo dedicó por el año 659. Childerico II, rey de Austrasia, hizo de Maestricht una de sus residencias, y llegó a interesarse en la pequeña comunidad ubicada en Wintershoven, a cuyo sostenimiento contribuyó. Era necesario enviar un mensajero, de tiempo en tiempo, para recibir los regalos reales y uno de los discípulos de Landoaldo, por nombre Adrián, fue designado para ese objeto. Al regresar de una de sus expediciones, fue atacado y asesinado por ladrones y con ese motivo se le honró como mártir. San Landoaldo no sobrevivió mucho tiempo a su discípulo. Se cree que murió antes de que San Lamberto fuera el sucesor en la sede de Maestricht, después del asesinato de San Teodardo. San Landoaldo fue sepultado en la iglesia de Wintershoven, pero su cuerpo fue cambiado de sitio en distintas ocasiones y finalmente trasladado a Gante en 980. Se dice que hubo otra traslación de algunas de las reliquias a Wintershoven, en 1624, lo que al parecer dio ocasión para la fabricación de otros documentos espurios.

Véase *Acta Sanctorum*, marzo, vol. III. *Analecta Bollandiana*, vol. IV (1885), pp. 196-198, y vol. XXVII (1908), p. 475. Véase también Pirenne en *Biographie nationale de Belgique*, vol. XI, pp. 256-257; Balau, *Sources de l'histoire de Liége*, pp. 135-139, pero especialmente a Holder-Egger en *Aufsätze an Georg Waitz gewidmet*, pp. 622-665, y L. van der Essen, *Saints Mérovingiens*, pp. 357-368.

BEATO ISNARDO DE CHIAMPO (1244 P.C.)

ISNARDO NACIÓ en Chiampo, un poblado cerca de Vicenza. Siendo todavía joven parece haber caído bajo el hechizo de la elocuencia de Santo Domingo, por lo que ingresó a la Orden de Predicadores, donde recibió el hábito de manos del santo fundador hacia el año 1219, junto con el beato Guala Romanoni. A pesar de que Isnardo había llevado una vida extremadamente ascética, era muy corpulento, por lo que se le dificultaba cualquier clase de actividad física. Sin embargo nada podía disminuir su energía como predicador y, su persuasión y erudición eran tales, que logró muchas conversiones. En una ocasión, un burlón, ridiculizando la corpulencia del predicador, gritó: "Me sería tan difícil creer en la santidad de una vieja marsopa como el hermano Isnardo, que creer en que aquel barril saltara por sí mismo sobre mis piernas." Al punto, se dice, el barril cayó sobre él y le rompió una pierna, Isnardo fue uno de los primeros dominicos que predicaron en Pavía y, cuando se fundó ahí una casa de la orden en 1240, fue elegido prior. En esta casa murió en 1244, acreditándosele varios milagros antes y después de su muerte. Su culto fue confirmado en 1919.

Véase G. M. Pio, *Delle vite degli huomini illustri di S. Domenico* (1607), pp. 205-206; el decreto que confirmó el culto en *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XI. (1919), pp. 184-186; y R. Majocchi *B. Isnardo da Vicenza* (1910). Sobre éste último cf. *Analecta Bollandiana*, vol. XXXIII (1914), pp. 100-101.

BEATO ANDRES DE SIENA (1251, P.C.)

EL BEATO Andrés de Gallerani fue un aguerrido soldado que llevó a los sieneses a la victoria contra los orvietanos. Al dar muerte a un hombre que abiertamente blasfemó de Dios, fue obligado a huir de la justicia o de la venganza de los amigos de su víctima, y se retiró a una propiedad de su familia en la costa. Cuando regresó a Siena, se dedicó enteramente a las obras buenas. Fundó en aquella ciudad la Sociedad de la Merced para la asistencia a los enfermos y un hospital. El resto de su vida lo dividió entre actividades de caridad y la oración. Su sociedad, cuyos miembros usaban una especie de capa con una cruz y la letra M, continuó hasta el año de 1308, cuando se fusionó con la orden dominicana. Se atribuyeron muchos milagros al Beato Andrés. En cierta ocasión, sanó un pie que ya comenzaba a gangrenarse; otra vez, caminó a pie enjuto y sin mojarse con la lluvia por las calles de Siena, mientras caía un violento aguacero; en otra oportunidad, al regresar bien entrada la noche después de realizar una misión de caridad en un lugar distante, el portal y las puertas de su casa se abrieron por sí solas.

Hay una biografía antigua en latín y aparentemente digna de confianza que se ha puesto en *Acta Sanctorum*, marzo, vol. III.

20: SANTA FOTINA Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (Sin fecha)

DE ACUERDO con el Martirologio Romano, "Fotina, la samaritana, sus hijos, José y Víctor, el oficial del ejérctio, Sebastián, Anatolio, Fotio, las hermanas Fotis, Parasceve y Ciriaca, todos confesaron a Cristo y alcanzaron el martirio". La historia, que fue conservada por los griegos es puramente legendaria, afirma que Fotina fue la samaritana con quien habló Nuestro Señor en el pozo. Tras de predicar el Evangelio en varios lugares, llegó a Cartago, donde murió después de sufrir tres años de prisión por la fe. San Víctor, oficial del ejército imperial, fue nombrado gobernador en Galia y convirtió a San Sebastián. Los mártires fueron llevados a Roma, donde algunos perecieron desollados y quemados a fuego lento, mientras que los demás fueron decapitados después de sometérseles a tormentos. Una leyenda española afirma que Santa Fotina convirtió y bautizó a Domnina (que era hija de Nerón) con cien de sus sirvientes.

Véase *Acta Sanctorum*, marzo, vol. III, y Delehaye, *Synax. Canstant,* cc. 549-552. Es difícil comprender cómo pudo Baronio incluir esta anotación en el Martirologio Romano. En sus notas parece sugerir que esta conmemoración había llegado a Roma por intermedio de los monjes de Monte Cassino. Sin embargo, la historia en sus formas divergentes tenía amplia circulación en el Oriente y había un convento sirio de Santa Fotina en el Monte Sión en Palestina, cf. la *Analecta Bollandiana*, vol. XXXVIII, pp. 197 y 406.

SAN MARTIN, Arzobispo de Braga (579 p.c.)

Según San Gregorio de Tours, San Martín de Braga sobrepasó en ilustración a todos los letrados de su época. El poeta cristiano Fortunato lo describe como heredero, tanto de los méritos como del nombre de San Martín de Tours. La historia de sus primeros años es incierta. Algún escritor que lo confundió con San Martín de Tours dio pie para que se pensara que era nativo de Pannoia. Se cuenta que hizo una peregrinación a Palestina y que quizá se encontraba entre los peregrinos que regresaron a Galicia, España. Los suevos dominaban en esa región y habían propagado las doctrinas arrianas. San Martín, sin embargo, mediante su erudita predicación, logró volver a la fe católica a Galicia. Comenzó con la conversión e instrucción del rey Teodomiro y posteriormente reconcilió con la Iglesia a muchos arrianos y católicos renegados. Construyó muchos monasterios, el principal de los cuales, Dumio (hoy Mondeño), le sirvió como centro de operaciones de sus esfuerzos misioneros.

Los monarcas suevos, en consideración a este santo, eligieron a Dumio como sede arzobispal, de la cual vino a ser el primer ocupante. Tan íntimamente ligaron a Martín a su corte, que fue llamado "el obispo de la familia real". Sin embargo, nunca suavizó la severidad de su vida monástica y en el gobierno de sus monjes mantuvo estricta disciplina. Fue promovido después a la sede de Braga, lo que le convirtió en metropolitano de toda Galicia, dignidad que mantuvo hasta su muerte. Además de su trabajo principal como misionero, San Martín rindió otros grandes servicios a la Iglesia con sus escritos. Los principales de éstos son una colección de ochenta y cuatro cánones; una fórmula "Vitae honestae", escrita como guía para una vida virtuosa, a petición del rey Miro; una descripción de las costumbres supersticiosas de los campesinos, bajo el título de "De correctione rusticorum"; un tratado de máximas morales, y una selección de proverbios de los solitarios egipcios. San Martín murió en 579, en su monasterio de Dumio y su cuerpo fue trasladado a Braga, en 1606.

Nuestros principales informadores en este caso son, Gregorio de Tours y Venantius Fortunatus. Véase *Acta Sanctorum,* marzo, vol. III; Florez, *España Sagrada,* vol. IV. pp. 151-158; Gams *Kirchengeschichte Spaniens,* vol. II. *pt.* I pp. 472-475. Una sincera apreciación de la obra y de la erudición de San Martín de Braga puede encontrarse en la *Cambridge Medieval History,* vol. III, pp. 489-490. En la obra *Geschichte der Literatur des Mittelalters,* de Ebert, vol. I. 2ª ed., pp. 579-584, ocupa también un lugar prominente. Está un retrato de su vida en *Martini Episcopi Bracarensis Opera Omnia* (1950), ed. C. W. Barlow.

SAN CUTBERTO, Obispo de Lindisfarne (687 p.c.)

No se conoce nada con certeza acerca del linaje y del lugar del nacimiento de San Cutberto. Los hagiógrafos irlandeses lo declaran irlandés, en tanto que los cronistas sajones sostienen que nació en las tierras bajas (Lowlands) de Escocia. De acuerdo con la biografía en verso de Beda, fue bretón y el mismo autor, en el prefacio a la historia en prosa de San Cutberto, claramente asienta que no ha escrito nada que no esté bien comprobado. El nombre de Cutberto es sin lugar a dudas sajón y no celta. La primera noticia que tenemos acerca de él data de cuando tenía ocho años y estaba al cuidado de una viuda llamada Kenswith, a la que miraba como madre y quien lo trataba como hijo. Era entonces un jovencito sano, vivaz, gracioso y el cabecilla de los chicos de la región, a todos los cuales

podía vencer en las carreras, saltos y luchas. Un día, en medio de sus juegos, un chico se echó a llorar exclamando: "¡Oh, Cutberto! ¿Cómo puedes perder el tiempo en juegos inútiles, tú, a quien Dios ha escogido para ser sacerdote y obispo?". Estas palabras hicieron una impresión tan profunda en su alma que, desde aquel momento, empezó a comportarse con una madurez impropia de sus años. El oficio de pastor de rebaños que desempeñaba, le dio amplias oportunidades de comunicarse tranquilamente con Dios en las grandes praderas solitarias de Nortumbría. Hacia el final de agosto de 651, Cutberto, entonces de 15 años de edad, tuvo una visión que lo decidió a consagrar su vida a Dios. Al claro día de verano siguió una noche oscura, sin luna y sin estrellas; Cutberto estaba solo y en oración. De repente, un rayo de luz deslumbrante brilló a través del negro cielo y en él apareció una multitud de ángeles que llevaban, como en un globo de fuego, un alma al cielo. Más tarde, supo que el obispo San Aidán había muerto aquella noche en Bamborough. Aunque éste fue, de hecho, el momento decisivo de su vida, por aquel entonces no parece que haya dejado el mundo. Se ha sugerido que pudo haber sido llamado a luchar contra los mercianos, puesto que, a caballo y armado con espada, apareció repentinamente a la puerta de la abadía de Melrose y pidió ser admitido entre los hermanos. No sabemos si San Boisil, el prior, haya tenido conocimiento previo de él o si instantáneamente leyó los pensamientos de su corazón; pero, en el momento en que Cutberto desmontó, se convirtió en uno de los monjes y dijo el prior: "He aquí a un siervo del Señor". En el año 660, el abad de Melrose recibió terrenos para otro monasterio y, sobre una elevación en la confluencia de los ríos Ure y Skell, se construyó la abadía de Ripón, a la que San Eata vino, en 661, trayendo a Cutberto consigo como encargado de atender a los que buscaran refugio en el monasterio. Leemos que en una fría mañana de invierno, al entrar al cuarto de huéspedes, encontró a un extranjero instalado ahí; de acuerdo con la costumbre, trajo agua, lavó las manos y los pies del visitante y le ofreció de comer. El huésped declinó el ofrecimiento cortesmente, diciendo que no podía esperar porque la casa a la que se dirigía con cierta prisa, estaba distante todavía. Cutberto, sin embargo, insistió y salió para conseguir algo de alimento. A su vuelta, encontró la celda vacía por sobre la mesa había tres hogazas de pan de singular blancura y excelencia. No había huellas sobre la nieve que rodeaba la abadía, y San Cutberto tuvo la seguridad de que había hospedado a un ángel. La estancia de Eata y Cutberto en la abadía de Ripón fue corta. Un año más tarde, el rey Alcfrid transfirió la abadía a San Wilfrido y, según la narración de Beda, "Eata con Cutberto y el resto de los hermanos que había traído con él, volvieron a casa y el lugar del monasterio que habían fundado, fue habitado por otros monjes". Cutberto volvió a Melrose. Todo el país sufría el azote de una enfermedad conocida como "la peste amarilla" y Cutberto no escapó a ella. Sin embargo, cuando se le dijo que los monjes habían pasado la noche orando por su restablecimiento, él exclamó: "¿Qué estoy haciendo en la cama? ¡Es imposible que Dios haya cerrado sus oídos a tales hombres! Dénme mi ropa y mis zapatos". Levantándose, inmediatamente comenzó a andar; su voluntad pareció triunfar por el momento sobre su enfermedad; pero, en realidad, nunca recuperó su salud. En su aflicción, los hombres y las mujeres habían vuelto, como nos cuenta Beda, a poner su fe en talismanes y amuletos. A fin de asistir a las abatidas gentes y de revivir la cristianidad, San Cutberto emprendió un extenuante esfuerzo misionero que

duró todos los años en que fue prior, primero en Melrose y después en Lindisfarne. Viajó a través de montes y valles, algunas veces a caballo, otras a pie, prefiriendo siempre las más remotas aldeas, ya que éstas tenían menos oportunidades de ser visitadas. Como Aidán, enseñó de casa en casa, pero mientras éste iba siempre acompañado de un intérprete, por no conocer el dialecto, Cutberto podía hablar a los campesinos en su propia lengua y con su propio acento nortumbriano. Conocía la topografía, pues había recorrido las tierras bajas con sus rebaños, podía adentrarse en las vidas de sus oyentes y se contentaba con frugal comida. Su aspecto apacible y su palabra jovial y persuasiva, pronto le ganaron la voluntad de sus huéspedes, de manera que sus enseñanzas tuvieron un éxito extraordinario. Llevó el Evangelio desde la costa de Berwick hasta Solway Firth y donde quiera fue recibido y honrado como huésped.

En Coldingham, donde visitó un monasterio, un monje que lo observaba, notó su costumbre de levantarse silenciosamente por la noche, cuando los hermanos dormían, y dirigirse a la playa donde se metía al mar y, con el agua hasta el cuello, cantaba alabanzas a Dios. Una leyenda que corre todavía entre los lugareños de la costa, habla de dos nutrias —con mayor probabilidad focas— que siguieron al santo sobre las rocas y lamieron sus entumecidos pies y los sacaron con sus pieles hasta devolverle el calor. Si hemos de creer a la tradición de que San Cutberto visitó a los pictos en la región de Galloway, debió ser de Coldingham, de donde zarpó con dos compañeros y tocó tierra en el estuario de Nith, al día siguiente de Navidad. Debido a los ventisqueros, no pudieron adentrarse más allá de la costa, en tanto que una serie de tormentas hacían imposible el que volvieran a embarcarse y estuvieron en peligro de perecer de hambre. Los dos compañeros se desanimaron, pero la fe de Cutberto no vaciló nunca. Les aseguró que todo saldría bien y, al poco tiempo, descubrieron al pie de una escollera unos delfines muertos de los que sacaron lonjas, con las que se sostuvieron hasta que la tormenta amainó y les fue posible hacerse nuevamente a la mar. Se dice que una iglesia se construyó después para señalar el lugar y que el nombre de la población Kirkcudbright, que se levantó cerca de ahí, ha guardado el recuerdo de la visita de San Cutberto.

Entre tanto, grandes cambios habían tenido lugar en Lindisfarne y hubo momentos en que parecía como si el monasterio de "Holy Island", fuera a perder la famosa comunidad que lo había convertido en el santuario más venerable del norte. Las disputas acerca de la fecha de la Pascua de Resurrección, habían culminado en el célebre Concilio de Whitby, donde el rey Oswi se decidió en favor del uso romano. San Colman regresó a Lindisfarne, pero pronto decidió que no podía adaptarse y prefirió renunciar. Seguido por todos los monjes irlandeses y treinta de los ingleses, llevando consigo el cuerpo de San Aidan, abandonó Inglaterra y edificó nuevas casas en Irlanda. Para sustituirlo, San Eata fue llamado de Melrose y nombrado obispo. Cutberto lo acompañó nuevamente para actuar como prior. Su tarea no fue fácil, pues muchos de los monjes que quedaban eran contrarios a las innovaciones. Eata y Cutberto, cualesquiera que hayan sido sus sentimientos, estaban decididos a apoyar las decisiones del Concilio de Whitby. Tuvieron que afrontar oposiciones y aun insultos, pero la conducta de Cutberto fue más allá de cualquier alabanza: ni una sola vez perdió la paciencia o el dominio de sí mismo; pero, cuando los descontentos se volvían demasiado agresivos, se retiraba tranquilamente y terminaba la discusión, para reanudarla cuando la pasión se había calmado. La vida de San Cut-

berto en Lindisfarne fue semejante a la que llevó en Melrose. Desempeñó sus labores apostólicas entre la gente, predicando, enseñando y sirviendo, no solamente a sus almas, sino a sus cuerpos, mediante el don de curar que le fue concedido. A donde quiera que iba, lo seguían las turbas para oírle, abrirle su corazón y pedirle que sanara a sus enfermos. Los días no eran suficientemente largos y, a veces, pasaba en vela tres de cada cuatro noches para poder entregarse a la oración, a la orilla del mar, o para recitar los salmos, paseando por la iglesia, o meditar mientras hacía algún trabajo manual en su celda.

Después de algunos años en Lindisfarne, la añoranza de una vida de unión más íntima con Dios lo condujo, con anuencia de su abad, a buscar la soledad. Su primera ermita no estuvo lejos de la abadía; probablemente en una pequeña isla vecina de Hoy Island, a la que las tradiciones locales asocian con él y llaman Isla de San Cutberto. El lugar, cualquiera que haya sido, no le pareció suficientemente aislado, puesto que en 676 se trasladó a una fría y desolada isla del grupo Farne, a dos millas de Banborough. El sitio estaba entonces despoblado, y al principio, no le proporcionó ni agua, ni semillas, pero encontró un manantial y, aunque la primera siembra se le malogró totalmente, la segunda, que fue de cebada, le produjo lo suficiente para mantenerse. Los visitantes persistían en ir a verle a pesar de las tormentas que entonces, como en todo tiempo, bramaban alrededor de las islas, por lo que San Cutberto construyó una hospedería cerca del desembarcadero para dar albergue a sus visitantes. Solamente una vez abandonó su retiro y fue a petición de la abadesa Santa Elfleda, hija del rey Oswi. Este encuentro tuvo lugar en la isla Coquet. Elfleda le instó en esta ocasión a que aceptara el obispado que el rey Egfrido estaba ansioso de conferirle. Se le nombró obispo de Hexham, pero él se rehusó a abandonar su isla, y solamente consintió en hacerlo, cuando el rey Egfrido fue en persona a Farne, acompañado por el obispo Trumwin. Cutberto cedió con mucha dificultad a hacerce cargo de la diócesis de Lindisfarne, pero exigió que se le permitiera permanecer en su ermita durante los seis meses que faltaban para su consagración. Durante este período visitó a San Eata y arregló un cambio de diócesis. Eata tomaría Hexham y Cutberto tendría la sede de Lindisfarne y se encargaría del monasterio.

En la Pascua de 685, fue consagrado en York Minster por San Teodoro, arzobispo de Canterbury. Como obispo, el santo "continuó siendo el mismo hombre de antes", para citar a su biógrafo anónimo. Los dos años de su episcopado los empleó principalmente en visitar su diócesis, la que se extendía por el oeste hasta Cumberland. Predicó, enseñó, distribuyó limosnas e hizo tantas curaciones milagrosas, que mereció durante su vida el nombre de "el Taumaturgo de Bretaña", título que mantuvo después de su muerte, debido a las curaciones efectuadas en su sepulcro. Al hacer su primera visita a Carlisle, a las pocas semanas de su consagración, supo por un extraño don de telepatía o por revelación divina, el desastre del ejército nortumbriano y la muerte del rey Egfrido durante la batalla. La reaparición de la epidemia siguió a la derrota militar y fue tan severa, que muchos poblados quedaron completamente desiertos. El buen obispo, sin ningún temor, anduvo entre sus fieles administrando los sacramentos y grandes consuelos a los enfermos y a los moribundos; su sola presencia devolvía la esperanza y con frecuencia la salud. En cierta ocasión, reavivó con un beso al hijo de una viuda, en el que la vida

parecía haberse extinguido.

Los trabajos y austeridades, sin embargo, habían minado la constitución de San Cutberto, quien se dio cuenta de que no iba a vivir por mucho tiempo. Durante su segunda visita a Carlisle, dijo a su antiguo discípulo San Herberto, el ermitaño de Derwentwater, que no volverían a encontrarse sobre la tierra, consolando al afligido amigo con la promesa de obtenerle del cielo el favor de morir el mismo día. Después de una visita de despedida a su diócesis, dejó el báculo pastoral y, tras de celebrar la Navidad de 686 con los monjes en Holy Island, se dirigió a su amado Farne para prepararse a morir. "Díganos, señor obispo", preguntó uno de los monjes que se reunieron para despedirlo, "¿Cuándo podemos esperar que vuelva?" "Cuando tengan que trasladar mi cuerpo", fue la respuesta. Sus hermanos lo visitaron con frecuencia durante los tres últimos meses, aunque él no permitía que nadie se quedara y le sirviera en la enfermedad, que se agravaba continuamente. En un estado febril libró batallas terribles contra los espíritus del mal durante un tormentoso período de cinco días, cuando nadie podía aproximarse a la isla. Quería ser enterrado en su retiro, pero cedió a las instancias de sus monjes, quienes pensaban que sus restos descansaran entre ellos, en la abadía. "Me enterrarán", dijo, "envuelto en el lienzo que he guardado para mi mortaja". Sus últimas instrucciones fueron dadas al abad Herefrido quien, sentado a su lado le pedía un mensaje para sus hermanos. "Tened un mismo pensamiento en vuestros concilios, vivid en concordia con los otros siervos de Dios; no despreciéis a ninguno de los fieles que buscan vuestra hospitalidad; tratadlos con caridad, no estimándoos mejores que otros que tienen la misma fe y con frecuencia viven la misma vida. Pero no comulguéis con aquellos que se aparten de la unidad de la fe católica. Estudiad con diligencia, observad cuidadosamente las reglas de los padres y practicad con celo aquella regla monástica que Dios se ha dignado daros por mi medio. Sé que muchos me han despreciado, pero después de mi muerte se verá que mis enseñanzas no han merecido desprecio". Estas fueron las últimas palabras de San Cutberto, recibidas por Beda de labios de Herefrido. Dicho esto, recibió los últimos sacramentos y murió lleno de paz, sentado, con sus manos levantadas y sus ojos mirando hacia el cielo. Inmediatamente después, un monje escaló la roca sobre la que ahora se yergue el faro y agitó dos antorchas encendidas —porque era de noche—, para anunciar a los hermanos de Lindisfarne que el gran santo había pasado a descansar eternamente. Su cuerpo, que en un principio fue depositado en la abadía y permaneció en Lindisfarne por 188 años, fue trasladado cuando los hombres del norte empezaron a descender hacia la costa y, después de muchos traslados, fue depositado en un magnífico santuario en la Catedral de Durham, el que, hasta la Reforma, continuó siendo el lugar preferido de las peregrinaciones de Inglaterra. Durante el reinado de Enrique VIII, el santuario fue profanado y saqueado, pero los monjes, en secreto, enterraron las reliquias. En 1872, el cuerpo de San Cutberto fue nuevamente descubierto y todos los objetos mediante los cuales fue identificado, se trasladaron a la biblioteca de la Catedral. Aunque generalmente se admite que las reliquias son auténticas, existe aún otra tradición, según la cual los restos de San Cutberto permanecen todavía enterrados en otra parte de la Catedral, conocida únicamente por tres miembros de la congregación de los benedictinos ingleses, quienes transmiten el secreto antes de morir.

Por lo general, se representa a San Cutberto sosteniendo en sus manos la

cabeza del rey Oswald. Este fue enterrado con él y sus restos se encontraron cuando el ataúd del obispo fue abierto y examinado en Durham, en 1104. Algunas veces, las compasivas nutrias aparecen a sus pies, pero con mayor frecuencia se le representa acompañado de un pájaro, que probablemente es una de las aves silvestres, conocidas como pájaros de San Cutberto, cuyas bandadas anidan en las islas Farne. Se cuentan hermosas leyendas acerca de la amistad del santo con estas criaturas a las que domesticó, prometiéndoles que nunca serían inquietadas. Dos copias antiguas de los Evangelios están especialmente relacionadas con el santo. Una de ellas es el famoso Evangelio de Lindisfarne, del siglo VIII, depositado por el amanuense que lo escribió, sobre la tumba de San Cutberto y que fue bellamente adornado por San Wilfrido. Accidentalmente fueron arrojados al mar por los monjes que los llevaban a Irlanda, pero las olas los devolvieron a la playa sin daño alguno. Se encuentran ahora en el Museo Británico. La otra copia es el Evangelio de San Juan, del siglo VII que fue enterrado con San Cutberto y es una de las más estimadas posesiones del Colegio de Stonyhurst. El anillo del santo está guardado en Ushaw.

La vida de San Cutberto fue casi una oración continua. Todo lo que veía le hablaba de Dios y su conversación versaba, habitualmente, sobre cosas celestiales. Beda dice: "Estuvo inflamado por el fuego de la divina caridad; consideraba equivalente a un acto de oración el aconsejar y ayudar a los débiles, sabiendo que quien dijo, "Amarás al Señor tu Dios", también agregó, "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". Como en muchas de las diócesis inglesas del norte, la fiesta de este gran santo se celebra en Saint Andrews y en Meath. En Hexham se celebra la fiesta de su traslado, el 4 de septiembre.

Nuestras fuentes de información, por lo que se refiere a San Cutberto, gozan de excepcional autenticidad y confianza. Ningún historiador medieval merece más respeto que Beda y, los detalles suplementarios de fechas posteriores —especialmente en lo que se refiere a traslados, etc., proporcionados por Simeón de Durham (sus obras completas han sido editadas en las Rolls Series) y a los descubrimientos hechos cuando la tumba fue abierta en 1827 (para lo cual véase *Saint Cutbert* (1828) de Raine, autor a quien agradaban poco los monjes)—, confirman también las narraciones primitivas. Gran parte de la información incidental, se encontrará en las notas a la edición de Plummer de la *Ecclesiastical History* de Beda. Los aspectos arqueológicos de la cuestión, pueden estudiarse en el catálogo de Haverfield y del canónigo Greenwell, *Inscribed Stones*, etc. y en el Durham, vol. I, de la *Victoria County History*. El relato irlandés de San Cutberto fue impreso en el octavo volumen de las publicaciones de Surtees Society. La primera vida anónima del santo, fue editada con la que escribió Beda, por Fr. Stevenson, quien también imprimió una buena traducción inglesa (1887) de la vida de Beda. Existe una biografía muy completa, escrita por C. Eyre (1849) que es sumamente útil por sus planos y mapas; otra, escrita por el preboste Consitt (1887) y para algunos milagros en Farne, véase *Analecta Bollandiana*, vol. LXX (1952), pp. 5-19. Véase también a Craster, en la *English Historical Review*, abril, 1954 (importante por los traslados de las reliquias).

SAN WULFRANO, ARZOBISPO DE SENS (¿703? P.C.)

EL PADRE de San Wulfrano fue un oficial del rey Dagoberto y el mismo santo, aunque llamado desde muy joven al sacerdocio, vivió en la corte. Cuando murió Lamberto, quien ocupaba la sede arzobispal de Sens, Wulfrano fue elegido para sucederle y desempeñó sus deberes episcopales devotamente por dos años y medio. Después hizo una abdicación solemne, movido por el deseo de trabajar

entre los paganos frisios y tal vez atormentado por dudas referentes a la legalidad de su designación, puesto que San Amado (Amé), el arzobispo legítimo, vivía todavía. Este había sido injustamente desterrado por Thierry III, y aún estaba con vida a pesar de que de Méry y Lamberto, los que habían sido nombrados para sustituirlo habían muerto ya. Como preparación para sus trabajos misionales, Wulfrano se retiró a la abadía de Fontenelle y ahí obtuvo monjes que lo ayudaron en su misión.

Viajaron por mar y, después de desembarcar en Frieslandia, tuvieron éxito al convertir a gran número de gentes, incluyendo a uno de los hijos del rey Radbod, y lucharon para arrancar a los nativos de la práctica de los sacrificios humanos. En respuesta a las protestas de San Wulfrano, el rey Dadbod declaró que era la costumbre del país y que no podía, ni quería intervenir. Las prácticas habían llegado hasta el extremo de echar suertes sobre la víctima, que generalmente era un niño de noble cuna. Un pequeño llamado Ovon fue escogido en esta forma y San Wulfrano suplicó que fuera perdonado. El rey respondió que Wulfrano estaba en libertad de rescatar al niño, mediante el poder de su Dios, si acaso lo tenía. El santo se puso en oración y, después de que el niño había sido colgado durante dos horas, la cuerda se rompió y el chico cayó al suelo. Estaba todavía vivo y fue entregado a Wulfrano, quien lo envió a Fontenelle, donde se hizo monje y sacerdote y, posteriormente, escribió los detalles de la misión del santo en la tierra de los frisios. San Wulfrano, también de modo admirable, rescató a dos niños que habían sido sumergidos en el agua, como víctimas ofrecidas a la deidad marina. De acuerdo con un relato, que, sin embargo, no ha sido encontrado en los primeros manuscritos de su vida, el rey Radbod se impresionó tanto con los milagros del santo, que consintió en bautizarse. Pero en el último momento preguntó, inesperadamente, dónde estaban sus antepasados y San Wulfrano le informó que el infierno era el lugar de todos los idólatras. Al oír estas palabras, Radbod se retractó, declarando que escogía el infierno con sus antepasados en vez del cielo sin ellos. Después de trabajar por varios años entre los frisios, San Wulfrano volvió a Fontenelle, donde murió. Sus reliquias fueron trasladadas primero a Blandigny y después a Abbeville, donde son veneradas aún.

La vida de San Wulfrano, escrita en latín (impresa por Mabillón, vol. III, pt. I, y publicada en edición crítica por W. Levison, en MGH., *Scriptores Merov.*, vol. V), pretende estar escrita por Jonás, monje de Fontenelle y contemporáneo del santo. A pesar de la defensa intentada por el padre Legris (*Analecta Bollandiana* vol. XVII, pp. 265-306), parece cierto que debe haber sido recopilada aproximadamente un siglo después (véase *Analecta Bollandiana*, vol. XIX, p. 234; vol. XXIX, p. 450) y que, por lo tanto, no es históricamente digna de fe. Existe una breve historia de San Wulfrano, en inglés, escrita por W. Glaister y otra en francés, por Sauvage y La Vieille (1876). Cf. Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. II, p. 413.

LOS MARTIRES DEL MAR SABA (796 P.C.)

LA HISTORIA de los sufrimientos soportados por los monjes del Mar Saba, entre Jerusalén y el Mar Muerto, ha sido gráficamente narrada por uno de ellos, Esteban el Taumaturgo, conocido también como "el poeta", por los himnos que compuso. Durante largo tiempo, los árabes habían estado asolando Palestina, incendiando los monasterios y saqueando las iglesias, por lo que los monjes de la "laura" de San Sabas, dudaban entre quedarse o marcharse. Habiendo llegado a la conclusión de que su monasterio sería, con toda seguridad, destruido

si lo abandonaban, decidieron quedarse, con la esperanza de que, a causa de su pobreza, pudieran escapar con bien. Poco tiempo después, una partida de árabes avanzó desde las colinas y, cuando algunos de los monjes salieron para suplicar que los dejaran en paz, les exigieron dinero. En vano aseguraron los hermanos que se habían consagrado a la pobreza y que no poseían nada; los recién llegados los encerraron y se metieron al edificio para registrar las celdas y la iglesia. No pudieron encontrar nada de valor y, después de profanar el templo y quemar algunas de las ermitas, se alejaron. Cerca de treinta de los monjes habían sido heridos, pero Tomás, el enfermero, los curó. Los monjes repararon los daños como pudieron y volvieron a su vida acostumbrada. Una semana más tarde, mientras se encontraban en la iglesia haciendo su vigilia sabatina, un anciano hermano de cabellos blancos, del monasterio de San Eutimio, les trajo una carta en la que se les advertía que los merodeadores se preparaban a volver. En su pánico, los ermitaños trataron de esconderse y Sergio, el sacristán, ocultó los vasos sagrados, el único tesoro que poseían.

Los merodeadores no tardaron en reaparecer y buscaron a los monjes, a muchos de los cuales sacaron de sus escondites. El primero en sufrir la muerte fue el sacristán, quien había escapado, temeroso de que al ser torturado revelase el lugar donde había ocultado los vasos sagrados. Cuando se le ordenó regresar, él rehusó y presentó su cuello desnudo a la espada del verdugo. Juan, el hospedero, fue encontrado en la cumbre de la colina, cerca de la casa de huéspedes que tenía a su cargo. Fue apedreado, desjarretado y después, arrastrado por los pies sobre las rocas hasta la iglesia, donde los árabes esperaban obligarlo a revelar el sitio donde estaban escondidos los tesoros. Fracasaron los intentos de los atacantes, pero Juan fue asfixiado con humo y abandonado ahí. Patricio trató de salvar lo que tenía oculto, entregándose él mismo, cuando el enemigo descubrió la entrada de su escondite. El y otros fueron metidos a una caverna, cuya entrada taparon los árabes con espinos y haces de leña a los que prendieron fuego. El denso humo penetró en la cueva, sofocó y cegó a las pobres víctimas. A intervalos, sus verdugos se les acercaban para sacarlos a través de los rescoldos humeantes, y tras de interrogarles, los volvían a meter, amontonando más combustible a la entrada de la cueva. Finalmente, después de haber saqueado y quemado los edificios de su iglesia, partieron, llevando consigo todo lo transportable. De los monjes que habían sido conducidos a la caverna, dieciocho murieron asfixiados. La mayoría de los restantes estaba en agonía.

La narración griega se encuentra completa en *Acta Sanctorum*, marzo, vol. III. Véase también a Delehaye, *Synax. Constant* p. 548, en cuyo texto los merodeadores son llamados *Etíopes*.

BEATO AMBROSIO DE SIENA (1286 P.C.)

EN ESTE día, Siena venera la memoria de uno de los más notables de sus hijos, Ambrosio Sansedoni. Sus padres pertenecían a dos distinguidas familias sienesas y su padre, apodado por su valor "Buonattaco", fue el primero en la defensa de la cristiandad contra los moros. El niño había nacido con la cabeza anormalmente grande y, al parecer, sin el uso de sus brazos y sus piernas. Un día, cuando su aya lo llevó a la iglesia dominica de Sta. María Magdalena, se le vio agitarse y, después de haber sido sacado de los lienzos en los que estaba envuelto como un "bambino" de Della Robbia, se dieron cuenta de que sus

miembros estaban tan vigorosos, como los de cualquier otro chico normal. Sus biógrafos dan muchos ejemplos de su exquisita piedad y, conforme crecía, desarrollaba una gran devoción por los enfermos y los pobres, visitando el hospital cada sábado y la cárcel cada viernes. A los 17 años, Ambrosio decidió entrar a la Orden de Predicadores. No tardaron sus superiores en reconocer su habilidad y lo enviaron a Colonia, donde tuvo a San Alberto Magno como maestro y a Santo Tomás de Aquino como condiscípulo. Un alumno tan inteligente, no podía por menos que progresar bajo tal maestro y, al poco tiempo, se encontraba asediado en su celda por estudiantes que acudían a él para consultarlo. Esta fama le disgustaba y rogó a sus superiores que le permitieran retirarse a la soledad. Habiendo obtenido el consentimiento, se retiró de la vida pública, pero no por mucho tiempo. Gente influyente pidió a los dominicos que lo llamaran y lo pusieran a predicar. Durante tres años enseñó teología en París, donde multitud de estudiantes acudían a sus clases. Fue enviado a predicar a Alemania, Francia e Italia y se dice que sus sermones parecían inspirados. Los pecadores se convertían y los enemigos zanjaban sus diferencias amistosamente. Algunos de sus oyentes declaran que, mientras él estaba de pie en el púlpito, habían visto descender al Espíritu Santo sobre su cabeza, en forma de paloma.

Como muchos otros santos italianos, hombres y mujeres, el elocuente fraile no limitaba sus energías a exhortaciones espirituales, sino que fue llamado a tomar parte en importantes asuntos públicos. Con persuasivas palabras, trató de reconciliar a los príncipes electores quienes, en sus sectores privados, se encontraban en vísperas de provocar una guerra civil. Detuvo una nueva herejía en Bohemia que estaba causando singular desorden y, cuando el Papa, Beato Gregorio X le encargó predicar la cruzada, obtuvo generosa respuesta a sus llamados. Dos veces reconcilió con la Santa Sede al pueblo de Siena, quien, habiéndose puesto de parte de Manfredo, el hijo bastardo de Federico II, había sido declarado en entredicho. Varios escritores afirman que, cuando Ambrosio entró al consistorio para interceder por sus conciudadanos, su cara se iluminó con luz sobrenatural y el Papa exclamó: "¡Padre Ambrosio, no necesitas explicar tu misión; te concedo lo que deseas!"

A pesar de todas las importantes misiones que se le habían confiado y el éxito que coronaba sus esfuerzos, Ambrosio permaneció siempre singularmente humilde. El Papa deseaba hacerlo obispo, pero nunca pudo convencérsele de que aceptara, aunque desempeñó el cargo de maestro del sacro palacio. Después de la muerte de Gregorio, buscó el retiro en una de las casas de su orden. Ahí con frecuencia barría la iglesia, los dormitorios, los claustros y nunca dio más de cuatro horas al sueño. Después de maitines, oraba durante dos horas en el coro y estudiaba el resto de la noche, hasta prima. Durante los cuarenta y cinco años de su vida religiosa, no comió carne una sola vez —sin que hubiera una orden al respecto— y los viernes no tomaba más que pan y agua. No dejó de predicar, pese a su avanzada edad y sus sermones no perdieron nada de su fuego y de su elocuencia. A principios de la cuaresma de 1286, predicando un día contra la usura, habló con tal vehemencia, que se le reventó una vena. Al día siguiente, contenida ya la hemorragia, intentó continuar su sermón, pero el mal volvió a presentarse. Evidentemente, sus días estaban contados. Murió a la edad de sesenta y seis años. El culto que se le había tributado en Siena desde su muerte, fue confirmado en 1622.

Un amplio material para la biografía del Beato Ambrosio, se encontrará en *Acta Sanctorum*, marzo, vol. III, donde se incluye una colección muy interesante de testimonios contemporáneos sobre los numerosos milagros obrados en su tumba. Apartándose de la práctica habitual, el Papa Clemente VIII parece haber ordenado que su nombre se incluyera en el Martirologio Romano antes de cualquier formal canonización o "confirmatio cultus", pero Baronio, en su nota sobre este elogio, proporciona gran número de referencias de escritores que prestan testimonio de la santidad de San Ambrosio, y de los milagros que obró. Para una bibliografía más completa, véase Taurisano en *Catalogus Hagiographicus O.P.*, p. 22.

BEATO JUAN DE PARMA (1289 P.C.)

JUAN BURALLI, séptimo superior general de los franciscanos, nació en Parma en 1209 y ya se encontraba enseñando lógica cuando, a la edad de veinticinco años, entró a la orden franciscana. Fue enviado a París para proseguir sus estudios y, después de haber sido ordenado, se le envió a enseñar y predicar en Bolonia, Nápoles y Roma. Su elocuencia arrastraba multitudes a sus sermones y grandes personajes se congregaban para escucharle. Se ha afirmado que en 1245, cuando el Papa Inocencio IV convocó el primer Concilio general de Lyon, Juan fue designado para representar a Crescencio, el superior general, quien debido a sus enfermedades estaba incapacitado para ir, pero esto es inexacto: el fraile que fue al concilio se llamaba Buenaventura de Isco. Juan, por su parte, aquel mismo año viajó a París para enseñar "Sentencias" en la Universidad y en 1247, fue elegido superior general de la orden. La tarea que tenía ante sí era excesivamente difícil, pues muchos abusos y un espíritu de rivalidad se habían introducido, debido a la relajada observancia del hermano Elías. Afortunadamente, poseemos una descripción de primera mano de las actividades del Beato Juan, escrita por su conciudadano, el hermano Salimbene, quien estuvo ligado íntimamente a él durante largo tiempo. Sabemos que era fuerte y robusto, de manera que podía soportar grandes fatigas, de apariencia dulce y atrayente, de modales educados y lleno de caridad. Fue el primer superior general que visitó toda la orden, y siempre viajó a pie. Fuera de los conventos no permitió que nadie conociera su identidad y era tan humilde y modesto que, al llegar a una casa, con frecuencia ayudaba a los hermanos a lavar verduras en la cocina. Amante del silencio y recogimiento, nunca se le oyó una palabra ociosa y cuando estaba moribundo, admitió que él tendría que dar mayor cuenta de su silencio que de sus palabras.

Comenzó su visita general por las casas de Inglaterra y cuando el rey Enrique III supo que se encontraba en palacio a presentarle sus respetos, se levantó de la mesa y salió a la puerta para abrazar al humilde fraile. En Francia, Juan fue visitado por San Luis IX, quien la víspera de su partida a la Cruzada, se detuvo en Sens a pedirle sus oraciones y bendiciones para la empresa. El rey que llegó en ropas de peregrino y báculo en mano, impresionó al hermano Salimbene por su apariencia delicada y frágil. Comió con los hermanos en el refectorio, pero no pudo persuadir a Juan de Parma para que se sentara a su lado.

Burgundia y Provenza recibieron la siguiente visita del beato. En Arlés, un monje de Parma, Juan de Ollis, vino a pedirle un favor. ¿Se dignaría el superior enviarle a él y a Salimbene a predicar? Juan, sin embargo no iba a mostrar favoritismo con sus compatriotas. "En verdad, aunque fuereis mis

hermanos carnales", respondió, "no obtedríais de mí esta misión, sin un examen previo". Juan de Ollis no se desanimó fácilmente. "Si debemos ser examinados, ¿llamaréis al hermano Hugo para que nos examine"? Hugo de Digne, el anterior provincial se encontraba entonces en la casa. "¡No!", dijo el superior rápidamente. "El hermano Hugo es vuestro amigo y podría ser indulgente con vosotros; llamad mejor al catedrático e instructor de la casa". El hermano Salimbene no puede resistirse a informarnos que él pasó el examen, pero que Juan de Ollis fue enviado a estudiar un poco más."

Poco después del regreso de Juan de Parma de una misión como legado papal ante el emperador oriental, los problemas estallaron en París, adonde él había enviado a Buenaventura como uno de los mejores estudiantes de los frailes menores. Guillermo de Saint Amour, un doctor seglar de la universidad, había levantado una tormenta contra las órdenes mendicantes, atacándolas en un provocativo libelo. El Beato Juan fue a París y, se dice que habló a los profesores universitarios en términos tan persuasivos y humildes, que todos quedaron convencidos y que el doctor que debía responder, solamente pudo decir: "¡Bendito seas y benditas sean tus palabras!". Calmada la tormenta, el superior general se entregó a la restauración de la disciplina. Aun antes de su partida para el oriente, ya había tenido un capítulo General en Metz, donde se habían tomado medidas para asegurar la exacta observancia de las reglas y constituciones y para insistir en que se apegaran estrictamente al breviario y al misal romano. Obtuvo varias bulas papales que lo apoyaban; el Papa Inocencio IV entregó a la orden el convento de Ara Coeli en Roma, que se convirtió en la residencia del superior general.

A pesar de todos sus esfuerzos, el Beato Juan encontró amarga oposición, en parte causada por sus tendencias joaquimistas. Llegó a convencerse de que no era capaz de llevar hasta el final las reformas que creía eran esenciales. No está claro si actuó espontáneamente o por obediencia a la presión ejercida sobre él por la curia papal, pero él renunció a su cargo en Roma, en 1257, y cuando se le pidió que nombrara un sucesor, escogió a San Buenaventura. Fue una elección feliz y se habla a veces de San Buenaventura, como del segundo fundador; pero el camino le había sido preparado por el firme gobierno de su predecesor. Juan se retiró entonces a la ermita de Greccio, lugar donde San Francisco había preparado el primer Nacimiento. Estuvo los últimos treinta años de su vida en el retiro, del que solamente salió dos o tres veces, llamado por el Papa. Cuando Juan, ya un anciano de ochenta años, supo que los griegos habían caído nuevamente en el cisma, suplicó que se le permitiera ir otra vez a discutir con ellos. Obtuvo la anuencia del Papa y partió, pero al entrar en Camerino se dio cuenta de que iba a morir y dijo a sus compañeros: "Este es el lugar de mi descanso". Fue a recibir su recompensa en el cielo el 19 de marzo de 1289 y, muy pronto empezaron a obrarse muchos milagros en su tumba. Su culto fue aprobado en 1777.

Juan de Parma desempeñó un papel tan considerable en el desarrollo de los problemas que culminaron en la revuelta de los "fraticelli", que su nombre figura más o menos prominentemente en una multitud de libros que tratan del movimiento franciscano. La descripción que hace de él Salimbene, aunque la transmitió distorsionada el Dr Coulton en su *From St. Francis to Dante*, es inolvidable. El texto de Salimbene se publicó en MGH., *Scriptores*, vol. XXXII. No poseemos una biografía antigua, pero sí dos o tres modernas en italiano, son notables la de B. Affó (1777) y la de Luigi da Parma (1909). Véase también Léon, *Auréole Séraphique* (Trad. ingl.), vol. I, pp. 493-512, y Edouard d'Alençon en DTC

vol. VIII, cc. 794-796. Aunque la joaquimita *Introductorius evangelii aeterni*, alguna vez se atribuyó a Juan de Parma, ciertamente no fue escrita por él, sino por Gerad de Giorgio-San-Donnino; y aun la paternidad del *Sacrum commercium beati Francisci cum domina paupertate* comúnmente atribuída a él, es incierta; véase la edición crítica de esta última, hecha por Edouard d'Alençon en 1900.

BEATO MAURICIO DE HUNGRIA (1336 P.C.)

MAURICIO CSAKY pertenecía a la dinastía real de Hungría; su padre era el conde de Csak. El lugar exacto de su nacimiento es desconocido. Desde la niñez tuvo un carácter serio; le gustaba escuchar y leer las vidas de los santos y deseaba entrar a un monasterio; sin embargo, dominó sus aspiraciones y, a la edad de veinte años, se casó con la hija del príncipe palatino Amadeo. Su esposa, en todos sentidos era digna de él y ambos sentían una tierna y mutua atracción; pero después de algunos años, acordaron separarse y retirarse al claustro. Mauricio escogió la Orden de Predicadores y entró al monasterio de la isla de Santa Margarita. El paso dado por la joven pareja causó gran sensación y Ladislao, gobernador de Budapest, fue la causa, en realidad, de que Mauricio quedara en prisión durante cinco meses, para probar su resolución. Salió del cautiverio firme en ella, pero sus superiores religiosos juzgaron que era prudente trasladarlo de Hungría a Bolonia. Más tarde, el joven fraile volvió a su propio país como emisario de paz. Estaba tan ansioso de evitar la lucha, que hubiera querido lanzarse entre los combatientes para exhortarlos a llegar a un acuerdo. Cuando se le designó sacristán, aprovechó su cargo para manifestar su devoción constante al Santísimo Sacramento. Un gran amor a los pobres fue otra de las características de esta personalidad singularmente atractiva. Mauricio murió en Raab y fue sepultado en el monasterio de Javarin.

Los bolandistas imprimieron una vida en latín del Beato Mauricio en *Acta Sanctorum*, marzo, vol. III. Véase también F. Kaindl en *Archiv F. osterreichische Geschichte*, vol. XCI (1902), pp. 53-58. Aunque parece que nunca hubo una beatificación formal o "confirmatio cultus", el Beato Mauricio es, o fue, honrado litúrgicamente en su país natal.

BEATO MARCO DE MONTEGALLO (1497 P.C.)

ESTE GRAN promotor, si es que no fue el iniciador de los caritativos bancos de préstamos conocidos como Montes de Piedad, nació en el pueblo de Santa María di Montegallo, en la diócesis de Ascoli. Con grandes distinciones estudió en Perugia y Bolonia y, después de haberse graduado como doctor, se casó. Al poco tiempo, sin embargo, tanto él como su esposa se dieron cuenta de su vocación a la vida religiosa y se separaron por mutuo consentimiento, ella para hacerse clarisa en Ascoli y él para entrar a una comunidad franciscana en Fabriano. Pronto fue enviado Marco a misionar y a predicar, cosa que hizo durante cuarenta años. Una vez, orando arrodillado, una voz había murmurado a su oído: "Hermano Marco, predica amor", y el amor vino a ser su tema favorito, cuando recorría de abajo a arriba el país, desde Sicilia hasta el valle del Po. En su celo por las almas parecía absolutamente infatigable y, con frecuencia combinaba la curación de sus cuerpos y la de sus almas.

Lleno de compasión por el pobre que caía en las garras de los usureros, Marco estableció casas donde los que no tenían dinero podían obtener prestado el que necesitaran, con una pequeña garantía y a veces sin ella. Para fundar un

banco semejante en Vicenza, predicó con tal elocuencia, que el dinero requerido se colectó en un día y la oficina se construyó y empezó a funcionar en un año. La compasión y la bondad que el Beato Marco tenía para los demás, se la negaba a sí mismo. Aun en sus viajes no omitía ninguna de las penitencias, vigilias y mortificaciones que practicaba en el monasterio. El alba con frecuencia lo encontraba sumido en la oración que había comenzado a la media noche. En Camerino, donde la peste estaba muy extendida, profetizó que cesaría la epidemia, si la gente se arrepentía. Dando crédito a sus palabras, las multitudes se acercaron al tribunal de la penitencia, confesando sus pecados y el azote se detuvo. Además de la casa en Vicenza, otros bancos de préstamos y hosterías se iniciaron a instancias del Beato Marco, especialmente una en Fabriano, construida por un amigo suyo y otra en Perugia, fundada por San Jaime o Santiago de las Marcas. Cuando yacía moribundo en Vicenza, pidió que se le leyera la Pasión y, cuando el lector pronunció las palabras de Cristo: "Todo está consumado", exhaló su último suspiro. En algunas ciudades italianas, el Beato Marco de Montegallo fue llamado "una nueva estrella de amor" y la descripción parece singularmente apropiada para aquél que resplandecía todo con el fuego de la caridad.

Véase *Acta Sanctorum*, marzo, vol. III, donde los bolandistas han impreso extractos de los *Annales de Wadding*, junto con un elogio latino en verso, escrito por un contemporáneo. Cf. Léon. *Auréole Séraphique*, vol. I p. 530.

BEATO BAUTISTA DE MANTUA (1516 P.C.)

EL BEATO Bautista pertenecía a una familia española por parte de padre, pero su madre era originaria de Brescia, en el norte de Italia, y él nació en Mántua. A causa de sus antecesores, tanto él como su padre eran "conocidos" con el apodo, o probablemente el apellido de "Spagnolo", "Español". Demostró gran habilidad en los estudios cuando niño y, de muy joven recibió buenos fundamentos en filosofía y retórica. Hubo irregularidades en su juventud que causaron penas a su familia, pero al fin, Bautista se sintió llamado a la vida religiosa y entró a una comunidad carmelita en Ferrara. Desde el principio, buscó seguir el camino de la perfección y también se consagró a las letras y a las ciencias sacras con tanto éxito, que sus composiciones latinas y sus versos lo colocaron entre los famosos humanistas de la época. Dios le dio en grado notable el don de consejo, reconocido ampliamente, sobre todo entre los carmelitas de Mántua, por el cual seis veces fue reelegido vicario general de la reforma. No solamente fue en el claustro donde dio ejemplo y ayuda, sino que se hizo querer de muchas gentes en el mundo y de los pobres y desheredados, para los que fue como un padre. Príncipes y Papas lo tuvieron en la mayor estima, parte por su sabiduría y parte por el tacto que mostraba al tratar los negocios delicados. Nunca quebrantó ninguna de las reglas de su orden, ni se apartó de la pobreza, a la que se había comprometido, cuando se encontraba fuera del convento y en ambientes mundanos. En varias ocasiones, cuando por su enfermedad alguna pequeña mitigación hubiera sido permisible, continuó todas sus mortificaciones y prácticas de piedad acostumbradas, pese a su mala salud.

Contra su voluntad, el Beato Bautista fue elegido prior de la orden carmelitana, pero se necesitó un mandato especial del Papa para que se decidiera a aceptar el cargo. A despecho de su humilde opinión acerca de su capacidad,

demostró ser un superior muy capaz y ejemplar. Tuvo una gran devoción a Nuestra Señora y no perdía oportunidad de manifestársela y de extender su culto. Su increíblemente vasta producción de poemas latinos (55,000 versos) estuvo casi toda animada con un propósito religioso. Glorificó las maravillas de Loreto y cantó las fiestas de la Iglesia, deseando sobre todo demostrar que la buena literatura no necesariamente estaba asociada con el paganismo. Sus conciudadanos en Mántua tenían en tanta estima sus méritos como poeta, que colocaron un busto suyo que rivalizaba con el de Virgilio. Bautista dedicó uno de sus más largos poemas a aquel gran conocedor de las letras, el Papa León X, pero no dudó en decirle que una de las mayores necesidades de la época era la reforma de la Curia Romana, "la que está infectada por una profunda corrupción que disemina veneno a través de todos los países". "¡Ayuda, Santo Padre León!", exclamó el poeta, "porque la cristiandad no está lejos de su ruina".

Cuando volvió a Mántua, al final de su vida, Bautista soportó con ejemplar paciencia una penosa enfermedad, de la que sucumbió y, tranquilamente pasó a recibir su eterna recompensa en la primavera de 1516. Toda la ciudad se volcó en las calles para honrarlo el día de su funeral y numerosos milagros, atribuídos a su intercesión, establecieron su culto inmediatamente después de su muerte. Fue beatificado en 1885.

Véase F. Ambrosio, *De rebus gestis... Baptistae Mantuani* (1784); G. Fanucci, *Della vita de Battista Spagnolo* (1887); Valliers, *Bibliotheca Carmelitana*, I, pp. 217-240; B. Zimmerman, *Monumenta historica Carmelitana* (1907), pp. 261 y 483-504, en la que se encuentran varias interesantes cartas del Beato Bautista. Cf. también Pastor, *History of the Popes*, vol. VIII, pp. 204-207.

BEATO HIPOLITO GALANTINI (1619 P.C.)

HIPÓLITO GALANTINI fue uno de aquellos que alcanzaron la gran santidad en medio de las preocupaciones de una vida seglar. Hijo de un digno tejedor florentino de sedas, aprendió y continuó el negocio de su padre, mediante el cual se ganaba la vida. Tenía solamente doce años, cuando atrajo la atención del arzobispo Alejandro de Medici —después Papa León XI— quien le permitió ayudar a los sacerdotes en la instrucción a los niños. Gustosamente hubiera entrado a una orden religiosa, pero por su salud no fue admitido y adoptó en la casa paterna una regla de vida que fue una imagen de la del claustro. Mediante ayunos, penitencias y largas vigilias, obtuvo el dominio completo sobre su rebelde naturaleza y adquirió un discernimiento espiritual que compensó, con creces, su falta de educación. Sin influencia, sin dinero y sin erudición, Hipólito tuvo éxito al fundar un instituto secular, consagrado a enseñar los principios fundamentales de la religión y los deberes cristianos a los ignorantes niños de ambos sexos y aun a los adultos sin instrucción. Para los miembros de su sociedad, compuso un reglamento hacia el año 1602 y su ejemplo inspiró a otros, en toda Italia, para ayudarlo en su trabajo. El Instituto de la Doctrina Cristiana fue el nombre que se dio a la congregación así fundada, pero popularmente fue conocida como los "Vanchetoni". Hipólito tenía solamente cincuenta y cinco años cuando cayó víctima de una penosa y seria enfermedad, que fue fatal. Sus sufrimientos se vieron aliviados con visiones celestiales y murió besando una imagen del Señor Cru-

cificado. Todavía se venera al beato con gran devoción en Toscana y entre los franciscanos, quienes le reconocen como uno de sus terciarios. Fue beatificado en 1824.

Véase D. A. Marsella, *De B. Hippolyto Galantinio* (1826) Moroni, *Dizionario dei erudizione,* vol. XX, pp. 262 ss. y XXXVI, 75-77; Léon, *Auréole Séraphique* (Trad. Ingl.), vol. I, pp. 513-516.

21: SAN BENITO, ABAD, PATRIARCA DE LOS MONJES OCCIDENTALES. (*c.* 547 P.C.)

SI ATENDEMOS a la enorme influencia ejercida en Europa por los seguidores de San Benito, es desalentador comprobar que no tenemos biografías contemporáneas del gran legislador, padre del monasticismo occidental; porque San Benito, se ha dicho, "es una figura difusa y los hechos de su vida se nos han entregado en una envoltura que en vez de revelar, oscurece su personalidad". Lo poco que conocemos acerca de sus primeros años, proviene de los "Diálogos" de San Gregorio, quien no proporciona una historia completa, sino solamente una serie de escenas para ilustrar los milagrosos incidentes de su carrera.

Benito fue de noble alcurnia, nació y creció en el antiguo pueblo de Sabino en Norcia. De su hermana gemela, Escolástica, leemos que desde su infancia se había consagrado a Dios, pero no volvemos a saber nada de ella hasta el final de la vida de su hermano. El fue enviado a Roma para su "educación liberal", acompañado de una "nodriza", que habría de ser, probablemente, su ama de casa. Tenía entonces entre 13 y 15 años, o quizá un poco más. Invadido por los paganos de las tribus arias, el mundo civilizado parecía declinar rápidamente hacia la barbarie, durante los últimos años del siglo V: la Iglesia estaba agrietada por los cismas, ciudades y países desolados por la guerra y el pillaje, vergonzosos pecados campeaban tanto entre cristianos como entre gentiles y se ha hecho notar que no existía un solo soberano o legislador que no fuera ateo, pagano o hereje. En las escuelas y en los colegios, los jóvenes imitaban los vicios de sus mayores y Benito, asqueado por la vida licenciosa de sus compañeros y temiendo llegar a contaminarse con su ejemplo, decidió abandonar Roma. Se fugó, sin que nadie lo supiera, excepto su nodriza, que lo acompañó. Existe una considerable diferencia de opinión en lo que respecta a la edad en que abandonó la ciudad, pero puede haber sido aproximadamente a los veinte años. Se dirigieron al poblado de Enfide, en las montañas, a treinta millas de Roma. No sabemos cuánto duró su estancia, pero fue suficiente para capacitarlo a determinar su siguiente paso. Pronto se dio cuenta de que no era suficiente haberse retirado de las tentaciones de Roma; Dios lo llamaba para ser un ermitaño y para abandonar el mundo y, en el pueblo lo mismo que en la ciudad, el joven no podía llevar una vida escondida, especialmente después de haber restaurado milagrosamente un objeto de barro que su nodriza había pedido prestado y accidentalmente roto.

En busca de completa soledad, Benito partió una vez más, solo, para remontar las colinas hasta que llegó a un lugar conocido como Subiaco (llamado así por el lago artificial formado en tiempos de Claudio, gracias a la represión

de las aguas del Anio). En esta región rocosa y agreste se encontró con un monje llamado Romano, al que abrió su corazón, explicándole su itención de llevar la vida de un ermitaño. Romano mismo vivía en un monasterio a corta distancia de ahí; con gran celo sirvió al joven, vistiéndolo con un hábito de piel y conduciéndolo a una cueva en una montaña rematada por una roca alta de la que no podía descenderse y cuyo ascenso era peligroso, tanto por los precipicios como por los tupidos bosques y malezas que la circundaban. En la desolada caverna, Benito pasó los siguientes tres años de su vida, ignorado por todos, menos por Romano, quien guardó su secreto y diariamente llevaba pan al joven recluso, quien lo subía en un canastillo que izaba mediante una cuerda. San Gregorio dice que el primer forastero que encontró el camino hacia la cueva fue un sacerdote quien, mientras preparaba su comida un domingo de Resurrección, oyó una voz que le decía: "Estás preparándote un delicioso platillo, mientras mi siervo Benito padece hambre". El sacerdote, inmediatamente, se puso a buscar al ermitaño, al que encontró al fin con gran dificultad. Después de haber conversado durante un tiempo sobre Dios y las cosas celestiales, el sacerdote lo invitó a comer, diciéndole que era el día de Pascua, en el que no hay razón para ayunar. Benito, quien sin duda había perdido el sentido del tiempo y ciertamente no tenía medios de calcular los ciclos lunares, repuso que no sabía que era el día de tan grande solemnidad. Comieron juntos y el sacerdote volvió a casa. Poco tiempo después, el santo fue descubierto por algunos pastores, quienes al principio lo tomaron por un animal salvaje, porque estaba cubierto con una piel de bestia y porque no se imaginaban que un ser humano viviera entre las rocas. Cuando descubrieron que se trataba de un siervo de Dios, quedaron gratamente impresionados y sacaron algún fruto de sus enseñanzas. A partir de este momento, empezó a ser conocido y mucha gente lo visitaba, proveyéndolo de alimentos y recibiendo de él instrucciones y consejos.

Aunque vivía apartado del mundo, San Benito, como los padres del desierto, tuvo que padecer las tentaciones de la carne y del demonio, algunas de las cuales han sido descritas por San Gregorio. "Cierto día, cuando estaba solo, se presentó el tentador. Un pequeño pájaro negro, vulgarmente llamado mirlo, empezó a volar alrededor de su cabeza y se le acercó tanto que, si hubiese querido, habría podido cogerlo con la mano, pero al hacer la señal de la cruz el pájaro se alejó. Una violenta tentación carnal, como nunca antes había experimentado, siguió después. El espíritu maligno le puso ante su imaginación el recuerdo de cierta mujer que él había visto hacía tiempo, e inflamó su corazón con un deseo tan vehemente, que tuvo una gran dificultad para reprimirlo. Casi vencido, pensó en abandonar la soledad; de repente, sin embargo, ayudado por la gracia divina, encontró la fuerza que necesitaba y, viendo cerca de ahí un tupido matorral de espinas y zarzas, se quitó sus vestiduras y se arrojó entre ellos. Ahí se revolcó hasta que todo su cuerpo quedó lastimado. Así, mediante aquellas heridas corporales, curó las heridas de su alma", y nunca volvió a verse turbado en aquella forma.

En Vicovaro, en Tívoli y en Subiaco, sobre la cumbre de un farallón que domina Anio, residía por aquel tiempo una comunidad de monjes, cuyo abad había muerto y por lo tanto decidieron pedir a San Benito que tomara su lugar. Al principio se rehusó, asegurando a la delegación que había venido a visitarle que sus modos de vida no coincidían —quizá él había oído hablar de ellos—,

Sin embargo, los monjes le importunaron tanto, que acabó por ceder y regresó con ellos para hacerse cargo del gobierno. Pronto se puso en evidencia que sus estrictas nociones de disciplina monástica no se ajustaban a ellos, porque quería que todos vivieran en celdas horadadas en las rocas y, a fin de deshacerse de él, llegaron hasta poner veneno en su vino. Cuando hizo el signo de la cruz sobre el vaso, como era su costumbre, éste se rompió en pedazos como si una piedra hubiera caído sobre él. "Dios os perdone, hermanos", dijo el abad con tristeza. "¿Por qué habéis maquinado esta perversa acción contra mí? ¿No os dije que mis costumbres no estaban de acuerdo con las vuestras? Id y encontrad un abad a vuestro gusto, porque después de esto yo no puedo quedarme por más tiempo entre vosotros". El mismo día retornó a Subiaco, no para llevar por más tiempo una vida de retiro, sino con el propósito de empezar la gran obra para la que Dios lo había preparado durante estos tres años de vida oculta.

Empezaron a reunirse a su alrededor los discípulos atraídos por su santidad y por sus poderes milagrosos, tanto seglares que huían del mundo, como solitarios que vivían en las montañas. San Benito se encontró en posición de empezar aquel gran plan, quizás revelado a él en la retirada cueva, de "reunir en aquel lugar, como en un aprisco del Señor, a muchas y diferentes familias de santos monjes dispersos en varios monasterios y regiones, a fin de hacer de ellos un sólo rebaño según su propio corazón, para unirlos más y ligarlos con los fraternales lazos, en una casa de Dios bajo una observancia regular y en permanente alabanza al nombre de Dios". Por lo tanto, colocó a todos los que querían obedecerle en los doce monasterios hechos de madera, cada uno con su prior. El tenía la suprema dirección sobre todos, desde donde vivía con algunos monjes escogidos, a los que deseaba formar con especial cuidado. Hasta ahí, no tenían escrita una regla propia, pero según un antiguo documento, los monjes de los doce monasterios aprendieron la vida religiosa, "siguiendo no una regla escrita, sino solamente el ejemplo de los actos de San Benito". Romanos y bárbaros, ricos y pobres, se ponían a disposición del santo, quien no hacía distinción de categoría social o nacionalidad. Después de un tiempo, los padres venían para confiarle a sus hijos a fin de que fueran educados y preparados para la vida monástica. San Gregorio nos habla de dos nobles romanos, Tértulo, el patricio, y Equitius, quienes trajeron a sus hijos, Plácido, de siete años y Mauro de doce, y dedica varias páginas a estos jóvenes novicios. (Véase San Mauro, 15 de enero y San Plácido, 5 de octubre).

En contraste con estos aristocráticos jóvenes romanos, San Gregorio habla de un rudo e inculto godo que acudió a San Benito, fue recibido con alegría y vistió el hábito monástico. Enviado con una hoz para que quitara las tupidas malezas del terreno desde donde se dominaba el lago, trabajó tan vigorosamente, que la cuchilla de la hoz se salió del mango y desapareció en el lago. El pobre hombre estaba abrumado de tristeza, pero tan pronto como San Benito tuvo conocimiento del accidente, condujo al culpable a la orilla de las aguas, le arrebató el mango y lo arrojó al lago. Inmediatamente, desde el fondo, surgió la cuchilla de hierro y se ajustó automáticamente al mango. El abad devolvió la herramienta, diciendo: "¡Toma! Prosigue tu trabajo y no te preocupes". No fue el menor de los milagros que San Benito hizo para acabar con el arraigado prejuicio contra el trabajo manual, considerado como degradante y servil. Creía que el trabajo no solamente dignificaba, sino que conducía a la santidad y, por lo tanto, lo hizo obligatorio para todos los que ingresaban

a su comunidad, nobles y plebeyos por igual. No sabemos cuanto tiempo permaneció el santo en Subiaco, pero fue lo suficiente para establecer su monasterio sobre una base firme y fuerte. Su partida fue repentina y parece haber sido impremeditada. Vivía en las cercanías un indigno sacerdote llamado Florencio quien, viendo el éxito que alcanzaba San Benito y la gran cantidad de gente que se reunía en torno suyo, sintió envidia y trató de arruinarlo. Pero como fracasó en todas sus tentativas para desprestigiarlo mediante la calumnia y para matarlo con un pastel envenenado que le envió (que según San Gregorio fue arrebatado milagrosamente por un cuervo), trató de seducir a sus monjes, introduciendo una mujer de mala vida en el convento. El abad, dándose perfecta cuenta de que los malvados planes de Florencio estaban dirigidos contra él personalmente, resolvió abandonar Subiaco por miedo de que las almas de sus hijos espirituales continuaran siendo asaltadas y puestas en peligro. Dejando todas sus cosas en orden, se encaminó desde Subiaco al territorio de Monte Cassino. Es esta una colina solitaria en los límites de Campania, que domina por tres lados estrechos valles que corren hacia las montañas y, por el cuarto, hasta el Mediterráneo, una planicie ondulante que fue alguna vez rica y fértil, pero que, carente de cultivos por las repetidas irrupciones de los bárbaros, se había convertido en pantanosa y malsana. La población de Monte Cassino, en otro tiempo lugar importante, había sido aniquilada por los godos y los pocos habitantes que quedaban, habían vuelto al paganismo o mejor dicho, nunca lo habían dejado. Estaban acostumbrados a ofrecer sacrificios en un templo dedicado a Apolo, sobre la cuesta del monte. Después de cuarenta días de ayuno, el santo se dedicó, en primer lugar, a predicar a la gente y a llevarla a Cristo. Sus curaciones y milagros obtuvieron muchos conversos, con cuya ayuda procedió a destruir el templo, su ídolo y su bosque sagrado. Sobre las ruinas del templo, construyó dos capillas y alrededor de estos santuarios se levantó, poco a paco, el gran edificio que estaba destinado a convertirse en la más famosa abadía que el mundo haya conocido. Los cimientos de este edificio parecen haber sido echados por San Benito, alrededor del año 530. De ahí partió la influencia que iba a jugar un papel tan importante en la cristianización y civilización de la Europa post-romana. No fue solamente un museo eclesiástico lo que se destruyó durante la segunda Guerra Mundial, cuando se bombardeó Monte Cassino.

Es probable que Benito, de edad madura, en aquel entonces, pasara nuevamente algún tiempo como ermitaño; pero sus discípulos pronto acudieron también a Monte Cassino. Aleccionado sin duda por su experiencia en Subiaco, no los mandó a casas separadas, sino que los colocó juntos en un edificio gobernado por un prior y decanos, bajo su supervisión general. Casi inmediatamente después, se hizo necesario añadir cuartos para huéspedes, porque Monte Cassino, a diferencia de Subiaco, era fácilmente accesible desde Roma y Cápua. No solamente los laicos, sino también los dignatarios de la Iglesia iban para cambiar impresiones con el fundador, cuya reputación de santidad, sabiduría y milagros habíase extendido por todas partes. Tal vez fue durante ese período cuando comenzó su "Regla", de la que San Gregorio dice que da a entender "todo su método de vida y disciplina, porque no es posible que el santo hombre pudiera enseñar algo distinto de lo que practicaba". Aunque primordialmente la regla está dirigida a los monjes de Monte Cassino, como señala el abad Chapman, parece que hay alguna razón para creer que fue escrita para todos los monjes

del occidente, según deseos del Papa San Hormísdas. Está dirigida a todos aquellos que, renunciando a su propia voluntad, tomen sobre sí "la fuerte y brillante armadura de la obediencia para luchar bajo las banderas de Cristo, nuestro verdadero Rey", y prescribe una vida de oración litúrgica, estudio, ("lectura sacra") y trabajo llevado socialmente, en una comunidad y bajo un padre común. Entonces y durante mucho tiempo después, sólo en raras ocasiones un monje recibía las órdenes sagradas y no existe evidencia de que el mismo San Benito haya sido alguna vez sacerdote. Pensó en proporcionar "una escuela para el servicio del Señor", proyectada para principiantes, por lo que el ascetismo de la regla es notablemente moderado. No se alentaban austeridades anormales ni escogidas por uno mismo y, cuando un ermitaño que ocupaba una cueva cerca de Monte Cassino encadenó sus pies a la roca, San Benito le envió un mensaje que decía: "Si eres verdaderamente un siervo de Dios, no te encadenes con hierro, sino con la cadena de Cristo". La gran visión en la que Benito contempló, como en un rayo de sol, a todo el mundo alumbrado por la luz de Dios, resume la inspiración de su vida y de su regla. El santo abad, lejos de limitar sus servicios a los que querían seguir su regla, extendió sus cuidados a la población de las regiones vecinas: curaba a los enfermos, consolaba a los tristes, distribuía limosnas y alimentó a los pobres y se dice que en más de una ocasión resucitó a los muertos. Cuando la Campania sufría un hambre terrible, donó todas las provisiones de la abadía, con excepción de cinco panes. "No tenéis bastante ahora", dijo a sus monjes, notando su consternación, "pero mañana tendréis de sobra". A la mañana siguiente, doscientos sacos de harina fueron depositados por manos desconocidas en la puerta del monasterio. Otros ejemplos se han proporcionado para ilustrar el poder profético de San Benito, al que se añadía el don de leer los pensamientos de los hombres. Un noble al que convirtió, lo encontró cierta vez llorando e inquirió la causa de su pena. El abad repuso: "este monasterio que yo he construído y todo lo que he preparado para mis hermanos, ha sido entregado a los gentiles por un designio del Todopoderoso. Con dificultad he logrado obtener misericordia para sus vidas". La profecía se cumplió cuarenta años después, cuando la abadía de Monte Cassino fue destruida por los lombardos.

Cuando el godo Totila avanzaba triunfante a través del centro de Italia, concibió el deseo de visitar a San Benito, porque había oído hablar mucho de él. Por lo tanto, envió aviso de su llegada al abad, quien accedió a verlo. Para descubrir si en realidad el santo poseía los poderes que se le atribuían, Totila ordenó que se le dieran a Riggo, capitán de su guardia, sus propias ropas de púrpura y lo envió a Monte Cassino con tres condes que acostumbraban asistirlo. La suplantación no engañó a San Benito, quien saludó a Riggo con estas palabras: "hijo mío, quítate las ropas que vistes; no son tuyas". Su visitante se apresuró a partir para informar a su amo que había sido descubierto. Entonces, Totila, fue en persona hacia el hombre de Dios y, se dice que se atemorizó tanto, que cayó postrado. Pero Benito lo levantó del suelo, le recriminó por sus malas acciones y le predijo, en pocas palabras, todas las cosas que le sucederían. Al punto, el rey imploró sus oraciones y partió, pero desde aquella ocasión fue menos cruel. Esta entrevista tuvo lugar en 542 y San Benito difícilmente pudo vivir lo suficiente para ver el cumplimiento total de su propia profecía.

El santo que había vaticinado tantas cosas a otros, fue advertido con

anterioridad acerca de su próxima muerte. Lo notificó a sus discípulos y, seis días antes del fin, les pidió que cavaran su tumba. Tan pronto como estuvo hecha fue atacado por la fiebre. El último día recibió el Cuerpo y la Sangre del Señor. Después, mientras las manos cariñosas de sus hermanos sostenían sus débiles miembros, murmuró unas pocas palabras de oración y murió de pie en la capilla, con las manos levantadas al cielo. Fue enterrado junto a Santa Escolástica, su hermana, en el sitio donde antes se levantaba el altar de Apolo, que él había destruido.

El hecho de que prácticamente no conozcamos nada de la vida de San Benito, fuera de lo que nos dice San Gregorio, o de lo que puede inferirse del texto de la Regla, no ha sido obstáculo para que las biografías del santo se multipliquen. Entre ellas, las de los abades Tosti, Herwengen, Cabrol y Schuster, quizá la mejor vida escrita originalmente en inglés, sea la del abad Justin McCann (1938). Véase también T. F. Lindsay (1950); *High, History of St. Benedict and His Monks* (1945), escrita por un monje de Douai; y *Life and Miracles of St. Benedict* (1950) de Zimmermann y Avery (1950), que es el vol. II de los *Diálogos* de San Gregorio. Para los que deseen conocer más el espíritu del santo, se recomiendan *Benedictine Monachism* (1924) del abad Cutberto Butler, y *St. Benedict and the Sixth Century* (1929) del abad Chapman, pero especialmente el primero. Véase también P. Renaudin, *St. Benoit dans l'Histoire* (1928). Una cómoda edición de la Regla, en latín e inglés, ha sido publicada por el abad Hunter Blair (1914); una revisión crítica del texto latino por el abad Butler (1933); texto y traducción, por el P. McCann (1952) y un comentario, por el abad Delatte. Véase también *The Monastic Order in England* (1940), pp. 3-15 y *passim*, por Dom David Knowles, y su *The Benedictines* (1929).

SAN SERAPION, Obispo de Thmuis (*c.* 370 p.c.)

Conocido como "el escolástico", por su erudición tanto sagrada como profana, San Serapión dirigió algún tiempo la escuela catequética de Alejandría; se retiró después al desierto, donde se convirtió en monje y trabó amistad con San Antonio, quien, a su muerte, le dejó una de sus túnicas. Serapión fue sacado de su retiro para ser elevado a la sede episcopal de Thmuis, ciudad del bajo Egipto, cerca de Diospolis. Tomó parte en el Concilio de Sárdica, en 347; estuvo íntimamente asociado con San Atanasio en la defensa de la fe católica, y fue desterrado por el emperador Constancio, según San Jerónimo. Informó a Atanasio de la nueva herejía macedonia que empezaba a propagarse y las cuatro cartas que Atanasio escribió a Serapión desde el desierto donde permaneció escondido, fueron la primera refutación expresa que se publicó sobre aquel error. San Serapión trabajó con gran éxito contra los arrianos y los macedonios y recopiló también un excelente libro contra los maniqueos. Escribió varias cartas eruditas y un tratado sobre los títulos de los Salmos, que se encuentran perdidos. Para nosotros, sin embargo, su obra más importante es el *Euchologion*, descubierto y publicado a fines del siglo pasado. Sócrates dice que San Serapión escribió un breve epigrama o sumario de la perfección cristiana que él con frecuencia repetía: "La mente se purifica por el saber espiritual (o por la santa meditación y oración); las pasiones espirituales del alma, por la caridad, y los apetitos desordenados por el ayuno y la penitencia". Se cree que murió en el destierro, pero no se sabe la fecha exacta de su muerte.

Véase *Acta Sanctorum*, marzo, vol. III; DCB., vol. IV, p. 613; y CMH., pp. 154-155. Ha habido mucha confusión en las anotaciones del martirologio. Hay un breve relato de la vida de San Serapión, en el prefacio al opúsculo *Bishop Serapion's Prayerbook* (1910), del obispo John Wordsworth, que no es más que una traducción de las oraciones de su *Euchologion*.

SAN ENDA, ABAD Y SANTA FANCHEA, VIRGEN (*c.* 530 P.C.)

LO POCO que se relata de Santa Fanchea, (cuya fiesta se celebra el primero de enero), es de carácter fabuloso y casi todo está contenido en la vida de San Enda, su hermano. Fanchea, que con otras doncellas irlandesas se había consagrado a Dios, supo que Enda había tomado parte en una batida contra sus enemigos, uno de los cuales había muerto en la lucha. Los gritos de los vencedores, al volver de su expedición, se oyeron dentro del convento. Fanchea reconoció la voz de su hermano, pero al mismo tiempo, iluminada sobrenaturalmente, supo que él había sido llamado para servir a Dios en una vida de gran santidad. En conformidad con esto, le reprochó el hecho sangriento en el que se había envuelto y cuando él le prometió establecerse pacíficamente en casa, si le daba a una de las doncellas en matrimonio, ella aparentó estar pronta a cumplir con esta condición. Pero pidió a Dios que la doncella en cuestión muriera en ese mismo momento y cuando llevó a su hermano a ver a la novia que le había prometido, él solamente encontró un cuerpo rígido y pálido por la muerte. Luego, al punto, Enda se entregó a una vida monástica; pero aun así todavía le acudían pensamientos de hazañas guerreras; su hermana le inculcó que, cuando estas tentaciones vinieran, debería poner su mano sobre la cabeza rasurada y recordar que ceñía ahora, no una diadema real, sino la tonsura de su Señor Jesucristo. Finalmente, también por consejo suyo, Enda abandonó Irlanda y fue a Roma, a donde tras un largo tiempo, Fanchea fue a visitarlo con algunas de sus monjas. La travesía la realizó en forma milagrosa, tan sólo con extender su manto sobre las aguas. Una vez en Roma, rogó a Enda que volviese a Irlanda para bien de su pueblo. El prometió hacerlo al año siguiente, pero al llegar Fanchea a casa, entregó su alma a Dios, antes de que él pudiera seguirla. Se ha afirmado que Santa Fanchea construyó un convento de monjas en Ross Oirthir o en Rossory, en Fermanagh, y que sus restos fueron depositados y venerados en Killaine, pero las pruebas no parecen muy satisfactorias.

Todo lo que hemos dicho de la historia de San Enda, antes de que se estableciera en Aranmore, es bastante legendario, excepto quizás lo que se refiere a su estancia en "Candida Casa", el monasterio fundado por San Niniano en Galloway. Después de su anhelada visita a Roma, donde fue ordenado sacerdote, Enda desembarcó en Drogheda y levantó iglesias en ambos lados del río Boyne. Después atravesó Irlanda y fue a visitar a Oengus, rey de Munster, quien estaba casado con otra de sus hermanas y vivía en Cashel. A su cuñado le pidió autorización para poder fundar una casa religiosa en la isla de Aran. Oengus le exigió que escogiera un lugar más fértil y más cercano, pero cuando San Enda insistió en que Aran iba a ser el lugar de su renovación y que era lo suficientemente bueno para él, Oengus cedió, declarando que de buena gana lo entregaba a Dios y a Enda, cuyas oraciones pedía en retorno.

San Enda llevó a sus discípulos a esa isla y la fama de su austeridad y santidad, atrajeron a otros muchos a reunírseles. El santo construyó, en el lado oriental de Aramore, un gran monasterio en Killeany, el cual gobernó y al que adjudicó la mitad de los terrenos, en tanto dividía la otra mitad de la isla entre las otras diez pequeñas casas que había fundado y en las que nombró superiores. Se nos cuenta que no solamente llevó él una vida de gran penitencia, sino que exigía una estricta disciplina a todos los que se encontraban a su

cargo. Una leyenda relata que cada noche, probaba a sus hermanos, colocándolos por turno en una "curragh", o canoa de mimbre, que ponía a flote sin la envoltura de cuero que la hacía hermética. Si un hombre estaba libre de pecado, el agua no podía penetrar. Todos los monjes, incluyendo al mismo abad, se libraron de mojarse, excepto Gigniat el cocinero, el cual, al ser interrogado, confesó haber añadido a su porción una parte del alimento del Kieran, hijo del artífice. San Enda le mandó abandonar la isla, diciendo, "No hay lugar aquí para un ladrón; de ninguna manera permitiré esto."

Junto con San Finniano de Clonard, San Enda fue padre del monaquismo en Irlanda; con él, propiamente hablando, parece haber comenzado el monasticismo. Uno de sus discípulos mejoı conocidos fue San Kieran de Clonmacnois, al que ya nos hemos referido.

La vida de San Enda, en latín, ha sido impresa por Colgan en *Acta Sanctorum*, marzo, vol. III, pero de una manera más crítica por Plummer en su BSH, vol. II, pp. 60-75, y cf. J. Healy, *Ireland's Ancient Schools and Scholars*, pp. 163-187. Véase J. Ryan, *Irish Monasticism* (1931) pp. 106-107. El nombre de Fanchea está escrito en varias formas: Faenche, Faenkea, Fainche, Fuinche, etc.

BEATA SANTUCCIA, MATRONA (1305 P.C.)

EL PINTORESCO pueblo de Gubbio en Umbría, fue el lugar de nacimiento de Santuccia Terrebotti. Casada con un buen hombre, tuvo una hija llamada Julia, quien murió joven. Los acongojados padres decidieron al punto retirarse del mundo y consagrar el resto de sus días a Dios en la vida religiosa. Durante algún tiempo, Santuccia gobernó una comunidad de monjas benedictinas en Gubbio, pero al recibir el ofrecimiento de los edificios que antiguamente ocuparon los templarios en la Via Juliana, de Roma, se trasladó con sus hermanas a la ciudad. Ahí inauguró una comunidad de monjas benedictinas, a las que llamó Siervas de María, pero que vulgarmente fueron conocidas como "Santuccias". El culto de la Beata Santuccia nunca ha sido confirmado.

Véase Garampi, *Memorie ecclesiastiche*; *Spicilegium Benedictinum* (1898) vol. II; y *Acta Sanctorum*, marzo, vol. III.

22: SAN EPAFRODITO, OBISPO (Siglo I)

EPAFRODITO PARECE haber nacido en Filipos. San Pablo usa los siguientes términos para hablar de él: "Mi hermano, mi colaborador, mi compañero de armas." (Filip. II, 25).

Había ido a Roma, donde Pablo estaba cautivo, para llevarle una nueva colecta de parte de los filipenses. Allí cayó enfermo de cuidado, pero Dios tuvo misericordia de él y no quiso añadir tristeza sobre tristeza al alma de Pablo. Los mismos filipenses, al saber que su emisario había estado enfermo, ardían en deseos de volverlo a ver. A pesar del vacío que ello iba a dejar en el corazón de San Pablo, éste no dudó un momento en separarse de su amado Epafrodito y así lo despidió con una carta para los fieles de Filipos.

Esta carta es como el eco de las conversaciones que intercambiaron Pablo

y Epafrodito. Pablo rogaba a sus queridos neófitos que recibieran a su compatriota con toda alegría en el Señor, ya que para realizar la misión que le habían encomendado se había visto al borde mismo de la muerte. Entregaba su vida para suplir los cuidados que los filipenses no le podían dar. (Filip. II, 25-30).

Fuera de este auténtico elogio, no poseemos otros detalles de la vida de Epafrodito, aunque se han hecho, por cierto, toda clase de conjeturas sobre el papel que desempeñó después.

El Martirologio Romano hace de él un obispo de Terracina, enviado a esta ciudad por San Pedro. Las notas del martirologio nos dicen que esta noticia está sacada de Metafrasto. Esta misma alusión se encuentra reproducida en Lipomano y en Surio. Este último pretende conocer las circunstancias en que sucedió: "Pedro, dice, después de una estancia en Roma, en donde bautizó a un buen número de conversos, dejó allí como obispo a Lino y partió para Terracina; allí consagró a Epafrodito".

El pseudo-Doroteo, cuyo testimonio es poco seguro, hace de Lino un obispo de Adria. Teodoreto piensa que Epafrodito fue obispo de Filipos, su ciudad natal. Baronio en sus "Annales" se pregunta si no habría que admitir tres personajes que lleven el nombre de Epafrodito, a saber: el obispo de Terracina, mencionado el 22 de marzo, el discípulo de San Pablo y, finalmente, el obispo de Adria, en Siria. Faltan datos para poder solucionar el problema. San Pablo insinúa en su carta que Epafrodito ocupaba una elevada posición en su ciudad; esto favorecería la opinión de Teodoreto.

Acta Sanctorum, 22 de marzo.—*Comentarios de la Epístola a los Filipenses* de Vigouroux; *Dictionnaire de la Bible*, vol. II, col. 1820.—Tillemont, *Mémoires pour servir a l'hist. ecclés.*, vol. I, p. 574.

SAN PABLO DE NARBONA (*c.* 290 P.C.)

SABEMOS POR San Gregorio de Tours, que San Pablo de Narbona fue enviado de Roma, con otros muchos misioneros, para implantar la fe en la Galia. Dos de los miembros de la expedición, San Saturnino de Toulouse y San Dionisio de París, recibieron la corona del martirio, pero San Pablo de Narbona, San Trófimo de Arles, San Marcial de Limoges y San Gatiano de Tours, después de haber pasado muchos peligros y de fundar iglesias en todos aquellos lugares de la Galia, ligados ahora con sus nombres, murieron finalmente en paz. Prudencio dice que el nombre de Pablo dio lustre a la ciudad de Narbona.

No hay que prestar atención a la leyenda que ha identificado a San Pablo de Narbona con aquel Sergio Paulo que fue precónsul en Chipre, cuando el Apóstol San Pablo resistió al mago Elimas.

Véase *Acta Sanctorum*, marzo, vol. III, y Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. I, p. 303.

SAN BASILIO DE ANCIRA, MÁRTIR (362 P.C.)

A MEDIADOS del siglo IV, cuando arrianos y semi-arrianos propagaban sus herejías, Basilio era un sacerdote de Ancira, un hombre santo que había sido formado en la verdadera doctrina de la Iglesia católica, por el obispo San Marcelo. Después de que éste fue desterrado por el emperador Constancio, y un

semi-arriano, llamado también Basilio, ocupaba la sede, impuesto por el emperador, el sacerdote Basilio no cesó de exhortar a su pueblo para que permaneciera fiel a la fe católica. En 360, los arrianos radicales obtuvieron el dominio y no solamente depusieron al obispo semi-arriano, sino que ordenaron la degradación de San Basilio, al que prohibieron asistir a las asambleas religiosas. Sin embargo, desobedeciendo sus órdenes y apoyado por sus fieles, el santo ganó para su causa a muchos que habían sido engañados y defendió audazmente la fe, ante el mismo Constancio. Cuando Juliano el Apóstota llegó al trono, la persecución abierta cesó temporalmente, pues el emperador confiaba en emplear métodos más sutiles para combatir a los cristianos y minar su fe. En algunos casos, sin embargo, se impacientó y permitió, aunque no exigió el castigo de conocidos dirigentes cristianos. Basilio, quien continuaba sus esfuerzos contra la política imperial en Ancira, fue arrestado y acusado de sedición, de destrucción de altares, de incitación al pueblo contra los dioses y de hablar irreverentemente contra el emperador y su religión. Basilio hizo una valiente confesión y, tras de haber sido colgado por las muñecas, con pesas en los pies, se ordenó que desgarrasen sus carnes con garfios y fue arrojado en prisión y finalmente muerto. Este presbítero mártir no debe confundirse con su oponente, el más conocido obispo de Ancira.

Existe un relato fantástico, en el que no se puede confiar, sobre los tormentos soportados por San Basilio. Véanse las llamadas actas, una breve fábula en griego, que parece haber sido escrita en el siglo X por Ion, monje del monasterio de San Elías y editado críticamente por M. Kraschenínnikov en 1907. Puede encontrarse también en *Acta Sanctorum, marzo*, vol. III. No se puede razonablemente dudar de que San Basilio haya sido martirizado, como dice Sozomeno al hablar de él en su *Historia Ecleciástica*, V, II.

SAN DEOGRACIAS, Obispo de Cartago (457 p.c.)

Cuando Cartago fue asolada por los vándalos, en 439, los arrianos expulsaron al obispo Quodvultdeus y lo abandonaron, junto con la mayor parte de sus clérigos, en un barco inundado para que muriera. Sin embargo, la nave llegó con bien a Nápoles. Después de catorce años, durante los cuales Cartago permaneció sin pastor, Genserico a instancias de Valentiniano, permitió la consagración de otro obispo. Fue este un sacerdote llamado Deogracias quien, con su ejemplo y doctrina fortaleció la fe de su pueblo y logró ganarse el respeto, tanto de paganos, como de arrianos. Dos años después de la consagración del obispo, Genserico saqueó Roma y volvió al Africa con gran cantidad de cautivos. Estos infortunados fueron distribuidos entre los vándalos y los moros, con absoluta arbitrariedad; los esposos fueron separados de sus mujeres y los padres de sus hijos. Para rescatarlos, Deogracias vendió lo cálices de oro y plata y los ornamentos del altar, hasta que logró redimir a gran número de familias. Como no había en Cartago casas suficientes para acomodarlas, el obispo cedió un par de iglesias grandes, las acondicionó con lechos y organizó un reparto diario de comida. Algunos de los espíritus más ruines entre los arrianos, resintieron su actividad y le acechaban para matarle, pero los planes fracasaron. Consumido por sus esfuerzos, sin embargo, Deogracias murió después de un episcopado de poco más de tres años y fue profundamente llorado por sus fieles y por los exilados, que habían encontrado en él un gran protector. Los cartagineses cristianos habrían despedazado su cuerpo para guardar reliquias, pero fue enterrado

secretamente mientras se cantaban las oraciones públicas y así se evitó su profanación.

Víctor, obispo de Vita, en su *Historia Persecutionis Vandalicae*, es la autoridad principal para lo que conocemos de San Deogracias. Véase *Acta Sanctorum*, marzo, vol. III.

SAN ZACARIAS, PAPA (752 P.C.)

CARECEMOS DE detalles sobre la primera parte de la vida de San Zacarías, pero se sabe que nació en San Severino, de una familia griega establecida en Calabria y que fue diácono de la Iglesia romana. Después de la muerte de San Gregorio III, se le eligió Papa por unanimidad. No se pudo haber hecho mejor elección: a su gran ciencia y santidad personal, unía un espíritu conciliatorio y una previsora sabiduría; fue capaz de hacer frente a los graves problemas que se le presentaron en su nuevo cargo. Roma estaba en una posición de gran peligro. Los lombardos se preparaban nuevamente a invadir el Imperio Romano, cuando el nuevo Papa decidió tratar directamente con su gobernador y fue a Terny para visitarlo. Se le recibió con respeto y, su personalidad produjo tal impresión, que Liutprand devolvió todo el territorio que había sido arrebatado a los romanos durante los treinta años anteriores. Más aún, firmó un tratado de paz por veinte años y dejó en libertad a todos sus prisioneros. Una vez hecha la paz con Roma, Liutprand se preparó para atacar Ravena. El exarca acudió inmediatamente a San Zacarías en procura de auxilio. El Papa, después de varios infructuosos esfuerzos, fue en persona a Pavía, donde su intervención indujo al rey a abandonar su ofensiva. Liutprand murió poco después y su segundo sucesor, Rachis, fue alentado por Zacarías para hacerse monje en Monte Cassino. Pero su hermano Aistulfo era un hombre del todo diferente: en los últimos años del pontificado de San Zacarías, se apoderó de Ravena, dando fin al exarcado del imperio bizantino y Roma fue de nuevo amenazada.

Las relaciones del Papa Zacarías con Constantinopla, donde el emperador Constantino V sostenía la doctrina iconoclasta, resultaron infructuosas debido a los trastornos políticos de esa ciudad, pero en occidente, el progreso fue continuo. Se debió, en primer lugar, a San Bonifacio, con quien el Papa se mantuvo en contacto y a quien alentó vigorosamente. En este tiempo, el poder de los reyes merovingios estaba totalmente en poder de los grandes de palacio y, en 751, Pepino el Breve envió un embajador al Papa, preguntándole si no pensaba que debía ser rey aquél que ejerciera el mando supremo. Zacarías, con igual diplomacia, contestó que esa era su opinión y Pepino, en consecuencia, fue elegido rey de Soissons y ungido por el legado papal, San Bonifacio. Este acontecimiento revistió mucha importancia, tanto para el Papado como para el poder secular. En medio de sus múltiples actividades, el Papa Zacarías encontró tiempo para traducir al griego los "Diálogos" de San Gregorio; estaba siempre al pendiente de los pobres y oprimidos; les proporcionó un hogar a los monjes expulsados de Constantinopla por los iconoclastas; pagó el rescate en el mercado romano por algunos esclavos que, de otra suerte, habrían sido vendidos a los sarracenos por los venecianos; al principio de su pontificado, amenazó con la excomunión a aquellos que vendieran esclavos cristianos a los judíos. Zacarías fue venerado como santo, inmediatamente después de su muerte, que aconteció en marzo de 752.

Hay un relato bastante satisfactorio acerca de San Zacarías, en el *Liber Pontificalis*,

pero para más detalles, tenemos que acudir a sus cartas y las crónicas, tales como *Los Anales* de Lorsh. Ver a H. K. Mann, *Lives of the Popes*, vol. II, pp. 225-288, y cardenal Bartolini, *Di S. Zacaria Papa* (1879). Hodgkin, Gregorovius y otros historiadores seglares, hacen comentarios muy favorables de su obra.

SAN NICOLAS VON FLÜE (1487 P.C.)

NICOLÁS VON Flüe, "Bruder Klaus", ocupa un lugar privilegiado en la estimación de sus conciudadanos. Eclesiásticos, patriotas, políticos, historiadores y poetas de todos los credos han cantado sus alabanzas y puede asegurarse que ninguna figura religiosa en la historia de Suiza ha inspirado tan variada y voluminosa literatura. El santo nació cerca de Melchthal y de la hacienda de Flüeli, en el Sachsterberg, del que deriva su nombre. Su padre, Enrique, tenía un puesto civil en el servicio del Cantón. Su madre, Emma Robert, nativa de Wolfenschiessen, era una mujer profundamente religiosa, quien educó a sus dos hijos, Nicolás y Pedro para que pertenecieran como ella a la hermandad de "amigos de Dios" (Gottesfreunde). Los miembros de esta sociedad, diseminados por Alemania, Suiza y Holanda, eran de ambos sexos y de cualquier clase social. Con una leal adhesión a la Iglesia católica, pretendían, mediante una estricta vida, así como una constante meditación de la Pasión del Señor, entrar en especial e íntima relación con Dios, como lo indica el nombre de la sociedad. Algunos de ellos vivían con sus familias, otros formaban comunidades pequeñas y unos cuantos se retiraban del mundo para llevar una vida eremítica. Nicolás respondió especialmente a la formación recibida y su piedad, amor a la paz y sano criterio, fueron notables desde su infancia.

A la edad de veintidós años y a pesar de su disposición apacible, Nicolás luchó como soldado en la guerra con Zürich. Catorce años después, con ocasión de la ocupación de Thurgau, tomó de nuevo las armas, pero esta vez como capitán de una compañía. La alta estima en que se le tenía, fue la causa de que se le nombrara magistrado y juez, enviándosele varias veces como delegado a los concilios y asambleas de Obwalden, donde su penetrante sabiduría tuvo gran influencia. Repetidas veces le fue ofrecido un puesto más alto, el de "landamman", o gobernador, pero no pudo persuadírsele a aceptarlo. Se casó con una devota joven, llamada Dorothea Wissling y su matrimonio fue feliz. De sus diez hijos, Juan, el mayor, llegó a ser "landamman" todavía en vida de su padre y el más joven, estudió en la Universidad de Basilea y fue después, durante varios años, párroco de Sachseln. A lo largo de su vida matrimonial, Nicolás continuó las prácticas devotas de su juventud. Citaremos el testimonio de su hijo mayor: "Mi padre se retiraba a descansar al mismo tiempo que sus hijos y criados; pero cada noche lo veía yo levantarse y lo oía rezar en su cuarto hasta la madrugada. Con frecuencia iba, en el silencio de la noche, a la iglesia de San Nicolás o a otros lugares sagrados". Su hijo, al observarlo, se convenció de que tenía una vocación sobrenatural a la contemplación, puesto que tuvo visiones y revelaciones; acostumbraba retirarse a la soledad en el valle de Melch y, cuando tenía alrededor de cincuenta años se sintió irresistiblemente atraído a abandonar el mundo por completo y pasó el resto de sus días como ermitaño. Su esposa no se opuso, porque los "amigos de Dios", reconocían tales vocaciones como venidas de lo alto. Nicolás renunció a su cargos; dejó a su mujer y a sus hijos en el otoño de 1467 y partió descalzo y descubierta la

cabeza, enfundado en un hábito obscuro, llevando un rosario y su báculo.

Su destino parece haber sido Estrasburgo en cuyas cercanías había un convento de los hermanos, con sede principal en Alsacia. Antes de cruzar la frontera, sin embargo, recibió hospitalidad de un campesino que resultó ser también "amigo de Dios". En el curso de la conversación, su huésped trató de disuadirlo de abandonar el país, asegurándole que los suizos eran mal vistos en Alsacia y dondequiera, por sus maneras ásperas, y que no encontraría el retiro tranquilo que buscaba. Aquella noche hubo una tremenda tormenta de rayos y, al mirar hacia el pequeño pueblo de Liechstall, allende la frontera, Nicolás lo vio, a la luz de los relámpagos, como si estuviera en llamas. Tomó esto como una señal que confirmaba el consejo del campesino e inmediatamente volvió sobre sus pasos. Una tarde, durante su viaje de retorno a casa, tendido bajo un árbol, fue presa de cólicos tan violentos, que pensó llegada su última hora: pasó el dolor, pero desde ese momento perdió todo deseo de comer o beber. Después de ese mismo otoño, unos cazadores que buscaban piezas en el Melchthal, disfundieron la noticia de que se habían encontrado con Nicolás, en su dehesa del Kluster, donde se había construído un refugio de ramas, bajo un alerce. Su hermano Pedro y otros amigos fueron a pedirle que no permaneciera ahí, expuesto a morir, y lo convencieron a que se trasladara a Ranft, otra parte del valle, donde la gente de Obwalden pronto le construyó una pequeña celda con una capilla adjunta.

En este lugar, situado arriba de una estrecha garganta, cuya soledad era enfatizada por el rugido del torrente en el valle, San Nicolás, pasó diecinueve apacibles años. Durante las primeras doce horas del día estaba en oración y contemplación y por las tardes, entrevistaba a los que tomaban el camino de su ermita, buscando su consejo sobre asuntos espirituales o temporales. Dios le había dado el don de saber aconsejar, como se lo confió a su amigo Henry Inmground y continuó ejercitándolo como lo había hecho en el pasado. Los extranjeros también fueron atraídos por la fama de este hombre notable, que vivía sin comer ni beber. Nunca fue demasiado comunicativo, pero era particularmente avaro de sus palabras para aquellos que acudían a él por mera curiosidad. Así también, cuando alguien le preguntaba sobre las razones que tenía para abstenerse de alimento, solamente respondía: "Dios sabe". Que nadie le llevaba alimento, quedó probado por los magistrados del cantón, quienes, durante todo un mes, tuvieron vigilados todos los senderos de acceso a su celda. Los extraños sin ningún prejuicio, como el médico del archiduque Segismundo o los enviados por el emperador Federico II, quedaron satisfechos de la veracidad del informe y profundamente conmovidos por la sinceridad del ermitaño. Una vez al año, Nicolás tomaba parte en la gran procesión del Musegger, en Lucerna, pero de otra manera, sólo abandonaba su retiro para asistir a los oficios divinos y visitar ocasionalmente Einsiedeln. Los regalos de los fieles le permitieron, en sus últimos años, fundar una capilla para un sacerdote, comunicada con su propia capillita y así pudo asistir a misa diariamente y comulgar con frecuencia.

La Confederación Suiza acababa de pasar, en esa época, por la fase más gloriosa de su historia. En un período de seis años, en las tres batallas de Grandson, Morat y Nancy, los porfiados montañeses habían reconquistado su independencia y derrotado al hasta entonces invencible Carlos el Temerario, dueño de las dos Burgundias y de casi toda Bélgica; su reputación era tal

grande, que todos los príncipes de Europa buscaban su alianza. La hora del más significativo triunfo, demostró ser la de mayor peligro, porque las disensiones internas amenazaban anular el éxito ganado con las armas. Hubo disputas sobre la división del botín entre el partido de los campesinos y los de la ciudad. Otro motivo de disputa fue el propósito de incluir Friburgo y Soleure (o Solothurn) en la Confederación. A la larga se llegó a un acuerdo sobre la mayoría de los puntos y fue incorporado en un documento conocido como Edicto de Stans. Sobre el asunto de la inclusión de Friburgo y Soleure, sin embargo, no podía llegarse a ningún acuerdo y la pasión llegó a tal extremo, que parecía que la cuestión iba a dirimirse por las armas. La asamblea se convirtió en un desordenado motín cuando el párroco de Stans sugirió que se pidiera la opinión final de Nicolás von Flüe. Los delegados consintieron y se resolvió buscar al ermitaño. La sugerencia no fue casual o inspirada repentinamente. Como sabemos por los protocolos del Concilio de Lucerna, aquella ciudad, que ocupaba una posición ambigua entre los dos partidos, en una de las primeras etapas de la lucha, había enviado delegados al hermano Nicolás para obtener un consejo y es muy probable que los otros distritos también lo hicieran así. Y aun se ha sugerido que el Edicto de Stans, un documento muy al estilo de los estadistas, pudo haber sido redactado en la celda del ermitaño. En cualquier caso, habla muy en favor de los delegados el hecho de que, al calor de su disputa, hubiesen aceptado someterle el asunto. El cronista Diebold Schilling, quien representaba a su padre en el concilio, nos cuenta que el sacerdote Imgriend, regresó a Stans sudando a mares y que, localizando a los delegados en sus domicilios, les rogó con lágrimas en los ojos, que se reunieran inmediatamente para escuchar el mensaje que sólo a ellos debía entregar. Schilling no recuerda las palabras de aquel mensaje, pero nos informa que, en una hora, el concilio llegó al acuerdo unánime. Friburgo y Soleure iban a ser admitidos en la Confederación Suiza, pero bajo ciertas condiciones que fueron aceptadas por ellos en la persona de Hans von Stall, delegado de Soleure. Esto aconteció el 22 de diciembre de 1481.

Aquella Navidad hubo una especial alegría en toda Suiza y el Concilio de Stans expresó en términos laudatorios su gratitud a Nicolás por sus servicios. Existen todavía cartas de agradecimiento de los ciudadanos de Berna y Soleure al santo varón, así como una carta escrita en su nombre por su hijo Juan, agradeciendo a Berna el don que había otorgado a la Iglesia. (El no podía ni leer, ni escribir, pero usaba un sello especial como firma). Varios de los visitantes del ermitaño han dejado relatos de sus entrevistas con él; es particularmente interesante el escrito por Albert von Bonstetten, decano del monasterio de Einsiedeln, que describe al recluso como un hombre alto, moreno y arrugado, con cabello delgado, entrecano y una corta barba; sus ojos eran brillantes, sus dientes blancos y bien conservados y su nariz bien formada. Añade: "Alaba y recomienda la obediencia y la paz. Así como exhortó a los confederados a mantenerla, de la misma manera exhorta a la paz a todo el que se llega a él". El decano lo tuvo en gran veneración, pero respecto a los dones proféticos atribuidos a Nicolás en algunos medios, dice cautelosamente que no se ha obtenido ninguna evidencia de ellos. Seis años después del concilio de Stans, Nicolás cayó presa de su última enfermedad, la que solamente duró ocho días, pero le causó un sufrimiento intenso. Lo soportó con resignación perfecta y murió tranquilamente en su celda, el día en que

cumplió setenta años. Inmediatamente después de que se conoció su muerte, fue honrado en toda Suiza como patriota y como santo, aunque hasta 1669 su culto fue formalmente sancionado. Se le canonizó en 1947. Sus restos yacen en un sepulcro, bajo el altar de mármol negro que se levanta cerca de la entrada al coro, en la actual iglesia de Sachseln; el hábito con el que murió, se conserva en una vitrina, en el ábside. Las dos "Flüe Hauser" que hay en Flüeli, datan desde los días de San Nicolás y aunque han sido muy modernizadas, el cuarto en que habitaba permanece intacto.

En 1917 se celebró en toda Suiza, con notable entusiasmo, el quinto centenario del nacimiento de *Bruder Klaus.* Quizá el resultado más valioso del interés suscitado fue la publicación de una gran monografía histórica, escrita por Robert Durrer, un erudito con conocimientos inigualables sobre los archivos de su país. En estos dos volúmenes en cuarto, titulados *Bruder Klaus* con un total de mil trescientas cincuenta páginas, se encontrará todo el material disponible sobre la vida de Nicolás von Flüe. La colección incluye dos antiguos bocetos de la vida de Bruder Klaus, uno por Albrecht von Bonstetten, el otro por Heinrich von Gündelfinguen, ambos completados por una multitud de pruebas documentales, sacadas de los registros antiguos y de otras fuentes. Una biografía completa del siglo XIX, es la de J. Ming, *Des selige Bruder Nikolaus von Flüe* y otras, desde entonces, han sido escritas por A. Baumberguer, F. X. G. Wetsel y J. T. de Belloc, en italiano por F. Andina (1945), y en francés por A. Andrey (1941) y *C. Journel* (1947). Véase también *Acta Sanctorum,* marzo, vol. III y el *Kirchenlexikon,* vol. IX, pp. 316-319.

BEATO HUGOLINO DE CORTONA (1470 P.C.)

Es MUY poco lo que se sabe del ermitaño agustino Hugolino Zefferini de Cortona. Cuando uno de los padres bolandistas, el P. Papebroch, escribió a una de las altas aútoridades de la orden de San Agustín para obtener información, se le respondió cortésmente que los arcihvos de la casa en Cortona, habían desaparecido en un incendio, y que los manuscritos sobre la vida del santo varón que poseían se habían perdido o fueron robados. Todo lo que pudieron enviar fue un grabado del siglo XVII que representaba algunos de los milagros que se decía habían sido obrados por las reliquias del beato. Uno de los más sorprendentes se refería a un lirio que florecía sobre su tumba, aun treinta años después de su muerte, gracias al cual, una mujer ciega recuperó la vista. Otras tradiciones afirman que, habiendo sido impensadamente arrancado el primer lirio, otras dos flores semejantes surgieron de las heridas del cuerpo incorrupto del ermitaño. Relatos contradictorios impiden poner en claro si el Beato Hugolino perteneció a Cortona o a Mántua, y si vivió en el siglo XIV o XV. Parece ser cierto, sin embargo, que sus reliquias fueron conservadas y veneradas en Cortona. Y que el culto que se le tributó fue aprobado por Pío VII en 1804.

Véase *Acta Sanctorum,* marzo, vol. III. Dos breves biografías en italiano se citan también, una de F. Baldelli (1704) y otra de N. Fabbrini (1891).

23: SANTOS VICTORIANO Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (484 P.C.)

HUNERICO, el rey arriano de los vándalos, sucedió a su padre Genserico en 477. Al principio mostró cierta moderación respecto a sus súbditos católicos ortodoxos en Mauretania, pero en 480, acudió de nuevo a una política de implacable persecución. Entre las víctimas de más

importancia, hubo un grupo de mártires que honramos en este día. Entre ellos sobresalió Victoriano, original de Hadrumeto, que era uno de los ciudadanos más ricos de Cartago y que había sido nombrado procónsul por el mismo Hunerico. Cuando se publicaron los edictos de persecución, el rey vándalo hizo todo lo que estaba en su poder para inducir a este magistrado católico a convertirse al arrianismo. Al fracasar las promesas y amenazas para conmover su adhesión a la verdadera fe, el valiente mártir de Cristo fue sujeto a horribles tormentos, pero perseveró con gloria hasta ser liberado por la muerte. El Martirologio Romano une a Victoriano con cuatro mártires que sufrieron al mismo tiempo. Dos de ellos, que eran hermanos, fueron sujetos a la misma tortura que, más de mil años después, fuera empleada por Topcliffe, el perseguidor de sacerdotes en Inglaterra, para probar la constancia de los mártires de la época isabelina. A los dos hermanos se les suspendió de las muñecas y se les colgaron pesas a los pies. Se dice que, cuando uno de ellos dio señas de que su fortaleza se debilitaba, el otro lo exhortó con tanta fuerza a sostenerse en su fe, que el desfalleciente hermano gritó a los verdugos que no le disminuyeran, sino que le aumentaran el suplicio. Ambos fueron después quemados con planchas de hierro al rojo vivo, pero soportaron todo pacientemente hasta el final.

Nuestra autoridad en estos hechos es la *Historia de la Persecución Vandálica* por San Víctor, obispo de Vita, un contemporáneo.

SAN BENITO EL ERMITAÑO (*c.* 550 P.C.)

SAN GREGORIO el Grande, en sus "Diálogos" ha perpetuado la memoria de un ermitaño o monje solitario, llamado Benito, que residió en una región de la Campania y fue bárbaramente encerrado en un horno por los godos, cuando bajo el mando de Totila, devastaban éstos Italia. Por un milagro, fue preservado de la muerte y salió del horno sin daño, al día siguiente. Vivió en tiempo de San Benito de Nursia, a quien personalmente conoció. Parece que el santo murió naturalmente en 543 o 550 y es probable que quizás se le identifique con un San Benito, cuyas reliquias se veneran en Lavello, diócesis de Venosa, a quien también se conmemora en este día.

Los *Diálogos* de San Gregorio el Grande (vol. III, c. 18) son aquí nuestra única autoridad. El *Martirologio Romano* cataloga el nombre de San Benito el Ermitaño en este día.

SAN TORIBIO DE MOGROVEJO, OBISPO (1606 P.C.)

TORIBIO ALFONSO de Mogrovejo nació el 18 de noviembre de 1538 en Mayorga, provincia de León, España. Desde la infancia se sintió inclinado a la piedad y le tuvo horror al pecado; en vez de los juegos, encontraba placer en adornar los altares y servir a los pobres. Devotísimo de la Santísima Virgen, rezaba a diario su oficio, el Rosario y ayunaba todos los sábados. Más de una vez fue necesario moderar sus mortificaciones; durante sus estudios en Valladolid y Salamanca, daba un buena parte de sus alimentos a los pobres.

Muy pronto, el rey Felipe II tuvo oportunidad de conocer los méritos del joven estudiante y le confió puestos importantes, al grado de llegar a nombrarle presidente del Tribunal de la Inquisición en Granada, a pesar de que sólo era

un laico. Tras de haber desempeñado su oficio durante cinco años, satisfactoriamente para todos, Toribio fue elegido para ocupar la sede arzobispal de Lima, capital del Perú. Una serie de escándalos impedía la conversión de los infieles en aquel país de América y, en la corte española se consideraba que Toribio era el único hombre capaz de poner remedio a los excesos. Pero éste recibió la noticia de su elección como la de un suceso funesto: consternado y bañado el rostro en lágrimas, se echó a los pies del crucifijo; escribió en seguida al Consejo del Rey una extensa carta en la que declaraba su incapacidad y recordaba los cánones de la Iglesia que prohibían elevar a un laico al episcopado. Aquel acto de humildad fue para Toribio una fuente de gracias. Sus razones no fueron aceptadas y tuvo que consentir en su elección.

Toribio se preparó entonces a su ordenación; solicitó recibir las cuatro órdenes menores en otros tantos domingos, para tener el tiempo de cumplir con sus funciones; después recibió las demás órdenes, fue consagrado obispo y se embarcó sin demoras para el Perú. Llegó en 1581, cuando acababa de cumplir cuarenta y dos años. La diócesis de Lima, tenía ciento veinte kilómetros de extensión a lo largo de las costas; aparte de varias poblaciones, comprendía una multitud de aldeas dispersas por la cordillera de los Andes. Los conquistadores se habían conducido como verdaderos tiranos con respecto a los indios y, tras la conquista, se desataron las guerras civiles y las disensiones internas; las costumbres habían caído en una condición deplorable y, en vez de reaccionar, los clérigos contribuían con su conducta a aumentar los escándalos. El santo arzobispo no pudo contener las lágrimas al constatar todos aquellos desórdenes y se propuso recurrir a todas las medidas necesarias para remediarlos. Sus primeros mandatos, enérgicos y prudentes, lograron detener el curso de los escándalos públicos en Lima y así, el arzobispo pudo emprender la visita de su diócesis, a lo cual consagró siete años. Es imposible dar una idea precisa sobre los peligros que debió afrontar, las fatigas y penurias que debió soportar; tuvo que escalar altísimas montañas escarpadas, cubiertas de hielo o de nieve, para llegar hasta las chozas miserables de los pobres indios. A menudo, tenía que hacer sus viajes a pie; pero aún así oraba y ayunaba sin cesar para asegurar los frutos de sus trabajos apostólicos. Por todas partes colocó a pastores sabios y celosos, fue el azote de los pecadores públicos y el protector de los oprimidos, sin cuidarse de la calidad, dignidad o poder de las personas a las que había necesidad de reprimir. Medidas tan enérgicas le atrajeron persecuciones; le malquistaron con los gobernantes del Perú, que todo lo sacrificaban a sus placeres y sus intereses; pero Toribio hizo frente a sus enemigos con su paciencia y su dulzura, sin abandonar por ello su firmeza contra el mal. Muchos de los poderosos, para excusar ciertos abusos, alegaban que esa era la costumbre; pero su argumentación era vana, porque Toribio les respondía invariablemente, como Tertuliano, que Jesucristo se llamaba *verdad* y no *costumbre* y que, en el tribunal de Dios, nuestras acciones serán pesadas en la justísima balanza del Santo de los Santos.

A fin de que se extendiera y perpetuara su obra, Toribio decidió realizar sínodos diocesanos cada dos años y sínodos provinciales cada siete. Fundó seminarios, iglesias y hospitales. Cuando la peste atacó una parte de su diócesis, se privó aun de lo más necesario para socorrer a las víctimas de la epidemia y recomendó la penitencia como el único medio de aplacar la indignación del cielo. En aquella ocasión organizó procesiones públicas a las que él mismo

asistía como un penitente más, con los ojos llenos de lágrimas, fijos en un Santo Cristo que portaba en alto, mientras ofrecía su propia vida a Dios por la conservación de su rebaño. Sus plegarias, sus ayunos, sus extraordinarias vigilias duraron el tiempo que la peste.

Afrontaba los mayores peligros, si con ello lograba proporcionar a un alma el menor beneficio; hubiese dado la vida con gusto por cualquiera de sus diocesanos. Cuando se enteraba de que algunos pobres indios, para escapar a la barbarie de sus opresores, vagaban por las montañas o en los desiertos, iba hacia ellos a través de espantosas soledades en las que no había más que bestias feroces, para llevarles socorros y palabras de consuelo. Por tres veces hizo la visita a su diócesis: el segundo recorrido duró cinco años y el tercero un poco menos: el fruto de estos trabajos fue la conversión de un enorme número de indios. Cuando iba de camino, empleaba su tiempo en la plegaria; al llegar a cualquier sitio, su primer cuidado era el de ir a la iglesia. A veces permanecía varios días en un lugar donde había necesidad de instruir a los indios, a pesar de que casi siempre faltaba ahí hasta lo indispensable para vivir. Predicaba y catequizaba con un celo infatigable y, con el fin de desempeñar esa tarea con mayor eficacia, se propuso aprender las diferentes lenguas y dialectos que hablaban las tribus. También tuvo Toribio la gloria de renovar a la Iglesia en el Perú, porque si bien no fue el primer apóstol en las nuevas tierras, a él se debe el restablecimiento de la devoción, casi extinta. Los decretos elaborados en los concilios provinciales realizados durante su episcopado, quedarán para siempre como auténticos monumentos de su piedad, de su sabiduría y de su prudencia; se les ha considerado como oráculos, no sólo en el Nuevo Mundo, sino en Europa y hasta en la misma Roma. Incluso se ha comparado su obra a la de San Carlos Borromeo en Italia.

El prelado, tan celoso por la salvación de su prójimo, no descuidaba nada para su propia santificación; se confesaba por lo general cada mañana y a diario celebraba la misa con una piedad angelical. La gloria de Dios era el fin de todas sus palabras y de todos sus actos, de manera que su vida era una continua plegaria. Sin embargo, tenía señaladas sus horas para los santos ejercicios; y en esos momentos, un resplandor externo caía sobre su rostro. Por humildad, ocultaba con extremo cuidado sus mortificaciones y sus otras buenas obras; su caridad hacia los pobres era ilimitada; su generosidad comprendía a todos, sin distinción, pero dedicaba especial atención a los pobres vergonzantes.

El arzobispo Toribio cayó enfermo en Santa, una villa situada a 440 kilómetros de Lima. Por entonces, acababa de iniciar una visita más a su diócesis. Inmediatamente vaticinó su muerte próxima y prometió una recompensa al primero que llegara a anunciarle que los médicos no tenían esperanza de salvarlo. A sus auxiliares y servidores les dio todo lo que empleaba en su uso personal; el resto de sus bienes lo legó a los pobres. Pidió que lo llevaran cargado a la iglesia para recibir el viático, pero antes de llegar los portadores consideraron prudente devolverlo al lecho y ahí se le administró la extramaunción. Durante su agonía repitió constantemente las palabras de San Pablo: "Deseo despojarme de los lazos de mi cuerpo para estar unido a Jesucristo." Rogó a los presentes que se acercaran al lecho para entonar las frases del salmo "Estoy lleno de júbilo por lo que se me ha dicho: ¡Iremos a la casa del

Señor!". El 23 de Marzo de 1606, murió mientras pronunciaba las palabras del rey profeta: "Señor: pongo mi alma entre Tus manos."

El año siguiente al de la muerte del santo arzobispo Toribio, se trasladó su cuerpo de Santa a Lima: aún estaba incorrupto. El autor de su biografía y las actas de su canonización informan que resucitó a un muerto y dejó sanos a numerosos enfermos. También después de su muerte obró muchos milagros. Fue beatificado en 1679 por Inocencio XI y canonizado en 1726 por Benedicto XIII.

Véanse las actas de beatificación y canonización de San Toribio. Cipriano de Herrera, *Vida de San Toribio,* dedicada al Papa Clemente X.

SAN JOSE ORIOL (1702 P.C.)

José Oriol nació en Barcelona y pasó casi toda su vida en esa ciudad. Como su padre murió cuando él aún estaba en la cuna, su madre contrajo segundas nupcias con un zapatero, que amó a su pequeño hijastro como si hubiera sido su propio hijo. Pronto llegó José a ser un niño del coro en la iglesia de Santa María del Mar y los clérigos, advirtiendo que pasaba horas en oración ante el Santísimo Sacramento, le enseñaron a leer y a escribir, adivinando en él una vocación de sacerdote. Posteriormente, lo habilitaron para que siguiera los cursos universitarios. A la muerte de su segundo marido, la madre de José se vio sumida en gran penuria y el niño fue a vivir con su nodriza, que le tenía tierno afecto. La vida del joven como estudiante fue sumamente ejemplar. Después de haber recibido el doctorado y haber sido elevado a la dignidad sacerdotal, José aceptó la ocupación de tutor de una familia acomodada para poder sostener a su madre. Aquí también se conquistó todos los corazones y fue considerado como santo, pero él no se hacía ilusiones acerca de si mismo, porque Dios le había dado a conocer cuán lejos estaba de la perfección. A consecuencia de esa revelación, hizo voto de perpetua abstinencia y vivió por el resto de sus días a pan y agua. Aumentó también sus penitencias corporales y usaba unas ropas tan andrajosas, que a menudo era insultado en las calles de Barcelona.

Sin tener ya la obligación de sostener a su madre, que murió en 1686, José emprendió el camino a Roma para venerar las tumbas de los Apóstoles e hizo el viaje a pie. En la Ciudad Eterna, el Papa Inocencio XI le concedió un beneficio eclesiástico en su nativa Barcelona, y, como sacerdote al cuidado de las almas, continuó viviendo en la más completa abnegación propia. La paqueña habitación que rentó en la azotea de una casa, no contenía sino un crucifijo, una mesa, un banco y unos pocos libros; era todo lo que él necesitaba. Los ingresos de su curato fueron destinados al alivio de los pobres, ya en limosnas para los vivos, ya en misas para los muertos. No era necesaria una cama para el que nunca durmió por más de dos o tres horas cada noche. San José tenía el don de la dirección espiritual y todo el tiempo libre de que disponía lo pasaba en el confesionario. En cierta ocasión, fue acusado de exceso de severidad y de señalar penitencias que eran nocivas a la salud. Sus censores lograron hacer llegar las críticas a oídos del obispo, quien lo suspendió, pero la prohibición no duró mucho. El prelado murió poco después y su sucesor restituyó a José todas sus facultades. El celo universal que desarrolló durante todo su ministerio, incluía los extremos más opuestos. Era afecto a la

enseñanza de los niños. Tenía también gran influencia entre los soldados, a quienes se ganaba con su caballerosidad y simpatía. Es ciertamente extraño que, en medio de esta agitada vida, San José hubiera repentinamente sentido el ardiente deseo del martirio y decidiese partir inmediatamente a Roma para ponerse a la disposición de la Congregación de la Propagación de la Fe. En vano trató la gente de Barcelona de impedir que los abandonara; inútilmente le insistieron dos prudentes sacerdotes a que usara más tiempo para reflexionar; su decisión estaba tomada y su propósito era inalterable. Partió para Italia, pero en Marsella cayó enfermo y la Santísima Virgen, en una visión, le dijo que su intención se había aceptado, pero que la voluntad de Dios era que debía regresar a Barcelona y pasar el resto de su vida al cuidado de los enfermos.

Su regreso fue aclamado con grandes demostraciones de júbilo. La fama de su maravilloso poder de curación, se extendió por doquier y los enfermos llegaban de distantes lugares para ser curados de sus males. Sus milagros se sucedieron uno tras otro y, en cierta ocasión, el confesor del santo le prohibió realizar tales curaciones en la Iglesia, a causa de los disturbios que se ocasionaban. De hecho, el santo siempre buscó apartar de sí la atención y atribuía las curaciones al tribunal de la penitencia, pero poderes como el suyo no podían mantenerse ocultos. Como muchos otros obradores de milagros, también poseyó el don de profecía y entre otras de sus predicciones, vaticinó la hora de su propia muerte. Después de recibir los últimos sacramentos y de pedir que se recitara en voz alta el "Stabat Mater", murió el 23 de marzo de 1702, a la edad de 53 años.

Enormes multitudes se reunieron alrededor del féretro del santo y, en el día de su sepelio, se hizo necesario cerrar las puertas de la Catedral antes de proceder a su sepultura. Sus pocas pertenencias fueron ansiosamente buscadas como reliquias y el tributo de la veneración popular no hizo sino aumentar con el transcurso de los años. San José Oriol fue canonizado en 1909.

La bula de canonización, *Acta Apostolicae Sedis,* vol. I (1909), pp. 605-622, de extensión casi sin precedente, da un completo resumen de su carrera. La principal biografía publicada, es la de J. Ballester de Claramunt, *Vida de San José Oriol, presbítero* (1909): pero hay otras, escritas tanto en español como en catalán por M. E. Anzizu y por Masden y una en italiano, por Salotti.

24: SAN GABRIEL ARCANGEL

POR DECRETO de la Sagrada Congregación de Ritos, fechado el 26 de octubre de 1921, y publicado por mandato del Papa Benedicto XV, se ordenó que la fiesta de San Gabriel Arcángel fuera considerada en el futuro como doble de primera clase, a partir del 24 de marzo, para toda la Iglesia occidental. Debido a que la celebración litúrgica de las fiestas en honor de los grandes arcángeles será tratado lógicamente en conexión con la fiesta más antigua, la de San Miguel, el 29 de septiembre, será suficiente señalar aquí que, según Daniel (IX, 21), fue Gabriel el que anunció al profeta el tiempo de la venida del Mesías; que fue él, de nuevo, quien se apareció a Zacarías "estando de pie a la derecha del altar del incienso" (Lucas I,

10 al 19), para darle a conocer el futuro nacimiento del Precursor y, finalmente, que el arcángel como embajador de Dios, fue enviado a María, en Nazaret (Lucas I, 26) para proclamar el misterio de la Encarnación. Es por lo tanto apropiado que Gabriel sea honrado en este día que precede a la fiesta de la Anunciación de la Santísima Virgen. Hay abundante evidencia arqueológica de que el culto de San Gabriel no es, en ningún sentido una inovación. Una antigua capilla, muy cercana a la Vía Apia, rescatada del olvido por Armellini, conserva los restos de un fresco en el que, la importancia dada a la figura del arcángel, y su nombre escrito debajo, induce fuertemente a creer que fue honrado en algún tiempo en esa capilla como patrón principal. Hay también muchas representaciones de Gabriel en el primitivo arte cristiano, tanto de oriente como de occidente, que no dejan duda de que su relación con el sublime misterio de la Encarnación fue conmemorado por los fieles en épocas muy anteriores a la renovación de su culto, en el siglo XIII. Este mensajero del cielo es el santo patrón de los que trabajan en los servicios postales, de telégrafos y teléfonos.

Ver *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XIII (1921), y la nota de San Miguel Arcángel el 29 de septiembre.

SAN ALDEMAR, ABAD (c. 1080 P.C.)

CÁPUA FUE la cuna del santo sacerdote y monje Aldemar, por sobrenombre "El Sabio". Sus padres lo enviaron para su educación y adiestramiento a la abadía del Monte Cassino, donde fue elevado al diaconado. La princesa Aloara de Cápua pidió que se le nombrara director del convento que ella había construído en ese lugar. Ahí se hizo evidente que Dios le había concedido el don de hacer milagros y esto dio origen a tantas habladurías, que el abad lo llamó de nuevo a Monte Cassino. La princesa, sin embargo, no consintió en su remoción y Aldemar, para poner fin a la agria disputa que surgió entre ellos, huyó a Boyano, donde, reuniendo a tres hermanos, vivió con ellos como canónigo, sujeto a la Iglesia. Sin embargo, no encontró la paz que buscaba, porque uno de los hermanos le tomó una intensa antipatía que degeneró en odio. De hecho, trató de matar a Aldemar con una ballesta y ya fuera por su propia ineptitud, o por intervención milagrosa de la Providencia, la flecha atravesó su propio brazo y solamente logró su curación por las oraciones de su pretendida víctima. San Aldemar se separó del pequeño grupo y construyó el monasterio de Bocchignano en los Abruzos, que fue la primera de varias casas religiosas que estuvieron bajo su dirección. Profesaba un gran amor a los animales y, cuando un enjambre de abejas construyó su colmena en una de las alacenas del monasterio, no permitió el santo que se las molestara. Durante la visita a una de las casas por él fundadas, murió a consecuencia de la fiebre.

Una breve biografía en latín, escrita por Pedro, diácono de Monte Cassino, ha sido editada por Mabillon y por los bolandistas en el *Acta Sanctorum*; ver también Miguel Mónaco, *Sanctuarium Capuanum.*

SANTA CATALINA DE VADSTENA, VIRGEN (1381 P.C.)

CATALINA ULFSDOTTER, fue la cuarta de los ocho hijos de Santa Brígida quien, juntamente con Catalina, es conocida como "de Suecia", aunque ninguna

perteneció a una casa real. En esa familia religiosa Catalina aprendió primeramente a amar a Dios y, a temprana edad, fue confiada al cuidado de la abadesa de Risaberga. Catalina fue prometida en matrimonio por sus padres a un devoto y noble joven, Edgardo von Kürnen, que era de origen alemán. La boda se celebró efectivamente. A Santa Catalina se le celebra en el oficio divino como a virgen, porque, según se dice, la joven pareja, desde que salió de la iglesia, convino en vivir en perpetua continencia. En su nuevo estado, la joven esposa llevó vida de austeridad que Edgardo toleró, pero no alentó. Carlos, hermano de Catalina se mostró grandemente encolerizado cuando ella trató de inducir a la esposa de éste a seguir su ejemplo. Santa Brígida, a la muerte de su esposo, Ulf, se fue a vivir a Roma y su hija Catalina, como después lo dijo a su homónima de Siena, desde aquel día en que su madre salió de Suecia, se olvidó de lo que era sonreír. En 1350, obtuvo el permiso de Edgardo para visitar a su madre en Roma, pero su hermano Carlos escribió una violenta carta a Edgardo prohibiéndole que la dejara ir. La carta llegó a manos de Catalina, pero ella no se asustó y se amparó bajo la protección que le ofreció uno de sus tíos. Tenía entonces alrededor de diecinueve años.

Santa Brígida había deseado por largo tiempo una compañera, y, cuando su hija, después de algunas semanas de estancia, le anunció que regresaba a casa, su madre le suplicó con ahínco que no lo hiciera, sino que permaneciese en Roma para la causa de Cristo. Lo que siguió no está del todo claro ni es fácil de entender. Catalina estaba obligada a su esposo, a quien parecía tener profundo afecto, pero se quedó en Roma, no sin pasar por momentos de gran desdicha. "Yo llevo una vida desgraciada, enjaulada como un animal, mientras los otros van y nutren sus almas en la Iglesia. Mis hermanos y hermanas, en Suecia, pueden servir a Dios en paz". Por miedo a los desórdenes de la ciudad, cuando la madre de Catalina salía de casa, ordenaba a ésta permanecer encerrada. En estas circunstancias, puede suponerse muy razonablemente que el sueño que tuvo, en el que Nuestra Señora le reprochaba por su inconformidad, fue producto de su depresión nerviosa, aunque la pobre Catalina lo tomó muy en serio. Brígida, por otra parte, creyó habérsele revelado que el esposo de su hija estaba a punto de morir, lo que en realidad sucedió antes de terminar el año. Debido a esta revelación Catalina pareció perder todo deseo de regresar a Suecia. Cuando se supo que esta hermosa joven era viuda, algunos pretendientes empezaron a asediarla con fines matrimoniales y a pesar de sus terminantes negativas, llegaron hasta hacer planes para raptarla. Un día, cuando ella iba a orar a la iglesia de San Sebastián, un conde romano, Latino Orsini, la asechó con sus sirvientes en una viña, a un lado del camino. Pero repentinamente, un venado apareció y distrajo tanto la atención del grupo, que Santa Catalina pasó sin ser advertida. En otra ocasión, los que intentaban raptarla quedaron ciegos temporalmente, así lo testificó después, en presencia del Papa, el que encabezaba el grupo. La belleza exterior de la santa era un espejo en el que se reflejaba la gracia interior de su alma. Su caridad era tan grande, que se extendía no solamente a los hechos, sino a las palabras, de suerte que nunca se le oyó proferir una palabra airada o impaciente o una crítica menos bondadosa. Años más tarde, imploró a Dios que la Orden de Santa Brígida fuera siempre preservada del veneno de la calumnia y previno a su sobrina Ingegerda, después abadesa de Vadstena contra los juicios faltos de caridad, diciendo que tanto el murmurador como su

oyente, llevaban al demonio en sus lenguas. Evitaba toda ostentación y llevaba puestas sus ropas hasta que se le caían a pedazos; sin embargo, se decía que irradiaba tal esplendor hacia las cosas materiales que le rodeaban, que la cabecera de su cama y el dosel parecían estar hechos de los más delicados y exquisitos materiales.

Durante los siguientes veinticinco años, la vida de Santa Catalina se identificó casi con la de su madre, en cuyas buenas obras tomó parte activa. Además de las oraciones vocales a las que siempre había sido muy afecta, Catalina empleaba cuatro horas cada día en la meditación de la Pasión. Cierto día, hallándose en oración en la iglesia de San Pedro, se le acercó una mujer vestida de blanco y con un manto negro, a quien tomó por una terciaria dominica. La desconocida le pidió que rezara por una de sus compatriotas de quien ella recibiría valiosa ayuda y que pondría sobre su cabeza una corona de oro. Poco tiempo después, llegaron las noticias de la muerte de una cuñada que le dejaba en herencia la diadema de oro que, como otras mujeres de su rango y país, usaba en las grandes ocasiones. La tiara fue desbaratada y, del producto de su venta, Santa Brígida y su hija vivieron durante dos años. De vez en cuando hacían peregrinaciones a Asís y a otros lugares y, finalmente, Santa Brígida decidió hacer una postrera visita a Tierra Santa en compañía de Catalina. Brígida murió poco después de su regreso a Roma y su cuerpo se envió ese mismo año a Suecia para ser sepultado en la iglesia de su convento, en Vadstena.

El monasterio no había sido aún canónicamente erigido y sus religiosas vivían sin votos y sin hábito. En Santa Catalina recayó entonces la tarea de formar la comunidad, de acuerdo a la regla que su madre había elaborado por tan largo tiempo para que fuese aprobada. Un año más tarde, regresó Catalina a Roma para activar la causa de la canonización de su madre. Hasta después de cinco años volvió a Suecia, sin haber conseguido aún la canonización (el "Gran Cisma" se había producido mientras tanto). Logró, sin embargo, del Papa Urbano VI, la ratificación de la regla de Santa Brígida. Durante ese tiempo en Italia, Santa Catalina Ulfsdotter hizo amistad con Santa Catalina Benincasa de Siena, y el Papa Urbano decidió enviarlas juntas a una misión ante la reina Juana de Nápoles, que apoyaba al pretendiente al papado quien se llamaba a sí mismo Clemente VII. Se dice que Catalina se rehusó a ir a la corte de la mujer que había seducido a su hermano Carlos, como se menciona en la nota contenida en la vida de Santa Brígida (8 de octubre); pero el venerable Raymundo de Cápua, en su vida de Santa Catalina de Siena, lo explica de otra manera: él mismo, dice, disuadió al Papa de enviar a las dos Catalinas a un ambiente tan peligroso.

Parecía como si la obra de Catalina estuviera terminada, porque inmediatamente después de su retiro final a Vadstena, su salud empezó a desmejorar. Continuó la práctica que había observado por tan largo tiempo de confesarse diariamente, pero el padecimiento gástrico que sufría le hizo imposible recibir el Santísimo Sacramento. Pidió entonces que el Cuerpo de Nuestro Señor le fuera traído a su cuarto de enferma a fin de poder adorarlo y practicar sus devociones en su presencia. Encomendando a Dios su alma en una última oración, murió pacíficamente el 24 de marzo de 1381. Se dice que una brillante estrella apareció sobre la casa, en el momento de su muerte y permaneció allí hasta su funeral. A sus exequias asistieron todos los obispos y abades de

Escandinavia, así como el príncipe, y toda la población vecina. Santa Catalina no ha sido nunca formalmente canonizada, pero su nombre fue anotado en el Martirologio Romano y su fiesta se celebra en Suecia y otros lugares, así como por las religiosas de Santa Brígida. Se dice que escribió un libro titulado: "La Consolación del Alma", que consistió en extractos y máximas sacados de la Sagrada Escritura y de varios escritos piadosos, pero no se ha conservado ninguna copia hasta nuestros días.

Existe una corta biografía en latín de Santa Catalina que fue escrita en los principios del siglo XV por un monje de Vadstena, Ulf Birgersson. Puede encontrarse en el *Acta Sanctorum,* marzo, vol. III, y fue uno de los primeros libros impresos en Suecia. Un texto más crítico aparece en *Scriptores rerum Sueciarum,* vol. III. Algunos de los documentos y colecciones de milagros conectados con su proyectada canonización, han sido impresos en las dos obras nombradas. El texto completo de los documentos de canonización, ha sido editado por I. Collijn, "*Processus Seu Negocium Canonizacionis b. Katerinae de Vadstenis* (1924-1946). La vida de Santa Catalina estaba tan íntimamente ligada con la de su madre, que quizás los mejores datos acerca de la hija serán encontrados en las biografías de Santa Brígida. Para esto ver el 8 de octubre.

SAN SIMEON DE TRENTO Y SAN GUILLERMO DE NORWICH (1475 y 1144 P.C.)

DE ACUERDO con el Martirologio Romano, que en este día conmemora "la pasión de San Simeón, niño, cruelísimamente sacrificado por los judíos en Trento y después glorificado por sus muchos milagros", Alban Butler dedica un espacio a dos casos de sacrificio ritual de niños, realizados por los judíos. De los muchos ejemplos que se cuentan de este crimen, y que fueron creídos por todos en la Edad Media, solamente el de Simón o Simeón es reconocido en el martirologio. De acuerdo con el testimonio obtenido en Trento, poco después de la tragedia, un médico judío atrajo con halagos y secuestró a un niñito cristiano de dos años y medio de edad con miras a la celebración de la Pascua judía. Después de crucificar al niño y extraerle la sangre, los oficiales de la sinagoga ocultaron su cuerpo por algún tiempo y, después lo arrojaron al canal. El crimen fue descubierto; y los sospechosos, sujetos a tortura; admitieron su culpa. Horribles castigos se les infligieron una vez confesos, mientras que, por otra parte, se obraban milagros a profusión junto a la tumba del niño martirizado. En el caso de Guillermo de Norwich, que ocurrió más de 300 años antes, la víctima tenía doce años. Aquí también se relata que el niño fue atraído con halagos, amordazado, atado y crucificado. El cuerpo fue llevado en un saco por dos judíos al bosque de Mousehold, con el propósito de incinerarlo allí, pero habiendo sido sorprendidos antes de terminar su tarea, dejaron el cuerpo colgado de un árbol.

Aunque Butler acepta la creencia tradicional de que varios niños fueron sacrificados por los judíos por odio a la fe cristiana, añade, sin embargo, que "algunos autores calumnian notoriamente, llevados por estos ejemplos extraordinarios, cuando tratan de generalizar que ésta haya sido una costumbre de esa gente". La protesta de Butler está ciertamente bien fundada. No hay rasgos de seria evidencia que se aduzcan para probar que el uso de la sangre cristiana formara parte del ritual judío. No hay lugar a duda de que, en cada uno de estos casos, un niño fue sacrificado deliberadamente por alguno; y aun es posible que tales asesinatos de niños hayan sido ocasionalmente cometidos

por judíos dementes, o por un acto de venganza particular, o por nigromantes que deseaban usar la sangre para algún rito de magia. No se trata aquí de discutir el problema que en algunos casos presenta muchos aspectos de confusión como el notable del "santo Niño de la Guardia", cuyos registros oficiales han sido publicados en el "Boletín de la real Academia de la Historia" en español, vol. IX. Es claro, sin género de duda que los judíos orientales de la época medieval deben, como raza, ser absueltos, de cualquier participación o simpatía en tales crímenes. Más aún, si reducimos nuestra atención al caso de los mártires que aquí se trata, no hay una evidencia absoluta, ya que las confesiones bajo tortura no tienen valor, de que la culpa haya recaído realmente en los que fueron culpables.

Para Simeón de Trento, los más importantes documentos serán encontrados en el *Acta Sanctorum*, marzo, vol. III; en Muratori, *Rerum Italicarum Scriptores*, vol. XX, pp. 945 ss.; y en G. Divine, *Storia del beato Simone da Trento* (1902), pero cf. la discusión crítica de la última obra mencionada en *Analecta Bollandiana*, vol. XXIII (1904), pp. 122-124. Para Guillermo de Norwich, la única verdadera autoridad es Tomás de Monmouth, cuyo manuscrito fue editado por primera vez por el Dr. A. Jessopp y M. R. James, en 1896. Respecto de la discusión general de los asesinatos rituales de los judíos, el lector puede consultar a H. L. Straack, *The Jew and Human sacrifice* (traducción inglesa) y al padre Thurston en *The Month* junio 1898. pp. 561-574, y noviembre 1903 pp. 502-513. Un número de casos tales como los de los aludidos martirios son discutidos también por W. H. Hart, *Cartularium of Gloucester* (Rolls Series) vol. I pp. XXXIX a LI. Por lo que se refiere al caso similar de San Wernher, en Trier, en 1795, los bolandistas han impreso la mayor parte de los documentos que fueron preparados para el proceso canónico. Ver el *Acta Sanctorum*, abril, vol. II, donde la clase de evidencia muy poco satisfactoria debe impresionar fuertemente al lector. La reivindicación de los judíos por el cardenal Ganganelli, después Papa Clemente XIV, en 1759, ha sido traducida por C. Roth, *The Ritual Murder Libel and the Jews* (1935), y cf. Dr. Roth *History of the Jews in England* (1941).

EL BEATO DIEGO DE CADIZ (1801 P.C.)

EL BEATO Diego José de Cádiz fue llamado popularmente el "apóstol de la Santísima Trinidad", a causa de su devoción al misterio de las Tres Divinas Personas y a la ingenuidad con que él hizo de este dogma, el objeto de sus más elocuentes y fructíferos sermones. Nació el 29 de marzo de 1743, en Cádiz, y fue bautizado con el nombre de José Francisco. Sus padres lo educaron devotamente y el conservó, durante toda su vida, la inocencia bautismal. Siendo niño, le gustaba construir y decorar pequeños altares. El mismo instinto le llevó, siendo mayor, a esperar a las puertas de la iglesia, muy temprano por la mañana, para ofrecer sus servicios a cualquier sacerdote que quisiera un ayudante. La constante asistencia a la iglesia de los capuchinos, donde él comulgaba, y la lectura de la vida de los santos capuchinos llevaron a Diego a desear su ingreso a la Orden de San Francisco, pero fue rechazado al principio, ya que no parecía estar suficientemente preparado. Sin embargo, superó este obstáculo y al ser por fin aceptado, empezó su noviciado en Sevilla como el hermano Diego. A su debido tiempo, fue elevado a la dignidad sacerdotal y enviado a predicar. Desde el principio, se hizo evidente que estaba dotado de cualidades relevantes, porque sus sermones, donde quiera que iba, apartaban del pecado y llevaban a la enmienda de la vida. El santo viajó por toda España, pero particularmente por Andalucía, enseñando y predicando en las aldeas más apartadas y en los pueblos más populosos, sin arredrarse por las fatigas y pe-

nalidades, en tanto hubiera trabajo que hacer por las almas. Se contentaba, sencillamente, con predicar el Evangelio, pasando por alto los artificios retóricos y el lenguaje florido. Una maravillosa intuición o comprensión parecía comunicarlo con sus oyentes, de suerte que se ganaba los corazones de pobres y ricos, de jóvenes escolares y de profesores universitarios. Su trabajo en el tribunal de la penitencia completaba el de su predicación, ya que le permitía dirigir y fortalecer a aquellos a quienes sus sermones habían conmovido. Cualquier tiempo libre de que dispusiera en el día, lo empleaba en visitar las prisiones y los hospitales o en similares trabajos de caridad, mientras que dedicaba gran parte de la noche a la oración. Se cuenta que, predicando acerca del amor de Dios, hubo ocasiones en que el padre Diego se elevó sobrenaturalmente en el aire tanto, que requería ayuda para volverse a posar en el púlpito. Algunas veces, las más grandes iglesias no podían contener las multitudes que se aglomeraban para oírlo y él tenía que predicar en la plaza o en las calles, en tanto que las multitudes le escuchaban durante horas, fascinadas. Al terminar sus sermones, tenía que ser protegido de la gente que trataba de rasgar su hábito para conservar los trozos como reliquias. La popularidad, sin embargo, no dañó a un ser tan humilde como el Beato Diego. Los desprecios y los insultos servían, pensaba él, como una expiación mínima por sus pecados. Rehusaba todos los obsequios y, si se veía obligado a aceptarlos, inmediatamente los entregaba a los pobres. El dinero lo rehusaba terminantemente. Tan pronto como la noticia de su muerte llegó a oídos del público, en 1801, fue aclamado como santo y el Papa León XIII proclamó su beatificación, en 1894.

Ver C. Kempf *The Holiness of the Church in the Nineteenth Century*; *Analecta Ecclesiastica*, 1894, pp. 151 ss.; Damase de Soisey, *Le bh. Diego Joseph de Cádiz*, (1902).

25: LA ANUNCIACION DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA

ESTA gran fiesta tomó su nombre de la buena nueva anunciada por el arcángel Gabriel a la Santísima Virgen María, referente a la Encarnación del Hijo de Dios. Era el propósito divino dar al mundo un Salvador, al pecador una víctima de propiciación, al virtuoso un modelo, a esta doncella —que debía permanecer virgen— un Hijo, y al Hijo de Dios una nueva naturaleza, una naturaleza humana capaz de sufrir el dolor y la muerte, a fin de que El pudiera satisfacer la justicia de Dios por nuestras transgresiones. El Espíritu Santo, que para la Virgen estaba en el lugar del esposo, no se contentó con hacer que su cuerpo fuera capaz de dar la vida al Dios Hombre, sino que enriqueció su alma con la plenitud de la gracia, de suerte que pudiera haber una especie de proporción entre la causa y el efecto y, para que ella pudiera ser la criatura más cualificada para cooperar en este misterio de santidad; por lo tanto, el ángel se dirigió a ella, diciéndole: "Dios te salve María, llena eres de gracia". Si María no hubiese estado profundamente arraigada en la humildad, esta forma de salutación y el significado del gran designio para el que se pedía su cooperación, fácilmente la habrían envanecido, pero en su humildad, Ella sabía que la gloria de cualquier gracia que poseyera pertenecía a Dios. Su modestia había sugerido una duda, pero una vez que

ésta fue disipada, sin más investigación, dio su asentimiento para esa su misión celestial. "He aquí la sierva del Señor, hágase en Mí según Su palabra". El mundo no iba a tener un Salvador hasta que Ella hubiese dado su consentimiento a la propuesta del ángel. Lo dio y he aquí el poder y la eficacia de su ¡Fiat! En ese momento, el misterio de amor y misericordia prometido al género humano miles de años atrás, predicho por tantos profetas, deseado por tantos santos, se realizó sobre la tierra. En ese instante, el Verbo de Dios quedó para siempre unido a la raza humana: el alma de Jesucristo, producida de la nada, empezó a gozar de Dios y a conocer todas las cosas, pasadas, presentes y futuras; en ese momento Dios comenzó a tener un adorador infinito y el mundo un mediador omnipotente y, para la realización de este gran misterio, solamente María es escogida para cooperar con su libre consentimiento.

Hay razones para creer que, de entre todos los grandes misterios de la vida de Nuestra Señora, la Anunciación haya probablemente sido el primero en ser honrado litúrgicamente y que, habiéndose identificado, como quiera que fuese, la fecha de ese evento, con el día 25 de marzo, llegó a ser el punto de partida de todo lo que podría llamarse ciclo de Navidad. Si Nuestro Señor se encarnó el 25 de marzo, era natural suponer que naciera el 25 de diciembre; su circuncisión seguiría el 1o. de enero y su presentación en el templo y la purificación de su Madre, el 2 de febrero, cuarenta días después de aquél en que los pastores se reunieron en Belén, alrededor del pesebre. Más aún, ya que el día de Anunciación era "el sexto mes para Isabel, la que se decía estéril", el nacimiento de San Juan Bautista se produciría tan sólo una semana antes de terminar junio. Lo que sabemos de cierto es que ya, en los primeros años del siglo tercero, Tertuliano (*Adv. Judaeos*, c. VIII) establece definitivamente que nuestro Salvador murió en la cruz el 25 de marzo. Más aún, esta tradición, si puede ser llamada así, está confirmada por otros escritores antiguos, sobre todo por Hipólito en la primera mitad del mismo siglo tercero quien, no solamente en su comentario sobre Daniel indica este mismo día como el de la Pasión del Señor, sino que en su crónica señala para el 25 de marzo "el nacimiento de Cristo", así como su crucifixión. San Agustín está de acuerdo en esto, ya que en su obra *De Trinitate* (IV, 5) declara que Jesús fue ejecutado el 25 de marzo, el mismo día del año que aquél en que fue concebido.

Al mismo tiempo, no se debe suponer que este reconocimiento de un día en particular en el calendario como el verdadero aniversario de la visita del ángel a María, implique necesariamente que una celebración litúrgica haya sido ya instituida para conmemorarlo. Aparte de la Natividad, la Resurección de Nuestro Señor y la fiesta de Pentecostés, el calendario primitivo de la Iglesia sólo parece haber honrado formalmente el nacimiento para el cielo de sus mártires. Pero todos los grandes episodios en la historia de la Redención del hombre llegan paulatinamente a ser honrados por separado, mediante un ofrecimiento especial del santo sacrificio, con formularios de oración apropiados para la ocasión. Desgraciadamente, la literatura de la Iglesia primitiva abunda en documentos apócrifos, a menudo atribuidos, sin comprobación, a escritores cuyos nombres son famosos en la historia de la Iglesia. Hay también discursos y libros que han sido interpolados con material extraño o que, en el proceso de traducción a otras lenguas, han tomado un colorido que corresponde, no al original, sino al país o período en que se hizo la traducción. Todo esto debe necesariamente exigir grandísima precaución al sacar deduc-

ciones de alusiones literarias que no pueden ser citadas con seguridad. Aunque a San Gregorio Taumaturgo, que vivió en el siglo III, se le atribuyen no menos de seis sermones que tienen por tema la Anunciación, no hay una base sólida para creer que todos ellos sean auténticos, mucho menos para suponer que algunas de esas fiestas fueran celebradas en tal fecha. Pero antes del año 400, se construyó una iglesia en Nazaret para conmemorar la Anunciación y, la construcción de una iglesia puede tomarse como una buena prueba de alguna celebración litúrgica de la ocasión que expresamente conmemora. Tal solemnidad habría sido adoptada de una manera semejante, en el curso del tiempo, en otras localidades y, probablemente se difundió, poco a poco, en todo el mundo cristiano. Parece haber una indicación de esto en un sermón de San Proclo de Constantinopla, antes del año 446, pero un ejemplo más satisfactorio se encuentra en un discurso de San Abramio, obispo de Efeso, alrededor de un siglo después. Como la tradición oriental se opuso siempre a la celebración de algún día en particular de la liturgia eucarística durante la Cuaresma, exceptuando el domingo (en algunos países, también el sábado), se tuvo por costumbre no celebrar ningúna fiesta durante el gran ayuno. Esto debe haber impedido el reconocimiento general de la Anunciación, y de hecho, descubrimos que el Concilio *in Trullo*, en 692, define la regla de que las fiestas litúrgicas no se celebraran en los días entre semana durante la Cuaresma, con la sola excepción de la fiesta de la Anunciación, el 25 de marzo. Por el discurso de San Abramio, arriba mencionado, sabemos que ya previamente hubo una conmemoración de este misterio (la que por supuesto debe ser considerada tanto fiesta de Nuestro Señor como de su Madre) el domingo anterior a Navidad. La celebración de esta fiesta, en marzo, entre los griegos, está claramente comprobada alrededor del año 641 por el *Chronicon Paschale*. En occidente, la historia parece haber sido muy semejante. Lo expuesto acerca de la fecha generalmente aceptada y que coincide con la celebración de las solemnidades de la Semana Santa o, en todo caso, con los ayunos de la Cuaresma, fue siempre un obstáculo para la celebración de una fiesta en marzo. Sabemos por San Gregorio de Tours, que en el Siglo VI se celebraba en las Galias una fiesta de Nuestra Señora —su finalidad especial no se menciona— "a mediados de enero". El "*Hieronymianum*" de Auxerre (c. 595), aparentemente indica con más precisión el 18 de enero, pero se refiere expresamente a su muerte. La elección de esta fecha parece haber estado determinada por el deseo de evitar la posibilidad de coincidencia con el día más cercano en el que pudiera caer el domingo de Septuagésima y esto, por lo tanto, apunta a una celebración litúrgica que era más que una mera iniciación del martirologio. En Milán, en Aquilea y en Ravena, así como entre los muchos recuerdos que nos restan del primitivo rito mozárabe en España, encontramos indicios de una conmemoración durante el Adviento, enfatizándose la relación especial de Nuestra Señora al misterio de la Encarnación; mientras que en los decretos del Concilio de Toledo, en 656, encontramos una declaración precisa sobre el asunto. Esta promulgación deplora la entonces prevalente diversidad de usos respecto a la fecha en que se celebraba la fiesta de la Madre de Dios; señala la dificultad de observarla en el día preciso en que el ángel se le apareció para anunciarle la concepción de su Divino Hijo, debido a la posibilidad de que la fiesta ocurriera durante la semana de Pasión y determina que, en el futuro, debería celebrarse el 18 de diciembre, exactamente una semana antes de Navidad. Los estatu-

tos de Sonatio, obispo de Reims (c. 625), nos dan a conocer que "la Anunciación de la Santísima María" era guardada como día de fiesta, con abstención de trabajos serviles, pero es imposible decir si la fiesta caía el 18 de enero o el 18 de marzo. Sin embargo, parece haberse reconocido generalmente que el día correcto era el 25 de marzo y es casi seguro que la fiesta se celebraba, a pesar de la Cuaresma, en marzo, como lo hacían los griegos, cuando bajo el reinado del Papa San Sergio, al final del Siglo VII, encontramos que la Anunciación, junto con otras tres fiestas de Nuestra Señora, se celebraba litúrgicamente en Roma. De aquí en adelante, la fiesta, reconocida en los sacramentarios de Gelasio y Gregorio, fue gradualmente aceptada en todo el occidente, como parte de la tradición romana.

Ver el artículo del abad Cabrol sobre *Annociation* en DAC., vol. I, cc. 2241-2255; S. Vailhé, *Echos d'Orient*, vol. IX (1906), pp. 138-145, también la misma publicación, vol. XXII (1923), pp. 129-152; M. Jugie, en *Byzantinische Zeitschrift*, vol. XIV (1913), pp. 37-59, y en *Analecta Bollandiana*, vol. XLIII (1925), pp. 86-95; y K. A. Kellner, *Heortology* (1908). En la fecha de la Crucifixión y su identificación con el día de la concepción del Señor, cf. también el admirable artículo de C.H. Turner sobre *Chronology of the New Testament* en Hastings, *Dictionary of the Bible.*

EL BUEN LADRON (29 P.C.)

EN LA SUPOSICIÓN de que Nuestro Señor fue crucificado el 25 de marzo, el Martirologio Romano, en este día, contiene la siguiente relación: "En Jerusalén, la conmemoración del santo ladrón que confesó a Cristo en la cruz y mereció oír de El las palabras: "Este día estarás conmigo en el paraíso". No sabemos más de su historia que lo contenido en los pocos versículos dedicados a él por el evangelista San Lucas; pero, como en el caso de la mayoría de los otros personajes nombrados en los Evangelios, tales como Pilato, José de Arimatea, Lázaro, Marta, pronto se compuso un relato que situó al "buen ladrón" en lugar eminente en la literatura apócrifa de los siglos primitivos. En el "Evangelio de la Infancia" de los árabes, se nos relata cómo, en la ruta de la huida a Egipto, la Sagrada Familia fue asaltada por ladrones. De los dos jefes llamados Tito y Dumaco, el primero, movido a compasión, pidió a su compañero que dejara pasar a aquellas gentes sin molestia y, al rehusarse Dumaco, Tito lo sobornó con cuarenta dracmas para que los dejara en paz. Entonces, la Santísima Virgen le dijo a su benefactor: "El Señor Dios te sostendrá con su diestra y te concederá la remisión de tus pecados". Y el Niño Jesús también intervino y dijo: "Dentro de treinta años, madre, los judíos me crucificarán en Jerusalén y estos dos ladrones serán crucificados conmigo, Tito a mi derecha y Dumaco a mi izquierda y, a partir de ese día, Tito me precederá en el paraíso". Este relato, junto con otros, encontró popular aceptación entre la cristiandad occidental. Aunque los nombres más comúnmente dados a los ladrones fueron los de Dimas y Gestas, también encontramos los de Zoatan y Camata y aún otros diversos. Ese sentimiento genuino de devoción fue algunas veces evocado, ya que el instante del perdón del buen ladrón en la cruz parece figurar en la visión de San Porfirio (c. 400), a la que se hizo referencia en su día (26 de febrero). Encontramos a los dos ladrones representados en cuadros de la crucifixión, desde tiempos muy remotos, como por ejemplo, en el manuscrito de Ciríaco, ilustrado por Rábulas, en 586, conservado en la Biblioteca Lorenciana en Florencia. Las palabras del buen ladrón: "Señor, acuérdate

de mí cuando estés en tu reino", se han adaptado a un uso muy solemne en la misa bizantina, al "gran principio" de ella y a la comunión de los ministros y el pueblo.

Ver *Evangiles apocryphes*, editado por E. Peeters, vol. II; el artículo *Larrons* en el *Dictionnaire de la Bible*, Bauer, *Leben Jesu im Zeitalter der N.T. Apokryphen*, pp. 221-222; Rendel Harris en *The Expositor*, 1900, vol. I, pp. 304-308; y *Notes and Queries*, serie décima, vol. XI, pp. 321 y 394; vol. XII, p. 133. Ecos de la leyenda del buen ladrón se encuentran tanto en el *Cursor mundi medieval*, 11. 16739 ss., como en *Golden Legend*, de Longfellow y en otras partes.

SAN IRINEO, OBISPO DE SIRMIO, MÁRTIR (304 P.C.)

UN RELATO de los sufrimientos y la muerte de San Irineo, obispo de Sirmio, se encuentra en las actas de su martirio, que aunque, no son dignas de confianza en los detalles, parecen estar basadas sin duda, en algunos auténticos hechos históricos. Sirmio, en aquel entonces la capital de Panonia, se levantaba en el lugar de la actual Mitrovica, a unos 65 kilómetros al oeste de Belgrado. San Irineo debió haber sido un hombre de elevada posición en aquel lugar, aun prescindiendo de su puesto como cabeza de esa cristiandad. Durante la persecución de Diocleciano, el santo fue encarcelado como cristiano y llevado ante Probo, gobernalor de Panonia. Cuando se le ordenó que ofreciera sacrificios a los dioses, él se rehusó diciendo: "Aquel que ofrezca sacrificios a los dioses será arrojado al fuego del infierno". El magistrado le replicó: "Los edictos del más clemente de los emperadores exigen que todos ofrezcan sacrificios a los dioses o sufran el rigor de la ley". Se dice que el santo contestó: "la ley de mi Dios me ordena sufrir todos los tormentos antes que sacrificar a los dioses". Fue llevado al patio y, mientras era torturado, se le urgió de nuevo a sacrificar, pero él permaneció firme en su resolución. Todos los parientes y amigos del obispo estaban grandemente afligidos. Su madre, su esposa y sus hijos lo rodeaban. Su esposa, bañada en lágrimas, se abrazó a su cuello y le suplicó que salvara su vida por ella misma y por sus inocentes hijos. Estos gritaban: "¡Padre, querido padre, ten piedad de nosotros y de ti mismo!", mientras su madre sollozaba y los sirvientes, vecinos y amigos llenaban la sala de la corte con sus lamentos. El mártir se hizo insensible a estas súplicas, por temor a que pareciera que no ofrecía a Dios su integridad y su fidelidad. Repitió aquellas palabras dichas por Nuestro Señor: "Al que me negare ante los hombres, yo le negaré ante mi Padre que está en los cielos", y evitó dar una respuesta directa a las súplicas de sus amigos. Fue de nuevo confinado a la prisión, donde se le tuvo por largo tiempo, sufriendo todavía más penalidades y tormentos corporales que pretendían quebrantar sus constancia. Un segundo juicio público no produjo más efectos que el primero y, en la sentencia final se hizo saber que, por desobediencia al edicto imperial, el reo sufriría la pena de ser ahogado en el río. Se dice que Irineo protestó de que tal muerte era indigna de la causa por la que él sufría. Suplicó que se le diera una oportunidad para probar que un cristiano, fortalecido con la fe en el único y verdadero Dios, podía enfrentarse sin desmayar a los más crueles tormentos del perseguidor. Se le concedió que fuera primero decapitado y que después, su cuerpo fuera lanzado desde el puente al río.

La narración de la muerte del mártir, hecha originalmente en griego, ha sido inclui-

da por Ruinart en su colección de *Acta Sincera*. Pero, como ha señalado Delehaye, los documentos que Ruinart reunió bajo este encabezado, son de muy diverso valor y no se puede sostener que la "pasión" de San Irineo represente el prototipo de tales actas. Ver Delehaye, *Les Légends hagiographiques* (1927), pp. 114-116. El texto puede también ser leído en el *Acta Sanctorum*, marzo, vol. III, con el original griego impreso en el apéndice.

SAN BARONCIO (*c.* 695 P.C.)

Después de hacer una carrera en el mundo, Baroncio se retiró, con su joven hijo, alrededor del año 675, a la Bahía de Lonray en Berry; pero aunque en un principio manifestó haber distribuido todos sus bienes, conservó en secreto algunos de ellos para su propio uso. Un día, después de maitines, fue repentinamente atacado por violentos dolores, acompañados de gran dificultad para respirar y cayó en un estado de coma que duró por muchas horas. Al recobrar el sentido, describió una serie de extraordinarias visiones que había experimentado. Creyó ver dos demonios que lo habían asido por la garganta y que lo habían atormentado hasta la hora de tercia, pero que San Rafael acudió en su ayuda y lo había librado de sus manos. En seguida fue llevado ante San Pedro y los demonios lo habían acusado de pecados cometidos en su vida pasada, pero San Pedro, que era también santo patrón del monasterio, lo había defendido y había declarado que sus culpas ya habían sido expiadas, pero le impuso una penitencia por su engaño en la distribución de sus propiedades. Después de haberlo enviado a presenciar los tormentos del infierno, (donde Baroncio reconoció a ciertos obispos que sufrían por su avaricia) y a esperar en el purgatorio, San Pedro le había permitido regresar a su monasterio, dar el resto de sus propiedades a los pobres y ser muy cuidadoso para no caer de nuevo en el pecado.

Profundamente impresionado por su experiencia, Baroncio hizo una peregrinación a la tumba del Apóstol en Roma y después se retiró a una ermita cerca de Pistoya, en compañía de otro monje llamado Desiderio. En 1018, se construyó un monasterio en el sitio donde los dos ermitaños habían vivido hasta su muerte. Fue dedicado a San Baroncio, pero es posible que este Baroncio eremita y el de la visión no fueran la misma persona.

Tenemos dos documentos que proporcionan información acerca de San Baroncio, *La visión y la Vida*. El primero, como W. Levison ha mostrado en MGH. *Scriptores Merov.*, vol. V, pp. 368-394, es de fecha antigua, posiblemente cerca del siglo VIII y es un interesante ejemplar del mismo tipo de incidentes que los de Fursey y Drithelm, que se encuentran en las páginas de Beda. Su vida no puede ser muy anterior al año 1000 y poco se puede confiar en los incidentes que dicha vida nos ofrece. Estos dos textos habían sido previamente editados por los bolandistas y Mabillon.

SAN HERMELANDO, ABAD (*c.* 720 P.C.)

San Hermelando nació en la diócesis de Noyon y desde su más temprana juventud aspiró a la vida religiosa. Sus padres, sin embargo, tenían mundanas ambiciones respecto a él y lo enviaron a la corte del rey Clotario III, donde fue nombrado escanciador. Se dispuso casarlo y ya se hacían los preparativos para la boda, cuando convencido de que esa no era la voluntad de Dios para él, Hermelando abrió su corazón al rey que, aunque entristecido ante la idea de separarse de él, consintió en que siguiera su verdadera vocación. Se trasladó a la abadía de Fontanelle, en Normandía, y recibió el hábito de manos de San

Lamberto. Cuando San Pascasio, obispo de Nantes, solicitó monjes del monasterio para que tomaran parte en la evangelización de su diócesis, Lamberto escogió a Hermelando y le nombró superior de los doce hermanos que fueron enviados. Pascasio les dio para que se establecieran un monasterio que él había construido en el estuario del río Loira, en la isla llamada Aindré; ahí observaron la regla de San Columbano, como la habían observado en Fontenelle. En aquella soledad, San Hermelando y sus hermanos vivieron una vida de gran austeridad y, a pesar de su aislamiento, su fama se extendió rápidamente entre los habitantes de tierra firme. Los padres llevaban a sus hijos para que fueran educados por los monjes, que les enseñaban a ser buenos cristianos así como el amor al estudio. El abad procuraba escapar a veces de la afluencia de visitantes que frecuentaban el monasterio y en ciertas épocas, especialmente en Cuaresma, se retiraba con otros varios monjes a Aindrette, una pequeña isla vecina para pasar allí unos días de retiro y especial austeridad. San Hermelando tuvo el don de profecía y podía leer los pensamientos de los hombres. También fue famoso como obrador de portentos. Se dice que cierta vez cuando uno de sus monjes hablaba del exquisito sabor de una lamprea que había gustado a la mesa del obispo de Nantes, Hermelando preguntó: "¿No creéis que Dios sea capaz de enviarnos una aquí?" Al terminar de hablar, una ola arrojó una lamprea a sus pies y, ese pequeño pez, distribuido por el abad, alimentó a la comunidad entera de monjes. Otra leyenda refiere que, cuando el santo tuvo ocasión de visitar Coutances, recibió hospitalidad de un ciudadano al que le quedaba solamente un poco de vino para agasajar a sus huéspedes. Aunque un gran número de gente participó del vino, el barril, en lugar de agotarse, se encontró lleno milagrosamente. Cuando el santo envejeció, renunció a su oficio y se retiró a Aindrette, donde pasó los últimos años de su vida en la soledad.

La vida de San Hermelando, atribuida al monje Donato, que había sido previamente publicada por los bolandistas y por Mabillon ha tenido una edición crítica en la época actual, hecha por W. Levison. El sostiene que no es el trabajo de un contemporáneo, sino que fue escrita por lo menos cincuenta años después de la muerte del santo y que tiene poco valor como documento histórico: ver MGH., *Scriptores Merov.* vol. v, pp. 674-710, y *cf. Analecta Bollandiana,* vol. XXIX (1910) p. 451.

SANTA LUCIA FILIPPINI (1732 P.C.)

EL INSTITUTO de "Maestre Pie" no es tan conocido fuera de Italia como merece serlo. Pero en una época en la que todavía no se pensaba en la educación obligatoria, obró maravillas tanto en el mejoramiento religioso como en el social de las mujeres de su país. Aunque Santa Lucía no fue la verdadera fundadora de esta notable organización, fue quizás la más celosa, la de mayor influencia y la más santa entre todas sus primeras propulsoras. Nacida en 1672, en Tarquinia, en Toscana, distante aproximadamente nueve kilómetros de Roma, quedó huérfana a temprana edad. Siendo aún joven, la seriedad de sus intenciones, su gran piedad y sus notables cualidades llegaron a oídos del obispo de la diócesis, cardenal Marcantonio Barbarigo, quien la persuadió a ir a Montefiascone para trabajar en un instituto educacional para el entrenamiento de maestros, que él había fundado y puesto bajo la dirección de religiosas. Lucía se dedicó en cuerpo y alma al trabajo, donde tuvo contacto con la Beata

Venerini, a quien por ser la más eficaz y dedicada organizadora de un instituto similar en Viterbo, el cardenal había llamado a Montefiascone para que contribuyera con su experiencia al bien de su fundación. Ningún alumno pudo haber mostrado más aptitudes que Santa Lucía. Su modestia, su caridad y su profunda convicción del valor de las cosas espirituales, aunados a su decisión y su práctico sentido común, se ganaron todos los corazones. La obra prosperó asombrosamente. Nuevas escuelas para niños y centros educacionales se multiplicaron en todas direcciones y, en 1707, por deseo expreso del Papa Clemente XI, ella fue a Roma a fundar allí la primera escuela de "Maestre Pie" en la calle de Chiavi d'Oro. Lucía pudo permanecer en la ciudad tan sólo un poco más de seis meses, ya que sus obligaciones la llamaban a otras partes, pero los niños acudían en multitudes que excedían, con mucho, el cupo destinado para ellos; a Lucía antes de partir, se le llegó a conocer en casi todo el distrito, como la Maestra Santa. Como Rosa Venerini, tenía el don de la palabra fácil y convincente. Sin embargo, su fortaleza no igualaba el esfuerzo con que se dedicaba al trabajo. Enfermó gravemente en 1726 y, a pesar de la atención médica que se le dio en Roma, nunca pudo recuperar del todo su salud. Murió con la más santa de las muertes, el 25 de marzo de 1732, día que ella misma había predicho. Santa Lucía Filippini fue canonizada en 1930.

Ver el *Acta Apostolicae Sedis,* vol. XXII (1930), pp. 433-443; las actas del proceso de canonización; F. de Simone *Vita della serva... Lucia Filippini* (1732); y *La B. Lucia Filippini...* (1926).

EL BEATO TOMAS (1337 P.C.)

EL BEATO Tomás nació en el pequeño pueblo de Colle-Stracciario —conocido popularmente como Costacciaro— distante alrededor de once kilómetros de Gubbio, en Umbría. Todavía niño, su corazón se inclinaba por las prácticas piadosas y su padre lo llevaba a la campiña a visitar los santuarios y lugares de peregrinación. Fue de esta manera como conoció a los ermitaños camaldulenses de San Romualdo, en su retiro de Sitria y, le atrajo de tal suerte esa manera de vida, que obtuvo el consentimiento de su padre para entrar en esa orden. Pasó varios años entre ellos, pero añoraba mayor penitencia y vida solitaria. Con el consentimiento del abad, tomó posesión de una vieja cueva en Monte Cupo o Cucco, que se suponía haber estado habitada, en alguna ocasión, por San Jerónimo. Cuatro años vivió en aquella soledad y su manera de vida, como dice su biógrafo, fue sólo conocida de Dios. Es cierto que haya vivido de raíces y frutas silvestres, ya que los fieles, no sabiendo de su existencia, no pudieron proporcionarle alimentos, como lo hacían con los otros ermitaños. Por último, accidentalmente fue descubierto por unos viajeros que se habían extraviado en su camino. Sus penitencias y ayunos lo habían dejado reducido a la piel y a los huesos y la gente piadosa le trajo alimento y bebida, pero él no alteró su manera de vivir y regaló todo a los pobres que se habían empezado a reunir a su alrededor. Varios jóvenes quisieron unirse a él y sujetarse a su disciplina, pero no los ató con ninguna promesa y les permitió discurrir libremente. Ellos atesoraron sus dichos y sus milagros y uno de ellos, posteriormente, escribió su vida. Se dice que Tomás murió el año de 1337, agotado por las austeridades y privaciones.

Ver el *Acta Sanctorum*, marzo, vol. III y a Mittarelli, en *Annales Camaldulensium*, p. 360 ss.

BEATA MARGARITA CLITHEROW, MÁRTIR (1586 P.C.)

TENEMOS LA fortuna de poseer amplia información acerca de Margarita Clitherow, gracias a la biografía escrita por su confesor, padre John Mush, completada en sus detalles con otros documentos contemporáneos. En York todavía podemos ver la casa del ayuntamiento donde fue juzgada, el castillo en que estuvo encarcelada, la casa vecina al matadero, que se cree haber sido su hogar durante su vida matrimonial y la habitación con la buhardilla en la posada del Cisne Negro, que la tradición señala como el lugar que ella alquiló para que se celebrara la misa, cuando se consideró insegura su propia capilla.

Margarita fue hija de un rico vendedor de cera, llamado Tomás Middleton, que era hacendado de la ciudad de York y que tuvo el cargo de comisario, del año 1564 a 1565. Este murió poco después y su esposa, luego de cinco meses, contrajo nupcias con un hombre de inferior condición, de nombre May, que estableció su residencia con la familia en la casa Middleton y Davygate. Allí fue donde Margarita se casó, en 1571, con Juan Clitherow,ganadero y carnicero que, como el padre de Margarita, era un hombre acomodado y había tenido cargos públicos. Había sido encargado de puente y camarlengo con lo que llegó a merecer el derecho de usar el título de Sir antes de su nombre.

Margarita fue educada en el protestantismo, pero dos o tres años después de su matrimonio abrazó la fe católica, después de haberla estudiado, como su biógrafo nos dice: "al no encontrar fundamento, verdad, ni consuelo cristiano en los ministros del Nuevo Evangelio, ni en su propia doctrina y, al enterarse de que muchos sacerdotes y laicos sufrían al defender la antigua fe católica". Su esposo, bondadoso y de buen carácter, parece no haberse opuesto entonces ni en ningún momento a los deseos de su mujer. El no tenía madera de héroe y continuaba conforme a la religión del Estado, pero tenía un hermano sacerdote, y un cierto Tomás Clitherow que estuvo preso en el castillo de York a causa de su religión, en 1600, fue probablemente otro de sus hermanos. El señor Clitherow acostumbraba decir que encontraba dos defectos en su mujer: que ayunaba demasiado y que nunca lo acompañaba a la iglesia. Muy al principio, parecía que Margarita podía practicar su fe sin mucha dificultad y podía buscar a los apóstatas y hacer que se convirtieran, pero las leyes se hicieron más duras y fueron cumplidas más estrictamente. Varios cautelosos amigos le advirtieron que fuera más circunspecta. Se le impusieron multas al señor Clitherow por las continuas faltas de asistencia de su mujer a la iglesia y a ella misma se le encarceló varias veces en el castillo, una de ellas por dos largos años. Las condiciones de vida allí, como sabemos por datos contemporáneos, eran muy malas; las celdas eran obscuras, húmedas, llenas de parásitos, y muchos de los cautivos morían durante su reclusión; aún así, Margarita consideraba esos períodos de encarcelamiento como retiros espirituales, orando y ayunando cuatro días a la semana, práctica que continuó después de obtener su libertad. No está clara la fecha en que ella empezó a abrir su casa a sacerdotes fugitivos, pero se sabe que continuó haciéndolo así hasta el fin, a pesar de la promulgación de la ley que castigaba con la muerte el dar albergue a los sacerdotes. Los padres Thompson, Hart Thirkill, Ingleby y muchos

otros habían estado ocultos en la cámara secreta para sacerdotes, cuya entrada "era molesta para aquél que no estuviera familiarizado con la gran estrechez de la puerta, que era sin embargo amplia para un joven". Más aún, a fin de que no se privara a nadie de la misa, cuando se podía celebrar, el padre Mush nos dice: "Ella había preparado dos cuartos, uno junto a su propia casa, adonde ella pudiera tener acceso en cualquier momento, sin ser vista o notada por sus vecinos... El otro, un poco distante de su casa, mantenido en secreto para todos, excepto para aquellos que ella sabía eran fieles y discretos. Ella preparaba este lugar para tiempos más calamitosos a fin de que Dios pudiera ser servido allí, cuando su propia casa no se considerara tan segura, aunque ella no pudiera acudir a ese lugar diariamente, como lo deseaba. También proporcionaba y se encargaba del cuidado de todo el material que se requería para el servicio del altar, tanto ornamentos como vasos sagrados.

Poseyendo una agradable figura, dotada de agudo ingenio y alegría, Margarita tenía una encantadora personalidad. "Todos la amaban", leemos, "y acudían a ella en demanda de auxilio, consuelo y consejo en sus penas... Su servidumbre le tenía un amor tan reverente que, a pesar de que su ama los corregía con razonable dureza por sus faltas y negligencias y que sabían cuándo los sacerdotes frecuentaban la casa, tenían tanto cuidado de conservar los secretos de su ama, como si fueran sus verdaderos hijos". En muchos casos, gentes que sostenían otras creencias eran las primeras en escudarla y advertirla de algún peligro que la amenazaba. Más aún, como una verdadera mujer de Yorkshire, era una magnífica ama de casa y hábil para los negocios. "Al comprar y vender mercancía", se nos dice, "tenía mucho cuidado de saber su verdadero precio para satisfacer a su esposo que lo dejaba todo a su confianza y discreción". No nos sorprende encontrar que a menudo urgía a su esposo a desentenderse de la tienda y todas sus preocupaciones y dedicar sus energías a ventas al mayoreo. Empezaba cada día con una hora y media dedicada a la oración y meditación. Si había algún sacerdote disponible, se celebraba la misa y para escucharla se arrodillaba atrás de sus hijos y sirvientes en el lugar más bajo, a un lado de la puerta, tal vez para poder dar la señal de alarma en caso de ser sorprendidos. Dos veces por semana, los miércoles y domingos, trataba de confesarse. Aunque no era una mujer muy culta, había aprendido mucho de los sacerdotes que frecuentaban la casa y conocía tres libros perfectamente: la Biblia, la Imitación de Cristo, de Tomás de Kempis y el Ejercicio de Perrin. En alguna ocasión —quizás en la cárcel—, había aprendido de memoria el pequeño oficio de Nuestra Señora en latín, en previsión de que Dios la llamase alguna vez a la vida religiosa. El recuerdo de los sacerdotes martirizados a quienes ella había conocido y que habían sufrido en Knavesmire, estaba constantemente en ella y, cuando su esposo salía de viaje, ella algunas veces iba descalza en peregrinación con otras mujeres al lugar de la ejecución, fuera de las murallas de la ciudad. A todas horas, era esto una acción peligrosa debido a los espías, pero particularmente durante el día, y por lo tanto, iban generalmente de noche y Margarita permanecía meditando y orando bajo la horca "todo el tiempo que su acompañamiento se lo permitía". Estas visitas pronto terminaron, ya que Margarita, durante el último año y medio antes de su aprehensión final tuvo que permanecer recluida en su propia casa, "como en libertad encadenada", por el delito de haber enviado a su hijo mayor a una escuela allende los mares. El 10 de marzo de 1586, el señor Clitherow fue citado a comparecer ante el tribunal de York, establecido por

el Gran Consejo del Norte y, en ausencia del amo, su casa fue cateada. No se encontró nada sospechoso, hasta que los esbirros llegaron a un cuarto alejado, donde los niños y otros más estaban siendo instruídos por un maestro de escuela llamado Stapleton, a quien ellos tomaron por sacerdote. En la confusión que se siguió, el maestro pudo eludirlos y escapar por el cuarto secreto, pero los niños fueron interrogados y amenazados. Un niño extranjero, de once años, que vivía con la familia, se aterrorizó tanto, que descubrió la entrada del cuarto de los sacerdotes. Nadie lo ocupaba, pero en una alacena se encontraron vasos y libros que obviamente eran usados para la celebración de la misa. Estos fueron confiscados y Margarita fue aprehendida y llevada, primero ante el Consejo y después a prisión en el castillo. Una vez tranquilizada sobre la seguridad de su familia, su valor nunca la abandonó y cuando dos días más tarde se le reunió la señora Ana Tesk, a quien el mismo niño había delatado por frecuentar los sacramentos, las dos amigas bromearon y rieron juntas hasta que Margarita exclamó: "Hermana, estamos tan contentas juntas que temo, a no ser que se nos separe, perder el mérito de estar encarceladas." Poco antes de que se les citara a comparecer ante el juez, dijo: "Antes de partir, haré felices a todos mis hermanos y hermanas del otro lado de la sala"; y, mirando hacia ellos a través de una ventana —eran treinta y cinco y la podían fácilmente ver desde allí— hizo un par de horcas con sus dedos y agradablemente se rió de ellas". Después de leído el cargo, en que se le acusaba de albergar y sostener a los sacerdotes y de oír la misa, el juez le preguntó si se consideraba culpable o inocente. Ella replicó: "No conozco ninguna ofensa por la que me deba declarar culpable", y cuando se le preguntó cómo quería ser juzgada, ella sólo dijo: "No habiendo cometido ningún delito, no necesito ser juzgada".

Nunca se apartó de esta posición, aunque se le instruyó varias veces y se le urgió a que se declarara culpable y escogiera ser juzgada por un jurado. Ella sabía que esto significaba la muerte de todas maneras, pero si aceptaba ser juzgada, sus hijos, sirvientes y amigos serían llamados a atestiguar y, o mentirían para salvarla, cometiendo perjurio o tendría que dar testimonio de lo que sabían y así sufrir el escándalo y la pena de haber causado su muerte. Se hicieron muchos intentos para persuadirla a que apostatara o, por lo menos, a que se sujetara al juicio y un puritano, que había discutido con ella en la prisión, tuvo el valor de ponerse en pie en la corte y declarar que la condenación, basada en la acusación de un niño, era contraria a la ley de Dios y de los hombres. El juez Clinch, que habría querido salvarla, fue dominado por los otros miembros del Consejo y, finalmente, pronunció la terrible sentencia que la ley inglesa decretaba para todo el que se negaba a declararse culpable, a saber, que debería ser prensado hasta morir. Ella oyó la sentencia con la mayor serenidad y dijo: "Gracias sean dadas a Dios; todo lo que El me envíe es bien recibido. No soy digna de tener una muerte tan buena como ésta".

Después de esto, fue puesta en prisión en casa de Juan Trew, en Ousebridge. Ni siquiera entonces se le dejó en paz, sino que fue visitada por diversas gentes que trataban en vano de conmover su constancia, incluyendo a su padrastro, Enrique May, que había sido elegido alcalde de York. Nunca le permitieron ver a sus hijos y solamente una vez pudo entrevistarse con su marido y eso en presencia del carcelero. Margarita iba a ser ejecutada el 25 de marzo, viernes de la Semana de Pasión y la noche anterior, ella cosió su propia mortaja. Después pasó la mayor parte del tiempo de rodillas. A las ocho de la

mañana, el comisario llegó a conducirla al calabozo, a pocos metros de la prisión y "todos se maravillaron de verla gozosa y de alegre semblante". Llegados al lugar de la ejecución, se arrodilló para rezar y, algunos de los anglicanos ahí presentes le pidieron que rezara con ellos; pero Margarita rehusó, como el beato Guillermo Hart lo había hecho casi exactamente tres años antes. "Yo no rezaré con vosotros, ni vosotros rezaréis conmigo", dijo, "ni yo diré Amén a vuestras oraciones, ni vosotros a las mías". Ella rezó en voz alta por el Papa, los cardenales, el clero, los príncipes cristianos, y especialmente por la reina Isabel para que Dios la convirtiera a la fe y salvara su alma. Entonces fue obligada a desnudarse y tenderse bocabajo en el suelo. Se le puso una piedra lisa sobre sus espaldas y sus manos fueron atadas a postes a los lados. Se colocó otra losa encima de ella y se pusieron pesas sobre esta piedra, hasta llegar a la cantidad de 700 u 800 kilos. Sus últimas palabras, al recibir el peso sobre su cuerpo, fueron: "¡Jesús, Jesús, ten misericordia de mí!" Tardó alrededor de un cuarto de hora en morir, pero su cuerpo fue dejado seis horas en la prensa. Tenía aproximadamente treinta años. A su esposo le había enviado su sombrero "en señal de amorosa devoción, como cabeza de su familia" y a Inés, su hija de doce años, sus zapatos y medias para significar que debería seguir sus pasos. La niñita se hizo monja en Lovaina, mientras que dos de los hijos de la mártir fueron después sacerdotes. Una de las manos de Margarita Clitherow se conserva en un relicario en el Convento Bar, en York.

El Padre John Morris, en su *Troubles of our Catholic Forefathers*, vol. III, (1876), investigó ampliamente el material disponible para la vida de Margarita Clitherow e imprimió un pormenorizado texto de las memorias de su contemporáneo, Juan Mush, confesor de la mártir. Nada substancial ha sido anotado desde entonces. Ver Burton y Pollen, LEM., vol. I, pp. 188-199; J.B. Milburn, *A Martyr of Old York* (1900); y Margaret T. Monro, *Bd. Margaret Clitherow* (1948).

26: SAN CASTULO, MÁRTIR (286 P.C.)

DURANTE EL reinado de Diocleciano, el Papa San Cayo estuvo grandemente preocupado por la seguridad de los cristianos en Roma. Ciertas actas legendarias nos cuentan que Cástulo, un celoso cristiano que era camarero del emperador, se ofreció a arreglar todo lo necesario para que se tuvieran servicios religiosos en el mismo palacio del emperador, ya que este lugar no se prestaba para investigación alguna; y más aún, Cástulo albergó a los cristianos en su propia casa, adjunta al palacio, y les procuró un lugar para sus reuniones. No satisfecho con servir así a la Iglesia, él y su amigo Tiburcio recorrieron Roma convirtiendo hombres y mujeres al cristianismo y llevándolos ante el Papa para que fueran bautizados.

Posteriormente, fue traicionado por un apóstata cristiano llamado Torcuato. Llevado ante Fabiano, prefecto de la ciudad, fue cruelmente atormentado y después arrojado a un foso y cubierto con arena. Un cementerio y una iglesia en la Vía Labicana llevan el nombre de San Cástulo.

Aun cuando las *Actas de San Cástulo*, publicadas en el *Acta Sanctorum* (marzo, vol. III, no tenían valor histórico y están parcialmente plagiadas de las de San Sebastián, no hay razón para dudar de la existencia histórica del mártir y de que sus restos fueron

sepultados en la catacumba que lleva su nombre. La frágil naturaleza de la piedra areniza de este cementerio, que fácilmente se desmorona, puede tener alguna relación con lo que se relata sobre la forma en que el mártir murió. Ver Leclercq en DAC., vol. II, cc. 2372-2375.

SAN FELIX, OBISPO DE TRÉVERIS (*c.* 400 P.C.)

SAN FÉLIX fue consagrado obispo de Tréveris en 386 y tomó parte en un sínodo celebrado en su sede episcopal, en el que San Martín estuvo presente. Fue un hombre de gran santidad y extremadamente generoso con los pobres. Construyó un monasterio y una iglesia que dedicó a Nuestra Señora y a los mártires de Tebas, donde colocó las supuestas reliquias de la vanguardia de la Legión de Tebas —del general Tirso y otros nueve—. Por haber sido elegido por aquellos de quienes se decía que maquinaron la muerte de Prisciliano, San Ambrosio y el Papa San Siricio rehusaron tener comunión eclesiástica con San Félix y, probablemente por esta razón, él renunció a esa sede en 318 y se retiró a un monasterio que había construído y que después llevó el nombre de San Paulino. Tuvo una muerte muy edificante y se cuenta que se obraron muchos milagros sobre su tumba. Sulpicio Severo habla de él con gran respeto.

Ver el *Acta Sanctorum*, marzo, vol. III, y Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. III, p. 36

SAN BRAULIO, OBISPO DE ZARAGOZA (651 P.C.)

UNO DE los más prometedores alumnos del colegio fundado en Sevilla por San Isidoro fue un muchacho de noble cuna llamado Braulio, que llegó a ser un estudiante tan sobresaliente, que Isidoro lo consideraba más como amigo que como alumno y acostumbraba enviarle sus propios escritos para que los corrigiera y revisara. Braulio se preparó para el sacerdocio, recibió la ordenación y en 631, cuando la sede en la ciudad de Zaragoza quedó vacante al morir su hermano, el obispo Juan, los prelados de las diócesis circunvecinas se reunieron para elegir un sucesor y su elección recayó en Braulio. Se dice que fueron ayudados en su elección por la aparición de un globo de fuego que descansó sobre su cabeza, mientras una voz pronunciaba estas palabras: "Este es mi siervo a quien yo he escogido y en quien descansa mi espíritu". Como pastor, San Braulio trabajó celosamente para enseñar y alentar a su grey y, al mismo tiempo, para estirpar la herejía arriana que continuaba floreciendo, aún después de la conversión del rey Recaredo. Se mantuvo en estrecho contacto con San Isidoro, a quien ayudó en su tarea de restaurar el orden de la Iglesia y regularizar la disciplina eclesiástica. Una pequeña parte de la correspondencia entre los santos se ha conservado hasta nuestros días. Tan grande era la elocuencia de San Braulio y su poder de persuasión que algunos de sus oyentes aseguraban haber visto al Espíritu Santo en forma de paloma, descansar en su hombro y comunicarle al oído la doctrina que él predicaba a la gente. Tomó parte en el cuarto Concilio de Toledo, que fue presidido por su amigo y maestro San Isidoro y también intervino en el quinto y el sexto. Este último concilio le encomendó escribir una respuesta al Papa Honorio I, quien había acusado a los obispos españoles de negligencia en el cumplimiento de sus deberes. Su defensa fue digna y convincente.

Los deberes del buen obispo no le impidieron su constante ministerio en

su iglesia catedral y en la de Nuestra Señora del Pilar, donde pasaba muchas horas del día y de la noche en oración. Aborrecía toda clase de lujo: sus ropas eran ásperas y sencillas, su comida simple y su vida austera. Siendo un elocuente predicador y agudo conversador, convencía por la fuerza de sus argumentos y su absoluta sinceridad. Su generosidad para con los pobres fue solamente igualada por el tierno cuidado que tenía de su rebaño. Los últimos días de su vida fueron ensombrecidos por la pérdida gradual de la vista; prueba muy dura para cualquiera, pero en especial para un hombre tan aficionado a los libros. Al aproximarse su fin, él se dio cuenta y, el último día de su vida lo pasó recitando los salmos. Según una leyenda, que sin embargo parece ser relativamente moderna, una música celestial resonó en la cámara mortuoria y se oyó una voz que decía: "Levántate, amigo mío, y ven conmigo". El santo, como despertando de un sueño, replicó con su último aliento: "Voy, Señor, estoy listo".

De los escritos de San Braulio tenemos la vida de San Emiliano, con un poema en su honor, cuarenta y cuatro cartas que fueron descubiertas en León, en el siglo XVIII, y que arrojaron gran luz sobre la España visigótica, así como un elogio de San Isidoro y un catálogo de sus obras. Se dice que completó algunos escritos que San Isidoro dejó sin terminar y es, casi con certeza, el autor de las Actas de los Mártires de Zaragoza. San Braulio es el santo patrón de Aragón y uno de los más famosos santos españoles.

Ver el *Acta Sanctorum*, marzo, vol. II; Florez *España Sagrada*, vol. XXX, p. 305 ss; Gams. *Kirchengeschichte Spaniens*, vol. II, pt. 2, pp. 145-149; DTC, vol. II, cc. 1123 ss; DHG., vol. X, cc. 441 ss. y C. H. Lynch, *St. Braulio* (1938). Pero la obra indispensable es la edición crítica de las cartas del santo por J. Madoz, publicada en Madrid en 1941.

SAN BASILIO EL JOVEN (952 P.C.)

LA HISTORIA del ermitaño San Basilio el joven, escrita originalmente por su discípulo Gregorio, ha llegado a nosotros a través de los griegos que obviamente mezclaron la fábula con la historia. Según esta traducción, el santo tenía una celda no lejos de Constantinopla. Pero, bajo el gobierno de León VI y Alejandro, fue llevado a la ciudad, arrestado bajo sospecha de espionaje. Como se rehusara a contestar los cargos que se le atribuían durante un minucioso examen, fue golpeado con varas y suspendido de los pies. Fue después expuesto a los leones, pero como no recibiera de ellos ningún daño, fue arrojado al mar y se dice que fue devuelto a tierra sano y salvo por los delfines —favorita forma de rescate entre los griegos, tanto paganos como cristianos—. Al día siguiente, temprano por la mañana, fue caminando a la ciudad, donde curó de fiebre a un hombre que era llevado en camilla y que lo recibió en su casa. Sus milagros y su santidad se hicieron pronto famosos. Fue varias veces seriamente maltratado, debido a la firmeza con que censuraba la maldad en las altas esferas. Cuando Constantino Porfiriogénito trataba de obtener una parte del imperio, el santo le predijo su fracaso y profirió muchas otras notables profecías. Basilio nunca tuvo escrúpulos en amonestar a las princesas Anastasia e Irene cuando consideraba que la reprensión era necesaria. Murió a la edad de cien años y fue sepultado en la iglesia de un monasterio de monjas en Constantinopla.

Véase el *Acta Sanctorum*, marzo, vol. III, donde el texto griego está impreso.

27: SAN JUAN DAMASCENO, Doctor de la Iglesia (*c.* 749 p.c.)

SAN JUAN Damasceno, el primero de la larga fila de aristotélicos cristianos, fue también uno de los dos más grandes poetas de la Iglesia oriental, junto con San Román el Melódico. San Juan pasó su vida entera bajo el gobierno de un califa mahometano y este hecho muestra el extraño caso de un Padre de la Iglesia cristiana, protegido de las venganzas de un emperador, cuyas herejías podía atacar impunemente, ya que vivía bajo el gobierno musulmán. El y Teodoro el Estudita fueron los principales y más fuertes defensores del culto de las sagradas imágenes en la amarga época de la controversia iconoclasta. Como escritor teológico y filosófico, no intentó nunca ser original, ya que su trabajo se redujo más bien a compilar y poner en orden lo que sus predecesores habían escrito. Aun así, en las cuestiones teológicas se le considera como la última corte de apelación entre los griegos y, su tratado "*De la Fe Ortodoxa*" es aún para las escuelas orientales, lo que la "*Summa*" de Santo Tomás de Aquino llegó a ser para el occidente.

Los gobernadores musulmanes de Damasco, donde nació San Juan, no eran injustos con sus súbditos cristianos, aunque les exigían pagar un impuesto personal y someterse a otras humillantes condiciones. Permitían que, tanto los cristianos como los judíos, ocuparan puestos importantes y que, en ciertos casos, amasaran grandes fortunas. El médico de cabecera del califa era casi siempre un judío, mientras que los cristianos eran empleados como escribas, administradores y arquitectos. Entre los oficiales de su corte, en 675, había un cristiano, llamado Juan, que tenía el cargo de Jefe del departamento de Recaudación de impuestos, oficio que parece haber llegado a ser hereditario en su familia. Ese fue el padre de nuestro santo y el sobrenombre de "al-Mansur", que los árabes le dieron, fue después transferido al hijo. Juan Damasceno nació alrededor del año 690 y fue bautizado en su infancia. Respecto a su primera educación, si hemos de creer a su biógrafo, "su padre se encargó de enseñarle no cómo montar a caballo, ni cómo arrojar una lanza, ni cómo cazar fieras y trocar su bondad natural en una brutal crueldad, como sucede a muchos, sino que Juan (el padre) buscó un tutor erudito en todas las ciencias, hábil en todas las formas del conocimiento, que produjera buenas palabras de su corazón y le entregó a su hijo para que fuera nutrido con esta clase de alimento". Después le pudo proporcionar otro maestro, un monje llamado Cosme, "de hermosa apariencia, pero de alma más hermosa aún", a quien los árabes habían traído de Sicilia entre otros cautivos. Su padre tuvo que pagar un gran precio por él y muy merecido, ya que, si hemos de creer a nuestro cronista, sabía gramática y lógica, tanta aritmética como Pitágoras y tanta geometría como Euclides. Le enseñó al joven Juan todas las ciencias, pero especialmente la teología, lo mismo que a otro joven a quien su padre parece haber adoptado, llamado también Cosme, que llegó a ser poeta y trovador y que por fin acompañó a su hermano adoptivo al monasterio en donde ambos se hicieron monjes. A pesar de su formación teológica, no parece haber considerado, al principio, otra carrera sino la de su padre, a quien sucedió en su oficio. En la

corte, podía llevar libremente una vida cristiana y ahí se hizo notable por sus virtudes y especialmente por su humildad. Sin embargo, después de desempeñar su importante puesto por algunos años, San Juan renunció a su oficio y se fue de monje a la "laura" de San Sabas, cerca de Jerusalén. Es aún un punto discutido si sus primeras obras contra los iconoclastas fueron escritas mientras estaba en Damasco, pero las mejores autoridades desde los tiempos del dominico Le Quien, que publicó sus obras en 1712, son de la opinión de que el santo se hizo monje antes de que estallara la persecución, y que sus tres tratados fueron compuestos en la "laura" de San Sabas. De cualquier manera, Juan y Cosme se establecieron entre los hermanos y ocuparon su tiempo libre escribiendo libros y componiendo himnos. Posiblemente se ha pensado que a los otros monjes les agradó la presencia de tan valeroso campeón de la fe como Juan, pero esto estaba muy lejos de ser verdad. Se decía que los recién llegados estaban introduciendo la discordia. Ya era malo el escribir libros, pero aún peor el componer y cantar himnos, por lo que estaban escandalizados los hermanos. El colmo llegó cuando, a petición de un monje cuyo hermano había muerto, Juan escribió un himno fúnebre y lo cantó con una dulce melodía compuesta por él mismo. Su superior, un viejo monje cuya celda compartía, lo atacó lleno de furia y lo arrojó de ahí: "¿Olvidas de esta manera tus votos?", exclamó el viejo. "En lugar de cubrirte de luto y llorar, te sientas lleno de gozo y te deleitas cantando". Solamente le permitió regresar después de varios días, bajo la condición de que recorriera los alrededores de la "laura" y recogiera toda la basura con sus propias manos. San Juan obedeció sin replicar; pero durante el sueño, Nuestra Señora se le apareció al viejo monje y le ordenó que permitiera a su discípulo escribir tantos libros y tantas poesías como quisiera. De ahí en adelante, San Juan pudo dedicar su tiempo al estudio y a su trabajo literario. Añade la leyenda que fue varias veces enviado, quizás para el bien de su alma, a vender canastas en las calles de Damasco, donde antaño había ocupado tan alto puesto. Debe, sin embargo, confesarse, que estos detalles, escritos por su biógrafo más de un siglo después de la muerte del santo, son de dudosa autoridad.

Si los monjes de San Sabas no apreciaron debidamente a los dos amigos, hubo otros fuera que sí lo hicieron. El patriarca de Jerusalén, Juan V, los conocía muy bien por su reputación y deseó tenerlos entre su clero. Primero tomó a Cosme y lo hizo obispo de Majuma y después ordenó de sacerdote a Juan y lo llevó a Jerusalén. Se dice que San Cosme gobernó su grey admirablemente hasta su muerte; pero San Juan regresó pronto a su monasterio. Revisó cuidadosamente sus escritos y "donde quiera que se adornaran con flores retóricas o parecieran superfluos en su estilo, los redujo prudentemente a una más austera gravedad para que no tuvieran ningún asomo de ligereza o falta de dignidad". Sus obras en defensa de los íconos habían sido conocidas y leídas dondequiera y le habían merecido el odio de los emperadores que los perseguían. Sus enemigos nunca lograron lastimarlo, porque nunca cruzó las fronteras para entrar al Imperio Romano. El resto de su vida lo pasó escribiendo teología y poesía en San Sabas, donde murió a una edad avanzada. Fue proclamado Doctor de la Iglesia en 1890.

El pasaje del Evangelio que se refiere a la milagrosa curación del hombre de la mano seca, señalado en el misal romano para la misa de San Juan Damasceno, se relaciona con una historia que en un tiempo se creyó y que ahora es

considerada apócrifa. Cuando el santo era todavía oficial del tesoro en Damasco, el emperador León III, que le odiaba, pero que no podía hacer nada contra él abiertamente, intentó perjudicarlo por medio de un engaño. Falsificó una carta y pretendió que había sido escrita a él por Juan, en la que se le informaba que Damasco estaba débilmente defendida y en que le ofrecía su ayuda, en caso de que decidiera atacar. León envió al califa esta carta falsificada, con una nota al efecto, diciéndole que odiaba la traición y deseando que su amigo conociera el comportamiento de su funcionario. El airado califa hizo cortar la mano derecha a Juan, pero le entregó el miembro mutilado por petición del mismo. El santo llevó la mano cortada a su cabaña particular y rezó en versos exámetros ante una imagen de la Madre de Dios. Por intercesión de Nuestra Señora, la mano se unió de nuevo al brazo y fue empleada inmediatamente para escribir una acción de gracias.

La biografía del santo, escrita en griego por Juan de Jerusalén, aproximadamente un siglo y medio después de su muerte, es pretenciosa en su estilo e indigna de confianza en los datos que proporciona. Posiblemente no es más que una traducción de un original árabe (véase *Analecta Bollandiana* vol. XXXIII, 1914, pp. 78-81). Fue editada por Le Quien y reimpresa en Migne (PG., vol. XCIV, ce. 420-490) con valiosos comentarios del editor. El breve relato de Juan Damasceno en el *Synax. Constant*, (ed. Delehaye, cc. 279-280) es probablemente más aceptable. Existe un excelente relato sobre San Juan escrito por J. H. Luptom en DCB., vol. III, pp. 409-423, y por el Doctor A. Fortescue en su libro *The Greek Fathers*, pp. 202-248. Una más completa y moderna apreciación de la obra de este gran Doctor de la Iglesia, es la de M. Jugie en DTC, vol. VIII, cc. 693-751, donde se discuten en detalle sus escritos y enseñanzas teológicas. Ver también J. Nasrallah, *S. Jean de Damas*, (1950).

SAN JUAN DE EGIPTO (394 P.C.)

EXCEPTUANDO a San Antonio, ningún ermitaño del desierto adquirió tan amplia fama como San Juan de Egipto, que fue consultado por emperadores y cuyas alabanzas fueron cantadas por San Jerónimo, Paladio, Casiano, San Agustín, y muchos otros. Nació en la baja Tebaida, en Licópolis, en el sitio de la actual ciudad de Asyut, y fue educado para el oficio de carpintero. A la edad de veinticinco años, abandonó el mundo y se puso bajo la dirección de un anciano anacoreta, quien, durante diez o doce años, lo ejercitó en la obediencia y abnegación de sí mismo. Juan obedeció sin replicar, por irracional que fuera la tarea que se le imponía. Durante todo un año, por mandato de su padre espiritual, diariamente regó un palo seco como si hubiera sido una planta viva y obedeció otras órdenes igualmente ridículas. El continuó en este ejercicio hasta la muerte del anciano, y a su humildad y pronta obediencia atribuye Casiano los dones extraordinarios que más tarde recibió de Dios. Parece haber pasado cuatro o cinco años visitando varios monasterios. Finalmente se retiró a la cumbre de una escarpada colina, cerca de Licópolis e hizo en la roca tres pequeñas celdas contiguas. Una como alcoba, otra como cuarto de trabajo y asistencia y la tercera como oratorio. Después tapió todos los accesos, dejando solamente una pequeña ventana, a través de la cual recibía las cosas necesarias para la vida y hablaba con aquellos que lo visitaban. Durante cinco días de la semana conversaba solamente con Dios, pero los sábados y los domingos, los hombres —nunca las mujeres— tenían libre acceso a él para oír sus instrucciones y sus consejos espirituales. Nunca comió antes de la puesta del sol, y se alimen-

taba con frutas secas y legumbres. Al principio, mientras llegó a acostumbrarse, padeció terriblemente, ya que no comía pan ni nada que fuera cocinado al fuego, pero continuó con su dieta desde los cuarenta hasta las noventa años.

El no fundó ninguna comunidad y sin embargo, se le consideraba como el padre de todos los ascetas de la comarca y, cuando sus visitantes llegaron a ser tan numerosos que se hizo necesario construir una hospedería para recibirlos, el lugar fue administrado por sus discípulos. San Juan fue especialmente famoso por sus profecías, sus milagros y su poder de leer los pensamientos y de descubrir los pecados secretos de aquellos que lo visitaban. Maravillosas curaciones se realizaron con sólo aplicarles a los enfermos y a los ciegos el aceite que el hombre de Dios había bendecido. De sus muchas profecías, las más célebres fueron las que hizo al emperador Teodosio I. Juan le dijo que saldría victorioso en su lucha contra Máximo, y el emperador, confiado en esto, atacó y derrotó a su enemigo. Nuevamente en 392, cuatro años después, cuando Eugenio se apoderó del imperio de occidente, Teodosio acudió en busca del auxilio del recluso. Envió al eunuco Eutropio a Egipto, con instrucciones de que le llevara a San Juan, si era posible, pero que en cualquier forma averiguara con él si era mejor marchar contra Eugenio o esperar su ataque. El santo se rehusó a abandonar su celda, pero mandó decir que Teodosio saldría victorioso, aunque a costa de mucha sangre y que no sobreviviría largo tiempo a su triunfo. La predicción se cumplió: Eugenio fue derrotado en las llanuras de Aquilea y Teodosio murió pocos meses después.

Poco antes de su muerte, San Juan fue visitado por Paladio, quien nos hace un interesante relato de su viaje y recibimiento. El venerable ermitaño le dijo que estaba destinado a ser un día consagrado obispo y reveló otras muchas cosas de las que normalmente no podía tener conocimiento. De igual manera, cuando unos monjes llegaron a verlo desde Jerusalén, Juan reconoció al momento que uno de ellos era diácono, aun cuando el hecho había sido ocultado. El ermitaño tenía entonces 90 años y murió poco después. Advertido por Dios de su próximo fin, cerró su ventana y ordenó que nadie se acercara a él durante tres días. Murió pacíficamente al fin de ese lapso de tiempo, estando de rodillas en oración. En 1901, la celda que él había ocupado fue descubierta cerca de Asyut.

Los bolandistas en el *Acta Sanctorum*, marzo, vol. III, han extractado los principales hechos atribuidos a San Juan de Egipto en la *Historia Lausiaca*, de Paladio, en la *Historia Monachorum* y en otras partes. Referente al texto de Paladio, tenemos que consultar a C. Butler o Lucot. Para la *Historia Monachorum*, ver Preuschen, *Palladius und Rufinus*.

SAN RUPERTO, Obispo de Salzburgo (c. 710 p.c.)

La primera parte de la vida de San Ruperto se ha conservado en la oscuridad y hubo una gran diferencia de opiniones respecto a la fecha en la que verdaderamente floreció. Según las fuentes más fidedignas fue franco, aunque Colgan lo considera irlandés, cuyo nombre gaélico fue Robert Tach. Se puede hoy afirmar con certeza, que antes de empezar sus campañas misioneras, ya era obispo de Worms y en ese caso, no hay ninguna dificultad en que haya visitado Roma, ya que como obispo no requería especial autorización para tal objeto. Probablemente alrededor del año 697, fue cuando llegó con varios compañe-

ros a Regensburgo y se presentó ante el duque Teodo, sin cuyo permiso nada se podía hacer. Probablemente llevaba consigo credenciales del rey franco Childeberto III, que siempre estuvo ansioso de la conversión de las provincias recientemente subyugadas. Parece que el duque era aún pagano, pero que su hermana era cristiana y no hay duda de que muchos en Baviera habían recibido el mensaje del Evangelio antes de esta fecha. Teodo no solamente dio la bienvenida a los recién llegados, sino que consintió en escuchar su predicación y en recibir sus enseñanzas. A su conversión y bautismo, siguió el de muchos nobles y no se presentó gran oposición al trabajo de los misioneros. El pueblo estuvo bien dispuesto y San Ruperto y sus compañeros cosecharon abundante fruto. Un templo pagano en Regensburgo y otro en Altötting, fueron casi inmediatamente adaptados para el culto cristiano. Se construyeron otras iglesias y casi toda la población fue instaurada en la fe cristiana. Los misioneros continuaron su camino a lo largo del Danubio; y en Lorch, San Ruperto llevó a cabo muchas conversiones y realizó muchas curaciones milagrosas.

No fue, sin embargo, ni en Regensburgo, ni en Lorch, donde el santo estableció su centro de actividades, sino en el antiguo y ruinoso pueblo de Juvavum, que el duque le donó y que fue reconstruido y llamado Salzburgo. La generosidad de Teodo permitió a Ruperto erigir una iglesia y un monasterio con su escuela, dedicados a San Pedro. Se levantaron además otros edificios sagrados. El valle vecino, con sus fuentes de agua salada, formaba parte de la donación del duque. San Ruperto fue hábilmente secundado por sus compañeros, tres de los cuales, Vitalis, Cunialdo y Gislar, fueron después reconocidos como santos. No tardaron en necesitar urgente ayuda y Ruperto regresó a su tierra natal para reclutar misioneros y logró conseguir doce trabajadores más. Indujo también a su hermana o sobrina, Santa Erentrudis, a ingresar a un monasterio que él construyó en Nonberg y del que fue la primera abadesa. Un gran número de iglesias y lugares llevan el nombre de San Ruperto y están tradicionalmente relacionados con él, pero muchos de ellos le fueron sin duda dedicados tiempo después. Además de su trabajo evangelizador, el santo hizo mucho por la civilización de sus conversos y promovió el desarrollo de las minas de sal. Fue él quien le dio a Juvavum el nombre actual de Salzburgo. Murió allí probablemente alrededor del año 710. La fiesta de San Ruperto se celebra en Irlanda, así como en Austria y Baviera.

La fuente más fidedigna es un documento conocido como *Gesta S. Rodberti*, escrito en la primera mitad del siglo IX. Ha sido publicado por W. Levison en MGH, *Scriptores Merov.* Otros textos están citados en BHL., nn. 7391-7403, pero son menos fidedignos. Ver también a Hauck, *Kirchengeschichte Deutschlands*, vol. I, p. 372 ss.; W. Levison en *Neues Archiv*, vol. XXVIII, p. 283 ss. y L. Gougaud, *Les saints irlandais hors d'Irlande* (1936). El nombre del santo aparece en diversas formas.

BEATO GUILLERMO TEMPLIER, Obispo de Poitiers (1197 p.c.)

El beato Guillermo Templier, cuadragésimo sexto obispo de Poitiers y tercero en llevar el nombre de Guillermo, nació en Poitiers. A muy temprana edad, entró al monasterio de St. Hilaire-de-la-Celle, en su ciudad natal, y llegó a ser uno de los canónigos regulares. Fue notable por su piedad y austeridad y se le elevó al cargo de superior. En 1184, fue escogido para suceder al

obispo Juan en la silla episcopal de Poitiers. Un acérrimo oponente de la simonía y de cualquier dominio civil en los asuntos eclesiásticos, tuvo que soportar persecuciones y calumnias en defensa de los derechos de la Iglesia. Murió en 1197 y fue enterrado atrás del altar mayor en la iglesia de San Cipriano, en Poitiers. Su tumba se convirtió en lugar de peregrinación, a causa de las curaciones milagrosas que tuvieron lugar allí, según se refiere.

Véase el *Acta Sanctorum*, marzo, vol. III.

28: SAN JUAN DE CAPISTRANO (1456 P.C.)

CAPISTRANO es un pueblecito en los Abruzos, que, en otro tiempo, formó parte del reino de Nápoles. Ahí, en el siglo XIV, cierto soldado —se discute si de origen francés o alemán—, se había establecido, después de cumplir con su servicio militar a las órdenes de Luis I. Se casó con una mujer italiana y de esta unión nació, en 1386 un hijo, llamado Juan, que estaba destinado a adquirir fama como una de las grandes luminarias de la orden franciscana. Desde su infancia, el niño fue notable por su adelanto. Estudió leyes en Perugia con tal éxito, que en 1412, fue nombrado gobernador de la ciudad y contrajo matrimonio con la hija de uno de los principales ciudadanos. Durante las hostilidades entre Perugia y los Malatesta, fue hecho prisionero y en esta ocasión tomó la decisión de cambiar su manera de vivir y hacerse religioso. Cómo consiguió solucionar el problema de su matrimonio, no está del todo claro. Pero se dice que atravesó Perugia montado al revés en un asno y con un enorme sombrero de papel, en el que estaban escritos claramente sus peores pecados. Fue apedreado por los muchachos y cubierto de inmundicias y en estas condiciones, se presentó al noviciado de los frailes menores, pidiendo su admisión. En aquella época (1416), tenía treinta años y parece que su maestro de novicios pensó que para un hombre de tal fuerza de voluntad, que había estado acostumbrado a hacer todo a su manera, era necesario una dura disciplina para probar la sinceridad de su vocación (Juan no había hecho aún la primera comunión). Las pruebas a las que se le sometió fueron de lo más humillantes y, en algunas ocasiones, fueron seguidas de manifestaciones sobrenaturales. Pero el hermano Juan perseveró y, años más tarde, a menudo expresaba su gratitud al implacable instructor que le hizo comprender que el vencimiento propio era el único camino seguro hacia la perfección.

En 1420, Juan fue elevado a la dignidad sacerdotal. Mientras tanto, hizo extraordinarios progresos en los estudios, llevando al mismo tiempo una vida de extrema austeridad; recorrió los caminos descalzo; dedicaba solamente tres o cuatro horas al sueño y llevaba puesta continuamente una áspera camisa de cerdas. En sus estudios tuvo por compañero a Santo Santiago de la Marca y por maestro a San Bernardino de Sena, a quien le tomó el más profundo afecto y veneración. Pronto, las excepcionales dotes oratorias de Juan se dieron a conocer. Toda la Italia de aquella época atravesaba una terrible crisis de inquietud política y relajación de costumbres. Estas dificultades eran causadas o, por lo menos, acentuadas por el hecho de que existían tres rivales que reclamaban el Papado y por el acerbo antagonismo entre güelfos y gibelinos, que

aún persistía. A pesar de todo esto, en sus predicaciones en toda la extensión de la península, Juan encontró maravillosas respuestas. Hay, sin lugar a duda, una nota de exageración en los términos en que los padres Cristóbal de Varese y Nicolás de Fara describen el efecto producido por sus discursos. Hablan de 100,000 y hasta de 150,000 oyentes que escuchaban cada sermón. Eso ciertamente no era posible en un país diezmado por las guerras, hambres y pestes y, a causa de los escasos medios de comunicación de aquel entonces. Pero había bastante razón para justificar el entusiasmo del citado escritor, cuando nos dice: "No había nadie tan ansioso como Juan Capistrano por la conversión de los herejes, cismáticos y judíos. Nadie que anhelara tanto que su religión floreciera, o que tuviera mayor poder para obrar maravillas. No había nadie que deseara tan ardientemente el martirio, ni tan famoso por su santidad. Y así, era recibido con honor en todas las provincias de Italia. La afluencia de gente a sus sermones era tan grande, que hacía pensar que los tiempos apostólicos habían vuelto. Al llegar a la provincia, los pueblos y aldeas se conmovían y grandes multitudes acudían a oírlo. Los pueblos lo invitaban a visitarlos, ya por medio de cartas apremiantes, o por medio de mensajeros, o apelando al Soberano Pontífice mediante personas influyentes". Pero lo que principalmente absorbía toda la atención del santo era el trabajo de la predicación y la conversión de las almas. No hay ocasión para referir aquí al detalle las dificultades domésticas que agobiaron a la Orden de San Francisco, a partir de la muerte de su seráfico fundador. Baste decir que el grupo conocido como "los Espirituales" no tenía, de ninguna manera, los mismos puntos de vista respecto de la observancia religiosa que los que fueron llamados "relajados". La reforma de los observantes, que había sido iniciada en la mitad del siglo XIV, se encontraba todavía obstruida en muchas formas por la administración de superiores generales que sostenían un diferente tipo de perfección y, por otro lado, hubo también exageraciones en la dirección de una austeridad más severa, que culminó eventualmente con las enseñanzas heréticas de los "Fraticelli". Todas estas dificultades requerían un arreglo y Capistrano, trabajando en armonía con San Bernardino de Sena, fue llamado a soportar gran parte de esta pesada carga. Después del capítulo general, celebrado en Asís en 1430, se nombró a San Juan para que sacara las conclusiones a que había llegado la asamblea y, estos "Estatutos Martinianos", como fueron llamados, en virtud de su confirmación por el Papa Martín VI, se cuentan entre los más importantes en la historia de la orden. De nuevo, en otras varias ocasiones, le confió la Santa Sede a Juan poderes inquisitoriales, como por ejemplo, para proceder en contra de los "Fraticelli" y para investigar la grave acusación que se hizo contra la Orden de los Jesuatos, fundada por el Beato Juan Columbino. Más tarde, estuvo profundamente interesado en la reforma de las monjas franciscanas, que debían su principal inspiración a Santa Coleta, así como a los terciarios de la orden. En el Concilio de Ferrara, trasladado después a Florencia, se le escuchó con atención, pero entre las primeras y las últimas sesiones, se vio obligado a visitar Jerusalén como comisario apostólico. Incidentalmente, había contribuido mucho a la inclusión de los armenios en el arreglo con los griegos, por desgracia de corta duración, que iba a tener efecto en Florencia.

Cuando el emperador Federico III, encontrando que la fe religiosa de los países bajo su soberanía sufría penosamente por las actividades de los husitas y otros sectarios heréticos, pidió ayuda al Papa Nicolás V, y san Juan Capis

trano fue enviado como comisario e inquisidor general y partió para Viena en 1451, con doce de sus hermanos franciscanos para que le ayudaran. Está fuera de duda que su arribo produjo gran sensación. Silvio Eneas, "el futuro Papa Pío II", nos relata cómo, al entrar al territorio austriaco, "los sacerdotes y el pueblo salieron a recibirlo, llevando las sagradas reliquias. Lo saludaron como legado de la Sede Apostólica, como predicador de la verdad y como a un gran profeta enviado por Dios. Bajaban de las montañas para saludar a Juan, como si Pedro o Pablo o alguno de los otros apóstoles fuera el que llegara. Gustosamente besaban la orla de su vestidura, le presentaban sus enfermos y afligidos y se dice que muchos fueron curados. La gente importante de la ciudad salió a recibirlo y lo condujo a Viena. No había plaza que pudiera contener a las multitudes. Todos lo miraban como a un ángel de Dios". El trabajo de Juan como inquisidor y sus tratos con los husitas y otros herejes bohemios ha sido severamente criticado, pero éste no es el lugar para intentar ninguna justificación. Su celo era cauterizante y consumidor, aunque era misericordioso con los humildes y los arrepentidos. Se adelantaba a su tiempo en su actitud con respecto a la brujería y al uso de la tortura. Los milagros que lo acompañaban dondequiera que iba y que él atribuía a las reliquias de San Bernardino de Sena, fueron asiduamente observados por sus compañeros. Más tarde, se levantó un prejuicio en contra del santo, a causa de los relatos que fueron publicados sobre estas maravillas. Viajó de un lugar a otro, predicando en Baviera, Sajonia y Polonia, y sus esfuerzos eran, en todas partes, acompañados por un gran renacimiento de la fe y la devoción. Cocleo de Nuremberg nos relata que "los que lo vieron allí lo describen como un hombre pequeño de cuerpo, enjuto, extenuado y con la piel pegada al hueso, pero entusiasta, fuerte y asiduo en el trabajo. Dormía con su hábito y se levantaba antes de la aurora, recitaba su oficio y celebraba luego la misa. Después de eso, predicaba en latín, que en seguida era traducido al pueblo por un intérprete." También visitaba a los enfermos que esperaban su llegada, poniéndoles las manos sobre la cabeza, rezando y tocándolos con una de las reliquias de San Bernardino.

La caída de Constantinopla a manos de los turcos, puso fin a esta campaña espiritual. Capistrano fue llamado para alentar a los defensores de occidente y para predicar una cruzada contra los infieles. Sus primeros esfuerzos en Baviera y aún en Austria encontraron poca respuesta y, a principios de 1456, la situación se hizo desesperada. Los turcos avanzaban para sitiar Belgrado y el santo, que por este tiempo había viajado a Hungría, reunido en consejo con el gran general Huniyades, vio con claridad que tendrían que depender principalmente del esfuerzo local. San Juan, personalmente, se extenuó predicando y exhortando al pueblo húngaro para levantar un ejército que pudiera enfrentarse al peligro amenazante y él mismo condujo a Belgrado más tropas que había podido reclutar. Muy pronto, los turcos estuvieron parapetados y el sitio empezó. Animados por las oraciones de Capistrano y su heroico ejemplo en el campo de batalla, y adecuadamente guiados por la experiencia militar de Huniyades, los soldados de la guarnición consiguieron al fin una abrumadora victoria. El sitio fue abandonado y la Europa occidental quedó a salvo, temporalmente, pero la putrefacción de miles de cadáveres que quedaron insepultos alrededor de la ciudad, provocó una epidemia que costó la vida, primero que a nadie, a Huniyades y después, un mes o dos más tarde, al mismo Capistrano, agotado por años de trabajo y austeridades y por las penalidades del sitio. Murió pacíficamente en

Villach, el 23 de octubre de 1456 y fue canonizado en 1724. Su fiesta fue general en 1890 para toda la Iglesia occidental y fue entonces trasladada al 28 de marzo.

El material biográfico más importante para la historia de San Juan Capistrano está publicado en el *Acta Sanctorum*, octubre, vol. x. Ver BHL., nn. 4360-4368, pero además de esto, existe considerable cantidad de nueva información referente a los escritos de San Juan, sus cartas, reformas y otras actividades, que ha sido publicada durante el siglo actual en el *Archivum Franciscanum Historicum* editado en Quaracchi; préstese particular atención a los escritos referentes a San Juan y los husitas en los volúmenes XV y XVI de la misma publicación. Este y otros materiales han sido usados por J. Hofer en el *St. John Capistran, Reformer* (1943), obra de gran valor y erudición.

SAN GONTRAN (592 P.C.)

GONTRÁN rey de Burgundia y de parte de la Aquitania, de 561 a 592, tuvo fama de haber sido muy popular entre su pueblo, que lo honró como santo después de su muerte; su nombre se encuentra en el Martirologio Romano. Pero sus títulos para reclamar la santidad difícilmente habrían obtenido una canonización formal en la actualidad. Casi todo lo que sabemos de él está sacado de las páginas de San Gregorio de Tours. Aunque lejos de ser un hombre disciplinado (se divorció de una esposa y mandó ejecutar a los médicos que no tuvieron éxito en la curación de otra), favoreció la celebración de tres sínodos para mejorar la disciplina del clero, dotó iglesias y monasterios y trató con justicia a sus súbditos.

Los capítulos relevantes de San Gregorio de Tours están publicados en el *Acta Sanctorum*, marzo, vol. III. Hay un excelente resumen en DCB., vol. II, pp. 820-822.

SAN TUTILO (*c.* 915 P.C.)

SAN TUTILO fue educado por Iso y Marcelo en el célebre monasterio benedictino de Saint-Gall, donde tuvo como compañeros a los beatos Notker, Bábulo y Ratperto. Los tres se hicieron monjes de la abadía, siendo Tutilo nombrado jefe de la escuela claustral, y Notker, bibliotecario. Bien parecido, elocuente y de mente ágil, San Tutilo fue un genio universal, ya que se le describe como poeta, orador, arquitecto, pintor, escultor, orfebre y mecánico. Sin embargo, su pasión era la música y podía tocar todos los instrumentos y enseñaba a hacerlo a los alumnos del monasterio. Aunque no compuso tropos litúrgicos, ciertamente los cultivó y estuvo probablemente asociado con su amigo Notker en la escritura de secuencias y en la adaptación de la letra del "Aleluya" final en el gradual. El rey Carlos el Grueso tenía una gran admiración por San Tutilo y consideró que era una lástima que tal genio estuviera escondido en el monasterio. El santo huía de la publicidad y cuando se le obligó a ir a grandes ciudades como Metz y Mainz, donde sus dotes artísticas eran muy apreciadas, se esforzó por no ser notado y se apartó de las lisonjas. Se oponía a adornar sus pinturas y esculturas con epigramas o lemas; existen todavía en Constanza, Metz, Saint-Gall y Mainz, pinturas atribuidas a él, pero de sus obras poéticas y musicales solamente se han publicado tres elegías y un himno. Murió alrededor del año 915 y fue sepultado en la capilla de Santa Catalina, cuyo nombre fue cambiado por el de San Tutilo en su honor.

Ver *Histoire Littéraire de la France*, vol. v, pp. 671-673; Wagner, *Einführung in die Gregor. Melod.*, vol. I, p. 282; L. Gauthier, *Hist. Poét. Liturg.*, vol. I (Tropes), pp. 35-36.

29: SANTOS JONAS Y BARAQUICIO, Mártires (327 p.c.)

PODEMOS citar aquí los hechos genuinos de los mártires San Jonás y San Baraquicio, relatados por un testigo ocular llamado Isaías, un armenio al servicio del rey Sapor II. Las versiones griegas contienen ciertas adiciones e interpolaciones, pero el texto sirio original ha sido publicado por Esteban Assemani y por Bedjan.

En el décimo octavo año de su reinado, Sapor, rey de Persia, emprendió una recia persecución contra los cristianos. Jonás y Baraquicio, dos monjes de Beth-Iasa, sabiendo que varios cristianos estaban sentenciados a muerte en Hubaham, fueron allí a alentarlos y servirlos. Nueve de ellos recibieron la corona del martirio. Después de la ejecución, Jonás y Baraquicio fueron aprehendidos por haber exhortado a los mártires a perseverar hasta morir. El presidente empezó instando a los dos hermanos y urgiéndoles a que obedecieran al rey de reyes, esto es, al monarca persa y a que adoraran al sol. Ellos contestaron que era más razonable obedecer al inmortal Rey de los cielos y la tierra que a un príncipe mortal. Baraquicio fue entonces arrojado a un estrecho calabozo, mientras que a Jonás se le detuvo y se le ordenó sacrificar a los dioses. Fue tendido en tierra boca abajo, con una aguda estaca bajo el cuerpo y azotado con varas. El mártir perseveró todo el tiempo en oración, así que el juez ordenó que se le arrojara a un estanque helado; pero tampoco esto produjo el menor efecto. Más tarde, el mismo día, se llamó a Baraquicio y se le dijo que su hermano había sacrificado. El mártir replicó que no era posible que hubiera rendido honores divinos al fuego, una creatura, y habló tan elocuentemente del poder y la grandeza de Dios, que los magos, asombrados, se dijeron unos a otros que si se le permitiera hablar en público, sus palabras arrastrarían a muchos al cristianismo. Decidieron, por lo tanto, de allí en adelante, llevar al cabo sus interrogatorios de noche. Entre tanto, lo atormentaron a él también.

A la mañana siguiente, a Jonás se le sacó del estanque y se le preguntó si no había pasado una noche muy incómoda. "No" replicó. "Desde el día en que vine a este mundo no recuerdo haber pasado una noche más tranquila, porque fue maravillosamente confortada con la memoria de los sufrimientos de Cristo." Los magos dijeron: "¡Tu compañero ha apostatado!" Pero el mártir, interrmpiéndolos, exclamó: "Yo sé que hace largo tiempo renunció al demonio y a su séquito". Los jueces le advirtieron que tuviera cuidado, no fuera a ser que pereciera abandonado de Dios y de los hombres, pero Jonás replicó: "Ya que pretendéis ser sabios, juzgad si no es más prudente sembrar el grano que almacenarlo. Nuestra vida es una semilla sembrada para volver a nacer en el mundo futuro, donde será renovada por Cristo en una vida inmortal". Continuó desafiando a sus verdugos y después de muchas torturas, fue prensado en un molino de madera hasta que sus venas reventaron y finalmente, su cuerpo fue despedazado con una sierra y sus mutiladas partes arrojadas a una cisterna. Se apostaron guardias para vigilar las reliquias a fin de que los cristianos no las robaran. Después de haber martirizado a Jonás en esta forma, se le aconsejó a Baraquicio, nuevamente, que salvara su propio cuerpo. Esta fue su respuesta: "Yo no armé este cuerpo, ni yo lo destruiré. Dios que lo hizo, lo restau-

rará y os juzgará a vosotros y a vuestro rey". Se le sujetó de nuevo a tormentos y finalmente, se le dio muerte, vertiéndole pez y azufre ardientes en la boca. Habiendo recibido noticia de su muerte, un viejo amigo compró los cuerpos de los mártires por 500 dracmas y tres vestiduras de seda, prometiendo no divulgar nunca la venta.

El texto sirio puede ser encontrado en S. E. Assemani, *Acta Sanctorum Martyrum Orientalium*, vol. I, con una traducción latina. Bedjan, en el siglo pasado, reeditó el texto, sin traducción, en su *Acta Martyrum et Sanctorum*, vol. II. La versión griega fue primero publicada por Delehaye en la *Analecta Bollandiana*, vol. XXII (1903), pp. 395-407, y después con una traducción latina en el vol. II de la *Patrologia Orientalis*, pp 421-439. Un relato hecho en el Synaxario es también de algón valor. Ver la edición de Delehaye del *Synax. Constant.*, cc. 567-570.

SANTOS MARCO, OBISPO DE ARETUSA y CIRILO, MÁRTIR (*c.* 365 P.C.)

LA IGLESIA oriental conmemora en este día a San Marco, obispo de Aretusa en el Monte Líbano. Baronio, en el Martirologio Romano, substituyó a San Cirilo de Heliópolis, excluyendo a Marco como a un maestro de dudosa ortodoxia. La confesión de fe de San Marco es en sí misma intachable, pero entre los anatemas que le siguen hay un pasaje ambiguo que puede fácilmente entenderse en sentido herético. Probablemente se debe a que ha sido incorrectamente transmitido y los bolandistas han vindicado la ortodoxia del obispo. De todas maneras, los encomios que le tributan San Gregorio Nazianceno, Teodoreto y Sozomeno al relatar sus sufrimientos, nos hacen concluir que aun cuando se manchó en algún tiempo con el semi-arrianismo, se adhirió en seguida a la estricta ortodoxia y expió completamente cualquier anterior vacilación.

Durante el reinado del emperador Constantino, Marco de Aretusa demolió un templo pagano y construyó una iglesia, convirtiendo a muchos a la fe cristiana. Al hacer esto, se granjeó el resentimiento de la población pagana, que, sin embargo, no pudo vengarse mientras el emperador fuera cristiano. Su oportunidad llegó cuando Juliano el Apóstata ocupó el trono y proclamó que todos aquellos que hubieran destruido templos paganos deberían reconstruirlos o pagar una fuerte multa. Marco, que no podía ni quería obedecer, huyó de la furia de sus enemigos, pero enterándose de que algunos de sus fieles habían sido aprehendidos, regresó y se entregó. El anciano fue arrastrado por los cabellos a lo largo de las calles, desnudado, azotado, arrojado en una sentina de la ciudad y después entregado al arbitrio de jóvenes escolares para que lo punzaran y desollaran con agudos estiletes. Ataron sus piernas con correas tan apretadas, que le cortaron la carne hasta el hueso, y le arrancaron las orejas con pequeños cordeles. Finalmente, lo untaron de miel y encerrándolo en una especie de jaula, lo suspendieron en alto al medio día, bajo los ardientes rayos del sol de verano, para que fuera presa de las avispas y moscones. Conservó tanta calma en medio de sus sufrimientos, que se mofó de sus verdugos por haberlo elevado más cerca del cielo, mientras ellos se arrastraban sobre la tierra. A la larga, la furia del pueblo se tornó en admiración y lo dejaron en libertad, en tanto que el gobernador acudía a Juliano para recabar su perdón. Eventualmente, el emperador lo concedió, diciendo que no era su deseo dar mártires a los cristianos. Aún el retórico pagano, Libanio, parece haberse dado cuenta de que la crueldad que provocó tal heroismo solamente fortaleció la causa cristiana, e

imploró a los perseguidores que desistieran en su persecución. Nos cuenta el historiador Sócrates que la población de Aretusa quedó tan impresionada con la fortaleza del obispo, que muchos pidieron ser instruidos en una religión capaz de inspirar tal firmeza, y que muchos de ellos abrazaron el cristianismo. Así, Marco fue dejado en paz hasta el fin de su vida y murió durante el reinado de Joviano o el de Valente. San Cirilo fue diácono de Heliópolis, ciudad cercana al Líbano. Durante el reinado de Constancio, destruyó muchos ídolos y se mereció el odio de la población pagana. Al advenimiento de Juliano, los paganos se lanzaron contra él y le dieron muerte, desgarrándole el vientre y, según se cuenta, devorándole el hígado.

Ver el *Acta Sanctorum,* marzo, vol. III, y Delehaye, *Synax. Constant.,* pp. 565-568.

SAN BERTOLDO (*c.* 1195 P.C.)

SEGÚN autoridades posteriores e indignas de confianza, San Bertoldo nació en Limoges y estudió teología en París, donde fue elevado al sacerdocio. Con su pariente Aimerico, que después llegó a ser patriarca latino de Antioquía, acompañó a los cruzados hacia el oriente y, se encontraba en Antioquía en el tiempo en que ésta fue sitiada por los sarracenos. Se dice que tuvo una revelación divina, por la que se le dio a conocer que el sitio de la población era un castigo por los pecados y especialmente por la vida licenciosa de los soldados cristianos. Bertoldo se ofreció en sacrificio e hizo voto de que si los cristianos eran salvados de ese gran peligro, dedicaría el resto de su vida al servicio de la Santísima Virgen. En una visión se le apareció Nuestro Señor acompañado de Nuestra Señora y San Pedro, llevando en sus manos una gran cruz luminosa; el Salvador se dirigió a Bertoldo y le habló de la ingratitud de los cristianos, en pago por todas las bendiciones que habían llovido sobre ellos. Debido a las insistencias y advertencias del santo, los ciudadanos y los soldados fueron movidos a penitencia. Aunque estaban débiles por los ayunos y privaciones, salieron completamente victoriosos cuando tuvo lugar el siguiente asalto y la ciudad y el ejército fueron liberados. Todo esto, sin embargo, es una leyenda.

Lo cierto es que por los esfuerzos de un Bertoldo, pariente del patriarca Aimerico, se formó una congregación de sacerdotes en el Monte Carmelo. Se dice que Bertoldo llevó a su comunidad muchos de los dispersos ermitaños latinos que habían habitado anteriormente en la comarca. Más aún, gracias a su desprendimiento y santidad, fue un ejemplo para la Orden de los Carmelitas, de la que es llamado a menudo fundador. Parece haber sido probablemente su primer superior, y haber sido alentado por Aimerico, quien nunca fue, como se ha afirmado, legado de la Santa Sede. La vida de Bertoldo transcurrió, en gran parte, en la oscuridad y no hay mucho que relatar acerca de él, excepto el haber emprendido la construcción y reconstrucción de edificios monásticos y el haberlos dedicado en honor del profeta Elías. Así lo informó después Pedro Emiliano al rey Eduardo I de Inglaterra, en una carta fechada en 1282. San Bertoldo gobernó la comunidad por cuarenta y cinco años y parece haber permanecido allí hasta el tiempo de su muerte, que ocurrió alrededor del año 1195.

El padre Papebroch el bolandista, escribiendo en el *Acta Sanctorum,* marzo, vol. III, sostenía que San Bertoldo fue el primer superior de la orden

carmelitana y que los ermitaños que él reunió a su alrededor no tenían más comunicación con Elías, que el hecho de haber vivido cerca del Monte Carmelo y haber venerado su memoria. Esta afirmación llevó a una deplorable y acre controversia que ya ha durado más de dos siglos, pero todos los estudiosos están de acuerdo en que la opinión del bolandista estaba plenamente justificada. Falta evidencia histórica que pueda establecer cualquier clase de continuidad entre el grupo de ermitaños carmelitas de San Bertoldo y los "Hijos de los Profetas".

Ver B. Zimmerman, *Monumenta Historica Carmelitana*, pp. 269-276, en la *Catholic Encyclopedia*, vol. III, pp. 354-356, y an DTC., vol. II, cc. 1776-1792; el *Acta Sanctorum*, marzo, vol. III; *Analecta Ord. Carmel*, vol. III, pp. 267-368 ss; C. Kopp, *Elias und Christentum auf dem Karmel* (1929); y Fr. François, *Les plus vieux téxtes du Carmel* (1945).

SAN LUDOLFO, Obispo de Ratzeburgo (1250 p.c.)

Aunque en realidad San Ludolfo no murió por la fe, es a menudo honrado como mártir, porque soportó pacientemente la persecución, la desgracia y el destierro por la expansión y libertad de la Iglesia. Fue canónigo regular de la Orden Premonstratense y se le eligió obispo de Ratzeburgo en 1236. Continuó llevando la vida de un monje y dio la regla de San Norberto a su capítulo catedral; construyó y dotó al monasterio benedictino para monjas de Rehna, que por largo tiempo conservó y veneró su memoria. Tuvo a menudo dificultades con el duque Alberto de Sachsen-Lauenberg, que lo encarceló, maltrató y finalmente lo desterró. En Wismar, sin embargo, fue recibido, y atendido hospitalariamente por el duque Juan el Teólogo. Murió en 1250, a resultas del mal trato recibido con anterioridad. San Ludolfo fue canonizado en el Siglo XIV y es venerado en Wismar y en Mecklenburg.

Ver *Acta Sanctorum*, marzo, vol. III, y el *Kirchenlexikon*, s. v. Ratzeburg.

30: SAN REGULO, Obispo de Senlis (*c.* 250 p.c.)

San Regulo es el patrono de la ciudad y diócesis de Senlis, de donde se dice que fue el primer obispo. Probablemente vivió en el siglo III, ya que se habla de él como contemporáneo de otros santos que se sabe florecieron en esa época. La catedral de Senlis fue quemada y con ella desaparecieron todos sus archivos, incluyendo los antiguos registros de los primeros obispos. Según algunos relatos apócrifos, San Régulo fue convertido por San Juan Evangelista y acompañó a San Dionisio Areopagita a Francia, donde, como obispo de Arles, gobernó a los fieles de la colonia cristiana fundada por San Trófimo. Fue después a París en busca de las reliquias de los mártires San Dionisio, San Rústico y San Eleuterio; después emprendió la conversión del pueblo de Senlis. Posiblemente hubo dos obispos con el nombre de Régulo, uno de Arles y el otro de Senlis; y sus historias han sido confundidas; pero en cualquier caso, la relación con San Juan Evangelista es ciertamente una ficción.

Ver el *Acta Sanctorum*, marzo, vol III, BHL., nn. 7106-7109; Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. III, pp. 117 y 147.

SAN JUAN CLIMACO, ABAD (c. 649 P.C.)

"LA ESCALA al Paraíso" fue un libro inmensamente popular en la Edad Media que logró para su autor, Juan el Escolástico, el sobrenombre de "Clímaco", por el que es generalmente conocido. El origen del santo se pierde en la oscuridad, pero posiblemente fue originario de Palestina y se dice que fue discípulo de San Gregorio Nazianceno. A la edad de dieciséis años, se unió a los monjes establecidos en el Monte Sinaí. Después de cuatro años que pasó probando su virtud, el joven novicio profesó y fue puesto bajo la dirección de un hombre santo llamado Martirio. Guiado por su padre espiritual, dejó el monasterio y se instaló en una ermita cercana aparentemente para acostumbrarse a dominar la tendencia a perder el tiempo en ociosas conversaciones. Al mismo tiempo, nos dice que, bajo la dirección de un director prudente, logró salvar obstáculos que no habría podido vencer si hubiera intentado hacerlo por sí solo. Tan perfecta fue su sumisión, que tuvo por regla nunca contradecir a nadie ni discutir cualquier argumento que sostuvieran aquellos que lo visitaban en su soledad. Después de la muerte de Martirio, cuando San Juan tenía treinta y cinco años de edad, abrazó por completo la vida eremítica en Thole, un lugar solitario, pero suficientemente cercano a una iglesia que le permitiera a él y a los otros monjes y ermitaños de la región poder asistir los sábados y domingos al oficio divino y a la celebración de los santos misterios. En este retiro, el santo pasó cuarenta años, adelantando más y más en el camino de la perfección. Leía la Biblia con asiduidad, así como a los Padres y fue uno de los santos más eruditos del desierto; pero todo su propósito era ocular sus talentos y esconder las gracias extraordinarias con que el Espíritu Santo había enriquecido su alma. En su determinación de evitar toda singularidad, tomó parte en todo aquello que era permitido a los monjes de Egipto, pero se alimentaba tan frugalmente, que más parecía probar los alimentos que comerlos. Su biografía refiere con admiración que era tan intensa su compunción, que sus ojos parecían dos fuentes que nunca cesaran de manar lágrimas y que en la caverna, a la que él acostumbraba retirarse para orar, las rocas resonaban con sus quejas y lamentaciones.

Era sumamente solicitado como director espiritual. Ciertamente en una ocasión alguno de los monjes, sus compañeros, ya fuera por celos o quizás justificadamente, le criticaban por perder el tiempo en infructuosos discursos. Juan aceptó la acusación como un caritativo consejo y se impuso un riguroso silencio en el que perseveró cerca de un año. La comunidad entera le pidió que volviera a ocuparse en dar consejo a los demás y que no ocultara los talentos que había recibido; de esta suerte, él continuó impartiendo sus enseñanzas y llegó a ser considerado como otro Moisés en aquel santo lugar, "ya que subió al monte de la contemplación y habló con Dios, cara a cara, para después bajar a los suyos, llevando las tablas de la Ley de Dios, su escala de la perfección." Esta obra, que escribió a petición de Juan, abad de Raithu, consta de treinta capítulos que ilustran los treinta grados para alcanzar la perfección religiosa, desde el primer peldaño de la renunciación, que descansa en los tres pilares de la inocencia, la mortificación y la templanza, hasta el trigésimo y último escalón, en el que están sentadas las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad. Su obra trata primero de los vicios y después de las

virtudes y está escrita en forma de aforismos o frases, ilustradas por muchas curiosas anécdotas de la vida monástica.

Se nos dice que Dios le concedió una gracia extraordinaria para curar los desórdenes espirituales de las almas. Entre otros a quienes él ayudó, hubo un monje llamado Isaac, llevado casi al borde de la desesperación por las tentaciones de la carne. Juan se dio cuenta de la lucha que sostenía y después de elogiar su fe, dijo: "Hijo mío, acudamos a la oración". Se postraron ambos en humilde súplica y, desde aquel momento, Isaac quedó libre de sus tentaciones. Otro discípulo, cierto Moisés, que parece en algún tiempo haber vivido cerca del santo, después de acarrear tierra para plantar legumbres, fue vencido por la fatiga y se durmió bajo el ardiente sol, al amparo de una gran roca. Repentinamente fue despertado por la voz de su maestro y se precipitó hacia adelante, justo a tiempo para evitar el ser aplastado por un alud de piedras. San Juan, en su soledad, tuvo conocimiento del peligro que lo amenazaba y había estado rogando a Dios por su seguridad.

El buen hombre tenía entonces setenta años de edad, pero a la muerte del abad de Monte Sinaí, fue unánimemente escogido para sucederle. Poco después, durante una gran sequía, la gente acudió a él como a otro Elías, rogándole que intercediera ante Dios por ellos. El santo encomendó su desgracia al Padre de las Misericordias y una abundante lluvia contestó a sus oraciones. Tal era su reputación, que San Gregorio el Grande, que ocupaba entonces la Silla de San Pedro, escribió al santo abad pidiéndole sus oraciones y enviándole camas y dinero para el uso de los numerosos peregrinos que acudían al Monte Sinaí. Durante cuatro años, San Juan gobernó a los monjes con tino y prudencia. Sin embargo, había aceptado el cargo con cierta renuencia y encontró manera de renunciar a él poco antes de su muerte. Había llegado a la edad de ochenta años, cuando entregó su alma en la ermita que le había sido tan querida. Jorge, su hijo espiritual, que le había sucedido como abad, rogó al santo agonizante que no permitiera que ellos dos se separaran. Juan le aseguró que sus oraciones habían sido oídas y el discípulo siguió a su maestro en el lapso de pocos días. Además del "Climax" como se titula su "Escala al Paraíso" tenemos otra obra de San Juan: una carta escrita al abad de Raithu, en la que describe las obligaciones de un verdadero pastor de almas. En el arte, Juan es siempre representado con una escalera.

Aun cuando existe un antiguo documento, llamado *Vida de San Juan Clímaco*, escrito por Daniel, un monje de Raithu, no contiene, de hecho, más de lo que se encuentra en el *Synax. Constant.* Todo el relato es muy obscuro y la nota de F. Nau en el *Bizantinische Zeitchrift*, vol. XI (1902), pp. 35-37, debe aceptarse con gran reserva en vista de la crítica de L. Petit, en DTC., vol. VIII, cc. 690-692. Este último artículo hace probable que Juan se haya casado durante su juventud y solamente se hizo monje a la muerte de su esposa. Lo contenido en tales obras, como DCB., y *Kirchenlexikon* principalmente, extienden un poco más los escasos datos proporcionados por Daniel. Ver también *Echos d'Orient.*

SAN ZOSIMO, Obispo de Siracusa (*c.* 660 p.c.)

Los padres de San Zósimo fueron terratenientes sicilianos que dedicaron a su pequeño hijo al servicio de Santa Lucía y lo colocaron, cuando tenía siete años, en un monasterio que llevaba el nombre de la santa, cercano a Siracusa y no lejos de su hogar. Allí su principal ocupación parece haber sido la de cuidar de

las reliquias de la santa. La obligación no iba con la manera de ser del niño, acostumbrado como estaba a la vida al aire libre de la granja y, una vez, cuando el abad Fausto le impuso una tarea especialmente desagradable, huyó a su casa. Fue devuelto con humillación y la enormidad de su ofensa le abrumaba. Esa noche, en sueños, vio a Santa Lucía levantarse de su santuario y ponerse de pie junto a él, con un semblante de enojo. Mientras yacía atemorizado, apareció a un lado la hermosa figura de Nuestra Señora que intercedía por él y prometía, en su nombre, que nunca haría de nuevo tales cosas. Al transcurrir el tiempo, Zósimo se adaptó más a la vida del claustro; las visitas a su hogar se hicieron cada vez más raras y más breves y se acostumbró al régimen regular de oración, alabanza y contemplación, de los demás monjes.

Durante treinta años vivió casi olvidado. Entonces murió el abad de Santa Lucía y hubo gran incertidumbre y discusión sobre la elección de un sucesor. Finalmente, los monjes acudieron al obispo de Siracusa y le suplicaron que hiciera el nombramiento por ellos. El prelado, después de examinarlos a todos atentamente, preguntó si no quedaba otro monje perteneciente al convento. Entonces se acordaron del hermano Zósimo, a quien habían dejado al cuidado del santuario y de la puerta. Se envió a buscarlo y no bien el obispo puso sus ojos en él, exclamó: "He aquí al que ha escogido el Señor". De esta suerte, Zósimo fue nombrado abad y unos días más tarde, el obispo le ordenó de sacerdote. Su biógrafo cuenta que gobernó el monasterio de Santa Lucía con tal sabiduría, amor y prudencia, que superó a todos sus predecesores y a todos sus sucesores. Cuando la sede de Siracusa quedó vacante, en 649, el pueblo eligió a Zósimo, quien, sin embargo, no quiso ser elevado a tal dignidad, en tanto que el clero elegía a un sacerdote llamado Vanerio, hombre vano y ambicioso. Se acudió al Papa Teodoro, que se decidió por Zósimo y lo consagró. Durante su episcopado, el santo fue notable por su celo en la enseñanza del pueblo y por su generosidad con los pobres; pero es difícil juzgar el valor histórico de las anécdotas que se cree fueron compiladas por un biógrafo contemporáneo. San Zósimo murió alrededor del año 660, a una edad cercana a los noventa años.

Hay una vida en latín, corta y fragmentaria, publicada en el *Acta Sanctorum*, marzo, vol. III. Ver también Cayetano, *Vitae Sanctorum Sicul.*, vol. I, pp. 226-231 y notar 181-183. Gams lo describe como un benedictino, pero no es así; Mabillon dice que fue un "basilio".

EL BEATO DODO (1472 P.C.)

A PESAR de su evidente vocación a la vida religiosa, el Beato Dodo fue obligado por sus padres a contraer matrimonio. Sin embargo, a la muerte de su padre, pudo llevar al cabo sus aspiraciones, ya que su esposa y su madre se retiraron a un convento y él quedó libre para unirse a los monjes premonstratenses. Con el permiso del abad, se retiró después a un lugar solitario, donde vivió durante cuatro años, teniendo como únicos visitantes a los malos espíritus que se esforzaban en tentarlo. Se trasladó a otro lugar en Frieslandia, llamado Asch o Hasch, donde redobló sus austeridades. Estaba un día postrado ante el crucifijo, cuando la imagen le habló, diciéndole que él debía permanecer largo tiempo sobre la cruz. Poseyó el don de curaciones y muchos enfermos recobraron la salud por sus manos. Siendo de muy avanzada edad, murió

aplastado por una pared y se dice que después de su muerte, se le encontraron las llagas de Nuestro Señor sobre su cuerpo. Este primer caso de estigmatización es interesante, porque posiblemente es anterior al de San Francisco; pero es muy probable que las heridas hayan sido causadas por las piedras que le cayeron encima. El relato que dice que Dodo indujo a los frisios a abandonar un gran número de sus salvajes costumbres paganas, puede referirse a algún otro del mismo nombre. Como anacoreta, él, habría tenido apenas ocasión de intervenir, como dice la leyenda que lo hizo, para evitar la práctica de conservar insepultas las víctimas de asesinato, hasta haberse tomado veganza en los asesinos o en algunos miembros de sus familias.

Ver el *Acta Sanctorum*, marzo, vol. III. Referente a los estigmas, cf. P. Thurston en *The Month*, julio 1919, pp. 39-50.

BEATO AMADEO IX DE SABOYA (1472 P.C.)

AMADEO IX, que como su antecesor, Humberto III, consiguió después la beatificación, fue hijo del duque Luis I de Saboya y de Ana de Chipre y nieto del antipapa Félix V. Amadeo nació en Thonon, en 1435, y fue prometido, en la cuna, a Yolanda, hija de Carlos VII de Francia, cimentando así la paz entre los dos países. Se le describe de agradable aspecto, de gran cultura y dotado de gracias espirituales excepcionales; desgraciadamente, sufrió durante toda su vida graves ataques de epilepsia, que en ocasiones lo dejaron postrado e incapacitado del todo. Su matrimonio, que tuvo lugar en 1451, fue muy feliz, pero casi todos sus cuatro hijos y dos hijas murieron muy jóvenes. En la provincia de Brescia, que le fue dada como heredad, vivió una vida agradable y apartada, lejos de las preocupaciones y tumultos de la corte; pero a la muerte de su padre, fue llamado para asumir el gobierno de Saboya y del Piamonte. Fue un gobernante clemente, pero ineficaz para suprimir el soborno y para impedir que los ricos oprimieran a los pobres. Por cierto, en los casos que se le presentaban personalmente, estaba tan dispuesto a defender a los débiles, que el duque Galeazzo de Milán, bromeando, dijo en cierta ocasión, que si bien en el resto del mundo era mejor ser rico que pobre, en el ducado de Saboya se favorecía a los mendigos y a los ricos se les trataba duramente.

Amadeo no podía resistirse a dar limosnas a todo el mundo y, después de haber agotado el contenido de su talega, se deshacía de su propia ropa y de cualquier cosa que llevara. Se dice que en cierta ocasión, desbarató el collar que llevaba y distribuyó las piedras. Cierta vez que un embajador se había estado jactando en gran manera de las numerosas jaurías de perros de caza de diferentes razas que su amo poseía, el duque le condujo a una terraza, fuera del palacio, donde había numerosas mesas en las que los pobres de la ciudad estaban recibiendo de comer. "Estas son mis jaurías y mis perros de caza", dijo. "Con la ayuda de estos pobres, yo salgo a caza de la virtud y persigo el Reino de los Cielos". El embajador objetó que algunos de aquellos menesterosos eran viciosos e indignos, tan sólo vagos e hipócritas. "Yo no los juzgaría tan severamente", replicó Amadeo con gentileza, "para que Dios no me juzgue de esa manera a mí y me niegue su bendición". Aborrecía la blasfemia y no retenía en su servicio al que usara lenguaje profano. Era muy espléndido en sus limosnas y, sin embargo, los recursos económicos del Estado no menguaban. Por el contrario, debido a su prudente administración, las

deudas adquiridas por sus predecesores fueron pagadas y el erario, que él había encontrado vacío, fue colmado y pudo dotar a tres de sus hermanas para el matrimonio, sin incurrir en deudas o exigir nuevos impuestos. En su vida privada era extremadamente austero y, lejos de permitirse ciertas comodidades con el pretexto de su mala salud, decía, por el contrario, que estaba obligado a ayunar por esa misma razón. Empezaba cada día meditando en privado y oyendo misa; se dice que frecuentaba los sacramentos con más constancia de lo que era habitual en aquella época. Como todos los hombres verdaderamente magnánimos, no guardaba rencor a aquellos que lo trataban mal. El había sido provocado muchas veces por los Sforza de Milán; pero, cuando, a la muerte del duque Francisco, el hijo de éste, Galeazzo, en su prisa por llegar a Milán desde el Delfinado, fue arrestado al tratar de cruzar de incógnito la Saboya, Amadeo lo trató con honor y le proporcionó una escolta que lo condujera a Milán. Tiempo después, el ingrato Galeazzo lo atacó, pero Amadeo puso fin a la guerra y se ganó su amistad; concediéndole a su hermana Bona en matrimonio. Debe confesarse que algunos historiadores juzgan su política menos favorablemente y sostienen que su actitud conciliadora trajo como resultado que Saboya se convirtiera en un centro de continua lucha. Sus hermanos se rebelaron en su contra varias veces, pero él siempre los perdonó y los disculpó. A causa de su enfermedad, Amadeo renunció al gobierno en favor de su esposa, pero sus súbditos se rebelaron y él mismo fue hecho prisionero hasta que su cuñado, el rey Luis XI, lo rescató. Aun cuando contaba sólo treinta y siete años, su enfermedad había minado sus fuerzas y reconoció que su fin se acercaba. Habiendo exhortado a sus hijos y nobles cortesanos con las palabras que con frecuencia aparecen en imágenes del santo: "Sed justos; amad a los pobres y el Señor dará la paz a vuestras tierras", el beato Amadeo entregó su alma a Dios, el 30 de marzo de 1472. Fue beatificado en 1677.

Ver el *Acta Sanctorum*, marzo, vol. III; J. E. Gonthier, *Oeuvres Historiques*, vol. III, pp. 95-121; E. Fedelini, *Les Bienheureux de la Maison de Savoie* (1925).

BEATO LEONARDO MURIALDO, Fundador (1900 p.c.)

Leonardo Murialdo fue hijo de los nobles y acaudalados turinenses Leonardo Murialdo y Teresa Rho, y nació el 26 de octubre de 1828, en Turín, Italia.

Recibió una esmerada y piadosa educación de su madre, pues ella quedó viuda cuando Leonardo sólo tenía ocho años de edad, y de los padres escolapios, en cuyo colegio tuvo que sufrir la persecución de que le hicieron objeto algunos malévolos compañeros, que veían con malos ojos su virtuosa conducta.

Convencido de que Dios lo llamaba al sacerdocio, tomó muy en serio el prepararse a ser un digno ministro de Dios, hasta conseguir primero el grado de doctor en teología, y luego el perfeccionarse en las materias eclesiásticas y en la vida espiritual, mediante viajes de estudio al extranjero, sobre todo al seminario de San Sulpicio de París.

Al principio de su carrera sacerdotal ayudó en la enseñanza del catecismo a su primo el teólogo Roberto Murialdo. "No me hice sacerdote para el descanso, sino para el trabajo", decía a quienes le aconsejaban una actividad menos agobiante.

San Juan Bosco descubrió las bellas cualidades de Leonardo y lo invitó a

ser también su colaborador en favor de la niñez, cosa que él aceptó gustoso, no sólo con su persona, sino empleando sus recursos pecuniarios con generosidad durante catorce años.

Al regresar de uno de aquellos viajes de estudio, se encontró con el nombramiento de director de un colegio para niños pobres llamado de "Los Artesanitos", que al parecer debía desempeñar en forma provisional, pero que realmente se prolongó por treinta y cuatro años y durante el cual vio la necesidad de rodearse de otros colaboradores. Su tarea culminó en la fundación de la sociedad religiosa de los josefinos.

Una gran cruz, que pesó largos años sobre los hombros del Beato Leonardo fue la administración económica de "los Artesanitos", pues no se contaba con el dinero suficiente, y cada día se presentaba el problema del modo cómo allegar medios para alimentarlos.

San Juan Bosco y otros personajes animaron al teólogo Murialdo a poner las bases de la congregación religiosa que hacía falta, la de los Josefinos, y él, dócilmente, redactó sus constituciones, cuyo lema, podría decirse que les dejó en esta frase: "Hacer y callar".

Sus virtudes más notables fueron, el celo por el bien de los niños pobres, a quienes educaba y hacía educar de un modo paternal, sólido, profundamente religioso y para la vida práctica; la humildad y la oración.

Murió el 30 de marzo de 1900. Fue beatificado por Su Santidad Paulo VI el día 5 de octubre de 1963.

Ver Actas de la Beatificación en *Acta Apost. Sedis*, vol. CCXII, pp. 820-828.

31: SANTA BALBINA, VIRGEN (Fecha desconocida)

EN EL Martirologio Romano leemos lo siguiente: "En Roma, Santa Balbina, virgen, hija de San Quirino, mártir, que fue bautizada por el Papa Alejandro y escogió a Cristo como su esposo en santa virginidad; después de terminar su curso en este mundo, fue sepultada en la Vía Apia, cerca de su padre". Este relato, desgraciadamente, depende de la inserción completamente gratuita del martirologista Ado, quien tomó ciertos detalles de las "Actas del Papa Alejandro", que Beda prudentemente pasó por alto, y usó los nombres de Quirino, Teodora y Balbina para llenar tres nombres dejados en blanco en el mes de marzo. Las así llamadas "Actas de Balbina" son meramente un tardío plagio de las actas de Alejandro. Todo lo que sabemos es que a mitad del camino entre la Vía Apia y la Vía Ardeatina, hubo un monasterio de Balbina, probablemente llamado así, porque fue construído en las propiedades de una dama cristiana, llamada Balbina. Por otra parte, parece que hubo una Balbina, llamada hija de Quirino, pero no puede haber sido la misma, ya que la primera vivió en época muy anterior y fue sepultada en la catacumba de Pretextato. Balbina fue honrada en una pequeña iglesia del siglo IV, en el Aventino, que llevó su nombre, pero es difícil determinar de cuál Balbina se trataba.

La fabulosa historia de Santa Balbina está publicada en el *Acta Sanctorum*, marzo, vol. III, pero está sacada de las *Actas de Alejandro*, en una versión en la que Balbina es

presentada como mártir. Ver también Dom Quentin, *Les martyrologes historiques*, especialmente pp. 113 y 490; Leclercq en DAC., vol. II, pp. 137-157; y J. P. Kirsch, *Die Römischen Titelkirchen im Altertum*, pp. 94-96.

SAN ACACIO, OBISPO (Siglo III)

ALGUNOS DICEN que Acacio fue obispo de Antioquía, en Pisidia, y otros que fue de Melitene, en Armenia menor; otros opinan que ni siquiera fue obispo. Sin embargo, se conserva un relato de su juicio, en un documento cuyo original griego se ha perdido. Según este documento, Acacio fue un poderoso sostén de los cristianos de Antioquía, y, como tal, fue llevado ante el agente consular Marciano. Acacio aseguró que los cristianos eran súbditos leales al emperador y que rezaban a menudo por él, pero cuando se le invitó a un acto de culto al mismo emperador, él se rehusó.

De ahí se originó una discusión entre Marciano y Acacio que abarcó a los serafines, mitología greco-romana, la Encarnación, la moralidad de los dálmatas, la naturaleza de Dios y la religión de los catafrigios. Al ordenársele que acompañara al oficial a sacrificar en el templo de Júpiter y Juno, Acacio replicó: "Yo no puedo ofrecer sacrificios a alguien que está enterrado en la Isla de Creta. ¿O es que ha resucitado?" Entonces Marciano lo acusó de hechicería y quiso saber quiénes eran los amigos que lo ayudaban; y a la respuesta de Acacio de que todo provenía de Dios y que la hechicería era odiosa a los cristianos, objetó que estos debían ser hechiceros, ya que habían inventado una religión. "Vosotros fabricáis vuestros dioses y les teméis, nosotros los destruímos", respondió Acacio. "Cuando no hay albañiles o estos no tienen cantera, entonces vosotros no tenéis dioses. Nosotros tenemos a nuestro Dios, pero nosotros no lo hicimos; El nos hizo porque es nuestro hacedor. Y nos ama porque es padre y en su bondad, El nos ha arrebatado a la muerte eterna".

Finalmente se obligó a Acacio a descubrir los nombres de otros cristianos bajo pena de muerte y él se negó: "Estoy siendo juzgado y me pedís nombres. Si no podéis vencerme a mí solo, ¿pensáis tener éxito con otros? ¿Queréis nombres? ¡Muy bien! Me llamo Acacio y he recibido el sobremonbre de Agatángelo ("buen angel"). Haced lo que queráis". Acacio fue entonces devuelto a la prisión y los resultados del proceso fueron enviados al emperador Decio quien, se nos dice, no pudo reprimir una sonrisa al leerlos. El resultado fue que Marciano fue promovido a la legación de Panfilia y Acacio recibió el perdón imperial, acontecimiento interesante y desusado.

San Acacio es llamado mártir, pero no hay evidencia de que en realidad haya sido condenado a morir por la fe, lo que explica que no haya recibido culto alguno en occidente; pero su nombre figura en los calendarios orientales en el 31 de marzo y en otras fechas.

El *Acta Disputationis* (propiamente llamada así), se encuentra en el *Acta Sanctorum* de marzo, vol. III y en Ruinart. El padre Delehaye cataloga estos documentos como de tecera categoría, i.e. como un bordado de lo que fue en otro tiempo un documento digno de confianza: ver sus, *Les Passions des Martyrs*. Ver también Allard, *Histoire des Persécutions*, vol. II y J.Weber, *De Actis S. Achatii* (1913); pero cf. el juicio desfavorable pronunciado por Delehaye en la disertación de Weber en *Analecta Bollandiana*, vol. XXXIII (1914), pp. 346-347.

SAN BENJAMIN, Mártir (*c.* 421 p.c.)

El rey Yezdigerd, hijo de Sapor II, puso fin a la cruel persecución de los cristianos que había sido llevada al cabo en Persia durante el reinado de su padre, de modo que la Iglesia había gozado de la paz por doce años, cuando un obispo llamado Abdas, con un celo mal entendido, incendió el Pireo, o templo del fuego, principal objeto del culto de los persas. El rey amenazó con destruir todas las iglesias de los cristianos, a menos que Abdas reconstruyera el templo. Este se rehusó a hacerlo; el rey lo mandó matar e inició una persecución general que se intensificó bajo el reinado de su hijo Varanes y que duró cuarenta años. Teodoreto, que en ese tiempo vivía en las cercanías, hace un espantoso relato de las crueldades practicadas.

Uno de los primeros mártires fue un diácono llamado Benjamín. Después de que éste fue golpeado, estuvo encarcelado durante un año, pero un embajador del emperador en Constantinopla obtuvo su libertad, prometiendo bajo su responsabilidad que el santo se abstendría de hablar acerca de su religión. Benjamín, sin embargo, declaró que él no podía cumplir tal condici6n y, de hecho, no perdió oportunidad de predicar el Evangelio. Fue de nuevo aprehendido y llevado ante el rey. En el juicio, su única respuesta a la acusación fue preguntar al monarca qué pensaría de un súbdito que faltase a su fidelidad y se levantara en armas contra él. El tirano ordenó que se le encajaran cañas entre uña y carne y en las partes sensibles de su cuerpo y que posteriormente se las sacaran. Después de haber repetido esta tortura varias veces, le atravesaron las entrañas con una estaca nudosa, con el fin de rasgarlo y despedazarlo. El mártir expiró en medio de la más terrible agonía.

Además de Teodoreto (Historia Eclesiástica, vol. I, c. 38), cuya fuente está reproducida en el *Acta Sanctorum*, marzo, vol. III, un relato de esos mártires ha sido conservado tanto entre los sirios como entre los armenios. Ver Peeters en la *Analecta Bollandiana*, vol. XXVIII (1909), pp. 399-415, que arroja una gran luz sobre ciertas incongruencias en la narración y que muestra que Teodoreto había probablemente usado un original sirio. Cf. también el *Historisches Jahrbuch* vol. XXXIV (1913), pp. 94 ss.; y Labourt *Le Christianisme dans l'Empire pérse*, pp. 105-112.

SAN GUIDO DE POMPOSA, Abad (1046 p.c.)

San Guido nació cerca de Ravena y sus padres estaban orgullosos de él. Principalmente para agradarlos, fue muy cuidadoso en su aspecto exterior y en su vestimenta. Sin embargo, una vez, fue severamente castigado por esta forma de vanidad. Fue a Ravena, donde se celebraba la fiesta patronal de San Apolinar, y, despojándose de sus finas ropas, las dio a los pobres y se vistió las más andrajosas que pudo encontrar. Para vergüenza de sus padres, partió hacia Roma con esta indumentaria y, durante su permanencia allí, recibió la tonsura. Por inspiración divina se puso bajo la dirección de un ermitaño llamado Martín, que vivía en una islita en el río Po. Durante tres años permanecieron juntos y después, el solitario lo envió a la abadía de Pomposa, cerca de Ferrara, para que aprendiera la vida monástica en una gran comunidad. Ese monasterio y el de San Severo, en Ravena, estaban en realidad bajo la dirección del ermitaño, que decidía el nombramiento de los superiores.

Los sobresalientes méritos de Guido fueron tales, que mereció altos cargos,

y llegó a ser abad, primero de San Severo y después de Pomposa, por nombramiento de Martín, confirmado por la votación de los monjes. Su reputación arrastró a muchos (incluyendo a su padre y a su hermano) a unirse a la comunidad, de suerte que el número de monjes fue duplicado y se hizo necesario que Guido construyera otro monasterio para acomodarlos a todos. Después de un tiempo, delegó a otros la parte administrativa de su oficio y se concentró en el aspecto puramente espiritual, especialmente en la dirección de las almas. En ciertas épocas del año, acostumbraba retirarse a una celda, distante aproximadamente cinco kilómetros de la abadía, donde llevaba una vida de tan intensa devoción e inquebrantable abstinencia, que parecía sostenerse con el ayuno y la oración. Especialmente durante la Cuaresma, trataba su cuerpo con tal severidad, que sus torturas podrían difícilmente superarse y aún así, era extraordinariamente tierno con los monjes, que le tenían gran devoción. San Pedro Damián, que a petición suya, dio lecciones de Sagrada Escritura en la abadía de Pomposa durante dos años, dedicó a San Guido su libro *De Perfectione Monachorum*. A pesar de haber sido un santo, Guido no escapó a la persecución. Por alguna razón, Heriberto, arzobispo de Ravena, concibió un odio acerbo contra él y se decidió en verdad a destruir su monasterio. Advertido del ataque que se aproximaba, la única medida de defensa del abad fue un ayuno de tres días en compañía de toda su comunidad. Cuando el arzobispo y sus soldados llegaron a las puertas de la abadía, Guido salió a recibirlos, y con el mayor respeto y humildad, los condujo a la iglesia. El corazón de Heriberto se conmovió: pidió perdón al abad, y prometió protegerlo de allí en adelante. Al final de su vida, San Guido se retiró a la soledad, pero fue llamado a Piacenza por el emperador Enrique III, que había llegado a Italia y deseaba consultar al abad, de cuya santidad y sabiduría tenía grandes referencias. El anciano obedeció muy a su pesar y se despidió tiernamente de sus hermanos, diciéndoles que nunca más vería sus rostros. Había llegado a Borgo San Donino, cerca de Parma, cuando fue atacado repentinamente por una enfermedad, de la que murió al tercer día. Se originó una disputa por la custodia de su cuerpo entre Pomposa y Parma. El emperador dirimió la cuestión, haciendo llevar las reliquias a la iglesia de San Juan Evangelista, en Speyer, que más tarde fue rebautizada con el nombre de San Guido-Stift.

Existe una breve vida en latín que ha sido publicada tanto por los bolandistas, *Acta Sanctorum*, marzo, vol. III, como por Mabillon.

BEATA JUANA DE TOULOUSE, Virgen (Siglo XIV)

A principios del año 1240, los Hermanos Carmelitas de Palestina se establecieron en Toulouse. Veinticinco años después, cuando San Simón Stock cruzó Toulouse camino de Burdeos, se le aproximó una mujer llamada Juana, la cual le suplicó que la admitiera en su orden. El prior Juan la admitió, la cubrió con el hábito carmelita y le permitió hacer el voto de perpetua castidad. En lo que fue posible, Juana observó estrictamente la regla de San Alberto de Jerusalén y fue venerada, no sólo como la primera terciaria carmelita, sino como la fundadora de las terciarias. Diariamente frecuentaba la iglesia de los padres y combinaba la penitencia con el amor, privándose casi de las cosas necesarias de la vida para ayudar a los pobres y enfermos. Acostumbraba también dirigir a los

jóvenes en las prácticas de la santidad para prepararlos a entrar en la orden carmelita. Solía llevar consigo una imagen del Redentor crucificado, que ella estudiaba como si hubiese sido un libro. La Beata Juana fue sepultada en la iglesia de los carmelitas de Toulouse y a su tumba acudían en gran número todos aquellos que buscaban su intercesión. Fue venerada durante 600 años y su cuerpo fue varias veces custodiado como reliquia, especialmente en 1805, cuando un pequeño libro de oraciones manuscrito fue encontrado a su lado.

Lo anterior es un resumen de la historia de la Beata Juana, cuyo culto fue confirmado en 1895, según se relata en las lecciones de su fiesta, en el suplemento carmelita del breviario romano, pero ha habido aparentemente considerable confusión. Parece claro que, en realidad, vivió en Toulouse hacia fines del siglo XIV, no del XIII, y que no fue terciaria, sino enclaustrada.

Ver las lecciones del breviario referentes a lo anterior, y Fr. Bonifatius, *Die sel. Johanna von Toulouse*, (1897); y Fr. B. Zimmerman *Monumenta historica Carmelitana* p. 369, y *Les Saints déserts des Carmes dechaussés* (1927), pp. 17-18, donde el problema se examina.

BEATO BUENAVENTURA DE FORLI (1491 P.C.)

EL BEATO Buenaventura Tornielli, nació en Forli, y perteneció a una familia acomodada. Parece que no ingresó a la Orden de los Servitas sino hasta 1448, cuando tenía treinta y siete años de edad, pero su fervor y austeridad de vida pronto le permitieron recuperar el tiempo perdido. Después de su ordenación, se preparó para el trabajo apostólico con un año de retiro y pronto empezó a predicar con maravillosa elocuencia y mucho éxito. Fue comisionado especialmente por el Papa Sixto IV, para emprender esta misión apostólica y sus sermones produjeron una notable reforma de vida en todos los Estados papales y en las provincias de Toscana y Venecia. Hacia fines de 1488, fue elegido vicario general de su orden, oficio en el que dio muestras de sus grandes cualidades administrativas y de su caridad. El, sin embargo, continuó aún su trabajo misionero y apenas había terminado su predicación de Cuaresma en Udine, cuando el Jueves Santo de 1491, fue llamado por Dios, agotado por la edad y las penalidades de la vida que había llevado. Sus reliquias fueron finalmente llevadas a Venecia, donde su culto se acrecentó a causa de las muchas curaciones milagrosas. Este culto fue confirmado en 1911.

Ver el decreto de confirmación publicado en el *Acta Apostolicae Sedis*, vol. III (1911), pp. 659-660; y F. Cornelius, *Ecclesiae Venetae*, vol. II, pp. 34-51.

* * *

El espíritu y ejemplo del mundo infiltra imperceptiblemente en las mentes de muchos el error de que hay una especie de camino intermedio para ir al cielo y así, ya que el mundo no vive de acuerdo con el Evangelio, ellos bajan el Evangelio al nivel del mundo. No vamos a medir la vida cristiana por este rasero, sino por las palabras y la vida de Cristo. A todos los seguidores de Cristo se nos ordena esforzarnos para ser perfectos, como nuestro Padre Celestial es perfecto y a llevar su imagen en nuestros corazones para que podamos ser sus hijos. El Evangelio nos obliga a morir para nosotros mismos y a combatir nuestro amor propio en nuestros corazones, a dominar nuestras pasiones y a

abrazar el espíritu de Nuestro Señor. Bajo estas condiciones, Cristo nos hace sus promesas y nos cuenta entre sus hijos, como lo manifiestan sus palabras, que los Apóstoles nos han dejado en sus inspirados escritos. Aquí no se hace ni se prevé distinción entre Apóstoles, clero, religiosos o personas seglares. Los primeros, en verdad, se imponen ciertas obligaciones más estrictas, como medios para alcanzar estos fines con mayor perfección. Pero la ley de la santidad y del desprendimiento del corazón de las cosas del mundo, es general y obliga a todos los seguidores de Cristo.

FIN DEL VOLUMEN I

INDICE

(PARA EL INDICE GENERAL DE NOMBRES VER EL VOLUMEN IV)

En este índice se encuentran, además de los santos y beatos titulares de cada día, los nombres de los miembros que quedan incluidos en los grupos de santos y beatos, como en el caso de los grupos de mártires.

A

B

C

D

N

O

P

ESTA OBRA CONSTA DE
CUATRO TOMOS

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN SU
PRIMERA EDICIÓN EL MES DE ENERO
DE 1965 EN LOS TALLERES DE
RAND MCNALLY & COMPANY.
CHICAGO, ILL., E.U.A.

EL TIRO FUE DE 10,000 EJEMPLARES.